

HISTORIA DE LA IGLESIA CATÓLICA

Generalidades

**Guiones para las clases.
Pro manuscrito.**

Pedro García Cmf

Parroquia del Corazón de María
SAN SALVADOR, El Salvador C. A.

**Suplico se fijen en el subtítulo GENERALIDADES
que sigue al título de
HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA**

En este subtítulo de “**Generalidades**” está bien expresado el pensamiento del autor y la realidad de este trabajo. No se trata de una Historia crítica o científica, sino de simples explicaciones impartidas a los alumnos y entregadas después en cuaderno **fotocopiado** —ellos lo llaman benigneamente “libro”— para recordar las lecciones impartidas.

Esto no obstante, no quiere decir que no se puedan presentar las fuentes de que el autor se ha valido.

Como base, el **MANUAL DE HISTORIA DE LA IGLESIA** de mi hermano claretiano Padre Jesús Álvarez Gómez.

Como fuente principal, la **HISTORIA DE LA IGLESIA CATOLICA** de la BAC, en cuatro volúmenes, de los jesuitas Padres Bernardino Llorca, Ricardo García Villoslada y Francisco J. Montalbán.

Aparte de monografías como la **HISTORIA DE LOS PAPAS** de Saba-Castiglioni; las **ACTAS DE LOS MARTIRES** de Daniel Ruiz Bueno, de la BAC; para las semblanzas de los Santos, el conocido **VIDA DE LOS SANTOS DEL BUTLER**; y como consulta ocasional, la gran **HISTORIA DE LA IGLESIA** de Fliche-Martin.

Pro manuscrito

Este escrito no es para la imprenta. Y aunque fuera a la imprenta, como lo quieren hacer algunos amigos, en especial de Costa Rica, el autor lo considera como un **pro manuscrito** sin otro valor que el de apuntes repartidos a sus alumnos en las clases. A pesar de los muchos volúmenes repartidos —concretamente 240—, el autor lo tiene por simple **fotocopia**. Conviene tener esto muy presente.

PRESENTACION

¿Necesito decir el *porqué* de este escrito?... Creo que sí. En esta nuestra Parroquia del Corazón de María de San Salvador, El Salvador, C. A., abrimos una Escuela de Formación Teológica para adultos. A lo largo de los cuatro años que lleva funcionando al escribir estas líneas, se han mantenido en un promedio de ochenta personas cada miércoles, de veinte a veinticinco de ellas por la noche, acabado su trabajo, lo cual indica mucho interés y buena dosis de sacrificio. Cuando propuse la Historia de la Iglesia como asignatura, causó algo de extrañeza. Por experiencias anteriores, sabía lo que me hacía. Nuestros laicos no conocen materia semejante. Y, puestos a exponerla, el interés de los alumnos ha ido en crecida constante. Tomaban notas y notas, algo con lo cual yo no estuve conforme desde un principio. Y me propuse ir a las clases no con un simple guión —algo que me hubiera resultado muy cómodo— sino con el tema desarrollado por completo, al pie de la letra, y que al final del curso se convertiría en un cuaderno de estudio continuado. Y viene la sorpresa: esos ochenta alumnos se han llevado fotocopiados a estas horas 485 cuadernos de sólo los dos primeros años, Edad Antigua y Edad Media: “Mi mejor regalo para mis amigos”..., piropro que el autor agradece de veras.

Al estudiar la Historia de nuestra Iglesia, ¿qué es lo primero que intentó el autor? ¿qué miramos nosotros los católicos? Queremos *conocerla*, como es natural, porque la amamos. Pero, sobre todo, queremos *formarnos*, pues la Historia —tanto la religiosa como la civil—, es sumamente aleccionadora. Nuestro estudio, más que *informativo*, queremos que sea *formativo*, o tan formativo como informativo.

Entonces, si nuestra Historia de la Iglesia Católica quiere ser ante todo *formativa*, producirá en nosotros un amor grande a nuestra Iglesia. Como lo fue el del Papa Pablo VI, tan cercano a nosotros. Era notable su amor a la Iglesia. No lo sabía disimular. Y nos lo recordó el Papa Benedicto XVI cuando el 8 de Noviembre del 2009 fue de visita a Brescia, ciudad natal del Papa Montini, en la que citó estas bellas y estimulantes palabras de aquel Papa, tan virtuoso como sabio:

“Pudiera decir que siempre he amado a la Iglesia y que por ella, no por otra cosa, me parece haber vivido. Pero quisiera que la Iglesia lo supiera. Quisiera abarcarla toda, en su historia, en su designio divino, en su destino final, en su compleja, total y unitaria composición, en su consistencia humana e imperfecta, en sus desdichas y sufrimientos, en las debilidades y las miserias de tantos hijos suyos, en sus aspectos menos simpáticos, y en su esfuerzo perenne de fidelidad, de amor, de perfección y de caridad. Cuerpo Místico de Cristo. Quisiera abrazarla, saludarla, amarla en cada uno de los seres que la componen, en cada obispo y sacerdote que la asiste y la guía, en cada alma que la vive y la ilustra; bendecirla... Y ¿qué diré a la Iglesia, a la que debo todo y que fue mía? Las bendiciones de Dios vengan sobre ti; ten conciencia de tu naturaleza y de tu misión; ten el sentido de las necesidades verdaderas y profundas de la humanidad; y camina pobre, es decir, libre, fuerte y amorosa hacia Cristo”.

La Iglesia fue el gran amor del Papa Pablo VI, y enlazaba espiritualmente con Santos tan notables

como Teresa de Lisieux: “Mi vocación es ser corazón en la Iglesia”;

como Teresa de Ávila, en su agonía: “¡Al fin muero hija de la Iglesia!”;

como Antonio Ma. Claret, que escribe un libro a los Obispos, ofreciéndoles sus apuntes íntimos, “para conservar la hermosura de la Iglesia”;

como Ignacio de Loyola, el del inquebrantable “sentir con la Iglesia” “jerárquica”;

como Pablo (Col. 1,24), que vive en martirio continuo “por el cuerpo de Cristo, que es la Iglesia”.

El estudio de la Historia de la Iglesia, sobre ser ameno e ilustrar debidamente, acrecienta uno de los más bellos amores que alientan el corazón cristiano.

Pedro García Cmf

ÍNDICE

1. Planteamiento. Lección introductoria. Página 9
Noticia de la Edad Antigua, 12
 2. En el momento y lugar oportunos, 13
 3. El mundo moral en el que nace la Iglesia, 16
 4. Jesucristo, el fundador de la Iglesia, 19
 5. Los Apóstoles de Jesús, 22
 6. El primer siglo de la Iglesia, 25
 7. Las Persecuciones Romanas, 28
 8. El porqué y cómo de las Persecuciones, 31
 9. Las Persecuciones. Actas e Historias, 34
 10. Más sobre las Persecuciones y Actas, 37
 11. La persecución literaria. Los Apologistas, 40
 12. Constantino y la paz de la Iglesia, 43
 13. Pros y contras de estos primeros siglos, 46
 14. La Jerarquía en los tres primeros siglos, 49
 15. Los Sacramentos en estos siglos primeros, 52
 16. El Monacato del siglo IV, 55
 17. Un vistazo a las principales herejías, 58
 18. Los primeros Concilios Ecuménicos, 61
 19. Más sobre los Concilios, 64
 20. Los Santos Padres, 67
 21. Los bárbaros o Los pueblos del Norte, 70
 22. La Iglesia en el Imperio de Oriente, 73
 23. La expansión del Cristianismo, 76
 24. San Benito y sus Monasterios, 79
 25. Francia, la Primogénita, 82
 26. España abraza el Catolicismo, 85
 27. El Catolicismo en Italia, 88
 28. Irlanda Católica, 91
 29. La Evangelización de Inglaterra, 94
 30. Por los pueblos germanos, 97
 31. La vida cristiana en estos siglos, 100
 32. Los Papas de los cinco siglos primeros, 103
 33. San Gregorio Magno, cumbre del Pontificado, 106
 34. La Iglesia merovingia, 109
 35. La Iglesia visigótica en España, 112
 36. El Islam. Frenazo y destrucción, 115
- Noticia sobre la Edad Media, 119
37. Visión panorámica de la Edad Media, 121
 38. Primeros Papas medievales, 125
 39. San Bonifacio y la conversión de Alemania, 128

- 40. La conversión de toda Europa, 131**
- 41. Los Carolingios, 134**
- 42. Los Estados Pontificios, 137**
- 43. El Sacro Imperio Romano, 140**
- 44. El Feudalismo, 143**
- 45. Más sobre el Feudalismo, 146**
- 46. El Siglo de hierro del Pontificado, 149**
- 47. La avalancha del Islam, 152**
- 48. La Reconquista Española, 155**
- 49. Las Cruzadas, 158**
- 50. Más sobre las Cruzadas, 161**
- 51. El Cisma de Oriente, 164**
- 52. Las Investiduras y San Gregorio VII, 167**
- 53. Algo sobre el Clero, 170**
- 54. Cluny y Claraval, 173**
- 55. La vida cristiana en la Edad Media, 176**
- 56. Herejías en la Edad Media, 179**
- 57. Más sobre las herejías, 182**
- 58. Aparece la Inquisición, 185**
- 59. Las Órdenes Militares, 188**
- 60. Dominicos y Franciscanos, 191**
- 61. Más Órdenes Religiosas, 194**
- 62. Las grandes Santas de esta época, 197**
- 63. Reliquias, Indulgencias y Peregrinaciones, 200**
- 64. Gárgano, Compostela y la Caridad, 203**
- 65. Cosas de aquel entonces, 206**
- 66. Inocencio III, el Augusto del Pontificado, 209**
- 67. Los Gremios y Cofradías, 212**
- 68. La Iglesia Educadora, 215**
- 69. Enseñanza superior: las Universidades, 218**
- 70. La Ciencia Escolástica, 221**
- 71. Arte y Literatura, 224**
- 72. Final del siglo XIII y de la Edad Media, 227**

- Edad Nueva. ¿Por qué?, 231**
- 73. Un comienzo problemático, 233**
- 74. La supresión de los Templarios, 236**
- 75. Aviñón. Una mirada sintética, 239**
- 76. Los otros Papas de Aviñón, 242**
- 77. Qué juicio nos merece Aviñón, 245**
- 78. El Papa regresa definitivamente a Roma, 248**
- 79. El cónclave más crítico del Papado, 251**
- 80. El cisma de Occidente, 254**
- 81. En medio del cisma, la santidad de la Iglesia, 257**
- 82. El Concilio de Constanza, 260**

83. Problemas y herejías, **263**
84. El papa Martín V. Roma para siempre, **266**
85. Concilio de Basilea-Ferrara-Florenia-Roma, **269**
86. Santos en la mano de Dios, **272**
87. Mujeres extraordinarias de la Iglesia, **275**
88. La Devoción Moderna y la santidad en estos días, **278**
89. Ante el Humanismo y el Renacimiento, **281**
90. Mirada de conjunto a los Papas renacentistas, **284**
91. Los Papas del Renacimiento (I), **287**
92. Los Papas del Renacimiento (II), **290**
93. Los Papas del Renacimiento (III), **293**
94. “Reforma”, la palabra típica de estos tiempos, **296**
95. Lutero. El Protestantismo, **299**
96. Zuinglio, Calvino, Enrique VIII, **302**
97. Hasta el Concilio de Trento, **305**
98. Ignacio de Loyola y la Compañía de Jesús, **308**
99. Una visión desde Lutero a Westfalia, **311**
100. El Concilio de Trento, **314**
101. San Pío V y Lepanto, **317**
102. Los Papas después de Trento, **320**
103. Órdenes Religiosas renovadas y nuevas, **323**
104. Los grandes Santos de esta época (I), **326**
105. Los grandes Santos de esta época (II), **329**
106. Mártires bajo el protestantismo, **332**
107. Apogeo de la ciencia católica, **335**
108. América, un Nuevo Mundo católico (I), **338**
109. América, un Nuevo Mundo católico (II), **341**
110. América, un Nuevo Mundo católico (III), **344**
111. El Oriente se abre a la Iglesia, **347**
- Noticia sobre la Edad Moderna, **351**
112. El absolutismo de los reyes, **354**
113. El Pontificado moderno, **357**
114. Primeros Papas de la Edad Moderna, **360**
115. Por las Misiones de Oriente, **363**
116. La Iglesia en Estados Unidos, **366**
117. El Jansenismo, **369**
118. La Ilustración (I), **372**
119. La Ilustración (II), **375**
120. Unos años muy grises, **378**
121. La vida espiritual en siglo y medio, **381**
122. Santos más señalados en estos días, **384**
123. Empiezan los Papas del siglo XVIII, **387**
124. Supresión de la Compañía de Jesús, **390**
125. La Revolución Francesa (I), **393**

- 126. La Revolución Francesa (II), 396**
- 127. Entre dos Papas: Pío VI y Pío VII, 399**
- 128. Los primeros Papas del siglo XIX, 402**
- 129. Los grandes errores modernos, 405**
- 130. Se pierden los Estados Pontificios, 408**
- 131. Volviendo al Beato Papa Pío IX, 411**
- 132. El papa León XIII, un prisionero célebre, 414**
- 133. La Era de las Misiones, 417**
- 134. Por el Asia Menor y la India, 420**
- 135. La Iglesia en Japón y China, 423**
- 136. Vietnam y Corea, 426**
- 137. Por la lejana Oceanía, 429**
- 138. Las Misiones de África, 432**
- 139. Mártires y Santos Africanos, 435**
- 140. Mirando a América del Norte, 438**
- 141. La Era de María, 441**
- 142. San Pío X. Las reformas modernas, 444**
- 143. Benedicto XV, el Papa de la paz, 447**
- 144. Pío XI y el Tratado de Letrán, 450**
- 145. El papa Pío XII, 453**
- 146. La Iglesia del siglo XX perseguida, 456**
- 147. América Latina, 459**
- 148. América Latina, plantel de Santos, 462**
- 149. Devociones y Movimientos modernos, 465**
- 150. Grandes Santos y grandes obras, 468**
- 151. El Beato Papa Juan XXIII, 471**
- 152. El Concilio Vaticano II, 474**
- 153. Pablo VI, el Papa del Concilio, 477**

Apéndices, 481

- 154. Juan Pablo I, 482**
- 155. Beato Papa Juan Pablo II, 485**
- 156. Naturaleza y misterio de la Iglesia, 488**
- 157. La Curia Romana, 491**
- 158. El Derecho Canónico, 494**
- 159. El Cónclave, 496**
- 160. La Canonización, 498**

1. PLANTEAMIENTO. LECCION INTRODUCTORIA

La redacción de esta lección primera la vamos a dividir y numerar por puntos. Nada particular. Se trata de señalar distintamente las ideas que hay que tener muy presentes a lo largo de todas las lecciones.

1. ¿Qué entendemos por Historia? Entendemos por *historia* el recuerdo, desarrollo, causas y efectos de un hecho que ha sucedido en el mundo y que podemos comprobar. No se trata de fantasías sino de cosas y casos verdaderos y concretos.

2. Tratándose de la **Historia de la Iglesia Católica**, es el conocimiento de la Institución fundada por Jesucristo en un momento y lugar determinados, con las vicisitudes que ha tenido a lo largo de los siglos —a estas horas lleva ya dos milenios de existencia—, que sigue viva y con seguridad cierta de supervivencia hasta el final del mundo.

3. Es una Historia totalmente diferente de otras historias —pueblos, imperios, instituciones e incluso de la Historia Universal—, porque, a pesar de estar constituida la Iglesia por hombres de este mundo, tiene un elemento *divino* además del elemento *humano*, único éste del que constan las demás historias.

4. La Historia de la Iglesia es algo palpable, con elementos de este mundo *material*, el terrestre en que vivimos.

Pero está animada por un elemento *sobrenatural*, de otro mundo, espiritual, divino, que no lo vemos sensiblemente y que es objeto de la Fe.

5. Los dos elementos, el humano y el divino, se han desarrollado juntos desde el principio y juntos seguirán hasta el fin. Por eso el estudio de la Historia de la Iglesia es verdadera *ciencia histórica*, pues trata de hechos humanos, comprobables; y además es *ciencia teológica*, pues no puede prescindir del elemento divino que lleva dentro de sí.

6. Esto hace que en la Historia de la Iglesia se mezclen inevitablemente muchas veces las luces y las sombras, las glorias y las miserias, las virtudes y los frutos del Espíritu —en tantísimos hijos e hijas suyos— con las maldades de los que no responden a su ser de cristianos.

7. Por eso, la Historia de la Iglesia —más que otras historias— exige siempre *objetividad* e *imparcialidad* para juzgar de los hechos, agradables o desagradables. Aunque hay que evitar la perspectiva falsa de los males que han sacudido a la Iglesia. Los ha habido, y muy graves. **Pero hay que tener muy en cuenta que en la Historia lo que resalta es el mal y se escribe precisamente lo que se sale de la normalidad. El bien sigue su camino silencioso, sin hacer nunca ruido ni llamar la atención.**

Esto ocurre especialmente en la Historia de la Iglesia: sus muchos enemigos la atacan por todos lados, hasta falsear la verdad como no lo harían —con un mínimo de honestidad— en ninguna otra historia profana. **Mientras nosotros reconocemos con humildad los erro-**

res, ellos los aumentan y hasta los inventan o los interpretan siempre torcidamente. Por cierto, que éstos no deberían llamarse historiadores. El historiador es una persona seria.

Nosotros no callaremos las páginas negras de la Historia, convencidos de que resultan un tanto por ciento pequeñísimo comparadas con el mucho bien que encierran las demás.

8. Nos asustaría el pensar que vamos a ver de golpe los dos mil años que nos toca historiar. Se va por partes. Unas partes en las cuales todos los estudiosos dividen los veinte siglos que lleva de vida el cristianismo. Ha sido tradicional la división de Edad Antigua, Edad Media y Edad Moderna. Muy simple, es cierto, pero hoy está ya superada. Actualmente se opta por esta otra:

Edad Antigua, del año 1 al 692, dividida en dos períodos:

Primero: del 1 al 313, año del fin de las Persecuciones Romanas.

Segundo: del 313 al 692, conversión acabada del Imperio Romano y pueblos bárbaros invasores, del todo ya católicos.

Edad Media, del 692 al 1303, también con dos períodos:

Primero: La Iglesia y la formación de Europa, del año 692 al 1073.

Segundo: El apogeo o gran influencia de los Papas, del 1073 al 1303.

Edad Nueva, del 1303 al 1648, con otros dos períodos:

Primero: Las grandes ansias de reforma, de 1303 a 1517.

Segundo: La revolución protestante y la verdadera Reforma católica, de 1517 a 1648.

Edad Moderna, del 1648 hasta nuestros días, siglo XX, con estos dos períodos:

Primero: La Iglesia y el cambio de mentalidad europea, de 1648 al 1789.

Segundo: La Iglesia en las grandes revoluciones sociales, desde la Francesa de 1789 hasta las grandes Guerras Mundiales del siglo XX. - Nosotros seguiremos este período segundo hasta el Concilio Vaticano II de 1962-1965.

¿Empezará en la Historia de la Iglesia con el 1962 una nueva Edad por el Concilio Vaticano II, que puso a la Iglesia en consonancia con los grandes avances de la técnica y de la paz, conseguida con la caída del Muro de Berlín y la formación de la Unión Europea, seguidas tal vez por otros previsibles bloques mundiales y la globalización? ¿Y cómo llamarán a esa hipotética y hasta probable nueva Edad? Contemporánea, Actual... Los hombres futuros lo dirán. La Historia no tiene prisa y uno o dos siglos significan muy poca cosa.

9. Nos irá bien tener presente desde el principio una observación no despreciable. De suyo, la Historia de la Iglesia y la civil de los pueblos en que la Iglesia se desarrolla van y deben ir siempre independientes, cada una por las suyas. Pero, ya se ve, muchas veces se intercalan los hechos civiles y los religiosos. Esto vale sobre todo para la Edad Media y primer período de la Edad Nueva, cuando Iglesia y Estado venían a ser prácticamente lo mismo. A partir de los grandes descubrimientos geográficos del siglo XV-XVI y de la revolución protestante, cambió totalmente el papel de la Iglesia en los diversos pueblos.

10. El plan de estos apuntes es que cada lección sea, diríamos, **monográfica**. Completa en sí misma. Si es necesario, se hacen dos o más lecciones independientes sobre el mismo tema. Y además, por razones prácticas y pedagógicas, algunas lecciones, como las que tocan los límites de una Edad con otra, pueden cambiar el orden, y ser adelantadas o atrasadas incluso, pasándolas de su Edad propia a la otra más inmediata.

Es siempre oportuno mirar desde el principio el ÍNDICE para tener una idea de conjunto de cada Edad o incluso de toda la Historia.

Hecho este Planteamiento como una lección introductoria, pasamos sin más a la EDAD ANTIGUA.

NOTICIA DE LA EDAD ANTIGUA

Años 1 - 692

Se divide en dos periodos:

Primero: del 1 al 313, año del fin de las Persecuciones Romanas.

Segundo: del 313 al 692, conversión acabada del Imperio Romano y de los pueblos bárbaros invasores, del todo ya católicos.

Naturalmente, esta división es capaz de mucha flexibilidad. No todos los autores la siguen igual. Es cuestión de criterios, todos dignos de atención y respeto.

¿**Qué idea debemos tener** de la Edad Antigua? En los tres primeros siglos se va a desarrollar la niñez, adolescencia y juventud de la Iglesia —vamos a hablar así— en medio de unas persecuciones inauditas. Son las famosas Persecuciones Romanas que se desarrollarán a todo lo largo y ancho del Imperio.

La Paz decretada por Constantino el año 313 es una fecha clave. La Iglesia, en medio de tanto dolor, ha llegado a su mayoría de edad, con todos los pros y contras con que se desarrolla la vida de cualquier sociedad. Por esta paz, vendrá a la Iglesia el florecer la santidad con los *anacoretas* del desierto y el progreso de la doctrina cristiana enseñada por los llamados *Santos Padres*, aquellos grandes Obispos y Doctores que nos transmitieron, conforme a la Tradición, la fe más pura de Jesús y de los Apóstoles. Aunque se producirán también en la Iglesia las grandes *herejías* de la antigüedad, combatidas por los *Concilios* ecuménicos o universales, tan famosos y trascendentales como Nicea, Éfeso o Calcedonia.

La invasión de los pueblos bárbaros, llamados también los Pueblos del Norte, acabarán con el Imperio Romano de Occidente asentado en Roma —aunque seguirá en pie el de Oriente en Constantinopla—, y la Iglesia emprenderá la tarea ingente de la conversión de esos pueblos a la fe cristiana, algo que durará tres siglos, pero con esos pueblos ya católicos acabará la Edad Antigua para dar paso a la Edad Media.

Retengamos esta idea de la primera Edad de la Iglesia. Al estudiarla, nos pasmaremos del heroísmo de los mártires, de la santidad prodigiosa de los anacoretas y de la actividad misionera de los primeros monasterios de monjes. Nos dolerán las herejías, y admiraremos la sabiduría de los Padres y de los Concilios. Nos alegrarán los pueblos bárbaros que abrazaban la fe y se bautizaban, pero nos dejarán también la preocupación de lo mucho que faltaba por hacer: civilizarlos y conseguir que sus costumbres fueran en realidad cristianas.

2. EN EL MOMENTO Y LUGAR OPORTUNOS

Un misionero exponía a un japonés la Persona y el misterio de Jesucristo, Salvador del mundo. El interlocutor acepta todo, pero opone una objeción insalvable:

- Muy bien. Me parece magnífico. Pero eso no puede ser. Porque ese Jesucristo tenía que haber sido japonés...

Nadie niega que Dios pudiera realizar la salvación por su Hijo encarnado en otra cultura, en otra civilización, en otra parte del mundo. Pero lo hizo en un pueblo determinado, el judío, y dentro del vasto Imperio Romano.

No hay Historia de la Iglesia que no empiece con la palabra de San Pablo: “En la plenitud de los tiempos” (Gal 4,4), es decir: Dios mandó su Hijo al mundo, Jesucristo, el fundador de la Iglesia, en el momento más apropiado. No fue una casualidad sino una Providencia extraordinaria: Dios tenía preparado expresamente un punto concreto de tiempo y espacio para el acontecimiento más grande la Humanidad, encerrado en la historia del *Pueblo Judío* y dentro del *Imperio Romano*. Aquí nos es de gran provecho tener a la vista un mapa del Imperio Romano en tiempos de Augusto o de Trajano cuando su mayor extensión.

Vale la pena mirar y tener fijo en la mente este mapa. Con la ciudad de Roma en el corazón de Italia, el Imperio se extendía desde el Asia Menor, el Mar Negro y el Océano Pérsico en el Oriente hasta el extremo de España en el Occidente; por el Norte llegaba a las Islas Británicas, las Galias, (las actuales Inglaterra, Francia) con gran extensión por la Germania y la Europa central actual; y por el Sur dominaba todo el Norte de África, desde Egipto hasta el Atlántico. El Mediterráneo, el “Mar nuestro”, era totalmente romano. Palestina, donde nacerá Jesús, era un simple rincón en el extremo derecho de semejante mapa.

El Pueblo Judío. Arranca de Abraham, el hebreo que unos 1.850 años antes de Jesucristo se trasladaba de Caldea a Palestina. Dios irrumpía en la Historia con las apariciones al patriarca, a quien prometía darle un descendiente que sería el *Salvador* del mundo. Por las nociones que tenemos de la Biblia, no hace falta que historiemos aquí las peripecias del pueblo judío desde los Patriarcas hasta que tomó posesión de Palestina, su tierra prometida, con Moisés, Josué y los Jueces, para llegar a la Monarquía hacia el año 1.040 con Saúl, David y Salomón. Sin embargo, aquella monarquía se escindió y constituyó dos reinos separados, dos Estados independientes: Israel al Norte con Samaría como capital, y Judá al Sur con su capital Jerusalén. No obstante, el *Mesías* o *Cristo* futuro, sería la esperanza del linaje de Abraham, de los hebreos, israelitas o judíos, como los llamaremos siempre.

Viene ahora la historia paralela de los dos reinos, entre los años 931 al 587. Ambos reinos, Israel y Judá, rivalizan en infidelidades a la Ley del Sinaí, en especial con la adoración de los dioses extranjeros, abandonando a su único Dios Yahvé, no obstante las continuas amenazas de los grandes profetas de estos siglos. Hasta que viene el castigo de Dios. Primero a Israel, que en el 721 es deportado a Asiria y aventado por aquellas tierras. En el 587 le tocará a Judá, llevado al destierro de Babilonia por Nabucodonosor, que destruye completamente el Templo y convierte en ruinas a Jerusalén. Había desaparecido de Palesti-

na el pueblo de la promesa a Abraham. Pero, con aquel castigo terrible, Dios tenía sus planes. Seguía amando a su pueblo y se mantenía fiel a su promesa.

El año 538 **Ciro el persa** conquista Babilonia y permite a los judíos deportados volver a su tierra, reconstruir Jerusalén y levantar de nuevo el Templo de Dios. No son muchos los judíos que regresan, pero son los más fieles, idealistas y entusiastas. Ellos son los que levantarán la nueva nación y prepararán en Palestina el terreno para la venida del Mesías prometido. En los cuatrocientos años largos que faltan, los judíos de Palestina tendrán de todo: años de paz y prosperidad y años de guerras y de pobreza. Pero la fidelidad a Dios va a ser inquebrantable, aunque habrá deserciones cuando vengan los Selúcidas de Siria. Pero será entonces cuando surgirán los Macabeos a partir del año 164, que se llenarán de gloria con una guerra heroica a favor de Dios y por fidelidad a la Ley. En el año 63, con la entrada de Pompeyo en Jerusalén, Palestina pasará a formar parte del Imperio Romano. En definitiva, éste era el plan de Dios.

Vemos ahora algo muy importante. Muchos judíos se habían instalado bien en los países a los que habían ido cautivos y no regresaron a la tierra de sus padres. Aquí va a estar una nueva y especialísima Providencia de Dios. Sobre el Imperio Persa, después de dos siglos, se lanzarán las conquistas irresistibles del macedonio Alejandro Magno (336-323), que desde Grecia dominará todo el Oriente y el Norte de África, helenizándolo todo, introduciendo la lengua y la cultura griega en todas partes. Roma conquistó después todas las tierras de Alejandro Magno, y se formó el imponente Imperio Romano, que en el año 29, poco antes de nacer Jesús, caía en una sola mano: El emperador Octavio César Augusto

En esta nueva situación, ¿qué ocurre con los muchísimos judíos que no viven en Palestina? El destierro de Babilonia fue la gran purificación del pueblo. Los que antes eran tan proclives a adorar cualquier dios extranjero abandonando a Yahvé su Dios, ahora hicieron todo al revés. Se apegaron a Yahvé de tal manera que, metidos en tantos pueblos idólatras, no había judío que no despreciara con todo el corazón a un ídolo o creyera en un dios de la mitología griega ni de los misterios de Oriente.

Formaron colonias judías en todas las ciudades importantes, desde Babilonia hasta Alejandría y Roma. Sumamente inteligentes y trabajadores, ejercían un gran influjo en el comercio y en toda actividad humana.

Y religiosamente, como no podía haber más que un Templo y un altar en Jerusalén, hacia él se dirigían todos los ojos e ilusiones. Pero en todas partes instalaron sus sinagogas, con el culto de la lectura y de la oración. Eran los judíos de la *diáspora* o de la *dispersión*. Yahvé era un Dios en exclusiva suyo, pero ganaban para su culto a cuantos paganos podían, los cuales formaban dos categorías. Estaban los *prosélitos*: aquellos que aceptaban la circuncisión y la Ley. Y estaban también los *temerosos de Dios*, que admitían y veneraban como Dios único a Yahvé, pero sin someterse a la Ley de Moisés ni aceptar la circuncisión.

La actividad religiosa de los judíos de la diáspora llegó a gran altura. Admitida ya por todo el mundo la lengua griega, los judíos de Alejandría acometieron la empresa titánica de traducir la Biblia al griego, a la vez que se escribían otros libros inspirados, aunque no los

admitieron los judíos de Palestina. Esta Biblia llamada de *Los Setenta* será la que usarán los primeros evangelizadores, empezando por San Pablo. Por estos judíos de la diáspora, en todo el Imperio Romano era conocido el Dios verdadero y esto iba a facilitar enormemente la noticia del Jesucristo que se iba a presentar.

El Imperio Romano. Desde el año 63, como hemos visto, Palestina, donde nacerá Jesús, era parte del Imperio Romano, aunque formaba sólo un rincón sometido a Roma, una provincia procuratorial, vigilada por la Siria vecina. Era gobernada desde Cesarea por un Procurador, de modo que los judíos no eran *ciudadanos* romanos, sino unos simples súbditos del Imperio soberano.

Cualquiera diría que las comunicaciones en un Imperio tan inmenso deberían ser difíciles; pero, no. Porque los romanos, aparte de la navegación por el mar, habían trazado las célebres “Vías” o calzadas, que arrancaban de la Capital y se extendían a los rincones del Imperio más apartados. Sus nombres célebres se han conservado hasta nuestros días: la Vía Apia, la Nomentana, la Flaminia, la Salari a, la Aurelia...

Una lengua, diferente del latín de los romanos, jugó también un papel decisivo. Todo el Imperio se comunicaba con un idioma que se hizo universal: el griego, el *koiné*, no el ático de la Grecia clásica. Lo había extendido Alejandro Magno con sus conquistas y después Grecia cuando fue dominada por Roma. Porque Roma conquistó Grecia con las armas y la hizo parte del Imperio, pero Grecia conquistó Roma con su cultura. El pensamiento griego, la ciencia de sus filósofos y las artes se apoderaron de todo el Imperio.

Entonces, Roma con su Derecho, y con esta lengua y cultura asimilada por tantos pueblos, era un terreno por demás abonado para el Evangelio que iba a irrumpir en el mundo.

Escritores muy antiguos, como Eusebio, el primer historiador de la Iglesia en el siglo cuarto, y todos los críticos modernos, están acordes en afirmar que Dios tuvo una Providencia especial: quiso el Imperio Romano para el Evangelio, el cual, arrancando del pueblo judío, y arraigando después en Roma, extendería sus tentáculos hasta los últimos extremos del Orbe de la Tierra.

Octavio César Augusto, el mejor gobernante que tuvo Roma, había conseguido la seguridad en todas las fronteras del Imperio y establecido por doquier la “Paz romana”. Como reinaba una paz total, cerró en el Capitolio el templo de la diosa Juno y erigió el Ara Pacis, el Altar de la Paz, conservado hasta nuestros días. Era el año 37 de César Augusto y el 748 de la Fundación de Roma cuando llegó “la plenitud de los tiempos”, el momento culminante de la Historia Humana, la venida del Cristo en una cueva de Belén, pueblecito perdido en la lejana Palestina.

3. EL MUNDO MORAL EN EL QUE NACE LA IGLESIA

Al presentar una panorámica del “Orbe de la tierra” —así llamaban los romanos a su mundo conocido—, hay que tener presente que el Imperio comprendía muchos países con costumbres muy diferentes unos de otros. Por esto, no se puede universalizar demasiado al presentar la situación moral y religiosa del Imperio Romano. Hay que mirarlo todo de una manera general: lo que eran en realidad Roma y las grandes ciudades que daban el tono al resto de los pueblos.

En la Roma antigua las costumbres eran sobrias y las creencias religiosas giraban en torno a los dioses *lares* o domésticos. Conquistada Grecia, pronto los romanos asimilaron todos los dioses incontables de la mitología griega, aunque Júpiter, Juno y Minerva fueran las deidades supremas. Después se hicieron con todos los misterios de Oriente y Egipto, de modo que al fin, con tantas divinidades encima, llegaron a no creer en ninguna y Roma fuera prácticamente *atea*. La *diosa* Roma y el *divino* Emperador no eran dioses, sino la *representación simbólica* del ser o de los seres supremos que vagaban por las alturas y que no cuidaban para nada de los hombres.

La altura científica a que había llegado Grecia estaba en evidente decadencia. Sócrates, Platón y Aristóteles, que se formaron la idea de un dios único, ya no tenían influencia alguna en el pensar del Imperio, en el que dominaban la doctrina y prácticas de los materialistas epicúreos y de los austeros estoicos. Siempre hubo pensadores y moralistas sensatos, pero, en general, las costumbres habían bajado a una degradación inconcebible.

Nadie mejor que San Pablo nos ha descrito, al empezar su carta a los Romanos (1,21-32), esa miseria moral que caracterizaba al Imperio de aquellos días:

“Su insensato corazón se endureció... Por eso Dios los entregó a las apetencias de su corazón hasta una impureza tal que deshonraron entre sí sus cuerpos..., con pasiones infames; pues sus mujeres invirtieron las relaciones naturales por otras contra la naturaleza; igualmente los hombres, abandonando el uso natural de la mujer, se abrasaron en deseos los unos por los otros, cometiendo la infamia de hombre con hombre, recibiendo en sí mismos el pago merecido de su extravío... Hicieron todo lo que no conviene: llenos de toda injusticia, perversidad, codicia, maldad, henchidos de envidia, de homicidio, de contienda, de engaño, de malignidad, difamadores, detractores, enemigos de Dios, ultrajadores, altaneros, fanfarrones, ingeniosos para el mal, rebeldes a sus padres, insensatos, desleales, desamorados, despiadados, los cuales, aunque conocedores del veredicto de Dios que declara dignos de muerte a los que tales cosas practican, no solamente las practican, sino que aprueban a los que las cometen”.

Terrible diagnóstico el de San Pablo en la Biblia, y con el cual están conformes todos los historiadores. Por citar algunos casos nada más.

César Augusto quiso poner freno a tanta inmoralidad. Y empezó por su propia casa imperial, pues mandó al destierro a su hija Julia por su enorme desvergüenza, después de haber tenido tres maridos y cinco hijos... El *homosexualismo* de que habla San Pablo era tan común, que en los hombres de ciertas categorías —guerreros, políticos etc.— constituía una

gloria y era signo de heroísmo... ¿Y las mujeres? En la isla de Lesbos (de ahí la palabra *lesbiana*) tenían su paraíso... El aborto estaba a la orden del día, y resultó inútil la ley Popea del “derecho de los tres hijos” con gran subsidio a las familias numerosas... Esto llevaba a que el matrimonio monógamo fuese una teoría, y es célebre la frase del escritor pagano de que las mujeres contasen sus años no por los calendarios de los cónsules o las olimpiadas sino por los maridos que habían tenido...

Había excepciones honrosas y siempre quedaban restos de virtud. Como el de aquélla, con algo que nosotros no aprobamos, pero que, en su mentalidad pagana, no deja de ser un ejemplo de amor valiente. Ante su marido condenado a suicidarse, viéndolo temblar, toma ella el puñal y se lo clava en su propio pecho, con estas palabras: -Mira, Peto, no duele...

Otro problema inmensamente grave en el Imperio era el de la *esclavitud*. A nosotros nos resulta casi un imposible el imaginarnos una sociedad institucionalizada sobre una desigualdad tan radical entre los hombres. La cantidad de esclavos era incontable. Millones de seres miserables ante un puñado de libres privilegiados. El esclavo no era nada ni nadie. Un objeto, simplemente. En la lista de los haberes de un libre, entraba el esclavo como un número más entre los aperos del campo o los muebles de la casa. El dueño tenía poder absoluto sobre él, expresado de manera cínica por la célebre sátira de Juvenal: -¿Que el esclavo no ha hecho nada digno de la cruz? Ya lo sé. Pero así lo quiero, así lo mando, y así se haga...

Naturalmente, que había muchas y dignas excepciones. Amos que trataban respetuosamente a sus esclavos. Y esclavos que se hicieron célebres por su fidelidad. Estaban los *libertos*, es decir, los esclavos que habían conseguido de sus dueños la libertad y podían ejercer honrosamente cualquier oficio. Pero la sociedad, como tal, estaba montada sobre la esclavitud degradante de millones de seres humanos.

Otra sombra muy negra de la Roma imperial fueron los *espectáculos*, que apasionaban de manera increíble. El circo con las carreras (¡bien, pase!), el anfiteatro con las luchas, y el teatro con las representaciones, eran escenarios de las más abyectas inmoralidades. Las luchas de los gladiadores entre sí o con las fieras; los enemigos derrotados en las guerras y destinados en masa a las fieras en las celebraciones populares; las representaciones obscenas que divinizaban los vicios de los dioses... Y no era un día que otro lo que duraban los espectáculos en las grandes celebraciones, sino días y días seguidos, de modo que la sangre corría a torrentes en los anfiteatros. “¡Pan y espectáculos!”, era el grito consabido a los emperadores y gobernadores, los cuales habían de satisfacer todos los caprichos populares...

¿Exageraciones? No lo creamos. Los testimonios de escritores contemporáneos son espeluznantes. Aunque si el lujo de la gente alta era de un refinamiento inconcebible, es cierto que había también una parte muy sana en la sociedad. De lo contrario, no se hubiera mantenido aquel Imperio de hierro durante siglos como el dueño indiscutido del *orbe de la tierra*, ni se hubiera aceptado el Evangelio, como veremos pronto que lo hicieron muchos.

Miramos ahora al pueblo judío, disperso por todo el Imperio, y nos encontramos con una estampa diferente por completo. Aferrado a su único Dios, Yahvé, y con la Ley de

Moisés como norma de vida, no asimilaba aquellas normas paganas que podían haber sido tan seductoras. San Pablo denuncia a los judíos en la misma carta a los Romanos (2,1-29) al igual que a los paganos, pero en un sentido muy diverso. Venía a decirles: -Esos pobres gentiles pecan tanto sin una ley escrita como la tuya; pero tú, con esa tu Ley de Dios, al no cumplirla fielmente, te haces ante Dios tan responsable como los paganos.

De hecho, la mala conducta de algunos judíos era causa de escándalo especial, como les denuncia Pablo: “Predicas: No robar, ¡y robas!... Prohíbes el adulterio, ¡y adulteras!... Aborreces los ídolos, ¡y saqueas sus templos!... Tú que te glorías en la Ley, al quebrantarla deshonras a Dios. Porque, como dice la Escritura, el nombre de Dios, por vuestra causa, es blasfemado entre los gentiles” (Rm 2,21-24).

Llegará un día en que Jesús los acusará severo: “Ay de ustedes, que recorren mar y tierra para hacer un prosélito, y, cuando llega a serlo, le hacen hijo de condenación el doble que ustedes” (Mt. 23,15).

El mal de los judíos estaba en que eran celosísimos de la Ley guardada externamente, pero por dentro tributaban a Dios un culto vacío por completo de sentido. Pasaba esto entre los judíos de la diáspora como vemos por Pablo, y ocurría quizá mucho más con los judíos de Palestina, como lo sabemos de sobra por los Evangelios.

¿Todos los judíos por igual? No. Porque tanto en Palestina como en la diáspora se daban “israelitas de verdad, en los cuales no había engaño” (Jn 1,47), según la expresión de Jesús, reservados por Dios como instrumentos de salvación.

Porque en medio de tanta corrupción pagana, existía una esperanza de renovación universal. Por causa de los judíos estaba esparcida por doquier, especialmente por Oriente, la idea de la venida de un Salvador. En Roma se pensaba lo mismo. Las famosas palabras de Virgilio en su Égloga IV —un niño divino que iniciaba una era nueva, o la imagen de la Sibila presentada a César Augusto: una madre divina con un niño que surgía de la aurora como un sol sobre el mundo—, no eran ninguna profecía, sino el eco de esa creencia, manifestada mejor que nadie por el historiador pagano Tácito: “Muchos estaban convencidos de que en los escritos antiguos de los sacerdotes se anunciaba que en este tiempo prevalecería el Oriente, y, partiendo de Judea, llegaría a dominar el mundo”.

A nosotros nos basta comparar estas palabras con la pregunta de los Magos, gentiles, venidos a Belén (Mt. 2,2): “¿Dónde está el rey de los judíos que ha nacido? Pues vimos su estrella en Oriente y hemos venido a adorarlo”.

Se vislumbra ya el “momento” y el “lugar” oportunos, “la plenitud de los tiempos” calculada por Dios mejor que por nadie. A pesar de tanta idolatría, ateísmo y miseria del mundo, pronto unos rudos pastores oirán cantar por los cielos de Belén (Lc 2,14): “Gloria a Dios en las alturas y en la tierra paz a los hombres *amados* de Dios”.

4. JESUCRISTO, EL FUNDADOR DE LA IGLESIA

Se ha dicho con acierto que la Historia de la Iglesia no es otra cosa sino el desarrollo de los principios de Luz y Vida traídos por Jesucristo a la tierra. Jesucristo enseñó la VERDAD con su Doctrina y comunicó la VIDA divina con los Sacramentos; y la Iglesia que Él fundó se encarga de llevarlas con su evangelización y actividad a todos los rincones del mundo hasta el fin de los siglos.

Si miramos lo que nos enseñó el Concilio la Iglesia fue *iniciativa* de Dios **Padre**, el cual, con todos los redimidos, se está preparando para la eternidad “una Iglesia universal en su casa de Padre”, el cual va a realizar su plan por medio del **Hijo**, de cuyo costado muerto en la Cruz nace la Iglesia, a la que envía el **Espíritu Santo** en Pentecostés para que la gobierne con sus dones y la santifique con sus frutos (LG 2-4).

Iniciamos así la Historia de la Iglesia remontándonos a su origen divino, porque es obra de las Tres Divinas Personas. Sabido el misterio, pasamos a Jesucristo, el fundador de la Iglesia, el “iniciador y consumidor de nuestra fe” (Hbr 12,2). Entramos con Él en la historia visible de la Iglesia peregrina en la tierra.

Por los Evangelios y por la gracia de Dios, nosotros conocemos a Jesucristo muy bien y no hemos de narrar aquí su vida.

Jesucristo, hombre nacido de una mujer, de María Virgen, nada más iniciada su vida pública, y junto a las márgenes del Jordán, ya manifestaba la ilusión que llevaba en la mente de fundar la Iglesia. Y así, le dice a Simón, apenas lo ve por vez primera y clavando en él su mirada penetrante: “Tú eres Simón, el hijo de Juan; tú te llamarás Cefas, que quiere decir piedra” (Jn 2,42). Era una profecía y una promesa.

¿Con qué mundo se encontró Jesús en su Palestina natal al querer fundar su Iglesia? ¿Podía copiar algo de alguien, o ser original del todo?... La Iglesia que Jesucristo fundaba no se iba a basar en ningún modelo de los partidos religioso-políticos existentes en el Israel de sus días, porque ninguno se acomodaba a su plan y para nada le podían servir.

En modo alguno contaría con los **HERODIANOS**, partido puramente político, aliado de los Romanos, y que si practicaba algo de la religiosidad impuesta por la Ley era por simple oportunidad.

Con los **SUMOS SACERDOTES** del Templo, igual. Eran unos aprovechados políticos y, religiosamente, unos simples funcionarios del culto oficial.

Con los **SADUCEOS**, nada. La gente más rica. Materialistas, también apegados a Roma porque les convenía, negadores de la vida eterna. Nada más opuesto a la doctrina de Jesús.

Los **ESCRIBAS** de la Ley no se podían entender con Jesús, pues eran los mayores responsables de aquellas insoportables costumbres convertidas en ley que hacían imposible el cumplimiento de la verdadera Ley de Dios.

¿Y los **FARISEOS**, tan conocidos? Eran todo un caso. El partido religioso que dominaba en el pueblo, y con sus sueños políticos del Mesías triunfador. Es indiscutible que había entre ellos muchos muy buenos, y que se hicieron magníficos amigos de Jesús. Baste citar a Nicodemo. Pero la mayoría, ¿qué eran? Los cumplidores exactísimos de la Ley sólo por

fuera; exigentes hasta el extremo con los demás de las normas imposibles dictadas por los escribas; llenos por dentro de rapacidad, de hipocresía, la “raza de víboras”, los “sepulcros blanqueados”, definidos así por Jesús, el cual chocaba con ellos continuamente.

Quedaban los **ESENIOS**, magníficos, pero con los cuales nunca intervino Jesús ni se mezcló con ellos. Eran una especie de monjes, que vivían retirados, en vida de oración y austeridad, muy dados a Dios. No era raro entre ellos el celibato, al menos temporal. Aunque ejemplares en su conducta, Jesús será totalmente original y no va a tomar nada de ellos para su Iglesia.

El mal peor con que se encontró Jesús en su tierra de Palestina fue que se había desvirtuado el sentido de las profecías respecto del Mesías o Cristo. Los profetas hablaban del prometido descendiente de David como el iniciador de un reinado de paz, de justicia, de concordia entre todos los ciudadanos, modelo de todos los pueblos de la tierra, que mirarían con envidia a Jerusalén y acudirían a ella para tener también ellos a Yahvé como su Dios.

Pero, desde hacía más de un siglo, al verse dominados por los sirios Seléucidas y después por los Romanos, se introdujo la idea equivocada de un reinado temporal, sociopolítico, de un Mesías triunfador con hegemonía sobre todos los pueblos, sometidos a Israel.

Ante esta falsa expectativa del pueblo, Jesús se retiraba, no quería que le aclamasen las turbas ni lo atrapasen para constituirlo rey. Al ser juzgado por Pilato, el Procurador Romano, declaró sencillamente su verdad, por más que preveía las consecuencias: “Sí, yo soy rey; pero mi reino no es de este mundo” (Jn 18,36-37).

Jesús defraudaba las expectativas de todos los partidos políticos, y Roma sabía que condenaba a un hombre del todo inocente, pues no era ningún rebelde contra el Imperio.

Jesús predica, realiza milagros, se ve rodeado de turbas y cada vez se convence de la necesidad de más trabajadores que sigan un día su obra. Buen conocedor de los hombres, se pasa toda una noche en oración con el Padre barajando nombres:

-De entre tantos discípulos que me siguen, ¿a quiénes escojo? Necesito doce. Porque el nuevo Pueblo de Dios, prefigurado en el antiguo Israel, ha de estar basado sobre otros Doce, y se definen los elegidos: Pedro y Andrés, Santiago y Juan, Felipe y Bartolomé, Tomás y Mateo, Santiago el de Alfeo y Judas Tadeo, Simón el Cananeo y Judas Iscariote.

Buen organizador, Jesús establece la unión entre ellos escogiendo a uno como cabeza y jefe, el cual hará *visiblemente* las veces suyas, que es Cabeza y Jefe *invisible* porque estará en su gloria hasta que vuelva al final de los tiempos. El escogido es Simón, al que ya había llamado Cefas, y le dice solemne: “Tú eres Roca, y sobre esta roca edificaré yo MI Iglesia. Y te aseguro que todas las fuerzas del infierno no podrán contra ella” (Mt 16,18).

Antes de morir, a estos Doce, llamados Apóstoles por Él mismo (Lc 6,13), los consagró en la Última Cena confiriéndoles el poder de convertir el pan y el vino en el Cuerpo y la Sangre que en la cruz iba a entregar en sacrificio, a la vez que les daba el encargo: “Hagan esto como memorial mío” (Lc 22,19). ¿Hasta cuándo? Lo especificará un día Pablo: “Hasta que el Señor vuelva” (1Co 11, 26).

Como los apóstoles no entendían tanta palabra que Jesús les enseñaba, en aquella misma sobremesa les hacía la promesa: “Cuando venga él, el Espíritu de la verdad, les guiará hasta la verdad completa” (Jn 16,13).

Resucitado el Señor, y habiendo pagado con su sangre por el rescate de todos, les confiere a los apóstoles el poder sobre el pecado: “Reciban el Espíritu Santo. A quienes perdonen los pecados, les quedan perdonados” (Jn 20,22).

Y antes de subir al Cielo, en gesto solemne les da el último encargo: “Se me ha entregado todo poder en el cielo y en la tierra. ¡Vayan, pues! Y hagan discípulos de todas las gentes, bautizándolas en el nombre del Padre y del Hijo y del Espíritu Santo, enseñándoles a guardar todo lo que yo les he mandado. Y sepan que yo estoy con ustedes hasta el fin del mundo” (Mt 28, 18-20).

¡Vaya líder que se muestra Jesús!...

Para dar ilusión a su Iglesia, el Espíritu Santo se encargará de repartir siempre *dones carismáticos* a los creyentes.

Pero, a la vez, dará a la Iglesia la firmeza de una *institución* solidísima, con una Jerarquía unida en el que es la Roca inmovible, Pedro, el Vicario de Jesucristo, con promesa de subsistencia en sus sucesores hasta el final de los siglos.

La Iglesia estará así gobernada invisiblemente por el Espíritu Santo, nos ha dicho el Concilio, “con diversos *dones jerárquicos y carismáticos*”.

Al verla, nadie podrá dudar de que la UNICA Iglesia de Jesucristo es la que *subsiste* sobre la Roca, sobre Pedro, sobre el Papa, sucesor ininterrumpido del pescador de Galilea.

Además, con esta Institución jerárquica, por muchos que fueran los carismas personales, siempre se cumpliría su gran deseo: “¡Que todos sean uno!” (Jn 17,21).

Los Doce Apóstoles —a los que les ha confiado todos los tesoros de Luz y Vida, la VERDAD y la GRACIA, con su Doctrina y los Sacramentos— tendrán sucesores incontables, que por Jesús se jugarán incondicionalmente la vida, a fin de estar dispuestos a llevar el Evangelio a todas las gentes.

Jesucristo se demostró, al fundar su Iglesia, un organizador tan genial como sencillo.

La Iglesia, el Pueblo nuevo de Dios, “tiene como meta el Reino; como estado, la libertad de sus hijos; y como única ley, el precepto del amor”. O, como dice otro prefacio, “la Iglesia, vivificada por el Espíritu, resplandece como signo de unidad ante todos los hombres, da testimonio de Él en el mundo y abre a todos las puertas de la esperanza”.

5. LOS APÓSTOLES DE JESUS

El libro de Lucas, “Hechos de los Apóstoles”, nos va a ahorrar el describir una historia muy larga. Nos vamos a atener a algunos acontecimientos más notables, remitiendo con la cita respectiva al mismo libro de los Hechos.

Pentecostés fue la gran manifestación de la Iglesia que había nacido del costado de Cristo pendiente de la Cruz. Desde la Ascensión hasta este día, los Once permanecieron en el Cenáculo, con María, esperando el cumplimiento de la gran promesa de Jesús: la venida del Espíritu Santo.

En estos días se produjo un hecho muy significativo: la elección de Matías como Apóstol en sustitución de Judas el traidor (Hch 1,15-26). La iniciativa partió de Pedro y fue él quien se presentaba como Jefe incuestionable, admitido por todos sin discusión. Los Doce con Pedro. La Iglesia, Institución *jerárquica* desde el primer momento, antes incluso que la *carismática* de Pentecostés. Recibido el Espíritu Santo el día de Pentecostés, será también Pedro quien se dirija a la multitud como Jefe; aunque los demás Apóstoles hablarán sin distinción a todos los que llenen las explanadas del Templo, adonde debieron bajar desde el Cenáculo, pues cabía muy poca gente ante su entrada, y fueron tres mil los que se bautizaron aquel día.

Los Hechos nos narran maravillas de aquellos nuestros primeros hermanos en la fe. “Se mantenían constantes en la enseñanza de los apóstoles, en la unión fraterna, en la fracción del pan, en las oraciones”. “Todos los creyentes estaban de acuerdo, tenían todo en común y lo repartían entre todos, según la necesidad de cada uno”. “Acudían diariamente al Templo con perseverancia y con un mismo espíritu, partían el pan en las casas y tomaban el alimento con alegría y sencillez de corazón” (Hch 2,42-46). Notemos: “La fracción del pan”. ¡La Eucaristía desde el primer amanecer cristiano!...

Vemos que en Jerusalén se desarrolló una Iglesia preciosa, llamada la Iglesia *primitiva* o *apostólica*. La mayoría eran judíos. Pero hubo también muchos *prosélitos* y *temerosos de Dios* de todos los países, que tenían sus sinagogas respectivas en la Ciudad santa. Muchos de esos prosélitos se unieron a los creyentes el mismo día de Pentecostés. Hasta que un día se enzarzó la lucha de discípulos griegos, es decir no judíos, con otros prosélitos de otras sinagogas. Debía ser el año 34, unos cuatro después de la Resurrección. ¿Causa? La fe en Jesús. Parece que en la contienda no entraron discípulos judíos. El diácono Esteban arrollaba con su sabiduría y su elocuencia, hasta que, al asegurar que veía en los cielos a Jesús a la derecha de la Majestad, es decir, al confesarlo verdadero Dios, fue sacado con violencia y apedreado fuera de la ciudad, ante aquel joven Saulo que consentía como nadie en la muerte de Esteban. Era el primer mártir de Jesucristo, entre millones que le seguirán.

Todos sabemos la consecuencia inmediata que tuvo la muerte de Esteban. Se desató una persecución tremenda contra la Iglesia, alentada por Saulo más que por ningún otro. Solamente, que vino lo de Damasco. El terrible perseguidor caía frente a sus puertas ante el Señor, que se le aparecía deslumbrante: “Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?”. Y Saulo,

Pablo, se iba a convertir en el apóstol más formidable de Cristo. Desde la Resurrección de Jesús y Pentecostés, la conversión de Pablo es el hecho más trascendental que ha sucedido en la Historia de la Iglesia.

Otro acontecimiento de suma importancia ocurrió en estos primeros años, narrado en el capítulo 10 de los Hechos. Los creyentes de Jerusalén, aunque convertidos a la fe de Cristo, eran tremendamente celosos de la Ley de Moisés. Y vino el escándalo grave de Pedro, cuando en Cesarea bautizó al centurión Cornelio y a los de su familia. ¡Qué horror! ¡Admitir en la Iglesia con el bautismo a aquel militar pagano!... Pedro se defendió ante toda la asamblea: -¿Y cómo podía negar yo el bautismo a los que me escuchaban, sobre quienes Dios, adelantándose, había hecho descender el Espíritu Santo, dándoselo a ellos igual que nos lo dio a nosotros?...

Seguimos con el libro de los Hechos, y en el capítulo 11, del versículo 19 al final, nos encontramos con algo que emociona. Antioquía de Siria era en importancia la tercera ciudad del Imperio, después de Roma y de Alejandría en Egipto. Los discípulos de entre los prosélitos, aquellos de Pentecostés y los fugitivos de Jerusalén después de la muerte de Esteban, hablaban y hablaban de Jesús. Se fundó una comunidad de una fe, un fervor y un entusiasmo maravillosos. Enterados en Jerusalén, los Apóstoles enviaron a Bernabé, hombre piadoso y autorizado, para que observara, vigilase e informara después debidamente.

Y sí; Bernabé se quedó pasmado de lo que veía. No pudo más, y se fue a Tarso en busca de Pablo, el convertido. Con él, pensaba, aquella comunidad crecería hasta lo indecible. En Antioquía eran bien conocidos los judíos, pero, ¿quiénes eran los de esta nueva secta judía, tan diferentes de los anteriores? Y los paganos, para distinguir a los unos de los otros, a estos que seguían a ese Jesús que llamaban El Cristo, los llamaron por primera vez así: “cristianos”. Si a uno le saltan las lágrimas a los ojos... ¡Cristianos! Nuestro mayor orgullo.

Bernabé volvió a Jerusalén con sus informes, acompañado de Pablo. No iban con las manos vacías. Al saber el hambre de muchos discípulos —desde ahora “cristianos”— que se había echado en tiempos del emperador Claudio, iban con la bolsa llena de dinero, dado por los hermanos de Antioquía, generosos, “cada uno según sus posibilidades”. ¡Antioquía! ¡Qué Iglesia! Fundada por laicos. Aunque guiada después por Bernabé y Pablo, por Pedro, por el insigne mártir Ignacio, salido de su mismo seno.

¿Cuándo ocurrió la dispersión de los Apóstoles? No se sabe. Parece que pasado el año 42, aunque algunos, por lo visto, regresaban ocasionalmente a Jerusalén. Las vías o calzadas del Imperio, como nuestras carreteras de hoy, eran magníficas y se viajaba con facilidad. Pero, ¿quiénes marcharon y adónde fue cada uno? Los Hechos no dicen nada de ninguno. Sólo nos podemos fiar de tradiciones de Iglesias locales, algunas muy respetables. Todos, o casi todos, murieron mártires.

Pedro marchó casi seguro a Antioquía y Roma, pero volverá a Jerusalén y, con toda seguridad histórica, sabemos que acabó su vida en Roma.

Juan siguió en Jerusalén; años más tarde vivirá en las Iglesias del Asia fundadas por Pablo; posiblemente estuvo en Roma; y morirá, muy anciano, probablemente en Éfeso.

Santiago el Menor, apedreado en Jerusalén por orden del Sumo Sacerdote Anán.

Andrés predicó por los Balcanes y murió crucificado en Grecia.

Se dice de **Mateo** que predicó en Etiopía.

Judas Tadeo pudo predicar en Mesopotamia, aunque murió en el Líbano actual.

Parece que **Bartolomé** llegó hasta la India, aunque murió martirizado en Armenia.

Hay una tradición fortísima de **Tomás** como apóstol de la India.

Simón el Cananeo predicó en Persia.

De **Felipe** se cuenta que evangelizó por el Asia Menor.

Matías, el sustituto de Judas el traidor, trabajó en Etiopía, pero regresó a Judea donde murió decapitado.

Repetimos: no se puede probar todo esto documentalmente, pero sí por escritos antiguos y, sobre todo, por tradiciones venerables de las Iglesias locales respectivas.

Llegamos al año 44, y nos encontramos con un caso singular, narrado en el capítulo 12 de los Hechos. El rey Agripa manda decapitar a Santiago el Zebedeo. Viendo lo mucho que agradó a los judíos, encarcela a Pedro, el Jefe de la Iglesia, para ajusticiarlo nada más pasase la Pascua. “La Iglesia entera rogaba insistentemente por él”, y liberado de aquella manera tan misteriosa, “salió y marchó a otro lugar” (Hch 12,1 y 19).

El año 49 ó 50 se celebra el Concilio de Jerusalén, narrado ampliamente en el capítulo 15 de los Hechos. Importantísimo. No había manera de que los cristianos judíos dejaran de imponer la circuncisión a los convertidos del paganismo. Mientras que Pablo, firmísimo en su convicción, y aleccionado por los prodigios del Espíritu en sus misiones, declaraba abolida la Ley de Moisés y daba por inútil la circuncisión. En el Concilio se le dio la razón. Y, gracias a Pablo, la Iglesia tomó un rumbo totalmente distinto al que llevaba la comunidad de Jerusalén. ¡Lo que debemos a Pablo, el campeón de la libertad cristiana!...

¡Pablo! ¿Qué decimos de él?... Ya San Jerónimo, el Doctor máximo de las Escrituras, prefería callar antes que decir de Pablo pocas cosas. No vamos a narrar aquí su historia legendaria. Aparte de lo que sabemos por sus trece Cartas, lo más rico de la Biblia después de los Evangelios, no tenemos más que leer los Hechos de los Apóstoles desde el capítulo 13 al último, el 28, dedicados enteramente a su persona y a su actividad inimaginable. En Jerusalén, Antioquia y el Asia por el Oriente había completado el anuncio del Evangelio de Cristo, y ahora hacía el propósito firme, lo dice él mismo, de ir hasta España en el Occidente (R 15,19 y 23-28), para aquellos tiempos el fin de la Tierra.

Pedro y Pablo, como veremos pronto, murieron en Roma durante la persecución de Nerón y sus restos descansan en las Basílicas del Vaticano y de la Via Ostiense.

6. EL PRIMER SIGLO DE LA IGLESIA

A pesar de no ser una *historia*, sino narración de *cosas sueltas*, el libro “Hechos de Apóstoles”, de Lucas, es la mejor información que tenemos sobre la Iglesia en su primer siglo de existencia. Algunos otros acontecimientos ocurridos por entonces completarán la idea que nos hemos formado hasta ahora.

Los Apóstoles empezaron a movilizarse por los años cuarenta; permanecían en Jerusalén, aunque la Iglesia se extendió por otras partes de Palestina, como Jope donde estuvo Pedro; por Samaria, adonde fueron Pedro y Juan para ver lo que había hecho el diácono Felipe. Pero la Iglesia prosperaba poco en Judea, y los Apóstoles eran perseguidos de cuando en cuando (Hch 5,17-41), hasta que vino el martirio de Santiago por el año 44, y con ello la dispersión definitiva, aunque volvieran de cuando en cuando a Jerusalén.

El año 64 marca un hito importantísimo en la Historia de la joven Iglesia. En Roma se declaró el 18 de Julio un incendio voraz, seguido durante seis días, que causó destrozos enormes. El emperador Nerón, que estaba fuera, acudió a socorrerla, ¿o a divertirse con el grandioso espectáculo, porque quería convertir Roma en una ciudad nueva con su propia *Casa de Oro* como la joya mejor de la nueva Capital?... Pero fue inútil la presencia del emperador. De los catorce distritos de la ciudad, tres quedaron convertidos en cenizas y siete más medio deshechos. El pueblo empezó a echarle las culpas a él, que, para desviar los malos rumores, hizo correr la voz: -¡Los cristianos! ¡Los cristianos!...

Y vino la feroz persecución. Tenemos el testimonio, miles de veces repetido, del historiador pagano Tácito, que escribe:

- El emperador, para poner fin a la maledicencia pública, echó la culpa a los cristianos, gentes que tenían mala fama de delincuentes, y los castigó con penas feroces. Fueron arrestados primeramente los que se declaraban cristianos; seguidamente, una gran multitud, convicta no tanto del incendio cuanto de odio al género humano. Algunos, vestidos con pieles de fieras, fueron echados a los perros para ser despedazados; otros, crucificados o abrasados; otros, embadurnados de pez, colgados para que sirviesen de antorchas nocturnas. Nerón brindó sus jardines para el espectáculo, y, vestido de auriga, celebraba los juegos del circo en medio de la muchedumbre, guiando su carro. Pero, aun cuando se trataba de delincuentes comunes merecedores de los peores castigos, se manifestaba un sentimiento de conmiseración al saberse que perecían, no por la utilidad pública, sino por la crueldad de uno solo.

El emperador hubo de dar decreto jurídico a la persecución, que se prolongó legalmente hasta su muerte en el año 68. ¿Cuántas fueron las víctimas? Es imposible saberlo. Tácito nos ha dicho: “una gran muchedumbre”, y las mismas palabras dirá el Papa San Clemente, tercer sucesor de San Pedro.

Los espectáculos macabros descritos por Tácito se desarrollaron sobre todo en el Circo de Nerón, que llenaba gran parte de los terrenos que nosotros vemos hoy a nuestra izquierda cuando miramos de frente al Vaticano, la Plaza de San Pedro y la Basílica.

Pedro y Pablo fueron los mártires más insignes. Nadie ha puesto nunca en duda el que los dos Apóstoles sufrieron el martirio en Roma durante esta persecución. ¿En qué fecha?

No se sabe. Desde siempre se ha tenido la de Pedro el año 67, y concretamente el 29 de Junio. Aunque la preciosa capilla de Bramante diga que fue ejecutado en el Gianicolo, Pedro murió con toda seguridad “crucificado, cabeza abajo”, en el circo de Nerón y fue sepultado en la vecina necrópolis. ¿Y Pablo? Tampoco sabemos la fecha. Pero, como era ciudadano romano y no podía ser crucificado, se le aplicó una muerte legal, cortándole la cabeza a filo de espada, en el lugar alejado de la Ciudad llamado Tre Fontane, y sepultado junto a la Vía Ostiense, mucho más cerca de Roma.

Cuando vino la paz a la Iglesia el año 313, el emperador Constantino levantó las dos Basílicas, haciendo coincidir el centro de cada una sobre el lugar exacto de los sepulcros. La de Pedro en el Vaticano se derribó en el siglo dieciséis para levantar el grandioso templo actual, y Miguel Ángel centró la imponente cúpula sobre el lugar del sepulcro. La de San Pablo fue destruida por un incendio el año 1823, y la actual, grandiosa también, se centra sobre el sepulcro del Apóstol. Aunque, viene la pregunta: ¿Están realmente los sepulcros donde se dice y se ha creído siempre?...

El papa Pío XII ordenó las excavaciones en las criptas vaticanas dirigidas por arqueólogos insignes, católicos y no católicos. Dieron un resultado sensacional. Y al final del Año Santo de 1950 proclamaba oficialmente los resultados: ¡Tenemos el sepulcro de Pedro!

¿Y el de Pablo? No se han hecho las excavaciones. Pero, en la urna que lleva la inscripción “Pablo mártir”, y que nunca se ha abierto, se logró hoy con los medios modernos más avanzados introducir una honda de rayos en dicha urna, y ha aparecido algo sorprendente: fragmentos de huesos, granos de incienso, y un lino laminado en oro. Al acabar el Año de San Pablo el 28 de Junio del 2009, el papa Benedicto XVI confirmaba también, “con honda emoción”: ¡Tenemos el sepulcro de Pablo!

¿Por qué se le da tanta importancia a esto de los sepulcros de los dos Apóstoles, al de Pedro sobre todo? Porque nos aseguran que la Iglesia de Roma enlaza directamente con los Apóstoles, y, por ellos, con Jesucristo. Los herejes no pueden demostrar que enlacen con un Apóstol. Mientras que en la Iglesia Católica, el Papa, y con él todos sus obispos, enlazan ininterrumpidamente con aquel a quien dijo Jesucristo: “Sobre esta Roca edificaré mi Iglesia”. Ya en el siglo segundo, el famoso escritor Gayo desafiaba a los herejes de su tiempo:

- Tú no me puedes señalar a ningún Apóstol con el cual unir tu iglesia; mientras que yo te puedo mostrar los sepulcros —los “trofeos”— de Pedro en el Vaticano y de Pablo en la Vía Ostiense.

Durante la misma persecución de Nerón aconteció algo también muy grave en la lejana Palestina. El partido de los sicarios —como los actuales guerrilleros—, se rebelaron el año 66 contra Roma de una manera que vamos a llamar definitiva: -¡Fuera de Judea y para siempre los Romanos!... Fue el suicidio para la nación. Nerón mandó a Vespasiano, al que después sucedió al mando de las Legiones su hijo Tito, el cual en el año 70 sitió a Jerusalén y se cumplió al pie de la letra lo profetizado por Jesús (Mt 24, Mc 13, Lc 21). La crónica y descripciones de Flavio Josefo, judío al servicio de los Romanos, resultan horripilantes.

Tantos judíos como iban peregrinos a la Pascua, entraban libremente en la Ciudad, pero ya no se les dejó salir. Más de un millón estaban encerrados dentro, y el asedio durante meses fue infernal. Muchos fugitivos fueron crucificados fuera de las murallas.

La resistencia judía fue heroica, pero al fin los legionarios romanos, deshechas las tres murallas, desde la Torre Antonia lanzaron el último ataque. Tito quiso a todo trance salvar el maravilloso Templo, pero un soldado lanzó el 16 de agosto desde fuera una tea encendida, que prendió fuego a todo, y la ciudad caía en poder del romano vencedor. Según Josefo, murieron en el asedio un millón ciento diez mil judíos. Los prisioneros fueron 97.000, repartidos después por las principales ciudades del Imperio para ser lanzados a las fieras del circo, muchos condenados a las minas, y todos los demás vendidos como esclavos.

Cara a la Historia de la Iglesia, hay que decir que los cristianos, prevenidos por la profecía y consejo de Jesús, huyeron a tiempo a la ciudad de Pella, la más importante de la Decápolis en Transjordania, a unos 100 kms. al NE de Jerusalén, y allí se pudieron salvar, aunque siguieron formando comunidades fieles a las costumbres judías. Igual que otros judíos, también estos cristianos regresaron a las ruinas de Jerusalén, firmes en su fe. Sin embargo, parece que al fin desaparecieron todos. Con la destrucción de Jerusalén, la Iglesia, sin pretenderlo, se desligaba para siempre del judaísmo.

Con Domiciano, emperador desde el año 81 al 96, se desató una nueva persecución, no tan feroz como la de Nerón, pero causó también numerosos mártires. Se ha contado siempre que Juan, el único Apóstol que aún vivía, se hallaba en Roma y fue condenado a morir en una tina de aceite hirviendo, aunque salió de ella ileso. Desterrado a la isla de Patmos, escribió el Apocalipsis, con referencias claras a esta persecución de Domiciano.

Se conserva el catálogo de los obispos que siguieron a Pedro en la sede de Roma: cuatro en este siglo: San Lino, del 67 al 76; San Anacleto, del 77 al 88; San Clemente, del 89 al 97. Le seguiría en el 98 San Evaristo hasta ya entrado el siglo II.

Entre los cuatro, incluido el principio de Evaristo, consagraron a 45 obispos y a otros tantos presbíteros, para distribuirlos en muchas Iglesias, signo de que nadie discutía a Roma el privilegio de Iglesia primada.

Fue aleccionador el hecho de Corinto, la evangelizada por Pablo. Se rebelaron algunos orgullosos atrevidos para deponer a los superiores arrojándolos de sus cargos. La Iglesia de Corinto acudió a la de Roma, signo inequívoco de que la reconocía como la Iglesia Primada y al sucesor de Pedro como a Jefe supremo. San Clemente escribió una carta célebre, imponiendo su autoridad, y exhortando a todos a la humildad y la obediencia.

Caerá la Roma imperial. Pero la Roma de Pedro seguirá por siglos y milenios...

7. LAS PERSECUCIONES ROMANAS

Nos encontramos con el hecho más esplendoroso y más trágico a la vez de la Historia de la Iglesia: las persecuciones bajo el Imperio Romano, que han llenado de gloria a los siglos cristianos. Miremos su cronología y desarrollo.

En un Imperio como no ha existido otro, Roma dominaba con mano de hierro cuando se atentaba contra “la paz romana”, porque las legiones sofocaban a sangre y fuego cualquier intento de rebelión. Pero, por otra parte, practicaba un gobierno benignísimo y de magnanimidad admirable, conforme al clásico *Derecho Romano*, pues dejaba a cada pueblo el regirse por sus propias leyes, seguir libremente sus costumbres...

Sobre todo, dejaba a todos profesar *su propia religión*, y admitió como propios del Imperio a los dioses de los países conquistados, incluida entera la mitología griega con la multitud de sus divinidades, igual que los cultos misteriosos de Oriente. Su poeta Ovidio decía bellamente: “Roma es un lugar digno de que a él vayan todos los dioses”.

Yahvé, el Dios de los judíos, también era admitido; y César Augusto aceptó y hasta encargó que en el Templo de Jerusalén se sacrificara cada día un toro a costa suya rogando por el Emperador y por Roma. Pero con la idiosincrasia judía y la justa fe en Yahvé como Dios UNICO, los judíos tenían privilegios para no asociarse al culto de ningún otro dios ni al culto oficial del Imperio. Por eso no fueron jamás perseguidos a causa de su Dios.

¿Por qué entonces se desataron las persecuciones contra el cristianismo? Desde la persecución de Nerón, que ya conocemos, la religión cristiana era *ilícita*, como de gente “perversa, odiosa a todo el género humano”, decía el historiador pagano Tácito. La misma persecución de Nerón hubo de ser *legal*. Nació del pueblo la furia contra los cristianos cuando se les echó la culpa del incendio de Roma; Nerón aceptó aquel rumor maligno para salvarse él de la acusación, pero hubo de darle forma *jurídica*, y salió el *Institutum neronianum*, “la disposición de Nerón”, cifrada en esta frase imborrable: *Ut christiani non sint*. “No deben existir los cristianos”.

El único crimen era *ser cristiano*. Bastaba llevar el NOMBRE de cristiano para ser considerado un criminal. Esto hay que tenerlo presente desde el primer momento.

La ley estaba dada. Era el año 64. Y Roma actuará siempre contra los cristianos *legalmente* según este decreto, que no será abolido hasta el emperador Constantino el año 313 cuando dé la paz a la Iglesia.

Había cesado ya el año 96 la persecución de Domiciano, que también conocemos. Y vendrá pronto una interpretación, famosa por demás, sobre esta ley con el emperador Trajano, al empezar el siglo segundo. Consultado por Plinio, el Gobernador de Bitinia en el Asia Menor, sobre *cómo* aplicar la ley, el emperador le contestó:

- No se busque a los cristianos. Si uno es acusado de ser cristiano y lo niega, déjesele libre; pero si persiste en su idea, sea castigado.

Esta aplicación jurídica del gran Trajano, que parece muy benigna, resultaba en realidad espantosa, porque le ponía al cristiano en un dilema terrible: como el único crimen era el *ser cristiano*, el llevar el *nombre* de cristiano, si decía en el tribunal que sí, que era cristiano, venía la sentencia condenatoria; si decía que no, *apostataba* de Jesucristo.

Tertuliano, el tremendo abogado cuyo nombre escucharemos muchas veces, comentará certeramente: -Si son criminales, ¿por qué no los buscas? Y si son inocentes, ¿por qué los castigas?...

A esta ley se sujetarán todos los emperadores que vengan y todos los gobernadores de las Provincias, aunque después se añadirán prescripciones detalladas, algunas benignas para mitigar la ley, como la de Adriano en el año 124, el cual respondía a un gobernador:

- Que se proceda contra los cristianos según la ley. Pero si alguien los acusa falsamente, cuida tú de semejante audacia y aplica al acusador el castigo merecido.

Antonino Pío, de 138 a 161, dio varios decretos que ampliaban la benevolencia a los cristianos: “El que haga una confesión completa debe sustraerse a la tortura”. Sí; pero la ley seguía; los gobernadores actuaban por su cuenta y hubo muchos mártires. Marco Aurelio en 177 contestará igual al gobernador de las Galias: “Los que persistan en sus creencias, sean castigados; los que renieguen de ellas, puestos en libertad”. La misma benignidad que Trajano, pero fatal... Alejandro Severo, “consintió en que los cristianos siguieran”.

Al continuar la ley contra aquella religión *ilícita*, nos dice Tertuliano que se proclamaba por doquier: “De ningún modo es lícito ser cristiano”. Y como se aplicaba la ley por muchos gobernadores y magistrados, aunque no intervinieran esos emperadores más benignos, San Justino, judío convertido y mártir, pudo escribir en este tiempo: “Ya se sabe que se nos decapita y crucifica, se nos arroja a las fieras, se nos encadena, se nos atormenta con fuego y toda suerte de suplicios, sin que nada de eso nos haga vacilar en nuestra fe”.

Llegó el siglo tercero con Septimio Severo, que en el año 202 prohibía el *proselitismo*: en adelante sería ley: está prohibido *hacer y hacerse* cristianos. La persecución se dirigió precisamente contra los catecúmenos para evitar el bautismo... Durante esta persecución escribirá Clemente de Alejandría: “Diariamente vemos cómo corre ante nuestros ojos, como de una fuente, la sangre de los mártires, quemados unos, decapitados otros”. E Hipólito: “No cesan de gritar contra nosotros, y decir: ¡Que los cristianos sean exterminados de sobre la tierra, pues no es tolerable que vivan tales gentes!”. Hubo después emperadores muy condescendientes, y la Iglesia gozó de paz. Hasta que el emperador Decio (249-251) desató una terrible persecución. En ella ordenaba: “Hay que *buscar* a los cristianos”. ¡Esto ya no era la ley de Trajano que prohibía buscarlos!... Y fueron muchos los mártires, igual que bajo Valeriano (258-260).

Eran muchas las muertes, sí, pero había algo igual o peor: el sufrir la confiscación de todos los bienes; el ser desterrado sin nada o condenado a las minas; torturas y malos tratos de toda especie; la prisión en cárceles horribles... Por uno que moría, eran muchos más los que padecían todos estos males. Y algo curioso e interesante que debemos saber. La Iglesia llamaba “mártir” al que de hecho moría en el suplicio. A los demás que no morían, pero daban el testimonio de su fe con esos otros males, les llamaba “confesores”, título tan glorioso como el de mártir. Porque, en realidad, todos morían o sufrían con el mismo espíritu, como atestigua Tertuliano sobre los que comparecían ante el tribunal: “Nadie se avergüenza de ser cristiano; si se le denuncia, se gloria de ello; si es acusado, no se defiende; si se le interroga, confiesa espontáneamente; al ser condenado, da gracias”.

Tras un gran período de paz, la batalla final contra el cristianismo iba a llegar con Diocleciano (284-305). Este emperador, para defensa del enorme Imperio, lo dividió en dos: él se quedaba con el Oriente en Nicomedia y Maximiano con el Occidente en Roma. Ambos eran emperadores con el título de Augustos; y tenían cada uno un auxiliar con derecho a sucesión llamado César. Galeno era el César de Diocleciano y el de Maximiano era Constancio Cloro.

Al principio del siglo cuarto, el año 303, empezaban los decretos contra los cristianos, y en el 304 se dio el de persecución general. Los mártires sumaron miles y miles, de modo que esta persecución terrible constituyó la *Era de los Mártires*, llevada a cabo con tormentos horribles. Diocleciano y Galerio fueron despiadados hasta en Oriente, desde el Danubio y el Asia Menor hasta Egipto; Maximiano, en España, Italia y África, igual; pero Constancio Cloro toleró a los cristianos en las Galias, influenciado por su esposa Elena.

Inesperadamente, Diocleciano abdicó en el 305, obligando a hacer lo mismo a su colega Maximiano, de modo que quedaron Emperadores los dos Césares Galerio y Constancio Cloro. Este impuso en todo el Occidente la tolerancia de los cristianos, mientras que Galerio, el peor de todos los perseguidores, continuó la lucha encarnizada hasta que, antes de morir en el 311, tuvo que reconocer su fracaso y proclamar en Nicomedia: “Que los cristianos puedan seguir otra vez y hacer sus reuniones”... La guardia pretoriana proclamó en Roma emperador a Majencio, pero Constantino lo venció en el puente Milvio, quedó Emperador de Occidente, y en el 313 daba en Milán la paz a la Iglesia. No obstante, en Oriente siguió la persecución diez años más bajo Licinio, al que Constantino atacó decididamente.

Las persecuciones del Imperio Romano, iniciadas por Nerón en el año 64, cesaban para siempre en el año 323 con la derrota de Licinio conseguida por Constantino, el cual quedaba como único Augusto de todo el Imperio.

Como hemos visto, desde el 64 al 323 hubo muchos miles de “mártires”. ¿Cuántos? Es muy difícil precisar. Según muchos estudios, hay que poner al menos 100.000 y, a lo más, exagerando bastante, un máximo de 200.000. Pero de “confesores”, los que, sin sufrir la muerte, padecieron el destierro, las minas, las cárceles, la pérdida de todos sus bienes, fueron muchísimos más. Todo en el espacio de 260 años, desde Nerón hasta Licinio.

Aunque en estos 260 años hubo grandes períodos de paz para la Iglesia: unos 120 años de *tolerancia* contra 129 de *persecución*. Pero, como subsistía de hecho la ley —“los cristianos no deben existir” por su religión “ilícita”—, los mártires y confesores se dieron ininterrumpidamente durante casi estos tres siglos primeros del cristianismo.

Sin embargo, ¿quién pudo más, el fortísimo Imperio o la débil Iglesia?... Tertuliano lo expresó con frase inmortal: “La sangre de los mártires es semilla de cristianos... Tanto más nos multiplicamos cuanto más somos eliminados —“segados”— por vosotros”.

8. EL PORQUÉ Y CÓMO DE LAS PERSECUCIONES

Conocemos el inicio y el desarrollo cronológico de las Persecuciones Romanas. Viene la cuestión: ¿eran legales?

Ya vimos algo fundamental en la Roma del Imperio: las persecuciones necesitaron una base *legal*. Sin una *ley* previa hubieran sido inconcebibles. Repetimos lo que existió desde Nerón: “No deben existir los cristianos”. El único crimen era *ser* cristiano, *llamarse* cristiano, llevar el *nombre* de cristiano. Pero, ¿qué causas motivaron las persecuciones, solamente por el crimen de *ser* cristianos? Como nadie podía morir sin ser antes juzgado, en el tribunal bastaba confesar o negar que se era cristiano, para recibir sentencia condenatoria o absolutoria. Además, posteriormente, se sometió al acusado a otra prueba: el sacrificar a los dioses del Imperio, ofreciendo incienso a la estatua del Emperador. ¿Por qué?...

Se había establecido el culto oficial del Estado: a la diosa Roma y al “divus”, al “divino” Emperador. No es que se le tuviera por “diosa” a Roma ni por “dios” al Emperador, sino que tanto Roma como el Emperador encarnaban al “numen” o dios de los romanos. Esta religión oficial, instituida por César Augusto sólo con fines políticos, obligaba a las autoridades y jefes militares, pero fue decisiva después en las persecuciones contra los cristianos, pues se declaraban *ateos* al no aceptar los dioses del Imperio.

Mirando las causas de las persecuciones, debemos decir que desde el principio jugaron un doloroso papel los judíos, atestiguado por el filósofo judío, convertido y mártir San Justino, igual que por Tertuliano, que acuñó la frase famosa: “Madre de las persecuciones, las sinagogas de los judíos”. Hipólito, tomando del libro de Daniel la parábola de los dos viejos (los judíos) con Susana (la Iglesia), dice: “Los judíos de la circuncisión están empeñados en dar falso testimonio contra nosotros”, palabras escritas después del edicto de Septimio Severo contra los cristianos. Era natural esta actitud judía. Aparte de rechazar a Jesús como el Cristo, si los paganos identificaban a Jesús con Yahvé, los judíos perdían la protección que gozaban para su culto y los podían haber perseguido a ellos igual que a los cristianos.

La masa popular fue el gran causante de las persecuciones. A la alta sociedad le importaba muy poco el cristianismo. Pero el pueblo era instigado y azuzado por los sacerdotes y adivinos de las religiones orientales, porque el único Dios de los cristianos les vaciaba los templos de sus dioses y era el gran peligro para sus intereses. Esos arúspides le enseñaron al pueblo a echar la culpa a los cristianos hasta de las calamidades naturales, como narra Tertuliano: -Si no llueve o llueve demasiado, si se desborda el Tíber, si..., si..., gritan todos: “¡Los cristianos a los leones!”...

Las calumnias que corrían en el pueblo, contadas por todos los historiadores y apolo-gistas, eran causa de que todos odiaran a los cristianos y pidieran de manera constante su muerte. Interpretando a su manera las reuniones cristianas por la noche con la Eucaristía, los crímenes ordinarios conocidos por todo el mundo, eran: el ateísmo, el infanticidio con el canibalismo consiguiente, y las uniones incestuosas. Valga por todos este párrafo de Orígenes, el hijo del mártir San Leónidas: “Dicen de nosotros que, al sacrificar un niño, nos re-

partimos sus carnes; además, queriendo hacer lo que sólo se hace entre tinieblas, apagan las luces y se une cada uno con la primera que topa. Esta calumnia, por absurda que sea, prevalece entre muchísima gente, y por ella se abstienen de dirigir la palabra a un cristiano”.

El populacho, embrutecido con los espectáculos, era el que gritaba a los emperadores y gobernadores: “¡Pan y circenses!” El circo era una escuela gratis de crueldad. Se necesitaban enormes cantidades de víctimas en las cuales aplicar a la vista de todos los mayores tormentos. Hay datos fidedignos de lo que fueron algunas fiestas del circo. Una vez Nerón lanzó una enorme cantidad de soldados pretorianos a luchar contra 400 osos y 300 leones; y en las fiestas de Severo, durante siete días, se lanzaron al circo 700 fieras. ¿Imaginamos cuántas vidas humanas se necesitaban para tal cantidad de animales hambrientos?... Y esto sucedía también con los espectáculos “ordinarios” del circo, para los que las autoridades, al querer satisfacer al pueblo, encontraban víctimas fáciles y muy a mano en los cristianos.

Los tormentos más ordinarios que se exhibían incluso a la vista de todos, además de las fieras, eran la verberación —azotes con varas para los ciudadanos romanos— y la horrible flagelación para los esclavos, con látigos de correas y nervios con bolitas de plomo y escorpiones metálicos que desgarraban las carnes. Estaban las planchas de hierro rusientes. Era horrible el potro o caballete. Y no digamos la cruz, en la que se permanecía uno, dos y hasta tres días... El historiador Eusebio tiene una página espeluznante. Como los procesos eran públicos, todo el mundo los podía contemplar, y relata lo que presencié él mismo:

“Como se dio licencia universal a todo el mundo para maltratarlos, unos los molían a palos, con estacas o varas, otros los azotaban con látigos, correas o cuerdas. Porque unos, atadas atrás las manos, eran tendidos sobre el caballete y, por medio de unas poleas se les distendían todos los miembros y, seguidamente, por orden del juez, los verdugos les desgarraban con garfios todo el cuerpo, no sólo los costados, como se usa con los asesinos, sino el vientre, las piernas y hasta las mejillas; otros estaban colgados por una sola mano de un pórtico, sufriendo dolor indecible por la tensión de las articulaciones de los miembros. Otros estaban atados sin que los pies les llegaran al suelo, a fin de que con el peso del cuerpo se apretaran más las ataduras. Y todas estas torturas las soportaban no sólo mientras el gobernador les hablaba e interrogaba, sino poco menos que un día entero”... “Yo mismo, que me hallaba presente, fui testigo de ejecuciones en masa, en las que unos eran decapitados, otros quemados, de suerte que las espadas se embotaban, y los verdugos tenían que ser reemplazados de fatiga”. A todos estos y otros tormentos los llamaba el poeta Prudencio, cuando describe el martirio de San Vicente, “ars dolorum”, el arte de inventar tormentos.

Las cárceles en que eran encerrados antes de ir a los tribunales no se pueden describir. Ni las imaginamos. Era preferible la muerte a estar encerrados en ellas. Aunque muchos cristianos, hasta ser juzgados y condenados, estaban en custodia libre, eran visitados por los hermanos y, si no podían verlos, sobornaban a los custodios y llegaban los sacerdotes y diáconos, celebraban una comida fraterna, que era la Eucaristía, y les llevaban toda clase de auxilios. Hay testimonios bellísimos. Tertuliano lo dice al principio del escrito que les dirigió a los presos: unos les traen comida para el cuerpo, yo les traigo un libro para su espíritu:

“Escogidos y benditos mártires del Señor, entre los alimentos de la carne que de sus pechos amorosos les suministra en la cárcel la señora Madre Iglesia, y también la piedad de

cada uno de los fieles enviándoles algún socorro de los trabajos de sus propias manos, recibían de mi poquedad alguna cosa que sirva para alimento de sus almas”...

¿Cuáles eran los efectos de tales tormentos? Es cierto que hubo muchas apostasías: los “lapsi”, los caídos, los que se tiraban para atrás. Esto se dio sobre todo en la persecución de Decio. Hacía bastantes años que la Iglesia gozaba de paz y se había debilitado el espíritu de muchos, con una consecuencia muy grave en la Iglesia. Acabada la persecución, los cobardes apóstatas querían volver, y se originó la lucha entre los *benignos* —como el papa Cornelio y San Cipriano, mártires después los dos—, y los *rigurosos* que hasta negaban a la Iglesia el poder perdonar a los apóstatas. Naturalmente, la Iglesia podía perdonar y perdonaba cuando el renegado daba pruebas de sinceridad y después de larguísima penitencia.

El ejemplo de los mártires abría los ojos a los paganos, y de ahí tantas conversiones al cristianismo. Es precioso el testimonio del filósofo judío San Justino: “Yo mismo oí repetir todo linaje de calumnias contra los cristianos; sin embargo, al contemplar cómo iban intrépidos a la muerte y soportaban todo lo más terrible, empecé a considerar ser imposible que hombres de este temple vivieran en la maldad y en el amor del placer”. Justino lo pensó, se hizo cristiano, y murió como mártir insigne. Pocos años después de escribir eso Justino, escribía Tertuliano su desafío al Imperio: “Somos de ayer y lo llenamos todo: las ciudades, las islas, los castillos, los municipios, las audiencias, los campamentos mismos, las tribus, las decurias, el palacio, el senado, el foro: sólo les hemos dejado vacíos sus templos”.

¿Y eso de que se daban milagros en los mártires, que las fieras no los atacaban, que no sentían los tormentos, y cosas más que leemos en libros devotos?... Mentira todo. Pudo haber algunos casos, con los que Dios quiso mostrar su poder, pero el martirio era martirio, y horribles los sufrimientos. Caso ejemplar, el de San Saturnino que gritaba: “¡Cristo Señor, ayúdame!”. Y su compañero Dativo: “Socórreme te ruego, oh Cristo; ten piedad. Salva mi alma; guarda mi espíritu para que no sea confundido. Te ruego, Cristo, ¡dame paciencia!”. Aunque era un dicho familiar en la Iglesia: “Cristo está en el mártir”.

Los tribunales intentaron siempre conseguir apóstatas antes que mártires. Como le ocurrió a San Fileas. Recibida la sentencia, iba resuelto al suplicio, cuando un hermano suyo, abogado, gritó por él: “Fileas pide suspensión de la sentencia”. El juez detiene la marcha: -¿A quién has apelado? -Yo no he apelado a nadie. ¡Lejos de mí renegar de mi fe! No hagas caso del infeliz de mi hermano. Yo doy las más rendidas gracias a los emperadores y al presidente, pues por ellos soy hecho coheredero de Jesucristo...

¿Mayor elegancia cristiana?... Así fue la Iglesia de las Persecuciones Romanas.

9. LAS PERSECUCIONES. - ACTAS E HISTORIAS

¿Son cuentos lo que sabemos de los Mártires de Roma? No. Son historias rigurosamente auténticas según las Actas oficiales del Imperio. Como ejemplos, sólo algunos casos, tomados de las “Actas de los mártires” (BAC, 1968).

Las ACTAS eran oficiales, los cristianos lograban hacerse con ellas y solían añadir una breve introducción y una conclusión propia a lo que escribía el secretario del tribunal. Y las HISTORIAS que traemos son tan auténticas que no hay historiador moderno que las rechace. Lo leemos todo con verdadero placer espiritual.

Los Mártires de **Escilio**, insignificante localidad del Norte de África, constituyen un caso especial. Tienen unas ACTAS tan sencillas como bellas. Era a mitades de Julio del año 180. Un grupo de cristianos, capitaneados por Esperato, son presentados ante el tribunal del procónsul Saturnino, que les propone: -Pueden alcanzar perdón de nuestro señor, el emperador, con sólo que discurren bien... Esperato dijo: -Jamás hemos hecho mal a nadie; jamás hemos cometido una iniquidad; por lo cual, obedecemos a nuestro emperador... El procónsul Saturnino, dijo: -Nosotros juramos por el genio de nuestro señor, el emperador, y hacemos oración por su salud, cosa que también ustedes deben hacer... -Esperato dijo: -Si quisieras escucharme con tranquilidad... Saturnino dijo: -Yo no puedo prestar oídos a una explicación que consiste en vilipendiar nuestra religión; más bien, juren por nuestro señor, el emperador... Esperato dijo: -Yo no reconozco el Imperio de este mundo, sino que sirvo a aquel Dios a quien ningún hombre puede ver con estos ojos de carne. Por lo demás, yo no he robado nunca; si ejerzo algún negocio, pago puntualmente los impuestos, pues conozco a mi Señor, Rey de reyes y Emperador de todas las naciones... El procónsul Saturnino dijo a los demás: -No quieran tener parte en esta locura... Citino dijo: -Nosotros no tenemos a quien temer, sino a nuestro Señor que está en los cielos... Donata dijo: -Nosotros tributamos honor al César como a César; mas temer, sólo tememos a Dios... Vestia dijo: -¡Soy cristiana!... Segunda dijo: -Lo que soy, eso quiero ser... Saturnino procónsul dijo a Esperato: -¿No quieren un plazo para deliberar?... Esperato dijo: -En cosa tan justa, sobra toda deliberación... El procónsul Saturnino dijo: -¿Qué llevan en esa caja? -Esperato dijo: -Unos libros y las cartas de Pablo, varón justo... El procónsul Saturnino dijo: -Les concedo un plazo de treinta días para que reflexionen... -Esperato dijo de nuevo: -Soy cristiano... Y todos asintieron con él... El procónsul leyó de la tablilla la sentencia: -Esperato, Nartzalo, Citino, Donata, Vestia, Segunda y los demás que han declarado vivir conforme a la religión cristiana, puesto que habiéndoseles ofrecido facilidad de volver a la costumbre romana se han negado obstinadamente, sentencio que sean pasados a espada... Esperato dijo: -¡Damos gracias a Dios!... Nartzalo dijo: -Hoy estaremos como mártires en el Cielo. ¡Gracias a Dios!... El procónsul Saturnino dio orden al heraldo que pregonara: -Esperato, Nartzalo, Citino, Veturio, Félix, Aquilino, Letancio, Jenaro, Generosa, Vestia, Donata, Segunda, están condenados al último suplicio... Todos a una dijeron: -¡Gracias a Dios!... Y enseguida fueron degollados por el nombre de Cristo.

¿Cabe mayor sencillez y mayor autenticidad?... Así son todas las Actas.

Como HISTORIA, no encontraremos una igual que la carta de las Iglesias de Lyon y de Vienne, Sur de Francia, enviada a las Iglesias de Asia Menor, de Frigia y de Roma, des-

cribiendo el martirio de su obispo Potino y demás hermanos el año 177. El autorizado Tillemont dice: “Esta carta es el escrito más bello de la historia eclesiástica”. Y el impío y blasfemo Renán, reconoce: “Una de las piezas más extraordinarias que posee literatura alguna”. ¡Lástima que sea tan larga y no podamos transcribir más que unas líneas escuetas!

Se debió todo a un tumulto popular. ¿Y cuántos fueron los mártires? Nadie lo sabe. Muchos. “Soportaron todo un cúmulo de atropellos de la plebe, desatada en masa; se los seguía entre gritos, se los arrastraba y, despejada entre golpes, llovían piedras sobre ellos, se los encarcelaba amontonados. Llegado el gobernador, fueron llevados ante su tribunal y tratados por él con la más refinada crueldad”. El joven Vetio Epágato, abogado brillante, tomó sobre sí la defensa; el gobernador le dio la razón, pero, sospechando algo, le preguntó si él era también cristiano. -¡Sí, lo soy!... Hubo bastante. La turba se enfureció, Vetio pasó al grupo de los acusados, y todos confesaron con él su fe, sin defensa alguna.

Y vino un momento trágico. Ante los tormentos que se preparaban, “todos nos conster-namos por el temor de que algunos pudieran apostatar”. Y sí, aparecieron los cobardes y llegaron las apostasías. “De allí en adelante, los tormentos que tuvieron que soportar los santos mártires sobrepujan toda narración. La rabia de la chusma y del gobernador se desfogó en especial sobre Santo, diácono de Vienne; sobre Maturo, recientemente bautizado, pero que ya era un atleta; sobre Átalo, que había sido siempre columna de nuestra Iglesia, y, finalmente, sobre Blandina”.

Tengamos presente a Blandina, pobre esclava, pequeña, pero que no tenía de “blanda” sino el nombre, pues fue colosal, como lo reconoce la carta: “Cristo quiso mostrar por Blandina cómo lo que entre los hombres parece vil, informe y despreciable, alcanza delante de Dios grande gloria. Su señora, también entre las filas de los mártires, temió que por la debilidad de su cuerpo no tendría fuerzas para la confesión de la fe; pero Blandina se llenó de tal fortaleza, que sus verdugos, relevándose unos a otros y atormentándola con toda suerte de suplicios de la mañana a la tarde, llegaron a fatigarse y rendirse”.

“También Santo, no declaró ante el tribunal ni su propio nombre, ni ciudad de origen ni condición de esclavo o libre, sino que se limitó a decir: “¡Soy cristiano!”. De ahí que, furiosos el gobernador y los verdugos, después de mil tormentos, “le aplicaron láminas de bronce rusientes a las partes más delicadas del cuerpo, todo él convertido en una llaga y tumor, contraído y sin forma exterior de hombre”.

Al obispo Potino, de noventa años, “lo arrastraron ante el tribunal por el suelo y descar-garon sobre él una lluvia de golpes. Los que estaban cerca lo destrozaban a bofetadas y puntapiés. Finalmente fue arrojado a la cárcel donde a los dos días expiró”. Siguiéron los suplicios sobre los atletas de Cristo, que “avanzaban con caras bañadas de gloria y gracia; sus mismas cadenas las ceñían como un adorno y distinción, igual que luce una novia engalanada sus franjas recamadas de oro, a la vez que despedían el buen olor de Cristo, hasta tal punto que algunos creyeron que se habían ungido con ricos perfumes”.

Muchos de los tormentos se les aplicaron ante el tribunal, contemplados por la chusma. Después, volvían al circo. “Mauro, Santo, Blandina y Átalo fueron expuestos a las fieras para general espectáculo, dándose expresamente un día de juegos a costa de los nuestros. Mauro y Santo, como si nada hubieran sufrido antes, tuvieron que pasar una y otra vez al anfiteatro para toda escala de torturas. Restallaron otra vez los látigos sobre sus espaldas, tal como allí se acostumbra, y fueron arrastrados por las fieras. El último tormento fue el de

la silla de hierro rusiente, sobre la que dejaron socarrar los cuerpos hasta llegar a los espectadores el olor a carne quemada. Finalmente, fueron degollados”.

“Blandina, colgada en un madero, estaba expuesta para presa de las fieras, soltadas contra ella. El sólo verla colgada en forma de cruz y en fervorosa oración, infundía ánimo a los combatientes, pues contemplaban así al Cristo que fue crucificado por ellos. La llevaron de nuevo a la cárcel, guardada para otro combate”. “También Átalo, reclamado a gritos por la muchedumbre porque era persona distinguida, entró en el anfiteatro con paso firme y se le obligó a dar la vuelta con un letrero delante que decía: “Este es el cristiano Átalo”.

Durante una tregua de tiempo, muchos murieron en las terribles cárceles. Hasta que se reanudaron los espectáculos en el circo ante la muchedumbre enfurecida. Pero la gracia de Dios se manifestó espléndida en lo que era lo más temible. A vista de tanta valentía de los compañeros, muchos de los cobardes que habían renegado de la fe volvieron sobre sus pasos, la profesaban ahora con decisión, y pasaron a engrosar las filas de los mártires. “La mayor parte de los que habían abandonado la fe volvieron a entrar en el seno de la iglesia, y, otra vez concebidos, recobraron el calor vital, y, vivos y llenos de vigor, se dirigieron al tribunal”. Todos confesaron valientes la fe. Los animaba por señas Alejandro, conocido médico. Y al darse cuenta la muchedumbre de que la vuelta de los renegados se la debían a él, fue también interrogado, y respondió: ¡Soy cristiano!... El gobernador lo condenó a ser echado a las fieras en el anfiteatro junto con el noble Átalo. Pasados por una multitud de torturas, al fin fueron degollados. Antes, Átalo había sufrido la silla de hierro rusiente, “y socarrándolo todo, el vapor de grasa quemada subía hasta las narices de los espectadores”.

El gran espectáculo iban a darlo Blandina y Póntico, muchacho de quince años. Los días anteriores eran llevados al anfiteatro para que vieran los tormentos de los mártires, se acobardasen y renegaran. La muchedumbre se enfureció contra ellos. Pero Póntico, animado por Blandina, sufrió todas las torturas que ya conocemos “y al fin exhaló su espíritu”.

La última, Blandina, “jubilosa y exultante ante la muerte, como si estuviera convidada a un banquete de bodas y no condenada a las fieras . Después de los azotes, tras las dentelladas de las fieras, tras la silla de hierro rusiente, fue finalmente envuelta en una red, y soltaron contra ella un toro bravo, que la lanzó varias veces a lo alto. Fue finalmente degollada, teniendo que confesar los mismos paganos que jamás entre ellos había soportado mujer alguna tales y tantos suplicios”.

Y así miles y miles de mártires. Las Actas y las Historias sobrecogen de pavor y nos pasman. Sólo Jesucristo puede gloriarse de seguidores semejantes.

10. MÁS SOBRE LAS PERSECUCIONES Y ACTAS

La lección anterior sobre ACTAS e HISTORIAS de los Mártires llamó mucho la atención. A instancias de los alumnos, añadimos ésta otra tan bella, aunque, como la de los Mártires de Lyon, difícil de resumir por lo largo que es el original.

Perpetua y Felicitas, con su catequista Sáturo y otros compañeros, muertos en el anfiteatro de Cartago, Norte de África, el 7 de Marzo del año 203, para celebrar el natalicio del César Geta, hijo del emperador Septimio Severo, constituye una de las páginas más brillantes de las Persecuciones Romanas. Hay en ella parte de “acta”, “carta” autógrafa de Perpetua y una “relación” de testigo presencial.

Perpetua era una joven madre noble y rica, de veintidós años, con un bebé de pecho. Felicitas, humilde empleada suya, encinta con un embarazo muy adelantado. Estaban también los jóvenes Saturnino y Revocato, catecúmenos de Tuburba, a los que se añadió voluntario su catequista Sáturo, para no dejarlos solos en la lucha que les esperaba, como escribe Perpetua: “Sáturo es quien nos había edificado en la fe, y al no hallarse presente cuando fuimos prendidos, él se entregó por amor nuestro de propia voluntad”. ¡Qué formidable este Sáturo!... Detenidos en custodia libre, eran visitados por los suyos y los cristianos.

Empezamos a escuchar a Perpetua: “Cuando todavía nos hallábamos entre nuestros perseguidores, queriendo mi padre con palabras cariñosas hacerme apostatar, le dije: ‘Padre, ¿ves ese utensilio ahí?’. ‘Veo el jarro’. ‘¿Y puedes darle otro nombre que el que tiene?’. ‘No, sino jarro’. ‘Pues tampoco yo puedo llamarme con otro nombre distinto de lo que soy: cristiana’... Entonces mi padre, furioso por esta palabra, se abalanzó sobre mí con ademán de arrancarme los ojos, pero se contentó con maltratarme, vencido él con todas las razones que le sugería el diablo. En el espacio de estos pocos días fuimos bautizados, y a mí me dictó el Espíritu que no pidiera otra gracia sino la fortaleza ante lo que esperaba”.

Hasta que fueron trasladados a la cárcel de Cartago. Escribe Perpetua: “Al ser metida en la cárcel sentí gran pavor, pues jamás había experimentado tinieblas semejantes. ¡Qué día aquel tan terrible! El calor era sofocante, por el amontonamiento de tanta gente; los soldados nos trataban con brutalidad; yo, por último, me sentía atormentada por la angustia de mi niño. Entonces Tercio y Pomponio, ¡diáconos benditos!, lograron a precio de oro que se nos permitiera por unas horas salir a respirar a un lugar mejor de la cárcel. Entonces, cada uno atendía a sus propias necesidades; yo aprovechaba aquellos momentos para dar el pecho a mi niño, medio muerto ya de inanición. Por fin logré que el niño se quedara conmigo, y al punto me sentí con nuevas fuerzas y aliviada del trabajo y solicitud por el niño. Súbitamente, la cárcel se me convirtió en un palacio, de suerte que prefería morar allí antes que en ninguna otra parte”.

Perpetua tuvo una significativa visión. “Contemplé una maravillosa escalera de bronce que subía hasta el cielo; pero tan estrecha que no se podía subir sino de uno en uno, y clavados a derecha e izquierda espadas, lanzas, arpones, puñales, de modo que si uno subía descuidadamente sin mirar a lo alto, quedaba atravesado y sus carnes prendidas en las herramientas de tortura. Debajo de la escala había un enorme dragón tendido que intentaba

por todos los medios impedir que uno pudiera subir. Sáturo ya había llegado a la cima, se volvió y me dijo: ‘¡Animo, Perpetua! Te espero. Pero ten cuidado no te muerda ese dragón’. ‘No me hará daño, por el nombre de Jesucristo’... El dragón, como si me temiera, fue sacando lentamente la cabeza de debajo de la escalera y yo le pisé la cabeza al subir el primer escalón. Subí hasta arriba y vi un jardín de extensión inmensa”. Describe cómo vio a Jesucristo en forma de pastor, rodeado de miles y miles de bienaventurados. “El Pastor levantó la cabeza, me miró y me dijo: ¡Seas bienvenida, hija!, a lo que contestaron todos los circunstantes: ¡Amén! Desde aquel momento, ya no tuvimos esperanza en este mundo”.

Hasta que llegó lo inevitable. Seguimos escuchando a Perpetua: “Al cabo de unos días, mientras estábamos comiendo, se nos arrebató sin más para ser interrogados, y llegamos al foro o plaza pública, donde se congregó una muchedumbre inmensa. Subimos al estrado, todos confesaron su fe, y la última me tocó a mí. De pronto apareció mi padre con mi hijito en los brazos, y me arrancó del estrado, suplicándome: ‘Compadécete del niño chiquito!’. Y el Procurador, que tenía el *derecho de espada*, de vida o muerte: ‘Ten consideración a las canas de tu padre; ten consideración a la tierna edad del niño. Sacrifica por la salud de los emperadores’. Y yo respondí: ‘No sacrifico’. ‘Luego, ¿tú eres cristiana?’. ‘Sí, soy cristiana’. Entonces el Procurador Hilariano pronunció sentencia contra todos nosotros: condena a las fieras. Y bajamos jubilosos a la cárcel”.

Vino después lo más tierno y más trágico: ¡El niño! “Como el niño estaba acostumbrado a tomarme el pecho y permanecer conmigo en la cárcel, sin pérdida de tiempo envié al diácono Pomponio a reclamarlo a mi padre. Pero mi padre no lo quiso entregar, y, por quererlo así Dios, ni el niño echó ya de menos los pechos ni yo sentí más hervor en ellos. Así lo ordenó el Señor, para que no fuera yo atormentada juntamente con la angustia por el infante y el dolor de mis pechos”.

Se acaba el manuscrito de Perpetua, y viene la relación del testigo presencial que nos cuenta el triunfo de los mártires: “El Espíritu Santo quiso que se pusiera por escrito el combate mismo, por muy indignos que nos sintamos para describir tamaña gloria; sin embargo, vamos a cumplir un mandato de la misma mujer santísima Perpetua, contentándonos con añadir un documento sobre su constancia y sublimidad de ánimo”.

Empieza por Felicitas, “sumida en gran tristeza porque no podía morir con los demás, ‘pues la ley prohíbe ejecutar a las mujeres encinta’. Lo mismo ella que sus compañeros de martirio estaban profundamente afligidos de pensar que habían de dejar atrás a tan excelente compañera. Juntando pues los gemidos de todos, hicieron oración al Señor tres días antes del espectáculo. Terminada la oración, sobrevinieron repentinamente a Felicitas los dolores del parto. Y como ella sintiera el dolor, como puede suponerse, dijo uno de los oficiales de la prisión: ‘Si así te quejas ahora, ¿qué harás cuando seas arrojada a las fieras?’. Y ella dio la respuesta que se ha hecho célebre: “Ahora soy yo la que padezco; pero allí habrá otro en mí, que padecerá por mí, pues también yo he de padecer por él”. Nació una niña preciosa, que entregaron a una hermana cristiana. Felicitas moriría en paz.

Próximo ya el espectáculo, Perpetua, toda una dama, mujer elegante de pies a cabeza, al verse tan duramente tratados en la cárcel y tan poco presentables, se encaró con el tribu-

no: ‘¿Cómo es que no nos permites alivio ni arreglo alguno, siendo como somos reos nobilísimos, es decir, nada menos que del César, pues hemos de combatir por su fiesta?’. Avergonzado, el tribuno les permitió visitas; en la noche anterior tuvieron la cena libre, el ágape cristiano, al que asistieron muchos hermanos y en el que no pudo faltar la Eucaristía. A los paganos curiosos que les contemplaban con desprecio, se les encararon: -¿No tienen bastante con el día de mañana? Fíjense con cuidado en nuestras caras, para que nos puedan reconocer en aquel último día”.

“Brilló por fin el día de su victoria y salieron de la cárcel al anfiteatro, llenos de gran gozo. Perpetua iba con rostro iluminado y paso tranquilo, como una matrona de Cristo. Felicitas iba también gozosa de haber salido del alumbramiento para poder luchar con las fieras”. Ya ante la tribuna de Hilariano, el que los había condenado, le saludaron como los gladiadores, pero con este aviso jugoso: “Tú nos juzgas a nosotros; a ti te juzgará Dios”.

Colocados en el estrado Saturnino y Revocato, después de experimentar las garras de un leopardo, fueron atacados también por un oso. No hubo manera de que a Sáturo le atacase ni el jabalí ni el oso que le echaron, hasta que un leopardo le clavó una dentellada terrible que lo inundó de sangre e hizo estallar al público: ‘¡Buen baño! ¡Buen baño!’...

Lo de Perpetua y Felicitas fue algo especial. Al verlas desnudas, el público se tornó de repente en compasivo por la dignidad de Perpetua y al contemplar los pechos de Felicitas chorrear la leche materna. Ante los gritos de ¡Fuera, fuera!, las sacaron, y, vestidas con su túnica, las volvieron a lanzar al anfiteatro. Les soltaron una vaca brava y la primera a quien lanzó al aire fue Perpetua, que cayó de espaldas. “Apenas se incorporó sentada, recogiendo la túnica desgarrada, se cubrió el muslo, teniendo en cuenta el pudor antes que el dolor. Luego, con una aguja, se ató los cabellos dispersos, pues no era decente que una mártir muriera con la cabellera esparcida, como de luto, en el momento de su gloria. Así compuesta, se levantó, y como viera a Felicitas tumbada en el suelo, le dio la mano y la levantó”. Todos los mártires fueron llevados a la puerta *semivivaria*, para ser rematados en el *spoliarium* de los gladiadores vencidos. Perpetua, recibida en la puerta por un catecúmeno gran amigo suyo, dijo ante el estupor de todos: “¿Cuándo nos echan esa vaca que dicen?”... Sumida en oración, había recibido en éxtasis las cornadas del animal. El público enloquecido pidió que los mártires salieran, los subiesen al estrado, y los remataran a la vista de todos. El primero en subir y en morir fue Sáturo, y la última fue Perpetua, que lanzó un grito de dolor al recibir el mal pinchazo del verdugo, un novato gladiador, a quien tomó ella misma la mano y la llevó a la garganta donde había de dar el golpe.

El relator acaba así su descripción: “¡Oh fortísimos y beatísimos mártires! ¡Oh de verdad llamados y escogidos para gloria de nuestro Señor Jesucristo!”.

11. LA PERSECUCIÓN LITERARIA. LOS APOLOGISTAS

No sólo las espadas, los potros, los flagelos, las sillas de hierro rusientes, las cruces y las fieras ejercieron su triste oficio durante las Persecuciones Romanas. La pluma de los detractores fue terrible. Ante ellos, se levantaron los Apologistas, sabios y valientes defensores de la fe cristiana.

¿Quiénes eran los *apologistas*, que llenan una lección muy importante en la historia de las Persecuciones? Los cristianos eran perseguidos, juzgados y ajusticiados por la ley existente desde Nerón, y que recordamos muy bien: “Los cristianos no deben existir”. Ahora bien: Los emperadores se atenían a ella, aunque algunos de ellos, los mejores, o no la aplicaron o la suavizaron en lo posible, como Trajano, Adriano, Antonino Pío y Marco Aurelio.

Los Gobernadores eran peores, pues habían de complacer al pueblo, que reclamaba a gritos la ley para divertirse en el circo, e iba movido por la creencia de los crímenes que se atribuían a los cristianos. Porque los cristianos eran, según los historiadores paganos: unos “criminales infames” (Tácito); “criminales conforme a su nombre” (Plinio); gente “malvada”, peligrosa para la religión romana (Suetonio).

Los cuatro crímenes conocidos por todo el vulgo eran: el *ateísmo*, porque no creían en los dioses paganos; el *infanticidio*, porque mataban a niños en sus conciliábulos; el *canibalismo*, porque se comían a ese niño sacrificado en sus actos de culto; la *inmoralidad sexual*, especialmente el incesto, a la que se entregaban acabadas sus funciones sagradas nocturnas.

La primera acusación iba contra los cristianos porque despreciaban la idolatría pagana. El *ateísmo* era tal, dice el pagano Cecilio, personaje del apologista Minucio Félix, que “oigo decir que por una persuasión estúpida, adoran como cosa sagrada la cabeza de la bestia más torpe, el asno”. Y, efectivamente, se ha encontrado imagen, muy conocida en tantos libros de Historia, de cristiano adorando a Cristo clavado en la cruz con cabeza de asno, y con la leyenda en griego: “Adorando al dios verdadero”.

Por rumores vagos que tenían de la Eucaristía, dice el mismo Cecilio sobre el *infanticidio* y la *antropofagia*: “Al que va a iniciarse en sus ritos se le pone delante un niño pequeño, cubierto de harina, con lo que se engaña a los incautos. El novato, invitado a descargar unos golpes que tiene por inofensivos gracias a la capa de harina, mata al niño con heridas ocultas. Así muerta la criatura, todos, ¡qué horror!, lamen ávidamente su sangre y se distribuyen a porfía los miembros. Con esta víctima sellan su alianza; la conciencia de este crimen es prenda del mutuo silencio”.

¿Y qué sigue diciendo Cecilio sobre la *inmoralidad sexual*? Leamos: “Conocido es el banquete que celebran; de él habla todo el mundo. En día fijo se juntan a comer con todos sus hijos, hermanos y madres. Allí no hay distinción de sexos ni edades. Después de bien hartos, cuando los convidados entran en calor y el vino ha excitado entre aquellos ebrios el fuego de la pasión incestuosa, echan un pedazo de carne a un perro que tienen allí atado a un candelero más allá del alcance de la cuerda, y el animal salta impetuosamente. Derribado así el candelero y apagada la luz que pudiera ser testigo, entre impúdicas tinieblas se unen al azar de la suerte y con torpeza inconfesable”.

Ante calumnias como estas y tantas más, de escritores paganos como Frontón o Celso, el peor de todos, surgieron los *apologistas* cristianos, cultos, literaria y filosóficamente bien preparados, que escribían en defensa de la Iglesia así perseguida. Sus escritos los dirigían a los emperadores y gente distinguida, que no se creían tan fácilmente semejantes estupideces. Entre estos apologistas destacan *San Justino*, filósofo judío convertido; *Minucio Félix*, con su *Octavius*, en el que trae los párrafos anteriores puestos en boca del personaje pagano Cecilio; *Lactancio*; y, destacado como ninguno, el africano *Tertuliano*, abogado brillante, de pluma acerada, aunque tuvo la desdicha de pasarse a la secta montanista, de conocido rigor moral, y desde el 220 no apareció más en la Iglesia.

Celso, filósofo distinguido, si no fue el inventor de esas acusaciones descritas antes, fue su más acérrimo propagador, pues Orígenes escribió contra él de manera muy fuerte:

“Celso, al afirmar que los cristianos llaman “maldito” a Dios, tiene los intentos más malvados que cabe imaginar, como nacidos del odio que nos profesa, indignos de un filósofo. Me parece que Celso obra de modo parecido a los judíos al principio del cristianismo; eso de que, tras sacrificar un niño, nos repartimos sus carnes, y, acabada la ceremonia, se apagan las luces y cada uno se une con la primera que encuentra”. Esta calumnia, por absurda que parezca, se metió bien honda entre el vulgo, aunque San Justino alaba a su personaje Trifón, judío, haciéndole decir: “Todo eso que el vulgo rumorea no merece fe alguna, como aberraciones enormes de la naturaleza”.

Por poner un ejemplo de cómo respondían los apologistas cristianos a esas calumnias, valga por todas la contestación de San Justino cuando describe, en un párrafo célebre, cómo se celebraba el domingo (al que llama “día del sol” para ser entendido por los paganos) la reunión cristiana de la Palabra, de la Oración, de la Eucaristía: “El día llamado del sol se tiene una reunión en un mismo sitio de todos los que habitan en las ciudades o en los campos, y se leen los comentarios de los Apóstoles o las Escrituras de los profetas. Luego, cuando el lector ha acabado, el que preside exhorta a la imitación de estas cosas excelsas. Después nos levantamos todos a una y recitamos oraciones; y cuando hemos terminado de orar, se presenta pan, vino y agua, y el que preside eleva, según el poder que en él hay, oraciones con acciones de gracias, y el pueblo aclama diciendo: ¡Amén! Y se da y se hace participante a cada uno de las cosas eucaristizadas, y a los ausentes se les envía por medio de los diáconos”. Pasa a describir la caridad, también ridiculizada por los paganos: “Los ricos que quieren, cada uno según su voluntad, dan lo que les parece, y lo que se reúne se pone a disposición del que preside y él socorre a los huérfanos y a las viudas, y a los que por enfermedad o por cualquier otra causa se hallan abandonados, a los encarcelados, a los peregrinos, y, en una palabra, él cuida de cuantos padecen necesidad”.

Sin pretenderlo, en los tribunales se convertían los mártires en apologistas magníficos, pues respondían valientes deshaciendo las calumnias de que se les acusaba. Ya conocemos a los Mártires de Lyon, entre los cuales está Biblis, una de aquellas que renegó primero, pero que se arrepintió después y volvió a presentarse como cristiana. Aludiendo a las carnes sacrificadas a los ídolos, vendidas después en el mercado, y que los cristianos no comían por delicadeza de conciencia, echó en cara al tribunal: “¿Cómo podemos los cristianos comer a los niños, si ni tan siquiera comemos la sangre de los animales irracionales?”...

Entre los mismos paganos se daban testimonios muy favorables a los cristianos. Es célebre lo que escribió Galeno, el médico más famoso de la antigüedad:

“Los cristianos están hechos a cosas que no desdican de cualquier verdadero filósofo. Es cosa que tenemos ante nuestros propios ojos cómo desprecian la muerte, y lo mismo cómo, llevados de su pudor, se abstienen del uso de la sexualidad. Y así hay entre ellos hombres y mujeres que se abstienen de por vida de toda unión sexual. Y los hay también que en la dirección y dominio de sus pasiones, y en el más duro empeño de la virtud, han adelantado tanto que no van en nada a la zaga de los que profesan de verdad la filosofía”.

Eso, dicho por un pagano. Y ante las inmoralidades que se contaban de los cristianos, un apologista respondía a los paganos, entre los que reinaba una lujuria superlativa: “Nosotros, los cristianos, no tenemos más que o una mujer o ninguna”.

La calumnia de la inmoralidad de los cristianos quedaba desmentida por la misma conducta de los perseguidores, que, sabiendo la honestidad de la mujer cristiana, cometían el peor atropello contra ella, como les echa en cara acerbamente Tertuliano: “Prefieren llevar a nuestras vírgenes al prostíbulo para ser violadas antes que echarlas a los leones en el circo” (juega con las palabras “lenonem”, prostíbulo, y “leonem”, león).

Los apologistas podían escribir así porque eran cristianos cabales. Por poner un caso. Hemos citado a Orígenes, el portento de la Escuela de Alejandría. Su padre Leónidas, que morirá mártir, se acercaba al niño en la cuna, le descubría el pechito y le besaba como a templo del Espíritu Santo. De tal padre vendrá tal hijo. Llevado Leónidas al tribunal y a la muerte, la madre hubo de esconder toda la ropa del muchachito adolescente Orígenes porque se empeñó en escaparse de la casa para morir mártir también. Ya mayor, fue perseguido y supo escribir líneas como éstas:

“Entonces había creyentes, cuando los martirios se sufrían desde que se nacía; cuando los catecúmenos, al par que para el bautismo, se instruían para el martirio, sin sentir la más leve tentación ni turbación contra el Dios vivo de los que habían confesado la verdad hasta sufrir la muerte”.

Con los ejemplos traídos —aunque de manera tan sintética y sin citar nombres y nombres tanto de escritores paganos como de apologistas cristianos—, podemos hacer una idea de lo que fue la lucha literaria contra la Iglesia durante las Persecuciones Romanas, y lo que eran también los valientes apologistas, que se exponían a ser acusados personalmente, llevados a los tribunales y morir mártires, como le ocurrió a San Justino.

La Iglesia no fue vencida ni por los tormentos infligidos a los mártires ni por las armas de la calumnia. La Iglesia siguió inmortal.

12. CONSTANTINO Y LA PAZ DE LA IGLESIA

Después de tanta persecución vino la paz. El año 313 marca un hito señalado de lo más importante en la Historia de la Iglesia. Mucha luz con algunas sombras. Vale la pena tener presente el desarrollo de este siglo cuarto, al cual habremos de volver más de una vez en lecciones posteriores.

Desde Nerón el año 64 hasta Diocleciano y Galeno en el 311, fueron para la Iglesia 247 años terribles. Con largos periodos de paz, pero siempre por ley —“los cristianos no deben existir”— en estado de persecución bajo el Imperio más potente que ha existido. Hasta que Constantino, hijo de Constancio Cloro, y de su esposa Elena —reconocida después por la Iglesia como Santa Elena—, quedó único Emperador de Occidente, una vez vencido su opositor Majencio, elegido emperador por los pretorianos. La batalla entre los dos se libró en el puente Milvio de Roma. Uno y otro contaban con fuertes tropas, y parece que las mejores estaban a favor de Majencio.

Pero, aquí vino el asunto de la intervención del Dios de los cristianos. Constantino, pagano, pero bien educado religiosamente, estaba convencido de un Ser Supremo. ¿Y no sería éste el Dios de los cristianos?... Los escritores Eusebio, a quien Constantino se lo declaró con juramento, y Lactancio, lo narran cada uno a su manera. Siempre se ha contado según la versión de Eusebio. Antes de la batalla, Constantino vio sobre el horizonte el resplandor de una cruz, y por la noche tuvo un sueño-visión mientras escuchaba las palabras griegas: “Tuto nika”: “con esta señal vencerás”, insignia que hizo grabar en su estandarte. Mucho más sobrio, Lactancio se limita a decir que Constantino, pensando en el Cristo que adoraban los cristianos, hizo grabar en los escudos de sus soldados el anagrama de Cristo: la X con la P sobrepuesta, “Xristós”, también en griego.

¿Aceptamos semejante tradición? ¿Es pura retórica, una bonita leyenda?... Tanto Eusebio como Lactancio son muy serios. Y hoy se mantiene que sí, que algo de intervención divina hubo en el desarrollo de los acontecimientos. El caso es que Majencio fue vencido y murió ahogado en el Tíber, mientras que Constantino quedaba único Augusto de Occidente.

Y vino lo de Milán el año 313. Allí se reunía con Licinio, el Augusto de Oriente, sucesor de los terribles perseguidores Diocleciano y Galerio. Los dos Augustos dieron la paz a los cristianos. Su religión era admitida como religión de pleno derecho en el Imperio. He aquí algunos textos que se han conservado del famoso decreto:

“Nos ha placido abrogar absolutamente todas las restricciones acerca de los cristianos, restricciones odiosas, indignas de nuestra clemencia, y dejar pura y simple libertad a los que quieran practicar la religión cristiana. Hemos dispuesto además que los locales donde solían reunirse se les devuelvan gratuitamente a los cristianos, si alguno hubiese sido incautado por nuestro fisco o por algún particular. De este modo, el favor divino que en circunstancias tan graves hemos comprobado, continuará favoreciendo nuestras empresas para el bienestar público”.

Por parte de Constantino en Occidente, esta paz fue total y definitiva. Pero Licinio, una vez regresado a sus dominios de Oriente, desató una persecución sin igual contra los cristianos, en nada diferente a la de Galerio en los años anteriores.

Hubo multitud de mártires. Quizá los más señalados son los *Cuarenta de Sebaste*, que tienen una historia bellísima. Soldados de la *Legión Fulminata*, o del Rayo, se negaron a dar el culto a los dioses paganos, y fueron condenados a un suplicio terrible: en rigurosísimo invierno de Armenia en el Asia Menor, el lago que alimentaba las termas de toda ciudad romana formaba una capa sólida de hielo, y a él fueron lanzados desnudos en plena noche para morir allí congelados. Hay varias noticias legendarias, pero, aparte de Eusebio en su Historia, predicaron este martirio los Santos de aquella tierra, Efrén, Basilio y Gregorio de Nisa. Todos los condenados eran jóvenes, y escribieron cartas de despedida a sus padres, a sus novias, a sus esposas. Dicen algunas tradiciones de este martirio, que la plegaria de todos ellos era: “Cuarenta hemos entrado, que los cuarenta seamos coronados”.

Valga este martirio, acompañado por el de San Blas, obispo de la misma Sebaste, como muestra para saber lo que fue la persecución del último Augusto en Oriente, infiel al decreto de Milán firmado por él mismo. Constantino le plantó batalla a Licinio en Tracia, lo derrotó, y desde entonces, el año 323, quedaba Constantino único dueño de todo el Imperio Romano. Gran político, se dio cuenta de que el cristianismo no podía ser vencido, cuando supo sobrevivir y crecer cada día en medio de tales persecuciones durante tantos años. Era mejor aprovechar la inmensa fuerza moral que ofrecía.

Constantino favoreció a la Iglesia de todos los modos que tenía a mano. Ha sido siempre creencia que dio al Obispo de Roma, entonces el papa San Silvestre, su palacio de Letrán, y que edificó las primeras basílicas de San Juan en Letrán, de San Pedro en el Vaticano y de San Pablo en la Vía Ostiense; asimismo, las del Nacimiento en Belén y la del Santo Sepulcro en Jerusalén. Emperador único, prefirió dejar Roma y fijar su residencia en Bizancio, adonde trasladó la sede del Imperio Oriental. Construyó una ciudad bellísima, que lleva su nombre de “Constantinopla”, convertida en una nueva Roma y completamente cristiana. Es la actual Estambul. La inauguró el año 330, donde residió hasta el 337, cuando, sintiéndose mal, se trasladó a su villa imperial cerca de Nicomedia en el Asia Menor, donde murió, el día de Pentecostés, dos meses después de haber recibido el bautismo.

Hay que decir que Constantino fue un hombre providencial para la Iglesia, cuya historia cambiaba desde este momento radicalmente. La favoreció en todo, con todos los derechos civiles. Aunque no fue en todo muy acertado. Se consideraba el “obispo de fuera” para intervenir en todos los problemas y cuestiones, dejando a los obispos “de dentro” el definirse en la doctrina y el gobierno. Pero, al meterse en todo el emperador, él y sus sucesores, por buenos que fueran, hicieron que de su proceder naciera el “cesaropapismo”, fatal a lo largo de toda la Historia de la Iglesia en las diversas formas que irá tomando, es decir, la ingerencia del poder civil en la vida de la Iglesia, a la que quitaban y quitarán durante siglos su independencia, absolutamente necesaria para cumplir su misión divina.

Repartido el Imperio entre los hijos de Constantino, el año 350 quedó todo en manos de Constancio, cristiano convencido, bueno por sus golpes contra el paganismo, pero desas-

troso por su apoyo total a los herejes arrianos, de los que habremos de hablar más adelante. Hay que pensar que el Imperio seguía en su inmensa mayoría pagano, aunque la Iglesia hubiera hecho grandes progresos.

Y se llegó al año 361, cuando quedó emperador el primo de Constancio, Juliano el Apóstata, llamado así porque renegó de la fe, volvió al paganismo total, y hubiera sido terrible para la Iglesia de no haber durado tan poco su gestión. Conocía muy bien la historia anterior, y no declaró ninguna persecución sangrienta contra la Iglesia, aunque hubo mártires porque las turbas sabían que no les iban a pedir cuentas por matar a algunos cristianos. Con malicia diabólica, fue destruyendo la obra de su tío Constantino y de sus primos a favor de la Iglesia, a la que él declaró guerra total con armas peores que la espada.

Había que acabar con los “galileos”, los seguidores del “Galileo”. Restituyó todo el culto pagano. Se ganó a los judíos, a los que animó a la reconstrucción del Templo de Jerusalén, para dejar fallida la profecía de Jesús. Leyendas aparte, los escritores más serios de entonces aluden a la visión de una cruz luminosa que apareció en el cielo —¡contra ella no iba a poder!—, y las obras del Templo, por avanzadas que estuviesen, acabaron en un fracaso.

La restitución del culto pagano a Apolo de Dafnes en Antioquía le costó cara. Nadie le respondió. Al contrario, los muchísimos cristianos de la ciudad organizaron una imponente manifestación en la que recitaban para ridiculizarlo salmos de la Biblia, como el 113: “Sus ídolos son plata y oro, obra de la mano del hombre. Tienen boca y no hablan, tienen ojos y no ven, tienen orejas y no oyen, tienen narices y no huelen”. Para acabar, por si lo quería entender, seguían con el salmo 96: “Se avergüenzan los que adoran ídolos, los que se glorían en puras vanidades”. Al emprender Juliano la campaña militar contra Sapor de Persia, le alcanzó una saeta de la cual murió. Es leyenda el grito que lanzó al verla clavada en sus carnes, pero expresa la idea que se formaron de él los cristianos: “¡Venciste, Galileo!”...

Después de diversos emperadores, el general Teodosio —proclamado por sus soldados el año 379—, fue emperador de Oriente, donde, con decreto tras decreto, aniquiló por completo oficialmente al paganismo. En el 394 quedó único soberano de todo el Imperio, de Oriente y Occidente. Superando el edicto de Constantino del 313, que daba *libertad de cultos*, declaró fuera de ley al paganismo y establecía *religión oficial del Estado* al cristianismo. El triunfo de la Iglesia a lo largo del siglo IV fue total.

Teodosio murió en el 395. El Imperio se lo dividieron sus dos hijos: Arcadio el Oriente en Constantinopla, y Honorio el Occidente en Roma. El de Oriente durará hasta 1.453 cuando Constantinopla caiga en manos de los otomanos, y el de Roma hasta el 476 bajo el rey bárbaro Odoacro. El Imperio Romano habrá dejado de existir para dar paso a la nueva sociedad formada por la Iglesia.

13. PROS Y CONTRAS DE ESTOS PRIMEROS SIGLOS

En las lecciones 5-11 hemos dejado detalles muy interesantes sobre hechos de la Iglesia que vale la pena tener en cuenta. Indicaremos algunos brevemente.

Las herejías y los cismas que aparecieron en los dos o tres primeros siglos fueron peores que los tormentos y las calumnias de las Persecuciones. Dentro de la misma Iglesia se produjeron —como se reproducirán a lo largo de toda la Historia—, elementos de *autodestrucción*, pues no son otra cosa las herejías y los cismas. Estos primeros errores no fueron tan graves como los que van a venir después, pero vale la pena conocerlos.

La gnosis, o ciencia, no era propiamente ninguna herejía, y se conocía ya en tiempo de los Apóstoles, sino el empeño de elevar la revelación de Dios a las alturas de la filosofía griega para darle el cariz de *ciencia* verdadera. Era buena la intención, pero degeneró en graves errores. Por ejemplo, que había dos dioses (el *dualismo*), uno bueno, que salva al hombre; y un dios malo, causante del mal. Al primero le atribuían la salvación realizada por Cristo; al segundo, el que dio la antigua ley por Moisés.

El docetismo. Algunos gnósticos, muy acordes con la filosofía griega, despreciando el cuerpo, elemento malo que tiene aprisionada al alma, empezaron a asegurar que Cristo no tuvo un cuerpo verdadero, porque la materia es mala. Era el principio que daría origen al *docetismo*, el cual enseñaba que Cristo no tuvo un cuerpo real, sino sólo aparente. Entonces, Jesús no murió, no resucitó, y, por lo mismo, no hubo redención.

Marción, apóstata, excomulgado por su mismo padre, que era obispo, llevó su gnosis a una práctica tan rigurosa, que aseguraba: Sólo quienes vivan en perfecta continencia —¡adiós matrimonio!— y practiquen fuertes ayunos alcanzarán la vida eterna.

Montano se consideraba a sí mismo como un intérprete fiel del Espíritu Santo. Enormemente riguroso en la vida cristiana, impedía el matrimonio, aunque después suavizó la cosa y prohibió sólo las segundas nupcias. Se debía practicar un ayuno total tres días a la semana. Y lo peor: admitía que la Iglesia puede perdonar los pecados, *pero no debe ejercer este poder* para no fomentar la relajación entre los cristianos.

Manes, que decía haber recibido su doctrina por revelación de un ángel, fundó una iglesia con doce maestros y setenta y dos obispos con presbíteros y diáconos. Se iniciaban con un *bautismo* de aceite y una *cena* de pan y agua. El maniqueísmo se difundió y perduró mucho. A ella perteneció, dos siglos más tarde, San Agustín antes de su conversión.

Los ebionitas venían de lejos. Eran aquellos judíos que se convirtieron en los principios de la Iglesia, pero después la abandonaron. Al aferrarse al Dios UNICO, y decían verdad, no aceptaron por fin que Jesús era Dios como verdadero Hijo de Yahvé.

El monaquianismo, nacido en el siglo segundo, vino a ser fatal. Negaba la divinidad de Cristo, y acabó en el *arrianismo* del siglo cuarto, como veremos.

¿Y qué decir de los cismas? Los cismáticos permanecen en la fe católica, pero se separan de la Iglesia, rompiendo su *unidad*, al negar la obediencia a la autoridad, en definitiva, al Papa. Durante las Persecuciones hubo varios cismas, pero ni muy graves ni muy duraderos. Sólo hay que mencionar los de *Hipólito* y de *Novaciano*.

¿Qué ocurrió? Durante la persecución de Septimio Severo (202) hubo apostasías, e **Hipólito**, presbítero de Roma, negaba la absolución de la Iglesia a los apóstatas arrepentidos. El Papa San Calixto I recibió a los arrepentidos después que hicieron breve penitencia. Hipólito calificó al Papa de “laxista”, relajado. Y lo mismo hizo Tertuliano: “Calixto fomentó la voluptuosidad diciendo que perdonaba los pecados a todo el mundo”.

Hipólito se arrepintió, volvió a la Iglesia y después murió mártir.

El cisma de **Novaciano**, presbítero romano, fue peor. En la persecución de Decio (249-252) hubo muchos apóstatas. Como por la persecución no se pudo elegir Papa inmediatamente después de la muerte de San Fabián, se aprovechó Novaciano durante la sede vacante hasta tener nuevo Papa, y negó de modo absoluto la reconciliación a los apóstatas. San Cornelio (251-253), nuevo Papa y que también moriría mártir, concedió el perdón a todos. San Cipriano, el gran obispo y mártir de Cartago, de momento fue también riguroso, pero sin separarse del Papa. Novaciano fundó una iglesia que perduró hasta el siglo sexto, cismática y herética, pues agravó su error al asegurar: *La Iglesia no puede perdonar los pecados*.

Herejías y cismas eran lo más doloroso en la Iglesia y mucho peores que las espadas. San Ireneo, obispo y mártir de Lyon, había sido discípulo de San Policarpo, obispo y mártir de Esmirna, el cual había sido discípulo del apóstol San Juan. Pues bien, a Florido, que empezó a predicar sus errores, se le enfrentó firme San Ireneo:

- Los obispos antecesores nuestros no enseñaban lo que enseñas tú. Recuerdo a Policarpo, la gravedad de su porte, la santidad de su persona, la majestad de su rostro, igual que sus exhortaciones al pueblo. Puedo jurar ante Dios que, si el santo obispo hubiera oído tus errores, se habría tapado los oídos y exclamado según su costumbre: ¡Dios mío! ¿Por qué me has hecho vivir hasta hoy para oír semejantes cosas?... Y se cuenta que el mismo San Policarpo, en su visita al Papa San Aniceto, se encontró en las calles de Roma con el hereje Marción, el cual le dijo, al ver que no le saludaba: - ¿Es que no me conoces, o qué? -Sí que te conozco. Sé que eres el primogénito de Satanás.

Histórica del todo o no esta anécdota de Policarpo, que se ha contado siempre, refleja el sentir de la Iglesia respecto de los herejes que apostataban de su fe.

Los escritores de la Iglesia, sin la brillantez de los que vendrían después de la paz de Constantino, jugaron un gran papel en la fidelidad de los cristianos perseguidos. Ya conocemos a los Apologistas. Aparte de ellos, tenemos a los llamados *Padres Apostólicos*, porque conocieron a los mismos Apóstoles o enlazaron directamente con sus discípulos.

San Ignacio de Antioquía es algo extraordinario. Había sido discípulo de los Apóstoles. Condenado a las fieras del circo, al ser llevado en barco hasta Roma escribió unas cartas dignas de su maestro San Pablo, dirigidas a los obispos y fieles de las ciudades por las que pasaba, y están llenas de frases que se han hecho inmortales en la Iglesia:

“Soy trigo de Cristo. Voy a ser molido por los dientes de las fieras para convertirme en rico pan”...

“Procuren reunirse en el mayor número posible para la Eucaristía y para las alabanzas de Dios. Porque cuando se reúnen bastantes de ustedes se quebrantan las fuerzas de Satanás, y su poder demolidor queda deshecho con la concordia de su fe”...

“No siento placer por la comida corruptible ni por los placeres de esta vida. Sólo quiero el pan de Dios, que es la carne de Jesucristo, y por bebida quiero su sangre, que es amor incorruptible”.

Párrafos así de bellos los encontramos en los otros escritos de estos dos siglos primeros: el papa San Clemente, San Policarpo de Esmirna, Papías, Hermas, San Ireneo, el bellísimo escrito de la Didajé, que tiene esta acción de gracias para después de la Comunión:

“Así como este pan estaba antes disperso por los montes, y recogido se ha hecho uno, así se recoja tu Iglesia desde los confines de la tierra en tu Reino. Porque tuya es la honra y el poder por Jesucristo en los siglos”.

O la carta a Diogneto, que dice sobre la vida de los creyentes:

“Lo que es el alma al cuerpo, esto son los cristianos para el mundo”.

No faltó la que llamaríamos “Enseñanza superior”, debido a las grandes escuelas de Alejandría, Antioquía, Cesarea y otras, a las cuales hoy calificaríamos de Universidades. En ellas brillaron escritores como Clemente de Alejandría y, por encima de todos, Orígenes, verdadero titán y uno de los hombres más grandes que tuvo la Iglesia primitiva.

Las Catacumbas nos han llamado siempre mucho la atención cuando hemos leído u oído hablar de las Persecuciones Romanas. Son enormes subterráneos que estaban en las afueras de la ciudad de entonces, debajo de la propiedad de algún dueño o familia cuyo nombre llevaban. Solían enterrar allí a sus muertos. No las excavaron los cristianos, sino que aprovecharon las que ya eran de alguna familia cristiana o de uso común.

Al ser por ley inviolables los sepulcros, les sirvieron magníficamente a los cristianos para escapar de los perseguidores y celebrar el culto en espacios convertidos en capillas.

Después de las persecuciones siguieron siendo las catacumbas cementerio de muchos cristianos. Para la Iglesia contienen grandes tesoros de arte y son como verdaderos documentos de su historia antigua. El Papa San Dámaso (366-384) puso a muchos sepulcros de mártires epitafios admirables. Los símbolos cristianos y las pinturas que guardan son de una riqueza inmensa. Esas imágenes las podemos ver en muchos libros ilustrativos de Historia.

14. LA JERARQUÍA EN LOS TRES PRIMEROS SIGLOS

A pesar de las dificultades por las Persecuciones Romanas, la Jerarquía funcionaba de modo muy seguro en estos tres primeros siglos.

Desde el momento en que Jesucristo fundó su Iglesia sobre Pedro, la Roca, como cabeza y lazo de unión entre los Apóstoles, la Iglesia era una *Institución* que debía tener una Jerarquía como el armazón óseo de su cuerpo, o bien, con otra comparación, como el cerebro que dirigiera todos sus pasos. El Espíritu Santo, que la animaba al principio con sus carismas tan llamativos, pronto hizo que su carisma primero y principal fuera el de *gobierno*, mientras que los otros iban disminuyendo, aunque nunca se han apagado del todo en la Iglesia y han estado siempre bajo la mirada vigilante de los obispos y del Papa. Así, en la Iglesia se han visto resguardados y seguros los grandes *dones* del Espíritu Santo que han producido continuos frutos de la santidad más excelsa.

Iniciada la Iglesia en Pentecostés, se ve por los Hechos de los Apóstoles que ellos, y sólo ellos, tenían la autoridad y eran obedecidos por todos. Pero el Espíritu Santo —diríamos que por necesidad— suscitó además profetas, doctores..., y los que Pablo llama “apóstoles” y “evangelistas”, muy diferentes de los Doce y de los escritores de los Evangelios. Eran ayudantes en las comunidades, predicadores y catequistas itinerantes, calificados por el mismo Pablo como “delegados de las Iglesias, gloria de Cristo” (2Co 8,23).

Desde Pentecostés, Pedro aparece como cabeza, como jefe indiscutible e indiscutido de la Iglesia. Al saber de manera absolutamente cierta que Pedro fue martirizado en Roma y que allí está su sepulcro, a Roma dirigimos la mirada.

Tenemos el catálogo de los Papas, de todos los sucesores de Pedro, sin que falte uno en la lista. Y es curioso que desde el principio, en medio de las Persecuciones Romanas, a pesar de la autonomía de cada obispo en el territorio de su jurisdicción, y de los sínodos que celebraban los obispos de una región, todos acudían a la sede de Roma para solucionar sus problemas, para pedir consejo, para solicitar su aprobación. Basten unos ejemplos.

San Ignacio, discípulo de Pablo y sucesor de Pedro en la sede de Antioquía, que llama a la Iglesia de Roma “cabeza de caridad”. Y lo confirmará Dionisio, obispo de Corinto, que escribirá a los cristianos de Roma, bajo el Papa Sotero: “Desde los principios ustedes introdujeron la costumbre de colmar de beneficios a sus hermanos y de enviar a los pobres los socorros necesarios y medios de vida a las muchas iglesias establecidas en cada ciudad”.

San Policarpo, discípulo de Juan, y obispo de Esmirna, que acude al Papa San Aniceto para la cuestión de la Pascua.

San Cipriano, obispo de Cartago y gran autoridad en las Iglesias de África, que cede ante el Papa San Cornelio en el problema de los apóstatas arrepentidos, y que llamaba a Roma “nutriz de la unidad católica”, “porque de ella emana la unidad sacerdotal”.

San Ireneo, discípulo de San Policarpo, enlazado por lo tanto con los mismos Apóstoles, que persuade al Papa San Víctor I para que no rompa la paz con la Iglesia de Oriente por un asunto como la celebración pascual. Pero Ireneo, sobre todo, tiene unas palabras famosas que han sacado de quicio a los protestantes y racionalistas modernos:

“A esta Iglesia de Roma, por su preeminencia más poderosa, es necesario que se unan todas las iglesias, es decir, los fieles de todos los lugares; pues en ella se ha conservado siempre la tradición recibida de los apóstoles por los cristianos de todas partes”.

Y otros y otros casos. Es innegable que la Iglesia entera, desde sus comienzos, miraba a Pedro como el Vicario de Jesucristo y centro de la unidad y de la caridad cristianas.

El obispo, con plenitud del sacerdocio, era quien gobernaba la iglesia que tenía asignada y quien presidía el culto de los fieles. El obispo dirigía su Iglesia con derecho propio, no delegado del Papa, aunque siempre con los demás obispos en comunión con el Obispo de Roma, sucesor de Pedro. El obispo tiene la plenitud del sacerdocio ministerial, y es solo él quien puede imponer las manos, es decir, consagrar a otros obispos, sacerdotes y diáconos. Como vemos, en los Hechos y cartas de los Apóstoles, obispos y presbíteros eran al principio lo mismo. *Obispo* es el que vigila, el que supervisa todo; y *presbítero* era el hombre proveyecto, maduro, que bordeaba la ancianidad. Pero pronto se reservó el nombre de “Obispo” a lo mismo que significa hoy.

El presbítero, al que hoy llamamos sacerdote, lo tuvo el obispo desde el principio consigo; con delegación suya, presidía la Eucaristía y administraba los otros sacramentos. Tuvo especial importancia cuando el obispo no podía atender las comunidades alejadas del centro, en los campos sobre todo, y a los que había de llegar la celebración de la Eucaristía. Con la imposición de las manos recibía el poder de consagrar, de perdonar y de ejercer las demás funciones de la Iglesia. El origen del sacerdote hay que buscarlo en los mismos Apóstoles. San Pablo puso al frente de las Iglesias fundadas por él a obispos como Timoteo en Éfeso y Tito en Creta, con el encargo de que impusieran las manos a los elegidos como presbíteros para administrar los sacramentos y dirigir las iglesias particulares (Tt 1,4).

El diácono tenía gran importancia en la Iglesia antigua, aunque después fue perdiendo mucho en sus funciones. Volvemos sobre los Apóstoles, y vemos la institución de los Siete (Hch 6,1-6), consagrados en orden al *servicio*, nos dice el Catecismo de la Iglesia Católica (1569) con palabras del Concilio: “En el grado inferior de la Jerarquía están los diáconos, a los que se les imponen las manos para realizar un servicio y no para ejercer el sacerdocio”. En estos primeros siglos hubo diáconos muy notables en la Iglesia. El más insigne, San Lorenzo, que cuando vio se llevaban a su obispo el papa San Sixto II a matarlo, le gritó:

- Padre mío, ¿a dónde vas sin tu hijo? Tú que nunca ofreciste sacrificio sin la ayuda de tu diácono, ¿quieres ir ahora solo a la muerte?

- Queda tranquilo, hijo mío, porque te queda a ti una corona más gloriosa...

Lorenzo —que llevaba la administración de los bienes, magníficamente organizados, de la Iglesia de Roma para los pobres— moría después en la persecución de Valeriano con el célebre martirio de ser asado vivo a fuego lento sobre las parrillas.

Obispo, presbítero, diácono son los tres grados del Orden sagrado, participación, por la consagración, del único sacerdocio de Jesucristo. Pero la Iglesia, ya desde los principios que estamos historiando, añadió, según las necesidades, otros ministerios que no llevan imposición de manos, o sea, que no participan de la consagración sacerdotal. Éstos fueron, el *Subdiaconado*, hoy suprimido, para ayudar al diácono en sus variados oficios; el *Ostia-*

riado o portero, que se encargaba de las puertas de las iglesias o lugares del culto; el *Lectorado*, para lecturas en las funciones litúrgicas; el *Exorcistado*, para cuidar de los enfermos mentales y, como dice su propio nombre, para practicar los exorcismos con autoridad de la Iglesia, conferida por el obispo; el *Acolitado*, sobre todo, que ayudaba especialmente a los diáconos en el servicio de llevar la Eucaristía a los impedidos. Es célebre el caso del acólito Tarsicio (no un niño como nuestros monaguillos), que murió mártir bajo Valeriano antes que entregar los sagrados misterios que llevaba consigo. Su historia la sabemos al estar descrita por el Papa San Dámaso en su lápida sepulcral.

Los Patriarcas y los Metropolitanos eran los obispos de las Iglesias principales y con cargos importantes sobre los demás obispados. Los Patriarcas quedaron en cinco. La Iglesia de Occidente no tuvo más Patriarca que el de Roma, el Papa, mientras que en el Oriente estaban los de Alejandría, Antioquía, Constantinopla y Jerusalén. El gran problema lo creó Constantinopla, que quiso ser siempre la primera al arrogarse el título de segunda Roma. Los Metropolitanos eran los obispos de las grandes ciudades que tenían preeminencia sobre las diócesis de las ciudades menores de las Provincias. Más tarde se llamarán *Arzobispos*.

¿Eran célibes los dirigentes de la Iglesia? En un principio, ya se ve que no. Los Apóstoles, aunque fueran casados (Pedro, por ejemplo, Mc 1,31), renunciaron a convivir con sus esposas, y en el apostolado llevaban como asistente “una hermana cristiana” (1Co 9,5). Los obispos primeros eran hombres casados, pues no se podía contar con otros (1Tim 3,2). Pero, por decisión propia, y siguiendo el ejemplo y la exhortación del Señor (Mt. 19,10-12), muchos abrazaron el celibato voluntariamente y se hizo general en los pastores de la Iglesia, hasta que se convirtió en ley. Copiamos literalmente lo de un autorizado historiador:

“El celibato eclesiástico se implanta en la Iglesia latina paulatinamente. En el Imperio Romano las leyes Julia y Popea eran contrarias al celibato; por consiguiente, al principio los clérigos se escogían entre los casados. Más tarde, a los que habían sido ordenados, siendo célibes, se les prohibía contraer matrimonio. El Concilio de Elvira (300-306) obliga a vivir en continencia a todos los sacerdotes y diáconos. El celibato fue extendido también a los subdiáconos por el Papa León I (440-451). En la Iglesia Oriental se continuó con su tradición de permitir a los casados el ordenarse de sacerdotes o diáconos; pero a los sacerdotes o diáconos célibes se les prohíbe el contraer matrimonio. Los obispos deben ser elegidos siempre de entre los sacerdotes o diáconos célibes”.

Jesús, buen organizador, dejó su Iglesia bien asentada sobre fundamentos solidísimos. Él es el fundamento y cabeza *invisible* de su Iglesia (1Co 3,11; Ef 4,15; Col 2,19). Pero edificada sobre una Roca *visible*, Pedro, en quien se unen todos los obispos. Y así, ¿quién no distingue el Magisterio auténtico y Gobierno seguro de la Iglesia de Cristo?...

15. LOS SACRAMENTOS EN ESTOS SIGLOS PRIMEROS

Otra lección obligada sobre los principios de la Iglesia. Toda la espiritualidad cristiana se centraba en la Persona de Jesucristo presente en sus Sacramentos.

Hablar de Sacramentos en la primitiva Iglesia es hablar de la *santidad* de los cristianos. No eran para ellos un simple rito, sino el medio de santificación más eficaz de que disponían. Los que se querían bautizar se preparaban a conciencia durante un largo tiempo, por varios años a veces, hasta que observaban una conducta intachable como garantía de la que iban a guardar una vez bautizados. A la Eucaristía se acercaban únicamente los que no tenían mancha ante la Iglesia. La Penitencia, cuando se había pecado, era dura, muy dura, prolongada durante años y a veces hasta la muerte, porque la Iglesia había de resplandecer con una pureza eximia. El Matrimonio, tan degenerado en el paganismo romano, era un modelo de fidelidad inquebrantable. Todo esto lo vamos a ver en la simple noción que podemos presentar de cada Sacramento.

El Bautismo se administraba a los niños desde el tiempo de los Apóstoles, según San Ireneo y Orígenes; pero eso pasa desapercibido en la Historia, igual que el bautismo de los que se hallaban en trance de muerte, que lo recibían sin protocolo alguno. Lo interesante resulta ver cómo la Iglesia se multiplicaba por el bautismo de los adultos, que abrazaban la fe cristiana ante el ejemplo vivo de los mártires, de los confesores de la fe, de los cristianos ordinarios que arrastraban con su vida edificante a quienes los observaban con detención.

El Bautismo iba precedido de una preparación larga, normalmente de dos años. Era el tiempo del catecumenado —catecúmeno es lo mismo que *oyente*—, en el que los candidatos aprendían las verdades de la fe cristiana, pero, sobre todo, se ensayaban a vivir ya como cristianos hechos y derechos. Asistían a la primera parte del culto, o sea, a la lectura de la Palabra y la predicación; pero debían salir de la Iglesia antes de seguir la Eucaristía.

Cuando se acercaba la Pascua o Pentecostés, fiestas en que se celebraban los bautizos, había unos cuarenta días de preparación más intensa e inmediata. En ellos se celebraban los escrutinios y se realizaban lo que hoy llamamos las *promesas bautismales*. Al candidato se le ponía en la precisión de confesar su fe y de renunciar a la vida pagana. Por ejemplo, sabemos cómo eran las diversiones del circo, inmorales a más no poder, pero que apasionaban tanto al pueblo romano. Al candidato se le ponía en la alternativa: ‘¿Renuncias al pecado, sí o no? ¿Renuncias a Satanás, sí o no?’... Confesada la fe y demostrada la buena conducta, testimoniada por el padrino o madrina que en un principio lo había presentado a la Iglesia cuando quiso hacerse cristiano, venía la celebración en la noche pascual, presidida por el obispo y desarrollada con toda solemnidad.

En los principios, a ser posible, se hacía el Bautismo por *inmersión*, o sea, se introducía al bautizando en el agua del río, estanque, piscina o gran pila, de la que el bautizado salía como resucitado lleno de la vida de Dios. Pronto se usó, como algo más práctico, la *infusión*, o sea, el derramar el agua sobre el cuerpo, mientras se pronunciaba la fórmula tan simple como divina: “Yo te bautizo en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo”. Se añadían algunas ceremonias muy significativas, como hacer previamente al bautizando la señal de la cruz, y, una vez bautizado, vestirle la túnica blanca, signo de la nueva

vida, y que llevaba puesta, como el máximo honor, por toda la semana pascual. Así se hacía es estos tres primeros siglos durante los largos periodos de paz que gozó la Iglesia; si se declaraba persecución, todo se hacía en el secreto de las catacumbas.

Si era el obispo quien había celebrado el Bautismo, confería inmediatamente después la Confirmación. El bautizado o *neófito*, el recién nacido o *iluminado*, recibía además por primera vez la Eucaristía, por la que participaba ya plenamente de la vida de la Iglesia.

¿Qué venía después? Ya se sabía: la nueva vida. El pecado era inaceptable. Como vamos a ver en seguida al hablar de la Penitencia, a los que caían en pecados públicos se les sometía a una penitencia que era fuerte de verdad. De aquí venía ese retrasar muchos el bautismo porque no estaban decididos a llevar adelante la vida cristiana en toda su pureza, y retrasaban el bautismo durante años y algunos hasta la hora de la muerte.

Parece por demás hablar ahora de la Eucaristía. Podríamos haber guardado para aquí la descripción incomparable del mártir San Justino, a la que nos remitimos en la lección 11 sobre los Apologistas. La Eucaristía era el centro de la vida cristiana, presidida siempre por el obispo. Sabemos que los diáconos y sus ayudantes los acólitos la llevaban a los impedidos de asistir al culto.

Emociona el saber cómo la llevaban a los encarcelados condenados a muerte. Como en la ley romana el culpable era el condenado y no sus familiares y amigos, éstos iban a despedirlos antes de ser ejecutados. Los cristianos lo hacían de manera especialísima con los mártires antes de ser echados a las fieras del circo o llevados al lugar del suplicio. Por lo demás, no les era tampoco difícil sobornar a los guardias. Así es que tenían una cena fraterna que acababa con la Eucaristía. Es bellísima la despedida que el año 202 hicieron con los Mártires de Cartago: Perpetua, Felícitas, Sáturo y sus compañeros, como vimos en la lección 10. San Cipriano, el obispo mártir de Cartago, tiene este párrafo precioso sobre la Eucaristía llevada a los condenados a muerte:

“Para esto se hace la Eucaristía, para que sea protección de los que la reciben, a los que queremos ver seguros contra el enemigo, armándoles con la defensa de la santidad del Señor. Porque, ¿cómo les enseñamos e incitamos a derramar su sangre en la confesión de Cristo, si a ellos, que van a luchar, les negamos la sangre de Cristo? ¿O cómo los haremos idóneos para el cáliz del martirio, si no les damos a ellos primero el cáliz del Señor?”.

La práctica de la Penitencia de entonces nos parece hoy casi imposible. No era la Confesión tal como la hacemos ahora. Los pecados exigían penitencia pública. El obispo dictaba a los culpables la exclusión de la Iglesia, los cuales habían de mantenerse públicamente fuera, sin pasar de la puerta, hasta haber demostrado verdadero arrepentimiento del pecado y cumplido actos de reparación con oraciones, ayunos, vigiliass... El tiempo de la penitencia se medía por la gravedad del pecado. Algunos duraban mucho tiempo, hasta años, y con ciertos pecados hasta que se acercaba la muerte. Venía al fin la confesión del pecador, la *exomologuesis*: se le perdonaba y podía entrar de nuevo en la Iglesia. Había tres pecados, llamados capitales —la apostasía de la fe, el homicidio y el adulterio—, que podían ser perdonados y de hecho los perdonaba la Iglesia, pero después de penitencia muy grave. La apostasía se refería a los cobardes que durante la persecución habían renegado de la fe, o

a los *libeláticos*, que habían recibido de las autoridades el *certificado* de que habían ofrecido incienso o sacrificios a los dioses del Imperio y habían así escapado de la muerte.

Extraño cuanto queramos este rigor, pero así era. La Iglesia debía mantenerse pura. Recibido el Bautismo, no se concebía el pecado en el cristiano.

Que la Iglesia podía perdonar *todos* los pecados no lo dudaba nadie. Y los Papas como San Calixto I y San Cornelio recibieron en la Iglesia a todos los apóstatas arrepentidos. Lo malo fue que surgió una verdadera herejía que *negaba* a la Iglesia el poder perdonar. Esto desmentía a los mismos Apóstoles, pues sabemos cómo San Pablo había excomulgado y vuelto a recibir en la Iglesia a grandes pecadores (ICo 5,1-5; 2Ts 3,14-15)

El Matrimonio era un desastre en el Imperio, y vino el cristianismo a darle el valor inmenso que le impuso Jesucristo con su presencia en la Boda de Caná y su precepto inextinguible (Jn 2,1-12; Mc 10,1-12). Hablando de la Iglesia en estos primeros siglos, y entre las mismas Persecuciones, admitía como legítima la celebración del matrimonio según el Derecho Romano. No se querían matrimonios secretos, y el religioso se celebraba solemnemente en el lugar del culto y bajo la presidencia del obispo. Cómo se pensaba del matrimonio cristiano, nos lo dice de manera incomparable este párrafo bellísimo de Tertuliano:

“La Iglesia establece vuestra unión, que el sacrificio del Altar viene a robustecer, cuando por vosotros se inmola el mismo Hijo de Dios.

Los ángeles lo anuncian gozosos, y Dios Padre desde el Cielo lo confirma.

Desde ahora, juntos rezarán, juntos suspirarán, juntos se acercarán a la mesa del Señor, juntos vivirán en todo: para enseñarse, para exhortarse, para animarse y consolarse mutuamente, para pasar juntos sus tribulaciones y sus días felices.

Ambos a dos podrán provocarse, en deliciosa contienda, a ver quién ora, y quién canta y quién sirve mejor al Señor...

Y Cristo, viendo semejante armonía entre dos seguidores suyos, se alegrará y les enviará su paz. Donde estén ellos, estará Él para bendecirlos, para santificarlos, para amarlos”.

Con las Sagradas Escrituras, la vida de los Sacramentos y el heroísmo de los mártires, la Iglesia creció en medio de las horribles Persecuciones Romanas. Y no olvidemos la santidad y el celo de sus obispos, dignos de los Apóstoles. Valga por todos un San Gregorio Taumaturgo, convertido al cristianismo por el gran Orígenes en Alejandría. Pasado el 250 regresa a su patria, Neocesarea del Ponto, totalmente pagana, y es nombrado obispo. Trabaja con tesón. Y en su lecho de muerte, pregunta:

- ¿Cuántos *paganos* quedan en la ciudad?

- Diecisiete.

- ¡Gracias a Dios! Diecisiete *cristianos* había cuando me hicieron obispo de aquí.

Aquellos cristianos sabían hacer matemáticas...

16. EL MONACATO DEL SIGLO IV

Una lección especial de verdad, con una literatura antigua abundante y auténtica. Basta citar la Vida de San Antonio Abad, muerto el año 356, escrita por su discípulo y obispo de Alejandría, el gran San Atanasio. Y muchos más.

Con el edicto de Constantino el año 313 habían acabado las Persecuciones Romanas y con Teodosio el Grande, antes de morir en el 395, quedaba el paganismo fuera de ley en todo el Imperio. La Iglesia, como es natural, se extendió mucho por todas partes. Pero, ¿qué pasaba con la vida cristiana? ¿Se mantenían el fervor y la pureza anteriores? No, por desgracia. Cristianos que aflojaban en su virtud; neoconvertidos, por conveniencias; clérigos, que se volvían palaciegos; herejías, que arrancaban a muchos su fe...

Pero, ¿quiere decir esto que en la Iglesia ya no había heroísmos, que los cristianos se habían vuelto unos vulgares? ¡Ni mucho menos! Y como prueba presentamos aquí un solo argumento: los anacoretas, primeros monjes y las vírgenes cristianas.

A partir de la paz de la Iglesia, se dio el fenómeno inexplicable de los muchos miles y miles de cristianos que con vida solitaria y de penitencia sin igual llenaron los desiertos de Egipto, Palestina, Siria y Capadocia del Asia Menor. El heroísmo de los Mártires sería suplido por el heroísmo de una vida retirada totalmente del mundo, en pobreza absoluta, en castidad perfecta, en trabajo continuo, en penitencia hasta exagerada, en oración constante, con pureza intachable, expresada así: “La vida monástica es una vida angélica”.

Llegar a esa pureza no era cosa de un día ni de hombres o mujeres ilusos. Durante años habían de luchar consigo mismos, hasta que la gracia del Espíritu Santo los elevaba a las mayores alturas de la vida mística. Así lo explicó el Abad Isaías, uno de aquellos grandes maestros de la vida espiritual del desierto:

“En el camino de la virtud existen caídas, enemigos, progreso, abundancia, mediocridad, pobreza, tristeza, alegría, pena, avances, violencia. Estamos viajando hasta que llegamos al reposo... Al final, uno se ve libre de todas estas cosas. No se tiene necesidad de nada. Uno está en Dios, y Dios en él”.

Después de tantas luchas consigo mismo, de tantas tentaciones y de ataques del mismo demonio, como los de San Antonio, que fueron famosos, el monje o la virgen adquirirían una paz y unión con Dios que parecían estar ya en la bienaventuranza del Cielo.

Efecto de la debilidad humana, se cometían faltas, que se castigaban seriamente. Entre los pacomianos, había una palmera de la que colgaba el látigo. Al que cometía faltas notables, se le ataba al árbol, y desnudo de cintura arriba recibía los golpes correspondientes a la gravedad de la falta.

El anacoreta se internaba muy adentro del desierto, que no era el arenal, sino la estepa y tierras cultivables. Pero también había muchos que se instalaban en las cercanías de las grandes ciudades, aunque en soledad total. Cada uno vivía en su propia celda, una casucha que carecía de lo más elemental para la vida, pues todo el ajuar —narra el famoso Casiano que lo vio, y que después llevó el monacato al sur de Francia— constaba de una estera para dormir, una jarra para el agua, un canastillo para el pan, una alcuza de aceite, un puñado de sal, lo cual con algunas hierbas o fruta constituía todo el alimento del monje, y algunos

códices si el monje sabía leer. Con el tiempo, cambió la forma de la casa. Tenía piezas muy pequeñas, pero distintas: taller, oratorio, dormitorio, cocina, almacén y letrina.

Pronto se formaron colonias, con las casas cercanas una a la otra, y se multiplicaron después por muchas más, hasta formar grandes extensiones, que hicieron exclamar a San Atanasio: “Había tabernáculos llenos de coros divinos de hombres que cantaban salmos, estudiaban, ayunaban, oraban, gozosos en la esperanza de los bienes venideros y trabajando para hacer limosnas... Viendo las cabañas de los monjes, no se podía menos de exclamar: ¡Qué bellas son tus tiendas, oh Jacob! ¡Qué bellos tus tabernáculos, Israel!”.

Los monjes, casi en su totalidad, eran laicos, y, para los Sacramentos, las colonias tenían un presbítero que les dejaba la Eucaristía después de la Liturgia dominical. Además, cada colonia tenía como un Padre Abad, un monje anciano y muy experimentado, que servía de consejero y de guía espiritual para todos. En Nitria se levantaban a medianoche, normalmente por grupos, para orar. Al amanecer empezaban el trabajo manual. Al mediodía, una breve siesta. Hacia las tres de la tarde, la única comida del día, aunque los más austeros la retrasaban hasta las seis.

San Jerónimo, que antes de ser el gran traductor de la Biblia por orden del Papa San Dámaso había sido monje, pudo escribir con añoranza: “Para mí la ciudad es una cárcel, y la soledad un paraíso”. San Jerónimo fue un gran formador de vírgenes consagradas.

“Para hacer limosnas”. ¿Hemos caído en la cuenta de esta expresión de San Atanasio? Y es que el *trabajo* era algo esencial en la vida monástica. Porque el trabajo era un deber del hombre, una imitación de Jesucristo y un ejercicio de penitencia. El monje trabajaba siempre, alternando y uniendo la oración con el hacer esteras, componer canastas de junco y palma, tejer cuerdas o trabajar la tierra. Se vendían en las ciudades los productos, se sacaba lo justo para la vida austera del monje, y todo lo demás se repartía entre los pobres. A un anciano le preguntaron: ‘¿Qué hay que hacer para salvarse?’... El siguió tejiendo las palmas sin levantar los ojos de su trabajo, y contestó: ‘Lo que están viendo’.

Y a todo esto, ¿cuántos eran los monjes y las vírgenes consagradas? En las colonias bajo la dirección de San Antonio se contaron hasta 6.000 monjes, escribe San Atanasio. En el famoso desierto de Nitria, al sur de Alejandría, se instaló el célebre monje Ammón. Casado, vivió en continencia con su esposa, hasta que los dos, de mutuo acuerdo, abrazaron la vida eremítica. Ammón reunió tal cantidad de monjes que poblaron aquel desierto inhóspito. San Antonio admiró y quiso mucho a Ammón, al que le hizo una visita que se hizo célebre. Los monjes ammonitas se contaron hasta 5.000, y los del centro monástico Las Celdas, del mismo Ammón, pronto llegaron a los 600.

Los monjes de San Pacomio, un militar convertido, vivían la misma pobreza de todos, pero no a nivel sólo personal sino comunitario, sujeto a la obediencia de un Superior, y bajo un reglamento obligatorio. El monje de Pacomio no podía dar, prestar, recibir, destruir ni cambiar nada sin permiso. San Pacomio murió el año 346 y sus monjes, unos 3.000 entonces, llegaron después a los 5.000 y quizá a los 7.000 o más. En las afueras de Alejandría se fundaron varios monasterios de Pacomio que llegaron a albergar hasta 2.000 monjes.

¿Y las vírgenes consagradas? Tenían también sus colonias a lo largo del Nilo, y, como es natural, mucho más unidas las monjas que los solitarios anacoretas. El obispo de Oxyrin- to asegura que tenía bajo su jurisdicción, además de unos 10.000 monjes, a 20.000 vírgenes entregadas a Dios. ¡Qué cifras! Y nada decimos de los monjes que se instalaron en Palesti- na, en Siria y, sobre todo, en Capadocia del Asia Menor bajo la dirección y Regla de su fundador San Basilio el Grande y de su amigo, Obispo y Doctor, San Gregorio Nacianceno.

Podríamos pensar que el monje, retirado totalmente del mundo, era ajeno a la vida de los hombres. Sería una gran equivocación. Las personalidades más destacadas acudían en plan de consejo a los más venerables. Muchos seglares acudían en busca de dirección espi- ritual. Otros, sin más, para contemplar a aquellos hombres y mujeres y edificarse de su vi- da. Las visitas en las colonias, solamente se podían hacer de las tres a las seis de la tarde. ¡No se desentendían del mundo! Tenemos el caso de San Antonio Abad, que, dejando su inquebrantable soledad, se presentó en la persecución de Maximino Daia, año 312, ante los tribunales de Alejandría animando a los cristianos a morir valientemente por su fe. Y volvió otra vez a Alejandría para defender como un titán la verdadera fe contra los arrianos.

Se conservan muchos “apotegmas”, hasta 1.600, sentencias muy breves de los Padres del desierto con que los venerables ancianos educaban a los jóvenes o a los mismos forma- dores. Sobre el decir y no hacer, dijo el Abad Pastor: “El que enseña una cosa y no hace lo que enseña, se parece a un pozo que sacia y limpia a los demás y no puede lavarse a sí mismo. Todas las impurezas e inmundicias se quedan en él”. No decía nada...

Como aquel viejo al nuevo Superior: “Sea para ellos un *modelo*, no un legislador”. Ya estaba dicho todo...

A un anciano: -¿Qué hace para no estar nunca desanimado? -Espero la muerte cada día.

Sobre la oración: “El que ama a Dios, habla continuamente con él”. Ni todo un libro...

Y nada digamos de tantas historias encantadoras que se cuentan de los Padres del desier- to. Aquel joven: -¿Qué debo hacer para alcanzar del todo a Dios?... El santo varón lo invita a ir al río, lo mete en él hasta el fondo, sujetándole la cabeza bajo el agua, mientras el mu- chacho forcejea para salir y respirar. -¿Qué es lo que querías? -¡Aire, aire, aire! -Pues haz esto: respira continuamente a Dios, Dios, Dios...

O esta otra. Dos ancianos pasaban por el desierto de Scitia y oyen los gemidos salidos de una caverna. Entran y hallan a una virgen ya bien entrada en edad, solita y enferma. -¿Qué te pasa? -Hace treinta y ocho años que vivo sola en esta cueva sirviendo a Cristo, y nunca he visto aquí a un hombre. Dios los ha mandado para que entierren mi cuerpo.... Cierra los ojos, muere en paz, y los visitantes enterraron aquel cuerpo santo dando gracias a Dios.

Habían cesado los mártires en el siglo cuarto, pero los héroes de la Iglesia continuaban dando un testimonio cristiano de santidad excelsa y en cantidad asombrosa.

17. UN VISTAZO A LAS PRINCIPALES HEREJIAS

Hemos visto cómo un San Antonio Abad abandonaba decidido su soledad para presentarse en Alejandría como defensor de la fe católica. Con el Arrianismo comenzaban las grandes herejías de estos primeros siglos de la Iglesia. ¡Había que luchar contra ellas! En esta lección damos una síntesis de las principales.

En la lección 13 insinuamos nada más las herejías nacidas y desarrolladas durante las Persecuciones Romanas. Ahora nos metemos en las más graves que turbarán seriamente a la Iglesia de los siglos IV al VI y darán ocasión a los grandes Concilios de la antigüedad.

Y hay que empezar obligatoriamente por el **ARRIANISMO**, nombre que viene de su iniciador, Arrio, presbítero de Alejandría. ¿Qué se le ocurrió enseñar a Arrio, allá por el año 318, aunque el error venía de antes? Brevemente, para entenderlo con una sola palabra:

- Jesucristo no era Dios. Y, desde luego, tampoco el Espíritu Santo.

¿Por qué? Veamos el proceso del discurrir de Arrio y de lo que él enseñaba.

a. Dios no hay más que un Dios, UNO solo. Esto es cierto, y nadie lo discutía. Pero, ahora seguía el error.

b. Todo lo que existe fuera de Dios, que es UNICO, son criaturas de Dios, pero ninguna puede ser Dios. También esto es cierto.

c. Lo malo era que esto lo aplicaba a Jesucristo. El Verbo, la Palabra, el Hijo de Dios, era inferior al Padre, aunque parecido al Padre, y subordinado a Él. Por lo mismo, el Hijo no tenía la divinidad del Padre. No era Dios.

d. Entonces Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, era la *criatura* más excelsa, de la cual se sirvió Dios para la salvación del mundo. Elevado de tal manera, era una criatura que estaba sobre todas las demás criaturas, y hasta se le podía llamar Dios por su grandeza y su misión. Pero era una simple *criatura* y un Hijo de Dios *que no era Dios*.

¿Cuál era la consecuencia más grave de todo esto?

a. Caía por tierra el misterio de la Santísima Trinidad. Era un Dios único, que ni era Padre, porque no engendraba; ni era Hijo verdadero, porque no era engendrado, sino creado; ni tampoco había un Espíritu Santo que procediera de los dos. Las tres Personas no existían.

b. Y lo peor de todo, si Jesucristo, el Hijo de Dios hecho hombre, no era verdadero Dios, la redención fue un imposible. Simple criatura Jesucristo, no pudo pagar el rescate que Dios exigía por el pecado del mundo. La salvación no existió.

Esto hemos de decir sobre la herejía arriana. Lo malo es que se extendió por todo el Imperio como el fuego en un cañaveral. Se celebraron sínodos, y el de Alejandría en el 321 excomulgó a Arrio al permanecer terco en sus ideas. Hasta que el emperador Constantino, a propuesta del obispo Osio, patrocinaba el primer Concilio ecuménico de Nicea, el año 325, que salvó la verdad católica, aunque las luchas siguieron cada vez más fuertes. El emperador no se metía en la doctrina, *sino en la paz de la Iglesia* dentro del Imperio, por más que para lograr esa paz se inclinara a veces hacia los arrianos. En una próxima lección veremos todo lo que fue e hizo el Concilio de Nicea.

A partir del Concilio, se impuso la verdad católica en la Iglesia. Pero la lucha entre católicos y herejes, si no fuera tan rigurosamente histórica, tendría los visos de una novela o de una leyenda. Por una parte, Arrio, cada vez más obstinado, murió impenitente y trágicamente en el año 335. Por otra, San Atanasio, elegido obispo de Alejandría, se yergue en la Iglesia como uno de los mayores héroes de la Historia. Acusaciones inconcebibles, cinco veces desterrado, perseguido de mil maneras...

Muerto Constantino en el 337, de sus tres hijos que se dividieron el Imperio, Constantino fue fatal. Defendió el arrianismo, sostuvo a todos los obispos rebeldes, desterraba a los obispos fieles, e hizo que la herejía dominase una gran parte de la Iglesia. Es incalificable lo que bajo su autoridad hicieron los arrianos con el Papa Liberio y con el casi centenario Osio, obispo de Córdoba en España y campeón de los católicos. Hasta el año 379, con Teodosio como emperador, no cesará *oficialmente* la herejía arriana, por más que el arrianismo —aunque no el radical, sino el *semiarianismo*—, se prolongará muchos años más entre los pueblos bárbaros que pronto iban a invadir el Imperio

El DONATISMO fue algo anterior, aunque llenó también todo el siglo IV y siguió durando bastante después. Malo de verdad. Pues, llevado de un rigor exagerado e inaceptable, no readmitía en la Iglesia a los que habían pecado grandemente, como los apóstatas en las persecuciones, los adúlteros, los homicidas. ¿Por qué? Porque la Iglesia debía conservarse absolutamente pura. Pedían un imposible, pues el pecado, por la debilidad humana, existirá siempre, y Jesucristo dejó a su Iglesia el poder de perdonar todo pecado. El Concilio de Trento dirá, doce siglos más tarde, que Dios, aplacado por el sacrificio de Cristo en el Calvario, hecho ahora presente en el altar, perdona todos los pecados, hasta los más enormes.

Pues bien, ya a principios del siglo que historiamos, decían los donatistas: la eficacia de los Sacramentos —en este caso particular el de la Penitencia—, dependía no precisamente de Cristo, sino de la santidad del ministro, por lo cual ni perdona ni consagra un sacerdote pecador. Además, enseñaban que la Iglesia no puede tener pecadores en su seno.

El emperador Constantino, sin meterse tampoco en doctrina sino procurando la paz en la Iglesia, actuó con mano fuerte contra los donatistas; Juliano el Apóstata, readmitió y favoreció a los obispos rebeldes para meter más división en la Iglesia. Hasta el año 411 en un sínodo de Cartago no se acabó con los donatistas, que, desde su iniciador Donato, metió una verdadera revolución en toda la Iglesia, sobre todo de África.

Otra herejía que interesa mucho conocer es el **NESTORIANISMO**, por el nombre de Nestorio, obispo de Constantinopla desde el 428, a quien se le ocurrió negar a María el título de “Madre de Dios”. El pueblo se escandalizó como es de suponer.

¿En qué basaba su doctrina? Aseguraba Nestorio que Jesucristo tiene dos naturalezas distintas: es Dios y es hombre. En esto decía la verdad. Pero ponía también dos *personas* distintas: el Hijo de Dios es una Persona, y Jesús es otra persona, que están unidas sólo moralmente. La Persona del Hijo de Dios utilizó a Jesús sólo como un instrumento. Tal como hablamos hoy, para Nestorio había en Jesús dos YO: el “YO” Dios, y el “YO” hombre. No una sola Persona, un solo YO. Entonces, como María no engendró a la Divinidad eterna, sino sólo al hombre Jesús, María era la madre de Jesús, pero no la Madre de Dios. El error era fatal. Pero ya veremos cómo triunfó la verdad en el Concilio de Éfeso.

El MONOFISITISMO fue otra herejía importante, creada por Eutiques, monje de Constantinopla. ¿Qué enseñaba? Esto: en Jesús había una naturaleza divina: era Dios. Pero, al tomar la naturaleza de hombre en el seno de María, la tomó de tal manera que la naturaleza divina absorbió completamente a la humana, de modo que Jesús dejó de ser hombre verdadero. Era un puro fantasma. Tenía un cuerpo y alma sólo aparentes, pues Dios lo hacía desaparecer del todo. Venía a caer, sin quererlo, en la otra herejía llamada *docetismo*: Jesús no tenía cuerpo verdadero, ni tampoco alma humana, sino que era sólo una *apariencia* de hombre. El gran Concilio de Calcedonia, que pronto veremos, dejó clarísima y definitiva la doctrina sobre Jesús, verdadero Dios y verdadero hombre, las dos cosas a la vez.

Hasta el siglo sexto hubo otras y otras herejías, pero nos basta conocer estas principales para saber lo que fue la Iglesia antigua respecto de la Verdad revelada por Dios.

Y viene una observación muy importante. ¿Eran malos de veras los inventores de las herejías? Algunos, sí, orgullosos desde un principio; otros, no, y pudieron comenzar con buena fe sus explicaciones erróneas. Con la mejor voluntad, querían algunos explicar la revelación de Dios, y caían en muchas imprecisiones y hasta errores manifiestos.

¿Dónde estaba entonces el mal de los herejes? Muchos obispos —el Magisterio de la Iglesia, el Papa en persona, a veces hasta un Concilio—, salían al paso de esos errores o desviaciones. Si el que había iniciado el error y sus seguidores aceptaban su equivocación y se retractaban, no había pasado nada, y seguían siendo cristianos católicos fieles.

Lo malo era, ¡y esto sucedió casi siempre!, que el orgullo y la desobediencia se apoderaban de quienes habían enseñado el error; se mantenían en él contra la enseñanza de la Iglesia; se les excomulgaba incluso, se convertían en *herejes* verdaderos por su obstinación, y morían fuera de la Iglesia. Este fue y será el paradero de tantos a lo largo de la Historia.

El Papa Pablo VI explicó muy bien el desarrollo de la verdad revelada por Jesucristo, el cual prometió la asistencia del Espíritu para que nos la enseñara *toda entera*. Ante tantos misterios sobre la Persona de Jesús, y a pesar de tantos errores, la Iglesia “reflexionó, estudió, discutió, recibió para sí la luz del Espíritu Santo, y consiguió formular la doctrina *exacta*, pero siempre ilimitada y abierta, sobre el misterio de nuestro Señor Jesucristo”.

Nosotros disfrutamos hoy dentro de la Iglesia Católica esta verdad en todo su esplendor. La Persona de Jesucristo mantiene y mantendrá hasta el fin del mundo muchos misterios, que se nos revelarán plenamente en la visión de la gloria. Pero, ¿sostener hoy en la Iglesia un error sobre Jesucristo? ¡Ni por casualidad! Guiados por el Magisterio, el conocimiento de Jesús lo poseemos con toda precisión. En una dicha única.

18. LOS PRIMEROS CONCILIOS ECUMÉNICOS

Hemos llegado a un punto clave y decisivo de la Historia de la Iglesia: los Concilios Ecuménicos. No entra en la numeración el narrado en los Hechos de los Apóstoles, 15, 5-35, aunque fue de hecho el que dio la pauta a todos los que habían de venir —21 hasta ahora— a lo largo de los siglos.

Todos sabemos que el Magisterio de la Iglesia reside en los obispos en comunión con el sucesor de Pedro, y lo ejercen de manera *ordinaria* en su enseñanza de cada día. Pero, de manera *extraordinaria* lo hacen reunidos en Concilio Ecuménico o *universal* convocado por la autoridad del Papa. De aquí la importancia suma de un Concilio. Ya en los Hechos de los Apóstoles leemos esta inapreciable observación sobre aquel primer Concilio, presidido por Pedro: “Hemos decidido *el Espíritu Santo* y nosotros” (Hch 15,28). El Papa puede, a nivel personal, ejercer ese Magisterio *extraordinario* cuando a él le plazca, aunque lo hace siempre consultando a los obispos. Los Concilios llevan el nombre del lugar donde se celebran. Y se llaman *Ecuménicos* o universales si son de toda la Iglesia. El último Concilio, el de nuestros días, fue el Vaticano II (1962-1965), el número 21 de la Historia.

El Concilio de NICEA, en el año 325, es el primero de todos, convocado para tratar y condenar el *Arrianismo*, herejía que conocemos bien por la lección anterior. No asistió el Papa San Silvestre, ya muy anciano, pero envió sus delegados y después aprobó el Concilio. Eran más de 300 obispos. Comenzaba el 20 de Mayo, y acabaría el 25 de Agosto.

Miremos cómo lo narra Eusebio, obispo de Cesarea, allí presente:

“Se reunieron los más distinguidos ministros de Dios, de Europa, África y Asia. Una sola casa de oración, como si hubiera sido ampliada por obra de Dios, cobijaba a sirios y cilicios, fenicios y árabes, tebanos y libios. Había también un obispo persa, y tampoco faltaba un escita en la asamblea. El Ponto, Galacia, Panfilia, Capadocia, Asia y Frigia enviaron a sus obispos más distinguidos, junto a los que vivían en las zonas más recónditas de Tracia, Macedonia, Acaya y el Epiro. Hasta de la misma España, uno de gran fama, Osio de Córdoba, se sentó como miembro de la gran asamblea. El Obispo de la ciudad imperial, Roma, no pudo asistir debido a su avanzada edad, pero sus presbíteros lo representaron”.

El 19 de Junio fue el día cumbre, cuando fijaron la fórmula del Credo:

“Creemos en un Dios Padre Todopoderoso, hacedor de todas las cosas visibles e invisibles. Y en un Señor Jesucristo, el Hijo de Dios; engendrado como el Unigénito del Padre, es decir, de la sustancia del Padre, Dios de Dios; luz de luz; Dios verdadero de Dios verdadero; engendrado, no hecho; consubstancial al Padre; mediante el cual todas las cosas fueron hechas”.

Y seguía la tremenda amenaza y excomunión:

“Pero quienes declaren: ‘Hubo un tiempo cuando Él no fue’ y ‘Él no fue antes de ser creado’; y ‘Fue creado de la nada’ o ‘El es otra sustancia’ o ‘esencia’, o ‘El Hijo de Dios fue creado’, o ‘cambiable’, o ‘alterable’, son condenados por la Santa Iglesia, Católica y Apostólica”.

¿Dónde estuvo la clave de todo? En la palabra griega “homoúsios”: **con-sustancial**. Los arrianos decían del Hijo que era “hecho”, “creado”, como todas las demás cosas. ¡Fal-

so! Los Padres conciliares se mantuvieron firmes, y la declaración final fue la que hemos visto: El Hijo es Dios en todo igual que el Padre, que lo engendra, de la misma sustancia, de la misma naturaleza. ¡Un solo Dios con el Padre!

Con-sustancial. Si decía “con” significaba que el Hijo era “otra” Persona. Y si decía “sustancial”, significaba a su vez que era “el mismo Dios”.

Los Padres aceptaron y firmaron entusiasmados la fórmula. Sólo se negaron cinco, que al fin quedaron reducidos a dos, los cuales fueron excomulgados y después desterrados por el emperador con acto meramente civil. Arrio, como no era obispo, no asistía a las sesiones. Sus escritos fueron condenados, sus libros arrojados al fuego y él fue desterrado.

La fórmula del Concilio de Nicea no mencionaba al Espíritu Santo, negada también por los arrianos. Por eso, la fórmula completa y definitiva la determinó otro Concilio posterior, el Primero de **CONSTANTINOPLA** el año 381, segundo Concilio ecuménico, que nos la dejará en el llamado *Credo niceno-constantinopolitano*, y que rezamos todavía hoy con tanto gozo y seguridad, fijada para siempre la doctrina trinitaria:

“Creo en un solo Dios, Padre todopoderoso, Creador del cielo y de la tierra, de todo lo visible y lo invisible. Creo en un solo Señor, Jesucristo, Hijo único de Dios, nacido del Padre antes de todos los siglos: Dios de Dios, Luz de Luz, Dios verdadero de Dios verdadero, engendrado, no creado, de la misma naturaleza del Padre; por quien todo fue hecho”... “Creo en el Espíritu Santo, que procede del Padre y del Hijo, que con el Padre y el Hijo recibe una misma adoración y gloria”.

Arrio y el astuto obispo de Nicomedia encendieron la oposición postconciliar, y la herejía siguió bajo el emperador Constancio con luchas tan inconcebibles, que San Jerónimo escribió dolorido: “el mundo despertó como de un profundo sueño y se encontró con que se había vuelto arriano”. Por la lección anterior sabemos que duró muchos años.

El Concilio de ÉFESO, del año 431, nos interesa mucho. Había que condenar el *nestorianismo*, herejía que ya conocemos también. El pueblo cristiano mantenía viva y recta la fe católica: Jesús, era Dios y hombre, y basta. Con esto tenía bastante. Pero esta vez fue el pueblo el gran héroe de la verdad. Nestorio, obispo de Constantinopla, mantenía en Cristo DOS personas, una la del Hijo de Dios y otra la del hombre Jesús, e hizo predicar a un sacerdote de su confianza que María no era la “Theotókos”, la “Madre de Dios”, sino sólo la “Kristotókos”, es decir, la “Madre de Cristo”. ¡La que se armó!...

Quedaron al descubierto las intrigas que Nestorio había suscitado en toda la Iglesia con sus continuas cartas. Aunque condenado ya por el papa San Celestino, a quien acudió el obispo de Alejandría San Cirilo “por la tradición de acudir a Roma para las cuestiones graves en materia de fe”, no hubo más remedio que convocar el Concilio de Éfeso, que había de presidir el mismo San Cirilo junto con los tres delgados del Papa.

El Concilio estuvo lleno de peripecias desde el principio hasta el fin. Cirilo tenía plenos poderes del Papa, y antes de que llegaran sus delegados se tuvo una sesión —aceptada y firmada después por los delgados papales— en la cual se leyó toda la doctrina que el papa San Celestino había proclamado en un sínodo de Roma, condenando la enseñanza de Nestorio, el cual quedaba solemnemente depuesto. La verdad brillaba en todo su esplendor:

Jesucristo tiene dos naturalezas: es Dios y es hombre, pero *en una sola Persona*, que es divina, que es Dios. Entonces, María es verdadera “Theotócos”, es la “Madre de Dios”.

Es bien sabido el hecho plenamente histórico. Era el 22 de Junio. La sesión se había alargado mucho y era ya de noche. El pueblo estaba aguardando afuera la decisión de los Padres Conciliares. Al saberse su resolución, estalló el gentío en un entusiasmo delirante. A la luz de las antorchas, y en desfile triunfal, acompañaron a los obispos a sus domicilios proclamando a todos los vientos a “Santa María, Madre de Dios”...

Otro Concilio, el de CALCEDONIA en el año 451, tiene un significado trascendental. Estuvo lleno de unos incidentes y de unas luchas entre los obispos herejes y los ortodoxos que parecen increíbles, sobre todo con un concilio previo que no lo reconoció el papa San León Magno, el cual lo llamó con el nombre que ha pasado a la Historia: “El latrocinio de Éfeso” o “Junta de ladrones”. El verdadero Concilio se celebró en Calcedonia, Asia Menor, al que acudieron unos 600 obispos. Iba todo contra el “Monofisitismo” que ya conocemos.

Vino la proclamación de la fe, que no fue sino la lectura de la famosa carta escrita por el papa San León Magno: En Jesucristo hay dos naturalezas totalmente distintas: es perfecto Dios y es perfecto hombre, sin confundirse para nada la una con la otra. Cada una tiene su autonomía propia, pero están unidas en UNA SOLA PERSONA, la divina, la del Hijo de Dios. Los obispos, leída y aceptada la carta del Papa, estallaron en la famosa aclamación:

“¡Ésta es la fe de los Apóstoles! Así lo creemos todos. Pedro ha hablado por boca de León”.

Y pasaron a fijar la declaración del Concilio:

“Creemos en Jesucristo, que para nosotros y para nuestra salvación apareció de la Virgen María, Madre de Dios según la humanidad, como un solo y mismo Cristo, Hijo, Señor, en dos naturalezas, sin confusión o cambio, sin división ni separación, no estando borrada la diferencia de las naturalezas por su unión, y, por el contrario, conservando cada una de ellas su propiedad, constituyendo las dos una sola persona”.

De aquí viene lo que en teología se llama la “comunidad de propiedades” en Jesús. Y podemos decir: “Dios comía, bebía, dormía, se cansaba, agonizaba y moría en la cruz”. Y el *hombre* Jesús podía proclamar: “Yo y el Padre somos uno” y “Antes que Abraham viviese existo yo”. ¿Por qué? Porque las acciones son de la *Persona*, y Jesús no tenía más que *una* Persona, la del Hijo de Dios.

La historia de estos Concilios primeros nos da la pauta de lo que van a ser los que seguirán en los siglos. Obra de hombres con defectos humanos, a veces muy grandes, en sus luchas doctrinales; pero, al fin, obra del Espíritu Santo, que triunfa sobre todos.

19. MÁS SOBRE LOS CONCILIOS

Vale la pena saber algunas cosas —detalles, diríamos— sobre los Concilios de la lección anterior, muy aleccionadores.

Del momento que estamos historiando hasta el año 1870, cuando se celebre el Concilio Vaticano Primero, faltan muchos siglos todavía. Pero recordamos aquí lo que va a pasar en pleno siglo XIX. Las dificultades del Concilio eran enormes, se le quejaron al buen Papa Beato Pío IX, y comentó con su clásico gracejo:

- Estén tranquilos. Todos los Concilios pasan por sus tres fases inevitables: la del diablo, la de los hombres y la de Dios. Ahora estamos en la del diablo; no se extrañen de las dificultades. Son necesarias.

Es natural. El demonio sabe el mal que le espera con un Concilio y trama estorbos a veces inconcebibles. Después, en los debates del Concilio, los obispos, aunque busquen con celo el bien de la Iglesia, actúan como hombres: pareceres encontrados, discusiones, luchas violentas, hasta abandonos lamentables. Finalmente, al redactar documentos, al votarlos, y, sobre todo, al aceptarlos y firmarlos el Papa, cabeza de los obispos en comunión con él y Vicario de Jesucristo, todo se acaba con el triunfo de la verdad, y terminarán todas las cuestiones con las palabras de los Apóstoles en el Concilio de Jerusalén: “Nos ha parecido al Espíritu Santo y a nosotros...”. Esto fueron aquellos primeros Concilios que acabamos de ver.

En el primero, el de Nicea, eran más de 300 obispos, probablemente 318, y pudieron ser 337. Comenzaba el Concilio el 20 de Mayo, y acabaría el 25 de Agosto. Por consejo de Osio, y de acuerdo con el Papa, lo convocó el emperador Constantino, que quería la paz dentro de la Iglesia. Se escogió Nicea, Asia Menor, y en la residencia imperial de Nicomedia. El mismo Constantino corrió con todos los gastos. Puso a disposición de los obispos los medios de transporte públicos y los correos del imperio; incluso, mientras se celebraba el Concilio, aportó provisiones abundantes para el mantenimiento de los asistentes.

Las sesiones se celebraron en el vestíbulo central del palacio imperial. En verdad, era necesario un gran espacio para recibir a una asamblea tan numerosa. Asistió también en varias sesiones el mismo Constantino, radiante con sus mejores atuendos imperiales. No se metía para nada en la doctrina, pues ni se había bautizado todavía y, como gobernante, sólo buscaba la paz entre los obispos. El Concilio era presidido por el venerable anciano Osio, obispo de Córdoba en España, y los delegados del Papa.

Había obispos de máxima autoridad moral, como Pafnucio y Potamón, que llevaban en sus cuerpos las señales gloriosas de las persecuciones.

Ya vimos cómo triunfó la doctrina trinitaria. Aunque, al hablar de la Santísima Trinidad, aconsejará después San Agustín: Usamos la palabra *Persona* a falta de otra mejor, porque es imposible ante el misterio expresarnos de una manera más adecuada.

Con Nicea, la doctrina católica quedaba establecida para siempre. Pero el arrianismo, con luchas inevitables entre los cristianos, va a durar más de dos siglos, casi tres, hasta que desaparezca por completo con la conversión de todos los pueblos bárbaros, formados en el arrianismo, como veremos un día.

Nada más acabado el Concilio, obispos capitaneados por el hipócrita Eusebio de Nicomedia empezaron la lucha, sorda en un principio y descarada después, contra los obispos fieles a la verdadera fe. Esa lucha iba a tomar caracteres de leyenda contra **San Atanasio**, Patriarca de Alejandría. Eusebio había firmado la profesión de fe de Nicea, pero en su corazón seguía arriano. Se ganó al emperador Constantino, el cual, naturalmente, no entendía de doctrina pero, por buscar la paz entre los obispos, a veces se decantaba por los arrianos.

Se celebraron concilios locales sólo para tumbar a Atanasio. Se inventaron las acusaciones más descabelladas. La más divertida, aquélla: ‘¡Aquí está la mano de Arsenio, obispo de Hípsese, asesinado por Atanasio!’... La mano del difunto había sido paseada por muchas partes. Ante acusación tan grave, se reunía un sínodo para juzgar al asesino Atanasio, el cual se presentó en plena asamblea llevando consigo al obispo Arsenio que gozaba de muy buena salud... El mismo Constantino, ante la acusación gravísima de haber impedido Atanasio la salida del puerto de Alejandría de los barcos con trigo destinados a Roma, delito castigado con pena de muerte, se contentó con desterrar al Patriarca.

Muerto Constantino en el 337, los emperadores que vendrían después, arrianos todos, sobre todo Constancio, arriano furibundo, desterrarían a Atanasio otras cuatro veces, y hubieran hecho algo mucho peor si no fuera por el miedo que les infundía el pueblo de Alejandría, el cual adoraba a su Patriarca. Atanasio, igual estaba libre en Alejandría que se tenía que esconder ante tanta persecución. Famosa entre muchas anécdotas, aquella del día que se embarcó en una lancha e iba por el Nilo. De repente, se oye el chasquido de los remos nada menos que de la nave imperial que buscaba al obispo para apresarlo. Gritan desde ella a los de la barca: ‘¿Han visto a Atanasio?’... Y Atanasio, sereno y fingiendo la voz: ‘¡Sí, ha pasado! ¡Naveguen fuerte y lo alcanzan!’. Manda girar la barca de los suyos, y escapaba burlón de las iras del emperador.

Atanasio es quizá el hombre más perseguido que ha existido en la Historia de la Iglesia. Un defensor de la fe católica como no hubo otro en la antigüedad cristiana. Murió tranquilo en Alejandría el año 373, y fue uno de los obispos primeros en ser venerados por el pueblo como Santo sin haber sido mártir.

¿Y lo del papa San Liberio? Esto fue lo peor. Por negarse a condenar a Atanasio, el emperador Constancio lo llamó a Milán, lo desterró durante dos o tres años en Berea de Tracia, y al fin lo dejó volver a Roma. ¿Qué hizo Liberio para que le dieran la libertad? ¿Condenó a Atanasio? ¿Firmó la fórmula de los arrianos, renegando del Concilio de Nicea?... Todos los historiadores acatólicos disfrutaban con este hecho. Pero no se puede admitir semejante acción del Papa. Quienes lo guardaban preso eran **todos** arrianos y contaron la cosa como les vino bien y les convenía. La Iglesia no lo creyó. Y de hecho lo venera como Santo, algo que jamás hubiera hecho de haber fallado en la fe.

Recordando a Éfeso, aquella procesión nocturna con antorchas, que se ha hecho tan famosa en la historia de la devoción a la Virgen, no es el único recuerdo grato que tenemos de aquel Concilio. Se conserva una oración ardiente que San Cirilo pronunció en Éfeso, y que comienza: ‘¡Salve oh María, Madre de Dios, Virgen y Madre, lucero y vaso de elección! ¡Salve, Virgen María, Madre y Sierva: Virgen en verdad por Aquel, Virgen, que nació de ti; Madre por virtud de Aquel que llevaste en pañales y nutriste con tus pechos; Sierva por Aquel que tomó la forma de Siervo! Quiso entrar como Rey en tu ciudad, en tu seno, y

salió cuando le plugo, cerrando por siempre su puerta, porque concebiste sin obra de varón, y fue divino tu alumbramiento. ¡Salve, María, templo donde mora Dios, templo santo, como le llama el profeta David! ¡Salve, María, criatura la más preciosa; Salve, María, antorcha inextinguible; Salve, porque de ti nació el Sol de Justicia!”.

Se confió que San Agustín participaría en el Concilio de Éfeso, pero su muerte, acaecida el año anterior, privó a la Iglesia de verlo en la asamblea, que quería tratar también la nefasta herejía del pelagianismo, así llamada por su inspirador el anglosajón Pelagio. ¿Qué enseñaba esta herejía?

Según Pelagio, la Gracia no es necesaria para la salvación, pues el hombre, libre del pecado original, que no existió según el hereje, tiene fuerzas para salvarse por sí mismo.

¿Qué se seguía de semejante doctrina? Cosas muy graves. Si el hombre se puede salvar por sí mismo, ¿qué falta hacía Cristo con su pasión y muerte? ¿Y a qué venía, por ejemplo, la oración? ¿Y a qué el bautismo de los niños?...

El papa San Inocencio condenó a Pelagio y a Celestio el año 417, y San Agustín, alma de aquella lucha contra la herejía, al saber la acción del Papa, dijo en un discurso al pueblo la frase que se ha hecho inmortal en su original latino: “Roma locuta est, causa finita est”, es decir, “Roma ha hablado, se acabó la cuestión”. Pero como el pelagianismo seguía coleando y había que acabar de una vez con él, se esperaba fuera el mismo gran Agustín quien con su doctrina lo demoliera en el Concilio.

El Concilio de Calcedonia tuvo una importancia singularísima. Aunque habrá otros Concilios después en la antigüedad cristiana, serán de mucha menos trascendencia que éste de Calcedonia, prácticamente definitivo contra las herejías cristológicas. En realidad, no se discutió la doctrina ortodoxa o católica contra los herejes, capitaneados por Dióscoro, excomulgado por todos los obispos, los cuales hablaban, “en unión con el beato apóstol Pedro, que es la piedra angular de la Iglesia católica y fundamento de la fe ortodoxa”.

Las herejías que vengan después sobre Jesucristo se solucionarán siempre a la luz del calcedonense. Cuando el Monotelismo diga: “En Jesucristo no había más que *una sola* voluntad”, la respuesta será muy fácil:

- ¿Era hombre perfecto? Pues, tenía voluntad de hombre. ¿Era perfecto Dios? Pues, tenía voluntad divina. Entonces, no tenía una sola, sino *dos* voluntades: la del hombre y la de Dios... Y modernamente, ante los que admiran a Jesucristo y lo tienen como el hombre más grande que ha existido, habrá que recordarles:

- Sí; pero no olvidar que su Persona es *divina*: Jesús es Dios, algo más que el líder revolucionario en quien ustedes piensan y quieren...

Nos esperan muchos Concilios. En ellos veremos siempre al diablo, a los hombres, pero sobre todo a Dios, que, por Jesucristo y su Espíritu, se saldrá siempre con la suya...

20. LOS SANTOS PADRES

Muchas veces oímos en la predicación de la Iglesia: “Como dice San Pablo..., San Agustín..., San Ambrosio..., San Ignacio de Loyola”... ¿Es lo mismo un Santo que otro? Ya se ve que no. Unos son nombres de la Biblia, y su palabra es auténtica Palabra de Dios. Otros, Santos como hay muchos. Y otros —los que nos interesan en esta lección—, los que llamamos “Santos Padres”, aquellos Doctores de la Iglesia antigua que son los mejores transmisores de la Tradición de la Iglesia.

En las lecciones 11 y 13 vimos cómo durante las Persecuciones Romanas contó la Iglesia con los Apologistas y algunos Padres que mantuvieron con sus escritos viva la fe de los cristianos. Pero la persecución no creaba un clima favorable para el desarrollo de la ciencia en la Iglesia. Por eso llama tanto la atención que, apenas Constantino dio la paz a la Iglesia el año 313, empezaron a surgir unos escritores que hoy nos pasman. Bien formados en la filosofía griega, y sin otra fuente cristiana que la Biblia y la Tradición, discurrieron sobre la Verdad revelada por Dios y nos han legado un caudal de ciencia auténticamente asombroso.

En el siglo diecinueve, un autor francés, Jacques Paul Migne, coleccionó todos aquellos escritos, en sus dos lenguas originales latín y griego, y formó la imponente biblioteca ML, 217 volúmenes en latín, y MG, 161 volúmenes en griego y su traducción latina, con un total de 378 densos volúmenes que son una riqueza inagotable de ciencia cristiana. Aunque hace llegar los escritores hasta el siglo XIII, los más notables son los de los Santos Padres del siglo cuarto a mitades del quinto, en redondo, del año 313 al 450. Imposible traer la lista completa de tanto escritor, tan notables muchos de ellos. Se les divide siempre en **Padres Griegos** y **Padres Latinos**, muchos de los cuales eran obispos y han sido además reconocidos en la Iglesia como Santos y como Doctores.

Entre los Padres y Escritores griegos cabe enumerar muchos.

Eusebio de Cesarea (+340), el primer historiador de la Iglesia;

San Cirilo de Jerusalén (+386), cuyas catequesis son una maravilla;

San Cirilo de Alejandría (+444), el debelador de la herejía nestoriana;

El encantador San Efrén (+373), autor de poemas muy bellos.

Y otros más. Pero hay que fijarse en especial en sus máximos Santos y Doctores.

San Atanasio (+373), primero monje discípulo de San Antonio Abad y después obispo de Alejandría, es el héroe de la lucha contra el arrianismo. Ya lo conocemos por las dos lecciones anteriores. Tiene una vida simplemente legendaria. No se encontrará en la Iglesia un Santo tan perseguido como él, que es, en frase del convertido y hoy Beato Cardenal Newman, “uno de los principales instrumentos de que Dios se valió, después de los Apóstoles, para hacer penetrar en el mundo las sagradas verdades del cristianismo”.

San Gregorio Nacianceno (+389), hijo de San Gregorio el Mayor, obispo, y de Santa Nona, tuvo otros dos hermanos: San Cesario y Santa Gorgonia. Monje con su amigo San Basilio, fue elegido obispo de Nacianzo y temporalmente de Constantinopla. Era muy buen poeta, pero, sobre todo, gran teólogo especialmente sobre la Santísima Trinidad.

San Basilio (+397), llamado el Grande. Hay que conocer su familia: su abuela, Santa Macrina; sus padres, San Basilio el Viejo y Santa Emelia; entre sus nueve hermanos, Santa Macrina la Joven, San Gregorio de Nisa y San Pedro de Sebaste. De joven, íntimo amigo de San Gregorio Nacianceno, del que dice cuando eran estudiantes en Atenas: “sólo conocíamos dos calles en la ciudad, la que conducía a la iglesia y la que nos llevaba a las clases”. Basilio fue monje; después, obispo de Cesarea de Capadocia, y su Regla fue durante siglos guía espiritual de muchas almas.

San Gregorio de Nisa (+395), hermano de San Basilio y obispo de Nisa. Magnífico intérprete de las Sagradas Escrituras y profundo teólogo.

San Juan Crisóstomo (+407), “Crisóstomo” = “boca de oro”, de arrebatadora elocuencia, es el príncipe de los oradores cristianos. Su finura espiritual la debió a su estupenda madre, Antusa, viuda joven de veinte años, que se conservó casta como un ángel, y de la cual decían los instructores de Juan: “¡Qué mujeres tan extraordinarias produce el Cristianismo!”. Antusa se dedicó únicamente a la formación de su hijo. Su maestro en elocuencia fue Libanio, pagano, el mayor orador de su tiempo, el cual dijo en el lecho de muerte: “Habría elegido a Juan como sucesor de mi cargo, pero los cristianos me lo han arrebatado”. Juan, obispo patriarca de Constantinopla, fue dos veces desterrado por envidia de la emperatriz Eudoxia. Célebre por sus comentarios de la Biblia y gran defensor de los pobres.

De los Padres y Escritores latinos hemos de decir igual. Son muchos.

San Hilario de Poitiers (+366), gran teólogo, verdadero azote de los arrianos con su abundante y profunda doctrina.

San Pedro Crisólogo (+350), el *Palabra* de oro, obispo de Ravena, orador magnífico y sabio escritor, amonestó al hereje Eutiques: “Vaya al beato Pedro, que en la cátedra de Roma vive y tiene la presidencia, y confiere la verdad de la fe a los que la buscan”.

Prudencio (+405), más que escritor profundo, poeta exquisito.

Sulpicio Severo (+420), que brilló como historiador.

Casiano (+435), célebre por sus escritos monásticos.

Vicente de Lerins (+450), con su Regla sobre la Fe, célebre por su sentencia: “Lo que siempre, lo que en todas partes, lo que es creído por todos, esto es lo católico”, esto es la verdad. Se pueden añadir varios más. Pero vamos a las cuatro grandes lumbreras latinas.

San Ambrosio (+397), obispo de Milán, de santidad eminente; de ciencia profunda; de celo pastoral incansable, ganó para la Fe católica y bautizó a San Agustín. Y cuando el emperador Teodosio, por un arrebatado de genio, cometió la masacre de Tesalónica, en la que murieron miles de personas, Ambrosio le escribió con dulzura pero con firmeza apostólica: “Los sucesos de Tesalónica no tienen precedente. Os aconsejo, os ruego y os suplico que hagáis penitencia. Vos, que en tantas ocasiones os habéis mostrado misericordioso y habéis perdonado a los culpables, mandasteis matar a muchos inocentes. Os escribo esto de mano propia para que leáis en particular”. El emperador contestó: “Dios perdonó a David; luego a mí también me perdonará”. Y Ambrosio: “Ya que has imitado a David en cometer un gran pecado, imítalo ahora haciendo una gran penitencia”. Teodosio se humilló, y, en la oración

fúnebre del emperador, dijo San Ambrosio simplemente: “Se despojó de todas las insignias de la dignidad regia y lloró públicamente su pecado en la iglesia. Él, que era emperador, no se avergonzó de hacer penitencia pública”. Aunque es pura leyenda eso de que Ambrosio lo tuvo castigado ocho meses ante la puerta antes de readmitirlo en la Iglesia.

San Jerónimo (+420), el gran Doctor de las Sagradas Escrituras. Monje austero y gran director de almas. Por orden del Papa San Dámaso tradujo la Biblia de sus lenguas originales al latín, la Biblia Vulgata, traducción oficial de la Iglesia durante tantos siglos. Es sentencia suya famosa: “Ignorar las Escrituras, es ignorar a Cristo”.

San Agustín (+430), de quien decía Fenelón que él solo vale por un puñado de genios. Temperamento ardiente, hereje maniqueo, convertido gracias a su madre Santa Mónica que lo siguió desde África hasta Milán. Bautizado a los 33 años, y después obispo de Hipona en Africa, llegó a ser el mayor Doctor que tuvo la Iglesia. Sus numerosas obras son sencillamente excepcionales. Tiene dichos que se repiten continuamente. Como el consabido: “Nos has hecho, Señor, para ti, y nuestro corazón está en continua zozobra hasta que descase en ti”. Y su obra más genial, *La Ciudad de Dios*, verdadera filosofía de la Historia, la acaba, refiriéndose al Cielo: “Allí descansaremos y veremos; veremos y amaremos; amaremos y alabaremos. He aquí lo que acontecerá en el fin sin fin. ¿Y qué otro fin tenemos, sino llegar al Reino que no tendrá fin?”... Por eso, suspiraba su alma soñadora: “¡Oh bienes del Señor, dulces, inmortales, incomparables, eternos, inmutables! ¿Y cuándo os veré, oh bienes de mi Señor?”... Este hombre, enamorado totalmente de Dios y de la vida eterna, ha sido una de las figuras que más han influido en la Iglesia con su saber y su santidad.

San León Magno (+461), un Papa grande del todo. Con sólo su carta al Concilio de Calcedonia y las 96 homilías, tan densas y elegantes que se conservan de él, hay bastante para considerarlo Doctor de primer orden. Como Papa, fue un defensor acérrimo de la doctrina ortodoxa siempre que hizo falta salir al frente del error. Vigiló con vigor y gran dulzura a la vez a los obispos. Y fue León el que salvó de la devastación a Roma y a toda Italia al ir a ver y hablar con Atila, el más feroz de los bárbaros, como veremos en la lección siguiente, y después con Genserico el rey vándalo.

Con el edicto de Milán en el 313, cesaron las Persecuciones, aunque germinaron las grandes herejías y vinieron otros males; pero ese siglo IV trajo el bien inmenso del desarrollo de la ciencia cristiana. Fueron unos cien años largos que marcaron el saber de la Iglesia para todos los siglos por venir, gracias a unos Santos Padres, Obispos y Doctores la mayoría, de los cuales la Iglesia se siente con razón tan orgullosa.

21. LOS BÁRBAROS O LOS PUEBLOS DEL NORTE

Una lección capital. El Imperio Romano se derrumbó ante las invasiones de los pueblos bárbaros. ¿Y qué le tocaba a la Iglesia? Cristianizarlos. Mirada la Providencia de Dios, aún admitiendo lo mucho bueno que el Cristianismo debía al Imperio, se necesitaba una nueva sociedad que cambiaría la faz del “Orbe de la tierra”.

Mientras la Iglesia gozaba de la paz decretada por Constantino el año 313, se desarrollaba tanto, producía frutos de santidad eximia con los monjes del desierto, fijaba la Fe católica en los Concilios, y brillaba con la ciencia esplendorosa de los Santos Padres en las décadas del 300, y aunque nacieron también en la Iglesia grandes defectos y problemas... , en esos mismos años se estaba gestando la gran catástrofe que se iniciaría en los primeros años del 400 y se consumaría en el 476 con el último emperador de Roma.

Esta lección resulta un rompecabezas con los nombres de los pueblos invasores, pero es necesaria del todo. Podemos empezar a aprender algunos: godos, hunos, mogoles, ávaros, magiares, borgoñones, hérulos, germanos, ostrogodos, trancos, alamanes, daneses, burgundios, lombardos, vándalos, visigodos, suevos, alanos, francos, anglos, jutos, sajones, y otros y otros... Por poner cierto orden entre tanto nombre, los citamos por grupos.

Los germanos, extendidos por la regiones alemanas actuales.

Los anglos y los sajones, se hallaban más hacia el mar del Norte.

Los francos ocupaban las regiones más hacia el Oeste.

Los vándalos venían más del Norte y se extendieron por el interior de Alemania.

Los godos son de mucha importancia. Parece que provenían de las regiones escandinavas, ocupaban el Suroeste en torno al Mar Negro sobre la misma frontera con el Imperio. Los godos orientales se llamaban *ostrogodos* y los occidentales *visigodos*.

Los eslavos, también de raza blanca, como los polacos, serbios, moravos bosnios y croatas, estaban por las tierras más al Este de Europa.

Los hunos, los más feroces, provenían de Asia; como los ávaros y magiares, ocupaban las regiones más nororientales.

¿Y cómo llamaremos a todos estos invasores? Suelen citarse como “bárbaros” en el sentido de *incultos* y *salvajes* que lo destruyen todo. Modernamente no se acepta del todo este significado, aunque contenga mucho de verdad. Para los romanos, “bárbaros” eran los pueblos *extranjeros* que no pertenecían al Imperio. Hoy se les llama “Pueblos del Norte” a los invasores del Imperio Romano y que acabaron con él definitivamente.

Comencemos por los siglos segundo y tercero. Los pueblos bárbaros estaban asentados en el Noreste del Imperio, desde la Germania hasta el Mar Negro. No tenían patria fija, y entre ellos se hacían la guerra con mucha frecuencia. Hubo alguna emigración normal y hasta llegaron a formar alianzas muy valiosas con el Imperio Romano, en el que entraron a veces de forma pacífica. Pero desde el siglo segundo y tercero quisieron avanzar hacia el Sur soñando en sus tierras fértiles y en las riquezas de sus ciudades.

Dada la debilitación del Imperio en el que se sucedían unos a otros los emperadores ineptos, acechaba sin cesar el peligro de las invasiones. Hubo emperadores que fueron

grandes políticos, como Diocleciano, Constantino y Teodosio, los cuales procuraron fortalecer las fronteras del Norte. Diocleciano dividió el Imperio en Oriental y Occidental, con dos Augustos, cada uno con autoridad suprema. Constantino, el fundador de Constantinopla y Teodosio fueron emperadores únicos, sin división del Imperio, y de momento salvaron la situación de las invasiones.

A principios del siglo quinto, casi iniciado el 400, los germanos se lanzaron sobre el Mediterráneo occidental hasta dominarlo todo. ¿Por qué lo hicieron? Los hunos, tártaros y mogoles, asiáticos y salvajes de verdad, se les habían echado encima por el Norte, igual que los eslavos, y los empujaban con sus continuos ataques, hasta que los germanos se vieron forzados a lanzarse hacia el interior del imperio Romano, con el que se habían mantenido en buenas relaciones. Pero cuando los hunos atravesaron los montes Urales y empujaron a los pueblos germanos, provocaron un desbande general de todos los pueblos situados entre los ríos Rhin y Danubio.

Muy expresamente nos vamos a dejar de fechas y ciudades, a no ser de algunas imprescindibles, para dar sólo una idea general de las invasiones y evitarnos —repito la expresión— un auténtico rompecabezas.

Los germanos, de raza blanca, de ojos azules y cabellos rubios, sobresalían por su alta estatura y su físico robusto. Tenían muy arraigados los sentimientos de libertad, justicia y dignidad personal. El avance pacífico que antes guardaban con los romanos, se convirtió en incontrolable cuando las invasiones germanas destrozaban todo a su paso, aunque respetaban a las autoridades del Imperio. Empecemos por los godos, que se dividían, como ya hemos dicho, en *visigodos* y *ostrogodos*.

Los visigodos fueron los primeros en entrar en Italia en plan de conquista total a las órdenes de su jefe Alarico. Aunque vencido el año 401, y después de muchas guerras y pactos, Alarico marchó sobre Roma al frente de sus visigodos, la tomó y saqueó el año 410, causando el terror en todo el imperio, pues nadie podía sospechar tal desgracia a la ciudad que había sido la señora del mundo durante tantos siglos.

Después de la victoria sobre Italia, los visigodos subieron hacia las Galias, Francia, y penetraron en España, de la que se harían dueños con otros pueblos bárbaros.

Los ostrogodos entraron en Italia. Odoacro, jefe de los *hérulos*, el año 476 depuso al último emperador, *Rómulo Augústulo*, con lo cual cesó definitivamente el Imperio en Occidente. Pero Teodorico, rey de los *ostrogodos*, venció a Odoacro, se adueñó de todo el norte y en el 493 instaló un reino independiente con capital en Ravena, aunque mantuvo buenas relaciones con Constantinopla, Capital del Imperio en Oriente.

Los vándalos eran, entre los bárbaros germanos, los más feroces y los que más estragos causaron. De ellos viene hasta nuestros días la palabra *vandalismo*. Las Galias, España, Italia y el Norte de Africa conocieron bien su salvajismo. En España, de donde saltaron a Africa, se instalaron en el Sur. Desde España pasaron a Africa bajo las órdenes de su terrible jefe Genserico, sembraban por todas partes el terror y acababan, en cuanto podían, con la religión, al revés de los otros pueblos bárbaros. De Africa saltaron a Italia, y el año 455 llegaban a Roma que en quince días quedó deshecha.

Los francos y borgoñones se instalaron en las Galias e hicieron de Francia una nación privilegiada. Lo veremos al hablar de la conversión de los nuevos pueblos a la fe.

Los anglosajones constituían varios pueblos germanos que invadieron Britania, o Inglaterra. Eran reinos independientes y recibieron el nombre común de anglosajones.

Los hunos, finalmente, deberían ocupar un gran puesto en la Historia, porque fueron los primeros causantes de las invasiones de los bárbaros en el Imperio. Asiáticos, y no germanos, los hunos invadieron Europa, pero hubieron de luchar contra los otros pueblos que al final salieron victoriosos. Atila, su jefe, era el salvaje máximo, apellidado con acierto “el azote de Dios”. Cuando ya en Italia se lanzaba sobre Roma, que hubiera desaparecido materialmente bajo el furor de sus hordas, le salió al encuentro el papa San León Magno. Habló con él, lo amansó, le convenció, y dicen que Atila dijo al marchar: “Sé vencer a los hombres, pero un león ha sabido vencer al conquistador”. Murió Atila al año siguiente, el 453, se dividieron los hunos y se alejaron para siempre.

Haciendo un poco de filosofía de la Historia, se ve claro el designio de Dios. El Imperio había llegado a una corrupción muy grande y la sociedad necesitaba una regeneración desde la raíz. La solución estaba en aquellos pueblos bárbaros, semisalvajes, idólatras, pero sanos física y hasta moralmente. Lo reconocía el escritor Tácito, romano pagano. Comparando las costumbres de los bárbaros germanos del Norte con las de Roma, escribía: “Nadie allí se ríe del vicio; ni el corromper ni el estar corrompido es una moda”. Cultivaban el amor a la familia, eran considerados con la mujer, y el padre de la familia y el jefe de la tribu constituían la autoridad no desmentida. Con costumbres sanas, adoptaron de hecho muy pronto el Cristianismo. Los monjes de los monasterios les enseñarán el trabajo y aprenderán a deponer su afán por las armas.

Mirada la fe cristiana, se había formado ya una Iglesia por lo visto algo pujante entre los godos, situados al Este del Mar Negro, de modo que en el Concilio de Nicea el año 325 se halló el obispo Teófilo como titular de *Gothia*. Y después, un ardiente apóstol godo, llamado Ulfilas, extendió mucho el cristianismo entre su pueblo y hasta llegó a traducir la Biblia al idioma de los godos.

Aunque, por desgracia, este Ulfilas —lo decimos de una vez por todas al hablar de estos pueblos invasores— era arriano, y los nuevos pueblos abrazaban casi todos el cristianismo *arriano* en su forma moderada, el *semiarrianismo*, y hubieron de pasar más de doscientos años hasta desaparecer la herejía por completo. Hay que tener presente con estos pueblos ese principio muy sabido en la historia de que los pueblos siguen la religión de su jefe, del que los manda. Las naciones europeas que van a surgir entrarán en bloque dentro de la Iglesia, nada más vean, cada una a su rey, recibir el bautismo. Todo se va a producir entre los siglos V y VII, desde el inicio del 400 al final de los 600. Con estas gentes así convertidas se formará la Edad Media, tan llena de defectos como de glorias cristianas.

22. LA IGLESIA EN EL IMPERIO DE ORIENTE

Nos ha podido llamar la atención cómo los bárbaros invadieron todo el Oeste de Europa mientras que a Constantinopla —la anterior Bizancio, y de allí el Imperio Bizantino—, le acrecentó su importancia. Digamos algo sobre la Iglesia bizantina.

Conviene exponer algo desde ahora sobre la Iglesia en Bizancio, el Imperio Romano de Oriente, ya que en adelante nos va a ocupar muchas veces. Y hemos de remontarnos a la primera historia. Sabemos que Constantino, al dar la paz a la Iglesia el año 313, edificó en Bizancio la ciudad que quiso fuera la *Roma de Oriente*, que cambió después el nombre por el de Constantinopla. El emperador Teodosio dividió definitivamente el Imperio en dos: el de Occidente con la Capital en Roma y el de Oriente con Constantinopla como Capital, aunque él fuera el único emperador. Pertenecían al Oriente el Asia Menor, la península de los Balcanes, Siria y Egipto.

Cuando los bárbaros irrumpieron en el Imperio, solamente se adueñaron del Occidente, dejando a salvo el Oriente. Aunque, por si acaso, Constantinopla estaba muy bien fortificada con una triple muralla y podía contar en adelante además con una buena flota que defendiera el puerto. En el año 476, con la caída del depuesto emperador Rómulo Augústulo, desapareció definitivamente el Imperio Romano de Occidente. El bárbaro ostrogodo Teodorico puso su Capital en Ravena, y mantuvo muy buenas relaciones con Constantinopla, es decir, con el Imperio de Oriente, que seguiría ya independiente del todo unos mil años, hasta el 1453 en que Constantinopla caería en poder de los musulmanes.

El desarrollo de la Iglesia en el Imperio Bizantino seguirá su curso normal, aunque, desde el principio se va a encontrar con un gran obstáculo. El obispo de Constantinopla, que tomará el carácter de *Patriarca*, se va a envalentonar siempre contra el Papa, Obispo de Roma, Patriarca de Occidente, sucesor de Pedro. Con la ambición de ser igual en potestad y con los mismos derechos que el Papa, llegará un momento doloroso, cuando en el siglo XI se romperá la unión de la Iglesia, creándose la Iglesia Ortodoxa, que es *cismática* al no obedecer al Romano Pontífice, aunque conserva íntegra la fe cristiana heredada de los Apóstoles. Lo veremos todo en el momento oportuno.

El Concilio Ecuménico de Constantinopla del año 381 dictó un canon que iba a dar mucho quehacer en siglos venideros: admitía que el obispo Patriarca de Constantinopla tenía autoridad *suprema* sobre toda la Iglesia de Oriente. Prácticamente, igual que el Papa y, en cierto modo, más aún, puesto que el Papa de Roma no podría intervenir en ella. El Papa, naturalmente, lo rechazó. Y lo mismo hará el papa San León Magno al no aceptar la misma proposición en el Concilio de Calcedonia del 451. Inútil del todo. Hasta nuestros días sigue la cosa igual, y aquí está basado el cisma de la Iglesia Ortodoxa.

El Emperador era en la Iglesia de Oriente un verdadero jefe, al que se sometían los obispos, con las consecuencias deplorables que se pueden suponer. Venía a constituir un Estado *monárquico* y *teocrático*, civil y religioso al mismo tiempo. El emperador tenía un

control absoluto sobre el gobierno y sobre la Iglesia. Constituía esto el auténtico *cesaropapismo*, un casamiento inaceptable entre la autoridad religiosa y la civil.

Tuvo emperadores ciertamente muy buenos. Descuella entre todos Justiniano, del 526 al 566. Hombre grande verdad. Empeñado en volver a la integridad del Imperio anterior, emprendió, sobre todo por medio de su experto militar el General Belisario, campañas muy notables en Italia, Norte de Africa y Sur de España. Construyó en Constantinopla la basílica de Santa Sofía, y en los Santos Lugares la del Nacimiento en Belén. Su obra más eximia y que le inmortalizó fue la compilación del Derecho Romano, el Cuerpo del Derecho Civil, especialmente el Digesto, acomodado a la Iglesia. Justiniano es venerado como Santo por la Iglesia Ortodoxa.

Tres Concilios ecuménicos o universales se celebraron en Oriente después todavía del de Calcedonia. Dos en Constantinopla (años 553 y 680) y el Segundo de Nicea (787). Este último tuvo una importancia especial por ir contra una herejía, simple al parecer, pero que estaba haciendo mucho mal a la Iglesia: el *iconoclasmo*, o sea, la destrucción de las imágenes. Había que acabar con ellas, y aquí tuvo una parte decisiva el emperador León III.

Hoy los protestantes y las sectas no quieren las imágenes porque dicen que las prohíbe la Biblia. Entonces no sacaban a relucir esta razón, porque no vale, ya que las antiguas prescripciones de la Biblia (doctrina fundamental de San Pablo) quedaron anuladas. De hecho, como lo vemos por las Catacumbas de Roma, la Iglesia las veneró desde el principio.

Entonces se daban otras razones. Los musulmanes rodeaban el Imperio y no querían imágenes de Dios. Y los herejes monofisitas, que perduraban en Siria, tampoco las querían. Para atraer a unos y otros, el emperador León III mandó destruirlas. Pura razón política.

Lo peor fue que el emperador mandó en el año 754 celebrar un sínodo en Constantinopla con la participación de 338 obispos en el que se condenó el culto de las imágenes. Naturalmente, los obispos, siempre sometidos al emperador, *iconoclastas* o destructores de las imágenes la mayoría, se dieron por triunfantes.

Y siguieron las luchas entre los fieles. El Papa Esteban III condenó el sínodo de Constantinopla. Y años más tarde se hizo mucho más. La Emperatriz Irene, favorable al culto de las imágenes, pidió al papa Adriano I un Concilio ecuménico, que fue el II de Nicea, al que asistieron unos 350 obispos, obedientes también a la Emperatriz, como no podía ser menos. El Concilio dio por inválido el sínodo anterior y aprobó plenamente este niceno segundo. Y lo más importante del Nicea II fue la aprobación del papa Adriano, que escribía años después a Carlomagno, el rey de Francia, estas palabras tan graves:

“Los griegos han vuelto a la fe ortodoxa de la santa Iglesia católica y apostólica y nos han enviado una profesión de fe exacta. Hemos recibido este Concilio porque, de no hacerlo, ellos habrían vuelto a su antiguo error, y entonces, ¿sobre quién sino sobre nosotros recaería la obligación de dar cuenta en el tremendo juicio del divino Juez, de la pérdida de tantos millones de almas cristianas?”.

El iconoclasmo, una herejía al parecer tan inofensiva, causó mártires entre los monjes orientales por defender las imágenes cristianas, y también grandes teólogos y Santos defensores de las imágenes, entre los que descuella San Juan Damasceno, Doctor de la Iglesia.

Su padre, alto funcionario de un califa musulmán de Damasco, se hizo monje y fue ordenado sacerdote. Con él estaba su hijo Juan, teólogo y poeta, que escribía profunda y bellamente sobre el culto de las imágenes sin que el emperador pudiese intervenir en nada contra un escritor que no era súbdito suyo.

Se ha contado siempre un hecho milagroso de San Juan Damasceno, narrado por su biógrafo, que hoy se pone en serias dudas y parece más bien una leyenda. Debido a una carta calumniosa contra el califa de Damasco, pero mandada escribir por León III y atribuida al Santo, el califa mandó le cortaran la mano a Juan, el cual pidió le entregaran su mano cortada. Pasó horas en oración; y en sueños por la noche vio cómo la Virgen, cuyas imágenes había defendido con tanto ardor, se la volvía a unir con el brazo.

Leyenda. Pero que explica lo que fueron las luchas de los cristianos fieles contra los *iconoclastas* furiosos.

Podemos señalar algunas cosas más notables de las Iglesias ortodoxas orientales, costumbres muy venerables por cierto, aunque tan diferentes de las del Patriarcado de Roma.

Por otra parte, la Iglesia Oriental, profesa íntegramente el llamado *Credo niceno-constantinopolitano* (lección 18), aunque no admiten la expresión, “Filioque”, “y del Hijo”, sino sólo “que procede del Padre”.

Las ceremonias litúrgicas, plenamente válidas y antiquísimas, son muy ampulosas, al revés de las sencillas y austeras de la Liturgia Romana.

La fecha de la Pascua fue en el siglo segundo causa de una muy peligrosa discusión entre Oriente y Occidente. Roma, como los judíos, celebraba la Pascua de modo variable, en el plenilunio después del equinoccio de primavera; mientras que las Iglesias orientales la celebraban en día fijo, el 14 de Nisán, día en que cayó la Pascua de la muerte de Jesús. Una cuestión como ésta estuvo a punto de producir un grave cisma. Aunque entre el Papa y San Ireneo por Occidente, y San Policarpo de Esmirna por el Oriente, arreglaron el asunto de manera que cada Iglesia la celebrara según su costumbre, y se evitó el cisma tan serio que amenazaba a la Iglesia entera. En el primer Concilio de Nicea todo quedó unificado.

La Iglesia Ortodoxa de Oriente nunca fue misionera. Al depender siempre de los emperadores y de la autoridad civil, se ha limitado a conservar en sus países el culto —con una edificante fidelidad en sus iglesias locales—, pero sin una autoridad suprema, unidos los diversos Patriarcas por el lazo *de la caridad*. Aunque hay que reconocer que sus valores espirituales, heredados de las primeras iglesias apostólicas, son de una gran riqueza cristiana.

Es posible que ya no volvamos a la Iglesia de Oriente con otra lección hasta el doloroso cisma del siglo XI, cuando se consumó la separación entre ella y Roma. Hasta entonces se mantendrá fiel al Primado del Papa y, por lo mismo, plenamente católica, aunque siempre con esas ambiciones de superioridad, que tantas molestias causaron en la Iglesia.

23. LA EXPANSIÓN DEL CRISTIANISMO

Las Persecuciones Romanas no habían detenido a la Iglesia dentro de las fronteras del Imperio, pero tampoco le habían dejado expandirse libremente. Con la paz de Constantino creció de manera extraordinaria entre muchos pueblos, que la aceptaron sin gran dificultad.

Siempre se hace una pregunta incontestable: ¿Cuántos habitantes tenía el Imperio Romano? Nadie lo sabe. A lo más, le tiran cien millones. Parece demasiado. Quizá haya que contentarse con unos sesenta millones. Entonces, ¿cuántos eran los cristianos cuando la última persecución de Diocleciano y Galeno? Tal vez unos seis millones, tirando largo. La verdad es que nadie lo sabe tampoco. Pero vamos a jugar con estos cálculos.

El decreto de Milán en el 313 dio *tolerancia* al Cristianismo en el Imperio. Constantino hizo lo máximo, pues ya no se podrían justificar las persecuciones, las cuales quedaban fuera de ley: el Cristianismo tenía los mismos derechos que el paganismo. Pero los cristianos eran una pequeña minoría, aunque vino un crecimiento muy rápido, pues cada vez se le daban mayores facilidades a la Iglesia mientras se le cortaban privilegios al paganismo.

En los años 341-346 se prohibieron los sacrificios a los dioses paganos y se obligó a cerrar los templos, aunque esto fue letra muerta, pues los paganos seguían siendo la gran mayoría. El emperador Constancio, cristiano convencido pero *arriano* por desgracia, ordenaba y mandaba más que cualquier obispo, y, naturalmente, muchos se hacían cristianos por conveniencia. Juliano el Apóstata renovó el paganismo y persiguió tenaz y astutamente a la Iglesia, pero no pudo hacer mucho mal porque no duró en el trono más que dos años (361-363). Desde el 363 en adelante, con diversos emperadores, cristianos todos, pero varios de ellos *arrianos*, la Iglesia crecía, aunque de manera contrahecha por la fatal herejía.

Hasta que en el 379 quedó Teodosio el Grande como único emperador, que declaraba: “Es mi voluntad que todos los pueblos sometidos a mi imperio profesen la fe que la Iglesia romana recibió de San Pedro”. Y se sucedieron las leyes una tras otra: cierre de todos los templos paganos, que debían convertirse en iglesias cristianas; la *tolerancia* del decreto de Milán se venía a cambiar por *obligación*; se quitó definitivamente del Capitolio de Roma la estatua de la diosa *Victoria*, y, un año antes de morir Teodosio en el 395, se declaraba al Cristianismo como Religión oficial del Imperio Romano. Naturalmente, vino un crecimiento espectacular de la Iglesia, aunque con los defectos que son de suponer.

Insinuamos esos “defectos” de la Iglesia a partir del decreto de Milán en el 313. Sí; son ciertos. Lo malo es que muchos exageran lo que vino y tenía que venir por fuerza. El emperador Constantino obró con la mejor voluntad y de la mejor manera. Pero, al cesar las Persecuciones, cesó aquella energía indomable de los cristianos. Constantino concedió a los obispos los mismos privilegios que tenían los sacerdotes paganos, y esto hizo que muchos se acomodasen a una vida ligera y cortesana. Es notable en esto el párrafo escrito por el Beato John Newman, el cardenal inglés convertido al catolicismo:

«Sabemos por Eusebio que Constantino, para atraer a los paganos a la nueva religión, traspuso a ésta los ornamentos externos a los cuales estaban acostumbrados... El uso de

templos dedicados a santos particulares, ornamentados en ocasiones con ramas de árboles; incienso, lámparas y velas; ofrendas votivas para recobrar la salud; agua bendita; fiestas y estaciones, procesiones, bendiciones a los campos; vestidos sacerdotales, la tonsura, el anillo de bodas, las imágenes en fecha más tardía, quizá el canto eclesiástico, el Kyrie eleison, todo esto tiene un origen pagano y fue santificado mediante su adaptación en la Iglesia»

Sí; pero no hay que exagerar. La religión ha tenido en todos los pueblos sus formas particulares, y la Iglesia las hubiera tenido propias para expresar la fe. Habría heredado muchas cosas del judaísmo en la Biblia, como los ornamentos sacerdotales, y manifestado sus creencias con elementos religiosos de los pueblos evangelizados. Incluso durante las Persecuciones tenía ya sus templos, erigidos en los largos periodos que disfrutó de paz.

Se perdió, sí, mucho vigor cristiano con el favor del Imperio y se relajó la vida cristiana; pero ese mismo siglo IV fue el de los grandes e innumerables anacoretas y monjes de los desiertos que aún hoy nos siguen asombrando.

Con los emperadores —e igual pasará en el futuro con muchos reyes— apareció el *cesaropapismo*, es decir, el meterse la autoridad civil en los asuntos de la Iglesia. Constantino sobre todo, más que inmiscuirse en la Iglesia, lo que hizo fue procurar la paz entre las facciones que aparecían en la Iglesia por culpa de las herejías.

Esta fue la causa de que algunos Concilios ecuménicos, como el de Nicea en el 325, fueran tanto iniciativa del emperador como del Papa, y el emperador, a trueque de conseguir la paz, corriera con todos los enormes gastos que suponía un Concilio.

Aunque esa buena intención se convirtió en un mal que duró muchos siglos, sobre todo en el Oriente, pues el emperador mandaba en Constantinopla tanto o más que el Patriarca.

Persia es el primer país que nos llama la atención fuera de las fronteras del Imperio, mientras arreciaban todavía las Persecuciones. El cristianismo llegó pronto a ella. Hacia el año 250 existía ya una Iglesia muy floreciente, pues por el año 300 contaba con el Arzobispado de Seleucia-Ctesifonte, y fue creciendo mucho hasta mitades del siglo IV.

Pero, parece que por causas políticas, e instigado por judíos y los magos de los ídolos, Sapor II por el año 340 la emprendió contra los cristianos, y los mártires fueron muchísimos, pues el historiador Sozomeno dice que se contaban hasta 16.000 nombre por nombre.

Bajo Isdejerjer I, del 401 al 420, gozó la Iglesia de paz y crecía nuevamente, hasta que bajo Bahram (420-438) se desató de nuevo la persecución y los cristianos, muchos al menos, morían bajo tormentos atroces, como los que eran aserrados por medio. Estas últimas persecuciones persas se debieron a los herejes *monofisitas*. En el siglo VII, avanzado el reinado de Cosroes II, (591-628), la Iglesia desaparecía casi por completo.

Armenia, situada entre el Mar Negro y el Mar Caspio, es todo un caso. En el año 302 Tiridates III se convirtió al cristianismo, declaró la fe *católica* como religión del Estado, y la Iglesia llegó a un gran desarrollo antes de acabar ese siglo IV. El gran apóstol de esta Iglesia fue Gregorio el Iluminado, consagrado obispo el año 302. Tuvo muchos mártires bajo Maximino Daia, que no hizo caso del edicto de Milán del año 313 y desató una furiosa persecución contra la Iglesia. Pero llegó al fin la paz. Y aquella Iglesia alcanzó un gran esplendor bajo el obispo San Isaak el Grande, que la gobernó desde el 390 al 440, aunque le fue fatal el perder la dependencia de Roma y pasar casi completamente al dominio persa.

San Isaak se encontró con que el pueblo no se podía instruir en religión por no poder ni con el griego, ni el siríaco, ni el persa. Entonces contó con el monje San Mesrob, preparado en esas lenguas, y emprendió la tarea titánica de traducir la Biblia de Los Setenta, para lo cual tuvo que inventar un alfabeto propio para Armenia. Algo fuera de serie la grandeza de este hombre, tan parecido en muchas cosas a San Jerónimo. Monje solitario, había llevado una vida de penitencia casi inexplicable. La Providencia lo tenía preparado para una misión grande. El emperador Cosroes III le encomendó la traducción de los decretos y documentos al griego, siríaco y persa; mientras que el obispo San Isaak le encargó la traducción completa de la Biblia. Con el invento del nuevo alfabeto, de 36 letras, se llegó a instruir al pueblo, al cual se entregó también Mesrob con un celo apostólico admirable. Isaak murió a los 92 años en el 440, después de suscribir las actas del Concilio de Éfeso al que no pudo asistir. Seis meses más tarde le seguía su fiel discípulo Mesrob, ambos reconocidos como Santos por la Iglesia armenia. Desgraciadamente, los conquistadores persas eran nestorianos, y muchos cristianos armenios se pasaron a la herejía *monofisita*.

Georgia, país vecino del Cáucaso como Armenia, tuvo unos inicios muy curiosos. Una esclava cristiana, *Nunia*, con su bondad —y, dicen, que también con su carisma de hacer milagros—, convirtió a la reina, y por ésta se convirtió igualmente el rey Mireo. Llegaron misioneros de Antioquía, organizaron allí la Iglesia, el Cristianismo avanzó muy rápidamente y desde Georgia se difundió la fe católica por los países asiáticos.

Por desgracia también esta vez, muchos de aquellos evangelizadores cayeron en el *arrianismo*, *nestorianismo* y *monofisitismo*, herejías que conocemos bien por lecciones anteriores, y su evangelización fue fatal para aquellos países tan prometedores.

Las invasiones de los bárbaros estaban encima. Producían terror, naturalmente. Pero ya desde el principio hubo pensadores que veían la Providencia de Dios en aquel incomprendible fenómeno social. Podemos traer aquí resumido, sin las palabras textuales, el *pensamiento* de Orosio, importante sacerdote español de aquellos tiempos:

- Los bárbaros son capaces de perfeccionarse. Dios los pone al alcance de la Iglesia para llevarlos a la verdadera fe. Ahora va a venir la gran expansión de la Iglesia. El paganismo de Europa está a punto de desaparecer. Y Dios ofrecerá a los pueblos germanos los medios más eficaces para su ilustración en la fe y su formación humana.

Acabadas las invasiones bárbaras, y una vez formadas las nuevas naciones europeas, veremos lo que Dios les iba a poner en la mano: los Monasterios benedictinos.

24. SAN BENITO Y SUS MONASTERIOS

Si era grande el problema que se le echó encima a la Iglesia con las invasiones de los Pueblos del Norte, fue también grande la Providencia de Dios al suscitar a San Benito como el formador de aquellos bárbaros que llegarían a crear la Cristianidad de la Edad Media.

Tenemos que recordar la lección 16 sobre los monjes del desierto, que produjeron frutos de santidad eximia en toda la Iglesia. Naturalmente, que había siempre abusos, y el Concilio de Calcedonia en el 451 dictó severas penas contra los monjes giróvagos, ambulantes vagabundos que engañaban a las gentes buenas con aires de oración y penitencia. El mismo Concilio sujetó los monasterios existentes a la inspección del obispo. En realidad, había monasterios en todos los países donde estaba asentada la Iglesia, fundados o regidos por Santos tan grandes como Pacomio, Atanasio, Basilio, Jerónimo, Agustín, Gregorio de Tours, Patricio y otros...

Pero a finales del siglo V, el año 480, nacía en Italia el Santo que un día sería el Patriarca de todo el monacato de Occidente: San Benito de Nursia. Muchacho joven, se retiró a la Soledad en Subiáco, a unos cincuenta kilómetros de Roma. Después, dejaría aquella austérrima soledad y partiría más hacia el Sur, a Montecasino, para fundar el Monasterio más célebre en la Historia de la Iglesia. Cerca del suyo para varones, allí instaló el de su hermana Santa Escolástica para unir y formar a las vírgenes consagradas.

Multiplicado Montecasino en incontables monasterios después de Benito, muerto el año 547, de ellos saldrían los mejores obispos; en ellos se forjaron los catequistas que adoctrinaron y convirtieron a los bárbaros; los monjes cultivaron y enseñaron a los bárbaros a hacer productivas las tierras, antes estériles o abandonadas por las invasiones. En los claustros de los monasterios se salvó la ciencia antigua. En muchas partes, allí donde se fundaba un monasterio, surgía un poblado que aglutinaba y civilizaba a las gentes dispersas.

¿Y cómo lo hizo Benito? La Regla que escribió para sus monjes es suave, práctica, pues toda se reduce a desarrollar el lema que inscribía en el monasterio: “Ora et labora”, es decir, “Reza y trabaja”. Dios lo llenaba todo, conforme también a otro de sus lemas: “Ut in omnibus glorificetur Deus”, o sea, “Que Dios sea glorificado en todas las cosas”. La vida del monasterio se reducía entonces a la oración y al trabajo. El monje quedaba comprometido de manera fija en su monasterio. Hacía los votos de pobreza, castidad y obediencia, y se sujetaba a la autoridad del Abad, que tenía como ayuda al Prior.

Como la mayoría de los monjes eran laicos, se dedicaban a los trabajos manuales más diversos. El cultivo de la tierra era normal, y tuvo suma importancia para la formación de los bárbaros. Otro trabajo que resultó imponderablemente beneficioso para la conservación y el progreso de la cultura (¡faltaban nueve siglos para la Imprenta!) fue el copiar a mano escritos antiguos, los de los filósofos griegos y escritores latinos, la multiplicación continua de las copias de la Biblia, los escritos de los Santos Padres y los libros de oración para el

culto. Sin los monasterios benedictinos se hubieran perdido los mayores tesoros de la cultura antigua. La ciencia occidental tiene una deuda impagable con la Orden Benedictina.

Y a todo esto, ¿qué sabemos de la vida de San Benito? Pocas, muy pocas cosas, de manera que su vida se pierde casi en una niebla impenetrable. Prácticamente, todo lo que sabemos de él se lo debemos al papa San Gregorio Magno, que fue monje benedictino y después, siendo ya Papa, escribió sus *Diálogos* en el 593-594, unos cuarenta y siete años más tarde de la muerte del Santo, en los que nos dejó “recuerdos”, no una biografía, del fundador y padre San Benito. Sin embargo, esos recuerdos son de un valor inapreciable, edificantes hasta lo sumo y tomados de testigos presenciales.

El monasterio de Vicóvaro, vecino a Subiáco, se quedó sin el Abad, y los monjes, concedores de la santidad de Benito, le piden que acepte el cargo del monasterio. Lo aceptó Benito; pero los monjes poco observantes y rebeldes, incapaces de seguir aquel ejemplo de vida, se quieren deshacer del Superior que ellos mismos habían llamado, y le presentan una jarra de vino con buena dosis de veneno: ‘¡Bebe! ¡Bebe!’... Benito, según su costumbre, hace la señal de la cruz antes de probarlo, y la jarra se rompe en un montón de pedazos...

Abandona Benito aquel monasterio relajado, y ante los muchos discípulos que se le acercan y confían, funda doce monasterios, construidos de madera, de doce monjes cada uno, agrupados en aquella soledad, al frente de cada cual coloca a un Prior. Viven según alguna Regla anterior, que podría haber sido la de Basilio o la de Pacomio, pero más que todo se sirven como norma de vida de los ejemplos de su Padre Benito.

Un sacerdote malvado atenta contra la vida de Benito y además le hace la vida imposible con sus calumnias. Benito organiza y asegura su obra de Subiáco, al frente de la cual deja a Mauro su discípulo mimado, y, como iluminado con luz repentina, toma consigo a algunos de aquellos jóvenes estupendos, entre ellos a su querido Plácido, y se marcha muy lejos, hacia el Sur, abajo de Roma y Nápoles, a la comarca de Montecasino.

En aquella montaña se levanta un templo pagano; deshace la construcción idolátrica; expulsa con su tenacidad a los sacerdotes de aquel culto supersticioso, y da origen al Monasterio que será la cuna de la gloriosa Orden Benedictina y de la cual arrancará la nueva civilización europea. En la iglesia, lo primero que se levanta, empiezan a sonar los cantos sagrados; los monjes eran asiduos a la “lectura divina”, ya que la Biblia era su único libro de oración; se cultivan los campos vecinos; se trabaja en códices con afán y verdadero primor; se acoge a los peregrinos que llegan, recibidos desde ahora en los monasterios benedictinos como al mismo Jesucristo que pide hospedaje... Esta es la vida de unos monjes que parecen caídos del cielo para transformar la tierra.

Benito, el Abad y padre de todos, es benigno. Se entera de que un monje, para no verse en la tentación de regresar al mundo del que había huido para salvarse, se ha atado a un árbol saliente de la roca con una cadena. Y Benito le manda un mensaje:

- Si eres siervo de Dios, no te encadenes con hierro, sino con la cadena de Cristo.

Benito sabía qué hacía con aquel solitario temeroso. Los historiadores resaltan lo que le había ocurrido al joven Benito en su soledad de Subiáco donde experimentó los peligros de

la vida totalmente solitaria. El joven Benito, de familia noble y acomodada, había huido de la corrupción de Roma ante los peligros que adivinaba para su salvación. Pero en aquella soledad de Subiáco, al sentir todos los empujes de la sensualidad, mira unas zarzas espinosas, se desnuda y se revuelca entre ellas para matar la pasión desbordada... Esto le servirá después para alertar a sus monjes: la vida en común, el vivir juntos, es el mejor medio para vencer al demonio. Por eso, cada monasterio será un ejemplo de vida fraterna.

Aquí en Montecasino escribió Benito la famosa *Regla* que regirá sus monasterios; tan suave, tan sensata, tan práctica, la cual se irá imponiendo a las antiguas Reglas de los demás monjes. Prácticamente, es la única Regla que queda vigente en toda la vida monástica después de mil quinientos años.

Aquel centro incomparable de vida espiritual, científica y humana, se va a ver durante los siglos objeto de persecución lo mismo que lo era de admiración universal. Fue destruido por los lombardos en el año 589; por los sarracenos en el 844; y en nuestros días, destruido totalmente por un bombardeo de los Aliados en persecución del ejército alemán el año 1944 durante la Segunda Guerra Mundial. Previamente, y ante el peligro que pudieran correr, habían sido trasladados al Vaticano los restos de San Benito y de Santa Escolástica, aquella hermana suya que vivía en el cercano Monasterio de las vírgenes consagradas. Mirando un día Benito hacia él, vio salir de la ventana una paloma blanca que se subía hacia arriba y se perdía en los cielos: era el alma de Escolástica, cuya inocencia de vida ilustraba Dios de esa manera tan idílica.

Los inquietos, trashumantes y belicosos bárbaros aprendieron de los Monasterios benedictinos la *agricultura*, ya que ellos despreciaban el cultivo de la tierra. Y, como la agricultura, tenía importancia grande cualquier otro tipo de *trabajo* manual.

Se dieron cuenta de que la *fraternidad* imperante entre los monjes era mejor que las guerras continuas mantenidas entre ellos.

Vieron con sus propios ojos cómo la *oración* era la vida de aquellos hombres admirables. Porque el trabajo y la oración eran dos elementos inseparables en la Regla benedictina. La oración, el “Opus Dei”, se antepone a cualquier actividad, y todo trabajo paraba sin más en otro acto de oración. El “Ora et labora” benedictino, el “reza y trabaja”, fue el resorte que forjó la civilización europea.

Decir que San Benito ha sido uno de los hombres de la Iglesia más influyentes en la civilización occidental, no es decir nada. Es la figura cumbre del primer milenio del Cristianismo. A él se deben las tan comentadas “raíces cristianas” de muchas naciones europeas. Por algo San Benito fue proclamado *Patrón de Europa* por el Papa Pablo VI.

25. FRANCIA, LA PRIMOGÉNITA

Los pueblos bárbaros habían abrazado también la fe cristiana, aunque la mayoría de ellos dentro de la herejía arriana, no la radical sino la mitigada. En algunas lecciones, vamos a ver cómo las nuevas naciones formadas por los bárbaros realizaron su conversión a la fe católica. Aunque lo haremos sin rigor cronológico, sino más bien mirando la importancia que tuvieron en el desarrollo de todo el conjunto.

Es una obligación empezar por Francia, llamada “La hija primogénita de la Iglesia”. Veremos cumplido aquello de que la religión de un pueblo es la de aquel que lo gobierna.

Nuestra mirada se dirigirá desde ahora a los bárbaros que invadieron el Imperio de Occidente. Ya sabemos algo por una lección anterior: avanzaban buscando tierras y ciudades, pero respetaban a las autoridades romanas y no desdeñaban la Religión, que desde Constantino, y más que nada desde Teodosio I el Grande, era la cristiana, aunque, debido a los godos orientales, se adhieran lo mismo a la romana pura que a cualquiera de las heréticas. Todos los bárbaros se hicieron cristianos *arrianos*, aunque no con el arrianismo radical, sino el moderado, que contenía fórmulas cercanas a las ortodoxas o católicas. Los francos fueron la gran excepción.

Antes de hablar de la conversión de los francos, se impone dar un vistazo a los principios de la fe en las Galias. Durante las Persecuciones Romanas ya florecía allí una Iglesia muy vigorosa. Es cierto que la Galia de entonces abarcaba regiones y ciudades que hoy son de Alemania, pero en conjunto se correspondía con la Francia actual. Poblaciones como Reims y París en el norte, y Burdeos o Marsella en el sur, contaban con numerosas comunidades cristianas. Sabemos por la lección 10 lo que fue la Iglesia de Lyon, con aquella legión de Mártires ya en el siglo segundo.

Nada digamos de lo que fue el Sínodo de Arlés a principios del siglo IV, el año 314, apenas decretado por Constantino el edicto de Milán. Aunque restringido a la Galia, acudieron a él muchos obispos de todas partes, de Inglaterra, de Italia, de España, y hasta dos delegados del Papa. Tuvo tanta importancia, que muchos lo consideraron como Concilio ecuménico, con lo que hubiera sido el primero de todos, antes que el de Nicea en el año 325. Aunque no lo sea, hay que reconocer lo principal: la Iglesia de la Galia era importantísima, de gran relieve y pujanza.

Entre las figuras más destacadas de la Iglesia de la Galia en este siglo IV hay que traer a *San Hilario de Poitiers*, Obispo y Doctor. Gran biblista, teólogo y escritor, defendió como nadie la fe católica contra el arrianismo, enfrentándose con valentía al mismo emperador arriano Constancio. San Jerónimo lo llama “trompeta contra los arrianos” y “cedro trasplantado por Dios a su Iglesia”. Desterrado al Asia Menor, iba a su fatal destino con la alegría de un viaje de bodas. Muerto Constancio regresó a Poitiers, donde murió el año 366 cargado de méritos ante la Iglesia.

Si saltamos en la Iglesia de la Galia al siglo V, nos encontramos con un hecho singular. Hablando de los bárbaros cristianos que ya existían allí, hay que decir que Francia tuvo

una suerte enorme. Fuera de raras excepciones, prácticamente abrazaban la fe católica sin mezclas del fatídico arrianismo, gracias a los soldados romanos asentados en sus tierras y que eran cristianos católicos de verdad.

Valga por todos el ejemplo de *San Martín de Tours*. Más bien alemán, de Panonia, estaba en la Galia como soldado. Simple catecúmeno, aún no había recibido el bautismo, e iba un día montado en su caballo, luciendo su manto militar, cuando ve a las puertas de la ciudad a un pobre tiritando de frío por su desnudez. Martín baja de su cabalgadura, corta con el sable en dos su rozagante vestidura, y cubre con la mitad la desnudez del pobre. Por la noche se le aparece Jesucristo, vestido con aquella capa, y diciendo gozoso:

-¡Martín, catecúmeno, me ha vestido con este manto!

Bautizado Martín, se hace monje; funda varios monasterios; es nombrado obispo de Tours, y se convierte en uno de los santos más admirados y queridos de la Iglesia gala, ya por aquel entonces con muchos cristianos, y a la que Martín difunde por doquier.

En éstas van a aparecer los bárbaros, y en primer lugar los *borgoñones*. Llegados del norte de Europa, traspasan el Rhin y se establecen en el sureste, por la actual Suiza. Abrazan la fe cristiana, pero la salpicada de arrianismo. Muchas luchas entre ellos mismos, sobre todo por causa de su rey Gundebaldo, malo de veras, que asesinó a dos hermanos suyos, uno de ellos Chilperico II, exiló a dos hijas suyas, a otra la obligó a meterse monja en un monasterio, pero la otra, *Clotilde*, refugiada con su tío Godegisilo, llegó a ser la esposa de Clodoveo, rey de los francos, en un matrimonio que sería decisivo dentro de la Iglesia.

Se presenta ahora Clodoveo, rey de los francos, que, venidos también del norte de Europa, se establecieron en todo el noroeste de Galia. Y de los “francos” le vendrá a las Galias romanas el nombre de Francia. Por el contacto con los soldados romanos llegaron los francos a convertirse paulatinamente al cristianismo puro, sin herejías, aunque la conversión total no llegaría hasta Clodoveo. Los francos ensancharon sus dominios hacia el este de Francia, dominaron a todos los otros pueblos, vencieron en los Pirineos a los visigodos que eran arrianos, y los borgoñones, ya totalmente católicos, se incorporaron a los francos.

Clotilde, venerada como Santa, era una borgoñona hondamente católica. Quería la conversión de su marido, pero Clodoveo era difícil de conquistar, lo mismo en las batallas que en sus convicciones religiosas. Había permitido el bautismo de sus hijos, pero él se mantenía obstinado en su incredulidad. Tenía bastante con aceptar y favorecer en su reino a los cristianos. Hasta que en la batalla contra el valiente pueblo de los *alamanes* se vio en peligro serio de derrota. Fue entonces cuando gritó al Cielo, dicen que de rodillas:

-Si venzo, abrazaré la religión de mi esposa Clotilde.

La batalla cambió de signo, y Clodoveo se hacía dueño de toda la Galia. Ocurría esto en el año 496.

Clotilde encomendó la instrucción religiosa de su marido al obispo San Remigio. Y la historia de la conversión del gran rey franco —escrita por San Gregorio de Tours cien años después—, es aceptada por todos como cierta en su esencia, aunque esté rodeada de detalles

que la hacen realmente hermosa. Como cuando Remigio le explicaba la Pasión de Jesucristo y el rey, dando un fuerte golpe con su lanza en el suelo, exclamó:

- ¡Ah, si yo llego a estar en el Calvario con mis francos!...

Vino la Navidad de aquel año 496, y Clodoveo, con su hermana y con tres mil hombres más de sus mejores soldados, recibía en la catedral de Reims el bautismo de manos del obispo San Remigio. El acontecimiento fue celebrado solemnemente. Todo el camino hasta el templo estaba engalanado y ornamentado con flores y florones. El recinto sagrado, ricamente adornado, brillaba a la luz de una infinidad de velas en medio de nubes de incienso. El rey bárbaro, emocionado, preguntó a San Remigio: -Padre santo, ¿es éste el Cielo?...

Y dicen que al bautizarlo, le dijo San Remigio aquellas palabras:

-Agacha tu cabeza, bárbaro rey; adora lo que quemaste, y quema lo que adoraste.

Nada más bautizado, fue también consagrado como rey. Y vino el cuento bonito. En medio de la multitud que llenaba la iglesia, no era posible ir a buscar el óleo en la sacristía, pero apareció de pronto aquella paloma blanca, trayendo en el pico una ampolla con el crisma sagrado. Esa ampolla sirvió para la consagración de todos los reyes franceses hasta Luis XVI, último que la pudo utilizar, porque fue destrozada por un diputado durante la Revolución Francesa.

Leyendas aparte, el Bautismo de Clodoveo resultó un hecho trascendental para la Iglesia. Naturalmente, todo el reino abrazó la fe católica, incluidos después los borgoñones, y el arrianismo de los demás pueblos bárbaros recibió con esto un golpe mortal.

Fuera de esto, Clodoveo fue un conquistador con gran acierto político. Usó de mucha comprensión para con los pueblos conquistados. Tomó para sí y sus guerreros solamente las propiedades que pertenecían al emperador o al Estado. Con eso, fue bien recibido por todas las poblaciones conquistadas. Un conocido historiador belga resume así la acción del rey:

“Como estadista, consiguió lo que no alcanzó ni Teodorico el Grande, ni ninguno de los reyes bárbaros: sobre las ruinas del Imperio Romano, construyó un poderoso sistema, cuya influencia dominó a la civilización europea durante muchos siglos”.

Convertido París en la Capital del Reino, Clodoveo murió joven: a los 45 años de edad. Sus despojos reposaron durante siglos en la hermosa iglesia de Santa Genoveva, hasta que la Revolución Francesa destruyó aquella joya histórica, sobre la que se construyó un Panteón pagano, e hizo desaparecer los restos del gran rey (lección 126). Este hecho será todo lo vergonzoso que queramos. Pero esa indignidad revolucionaria no le quitará jamás a Clodoveo la gloria de haber extendido su reino a casi todo el territorio que ocupa la Francia de hoy, y haber hecho de ella el primer Estado católico en medio de los reinos paganos o arrianos de Occidente, hasta merecer el glorioso título de “Hija Primogénita de la Iglesia”.

26. ESPAÑA ABRAZA EL CATOLICISMO

España va a seguir muy de cerca los pasos de Francia en su conversión, aunque con unos cien años de diferencia. Con Recaredo pasó en España lo mismo que con Clodoveo en Francia: convertido el rey, toda la nación se hizo católica.

España fue siempre una Provincia muy romana que dio al Imperio emperadores de la talla de Trajano, Adriano y Teodosio el Grande, y, como Iglesia, arraigó en ella con fuerza el cristianismo. Así lo demuestran Mártires como los diáconos Lorenzo y Vicente, Papas como San Dámaso, Padres como Osio y escritores como Prudencio, el mayor poeta cristiano. Además, a principios del siglo IV —probablemente el año 300 o alguno más tarde—, se celebró en Ilíberis o Elvira, cerca de la actual Granada, un famoso Concilio, de gran importancia y con repercusiones en toda la Iglesia.

Más que a la Historia de la Iglesia, la invasión de los bárbaros en la Península corresponde a la historia nacional y civil de España. Invadida por los suevos, alanos y vándalos, éstos últimos se pasaron a África después de realizar las destrucciones tan propias de ellos y de perseguir ferozmente la fe cristiana. Dejaron el sur de España, región que hoy lleva el nombre de Andalucía, y, empujados por los visigodos, se pasaron al África a la que devastaron del todo. Los alanos y suevos fueron absorbidos por los visigodos, todos arrianos. España fue *oficialmente* arriana, aunque una gran parte conservó fielmente su fe católica.

Todo esto sucedía a principios del siglo V, pues Ataúlfo, casado con Gala Placidia, hermana del emperador Honorio, invadía el sur de Francia el año 410, y él y sus sucesores llegaron hasta Barcelona para adueñarse poco después de toda la Península.

Los visigodos fueron tolerantes y condescendientes con la fe católica, de modo que España pudo rehacerse de las barbaridades cometidas antes sobre todo por los vándalos, y seguía la paz religiosa, aunque oficialmente la nación fuera hereje arriana.

Hasta que en el 572 llegó el rey Leovigildo. Gran gobernante, se empeñó en dominar toda la Península. Magnífico guerrero, consiguió vencer del todo a los suevos, instalados en las partes occidentales, el actual Portugal. Con la misma idea de unidad nacional, quiso someter la Iglesia a la fe arriana, y vino la persecución, astutamente calculada. No causaba mártires con la espada, pero no dejaba en paz ni a obispos ni sacerdotes. Entre los desterrados, figuró Masona, el santo, sabio y querido de todos obispo de Mérida.

El arrianismo se jugaba la última carta y parecía que tenía la victoria en las manos. Pero el rey Leovigildo se equivocaba de punta a punta. En su propio palacio empezó la ruina del rey. A su hijo Hermenegildo y su esposa la franca Ingunda, ferviente católica, se les hizo la vida imposible a causa del fanatismo arriano de la segunda mujer de Leovigildo, el cual mandó a Hermenegildo a Sevilla encargándole el dominio de la Bética, el sur de España.

Hermenegildo gobernaba la Bética, correspondiente a la actual Andalucía. Cargo meramente militar y civil. Mandaban los arrianos. Pero el pueblo nativo era cristiano católico desde antiguo y la lucha religiosa tenía que venir un día u otro. Además, bajo la dirección del obispo de Sevilla San Leandro, Hermenegildo se convirtió en ferviente católico.

Hermenegildo, naturalmente, estaba con el pueblo que se le había encomendado, y la esposa Ingunda debió sostenerlo con decisión. Es cierto que Hermenegildo se alió con los

bizantinos del sureste de España y se alzó contra su padre. ¿Reprobable? Quizá, sí. Aunque la intención fuera muy recta. Pero las gentes se apiñaron en torno a Hermenegildo y vino el enfrentamiento de las tropas de uno contra el otro. Ganó el padre, y el hijo, arrodillado a sus pies, recibió la promesa de que sería tratado con la típica generosidad del militar vencedor. Pero Leovigildo no lo cumplió. Porque al saber Leovigildo que su hijo había abrazado el catolicismo, se enfureció de manera terrible.

Intensificó el rey la persecución contra la Iglesia, empezando por desterrar a San Leandro. Y Hermenegildo, encadenado, fue enviado desde Sevilla hasta la cárcel tétrica de Tarragona.

¿Qué ocurrió con el ilustre preso? La historia es bien sabida, aunque algunos detalles quedan en la duda. Se trató con estratagemas y mentiras de convencer a Hermenegildo para que volviese al arrianismo. Firme en la fe católica que había abrazado, se negó el día de Pascua a recibir la Comunión de manos de un obispo arriano. Su carcelero —que, como resulta evidente, no podía actuar sino por orden del rey Leovigildo— lo hizo asesinar. Su muerte, sin embargo, fue la de un mártir, y la Iglesia lo venera como Santo, canonizado por el Papa Sixto V en 1585, milenario de su muerte.

Es cierto que siempre se ha discutido la conducta de Hermenegildo con su padre. ¿Por qué se le enfrentó en plan de guerra? Parece que fue por decisión del mismo pueblo. Era imposible aguantar tanta persecución por causa de la religión. Y el hijo, siguiendo su conciencia y por exigencia del pueblo, se hubo de oponer al padre.

Y, lo de siempre. La sangre del Mártir resultó fecunda. Leovigildo se dio cuenta de que luchaba inútilmente contra la Iglesia invencible. En el año 586 se vio ante la muerte y dicen, dicen..., que llamó a su hijo Recaredo, hermano de Hermenegildo:

- Hijo mío, al heredar el trono, mira de que la fe católica sea la única religión de España. Y lo fue. Faltaban solamente tres años para el famoso Concilio de Toledo.

Este Concilio de Toledo en el 589 —noventa años justos después del bautismo de Clodoveo en Francia— es de una importancia suma. Fue presidido por el Arzobispo de Sevilla San Leandro, el mayor de sus hermanos Fulgencio, Isidoro y Florentina, los cuatro Santos canonizados. Para España, este Concilio vino a significar lo que la conversión de Clodoveo en Francia. Recaredo ya se había convertido al catolicismo por mediación de Leandro.

Antes del Concilio toledano, Recaredo, nada más asumido el trono, convocó a todos los obispos arrianos en una asamblea, y les pidió: -¿Por qué no renuncian todos al arrianismo y abrazan la fe católica, unificando en la misma fe a todo el país?...

El caso es que casi todos los obispos le hicieron caso y se pasaron al catolicismo.

Vino después el Concilio III de Toledo. Allí estaban todos los obispos españoles, los vueltos del destierro, entre los que destacaba Masona, el venerable confesor de la fe; todos los católicos de siempre y los nuevos convertidos en la asamblea de Recaredo.

El rey, la reina y todos los grandes de la nación, lucían sus mejores galas. Se recitó el Credo de Nicea y el monarca suscribió la fórmula de fe católica:

“Yo, Recaredo, rey, reteniendo en mi corazón esta santa y verdadera confesión, que es la sola que confiesa la Iglesia Católica por todo el orbe, la confirmo de palabra y la suscribo con mi mano derecha, bajo la protección de Dios”.

Los obispos comenzaron a gritar entusiasmados: “¡Gloria a Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo!”...

Con este simple principio, el arrianismo quedaba sepultado para siempre: Jesús, y el Espíritu Santo, eran tan Dios como el Padre... Siguieron aclamando los obispos:

“¡Gloria a nuestro Señor Jesucristo, que a costa de su sangre formó la Iglesia católica en todas las naciones!”

“¡Gloria aquí en la tierra y la gloria eterna al rey Recaredo, que ha hecho oficio de apóstol y ha conquistado para la Iglesia Católica nuevos pueblos! Sea amado de Dios y de los hombres el que tan admirablemente ha glorificado a Dios en la tierra”.

San Leandro pronunció después un discurso elocuente por demás, que se conserva como todo lo anterior al pie de la letra, y que acaba:

“Sólo falta que quienes componemos en la tierra unánimemente un solo reino, consigamos por su estabilidad la felicidad del reino celestial, a fin de que el reino y el pueblo que glorificaron a Dios en la tierra sean glorificados por Él, no sólo aquí, sino en el Cielo”.

Grandioso, sencillamente. En ese momento nacía quien iba a ser por antonomasia la “España Católica” en los siglos por venir. En el pueblo, y especialmente en sus reyes, estaba el germen de la fe que la nueva nación llevaría a muchos rincones del mundo, especialmente a nuestra América, novecientos años más tarde. Al florecimiento de la Iglesia visigoda española, ya totalmente católica, contribuyeron sobre manera los Concilios de Toledo, que se sucedían casi ininterrumpidamente.

El de máxima importancia, como acabamos de ver, fue el tercero, pero hasta el año 711 cuando la invasión del Islam, se llegaron a celebrar dieciocho.

En ellos participaban, junto con los obispos, los nobles del Reino, sumisos a la autoridad de la Iglesia. Con aquellos Concilios, los obispos se unían en la doctrina; mataban desde un principio las herejías, que apenas si podían asomar la cabeza; y se dictaban cánones o normas de vida que el pueblo fiel llevaba a la práctica de la vida cristiana.

La Iglesia visigótica española, ya totalmente católica al finalizar el siglo VI, conocerá a continuación un siglo verdaderamente espléndido, del todo adherida a Roma, sin herejías, y con la liturgia romana como norma del culto, pero con unas modificaciones muy propias de su idiosincrasia, y otras asumidas de la liturgia oriental, pues en el sureste había un fuerte asentamiento de fuerzas bizantinas. Era la llamada liturgia *mozárabe*, que durará varios siglos, aunque en nuestros días no tiene más que algún rincón donde se practica, dijéramos, sólo como un recuerdo, bonito y nostálgico.

27. EL CATIOLICISMO EN ITALIA

Aunque parezca algo extraño, Italia no fue la primera Provincia del Imperio que se hizo católica. Al revés, tardó bastante. Los diversos pueblos bárbaros que la invadieron retrasaron su incorporación a la Iglesia de Roma.

Conviene distinguir bien entre Roma e Italia. El Imperio Romano no fue de Italia con Roma como Capital, sino todo lo contrario. El Imperio nació de aquella pequeña ciudad de las siete colinas que se llamaba Roma, la cual fue conquistando tierras y más tierras de los alrededores y después toda Italia. Se iniciaba la historia de Roma el año 748 antes de Cristo. Con sus conquistas fue ocupando los países del Mediterráneo de este a oeste y de norte a sur, hasta formar lo que los romanos llamaban el “Orbe de la tierra”. Italia fue una parte conquistada. Nunca fue ni se llamó “Imperio Italiano” sino “Imperio Romano”.

Roma, con su acertada política, tenía sus dioses propios, en especial los “dioses lares”, los del hogar, de sus primeros tiempos. Pero iba incorporando en sus cultos los dioses de todos los países conquistados. Y, entre ellos, estaba Yahvé, el Dios de los judíos, y vino finalmente Jesús, el Hijo del mismo Dios Yahvé hecho Hombre.

La Iglesia en Roma, Capital del Imperio, tuvo origen apostólico y ella guarda los restos de sus fundadores Pedro y Pablo. La sede romana de Pedro es el punto de referencia obligado de la Iglesia verdadera de Cristo, el cual dio su palabra a Simón: “Tú eres Roca, Piedra, Pedro, y sobre esta Roca edificaré yo mi Iglesia”. El Concilio Vaticano II nos ha dicho categóricamente en la Constitución dogmática que la verdadera Iglesia de Cristo “subsiste” en la Católica, en esa que tiene como Primado y Vicario de Jesucristo al Obispo de Roma. Así, desaparecido el Imperio Romano, es Roma la Capital de Italia y la Capital también de la Iglesia Católica, en ese su pequeño rincón de 44 hectáreas que se llama Vaticano. Entonces, ¿cuándo el pueblo italiano, formado con los antiguos ciudadanos romanos y los bárbaros invasores, entró a formar parte totalmente de la Iglesia Católica? Veámoslo.

Sin contar Roma, la “Urbe”, digamos que Italia, la Provincia Romana, tuvo desde los Apóstoles comunidades cristianas florecientes y dio a la Iglesia muchos mártires, santos y escritores. Basta leer en los Hechos la comunidad de Pozzuoli, donde desembarcó Pablo.

Durante las Persecuciones hubo mártires en todas partes de Italia, especialmente en el sur, con mártires tan significativos como Santa Lucía y Santa Águeda en Sicilia, lo cual indica que tenía Iglesias muy vigorosas.

En el norte, igual, sobre todo con la Iglesia de Milán, y el siglo IV brilló con hombres insignes salidos de las Iglesias más importantes. Un San Eusebio de Vercelli, amigo de San Atanasio y defensor acérrimo de la fe católica contra los arrianos. Y nada digamos de un San Ambrosio, a quien ya conocemos, y que hace ver una Iglesia grande de verdad.

Dos compañeros italianos de San Atanasio, llamados Isidoro y Ammonio, conocieron la vida de los monjes del desierto, y, regresados a Italia, fundaron monasterios muy anteriores a los de San Benito con comunidades numerosas.

Hay que decir, sin embargo, que Italia es la nación que tuvo la peor suerte con los pueblos bárbaros, los cuales tardaron mucho en convertirse a la fe verdadera. Unas invasio-

nes se sucedían a otras y la Iglesia local, aunque se mantuviese pura y fiel a la de Roma en toda Italia, iba tomando formas diversas según los pueblos bárbaros que la dominaban.

Los hunos fueron los primeros y más feroces invasores de Italia. Procedían del Asia central y desde el mar Báltico, al mando de su caudillo Atila, iban arrollando a todos los países de Europa por donde pasaban. Antes de meterse en Italia, más de cien ciudades en Oriente fueron conquistadas; y la misma Constantinopla llegó a estar en gran peligro. Hubo tantos asesinatos y derramamientos de sangre que no se podía contar a los muertos. Ocuparon iglesias y monasterios y degollaron a monjes y doncellas en gran número. En el 451 Atila llegaba a Bélgica con un ejército de unos 500.000 hombres, y con ello puso pronto en claro cuáles eran sus verdaderas intenciones. Sin embargo fue derrotado en la famosa batalla de los Campos Cataláunicos que terminó con la victoria de la alianza godo-romana.

Pero Atila se repuso e irrumpió en Italia saqueándolo todo. Antes de que llegase a Roma, le salió al encuentro con toda la majestad pontificia el papa San León Magno, como vimos en lección anterior (21), y el caso es que Atila, “el azote de Dios”, se retiró de nuevo hasta la Germania, donde murió en el 453 durante la fiesta de una nueva boda —según parece a causa de una gran hemorragia nasal—, y sus soldados, al descubrir su fallecimiento, le lloraron cortándose el pelo e hiriéndose con las espadas, pues “el más grande de todos los guerreros no había de ser llorado con lamentos de mujer ni con lágrimas, sino con sangre de hombres”, dice la historia más antigua y que parece ser la más verídica. La tradición y leyenda se han fijado solamente en la crueldad de Atila, pero callan sus grandes cualidades de guerreo y gobernante, aparte de su cultura, que no era nada vulgar y hasta muy notable.

Los vándalos eran en salvajismo hermanos gemelos de los hunos. Habiendo dejado atrás España, el año 429 se instalaron en el norte de Africa, a la que devastaron por completo. Por una traición, la Emperatriz Eudoxia, viuda del asesinado Valentiniano III, llamó a los vándalos ofreciéndoles Roma. En ella se presentó el feroz Genserico con sus huestes, que durante quince días causaron en la Urbe destrozos inimaginables. El mismo papa San León Magno, que tres años antes detuvo en su avance a Atila, consiguió de Genserico que al menos respetase la vida de los ciudadanos. Satisfecha la rapiña de los vándalos en Roma y todo el sur de Italia, se regresaron a Africa para vivir a gusto con su botín inmenso.

Los hérulos, no tan bárbaros, jugaron un papel decisivo en Italia, única Provincia que en el 456 quedaba del Imperio Romano. Nada menos que diez emperadores se sucedieron en sólo veinte años, hasta que Odoacro, al frente de sus huestes, invadió Italia y en el 476 destituyó a Rómulo Augústulo, el último emperador que tuvo Roma. Los hérulos, por su contacto con los godos en Oriente, eran herejes arrianos, pero trataron con respeto al Papa y a los católicos, de modo que la fe cristiana ortodoxa se pudo salvar en la Península.

Los ostrogodos se encargaron de echar fuera a los hérulos en un tiempo muy breve. Llegados de lo que hoy es Centroeuropa bajo el mando de su gran jefe Teodorico, en el año 493 ya se habían adueñado de toda Italia. Lástima que, como los visigodos en España, eran todos arrianos, aunque Teodorico, magnífico gobernante, con su capital en Ravena, respetó la religión católica, que se desarrollaba normalmente, por más que hacia el final de su reinado, por sospechas infundadas, hiciera prisionero al papa Juan 1, que murió en la cárcel, y

mandó ejecutar al gran filósofo Boecio. Muerto Teodorico en el 526, no supieron sus sucesores mantener el reino, de modo que el emperador Justiniano invadió Italia el año 553 y la convirtió en Provincia del Impero Romano de Oriente, o Bizantino.

Los **lombardos** —arrianos una parte y otra gran parte paganos—, vinieron finalmente a desplazar a los bizantinos. Parece que Narsés, exarca o delegado de Bizancio en Italia, al verse depuesto de su cargo, llamó a los lombardos —igual que hiciera Eudoxia con los vándalos—, y, este pueblo bárbaro, fuerte, tenaz, con un imponente ejército procedente de Germania a las órdenes de su rey Alboín, se apoderó en el 568 de todo el norte de Italia y llegaron en su avance hasta casi las puertas de Roma. Los jefes y ejército bizantino —procedentes de Constantinopla y con las fuerzas de Italia y de los ostrogodos juntos— nada pudieron contra la avalancha lombarda. El rey Autaris, a partir del 586, organizó en todo el norte el reino lombardo que alcanzó una gran prosperidad.

Esto fue Italia bajo las invasiones bárbaras. En cuanto a lo que nos interesa a nosotros sobre su aceptación del cristianismo, no tuvo la suerte ni de Francia ni de España. La Iglesia que había en Italia durante las Persecuciones Romanas y en los siglos del IV al VI se vio siempre floreciente. Pero la conversión de los bárbaros invasores fue más difícil que en los otros países. De los pueblos bárbaros que la invadieron, los hunos y los vándalos no eran para nada cristianos, y, además, se marcharon de Italia. Los hérulos, aunque arrianos, fueron dominados por los ostrogodos, arrianos también, pero respetuosos con los católicos.

Los lombardos desataron una furiosa persecución contra la Iglesia bajo el rey Alboín, el cual, por fortuna, falleció pronto. Vino Agilulfo, el cual obligaba a la gente a bautizar a sus hijos en la fe arriana. El papa San Gregorio Magno animaba a los católicos:

“El amor de ustedes exhorte en todas partes a los lombardos a que conviertan a la fe verdadera a los hijos que bautizaron en la herejía. Atraigan a la verdadera fe al mayor número posible. Predíquenles la vida eterna, a fin de que cuando ustedes se presenten ante el divino Juez puedan mostrarle el fruto de su celo”.

Teodolinda entabló óptimas relaciones con el Papa y, animada por él, indujo a su marido Agilulfo a abrazar el catolicismo. Teodolinda fue otra mujer grande y providencial, como Clotilde de Clodoveo en Francia y como Ingunda de Hermenegildo en España.

Ante los reyes ya católicos, los lombardos en su mayoría iban abrazando el catolicismo, hasta que en el 671 el rey Grimoald implantó oficialmente el catolicismo en todo su reino. Entonces los ostrogodos, *arrianos*, tenían poco que hacer después que Francia y España fueron totalmente católicas, de modo que el arrianismo desapareció por sí solo a lo largo de este mismo siglo. Italia, como no podía ser menos, y con Roma en el centro como sede del Papa, se hacía católica para siempre.

28. IRLANDA CATÓLICA

Interesante. La apartada Isla fue católica pura sin mezclas heréticas de arrianos u otros. Además, desde sus principios fue evangelizadora de otros países europeos. San Patricio es la *figura* emblemática de esa Iglesia admirable.

Decir “Historia del Catolicismo en Irlanda” es igual que decir “Vida de San Patricio”. En la *Eire Verde* no habían ingresado las legiones romanas como en la Gran Bretaña y, si por casualidad hubo algunos cristianos al final de los años 300, se debió probablemente a algunos creyentes originarios de Inglaterra y de Francia que llegaban a Irlanda a través de las rutas comerciales marítimas con estos países. El obispo de Escocia, Paladio, entró en Irlanda con otros cuatro misioneros el año 413, aunque no consiguieron ningún éxito, de modo que Paladio se regresó a Escocia donde murió. La conversión de la Isla tendrá que esperar algunos años más, hasta que aparezca Patricio, su gran apóstol.

Los nativos celtas y los feroces druidas eran paganos politeístas, pero, al aceptar la evangelización cristiana, no tuvieron en adelante más que al verdadero Dios y a Jesucristo, con una Iglesia totalmente católica y libre del arrianismo y las demás herejías que tanto mal hicieron en los otros países. Sin consecuencias, les rozó algo el *pelagianismo*.

¿Y quién era aquel Patricio a quien se deberá la conversión de Irlanda? Su vida la escribió él mismo en sus “Confesiones”, y hay que atenerse a ellas, pues su figura está rodeada de historias legendarias difíciles de interpretar. Lo más probable es que había nacido en Gran Bretaña, de padres católicos, hacia el año 389. Su padre, funcionario municipal, era diácono cristiano y terrateniente. Muchacho joven, Patricio fue hecho prisionero por piratas y llevado a Irlanda, a la que pudo conocer y aprender su lengua durante el duro cautiverio que le detuvo allí seis años, en los que ejerció como esclavo oficios humillantes.

Pero Patricio, aventurero por naturaleza, logró fugarse y embarcar hacia Francia en un viaje que resultó tragicómico. Una tempestad furiosa arrojó el barco a lugares solitarios y desconocidos, donde los viajeros se hallaron en la desesperación. Paganos, que habían aceptado en la embarcación a Patricio gratuitamente por pura compasión, ahora, muertos de hambre, se le enfrentaban al muchacho: -Y ese tu Dios, ¿dónde está y por qué nos trata así?

Patricio narra:

-Yo les hube de responder: Vuelvan sus miradas y sus corazones a mi Dios, para quien nada es imposible.

El caso es que, de repente, apareció una manada de cerdos que salvó aquella situación de hambre ya inaguantable.

Patricio regresó a su familia en Gran Bretaña. Por su carácter afectivo y lo que amaba a su familia, que lo quería retener consigo, hubo de luchar para seguir la vocación, como narra él mismo: “Por tantas oraciones y lágrimas, Dios me concedió muchos dones. Como Dios era mi guía, yo no consentí en ceder ante los deseos de los míos. No fue por mérito mío, sino porque Dios me había conquistado y reinaba en mí. Fue Dios quien me fortaleció y me hizo resistir los ruegos de los que me amaban, de suerte que me aparté de ellos para morar entre los paganos de Irlanda”. Era Irlanda concretamente el país de donde le llegaban aquellas voces misteriosas que escuchaba en la oración:

-Me gritaban los que moran más allá del mar del oeste, y me decían, como salidas de una sola boca: ¡Te llamamos a ti, joven, para que vengas a nosotros!

Pero no se dirigió al oeste, es decir, a Irlanda, sino al este, a Francia, donde se formó en la ciencia y la más austera y auténtica vida cristiana dentro de los famosos monasterios de San Martín de Tours en Marmoutier, el de Lerins y el de San Germán de Auxerre. Fue en este tiempo cuando recibió la ordenación sacerdotal. San Germán, en una expedición misionera, se llevó consigo a Gran Bretaña al joven Patricio el año 423, y, regresado al continente en el 426, fue a Roma, donde acabó su preparación misionera. Sabiendo el papa San Celestino I que Paladio había fracasado en sus intentos de evangelización en Irlanda, dispuso que fuera allí Patricio. Consagrado obispo en las Galias por San Germán, el papa San Celestino lo mandó a Irlanda en el año 432 para emprender su gran misión.

Las dificultades para la evangelización fueron enormes. Como las tribus indígenas vivían dispersas, Patricio estableció su centro en Armagh, que sería después la sede Primada de la Iglesia en Irlanda. En vez de diócesis con sus obispos respectivos, optó por fundar monasterios, cuyo Abad supervisaba también las Iglesias recién fundadas.

Pero, hablemos primero de cómo Patricio evangelizaba a las gentes.

Parece que empezó por el norte, donde había sufrido de joven aquel cautiverio. Como tenía experiencia de lo que eran los monasterios de Francia, empezó por fundar uno en el Ulster para tener pronto ayudantes en su apostolado. Los magos y hechiceros druidas fueron los primeros a los que hubo de oponerse en su evangelización. Resultaban irreductibles, aparte de que le hacían guerra implacable.

Patricio entonces, con intuición certera, quiso conquistar ante todo al rey Langhaire, que no se convirtió, rodeado como estaba por los druidas tan temidos. Se cuenta lo que fue aquella reunión famosa. Patricio, al que acompañaba el don de milagros, predicó en toda su desnudez la fe en Jesucristo. Cómo todos los hombres habrán de morir, pero cómo todos habrán también de resucitar al final de los tiempos. La perspectiva de la Vida Eterna fue eficaz. Los magos y hechiceros temieron, y Langhaire, si no se convirtió, al menos dio amplia licencia a Patricio para que predicara con libertad el Evangelio.

Los druidas armaron asechanzas para acabar con el predicador. Como la sucedida con el compañero de viaje. Manejaba Patricio. Por una sospecha inexplicable, el buen hombre se empeñó en cambiar de puesto en el carruaje:

- Déjeme las riendas, por favor. Ya conduciré yo. Patricio, de mala gana, pero cedió. Avanzaban los caballos, cuando, de repente, una lanza salida de la espesura se clavó en el pecho del conductor, y que sin duda iba destinada a Patricio en vez de su cochero. Eran los gajes del apostolado, como dice él mismo:

- Al predicarles el Evangelio, hube de soportar una cantidad grande de insultos por parte de los incrédulos, que me hacían continuos reproches y que desataban grandes persecuciones contra mí, mientras yo sacrificaba mi libertad en provecho suyo. Si se me considera digno, estoy dispuesto a dar hasta mi vida a Dios, sin vacilaciones y con gozo. Me propongo pasar aquí mi vida entera, hasta que se extinga, si el Señor me concede esta gracia.

Había que contar con la persecución, como es natural. Sobre todo cuando Patricio se atrevía a realizar actos tan decisivos como derribar en Leitrim el ídolo de Crom Cruach para edificar sobre el mismo solar una iglesia cristiana. Y las mismas persecuciones había que suponer cuando conseguía conversiones que a unos llenaban de gozo y a otros de furor, como cuando aceptaron la fe cristiana las dos hijas del rey Langhaire, Ente y Fredelm, las cuales en un monasterio consagraron su virginidad a Cristo.

La evangelización seguía su ritmo ascendente e Irlanda se iba transformando en cristiana, por más que el paganismo, el vicio, la rapacidad no podían desaparecer en un día y seguían campando en el país, aunque se hablaba de que “toda Irlanda” se había convertido al cristianismo. Hay que valorar las palabras del mismo Patricio, que habla de “multitudes”, “innumerables”, “muchos miles” a los que había predicado y bautizado. Y sigue:

“¡Ah! Donde jamás se había tenido conocimiento de Dios, allí, en Irlanda, donde se adoraba a los ídolos y se cometían toda suerte de abominaciones, ¿cómo ha sido posible formar un pueblo del Señor, donde las gentes puedan llamarse hijos de Dios? Ahí se ha visto cómo hijos e hijas de los reyezuelos se transforman en monjes y en vírgenes de Cristo”, y añade un antiguo biógrafo, “sin que se les pueda numerar”.

Acaba Patricio de nombrar a los monjes y vírgenes consagrados, y hay que decir una palabra sobre sus célebres monasterios. Era muy difícil en Irlanda establecer sin más las diócesis, y en vez de diócesis con sus obispos respectivos, optó por fundar monasterios, cuyo Abad supervisaba también las Iglesias recién fundadas. Durante todo este siglo V fueron muchos los monasterios fundados en Irlanda, por el mismo San Patricio o por su sucesor Benen, o Benigno. Eran innumerables los candidatos que acudían a esos remansos de paz, de oración, de cultura. Como el famoso de Bangor que llegó a albergar 3.000 monjes.

De esos monasterios iban a salir los evangelizadores de todos los rincones de Irlanda y tantos misioneros que, rompiendo las costas de la Isla Verde, se lanzaron por el resto de Europa. En la misma Irlanda, cuando la muerte de Patricio, existían ya varios obispos y suficientes sacerdotes, salidos de estos monasterios tan acertados como providenciales.

Patricio murió, según parece, el año 461, después de haber pasado cuarenta días en oración y penitencia en el monte Aigli, donde recibió gracias extraordinarias de Dios, que le hizo contemplar en visiones las almas de tantos que se iban a salvar en Irlanda. Eran santos y santas en grupos innumerables que subían montaña arriba a saludar al que era el padre de todos en la fe. Y acaba el biógrafo:

-Desde aquella montaña, Patricio bendijo al pueblo de Irlanda, y el objeto que perseguía al subir a la cima era el de orar por todos y el de ver el fruto de sus trabajos. Después, en edad bien avanzada, fue a recoger su recompensa y a gozar de ella eternamente.

Patricio es uno de los mayores apóstoles de la Iglesia en todos los tiempos.

29. LA EVANGELIZACIÓN DE INGLATERRA

Vino la leyenda bonita. Aquel monje diácono del monasterio de San Andrés iba por las calles de Roma y vio a unos jóvenes altos, rubios, de ojos azules, encantadores. Se los presentaron como “anglos”, y se dijo: ¡Pero, si son unos “ángeles”!... Aquel monje, ya Papa Gregorio, se dijo: ¡Hay que llevar el Evangelio a su tierra!... De la leyenda, a la historia. El gran Papa se empeñó en la evangelización de Inglaterra, y esta es una de las mayores glorias de su inmenso pontificado. Aunque para nosotros es toda una proeza el resumir en pocas líneas aquella aventura misionera.

Para entendernos, hay que empezar por situarse en el pueblo de la Gran Bretaña.

En el norte encontramos siempre a los escoceses. En el centro y sur, a los bretones. Los romanos invaden la Isla en dos expediciones —la primera, la de Julio César—, fracasan, y la conquistan definitivamente el año 43 después de Cristo. Frecuentes luchas con los bretones, y los romanos nunca dominan a los escoceses. Con el emperador Constantino el Grande llegan a hacerse amigos los bretones y romanos. Pero, ante las invasiones de los bárbaros, los romanos retiran de Inglaterra sus legiones para defender las tierras del continente.

Los escoceses estaban al tanto, y, al verse libres de la defensa que los romanos daban a los bretones, se lanzaron sobre ellos. El rey bretón llamó en el año 449 en su ayuda a los anglosajones, que habitaban la Bretaña, península noroeste de Francia. Entraron los anglosajones en la Isla, todos ellos paganos; al principio eran amigos de los bretones, pero después se dieron a una feroz conquista durante siglo y medio.

Los bretones se replegaron en Gales y Cornuailles al oeste, y ambos pueblos, bretones y anglosajones, fueron desde entonces enemigos irreconciliables. Los anglosajones eliminaron hasta los últimos vestigios de cristianismo, mientras que los bretones, católicos casi todos, mantuvieron íntegra su fe.

Los anglosajones se dividieron en siete reinos, la famosa Heptarquía: Kent, Sussex, Wessex, Essex, Northumbria, Anglia y Mercie. Sería la tierra de los anglos: England, Inglaterra. Estos siete reinos se unían o luchaban entre sí, y el último vencedor de turno se llamaba *Bretwald*, o rey de los británicos.

Los orígenes del cristianismo en Inglaterra resultan algo misteriosos. Pero ciertamente que había allí cristianos en el siglo II, como atestigua Tertuliano, y consta que tuvo mártires en las Persecuciones, como San Alban bajo Diocleciano por el año 303. Al famoso sínodo de Arlés en Francia el año 314 asistieron como representantes de Britania tres obispos, lo cual indica que había allí Iglesias florecientes.

Entre los bretones se había propagado el cristianismo merced a las legiones romanas. Replegados en Gales, allí tenían el gran Monasterio de English Bangor, filial del de Irlanda, y del cual salieron grandes misioneros para el Continente. Conviene tener clara esta situación demográfica de Inglaterra.

Empezamos por la conversión de Escocia, que permanecía pagana, aunque había algunas comunidades cristianas. Los monjes irlandeses eran misioneros por naturaleza y empezaban su apostolado fundando monasterios, que se poblaban pronto y de ellos brotaba la irradiación del cristianismo a toda la región. Así iba a ocurrir con la conversión de Escocia,

que hay que atribuirle ante todo a Columkill, conocido como San Columba, monje irlandés, cuya vida es toda una aventura.

Noble y emparentado con reyes, era alto, fornido, imponente, con una voz de trueno que se le oía desde una gran distancia (!). Por causa de él, se armó una revuelta en que perecieron más de 3.000 hombres. Por milagro se libró de la excomuni3n, y, aunque no fuera el culpable de aquella carnicería, Columba no tenía tranquila su conciencia. Entonces, prefiri3 un destierro voluntario. “Y, como una expiaci3n de las ofensas que he cometido, he de procurar la salvaci3n de tantas almas cuantas v3ctimas caus3 con la batalla de Cuil Dremne”. El a3o 563 se embarcaba en un bote con doce compa3eros m3s, y fue a parar a las costas escocesas de Inglaterra. El terrible rey pagano Brude hab3a dado la orden estricta: -Aqu3 no entran esos misioneros... Pero una se3al de la Cruz que traz3 Columba caus3 tales destrozos que el rey, atemorizado, le dio en posesi3n la isla de Hi o Iona, en la que el monje fund3 el monasterio de donde parti3 la fe a toda Escocia.

Iona fue el cuartel general de aquel monje misionero y conquistador a lo divino. El hombr3n tan brusco de antes se convirti3 en un santo al que describieron despu3s como quien ten3a “un rostro de 3ngel, que aparec3a siempre como quien va guiado por el Esp3ritu Santo en lo m3s profundo de su coraz3n”. El monasterio se convirti3 para toda Europa en centro insigne de espiritualidad y de ciencia durante los siglos siguientes, conforme a la profec3a del mismo Columba poco antes de morir en el a3o 597: “En este lugar, peque3o y pobre, se rendir3 mucha gloria al Se3or, no s3lo por parte de los reyes y pueblos escoceses, sino tambi3n por parte de pa3ses b3rbaros muy lejanos. Hasta los santos de otras Iglesias lo mirar3n con respeto y reverencia grandes”.

¿Y los anglosajones, los invasores venidos de Bretaña? Durante siglo y medio permanecieron paganos del todo, pero al fin les lleg3 la hora de Dios. El a3o 596, la reina Brunilda de Bretaña, profundamente adicta al papa San Gregorio Magno, le facilitaba el paso de los misioneros hacia Inglaterra. El Papa envi3 al monje benedictino de Roma San Agust3n con 39 compa3eros m3s. Era cuesti3n de ganar para Cristo los reinos de la Heptarqu3a. Kent fue la primera conquista. El rey Etelberto sali3 a recibir en persona a los misioneros. Agust3n alzaba una gran cruz, y ante todos los nobles expuso en breve s3ntesis la doctrina de Cristo. ¿Quiere? ¿Acepta?...

Berta, hija del rey franco y gran cat3lica, hab3a dispuesto de maravilla al rey, el cual respond3a: -Tienen abiertas todas las puertas del reino... El primer bautizado, en la fiesta de Pentecost3s, el rey en persona. Y detras del rey, la nobleza y una gran masa del pueblo, calculada en unos 10.000, recib3an el bautismo en la Navidad del mismo a3o 597, cuando hac3a 101 a3os exactos que en la Navidad se hab3a bautizado Clodoveo de Francia; ocho a3os justos despu3s que la Espa3a visigoda se declaraba totalmente cat3lica; el a3o mismo en que San Columba mor3a en la norte3a Escocia despu3s de convertida en gran parte, y mientras el monje irland3s San Columbano realizaba masivas conversiones en Europa.

La conversi3n de Kent entusiasm3 al Papa San Gregorio, que pronto mandar3a dos expediciones m3s de misioneros. Agust3n era consagrado obispo en Arl3s de Francia. El rey Etelberto (¿como siempre, con una mujer detras, su esposa Berta!) donaba al obispo su palacio para monasterio y residencia, a la vez que constru3a la catedral de Canterbury que

sería la primada de Inglaterra. Y venían después unas normas del Papa, sabias por demás, sobre lo que había de hacerse con los templos paganos y fiestas de los sajones. No derriben los templos paganos, sino sólo las estatuas de los ídolos. Exorcicen la construcción y que pase a ser templo del Dios verdadero... Respeten las fiestas y costumbres del pueblo, dándoles sentido cristiano a sus celebraciones paganas.

Pensando San Agustín y el mismo Papa que los demás reinos de la Heptarquía se harían cristianos con la misma rapidez que lo hiciera Kent, se precipitaron al dejar establecida la Jerarquía para toda Inglaterra. Había que esperar. Los bretones, escoceses e irlandeses de la isla vecina eran enemigos irreconciliables de los anglosajones. Se suscitaron guerras con matanzas muy serias. No eran admitidos los misioneros llegados de esos pueblos enemigos ni se aceptaban costumbres, aunque legítimas, de las Iglesias vecinas. Había que dar tiempo al tiempo. El papa San Gregorio Magno moría el año 604 y San Agustín el 605. Pero la semilla estaba echada en Inglaterra y poco a poco llegaría el árbol a cubrir el país entero.

Las conversiones seguían en los reinos de la Heptarquía. Comenzaron en *Kent*, y el rey católico Sabereth, del *Essex*, construía en Londres la catedral de San Pablo y su monasterio, que sería después la célebre Abadía de Westminster. Pero ese crecimiento se desarrollaba en medio de tan graves dificultades que el obispo Lorenzo de Canterbury se marchaba ya de su sede, cuando, según tradición fidedigna, se le apareció el apóstol San Pedro y le reprochó severo: ¡Cobarde!...

Todo se calmó, y vinieron una tras otra las conversiones. *Northumbria*, gracias a la conversión de su rey Edwin, que, impulsado por su esposa Ethelberga, ferviente católica, abrazaba en el 627 con sus nobles el cristianismo por la actividad del monje y obispo Paulino, el cual desarrolló una gran actividad en York. Siguieron *Mercie*, *Wessex*, *Estanglia*, y *Sussex*, último en ser evangelizado, hacia el año 680, por el gran misionero San Wilfrido.

Mucho antes se hubiera hecho católica Inglaterra si los misioneros y evangelizadores no hubieran tenido que venir de Roma enviados por el Papa. Tenían a los católicos irlandeses, escoceses y bretones en su misma tierra; pero el odio que se tenían mutuamente con los invasores anglosajones hacía imposible toda comunicación. Sus pueblos se unieron después de ochenta años de evangelización heroica, sistemática y bien pensada, con una Jerarquía en todo conforme con el plan de San Gregorio Magno.

El último gran apóstol y organizador, enviado por el papa Vitalino el año 668 como Arzobispo de Canterbury, fue el famoso monje Teodoro de Tarso, que morirá el año 690. Inglaterra quedaba sembrada materialmente de monasterios, formadores durante toda la Edad Media de santos, sabios y misioneros insignes. En la Historia de la Iglesia durante aquellos siglos medievales merecerá, con toda justicia, el nombre glorioso de “La Isla de los santos”.

30. POR LOS PUEBLOS GERMANOS

No hablamos todavía de la Alemania convertida por San Bonifacio, su gran apóstol, sino de aquellos pueblos bárbaros en los que poco a poco fue penetrando el cristianismo desde sus mismos orígenes.

Las legiones romanas tenían contacto con los bárbaros del Norte y es natural que el cristianismo se metiese entre los germanos casi desde un principio; por eso encontramos iglesias importantes en la Germania ya en los siglos II y III, como las de Tréveris, Maguncia o Colonia, pues las legiones ocupaban terrenos en el occidente del Danubio y del Rhin.

Pero la evangelización propiamente tal de la Germania empezó después que los pueblos bárbaros del Norte, hacia finales del siglo V, habían ocupado o sustituido todo el Imperio Romano de Occidente en el 476 con la destitución del último emperador Rómulo Augústulo por el hérulo Odoacro. Podemos enumerar algunos de aquellos misioneros que prepararon el camino a la evangelización posterior, sistemática y definitiva de San Bonifacio.

San Severino (+482), por su exquisito latín y cultura, demuestra haber sido un noble romano que, dejando su amada soledad del desierto, se lanzó hasta Austria para llevar el Evangelio a aquellas tierras. Hizo milagros muy sonados, como descongelar las aguas del Danubio y el Inn, de modo que los barcos pudieran navegar de nuevo y aliviar el hambre que se había echado sobre los pueblos. Predicaba la penitencia contra los vicios inveterados y en especial la caridad para con los pobres. Las gentes lo pedían como obispo suyo, pero él respondía generoso: -¿Obispo? ¡No! Harto he hecho con abandonar mi querida soledad del desierto para venir a predicarles el Evangelio... Fundó varios monasterios, uno cerca de Viena, pero él vivía en una pobre casucha, en la cual le visitó el jefe de los hérulos Odoacro, que hubo de permanecer agachado porque no cabía de pie. Y el monje misionero: -Tú vas a tener éxito en tus campañas y llegarás a ser rey... La profecía se cumplió. Odoacro, como ya vimos, fue el que destronó al último emperador Rómulo Augústulo. Y, al ver cumplida la profecía, mandó una carta a Severino: -¡Pídeme lo que quieras! -Pues, sólo te pido la libertad de un desterrado que tienes en tu poder para que regrese aquí su patria... Con Severino, Austria se convertía en terreno abonado para el Evangelio.

Damos un salto de dos siglos, y nos encontramos con los grandes misioneros de Alemania, entre los que descuella San **Columbano**, al que veremos otro día reformando las costumbres algo relajadas de la Iglesia de Francia. Tipo fenomenal, formado en el famoso monasterio de Bangor. Cuando contaba sus cuarenta y tantos años, por el 580 se lanzaba con doce compañeros al continente, al que llamará “toda Europa”. En el 610 deja Columbano su monasterio de Luxeuil, penetra en Alemania por el Rhin, deja allí a algunos compañeros, y, ante tantas persecuciones como hubo de sufrir, se decide a ir hacia el norte de Italia en la que funda el célebre monasterio de Bobbio en cuyos claustros morirá el año 615.

Firmísimo en la fe católica, escribía con energía inusitada: “Yo creo indefectiblemente que la firme columna de la Iglesia está en Roma”. Y llama al Papa “Pastor de pastores”, “Jefe de los jefes”, “Pontífice único”. Añade además: “Cierto que Roma es grande y famosa por sí misma, pero, ante nosotros, sólo es grande y famosa por la cátedra de San Pedro”.

San Gall (+640), es otro de los grandes evangelizadores de aquellos países. Su nombre va unido al célebre monasterio que dio después el nombre a la actual ciudad suiza de Saint Gall. Irlandés, discípulo y uno de los doce compañeros de San Columbano, llegó con éste hasta el lago de Zürich. Las gentes recibieron mal a los misioneros, y éstos se dijeron: “Abandonamos esta multitud ingrata y desagradable para no desperdiciar en almas estériles los esfuerzos que pueden fructificar en almas mejor dispuestas”.

Se establecieron entonces en las orillas del lago de Constanza. San Gall tuvo la audacia de arrojar en las aguas las estatuas de los dos ídolos más venerados, y semejante atrevimiento, a pesar de la persecución, les trajo valiosas conversiones. Columbano marchó al norte de Italia y San Gall fundó su famoso monasterio, uno de los más influyentes en los siglos venideros por su ejemplaridad y por la cultura que extendió sobre todo con su valiosísima biblioteca.

San Ruperto, misionero en tierras germanas. Probablemente monje irlandés, era ya obispo de Worms cuando con varios compañeros se lanzó a la evangelización por las regiones de Baviera. El duque Teodón, aunque pagano, por una su hermana cristiana recibió cordialmente a Ruperto, le escuchó complacido, se convirtió y, por su bautismo, mucha de su gente se hizo cristiana. Los templos paganos de Regensburg y Altötting se adaptaron al culto cristiano a la vez que se construían nuevas iglesias.

Pero el centro de las actividades evangelizadoras lo constituyó Ruperto en un poblado ruinoso, donde se estableció con sus monjes, edificó un monasterio con su escuela, con lo que dio principio a la que sería hasta hoy la bella ciudad de Salzburgo, así llamada por el mismo Ruperto, en la que murió el año 647 este gran apóstol de Baviera y Austria. Aunque aquellas regiones habían recibido el Evangelio por San Severino, lastimosamente habían vuelto a la idolatría. Los monasterios de Ruperto en Salzburgo, tanto el de hombres como el de mujeres, fueron focos poderosos de vida cristiana.

Los que hoy llamamos Países Bajos, Bélgica y Holanda, estaban en la mira de los misioneros. Se presentaban muy difíciles, pero había que hacerlos también cristianos.

Bélgica encontró su apóstol en el monje francés *Amando*, que hizo una peregrinación a Roma, y, ante las tumbas de los apóstoles Pedro y Pablo, sintió la vocación de apóstol: ‘¡Sal de tu monasterio de Bourges, vete, y evangeliza!’... Era el año 638 cuando fue consagrado obispo y se dio con ardor a misionar por el noreste de Francia y Lorena, paganas todavía, aunque tan vecinas de los francos católicos.

Casi a la vez, un orfebre y joyero en la corte de los reyes Clotario y Dagoberto, llamado Eloy, sintió la misma llamada: ‘¡A trabajar con otra plata y a buscar otras joyas!’ . Abrazó la vida eclesiástica, y, consagrado también obispo, pronto se convirtió en otro magnífico apóstol de los belgas, que abrazaron la fe cristiana sin grandes dificultades. San Amando moría en el 647 y San Eloy en el 660.

Holanda, dominada por los frisonos, iba a ser peor. Enemigos de los francos, era inútil pensar en misioneros franceses. Pero allí aparecían una vez más los anglosajones e irlandeses. Empezó el obispo de York *San Wilfredo*, muy bien aceptado por los nativos, pero su

estancia entre ellos fue muy breve, hasta que en el 692 llegaba a sus costas Willibrordo, monje anglosajón, educado en Irlanda, de donde venía acompañado de doce monjes más.

Willibrordo se adelanta hasta el Rhin, funda un monasterio, y, explorado todo el país, lleno de fe se dirige a Roma para implorar la bendición del papa San Sergio 1, que lo consagró obispo y le encomendaba las misiones de la Frisia. Su sede episcopal sería Utrecht. Y sí; él y sus monjes lo evangelizaron todo entre enormes dificultades.

San Beda escribía de él: “Willibrordo inflige todos los días derrotas al diablo; a pesar de su ancianidad combate todavía, pero el viejo luchador suspira por la recompensa eterna”. Recompensa que le llegaba el año 739, cuando moría tranquilamente en su monasterio de Echternacht.

Quizá convenga decir algo sobre los métodos de evangelización de estos pueblos germanos. Con lo rudos que eran aquellos bárbaros, su cristianización fue lenta, dependía de la conversión del rey o del jefe, y se hubo de proceder con prudencia. Conforme a la norma establecida por San Gregorio Magno para los ingleses, así ahora no se iba contra las costumbres de los nativos; se les exigía abandonar los ídolos, eso sí; pero se les respetaban sus legítimas prácticas religiosas, orientadas hacia el cristianismo.

Además, para bautizarlos se les exigía únicamente lo más elemental de la doctrina, pues la instrucción era después progresiva. Se tenía primero un catecumenado elemental, y después se continuaba con la formación que impartían sobre todo los monjes.

Se han conservado en su lengua original, un alemán muy rudimentario, las preguntas que se dirigían a los candidatos: ¿Crees tú en Dios Padre todopoderoso? ¿Crees tú en Cristo, Hijo de Dios? ¿Crees tú en el Espíritu Santo?... ¿Y renuncias al diablo, a sus obras y a todos los falsos dioses, a Donar, a Wodan y a Saxnot?...

San Bonifacio seguirá después muy fiel la norma que se le había escrito: “Mucha delicadeza. Porque a un hombre se le puede atraer a la fe, pero no se le ha de forzar”.

Como podemos ver, la gloria de la primera evangelización de los pueblos germanos corresponde con toda justicia a Irlanda e Inglaterra, las cuales, recién convertidas, se convertirían a su vez en Iglesias *misioneras* de gran empuje. De ellas salieron los grandes apóstoles de las nuevas cristiandades, dignas de Pablo y del Patricio o del Columba o del Agustín que ya conocemos.

En su momento, pasaremos a San Bonifacio, también anglosajón, que primero se va a dedicar, por encargo superior, a la reforma de la Iglesia francesa de los reyes merovingios, como veremos en la lección respectiva. Entonces nos tocará seguir sus pasos en la evangelización de Alemania, que constituirá su gloria suprema en la Historia de la Iglesia.

31. LA VIDA CRISTIANA EN ESTOS SIGLOS

No hay Manual de la Historia de la Iglesia que no dedique algún capítulo especial a este tema: ¿Cómo se desarrollaba el culto? ¿Qué fiestas se celebraban?... Ya dijimos en la lección 15 sobre cómo se vivía todo esto durante los tres primeros siglos a pesar de las Persecuciones Romanas. Ahora añadimos algunos detalles más por las modificaciones que el culto experimentó con la paz constantiniana.

Sabemos que desde el principio mismo el único culto de la Iglesia se centraba en la Eucaristía, en la Palabra y en las oraciones: “Se mantenían constantes en la enseñanza de los apóstoles, en la fracción del pan y en las oraciones” (Hch 2,42). Pero, ¿cómo se celebraba este culto? Las oraciones eran las mismas judías, es decir, los Salmos y demás de la Biblia. La Palabra, era lo que contaban los apóstoles de Jesús como testigos oculares o la aplicación de las profecías del Antiguo Testamento. Y la Eucaristía era la narración, con los gestos y repetición de las mismas palabras del Señor en la Última Cena. Esto era todo.

Pero, apenas la Iglesia se fue extendiendo, estas tres obras fundamentales se fueron rodeando de múltiples formas según las costumbres de cada pueblo, nacidas de los primeros obispos, que las vigilaban para que se mantuvieran fieles a la fe cristiana que se profesaba.

Fidelidad absoluta a la *Palabra*, sin mezcla de ningún error, transmitida por los Pastores. La predicación de la Palabra en la Eucaristía era imprescindible.

Nacieron *Oraciones* propias que surgieron de la misma Iglesia para expresar su fe. Y gestos, oraciones y prácticas que rodeaban la celebración de la *Eucaristía*, intocable en las palabras del Señor sobre el pan y el vino.

Las liturgias orientales en la celebración de la Eucaristía eran muy repetitivas y solemnes: gestos, incienso, oraciones y cantos que parecen no acabar nunca. Se celebraba en Antioquía y Jerusalén, la llamada de ‘Santiago’; en Alejandría, la de ‘San Marcos’; en Constantinopla, la de ‘San Juan Crisóstomo’ y la de ‘San Basilio’.

La romana era mucho más sencilla y austera. Milán y norte de Italia guarda la heredada de ‘San Ambrosio’ del cual parece que proviene la palabra *Misa*: misión, despedida. En Francia se usaba la Galicana, que era la antigua romana aunque acomodada a sus propias costumbres. En España, la *visigótica* o *mozárabe*, que era la misma romana con modificaciones propias y que se hizo común en todo el pueblo. Inglaterra tenía también la suya.

Sin embargo, la romana se fue imponiendo en todo el Occidente, eliminando todas esas otras particulares, aunque hoy día persisten algunas locales, como la de Milán, usadas más bien como recuerdo junto con la romana universal.

La administración de la Comunión dentro de la Misa sufrió algunas variantes en estos siglos. Lo normal era recibirla de pie y en la palma de la mano. Recibirla todos los fieles en la boca fue práctica tardía. Ante los testimonios contradictorios, parece que había libertad en darla de una forma u otra. Se introdujo la costumbre entre las mujeres de recibirla en la mano cubierta con un pañuelito de lino, práctica que duró muy poco. Y los que no podían comulgar recibían la “eulogia”, un trocito de pan bendito.

Los otros Sacramentos, simples cuanto queramos en un principio, pronto se vieron *rodeados* de gestos o plegarias que explicaban y embellecían su administración.

El Bautismo, realizado en los principios por *inmersión* en el agua del río, en la piscina o en el mar, pronto se comenzó a practicar por *infusión*, y, a los enfermos, incluso por *aspersión*. Se construyeron pilas bautismales riquísimas como la de Letrán en Roma, en capillas apropiadas ornamentadas a veces con mosaicos bellísimos, como los de Ravena.

La Penitencia merece especial mención. Ya vimos lo rigurosa que era en tiempo de las Persecuciones Romanas con los apóstatas, igual que con los asesinos y los adúlteros. La penitencia pública siguió durante varios siglos. Pero se fue suavizando. En la Iglesia Oriental había en la Iglesia catedral un *penitenciario*, el cual escuchaba la confesión e imponía la penitencia correspondiente, pública si el pecado era público. Lo mismo hizo la Iglesia de Roma, aunque toda la Iglesia Occidental se mostró mucho más rigurosa. El obispo era quien absolvía y determinaba la penitencia; para los pecados gravísimos y públicos se imponía una sola vez en la vida. Los reincidentes quedaban excluidos para siempre de la Iglesia, y eran absueltos sólo en caso de muerte.

La penitencia pública solía cesar, para los arrepentidos, en el Jueves Santo, a fin de que pudieran celebrar la Pascua con toda la Iglesia.

En los siglos VI y VII, el oficio de confesor y en *confesión privada*, se encomendó a los monjes, que tenían sus listas de pecados a los que aplicaban la penitencia correspondiente a cada culpa. Así ha sido prácticamente hasta nuestros días, aunque sin las listas de los pecados para imponer la penitencia.

Una cosa hay que tener presente respecto de la Penitencia en la Edad Antigua. Ante las diversas herejías que negaban la absolución de algunos pecados como imposibles de ser perdonados, la Iglesia mantuvo siempre, de manera firmísima, que ella tenía potestad, recibida de Jesucristo, para perdonar *todos* los pecados, por gravísimos que fueran.

El Matrimonio, diríamos, se practicaba tal como se hace hoy, según las costumbres de los diversos pueblos. Pero la Iglesia tuvo desde estos siglos de la Edad Antigua unas normas fijas que se observaban con rigor, debido a muchas aberraciones paganas que debían desterrarse. Se establecieron impedimentos como el de consanguinidad, diversidad de religión, secuestro con promesa de matrimonio, compromiso religioso por votos, y otros.

Se mantuvo siempre la doctrina firme de la *sacramentalidad* del Matrimonio, y, por lo mismo, su carácter de *indisoluble*. En caso de adulterio, a la parte inocente se le permitía la separación, pero nunca la ruptura para contraer nuevas nupcias.

La celebración, con la manifestación del consentimiento, se hacía en la misma casa de los contrayentes, pero de allí se iba a la Iglesia en manifestación gozosa, unidos con lazos y con coronas de flores, para recibir la bendición nupcial y recibir la Comunión dentro de la Misa. Podía ser cualquier día, pero se acostumbraba celebrar el Matrimonio, para significar su carácter sagrado, en las fiestas más significativas.

Y ya que salen las fiestas. ¿Cuáles eran éstas en aquellos siglos primeros? Hasta la paz de Constantino en el 313, sólo se celebraba la Pascua. El año 336 aparece ya en Roma la

Navidad y en Oriente el año 379. La Epifanía se celebró primero en Constantinopla, y de allí vino a Roma. Según el relato de la peregrina Eteria, hacia finales del siglo IV, ya se celebraba en Jerusalén el Domingo de Ramos en su forma triunfal. La Semana Santa quedaba entre Ramos y la Pascua, a la que seguía otra semana muy especial: la de los neófitos, los nuevos cristianos, que llevaban durante los ocho días hasta el domingo la túnica blanca del Bautismo. Las fiestas pascuales terminaban con la fiesta de la Ascensión y solemnidad de Pentecostés. En el siglo VII ya aparece la fiesta de la Santa Cruz el 3 de Mayo.

Pero el pueblo cristiano veía insuficientes estas fiestas, y nacieron las primeras de la Virgen, después que el Concilio de Éfeso la declarara como verdadera “Madre de Dios”, la “Theotókos. Cuatro fueron las más antiguas. Ya en el siglo IV, la *Presentación* en el Templo, llamada después de la *Candelaria*. La *Asunción*, la “Dormición”, en el siglo V. La *Anunciación*, en el siglo VI. Y la *Natividad* de la Virgen en el siglo VII.

La veneración de los *Mártires* es antiquísima, desde las mismas Persecuciones, y sus reliquias eran verdaderos tesoros, que los Papas daban como el mayor regalo a los misioneros que evangelizaron a los pueblos bárbaros para las iglesias que fundaban.

El 1 de Noviembre del año 609 el papa Bonifacio IV consagraba el Panteón de Roma como iglesia cristiana en honor de la Virgen María y de todos los Mártires, origen de la fiesta de *Todos los Santos*. Y vino espontáneamente también el celebrar la memoria de los Papas, obispos y otros cristianos que se habían distinguido por su mucha santidad.

Todo el culto fue acompañado siempre con oraciones e himnos propios de la Iglesia, independientes de lo tomado directamente de la Sagrada Biblia. Son de una riqueza enorme. San Ambrosio, por ejemplo, ya en el siglo IV, nos legó unos himnos latinos que han durado hasta nuestros días. La música propia de la Iglesia la dejó establecida San Gregorio Magno en el siglo VI con el llamado por eso *canto gregoriano*, con melodías celestiales, que parecen inspiradas por el mismo Espíritu Santo. Por algo dicen que Mozart decía que cambiaría toda su gloria musical por sólo un prefacio gregoriano...

Los monasterios fueron las grandes escuelas del culto cristiano, que era la ocupación primerísima del monje. Junto con la Misa conventual, la oración diaria se distribuía en siete horas, fijadas al fin en los *Maitines* u Oficio de Lectura; los *Laudes* al amanecer; *Tercia*, *Sexta* y *Nona* (9 am, 12 m y 3 pm), *Vísperas* al anochecer y *Completas* para acabar el día.

Centrado todo el culto en la Eucaristía y en el Oficio Divino, hacían de la vida cristiana una verdadera vida de oración, conforme a los consejos de Jesús y de San Pablo: “Es necesario orar siempre sin desfallecer”. “Sean constantes en la oración” (Lc 18,1 y Rm 12,12). La vida de la Iglesia, así entendida y practicada, era una comunicación constante con Dios.

32. LOS PAPAS DE LOS CINCO SIGLOS PRIMEROS

Vimos en la lección 14 cómo era y funcionaba la Jerarquía en los tres primeros siglos. Ahora miramos a los principales Papas de esta Edad Antigua de la Iglesia.

Todos sabemos que el Papa, en cuanto al *sacerdocio*, es un obispo como los demás, pero con una cualidad, conferida por Jesucristo, que lo distingue de todos los otros: en cuanto a *jerarquía* o gobierno, no es el *primero* entre *iguales*, sino que es el *cabeza* de todos ellos, como Vicario del mismo Jesucristo. Por eso tiene autoridad *suprema* sobre todos los obispos y sobre la Iglesia entera, sin sujeción alguna a otra potestad humana.

Con frecuencia nos saldrán en la Historia los **Antipapas**. Eran los que ellos mismos se proclamaban Papas o eran elegidos ilegítimamente. El peor mal que causaban era el confundir a los fieles, los cuales querían siempre seguir al Papa legítimo, y muchas veces no sabían a quién atenerse hasta haberse esclarecido la verdad. No hay que darles importancia, ya que los *antipapas* o duraban poco o perdían muy pronto su credibilidad.

La elección del Papa se verificaba al principio por el mismo clero y pueblo de Roma, que elegía libremente al que creía más digno. Así fue hasta el Papa San Félix II el año 483, en la que se entrometió el rey bárbaro Odoacro que mandaba en Ravena. El emperador Justiniano I, aunque no se metiera en la elección, exigía un impuesto para reconocer al Papa. No intervenían en la elección, pero... ¡ya se ve! Querían ganarse para después al futuro Papa. Este cuento no duró mucho tiempo, aunque volvió a resurgir en siglos modernos. Con el Papa San Pío X (1903) terminó definitivamente el problema.

Los Papas fueron desde muy pronto venerados por los fieles. Parece que San Anacleto (años 77-88), el segundo sucesor de San Pedro, fue el primero en cuidar del sepulcro del Apóstol: que se conservara bien y seguro en el Vaticano, donde ha permanecido hasta nuestros días y sigue venerado bajo la cúpula imponente de Miguel Ángel.

En estos seis primeros siglos que abarca la Edad Antigua de la Iglesia hubo Papas magníficos, aunque los de las Persecuciones Romanas metieran muy poco ruido, como era natural, pues su actividad se reducía a dirigir en el silencio a una Iglesia perseguida, y, si en algo se salieron de lo normal, fue en la represión de las herejías que ponían en peligro la fe de Jesucristo. Aunque hay que citar a un *San Calixto* 1(217-222), que, contra los rigoristas que no admitían en la Iglesia a los pecadores adúlteros y fornicarios y mucho menos a los apóstatas arrepentidos, él, el Papa, les abría a todos sus brazos misericordiosos.

Pero, desde la paz de Constantino (313), los Papas empezaron a brillar con luz propia. Y hubo muchos muy notables. *San Silvestre* (314-335), que con el emperador Constantino dio los primeros pasos en la Iglesia ya libre; construyó con el emperador las Basílicas de San Pedro y San Juan de Letrán; y celebró el primer Concilio Ecuménico, el de Nicea, en el 325. *San Julio* 1 (337-352), un héroe en la lucha contra los arrianos, de modo que el concilio de Sárdica (343), ante el prestigio del Papa, logró se adoptase la costumbre de apelar a Roma todos los obispos y de enviarle relación de todas las Iglesias del mundo. *San Liberio* (352-366), a pesar de la difamación que se urdió contra él por los arrianos, brilló con gran santidad e inició la Basílica de Santa María Mayor. Fue notabilísimo *San Dámaso* (366-

384), y, más que nadie, *San León Magno* (440-461). *San Siricio* (384-399), el Papa que inició decretales o decretos pontificios, tuvo la gloria de construir la Basílica de San Pablo.

Hubo un Papa, Honorio I (625-638), que por su actuación con los herejes monotelitas —los cuales enseñaban que en Cristo no había más que una voluntad, divina, y no la humana, la del hombre Jesús—, ha llenado páginas y páginas de discusiones en la Historia de la Iglesia. Racionalistas y protestantes lo explotan hasta lo máximo para atacar la *infallibilidad* del Papa. Iba contra el Concilio de Calcedonia, que definió bien claro: si en Cristo hay dos naturalezas, divina y humana, luego hay dos voluntades, la de Dios y la de Hombre. Entonces, si el Papa Honorio admitía una sola voluntad, el Papa se equivocó y no es *infallible*. Ciertamente que el Papa actuó a la ligera y fue engañado con las cartas que se le enviaron. Pero no definió nada ni atacó para nada la doctrina ya definida por el Concilio sobre las dos voluntades de Cristo, la divina y la humana.

La ambición de los Patriarcas de Constantinopla fue un auténtico quebradero de cabeza para la Iglesia de Occidente, porque a todo trance querían fuese igual que la de Roma. Querían un Primado exclusivo para ellos. Esto nos lleva a poner dos ejemplos nada más sobre la actitud de los Patriarcas de Oriente contra los papas San Félix II y San Símaco, entre los muchos que se podrían traer. Hay que tener en cuenta que los Patriarcas de Constantinopla estaban a las órdenes del emperador (lección 22).

El Patriarca Acacio (484-510) se declaró abiertamente hereje *monofisita*, contra el importantísimo Concilio de Calcedonia (lección 18). Se ganó para su causa al emperador Zenón junto con muchos obispos orientales. El papa San Félix II (otros lo llaman Félix III, porque el II fue *antipapa*), estudió el asunto, y excomulgó al orgulloso e irreductible Acacio, al que primero avisaba con todo amor: “a pesar de dos amonestaciones”. Al mantenerse en el error y el cisma, que armó toda una revolución, el Papa no se intimidó, y escribió a Acacio: “Con esta sentencia que te dirigimos, vete con aquellos en cuya compañía te encuentras tan a gusto. Quedas despojado del ejercicio del sacerdocio, separado de la comunión católica y del número de los fieles. Esta es la condenación que te infligen el juicio del Espíritu Santo y la autoridad de la Iglesia, de la cual somos depositarios”. Le recordaba que de esta excomunión sólo el Papa le podía absolver si se retractaba.

¿Y el emperador Zenón, que apoyaba a Pedro Mongo, Patriarca de Alejandría sostenido por Acacio? Tampoco le tuvo miedo San Félix II, y le escribía: “Ya que tú, oh emperador, encuentras molestas mis consideraciones, remito a tu propio juicio el escoger entre la comunión con Pedro Mongo y la Comunión con el Apóstol Pedro. Una cosa debo advertirte: Dios te escogió para que tengas la autoridad sobre las cosas terrenas, pero con la obligación de dejar la dirección de las cosas de la Iglesia a aquellos a quienes se las ha confiado Dios. No olvides jamás que de nuestro modo de obrar en esta vida habremos de dar cuenta en la otra y de que todos nos hemos de presentar, tarde o temprano, en el tribunal de Dios”.

Este testimonio dice muchísimo sobre la conciencia que el Papa y el pueblo cristiano tenían de la suprema autoridad recibida de Cristo por Pedro y sus sucesores en la sede de Roma. Lo vamos a ver con otro ejemplo, relacionado también con el hereje Acacio.

San Símaco (498-514) fue un gran Papa, aunque tuvo que sufrir mucho desde su elección, plenamente legítima, pero hubo otra simultánea en la que quedó Lorenzo. El pueblo se dividió. ¿Quién era el Papa legítimo? Acudieron en Ravena al rey ostrogodo y arriano Teodorico, noble como siempre, y dio un dictamen acertado: “La Sede Apostólica debe ser para el que primero recibió las sagradas órdenes y haya tenido la mayoría de votos”. Símaco, naturalmente, era el Papa legítimo, que con amable gesto le dio a Lorenzo el obispado de Nocera. Pero Lorenzo se declaró *antipapa* e hizo un mal enorme a la Iglesia de Roma.

Es tristísimo lo que ocurrió entonces por culpa de Lorenzo. El mismo rey Teodorico, aunque no católico, nunca se metió con la autoridad de la Iglesia, y no sabía qué hacer en tan inexplicables circunstancias: el Papa, llevado a juicio; el Papa, preso; el Papa, que no cedía por nada en su autoridad... Le escribieron al Rey: “Es cosa inaudita y sin ejemplo que el Sumo Sacerdote de esta Sede sea citado a juicio e interrogado”. Pero se impuso la verdad. Escribía el Papa sobre los que le juzgaron: “Sin el Papa, ninguno tiene derecho a mandar a nadie en la Iglesia”. Teodorico le dio la razón al Papa, quitó las armas a los partidarios de Lorenzo y, ¡esto sí que le tocaba a él!, estableció la paz entre los ciudadanos de Roma.

Mientras tanto, en Constantinopla seguía el cisma de Acacio causando estragos como en los días del Papa San Félix II. Al emperador Zenón le siguió Anastasio, a quien el papa Símaco le escribió con la misma energía que Félix a su antecesor: “Respetar a Dios en nosotros, y nosotros respetaremos a Dios en ti. Vuelve tus ojos, oh emperador, a la larga serie de aquellos que persiguieron a la Iglesia. Míralos caídos, mientras que la verdadera religión brilla con tanto mayor fuerza cuanto más violenta ha sido su persecución”. Los obispos fieles al Papa, presos, desterrados, acudieron a él: “¡Ven! Devuelve el vigor a nuestras cansadas manos. Apoya y fortalece nuestras débiles rodillas. Da el justo paso a nuestros pies. Señálanos el camino entre tantos errores. Ilumínanos con la profesión de la verdadera fe que el papa León y los Padres del Concilio de Calcedonia nos legaron”. Dios intervino. Subió como emperador Justiniano I, que acabó para siempre con el fatal cisma de Acacio.

Muy largos han sido los testimonios de San Félix II y de San Símaco. Pero nos enseñan lo que la Iglesia entera pensaba sobre el sucesor de Pedro. Es la suprema autoridad. Nada pueden contra él ni obispos rebeldes ni las autoridades civiles, por legítimas que sean, cuando se ponen contra el Vicario de Jesucristo. El Papa, humilde “siervo de los siervos de Dios” —como se llamaban los Papas y vulgarizará para siempre San Gregorio Magno—, tenían conciencia de una misión divina a la que no podían renunciar.

A lo largo de toda la Historia veremos cómo la fidelidad al Sucesor de Pedro en la Sede de Roma ha sido la piedra de toque para conocer la autenticidad de la fe en Jesucristo. Veremos debilidades humanas en algunos Papas, poquísimos. Pero veremos, sobre todo, una dinastía humano-divina gloriosa como no se da ni se dará otra semejante.

33. SAN GREGORIO MAGNO, CUMBRE DEL PONTIFICADO

Un Papa que marcó la Historia de la Iglesia para muchos siglos. Cierra el siglo VI y abre el VII (590-604). Miramos complacidos su figura gigante.

Romano genuino, hijo de familia noble y cristiana. Su padre, Senador, ya mayor formó parte del clero romano. La madre, retirada sus últimos años en un convento del Aventino. Sus tres tías, monjas en un monasterio. Y Gregorio, cultísimo en Derecho, Pretor de la ciudad, funda monasterios con sus bienes en Sicilia, reparte el dinero entre los pobres, deja su brillante carrera y convierte su palacio en el monasterio de San Andrés sobre el Celio donde se hace monje. Hasta que el papa Pelagio II lo saca de su soledad para encomendarle el cargo delicadísimo de Embajador en Constantinopla, de donde vuelve el competente diplomático en el 589 para asistir al Papa en las desgracias que asolaban aquel año a Italia: guerras devastadoras de los lombardos, aguaceros imponentes que destruyeron ciudades enteras, como Verona, y la peste que se llevó al mismo Papa al sepulcro. Simple diácono, Gregorio es elegido Papa en el año 590 y consagrado el 3 de Septiembre, con enorme regocijo de toda Roma, conocedora de las grandes cualidades de aquel monje de baja estatura, delgado, paliducho, pero de inteligencia superior y de vida santa por demás.

¿Leyenda? ¿Historia verdadera transmitida por Gregorio de Tours?... Ante tanta calamidad pública, el recién consagrado Papa organizó rogativas penitenciales por toda la ciudad. Al pasar por el puente Elio ante el mausoleo de Adriano, apareció en la altura un ángel que envainaba la espada como avisando: ¡Todo está para acabar!... Mientras tanto, unos ángeles bajaban del cielo a venerar la imagen de la Virgen que era llevada sobre las andas entre cantos y plegarias. El caso es que se calmaron las tormentas, no se desbordaron más los ríos, cesó la peste, y el pueblo admiró el poder taumatúrgico del nuevo Papa, que se ganaba todos los corazones.

El Papa empieza por escribir su *Regla Pastoral*, más que para los otros obispos para sí mismo, con este programa: “El verdadero pastor de las almas es puro en sus pensamientos, inmaculado en su obrar, prudente en el silencio, útil en la palabra; se acerca a todos con caridad y con entrañas de compasión, y sobre todos destaca por su trato con Dios; con humildad se asocia a aquellos que hacen el bien, pero se yergue con celo de justicia contra los vicios de los pecadores; en las ocupaciones exteriores no descuida la solicitud por las cosas del espíritu, pero no abandona el cuidado de los asuntos externos”. Ya se ve: piadoso y hombre de Dios ante todo; bueno, misericordioso, desprendido del dinero, todo para los pobres; y vigilante celoso de los asuntos de la Iglesia que Dios ha puesto en sus manos.

Habla a los demás, diciéndoselo a sí mismo: “No te preocupes tanto del dinero como de las almas. Los bienes terrenos los hemos de mirar al sesgo; en cambio, hemos de conservar íntegras nuestras fuerzas para el mejor bien de los hombres. Almas, almas quiere Dios del obispo, no dinero”. Y al obispo Gianuario, avaro, vengativo, que, momentos antes de celebrar la Misa de pontifical, había mandado arar el campo de un su enemigo cuando ya el trigo estaba casi dorado para la siega: “Te has hecho tan culpable en tu avanzada edad, que nos veríamos obligados a lanzar contra ti el anatema, si un sentimiento de compasión no

nos lo impidiese. Vuelve una vez más sobre ti, ¡oh viejo!, y mortifica esa tu gran ligereza y perversidad en el obrar. Cuanto más te acercas a la muerte, tanto más cuidadoso has de ser de ti mismo y más temeroso de Dios”. Así de bueno y valiente a la vez.

Habla también a los otros sobre el dinero. ¿Y qué hacía él? Era muy rico. Lo personal suyo lo había dado todo a los pobres. Y el mucho dinero que le venía como “Patrimonio de San Pedro” no duraba nada en sus manos generosas. Dice su historia: “Carros de víveres y de manjares preparados circulaban por las calles de Roma para socorro de los pobres. Había repartos periódicos de bienes en especie. El Papa era tan cuidadoso para aliviar la miseria de su pueblo, que en cierta ocasión, habiéndose hallado en un rincón de la ciudad un hombre muerto de hambre, Gregorio se creyó culpable de aquella desgracia y durante algunos días dejó de celebrar el Santo Sacrificio de la Misa”.

Por sus escritos y sus homilías se ganó merecidamente al pueblo. Escritor fecundísimo, aunque con estilo muy poco atildado, hablaba a la gente con amor de padre y le instruía con la sencillez del mejor catequista. Su “Comentario al libro de Job”, llamado también “Morales”, tuvo en la Cristiandad una difusión enorme durante varios siglos, al igual que sus “Diálogos” con vidas populares de Santos; o su “Sacramentario”, que viene a ser un manual de Liturgia, y el “Antifonario” con las partes que cantaba el pueblo en la Misa, para el que fijó las melodías del que ha sido designado el *canto gregoriano*, tan bello y casi celestial.

En el *Registro* de sus obras se han llegado a coleccionar 848 piezas, muchas de las cuales son sus *cartas* innumerables, sobre negocios de Estado o dirigidas a obispos de toda la Iglesia. Y es lástima que se hayan conservado solamente cuarenta de sus *homilías*, de sencillez encantadora, como la que predicó en la Iglesia de San Pancracio:

“Estamos reunidos alrededor de la tumba de un mártir, y todos ustedes saben con qué género de muerte alcanzó el reino de su gloria. Nosotros, ya que no damos la vida por Cristo, venzámonos a lo menos a nosotros mismos. Con este sacrificio, Dios ve la lucha que nuestro corazón sostiene, y así como dará luego la palma a los vencedores, así también ahora da generosa y larga ayuda a los combatientes”.

Las Iglesias de Oriente y Occidente le llenaban la vida entera. No había en su tiempo herejías especiales, aunque seguían coleteando el arrianismo, el monotelismo, y el monofisismo. Lo peor era la ambición de los Patriarcas de Constantinopla. Cada uno que subía, aunque se mantuviera fiel al Papa, había de hacerle la guerra porque quería ser el primero o al menos igualar al de Roma. Todas las luchas del Patriarca contra el Papa, las resume San Gregorio con estas palabras tan bellas a la Emperatriz Constantina: “Es cierto que los pecados de Gregorio son tantos que merece sufrir esta desgracia; sin embargo, el apóstol San Pedro no ha cometido ninguno para merecer este castigo. La Iglesia Romana sufre con la aflicción de las demás iglesias, las cuales gimen ciertamente por la soberbia de un solo hombre”. Y lo que sabemos todos. Contra la altanería y soberbia del Patriarca de Constantinopla, San Gregorio es quien mejor usó el título que se apropió y que han seguido después todos los Papas hasta hoy: Gregorio, Pío, Benedicto... “Siervo de los siervos de Dios”.

Gregorio fue el gran defensor de Roma y de toda Italia por su valentía con los lombardos, de quienes escribe: “Las hordas salvajes se precipitaron sobre nosotros, y los hom-

bres cayendo en todas partes segados por la guadaña. Las ciudades fueron devastadas, los castillos derribados, las iglesias incendiadas, los conventos de hombres y mujeres arrasados hasta el suelo”. Así era. Hasta Montecassino fue destruido del todo. El Papa logró un tratado de Paz con el rey Agilulfo. Aunque sobre el siguiente asedio de Roma, volvía a escribir el Papa: “Por todas partes estamos rodeados de espadas, por todas partes nos amenaza el peligro de la muerte”. Un nuevo tratado, y otra vez la paz, aunque el Papa hubo de pagar el enorme tributo de 500 libras de oro. Pero Roma e Italia, como en otro tiempo con San León Magno y Atila, se salvaron de la destrucción total. Y hubo más. El papa Gregorio, valiéndose de Teodolinda, ferviente católica e hija del rey de Baviera, influyó sobre Agilulfo, consiguió que bautizara a su hijo Adaloaldo en la Pascua del 603 y preparó el terreno, con la tolerancia a la Iglesia, para que la Italia lombarda se convirtiera después al catolicismo.

El Patrimonio de San Pedro no lo fundó el papa Gregorio, pero fue su gran organizador. ¿De qué se trataba? Desde la paz de Constantino en el 313 fue costumbre hacer al Papa grandes donativos, incluso muchas tierras, para las necesidades de la Iglesia, para los pobres especialmente y los muchos monasterios recién fundados. San Gregorio organizó muy sabiamente aquella enorme riqueza, que con el tiempo se convertiría en los “Estados Pontificios”. Fueron un gran beneficio para la Iglesia, que, aparte de cubrir sus necesidades, daban al Papa ante los Estados civiles una independencia de la que careció la Iglesia Bizantina, esclava siempre del emperador con un *cesaropapismo* fatal. Pero hay que reconocer que los Estados fueron también un peso para la Iglesia a través de los siglos. Lo veremos más de una vez. Y de manera definitiva en el 1870 por la usurpación de Italia, y en el 1929 por los Tratados de Letrán con la creación del actual Estado de la Ciudad del Vaticano.

Que el papa Gregorio fue un gran misionero nunca lo ha puesto nadie en duda. Sabemos por la lección 29 la conversión de Inglaterra. Sólo por este hecho sería un Papa inmortal. Pero no fue ésta su única empresa misionera. Todas las Iglesias en formación de las Galias, España, Germania, Norte de Africa..., supieron lo que era el celo abrasador de este Papa tan santo y organizador tan genial.

Un famoso historiador racionalista y protestante, Gregorovius, reconoce lealmente: “El poderoso espíritu de este hombre, el más grande de su siglo, penetró en los más remotos países, y en ellos se mantuvo, gracias a él, temida y venerada la Roma santa. Se presentaba con gran dignidad ante los reyes y emperadores y les amonestaba a que administrasen la justicia a sus súbditos y los gobernasen con suavidad y dulzura. Nadie como él comprendió la grandeza de su misión ni la sostuvo con tan gran celo y valentía. Sus afanes y sus relaciones se extendieron a todos los puntos de la Cristiandad. Ningún Pontífice ocupó la cátedra de San Pedro con un alma tan sublime y generosa como la suya”... Nada que añadir.

34. LA IGLESIA MEROVINGIA

¿Qué hizo Francia la Primogénita en los 200 años largos siguientes a su conversión? Muchas glorias y grandes problemas. “Merovingios” se llamaron los francos por Meroveo, antiguo rey de los francos que se adueñaron del Oeste de Francia en el siglo V. Así los llamamos hasta que vino el reinado carolingio.

Empezamos con una página negra que hemos de escribir necesariamente. ¿Qué impresiones nos han causado las lecciones anteriores sobre la conversión de los pueblos bárbaros que irrumpieron sobre el Imperio Romano, acabaron con él y formaron las naciones cristianas? Indiscutiblemente, que nos han entusiasmado. Y con toda razón. Pero nos equivocábamos del todo si pensásemos que, al abrazar los pueblos enteros la fe cristiana, se convertían sin más en pueblos de ángeles o poco menos.

Ocurrió con ellos lo que en el siglo IV con el decreto de Constantino del año 313 en Milán que daba la paz a la Iglesia. Muchas conversiones, sí, pero sin la preparación de vida, sin aquel catecumenado tan serio de cuando las Persecuciones. Junto con mucha santidad, como la de los anacoretas del desierto, vino en el Imperio la relajación de costumbres.

Así pasó con los pueblos bárbaros. Los reyes se hacían católicos sinceramente. Pero, al dividir el reino entre los hijos, se creaban tantos reinos que sólo servían para hacerse guerras continuas. Además, faltaba una autoridad Única que defendiera a la Iglesia, pues ella misma, por sus obispos, abades o sacerdotes tomaba parte con uno u otro de los bandos. Lo dicho aquí de los merovingios en Francia *generalizando*, vale por igual para los otros países. Y así, *generalizando*, formamos este párrafo tomado de una Historia muy autorizada:

“Los reyes no solamente quebrantaron la unidad nacional, alimentando las más innobles pasiones en lucha fratricida, sino que sembraron por todas partes el odio y la más espantosa miseria, pues no se pararon ni ante el asesinato de los clérigos, de los religiosos y religiosas, y la destrucción de innumerables monasterios e iglesias”.

“El cristianismo había penetrado en todo el territorio, mas su penetración era todavía muy superficial. Por eso vemos que las costumbres de los diversos pueblos no estaban conformes con el espíritu cristiano. Los reyes vivían con frecuencia una vida de libertinaje y licencia privada que en nada difería de la de los paganos, y, por otra parte, se dejaban llevar del odio y la ambición, de tal manera que no se detenían ante el asesinato y los crímenes más horrendos”. “El derecho de la guerra daba licencia para todo, y las gentes se entregaban con sus príncipes y señores al pillaje y devastación de regiones enteras sin otra finalidad que satisfacer sus instintos salvajes”.

“La poligamia era uno de los vicios más inveterados de los pueblos germanos invasores. Los jefes y gente noble se adjudicaban el derecho de escoger sus concubinas frecuentemente aun entre las mujeres de los jefes vecinos. Hasta los mejores entre ellos, Clodoveo y Dagoberto, pagaron tributo a este vicio”. “No menos inveterado era el vicio del divorcio, admitido, por otra parte, por el derecho merovingio”.

“A partir sobre todo de la época de los llamados “reyes holgazanes”, la vida de los obispos se diferenciaba poco de la de un guerreo. No era mucho mejor la conducta de los sacerdotes y monjes, por causa de las guerras, debido a la costumbre introducida por el rey Car-

los Martel de galardonar a sus guerreros con obispados que administraban y disfrutaban indignamente: manera legal de saquear las iglesias o de apoderarse de ellas y transmitir las a sus hijos o sobrinos”.

¿Muy duro todo esto? Es cierto. Pero estos males no eran privativos de los merovingios, sino también de las otras naciones recién convertidas.

San Bonifacio en el 746, enviaba una larga carta de reprimenda al rey inglés Aethelbald de Mercie por las costumbres sexuales del reino, porque eran un pésimo ejemplo para los pueblos no cristianizados todavía.

En Alemania, el mismo San Bonifacio depuso en un sínodo al obispo Gelwilib de Maguncia, que había matado a traición al asesino de su padre.

En la España visigótica, aunque las costumbres del pueblo se mantuvieron en una moralidad muy buena, era normal destronar al rey y asesinarlo, como veremos en la lección siguiente. Esto traía las consecuencias fatales que se pueden suponer.

Nada digamos de los terribles lombardos en Italia, cuyos crímenes y vicios no se podían desarraigar de un día para otro.

Era imprescindible una introducción como ésta al querer hablar de la Iglesia merovingia. Y, como ella, de las otras Iglesias. Porque es el telón de fondo para que ahora resalte la labor maravillosa desarrollada por la Iglesia en sus propias reformas y para entender lo que costaba formar cristianamente aquellos pueblos semibárbaros, los cuales, en medio de tanto crimen y tanto vicio, ofrecieron también Santos de tan gran magnitud como hemos visto a estas horas y seguiremos viendo en adelante.

San Columbano es una figura eminente. No era francés, sino monje irlandés, pero su vida y su apostolado se desarrollaron en Francia donde desplegó una actividad pasmosa. Sobre todo por los tres monasterios de hombres que fundó y que llegaron a contar con más de 600 monjes, los cuales se dedicaban a la oración, a la penitencia y a la formación de aquellas gentes con la enseñanza, el cultivo de los campos y la educación especial de los hijos de los nobles. Venía con su Regla tan austera, pero fue pronto sustituida por la más suave y práctica de San Benito.

La Regla del irlandés imponía la confesión secreta y confidencial, seguida de la penitencia privada para los arrepentidos de sus pecados, aunque en aquella época estos ritos sacramentales eran públicos. Digamos que esta modificación de la penitencia introducida por aquellos monjes fue providencial, al acabar con el rigor de la práctica antigua. Porque estos monjes irlandeses, metidos en Europa, extendieron en la Iglesia la modificación de la confesión privada tal como la tenemos hoy, con la costumbre de imponer el confesor la penitencia, que estaba reglamentada para cada pecado.

Muchas mujeres Santas tuvo también la Iglesia merovingia, y con las cuales podríamos formar una lista larga. Citemos nada más que a **Santa Clotilde**, la esposa de Clodoveo, heroica madre y abuela cuando, muerto el esposo, vio cómo luchaban hasta la muerte hijos y nietos, y ella seguía poniendo paz y otorgando generosamente el perdón cristiano. También a **Santa Rudegundis**, nombre que a nosotros nos dice muy poco, pero fue la figura femenina francesa más insigne del siglo VI. Nuera de Santa Clotilde, pues Rudegundis se

casó —¿a la fuerza? ¿inválidamente?— con el hijo más joven de Clodoveo, el rey Clotario I, sensual y brutal, que ya se había casado cinco veces y que, a los seis años de casados, mató al hermano de su esposa, y más tarde a su propio hijo y a sus nietos. El matrimonio no siguió, y, después de mil aventuras, Rudegundis se retiró a la soledad y murió en un monasterio que ella misma había fundado. Rodeaban el cadáver doscientas monjas —muchas de la nobleza—, y San Gregorio de Tours, escribía: “Acudimos a su monasterio, la vimos en el catafalco, y la hermosura de su rostro sobrepasaba a la de los lirios y las rosas”.

La reforma de la Iglesia merovingia era necesaria, sí. Pero, lo que comprobaremos siempre: resaltaban los males, que son los que meten el ruido, mientras que la virtud cristiana —atestiguada por tantos Santos y que suponía muchas familias ejemplares—, no metía ningún ruido, seguía su curso normal y era el fermento que transformaba toda la masa.

A instancias de los reyes franceses Carlomán y su hermano Pipino el Breve, Bonifacio consultó con el papa San Zacarías, que lo nombraba Legado pontificio, y aceptó la empresa de reformar la Iglesia merovingia mientras misionaba Alemania, porque esa reforma comprendía también la de la Iglesia alemana, ya que desde hacía siglos, como vimos en lecciones anteriores, había Iglesias antiguas entre los germanos que también se habían relajado.

El medio principal del que se valió San Bonifacio (lo veremos en la lección 39) desde un principio fueron los concilios o sínodos, regionales unos y hasta nacionales otros. En el 742 se convocó el Primer Concilio Germánico, que determinó celebrar un Sínodo cada año. La reforma iba en serio. Se empezó tratando de convertir a los clérigos inmorales. Los reacios, que no querían convertirse, eran sometidos a los azotes y encerrados por dos años con comida a sólo pan y agua. A los monjes se les imponía la observancia de la Regla de San Benito, mucho más benigna que la de San Columbano. Sobre todo, las diócesis se proveyeron de magníficos obispos, con la erección de nuevos e importantes obispados.

Estos remedios eran más eficaces que los de Adalberto, aquel sacerdote desequilibrado, que quiso reformar la Iglesia con los “milagros” que realizaba por inspiración de un ángel mediante las reliquias admirables que llevaba consigo... Y es que, entre otras cosas, había que desterrar la inclinación innata que el pueblo tenía a la brujería, tan peligrosa para la fe.

La Iglesia merovingia se reformó. Y como ella, Alemania se iba afirmando muy vigorosa cristianamente, bien orientada por su incomparable apóstol.

El rey Carlomán se retiraba a un monasterio, y Pipino el Breve apoyaba toda la empresa de Bonifacio, que escribía a Inglaterra:

“Sin el apoyo civil, no podría gobernar al pueblo ni imponer la disciplina a los clérigos y monjes, así como tampoco acabar con las prácticas del paganismo”.

Pronto vendría **Carlomagno**, con el cual el reino y la Iglesia llegarían a gran esplendor.

35. LA IGLESIA VISIGÓTICA EN ESPAÑA

Un siglo largo desde su conversión realmente esplendoroso, a pesar de las inevitables deficiencias. La conversión española fue seria de verdad.

Conocemos por la lección 21 lo que fueron las invasiones de los bárbaros en España. Los suevos, alanos y vándalos pusieron en peligro total la fe cristiana, sobre todo los vándalos, aunque al fin entraron los *visigodos* que, vencidos y asimilados los suevos y alanos, lanzaron al Africa a los vándalos y se adueñaron enteramente de la península, que se convirtió en la España visigoda, aunque hereje *arriana*. Naturalmente, que había una Iglesia floreciente muy arraigada en la fe católica, la cual no se rindió al arrianismo, pero los visigodos, aunque la respetasen, no aceptaban otra fe que la suya, arriana herética. Hasta que en el Tercer Concilio de Toledo del año 589, como vimos en la lección 26, abrazó el rey Recaredo el catolicismo de aquella manera tan clamorosa, tan auténtica y tan completa.

Es curioso lo que vino después. Mientras en otros países, sobre todo en la Francia merovingia, la Iglesia descendía a niveles muy bajos en las costumbres y se hizo necesaria una reforma muy a fondo, en la España visigótica, ya católica, floreció la Iglesia de manera admirable durante todo el siglo VII, desde ese año 589 hasta el 711. Fueron 122 años que la prepararon para la prueba espantosa que sufriría con la invasión del Islam. ¿Dónde hemos de buscar el secreto de aquel florecimiento tan singular de la vida cristiana? Indiscutiblemente, en los famosos Concilios de Toledo —dieciocho hasta el 711, con el promedio de uno cada seis años— donde obispos y reyes se aunaron para hacer de España un Estado y una Iglesia ejemplares.

Se adivina la autoridad grande que tenían estos concilios toledanos. En ellos participaban, junto con los obispos, los nobles del Reino, sumisos a la autoridad de la Iglesia. Con aquellos Concilios, los obispos se unían en la doctrina; mataban desde un principio las herejías, que apenas si podían asomar la cabeza; y se dictaban cánones o normas de vida que el pueblo fiel llevaba a la práctica de la vida cristiana. Normalmente los convocaba el rey, porque las decisiones conciliares le interesaban para su buen gobierno, aunque el monarca no se metiera ni en doctrina ni en disciplina de la Iglesia. Se adivina la autoridad y el influjo que tuvieron estos Concilios en la Iglesia española por muchos siglos.

Eclesiásticamente, total. Reyes y seglares no intervenían nada en cuestiones doctrinales y disciplinarias de la Iglesia, pero acataban todas las decisiones, que pasaban a ser ley civil.

Civilmente, mucha autoridad también. Porque los obispos intervenían como ciudadanos tan cualificados en las proposiciones reales y las sancionaban como deberes de conciencia.

Popularmente, igual. Pues, sin ser una asamblea democrática, toda la gente estaba representada en los seglares que reyes y obispos convocaban como consultores cualificados.

Obispos, autoridades civiles y pueblo iban a la una en la marcha de la Iglesia y de la Patria. Esto hizo que el siglo VII fuera de gran esplendor para la Iglesia visigótica española. El Rey confirmaba los decretos del Concilio, incluso los tocantes a la Iglesia. Pero no era por *cesaropapismo*, sino para darles firmeza, si lo creía oportuno, como leyes del Estado.

Sin embargo, un punto muy grave afrontaban siempre los concilios de Toledo, como era la usurpación del trono y el regicidio. Aquellos bárbaros visigodos llevaban metida en la sangre la ambición y la traición, y para ellos era casi una diversión el destronar al monarca reinante, cuyo final podía ser con normalidad la muerte. Los Concilios actuaron justa e implacablemente. Aunque varias veces repetido, valga esta condenación del cuarto Concilio, el presidido en el 633 por San Isidoro de Sevilla:

“Si esta advertencia no corrige nuestros desvaríos, si no logra inclinar nuestro corazón del lado de la salvación común, oigan nuestra sentencia: Cualquiera de nosotros o del pueblo de toda España, que quebrantare con una conjuración o incitación a ella el juramento de fidelidad que prestó en bien de la patria, del linaje de los godos y de la conservación de la salud regia, o diese muerte al rey, o lo privase del poder, o usurpase tiránicamente la corona, sea anatema ante Dios Padre y ante los ángeles del Cielo, sea arrojado de la Iglesia Católica, a la que profanó con su perjurio, y echado de toda comunidad de cristianos, con todos los compañeros de su impiedad, pues es justo que sufran la misma pena todos los que estuvieron unidos en el mismo crimen”.

Por tres veces fue leído este decreto antes de terminar el Concilio, y resulta curiosa la confirmación del pueblo al escucharla, tal como se escribió entonces mismo:

“Quien osare contravenir esta disposición, sea anatema, esto es, halle su perdición el día del advenimiento del Señor, y tanto él como sus compañeros tengan parte con Judas Iscariote. Amén”.

Nada extraño este proceder cuando los obispos y el pueblo tuvieron tanto empeño en mantener la monarquía por elección y no por sucesión, como querían muchos reyes. Y así lo sancionó el cuarto Concilio de Toledo: “Muerto el rey, deben elegir su sucesor los primates del reino juntamente con los obispos y con la anuencia del pueblo... Y los elegidos deben tener una fe muy arraigada; han de ser muy mansos en sus juicios, piadosos, de buena vida y ahorrativos antes que gastadores”.

No podía faltar la interpretación torcida de este decreto, y conviene advertirla por si se leen otras historias escritas por no españoles. La condenación del cuarto Concilio hizo efecto, pero no acabó el mal, ni mucho menos. Aquellos bárbaros llevaban muy metido en su ser el crimen y siguieron varias destituciones que podían parar en regicidios. Pero hubo dos casos muy especiales, en los cuales se ha querido meter a los obispos como colaboradores o, al menos, como encubridores del crimen: la destitución de los reyes Suintila por Siseno y de Wamba por Ervigio.

Ciertamente que hubo irregularidades muy explicables en las costumbres de aquellos tiempos, pero no las que dicen esos historiadores tendenciosos. Wamba fue un gran rey y gobernante, metido también en los asuntos religiosos, pero con carácter dictador. Había que quitárselo de encima y se inventó el crimen, privándole del uso de la razón con una pócima. Al volver en sí, el rey se dio cuenta de lo que habían hecho con él: hacerle la tonsura e imponerle el hábito de monje. Hoy consideramos esto plenamente reprobable e inválido. Pero entonces, no. El rey, con espíritu cristiano, hubo de dejar el trono e internarse en un monasterio. De ser verdad lo que dicen esos historiadores tan sospechosos, uno de los primeros

responsables del crimen hubiera sido el Arzobispo de Toledo San Julián, además de ser sancionado todo por el concilio de Toledo del año 681, cosa que nadie puede admitir.

Las relaciones de los obispos con el Papa resultan también una sorpresa. Son casi nulas, porque no existían graves problemas ni de herejías ni disciplinares que preocupasen a Roma. Los obispos con sus concilios toledanos eran la mayor solvencia de la marcha de la Iglesia. Hubo sin embargo tres ocasiones en que se cruzaron cartas duras entre el enigmático papa Honorio I, el de la herejía monotelita, y que avisó a los españoles no fueran “perros mudos”; y Benedicto II que dudó de la sinceridad de la ortodoxia de los mismos obispos españoles en la aprobación de las actas del sexto Concilio Ecuménico de Constantinopla, el Trulano del año 681. Los españoles, por medio de San Julián de Toledo, contestaron muy picados defendiéndose agriamente, ya que se guiaban siempre por este principio del papa San Gelasio: “Es verdaderamente indigno que se atreva cualquier prelado o clérigo inferior a refutar las prescripciones que enseña y sigue la Sede Apostólica”.

Ni que decir que en la España visigótica florecieron Santos muy grandes, como Leandro de Sevilla, Julián de Toledo, Braulio de Zaragoza, Martín de Braga y tantos más. Abundaron los monasterios masculinos y femeninos con monjes y monjas muy ilustres, ya que en ellos solían entrar príncipes y mujeres de la más alta sociedad, que, además de brillar en la santidad cristiana, elevaron muy alta la cultura del pueblo.

Pero entre todos destaca el Doctor **San Isidoro**, Arzobispo de Sevilla, el tercero de los cuatro hermanos Santos: Leandro, Fulgencio, Isidoro y Florentina. Sus escritos son incontables. Las famosas *Etimologías* pasan como la primera enciclopedia producida en el campo del saber. Gran compilador de toda la ciencia antigua, es considerado como la mayor lumbrera de la Iglesia en el siglo VII y el último de los Santos Padres.

Merece mención especial **San Ildefonso**, Arzobispo de Toledo, gran defensor de la Virginitad de María. Ha sido tradición constante cómo la Virgen se le apareció y le impuso aquella casulla sacerdotal preciosa como regalo por lo bien que con sus escritos había defendido la Virginitad perpetua de la Madre de Jesús.

Un siglo largo verdaderamente privilegiado el de la Iglesia visigótica española. Se le acusa de que estaba muy encerrada en sí misma, pero la verdad es que no necesitaba salir de sus fronteras para buscar auxilio en otras partes. Y ya le llegará la hora de salir hacia afuera para convertirse en una misionera de primer orden.

No hay que dudar de una Providencia especial de Dios, pues tenía a las puertas la prueba más terrible a que se vio sometida nación alguna de las que acababan de nacer al catolicismo: el Islam, que se hubiera tragado a toda Europa de no haber hallado en España un fuerte muro de contención.

36. EL ISLAM. FRENAZO Y DESTRUCCIÓN

El optimismo que podría infundirnos una lección como la anterior se ve repentinamente tronchado por una catástrofe horrible: la aparición del Islam, con Mahoma, que impide la difusión del Cristianismo en muchas partes y en otras le arrebató Iglesias antes tan florecientes.

Sencillamente, una tragedia. Es la única palabra que resume adecuadamente lo que fue el Islam para la Iglesia. Sólo Dios sabría dar respuesta a nuestras preguntas y a nuestra angustia. ¿Por qué lo permitió en su Providencia?...

Como escenario nos trasladamos a la península de Arabia. Fuera de algunas ciudades casi litorales hacia el Africa —entre ellas la Meca y Medina, animadas por un gran comercio, promovido sobre todo por judíos—, estaba muy poco poblada por beduinos dispersos que vivían pobres, de costumbres primitivas e inmorales, sin unión política alguna y paganos adoradores de muchos dioses.

Junto con los judíos, vivían también bastantes cristianos, unos eran católicos y muchos, los más, herejes nestorianos o monofisitas. Los árabes se consideraban los legítimos descendientes de Abraham por línea de Ismael, pero admiraban la sabiduría y religiosidad de judíos y cristianos, muy superiores a las de ellos.

Hasta que apareció un muchachito, nacido en la Meca hacia el año 571, el cual quedó pronto huérfano; pero a sus veinticinco años vino al fin a parar bajo el cuidado de una mujer cuarentona, pariente suya, que jugará un gran papel en su vida, Jadiya, con la cual se casó y de la que tuvo varios hijos, entre ellos la famosa Fátima.

El joven se llamaba **Mahoma**, tenía ciertos conocimientos de la religión judía y cristiana, y los aprovechará después para mezclarlos con su doctrina musulmana. Iluso, soñador, se dio a una austeridad profética, animado siempre por su mujer, hasta que se figuró iluminado del cielo por visiones que le convencieron ser un auténtico profeta de Dios.

Para él, no había más que un Dios, Alá, que eligió a Abraham; por Ismael, pasó su elección como pueblo escogido a los árabes; hubo profetas, entre ellos Jesús, pero que terminaban ahora todos en él, en Mahoma, último y único profeta de Dios en adelante.

¿Qué es lo que sabemos de Mahoma? Rigurosamente históricas, muy pocas cosas, sacadas todas del Corán y de su complemento el Hadit. Porque el Corán, su libro sagrado, no lo escribió él, sino sus discípulos, y, junto con el Hadit, recoge en innumerables capítulos o *suras* todas las enseñanzas y tradiciones del Profeta, con incontables leyendas que los mahometanos tienen como historia verdadera.

La actividad religiosa y profética de Mahoma comenzó por atacar a los ricos comerciantes de la Meca, los cuales se alzaron contra el pretendido enviado de Dios. Pero Mahoma supo levantar al pueblo pobre con su arenga: “¡Maldición al opresor, acaparador del dinero, como si sus bienes lo hubieran de hacer eterno! ¡Que sea precipitado en el abismo!”. Ya se ve que con semejante demagogia levantaba a todos en armas, a los pobres contra los ricos y a los ricos contra los seguidores de la nueva religión.

A tal punto llegó la lucha, que Mahoma hubo de huir de la Meca a **Medina** el año 622, la “hégira” famosa, inicio de la era musulmana. Acababa de morir su adorada mujer Jadiya, y Mahoma, con 49 años, se casaba con Aixa, una niña de 6 años, hija de su mejor amigo: Abubequer, aunque el escrupuloso Profeta no se acostará con ella hasta que cumpla 9 años y sea ¡toda una mujer! El carácter antes tímido del profeta se transformó en violento, sin escrúpulos de ninguna clase, de modo que para imponer su religión eran lícitos todos los medios, incluido el asesinato, esos medios que dieron origen a la idea de la “guerra santa”. El caso era “seguir” al Profeta, *seguimiento* que se tradujo con el nombre de “Islam”

Se le fueron agregando seguidores, de modo que cuando se sintió seguro atacó sin más a la Meca, hasta adueñarse de ella. En Medina había hecho edificar una mezquita en la cual se reunieran todos sus secuaces, los “creyentes”, llamados desde entonces “musulmanes”.

La Meca a la cual se dirigían ahora será en adelante el centro sagrado del Islam, con el templo la Kaaba, donde está la piedra negra de Abraham, símbolo de la divinidad, y la fuente o pozo de Zamzam, en la que Agar salvó la vida de su hijo Ismael. Todos los que no sigan al Profeta, serán los “infieles”, a los que habrá que hacer la guerra santa. Mahoma había logrado que se congregaran todas las tribus beduinas de Arabia, a la que dio unidad nacional. Su hija Fátima, casada con su primo Alí, será la que conserve la dinastía del Profeta en los siglos venideros.

Perdida su mujer Jadiya, Mahoma se casó con varias mujeres, *nueve* contadas con sus propios nombres, y después, según una estimación segura, por lo menos otras *veinte* más, esposas de seguidores suyos muertos en las batallas o hijas de sus aliados. Un harén de lujo, desde luego. En el Corán permitirá a sus seguidores *cuatro* mujeres legítimas, aparte de las que quepan en el harén según las posibilidades económicas... Si Mahoma tuvo su espléndido harén, con más esposas que las permitidas en el Corán, es porque a él le reveló el cielo: “¡Oh profeta! Te es permitido tomar las esposas que puedas mantener. ¿Por qué privarte de los placeres que Dios te permite? Tú quieres dar gusto a tus mujeres. El Señor es misericordioso”...

Con este precedente del Profeta, se comprende lo que es la moral musulmana para los hombres, tan en contradicción con la esclavitud sexual de la mujer. Una *sura* tradicional cuenta que una mujer esperaba un hijo tenido por adulterio. Acudieron a Mahoma: ‘Que tenga el niño, y que después venga’... Al nacer la criatura, mandó el Profeta: ‘Que entreguen el niño a una nodriza, y a la madre que la maten lapidada’.

Así es la moral musulmana, aunque tiene otros elementos muy válidos, contenidos en los cinco preceptos fundamentales, que compendian toda su ley:

la profesión de fe, recitada siempre, “Sólo hay un Dios, Alá, y Mahoma su profeta”;

la oración, cinco veces al día; la limosna, a los pobres necesitados;

el ayuno del mes sagrado del Ramadán, de sol a sol, aunque por la noche pueden entregarse a todo exceso si quieren;

y la peregrinación a la Meca una vez en la vida, si bien queda dispensada por falta de recursos o puede hacerla otro en nombre del impedido.

Respecto de la otra vida, admiten el cielo y el castigo en un infierno, pero el cielo es de los más refinados placeres sensuales.

La gran suerte del Islam es ser monoteísta, adoran a un solo Dios, que es precisamente el Dios verdadero, el Dios de Abraham, el de los judíos y el de los cristianos. Mahoma, con el culto a Alá, acabó con todos los ídolos y con toda la magia de las tribus beduinas de Arabia. Aprovechó para sus enseñanzas elementos judíos de la Biblia en el Antiguo Testamento y otros cristianos de los Evangelios, pero acomodados todos a su doctrina propia del Islam.

Con una doctrina tan sencilla y comprensible para el pueblo —“Alá es el único Dios y Mahoma su profeta”— y una moral tan ligera y nada exigente como la de los cinco puntos, pronto se adueñó de la mentalidad religiosa de los pueblos a los que llegaba.

Porque Mahoma se lanzó a la conquista más desenfrenada. Seguro con sus tropas y con tantos creyentes que le seguían, su ambición ya no tuvo límites.

Al morir Mahoma el 8 de Junio del 632, a los 63 años, no había podido ver hasta dónde llegarían sus seguidores, a los que había dado la consigna: -Hagan la guerra santa contra todos los que no creen en Alá y en su profeta... La guerra santa daba a los vencedores el derecho a todo el botín conquistado, y a los caídos en la batalla les abría sin más las puertas del cielo. ¿Quién iba a detener a los guerreros que gozaban de semejantes promesas?

Los ejércitos musulmanes se mantendrán quietos en Arabia durante bastantes años después de la muerte de Mahoma. Pero al lanzarse más allá de sus fronteras antes de acabar este siglo séptimo, lo harán con unas conquistas relámpago que casi no se explican. Caerán primero Siria y Palestina. Después les tocará el turno a Mesopotamia, Persia, Egipto, el Norte entero de Africa y España. Su ímpetu se detendrá en el Sur de Francia, al perder en el año 732 la batalla de Poitiers, cien años justos después de la muerte del Profeta. Sólo pudo resistir Constantinopla, que mantenía el Imperio Romano de Oriente; pero al fin, en el siglo XV, será también musulmana al caer en el año 1453 bajo el poder otomano.

Nada cuesta imaginarse lo que el Islam significó para el Cristianismo. Conquistado por los mahometanos todo el Oriente y todo el Norte de Africa, las excursiones apostólicas hacia el Asia y el interior de Africa se detuvieron por muchos siglos.

Y fue lamentable sobre manera que desaparecieran para siempre aquellas Iglesias apostólicas de Asia y todas las de Africa. Porque el Islam, sobre las tierras conquistadas en las que dejaba como jefes sus Califas —“Vicarios” de Mahoma, el Profeta—, proponían su fe a todos los habitantes, que habían de dejar de ser “infiel”, o no tenían más remedio que pagar los graves impuestos a que eran sometidos quienes no admitían la fe musulmana.

La Reconquista española, las Cruzadas... nos van a dar materia para varias lecciones. Por ahora, sólo hemos empezado con una idea sobre el Islam.

Recordar

Edad Antigua

¿Qué impresión nos ha causado la Edad Antigua de la Historia de la Iglesia? ¿Qué nos conviene recordar?

Estos cuatro puntos.

1°. Las **Persecuciones Romanas**, del año 64 al 313. Se iniciaron en los mismos días de los Apóstoles. De hecho, Pedro y Pablo murieron en la primera, la de Nerón. La Iglesia quedó bautizada con sangre abundante. Las Persecuciones la marcaron para toda su historia por venir. Y le hicieron entender que no ha de tener miedo nunca a los perseguidores. Al revés. Aprendió para siempre, con frase célebre de Tertuliano, que “La sangre de los mártires es semilla de cristianos”.

2°. Acabadas las persecuciones, vino el florecer la santidad en aquella multitud de **anacoretas del desierto** que no buscaban sino a Dios. Se implantó con ellos la ascética y austeridad cristiana, el ejercicio de todas las virtudes que llevaban a la perfección del Evangelio.

3°. Aunque surgieron las primeras herejías, Dios suscitó a los **Santos Padres**, aquellos grandes y sabios Obispos y Doctores, que nos dejaron por escrito la riqueza de la Tradición cristiana que se vivía en la Iglesia.

4°. Los **bárbaros** o Pueblos del Norte aniquilaron al Imperio Romano, la Iglesia los convirtió a la fe, sobre todo por medio de los monjes Benedictinos, y comenzaron a formarse los reinos cristianos.

Siete siglos: años 1- 692

NOTICIA SOBRE LA EDAD MEDIA

Años 692 - 1303

Nos toca historiar una época totalmente singular de la Iglesia: la EDAD MEDIA. No le pregunten sobre ella a un racionalista o a cualquier enemigo de la Iglesia, porque les echarán pestes sobre ella: *oscurantista* y *retrógrada* es lo menos que les dirán... ¿Por qué? Muy sencillo: porque fue la Iglesia la creadora de unos siglos en que la vida cristiana y social —en medio de muchos defectos que reconoceremos siempre—, brilló a una altura moral y cultural extraordinaria. La cultura, ciertamente, era muy *distinta* pero no *inferior* a la que vendría después con el Renacimiento; y la moral y piedad cristianas dominaban al pueblo entero, muy al revés de lo que sucederá más tarde en la Edad Moderna con el retorno a muchas prácticas paganas y al resquebrajamiento de la fe.

Esos denuedos contra la Edad Media los repiten muchos escritores sin escrúpulo o que de Historia saben muy poco. Los historiadores serios modernos, aunque no católicos, hablan ya de manera muy distinta a como lo hacían antes.

Y nosotros, ¿qué es lo que apreciamos en la Edad Media? Miremos estos puntos.

1. Esta Edad ocupa la historia tanto religiosa como civil de toda Europa, formada por los pueblos bárbaros que se habían cristianizado. No entran las otras partes del mundo, pues Asia no había sido aún explorada ni América descubierta. El Imperio Bizantino, con su Capital Constantinopla, aunque cristiano, estaba cerrado en sí mismo y, desde el siglo once, separado de Roma y formando la Iglesia cismática Ortodoxa. Además, el norte de África, antes cristiano, había caído totalmente bajo el dominio musulmán. Por lo mismo, la Historia religiosa y civil de la Edad Media es total y exclusivamente europea.

2. Al estar unidas la sociedad civil y religiosa —un *ateo* hubiera sido entonces algo inconcebible—, la Edad Media es considerada por muchos como el ideal al que puede llegar la convivencia humana, aunque esto nos parezca hoy un imposible, una suposición muy cuestionable, y hasta rechazable. Y más, al saber que esa unión se fundaba en la autoridad indiscutible del Papa, buscado y sostenido por el emperador o el rey. Pero entonces fue así.

3. Aunque el Islam hizo estragos, la sociedad y la Iglesia supieron aprovechar mucho de la cultura musulmana, igual que asumió con los grandes teólogos del siglo XIII la ciencia filosófica griega de Aristóteles y de Platón haciéndola perfectamente compatible con la fe cristiana. Las Universidades nacieron de la Iglesia, como avanzada de la ciencia moderna. Y las artes culminaron en una altura insospechada con las catedrales góticas. La influencia de la Iglesia —dentro del orden religioso, civil, cultural y hasta económico— era enorme y total en la vida de los Estados.

4. ¿Y los grandes defectos que los historiadores achacan a la Edad Media? Nadie los niega y a nosotros nos irán saliendo en las lecciones que nos esperan. Fueron propios de unos pueblos que salieron de la barbarie y que no se podían hacer santos, sabios y poderosos en un día. Pero ahí estuvo la grandeza de la Iglesia en la Edad Media: hacer de esos

pueblos el terreno abonado de donde surgirían los Estados modernos que tanto nos enorgullecen a nosotros. En resumen, hay que valorar la Edad Media en lo que es: mucha altura cristiana y civil en medio también de grandes deficiencias.

5. Para la división de la Edad Media nos atenemos a lo que dijimos al principio de nuestras clases. No hay unanimidad de criterios. Siguen todavía quienes la empiezan en el 476 con el destronamiento del último Emperador Romano y la acaban en el 1453 con la caída de Constantinopla bajo el poder musulmán.

Modernamente se sigue otro cómputo más complejo pero más certero: del 692 al 1303, dividida en dos períodos:

- el primero desde el 692, con los bárbaros convertidos a la fe cristiana, hasta el 1073;
- y el segundo período de aquí hasta el 1303 en que empezará la Edad Nueva.

No son fechas matemáticas, sino de sentido intermedio, como ocurre en el desarrollo humano: ¿se puede determinar el día fijo en que el niño entra en la pubertad o aquel en que la deja para convertirse en un joven?...

Nosotros nos atendremos a esta última división: del 692 al 1303.

37. VISION PANORÁMICA DE LA EDAD MEDIA

Esta lección introductoria **no es para darla en clase**, sino para tenerla escrita delante como una ayuda a la memoria. La Edad Media se nos presenta algo complicada con hechos, nombres y fechas a los que no estamos acostumbrados. Este es el motivo de esta sinopsis que encontraremos explanada en las lecciones del Curso.

Año 692. Según la cronología que hemos adoptado para nuestro Curso, con este año comienza la Edad Media. Otros la sitúan en otras fechas, igual de respetables. Véase “Noticia sobre la Edad Media”, pág 119.

1. Se caracteriza este siglo VIII por la entrada de los mahometanos en Europa, por la evangelización de los germanos y por la subida de los carolingios al trono de Francia.

711. Invasión musulmana a España que acaba con el Reino Visigodo.

716. San Bonifacio empieza la evangelización de Germania. A la vez, y por encargo de los Papas, se entrega a la reforma de la Iglesia en Francia, pues ha caído en una gran relajación al debilitarse los Merovingios en su poder y fidelidad, hasta llegar a los conocidos “reyes holgazanes”.

718. Don Pelayo se refugia en Asturias, lo más al Norte de España, da la batalla de Covadonga y con ella empieza la **Reconquista** contra los mahometanos invasores.

720. Los árabes, metidos en Francia, ponen sitio a Toulouse.

732. Carlos Martel derrotaba en Poitiers a los árabes, que se regresaban a España y así quedaban detenidos en Europa. España se encargará durante siglos en echarlos definitivamente. Nuestras lecciones sobre los musulmanes comenzaron con la última de la Edad Antigua, la 36, y aquí las agrupamos en estas otras: 47, 48, 49 y 50.

747. Pipino el Breve, mayordomo de palacio, se hace con el poder y se proclama rey. Magnífico con el Papa. Se inician con Pipino los **Estados Pontificios**.

771. Carlomagno, hijo de Pipino, único rey de Francia.

2. El **Feudalismo** en su apogeo, el **Sacro Imperio Romano**, y los **normandos** que aparecen en escena caracterizan el siglo IX.

800. Carlomagno es coronado Emperador. Nació el Sacro Imperio Romano.

814. Muere Carlomagno. Su hijo Ludovico Pío mantiene bien el reino carolingio, pero con su muerte en el 848 viene una racha de reyes carolingios inútiles, que desprestigian del todo a la dinastía hasta entrado el siglo X con el fallecimiento de Luis el Niño en el 911. Y otra vez empieza a relajarse la Iglesia al debilitarse los reyes que la apoyaban tanto. El pueblo vive desorientado. Ni obispos ni curas, ni tampoco todos los Papas, respondían debidamente a su vocación.

820. Atacan los normandos Irlanda y en el 839 establecen allí un reino propio.

841-859. Siguen los normandos con sus incursiones por el norte de Francia, Alemania e Inglaterra. Se lanzan por España, Guadalquivir arriba, hasta que son rechazados por los moros; se adueñan de partes de Italia en la Lombardía y en el Sur. Conviene conocer a los **normandos**. Escandinavos procedentes de Suecia, Noruega, Dinamarca..., esos vikingos eran unos excursionistas y guerreros audaces. Durante todo el siglo IX hicieron incursiones muy atrevidas. Los normandos habían establecido el ducado de Normandía al norte de

Francia. Franceses y normandos se asimilaron mutuamente sus culturas y los normandos en adelante serán muy importantes en Europa. No les dedicamos lección especial; pero conviene conocerlos por la huella importante que dejaron en la Historia.

863-884. Los hermanos San Cirilo y San Metodio, apóstoles de los pueblos eslavos.

3. Dos siglos difíciles el X y el XI. En un plan negativo y doloroso, se inicia el tristemente llamado **Siglo de hierro del Pontificado**. Aunque empieza también la reforma de los monasterios benedictinos con Cluny, que van a jugar un gran papel en bien de la Iglesia. En el siglo XI los Papas se verán libres de aquellas familias romanas que les dominaron de manera fatal. Sigue fuerte la lucha contra los musulmanes en España, ante el peligro que suponen para toda Europa. Los Papas reconocieron la Reconquista Española como verdadera Cruzada contra los musulmanes.

905. Se independiza Navarra, y en el 914 Ordoño II de Asturias es coronado rey de León. El que se dividan los reinos de España no favorece a la Reconquista española, aunque sigue adelante. Los sarracenos han perdido gran parte del Norte de la Península.

927. El abad Odón de Cluny empieza la reorganización de los monasterios benedictinos.

929. Se fortalecen los musulmanes con Abderramán III, que se proclama Califa de Córdoba rompiendo con el Califato primario de Bagdad.

936. Es coronado rey de Alemania Otón el Grande, que vence a los magiares en el 955 y se convierte en el monarca más respetado.

964. Polonia se hace cristiana.

966. Otón es coronado Emperador, y la corona imperial ya no saldrá más de Alemania.

978. Dinamarca invade Inglaterra. Los daneses reinarán en ella hasta 1042.

1000. Otón III acaba el siglo y el milenio instalando su capital en Roma. Han sido muy lamentables los incidentes de los Papas en el lastimoso siglo diez. Los tres Emperadores Otón ayudaron mucho a la Iglesia. En este mismo año 1000 es coronado San Esteban como Rey de Hungría.

1002. Muere el guerrero musulmán Almanzor, que en años anteriores ha causado estragos en España contra los reinos cristianos.

1002. Desde este año hasta el 1030 se produce la evangelización y conversión al catolicismo de los pueblos escandinavos Dinamarca, Suecia, Noruega, Islandia y Groenlandia.

1015. Con Wladimiro empieza la conversión de Rusia al cristianismo.

1016. Reinado de Canuto el Grande de Dinamarca en Inglaterra hasta el año 1035.

1027. Aparece en Europa la “Tregua de Dios”.

1035. Fernando I de Castilla emprende en España contra los moros la conquista de lo que después será Portugal.

1042. Los daneses son expulsados de Inglaterra definitivamente y dejan paso al rey inglés San Eduardo,

1054. Viene la desgracia de la separación definitiva entre la Iglesia de Oriente en Constantinopla y la de Occidente con el Papa en Roma.

1059. El papa Nicolás II organiza la elección pontificia, instituye el “Cónclave”, y acaba con la intromisión extraña en la elección de los Papas. Ese mismo año comienza en Londres la construcción de la abadía de Westminster, siendo rey San Eduardo.

1066. Muere sin dejar hijos el rey inglés San Eduardo y le sucede el duque de Normandía Guillermo el Conquistador, el que construirá en 1070 la Torre de Londres para acuñar la moneda y administrar la justicia.

1073 es elegido Papa San Gregorio VII, que inicia la gran reforma de la Iglesia con la eliminación de las Investiduras. Grandes luchas entre el Papa y el emperador Enrique IV.

1085. El rey Alfonso VI de Castilla arrebató Toledo a los moros, y el Cid Campeador conquistará Valencia en el 1094, hechos importantísimos en la Reconquista.

1088. Se abre oficialmente la Universidad de Bolonia, y se inicia por Irnerio la recuperación del Derecho Romano.

1095. El Papa Urbano II anuncia en el Concilio de Clermont la **Primera Cruzada**, que conquistará Jerusalén en 1099.

1098. Roberto de Molesmes funda la Orden del Cister.

4. El siglo XII es un siglo que registra grandes acontecimientos, con buenas mejoras en la Iglesia y en la sociedad.

1114. San Bernardo funda el monasterio de Clavaul, que será tan importante en la reforma de la Iglesia.

1118. La Reconquista española se hace con Zaragoza, el mismo año en que se funda la Orden del Temple.

1120. Fundación de la Universidad de París, que será trascendental.

1126. Con Raimundo, Arzobispo de Toledo, comienza la importantísima Escuela de Traductores de Toledo, que inundará a Europa con los escritos de los clásicos griegos y romanos traducidos del árabe para dar un gran avance a las ciencias.

1143. En la Reconquista española es conquistada Lisboa, y Portugal pasa a ser reino.

1147. La Segunda Cruzada, predicada por San Bernardo, termina en fracaso total.

1150. Graciano publica las “Decretales”, compilación del Derecho Romano, y Pedro Lombardo escribe su “Libro de las Sentencias”, cuando la Escuela de Traductores de Toledo llega a su máximo apogeo.

1162. Federico Barbarroja arrasa desde sus cimientos la ciudad de Milán.

1163. Comienza la construcción de la catedral Notre-Dame de París.

1170. Es asesinado en su catedral el Arzobispo de Canterbury Santo Tomás Becket.

1173. Aparecen los valdenses, que pararán en herejes.

1198. Acaba el siglo XII con la elección del gran papa **Inocencio III**, el Augusto del Pontificado.

5. El siglo XIII constituye la gloria mayor de la Edad Media. La Iglesia acaba con los herejes albigenses, y florecen como nunca las ciencias, las artes y los Santos más insignes.

1205. Santo Domingo de Guzmán empieza su predicación entre los herejes por encargo expreso de Inocencio III. Esos herejes no serán aniquilados hasta el año 1244.

1209. Francisco de Asís obtiene del Papa el permiso para fundar la nueva Orden de los Frailes Menores. Domingo de Guzmán dará forma a la de los Predicadores en el año 1215. Franciscanos y Dominicos serán dos fuerzas imponentes en la Iglesia.

1212. La batalla de las Navas de Tolosa es trascendental en la Reconquista española frente a los musulmanes.

1215. Se celebra el IV Concilio Ecuménico de Letrán, de gran importancia. Al año siguiente morirá Inocencio III.

1220. Es coronado Emperador Federico II, que tanto hará sufrir a la Iglesia. Será excomulgado dos veces y depuesto en el año 1245.

1226. Sube al trono San Luis IX rey de Francia, que morirá en 1270.

1230. El rey San Fernando une los dos reinos de León y Castilla. Bajo su reinado, empieza la construcción de las dos espléndidas catedrales góticas de Burgos, 1221, y de Toledo, 1227, mientras que su hijo Alfonso X el Sabio iniciará la de León en 1252.

1232. El papa Gregorio IX instituye el Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición, guardián de la fe para los siglos venideros.

1236. San Fernando conquista a los musulmanes Córdoba, y Sevilla en 1248. Los moros quedan arrinconados en Granada. Casi toda España es ya cristiana.

1252. El Estudio General de Salamanca es elevado a Universidad.

1257. Nace la Universidad de La Sorbona en París. Desde mediados del siglo XIII brillan las grandes lumbres de la Escolástica, con Santo Tomás de Aquino sobre todas ellas.

1260. El rey Alfonso X el Sabio compila las Siete Partidas. Y en el mismo 1260 se inaugura la fantástica catedral gótica de Chartres, que sustituyó a la que se incendió en 1194.

1261. Miguel VIII el Paleólogo conquista Constantinopla y expulsa de ella a los latinos. Su dinastía durará hasta 1453 cuando caiga Constantinopla ante los Otomanos.

1271. Marco Polo emprende su famoso viaje de exploración a Oriente.

1273. Rodolfo I de Habsburgo es nombrado rey de Alemania y Austria y su dinastía se mantendrá hasta 1918.

1282. Estallan las famosas Vísperas Sicilianas; quedan expulsados los franceses y se asienta allí la corona de Aragón.

1291. Los cantones suizos se sublevan contra el Sacro Imperio Romano Germánico, y éste será el inicio de la independencia y autoaislamiento de Suiza. En el mismo año 1291 cae la fortaleza de San Juan de Acre. Los cruzados pierden su último bastión en Palestina.

1297. Giotto empieza los tan admirados frescos que decorarán la basílica de San Francisco en Asís. Así se llega al final del siglo XIII.

1300. Se celebra el primer **Año Santo** de la Historia, instituido y promulgado por el papa Bonifacio VIII, y Dante, con magnífica preparación científica y teológica, está a punto para brindarnos su incomparable obra literaria **La Divina Comedia**.

Todo el esplendoroso siglo XIII fue la preparación para empezar el siglo XIV con ese primer Año Santo que tanto bien hizo en la Iglesia de entonces y que se renueva ahora cada veinticinco años con el mismo provecho de siempre.

38. PRIMEROS PAPAS MEDIEVALES

No reseñamos todos, naturalmente, sino algunos más notables. En los dos primeros siglos, desde 687 hasta 884, no ofrecen dificultad los Papas. Buenos, y bastantes de ellos reconocidos como Santos. A finales del siglo IX es cuando van a surgir los problemas graves en el pontificado. Conozcamos a los primeros.

Comenzamos por algunos de los Papas más insignes de la Edad Media. Vendrán después grandes Papas como Gregorio VII, Inocencio III y Bonifacio VIII, magníficos los tres. Otros —los del Siglo de hierro, varios de Aviñón y los del Cisma de Occidente—, saldrán por necesidad y seguro que nos dejarán mal recuerdo. Pero en los del siglo VIII y hasta casi acabar el IX, nos encontraremos con todos los Papas buenos, y algunos muy señalados por su santidad y por sus obras. Escogemos algunos más representativos.

San Sergio I (687-701) abre la Edad de la manera más digna. Tuvo dos rivales en su elección: Teodoro y Pascual. Pero elegido Sergio, Teodoro se humilló y recibió el abrazo de paz del Papa, mientras que el orgulloso Pascual acudió al exarca de Constantinopla, el cual le mandó refuerzos militares, exigió a Sergio cien libras de oro después haber hecho magia y sortilegios paganos, pero el pueblo romano se puso totalmente al lado del Papa, y encerraron a Pascual que a los cinco años moría impenitente. Los obispos de Oriente armaron un Concilio, que el Papa no reconoció, y ni quiso mirar las actas que le mandaban expresas para él: “Moriré mártir antes que dar mi asentimiento a tan monstruosos errores”. Indignado el emperador Justiniano II, envió a Roma un ejército al mando de Zacarías, que, vencido por el pueblo, se refugió para salvar su vida bajo el mismo techo del Papa, hasta que fue expulsado de Roma entre las burlas de la gente. Nunca a un Papa le había ocurrido algo semejante. Atrajo a Roma personajes insignes, como a Cadualo rey de los sajones occidentales venido desde Bretaña, el cual quiso ser bautizado en Roma para ver al Papa y con el deseo de morir junto a San Pedro. Bautizado en el baptisterio de Constantino en Letrán, moría a los pocos días, e inscribieron en su sepulcro: “Cambió el reino terrestre por el del cielo”. Fue Sergio quien construyó el primer sepulcro de un Papa, San León Magno, dentro de la basílica de San Pedro. San Sergio I, santo y querido de todos.

San Gregorio II (715-131). Hombre de paz, pero que hubo de luchar contra el emperador León III de Constantinopla, el cual se había empeinado en atacar sin piedad el culto a las imágenes, como sabemos por la lección 56. El emperador publicó un famoso edicto contra las imágenes, metiéndose en el plano doctrinal, y el Papa lo rechazó con palabras enérgicas: “Los dogmas de la Iglesia no son de la competencia de los emperadores, sino de los obispos; son éstos quienes han de establecerlos con certeza. Y así como los obispos, conforme a su misión, se abstienen de intervenir en los asuntos del Estado, así también los emperadores han de abstenerse de inmiscuirse en los asuntos de la Iglesia”. León III amenazaba con llegar hasta Roma para destruir la imagen de San Pedro, y el Papa le respondía sereno: “Si envías gente para destruir su imagen, seremos inocentes de la sangre que se derrame y que caerá sobre tu cabeza”. Sabía Gregorio lo que se decía, pues todo el pueblo de Roma estaba con el Papa. Fue este Papa quien autorizó y consagró a San Bonifacio como apóstol de los germanos, y fue también él quien consiguió que se levantase de nuevo Montecasino,

destruido completamente por los lombardos, de modo que monasterio y basílica volviesen a la célebre abadía todo su antiguo esplendor. Y en cuanto a su piedad y caridad, “multiplicaba las limosnas, los ayunos y las oraciones, mientras daba gracias al pueblo por su defensa de la religión”.

San Gregorio III (731-741). Un santo más como Papa, “de una suavidad incomparable, el cual unía a una profunda sabiduría la ciencia de las Sagradas Escrituras; sabía el griego y el latín; recitaba todos los salmos de memoria y había estudiado a fondo el sentido de ellos. Era muy elocuente, como lo demostró en las homilías que predicaba al pueblo. Tenía el arte de la persuasión, amaba la santa pobreza, redimía a los esclavos, daba de comer a las viudas y a los huérfanos, y ayudaba mucho a la vida religiosa”. Lo más notable que hizo en su pontificado fue la celebración de un sínodo extraordinario en San Pedro, con la asistencia de noventa obispos venidos de todas partes, además de nobles, cónsules y una inmensa multitud de fieles. Siguió en su lucha a favor de las imágenes contra el emperador León III de Constantinopla, con un gesto que lo dice todo: las ricas columnas que rodeaban el altar de San Pedro las coronó con un doselete de plata maciza, en el que figuraban las imágenes del Salvador, de la Madre de Dios, de los Apóstoles y de las Santas Vírgenes. Por si lo quería entender el emperador... Y lo comenta el historiador protestante Gregorovius: “De la simple materialidad de la fe, el arte elevó al hombre a las esferas de lo ideal y erigió encima de él un reino de lo bello. Sólo el arte permaneció como consuelo y alivio de la empobrecida humanidad. La lucha de los Papas contra Bizancio salvó el arte en el Occidente”.

San Zacarías (741-752). Un Papa muy singular. Con el lombardo Luitprando, gran soldado y gobernante, se las entendió bien y el mismo rey tenía miedo al Papa porque éste le vencía siempre con su bondad, su elocuencia, su mansedumbre. El pueblo, por otra parte, inventó la leyenda de que cuando el Papa fue por segunda vez a visitar a Luitprando, una nube se le puso encima y le siguió hasta Ravena para defenderlo de los rayos del sol; y dirigiéndose a Pavía, se le adelantaban sobre las nubes ejércitos de fuego... Era la fama de su santidad. Pero lo que caracteriza este pontificado es una acción del Papa que hoy le discutirían muchos. Cuando Pipino, que era simple mayordomo del palacio real de Francia, vio la inutilidad de los reyes merovingios, echó fuera al rey Childerico III, se quedó él con todo el mando y se hizo coronar rey con plena autorización de Zacarías en lo que hoy llamaríamos un *golpe de estado*. No hay que condenar al Papa. La realidad era que los reyes merovingios, los “reyes holgazanes”, ya no eran sino figuras decorativas; el poder lo tenían los mayordomos, y el bien de Francia requería una medida semejante. Recordamos muy bien la trascendencia que tuvo este acto, y cómo por él se llegó a Carlomagno, gran providencia de Dios para toda la Cristiandad. Y sabemos también, (lección 41) cómo Pipino, en agradecimiento, confirmó para el Papa los Estados Pontificios.

San León IV (847-855). Muy notable, por su santidad ante todo. Pero se immortalizó como Papa por la construcción de la “Ciudad Leonina”. Los musulmanes habían asaltado y saqueado Roma. Se preparaban para nuevo asalto, y toda la población temblaba de miedo. A la oración del Papa atribuyeron el alejamiento de los moros: “¡Oh Señor, da fortaleza al brazo de estos tus fieles que luchan contra los enemigos de tu Iglesia!”. Sí, estaba muy bien la oración. Pero había que pensar en algo definitivo para la defensa de Roma. Y vino la

atrevida empresa de edificar la gran muralla con torres que, arrancando del mausoleo de Adriano, el Castel Sant'Angelo, subiese por toda la colina del Vaticano y viniera a parar hasta la actual Porta del Santo Spirito. Ambas puntas tocaban el río Tíber y se podían asegurar con cadenas. Basílica de San Pedro y palacio pontificio quedaban cerrados dentro. Construcción semejante fue un verdadero acontecimiento en la historia de la ciudad de Roma. Aún ahora lleva el nombre del santo Pontífice.

San Nicolás I (858-867). Como Papa, el más notable de estos dos siglos primeros de la Edad Media. Al saber que lo querían elegir Papa, se refugió en San Pedro, pero el pueblo lo arrastró hasta Letrán donde no tuvo más remedio que aceptar la carga que le veía encima. Le esperaban unos años tremendos de lucha en todos los frentes. Con Bizancio, por culpa de Focio, el heresiarca hipócrita, mentiroso, de orgullo desmesurado (lección 51), que se hizo consagrar como patriarca de Constantinopla, el Papa cayó al principio en la trampa de las mentiras de Focio; pero cuando Nicolás se percató de todo, se entabló entre los dos una lucha sin cuartel. El Papa no dio nunca a torcer su brazo.

Como no lo dio con los reyes cuando llegó la ocasión. Con Lotario II, Francia llegó a estar en peligro de apartarse de Roma. El rey, entregado a todos los vicios, repudió a su legítima esposa para casarse con una concubina, algo que aprobaron algunos obispos. El emperador Luis se puso de parte de su hermano Lotario y se dirigió a Roma con un ejército contra el Papa. Pero éste, al saberlo, salió del palacio de Letrán y se dirigió sereno a San Pedro, donde permaneció dos días y noches enteros sin comer, esperando valiente la llegada del agresor. Luis cayó enfermo —interpretado por el pueblo como castigo de Dios—, vino la emperatriz a pedir al Papa una visita para su marido, Luis reflexionó, y salió de Roma reconciliado con el Pontífice.

Ese Nicolás I batallador, era un hombre bonísimo. Durante su pontificado tan convulso, no miraba sino el bien de la Iglesia y tuvo grandes consuelos con los apóstoles que evangelizaban Europa, como los hermanos Cirilo y Metodio. Los ciudadanos de Roma vivían tranquilos a la sombra de semejante Papa, muy solícito del bienestar de sus feligreses, a los que distribuía las tarjetas que daban derecho a la comida, firmadas personalmente por él mismo, y que se entregaban a los menesterosos y a los impedidos para el trabajo.

En las lecciones que seguirán nos encontraremos con una Edad Media llena de los contrastes más opuestos. Páginas brillantísimas de santidad, y otras, llenas de miserias inexplicables. Nada extraño. Es la Edad en que se forman aquellos pueblos salidos de la barbarie que invadieron al Imperio Romano. Pero, al final, de ellos surgirá una Europa gloriosa.

39. SAN BONIFACIO Y LA CONVERSION DE ALEMANIA

Pusimos como final de la Edad Antigua de la Iglesia el año 692, y el siglo octavo se abre con la conversión de Alemania llevada a cabo por su gran apóstol San Bonifacio, al cual, adelantando fechas, ya conocimos por la reforma llevada a cabo en la Iglesia Merovingia. Con Bonifacio abrimos nosotros la Edad Media, aunque, como tenemos dicho, otros historiadores siguen otra división.

Llegamos a San Bonifacio, figura señera del Evangelio en Europa. Monje noble anglosajón, del reino de Wessex, se llamaba Winfrid. Muy bien formado en las ciencias eclesiásticas, deja la paz de los monasterios ingleses, y con tres compañeros más se mete en un bote que le lleva a las playas de Frisia, actual Holanda, en las que trabaja inútilmente. Regresa a su monasterio de Inglaterra, le eligen Abad, pero renuncia al cargo y emprende de nuevo su aventura misionera. Una vez en el continente, marcha a Roma para pedir la bendición del Papa, el cual, en Mayo del 719 le cambia el nombre de Winfrid por el de *Bonifacio* —el bienhechor, el que hace el bien—, y le encomienda: “En el nombre de la Trinidad y con la autoridad incuestionable de San Pedro, te encargo el apostolado entre los gentiles”.

Valiente, vuelve a Frisia y trabaja por tres años con San Willibrordo, que lo quiere como obispo sucesor suyo en Utrech, pero Bonifacio no lo admite. Casi cincuentón, pues parece había nacido en el 672, ¡misionero en Alemania! Y comienza por Hesse, muy denso de población. En Pentecostés del 722, primera tanda colectiva con varios miles de bautismos. Enterado el Papa, lo llama a Roma, lo consagra obispo de Hesse el 30 de Noviembre de este mismo año y lo despide con la mayor de las bendiciones, cargado de documentos, y con abundancia de las apreciadísimas reliquias de mártires para las iglesias que funde.

El principio de la nueva etapa evangelizadora se realizó con un tremendo acto de audacia de Bonifacio y con un milagro —así lo creyeron— presenciado por los duros paganos. Hacha en mano, Bonifacio tira abajo la sagrada encina de Gelsmar, venerada con culto divino en la cima de Gudenberg, a la vez que se levantó un fortísimo vendaval, sin que los dioses Donar y Thor hicieran nada contra el sacrílego misionero, que levantaba allí mismo una capilla en honor de San Pedro y donde surgirá después el monasterio de Fritzlar.

Destruyó enérgico aquel árbol sagrado pagano, pero supo también acomodar otras costumbres paganas al cristianismo. Dicen, dicen..., que a Bonifacio se le atribuye la invención del árbol de Navidad. Según la leyenda, cortó un fresno decorado, consagrado a los dioses de los germanos, y lo cambió por un pino, cambiándole su significado por completo.

Siguen diez años de consolidación de las iglesias de Turingia, pero necesitaba ayuda urgentísima de más evangelizadores. Como siempre, Bonifacio acude de nuevo al Papa, le escribe, y Gregorio III le contestaba en el 732 enviándole el palio como Arzobispo y le encargaba consagrarse obispos y organizase nuevas diócesis.

Pero necesitaba misioneros, muchos misioneros. Acudió a los monasterios de su Inglaterra, que sentían muy vivo el espíritu apostólico, y su demanda superó todas las previsiones. Durante varios años consecutivos, nutridos grupos de monjes y monjas de los más selectos monasterios iban respondiendo a las peticiones de Bonifacio. Llegados al campo

de acción, eran destinados a evangelizar a los paganos, entre los que aumentaban sin cesar las conversiones.

Los misioneros que venían de Inglaterra eran de lo mejorcito que se podía esperar. Su mimadísimo Lull, San Lull, que será obispo de Meinz; San Cohan, que morirá mártir con Bonifacio; San Burchardo y San Wigberto. Y entre las monjas, las Santas Tecla y Walburga, aunque sobresaldrá entre todas su prima Lioba, notable por su belleza y cultura, que compuso la primera gramática latina, con la que enseñaba a las hijas de los germanos, hasta dejar hermosas cartas y delicados versos en la lengua del Lacio.

Todos ellos y ellas evangelizaban, sí, pero, con la táctica tan certera de entonces, ante todo se preocuparon de fundar monasterios de hombres y mujeres, los cuales multiplicaban las energías apostólicas, y, sobre todo, aparte de enseñar a rezar, colonizaban, educaban e instruían en las letras y en las artes a los valiosos bárbaros alemanes.

Sobre la actividad civilizadora de estos monasterios fundados y regidos por los monjes y monjas ingleses, Fray Justo Pérez de Urbel tiene este párrafo que sintetiza todo lo que nosotros podríamos decir:

“Son casas de Dios, escuelas del servicio divino, seminarios, hospederías, colegios y granjas agrícolas. Por ellos va a empezar la agricultura en Germania; por ellos se va a inaugurar una era de intensa cultura científica, que es todavía el orgullo del pueblo alemán. Cuando la invasión danesa se preparaba a destruir en Inglaterra la obra de Teodoro, Beda y Wilfredo, Alemania recogía ávidamente el tesoro científico que le ofrecían los monjes ingleses. Enviábanse a Inglaterra los productos del país; tejidos de piel de cabra, una piel para el anciano obispo de Winchester, escudos y halcones para el rey Etelberto, un peine de marfil y un espejo de plata para la reina; pero en cambio los abades y abadesas, siguiendo el ejemplo de Bonifacio, pedían que se les enviasen copias de obras científicas, poéticas y religiosas, que acababan de publicar los sabios anglosajones”.

Así era. Pues el mismo Bonifacio pedía con afán: “Mándenme algunos escritos de Beda; envíenme algunas chispas de la antorcha que brilla en su tierra”.

Sajonia se presentaba muy difícil, y Bonifacio se tiró hacia Baviera. Antes, un tercer viaje a Roma, porque este apóstol era un devoto extraordinario del Papa. San Gregorio III le nombraba Legado suyo el año 737, le encomendaba la organización de la Jerarquía en Alemania y la celebración de los sínodos. Antes de regresar a Alemania, visitó el monasterio benedictino de Montecasino, del que se llevó consigo a otro misionero de gran categoría, San Willibaldo, hermano de Santa Walburga.

Ya en Alemania, fundó efectivamente muchos obispados, entre ellos los de Salzburgo, Ratisbona, Würzburg, Freising y Nassau, al frente de los cuales ponía obispos de plena confianza suya elegidos entre los monjes venidos de Inglaterra.

Porque hubo de convertirse también en reformador de la vida de los eclesiásticos, los cuales no siempre llevaban una conducta digna. Eran clérigos que venían de aquellos dos siglos en que había sido predicado el Evangelio en la Germania, pero que se había debilitado mucho, lo mismo en Turingia que en Baviera, campo antes de floreciente vida cristiana.

A pesar del mucho tiempo en que hubo de ausentarse por la reforma de la Iglesia de Francia, como veremos en otra lección, no descuidó su campo de Alemania. Empezó con

más monasterios, entre los cuales destaca el celeberrimo de *Fulda*, fundado en el estado de Hesse el año 744 por Bonifacio con su discípulo San Sturm, en vistas sobre todo a la conversión de los sajones.

Fulda se convertirá pronto en centro espiritual de Alemania hasta nuestros días, y cuna gloriosa, con los otros monasterios fundados anteriormente, de la ciencia que distinguirá siempre a los pueblos germanos. Bonifacio soñó en hacer de Fulda el monasterio Montecasino alemán, y lo consiguió de veras.

Aunque se pensó en Colonia como sede primada de Alemania, Bonifacio la dejó y se fijó definitivamente en Maguncia. Pero tampoco permaneció en ella, pues la dejó para retirarse a su querido monasterio de Fulda, ya entonces con cuatrocientos monjes. Aunque, ¿seguirá aquí por mucho tiempo? Difícil para un alma tan misionera como la suya.

Ya casi octogenario, tuvo la audacia de marchar con otros cincuenta y dos compañeros a aquel primer campo de operaciones en Frisia, donde trabajó por tres años con San Willibrord, y cuyos cristianos estaban cayendo otra vez en el paganismo.

Audaces de veras, no se quedaron los misioneros en el campo antes ya trabajado, sino que se internaron en el noreste de Holanda donde aún no se había predicado el Evangelio. Les acompañó el éxito, pues consiguieron muchas conversiones. Aunque también se crearon abundantes enemigos entre los paganos tenaces.

Trabajaba como siempre, y hallándose en Flandes, a unos cuarenta kilómetros de Dunkerque —aunque otros señalan la planicie de Dokkum—, le llegó el final más glorioso, pues a semejante héroe no le faltaba para su grandeza de apóstol sino la palma del martirio.

Cuando a las márgenes del río esperaba confirmar a muchos neófitos, y mientras descansaba leyendo y rezando esperando la hora de la celebración, oyó el rumor de una chusma salvaje que se le venía encima, en vez de los neófitos que esperaba para administrarles el Sacramento de la Confirmación. Aquella multitud de idólatras se abalanzó sobre los misioneros, que morirían todos. Ante el peligro, sus compañeros quisieron defender a Bonifacio, pero el Santo se lo prohibió enérgicamente. Fue de los primeros en caer muerto en tierra. Antes de recibir el golpe fatal, levantó sobre su cabeza para protegerse el libro que tenía en las manos —“Los oficios eclesiásticos” de San Isidoro de Sevilla—, libro que se conserva en Fulda con sus tapas de madera apuñaladas y con manchas de sangre.

Así moría el 5 de Junio del 754 aquel esclarecido hijo de la Iglesia, cuyos despojos reposan hasta nuestros días en su querido monasterio de Fulda.

El Sacro Imperio Romano —que pronto nos tocará ver, clave de la Historia de de la Iglesia medieval, con los dos puntales de Francia y Alemania—, había asentado con Bonifacio los cimientos más firmes.

40. LA CONVERSION DE TODA EUROPA

Avanzamos mucho esta lección, la cual abarca la actividad evangelizadora de la Iglesia desde el siglo octavo al undécimo. **Lo hacemos, esta vez, por seguir un orden lógico más que el cronológico.** Conviene tenerlo presente.

Hemos empezado con la conversión de los pueblos germanos por San Bonifacio, y hemos de seguir ahora por los alemanes que faltan, los cuales fueron duros de verdad: los sajones, que ocupaban el norte de Alemania.

Al constituir los sajones un peligro constante para los francos, Carlomagno los quiso sujetar por las buenas, pero resultando inútiles todos los esfuerzos, al fin les declaró la guerra en el año 772, y, vencidos, les mandó misioneros. Pero los sajones, aprovechando la derrota de Carlomagno en Roncesvalles, se levantaron contra él y acabaron contra todo signo cristiano, después de matar a todos los misioneros y devastar hasta la abadía de Fulda. Fue la última gota que acabó con la paciencia de Carlomagno, el cual, el año 782, quiso terminar de una vez con tanta rebelión de los sajones. Los vence, y manda degollar en Verden a 4.500 prisioneros. Quizá está exagerada la cifra, pero es cierto que la represión fue horrible.

¿Cómo hizo esto Carlomagno?... El caso es que acabó con los sajones, los cuales se sometieron a los francos; se hicieron bautizar los cabecillas Widukin y Alboín; los frisones de Holanda, sus hermanos de raza y tan rebeldes al cristianismo como los sajones, se convirtieron por fin, después del fracaso de tantos misioneros como San Bonifacio, y toda la Germania quedaba hecha cristiana, aunque falten todavía los prusianos. A fin de educar a los sajones en la fe cristiana, Carlomagno se llevó a Francia a muchos jóvenes, que se formaron en los monasterios de los francos, y, devueltos después a su tierra, fueron los grandes educadores de su mismo pueblo.

Para nuestra mentalidad, aquella violencia de Carlomagno (¡tan bueno!), y la imposición de la fe casi a la fuerza, no son aceptables; pero los tiempos de entonces y los bárbaros aquellos eran muy diferentes de nosotros... Desde ahora, Francia y Alemania juntas van a ser el gran soporte del Sacro Imperio Romano.

¿Cómo se fueron convirtiendo los otros países de Europa? Mirando hacia el Norte, nos encontramos con los países *escandinavos*. Su gran apóstol fue *San Oscar* (latinizado, lo llaman *Anscario*). Evangelizó sin ningún éxito desde el 831 hasta que murió en Suecia en el año 865. Es el verdadero tipo del trabajar con entusiasmo sin mirar el resultado: fracaso de momento; pero Dios hará que la semilla fructifique un día. *Dinamarca* no se convertirá del todo hasta el rey Canuto I, muerto en el 1035. *Suecia*, se convirtió también del todo con el rey Olaf en 1002. *Noruega* cuenta su conversión por los años 995 a 1030. *Islandia* recibió misioneros enviados por el rey noruego Olaf Trygvesen en el año 1000, y de allí pasó el Evangelio a *Groenlandia*, descubierta en el 982. Estonia, Letonia y Lituania, aunque geográficamente estén igualmente en el Mar Báltico, se convirtieron bastante más tarde, prácticamente en el siglo doce.

Pasamos la mirada al Este de Europa, y vemos el progreso del Evangelio por los mismos años. Ante todo, nos encontramos con **MORAVIA**. Algo espectacular por sus apóstoles los dos hermanos **San Cirilo** y **San Metodio**, famosos en la Historia de la Iglesia por

haber traducido la Biblia al eslavo e introducido en el culto la lengua del pueblo en vez del latín de Roma o el griego de Constantinopla. Partieron de Constantinopla el año 863, y al evangelizar en lengua eslava, eran queridísimos del pueblo. Cirilo, el más joven, murió pronto en el año 869, en Roma, a donde había ido para visitar al Papa y llevarle, desde Crimea, las supuestas reliquias del papa San Clemente. Metodio, consagrado obispo, hubo de seguir solo en la evangelización de aquellos pueblos eslavos, siempre con la enemiga de los alemanes, aunque el papa Adriano II le apoyó incondicionalmente.

Si el culto se celebraba en eslavo, había que traducir la Biblia a esta lengua, y para ello Cirilo inventó un alfabeto propio. Hacia el final de su vida, Metodio la había traducido casi por completo. A causa de los obispos y sacerdotes alemanes, que querían a todo trance mantener el latín, esto de la lengua del pueblo les causó a los dos misioneros disgustos sin cuento, especialmente a Metodio, que vivió hasta el año 884. Dos años lo tuvieron preso en una cárcel.

Y todo motivado por el asunto de la lengua. Los alemanes que se oponían al lenguaje del pueblo, decían: -Las tres lenguas sagradas son el hebreo, el griego y el latín, las del título de la Cruz... Pero Cirilo, agudamente, les llamaba “pilatistas”, porque ese título en las tres lenguas lo puso Pilato; y años después, llevada la acusación a Roma contra Metodio, el papa Juan VIII contestaría bromeando: “Dios, que creó esos tres principales idiomas, creó también otras lenguas para su honor y gloria”. Cuando murió Metodio, los funerales se celebraron en griego, latín y eslavo, ante una multitud de fieles que acudieron con antorchas encendidas. Hoy, ambos Santos son compatronos de Europa.

Los primeros apóstoles de BULGARIA fueron unos prisioneros griegos, que supieron hablar bien de Jesucristo. Pero el héroe de la evangelización en la nación iba a ser su rey *Boris*, por obra de una hermana suya, ferviente católica. Convertido y bautizado el monarca en el año 866 pidió misioneros al Papa Nicolás I, que le mando entre ellos al que sería después el papa *Formoso*. Por desgracia,, los obispos bizantinos se anexionaron los búlgaros a su jurisdicción, y vencida además Bulgaria y anexionada a Constantinopla por el emperador Basilio II, todo el país caerá en el cisma el año 1054 separándose definitivamente de Roma.

El catolicismo en BOHEMIA, en las actuales Chequia y Eslovaquia, empezó a arraigar en serio por el año 845 al ser bautizados catorce de sus jefes principales. El mismo San Metodio extendió a Bohemia su acción. Pero durante largos años no prosperaba nada o muy poco. Hasta que llegó al trono el joven Wenceslao, “que hablaba y escribía el latín como cualquier obispo y leía el eslavo con facilidad”, y, precisamente con su muerte en el año 929, fortaleció sobremanera a la Iglesia. Porque, asesinado a traición por su hermano Boleslao, que ambicionaba la corona real, el pueblo lo consideró como un mártir y contaba milagros obrados en su sepulcro. Trasladados sus restos a la iglesia de San Vito en Praga, San Wenceslao se convertía en el centro de irradiación del catolicismo por toda Bohemia.

La tan católica POLONIA tardó bastante en recibir la fe cristiana. Unos sacerdotes expulsados de Moravia introdujeron allí el cristianismo. Pero no se expandió hasta que el rey Miecislao en el 964, casado con una esposa cristiana y bajo su influjo, se bautizó y con él gran parte del pueblo polaco. Casimiro, subido al trono en el 1040 y muerto en el 1058, fundó varios monasterios de monjes benedictinos, que acabaron por llevar el Evangelio a

toda la nación, en la que arraigó de manera tan profunda, como lo había de demostrar hasta nuestros días, en lucha casi continua durante todo un milenio para mantenerse firme en su fe católica y fiel a la Sede de Roma. Era un hecho lo asegurado por su primer rey católico Miecislao: *Reconozco la soberanía de la Santa Sede sobre el reino polaco.*

Si pasamos a HUNGRÍA, nos encontramos con los *húngaros* y *magyares* que fueron el terror de los cristianos durante la primera mitad del siglo décimo. Hasta que Otón I los venció en el 965, y la conversión del pueblo se fue realizando lenta pero eficazmente bajo príncipes que se hacían cristianos gracias a evangelizadores magníficos que les llegaban de Alemania sobre todo. Hasta que en el 997 ascendió al trono San Esteban, figura señera de Hungría y de la Iglesia. En el año 1000 el Papa Silvestre II le concedía el título de *Rey Apostólico* y le mandaba la corona de oro que sería el orgullo de todos los reyes sus sucesores. San Esteban afianzó el reino contra las hordas asiáticas que lo instigaban y fundando obispados y monasterios consolidó firmemente a la Iglesia.

RUSIA, aunque había recibido la fe en el siglo noveno, prácticamente no empezó su conversión hasta el 1015 con Wladimiro, que, casado con una princesa bizantina y católica, se bautizó y emprendió con vigor la destrucción del paganismo en sus tierras. Destruyó los ídolos, y al más famoso de todos, arrastrado por un caballo, lo lanzó a las aguas del río Niéper, donde se habían congregado verdaderas multitudes para ser bautizadas. Wladimiro fue considerado un santo por las gentes, y su hijo Jaroslao no desdijo nada de su padre en la propagación de la fe cristiana y católica, que tenía en Kiew, la capital, su sede primada. Lo malo fue que Bizancio no soltaba la presa; la quería en su patriarcado de Constantinopla en vez dejarla con el de Roma, y al venir el cisma de 1054 formará la Iglesia rusa parte de la Ortodoxa bizantina. En el año 1589, la Iglesia de Rusia se independizará de Constantinopla, y trasladará la sede primada de Kiev al nuevo Patriarcado de Moscú, pero permaneciendo siempre en el cisma oriental.

Al final de esta lección damos una mirada retrospectiva al desarrollo del Evangelio en el primer milenio. Podemos ver cómo el cristianismo se desarrolló en el Imperio Romano muy rápidamente: empezó apenas resucitado Jesucristo el año 30; estaba ya vigoroso en Roma el 64 cuando la primera persecución de Nerón, y en el 313, sólo en doscientos cincuenta años después, Constantino hubo de darle libertad porque era inútil luchar contra él.

Los pueblos bárbaros se hacían cristianos entre los siglos quinto y sexto, aunque los lombardos se resistieron hasta el siglo séptimo.

Entre el octavo con San Bonifacio en la Germania y el undécimo con Wladimiro en Rusia, se hacía cristiana prácticamente toda Europa.

Paso a paso, el Evangelio recorrerá toda la Tierra.

41. LOS CAROLINGIOS

Esta lección tiene tres puntos muy distintos, y son de gran importancia porque nos disponen para entender lo que va a ser la Edad Media, que se configura originariamente durante esta segunda mitad del siglo octavo en Francia (751-800).

Vimos en la lección 34 —“La Iglesia merovingia”—, cómo Francia, la primera nación católica que se formó con los pueblos bárbaros invasores del Imperio Romano, se había ido relajando hasta necesitar una reforma profunda. Pero sus reyes no cambiaron de costumbres, pues se daban a una vida vergonzosa de ocio, de diversión, que les valió el sobrenombre de “los reyes holgazanes”. Aquel estado de cosas no podía continuar así.

1º. Quienes mandaban en el palacio eran los Mayordomos, hasta que uno de ellos, Pipino, hijo del que fue mayordomo Carlos Martel, acabó con aquella cuestión degradante. En vez de contentarse con ser mayordomo, el año 751 echó fuera a Childerico III —todo un “golpe de Estado”—, se proclamó **Rey**, acción aprobada por el papa San Zacarías, y comenzó la prosperidad de la era carolingia, que desembocaría en el Sacro Imperio Romano.

2º. Pipino, agradecido al Obispo de Roma, ayudó al Papa Esteban II, atacado siempre por los lombardos. Vencidos éstos, entregó oficial y jurídicamente al Papa las tierras conquistadas que acrecentaban el que se llamaba y era “Patrimonio de San Pedro”.

Quedaban constituidos oficialmente “Los Estados Pontificios”, que veremos de modo especial en una lección aparte.

3º. El Papa, en agradecimiento, ungió como Rey a Pipino y nombró “Patricios de Roma” a sus hijos Carlos y Carlomán. En el 771, Carlos —*Carlomagno* como se llamará en adelante—, quedó único rey de Francia al morir su hermano y usurpar los territorios que correspondían a sus sobrinos. Después de varias luchas, venció definitivamente en Italia a los lombardos; se hizo imponer la Corona de Hierro; donó al Papa nuevas tierras de las conquistadas a los lombardos, y, por fin, el día de Navidad del 800 fue coronado en Roma Emperador por el Papa León III.

Había nacido el “Sacro Imperio Romano”. Pero esto nos llevará a una lección especial, igual que el punto anterior sobre los Estados Pontificios.

Cabe preguntarse: ¿Y por qué los Papas habían de entrometerse en asuntos estrictamente civiles? No es nada extraño. Para aquel entonces, en las jóvenes naciones constituidas por los pueblos bárbaros convertidos, las autoridades civiles actuaban en unión estrecha con los jerarcas de la Iglesia. Todos veían en los obispos, sacerdotes y monjes de los monasterios a unos hombres superiores por su ciencia, su santidad y su beneficencia.

Por su saber, superaban a todos en cultura, y por eso eran los consultores natos de los príncipes y reyes, a veces con puestos destacados en los palacios.

A pesar de los defectos que esta situación de privilegio trajo en numerosa parte del clero, había en la Iglesia muchos y esclarecidos santos, que eran ejemplo de vida cristiana.

Por el trabajo de los monasterios, como sabemos bien, salieron de su incultura las gentes más sencillas.

Y no debemos olvidar que, en los clérigos especialmente, el pueblo encontraba la protección de sus intereses mientras los príncipes se hacían guerras continuas con las cuales saqueaban a las poblaciones indefensas.

Decimos esto sobre todo el clero en general.

Pero en especial fue notable la enorme influencia de los Papas. ¿Por qué? Desde los tiempos de Constantino, el Papa recibía muchas donaciones para la Iglesia, lo mismo en dinero que en tierras, casas, inmuebles, por toda Italia y en otras naciones. Toda esa riqueza constituía lo que se llamó el “Patrimonio de San Pedro”. En tiempos de San Gregorio Magno, al que ya conocemos bien (lección 33), el Papa era el hombre más rico de Italia. El mismo Gregorio, que era de familia opulenta, antes de hacerse monje había repartido todos sus bienes para la Iglesia: sustento del clero, monasterios, templos, y, sobre todo, los pobres. Estaba todo bien organizado, y, por cierto, San Gregorio Magno fue un organizador magnífico y un distribuidor generoso. Por este motivo, el Papa era siempre muy apreciado.

Viene ahora Pipino el Breve, y, con las tierras arrebatadas a los lombardos, establece oficialmente la donación al Papa, que se convierte en un señor *temporal*, como rey, como un monarca, o, si queremos, como Jefe de un Estado o de una república cristiana.

Pasamos a Carlomagno, figura central de la alta Edad Media. Fue para la cristiandad una gran providencia de Dios. No era ningún santo, sino un hombre de grandes cualidades: guerrero magnífico y bastante brutal —como vimos y volveremos a ver al hablar de sus luchas con los sajones—; varios matrimonios a su manera; cariñoso con sus hijos; ignorante que se empeñó en aprender y logró imponerse con una cultura notable, hasta soñar y decir: “¡Ojalá tuviera yo conmigo doce clérigos tan doctos y sabios como Jerónimo y Agustín!”. Un rey semibárbaro, hijo de su tiempo, pero de una gran fe, mucha piedad, leal con todos, grande y sincero bienhechor de la Iglesia, a la que quería conforme al ideal trazado por San Agustín en la *Ciudad de Dios*, obra que leía asiduamente con verdadera pasión.

Celoso del bien de la Iglesia, se metió mucho más de lo que debía en la organización de obispados, parroquias y monasterios, y en el desarrollo del culto, algo que no era propio de la autoridad civil; procuró la reforma de las costumbres; y, sobre todo, defendió con mucha valentía al Pontificado de Roma. Podemos probar todo esto en muchos detalles de su actuación, que hoy nos resulta extraña y hasta inadmisibles en un rey.

Por ejemplo, su corte de palacio la constituían en gran parte clérigos, sacerdotes y obispos, que eran sus consejeros natos. Por eso, concedía a los obispos autoridad civil al mismo tiempo que a los condes. Con ello subordinaba de hecho la Iglesia a la voluntad real, pues, ¿quién se atrevería a contradecir al rey?...

Como el pueblo estaba ya muy compenetrado con la Iglesia, Carlomagno empezó por reestructurar los obispados, creando muchos arzobispados, sobre todo entre los sajones. De uno que había, llegaron a ser veintiuno para cuando murió el rey; los arzobispos tenían muy definidos sus deberes y sus privilegios, aunque llegaron a ser después unos príncipes con autoridad muy grande. Los obispos ya no eran elegidos por el clero, sino que los designaba el rey aunque tuvieran que ser aprobados por la Iglesia. Para la reforma de la Iglesia, comenzó por exigir una conducta ejemplar en los obispos, para lo cual retiró a todos los indignos y los nuevos eran escogidos entre los clérigos mejores. Asimismo, fortaleció la Re-

gla de los Canónigos en las catedrales y, aunque no lo consiguió, tenía la intención de lograr que todos los sacerdotes de las sedes episcopales viviesen en comunidad como los monjes, bajo el mismo techo y sentados a la misma mesa, para rezar también juntos el Oficio divino, la oración oficial de la Iglesia.

Las parroquias campesinas se multiplicaron mucho, pues el obispo residía en la ciudad y por los corepiscopos, sus auxiliares, atendía a los pueblos de la comarca. Estas parroquias se multiplicaron mucho por las villas y aldeas, y, aunque ligadas siempre al obispo, llegaron a independizarse mucho en asuntos importantes, como fue el poseer pila bautismal propia y cementerio particular.

Sin embargo, el obispo tenía que visitar regularmente toda su diócesis y debía además convocar sínodos o reuniones con todo el clero, con sus deanes y arcedianos, y examinar a los clérigos y monjes a ver si vivían conforme al derecho canónico y a su regla. Tenían obligación también de averiguar si los seglares rezaban rectamente sus oraciones, ya que el rey exigía a todo cristiano el saber el Credo y el Padrenuestro, el observar el domingo con el descanso y la asistencia a la Misa dominical y a las otras funciones religiosas de los días de precepto.

Por la enorme influencia que tenían debido a su cultura y a su riqueza, los monasterios de monjes estaban especialmente bajo la mira del rey. En tiempos anteriores habían llegado a una gran relajación y Carlomagno siguió adelante con la reforma emprendida hacía ya muchos años por Carlos Martel cuando dio aquel “golpe de estado”, por su hijo Pipino y ahora por Carlomagno.

Como se ve, el rey venía a ser una especie de soberano dentro de la Iglesia, por más que nunca se puso sobre el Papa; hablaba en los sínodos como un santo Padre; las leyes del rey, aunque justas, pasaban a ser orden para la Iglesia, y, a su vez, las leyes de la Iglesia se convertían en leyes civiles también. Todo esto, hecho con gran rectitud ante su conciencia, pero..., a todas luces Carlomagno pecaba por exceso, aunque estaba convencido de que su principal deber era proteger, desarrollar y cuidar a la Iglesia esmeradamente.

Aunque Carlomagno no tuvo éxito en la empresa y fracasó en los desfiladeros navarros de Roncesvalles, quiso ayudar a los reyes de España en la expulsión de los musulmanes que desde el año 711 se habían apoderado de la Península.

Con un rey así —que pasaría a la posteridad como el prototipo del príncipe cristiano—, las nuevas naciones, formadas por aquellos bárbaros invasores del Imperio Romano, se iban preparando, junto con sus reyes, para alumbrar la Europa que se vislumbraba en el horizonte. Carlomagno, bajo la mirada atenta del Papa, iba a ser el instrumento en manos de la Providencia para la empresa que se estaba echando encima de la Cristiandad.

42. LOS ESTADOS PONTIFICIOS

Ya tenemos una noción de ellos por lecciones anteriores: eran las donaciones de tierras o bienes inmuebles que, desde Constantino, se hacían al Papa y que constituían el llamado “Patrimonio de San Pedro”. En el siglo octavo se convirtieron en los *Estados Pontificios*, de manera que el Papa vino a ser un monarca temporal o Jefe de un Estado Cristiano.

Empecemos por decir que no hay que hacer caso de ese *Documento de Constantino* que en las Historias extensas de la Iglesia llena páginas y páginas. Por él se creyó durante muchos siglos que los Estados Pontificios empezaron oficialmente y con derecho civil por las donaciones del primer Emperador cristiano, seguidas por tantas otras que les siguieron después. Hoy está demostrado que dicho Documento es falso. Sí que son ciertas las donaciones que Constantino hizo al Papa San Silvestre: Letrán, Basílicas de San Pedro y San Pablo, y otras. Pero del *Documento*, nada de nada, y nosotros ya no lo nombraremos más.

El origen de los Estados Pontificios está en el *Patrimonio de San Pedro*, que ya sabemos lo que era y cómo había nacido. A partir de la paz dada a la Iglesia, e igual que hiciera Constantino con algunas donaciones suyas, había ricos que daban en vida parte de sus bienes al Papa o se los dejaban en testamento para los pobres y las obras de la Iglesia.

Aparte de ese espíritu sobrenatural, mucho se debió a las invasiones de los bárbaros: preferían los ricos haber dado todo a la Iglesia antes que verlo arrebatado por los invasores, los cuales respetaban los bienes de la Iglesia.

Las donaciones crecieron con los siglos y constituyeron a los Papas en grandes terratenientes, de modo que poco a poco vinieron a convertirse en autoridad no sólo religiosa sino también en social y civil con muchos súbditos. Tanto es así que, cuando llegue San Gregorio Magno, dirá de sí mismo: “Se puede dudar si el Papa desempeña el oficio de pastor o de príncipe temporal”.

Ya en tiempos del papa San Gelasio (492-496) se llevaba en Letrán una lista minuciosa tanto de los haberes del Papa como de los pobres y obras que habían de atenderse. Cien años después, con el papa San Gregorio a finales del siglo sexto, aquellas listas se habían convertido en un verdadero registro estatal, dadas las grandes donaciones que poseía el Pontificado de tierras, casas, empresas..., que constituían los llamados “fondos”, agrupados a veces en 5, 15 o más “masías”, tan grandes que llegaron algunas a constituir una diócesis. Se extendían por Italia y fuera de ella, especialmente en Sicilia, verdadero granero de Roma. Cada año llegaban de la isla dos flotas de barcos cargadas de grano. Los Papas hacían ahora con la gente lo mismo que antes los emperadores con el pueblo necesitado. Roma era un granero abierto a todos y el Papa era llamado “Padre de la familia de Cristo”.

¿Cómo se empleaba la enorme cantidad de dinero que llegó a producir el *Patrimonio de San Pedro*? Exigía una gran organización y los Papas, todos, fueron escrupulosos en llevarla con gran delicadeza. Pero esa organización llegó a ser extraordinaria con el papa San Gregorio Magno, el cual puso al frente de aquellas grandes posesiones a clérigos de toda confianza, que juraban su cargo ante la *Confesión* o sepulcro del propietario y dueño, *San Pedro*, el cual lo daba todo a los pobres, o lo empleaba en construir iglesias, hospitales

para los peregrinos, atención a los monasterios necesitados, construir iglesias y defender Roma contra las incursiones de los lombardos y otros enemigos. Todo se hacía con el dinero que era “una bendición de San Pedro”.

Los presbíteros encargados de los *fondos* o *masías* se servían de colonos y arrendatarios, que vivían de su trabajo, y los frutos y el dinero lo entregaban al Papa. Según San Gregorio, lo habían de hacer de manera “que la bolsa de la Iglesia no debía mancharse con sucias ganancias”. El Papa daba ejemplo más que nadie: “Mi intención no es hacer granjería torpemente, sino aliviar a los pobres”.

Con esa esplendidez de los Papas y su cuidado en administrar bien el *Patrimonio de San Pedro*, el Papa era en aquellos siglos el personaje más popular y querido en Italia, como dice un gran historiador: “Nunca fueron los Papas tan populares en Italia como en el periodo de las invasiones de los bárbaros, del quinto al octavo siglo”. Todos los Papa igual. Pero, si se cita especialmente a San Gregorio, es porque él fue el gran organizador de aquella riqueza y, además, él mismo, de rica y noble familia, antes de hacerse monje y ser elegido Papa, había dado a *San Pedro* toda su gran fortuna.

En los años del papa Gregorio III, 731-741, se le llamaba a Roma “Ducado Romano” y a las otras posesiones “República Santa de la Iglesia de Dios”. El Papa era el soberano de la “Santa República”. Y se le llamaba “Santa” porque más que al Papa le pertenecía a *San Pedro*, al cual se le habían hecho las donaciones y se le daban las herencias.

En estas grandes posesiones del Papa con el *Patrimonio de San Pedro* hemos de ver el principio de los *Estados Pontificios*. Los lombardos, últimos bárbaros que asolaron Italia, fueron malos de verdad. Los Papas pedían ayuda al emperador de Oriente, que residía en Constantinopla y tenía su *exarca* o representante en Ravena, noreste de Italia. Pero ni el emperador ni el exarca hacían nada. El Papa tenía que defender Roma gastando grandes cantidades de dinero tomado del *Patrimonio de San Pedro*. Pues la gente no tenía más amparo que el Papa, el cual actuaba de hecho como autoridad civil. El papa San Zacarías, 741-751, firmaba por su cuenta y riesgo un tratado de paz por veinte años con el rey lombardo, lo cual significaba considerarse soberano de un Estado civil como los demás.

El siguiente Papa, Esteban II, ante la amenaza de Astulfo, nuevo rey lombardo, llama en su auxilio al rey Pipino, que llegó a Roma, ya sitiada, la liberó en el 756 y confirmó los terrenos propios del Papa. El emperador de Constantinopla se quejó y reclamó aquellas tierras, pero respondió Pipino: “Yo no he luchado contra los lombardos a favor de los bizantinos sino por amor a San Pedro, para remisión de mis pecados, y jamás retractaré la oferta hecha a San Pedro”.

Quedaba reconocido, de hecho y *de derecho*, el Estado Pontificio, que se había ido formando con tantas donaciones a San Pedro, como reconocía en el 778 el papa Adriano al escribir a Carlomagno:

“Los ricos, los patricios romanos, y todo género de fieles dejaban en testamento muchas de sus posesiones, campos, selvas y minas etc., o renunciaban a ellas incluso en vida, mirando por el bien de sus almas y por el perdón de sus pecados, en las cercanías de Roma...; y hasta en lugares muy lejanos, daban “nuevas posesiones al bienaventurado San Pedro y a la santa Iglesia apostólica de Roma”.

Por todo esto se ve que los fundadores de los Estados Pontificios no fueron Pipino o Carlomagno. Legalizaron lo que ya existía. “Restituían a San Pedro” lo que le habían arrebatado los lombardos. A partir del año 781, el papa Adriano acuñaba monedas con su nombre y fechaba los documentos a partir de su pontificado, como hacía otro rey cualquiera.

Ante la actitud de Carlomagno y los reyes y emperadores siguientes que reconocieron plenamente y apoyaron del todo los Estados Pontificios, como vimos por la lección anterior, ¿cayó la Iglesia de Roma en el fatal *cesaropapismo* que dominaba al Patriarca de Constantinopla? No. Hubo una diferencia grande entre Oriente y Occidente. Mientras que en Constantinopla el emperador era el último que mandaba sobre el Patriarca, en Roma existía la *tutela* o *protección*, pero no el *dominio* del Emperador sobre el Papa.

Al revés. Si bien cuando era elegido un Papa por el clero romano debía el emperador aprobarlo, en modo alguno interfería nada ni en la elección ni en el reconocimiento posterior. Más: aceptaba siempre la superioridad del Papa como Soberano espiritual supremo, al que competía otorgar la corona imperial —ya que ésta no era hereditaria— al rey que conviniera más a la Iglesia. Si se encontraban Emperador y Papa, era el Emperador quien, como un vasallaje, tributaba el honor de llevar las riendas del caballo del Papa. El primero que hizo este gesto de honor fue el rey Pipino con el Papa Esteban II y después lo repetirán por varios siglos todos los emperadores.

El Papa, con los Estados Pontificios, adquiriría una *independencia* que le era necesaria para el ejercicio de su misión universal sobre toda la Iglesia. En la formación de aquellos *Estados* a partir de sus principios con el *Patrimonio de San Pedro*, hay que ver una providencia especial de Dios sobre su Iglesia. Hubiera sido fatal a lo largo de los siglos para el Papa el estar sujeto a una autoridad civil. La misión universal que le confirió Jesucristo necesitaba una independencia total de cualquier potestad humana.

Es cierto que, como veremos a lo largo de muchas lecciones, el gobierno temporal de los Papas trajo grandes disgustos a la Iglesia. Hubo que jugar continuamente con una política humana que no siempre resultó lo acertada que debía ser.

Casi desde el principio —aunque el pueblo de Roma estaba por el Papa, el cual tanto le había ayudado siempre contra los bárbaros y remediado su mucha pobreza—, los patricios y la aristocracia de Roma, llevados de la ambición y afán de riqueza, se pusieron mil veces contra los Papas causando a la Iglesia males sin cuento. Y sabemos a dónde se llegará en el siglo XIX cuando los Saboya y la masonería acaben con los Estados Pontificios. Pero al final se impondrá el derecho y el mismo sentido común y se formará en 1929 el *Estado de la Ciudad del Vaticano*, territorio minúsculo pero que hará del Papa un Soberano del todo independiente en el gobierno de la Iglesia universal y reconocido por todas las Naciones.

43. EL SACRO IMPERIO ROMANO

Lección fundamental para entender todo el desarrollo de la Iglesia y de la sociedad civil en la Edad Media. No es la resurrección del antiguo Imperio Romano de los Césares, sino una novedad e institución de la Iglesia y de los nuevos Estados de los bárbaros convertidos a la fe católica.

No nos metemos en una cuestión muy debatida: ¿quién tuvo la idea primera de la creación de este Imperio sagrado? Entre tantas opiniones, aceptamos la más válida y sensata: la iniciativa salió del Papa, y concretamente del Papa León III, que era precisamente romano, y el pueblo de Roma lo aceptó muy gustoso porque le traía un recuerdo y una sustitución digna de aquel Imperio de los Césares. El nacimiento del Sacro Imperio Romano se sitúa en la noche de Navidad del año 800, cuando el Papa coronó Emperador a Carlomagno en la Basílica Vaticana. Esta coronación tuvo unos precedentes que desembocaron con naturalidad en aquella coronación tan gloriosa, aunque fue precedida de un incidente muy doloroso, como fue el asalto que sufrió el Papa.

El año 774 atravesaba Carlomagno desde Francia los Alpes hacia Italia, vencía al rey lombardo Desiderio y él mismo se imponía la *Corona de Hierro* como soberano de Italia, llegaba hasta Roma y sobre la tumba de San Pedro confirmaba las donaciones de las tierras hechas por su padre Pipino al Papa, aumentadas con algunas ciudades más. Otras dos veces fue a Roma, en el 781 y en el 800, cuando dejó definitivos los terrenos papales que durarían siglos como posesión del Sumo Pontífice.

Pero su gran triunfo fue el día de Navidad del 800. Se dirigió a Roma para defender al Papa León III acusado por los patricios romanos en un hecho infamante. ¿Qué había ocurrido? Los familiares y amigos del Papa anterior, Adriano I, enojados al ver frustradas sus ambiciones con León, que ya llevaba cuatro años de Papa, tramaron una emboscada el 25 de Abril del año 799, y mientras el Papa se trasladaba de su residencia de Letrán a caballo hacia la iglesia de donde había de arrancar la procesión hacia San Pedro, le derriban del caballo en plena calle, salen armados los conjurados de su escondite, tratan de arrancarle los ojos y la lengua al Papa, aunque solamente le hieren en un ojo, lo muelen a golpes, le despojan de sus vestiduras y lo encierran preso en un monasterio. Pero, gracias a vasallos leales, aquella misma noche escapaba de su prisión el Papa y se dirigía a la lejana Paderborn, actual Alemania. El rey le defendió y el Papa regresó a Roma. Pero los revoltosos no se dieron por vencidos y levantaron graves calumnias contra León. Carlomagno determina ir a Roma para investigar in situ lo acontecido, aunque llevaba consigo la promesa del Papa de entregarle la corona imperial si lo salvaba de aquella situación. Era en noviembre del año 800. Dispuesto a intervenir en un juicio, le recordaron al rey el dicho antiguo: “La primera Sede no puede ser juzgada por nadie”. Efectivamente, al Papa, por la suprema autoridad recibida de Jesucristo, nadie le puede juzgar. Pero el Pontífice, por su cuenta, juró espontáneamente de una vez por todas y para siempre: “Yo no he cometido ninguno de los crímenes de los que mis enemigos me acusan”. Carlomagno aceptó la declaración del Papa, ya que sus dos principales enemigos, citados ante el tribunal, no quisieron comparecer tan siquiera, con lo cual atestiguaban su propia culpabilidad y la inocencia del Papa.

La Navidad estaba encima, y ante un inmenso público entusiasmado, el sumo Pontífice imponía a Carlomagno la “Corona de Oro” de Emperador de Occidente, mientras se cantaba el himno latino que se ha hecho célebre: “Larga vida y victoria al piadosísimo Carlos, Augusto, coronado por Dios, grande y pacífico Emperador”. En una de las estrofas del himno, cantado ya en tiempo de Pipino, se hallaban esas palabras latinas que se han hecho inmortales: “Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat”: Cristo vence, Cristo reina, Cristo impera... El peso de aquella noche gravitaba todo sobre Jesucristo.

En esta Navidad del año 800, la más célebre y trascendental de la Historia, nacía en Roma el *Sacro Imperio Romano*, con el fin exclusivo, en la mentalidad de aquellas gentes, de que llegase a ser una realidad, con la dilatación y defensa de la cristiandad, el reinado del Niño chiquito que hacía 800 años había nacido en una cueva de Belén.

¿Qué era el Sacro Imperio Romano y qué traía a la Iglesia? Señalamos algunos puntos nada más.

1º. El Imperio Romano cristiano quedaba separado definitivamente del Imperio Romano de Oriente que, con sede en Constantinopla, ya no podía mandar nada civilmente sobre el Papa. Pero tampoco se le quitaba nada al Imperio Romano de Oriente, ya que éste, desde Constantinopla, no mandaba nada en el Occidente, que había desaparecido desde el año 476 con el último emperador Rómulo Augústulo. Las tierras que le quitaron en Italia Pipino y Carlomagno para dárselas al Papa, se las arrebataron a los lombardos, no a Constantinopla.

2º. La Corona de Oro no era hereditaria. El Papa la podía imponer al rey que quisiera, y pronto dejó de recaer sobre los reyes de Francia para pasar a los de Alemania con Otón I en el 962, por lo cual le añadieron posteriormente el título de Imperio Romano *Germánico*. Este “Imperio Romano *Germánico*” durará después hasta el año 1918 en que desaparecerá para siempre.

3º. El Papa y el Emperador eran dos potestades independientes, aunque las dos velaban por igual sobre la Iglesia: una sobre los asuntos espirituales, la otra sobre los temporales.

4º. El Papa se vio libre en absoluto del poder del emperador de Constantinopla. Era elegido libremente por el clero romano, aunque venía después la aprobación del Emperador (¿por qué y para qué?...). Una vez elegido, prestaba ante los legados del Emperador juramento de fidelidad, ¡no de vasallaje!, pues, desde el mismo Carlomagno, siempre se consideró al Papa como *superior* verdadero entre los dos. El Papa era libre, aunque caía, se quería que no, bajo la influencia del Emperador en muchos asuntos.

Así vemos cómo Carlomagno, investido Emperador, reorganiza la Iglesia de Francia como si fuera el mismo Papa o al menos el obispo primero de su nación. Lo hizo muy bien y con la mayor fe del mundo, pero era un terreno en que no debería meterse. El palacio suyo que construyó en Aquisgrán y en el que residirá hasta que muera en el 814, será una sede episcopal lo mismo que un palacio del rey.

Miraba a la Iglesia como algo que Dios le había encargado directamente a él. No tenía otro quehacer, aparte de sus deberes como rey francés, que cumplir con su triple ideal: expandir el cristianismo entre los paganos; extirpar las herejías que levantaran cabeza; y organizar la Iglesia en sus estados. Ni un Santo Padre se traza un plan semejante. Y a decir verdad, lo cumplía bien.

La Iglesia, ya de por sí, estaba íntimamente unida al poder temporal, pero sin vasallaje: la autoridad espiritual era superior a la temporal del rey o emperador. Sin embargo, como Carlomagno estaba convencido de que “por el clero tiene mucho poder el imperio”, en su palacio entraron como consejeros muchos eclesiásticos a los que concedió poderes civiles reales. Más todavía, a las leyes de la Iglesia les dio valor civil, de modo que una ley de la Iglesia era a la vez ley del Estado. Aceptó todas las normas que dictaban los sínodos de los obispos, cosa nada de extrañar, pues era él mismo quien los solía convocar y presidir.

Generoso a la vez que autoritario, en su testamento dejó las dos terceras partes de sus tesoros para la Iglesia, que debían repartirse entre los veintiún Metropolitanos que él mismo había erigido, cuando antes no había más uno en toda Francia, el de Sens. Tomó muy en serio la reforma de la Iglesia; castigaba a los obispos o clérigos de mala conducta, e imponía a los obispos el deber de la visita a las parroquias que en su tiempo se habían multiplicado tanto fuera de las ciudades.

La Iglesia, con Carlomagno como Emperador, recibió ciertamente un gran impulso en cuanto a las reformas necesarias, el esplendor del culto y la expansión del cristianismo. Su hijo Ludovico Pío, fiel a este ideal de su padre, tendrá como misión especial el extender lo que hoy llamaríamos las “misiones”, porque no toda Europa era todavía cristiana.

El recuerdo que Carlomagno dejó en la Iglesia y en la formación de Europa fue ciertamente muy grande y bien merecido. Como guerrero y conquistador, valiente como pocos, generoso con los vencidos, pero con los rebeldes sajones cruel hasta un límite imperdonable; como gobernante, excelente organizador; como cristiano, de una fe a toda prueba. Pero no era un santo en nuestro sentido. Sabiendo que tuvo entre esposas y concubinas nada menos que nueve..., ya se ve que era un hombre de su tiempo, aunque en eso no fuera, como entre tantos soberanos, algo que le inquietara la conciencia. Se le ha querido tener como santo, y llegará tiempo en que el emperador Federico Barbarroja conseguirá que el *antipapa* Pascual III lo canonicé, pero el Papa legítimo dio el hecho por inválido total, y lo más que se ha conseguido es que en la capilla de Aquisgrán se le tribute un culto que no deja de ser totalmente privado y jamás reconocido por la Iglesia.

Acabamos esta lección copiando, al pie de la letra, del libro básico de la BAC lo que se pensó —por el Papa, Carlomagno y el pueblo— qué habría de ser el Sacro Imperio:

“El Imperio debía reforzar la unidad de toda la cristiandad, siendo como la realización del reino de Cristo en la tierra, la ciudad de Dios, en que los dos jefes de la gran familia católica atenderían al bien espiritual y temporal de la sociedad. Desgraciadamente, esa armonía se logró raras veces, pero el Imperio fue una institución que, si no realizó siempre la unidad jerárquica de Europa, fue al menos un ideal constante para los hombres de la Edad Media”.

44. EL FEUDALISMO

No entenderemos nunca la Historia de la Iglesia en la Edad Media si no tenemos una idea clara de lo que fue el sistema social en el que se desarrollaba la vida civil de aquellos reinos jóvenes, llamado Feudalismo, el cual a su vez dio origen a nuevas formas de gobierno a lo largo de varios siglos.

Empezamos por el principio: ¿qué idea general podemos formarnos sobre el Feudalismo? Digamos que con los Carolingios (lección 41) ya estaba establecido del todo. La palabra “feudo” tiene dos sentidos. Primero, era el *contrato* que el rey o el señor hacía con los súbditos al entregarles las tierras; y segundo, se llamaba feudo *la misma tierra* que el rey o el señor entregaban en arriendo.

Esto significa que el rey dejaba de ser *absolutista*, pues repartía sus bienes y su autoridad: a los que le servían bien en la guerra o en el gobierno, les entregaba posesiones, a veces grandísimas, en arriendo y *usufructo*; el que las recibía las explotaba como propias, gobernaba a los trabajadores y se constituía prácticamente como verdadero dueño de lo que había recibido, aunque debía entregar al rey la parte convenida en el tratado. Los señores del feudo, a su vez, hacían lo mismo con sus súbditos: les entregaban parte de lo que tenían, y los vasallos se portaban con el señor lo mismo que el señor con el rey. Había, pues, feudos grandes y feudos pequeños. El que recibía las tierras en usufructo, se obligaba con juramento a guardar fidelidad de vasallo al rey o al señor, prestarle el servicio militar y aconsejarle en las asambleas según lo convenido en el feudo.

Ya se ve que, con semejante sistema, la sociedad estaba jerarquizada de manera que las personas no eran todas iguales, sino que existían señores y vasallos, superiores y súbditos. Aunque no era como anteriormente en el Imperio Romano, formado con libres y esclavos: el esclavo no tenía en el Imperio ningún derecho, ni tan siquiera sobre su persona. Comparando también el feudalismo con nuestros tiempos, no cuajaría ni con un reino absolutista, ni con el capitalismo liberal, ni con el comunismo en el que todo es del Estado. El feudalismo fue sistema político muy singular, sobre el que damos algunas notas sueltas.

El origen del feudalismo hay que buscarlo en los romanos cuando ya decaía el Imperio. Los grandes señores se instalaban en sus amplias posesiones, a cuya sombra se amparaban los trabajadores para verse más protegidos. Los dueños se independizaban administrativamente de los municipios y del Estado, vivían en la *villa* o *granja* como lugar urbano, mientras que los trabajadores o colonos se asentaban en las tierras cercanas al amparo de los señores. El campo empezaba a ser más importante que las ciudades y la tierra a valer mucho más que el dinero.

Al invadir el Imperio los bárbaros, sus jefes se repartieron las tierras conquistadas y daban grandes extensiones a sus guerreros más distinguidos, los cuales se comprometían con juramento a ser fieles a su jefe supremo. Así se llegó hasta los carolingios cuyos reyes dieron las tierras en usufructo a sus hombres de más confianza. Como los reyes necesitaban guerreros, entregaban a los señores grandes extensiones de las tierras reales a cambio de soldados, hasta que ya no quedaban bajo el gobierno del rey más tierras que repartir.

Vino entonces el conceder a los grandes señores el privilegio de la inmunidad, es decir, cobraban para ellos los impuestos y hasta gobernaban a sus gentes con independencia del

Estado. Eso sí, la fidelidad del señor al rey debía ser notable, igual que la de los señores más modestos al señor de más categoría, pues los grandes señores repartían también sus tierras a otros inferiores, constituyendo así feudos grandes y feudos pequeños. Dentro de las mismas familias se jerarquizaron las funciones, de manera que el padre era el dueño de todo, el *barón*, y empezó a ser llamado “mi señor”, *monsieur*, igual que “mi señora”, *mada-me*, la dueña.

Las residencias de los señores se rodeaban de grandes muros para verse defendidas de otros señores, pues las guerras entre ellos eran continuas. En tales defensas tuvieron origen los grandes castillos que tanto caracterizaron a la Edad Media, esas imponentes fortalezas esparcidas por toda Europa y que aún hoy nos pasman por su solidez y grandeza.

Los colonos que rodeaban las villas de los señores vivían de su trabajo; y los negocios, más que con dinero, se desarrollaban con intercambios de los frutos del campo. Los colonos, la gente de inferior categoría en los feudos y que formaban la mayor parte de la población feudal, eran libres, aunque dependían de sus señores; cultivaban la tierra, poseían bienes propios, pero debían entregar al señor parte de los frutos por las tierras que arrendaban.

Mercaderes como tales sólo eran los judíos, que venían a ser como los intermediarios entre los países musulmanes y cristianos. Los señores ejercían el derecho sobre los súbditos, con potestad de juicio, con cárceles propias y hasta con poder de sentencia a muerte, de ahí la expresión de “señor de horca y cuchillo”. El feudalismo llegó a su apogeo cuando fue decayendo el poder de los reyes carolingios.

En cuanto a la Iglesia, mantuvo en las ciudades las sedes de los obispos, catedrales, etc., aunque las ciudades tenían cada vez menos importancia, y el pueblo cristiano se extendía más bien por los campos amparado por el poder del señor, dueño de los castillos y de las tierras. Los reyes, los señores y gente particular pudiente fueron dando tierras y posesiones propias a los obispos, catedrales, iglesias y monasterios, tanto de hombres como de monjas, de modo que el clero vivía por sí mismo y estaba metido de hecho plenamente en el sistema feudal que le proporcionó muchas riquezas.

Por ventajas que tuviera en algún tiempo, ya se ve que un sistema social semejante no podía durar muchos tiempos. En el siglo décimo empezaron las insurrecciones de los vasallos y pequeños feudatarios contra los grandes señores, y bajo el emperador Otón I, coronado en el 962, comenzó el feudalismo a debilitarse muy seriamente. Los emperadores germánicos independizaron a los feudatarios más pequeños de los feudatarios más poderosos y fortalecieron más y más los feudos eclesiásticos, concediendo a los obispos títulos civiles y haciéndolos verdaderos príncipes, de modo que el emperador los tenía a su favor en contra de los grandes señores laicos. Igualmente, los reyes, que aspiraban al absolutismo regio, aprovecharon esas normas de los Emperadores para conseguir la independencia de los grandes señores feudales que los atenazaban.

Pero el gran debilitamiento del feudalismo vino por los colonos que abandonaban el campo y se establecían en las ciudades, antes del todo abandonadas. Se desarrollaban las pequeñas y grandes industrias, el comercio adquiría importancia, corría el dinero que casi había desaparecido..., y los señores, al necesitar trabajadores para sus campos, pactaban con los colonos, que, sintiéndose libres del todo, adquirían categoría social elevada y mejo-

raban grandemente sus condiciones de vida. De este modo, las ciudades volvieron a ser *ciudades*, es decir, a tener la importancia de que antes gozaban, con numerosos habitantes, con murallas para las guerras, con iglesias muy dignas, aunque todavía faltasen años para las imponderables catedrales góticas.

La Iglesia siguió el ritmo que le imponía la sociedad civil. Con el feudalismo se hizo muy rica, pues los reyes, los grandes señores y los particulares pudientes, preferían entregar sus bienes a Dios en la catedral o en monasterios, con obispos, abades y curas, que dejarlos a merced de quienes los repartían entre sus múltiples hijos. Los obispos y abades recibían aquellos bienes en nombre de Dios o del Santo Patrono con juramento de custodiarlos para la Iglesia y también de mantenerse fieles al generoso donante. Pero, ¿qué podía esperarse de esto? Lo que por fuerza había de venir. Los eclesiásticos se convertían en unos esclavos de reyes y señores; éstos, a su vez, imponían su voluntad en la elección de obispos y abades, muchas veces sujetos indignos, que llevaban una vida totalmente aseglarada, con clérigos inferiores sobre los que no tenían ninguna autoridad moral y que, entre las gentes de los campos, llevaban una vida vulgar e igualmente indigna.

¿Era todo malo en estos tiempos? Naturalmente que no. Junto a esos males, el pueblo fiel seguía el buen camino del Señor. Los mismos reyes y señores obraban con la mejor buena voluntad y piedad según las costumbres de los tiempos, aunque bajo un sistema que hoy nos resulta del todo inaceptable. Los reyes y los señores veían en los obispos y monasterios a los grandes bienhechores del pueblo, los mejores educadores y también los mayores defensores de la gente humilde. El Papa, sobre todo, recibía más encomiendas que nadie, y sabemos lo que llegaron a ser los Estados Pontificios y el bien grande que hicieron (lección 42). Aparte de lo que el Papa desarrollara en sus Estados, los obispos y cabildos fundaban iglesias, parroquias y catedrales que mantenían como algo totalmente propio de la Iglesia e independiente de la potestad civil.

Los reyes, condes o señores, solían fundar también en sus territorios iglesias o capillas, monasterios y hasta catedrales, que eran propiedad de ellos, y para su cuidado escogían como rectores de entre sus siervos a algún clérigo que atendiera debidamente el culto. Como dato curioso, consta que en el año 961 el conde Raimundo de Champagne, Francia, poseía en su condado más de sesenta iglesias y capillas. No podría decirse que el pueblo no estaba bien atendido espiritualmente...

Aunque hayamos mirado el feudalismo tan brevemente, nos formamos una idea que nos va a ayudar mucho para entender tantas lecciones de la Edad Media, formada por unos pueblos hasta entonces bárbaros, que nacían a la civilización, y, recién convertidos al Cristianismo, no podían de momento dar más de sí, por más que, desde un principio, se ve cómo Dios lo llenaba todo. ¡Y esto sí que era positivo de verdad!

45. MÁS SOBRE EL FEUDALISMO

El feudalismo ha podido dejarnos una mala impresión por los males que produjo en la Iglesia, la cual se vio envuelta en un sistema civil que ella no había creado. De él se derivaron después las *investiduras* que produjeron daños fatales, como la simonía y el nicolaitismo, que vamos a ver en esta lección.

Conocemos por la lección anterior lo que eran los grandes feudos en Alemania, Francia y norte de Italia. Podían más que muchos reyes, hasta que el gran emperador Otón I, coronado en el 962, supo quitarles casi toda su fuerza. Para ello, viendo en los obispos a sus mejores aliados, comenzó por otorgarles grandes posesiones y privilegios, con títulos civiles hasta el de *condes*. Así quedaron constituidos consejeros natos suyos y sus servidores más fieles. Era el emperador quien entregó las principales sedes arzobispales a parientes suyos —muy dignos, eso sí— y a escoger para las sedes episcopales a buenos sujetos, a los cuales entregaba el báculo y el anillo como signo de su potestad. Tengamos esto presente.

La consagración episcopal era cosa de la Iglesia, pero esta entrega del báculo, llamada “Investidura”, se la reservaba el emperador. Todos los emperadores alemanes —Otón II, Otón III, San Enrique II, etc.— continuaron con la misma práctica, perfectamente admitida por el pueblo. Tales emperadores obraban con gran amor a la Iglesia: disponían de los obispados y monasterios, les asignaban sus territorios y hasta presidían sus concilios, de manera que fue un dicho muy acertado aquel de “Obispo, no por elección sino por gracia del rey”. Y el otro con que se llamó a sí mismo Otón III, como si fuera el Papa: “Siervo de Cristo”.

En Francia, poco más o menos igual. Los reyes, duques y condes hacían lo mismo, pues nombraban obispos para las diócesis que existían en sus territorios. Al entregar el báculo y el anillo en la ceremonia de la investidura, el obispo o el abad hacía el juramento de fidelidad al señor que le había elegido y le confiaba la diócesis o el monasterio. Venía la consagración episcopal, que la hacía el Metropolitano con los otros obispos de la provincia eclesiástica, y a la cual no podía negarse fuera quien fuera el elegido.

La intención de los primeros emperadores pudo ser muy buena, pero el sistema resultó fatal para la Iglesia que de este modo quedaba esclavizada al poder temporal. Y así, vino lo que había de venir. Fuera de aquellos emperadores primeros que fueron muy buenos, otros que siguieron después, igual que los reyes y grandes señores, elegían no precisamente a los más dignos sino a los más fieles a ellos o a los que les entregaban mayor suma de dinero. De este modo se metió la *simonía* con un descaró que nos estremece.

Por poner algunos ejemplos nada más. Guillermo quería el obispado de Albi para cuando muriera su obispo; el vizconde Bernardo accede a la petición, levanta acta notarial y entrega el obispado después de cobrar cinco mil escudos de oro. Guillermo fue obispo. Y su sucesor compró el mismo obispado pagando “quince caballos de gran precio”... Guifredo de Cerdeña pagó la fabulosa suma de cien mil sólidos para comprar su arzobispado, y el abad Adalguero vendió los bienes de su monasterio para hacerse arzobispo de Narbona...

El que aspiraba a ser abad de un monasterio pagaba el cargo, como se decía con humor, “con la carne y los huesos de sus monjes”...

Si el pecado de la *simonía* —comprar con dinero los bienes espirituales, Hch 8,18-24— se extendió de esta manera, iba también a la zaga del mismo el pecado del *nicolaitismo* —nicolaítas, o fornicarios, Ap 2,6—, ya que el celibato sacerdotal rodaba por los suelos. Es cierto que se debe entender la ley del celibato en aquellos tiempos, la cual no estaba establecida en toda la Iglesia con la precisión actual, y había costumbres diversas en Oriente y Occidente. Una cosa es cierta: que desde muy antiguo, tanto en la Iglesia Oriental de Constantinopla como en la Occidental de Roma, los obispos debían permanecer célibes. Y en los tiempos del feudalismo y de las investiduras, al ser los obispos verdaderos príncipes y estar metidos de lleno en los asuntos civiles, muchos de ellos vivían completamente aseglarados, amancebados públicamente también, con mujer y con hijos, de manera que, no teniendo ninguna autoridad moral sobre el clero inferior, los sacerdotes no hacían tampoco ningún caso de su compromiso con la Iglesia.

Contribuían no poco a esta relajación los grandes señores, los cuales tenían a gala el casar a sus hijas con los clérigos de más dinero o más relumbrón. Hay testimonio que asegura: “El clérigo, apenas recibe la unción sacerdotal, y por indigno que sea, acepta su parroquia, y, lo primero que hace, es tomar una mujer”. Los de Milán, por ejemplo, no toleraban la “intrusión romana”, si es que los Papas exigían la continencia prometida, como lo hicieron León IX, Nicolás II y Alejandro II, los cuales mandaron a todos los fieles evitar el trato con sacerdotes amancebados y no asistir a sus actos de culto, ya que eran curas excomulgados si se atrevían a celebrar la Misa.

Está claro que en medio de tanto mal hubo en aquellos siglos del IX al XI —hasta que vino la gran reforma de San Gregorio VII, como veremos más adelante—, hombres como San Pedro Damiani, San Romualdo y San Juan Gualberto con sus monjes de la Camáldula y Valleumbrosa, que clamaban contra el pecado y pregonaban una santidad que era también el orgullo de la Iglesia. Muchos escritores de la Historia hacen resaltar sólo el mal y se callan el bien, el cual sigue siempre su camino silencioso.

Nos conviene decir también una palabra sobre algunas costumbres del pueblo cristiano en estos tiempos, como las “ordalías” y la “tregua de Dios”.

Sin meternos en su moralidad, digamos que las *ordalías* o *juicio de Dios* se practicaban con frecuencia y con buena fe por aquellas gentes aún semibárbaras. Consistían en remitirse al juicio de Dios que, con un milagro, había de declarar la inocencia o culpabilidad de un acusado. Todos los Papas y muchos obispos las condenaban, pero otros las aprobaban o permitían por lo arraigadas que estaban entre los germanos. De dos que iban al duelo, ¿quién era el culpable? El vencido, pues Dios no le había ayudado... El que pasaba entre las llamas o por las brasas del fuego sin quemarse (!), era inocente... Y así otras pruebas en muchos juicios. A los clérigos, les bastaba para probar su inocencia el jurar sobre las reliquias de algún Santo y aducir testigos.

La *Tregua de Dios*, organizada por la Iglesia, fue de gran beneficio para aquellos pueblos que no sabían sino pelear y estaban siempre en guerra. Nació de la *Paz de Dios*, con la cual los obispos protegían a los pobres desamparados ante señores injustos. Era un imposi-

ble que las armas cesaran del todo. Pero se consiguió el que los bandos en guerra no lucharan los jueves en memoria de la Ascensión de Cristo; ni los viernes, como recuerdo de la Pasión; ni sábados ni domingos debido a la Resurrección. Se extiende después la tregua a todo el Adviento hasta después de la Epifanía; a la Cuaresma hasta la Pascua, y desde las Rogativas hasta Pentecostés. Los obispos de Provenza, sureste de Francia, lanzaron la amenaza tan simpática como dura: “Que desde el miércoles por la tarde hasta el salir el sol del lunes, reine una perfecta paz entre los cristianos, amigos y enemigos, vecinos y extranjeros. Y el que se niegue a ello sea excomulgado, maldito y detestado por toda la eternidad, y condenado como Datán, Abirón y Judas”.

Como contrapeso a todo lo expuesto sobre la simonía e inmoralidad del clero —y del desprestigio del Pontificado que veremos en la lección siguiente—, cabría aquí, como hacen muchos historiadores, el traer las grandes obras de beneficencia que se desarrollaban en la Iglesia en estos siglos. Los pobres y los enfermos constituían casi una obsesión de aquellos cristianos rudos pero sinceros en su fe, de los monasterios y de toda la Iglesia. Concilios diocesanos que mandaban entregar a los pobres la cuarta parte de los bienes de la Iglesia... Otros que ordenaron distribuir limosnas a los necesitados cuatro veces al año... Junto a las catedrales y colegiatas se empezaron a construir hospitales y hospicios, obra entonces nacida de la Iglesia... Es famoso a este respecto lo que escribía el abad Teofrido de Echternach:

“Poco nos importa que nuestras iglesias se levanten hasta el cielo, que los capiteles de sus columnas estén cincelados y dorados, que la púrpura resplandezca en nuestros pergaminos, que sea fundido el oro en los caracteres de nuestros códices y que sus encuadernaciones estén adornadas con el brillo de las piedras preciosas si no tenemos cuidado de los miembros de Cristo y si el mismo Cristo se muere desnudo a nuestras puertas”.

Es natural que así se pensara cuando en los monasterios benedictinos se tenía designado al personal que debía atender igual que a Cristo en persona a todos los que se presentaban como huéspedes y peregrinos... Y desde el siglo noveno fueron surgiendo las asociaciones religiosas consagradas expresamente a la caridad y beneficencia.

Sería sumamente interesante indicar aquí los grandes santos y santas que jalonaron los años de estos siglos noveno al undécimo. Hemos citado como gran defensor de la moralidad del clero a San Juan Gualberto, el cual no se hizo santo sin más. Le matan a un hermano suyo, y el asesino, sorprendido solo en el camino por Gualberto bien armado, y viéndose perdido sin remedio, se arrodilla con los brazos en cruz. Gualberto ve al mismo Cristo que le pide misericordia, baja la espada a punto de funcionar, abraza al criminal, reflexiona después y se esconde en la soledad para fundar su monasterio de Valleumbrosa.

Hechos como éste no se pueden dar sino cuando en la sociedad se vive profundamente la fe cristiana, como ocurría en aquellos tiempos algo sombríos. Había cosas bonísimas en medio de tantas debilidades. La Iglesia ha sido siempre así.

46. EL SIGLO DE HIERRO DEL PONTIFICADO

Una lección muy especial, que va de los años 890 a los 970. Roma era un hervidero político y los Papas se vieron envueltos en situaciones lamentables. Varios de ellos cayeron de manera muy indigna y otros no supieron reaccionar debidamente ante circunstancias muy comprometedoras para la Iglesia.

Digamos, ante todo, que no hay que cargar demasiado las tintas negras como hacen historiadores enemigos de la Iglesia y mal intencionados. El pueblo cristiano seguía firme en su fe, en su devoción a los santos y en sus peregrinaciones haciendo penitencia de los pecados... Hundido el reino de los carolingios y con reyes ineptos en Italia, los Papas fueron juguete de familias romanas poderosas que causaron estragos en la sede pontificia. Del 858 al 867 hubo un Papa grande de verdad, San Nicolás I. En el 872 era elegido Juan VIII, también muy bueno, pero en el 882 era asesinado por uno de los suyos en el mismo Letrán. Desde este Papa asesinado hasta el 974 con el también asesinado Benedicto VI, cuando se establecen los Papas bajo los emperadores Otón, pasarán por Roma 28 Papas en sólo noventa años. Muchos colocan en este tiempo la leyenda grotesca de la “Papisa Juana”, sobre la cual no hay que hacer ningún caso; no hay historiador que la tome en serio, aunque sea la comidilla de enemigos tontos de la Iglesia. Entre muchas peripecias, se llegará hasta el papa Esteban VI que, con el “concilio cadavérico” en el 896, comenzará el fatal “Siglo de Hierro del Pontificado”, durante el que la gente seguirá fiel a Jesucristo y se mantendrá en su Iglesia, a pesar del descalabro de sus más altos Jefes.

Es muy complicado seguir tanto nombre de Papas y personajes que entran en escena. Para tener una idea elemental de este siglo, nos limitaremos a los hechos más significativos.

Empieza con el “concilio cadavérico” en el 896, un hecho horrible y macabro, decretado por el papa Esteban VI. Odiaba a su antecesor el papa Formoso, hombre austero, riguroso, santo. A los nueve meses de muerto, el papa Esteban hizo desenterrar el cadáver, y, colocado en la sala consistorial de Letrán, empezó el juicio presidido en persona por el mismo Esteban VI contra el Papa difunto. Un diácono debía responder por el cadáver a las preguntas del Papa. El cadáver, naturalmente, permaneció mudo aunque por él hablase el diácono. Formoso resultó condenado, se le cortaron los tres dedos de la mano derecha con que bendecía, se declararon inválidas todas las ordenaciones que había hecho, se le quitaron los vestidos pontificales, y sus restos putrefactos fueron arrojados al río Tíber, cuyas aguas los llevaron hasta la orilla y fueron recogidos por un monje que les dio honrosa sepultura.

El pueblo de Roma se enfureció contra Esteban VI y sus partidarios, agarraron a Papa tan indigno, le quitaron las vestiduras, lo metieron en prisión y allí murió estrangulado.

Los tres Papas siguientes, Romano I, Teodoro II y Juan IX, muy buenos, rehabilitaron la memoria de Formoso, declararon inválido todo lo de aquel espantoso juicio, y dicen que Teodoro II, en sólo sus veinte días de Papa (año 997), tuvo tiempo de sacar personalmente el cadáver de Formoso enterrado por aquel monje y llevarlo solemnemente al Vaticano. El Papa Juan IX (998-900), trató de poner orden en la Roma tan revuelta políticamente. Absolvió a los eclesiásticos arrepentidos que habían intervenido en el “concilio cadavérico”, y, al morir, le sucedió Benedicto IV, igualmente bueno.

Muerto este último en el 903, le sigue el piadoso León V, pero, sin cumplir dos meses de Pontificado, lo destrona y mete en prisión el sacrílego Cristóbal I, que se hace proclamar Papa, pero a los pocos meses se presenta en Roma el fatídico Sergio, el cual se hace elegir papa Sergio III, destrona a Cristóbal, al que mete en prisión junto con el legítimo Papa León V, y poco después los hace degollar a los dos.

Sergio III es una figura muy enigmática y fatal también. Había sido consagrado obispo por el bueno de Formoso, al que odiaba con toda su alma. Ya Papa, Sergio revalida el “concilio cadavérico” en el que él había participado activamente, da por inválidas todas las ordenaciones realizadas por el papa Formoso y depone a los obispos por él consagrados. El escándalo en Roma era imponente, pero nada podían hacer contra Sergio, apoyado políticamente por la familia de **Teofilacto** que aparece ahora en escena y tendrá en su mano los destinos de Roma por más de treinta años. Teofilacto y su mujer Teodora, ambiciosos y dominantes, tuvieron dos hijas, Teodora la Joven y Marozia, que en ambición y desvergüenza, sobre todo Marozia, igualaban y hasta superaban a su madre. Sergio III, demasiado amigo de la familia, se dejó prender en los lazos de la joven Marozia, de la cual tuvo un hijo que después será el papa Juan XI. Sergio, en medio de tanto cuento, tuvo hasta su muerte en el 911 acciones dignas de aprecio entre las que resalta la reconstrucción de Letrán. Nada tuvieron que ver con la familia de Teofilacto los Papas casi relámpago Anastasio III y Landón, a los que sucedió el emprendedor Juan X que no cayó en las redes de la familia de Teofilacto. Pero Marozia no toleró la alianza del Papa con el rey Hugo, y junto con Guido, su segundo marido, levantaron en Roma un puñado de gente que se lanzaron sobre Letrán, mataron al hermano del papa Juan, encarcelaron a éste y lo asesinaron en la prisión sofocándolo bajo una almohada. Dueña de la ciudad, hizo elegir Papas sucesivamente a León VI y Esteban VII, hasta que al morir éste último pudo poner en el solio pontificio a su hijo Juan XI. Viuda de nuevo Marozia, quiso casarse con el rey Hugo, viudó también, e hizo su entrada en Roma de manera triunfal. Después de la boda, vivía con Marozia en el castillo de Sant’Angelo. Pero allí estaba Alberico, joven que llevaba el mismo nombre de su padre, el primer marido de Marozia. Asqueado por el tercer matrimonio de su madre, convocó a sus amigos y partidarios, los arengó de manera vibrante, los introdujo en el castillo y los lanzó contra su nuevo padrastro Hugo y contra el Papa hermanastro suyo. Descolgándose con una soga, logró Hugo escapar, pero cayeron Marozia y el Papa, ambos conducidos a la cárcel. Según algunos historiadores ambos fueron asesinados, primero Juan XI y después su madre. Otros, con mucha más probabilidad, casi con certeza, dicen que no. Marozia desapareció de escena no se sabe cómo, y el Papa regresó a su palacio de Letrán, aunque privado de todo poder político para dedicarse hasta su muerte, en enero del 936, a los asuntos puramente eclesiales. Había sido un pobre Papa, que si no fue tan inmoral como algunos lo han pintado, no dejó ningún buen recuerdo por sus actividades pontificias.

Alberico II quedaba dueño y señor de Roma, a la que gobernó como dictador por más de veinte años, hasta el 954, pero de manera muy diferente a como lo había hecho su abuelo Teofilacto y su madre Marozia. Magnífico estadista, se llamaba a sí mismo “Humilde príncipe y servidor de todos los romanos”. Aunque, antes de su muerte, reunió a los nobles y les hizo jurar que a la muerte de Agapito II elegirían Papa a su hijo Octaviano, y así fue cómo el joven muchacho ciñó la tiara pontificia bajo el nombre de Juan XII.

Octaviano, ahora Juan XII, educado para príncipe secular y no para pontífice, no se pareció a su padre Alberico II, ambicioso pero recto, sino más bien a su malhadada abuela Marozia. Basados en noticias del obispo Luitprando, enemigo suyo, los historiadores le tratan muy mal, pero, aunque ligero de conducta, amante de la caza y aficionado a reuniones con mujeres, no era tan malo como dicen. Quitando de una vez la corona de emperador a los decadentes carolingios de Francia y a los inútiles y traicioneros reyes de Italia, pasó la corona Imperial a los reyes de Alemania y coronó emperador al gran Otón I el año 962, nueva figura y digna de los mejores tiempos; pero, como el Papa le tenía poca simpatía, le traicionó y Otón entonces volvió a Roma, Juan XII se fugó, y el emperador (¡mal hecho, porque no podía!) juzgó al Papa en un sínodo que le acusó de los crímenes y sacrilegios más horrendos. Del sínodo salió elegido el *antipapa* Papa León VIII.

Retirado Otón a Alemania, regresó Juan XII a Roma y echó fuera al *antipapa*. Vuelta de Otón a Roma, pero, antes de que llegara, había muerto Juan XII, dicen que sin sacramentos y de manera muy misteriosa. Los romanos eligieron Papa a Benedicto V, que fue desterrado por Otón a Hamburgo, donde murió como un santo el año 966. Un año antes había muerto en Roma el *antipapa* León VIII. No es fácilmente comprensible la conducta del gran Otón I en aquel sínodo con el papa Juan XII aunque éste hubiera sido un traidor, ni con el buen Papa Benedicto V, con el se portó tan mal sólo por mantener a su *antipapa* León VIII.

A Juan XII le siguió Juan XIII, hijo de Teodora la Joven, hermana de Marozia. Al cabo de dos meses se le sublevaron los romanos y el Papa reaccionó contra ellos de manera violenta. Después de siete años de pontificado, le sucedió Benedicto VI, pero Crescencio, hijo también de Teodora la Joven y por lo mismo hermano del difunto Papa Juan XIII, se levantó contra Benedicto VI, lo encerró en la prisión, lo estranguló en ella y puso en su lugar al *antipapa* Bonifacio VII. Desaparecido éste, fue elegido Papa legítimo Benedicto VII (974-983), muy bueno, y en sus nueve años empezaron los intentos de una reforma por la que todos suspiraban después de pontificados tan calamitosos.

A Otón I el Grande le siguieron como emperadores Otón II y Otón III, y en adelante ya no se apartó de los alemanes la corona imperial, que la llevaron con gallardía para bien de la Iglesia después de reyes tan vulgares. El Sacro Imperio Romano volvía a ser digno de Carlomagno. Entre tanto, aunque calladamente a lo largo de este tiempo tan fatal, había surgido en Francia el monasterio de Cluny donde se formaban unos monjes que serían los grandes reformadores que se estaban necesitando de manera tan imperiosa y urgente. El pueblo sencillo se mantenía vigoroso en su fidelidad a la Iglesia, mientras que una serie triste de Papas le había infligido males gravísimos y vergonzosos. Aunque pareciese que la barca zozobraba en alta mar, Jesús no estaba dormido y pronto veremos llegar tiempos gloriosos para la Cristiandad.

47. LA AVALANCHA DEL ISLAM

Echamos una mirada a los musulmanes que se lanzaron como un alud y de manera fulgurante sobre las Iglesias de Asia y África y pusieron en peligro gravísimo a las de Europa, en especial a la de España.

El año 632 moría Mahoma dejando bien instalada su religión en Arabia. De momento, sus seguidores estaban quietos, pero permanecía firme la consigna del fundador: “Hagan la guerra santa a los que no crean en Alá y en su profeta”. Y así fue. El año 639 se lanzan sobre Siria y Palestina. Egipto cae el año 640. Entre los años 642 y 651 se adueñan del Imperio Persa. El año 661 ponen su Capital en Damasco. Y el 672 se lanzan contra el Imperio Romano de Oriente, aunque Constantinopla, magníficamente fortificada, resiste la embestida. El año 698 arrasan la ciudad de Cartago y al cabo de poco dominaban todo el norte de África y llegaban al Atlántico.

España era la presa más codiciada. Convertidos al islamismo los bereberes, habitantes afroasiáticos del norte africano, con siete mil de ellos y cinco mil soldados más que les regaló el traidor conde de Ceuta, atraviesan el estrecho de Gibraltar y ponen el pie en la Península. Era el año 711. Acude precipitadamente el rey Don Rodrigo, pero traicionado por los partidarios del rey Witiza y por los judíos —que jugaron un papel determinante a favor de los árabes—, sucumbe el rey en la batalla del Guadalete y en el 716 había caído toda España bajo el dominio musulmán. Culpa, en gran parte, de las divisiones que tenían entre sí los reyes visigodos. Unidos éstos, nada hubieran podido los invasores.

Años más tarde pasan por el noreste a Francia, conquistan Narbona y se adentran hasta el río Loire en mitad oeste del país. Pero el año 732 se les lanza Carlos y los vence en la famosa batalla de Poitiers, por la que se hizo acreedor del sobrenombre de Martel, o martillo de los herejes. Carlomagno proseguirá las batallas, los volverá hasta España y los situará como frontera en el río Ebro.

En Italia fue muy grande el peligro musulmán. Invadida Sicilia en el 827, los árabes se lanzaban sobre Roma con la intención expresa de desbancar al Papa: la Media Luna tenía que absorber a la Cruz. El año 846 atracaba una enorme flota con 10.000 hombres en la desembocadura del Tíber. Saquearon bárbaramente las basílicas de San Pedro y San Pablo, aunque no penetraron en la urbe, y se retiraron a Gaeta. Bajo el papa León IV (847-855) —el que amuralló la ciudad leonina desde Sant’Angelo hasta el Gianicolo y el Tíber—, aliado con el emperador Ludovico II, se logró rechazar a los invasores.

A partir de estos años, toda Europa tendrá como meta reconquistar sus tierras dominadas por los árabes. Vendrán en su día las Cruzadas. Pero será España la que hará de la clásica “Reconquista” el fin primario de todos sus esfuerzos. Sin embargo, antes de llegar a ella, vamos a dar una mirada a la dominación musulmana sobre el suelo español.

La Iglesia no sucumbió en España por providencia grande de Dios, ya que la persecución religiosa fue implacable. El rey Witiza y sus seguidores se arrepintieron pronto de su traición, pues la conquista árabe se estaba caracterizando por las ruinas, incendios y asesinatos de los que pretendían un dominio absoluto. Desde el principio, la capital musulmana fue la andaluza ciudad de Córdoba, cuyo califato gozó después del mismo esplendor que el

de Bagdad en Siria. En cuanto a la religión, muy condescendientes al principio, los musulmanes tenían como meta la implantación de la fe en Alá y su profeta.

Los cristianos —la inmensa mayoría— que se mantenían en su fe católica y estaban bajo el dominio musulmán, se llamaron *mozárabes*. Los obispos seguían en sus diócesis, aunque les faltaba fuerza ante el Islam al carecer de una autoridad civil que los defendiera, y, por más que le guardaran absoluta fidelidad al Papa, se sentían algo independientes de Roma debido a la distancia y aislamiento de la Península ibérica.

La persecución religiosa tuvo caracteres muy diferentes, según los lugares y épocas. Como premisa, hay que decir que los católicos se veían tentados por el favor que el califa y los emires dispensaban a los *muladíes*, los cristianos que se habían pasado al Islam, colocados siempre en los mejores puestos civiles y con todas las ventajas para la vida. Podían los católicos asistir a sus iglesias, pero no edificar nuevos templos, y mantenían ciertamente escuelas para sus hijos, algunas de mucho prestigio, aunque el hijo del califa Abderramán fue astuto en un punto tan fundamental como es la educación. Si prohibió el latín para el culto católico, para las escuelas dictó una ley algo peor: obligó a los niños a frecuentar las escuelas árabes, con el fin de hacerles perder su educación hispano romana a la vez que sus tradiciones y fe cristianas.

Pero con Abderramán II (822-852) se llegó ya a la persecución sangrienta. Dos valientes sevillanos, Adolfo y Juan, dieron el grito de alarma contra las vejaciones musulmanas y fueron ajusticiados; el sacerdote Perfecto era degollado en el 850, y con él comenzaba la era de los mártires mozárabes. Corrió abundante la sangre cristiana, y se conservan muchos nombres de aquellos héroes, aunque quizá lo más terrible de la persecución se manifestó en el trato inhumano que se dio a los presos en las cárceles y en los insultos que continuamente recibían los cristianos nada más salían a las calles. Aunque hubo apostasías, los más se mantenían firmes católicos. Abderramán se dio cuenta de que no hacía nada con tanto castigo y tanta muerte y se puso en contacto con los obispos para llegar a un acuerdo.

La persecución siguió todavía mucho más violenta bajo Mohamed I (853-886), que amenazó con pasar a cuchillo a todos los cristianos. Son de San Eulogio estas palabras: “Repletas están las mazmorras de catervas de clérigos; las iglesias se ven huérfanas, sin el sagrado ministerio de los obispos y de los sacerdotes; descuidados quedan los tabernáculos y en la mayor soledad; todo yace en silencio. Y en tanto que faltan en las iglesias los himnos y cánticos celestiales, resuenan los calabozos con el murmullo santo de los salmos”.

A San Eulogio, con su libro “Martirial”, debemos las historias más ciertas de aquellos días tan aciagos como gloriosos. **Fandilla** fue uno de los que rompieron la marcha en esta confesión cristiana. Joven y gallardo sacerdote, anima a los cristianos a confesar sin miedos su fe. Le cortan la cabeza, y cunde su ejemplo. **Atanasio** y **Félix** le imitan, los degüellan también, y, al saberlo, aquel mismo día se presenta ante el juez una joven religiosa, **Digna**, que cae bajo el golpe del alfanje. **Columba**, igual. Sale de su escondite, se presenta ante el tribunal, niega la misión divina de Mahoma y su ley, y paga su temeridad con la cabeza cortada. Se entera **Pomposa**, y se escapa por la noche silenciosamente de su convento, comparece ante la autoridad musulmana, se ríe del impúdico Mahoma, y una mártir más...

Y es que durante las persecuciones musulmanas se dio en España un hecho, curioso por una parte, y por otra bastante discutido. Muchos mozárabes, firmes en su fe católica, no

esperaban a ser buscados para ir a la muerte, sino que se ofrecían voluntarios a profesar su fe y sufrir así el martirio: les bastaba denostar con gritos a Mahoma y tenían segura la palma, como acabamos de ver ¿Hacían bien?... Lo peor fue que unos obispos, reunidos bajo el Arzobispo de Sevilla en la misma Córdoba, declararon que la Iglesia no reconocería como mártires a los que voluntariamente se ofrecían a confesar con aquella valentía su fe. Esta manifestación de aquellos obispos no favoreció nada a los cristianos, pues lo que esperaban de sus pastores era decisión generosa y no un espíritu cobarde.

Siguen y siguen las listas de los mártires. Mohamed I estaba furioso con la audacia de aquellos confesores de la fe católica que se reían burlonamente de Mahoma. Pero, entre tantos, descuella **San Eulogio**, sacerdote de Córdoba, prestigioso por su saber, que se lanzó hacia el norte de España para animar a todos los cristianos a mantener su fe católica. Regresa a su ciudad y en el año 858 le llega el nombramiento de Arzobispo de Toledo. Acertadísima la elección, pues no existía figura tan brillante como la suya. Pero no llegará a ser consagrado. La señorita Leocricia, una mora convertida al catolicismo, viene a visitarlo, la recibe Eulogio contra todas las leyes, y se lanzan en la casa los emisarios del emir. Llevado al tribunal con la joven, le bastaba una palabra a Eulogio para salvarse, pero empieza a burlarse de Mahoma y junto con la ahijada se hace con la gloria del martirio.

Con Abderramán III (912-961), califa grande de verdad, siguieron las persecuciones aunque no fueran tan despiadadas como las anteriores. El borrón mayor que echó sobre sí fue hacer matar entre refinados tormentos a San Pelayo, jovencito de trece años llegado de Galicia, por negarse el muchachito a satisfacer los bajos instintos del califa, que por lo visto no tenía bastante con las abundantes mujeres de su harén...

Continuaban esporádicas después las persecuciones según el humor de los califas o emires que vinieran. Pero el tráfico de esclavos cristianos hacia el África siguió durante siglos, y sabemos que ello dio origen a Órdenes tan beneméritos como la de La Merced, con San Pedro Nolasco de Barcelona, la cual produjo héroes de la caridad como San Ramón Nonato (+1240), cuya vida parece casi novelesca.

Los españoles, generosos por naturaleza, se habían mezclado anteriormente con pueblos invasores en una fusión que a la postre resultaba muy beneficiosa. Baste recordar a los romanos, ya que España fue en el Imperio una Provincia profundamente romana. Y con los árabes hubiera sido igual. De hecho, muchos mozárabes llevaban el turbante, hablaban el árabe y aceptaban costumbres árabes dignas. Pero ahora no vendría ninguna unión, y no por causas políticas sino por el único obstáculo de la **diferente religión**. Aquí va a estar la razón suprema de la Reconquista. España va a luchar durante siete siglos por su fe, hasta que expulse del todo a los “moros” y logre mantenerse ella totalmente católica.

48. LA RECONQUISTA ESPAÑOLA

Para cuando las Cruzadas comenzaron en el 1095, la Reconquista española ya les llevaba casi cuatro siglos de ventaja, iniciada prácticamente apenas los musulmanes se instalaron en España el año 711 y confirmada por los Papas como verdadera Cruzada contra el Islam.

Dictada y escrita esta lección para españoles, sería muy diferente: iría llena de fechas, de nombres de ciudades y de reyes casi incontables. Para nosotros, americanos, nos bastarán algunos hechos más llamativos, pero serán suficientes para hacernos cargo de una de las gestas más gloriosas de la Historia de la Iglesia llevada a cabo por la Iglesia particular de España. Pues hay que tener bien claro desde el principio que la Reconquista española se debió a la **religión católica** ante el peligro que suponía caer los españoles en la religión mahometana. Aunque esto trajo como beneficio inmenso el que, acabada la Cruzada contra el moro, España, antes dividida en varios reinos, fuera una sola nación forjada en la austeridad, en la lucha noble, en el ideal misionero católico, que se iba a manifestar pronto en la evangelización de América, descubierta en el 1492, año en que acababa la Reconquista española con la caída de Granada, último reducto musulmán.

La Reconquista empezó el año 722 con una batalla que Don Pelayo venía gestando desde el 718. Con sólo 300 hombres pudo contra el enemigo mahometano, atribuyó su victoria a la Virgen de Covadonga, consolidó su reino de Asturias, y fue el acicate que estimuló a otros reyes a resistir al dominador musulmán. Leyendas aparte, aquí está el origen de todo. Empezaba la reconquista.

Con una mirada a los primeros reyes, vemos a Alfonso I el Católico, yerno de Don Pelayo, que conquistó a los moros Galicia y norte de Portugal, Cantabria hasta la Rioja y la ciudad de León en el 754. Era mucho lo que volvía a manos españolas. Alfonso II el Casto venció a los musulmanes en Portugal, se consolidó en Galicia, León y Castilla, y murió en el 842 “tras haber llevado por cincuenta y dos años una vida casta, sobria, inmaculada, piadosa y gloriosamente el gobierno del reino”, dice una crónica contemporánea. Alfonso III el Grande fija su sede en León, establece la línea fronteriza en el río Duero y recibe a muchos mozárabes que suben del sur para instalarse en el reino de León. Moría el año 909, y con él la España reconquistada se iba configurando cada vez más. Todos los reyes, tal como conquistaban tierras a los moros, iban con los obispos restaurando las diócesis. Todo el siglo décimo —el de “hierro” con aquellos Papas tan calamitosos—, fue para los cristianos españoles de triunfo en triunfo; y aunque cada una de las conquistas fuera en sí pequeña, pero, sumadas todas, casi la media España del Norte era ya prácticamente cristiana.

Sin embargo, al acabar este siglo décimo, estuvo a punto de perderse todo lo conquistado ante el avance inesperado de Almanzor. Guerrero formidable, trajo de África un ejército de 20.000 bereberes, se hizo dueño del Califato de Córdoba y durante más de veinte años, desde el 978 hasta el 1002, lanzó 52 incursiones contra los cristianos, arrasaba por donde pasaba, en Simancas llegó a cortar la cabeza a todos los cristianos por no renegar de su fe, y en San Cugat del Vallés cerca de Barcelona mató al Abad del monasterio con sus monjes. Habiendo tomado Compostela por un lado y por el otro Barcelona, con ese pivote

en su mano tenía amordazada a toda la España cristiana. Hasta que murió en el 1002, y una crónica de Silos le dedicaba este recuerdo mordaz: “Por fin, la divina piedad se compadeció de tanta ruina y permitió alzar cabeza a sus cristianos, pues pasados doce años Almanzor fue muerto en la ciudad de Medinaceli, y el demonio que había habitado dentro de él se lo llevó a los infiernos”. Los de su ejército fueron más benignos, y esculpieron en una lápida provisional mientras lo llevaran a Córdoba: “Jamás los tiempos traerán otro semejante que dominara la península”.

Lo cierto es que los árabes, con Almanzor, vieron cómo el Califato de Córdoba se deshacía convirtiéndose en pequeños reinos que no pudieron resistir después ante el empuje de los cristianos castellanos, leoneses y aragoneses, los cuales no tenían otra mira ni otra meta que la imperial Toledo, conquistada por Alfonso VI en el año 1085. Hubo héroes cristianos de verdadera leyenda, sobre todo Cid el Campeador, que murió en el 1099, el mismo año que Urbano II, el Papa que mandó a los cristianos españoles no ir a las Cruzadas de Tierra Santa sino que se dedicaran sólo a su propia Cruzada: ¡que conquistaran a los moros toda España!..., orden que les repitió en 1110 el Papa Pascual II. Durante todo el siglo XI, hasta conquistada Toledo, la Iglesia se fue preparando con una reforma muy seria, aunque no hubiera caído tan peligrosamente como en otras naciones de Europa, y que reyes y obispos trabajaran unidos en un solo ideal de Iglesia y Patria a la vez.

Las Navas de Tolosa forman una batalla decisiva en la Reconquista española. Era el año 1212. Los árabes, con su nuevo califa An Nasir, estaban decididos a hacerse de una vez con el dominio de toda España. Lo vio claro el rey Alfonso VIII de Castilla y trató de hacer frente al enemigo. Era cuestión de vida o muerte para toda España. Aparte de los reyes de Aragón, Navarra y Portugal, acudió al Papa Inocencio III, el cual solicitó ayuda a otros reyes cristianos, sobre todo de Francia, que enviaron sus refuerzos, muchos, pero de los cuales entraron pocos en la contienda. Dejadas aparte las cifras antiguas, hoy se admite que las fuerzas cristianas contaban con unos 50.000 guerreros, frente a los 120.000 de los árabes. La desproporción era enorme, pero la batalla se entabló en el mes de Julio, bajo la guía sobre todo de Alfonso VIII de Castilla, Sancho VII el Fuerte de Navarra y del gran Arzobispo de Toledo Rodrigo Jiménez de Rada. No son para descritas las incidencias de aquella batalla en las tierras andaluzas de Jaén. El Arzobispo y los otros obispos presentes, sin llevar armas, estimularon a los cristianos bravamente, dice una crónica: “Metiéndose en los campamentos, predicándoles y animándoles y esforzándolos a la batalla y perdonándoles todos sus pecados muy humildemente y muy con Dios... Confesáronse y tomado el consagrado Cuerpo de Nuestro Señor Jesucristo, se equiparon con todas sus armas como era menester, y salieron a la batalla, ordenadas todas sus tropas”. La lucha fue terrible. Parecía todo perdido para los cristianos, y el rey Alfonso dijo a Don Rodrigo: “Arzobispo, aquí muramos, pues nos conviene aceptar tal muerte por la ley de Cristo, y muramos por él”. Respondió el Arzobispo: “Señor rey, si Dios quiere os viene corona de victoria si vencemos nosotros, y no de muerte; pero si a Dios le place de otra manera, todos juntos estamos gustosamente preparados para morir”. El caso es que vino el milagro. An-Nasir huyó con el caballo, se desbarató su ejército y en el campamento cristiano resonó el “Te Deum” triunfal. La consecuencia de semejante batalla fue patente. La suerte musulmana en España estaba echada. En este siglo XIII quedará reducida a un rincón nada más en tierras andaluzas.

San Fernando III, rey de Castilla, encontrará el camino expedito en sus batallas, que llevará adelante con un gran espíritu de fe cristiana. Invitado por su primo el rey San Luis de Francia a ir a la Cruzada de Palestina, le contestó: “No faltan musulmanes en mis tierras”. Obedecía así a los Papas Urbano II y Pascual II. Y fue un gran conquistador. Batalla tras batalla, iba quitando a los moros todo el Sur de España, les arrebató Córdoba, la ciudad del Califato, se apoderó de Sevilla, y los musulmanes quedaron reducidos a un rincón del sureste con Granada como capital, e incluso a los moros granadinos los hizo vasallos que le debían pagar tributo anual.

San Fernando murió en Sevilla el año 1252, y en su muerte dio ejemplo de lo que eran aquellos españoles que habían curtido su fe bajo el dominio musulmán, conforme a la crónica: “Este santo rey Don Fernando, al ver que llegaba el fin de su vida, hizo traer a su Salvador, que es el Cuerpo de Dios. Y cuando vio venir al fraile que se lo traía, hizo un acto maravilloso de humildad: se dejó caer del lecho a tierra y teniendo los ojos clavados en el suelo, tomó una cuerda y se la echó al cuello. Y cuando hubo recibido el Cuerpo de Dios, se despojó de sus vestidos reales... Luego hizo acercarse a su hijo Don Alfonso, alzó la mano para santiguarlo y le dio su bendición... Y dando entonces gracias y alabanzas a Nuestro Señor Jesu Cristo, pidió la vela que todo cristiano debe tener en la mano al morir, y pidió perdón al pueblo y a cuantos allí estaban... Y bajó las manos con la candela y adoró con fe al Santo Espíritu. Hizo rezar a todos los clérigos la letanía y cantar el *Te Deum laudamus* en alta voz. De sí, muy simplemente dio el espíritu a Dios”.

A las conquistas de San Fernando siguieron las brillantes del rey Don Jaime I el Conquistador, que se adueñó de Valencia, se hizo con las islas Baleares, y mermó seriamente la hegemonía musulmana del Mediterráneo.

Ahora le tocaba a la Iglesia dedicarse por entero a sí misma, ya que los moros en España no daban miedo alguno. La tarea principal fue constituir, delimitar y gobernar las antiguas diócesis y crear otras nuevas. Estaba también la puesta al día de los monasterios, normalmente con la reforma de Cluny. Desde luego, que no todo eran rosas en la Iglesia española, por las ambiciones de muchos obispos y abades, pues cada uno tiraba hacia su diócesis o monasterio. Los reyes, fieles auxiliares de los obispos, construían cuantas iglesias eran necesarias. Dicen que Don Jaime I, el rey de Aragón, desde su sede en Barcelona, hizo construir 2.000 —una más una menos, tanto da—, y empezaron a surgir las maravillosas catedrales góticas de Toledo, León, Burgos, Barcelona...

Hasta entonces, las armas habían sido la primera ocupación de los reyes. Era cuestión de arrojar a los moros fuera de España. Ahora, podían prestar a la Iglesia y a la Patria la dedicación a las artes y a las letras, las cuales llegaron a su apogeo con el hijo de San Fernando, Alfonso X el Sabio, que levantó en Sevilla un verdadero emporio del saber.

49. LAS CRUZADAS

Lección capital dentro de la Edad Media. La Cristiandad se sentía amenazada constantemente por el Islam, los innumerables peregrinos a Tierra Santa se veían en constantes dificultades y peligros, y la Iglesia se lanzó a la aventura de una guerra santa contra los mahometanos. ¿Acierto? ¿Desacierto?... Veremos.

Llamamos “Cruzadas” a las expediciones militares emprendidas por los cristianos, promovidas por los Papas y secundadas por los príncipes y reyes contra los musulmanes para rescatar los Santos Lugares. Tuvieron lugar entre los años 1095 la primera y el 1270 la última con la muerte de San Luis Rey de Francia en el norte de África cuando se dirigía a conquistar Palestina. Se numeran siempre ocho Cruzadas, independientes de la Reconquista española, reducida a la Península sin salir hacia Tierra Santa (lección 47).

Los móviles de las cruzadas no fueron intereses terrenos, sino espirituales, aunque hubiera individuos particulares que se metieron en ellas por fines bastardos, como negocio, robo o simple vagabundería. Se miró primeramente la conquista de los Santos Lugares, especialmente el Sepulcro del Señor, que estaban en poder de los musulmanes. Otra mira importante fue la seguridad de los innumerables peregrinos que iban a Tierra Santa, los cuales en los principios no sufrían molestias de los musulmanes, pero cuando los *fatimitas* se adueñaron de Jerusalén el año 969 y, sobre todo, a partir del Califa Harlem en 1009, que destruyó la basílica del Santo Sepulcro y persiguió a los cristianos, en especial a los peregrinos, la situación de estos devotos se hacía insostenible. Influyó también con frecuencia en las Cruzadas la política de ayudar a la Iglesia de Oriente, para defender Constantinopla, amenazada siempre por los turcos —asiáticos originarios de Turquestán convertidos a la fe de Mahoma—, y sin la cual hubiera peligrado toda la Europa cristiana.

Lo que podríamos llamar “introducción” a las Cruzadas fue el santo y seña del gran papa Urbano II en el sínodo de Clermont, Francia, en Noviembre de 1095, donde lanzó el grito de “Deus lo volt”, Deus lo volt, Deus lo volt”, ¡Dios lo quiere!, que enardeció a toda Europa. La conquista de los Santos Lugares se convertía el algo oficial dentro de la Iglesia. El Jefe supremo —hoy le llamaríamos el Comandante en Jefe—, no era ningún rey, sino el Papa. A nivel de Iglesia, el ideal supremo era conservar y tener como propio el Sepulcro del Señor; y, a nivel personal, la *indulgencia plenaria* que conseguían los que se alistaban en el ejército cristiano, los cuales iban, más que como soldados, como peregrinos para hacer penitencia por sus pecados y ganar así la codiciada indulgencia plenaria, pues, si morían, se iban sin más al Cielo. Se llamaron “cruzados” por la cruz de tela roja que tejían en su uniforme sobre el hombro derecho, la cual significaba que eran verdaderos soldados de Cristo, de la “milicia” de Cristo, y, si morían, morían por Cristo. ¡Qué fe la de aquellos tiempos!...

El primero que recogió la idea fue el monje “Pedro el Ermitaño”, sinceramente santo pero algo iluminado, que levantó verdaderas muchedumbres de hombres, mujeres, jóvenes y niños, con las cuales se lanzó el año 1096 en plan desordenado hacia Palestina; murieron muchísimos en aquella aventura descabellada, gran parte degollados por los musulmanes en el Asia Menor; no avanzaron hasta Jerusalén y todo paró en nada.

La primera Cruzada, después de la oleada de Pedro el Ermitaño, iba dividida en cuatro cuerpos de ejército, con el obispo *Ademaro* de Puy como delegado del Papa. La marcha se iniciaría el día 15 de Agosto del 1096. No fue ciertamente un paseo triunfal, pero los cruzados conquistaron Nicea, Edesa, Antioquía y, finalmente, el 15 de Julio del 1099 entraban en Jerusalén. El gran héroe fue Godofredo de Bouillon, que, rechazando el nombre de rey de Jerusalén, quiso llamarse simplemente “Defensor del Santo Sepulcro”. Pareciera que estaba acabado todo, que las fuerzas de ocupación mantendrían sus puestos indefinidamente con los refuerzos que les llegarían siempre de Europa, ya sin guerra contra los musulmanes, y que la Iglesia no perdería nunca lo que había conquistado. Inútil pensar así. Los musulmanes no dejarían nunca en paz a los cristianos. Los príncipes cristianos, por su parte, estarían continuamente en luchas contra sí mismos, se perderían tierras conquistadas que habría que reconquistar, empezando por Jerusalén, que cayó de nuevo en manos musulmanas bajo Saladino el año 1187. Las Cruzadas iban a continuar por más de doscientos años.

Podemos dar una breve noción de las restantes Cruzadas, ya que resulta imposible referir incontables hechos —dolorosos unos, muy ejemplares otros—, que manifiestan lo mismo la debilidad de aquellos cristianos que la grandeza heroica de que estaban revestidos.

La **segunda Cruzada** se debió a la caída de Edesa el año 1144 en manos musulmanas. Partió un imponente ejército de alemanes, franceses e ingleses, pero resultó un fracaso completo. No conquistó ni Edesa ni Damasco. Regresaron los cruzados, y el único buen resultado fue que los cruzados que regresaban por mar y atracaron en Portugal ayudaron a los españoles a reconquistar Lisboa. Echaron la culpa del fracaso a San Bernardo que había promovido la cruzada; él se defendió predicando otra, pero nadie le hizo caso.

Al haber caído Jerusalén bajo Saladino, toda Europa respondió entusiasmada a los Papas que promovieron la **tercera Cruzada**. Los grandes jefes eran Federico Barbarroja de Alemania, que murió ahogado en la expedición, y Ricardo Corazón de León de Inglaterra. Le ganaron dos grandes batallas a Saladino, pero no se conquistó Jerusalén. No obstante, Saladino se comprometió a dejarles como capital a los cristianos San Juan de Acre, y a respetar debidamente a los muchos peregrinos que venían siempre de Europa a Jerusalén.

Muerto Saladino el año 1194, creyó el Papa Inocencio III que era ocasión de reconquistar Jerusalén, y promovió la **cuarta Cruzada**, muy bien organizada, sobre todo por los alemanes, pero fracasó por no entenderse entre sí los expedicionarios, en especial por su ataque a Constantinopla contra la orden expresa y severa del Papa.

La **quinta Cruzada** no tuvo resultado positivo, pues los cruzados desembarcados en Egipto conquistaron Damietta en 1219, la volvieron a perder, y todo lo que consiguieron del Califa fue que respetaría a los peregrinos que fueran a Jerusalén.

No se puede considerar cruzada como tal la **sexta cruzada** en el 1228, pues todo lo que hizo Federico II de Alemania fue pactar con el Sultán de Egipto que las ciudades de Jerusalén, Belén, Nazaret, Tiro y Sidón pasasen al rey de Alemania, mientras que éste se comprometía a respetar en absoluto el que la mezquita de Omar en Jerusalén quedara en manos exclusivas de los musulmanes.

La **séptima Cruzada**, cuando en 1245 cayó de nuevo Jerusalén en manos de los turcos, fue emprendida por el rey de Francia San Luis ante el llamamiento del Papa. Pero sufrió en Egipto la tremenda derrota de *Mansura*, fue hecho prisionero, recobró la libertad, se instaló en Palestina durante cuatro años, pero regresó a Francia al enterarse de la muerte de su ma-

dre Doña Blanca de Castilla. Llevado de su gran fe cristiana, San Luis emprendió igualmente la **octava Cruzada**, pero, estando en África, murió el año 1270 por la peste en la ciudad de Túnez.

¿Qué juicio merecen las Cruzadas? Aparentemente, todas fueron una inutilidad. Sin embargo, los historiadores no piensan que todo fueran fracasos. En medio de tantos aspectos negativos, aquellas expediciones religiosas y militares, y quizá sin pretenderlo los conductores de las mismas, produjeron frutos muy apreciados a la sociedad y a la misma Iglesia. Naturalmente, hay que pensar con la mentalidad de aquel tiempo. Por muy santa que fuera en sus fines, hoy no aceptaríamos nosotros por nada una guerra promovida y dirigida por la Iglesia. Señalamos lo que reconocen todos los historiadores.

1. Ante todo, las Cruzadas mantuvieron muy viva la fe cristiana, por rudimentaria que fuera, en unos pueblos recién convertidos del paganismo. A aquellas gentes no les cabía en la cabeza que los lugares y las reliquias de Cristo estuvieran en manos de sus enemigos, los cuales, además, con la fuerza de las armas hacían apostatar de la verdadera fe a los cristianos para pasarlos a la fe de Mahoma.

2. Como una de las prácticas religiosas más firmes eran las peregrinaciones a los lugares conspicuos de la Cristiandad —Roma, Santiago de Compostela y, sobre todo, Jerusalén—, los peregrinos debían gozar de libertad plena para satisfacer su devoción. Algo imposible mientras los Santos Lugares de Palestina estuvieran en poder musulmán.

3. Las Cruzadas produjeron un gran bien al hacer que los señores feudales y reyes dirigieran las armas contra enemigos externos —que hacían mucho mal a las naciones cristianas—, en vez de estar siempre luchando entre sí mismos. Sabemos por la lección 44 lo que era la tregua de Dios, que se hizo del todo necesaria. Pero no por eso se deponían las armas. Aquellos príncipes habían de estar siempre guerreando, y con las Cruzadas se les abrió un campo de acción muy diferente a su idiosincrasia belicosa. Esto produjo también un golpe mortal al feudalismo (lecciones 43-44), que por las Cruzadas se debilitó gravemente.

4. Por más guerras que se tuvieran con los musulmanes, las Cruzadas pusieron la cultura europea en contacto con la árabe, cosa que resultó muy beneficiosa para las ciencias y las artes, igual que para el comercio con el Oriente, hacia el que se abrieron rutas antes inexploradas, que llevaron incluso a misioneros hasta regiones muy lejanas de Asia.

5. Y un provecho muy grande, quizá el mayor, fue el que, gracias a las Cruzadas, se detuviera siempre ante Europa el avance musulmán, el cual pretendía que la Luna en creciente desplazara de todos los pueblos a la Cruz de Cristo.

Si estas razones no justifican las Cruzadas, ciertamente que hacen ver mucha providencia de Dios en las mismas determinaciones humanas. Aquellos cristianos de la baja Edad Media procedían con una gran buena fe, aunque mezclada según nosotros de muchos errores, pero el Dios que nunca se equivoca conseguía grandes bienes.

50. MÁS SOBRE LAS CRUZADAS

No está de más el dar sobre las Cruzadas algunas noticias sueltas que no cupieron en nuestra relación anterior. Nos ilustrarán sobre el carácter de aquella aventura heroica de la Cristiandad medieval.

Es necesario comenzar por Urbano II, Papa grande de verdad. Recorría toda Europa promoviendo la reforma de Gregorio VII, y en el sínodo francés de Clermont, el año 1095, bien informado de todo lo que pasaba en Palestina con los peregrinos cristianos, decidió promover una Cruzada que acabase con aquella situación angustiosa. Desde antiguo, los peregrinos gozaban de libertad y durante los siglos nueve al once eran innumerables los que iban sin trabas a Jerusalén: obispos, abades, príncipes, caballeros..., siempre acompañados de muchos súbditos, como en aquella peregrinación de Alemania formada por más de 7.000 devotos penitentes —¡viaje largísimo y con el transporte de entonces, una penitencia verdadera!—, ya que eran muchos los cristianos que iban obligados por el voto que hacían de visitar la Ciudad Santa. Pero los musulmanes fatimitas de Egipto y después los turcos seldyúcidas hicieron imposible la ida de los peregrinos. El Papa, en aquel sínodo de Clermont, lanzó la consigna “Deus lo volt”, que, escuchada por una multitud inmensa, se iba repitiendo por doquier y prendió como un incendio por toda la Cristiandad. Al oírla el Papa, contestó: “Estas palabras tan unánimes, como inspiradas por Dios, serán su grito de guerra y su consigna en la batalla”. Aseguraba también el Papa: Los que mueran en la toma de Jerusalén irán a la Jerusalén celestial por la indulgencia plenaria y previa la confesión de sus pecados... El mismo papa Urbano hubo de poner algo de freno al entusiasmo popular y prohibió formar parte en la Cruzada a los clérigos sin permiso de su obispo o de su abad; los laicos debían contar con la licencia de sus párrocos, y los casados jóvenes no podían alistarse sin el consentimiento de sus esposas.

Se hace necesaria la presentación de Pedro el Ermitaño, el cual, vestido con una simple túnica y con los pies descalzos, de carnes secas por sus ayunos, con ojos vivos y voz electrizante, removió las masas de Francia y norte de Italia para recoger un ejército de voluntarios entre la gente más humilde y lanzarse a la conquista de Jerusalén. Dicen que eran unos 100.000, pero es cifra muy exagerada, aunque no bajaban de 20.000 a 30.000 entre hombres, mujeres y muchos niños, que avanzaban en un desconcierto enorme. Ancianos, mujeres y niños iban contra la orden expresa del Papa que prohibió semejante personal entre los cruzados. Pero en ésta, formada tan precipitadamente por el Ermitaño, se metió todo el que quiso, y de la cual se saben casos divertidos. Familias que aparejaron sus bueyes, uncidos a un carromato en el que metían todos sus enseres, y con los niños que preguntaban en cualquier lugar por donde pasaban: ¿Es ésta la Jerusalén adonde vamos?... Decían bien los chiquillos, porque nadie sabía nada de nada y marchaban hacia donde les dictaban. Iban en tres oleadas y atravesaron el Este de Europa saqueándolo todo para poder comer. El emperador Alejo I Comneno de Constantinopla les aconsejó esperar la expedición primera de soldados, pero el Ermitaño tiró adelante y llegó hasta Nicea. Aquí se les enfrentaron los turcos seldyúcidas con un enorme ejército que acabó matando a casi todos ellos en Octubre del 1096. Las mujeres, monjas y muchachos imberbes pararon en los harenes de los mu-

sulmanes vencedores. Pedro el Ermitaño salió con vida y fue como simple peregrino a Jerusalén, de donde regresó a Europa para acabar la vida recordando sus sueños locos...

Los tres años que duró la primera Cruzada, desde su salida en Agosto del 1096 a Julio del 1099 en que fue tomada Jerusalén, fueron de penalidades increíbles, sobre todo desde que dejaron Constantinopla y se internaron por aquellas regiones del Asia Menor que fueron también el escenario de las aventuras de San Pablo en su primer viaje apostólico. El hambre, el calor insufrible y la peste diezaban al ejército y a los muchos acompañantes que iban en plan de peregrinos. Y las batallas contra los turcos en Nicea, Edesa y Antioquía fueron terribles. Pareció que en Antioquía se iba a acabar todo. Desanimado el ejército, vino la solución por dónde menos se esperaba.

El monje Pedro Bartolomé, que decía tener mucho contacto con Dios, dio a los jefes, en especial al obispo Ademaro, el legado del Papa, la gran noticia: En visión, Dios le había mostrado dónde estaba escondida la lanza que usó el soldado para atravesar el costado de Jesús muerto en la cruz. Guiados por el visionario, nada encontraban, pero al fin apareció la lanza escondida en una cueva. Los jefes y todos los soldados creyeron a pie juntillas el milagro: gritos de júbilo, besos inacabables al hierro sagrado..., y un ardor incontenible para seguir adelante hacia Jerusalén, a pesar de la peste que se les echó encima y en la cual murió el jefe espiritual de la expedición, el obispo Ademaro, que fue llorado por todos.

Aquella lanza, verdadera o falsa —y más falsa que verdadera—, hacía el prodigio necesario, en la retaguardia de Europa causó alegría inmensa, y fue debidamente cantada: “La lanza del Rey del cielo se le entrega al pueblo fiel para que sea la muerte del infiel”.

Por fin, en el mes de Junio del 1099, se acercaba el fin de la Cruzada. Cuando de lejos divisaron la Ciudad Santa, se levantó un grito fenomenal, que ha conservado la Historia: ¡Jerusalén, Jerusalén!... Faltaba el asedio de la ciudad, fuertemente custodiada por los turcos musulmanes. El obispo Daimberto de Pisa le comunicaba al Papa en una carta: “Los obispos y príncipes exhortaron a todos a marchar en procesión con los pies descalzos alrededor de la ciudad a fin de que quien entró humilde en ella, viendo nuestra humildad, nos abriese las puertas a nosotros para hacer justicia de sus enemigos”. Era el 15 de Julio, y Godofredo de Bouillon, un héroe legendario, fue el primero de los jefes que abrió una brecha con su torre de madera y se abalanzó como un alud en el interior de la ciudad. Lo que vino después, no nos cabe a nosotros en la cabeza. Efectivamente, entraron “para hacer justicia”, porque los cruzados pasaron a sangre y fuego a incontables enemigos, como si fuera la peor de las guerras. Mentalidad de entonces y conducta inadmisibles, pero así se pensaba, y, como dice un historiador, eran los mismos “que al día siguiente subían al calvario de rodillas y lloraban con ternura infantil ante el sepulcro del Salvador del mundo”.

Conquistada la Ciudad Santa, se iniciaba el Reino de Jerusalén y ofrecieron la corona al héroe Raimundo de Tolosa. No la aceptó, diciendo muy diplomáticamente, pues sabía que no lo querían: “No puedo ser rey en una ciudad donde Jesús así ha sufrido”. Con semejante respuesta, su rival no se atrevería a ser rey, pero Godofredo, caballero de pies a cabeza y cristiano piadoso de verdad, a quien se la ofrecieron entonces, respondió con más diplomacia aún: “No puedo llevar una corona de oro donde Cristo llevó una de espinas”, y seré sólo el “Defensor del Santo Sepulcro”, es decir, aceptó ser rey sin llamarse rey...

Tuvo mucha importancia la tercera Cruzada del año 1190, porque Jerusalén se hallaba de nuevo bajo el dominio musulmán. Saladino la conquistaba el 1187, las iglesias cristianas fueron convertidas en mezquitas musulmanas, arrojó todas las cruces de hierro al suelo y las hizo fundir con las campanas. La Cristiandad se encendió en celo de Dios y preparó una nueva Cruzada, quizá la mejor organizada de todas ellas. Los cardenales se obligaron con voto a vivir de limosna y no montar a caballo hasta que se reconquistara Jerusalén. Las naves de Escandinavia costearon Europa con 12.000 soldados hacia Oriente. Al frente de unos 30.000 soldados muy escogidos iba el emperador de Alemania Federico Barbarroja, el rey de Francia Felipe Augusto y el de Inglaterra Ricardo Corazón de León. Federico aceptó la Cruzada con espíritu de penitencia, para reparar el mal que había hecho a los Papas en sus luchas contra ellos, pero era el Jefe indiscutible. Avanzaron hasta el Asia Menor, y en la conquista de Iconio lanzó Federico a sus soldados la conocida arenga: “Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat. ¡Vengan, conmlitones míos, que salieron de su tierra a comprar con su sangre el reino de los cielos!”. El valiente emperador quiso pasar después en Cilicia a caballo el Selef y se ahogó en el río. Fue una pérdida lamentable, y tomó el mando Ricardo Corazón de León, que avanzó hasta la ciudad de San Juan de Acre, la más importante después de Jerusalén. Al rendirse la ciudad después de una lucha desesperada, hizo degollar para escarmiento a 3.000 musulmanes (!), pero no logró conquistar después Jerusalén. Sin embargo, pactó con Saladino —un héroe musulmán como ninguno y un perfecto caballero—, el cual se obligó a pagar una fuerte suma de dinero y a permitir que los peregrinos llegaran libremente a Jerusalén con tal de que fueran sin armas.

En la historia de las Cruzadas merece un puesto de honor quien realizó las dos últimas con dos fracasos rotundos, a pesar de ser buen estratega y guerrero valiente: San Luis rey de Francia. En él no había otro móvil que la gloria de Dios y el bien de la Iglesia. En el año 1248 se embarcaba hacia Chipre para saltar de allí a Egipto. Tomada la ciudad de Damietta, Luis entró en ella no como triunfador sino con humildad cristiana. Al revés de lo que había hecho Ricardo Corazón de León con aquellos 3.000 musulmanes degollados en San Juan de Acre, ahora el santo vencedor impuso y decretó a sus soldados severas medidas contra quien cometiera un asesinato o se diese al pillaje. En las luchas que siguieron contra los musulmanes, Luis cayó prisionero, y al ser exigida por su libertad la enorme cantidad de un millón de onzas de oro, contestó: -El rey de Francia no paga ese rescate por él, pero está dispuesto a pagarlo por la libertad de sus vasallos... Libre en Palestina durante cuatro años, regresó a Francia. El año 1267 el Papa promulgaba otra Cruzada, y Luis, medio enfermo y con obediencia heroica, la aceptó sin pestañear. Su gran secretario y amigo Joinville, pregonaba con energía: “Los que han aconsejado al rey este viaje son culpables de pecado mortal”. Y sí; en el norte de África, la peste le arrebató a Luis la vida terrena sin llegar a la Jerusalén de Palestina, aunque le abría las puertas de la Jerusalén celestial...

51. EL CISMA DE ORIENTE

Llegamos a una lección muy dolorosa en la Historia de la Iglesia. Rota la unidad por el orgullo de los Patriarcas de Constantinopla. Han pasado casi mil años y la escisión sigue. ¿Hasta cuándo?...

Recordemos. Bizancio era una ciudad griega a la entrada del Bósforo y transformada por Constantino en la ciudad de su propio nombre: *Constantinopla*, convertida en capital del Imperio Romano para el Oriente, mientras que Roma seguía como Capital del mismo Imperio en el Occidente. Al invadir los bárbaros el Imperio Romano de Occidente, el de Oriente, libre de los bárbaros, siguió llamándose de las dos maneras: Imperio Romano de Oriente o, simplemente, *Bizancio*. El Papa estaba en su diócesis de Roma, como es natural, y el Imperio Romano seguía con un Augusto en Constantinopla o con dos: uno en Oriente y con otro en Occidente según estuviera el Imperio en mano de un solo emperador o de dos. Cuando el bárbaro Odoacro destronó en Roma al último emperador Rómulo Augústulo el año 476, ya no quedó más Imperio Romano que el de Oriente o Bizancio.

El papa Benedicto XVI nos ha dicho: “Se puede considerar como un hecho de la Providencia el que, en el momento en que el cristianismo alcanzó la paz con el Estado, la sede imperial se haya trasladado a Constantinopla, junto al Bósforo. Roma pasó así a una situación como de provincia. De ese modo, el obispo de Roma podía poner más fácilmente de relieve la autonomía de la Iglesia, su diferenciación respecto del Estado. No hay que buscar expresamente el conflicto, claro está, sino, en el fondo, el consenso, la comprensión”.

Magnífico esto del Papa. Aunque el resultado fue que los obispos de Constantinopla —todos los Patriarcas, uno tras otro— quisieron igualarse siempre con el obispo romano. Y el Papa es algo diferente: por la consagración, es igual que todos los demás obispos; pero, por disposición de Jesucristo, el sucesor de Pedro es el Vicario universal del mismo Jesucristo y cabeza del colegio episcopal. Y así, es superior a cualquier otro obispo por privilegios que ostente. Hay que tener esto claro en la Historia de la Iglesia Oriental. No puede haber más que UNA Iglesia Católica bajo un solo Obispo supremo que es el Papa de Roma.

Habían pasado seiscientos años desde la paz de Constantino a la Iglesia en el 313 y desde que el emperador fijase su residencia en Constantinopla, y, con raras excepciones —pensemos en el magnífico emperador Justiniano—, siempre existió la lucha del Patriarca con el Papa por las ansias de igualarse con él, a pesar de que nunca se dividió la Iglesia: eran una sola fe, unos mismos Sacramentos y un solo Magisterio lo que unía a ambas partes, aunque se tuvieran diferentes modos de culto y diversa legislación en cosas accidentales. Recordemos que los grandes Concilios de Nicea, Éfeso y Calcedonia se celebraron en Oriente. Pero siempre aquejó a la Iglesia Oriental un mal muy grave: el *cesaropapismo*, es decir, el emperador estaba metido totalmente en la Iglesia, de modo que el Patriarca venía a ser un auténtico servidor de la autoridad civil, como vimos en la lección 22. Aquí lo repetimos de nuevo todo porque conviene tenerlo ahora muy presente.

Con el siniestro Patriarca Focio tuvo el cisma un preludeo fatídico en el siglo noveno. Regía la Iglesia Oriental el Patriarca San Ignacio, el cual fue depuesto por el emperador Miguel III para colocar en la sede bizantina a Focio, laico que en tres días recibió todas las

Órdenes sagradas, desde la tonsura hasta la consagración episcopal. Focio fue excomulgado por San Ignacio y por el papa Nicolás I el año 863, ya que además fue consagrado por el obispo Asbesta, que estaba suspendido y excomulgado. Hay que decir que Focio, pensador y orador brillante, poseía una preparación muy buena la cual sería aprovechada precisamente para sembrar el mal con mucha malicia. Para resolver la disputa entre sus propios partidarios y los de Ignacio y el Papa, Focio convocó un concilio en el que se establecieron las bases de una separación definitiva entre Roma y Constantinopla. Fue acusada la Iglesia romana de haber falsificado el Credo con la procedencia del Espíritu Santo en la Santísima Trinidad, y de considerar al Patriarca de Constantinopla de inferior nivel que el de Roma. ¡La cuestión de siempre! Apoyado todo por Miguel III e instigado todo por su tío el malvado Bardas, aunque fue asesinado por Basilio el Macedonio y después moría también asesinado Miguel III. Basilio se hacía con el trono imperial, deponía a Focio, reinstalaba a Ignacio, se colocaba al lado del papa Adriano II, y en el Concilio ecuménico del 869, al que asistió el emperador, se determinaba: “Teniendo por órgano del Espíritu Santo al beatísimo papa Nicolás, lo mismo que a su sucesor el santísimo papa Adriano, definimos y sancionamos todos los decretos que ellos dieron tanto para la defensa y conservación del santísimo patriarca Ignacio en la iglesia constantinopolitana, como para la expulsión y condenación de Focio, neófito e intruso”.

Pareciera arreglado todo, pero Focio se ganó con halagos y alabanzas al emperador, que lo recibió en palacio, y, al morir el Patriarca San Ignacio, logró ser repuesto en la sede de Constantinopla. Ya lo tenemos de nuevo... El papa Juan VIII admitió benignamente a Focio como nuevo Patriarca con tal que se arrepintiera sinceramente. Pero Focio, jugando siempre hipócritamente con sus cartas al Papa y con los legados pontificios, se aferró a sus ideas separatistas de Roma. Resulta casi un imposible saber cuando Focio obraba rectamente o torcidamente. El año 886 moría Basilio el Macedonio y le sucedía en el trono su hijo *legal* León VI, que era en realidad hijo adulterino de Miguel III y de Eudoxia esposa de Basilio. Como el nuevo emperador odiaba a su padre legal y a todos los de su entorno, desterró a Focio, lo encerró en un monasterio, y el infeliz Patriarca murió en el olvido más total lo más probable en la década del 890. Cuando se llegue a consumir el cisma definitivo, la Iglesia Oriental Ortodoxa venerará a Focio como “Santo” (!), mientras que la Iglesia Católica tiene en los altares, con harta razón, al bueno de Ignacio.

El cisma de Focio fue como un ensayo del que había de venir en el año 1054. Las relaciones de Constantinopla con Roma tuvieron días muy buenos y otros malos. Muchos obispos orientales, fieles al Papa, se quejaron más de una vez por medidas que no les parecían bien. Por ejemplo, el emperador León VI se casó por cuarta vez, cosa que iba contra la costumbre y hasta legislación de Oriente. El Patriarca Nicolás le prohibió la entrada en la Iglesia, pero el papa Sergio III, al que acudió León, le dio su aprobación. Otro caso, el Papa confirmó como Patriarca al indigno Teofilacto, elegido a los diez años de edad y consagrado a los dieciséis, tan loco por sus caballos que abandonó los oficios sagrados del Jueves Santo porque le avisaron que su yegua favorita acababa de tener un hermoso potro... Era el siglo X, el de hierro del Pontificado, y a Constantinopla no llegaban noticias buenas desde Roma. Total, que por los emperadores de Oriente y los Papas de Occidente, una y otra Iglesia estaban descontentas.

Y vino dolorosamente lo que había de venir. Miguel Cerulario, elegido Patriarca por el emperador Constantino IX, era ambicioso de manera que no se contentaba sino con ser el “Papa de Oriente”. El emperador quiso aliarse con el Papa ante el peligro musulmán en el sur de Italia. Cerulario vio el peligro: si los dos se hacen amigos, el Patriarca fracasaba en sus planes de grandeza. Y empezó a acusar a Roma de verdaderas tonterías: la consabida falsificación del Credo por los latinos con el “Y del Hijo” aplicado al Espíritu Santo; que los curas latinos no se dejan la barba; que en la liturgia de Cuaresma omiten el “aleluya”; que ayunan en sábado en vez del viernes... Tonterías de verdad, pero Roma envió legados a Oriente, los cuales, en verdad, fueron muy poco diplomáticos. Cerulario mandó cerrar las iglesias latinas de Constantinopla, y los encargados de cerrarlas llegaron a pisotear las sagradas formas eucarísticas consagradas por sacerdotes latinos. El Patriarca se mostró inflexible. Levantó al pueblo contra los legados del Papa, además de prohibirles a éstos celebrar la Misa en Constantinopla. Entre tanto murió el papa San León IX el día 19 de Abril de 1054, y los legados, por su cuenta, el día 16 de Julio depositaron sobre el altar de Santa Sofía la bula de excomunión contra Miguel Cerulario, el cual, a su vez, en un sínodo con bastantes obispos, excomulgaba a los legados. Todos pensaron que el emperador depondría Miguel, pero el pueblo se puso a favor del Patriarca, al que se fueron añadiendo poco a poco los Patriarcas y obispos de todo el Oriente, Asia Menor, Grecia, Serbia, Bulgaria, Rusia, etc... El crisma se había consumado.

Así se ha llegado a nuestros días. La Iglesia Oriental, en aquellos primeros mil años de Cristianismo, tuvo grandes obispos y Santos, igual que escritores egregios. Conserva íntegramente la doctrina y el culto eucarísticos, y tiene una devoción tiernísima a la Santísima Virgen, la Inmaculada y la Asunta, la “Theotócos”, la Madre de Dios. La Iglesia Ortodoxa no tiene una cabeza única, pues cada Patriarca es independiente, aunque todos ellos se sienten unidos con la caridad, tan típica en su Iglesia.

No confundimos con la Iglesia Ortodoxa a la Iglesia Católica Oriental, plenamente unida al Papa de Roma, aunque conserva ritos del culto y legislación propia, muy diferentes de la Iglesia latina, pero somos la misma y única Iglesia Católica.

La Iglesia Ortodoxa, aunque tenga también ritos diferentes, conserva íntegra la fe católica. Y así, no es Iglesia *hereje*, sino *cismática* al haberse separado de la obediencia al Papa. Por eso, muchas veces a lo largo de estos casi mil años se han hecho intentos de unión, pero no han tenido nunca éxito. Hoy, con el bendito Ecumenismo, ha empezado un movimiento en el que está metido del todo el Espíritu Santo, y un día u otro llegará a término feliz. El año 1965, el Papa Pablo VI y el Patriarca Atenágoras conjuntamente anularon aquellos documentos o bulas de excomunión, tanto de los legados pontificios como de los obispos orientales. Paz, paciencia, trabajo, ¡y a esperar! Dios se saldrá con la suya.

52. LAS INVESTIDURAS Y SAN GREGORIO VII

Gregorio VII es una figura gigante, que no se doblegó ante ninguna dificultad y elevó a la Iglesia, desde una grave postración, a una gran altura moral.

Había muerto el Papa en Abril de 1073 y al monje y archidiacono Hildebrando le tocaba organizar los funerales en la basílica de Letrán. Acabados, se alzó un griterío imponente y espontáneo de la multitud: ¡Hildebrando obispo, Hildebrando obispo, Hildebrando obispo!... Reunidos después los cardenales en la basílica vaticana, hicieron caso al pueblo y le dieron como Papa aquel hombre menudito, de tan pocas apariencias y que estaba aturrido. Lo ordenan de sacerdote y obispo, y así tenemos a Gregorio VII. Se necesitaba un Papa como él. Las Investiduras —que conocemos por las lecciones 43 y 44—, estaban causando estragos en la Iglesia, y nadie era capaz de remediar el mal. Gregorio VII se haría inmortal por extirparlas de raíz, aunque le valió un pontificado que parece de leyenda.

Recordamos muy brevemente, y de modo fácilmente inteligible, lo que eran las investiduras. El feudalismo (lección 44) había hecho que los reinos se dividieran en extensas posesiones, y los reyes y los grandes señores tenían en sus dominios las iglesias y hasta los obispados como algo propio. La parte espiritual era exclusiva de la Iglesia por institución divina: nadie podía consagrar a un obispo o a un simple sacerdote si no era el obispo. Pero el rey o el señor escogían a los candidatos que habían de regir las iglesias que tenían en sus territorios. Al escogerlos les daban las insignias de su oficio: al obispo el báculo y el anillo, cosa que antes hacían únicamente el Papa y los Metropolitanos, los cuales se limitaban ahora sólo a la consagración episcopal o sacerdotal. Esto era la investidura, el acto con que se le donaba al escogido posesión de la capilla, parroquia, y hasta la misma diócesis, y que entrañaba el juramento de fidelidad al rey o señor.

Este era el sistema, y hubo reyes como San Enrique II que lo hacían con la naturalidad máxima, con plena conciencia de su deber y eligiendo a los mejores. Pero no todos eran un Enrique el Santo... ¿Cuál era el resultado con los otros reyes o señores? Que los elegidos no eran los más dignos, sino los que más provecho traían al señor o al rey. Y lo hacían, muchas veces, comprando o vendiendo los oficios a base de fuertes sumas —el grave pecado de la *simonía*—, y abundaban los sacerdotes y obispos amancebados, sin guardar para nada el celibato —el pecado del *nicolaitismo* o clerogamia—, causando así un grande mal a los fieles. La Iglesia era una esclava del régimen, pues no tenía libertad alguna para escoger a pastores dignos. Así en Alemania, Francia y Lombardía de Italia; y algo, aunque en grado muy inferior, en Inglaterra y España.

¿Remedio?... Parecía un imposible acabar con el mal, pues fracasaron en la reforma todos los intentos de Papas y varios Santos; pero Dios guardaba su baza en la persona del papa San Gregorio VII, aunque él temblase porque “obligado, con gran dolor y gemidos fui colocado en el trono”, “sin otra esperanza que la misericordia de Cristo”. Y se trazó un programa muy claro: “Procurar con todas mis fuerzas devolver a la Santa Iglesia, esposa de Dios, señora y madre nuestra, su propia hermosura, para que sea libre, casta y católica”.

El Papa empezó inmediatamente, en el sínodo cuaresmal de Roma de 1074. Exigió cumplir la ley que ya existía pero que no se cumplía: ningún clérigo elegido con simonía

puede ejercer el ministerio en la Iglesia, y pierde su cargo quien lo consiguió a base de dinero. Además, los concubinarios, tanto presbíteros, diáconos o subdiáconos, deben abandonar su oficio, y los fieles no pueden acudir a las funciones celebradas por ellos.

Se armó la revolución que cabía esperar. Hubo obispos que aceptaron la decisión del Papa, pero otros muchos se mostraron blandengues y no publicaban el decreto de Papa, o lo disimulaban, toleraban que los clérigos siguieran casados, e incluso dejaban casarse a los que aún no lo habían hecho. El Papa escribe de estos obispos: “se esconden en el silencio como perros que no saben ladrar”. Muchos curas concubinarios se revelaron de manera violenta, y así, un hombre que en Cambrai habló contra los simoníacos y concubinarios fue lanzado a las llamas de la hoguera; y al abad San Gualterio, por defender la decisión del Papa, lo arrastraron violentamente y fue encarcelado por disposición del rey de Francia Felipe I, del que escribía el Papa a los obispos que era “no rey sino un tirano, que ha manchado toda su vida con pecados y crímenes, y el infeliz y miserable da pésimo ejemplo a sus súbditos con el pillaje de las iglesias, con adulterios, con rapiñas nefandas, con perjuros y fraudes continuos”.

Era inútil todo esfuerzo de reforma del clero mientras no se fuera a la raíz, es decir a *la simonía en las investiduras*, pues la Iglesia tenía las manos atadas para elegir a pastores dignos del pueblo de Dios. Y así, el Papa, en el nuevo sínodo cuaresmal de Roma el año 1075, fue tajante en sus disposiciones: “Cualquiera que en lo sucesivo reciba un obispado o abadía de mano de una persona seglar no será tenido por obispo o abad. Perderá la gracia de San Pedro —(es decir, la comunión con el Papa, Vicario de Cristo y cabeza de los obispos)— y no podrá entrar en el templo. Igualmente, si un emperador, duque, marqués, conde o cualquier otra autoridad osare dar la investidura de un obispado o de otra dignidad eclesiástica, sepa que incurre en las mismas penas”.

La guerra contra el Papa vino inexorable. Y aquí aparece en la Historia el rey de Alemania Enrique IV, de tan triste memoria. Tenía buenas cualidades naturales, pero no conoció freno moral desde su juventud, y escritores contemporáneos suyos lo llaman un perfecto calavera, libertino y cruel, que tenía a la vez dos o tres concubinas y no había muchacha ni mujer hermosa que estuviese segura ante sus instintos pasionales, hasta ser, dicen unos versos crueles, “seductor adúltero de abadesas y reinas”...

No va a ser posible describir en una sola página todas las luchas que se entablaron entre Enrique IV y el papa Gregorio. Las armas estuvieron siempre a favor del rey alemán, pero la Iglesia, fuera de los obispos simoníacos y curas concubinarios, estaba con el Papa, aunque su vida será tan amarga que, soñando en la muerte, rezará angustiado: “Muchas veces le clamo a Cristo. Apresúrate, no tardes en venir a buscarme, date prisa, no te detengas; y líbrame por amor a la Virgen Santísima y la intercesión de San Pedro”. Y por más que Enrique le tenga por su peor enemigo, Gregorio le escribirá con inmensa ternura: “Al Espíritu Santo me remito, a fin de que te indique lo mucho que te quiero y amo”.

Lo curioso es que Enrique, al principio, se mantuvo en gran armonía con el Papa Gregorio, el cual escribía: “Ningún emperador dirigió unas palabras tan llenas de ternura y de obediencia a un pontífice como las que Enrique nos escribe a nosotros”. Era la luna de miel que acabaría muy pronto. Vendrían después en Enrique los gestos teatrales como el arrepentirse de momento para volver inmediatamente a las andadas, las batallas sangrientas, la

audacia que le llevó a escribir al Papa después de un sínodo en Worms organizado por él con obispos simoníacos: “Yo, Enrique, rey por la gracia de Dios, a una con todos nuestros obispos, te decimos: Desciende, desciende a ser condenado por todos los siglos”.

Pero al Papa no le tembló la voz al excomulgar a Enrique en forma de oración, hablando como sucesor de Pedro: “Por tu favor me ha concedido Dios la potestad de atar y desatar en el cielo y en la tierra. Animado con esta confianza, por el honor y defensa de la Iglesia, en el nombre de Dios omnipotente, Padre, Hijo y Espíritu Santo, con tu poder y tu autoridad, al rey Enrique, que con inaudita soberbia se alzó contra tu Iglesia, le prohíbo el gobierno de todo el pueblo alemán y de Italia, desobligo a todos los cristianos del juramento de fidelidad que le hayan prestado o le hubieran de prestar, mando que nadie le sirva como a rey, y le cargo de anatemas, a fin de que todas las gentes sepan y reconozcan que tú eres Pedro y sobre esta piedra el Hijo de Dios vivo edificó su Iglesia, y las puertas del infierno no prevalecerán contra ella”.

El efecto en toda la Cristiandad fue tremendo. El Papa juzgaba y excomulgaba a Enrique como hijo de la Iglesia a la cual estaba causando males terribles. El rey se dio cuenta de lo grave de esta situación si no se arrepentía y deba a la Iglesia la satisfacción debida, pues los cristianos no podían comunicarse con el excomulgado y las mismas leyes civiles le hacían perder el trono si antes de un año no obtenía la absolución del Papa. Vino entonces el viaje del Papa a Alemania para entrevistarse con Enrique, el cual se adelantó con un viaje a Italia y ambos se encontraron en el castillo de Canosa. Vestido de penitente ante la puerta durante tres días, el rey se humilló, pidió perdón; el Papa lo admitió de nuevo en la Iglesia y él mismo le dio la Sagrada Comunión en la Misa. ¿Concluía todo bien?... Pura política, pura comedia, pura hipocresía de Enrique. Aunque es posible que fuera sincero de momento, y se dejase llevar después del respeto humano ante sus partidarios que le tachaban de cobarde. El caso es que la lucha siguió como si nada hubiera pasado. Las tropas de Enrique asediaron Roma, causaron estragos, el Papa se tuvo que refugiar en San’Angelo, y en Letrán era Enrique coronado emperador por el *antipapa* Clemente III que él había hecho elegir. Para el bien de Roma, Gregorio pudo y quiso evadirse, llegó hasta Salerno, y allí murió, en Mayo de 1085, dicen que con estas palabras en sus labios: “He amado la justicia y odiado la maldad. Por esto muero en el destierro”.

¿Fracaso total de Gregorio VII?... No lo creamos. La renovación de la Iglesia estaba en marcha. En medio de la simonía y de la clerogamia, florecían en aquellos días muchos santos, iba en auge la reforma de los monasterios y se estaban preparando las Cruzadas que elevarían la fe y el entusiasmo de los cristianos. Sobre todo, los obispos dejaban de ser simoníacos e iban a seguir en la cátedra de San Pedro unos Papas ejemplares, dignos de la línea que les dejó trazada Gregorio.

53. ALGO SOBRE EL CLERO

La Jerarquía de la Edad Antigua no podía cambiar pero en sus formas se acomodó a los tiempos nuevos. Miramos solamente algunos aspectos.

El Papa, Obispo de Roma, era admitido en la Edad Media —salvo por la envidiosa, rebelde y al fin cismática Iglesia de Oriente a causa de los Patriarcas de Constantinopla— como Pastor universal indiscutible, Vicario de Jesucristo, y cabeza y Primado de todos los obispos. Hincmaro, teólogo y obispo de Reims, lo llamaba “Padre de los padres, Papa universal de la primera y suprema sede apostólica”. Y Teodoro Studita, bellamente: “Santísimo y sublimísimo padre de los padres, Papa apostólico”. Así era la incontrovertida fe de la Iglesia, que contó en la alta Edad Media con Papas de tanta altura como San Nicolás I (858-867) y un San Gregorio VII (+1085). Dejamos a otros Papas muy beneméritos.

Los Cardenales nos merecen una atención especial. ¿Cómo nacieron? Modernamente los escoge y nombra el Papa, libremente y cuando quiere, entre los obispos de todo el mundo. No tienen hoy límite en cuanto al número. Únicamente existe una norma: pueden ser muchos; pero, cuando hay que elegir Papa, los electores son únicamente, a lo más, 120, y menores de ochenta años. El papa Sixto V en 1586 los fijó en setenta nada más: 6 obispos, 50 presbíteros, y 14 diáconos; de este número no se pasaba nunca, pero todos eran sin distinción de edad electores del nuevo Papa. Para elegir Papa no hacía falta que llegaran antes a 70 cardenales ni ahora a 120: estos son números tope, pero electores son los que existan entonces, aunque formen un grupo pequeño. Hecha esta observación para evitarnos confusiones, miremos el origen y formación del cardenalato.

Hay que remontarse al papa Nicolás II (1059-1061), que determinó la elección del Papa quitando toda injerencia al emperador o cualquier otro rey, o simplemente al clero romano en general y al pueblo. El Papa debía ser *propuesto* por los Cardenales *obispos* y *confirmado* por los Cardenales *diáconos*; entonces tenía que ser *reconocido* y *aceptado* por el clero y fieles de Roma. Sólo por este decreto trascendental se inmortalizaba el Papa Nicolás II.

Sabido esto, ¿quiénes eran los Cardenales? Como todos los obispos, el Papa, Obispo de Roma, tenía su “Presbiterio”, su clero propio y sus consejeros y asistentes directos. Los del Papa eran: desde el siglo VI, los presbíteros encargados de las 28 cuasiparroquias de Roma, y se llamaban “Cardenales presbíteros” (*cardenal* es lo mismo que eje o quicio de una puerta sobre el cual ella gira). Estaban también los 14 diáconos encargados de asistir el Papa en sus funciones sagradas y en la administración, sobre todo de la caridad, de la diócesis de Roma. Éstos se llamaban “Cardenales diáconos”. Se les añadían los 4 encargados del palacio del Papa en Letrán, y se llamaban “Cardenales palatinos”. Formaban un total de 48 Cardenales de la ciudad de Roma. Y venían después los 7 obispos de las diócesis vecinas o suburbicarias: Ostia, Porto, Albano, Santa Rufina, Sabina, Frascati y Palestrina, que, turnándose semanalmente, oficiaban en Letrán la catedral de Papa, y se llamaban “Obispos Cardenales”. Tenía el Papa desde entonces un total de 53 Cardenales, si es que estaban provistas todas las sedes, parroquias o cargos. El Papa ya no sería elegido en adelante sino por los Cardenales, y en “cónclave”, instituido entonces, sin injerencia de nadie más.

Y para entendernos también con lo que es en nuestros días. Todos los Cardenales, elegidos de todo el mundo por el Papa, al ser creados Cardenales y para que pasen a ser parte del

clero de Roma la diócesis del Papa, aunque no sea más que simbólicamente, a cada Cardenal se le asigna una iglesia *titular* propia de entre las muchas que hay en Roma.

Metropolitanos y Arzobispos. Nos salen continuamente en la Historia, y queremos evitar confusiones. Aunque ya lo insinuamos en la Edad Antigua, como obispos, todos los obispos son iguales, con la misma consagración y dignidad. Lo demás no es sino título honorífico. Se llamaron “Metropolitanos” los obispos de las ciudades que en el Imperio Romano eran capital de una Provincia, y obispos eran los pastores de las *ciudades* del Imperio, y había tantos obispos cuantas eran las ciudades romanas. “Metropolitanos” se llamaron después aquellos obispos a los que el Papa les mandaba como distinción el “*pallium*”, una franja blanca adornada con cruces negras, distinción que sigue hasta nuestros días. Los Metropolitanos no tardaron en llamarse Arzobispos, como hoy. Son la cabeza de los obispos de las diócesis “*sufragáneas*”, es decir, de los otros obispados de la Provincia hoy llamada “*eclesiástica*”. No mandan, sino que tienen un primado de honor. Pero en la Edad Media que nos ocupa tenían mucha importancia: ellos aprobaban y consagraban a los que habían propuesto para obispos de la Provincia, convocaban y presidían los concilios o sínodos provinciales o regionales, los cuales eran totalmente distintos de los Concilios Ecuménicos de toda la Iglesia y convocados por el Papa, etc. Se llegaron a tomar tales prerrogativas, que el gran Papa Nicolás I les ató seriamente en el siglo IX sus poderes.

Los **obispos** medievales ofrecen muchas facetas en la Historia. Junto a los simoníacos creados por las Investiduras y que tan malos recuerdos han dejado, la mayoría eran los dignos pastores que merecía la Iglesia. Muchos, santos de verdad. Otros, grandes constructores de sus catedrales y palacios. Y no pocos —aunque tuvieran prohibido ir a la guerra—, luchadores distinguidos, como aquel cuya bravura canta el Mio Cid: “Obispo Don Jerome, coronado leal. ¡Dios, qué bien lidiaba!”...

Canónigos, así llamados por el “*canon*” o reglamento a que vivían sujetos, eran los sacerdotes que hacían vida en común dentro del obispado o en casa al lado de la catedral. Tienen un origen muy interesante. San Crodegango (+766), obispo de Metz, recibió el palio del Papa que le daba la dignidad de Arzobispo, organizó a su clero imponiéndole un reglamento, estilo de los monasterios de monjes, que obligaba a los sacerdotes a vivir en comunidad, a una misma mesa y dormitorio, a rezar el Oficio divino juntos en el coro, a emplear el tiempo libre en el estudio o en la enseñanza. Al emperador Carlomagno le encantó semejante régimen de vida y lo extendió a todas partes. Se llamó en un principio “*Capítulo*” o “*Cabildo*” porque empezaba el rezo del coro leyendo un capítulo de la Biblia. El número de canónigos variaba según la importancia de las diócesis; Chartres tuvo hasta 72; Lyon, 52; Barcelona, 40; y algunas apenas 12. Vivían bajo la autoridad del obispo, que formaba parte de la comunidad, por más que se movía mucho más, aunque fuera para salir a la guerra... Así vivieron muchos años, pero al llegar el fatal siglo X se relajaron; ya tenía cada uno su casa, y hasta mandaba a rezar en el coro a un suplente... Sabemos cómo por San Norberto vinieron después los Canónigos Regulares que hicieron con su vida tan ejemplar muchísimo bien. De los canónigos vienen esas palabras tan eclesiásticas que leemos muchas veces: “*Preboste*”, o “*Prepósito*”, el primero, el que presidía. “*Dean*”, o decano, el más antiguo; “*Canciller*”, el que hacía o vigilaba los documentos..., y otros parecidos.

Los **Párrocos** se llamaron así por regir las iglesias parroquiales que se formaban en las ciudades aparte de la Catedral, y se multiplicaron mucho más en los campos, cuando éstos se poblaron tanto al decaer el Feudalismo. Podían administrar los sacramentos, sobre todo el bautismo y presidir el matrimonio. Además de donativos en dinero, percibían los llamados “derechos de estola”, primicias de las cosechas, diezmos del campo, animales como bueyes y ovejas, etc. Todo eso se dividía en cuatro partes: una, entregada al obispo para las necesidades de la diócesis; otra, para los pobres de la misma parroquia; la tercera, para la iglesia parroquial; y la cuarta, para las necesidades propias del cura.

Los simples **Sacerdotes** abundaban mucho, como podemos suponer. Era el clero inferior que cuidaba de capillas propias de los señores, los cuales las encomendaban a estos curas de formación muy escasa. Los sacerdotes de las catedrales y parroquias tenían buena preparación, pero el bajo clero la tenía pobre de verdad. Se les exigía únicamente que supieran las oraciones elementales como el Padrenuestro y el Credo, las plegarias de la Misa y las fórmulas de los Sacramentos. Es natural que este clero, de formación tan inferior, fuese aquel que vivía de manera moral también tan desdichada cuando venía la relajación de costumbres en el alto clero, como ocurrió en el siglo X, el de hierro del Pontificado.

Conocemos las costumbres de los clérigos. Se les exigía la homilía en los domingos y fiestas solemnes, para lo cual los obispos ya tenían libros apropiados, con lecturas de la Biblia y comentarios de los Santos Padres. Hubo concilios o sínodos que exigían la santidad de los sacerdotes, imponiéndoles el vivir célibes y tener en casa únicamente a la madre, hermana o una tía. Les encargaba que en la casa tuvieran cilicios y otros instrumentos de penitencia para los días de Cuaresma, días de Rogativas y para todos los miércoles y viernes. Las iglesias antiguas tenían un solo altar, pero vinieron los laterales cuando empezaron las Misas privadas, para las que sólo hacía falta un monaguillo. Se les aconsejaba el celebrar la Misa cada día o al menos oírla si estaban impedidos por enfermedad. Las Misas se solemnizaban con el órgano, “el rey de los instrumentos”, introducido en Occidente a finales del siglo VIII. Las campanas, instrumento imprescindible para el culto en todas las iglesias, parece que fueron invento de Italia, en la Campania, y de ahí su nombre.

Cuando hablamos del siglo de hierro del Pontificado, el siglo X, pudimos sacar la impresión de que en la Jerarquía de la Iglesia no existían sino males. Y eran éstos muy ciertos y muy graves. Pero no hay que exagerar. Junto con ellos, había mucho bien entre el clero, en el más alto como en el más humilde. De no haber sido así, no se hubieran dado en todos estos siglos tantos Santos y Santas reconocidos por la Iglesia como tales. Lo de siempre: en la Historia resalta siempre el mal; el bien sigue su caminito silencioso.

54. CLUNY Y CLARAVAL

Recordamos la lección 24 sobre los meritísimos monasterios benedictinos, que no siempre se mantuvieron en el mismo fervor espiritual ni empuje apostólico. Pero, cuando aflojaban, Dios les proveía de reformas eficaces, como veremos ahora.

Desde los Carolingios, casi todos los monasterios seguían la Regla tan moderada de San Benito, según la cual la oración litúrgica, el “Opus Dei”, era la principalísima ocupación, y de la cual se pasaba al trabajo. Pronto el trabajo hubo de dar más espacio a la oración, y hubo monasterios que dividieron sus monjes en grupos para turnarse en el coro de manera que la “alabanza de Dios” no cesara en todo el día (¡qué belleza!). La gran mayoría de los monjes eran laicos, sin más sacerdotes que los necesarios para dirigir el culto y administrar los Sacramentos. Así, el monasterio del abad San Angilberto, con más de 300 monjes, sólo tenía 32 sacerdotes. Corbie contaba con más de 350 monjes y Fulda pasaba de 400, sin contar los novicios, y los clérigos mantenidos por la comunidad para atender a las parroquias de la región. La vida de los monjes era: oración, escuelas, cultivo de los campos para enseñar a trabajar al pueblo. Magnífico todo. Pero aquellos monasterios ejemplares se convirtieron poco a poco en grandes emporios financieros. Miremos cómo sintetiza la vida de tales monasterios el tan conocido monje benedictino Padre Pérez de Urbel:

“La abadía se convirtió en centro de la vida económica, industrial, religiosa y nacional. Es un santuario, una escuela, un hospital, una hospedería, una plaza fuerte, un foco de población, un almacén, una oficina y un depósito de objetos de industria y comercio. Las chozas de paja de los primeros solitarios habían sido reemplazadas por grandes construcciones: iglesia, claustro, capítulo, dormitorio, cuadras, talleres, dependencias, que le daban el aspecto de una pequeña ciudad”... Para el servicio del monasterio había sastres, zapateros, carpinteros, albañiles, herreros, fundidores, cerveceros, bataneros, guarnicioneros, pergamineros, jardineros, de los cuales unos estaban adscritos para siempre al monasterio, y otros eran simples criados que podían marcharse o ser despedidos cuando viniese bien.

Semejante caterva de criados no era lo establecido en la Regla de San Benito, que sólo admitía en la comunidad *monjes* y jovencitos *oblatos*, dedicados todos a la oración y a las labores propias del monasterio, y sólo algunos dirigían las tareas de los trabajadores. Al venir después las grandes donaciones de tierras que recibían de reyes y de señores feudales, y contando con tantísimos criados, vino la relajación inevitable.

Por otra parte, había monasterios que dependían de señores feudales, los cuales ponían de abad a un laico, hacían propias todas las riquezas del monasterio, se contentaban con pasar a los monjes una porción miserable para su sustento, y muchos de ellos, convertidos en monjes ambulantes, iban mendigando por doquier haciendo su propia vida.

Además, los abades se implicaron mucho en la vida civil, convertidos en consejeros de palacio, en funcionarios políticos, en jefes de tropas cuando habían de pelear por el rey o los señores con su misma gente del monasterio.

Ante este panorama, ya podemos ver cómo iría la vida religiosa.

Con este telón de fondo, vamos sin más al siglo X, el triste *Siglo de hierro* del Pontificado. En medio de tanta calamidad surgió el año 910 en Francia el Monasterio de Cluny,

del que salió la reforma a multitud de monasterios, los cuales, con muchos santos egregios, promovieron en todas partes la vida cristiana más auténtica. El monje Bernon le pidió al piadoso conde Guillermo de Aquitania un oscuro rincón de aldea para establecer a sus monjes que los quería en la sencillez de la Regla de San Benito. Se inauguraba como propiedad de San Pedro, sin depender ni de reyes ni de dueños feudales: sólo el Papa sería su señor, de modo que los monasterios ya no dependían de los obispos sino que gozaban de exención papal. La simonía y la incontinencia no tendrían allí lugar. La liturgia, es decir, el culto a Dios, llenaba la vida entera de los monjes. Vino un florecimiento grande de santidad, que, conocida por los mejores señores feudales y reyes, quisieron implantar aquella reforma en sus monasterios. Y de Cluny, tan humilde en sus principios, salieron monjes que se esparcieron por todas partes, ofreciendo su tenor de vida a los demás monasterios. Como obra de Dios, resultó eficaz la labor de los cluniacenses entre aquellos monasterios que antes eran focos de riqueza y de disipación.

Aparte de Bernon, el fundador y primer abad durante dieciséis años, rigieron el célebre Cluny abades tan gloriosos como San Odón (926-942); San Mayolo (954-994); San Odilón (994-1049) y otros. Con **Bernon** se produjo una verdadera floración de vocaciones atraídas por la santidad de aquellos monjes tan ejemplares. **Odón** implantó el silencio y la clausura, de modo que el monje era monje de verdad, sin más preocupación que Dios. Al culto divino le dio una gran solemnidad, lo cual obligó a quitar algo al trabajo para que hubiera más tiempo de coro. Se acentuó mucho la división entre sacerdotes y hermanos legos, pues al no tener éstos los estudios necesarios, se dedicaban a faenas materiales y cultivo de los campos, sin la obligación rigurosa del silencio y clausura de los clérigos. El abad Odón viajaba mucho para dilatar la reforma cluniacense e iba con gran humildad, sin más cabalgadura que un asno, del cual se bajaba para prestarlo a cualquier caminante que encontrase fatigado. Alberico, hijo de la tristemente famosa Marozia (lección 45), le regaló su propia casa en el Aventino de Roma para convertirla en una abadía desde la cual llevó la reforma cluniacense a los más célebres monasterios, incluido el de Montecasino. **Mayolo**, de elegancia extraordinaria y amigo personal del emperador Odón, fue el restaurador de los monasterios del norte de Italia especialmente. **Odilón**, con cincuenta y cinco años de abad, fue el que imprimió a Cluny su carácter definitivo de gran monasterio. Venerado por los reyes más grandes de su tiempo —el emperador San Enrique II de Alemania, Roberto el Piadoso de Francia, Sancho el Fuerte de Navarra en España, y San Esteban de Hungría—, influyó como nadie en mantener la *tregua de Dios* para la paz de los pueblos cristianos.

Con este simple bosquejo, ya se ve lo que significó Cluny en la Iglesia. Sus monjes configuraban para siempre el monaquismo; promovían más que nunca el bienestar social entre las gentes campesinas, y el arte le debe las mejores iglesias *románicas*. El papa San Gregorio VII escribía gozoso: “El monasterio de Cluny sobrepasa a los demás monasterios en el servicio de Dios y en el fervor espiritual, porque no ha habido en Cluny un solo abad que no haya sido santo. Jamás doblaron la rodilla delante de Baal o los ídolos de Jeroboán, y han permanecido defensores valerosos y sumisos de San Pedro”. El calamitoso siglo de hierro contenía también mucho oro y de muy subidos quilates.

Sin embargo, hubo con el tiempo una falla en Cluny. Sus diez mil monjes eran una tremenda potencia en la Iglesia y los obispos se quejaron al papa Calixto II por la influencia

que tenían en todos los órdenes, religioso, social, político y cultural, con peligro de absorber la acción pastoral de las iglesias diocesanas. Además, en los monasterios cluniacenses, sin decir precisamente que se relajase la observancia religiosa, el culto se había convertido en algo imposible de mantener por la esplendidez de sus iglesias y la ampulosidad de sus celebraciones, que venían a eliminar la oración personal y todo quedaba reducido a exterioridades vacías de sentido.

Fue entonces, en los inicios del siglo XII, cuando se alzó, en Francia también, la figura de Bernardo, un Santo de talla gigante, salido del modesto Cister para fundar en el solitario Claraval un monasterio que sería celeberrimo por la santidad de sus monjes, de túnica blanca y escapulario negro. Bernardo atacó casi despiadadamente la forma de vida de los cluniacenses, a los que opuso su propia vida y la de sus compañeros, que cumplían con gran sencillez y pobreza la Regla de San Benito. En vez de los latifundios de Cluny con tantos criados, los del Cister cultivaban ellos mismos los campos para vivir. Frente a las iglesias espléndidas y tan ricas de los otros monjes, los cistercienses tenían unos templos muy modestos, sin nada de cruces, candeleros, incensarios o vasos de oro, sino de puro hierro. Fuera de los domingos, comían una sola vez al día, y cuando por la noche se levantaban a rezar maitines, ya no volvían a dormir. No ejercían ministerio alguno fuera del convento, y a tal grado de observancia llegó el monasterio de Bernardo que pronto crecieron incontables las vocaciones, hasta tener bajo su dirección más de 700 monjes. Así se desarrolló la Orden del Cister, que daría a la Iglesia santos y santas innumerables. Cuando murió San Bernardo en el 1153, existían 343 monasterios cistercienses, de los cuales eran 160 los filiales del de Claraval, y 68 habían sido fundados por el mismo San Bernardo. Hay que decir lo mismo de la rama femenina. Las cistercienses, llamadas también “Bernardas”, por el fundador, se multiplicaron de modo inexplicable, quizá más que los hombres, y cuentan con Santas innumerables, algunas tan extraordinarias como Santa Matilde o Gertrudis la Grande.

Bernardo, amante de la soledad, hombre místico y escritor extraordinario, y amante por antonomasia de la Virgen María, fue también, con sus cartas sobre todo, consejero de Papas, de obispos, de monjes, de reyes, de universitarios, de todo el pueblo cristiano. A Eugenio III, discípulo suyo salido de Claraval, que, como Papa, había de cuidar de la salvación de todos, le escribió la célebre advertencia: “Acuérdate de que en el negocio de la salvación, el primer prójimo tuyo del que has de cuidar es el hijo de tu madre”.

Como vemos, la historia de aquellos siglos medievales no se puede juzgar sólo por las calamidades que hemos visto en otras lecciones. Había males que resaltan desmesuradamente según como se los cuente. Pero el Jesús que iba en la barca de su Iglesia no estaba tan dormido como aparentaba. En medio de muchas miserias humanas, se desarrollaba también en el Pueblo de Dios una santidad extraordinaria de verdad.

55. LA VIDA CRISTIANA EN LA EDAD MEDIA

Ni que decir tiene que fue magnífica, dada la fe de aquellos siglos, a pesar de todos los defectos que se le pueden señalar, y produjo grandes frutos de santidad.

Hay que empezar por el culto, el cual tuvo sus variantes, como es natural. En la Iglesia de Oriente permaneció la liturgia de Constantinopla, con sus cantos inacabables, su incienso a puñados y cirios inextinguibles. La Occidental, mucho más sobria, se unificó lentamente, venciendo la romana a la galicana francesa, a la mozárabe española, a la irlandesa y escocesa, y hasta la milanesa que fue la más duradera.

Durante mucho tiempo siguió la tradición antigua de estar centrado el culto en la celebración de la Eucaristía. Hasta el siglo VII se celebraba sólo en la catedral o iglesia principal de una parroquia, en el único altar, con asistencia multitudinaria del pueblo. Pero a partir de este siglo, y por lo mismo desde el inicio de la Edad Media, empieza la celebración privada del sacerdote con un “suficiente” monaguillo, y por eso se multiplican los altares en cada iglesia. Los simples curas cayeron en dos extremos: unos no celebraban casi nunca, sino tres o cuatro veces al año, y otros, al revés, varias veces al día, hasta que se prohibió semejante costumbre, pues, ya se ve, era con afán de lucro por los estipendios. Pero, curioso, se multiplicaron las Misas y no las comuniones de los fieles, los cuales no comulgaban sino unas tres veces al año, en Navidad, Pascua y Pentecostés, de manera que, ya hacia el final de la Edad Media, el Concilio IV de Letrán en 1215 hubo de imponer una al menos al año por Pascua. No se entiende cómo se llegó a esta desgracia.

Cuando vino en el siglo XIII la explosión de la devoción a la Eucaristía, todavía un San Luis rey de Francia no comulgaba sino seis veces al año. Aunque empezaron las excepciones con muchas santas sobre todo: Matilde y Gertrudis, María de Cervelló, Ángela de Foligno, Margarita de Cortona, que comulgaban con frecuencia. Curioso, el Beato Juan Buoni (+1249), payaso de profesión por los palacios de Italia, pero, convertido, se confesaba continuamente y comulgaba todos los domingos.

La Penitencia revistió muchos aspectos. Seguía la penitencia pública si los pecados eran públicos. Y las penitencias, proporcionadas a los pecados, no eran una broma: según qué culpas, peregrinar a Roma para pedir la absolución al Papa, algo que algunos pecadores hacían espontáneamente..., estar años fuera de la comunidad cristiana..., largos ayunos a solo pan y agua..., andar descalzos y sin vestidos de lino o telas finas..., encerrarse durante la Cuaresma en un monasterio..., peregrinar a santuarios lejanos..., y, ¡mal hecho, desde luego!, abstenerse de las relaciones matrimoniales... Aunque se usaba la “conmutación” de esas penitencias por otras, como dar una limosna a pobres o rezar de rodillas una o varias veces todo el Salterio. Pero se fue metiendo la confesión privada, y entonces fueron desapareciendo esas penitencias exageradas. La confesión en particular y secreta fue introducida y propagada sobre todo por los monjes predicadores irlandeses y escoceses, los cuales formularon listas de pecados con la penitencia proporcionada a cada pecado. En realidad, esto es lo que se ha ido haciendo hasta nuestros días, aunque la penitencia (hoy ridícula) quede a juicio del confesor. Y algo muy curioso: aunque no fuera sacramento, y los fieles lo sabían bien, había muchos que, cuando no había sacerdote, confesaban sus pecados a un seglar,

como señal de arrepentimiento y pidiendo oraciones. Esto fue costumbre sobre todo en soldados antes de entrar en batalla, algo que duró varios siglos, y lo hizo Ignacio de Loyola en pleno siglo XVI... Fue costumbre en muchos el morir en acto de penitencia, como lo hizo un San Fernando de León y de Castilla, el cual exigió que lo depositaran sobre una estera en el suelo, cubierta la cabeza con ceniza en vez de la corona, con un cilicio y hábito de penitente en vez de la púrpura real y con una soga al cuello...

Estuvieron muy en boga otras prácticas piadosas, aparte de los Sacramentos, por ejemplo el **ayuno**, que se tomaba verdaderamente en serio: todos los días de Cuaresma, excepto los domingos; en Adviento, tres días a la semana; y todos los sábados del año. El ayuno se practicaba *completo*, ni comida ni bebida, desde el amanecer hasta las Vísperas a las seis de la tarde, cuando se tenía la única comida del día. Como era muy duro, Carlomagno lo adelantó a la tres de la tarde, y después se dejó la única comida formal para el mediodía. Los monjes empezaron a suavizar el ayuno al acabar el trabajo tomando una jarra de agua edulcorada, llamada la “colación”, porque mientras la bebían se leían las “Collationes” de Casiano, el monje del siglo IV. Esta “colación” se extendió después a todos los fieles y se permitía con ella algo de comida, “para que el agua sola no perjudique” (!).

La Eucaristía llegó a ser al final de la Edad Media la devoción de las devociones. Después de las herejías transitorias contra la presencia de Jesús en el Sacramento, se había impuesto entre los teólogos la fe y la enseñanza de la “transustanciación”, que enseñaba: en la Hostia consagrada está Jesucristo real y sustancialmente presente, porque el pan se ha convertido en el Cuerpo de Cristo, tal como es Él, sin falsas interpretaciones. Lo primero que trajo esto en los fieles fue un ansia grande de contemplar la Hostia santa, y se introdujo en la Misa la costumbre de levantar la sagrada Hostia nada más consagrada, al mismo tiempo que sonaba la campanilla para llamar la atención de los presentes o incluso tocar las campanas de la torre para que toda la población se enterase. Y, como esta costumbre, otras. El Santísimo, que se guardaba sin más en una hornacina o en un copón suspendido en forma de paloma, se empezó a reservar en un sagrario con lámpara siempre encendida, en lugar destacado detrás del altar, lo que dio origen a los grandiosos retablos de la catedrales góticas; un obispo de Burgos mandó que dos clérigos en la Misa incensasen continuamente el altar desde el Sanctus hasta después de la Comunión; el papa Gregorio X ordenó a los fieles permanecer arrodillados desde la Consagración hasta la Comunión; la exposición con el Santísimo en magníficas custodias, antes desconocidas; y vino el pensar en una fiesta solemne, la del Corpus Christi, que instituyó para toda la Iglesia el papa Urbano IV el año 1264. Los textos de la Liturgia son fruto de Santo Tomás de Aquino, que compuso además esos himnos preciosos que todavía hoy nos embelesan. Por ese tiempo empezaron a correr noticias de muchos milagros eucarísticos, que se resolvían siempre en lo mismo: corporales que recogían la sangre que brotaba de la Hostia o el cáliz sobre altar. Como el del sacerdote Pedro, que venía de Praga en 1263 y pasó una crisis grave de fe al dudar de la presencia real del Señor en la Eucaristía. Mientras celebraba la Santa Misa en Bolsena, al dividir la Hostia, ésta empezó a sangrar de tal forma en sus manos que la sangre empapó el corporal y el piso de mármol frente al altar. El Papa, que se hallaba en Orvieto, hizo traer los corporales, se comprobó el milagro, y fue el que decidió la institución de la fiesta del Corpus.

La devoción a la Virgen María, como no podía ser menos, se desarrolló fuertemente en estos siglos, a partir sobre todo de San Bernardo en el siglo XI. Los monjes de Cluny como los del Cister, le tenían consagradas todas sus iglesias a Dios en honor de la Virgen; no se daba monasterio benedictino que no honrase alguna de aquellas imágenes románicas con la leyenda de su aparición milagrosa; los monjes Carmelitas, con el famoso escapulario de San Simón Stock, propagaban la devoción a la Virgen como nadie; los Dominicos, a imitación de su padre Santo Domingo que predicó ardientemente de la Virgen después de su estancia en la capilla de Prouille, hablaban siempre de la Madre de Dios, herencia que hará popularísima con el Rosario el Beato Alano; los Franciscanos, a partir sobre todo del Beato Duns Scoto, se erigieron en los grandes promotores del amor a María Inmaculada; y los Siervos de María, finalmente, fueron ejemplo vivo del amor a la Señora. Fue en estos siglos cuando se escribieron esos himnos latinos que desde entonces canta la Liturgia en delicioso gregoriano. La “Salve”, que se la disputan todas las naciones, parece ya indudable que la compuso el obispo de Santiago de Compostela San Pedro de Mezonzo. Dante, el mayor de los poetas cristianos, acabará el siglo XIII cantando en la Divina Comedia, obra cumbre de la literatura italiana, lo que se pensaba en aquel tiempo sobre María: “Vergine madre, Figlia del tuo Figlio, umile ed alta piú che creatura..., Donna, sei tanto grande e tanto vali, che qual vuol grazia ed a te non recorre, sua distanza vuol volare senz’ali”. Es decir: María, la criatura más excelsa, y, con exageración preciosa, asegura que si no se acude a Ella en la oración es querer volar sin alas... En nuestra lengua española, que nacía en estos años, no envidiamos a nadie. Y tenemos poemas encantadores sobre la Virgen, especialmente de Gonzalo de Berceo con sus “milagros” tan simpáticos de la Virgen, y los del rey Alfonso X el Sabio, que escribía en sus Cantigas: “Rosa das rosas et Fror das froes, Dona das donas, Sennor das sennoras, de que quero ser trovador”.

El origen de esta gran devoción a la Eucaristía y a la Virgen María en la baja Edad Media tiene una explicación histórica muy comprensible. Hasta entonces, todo el culto y devoción de los cristianos se centraba en Dios, que se había revelado en Cristo, culto que se desarrollaba en el Sacrificio del Altar. Pero en estos siglos, a partir del XI y XII, se desarrolló la devoción a la Humanidad de Jesús, lo mismo en el Niño de Belén, especialmente por San Francisco de Asís, que en el Crucificado sobre todo. La Pasión de Jesús, sus llagas benditas, etc., impactaron fuertemente en el pueblo. Naturalmente, vino el centrar la devoción especialmente en la Eucaristía, donde la Humanidad glorificada de Cristo está presente en toda su realidad. Y vino también el ver en María a la Madre verdadera que dio el ser de Hombre al Hijo de Dios. Devoción a la Eucaristía y a la Virgen se desarrollaron a la par. Y hay que decir que produjeron una pléyade de Santos grandes, místicos de gran altura, que demuestran la espiritualidad a que llegó la Iglesia en esos días medievales.

56. HEREJIAS EN LA EDAD MEDIA

No podemos comparar las herejías medievales con las de los siglos IV y V, arrianismo, nestorianismo, monofisismo... Pero, aunque menos importantes, las debemos conocer. La iconoclasta la tratamos en las lecciones 22 y 56.

No proliferaron mucho las herejías en la alta Edad Media, y, si nacían algunas, no duraban mucho ni tuvieron las graves consecuencias de aquellas primeras. Sí que pulularon a partir del siglo XII, y fueron muy molestas sobre todo para los Pastores de la Iglesia. Damos unas nociones sobre las principales.

Los adopcionistas hubieran sido peligrosos de haber llegado a prosperar, porque se hubiese vuelto con ellos al nestorianismo y al monofisismo que en el siglo V hicieron tanto mal. Nacieron en España, y es cosa rara, porque los españoles, como decía atinadamente Menéndez y Pelayo, no valen para herejes. Pero el adopcionismo surgió precisamente por Félix, obispo de Urgel, y el Arzobispo Elipando de Toledo. ¿Y qué enseñaban? Esto: que Jesús, como Dios y Verbo Eterno, es verdadero Hijo de Dios; pero como hombre, el nacido de María, es hijo **adoptado**, y nada más. O sea, que Jesucristo era Hijo de Dios de dos maneras: como Dios, era Hijo verdadero de Dios; como hombre, hijo sólo adoptivo.

No era difícil rebatir este error con los Concilios de Éfeso y Calcedonia: Jesús tiene UNA sola PERSONA, que es divina, aunque con dos naturalezas, la de Dios recibida del Padre por generación eterna y la de hombre recibida en el seno de María. Por esa ÚNICA Persona, no puede tener dos filiaciones, sino UNA sola, la de “Hijo natural de Dios”, sin nada de adopciones.

Después de muchas aventuras y de abjurar formalmente de su error el año 799, Félix de Urgel murió piadosamente, mientras que Elipando, terco de veras, parece que murió obstinado en su opinión, y no ha quedado ningún recuerdo de él.

La predestinación, problema que ha torturado a muchos, fue causa de una controversia herética originada por Gotescalco, alemán del monasterio de Fulda y trasladado después al monasterio de Orbais en Francia. Lo más benigno que se puede decir de Gotescalco es que era un tipo totalmente anormal, testarudo y orgulloso, a pesar de su inteligencia. Y enseñó: que Dios, desde toda la eternidad, tiene predestinado a cada uno o a la Gloria o al Infierno, de modo que se cumplirá irremediamente el que unos irán al Cielo por voluntad inflexible de Dios, y los otros se condenarán también inexorablemente por decisión divina. Porque Cristo murió sólo por los predestinados que se iban a salvar y no murió por los que iban a condenarse por decreto de Dios.

Esta era su opinión y esto predicaba con verdadera pasión por varias partes de Europa. En el año 840 se hallaba en el norte de Italia y allí fue donde comenzaron las tremendas controversias entre Gotescalco y los teólogos, monjes y obispos. Su antiguo Abad en Fulda y después Arzobispo de Maguncia, Rabán Mauro, lo condenó en el sínodo del 848 y posteriormente fue condenado varias veces en otros concilios franceses y alemanes. Encerrado y castigado en el monasterio de Hautvillers, cerca de Reims, acababa su vida de monje errante y quedaba sólo escribiendo sus errores, mientras que en la Iglesia estaban en guerra doctrinal obispos, reyes y hasta el Papa. Toda una aventura por varios años turbulentos. Al fin,

enfermo Gotescalco por los años 868-869, Hincmaro, el gran teólogo y Arzobispo de Reims, trató de llevarlo a la retractación para que no muriera excomulgado, pero el hereje se obstinó cada vez más hasta el fin en su error. La doctrina de la Iglesia, sin embargo, quedó claramente determinada en varios sínodos de aquellos días: “Dios quiere que *todos* los hombres se salven y que no se pierda *ninguno*, aunque no quita a nadie su libre albedrío”.

Los errores contra la Eucaristía aparecieron por primera vez en el siglo IX, a propósito de un libro que hacia el año 831 escribió un monje santo, **Pascasio Radberto**. Hasta entonces, nunca se había discutido en la Iglesia la presencia de Jesús en el Sacramento. Y Pascasio la afirmaba igual: En la Eucaristía está Jesucristo en persona, con su verdadera carne y sangre, el mismo que nació de María, murió en la cruz y resucitó del sepulcro. La dificultad que se originó con este libro fue sobre el **cómo** está Jesucristo en la Eucaristía, y, entre tantas controversias que se suscitaron, se llegó a un materialismo craso y hasta irrespetuoso. Y vino lo peor, que por primera vez algunos empezaron a negar o a expresar de manera ambigua la presencia real de Jesús, tal como cuenta Hincmaro (+882), los cuales decían: “El sacramento del altar no es el verdadero cuerpo y la verdadera sangre del Señor, sino sólo *recuerdo* de su verdadero cuerpo y sangre”. Estaba echada la semilla fatal. Veremos en su día lo que dirá la Reforma protestante. Pero, de momento, quedó todo bien resuelto en la Iglesia, conforme a lo que decía Pascasio Radberto: Cristo está presente en la Eucaristía con su cuerpo y sangre históricos, el mismo cuerpo de Belén, del Calvario y el resucitado del sepulcro.

Pero con **Berengario**, nacido en Tours hacia el año 1000, se inicia una controversia gravísima contra la presencia de Cristo en la Eucaristía durante el siglo XI. Berengario, vanidoso y con ganas de hacerse ilustre, empieza por el 1040 a sembrar el error contra el Sacramento: “La Eucaristía no es verdadera y sustancialmente el cuerpo y la sangre del Señor, sino que se llama así por ser sólo figura y sombra del cuerpo del Señor”. Y cuando parece que no lo quiere negar del todo porque se ve acosado por tantas protestas, lo suaviza diciendo que sí, que es el cuerpo del Señor pero dentro del pan, porque la Eucaristía permanece verdadero pan sin cambiarse la sustancia del pan. La famosa “impanación”, como se dirá después. Con esta su doctrina empezará la controversia de Berengario contra todos los teólogos y de todos los teólogos contra Berengario, que era un hipócrita de categoría: cuando cedía ante un concilio o ante el Papa porque no tenía otro remedio, confesaba la verdad; apenas se alejaba de Roma y salía de Italia, seguía empedernido en su error. Convencido por Hildebrando, el futuro Papa Gregorio VII, juró y suscribió una fórmula perfectamente católica: “El pan y el vino después de la consagración son el cuerpo y la sangre de Cristo”. Y, como siempre, nuevos errores, nuevas condenaciones, nuevo retractarse según le convenía..., hasta que al fin en 1080 se retractó de sus errores de manera definitiva en un concilio de Burdeos, y se retiró a la soledad hasta que en el 1088 moría piadosamente. Berengario, un hereje, da la impresión, más que de orgulloso y obstinado, de presumido y con ganas de llamar la atención. Pero hizo mucho mal. Aunque sus errores obligaron a los teólogos a precisar conceptos, como el de “sustancialmente” y “transustanciación”, que después jugarán un gran papel en la doctrina sobre la Eucaristía.

La herejía albigense fue la peor de estos siglos. Llamados en un principio “cátaros”, o puros, pasaron a llamarse albigenses por haber constituido a la ciudad de Albi, cerca de Toulouse al mediodía de Francia, su fortaleza y centro de acción. Se discute mucho su origen histórico; pero hay que decir que fue una herejía medieval típica del siglo XII. ¿Y qué enseñaba? Tanto su doctrina como su moral son la aberración personificada. Imposible describir las en pocas líneas. Digamos, sin embargo, alguna idea que otra.

Según ellos, no hay un solo Dios, sino dos principios: el del bien y el del mal, el cual es el dios de toda la materia. El universo estaba compuesto por dos mundos en absoluto conflicto, uno espiritual creado por Dios y otro material forjado por Satanás. Las almas de los buenos están libres de ella; los malos están todos metidos en cuerpos de hombres, y, las almas de los que no son de la secta, moran en cuerpos de animales. Por eso, Jesucristo no fue más que una palabra que entró por un oído de la Virgen y salió por el otro, sin cuerpo alguno. No podía ser Dios encarnado porque el cuerpo es malo, aparte de que el Dios Yahvé del Antiguo Testamento era realmente el diablo. Los buenos, que eran los cátaros “perfectos”, se daban a ayunos increíbles; negaban el matrimonio, y era demoníaco el uso normal del sexo matrimonial para tener hijos; a fin de librarse de la materia, consentían en el suicidio, practicado por ellos en formas diversas, desde la dulce abertura de las venas en baño templado hasta el conseguido por ayuno total. Los cátaros “creyentes” o vulgares no estaban obligados a estas prácticas, pero debían aspirar a ser “perfectos”, y si morían simples “creyentes” se condenaban como los infieles. Para salvarse tenían que haber pasado por el “consolamentum”, bautismo sólo espiritual, ¡sin agua, que es materia! Creían en la reencarnación, por la cual podían escapar del mundo material y elevarse a un paraíso totalmente inmaterial. Enemigos de todo lo que fuera religión cristiana, odiaban sacramentos, oración, imágenes y especialmente a los sacerdotes...

Los albigenses se propagaron grandemente sobre todo por el sur de Francia, devastándolo todo, conforme al testimonio del conde Raimundo V de Toulouse, plenamente fidedigno: “La herejía ha penetrado en todas partes. Ha sembrado la discordia en todas las familias. Las iglesias están desiertas y se convierten en ruinas. Los personajes de mi tierra se han dejado corromper. La multitud sigue su ejemplo”. San Bernardo confirma estas palabras con las suyas propias cuando dice que no se veían sino “templos sin fieles, fieles sin sacerdotes, sacerdotes sin honor, cristianos sin Cristo”. Se sabe lo que hacían los albigenses: incendiar iglesias y cometer sacrilegios horrendos, como pisotear Hostias consagradas.

Ante tanta destrucción, y después de muchos intentos pacíficos de varios Papas, Inocencio III organizó una cruzada contra los albigenses de Francia, al frente de la cual iba el gran caudillo Simón de Montfort. Los albigenses levantaron un gran ejército, quizá de unos 50.000 hombres; los cruzados lucharon como fieras y cometieron muchas salvajadas, de modo que el Papa hubo de llamarles la atención. En la gran batalla de Muret (1218) murió Simón de Montfort, y los herejes duraron todavía varios años más durante este siglo XIII. Al final desaparecieron, ya que la Inquisición actuó seriamente sobre ellos, y la Iglesia contaba entonces con los grandes maestros del siglo, como Buenaventura y Tomás de Aquino.

57. MÁS SOBRE LAS HEREJÍAS

Esta lección, no como necesaria, sino como curiosa. Cosas que dejamos en la lección anterior sobre las herejías medievales.

Conocemos a los iconoclastas de Oriente por la lección 22, dados a destruir las imágenes de los Santos. La herejía no tenía base popular, ya que los fieles querían y veneraban sinceramente las imágenes. Lo malo es que se mezcló la política de los emperadores bizantinos, cuyo *cesaropapismo* nos es bien conocido. El emperador León III el Isáurico era un hombre dotado de grandes cualidades y defendió Constantinopla heroicamente derrotando a los árabes que la habían asediado con una enorme flota de 1.500 barcos. Pero no se sabe cómo se le metió en la cabeza el atacar las sagradas imágenes, quizá para atraer a judíos y musulmanes enemigos de su culto. El caso es que el año 727 mandó derribar la gran imagen de Cristo colocada, dicen, por Constantino ante la puerta de bronce de un palacio. Mientras Jovino realizaba la tarea, el pueblo se amotinó, derribaron la escalera, cayó el jefe con los ayudantes, las mujeres pisotearon los cadáveres, y el emperador se convirtió desde aquel momento en una furia. Orgulloso, escribía al papa Gregorio II manifestándole que acabaría con el culto de las imágenes, por ser idolátrico y contrario a las Sagradas Escrituras. Y le aseguraba al Papa: porque “Soy emperador y sacerdote”.

Nada pudo con el Patriarca San Germán, pero el Patriarca siguiente, Anastasio, fiel obsequioso del emperador, le apoyó en su lucha y comenzó una destrucción de imágenes implacable. Los héroes de la Iglesia fueron los monjes, y entonces León III les declaró una guerra feroz que produjo muchos mártires. Enterado de todo el papa Gregorio III, excomulgó desde Roma al emperador y “a todos los que destruyan las imágenes de Nuestro Señor Jesucristo, de su gloriosa Madre María, siempre virgen inmaculada, y de los apóstoles y santos”. San Juan Damasceno, en su retiro de Oriente, escribía magníficamente como gran Doctor sobre el culto de las imágenes, y, como dijimos en aquella lección, dicen que la Virgen le devolvió la mano que le habían cortado para que no escribiese más.

Lo de San Juan Damasceno puede que sea una leyenda. Pero no es leyenda la terrible persecución que desató Constantino V Coprónico, que sucedió como emperador a su padre León III. Hizo celebrar el concilio de Hieria, el cual no fue válido porque ni el Papa envió sus delegados ni acudieron los Patriarcas de Oriente, pero sus 338 obispos, orientales y aduladores de Coprónico, condenaron el culto de las imágenes para dar gusto al emperador, y sin embargo no se atrevieron a condenar sus ideas de verdadero hereje: negaba que Jesucristo tuviera las dos naturalezas de Dios y de hombre; le negaba también a la Virgen el nombre de Theotócos, la “Madre de Dios; a ningún hombre se le podía llamar “santo”, etc.

Como el concilio no fue aprobado, y los monjes defendieron valientes la fe, se desató la terrible persecución. Los obispos fieles, desterrados o muertos, como Juan de Monagria, a quien meten cosido en un saco y lo arrojan al mar... Los monasterios de los monjes, destruidos o profanados. Se organiza una procesión grotesca; todos los monjes, cada uno con una mujer atada al brazo, son paseados por la ciudad entre los insultos y salivazos del populacho afecto al emperador; se les ofrece la libertad a los que acepten a la mujer para casarse con ella, y, al no ceder ellos, a muchos se les sacaron los ojos, se les cortaron las orejas o las manos, o se les embadurnó de pez la barba para prenderle fuego...

Murió Constantino Coprónico, y la persecución se amortiguaba o se reanudaba o cesaba según el cariz del nuevo emperador. Y cesó con la Emperatriz Irene o con la regente Teodora, ambas muy católicas. Teodora puso de Patriarca al obispo Metodio, que tenía “los labios mutilados por el hierro de los iconoclastas, de suerte que en las funciones públicas tenía que sostener sus mandíbulas destrozadas con un vendaje blanco, pero conservaba suficiente voz y elocuencia para dictar sus himnos y sus discursos, siempre temibles a los enemigos de las imágenes”. Para finales del siglo IX la herejía había desaparecido. Si el culto de las imágenes no fuera legítimo, ¿habría dado Dios tanta gracia a tantos mártires?...

Los maronitas de Armenia constituyen un caso muy bello. Monofisitas y monotelitas desde aquellas herejías del siglo V, rechazaron siempre los Concilios de Éfeso y Calcedonia. Pero en el siglo XII se acercaron a Roma. No hace falta detenernos en detalles, de idas y venidas entre Roma y Armenia. En el año 1215, el Patriarca Jeremías asistió al Concilio IV de Letrán, y, regresado a su tierra, unió definitivamente bajo Inocencio III la Iglesia Maronita con la Católica, y desde entonces, a pesar de muchas persecuciones, la Iglesia en el Líbano se ha mantenido fidelísima a Roma como lo vemos en nuestros mismos días.

Casi para tener un rato de solaz, podríamos entretenernos con otras herejías de estos siglos XII y XIII, porque resultan curiosas, aunque causaron males serios entre los fieles.

Los **luciferianos** de Maestricht aseguraban que Lucifer había sido condenado en el infierno injustamente y había que rehabilitarlo condenando al Arcángel San Miguel. Además, había que adorar al demonio Asmodeo en forma de gato negro.

El loco de **Tanquelino** (+1115), comilón en banquetes espléndidos, se proclamaba a sí mismo Hijo de Dios con la plenitud del Espíritu Santo, y realizó una ceremonia sacrílega con la Virgen María. Sus seguidores fueron tan fanáticos que se disputaban el bautizarse con el agua en que se había bañado Tanquelino, asesinado finalmente por un clérigo.

El francés **Eudo** fue otro loco de remate, pues proclamó ser el Hijo de Dios y el Juez que el último día acabaría con el mundo. Murió encarcelado hacia el año 1150.

Más serios fueron los **petrobrusianos**, fundados por Pedro Bruys (+1138), que aseguraba: el bautismo de los niños era inútil; había que destruir las iglesias, porque los templos son prostíbulos; Jesucristo consagró solamente en la última cena, ahora ya no está presente en el Sacramento; hay que destruir las cruces, y, de hecho, hizo un día un gran montón con ellas, les prendió fuego, pero el pueblo escandalizado y amotinado acabó con él echándolo vivo en la hoguera.

Los **panteístas** de Amuray en París, como su mismo nombre indica, aseguraban que todas las cosas son parte de Dios y Dios mismo. Y muerto Amuray, la herejía enseñó algo más divertido: la Historia se divide en tres edades. La primera es la del Padre, que se encarnó en Abraham; la segunda, la del Hijo, que se encarnó en Cristo; la tercera es la del Espíritu Santo, encarnado en todos los fieles, y así todos somos dioses como Cristo y Abraham. Condenados estos errores en París el año 1210, el rey de Francia Felipe Augusto mandó morir en la hoguera a los principales herejes y a los demás los metió en prisión para siempre.

Los **speronistas** fueron desconocidos por mucho tiempo en la Historia, pero modernamente han salido a relucir con amplia y fidedigna documentación. Y hay que decir que fueron unos herejes malos de veras. Su iniciador fue Hugo Speroni, del norte de Italia, el cual

aparece por los años 1160 con unas doctrinas que son un verdadero avance de lo que más tarde enseñarán por doquier los más genuinos protestantes. Que sepamos, Speroni no era sacerdote sino un magistrado muy docto, con cargo público como el de Cónsul en su ciudad natal de Piacenza. Hizo muchos adeptos a los que instruía en una espiritualidad radical, con verdadero odio a toda autoridad religiosa. Se separó de la Iglesia Católica, a cuyos sacerdotes odiaba; negaba los sacramentos, especialmente la Eucaristía; enseñaba que la santificación se obtiene sin necesidad de las obras buenas, sino simplemente por la predestinación de Dios, que a unos los ha señalado desde la eternidad para la salvación y los demás se condenan sin más. El sacerdocio no existe, pues sacerdotes verdaderos son únicamente los santos, mientras que los sacerdotes consagrados son todos unos pecadores indignos de la Iglesia. No hay distinción alguna entre sacerdotes y laicos, pues todos son sacerdotes... Puro protestantismo de Lutero y de Calvino con cuatrocientos años de anticipación. Suerte que el speronismo no tuvo duración, y antes de un siglo no aparece ningún rastro de semejante herejía, la peor de todas en este siglo XII, junto con la de los albigenses.

Los valdenses ya fueron otra cosa. Verdadera lástima que acabase en herejía lo que comenzó tan bien. Pedro Valdés, rico comerciante de Lyón, deseoso de seguir a Jesucristo en todo, dejó bien asegurada a su esposa y a sus hijas, y con algunos seguidores con el mismo ideal, se abrazó con la pobreza, se llamaban los pobres de Cristo, se vieron admirados y seguidos por la gente sencilla, embobada de aquella sencillez y pobreza. Lo malo es que por el año 1177 empezaron a predicar, cosa prohibida a los laicos por no estar preparados para ello, y difundieron errores que el obispo hubo de atajar. Aquí empezó el mal de aquellos reformadores. Y aunque el papa Alejandro III alabó su sincero ejemplo de pobreza, les pidió que no predicaran sino con la autorización expresa de los obispos. Engreídos, se rebelaron, se pusieron en contacto con cátaros o albigenses, y cayeron en muchos errores. Iban de tumbo en tumbo. Un concilio de Verona el año 1184 los condenó, mezclados con los cátaros y otros herejes similares. Como se extendieron fuera del sur de Francia y norte de Italia, entrando también en España, el rey Pedro II de Aragón el Católico los trató de manera brutal, con esta orden: “Sébase que si alguna persona noble o plebeya descubre en nuestros reinos algún hereje, y lo mata, o mutila, o despoja de sus bienes, o le causa cualquier daño, no por eso ha de temer algún castigo, antes bien, merecerá nuestra gracia”.

No es extraña esta manera de actuar del rey aragonés, pues años más tarde vemos el final trágico que tuvieron los albigenses o cátaros. Después de la cruzada organizada por Inocencio III contra ellos, los cabecillas con un gran grupo se encerraron en su castillo de Montsegur, pero el senescal de Carasona asedió la fortaleza, encendió una enorme hoguera en el “prado de los quemados”, y en ella arrojó vivos a todos los sitiados, hasta doscientos. Lo podemos creer... La civilización nuestra estaba todavía muy lejos. Y para aquellos reyes y caballeros era un honor salir por los fueros de Dios, como para los judíos del desierto con los amalecitas y otros (Dt. 25,19; Dt. 20,17). Así eran las cosas...

58. APARECE LA INQUISICIÓN

Lección importante por lo que la Inquisición significó para la conservación de la fe, y necesaria ante los continuos ataques que todos los enemigos de la Iglesia lanzan contra ella. Nosotros la miramos sin prejuicios.

Es cierto, y no lo negaremos nunca, que la Inquisición cometió abusos y procedió muchas veces con maneras hoy inaceptables. Pero es necesario conocer la naturaleza y desarrollo que tuvo una institución nacida en circunstancias históricas concretas e inevitables. Los enemigos de la Iglesia se callan siempre lo que sucedió con la Inquisición protestante de Calvino, la holandesa, la de Isabel I y Jacobo I de Inglaterra, aunque nunca la llamaron “Inquisición”, la cual cometió crímenes sin cuento y mucho más crueles que la católica.

Empezamos la lección con esta advertencia que parece fuera de lugar. Pero no queremos ni condenar a otros por defendernos a nosotros, ni tampoco hacer apologética, sino exponer simplemente los datos históricos de un tema que resulta siempre antipático. La llamamos aquí “medieval” porque nació en plena Edad Media, pero seguirá igual después, aunque con las modificaciones que dicten las circunstancias de los tiempos.

Nadie puede negar que la Iglesia tiene el poder y la obligación de defender la fe cristiana y católica dentro de su seno. Y lo ha hecho desde el principio con penas o castigos espirituales, avisando, corrigiendo y, en caso extremo, excomulgando al rebelde e impenitente, apartándolo de la comunión de los santos y expulsándolo de su seno, como lo hizo San Pablo (1Co 5,1-5), el cual amenazaba incluso con un terrible “anatema” —¡maldito!—, que era lo último que podía decir (Gal 1,9-10). ¿Puede la Iglesia hacerlo también con castigos externos?... Miremos el actual Derecho Canónico: “La Iglesia tiene derecho originario y propio de castigar con sanciones penales a los fieles que cometen delitos”. “Las sanciones penales en la Iglesia son penas medicinales. Y la ley puede establecer otras penas expiatorias, que priven a un fiel de algún bien espiritual o *temporal*, y estén en conformidad con el fin sobrenatural de la Iglesia” (cc 1311 y 1312). Es decir, que la Iglesia puede castigar con penas espirituales y también con otras *externas y temporales* (por ejemplo, quitar su cargo a un clérigo, suspender de la enseñanza a un profesor...) en orden a conseguir el bien eterno de sus hijos. Esto lo ha hecho la Iglesia siempre y lo hizo en el tiempo que historiamos.

Sólo que la Edad Media fue algo especial por la mentalidad de aquellos tiempos. Pueblo, emperador o rey y Papa venían a constituir una sola UNIDAD religiosa. Y así, por ejemplo, descubiertos en Soissons algunos herejes en 1114, el obispo no sabía qué hacer y acudió en busca de consejo a un sínodo de Bauvais; el pueblo no aguantó, y, “avergonzado de la debilidad clerical”, asaltó la cárcel, se llevó a los herejes y los quemó vivos en la hoguera... El Conde Felipe de Flandes, en 1183, sin compasión alguna hizo quemar vivos a muchos clérigos, nobles caballeros y gente del pueblo, incluidas muchas mujeres tanto casadas como solteras... Y el hipócrita emperador Federico II, bajo la capa de celo por la fe, se arrogaba una potestad suprema como la del Papa y castigaba sin piedad con tormentos crueles y con la muerte a súbditos herejes que le estorbaban: “Si un atentado contra mi majestad imperial se castiga severamente, con cuánta más razón no ha de castigarse la ofensa a la Majestad infinita de Dios”... La manera de castigar la herejía, como otros delitos, variaba de nación a nación, según sus costumbres, pues en Francia era la hoguera mientras que en

Alemania se aplicaba la horca. Esta era la realidad del pueblo y de la autoridad civil respecto de los herejes. Con los cátaros o albigenses, tenían su razón, ya que, aparte de negadores de la fe, cometían en la sociedad toda clase de atropellos, robos y asesinatos. Si tenemos presente todo esto, entenderemos la Inquisición. De lo contrario, sería muy difícil.

El papa Gregorio IX en el 1231 dio forma a la Inquisición (“inquirir”, buscar) con el fin de convertir a los herejes, y, de persistir éstos en su obstinación, castigarlos con moderación y no arbitrariamente. Si el acusado continuaba en su terquedad, era entregado al poder secular y no era la Iglesia quien infligía la pena dictada, y menos si era la de muerte. La Inquisición nació para *favorecer* al hereje, y no dejarlo a merced de reyes caprichosos o del pueblo amotinado. Juzgar al hereje correspondía al obispo, aunque, para salvarle la conciencia y facilitar los juicios, el papa Gregorio confió la Inquisición de cada obispo a los frailes Dominicos, ya que se distinguían mucho por su ciencia, su celo por la fe y por la salvación de las almas, igual que su fundador Santo Domingo de Guzmán; habían nacido, decía el Papa, “suscitados por Dios para reprimir la herejía y reformar la Iglesia”.

Los inquisidores no formaron nunca un tribunal de la Inquisición, que era siempre el del obispo, y los inquisidores debían guiarse por la orden del Papa, que quería la conversión de los herejes: “En llegando a una ciudad convoquen a los prelados, al clero y al pueblo, y diríjanles una alocución. Los que hayan caído en herejía deberán prometer obediencia a las órdenes de la Iglesia; si se niegan, deberán ustedes proceder según los estatutos que hemos promulgado”. Muy bien, pero nada más empezó a funcionar la Inquisición en el norte de Italia el año 1233, “comenzaron los de Milán a quemar herejes”. Y ya en el mismo año, Conrado de Marburg empezó su misión con rigidez personal exagerada. Si el hereje confesaba su error, se le perdonaba la vida; si lo negaba, paraba en la hoguera. Pero los nobles no aguantaron a inquisidor semejante, y acabó su vida asesinado. Y fue peor lo de Roberto de Brugue, que antes había sido hereje, se había convertido, y no perdonaba a ningún antiguo correligionario. En un solo día de Mayo de 1239 mandó echar a la hoguera a unos 180 herejes. El Papa, lo destituyó de su cargo y lo condenó a prisión perpetua.

Muy distinto fue el caso de San Pedro de Verona. Hijo de una familia de herejes, él se mantuvo fiel católico e, ingresado en la Orden de los Dominicos, se distinguió por su celo apostólico; Gregorio IX le encomendó en 1234 el cargo de Inquisidor General de todos los territorios milaneses, convirtió a muchos herejes en vez de condenarlos, hasta que pusieron a precio su cabeza. Asesinado entre Como y Milán el año 1252, uno de los asesinos se convirtió, Carino, se hizo dominico y murió con fama de santo. Más que inquisidor, Pedro de Verona fue apóstol de los herejes, a los que sabía encaminar hacia Dios.

Es indiscutible que se cometieron abusos, pero es muy cierto, sobre todo, que los inquisidores, consejeros natos del obispo, procedían con gran honradez. Se formaba verdadero juicio. El inquisidor llevaba consigo como consejeros a un grupo de “hombres buenos”, clérigos y laicos. Cada acusado tenía derecho a contar con abogados.

Si el acusado confesaba su error, y aceptaba una simple penitencia de la Iglesia, se acababa pronto con la absolución. Y había un medio fácil de averiguar la verdad. Al acusado se le pedía, como en todo juicio, hacer juramento de que diría la verdad. Como aquellos herejes no querían juramento ni creían en él, si el acusado lo hacía, señal de que era inocente; si se negaba, mala señal... ¿Y cuando se dudaba positivamente del acusado? Desgracia-

damente, se introdujo la tortura, y el Papa Inocencio IV cometió el disparate fatal de aprobarla. Aquí es donde vinieron los peores males y lo que hizo tan antipática a la Inquisición.

Cuando se acababa el proceso de todos los acusados en una población, venía el “auto de fe”, sobre el que tanto se ha fantaseado por muchos. Era para escuchar el veredicto. Y se hacía solemnemente. Con procesión multitudinaria hacia el lugar designado. Los acusados iban vestidos de negro, rasurada la barba y cortados los cabellos, con el gorrito “sambenito” en la cabeza. Seguía un acto litúrgico, normalmente la Misa, acabada la cual se proclamaba la inocencia de los no culpables y la absolución de los arrepentidos que habían cumplido la penitencia impuesta por la Iglesia, aunque todos habían de abjurar públicamente los errores de que habían sido acusados. Y venía el pronunciar por el inquisidor las sentencias: primero las más leves, hasta llegar a las más graves, y, si las había, las últimas eran las condenas a muerte. Antes de entregar a los culpables al brazo secular, el inquisidor exhortaba a las autoridades a usar de benignidad, atendiendo ante todo a los arrepentidos.

Y cabe preguntar: ¿eran muchos estos actos de fe? No tantos como se pudiera pensar. En los dieciocho que celebró el famoso inquisidor Bernardo Gui durante más de quince años, pronunció 930 sentencias; 139 absolutorias con libertad inmediata; 90, contra personas ya difuntas; 307 de prisión más o menos larga; otras, con penitencias como peregrinar a Tierra Santa o llevar una cruz distintiva en el vestido; y fueron 42 las condenas a muerte, sólo un poco más del 4% de los acusados. Pocas, aunque nosotros hubiéramos preferido ninguna...

¿Qué juicio nos merece la Inquisición? De nuevo, a ponernos en aquel tiempo y en aquella mentalidad. Curiosamente, la inquisición ha existido en todas las religiones de todos los países. Bastaba que se opusiera una nueva religión a la tradicional del pueblo o a la oficial del Estado. La Iglesia Católica tiene más experiencia que nadie por haber obedecido a Jesucristo: “Vayan, prediquen y hagan cumplir lo que yo les he enseñado y mandado” (Mt 28,20). La Roma del Imperio no toleró a la Iglesia, ni Japón, ni China, ni la Cochinchina, ni naciones africanas, países todos en los que la sangre cristiana corrió a torrentes. Ni la toleraron la Inglaterra protestante al separarse de Roma con Enrique VIII e Isabel I —que causaron tantísimos mártires—, ni el comunismo marxista ni el nazismo alemán porque se oponía frontalmente a sus ideologías. Con la cultura medieval y en pueblos recién convertidos, la Inquisición creada por la Iglesia de entonces no causa extrañeza, pues fue promovida ante todo por los príncipes seculares para defender sus Estados; la Iglesia dio forma jurídica y más humana a lo que ya se hacía civilmente; y, además, evitó con ella las muchas muertes que hubiera causado la población civil y sus reyes por aquella su mentalidad tan peculiar, según la cual se le defendía a Dios con la espada igual o mejor que con la palabra.

59. LAS ÓRDENES MILITARES

Una institución sorprendente. Religiosos verdaderos, hombres consagrados, dedicados a las armas y, a pesar de sus fallos, grandes bienhechores de la sociedad.

Hay que tomar la lección de un poco arriba. En los estados feudalistas, se dieron unos hombres libres que habían de ser diestros en el manejo de las armas y dominar bien a ese animal tan bello como es el caballo. Las guerras contra los sarracenos exigían soldados como ellos, y pronto llegaron a formar una especie de entidad social muy característica de soldados caballeros, dedicados a la aventura, a la violencia, al pillaje, si no estaban en guerra, la cual era su elemento natural. Entre el Estado y la Iglesia unidos consiguieron meter en aquellos guerreros salvajes la ilusión de hacer el bien, evitando la violencia y empleando su mucha fuerza en defender a los pobres, a las mujeres desamparadas, a los sacerdotes desprotegidos en sus parroquias. Para ello era necesario practicar las virtudes humanas que más les podían enorgullecer como la honradez, la lealtad, la generosidad, la castidad, la humildad, la valentía, la fe y la piedad... El caso es que poco a poco se creó la Caballería, una institución en la cual entraban ante todo los nobles y además los plebeyos que podían presentarse con esas virtudes tan humanas y tan cristianas. Se llegó a “armar” a los caballeros con ceremonias litúrgicas especiales, y escuchaban al recibir la espada:

“Te rogamos, Señor, te dignes bendecir con la diestra de tu majestad esta espada, con la que este tu siervo desea ceñirse, para que sea defensa de las iglesias, de las viudas, de los huérfanos y de todos los servidores de Dios, luchando contra la crueldad de los paganos, prestándole tú la virtud y poder en el moderado ataque y en la justa defensa”.

El padrino le daba con la mano una “pescozada”, que fue sustituida después por el “espaldarazo”, un golpe en la espalda con el lado plano de la espada. El Beato Raimundo Lull, pedía: el nuevo caballero “debe montar a caballo y mostrarse así a la gente..., y en ese día se debe hacer gran festín, con convites, bohordos y torneos”.

El armado debía ser el ejemplar de lo que hemos llamado siempre la “Caballerosidad”, sobre todo con la mujer, y no había caballero que no tuviera en la cabeza la Dama de sus sueños, aunque no pasara de un amorío romántico e imposible. La Caballería, con ese conjunto de virtudes como la dignidad, el decoro, la nobleza, la cortesía..., pasará a los auténticos Caballeros cristianos de las Órdenes Militares, los que nos ocupan en esta lección.

Por sorprendente que parezca, los miembros de las Órdenes Militares eran todos monjes, con los votos religiosos de pobreza, castidad y obediencia, algunos de ellos sacerdotes, dedicados exclusivamente al rezo del coro; otros, hermanos legos ayudantes; y los más, casi todos, Caballeros dedicados a las armas. Añadían un cuarto voto de dedicarse completamente a la guerra contra los infieles, de modo que formaban un ejército permanente. Era una vida tan plenamente militar como religiosa, austera y espiritual. Nacieron en el siglo XI, animados más que nadie por San Bernardo, y vivían bajo una Regla monacal aprobada por el Papa. Sólo en aquellos siglos de fe y generosidad se les pudo ocurrir algo semejante.

El jefe supremo de cada Orden se llamaba “Maestre”, elegido por todos, y tenía carácter vitalicio. Todos los miembros de la Orden tenían el tratamiento de “frey”, distinto del “fray” de las otras órdenes religiosas.

Antes de enumerar las principales Órdenes Militares hay que observar el hecho de que éstas no nacieron primeramente para la guerra, algo que vino después, sino para la *caridad* y la *beneficencia*. Unos mercaderes habían fundado en Jerusalén el hospital de San Juan para los peregrinos, grandemente ampliado después, cuando llegaron los conquistadores de la Primera Cruzada con Godofredo de Bouillon, para atender a los enfermos. Muchos Caballeros Hospitalarios se adhirieron a él y multiplicaron el Hospital ampliamente por toda Europa, aprobada por el papa Pascual II en 1113 bajo la Regla de San Agustín, y grandemente favorecida por todos los reyes europeos. Años después, en 1137, aquellos **Caballeros Sanjuanistas** se dieron a las armas a ejemplo de los Templarios, fundados anteriormente. Digamos así que los Sanjuanistas fueron la primera Orden Militar, y que, como Institución benemérita, aún sigue en nuestros días, porque el rey de España Carlos V les dio en 1530 la isla de Malta y hoy constituyen, por eso, la “Soberana Orden de Malta”.

Los **Templarios** tuvieron desde el principio una importancia muy grande, fundados en Jerusalén el año 1119 como asociación religiosa parecida a los Canónigos Regulares; llevaban una vida perfectamente consagrada, que quisieron armonizar con la entrega a las armas en defensa de la Cristiandad, y se llamaron “Templarios” por ser los caballeros del “templo” de Jerusalén. El cuarto voto de luchar contra los sarracenos, perseguidores de los cristianos, les exigía aceptar el combate aunque fuera uno contra tres y no rendirse jamás. Su historia en la Edad Media es sencillamente gloriosa. Su primer gran Maestre Hugo de Payens se presentó en el concilio de Troyes el año 1128 y poco después los aprobaba el papa Eugenio III. San Bernardo los amaba y los elogió grandemente. El famoso “Parsifal” de Wolfram de Eschenbach, el gran cantor medieval de principios del siglo XIII, inspirador del moderno Wagner, idealiza sus personajes caballerescos los cuales no son otros que los Templarios. Y si esto es cierto, del templario hay que decir lo que Wolfram dice de su héroe Parsifal: “De todos los hombres que yo haya visto, él es ciertamente el más bello y mejor hecho”, “todos pudieron convencerse que no había en el mundo criatura más bella”, “Dios había trabajado con amor el día que creó a Parsifal, el héroe sin miedo”. Con el favor de todos los reyes, los Templarios se hicieron riquísimos en tierras y castillos, aunque aquí radicaría su tremenda desgracia bajo el ambicioso rey de Francia Felipe el Hermoso, el cual arrancó al papa Clemente V el año 1312 la supresión de la Orden, como veremos a su tiempo, nada más empecemos el estudio de la Edad Nueva.

Los **Teutónicos** tienen también una historia muy gloriosa. Igual que los Sanjuanistas nacieron de un hospital militar en el campamento que sitiaba la Ciudad de San Juan de Acre en la Tercera Cruzada. Ese hospital se convirtió ya en Jerusalén en el Hospital de “Nuestra Señora de los Alemanes”, y de ahí su nombre de “Teutónicos”, aprobados en 1191 por el papa Clemente III. Entre sus glorias mayores está el haber sido los vencedores de los prusianos, los únicos que quedaban en Alemania sin reducirse a la civilización y paganos hasta que fueron así conquistados. Por desgracia, la Orden Teutónica tuvo un fin lamentable. En 1525, el gran Maestre Alberto de Brandeburgo se pasó al rebelde Lutero y todo su extenso territorio quedó convertido en protestante, salvo una selecta minoría.

Las Órdenes Militares se desarrollaron también muy pujantes en España, y salieron incluso de sus fronteras, aunque, por la Reconquista, se limitaban generalmente al territorio

español, pues harto trabajo tenían con expulsar de la Península a los musulmanes. Pero su razón de ser en España fue la misma: la lucha contra los sarracenos, y nacieron las Órdenes españolas precisamente por el ejemplo que vieron en los Caballeros Sanjuanistas, los Templarios y otros que vinieron a ayudarles y lucharon tan heroicamente.

La Orden de **Calatrava** fue sin duda la más importante, nacida en esa ciudad andaluza, cuando los sarracenos almohades se lanzaron sobre ella con tal contingente de tropas que los mismos Templarios creyeron sería imposible defenderla. Ante el peligro que suponía su rendición, el rey Alfonso VII la entregó a los monjes del Cister en el 1158, y con dos valientes monjes templarios que aceptaron el reto dieron principio a la Orden de Calatrava bajo la dirección de San Raimundo, abad del monasterio cisterciense de Fitero, que les entregó la misma Regla del Cister. Vivían pobremente, como monjes verdaderos y penitentes; ayunaban con frecuencia y comían carne sólo tres días a la semana, los martes, jueves y domingos. Fue aprobada la Orden Militar por el papa Alejandro III en el año 1164 y la tomó después bajo su protección el gran Inocencio III. que tanto se interesó por la Reconquista española, en la cual jugó papel tan importante desde entonces la nueva Orden.

Igual que la otra de los Caballeros de **Alcántara**, ciudad extremeña, y la de los Caballeros de **Santiago**, nacida especialmente para cuidar de tantos y tantos peregrinos, enfermos o necesitados de auxilio, en su camino de Santiago de Compostela. Estos Caballeros de Santiago constituían la única Orden Militar cuyos miembros podían casarse, y tenían por eso unas reglas muy peculiares aprobadas el año 1175 por el papa Alejandro III.

La Orden Militar de **San Benito de Avis** nació en Portugal, aprobada también por Alejandro III, que les señalaba tarea: “El oficio de esta milicia de caballeros será el de defender la religión en la guerra, ejercitar la caridad en la paz, guardar la castidad matrimonial y devastar en continuas algaradas las tierras de los moros”.

Hecha esta reseña de las Órdenes Militares más célebres, cabe preguntar: ¿Y cuánto duraron, cómo conservaron el espíritu caballeresco, y cuál fue la causa de su progresiva desaparición? Los siglos más gloriosos de las Órdenes Militares fueron del XI al XIV, en España hasta el XV mientras duró la Reconquista. Pero un día u otro iban a fallar. Y las causas principales fueron: ante todo, el *ocio* cuando no estaban en guerra, pues ¿qué iban a hacer? Una *vida cómoda* disfrutando de las enormes riquezas que habían acumulado, y que sólo pudieron darse en un régimen feudal; además, las *rivalidades* que se originaron entre ellas; y también, la *guerra* que les hicieron los reyes, cuya autoridad y poderío les discutían con tantas propiedades. Los Reyes Católicos de España, acabada la Reconquista, fueron sensatos e incorporaron las Órdenes al Reino ya unido de Castilla y Aragón. Con todo, hay que confesar que las Órdenes Militares fueron una gran gloria de la Edad Media. Sólo en aquellos tiempos de fe pudo nacer y prosperar una Institución religiosa y militar semejante.

60. DOMINICOS Y FRANCISCANOS

Un acontecimiento de gran importancia a principios del siglo XIII y de enorme influencia para la Historia de la Iglesia: la aparición de las dos grandes Órdenes religiosas, los hijos de Santo Domingo de Guzmán y de San Francisco de Asís.

La Edad Media estaba dando un giro de 180 grados, y los tiempos nuevos que se avecinaban requerían nuevas fuerzas para la conservación de la fe y mantenimiento de la piedad cristiana. La sociedad feudal quedaba trasnochada; las Cruzadas ya no despertaban entusiasmo; despuntaban las primeras grietas en la unidad envidiable conseguida por Inocencio III, el agosto del Pontificado; asomaban herejías muy peligrosas; el pueblo crecía en cultura y nacían las Universidades ante las ciencias liberales antes casi desconocidas; aumentaba la vida urbana, la de los gremios, la del comercio; se avecinaban las primeras expediciones hacia nuevas naciones en Oriente y con ello se iban a presentar las misiones extranjeras; el pueblo pobre de los feudos se convertía en ambiciosa gente de bienestar y despreocupada espiritualmente... Con todo esto encima, iban a aparecer en la Iglesia problemas graves de fe, de piedad, de unidad. La reforma profunda de la Iglesia iba a salir de su mismo seno, y no impuesta por Concilios o por decretos papales, aunque los hubo y muy acertados, sino que vendría por dos Santos providenciales, de los cuales, como se ha dicho muy atinadamente, Domingo iría a la inteligencia con una predicación ilustrada y convincente, y Francisco ganaría para Dios el corazón de todos con su encantador amor de serafín.

Domingo de Guzmán, español de pura cepa castellana, nació en 1170. Dicen que su madre, la Beata Juana de Aza, embarazada, vio en sueños cómo el niño que daba a luz era un cachorro de perro que con una tea encendida en la boca prendía fuego a todo por donde transitaba. Verdad o leyenda, la realidad de Domingo será ésa: un apóstol que abrasará por donde pase. De joven, no se tira con ilusión por las artes liberales sino que estudia sólo teología en el Estudio General de Palencia. Por orden del rey de Castilla, su obispo ha de emprender un viaje a Dinamarca y se lleva consigo a Domingo, que, pasando por Francia, siente que se le destroza el ánimo al ver cómo se pierden las almas por la herejía albigense.

En Toulouse pasa por la primera prueba de fuego. Domingo entabla conversación con el hospedero, albigense furibundo, discuten acaloradamente, vence Domingo y el hereje se rinde ante el joven y ardoroso predicador. Esta conversión es un chispazo de luz en la mente de Domingo, porque, cumplida el año 1205 la misión con su santo obispo Diego de Acebes, se dirigen a Roma donde el papa Inocencio III les señala como campo de su celo el sureste de Francia, bastión de los herejes albigenses que causaban estragos en la Iglesia.

Un grupo de abades y de obispos reunidos en Montpellier buscan remedios contra la herejía, y el obispo Diego habla claro: “No es bueno el camino de ustedes. Los herejes no se apoyan en palabras, sino en ejemplos. La riqueza y la pompa con que ustedes se presentan es la causa que inutiliza sus sermones. Sólo con la pobreza y humildad evangélicas puede ser vencido el engaño con que se presentan esos falsos apóstoles de los herejes”.

Domingo toma nota del razonamiento de su santo obispo. Durante dos años trabajan juntos como misioneros, y, regresado el obispo a España, se queda Domingo en su ministerio de predicador. En Prouille quedaba fundado el primer convento de monjas dominicas, y

en el año 1213 instalaba Domingo en Toulouse el centro de su acción apostólica. Aquí se le agregan los primeros compañeros, y les impone a todos la pobreza y la austeridad más exigentes. Pero así eran también de extraordinarios los frutos de su predicación. Hombre auténticamente endiosado, se dirá de Domingo este elogio tan bello, que nos muestra el alma de todo su apostolado: “No hablaba sino a Dios o de Dios”.

En 1216 determinan Domingo y sus ya numerosos compañeros seguir una regla centrada en estos dos puntos esenciales, aparte de la oración: el estudio de la teología y la predicación al pueblo. Nació la Orden de Predicadores, que iba a ser tan gloriosa en la Historia de la Iglesia. Durante este siglo XIII brillarán como las mayores lumbreras San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino. A los frailes (= hermanos) y a las monjas se añadirá pronto la Tercera Orden, que dará también a la Iglesia Santos y Santas de primera magnitud.

Desde el principio se vio la Orden cuajada de santos: Domingo, Jordán de Sajonia, Raimundo de Peñafort, Jacinto y Ceslao los apóstoles de Polonia, y tantos más. Muerto Domingo en Bolonia en el año 1221, se echaban encima las primeras misiones extranjeras, siempre difíciles, y el Beato Jordán de Sajonia, sucesor de Domingo como General, reunió a todos los hermanos, y les preguntó: “¿Quiénes están dispuestos a ir a las misiones extranjeras?”. Todos, de rodillas, contestaron: “Padre, mándeme a mí”. La Orden, misionera ya en aquel entonces, lo será grandemente en los siglos por venir. En 1260 ya contaban en Polonia 49 Beatos Mártires, con el Padre Sadoc al frente.

Antes de morir, Domingo se encontró en Roma providencialmente el año 1220 con San Francisco de Asís, y es cuando se dieron aquel abrazo fraternal que se ha hecho célebre.

Y con este emotivo abrazo pasamos de Domingo de Guzmán a Francisco de Asís, del que se ha dicho con gracia que ha sido el santo más cristiano. Ante Francisco no hay opiniones divididas. Católicos y no católicos, creyentes y no creyentes, todos le admiran, todos le quieren, y todos lo tenemos como el Santo más popular y que más arrastra dentro de la Iglesia. Dios lo mandó en un momento crucial. La nueva sociedad, y la Iglesia misma, se estaban enriqueciendo, digamos que muy justamente, después de siglos de pobreza, en los que solo fueron ricos los señores feudales y los monasterios. En cuanto a la Iglesia, muchos la querían que reflejase el reinado social de Jesucristo, y esto la llevaba a una pompa y esplendor externos que no eran precisamente el mejor reflejo del Evangelio. Y los cristianos normales, los laicos, con el progreso económico se lanzaban a una vida de bienestar y de placer que ponía en peligro la salvación eterna de muchos. La piedad cristiana se había empezado a manifestar por su amor a la Humanidad de Jesucristo, especialmente a su Pasión y su Cruz junto con la Eucaristía. Era la hora de Francisco de Asís, que aparecía en el pueblo como el perfecto imitador de Jesucristo sobre todo en su amor a la pobreza y la humildad.

Francisco, joven alegre y disipado, empieza por el año 1207, a sus 25 de edad, a hacer cosas extrañas que su padre Pedro Bernardone lleva a mal y lo reclama ante la autoridad. Con pasmo de todos, ante el obispo presente, Francisco se desnuda y le echa a su padre la ropa con estas palabras: “Desde ahora diré con toda libertad: Padre nuestro que estás en el cielo; no padre mío Pedro Bernardone, a quien no sólo devuelvo su dinero, sino todos mis vestidos; desnudo seguiré al Señor”. Se entrega a la oración en la iglesia de San Damián, en las afueras de Asís, y oye la voz del Señor que le habla desde ese crucifijo románico tan

conocido: “Repara mi iglesia”. Piensa que se trata de la restauración de aquella iglesita, pero se trataba de la reforma de toda la Iglesia. Vestido de una túnica burda ceñida con un cordón, se llama a sí mismo: “Soy el heraldo del Gran Rey”. Así empieza a recorrer los pueblos de la Umbría, en el centro de Italia. Pronto se le juntan compañeros, para los cuales escribe una regla con palabras escuetas del Evangelio. La imitación de Cristo tenía que ser perfecta, “a la letra, a la letra, a la letra; sin glosa, sin glosa, sin glosa”.

El papa Inocencio III no se atrevía a aprobar una Regla semejante por parecerle imposible su observancia. Pero el Papa tuvo aquella noche la célebre visión: Vio cómo se derrumbaba la basílica de Letrán y la sostenía precisamente aquel hombrecillo que evitó su ruina total. Al Papa le ha convencido sobre todo el cardenal Colonna: -Si decimos que es imposible observar esta Regla, blasfemamos al asegurar que es imposible guardar el Evangelio... Total, que Francisco tenía aprobada su Orden. Le seguirán después las Monjas junto con su discípula queridísima Santa Clara de Asís, y la Tercera Orden de hombres y mujeres, que ha tenido durante siglos tan enorme influencia en la espiritualidad de la Iglesia.

Con su vida encantadora, la de las “Florecillas”, con su amor a la Naturaleza, con sus predicaciones a los pajaritos del bosque, con su himno al hermano Sol, con su amabilidad, con su amor a todos —“¡Señor, hazme un instrumento de tu paz!”—, con las Llagas de Jesucristo que se le imprimen ya hacia el final en el monte Alvernia, arrastra a multitudes, se hace popularísimo el hombre más humilde, que se quedó en simple diácono, sin atreverse a ser sacerdote, y su Orden crece de manera insospechada. El centro de su vida andariega es la Porciúncula, o Iglesia de Santa María de los Ángeles, a cuatro kilómetros debajo de Asís.

Allí celebra el famoso Capítulo General de las Esteras, porque se han reunido más de cinco mil frailes (= los Hermanos Menores) sin otras comodidades que las ofrecidas por el duro suelo. Francisco moría en el año 1226 dejando extendidísima a su Orden.

Es indescriptible la influencia franciscana en la reforma de la Iglesia. La piedad se avivó de manera sorprendente. Y la Orden Franciscana seguirá siempre en aumento prodigioso. Hoy el Franciscanismo tiene tres ramas importantes, las tres con muchos Santos canonizados: los Frailes Menores, los Franciscanos Conventuales y los Capuchinos.

Con los Dominicos y los Franciscanos apareció a principios del siglo un auténtico Pentecostés. Lo expresó como nadie San Luis de Francia, que decía: “Quisiera partirme en dos, con una parte para Domingo y la otra para Francisco”. Con su propio testimonio, el santo rey no pudo decir mejor lo que significaron ambas Órdenes para el Pueblo de Dios.

61. MÁS ÓRDENES RELIGIOSAS

No hay que detenerse solamente en Dominicos y Franciscanos al estudiar la reforma *interna* de la Iglesia en la Edad Media. Hubo otros muchos religiosos.

Conocemos ya las primeras Órdenes monacales desde los Benedictinos que tanto influyeron en la Iglesia medieval. Y fueron otras nuevas familias religiosas, de hombres como de mujeres, las que se abrieron con diferentes formas de vida ascética y espiritual a partir sobre todo de los siglos XI y XII. Además de los Franciscanos y Dominicos, que ya conocemos, hay que recordar a varios otros, aunque nos limitamos a los más notables.

Empezamos por los Cartujos, singulares de verdad. Bruno, aquel joven alemán nacido en Colonia, llegó a ser Director de la escuela y después Canciller de la diócesis francesa de Reims, con dos arzobispos simoníacos. Ante lo que veían sus ojos, Bruno decidió dejar sus brillantes cargos y alejarse de todo peligro para su salvación. Se cuenta muchas veces, como causa de su vocación, pero es pura leyenda, que asistió en París a los funerales de un gran profesor, el cual, desde el ataúd, dejó oír por tres veces su voz trágica: “Por justo juicio de Dios, estoy condenado en el infierno”. La verdad es que en el año 1084 se retiró con seis compañeros a Grenoble, cuyo obispo San Hugo, que había sido discípulo suyo, les señaló un valle solitario llamado *Chartreuse*, en el que construyeron sus cabañas individuales, aunque agrupadas, y dieron origen a la famosa Cartuja. Nunca los cartujos han tenido una Regla, sino las llamadas por ellos “Costumbres”. Vida austerísima, de oración incesante, de penitencia continua, de ayuno como cosa normal, de silencio prácticamente perpetuo salvo la prescrita recreación semanal. El alejamiento del mundo es total. Al morir, el cartujo es sepultado en tierra envuelto en su propio hábito, con una cruz de madera encima y sin nombre alguno. El papa Urbano II llamó junto a sí a su antiguo maestro Bruno, el cual murió el año 1101 en Italia donde dejó fundados varios monasterios. El papa León X lo canonizó en el año 1514. Es el único cartujo del que hay memoria. La muerte del cartujo al mundo es total, pues sólo vive para Dios. Modernamente se ha puesto en Internet un magnífico Web para los que quieran tener noticia fidedigna de la Cartuja: www.chartreux.org

Los Premonstratenses o Canónigos Regulares tuvieron una importancia enorme. Norberto, también alemán, canónigo de vida disipada. Mientras iba a caballo, se desata una tempestad furiosa, le cae un rayo delante y no muere de milagro. Se realizó el milagro de la gracia. Convertido, cambia de vida, se ordena de sacerdote, pues aún no lo era, y pretende dedicarse a la reforma de tantos canónigos que llevaban la misma vida que él antes... Inútil del todo. Deja Alemania y se dirige a Francia. Igual. Nada de reformas, sino persecuciones a montón. En 1118 hace confesión general de su vida con el papa Gelasio II, el cual le da autorización para predicar en todas partes. Se hallaba en el valle de Laon al norte de Francia junto a una capilla en ruinas, y tiene un sueño misterioso: un grupo de monjes vestidos de blanco y con cruces y cirios en las manos, cantan entorno a la capilla ruinosa. ¿Qué entendió Norberto?... Dios quería allí un monasterio, que, por habérselo pre-mostrado primero en sueños, se llamó “Premonstratense”. Con trece compañeros se iniciaba la nueva Orden el año 1120. ¿Y la soñada reforma de los canónigos? Iba a venir por su propio peso. Orador vehemente, y amigo de San Bernardo, predicaba en Francia, Bélgica y Alemania, y al cabo

de un año regresaba a aquel su naciente monasterio trayendo cuarenta clérigos dispuestos a emprender una vida santa. La reforma de los canónigos estaba en marcha. No eran monjes propiamente dichos, sino sacerdotes (y también hermanos) que llevaban vida en común como los religiosos más observantes, regentaban parroquias y ejercían otros apostolados. Nombrado obispo de Magdeburgo, Norberto transformó su colegiata en monasterio premonstratense en medio de una persecución terrible. Pero no se doblegó. Murió en 1134, y los canónigos reformados se extendieron de manera increíble por todas las naciones de Europa: en 1137 formaban 120 monasterios; en 1230 eran alrededor de 1000, y alcanzaban unos 1700 a mitades del siglo XIV. San Norberto, ¡qué caballero de Cristo!

La Orden de los Trinitarios nació de una visión muy hermosa. San Juan de Mata, un francés provenzal, contempló a un ángel con una cruz azul y roja sobre su vestido blanco y que ponía su mano derecha sobre unos esclavos encadenados. Empezó la idea a convertirse en realidad. ¿Por qué no consagrar la vida a rescatar a los esclavos de los sarracenos musulmanes? Encontró a un compañero dispuesto a la misma aventura, el anciano sacerdote San Félix de Valois, y entre los dos fundaban la familia religiosa a la que el papa Inocencio III, al aprobarla en 1198, le dio el nombre de “Orden de la Santísima Trinidad para la redención de los cautivos”. Su trabajo en el norte de África, en la España sarracena, y hasta en lejanos países de Asia es de leyenda heroica. Se contaron por miles y miles los cautivos rescatados, entre ellos, en 1580, nada menos que nuestro inmortal Miguel de Cervantes.

La Orden de la Merced, muy parecida a los Trinitarios, no nació como Orden religiosa sino como una de las Órdenes Militares. Su fundador, San Pedro Nolasco (+1250), de origen francés pero rico comerciante de Barcelona, se dio a la salvación de tanto esclavo de los sarracenos que infestaban el Mediterráneo. Ha sido siempre tradición que se debió el nacimiento de la Orden a la visión de la Virgen, llamada después de La Merced y hoy Patrona de Barcelona, para empezar la grandiosa empresa de la liberación de los cristianos cautivos de la morisma. Uno de sus miembros más ilustres fue el catalán San Ramón Nonato, que, como tantos otros mercedarios, rivalizaron con los Trinitarios en aventuras heroicas para cumplir su misión. La Orden de Nuestra Señora de la Merced cambió su carácter de Orden Militar por la de verdadera Orden religiosa en el año 1318.

La Orden de los Carmelitas tiene una historia que se pierde en la leyenda de los monjes del Carmelo, venidos del monte sagrado de Palestina. Desde su iniciador el cruzado San Bertoldo en el año 1156, los monjes del Carmelo llevaban una vida de oración y penitencia muy edificante, hasta que se vieron obligados a establecerse en Europa, donde desde el siglo XIII constituyeron una Orden mendicante, sobre todo bajo su General el inglés San Simón Stock (+1265). Orden meritísima, y tan querida en la Iglesia, se llamó desde el principio “Frailes de la Orden de la Bienaventurada Virgen María”; se extendió mucho y rápidamente, dedicada como las otras Órdenes al estudio y al apostolado, aunque en el Carmelo prevaleció siempre la vida contemplativa sobre la activa. Sin meternos en detalles históricos, la gran popularidad que siempre han tenido los Carmelitas se debe al bendito Escapulario, que tanto ha fomentado la piedad de los fieles. Llegará día en que la Orden se desdoblará en dos: los Carmelitas Calzados y los Carmelitas Descalzos, y así seguirán hasta hoy, ambas Órdenes muy beneméritas y las dos con grandes Santos en la Iglesia.

Los Agustinos tienen un origen muy especial. Ante tantas Órdenes que vivían bajo la supuesta Regla de San Agustín, inspirada en los escritos y consejos del gran Doctor y Obispo de Hipona, el papa Bonifacio VIII, siguiendo las orientaciones del Concilio de Letrán en 1215, las unificó a todas el año 1303 bajo la Orden de los Ermitaños de San Agustín, según habían empezado a unirse a mitades del siglo XIII, aunque en medio de grandes dificultades, como es de suponer. Así unidos, la Orden se multiplicó mucho, ya que a mitades del siglo XIV se contaban unos 15.000 miembros repartidos en más de 300 conventos.

Los Servitas, o “Siervos de la Bienaventurada Virgen María”, tuvieron un origen muy bello en Florencia cuando ésta era escenario de luchas intestinas que la desgarraban por doquier. El día de la Asunción de 1233 se juntaron siete florentinos ricos y nobles para dedicarse a la oración bajo la protección especial de la Virgen, la cual, dicen, se les apareció y les animó a renunciar al mundo. Pronto la gente notó su vida y acudían todos a ellos como a hombres de Dios. Y se cuenta algo encantador. En brazos de su madre, un bebé de cinco meses, comenzó a gritar: “¡Denles limosna, que son servidores de la Virgen!”. Ya mayor, el chiquillo entrará en la Orden de la que será General, San Felipe Benicio.

Huyendo de tantos que venían a verlos, los siete se retiraron al monte Senario para vivir en soledad dedicados en exclusiva a la oración y penitencia. Llama poderosamente la atención que todo lo que les ocurre —hasta las apariciones de la Virgen—, les sucede a los siete a la vez, y nunca a uno solo. Unidos siempre en todo y para todo. Por orden del obispo y el delegado del Papa, se ordenan de sacerdotes para entregarse con más eficacia al ministerio apostólico. Sólo uno se niega, el más joven, Alejo Falconieri: “Yo no soy digno de ser sacerdote. Quiero permanecer lego toda mi vida y ser el servidor de todos”. Pero Dios lo guardó hasta sus ciento diez años de edad para ser el testigo de todas las primeras tradiciones de la Orden y el instrumento de la vocación de su sobrina Santa Juliana de Falconieri (+1341), fundadora de la Tercera Orden de los Servitas, llamadas en Italia las Mantelatas.

Sacerdotes, se dispersaron hacia los destinos que les señalaba la obediencia. Y cada uno fue muriendo en su día. Aparte de Alejo, los dos últimos acuden a Florencia para el Capítulo General. Se encuentran, se abrazan emocionados, y, agotados como estaban del viaje, se van a descansar y los dos mueren a la misma hora. Aunque se conocen bien los nombres uno por uno de los siete, nunca se nombra a nadie por separado, y el Papa, al canonizarlos, tampoco lo quiso hacer, y se llamaron, se llaman y serán llamados siempre “Los Siete Fundadores de los Siervos de María”. Ejemplo bellísimo de fraternidad irrompible.

Hacia el final de la Edad Media, cuando ya se presentaba en el horizonte el siglo XIV tan enigmático, ¡hay que ver cómo a la par de la ciencia en los Estudios y Universidades florecía en este tiempo también la santidad cristiana!

62. LAS GRANDES SANTAS DE ESTA ÉPOCA

Mientras hemos hablado de tantos personajes medievales Santos, no es justo silenciar a la mujer que glorificó a esta Edad. Señalaremos solamente algunas.

El calendario de la Edad Media está cuajado se Santos. Con todos los defectos que podamos señalar a la Iglesia en estos días medievales, hubo muchos cristianos que escalaron las cumbres más altas de la santidad. Dejando a Santos que ya conocemos, nos fijamos ahora en la mujer, y escogemos, casi al azar, a algunas Santas. Hay muchas que no dejaron nombre alguno. Por ejemplo, las monjas **Cartujas**, que han seguido siempre con el mismo silencio que sus hermanos a pesar de las muchas santas que han debido tener. No las fundó San Bruno, sino el Beato Juan de España (+1160) y San Anselmo (+1178), obispo de Bley. Entre las grandes Santas mencionamos de modo especial a la benedictina **Hildegarda de Bingen** (+1179), una santa mística, profetisa, compositora y escritora, médico, toda una líder alemana. Fue declarada **Doctora de la Iglesia** por Benedicto XVI.

Santa Margarita de Escocia (1046-1093) simboliza a tantas reinas que tuvieron una influencia enorme en la sociedad al haber sido el apoyo más grande de sus maridos, cuando no las inspiradoras de su política cristiana. Casada con el rey Malcom, rudo, ignorante, Margarita consiguió educarlo y él llegó a venerarla, dice su biógrafo, al intuir “que Cristo habitaba en el corazón de su reina y siempre estaba dispuesto a seguir sus consejos”.

Con verdadera autoridad, Margarita ayudó a los obispos a reformar la Iglesia, presentándose ella misma en sínodos y exigiendo a los sacerdotes relajados la buena conducta de que debían dar ejemplo. Y Malcom resultó un rey y guerrero magnífico, pero, sobre todo, un rey cristiano ejemplar, que sintió como su esposa un amor entrañable a los pobres; ambos celebraban la Cuaresma y el Adviento invitando a comer en el palacio a trescientos pobres, a los que servían ellos mismos, a veces de rodillas, y con una vajilla semejante a la de los mismos reyes. Muerto asesinado Malcom, y caído Enrique en la batalla de Alnwick, tres de los ocho hijos ocuparon sucesivamente el trono de Escocia. Dada Margarita a la oración, el libro del Evangelio que usaba continuamente y que una vez le cayó al río, se conserva hasta hoy como el mayor tesoro de la Biblioteca Bodleiana en Oxford.

Santa Eduviges (1174-1243), casada muy jovencita con Enrique de Silesia, tuvo siete hijos, algunos de los cuales resultaron una cruz muy pesada a esposos tan ejemplares. Fundaron varios monasterios y hospitales por Alemania, que sirvieron mucho a la Iglesia, pero les sirvieron sobre todo a ellos mismos. Porque una y otro pasaban grandes temporadas separados, Enrique en sus empresas militares y de gobierno, y Eduviges, una penitente muy austera, como una monja de tantas en el monasterio de Trebnitz por ella fundado.

De Eduviges, pasamos a su sobrina, la encantadora **Santa Isabel de Hungría** (1207-1231), reina tan preciosa como jovencita. Casada a los trece años con el príncipe Luis de Turingia, forman un matrimonio precioso, como lo expresó Luis: “¿Ven esa montaña? Pues les digo que si fuese de oro puro, desde el pie hasta la cima, no la cambiaría por mi esposa, que es toda piedad y bondad”. La suegra, la reina madre, llevada de celos inconcebibles, sería su martirio, hasta en las cosas más simples. Un día la regaña porque Isabel va a la iglesia con vestidos sencillos: -“¿Para ir a la iglesia necesito esos adornos? La Misa no es

una fiesta de palacio. Mire cómo está mi Dios y mi Rey, coronado de espinas. ¿Y quiere que yo esté delante de Él coronada de perlas?”. El hijito los tenía locos de felicidad. Pero vino la desgracia. Muerto Luis en la guerra, Isabel es echada de palacio y tiene que marchar a vivir pobre y abandonada de todos. Reconocido el niño como heredero de la corona, Isabel, que siempre tuvo obsesión verdadera por los pobres, se dedica a ellos por el resto de su vida, que será cortísima, como Terciaria Franciscana, pues morirá a sus veinticuatro años.

E Isabel nos lleva a su sobrina e hija del rey de Hungría Bela IV, **Santa Cunegundis** (1224-1292), casada con Boleslao V de Polonia. Ambos esposos llevaron siempre una vida de piedad y de austeridad ejemplares. No tuvieron hijos. Muerto Boleslao, Cunegundis se negó a llevar la regencia del reino. Construyó hospitales, iglesias, rescató a muchos esclavos de manos de los turcos, y murió en el monasterio de Sandbeck como humilde religiosa.

Santa Clara (1193-1255), la gran discípula de San Francisco, ambos paisanos de Asís, no necesita mucha presentación. Hija de una familia caballeresca, se encierra en su claustro del mismo Asís, para llevar con sus monjas una vida tan pobre, que el Papa va desde Roma para visitar el convento y desligarlas de tanta pobreza a la que se habían sujetado con voto. Y Clara le contesta aterrada: “¡Santo Padre! A cambio de ese voto, deslígueme de mis pecados, pero no de imitar a nuestro Señor Jesucristo”. El Papa tuvo que rendirse. Y cuando Clara está para morir, le visita otro Papa, Alejandro IV, al que le pide la absolución general, pero le contesta el Papa emocionado, con lágrimas en los ojos: “Soy yo, hija mía, el que tengo más necesidad de la misericordia de Dios que tú”. Dicen que Clara tuvo gran influencia en una grave decisión que había de tomar San Francisco, el cual dudaba entre dedicar a sus frailes a la oración contemplativa o al apostolado. Y Clara: “Mándalos a trabajar por la Iglesia y por Dios. Nosotras nos dedicaremos por ellos solamente a la oración”.

Santa Gertrudis, y con ella las dos Matildes, tuvieron una gran influencia en los siglos siguientes. Para entendernos, ya que tantas veces oímos citadas a estas Santas. Los nobles alemanes Luis y Alberto de Hackeborn regalaron a su hermana Gertrudis el monasterio cisterciense de Helfta, y del cual fue ella la primera abadesa, muy notable por su bondad.

En el monasterio entró **Santa Matilde de Magdeburgo** (1212-1283), mística de grandes vuelos. También en el mismo monasterio de Helfta desarrolló su vida la hermana de la abadesa Gertrudis, **Santa Matilde de Hackeborn** (1241-1299), otra mística extraordinaria, aunque no escribió nada, pero confió sus muchos favores del Cielo a su discípula Santa Gertrudis, también monja de Helfta, y que los puso por escrito.

Santa Gertrudis la Grande (1256-1302), encomendada al mismo monasterio desde los cinco años, era cultísima en literatura y filosofía, y la mujer que más influyó en la espiritualidad de aquellos tiempos con sus preciosos libros. Durante sus años jóvenes llevó una vida ligera, poco devota, entregada de lleno al estudio profano, cambiado después por el de la Biblia y la teología. A sus veintiséis años, cuenta, le dijo el Señor: “Has mordido el polvo con mis enemigos, y has tratado de sacar miel de las espinas. Vuélvete ahora a mí, y mis dulzuras divinas serán para ti como vino delicioso”. Llegaba su conversión. Dada de lleno a la oración, alcanzó unas cumbres místicas supremas. Gertrudis escribe de su maestra Matilde: “Ella le entregó el corazón a Jesús, y Jesús se lo cambió por el suyo propio”. Y Gertrudis dice de sí misma: “Por dos veces recliné mi cabeza sobre el pecho del Señor, y oí los latidos de su Corazón”. Estas santas, las dos Matildes y Gertrudis la Grande, tuvieron una

gran influencia en los siglos siguientes. A imitación de San Bernardo, se adentraron en la Humanidad de Cristo como nunca antes se había hecho, y son unas auténticas precursoras de esa devoción al Corazón de Jesús de la que tanto hemos gozado modernamente.

Santa Margarita de Cortona (1247-1297) daría hoy materia para una vida novelesca o una película muy taquillera. Ya convertida de aquella su vida calamitosa, cuenta ella que le dijo Jesús: “Tú eres la tercera lumbrera que le he dado a mi amado Francisco. Él fue la primera, para los frailes; Clara, la segunda, para las monjas; tú, la tercera, para dar a todos ejemplo de penitencia”. Y fue verdad. La jovencita Margarita, bellísima, apasionada, revoltosa, inquieta, ante las presiones de su familia se escapó de casa, se unió con el primer príncipe que encontró y durante doce años vivió divertidamente, paseándose en brioso caballo por las calles con escándalo de todos los habitantes de Montepulciano. Hasta que un día salió el compañero de caza..., y no volvía. Llegó tres días más tarde el perro, y Margarita sospechó todo. Salió del castillo, siguió al animal por el largo camino, hasta que se detuvo ante un cadáver ya en descomposición... Se adivina todo. Margarita, a sus treinta años, cayó en el desespero. Reflexionó. Fue a los frailes Franciscanos, “porque eran muy buenos con los pecadores”, se rindió a la gracia, y, confesados sus pecados, empezó como Terciaria Franciscana una vida de penitencia que arrastraba a muchos a la conversión.

A partir de ahora, su conducta casta no le resultaba nada fácil, y por eso se impuso muy duras austeridades, de modo que le tuvieron que corregir sus directores, pero ella supo responder: “Padre, no me pidan que pacte con mi cuerpo, porque es imposible. Mi cuerpo y yo estaremos en constante lucha hasta el día de mi muerte”. Se dio a penitencias durísimas; sufrió calumnias difamantes; se entregó a los pobres con toda la rica pasión que atesoraba; fundó hospitales para los enfermos, y se dio activamente a la conversión de los pecadores, conforme a la palabra que le dijo un día el Señor: “Es preciso que demuestres que te has convertido realmente. Las gracias que he derramado sobre ti no son para ti sola”. ¡Y supo repartirlas bien hasta su muerte a los cincuenta años!...

En los mismos años que Margarita y en Italia, vivió la Beata **Ángela de Foligno** (1247-1309), Terciaria Franciscana también, con fama de gran pecadora por culpa suya, por lo que decía de sí misma: “Aquí tienen a la más infame de las mujeres, que huele a vicio y mentira y lo difunde por dondequiera que pasa. Eso es lo que yo soy, pura podredumbre”. Era falso. Es cierto que su juventud fue ligera, disipada, pero bien casada tuvo varios hijos, y, enviudada, se entregó del todo a los enfermos, adquirió una oración altísima, sobre todo en la contemplación de Jesús Crucificado, e hizo mucho bien a las almas.

La mujer jugó un gran papel en la cristianización de la Edad Media. Lo vemos igual en reinas que en mujeres sencillas. Todas fueron grandes instrumentos en la mano de Dios.

63. RELIQUIAS, INDULGENCIAS Y PEREGRINACIONES

Tres puntos vitales en la piedad medieval. Sin conocerlas, no se entiende la vida cristiana de la Edad Media. Les damos un simple vistazo.

1. Las Reliquias. Tan extendida y profunda era su devoción que fue un exceso, casi una superstición. Ni de parte siquiera del Papa existía un regalo mayor. Y como en Roma se guardaban tantas de tantos mártires de las Persecuciones, el Papa las tenía en abundancia y era el mayor tesoro que enviaba a un obispo para su iglesia, a un abad para su monasterio o a un rey para su capilla. Hay exageraciones que nos parecen inconcebibles: que un príncipe de Suabia regalase parte de su territorio a Rodolfo de Borgoña por una lanza magníficamente decorada con un clavo de la crucifixión de Cristo... Y un monje inglés del siglo XI que relata sobre las reliquias de su abadía: “Aquí se conserva una cosa más preciosa que el oro: el brazo derecho de San Osvaldo. Lo hemos visto con nuestros propios ojos, lo sostuvimos con nuestras propias manos. También se conservan parte de sus costillas y un pedazo del suelo en que cayó”. Puede ser verdad lo de conservarse reliquias de aquel santo rey de Northumbria caído en la batalla hacía cuatro siglos. Aunque eso de un trozo del suelo... Así era la obsesión por las reliquias, hasta en monjes cultos. Pero existían dos males serios.

El primero, que fuesen falsas. Y las había, naturalmente, porque se fundamentaba su recuerdo en leyendas inverosímiles que hoy excitan nuestra hilaridad. Sobre todo aquellas que venían de Tierra Santa: un cabello de la Virgen María..., tela de los pañales del Niño Jesús..., madera de las tres tiendas de campaña que San Pedro quiso hacer en el Tabor..., tierra de sepulcros de los niños Inocentes..., una candela que estaba prendida mientras el nacimiento del Niño en Belén...; aparte de las que podrían haber sido verdaderas pero que resultan imposibles, como tantos clavos de Jesús en la cruz, ¡hasta treinta y tres se contaron!... ¿Y qué pensar de esas que se conservan hasta hoy, como las tres cabezas de los Magos, en la catedral de Colonia? Nadie cree en ellas, desde luego; pero se guardan como un recuerdo bonito y son testigos de la fe del pueblo en los hechos evangélicos. De los mártires de Roma y ciudades del Imperio ya cabe pensar bien, pues sabemos por las actas auténticas que los cristianos se esmeraban en recoger los cadáveres y darles honrosa sepultura. Ciertamente, que a veces llamaban reliquias a lo que sabían que no lo eran, por ejemplo: pasar un paño por el sepulcro de un Santo, repartirlo en pedazos para recordar su fiesta, y decir después que era un vestido usado por el mismo Santo.

El segundo mal, y se extendió mucho, fue el traficar con reliquias, verdaderas o falsas. Fue un quebradero de cabeza para los Papas y obispos. Había tipos, como el diácono Deusdona que en el siglo IX se hizo grandemente rico vendiendo reliquias de los mártires que los Papas ordenaron sacar de las catacumbas para poder mandar a Iglesias lejanas.

En medio de los abusos de las reliquias, había mucho bueno que ayudaba grandemente a la piedad cristiana. Como lo que hizo Sancho I de León al conseguir en Córdoba el cuerpo del niño mártir San Pelayo; o Fernando I, que consigue del taifa moro de Sevilla en el año 1063 el cuerpo de San Isidoro y lo lleva en procesión fastuosa también hasta León.

La verdad es que el recto culto a las reliquias hizo un gran bien a la Iglesia, porque sustituyó oportunamente tantas costumbres idolátricas muy entrañadas en aquellos pueblos salidos del paganismo, ya que sus ídolos demoníacos eran recambiados por Santos del Cielo.

2. Las Indulgencias, que fueron otra auténtica obsesión de la piedad cristiana medieval. Por ganarlas se realizaban los heroísmos más grandes. Sabemos en qué consisten. La Iglesia atesora inmensas riquezas de *expiación* por los pecados, y son las obras meritorias y satisfactorias de los Santos, pero, sobre todo, los méritos *infinitos* de Jesucristo por su sacrificio en la cruz. Por la Comunión de los Santos, tan viva en la fe de la Iglesia, todos nos podemos intercambiar esos méritos con oraciones, penitencias y obsequios. Sabido es cómo los cristianos de las Persecuciones Romanas pedían a los que iban al martirio que rogasen por ellos. Es indiscutible que el Papa, como Vicario de Cristo, puede aplicar esos méritos satisfactorios a las obras buenas de los fieles. Esta es la doctrina de la Iglesia.

Se practicaba todavía en la Iglesia medieval la penitencia pública, a la que se sometieron incluso reyes como Felipe Augusto de Francia o el conde Raimundo de Toulouse. Y en la confesión se imponían penitencias muy severas: ayunos rigurosos, limosnas fuertes, peregrinaciones largas y penosas, y hasta la flagelación pública, como la que sufrió Enrique II de Inglaterra. Vino entonces el sustituir esas penitencias por las *indulgencias* o satisfacción por los pecados sacándolas del tesoro inagotable de la Iglesia. Por una obra buena, el Papa o el obispo aplicaba “indulgencias”, y, según por qué obras, la indulgencia era *plenaria*, es decir, remitía *toda* la pena que se le debía a Dios y daba la confianza de irse con ella directamente al Cielo sin tanto Purgatorio espantoso... Desde el papa Inocencio III se les quitó a los obispos el conceder la plenaria y era únicamente el Papa quien la podía otorgar.

La *Indulgencia plenaria* llegó a entusiasmar a la Cristiandad. Así entendemos la multitud de hombres que se entregaron voluntarios a las Cruzadas, enriquecidas con indulgencia plenaria, las peregrinaciones a Tierra Santa o Santiago de Compostela, y, nos explicamos esos dos millones (¿?) de peregrinos a Roma cuando el papa Bonifacio VIII instituyó en el año 1300 el primer gran Jubileo o Año Santo.

3. Las Peregrinaciones. Íntimamente entrelazadas con las reliquias y las indulgencias hay que mirar en la Edad Media las peregrinaciones, con el sacrificio que suponían entonces, y que, sin embargo, hacían correr por Europa verdaderas riadas de gentes buscando con ellas a Dios, porque les guiaban hacia reliquias insignes y les enriquecían con numerosas indulgencias, la plenaria sobre todo. Los destinos principales fueron Tierra Santa, Roma, Santiago de Compostela y el Gárgano de San Miguel Arcángel. Movilizaban a multitudes que iban siempre en aire de penitencia, con vestidos burdos, los pies a veces expresamente descalzos y hasta con cadenas al cuello. Pero rebosantes todos de alegría cristiana.

De aquellos tiempos viene el colocar entre las “Obras de Misericordia” más clásicas el “dar posada al peregrino”, algo que ha perdurado hasta los catecismos modernos. Porque si aquellas caminatas interminables eran un acto de penitencia para los peregrinos, eran también para todos la ocasión de practicar la caridad más pura y generosa, manifestada con posadas expresas, tiendas económicas y con hospitales para tantos como enfermaban.

Las peregrinaciones a **Tierra Santa** fueron muy fuertes sobre todo en el siglo X y XI, pero desde allí llegaban a Europa noticias de los malos tratos y hasta torturas que los mahometanos inferían a los peregrinos cristianos. Aparte de los motivos religiosos y políticos que movieron a reyes y Papas a emprender las Cruzadas, una muy principal fue ésta de la protección de los peregrinos y el cuidado que había que tener de los enfermos. Sabemos que las Órdenes Militares nacieron en Jerusalén precisamente de los Caballeros aquellos

que se habían consagrado a esta obra tan caritativa en los hospitales instalados en la ciudad santa. Las peregrinaciones a la tierra de Jesús fueron constantes durante estos siglos.

Lo mismo hay que decir de las continuas peregrinaciones a **Roma** para visitar las basílicas de San Pedro y San Pablo. Sin que todas fueran multitudinarias como las del primer Año Santo (lección 72), eran siempre muy numerosas y a su atención destinaban los Papas cuantiosas cantidades sacadas del Patrimonio de San Pedro.

Pero las clásicas por antonomasia fueron las peregrinaciones a **Santiago de Compostela**, en el extremo noroeste de España. De todos los rincones de Europa acudían sin cesar a venerar el sepulcro del Apóstol, cuyo cuerpo, trasladado desde Jerusalén, se creía sepultado allí. Aparte de que se guardaba la tradición de que las reliquias habían venido de Tierra Santa, el “milagro” (pura leyenda) de la lluvia de estrellas sobre aquel campo, hizo que el sepulcro se convirtiera en centro de convergencia para todas las naciones europeas. Todas confluían en Francia, y de allí arrancaba el famoso “Camino de Santiago”, iniciado en Roncesvalles al oeste de Pamplona en Navarra, y conservado fielmente hasta hoy. Tan numerosas, tan continuas y tan universales eran aquellas peregrinaciones, que todos los historiadores están acordes en señalarlas como una de las raíces cristianas más fuertes de Europa.

Muy dignas de recuerdo son también las de **San Miguel en el Monte Gárgano**, al sur de Italia, cerca de donde ahora está el convento del Santo Padre Pío. Es muy firme la tradición de que allí se apareció en el año 490 el Ángel a un campesino y después al obispo, al que comunicó: “Yo soy el Arcángel San Miguel. Esta cueva es sagrada para mí, es de mi elección”. El caso es que las peregrinaciones a la Cueva fueron constantes, y con peregrinos los más ilustres, como San Francisco de Asís y, en nuestros días, el papa Juan Pablo II.

Aunque no fuese oro todo lo que brilla, —pues las tres instituciones tuvieron muchos fallos—, las reliquias, las indulgencias y las peregrinaciones, fueron en la Edad Media instrumentos en la mano de Dios para mantener a la Iglesia en continuo movimiento de fe, ¡que no era poco!... Estas peregrinaciones a los lugares más venerados de la Cristiandad —hoy con nuestros medios son un turismo magnífico, pero entonces era viajar normalmente a pie tantos cientos y hasta miles de kilómetros por semejantes caminos—, forjaban unos cristianos valientes, sufridos, generosos, con poca ilustración tal vez, pero de una fe robusta, de una piedad grande, y de un espíritu de penitencia como ya no se ha vuelto a ver después.

64. GÁRGANO, COMPOSTELA Y LA CARIDAD

Completamos la lección de las Peregrinaciones con algunos detalles, especialmente el de la caridad, que se practicaba mucho con los peregrinos sobre todo.

Gárgano. El papa Juan Pablo II fue a visitarlo el 24 de Mayo de 1987, y dijo por qué rezaba allí la oración de su gran predecesor: “He venido a venerar e invocar la protección del Arcángel San Miguel y pedirle que defienda a la Santa Madre Iglesia. La batalla contra el demonio es muy real, ya que el demonio está vivo todavía y muy activo en el mundo moderno. ¿Quién como Dios?”... Y le dirigió al Arcángel, protector tradicional de la Iglesia en su lucha contra Satanás, la oración que León XIII mandó rezar cada día al acabar la Misa:

“San Miguel Arcángel, defiéndenos en la lucha; sé nuestra protección contra la maldad e insidias del demonio; te rogamos humildemente que lo aplaste Dios; y tú, Príncipe de la milicia celestial, con el poder divino arroja al infierno a Satanás y a todos los espíritus malignos que rondan por el mundo para la perdición de las almas. Amen”.

Santiago de Compostela merece una pequeña ampliación. Los Papas modernos han visitado muy expresamente la ciudad de Santiago de Compostela en España. Juan Pablo II y después, con intención muy marcada, Benedicto XVI. ¿Por qué? Porque el “Camino francés”, o el “Camino de Santiago”, fue uno de los *formadores cristianos* de Europa en la Edad Media. Las riadas de peregrinos hacia el sepulcro del Apóstol eran continuas. Empezaron a principios del siglo IX y se convirtieron casi en torrenciales en el siglo XII, cuando el papa Calixto II dijo que “la tradición compostelana en torno al sepulcro de Santiago es recibida y venerada por todos los pueblos cristianos”. Los peregrinos no eran precisamente gentes sencillas, aunque fueran los más, como siempre, sino que allí iban reyes, príncipes, nobles, caballeros, la gente más encumbrada, bajo la mirada de los obispos y con los privilegios más grandes de los Papas. Los monjes cluniacenses, que se habían extendido a todos los monasterios de Europa, fomentaban estas peregrinaciones más que nadie. Ellos fundaron hospederías, hospitales, cementerios especiales y toda suerte de auxilios materiales para los que en su peregrinar no buscaban más que a Dios en aquel lugar bendito.

Muy bien. Esto ya lo sabíamos. Lo raro es que esto ocurriera desde toda Europa precisamente con España, aislada por la cordillera natural de los Pirineos, además de estar España dominada por los musulmanes y en estado permanente de guerra con ellos, aunque la Reconquista ya había asegurado la paz en todo el Norte. ¿Cómo los cristianos de toda Europa no se arredraron por las dificultades, y a pesar de todos los pesares iban con tantas molestias hasta el “Finisterrae”, el fin de la tierra que era Galicia? Por aquella devoción a las reliquias más insigne, y el cuerpo del Apóstol Santiago era insigne de verdad, la reliquia más grande que se conservaba fuera de las de Pedro y Pablo en Roma y las de Tierra Santa con los recuerdos del Señor.

La historia que conserva el monasterio de Cluny en Francia hace descripción fabulosa de las peregrinaciones. Señala habitantes de setenta y cuatro (74) países que peregrinaban a Santiago, “gentes innumerables de toda lengua que llegan por compañías y falanges. No hay lenguas ni dialectos que allí no resuenen. Una ininterrumpida solemnidad, una fiesta continua es la que allí se celebra. Ni de día ni de noche se cierran las puertas de la basílica, y en ella nunca es de noche, porque con luz esplendorosa de candelas y cirios brilla como

un mediodía”. Para purificar el aire en aquellas aglomeraciones, estaba el enorme “botafumeiro” —conservado hasta hoy—, que lanzaba continuas nubes de incienso.

Pero, cabe preguntar: ¿era cierto que allí estaba el sepulcro de Santiago?... Aquí es la Historia quien tiene la palabra. Ante todo, ¿estuvo Santiago en España? Difícil, aunque no imposible; pues, para el año 44 en que murió, pudo haber llegado de tan lejos y regresado a Jerusalén. Pero no hay documento que lo atestigüe. Entonces, si él no fue a España, ¿pudo ser traído su cuerpo y guardado como reliquia insigne? Difícil. Pero no es imposible que vinieran *reliquias* suyas junto con otras. Y parece, *parece...*, que creían tenerlas en la ciudad de Mérida, sur de España, y, al echarse los musulmanes en la Península, los cristianos las quisieron salvar llevándolas bien al Norte, hasta Galicia. Allí les construyeron un templo, que destruyó el árabe Almanzor en el 997, aunque respetó el sepulcro donde se guardaban las reliquias. Después, asegurada la Reconquista del Norte, se construyó la imponente basílica, hoy Patrimonio de la Humanidad. Es todo lo que se puede asegurar: de posibles “reliquias”, se pasó a pensar en la gran “reliquia”, en el “cuerpo entero” del Apóstol. Lo que vino después, ya es todo “devocional”, aunque avalado por la historia más rigurosa.

Del ejercicio de la caridad, en especial con los peregrinos, podemos decir muchas cosas, pero es preferible mirar lo que se hacía en los monasterios, ya que ellos, cuando las invasiones de los bárbaros, fueron los grandes maestros de las obras de caridad imitados por obispos, iglesias, reyes y nobles. Como testimonio, copiamos la página del autorizado manual de la BAC que seguimos en nuestro Curso, y que justifica el dicho antiguo: “Los bienes de la Iglesia son los bienes de los pobres”. Así lo decían y así lo hacían.

“Los monasterios de los benedictinos fueron siempre refugio de los menesterosos, donde los desvalidos hallaban caridad y los trabajadores trabajo. Contigua al monasterio se hallaba la hospedería, donde el indigente era recibido y agasajado, como si fuera el mismo Cristo según lo dispuesto por San Benito. El monje hospedero y el limosnero debían cuidar de suministrarles el necesario alimento y a veces vestido. En un sínodo de Aquisgrán, en el 817, los abades resolvieron distribuir a los pobres la décima parte de todos los dones hechos al monasterio; el diezmo de todos sus campos y posesiones mandan repartir los monjes de Aflígem en el capítulo de 1110. Raban Mauro, en su abadía de Reichenau, alimentó diariamente en épocas de hambre, a 300 pobres. Cosa parecida hacía ordinariamente en Hirschau. De todos los santos de aquella época nos cuentan maravillosos ejemplos de caridad y generosidad. Odilón de Cluny vendió los vasos sagrados y joyas de su iglesia, y aun la corona imperial del emperador Enrique, “juzgando indigno —como dice su biógrafo— rehusar estos objetos a los pobres, siendo así que la sangre de Cristo había sido derramada por ellos”. Pedro el Venerable quería que al peregrino se le diese no solamente hospedaje y sustento, sino además media libra de pan, media pinta de vino y un denario al momento de partir. En ciertos días del año, Navidad, Pascua, Pentecostés, y especialmente durante la Cuaresma, se hacían distribuciones extraordinarias a los pobres, y a la muerte de un religioso se daba su parte a un pobre durante treinta días. Hubo año en que 17.000 indigentes recibieron en Cluny su sustento, y ordinariamente se alojaban en el monasterio 18 “pobres prebendados”, a quienes proveía cuidadosamente el limosnero. Análogas prescripciones contenían los Estatutos de Bec. La abadía de Saint-Riquier sustentaba diariamente a 300 menesterosos, 150 viudas y 60 clérigos. San Popón, abad de Stavelot (+1048), manda que el primer día de cada mes se dé alimento a 300 pobres.

“De la Orden del Cister escribía a principios del siglo XIV Jacobo de Thermes: “La Orden del Cister brilla por su hospitalidad y la abundancia de sus limosnas, hasta el punto que se puede decir que los bienes de la Orden son propiedad de todo el mundo. Los monjes no comen solos un bocado de pan, alegres de compartirlo con el peregrino y el pobre. Si los juristas los atacan, los miembros de los desgraciados los bendicen, porque son los monjes quienes los cubren con la lana de sus ovejas”. Y Cesáreo de Heisterbach: “En 1217, dice, 1.500 personas recibieron un día limosna a nuestra puerta. Los días en que se podía comer carne, hasta la época de la siega, se mataba un buey y luego se cocía en tres calderas con legumbres y se le distribuía a los pobres... Después se hizo otro tanto con los carneros. Los días de vigilia no se daba más que legumbres. Las limosnas de pan eran tales, que el abad temía que iba a faltar el grano antes de la recolección. Aconsejó al hermano panadero que hiciese los panes menos grandes. No sé lo que sucede, respondió el hermano panadero; yo los hago pequeños en el horno y salen grandes”. ¡Y así era en todos los monasterios!

Los peregrinos a Santiago pasan los Pirineos por el puerto de Ibañeta, “ahogados en la ventisca de las nieves y otros despedazados de infinitos lobos que criaba la tierra”, de manera que el obispo de Pamplona hubo de fundar el hospital y la colegiata de Roncesvalles. Todo el camino de Santiago estaba jalonado de hospederías y hospitales, atendidos por monjes o por las buenas gentes. Y decimos igual de los caminos a Roma y Tierra Santa.

Se fueron en la Edad Media mejorando los medios de asistencia a los enfermos, “y ven surgir infinitos hospicios, orfanatrofios, asilos, hospitales y leproserías, tan necesarias éstas desde las expediciones a Oriente. Porque creían a la lepra terriblemente infecciosa, y sobre todo la veían desesperadamente incurable”. Y trae a este propósito la conocidísima anécdota de San Luis Rey de Francia, tal como la cuenta su secretario Joinville, que por otra parte era muy buen católico. Le pregunta un día el Rey: -Entre la lepra o un pecado mortal, ¿qué escogerías? -Prefiero treinta pecados antes que ser leproso. -Pues yo pienso que no hay lepra tan asquerosa como estar en pecado mortal... Pues, con ser la lepra tan temida, no faltaban los héroes que se daban a cuidar de por vida a los temibles enfermos.

Caridad semejante no era privativa de monasterios, obispos y caballeros fundadores de hospitales, de los que salieron las Órdenes Militares, sino que era la practicada por los particulares. Como la Beata Ángela de Foligno, a la que ya conocemos y que tanta influencia tuvo en su tiempo. Asiste a los oficios del Jueves Santo, y después, a una compañera noble como ella: “Vamos a agradecerle este don a Jesucristo”. Provistas de telas finas, marchan al hospital a servir y obsequiar a los enfermos más necesitados y repugnantes...

Esta Edad Media, la de los grandes contrastes: guerras continuas, crueldades, vicios..., y con una fe y un amor cristiano que nos pasman. No se podían civilizar en un día pueblos salidos de la barbarie, pero, conocido Cristo, se abrazaban a Él de manera sorprendente.

65. COSAS DE AQUEL ENTONCES

Una lección muy sencilla. Sobre puntos que no nos cupieron en algunas lecciones, pero que son interesantes y nos conviene saber.

Desde el principio de la Iglesia han existido en ella las “penas” en orden a la corrección de los abusos y a la conversión de los pecadores públicos. En la Edad Media se aplicaron también penas severas, entre las cuales sobresalían la excomunión y el entredicho.

La excomunión. Nos ha podido llamar la atención la facilidad con que los Papas y obispos lanzaban excomunión contra reyes, príncipes, sacerdotes, contra todos... Ese es el hecho innegable. Aunque nos preguntamos: ¿era siempre justa la excomunión? ¿Había motivo para pena tan grave? Pareciera que en la Iglesia no tenía lugar la misericordia, y lo tenía, pues la excomunión se levantaba apenas el culpable daba una señal de arrepentimiento y pedía perdón. Pero entre tanto, la excomunión causaba un efecto aterrador sobre todo entre los reyes. ¿Por qué? En el derecho civil —notemos esto: “civil”—, los súbditos quedaban desligados del juramento de fidelidad, y, por lo mismo, se podía llegar con toda facilidad a la deposición del rey, o de cualquiera que tuviese autoridad, pues la había perdido por completo. Además de que en el rey surtía los mismos efectos que en los demás fieles. Por la excomunión, el así castigado no podía entrar en el templo para el culto; tenía prohibidos los Sacramentos; no debía tener sepultura sagrada; y si era clérigo, quedaba privado de todo oficio eclesiástico. Sin embargo, y como se ha observado siempre, en peligro de muerte el excomulgado podía ser absuelto sin más y recibir la Eucaristía como viático.

El entredicho era diferente. Recaía sobre las cosas, no sobre las personas, pero tenía unos efectos devastadores. Cuando un rey, o príncipe o un señor cualquiera cometía un gravísimo delito o se sublevaba injustamente, el Papa u obispo podía castigar a todo un principado, a una región o inclusive a todo el reino con el entredicho, por el cual se cerraban todas las iglesias; quedaba suspendido todo el culto; no se podían administrar los sacramentos, fuera del bautismo a un niño; sólo se permitía una Misa el viernes, sin público y con solo un acólito, para consagrar la Eucaristía y guardarla para los enfermos en peligro de muerte; el entierro no se podía celebrar según el rito eclesiástico; la confesión de los pecados se podía tener sólo en la entrada de la Iglesia, etc. Con la fe de aquellos tiempos, el pueblo se desesperaba, y el rey o el señor culpable no tenía más remedio que arrepentirse y volver al buen camino. Hubo entredichos célebres, como el de toda la región decretado en el 1031 por el sínodo de Limoges. Otro, el determinado para donde quiera se encontrase o pasara el rey Felipe I de Francia por el escándalo que dio al repudiar a su legítima esposa para casarse con Bertrada de Montfort, y sólo se acabó el entredicho cuando Felipe se presentó arrepentido y con los pies descalzos ante los obispos reunidos en sínodo el año 1104.

Y fue peor el que Pedro de Capua, delegado del papa Inocencio III, decretó para toda Francia (!) por el escándalo del rey Felipe Augusto al repudiar a su esposa Ingeburga para casarse con Agnes de Meran. Al fin el rey se arrepintió y regresó con su esposa legítima.

El bondadoso Papa inglés Adriano IV (1154-1159), no dudó en poner en entredicho a toda la ciudad de Roma por culpa del Senado cuando se echaba encima precisamente la Semana Santa. El pueblo se enfureció al verse privado de los divinos oficios precisamente

durante aquellos días, y el orgulloso Senado, dominado siempre por cuatro familias romanas, no tuvo más remedio que humillarse, pedir perdón, y el Papa levantó el entredicho.

El arte románico. No podía faltar una palabra sobre él. Lo mejor que podemos hacer en nuestra América es buscar en Internet, con “El arte románico”, ejemplos que nos lo hagan contemplar y entender. Nacido prácticamente a la vez en Francia, Alemania, Italia y España, ha dejado en toda Europa templos de una monumentalidad magnífica, tan severa como bella. El siglo XI fue el de su máximo esplendor. La iglesia del monasterio de Cluny en Francia dio la pauta para todas las demás, que se diseminaron sobre todo por el “Camino francés” o “Camino de Santiago”, y dejaron como obra máxima la espléndida catedral de Santiago de Compostela, iniciada por el 1075, terminada del todo unos 150 años después, y que sigue siendo la admiración del mundo.

Los monjes cluniacenses derrochaban en sus iglesias un arte y decoración dignas del ampuloso culto que desarrollaban en ellas. A partir de San Bernardo, que rechazaba ese culto esplendoroso, las iglesias empezaron con los cistercienses a perder sus adornos más característicos para quedarse con lo elemental del románico, al que sucedería en el siglo XIII el arte gótico. Entre románico y gótico, la Edad Media dejó sembradas por toda Europa joyas inmortales de un arte religioso digno de Dios.

El teatro catequizador. Nuestras célebres representaciones religiosas modernas, como la Pasión de Oberammergau en Alemania, ¿hubieran cabido en la Edad Media? No lo dudemos. Y lo hacían de verdad. En las fiestas más solemnes hacían auténtico teatro religioso.

Un ejemplo, el día de Pascua. El ángel, vestido de blanco, se acercaba al sepulcro, se sentaba sobre la piedra rodada, y esperaba a que fueran llegando algunas mujeres a las que preguntaba: “¿A quién buscan? ¿A Jesús Nazareno? ¡No está aquí, ha resucitado!... Llegaban Pedro y Juan, entraban dentro, y comprobaban que allí no había sino sudario y vendas por el suelo... Venía el canto jubiloso del coro: “¡Ha resucitado el Señor. ¡Aleluya!”...

El día de la Anunciación, la Virgen estaba recogida en oración, bajaba un ángel de cielo, y hablaba con Ella reproduciendo todo el diálogo de Lucas...

El coro cantaba esos “tropos” que se nos han conservado en los salmos responsoriales.

Esas escenas simples y bellas pasaron después a teatro verdadero que se realizaba con toda seriedad en el palacio episcopal u otro lugar digno del todo.

Pero vino también la bufonada, la descortesía, la indignidad callejera, realizada por juglares que se metían también dentro de los templos. Los concilios o sínodos episcopales reprobaban fuertemente esas payasadas irreverentes y desmoralizadoras, como era, por ejemplo, el desfile de burros para conmemorar la huida a Egipto o el domingo de Ramos, con uno montado representando al obispo que arengaba grotescamente a la muchedumbre.

Ante esas necesidades de payasos ambulantes, surgieron costumbres bellísimas, como el primer pesebre de Navidad ideado y realizado por San Francisco de Asís, algo que seguimos haciendo en nuestros días. Aquel teatro digno y estas representaciones vivas de los misterios sagrados eran una catequesis plástica y eficiente del pueblo cristiano más sencillo.

Los judíos en la Edad Media. Jugaron un gran papel en la vida ciudadana durante estos siglos con el negocio y con la ciencia de sus sabios; pero, a la vez, fueron un auténtico sig-

no de contradicción dentro de la misma Iglesia. Por una parte, perseguidos, con un antisemitismo imperdonable; y por otra, defendidos y con unos servicios ambicionados por todos.

Hoy nosotros tenemos clara la doctrina de la Iglesia igual que el hecho de la historia.

A Jesús lo mataron los romanos entregado a Pilato por los *jefes* del pueblo judío, pero no fue *todo* el pueblo el responsable de aquella muerte. La verdad *histórica* es ésta.

Pero, *¿por qué* murió Jesús? Por voluntad propia para expiar ante Dios el pecado de *todos* nosotros, que éramos por eso *responsables* ante Dios de aquella muerte. Entonces, nadie podía perseguir a los judíos, y fueron perseguidos por cristianos, a causa de una muerte de la cual todos éramos culpables. Esta es la verdad: responsables *materiales*, los judíos; responsables *morales*, todos nosotros.

¿Qué pasaba entonces en la Edad Media? El pueblo tenía antipatía a los judíos porque habían matado a Jesús y la antipatía se convertía en persecución; mientras que los judíos perseguían a su vez a los cristianos por seguir a un Mesías que ellos no admitían. Culpa por ambas partes. Las luchas entre judíos y cristianos, injustificables del todo.

Los Papas no podían consentir el error, y defendían a los judíos, como lo atestiguan muchos documentos, y daban normas concretas para una convivencia pacífica. Esta defensa la hicieron Papas como Calixto II, Eugenio III, Celestino III, Clemente III y Gregorio IX.

Por parte cristiana, civilmente, los judíos fueron terriblemente perseguidos sin razón alguna durante las Cruzadas: en Alemania por el año 1146, en Inglaterra por el 1190, en Francia por el 1198.

Por parte de los judíos, ciertamente que cometían crímenes contra la religión cristiana, pero eran odiados sobre todo por la usura que ejercían; negociantes siempre, el dinero estaba en sus manos y a ellos acudían todos para préstamos, aunque con un interés altísimo e incontrolado que era la tortura de cuantos tenían que acudir a ellos por necesidad.

Donde más seguros se sintieron fue precisamente en España. Las *juderías*, que en los otros países llamaban *ghetos*, eran barrios particulares de ellos, pero la convivencia era del todo normal. Los judíos eran muy bien acogidos en el norte cristiano cuando en el sur los perseguían con saña árabes fanáticos, como los almorávides y almohades.

San Fernando como su hijo Alfonso el Sabio aprovecharon bien las grandes cualidades de los judíos, que tuvieron figuras muy notables, como Maimónides y Avicebron, o Benjamín de Tudela (1130-1173), el gran explorador, que se despedía emocionado del caudaloso río que baña la ciudad:

“¡Querido río Ebro! Regresaré aunque sólo sea para morir en tus orillas”.

Será lástima lo que pasará a finales del siglo XV con la expulsión de los judíos sefarditas, pero en la Edad Media fue ejemplar la convivencia española judío-cristiana.

66. INOCENCIO III, EL AUGUSTO DEL PONTIFICADO

Un Papa que merece lección especial. Se le llama con razón el “Augusto” del Pontificado, y es él quien abre el espléndido siglo XIII.

Acababa de ser elegido Papa el año 1198, y vino un verso lastimero: “¡Ay, el Papa es demasiado joven!”. No le sobraba razón al poeta: sólo 37 años contaba el cardenal Lotario, a quien describirán con acierto: “Dotado de relevantes cualidades, de buena presencia, de voz agradable para el canto, de palabra fácil y elocuente, de temperamento vivo y costumbres sencillas”. Morirá también relativamente joven, a los 56 años en 1216, pero merecerá que un monje inglés lo califique como “Estupor del mundo”, y figure así en un catálogo de los Papas: “Sus hechos brillantes resplandecen por igual en Roma que en el mundo entero”.

El nuevo Papa tenía prisa por comenzar, y empezó por casa: se acabaron en la Curia Romana los fraudes; los cardenales habían de trabajar en serio, y el mismo Papa presidía sus tres reuniones semanales; y nada de esperar audiencias, pues la puerta del Papa estaba abierta a todos y, como era tan buen jurista —su fuerte era el Derecho—, resolvía él mismo los asuntos con expedición y acierto. El pueblo gozaba de nuevo con las homilías dominicales del Papa, como en los tiempos de San Gregorio Magno. En la Curia reorganizada y en la Iglesia de Roma se empezaban a respirar aires frescos.

Vinieron inmediatamente las relaciones con los soberanos, y pronto el mundo vio que Inocencio conjugaba una gran prudencia y una delicadeza exquisita con una fortaleza indomable, la cual no se doblegaba por nada ante el deber que le imponía su conciencia.

La pobre **Constanza**, reina de Sicilia y viuda del emperador Enrique VI, traicionada, se acoge al Papa, a quien nombra heredero feudatario de Sicilia, además de tutor de su hijito Federico. Inocencio acepta los cargos. Será el protector y educador de Federico hasta que le entregue el reino, aunque Federico II, muerto ya el Papa, será el gran tormento de la Iglesia.

Cuando hubo que elegir emperador entre Felipe de Suabia y Otón de Brunswick, el Papa se declaró neutral, a pesar de sus preferencias por uno de ellos. Cuando no hubo otro remedio, y a pesar de toda la oposición, le concedió la corona a **Otón** por creerlo más digno y de más provecho para todos. Vino el desconcierto. Otón IV no cumplió ninguna de sus promesas, invadió Italia como conquistador y perjuró, y el Papa lo excomulgó solemnemente.

El rey de Inglaterra **Juan sin Tierra** se enfrentó temerariamente contra Inocencio por la designación del arzobispo primado de Canterbury, al que no reconoció y amenazó: “Inglaterra posee suficientes obispos y no tiene que acudir a que le impongan ninguno de fuera. Juro por los dientes de Dios que echaré de mi reino a todos los sacerdotes y cortaré la nariz y las orejas a los enviados del Papa si éste se empeña en lanzar el entredicho sobre Inglaterra”. Expulsó Juan a los obispos, sacerdotes y nobles fieles al Papa, y cometió atrocidades contra las hijas y mujeres de éstos. Vino el entredicho, y toda Inglaterra se alzó contra el rey, el cual se vio perdido, por el entredicho y los reveses políticos que siguieron. Pero acudió humillado pidiendo protección al Papa, que se la concedió, y el rey Juan entregó Inglaterra como feudo a Inocencio III, el cual se lo devolvió con las cláusulas convenidas.

El poderoso **Felipe II** de Francia se imaginaba que podría con el Papa en el asunto con la princesa Ingeburga de Dinamarca, de la que quiso divorciarse por nulidad de matrimonio. Fue inútil del todo. El Papa no dio su brazo a torcer.

Ni se doblegó tampoco cuando el rey español **Pedro II** de Aragón quiso casarse con su pariente Blanca de Navarra.

A **Alfonso IX** de León y Castilla le obligó a separarse por incesto de su mujer Teresa, la cual, retirada en un monasterio, murió con fama de santa. Alfonso volvió a casarse con otra pariente, Berenguela, de la que tuvo seis hijos, entre ellos el que será San Fernando. El Papa se mostró inflexible otra vez ante el “monstruoso incesto”, y Alfonso hubo de ceder.

Al rey **Sancho I** de Portugal le reprendió severamente por su poco ejemplar conducta de rey y de cristiano, además de hablar mal de la Santa Sede de Roma. El rey pidió perdón, y el Papa se lo otorgó generoso.

Además, le vinieron a Inocencio otros disgustos serios, como el de las **abadesas** de los monasterios de Burgos y Palencia, las cuales, no contentas con predicar el Evangelio en sus iglesias, escuchaban las confesiones de sus monjas y les impartían la absolución sacramental... Podemos imaginar la reacción del Papa ante abusos semejantes.

¿Y por qué Inocencio III, tan bueno y caballeroso, actuaba con semejante energía? La respuesta nos la dio él mismo: “Deseo la conversión de los pecadores, no su exterminio”. Por lo mismo, dulzura, suavidad, no reprensión violenta, como encomendó a los predicadores enviados a los herejes albigenses. Y con ese espíritu trató a todos los soberanos de los jóvenes reinos de Europa, pues estaba al tanto de las Iglesias que habían nacido en ellos.

Siempre con energía y bondad, avisa a los reyes de los países nórdicos —Suecia, Noruega, Islandia y Dinamarca— que respeten los derechos de la Iglesia, monición muy acertada a aquellos normandos rebeldes.

En Polonia la fiel, además de la reforma del clero, se impone ante la pereza con que contribuye a los gastos de la sede Apostólica... Interviene con sus consejos acertados en la guerra civil de Hungría, y bendice gozoso a Kalojan, fundador del reino de Bulgaria. A Ottocar de Bohemia le concede crear un arzobispado en Praga, y se goza por la incardinación de Estonia y las otras naciones escandinavas a la Iglesia Católica... Fue muy bondadoso y comprensivo con la Iglesia de Constantinopla y deseó y procuró ardientemente atraerla de nuevo a la unión con Roma.

Este Papa tan grandioso en la sociedad civil era humildísimo en su ciudad de Roma. Cada sábado lavaba los pies a doce pobres y les alargaba una limosna generosa. Igualmente, atendía a los viudas, a los niños pobres, a los huérfanos y a las muchachas indigentes, Fundó el célebre Hospital de Santo Spirito en Sassia, dotado por él con esplendidez. Proveyó de ornamentos litúrgicos dignos a las iglesias pobres, y por carta contestaba las dudas que le proponían los sacerdotes más sencillos.

Podríamos traer aquí su celo en la defensa de la fe contra los herejes albigenses y la aprobación de las dos grandes Órdenes de los Dominicos y Franciscanos, pero esto lo tratamos en su lugar respectivo. Inocencio III sólo se movía por el celo de la casa de Dios y, como él mismo dijo alguna vez, hubiera dado la vida antes que faltar al más pequeño de sus deberes de Pastor universal de la Iglesia.

La Cuarta Cruzada fue todo un ideal en la mente de Inocencio III. A los obispos y a los reyes y príncipes cristianos los llamaba con palabras apremiantes, nacidas de la fe, y les echaba encima su poca generosidad: “No han querido abrir sus manos para venir en ayuda

del pobre Jesucristo y vengar el oprobio que cada día le infieren los enemigos de nuestra fe. Mírenle de nuevo clavado en la cruz, y ustedes ni siquiera le dan un poco del agua fresca que les pide. Antes que a Jesucristo, prefieren dar su patrimonio a juglares y comediantes y mantener con él halcones y perros para la caza”.

Muy duro el Papa. Y los reyes respondieron. Se organizó la Cruzada, pero, contra la orden del Pontífice, en vez de ir a Egipto y de allí dar el asalto a la Tierra Santa, los cruzados se dirigieron a Constantinopla, por culpa sobre todo de la ambiciosa república de Venecia, que soñaba en las riquezas de la capital del Impero de Oriente. Y la asaltaron, la conquistaron, la saquearon criminal e indignamente, y vino el fracaso más absoluto. Además, contra las esperanzas del Papa, Constantinopla dejó de ser el paso pacífico hacia los Lugares Santos y la Iglesia cismática de Oriente ya no se acercó más a la Roma del Papa.

El otro gran hecho de Inocencio III fue el Concilio ecuménico de Letrán, en Roma. Se abrió el 11 de Noviembre del 1215 con verdadera grandiosidad debida a la unión que el Papa había conseguido en toda la Iglesia. Asistían 71 Metropolitanos o Arzobispos, 407 obispos, más de 800 Abades y Piores, aparte de los consejeros que todos llevaban. ¿Y para qué este Concilio? La gran figura de Inocencio III y la unión envidiable de la Iglesia no habían erradicado de ella los muchos males que siempre la aquejaban, y el Papa se determinó a dar un gran avance en la reforma total que se necesitaba.

No hubo más que tres sesiones, el 11, 20 y 30 de Noviembre, y en la última se promulgaron todos los decretos de fe y disciplina que, bien cumplidos, hubieran ahorrado a la Iglesia males muy graves en los dos siglos siguientes.

Al acabar el Concilio, el entusiasmo del pueblo de Roma fue delirante. Pero pronto se iba a convertir todo en tristeza grande. El Papa sentía que le llegaba el fin, como lo había expresado él mismo en el discurso de apertura, con palabras de Jesús en la Última Cena:

“Esta pascua es la que deseo comer con ustedes, de manera que sea mi tránsito del trabajo al descanso, del dolor al gozo, de la infelicidad a la gloria, de la muerte a la vida, de la corrupción a la eternidad, por gracia de nuestro Señor Jesucristo, a quien sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén”. Y así fue, pues moría en Perusa en Junio de 1216.

Total, que Inocencio III fue un verdadero padre en Europa. Todos sus reinos formaban una sola familia en torno al Papa, respetado y querido por todos. Las mismas diferencias entre los reyes salían al fin resueltas en bien de todos gracias a la intervención del Pontífice de Roma. Esta estima y esta actitud social nacían de la fe profunda que aquellos pueblos —antes bárbaros y paganos y ahora civilizados y cristianos—, tenían en el Papa como “Vicario de Jesucristo”. Así empezó a llamarse él en estos días y no “Vicario de Pedro” como le decían antes. La Iglesia era la “Ciudad de Dios” soñada por San Agustín, verdadero reinado de Cristo en la tierra.

67. LOS GREMIOS Y COFRADIAS

Al decir “Gremios” pensamos sin más en una institución civil; y si decimos “Cofradías”, la mente se nos va a las iglesias. Pues, bien; en la Edad Media los gremios fueron tan religiosos como civiles. Es como si hoy se dieran “sindicatos eclesiásticos”. El pueblo trabajador obrero vivía los gremios y las cofradías como dos entidades íntimamente ligadas, y muchas veces como una sola institución.

Los gremios de la baja Edad Media, sobre todo ya en el siglo XIII, formaban una institución social envidiable. Sin existir nuestros Sindicatos ni el Seguro Social moderno, el trabajador encontraba en el gremio una formación laboral y una seguridad de vida nunca antes conocidas y ejemplo para todos los tiempos.

Podemos recordar lo que era la sociedad feudal. Aunque los trabajadores no eran esclavos, sino libres, vivían de su trabajo a favor del señor. Pobres, por fuerza. Pero la sociedad feudal se fue desintegrando; crecieron las ciudades; se formaban los municipios; los monasterios dejaron de ser el centro laboral de la comarca; la gente ya no era toda analfabeta, pues muchos aprendían letras; se abrió el comercio; crecieron las construcciones; florecía la industria..., por todo lo cual empezaron los trabajos a ser muy diferentes de los del campo. Se creaba entonces, como algo natural, la clase media y la pequeña burguesía. El trabajador se convertía en alguien importante.

Y vino el agruparse los trabajadores y los industriales en asociaciones o corporaciones que mantenían alta y de calidad la producción, a la vez que ellos se aseguraban trabajo, medios de vida y asistencia social. Así es como nacieron los **gremios** de cada industria u oficio: carpinteros, herreros, alfareros, sastres, zapateros, albañiles, panaderos, plateros, cerrajeros, agricultores, carniceros... No era nada extraño que incluso vivieran en sectores uniformes de una ciudad, y es curioso cómo hasta hoy quedan en muchas ciudades nombres propios de calles o barrios, Herrerías, la Alfarería, los Curtidores...

La Iglesia no fue ajena a esas corporaciones que fomentaban el trabajo y la hermandad, sino que fue su mayor sostenedora, ya que ellas mismas se ponían bajo la protección de un Santo, formando una Cofradía religiosa, celebraban sus festividades en el templo, y todas ellas practicaban, con verdadera organización, la asistencia a los pobres y enfermos. De esta manera, gremio y cofradía venían a ser lo mismo. El gremio significaba la parte técnica del trabajador; la cofradía, su fe, su religión, su mirada a la vida eterna. Es curioso, por ejemplo, el himno latino que conservamos y cantamos en gregoriano, y que comienza: “Media vita”..., “a mitad de la vida nos encontramos en medio de la muerte”. Lo computaron para los constructores de un puente en medio del caudaloso río. Trabajaban con mucho peligro para la tierra, pero con la mirada clavada en el Cielo. Era el suyo un trabajo totalmente sobrenaturalizado.

Por eso, cada gremio tenía su patrono: los carpinteros, desde luego, a San José; los herreros y orfebres, a San Eloy, porque Eloy dejó su oficio de joyero cuando sintió la llamada del Señor: “¡A trabajar con otra plata y a buscar otras joyas!”; para entregarse como sacerdote y misionero a la evangelización de Bélgica en el siglo VII; los médicos, a los hermanos San Cosme y San Damián, médicos mártires en las persecuciones romanas; los

perfumistas, a Santa María Magdalena, porque la tuvieron como la mujer del Evangelio que ungió los pies de Jesús en aquellos banquetes...

Cada gremio celebraba su fiesta patronal con solemnidad grande, llevando el estandarte con la efigie del Patrón en procesión devota. En el altar de la iglesia dedicado al mismo Patrón se celebraban siempre Misas por los cofrades, particularmente por los enfermos.

Especial cuidado se tenía de los miembros del gremio que enfermaban. Sin el Seguro Social moderno, la corporación o cofradía tenía que cuidar del enfermo y ayudar a la mujer e hijos, especialmente si llegaba a morir, ya que las exequias del difunto corrían a cargo del mismo gremio. Además —y esta costumbre continuó cuando, desaparecidos los gremios, sólo quedaron cofradías religiosas—, la corporación atesoraba fuertes sumas para atender a los pobres, asilos, hospitales y demás obras de beneficencia.

Viviendo su fe de esta manera los gremios, ya se ve que la Iglesia estaba metida de lleno en los mismos y los favorecía como cosa propia. Los gremios eran la realidad viviente de la más pura caridad cristiana, manifestada no sólo de palabra sino con obras sobre todo.

Este vivir en corporación los trabajadores, obreros y dueños juntos, es una nota destacadísima de la Edad Media, sobre todo desde que los hombres dejaron de ser los trabajadores de los monasterios. Ya no eran los monjes quienes dirigían, sino los mismos laicos que, dejada la infancia laboral, habían llegado a su mayoría de edad y tenían conciencia de su valer. Su barbarie se convertía en una civilización **moral** superior.

La corporación gremial tenía como fines primarios: enseñar los oficios de manera eficaz y constante; sostener la limpieza en la oferta y la demanda, ofreciendo lo mejor y evitando el fraude, la especulación y todo lo que significase inmoralidad en el negocio; pedir y exigir a las autoridades la mejora y defensa del gremio; crear montepíos y cajas de socorro para ayudar a sus miembros cuando se presentaba la necesidad. Con su autoridad moral pedían y exigían a los municipios todo lo necesario para defender y mejorar los intereses del gremio.

La pertenencia al gremio requería haber realizado todas las actividades necesarias para adquirir la competencia en el oficio propio, como si se tratara de asignaturas enseñadas en la Universidad y que exigirían al final el certificado correspondiente a los tres grados o etapas de la enseñanza: aprendiz, oficial, maestro.

Aprendiz era el primer paso que se daba y tenía suma importancia. No podía entrar cualquiera en el gremio, sino sólo el que tenía disposición, demostraba competencia y estaba dotado de buena conducta. El número de los candidatos que podía admitir cada maestro era limitado, y estaba determinado por las mismas Ordenanzas. Iba precedido por un contrato entre el muchacho, su padre o protector, y el maestro o patrono que lo admitía. La enseñanza del oficio era gratuita, aunque, por lo visto, se introdujo la cooperación económica, según lo que dice el rey Alfonso X el Sabio en sus Partidas: “Reciben los maestros salarios de sus escolares, por mostrarles las ciencias, e así los menestrales de sus aprendices para mostrarles sus menesteres”. Nada extraña la gratuidad de la enseñanza, o la módica paga por la misma, ya que el aprendiz lo hacía en el mismo taller del maestro, comía y dormía en la casa del mismo, que hacía con el muchacho las veces de padre y educador. El aprendizaje solía durar, según la condición del trabajo y la capacidad del sujeto, entre dos y seis años, y venía a ser una verdadera escuela con auténtica graduación.

Oficial era el aprendiz que superaba satisfactoriamente el examen, y recibía el certificado del maestro que lo acreditaba, como lo expresa la misma palabra, para ejercer el oficio propio del gremio. Esta “oficialía” resultaba muy curiosa. El así graduado no se independizaba del maestro, sino que seguía bajo sus órdenes. Muchas veces residía en la misma casa, donde comía y dormía, aunque recibía un modesto salario. Si salía a trabajar fuera, a otra ciudad, mostraba su certificado y era recibido fraternalmente en cualquier parte del gremio. Esta oficialía duraba normalmente la mitad del tiempo que había durado el aprendizaje. El sujeto debía mostrar su capacidad y su buena conducta so pena de perderlo todo.

Maestro, finalmente, era quien demostraba su capacidad en el oficio mediante un examen, presentaba una “obra maestra” realizada por él, y pagaba a la Administración del gremio la cantidad estipulada. A partir de entonces, el maestro instalaba su taller propio, aceptaba algún oficial y recibía aprendices a los que debía formar en el oficio y educar cristianamente.

Inspectores, elegidos entre los maestros, eran los que vigilaban los talleres y las tiendas, y lo hacían celosamente por el buen nombre del mismo gremio. La producción, por lo mismo, era cuidadosamente vigilada. Como el gremio se encargaba del suministro de los materiales a los talleres, es natural que la vigilancia tenía que ser exigente. Miraban mucho de que nadie fabricase productos pertenecientes a otro gremio, ya que cada cual tenía la exclusiva de lo suyo en la ciudad. Al formarse los gremios, es natural que tendieran a multiplicarse los talleres, y por eso era también incumbencia de los inspectores el vigilar la creación de otros nuevos cuando la demanda estaba satisfecha. La función del Inspector era delicada, pues debía informar sobre la conducta de los miembros, que tenían prohibidos los juegos de azar, la embriaguez y cualquier manifestación de inmoralidad.

Todo lo dicho anteriormente no es invención moderna para justificar y exaltar una institución tan benemérita de la sociedad y de la Iglesia en la Edad Media. Todo se conserva documentalmente en libros como las “Partidas” de Alfonso X el Sabio y en especial el libro famoso de Esteban Boileau “Livre de metièrs”, escrito por orden de San Luis Rey de Francia. Cada nación europea conserva los recuerdos de sus gremios que la honraron con semejante sistema social, nunca superado después, y religioso al mismo tiempo.

Las condiciones laborales que se crearon al debilitarse el sistema federal desembocaron, como vemos, en un despertar los obreros, a la vez que los dueños de las industrias, a sistemas de trabajo de verdad admirables, bajo la mirada atenta de la Iglesia, que con su apoyo supo convertirlos en cristianos totalmente. Nunca el obrero se vio tan dignificado y protegido como en aquellos tiempos de los gremios medievales.

68. LA IGLESIA EDUCADORA

Los enemigos de la Iglesia tachan a la Edad Media de *oscurantista*. ¿Tienen razón?... Todos los historiadores serios dicen lo contrario. La Iglesia fue la gran educadora de los pueblos bárbaros que formaron la Europa.

Con las invasiones de los bárbaros sobre el Imperio Romano de Occidente, la cultura antigua sufrió un golpe que pudo ser mortal e irremediable. Pero allí estaba la Iglesia, que empezaba su andadura en libertad a partir de Constantino, y salvó una situación que parecía perdida del todo. El Imperio de Oriente o de Bizancio, como se vio libre de aquellos pueblos invasores, conservó bien su cultura griega, aunque ya en decadencia, pero no supo aprovechar su situación privilegiada para *crecer*, y se limitó sólo a custodiar las grandes riquezas que atesoraba.

En la Iglesia latina surgieron los monasterios benedictinos (lección 24) para ser los campeones en la *conservación* de la cultura y en la *iniciación* de la enseñanza a los rudos bárbaros; se abrieron las escuelas episcopales para la *formación* de los sacerdotes; con el estímulo de la Iglesia y unidos siempre a ella, los reyes, a partir de los carolingios (lección 41) fomentaron las *letras y las artes*, y entre monjes, obispos y reyes lanzaron la ciencia cristiana a su mayor apogeo con las *universidades* en el siglo XIII.

Pero no nos engañemos con una introducción como ésta, pues hasta el siglo XII, con raras excepciones, en la sociedad no había más letrados que los monjes y clérigos. Los hombres, a las armas o al campo; las mujeres, fuera de las monjas, todas analfabetas. Lo describía bien Amalrico de Metz: “Los doctores, para que enseñen las cosas del Señor, déjense de casarse, de negocios y de quehaceres del campo”. En realidad, en aquella sociedad todavía semibárbara no había más letrado que el clérigo. Pero las escuelas monacales, catedralicias y regias consiguieron poco a poco hacer una sociedad culta de verdad.

Los monasterios fueron los iniciadores de la enseñanza porque su trabajo era ante todo y sobre todo **orar**, y la oración requería libros, los Salmos, toda la Biblia, los manuales del culto, la Regla de vida. Esto hizo que el trabajo primero del monasterio fuese el escribir esos libros en absoluto necesarios, para lo cual se hacía imprescindible el amplio taller en el que se copiaba sin cesar. Además, se transcribían las obras de los Santos Padres y de los sabios y escritores de Grecia y Roma, que se hubieran perdido a no ser por la paciencia de los monjes incansables.

El coro de la iglesia para rezar, el amplio taller para transcribir y la biblioteca, eran las tres estancias mimadas del convento. Un dicho muy acertado decía: “Monasterio sin librería es un campamento militar sin armas”. Durante el invierno, por tener que copiar con la luz del día y siendo los días muy cortos, acababan rendidos la jornada al haber trabajado intensamente, ¡y a dormir!, porque “escribir llegada la noche era un quehacer muy pesado”.

Copiamos datos curiosos. Alcuino, el gran maestro del palacio de Carlomagno, les convence a los copistas de que, por ese trabajo, tienen seguro nada menos que el Cielo... El monje Godofredo de Tournai, que había copiado los Evangelios y casi todas las obras de San Agustín y de San Gregorio Magno, es premiado por Dios con una muerte sin dolor

alguno... El mejor es de San Vaast, que se le aparece a un su discípulo de aquellos copistas, y le asegura que le serán perdonados tantos pecados como letras lleve escritas... Total, que valía la pena el trabajo de transcriptor.

La enseñanza monacal se convirtió prácticamente en la única fuente de sabiduría para aquellos primeros siglos medievales. Los monasterios contaban con magníficas bibliotecas, y una de sus costumbres más provechosas y eficaces era el intercambiarse los escritos que cada uno poseía: códices, cartas, poemas, que podían transcribir en sus propios monasterios. No se conservan los originales de la cultura antigua griega y romana, igual que la religiosa de la Iglesia, sino esos códices transcritos por los monjes con paciencia sin igual a partir sobre todo del siglo IX. Y fueron ellos los que copiaron con un esfuerzo grande al iniciar la separación de las palabras, ya que antiguamente era el escrito un todo seguido sin distinción alguna; ellos además copiaban con verdadera elegancia gráfica, introduciendo dibujos alegóricos con diversidad de colores imborrables.

Conviene saber también que el trabajo monacal no se quedaba sólo en copiar maquinalmente lo ya existente, sino que se hacía obra propia, como por ejemplo, el comentario del Apocalipsis, donde su autor Beato cita a Jerónimo, Ambrosio, Agustín, Ireneo, Gregorio, Fulgencio, Isidoro y más Santos Padres, lo cual indica que tenía a mano una muy buena biblioteca y que se estudiaba seriamente. Podemos traer el ejemplo del monasterio alemán de Reichenau, cuyo catálogo de los años 820 a 842 contiene 450 códices de autores clásicos y poetas cristianos, biografías de santos, reglas monásticas y el derecho popular alemán. Es una cantidad respetabilísima para aquellos tiempos tan lejanos todavía de la imprenta.

Las Escuelas episcopales rivalizaron con los monasterios en la enseñanza y difusión de la ciencia eclesiástica. No existían los actuales seminarios para la formación de los futuros sacerdotes, y su preparación se hacía por el siglo VI en las mismas parroquias, con una preparación al principio rudimentaria: aprender las celebraciones del culto, los Salmos para rezar, las oraciones básicas y poco más. Pero esas escuelas se trasladaron a la sede del obispo junto a las catedrales, mejoraron mucho y hasta aventajaron a los monasterios de Cluny y Claraval, los cuales no se lucieron gran cosa en cuanto a la ciencia, ya que los de Cluny no se cuidaban de otra cosa que del culto y los de Claraval de la vida austera del convento.

Un sínodo de Roma en el año 853 aconsejaba a todos los obispos que “se constituyan maestros y doctores que enseñen con diligencia las letras, las artes liberales y los santos dogmas de la Iglesia”. Y se instituyeron muchas escuelas así en toda Europa, algunas de las cuales llegaron a gran altura científica. Hay que ver cómo Alcuino, en unos versos latinos, elogia la Escuela inglesa de York, repleta de los antiguos clásicos griegos y latinos, de códices hebreos y de los escritos de los santos Padres. Estas escuelas episcopales, bajo la dirección del “Maestro de Escuela”, avanzaron grandemente en las ciencias y llegarán un día, ya lo veremos, a transformarse en las primeras universidades.

En cuanto a la enseñanza popular, no hubo tanta diligencia aunque tampoco se descuidó del todo. El monasterio, además del salón de copias, tenía escuela para enseñar a los jovencitos “oblato” o aspirantes a monjes, y, desde Carlomagno, por orden del rey había de tener también escuela para externos, algo que extendió a todas las catedrales el año 787,

con maestros que enseñen las letras humanas como medio de penetrar mejor en las divinas”. El mismo Carlomagno, soñando en convertir su corte en una “Atenas de Cristo”, bajo el famoso director Alcuino, convirtió su palacio en un centro docente altamente cualificado, en el que habían de educarse los hijos de los nobles.

Todos los otros reyes imitaron al rey de Francia y las cortes contaron con sus escuelas igual que los monasterios y los obispados. Existieron y muy florecientes hasta en la España mozárabe, donde por la invasión musulmana podían haber sido mucho más difíciles.

Estas escuelas reales no estaban precisamente separadas en la enseñanza de las episcopales, pues prácticamente eran siempre los clérigos los maestros más cualificados, ya que los hombres, y más los nobles, no tenían otro sueño ni otra ocupación que las armas.

Las ciencias que se enseñaban, aparte de las eclesiásticas, eran las que formaban el “Trivio”: gramática, retórica y dialéctica; y el “Cuadrivio”: aritmética, geometría, astronomía y música. El maestro anglosajón Alcuino, dándose su nombre escolar, queriendo lucirse ante Carlomagno, le escribía: “Yo, vuestro *Flaco*, según vuestra exhortación y beneplácito, procuro en el monasterio de San Martín ofrecer a unos las mieles de la Sagrada Escritura; a otros, trato de embriagar con el vino añejo de las antiguas disciplinas; a otros, empezaré a nutrir con los frutos de las sutilezas gramaticales; a otros, deseo ilustrar con el orden de las estrellas, como con la pintura de la bóveda de un palacio”.

El avance de la ciencia en aquellos pueblos salidos de la barbarie fue bastante lenta, pero la Iglesia, con los monasterios, las escuelas catedralicias y las aulas palaciegas, la promovió desde los principios de la alta Edad Media. Con los merovingios (lección 34) sufrió un bajón, pero se levantó vigorosa con los carolingios a partir sobre todo de Carlomagno en los siglos VIII y IX. En un principio, todo era memorizar. Después, vino el copiar y copiar escritos antiguos, a base de los cuales empezaron los primeros escauceos de filosofía y teología.

El siglo XII será crucial, con un gran avance, y en el siglo XIII alcanzará la ciencia cristiana unas cumbres realmente excelsas, como veremos más adelante. Hemos dicho “ciencia cristiana”, y eso era, pero pasado algún tiempo vino a enriquecerse con las ciencias naturales, debido al contacto con los judíos y, de manera especial, por la aportación de los árabes.

Una cosa, sin embargo, llama mucho la atención: a pesar de las invasiones de los pueblos del Norte, la Iglesia conservó celosamente la cultura antigua, la clásica griega y romana, a la vez que desarrollaba la religiosa, de la que son testimonio los Santos Padres y los grandes Concilios de la antigüedad. ¿Una Iglesia ignorante y retrógrada? Sólo un ignorante se atreve a decirlo. La Iglesia que quedaba del Imperio hubo de empezar *de cero* con los pueblos bárbaros, ¡y hay que ver hasta dónde llegó, aunque poco a poco, en el siglo XIII!...

69. ENSEÑANZA SUPERIOR: LAS UNIVERSIDADES

¿A dónde llegó aquella enseñanza elemental que la Iglesia se echó encima para formar a los pueblos bárbaros? Las Universidades nos parecen increíbles en aquellos tiempos. ¡Y fueron creación de la Iglesia!

Hay que recordar los centros de enseñanza medieval, que eran: los monasterios, las escuelas catedrales y las palaciegas de los reyes. La ciencia no se detenía, y, pasado el calamitoso siglo X y las revueltas del XI, la pasión ciudadana se volcaba al estudio de las *artes* liberales y reales: gramática, retórica, dialéctica, aritmética, astronomía, música, geometría, y, no digamos, la teología y el derecho, así como la medicina que, con los árabes y los judíos, tomó un auge muy notable.

Ya a finales del XI vemos que el obispo de Rouen mandaba en el 1074 que los maestros se sometían a un examen para obtener la *licencia de enseñar*; y a finales del XII, en el año 1179 el obispo de Gante en Bélgica prohibía fundar más escuelas en la diócesis y nadie podía dar “licencia” para enseñar sino los canónigos de su catedral. Así nacían los “títulos” de enseñanza, ante lo mucho que habían avanzado las ciencias y aumentado los maestros.

En la sociedad se había dado el fenómeno de los aficionados a las letras, perfectos humanistas que dominaban el latín cuando ya empezaban las lenguas romances, y se dedicaban, incluso “clérigos vagabundos”, a cantar por doquier la naturaleza, el amor, el vino, la buena vida..., suscitando el afán por la literatura. Además, el contacto con los árabes y los judíos a través de España, acrecentó el saber de las escuelas. Ya no se trataba de la ciencia eclesiástica solamente —Biblia, Culto, Santos Padres, Derecho— sino que se echaba encima la medicina con el filósofo persa Avicena, la filosofía griega con Averroes, nacido en Córdoba en el 1126 y considerado como el mayor filósofo árabe de la Edad Media.

Conquistada Toledo, la ciudad imperial española se convertía en la impulsora de las nuevas ciencias traídas de Oriente por árabes y judíos, pues se dedicaba, como su gran industria, a traducir los libros antes desconocidos de “matemáticas, astronomía, medicina, alquimia, física, historia natural, metafísica, psicología, lógica, moral, política”.

Los árabes de Bagdad en el siglo VIII habían traducido los libros griegos al árabe y eran grandes conocedores de la sabiduría griega. Así harán llegar a Occidente, por los árabes de España, a Aristóteles, Euclides, Arquímedes, Ptolomeo, Hipócrates y demás. Los españoles mozárabes, por su “Colegio de traductores toledanos”, se encargarán de trasvasar la ciencia árabe a las demás naciones europeas. Conocían el árabe y traducían todo al latín.

Dice Renán, nada sospechoso de favorecer a la Iglesia, y menos la española: “La introducción de los textos árabes en los estudios occidentales, divide la historia científica y filosófica de la Edad Media en dos épocas enteramente distintas. El honor de esa tentativa, que había de tener tan decisivo influjo en la suerte de Europa, corresponde a Raimundo, arzobispo de Toledo y gran canciller de Castilla desde 1130 a 1150”.

El nacimiento de las Universidades ha apasionado siempre a los historiadores. ¿Aparecieron sin más? ¿Fue por una evolución natural de los estudios, en especial de las escuelas de las catedrales? ¿Intervino un decreto expreso de los Papas? ¿Se debieron a los reyes?... Se dan muchas explicaciones. Había escuelas que contaban con maestros célebres, y, uni-

dos, llamaban “Estudio General” a su centro de enseñanza. Algunas escuelas catedralicias, se convirtieron en emporios de las ciencias.

Esas escuelas más importantes atraían a estudiantes de todas partes. “Bachiller” se llamaba el alumno admitido a las clases, aunque después fue el título primero. La “licencia”, como la misma palabra indica, autorizaba a enseñar. “Maestro” era el grado último. Al otorgar estos títulos, la escuela adquiría una importancia muy grande. Llegó el momento en que el Papa autorizaba plenamente con una bula dichos títulos a una escuela, a petición de la misma escuela, títulos que se convertían en válidos para toda la Iglesia, o, si los daba el rey, para toda la nación al menos.

El centro docente se llamaba “Estudio General”. El nombre de “Universidad” no vino tan de repente, y al principio significaba la “corporación” de “todos” los Maestros de un centro, como en 1221 decían aquéllos: “Nosotros, la Universidad —o corporación— de los maestros y alumnos de París”. Mucho más tarde pasó a tener nuestro actual significado porque el Estudio era para “todos”, de cualquier parte que viniesen, o porque abarcaba “todas” las ramas del saber.

Aquella sociedad feudalista y guerrera, campesina y rebelde, se había transformado por influjo de la Iglesia en sociedad ciudadana —sobre todo por los obispados, catedrales y su escuela—, con gran empuje comercial y ansiosa de saber. Y este afán de ciencia hizo nacer en la Iglesia y por la Iglesia la institución de los Estudios Generales o Universidades.

¿Y cuáles fueron las Universidades más antiguas y más célebres de aquellos tempos? Cada nación de Europa —Francia, Italia, Alemania, Inglaterra, España, Bélgica, Portugal—, se gloria de las suyas, y todas ellas con sobrada razón.

En **Francia** está ante todo la de *Notre Dame de París*, importantísima como ninguna, la cual contó con los más grandes maestros como Abelardo y Pedro Lombardo, colmada con todos los privilegios de Papas y reyes. Se dice que era la tercera potencia de la cristiandad, después del Pontificado y del Sacro Imperio Romano. El papa Gregorio IX la llama “Río cuyas aguas riegan y fertilizan el paraíso de la Iglesia universal”. Alejandro IV la tiene como “el árbol de la ciencia del paraíso, el candelabro de la casa de Dios, la fuente de la vida”. Y para los reyes de Francia es, por supuesto, “nuestra hija predilecta”.

En **Italia** brillan dos Universidades esplendorosas. **Bolonia**, ante todo. Contemporánea a la de París y quizá algo anterior. Nadie le ganaba en el estudio del Derecho, en el Romano enseñado por Irnerio, y en el Canónico de la Iglesia por Graciano. Para estudiar Derecho, a Bolonia acudían alumnos de todas las naciones. Fue la primera Universidad que no estaba constituida en su régimen por solo los Maestros, sino también por los alumnos, en un plan de auténtica democracia. **Salerno** fue la otra Universidad italiana que gozaba de prestigio grande en toda Europa, sobre todo por su famosísima escuela de Medicina

Podríamos seguir con las otras Universidades europeas, tan célebres como la inglesa de **Oxford**, pero nos fijamos particularmente en la española de **Salamanca** por lo que significará después en nuestra cultura hispanoamericana. Le precedió la de Palencia, pero vino ésta a desaparecer al unirse en un solo reino León y Castilla bajo el rey San Fernando. Su padre Alfonso IX de León “llamó maestros muy sabios en las sanctas Scripturas y estableció que se fiziesen escuelas en Salamanca”. (Para delicia nuestra, dejaremos las citas en la lengua original cuando el castellano empezaba sus balbuceos).

San Fernando ordenaba en 1243: “Porque entiendo que es pro de myo regno e de mi tierra, otorgo e mando que aya escuelas en Salamanca, e mando que todos aquellos que hy quisieren venir a leer, que vengan seguramente, e io recibo en mi comienda o en myo defendimiento a los maestros e a los escolares que hy vinieren e a sos omes e a sus cosas quantas que hi troxieren, e quiero e mando que aquellas costumbres e aquellos fueros que ovieron los escolares en Salamanca en tiempo de myo padre, quando estableció hy las escuelas, tan bien en casas como en las otras cosas, que esas costumbres e esos fueros hayan”.

A esta voluntad del rey, se adhirió después el papa Alejandro IV con el Estudio General de Salamanca, “ciudad ubérrima, según dicen, y con gran salubridad de aires”. Por lo visto, era fama eso de clima tan apto para los estudiantes, porque el rey Alfonso X el Sabio, hijo de San Fernando, escribía también:

“De buen aire, e de hermosas salidas, debe ser la villa, do quisieren establecer el Estudio, porque los Maestros que muestran los saberes, e los escolares que los aprenden, vivan sanos en él, e puedan folgar e recibir placer en la tarde, cuando se levantaren cansados del estudio. Otrosí debe ser abundada de pan, e de vino, e de buenas posadas”.

Bien dotada por el rey Alfonso X, Salamanca se desarrolló pujante, y sabemos la gloria que tendría en los siglos por venir.

Nos queda decir una palabra nada más sobre los **Colegios**, que nacieron en París para las Universidades, las cuales no tenían edificio expreso para las clases y actos académicos. Así, en París se tenían las reuniones generales en la Iglesia de los Trinitarios; las disputas y exámenes públicos, en la sala del Obispado o en la del famoso Colegio de la Sorbona, llamado así por su fundador Sorbón.

Los Colegios pulularon en torno a las Universidades para albergar a los estudiantes venidos de fuera. Se estudiaba en el Colegio. Junto con la Sorbona, estaba en París el de Saint Jaques, de los Dominicos, donde enseñaron San Alberto Magno y Santo Tomás de Aquino; el de los Franciscanos, donde fueron maestros San Buenaventura y el Beato Duns Scout.

Los Colegios venían a ser como conventos o monasterios, donde todos, maestros y alumnos, vestían de talar y obedecían a un reglamento riguroso. Faltaban todavía tres siglos, pero por el 1530 harán inmortal al Colegio de Santa Bárbara tres estudiantes que convivirán en la misma habitación, Pedro Favre, Francisco Javier y el recién llegado Iñigo de Loyola, el cual conquistará para su soñada Compañía de Jesús a los dos primeros...

¡Las Universidades! Una gloria sin par de la Iglesia medieval, que empezó por educar a los pueblos invasores del Norte con los rudimentos de la enseñanza en los monasterios benedictinos; los amplió después con las escuelas de todas las catedrales y acabaron por la creación de las Universidades, refrendadas por los Papas y los reyes cristianos, y que hoy son una institución insustituible, patrimonio de toda la Humanidad.

70. LA CIENCIA ESCOLASTICA

La filosofía y teología medievales, la “Escolástica”, llegaron a su cumbre más elevada en el siglo XIII con grandes sabios que fueron a la vez grandes Santos.

La ciencia cristiana sufrió varias evoluciones en la Edad Media. Los Monasterios benedictinos se limitaron normalmente a copiar y conservar los escritos de la antigüedad: Sagrada Escritura, Santos Padres y libros del culto, aparte de los autores clásicos latinos y griegos que tenían a mano. Fue una obra enormemente meritoria. Sin embargo, las ciencias como tales no avanzaban con ello. Se hacían colecciones de textos, como las “Etimologías” de San Isidoro de Sevilla, las cuales eran una verdadera enciclopedia.

Juan Escoto Eriúgena (810-877), irlandés, pone las raíces primeras de la Escolástica. Pero, fuera de él, hay que decir que los siglos IX, X y parte del XI mostraron un bajón en la enseñanza. En un principio, la teología consistía en la mera repetición de textos de la Biblia y de los Santos Padres. Los monjes cluniacenses, obsesionados por el culto, descuidaron la ciencia; y los cistercienses, aunque más avanzados, se mantenían cerrados en la Biblia y Santos Padres sin realizar ningún avance en el saber cristiano. Pero desde todo el siglo XII empezó a cultivarse la ciencia de manera honda y sistemáticamente.

San Anselmo (1033-1109), inglés, fue un verdadero titán, el primero que señaló las dos fuentes del conocimiento al servicio del hombre: la fe y la razón. Su dicho más célebre es aquel: “No discuro para creer, sino que creo para discurrir”, así en su original latino: *Non quaero intelligere ut credam, sed credo ut intelligam*. Es decir, hablando ahora a nuestro modo: No discuto ninguna verdad de fe, pues la creo a ciegas. Pero discuro para entender lo que Dios me quiere decir... La teología daba así un salto de gigante. La filosofía, que nace del discurrir del hombre, no irá nunca contra lo que dice Dios; pero se esforzará para ver cómo lo que Dios dice es razonable, no implica contradicción con ninguna verdad revelada, y filosofía y teología podrán estudiarse juntas sin que se estorben una a la otra sino que se ayudan recíprocamente las dos.

Abelardo (1079-1142), filósofo francés, empezó a aplicar esto audazmente, por más que San Bernardo se declaró enemigo suyo. A pesar de sus errores, insertó en la teología aquella filosofía que a tantos les daba miedo, mientras él se mantenía firme: “La piedra sobre la cual he fundado mi conciencia es aquella sobre la cual Cristo ha fundado su Iglesia”.

Pedro Lombardo (c.1100-1160), italiano, ejerció una enorme influencia por su “Libro de las Sentencias”, que se convirtió en el manual obligado de todas las Escuelas. Su teología se compendia en las afirmaciones de la Biblia coordinadas con las de los Santos Padres, y que fueron comentadas después durante siglos por todos los Maestros.

San Bernardo (1090-1153), para quien sobraba todo lo que no fuera directamente Dios, repudiaba la filosofía, pero contribuyó mucho a la espiritualización de las Escuelas.

Hugo de San Víctor (+1141), alemán, abad del monasterio de San Víctor en las afueras de París, era un alma selecta que llevaba toda su teología por la oración y contemplación a grandes alturas místicas. Para él y su escuela, la teología no era teoría, sino pura vida.

Así se llega al siglo XIII, la edad de oro de la teología. Y comenzará con la lucha de aceptar sí o no al filósofo griego Aristóteles, pues hasta entonces reinaba sólo San Agustín, de intuiciones geniales, con influencia filosófica de Platón y muchas elevaciones espiritua-

listas. Pero no era una teología sistematizada como la que se presentaba ahora con Aristóteles, conocido sólo por la traducción tendenciosa del árabe Averroes (+1198), en la que él había insertado muchas ideas propias en abierta oposición con la verdad cristiana. Naturalmente, el filósofo no podía ser aceptado sin más, y de ahí la lucha de “Aristóteles, sí; Aristóteles, no”, hasta pedir el obispo de Chartres: “No plantemos junto al altar la selva aristotélica”. Fue Tomás de Aquino quien pidió a Guillermo de Moerbeke la traducción directa del griego original, y el mismo Tomás se convirtió en el aristotélico que se necesitaba.

La enseñanza de la teología apasionaba con las *Disputas* públicas. Se hacía como en las clases, pero no era sólo el Maestro quien intervenía, sino que se realizaba entre varios. Se leía una página de la Biblia o de las Sentencias de Lombardo: era la *lectio*; la defendía un alumno, la objetaban otros: era la *disputatio*; y venía la conclusión del Maestro: era la *sententia*. Se argumentaba con verdadero rigor lógico, por lo cual la teología dejaba de lado una fluidez que le hubiera venido muy bien, aunque la solución venía a ser irrefutable.

Tratándose de doctrina de Dios, había de llevar de suyo a la práctica, ser sentida en la vida, como era en realidad la teología agustiniana, la cual siguió teniendo por eso muchos adeptos en contra de la nueva corriente aristotélica, de suyo racional y fría.

Con el nacimiento de las dos grandes Órdenes de Dominicos y Franciscanos, que se metieron en las Universidades, la teología va a alcanzar su altura máxima y se van a distinguir claramente las tendencias de sus respectivas escuelas: la racional y la espiritualista.

Cronológicamente, los Dominicos fueron los primeros, pues ya en 1229 regentaban dos cátedras en París. Entre todos los Maestros Dominicos, solamente nos fijamos en dos, ambos unos colosos de la ciencia.

San Alberto Magno (+1280), alemán, Provincial de los Dominicos y obispo de Ratisbona, dejó su cargo y el episcopado para dedicarse de lleno a la enseñanza, primero en París y después en Colonia, donde tuvo de discípulo al joven Tomás de Aquino, cuya precocidad fue el primero en intuir. Alberto es un auténtico fenómeno, impuesto en todas las ramas del saber. Las ciencias naturales las conocía como verdadero especialista: la geografía, la artrología, la mineralogía, la química, la medicina, la zoología, la botánica. Dominaba la ciencia enseñada por árabes y judíos, como Averroes y Avicena. Impuesto en la filosofía aristotélica, supo unir la razón y las ciencias naturales con las verdades de la fe, y así se ganó en la Iglesia un puesto y un aprecio hasta entonces nunca alcanzado por ningún otro sabio.

Santo Tomás de Aquino (1225-1274), la lumbrera más esplendorosa que ha tenido la Iglesia. Si no podemos llenar varias páginas, vale más no decir nada de él. Fue Tomás quien iba a realizar la gran síntesis entre razón y fe, de la filosofía aristotélica con la teología. Se le llama el “Doctor Angélico” porque su discurrir parece la intuición de un verdadero ángel. Su obra cumbre es la “Suma Teológica”, que desgraciadamente dejó inconclusa. No desdeña al platónico y ardiente San Agustín, al que cita muchas veces; pero Tomás es el aristotélico frío, impassible cuando escribe, de claridad meridiana. Su misma santidad, tan natural, tan humana, subyuga. A su hermana que le pregunta qué ha de hacer para ser santa, le contesta escuetamente: “Quiere, y lo demás déjasele a Dios”. Así era él.

Los Franciscanos, diríamos, tuvieron que vencer la repugnancia de San Francisco de Asís para dedicarse a la ciencia. Pero vieron que debían hacerlo, y junto con los Dominicos fueron los grandes teólogos del siglo XIII, aunque con diferente tendencia doctrinal, más agustiniana y menos aristotélica, racional también, pero más afectiva. Ya en 1231 poseían una cátedra en París, donde brillaron tantos Maestros insignes.

Alejandro de Hales (1185-1245), el “Monarca de los teólogos”, inglés procedente de la Universidad de Oxford. Empezamos hablando de él con una anécdota simpática. Alma muy piadosa, había hecho la promesa de no negar nunca un favor que se le pidiera en honor o por amor a la Virgen María. Enterados los Franciscanos, ni tontos ni perezosos le piden un día que por amor a la Virgen entre en su Orden. El pobre Alejandro no tuvo más remedio que cumplir su promesa... Catedrático insigne en París, fundó la escuela franciscana con su célebre obra la “Suma de toda la Teología”, el comentario más completo de las “Sentencias” de Pedro Lombardo.

San Buenaventura —el cual llamará a Alejandro de Hales “mi padre y maestro”—, teólogo de grandes vuelos y de una espiritualidad subidísima. No era aristotélico, sino un gran agustiniano, en lo cual difería de Santo Tomás de Aquino, aunque los dos eran grandes amigos a pesar de su mentalidad tan diferente. La teología de Buenaventura está llena de un ardiente afecto a la humanidad de Jesucristo, y esa espiritualidad afectiva marcará definitivamente a la teología de la Escuela Franciscana, conforme a lo que expresó él mismo ante un auditorio de profesores: “Cristo es el principio de todo conocimiento humano bajo la forma de fe, razón y contemplación, y por este contacto íntimo con Cristo, Cristo es el supremo Doctor y Maestro del género humano”.

Beato Duns Scoto (1266-1308), inglés y profesor en Oxford, París y Colonia. Teólogo muy crítico y de grandes intuiciones, sin dejar los argumentos de la razón, su teología nace más bien del amor, porque del amor de Dios arranca todo, todo lleva al amor de Dios, y en el amor se consumará la felicidad de los elegidos. Entre sus grandes intuiciones, que después tuvieron tanta influencia, estuvo la de la INMACULADA Concepción de María, negada entonces por casi todos, y la posibilidad, para él certeza, de que el Hijo de Dios se habría encarnado aunque el hombre no hubiese pecado, para ser no precisamente Redentor, sino el remate grandioso de la Creación y el Glorificador pleno de Dios.

No deja de ser curioso que los más grandes Maestros del siglo XIII fueran también unos santos insignes. Todos ellos han pasado a la Historia con unos nombres que aún se les sigue dando: Alejandro de Hales, el *Doctor Irrebatible*; San Alberto Magno, el *Doctor Universal*; San Buenaventura, el *Doctor Seráfico*; Duns Scoto, el *Doctor Sutil*; y Santo Tomás de Aquino, sin más, el *Doctor Angélico*. Junto con la Gracia, la ciencia fue el camino que a todos ellos les llevó a Dios. Fueron la prueba mayor de que fe y razón no están reñidas; de que inteligencia y corazón llenos de Dios son la grandeza mayor del hombre. La Iglesia presentará a estos Santos y Maestros como unas de sus mayores glorias.

71. ARTE Y LITERATURA

Desde los humanistas del Renacimiento (siglos XV y XVI) se le viene llamando a la Edad Media “oscurantista” y “retrógrada”. Error garrafal. Ignorancia maliciosa. Mentira descarada. Hablan así porque era **Dios** quien llenaba todo lo que significase manifestación artística y literaria, rayanas con la teología en su mayor apogeo.

Ya sabemos lo que fue en el siglo XIII la “Suma Teológica” de Santo Tomás de Aquino: el Everest sobre todas las demás montañas. Y eso mismo hay que decir de la poesía con la “Divina Comedia” de Dante; de las miniaturas finísimas e inspiradoras; o de la arquitectura con la catedral de Chartres por ejemplo. Costará un poco superarlas, aunque en esto de la arquitectura vendrán después nuevas formas como la genial cúpula de Miguel Ángel, pero no restará nada de esplendor a las maravillas que contemplamos con las catedrales góticas. Asombra cómo unos pueblos, hacía pocos siglos bárbaros, llegaron a tales alturas en ciencias y en artes que “nacieron” de ellos mismos, mientras que el “Renacimiento” será un volver los ojos a lo que fueron en otro tiempo anterior las letras, las artes, la pintura, las construcciones griegas y romanas... Al artista italiano Giorgio Vasari (1511-1575) parece hay que atribuir la expresión despectiva de “gótico”, el arte de aquellos *godos* bárbaros...

Nos resulta bastante difícil en nuestra América hablar del gótico porque nunca hemos visto una catedral gótica, de las que está sembrada toda Europa. Para entendernos bien habríamos de tener a mano ilustraciones gráficas, de las que carecemos para un cuaderno como éste. Podemos, y resulta fácil, acudir a Internet buscando palabras como “El gótico”, “Catedrales góticas”, “Ojivas”, “Vidrieras”, “Esmaltes”, “Miniaturas”, etc. Asimismo, podrá verse en Internet cada catedral en particular llamando simplemente a “Catedral de Chartres”, de Colonia, de Toledo o de Canterbury, Notre Dame, Orvieto...

De la Alta Edad Media se conservan como lo mejor en la arquitectura los monasterios e iglesias de los monjes, que desembocan en el arte románico, macizo, sobrio, aplomado, como lo podemos ver también por Internet en palabras como “El románico”, etc. En el siglo XII empieza el gótico, que en el XIII se cubrirá de esplendor. Hay que buscar su origen en Francia, a las que siguen inmediatamente Inglaterra, Alemania, España..., y aunque Italia fue algo recalcitrante al gótico por reminiscencias todavía de su antigua cultura romana, contará después con esa maravilla gótica grandiosa que es el Duomo de Milán.

La catedral gótica es esbelta, espiritual, se eleva a las alturas, mira uno sus torres y sube con ellas al cielo. Diríamos que las otras iglesias “contienen” a Dios dentro; las góticas no lo esconden, sino que lo “señalan” en las alturas. Sus ventanales o rosetones llenan de luz policromada el interior de todo el templo, y los vitrales, cuando se introdujeron en ellos las imágenes, vinieron a ser una catequesis espectacular del pueblo, como lo son también las innumerables estatuas, grandes o diminutas, que abundan en todos los rincones.

El templo interiormente pareciera estar plasmado en la Comunión de los Santos: el pavimento, con sepulturas de obispos y gentes insignes; todo el cuerpo en bloque, por el Pueblo de Dios que lo llena; y tendiendo la mirada hacia arriba, con los ángeles y santos en el seno de Dios que espera a toda la Iglesia.

El tan poco sospechoso Víctor Hugo dice: “La catedral es un libro. Donde mejor quedó marcado el carácter enciclopédico de la Edad Media es en Chartres. Sus diez mil personajes pintados o esculpidos forman un conjunto único en Europa”. Y lo que él dice de Chartres nosotros lo decimos de la de León, con tres rosetones y 134 ventanales cargados de doctrina bíblica y cristiana.

La catedral gótica indica a todas luces que el hombre había descubierto una espiritualidad nueva. Las imágenes de Jesucristo y de la Virgen son también con el gótico más “humanas”. Jesucristo ya no es el “Pantocrátor”, el Rey majestuoso, vestido con ropajes amplios y triunfales hasta en la cruz, sino el paciente y “Varón de dolores”. La Virgen deja de ser matrona, “Señora” siempre, para ser más “Madre”. Es una consecuencia de la devoción a la sagrada “Humanidad” de Cristo que se ha introducido en la Iglesia, y que desembocará después en la “Devoción Moderna”, de la que nos habremos de ocupar un día.

Los vitrales son el ornamento más llamativo de las catedrales góticas. Las paredes admitían grandes ventanales y dieron ocasión para que los artistas inventaran esa policromía fascinante de luz y color que nos embelesa. Podemos mirar en “Vitrales góticos” de Internet modelos muy variados. Aparte de la luz policromada ornamental, sirvieron para la catequesis del pueblo, pues reproducían normalmente escenas bíblicas coordinadas o los simbolismos más expresivos de la doctrina cristiana.

Los esmaltes juegan un gran papel, pero no son invento cristiano de la Edad Media, pues vienen de civilizaciones muy antiguas. Aplicados especialmente al metal, el cobre sobre todo, e iniciados en Limoges, llegaron a una perfección maravillosa en los detalles de la arquitectura medieval. Igual que el vidrio de los ventanales, solían ser especialidades de familias, que de padres a hijos se transmitían unas técnicas celosamente conservadas.

Las Miniaturas, finalmente, son el gran ornamento de los libros de la Edad Media. Aquí se lucieron los monjes en sus escritos, de la Biblia sobre todo y del culto. Las miniaturas vienen a ser en el libro lo que las vidrieras en las catedrales, intercaladas muchas en los textos, pero lucidísimas en los títulos y en los comienzos de la página, aparte de las que son Biblias pasadas todas a imágenes finísimas. Las guardan como sus mayores tesoros las principales bibliotecas y museos de Europa. La de Oxford consta de 1.780 cuadritos o medallones en 220 hojas; la de la Biblioteca Nacional de París contiene 1.000 pinturas; la del Museo Británico 1.424 cuadros en 178 hojas; y la Biblia de Viena contiene 1.964 medallones historiados. Cada nación conserva ávidamente sus tesoros miniados, como España la Biblia y las Cantigas de Alfonso X el Sabio y los Usatges de Alfonso II de Aragón.

Para la confección de las miniaturas empleaban el oro igual que otras pinturas muy variadas. Aunque trabajadas durante toda la Edad Media, los siglos XIII y XIV superaron a todos los anteriores, cuando ya estaba casi encima Guttemberg con la imprenta.

¿Y qué decimos de la literatura? Ciertamente que no podemos compararla con la de los Santos Padres de los siglos IV y V, pero no fue despreciable. Como no podía ser menos en aquellos siglos, toda se centró en la religión, hasta la caballeresca, que con los mismos romances profanos de la francesa *Canción de Roland*, la española del *Cantar del Mio Cid*, o los *Nibelungos* de Alemania, no se sustraen al pensamiento cristiano. Llegó época en que los “trovadores”, cantores ambulantes y cortesanos, se esparcieron por doquier y enaltecie-

ron la naturaleza; cantaron amores dignificando a la mujer, la de los sueños del caballero; o descendieron a vulgaridades que no les honraban mucho.

Pero mirando ya a la literatura de la Iglesia, en estos siglos aparecieron esos himnos que, cantados en gregoriano, han llegado hasta nuestros días, cargados de poesía y de teología profunda, los de la Eucaristía como los de la Virgen. Son del siglo XIII los eucarísticos de Santo Tomás, que nos sabemos de memoria, como el “Pange lingua... Tantum ergo”, “Sacris sollemniis”, “Lauda Sion” o el “Adoro te devote”; y, entre todos los de María, el incomparable “Stabat Mater”, atribuido a Giacomone di Todì como lo más probable.

El himno al “Hermano Sol”, de San Francisco de Asís, es lo más alto a que subió la lírica medieval, la cual tuvo a otro cantor sublime, aunque no tan conocido, como el Beato Raimundo Lull, que escribía en el catalán de su Mallorca.

Pero las letras del siglo XIII alcanzaron su altura máxima con la “Divina Comedia” de **Dante** Alighieri, el poema religioso más grandioso de toda la literatura mundial, escrito en un italiano ya muy avanzado. Nacido en Florencia en el año 1265, Dante estudió largamente y su cultura fue muy vasta. Casado desde muy joven, tuvo varios hijos, y, dedicado a la política, su vida resultó muy agitada, hasta sufrir el destierro forzado de su Florencia natal.

Al leer la Divina Comedia, y por sus primeros versos, muchos piensan que Dante se hallaba en el año 1300, al iniciarse el primer Año Santo de la Historia, profundamente abatido y que esa primera estrofa es autobiográfica: “En medio del camino de la vida, perdida la senda verdadera, me encontré en una selva oscura... que me llena de miedo con solo pensar en ella”. Nada de eso. Pura ficción poética. La obra —dividida en tres partes: Infierno, Purgatorio y Cielo—, la comenzó quizá en el año 1304, y la acabó poco antes de morir en Ravena en el 1321, donde sigue su tumba.

Con esa disposición de ánimo ficticia, y hallada la paz interior, empezó su viaje místico hundiéndose en el Infierno y visitando el Purgatorio acompañado de Virgilio, que simboliza la razón, y finalmente penetró en el Cielo acompañado por Beatriz, la fe, la teología. En el largo poema se mezcla todo: Biblia, teología, política italiana y europea, historia de la Iglesia, con los personajes que guiaron el mundo, juzgados según el criterio del poeta, no siempre benigno con los que no le caían bien o eran contrarios a sus ideas religiosas o políticas.

Con todo, campea en toda la obra una doctrina teológica segura, bella, terrible a veces, como la de la leyenda que encontró encima de la puerta del Infierno: “Los que aquí entráis, dejad afuera toda esperanza”; o bellísima al cantar a María, que es el “término fijo del consejo eterno”.

Vale la pena estudiar la Iglesia de la Edad Media, especialmente la del siglo XIII. Cuando se la conoce, cómo se admira su ciencia, su arte, su literatura, encarnadas en Santos como Francisco y Domingo, Tomás de Aquino o Gertrudis la Grande.

72. FINAL DEL SIGLO XIII Y DE LA EDAD MEDIA

Con el 1303, caracterizado por el primer Año Santo de la Historia, termina la Edad Media, según la cronología adoptada en nuestro Curso. Se acaban los esplendores del siglo XIII y empiezan los grandes problemas de la Iglesia moderna.

Empezamos viendo a un gran Papa, aunque muy calumniado, Bonifacio VIII, que abre el nuevo siglo con el primer Año Santo, gracia inmensa de Dios a su Pueblo.

Celestino V es el primero de quien hay que hablar, antes que de Bonifacio. En Julio de 1294, después de *veintisiete meses* de cónclave (!), los cardenales no se ponían de acuerdo y la Iglesia estaba sin Papa. Un monje casi octogenario, Pedro de Morrone, piadoso, sencillísimo, muy austero, con fama de santo, escribió una carta a los cardenales para que eligieran pronto al Pastor tan esperado por la Iglesia. Y los cardenales, sorprendidos, elegían por unanimidad a aquel viejo santo que así les escribía desde su soledad. Le llevan la noticia y el nombramiento a la celda de su pobre convento en Morrone, se echa el pobrecito a llorar, pero no tiene más remedio que aceptar la voluntad de Dios. Carlos de Anjou rey de Nápoles y su hijo Carlos, rey titular de Hungría, llevaban las bridas del burro que montaba el pobre Papa cuando se dirigía a Áquila donde iba a ser consagrado. Más de doscientas mil personas habían acudido a la ciudad, le aclamaban enloquecidas y le pedían su bendición.

Ya en Roma, el gobierno del pobre Papa resultaba nulo y hasta muy perjudicial. Santidad extraordinaria, eso sí, pero sin nada de cualidades humanas para el cargo supremo de la Iglesia. Con muchos remordimientos de conciencia y añorando su soledad, se aconseja de algunos cardenales más serenos, sobre todo de Benedicto Gaetani, y renuncia al Pontificado en el que sólo llevaba cinco meses. Estupor universal. Era el primer Papa que renunciaba.

A los diez días, era elegido Papa ese Benedicto Gaetani que escogía el nombre de Bonifacio VIII, el cual cuidó con esmero de Celestino, que volvió a llamarse Pedro de Morrone, y lo obligó a vivir custodiado como simple monje, con todas las precauciones ante los peligros de desunión y rebeldías que podían sobrevenir. Pero las calumnias han llovido implacables por este hecho sobre Bonifacio, el cual actuó con bondad y prudencia. Su inocente antecesor, muerto en Mayo de 1296, es venerado en la Iglesia como “San Celestino V”.

A Bonifacio VIII le esperaba un pontificado muy duro, aunque, por más barro que le echaran encima, se haría inmortal en la Iglesia. El problema iba a venir del rey de Francia Felipe el Hermoso, de alma villana, “príncipe de talento, pero sin conciencia, hipócrita, inmoral y déspota insaciable”, como lo describe el historiador acatólico Gregorovius. Su figura resulta repugnante. Por una discrepancia entre él y Eduardo de Inglaterra, el año 1298 los dos reyes acudieron al Papa como árbitro, pero no como Papa sino como persona particular y la de más confianza. Bonifacio se inclinó por Eduardo, y Felipe se enfureció contra el Papa, al que empezó a hacer una guerra sin cuartel.

En Francia se dividieron los obispos y los fieles por aquella contienda en la que el rey defendía absurdamente sus derechos sobre los del Pontífice, llegando a meterse en doctrinas erróneas, negando dar al Papa los tributos debidos, prohibiendo a sacerdotes y obispos salir para Roma aunque llamados por el Papa, y acusando a éste de mil delitos, empezando por el de la nulidad de su elección al pontificado. Cayó la excomunión sobre el monarca, la absolución del juramento de fidelidad a sus súbditos y el entredicho sobre Francia.

Felipe y los romanos Colonna, excomulgados y refugiados en París, tramaron el último crimen. Mientras el Papa estaba en su palacio de Anagni, sur de Roma, los emisarios del rey y de los Colonna, a cuyo frente iba el siniestro canciller Guillermo de Nogaret, bajaron a Italia en Septiembre de 1303, rodearon militarmente Anagni, y el Papa, viéndose perdido, se vistió de pontifical, se sentó en su trono rodeado de dos cardenales fieles, entre ellos el próximo papa Benedicto XI (¡recordémoslo!), y esperó tranquilo a los asaltantes, que entraron furiosos en la estancia gritando; “¡Viva el rey de Francia! ¡Muera el papa Bonifacio!”. Pero él, sereno: “¡Aquí está mi cabeza! Por la libertad de la Iglesia, yo, Vicario legítimo de Cristo, sufriré ser condenado y depuesto y aun martirizado por vuestras manos”.

No se llegó al asesinato del Papa porque el pueblo de Anagni, al saber lo que ocurría, se alzó contra los cobardes asaltantes, que, al cabo de tres días, dejaban libre al Pontífice, el cual fue llevado a Roma por cuatrocientos caballeros y recibido triunfalmente en Letrán, aunque aquí le traicionaron los Orsini, la familia rival de los Colonna, de modo que Bonifacio cayó con alta fiebre y moría santamente el 11 de Octubre de 1303.

Sobre la muerte de Bonifacio se lanzaron las más groseras calumnias. Porque la historia va a seguir cuando Felipe el Hermoso exija el juicio contra el Pontífice muerto, cuya indomable valentía no pudo doblarle en vida. Lo malo es que todavía hay historiadores sin escrúpulos que hacen circular esas mentiras aún en nuestros días.

Hemos dado un salto cronológico al hablar del Papa Bonifacio, dejando para el final lo que ocurrió tres años antes: la celebración del primer **Año Santo** de la Historia. La gente más popular se había imaginado muchas cosas cuando el nacimiento del nuevo siglo y acudió al Papa pidiendo bendiciones especiales y, sobre todo, indulgencia plenaria por los pecados. Había en Roma por esto verdaderos tumultos, y el Papa, por su cuenta y con plena responsabilidad, el día 22 de Febrero de ese 1300, con dos meses casi de retraso del 25 de Diciembre, promulgaba el gran Jubileo para toda la Iglesia en conmemoración del décimo tercer Centenario del nacimiento de Jesús.

La noticia se expandió con rapidez inusitada y el entusiasmo en toda la Cristiandad fue indecible. Sin los medios de locomoción de nuestros días, ¿cómo llegaron a movilizarse aquellas multitudes para acudir de toda Europa a Roma, en la que habían de permanecer los italianos un mes por la cercanía, y los extranjeros quince días? Se conservan testimonios como el del cardenal Stefaneschi, que habla de “muchedumbres como ejércitos o como enjambres”. Para esas multitudes estaban día y noche siempre abiertas las Basílicas de San Pedro y San Pablo.

Villani y Ventura son tenidos como fieles en sus crónicas, y dan detalles emocionantes. Ventura afirma: “Varias veces vi hombres y mujeres que caían y eran pisados por los demás; yo mismo, hallándome en semejante peligro, hube de hacer lo imposible para salir ileso”. Guittone d’Arezzo asegura que el Puente Milvio quedó obstruido por la multitud y la gente había de dar la vuelta a la Ciudad para poder entrar en ella.

El mismo Dante dice que para evitar tanta confusión se tomó la decisión de dividir con estacas a lo largo el puente de Sant’Angelo en dos partes, una de ida y otra de vuelta. Parece que Ventura no exagera —aunque hoy sostienen algunos que es casi un imposible— al decir que fueron unos dos millones los peregrinos, pues dice Villani que llegó a Roma “una gran parte de los ciudadanos que entonces vivían, tanto hombres como mujeres, desde re-

motos y diversos países y de lejos y de cerca”. Y sigue: “Sin interrupción todo el año había en Roma, además del pueblo romano, una población flotante de doscientos mil peregrinos, sin contar los que iban y venían por los caminos”.

Aunque hay que rebajar mucho los 200.000 visitantes diarios, digamos que Europa se despobló para ir a Roma y ganar la indulgencia plenaria. Peregrinaban por primera vez las mujeres, pues antes sólo les era permitido peregrinar a los hombres.

¿Y cómo hacían el viaje aquellas gentes de tanta fe? Es cierto que muchos a pie, pues iban expresamente para hacer penitencia de sus pecados, cuya remisión buscaban con la indulgencia plenaria. Los nobles viajaban en caballos, pero la gente más sencilla —que fue la inmensa mayoría— en carreta o asnos, y dieron prueba de que eran pobres porque el dinero que dejaron en la Ciudad era en monedas pequeñas, aunque entregaron como donación cantidades enormes, tanto es así que aquellos Colonna acusaron al Papa de haber promulgado el Jubileo por sórdida avaricia para hacerse enormemente rico.

Sólo que el cardenal de San Giorgio, al ver pocos ricos entre los peregrinos, apostrofa: “Vergüenza habrían de sentir al verse aventajados en el fervor y en los dones por la gente humilde y de pocos recursos”. Los ricos se dejaron vencer en su fe por los pobres, pero no faltaron hombres ilustres como Dante o Giotto, que dieron después testimonio del Año Santo en sus obras inmortales.

Roma se portó bien, aconsejada por el Papa, pues, como dice Ventura, “el pan, el vino y la carne se hallaban a precios relativamente bajos”. El problema eran los hospedajes, para las personas y para las caballerías, de las cuales dice con gracia el cardenal de Giorgio que “se obligó a las pobres bestias a llevar cargas mucho más pesadas que de costumbre”.

El Año Santo quedó como institución perpetua, primero cada cien años, pero se pasó ya en el siguiente a los cincuenta, para quedar en los 25 actuales, a fin de todos tuviéramos la suerte de participar de él al menos una vez en la vida.

Acabamos el siglo XIII y la Edad Media con una visión que fluctúa entre la preocupación por lo que se adivina en el porvenir y el gozo por las grandes virtudes cristianas que hemos visto florecer en la Iglesia durante estos tiempos de tanta fe. El Año Santo —¡tan impensable y tan impensado como fue!— con que se abren los nuevos siglos, es todo un augurio feliz. Puede abundar el mal en el mundo, pero Jesucristo sabe por dónde y cómo guía a su Iglesia, la cual no le fallará nunca a su divino Fundador.

Recordar

Edad Media

¿Qué impresión nos ha causado la Edad Media de la Historia de la Iglesia? ¿Qué nos conviene recordar?

Estos cuatro puntos.

1°. La **formación** de los pueblos bárbaros, que se habían convertido a la fe cristiana, pero conservaban muchas de sus costumbres paganas, aparte de gran ignorancia. Fue necesaria mucha paciencia de la Iglesia. Era cuestión de siglos.

2°. La unión estrecha entre la Iglesia y la autoridad civil, que llegó a su cumbre con la creación del **Sacro Imperio Romano**. En la Edad Media no se concebía una sociedad sin Dios en el centro de todo.

3°. Aunque había mucha fe en el pueblo, las costumbres se relajaron con frecuencia, lo mismo en el clero que en los laicos, y fueron necesarias **reformas** muy severas. Se dan en esta Edad las grandes aventuras de las **Cruzadas** contra el Islam.

4°. La formación cultural fue lenta, pero iba segura con las escuelas episcopales, los monjes, las Órdenes religiosas. La **ciencia teológica** y las **artes** llegaron en el siglo XIII a su cumbre más alta con las Universidades y con las catedrales góticas.

Seis siglos: años 692-1303

EDAD NUEVA. ¿Por qué?

1303 – 1648

Parece mucho más apropiado llamar a los tres siglos largos que van del 1303 al 1648 Edad “Nueva” que Edad “Moderna”. Y empezar la Edad “Moderna” con ese 1648 hasta el Concilio Vaticano II de 1962-1965.

Eso sí, con los dos períodos tan claros y precisos de cada una señalados en el “Planteamiento” (lección 1).

No es nada aventurero asegurar que los venideros empezarán a contar otra Edad a partir del Vaticano II, a la que podrán llamar “Contemporánea”, “Actual”, o como más les guste...

Por lo mismo, nuestro Curso lo dividimos así:

- Edad Antigua: 1-692.
- Edad Media: 692-1303.
- Edad Nueva: 1303-1648.
- Edad Moderna: 1648-1965.

Otros autores siguen, aunque con las mismas fechas poco más o menos, otra nomenclatura, y llaman “Moderna” a la Edad “Nueva” y “Contemporánea” a la que va del Siglo XVI o XVII hasta nuestros días. Unos y otros tienen sus razones propias y tan dignas las unas como las otras. Nosotros, definitivamente, nos atenderemos a las que ahora damos.

Porque el cambio en la Iglesia y en Europa se produjo con el asalto a la ciudad de Anagni perpetrado con la intención de acabar con el papa Bonifacio VIII, hecho que hemos narrado en esa lección 72, y antes que el Año Santo, cambiando el orden expresamente. Con lo de Anagni debería empezar la primera lección de esta Edad Nueva, y, de hecho, lo repetiremos aunque sea sólo sucintamente.

Llamar “Nueva” a la que comienza en el 1303 no es nada caprichoso. Porque, efectivamente, se empezó con aquellas circunstancias a pensar y a actuar de manera muy diferente en la Iglesia, la cual seguía medieval pero con diferencias muy notables.

1. Se *pensaba* muy distintamente del Papa y del rey, el cual ya no se sujetaba tan fácilmente al Pontífice, y el Emperador del Sacro Imperio Romano se convertía en una figura decorativa. Se *pensaba*, y también se *actuaba*, algo que se manifestó en la práctica con lo de Anagni en el 1303 entre el rey Felipe IV el Hermoso y el papa Bonifacio VIII.

2. La ciencia dejaba de ser tan cristiana y junto a la Escolástica tradicional se empezaban a meter ideas filosóficas atrevidas con Ockham y herejías descaradas como las de Wyclif y Hus, sin que tuvieran las respuestas valientes de antaño.

3. Empezaban a formarse unos Estados que se enriquecían independientemente de la Iglesia, y aún a costa de la misma, al apropiarse los bienes que los fieles le ofrecían.

4. Las Cruzadas ya no entusiasmaban a nadie y, de hecho, fracasó la que todos los Papas promovían como la última que diera el golpe de gracia al Islam, el cual acabaría conquistando Constantinopla el año 1453 eliminando el Imperio Romano de Oriente.

5. Por doquier se clamaba pidiendo una reforma que nunca llegaba en la Iglesia y, al revés, vino un cisma muy doloroso originado, sobre todo, por el destierro de los Papas en Aviñón, durante aquellos casi setenta años en que permanecieron en Francia dejando de vivir en la sede obligada de Roma.

6. Se vivía el Humanismo. Y estaba a las puertas el Renacimiento que se iba introduciendo con mucha naturalidad en la sociedad y en la Iglesia, cambiando profundamente la expresión de las artes y el modo de vivir. Basta citar a un Petrarca.

7. Con las expediciones transoceánicas se abrían nuevos horizontes y el comercio se expandía por unos caminos antes ignorados.

Todos estos hechos de los siglos XIV y XV, que desembocarán después en el XVI con el protestantismo, no podían seguir llamándose Edad “Media”; ni tampoco todavía Edad “Moderna”, de la cual eran una preparación. Por lo tanto, parece lo más acertado llamarla Edad “Nueva” con sus dos períodos bien definidos: el primero, de 1303 a 1517 en que se produjo la rebeldía de Lutero; y el segundo, a partir de este año hasta el 1648 con la paz de Westfalia. Todo lo veremos a su debido tiempo.

73. UN COMIENZO PROBLEMÁTICO

No resulta agradable esta primera y obligada lección sobre la Edad Nueva. El asalto de Anagni y el proceso contra el papa Bonifacio VIII tuvieron muy graves consecuencias, igual que el establecimiento de los Papas en Aviñón.

Nos vamos a meter en la Edad Nueva con un hecho concreto muy aleccionador. A lo largo de toda la Edad Media vimos como el Papa era el regulador de toda la vida religiosa y civil de la Iglesia y de los Estados, aunque el Papa no se metiera a rey ni el rey se metiera a Papa. Sin embargo, ahora vamos a ver cómo la mentalidad va cambiando. Ni el rey —es decir, la sociedad— se somete al Papa fácilmente ni el Papa —o sea, la Iglesia— es lo absoluto en el mundo. El Estado y la Iglesia van a seguir cada uno por su camino, aunque deberán respetarse si quieren que haya paz y el hombre se perfeccione a sí mismo sin por eso prescindir de Dios.

No queremos con esto filosofar demasiado. Queremos solamente decir que aquella unión entre Iglesia y Estado tan característica de la Edad Media ya no se va a dar en adelante. Porque va cambiando poco a poco, pero firme e irreversiblemente, la manera de pensar y de actuar. Caído el sistema feudal, los reyes se fortalecen y se hacen con el poder absoluto. Al entrar la filosofía en aquel terreno que antes era exclusivo de la teología escolástica, la Iglesia pensará también de manera distinta. Y Estado e Iglesia andarán cada uno por su camino, a veces unidos en el respeto y la colaboración como debiera ser siempre; otras, distanciados para perjuicio de todos.

Todo esto empieza a manifestarse con ese hecho particular que ya hemos narrado en la lección 72, avanzándolo para acabar bellamente el siglo con la esplendidez del primer Año Santo y la gloria del papa Bonifacio VIII, tan calumniado, aunque se dijo de él con justicia: “Piden algunos que se canonicé a Celestino V —el bendito Papa que renunció al Pontificado—; pero con mayor razón se debería canonizar a Bonifacio VIII, que, además de confesor, fue mártir de Cristo, pues murió por la libertad de la Iglesia”. Antes de ser Papa, el cardenal Gaetani, Legado del papa Martín IV en Francia, se entrevistó con el rey Felipe IV el Hermoso, de quien sacó la impresión que era “como un animal salvaje, y del que siempre guardó desagradable memoria”; mientras que el papa Martín IV describía a su Legado como “hombre de gran juicio, fiel, agudo, ingenioso”. Ya Papa Gaetani, su gran enemigo va a ser el rey Felipe cuyo recuerdo repugna en la Historia. Este odioso rey francés quiso adueñarse de todas las rentas de la Iglesia, que el Papa, los cardenales y obispos le negaron en absoluto. Felipe entonces convocó un concilio de arzobispos y obispos franceses, adictos a él, y se le sometieron todos cabizbajos menos los monjes cistercienses y los frailes franciscanos y dominicos, los únicos valientes ante el monarca. Para que ese concilio grotesco aprobara la propuesta del rey y condenara a Bonifacio VIII, el nefasto ministro Nogaret presentó algunas acusaciones contra el Papa: reo de herejía, y por lo tanto dejaba de pertenecer a la Iglesia, perdía su dignidad pontifical, no hacía tan siquiera falta deponerle, y así dejaba de ser Papa. Desde Anagni, Bonifacio rechazaba todas esas acusaciones absurdas, y, después de varias tentativas bondadosas, excomulgaba al rey Felipe, acusándolo de lo que sabía del rey muy bien el Papa: de tiranías, injusticias, violaciones del foro eclesiástico,

intrusiones anticanónicas en la entrega de los beneficios, atropellos, despojos y expoliaciones.

El rey Felipe quedaba malparado ante toda la Cristiandad. Pero Nogaret, mucho más audaz, concibió el secuestro del Papa, y por eso el rey lo mandaba “a ciertos negocios”, con poderes absolutos para tratar oficialmente “con cualquier personaje eclesiástico o laico a fin de estipular cualquier pacto o alianza”. Nogaret marcha entonces a Italia al frente de una mesnada de bandoleros. La bula de excomunión del rey iba a publicarse y entrar en vigor el 8 de Septiembre, pero la víspera entraba Nogaret en Anagni sembrando el terror, como ya sabemos por la lección 72. El Papa se vio abandonado de todos, y sólo le quedaron fieles dentro del palacio el cardenal Pedro de España y el obispo de Ostia cardenal Nicolás Boccasini, el cual, muerto Bonifacio VIII en Roma el 12 de Octubre de 1303, le sucedía como Papa con el nombre de Benedicto XI. Ahora vendrán los intentos despiadados de Felipe y su ministro Nogaret para difamar y hundir la memoria del gran Bonifacio VIII. El nuevo Papa Benedicto, ex General de los Dominicos, ejemplarísimo, bondadoso, hábil, venerado hoy como Beato, por el bien de la paz absolvió de la excomunión al rey Felipe IV —a quien no se le hacía por algunos responsable directo de lo sucedido—, pero la aplicó implacable a Nogaret y a todos los que participaron activamente en el atentado de Anagni. Felipe, a pesar de verse absuelto, exigió al Papa un concilio que debía condenar y juzgar la memoria de Bonifacio VIII, acusado de “falso Papa” y hereje, a lo que Benedicto XI contestó indignadísimo y se negó del todo, pero el rey supo esperar para después.

Muerto el Papa en Perugia antes de un año, los cardenales se reunieron en cónclave en la misma Perugia, pero se dividieron en dos facciones irreconciliables: contra los partidarios de un Papa italiano que rehabilitase la memoria de Bonifacio VIII, estaban los franceses y otros que acariciaban halagar a Felipe el Hermoso. Nogaret, con una propaganda furiosa, proponía: o eligen a un francés o a un amigo de Felipe IV, que convoque un concilio para condenar como *hereje, simoníaco e idólatra*, a Bonifacio VIII, o apelaremos a otro Papa de la Iglesia universal. Los cardenales temían, y después de once meses de espera por no entenderse, propusieron a un candidato fuera del cónclave, el arzobispo francés de Burdeos, Bertrán de Got. Comunicó su aceptación a los emisarios que le llevaron la noticia, se puso el nombre de Clemente V, y será Papa desde 1305 a 1314. El rey Felipe, contentísimo. Y el nuevo Papa, en vez de ir a Roma para la coronación, se quedó en su Francia y al fin se realizó todo en Lyon. Allí se entrevistó con Felipe, al que le concedió favores, mientras que el rey le proponía la condenación de Bonifacio VIII y —¡al tanto ya desde ahora!— le pedía la supresión de los Templarios. De momento, el nuevo Papa no le prometía nada, aunque hay que estar precavidos ante esas primeras proposiciones.

Clemente V no era malo, pero sí diplomático, amigo de enriquecer a los suyos, y lo primero que hizo fue crear diez cardenales: ningún italiano, un inglés frente a nueve franceses, cuatro de ellos parientes suyos y los otros cinco amigos del rey Felipe. Los pocos cardenales italianos pedían al Papa regresar con urgencia a Roma, Felipe lo retenía distraído en Francia, y el Papa iba visitando ciudad tras ciudad, francesas todas, para establecerse, finalmente, en Aviñón. Era en 1309 y el llamado “Destierro de Aviñón” durará hasta 1377. El Papa fue creando más cardenales, casi todos franceses, y la corte pontificia, totalmente afrancesada —aunque los Papas franceses no fueran malos, sino más bien buenos—, dejó de

inspirar a toda la Iglesia la confianza de la Curia romana y se creó poco a poco una división que desembocará en el Cisma de Occidente, como veremos en otra lección.

Vale la pena que acabemos con el odioso proceso del papa Bonifacio VIII. Clemente V no lo quería, y hasta en una bula de 1310 alababa “la ortodoxia, buenas costumbres, piedad y ejemplar vida de Bonifacio VIII”. Pero, aunque dando largas y largas, hubo de ceder ante las acusaciones que formularon Felipe el Hermoso y Nogaret: ese odiado Papa había sido hereje, idólatra, sexualmente pervertido, sodomita, y había tenido trato con el demonio, lo cual podían probar con “testigos” serios y con casos “concretos y ciertos”.

Ninguno de los Estados de Europa, fuera de los títeres del rey francés, creía en semejantes barbaridades del Pontífice difunto. Pero, ante denuncias, el Papa debía intervenir con un proceso, que se abrió en Aviñón en Marzo de 1310. Por estar excomulgado, no podía presentarse allí Nogaret, pero lo hizo, y exigió ante todo que, así como había sido desenterrado el Papa Formoso para aquel “proceso cadavérico” (lección 46), ahora debía ser desenterrado Bonifacio y “echado su cadáver a las llamas purificadoras”. No se le consintió de ningún modo. Acusaciones, defensa, “testigos verdaderos”..., todo se esgrimió en aquellas sesiones, pero no se llegaba a ningún considerando serio. Sobre todo porque el papa Clemente V, indeciso y diplomático, alargaba el asunto sin cesar. El proceso se suspendía el año 1311 sin llegar a ninguna conclusión. Pero Felipe IV no lo daba por cerrado definitivamente y lo guardaba como su “arma secreta” para exigir la reapertura cuando el Papa dudase en el asunto de los Templarios.

Para acabar de una vez, el Papa levantó las excomuniones pendientes de Nogaret y los demás con algunas condiciones que los absueltos nunca cumplieron: lo cual fue una auténtica humillación del Papado. Y cuando se pregunta quién venció en el proceso, la respuesta es: Nadie. Ni el Papa, ni Felipe IV ni Nogaret... El triunfador, sin que lo declarasen oficialmente inocente, fue Bonifacio VIII, santo verdadero, aunque se reconoce que no fue diplomático, pues su energía lo llevaba a resolver los asuntos rápidamente y por sí mismo. En algunos historiadores de poco peso, sigue su leyenda negra. Si Bonifacio hubiera muerto dos años antes, acabado el Año Santo, hoy pasaría como uno de los Papas más gloriosos.

Con este asunto del proceso de Bonifacio VIII se echa de ver en seguida el primer mal que traerá la estancia de los Papas en Aviñón: dependencia y sujeción del Pontificado a los reyes de Francia. No podemos decir que Clemente V fuera un mal Papa, pero, débil y enfermizo, le faltó energía y libertad para obrar en conciencia sobre aquel proceso, para retornar a Roma como era su deber, para hacer una corte austera en vez darle cariz de mundanidad, para afrancesar a la Iglesia en vez de universalizarla como hacía Roma por tradición imperial. Todo el siglo XIV se va a caracterizar por estos inconvenientes tan manifiestos y que se podían haber evitado con sólo salir de su tierra los Papas franceses.

74. LA SUPRESIÓN DE LOS TEMPLARIOS

Llegamos a una de las lecciones más trágicas de la Historia de la Iglesia, y la culpabilidad del hecho recae plenamente sobre Felipe IV el Hermoso, rey de Francia, que contó con la debilidad del Papa Clemente V. No hay modernamente ningún historiador serio que crea en la culpabilidad de la Orden Militar del Temple.

Sabemos por la lección 59 quiénes eran los Templarios —“guerreros intrépidos” y “atletas del Señor”, como los había llamado el papa Bonifacio VIII— tan beneméritos de la Iglesia por la cual habían luchado y a la que habían servido tan fielmente durante dos siglos. Al cesar las Cruzadas y no tener que guerrear, se dedicaron a la beneficencia y competían con los judíos y lombardos en las finanzas, ya que todos les confiaban su dinero como los depositarios de más confianza. Eran admirados de todos y se habían hecho riquísimos, pero aquí estuvo su mal, porque excitaron la avaricia de Felipe IV el Hermoso de Francia, el cual los acusó falsamente de los crímenes más horrendos a fin de conseguir del Papa la supresión de la Orden y hacerse con todos sus enormes bienes.

Es natural, y no puede negarse, que algunos de sus miembros, como ocurre en cualquier institución humana, se dejaron llevar del orgullo y se dieron a la vida fácil, pero sería una injusticia acusar a la Orden de inmoralidad y sobre todo de herejía y defección en la Iglesia. Pues esto es precisamente lo que hizo el canalla rey Felipe, acumulando sobre ellos las calumnias más atroces. El año 1308 había en Francia 2.000 templarios, y otros 2.000 estaban esparcidos por las demás naciones. Acabar con los 4.000 resultaba muy grave para la Iglesia, pero la sentencia estaba echada. Para acertar, Felipe IV empezó por introducir en la Orden doce espías que le informaran de los beneficios económicos de la misma.

Felipe se iba a valer, como en el proceso de Bonifacio VIII, de su criminal ministro Nogaret, que formuló estas cinco acusaciones concretas contra los Templarios:

- Al ingresar en la Orden reniegan por tres veces de la fe en Cristo.
- Además, por otras tres veces blasfeman ante el Crucifijo.
- Practican el homosexualismo, o al menos no lo pueden impedir a los demás.
- En la Misa, los sacerdotes omiten las palabras de la consagración.
- Adoran a un ídolo, *Bafonet*.

De ser ciertas esas prácticas, la Iglesia debía intervenir, examinar, juzgar y condenar. Fueron difundidas por todas partes. El gran Maestre, Jacobo de Molay, sabiendo que la Orden era inocente, y que fuera de Francia ningún Estado creía en tales infamias, pidió al Papa que abriera la investigación. Clemente V tampoco las creía, pero al fin aceptó, y Felipe, con un golpe maestro, encarceló a los 2.000 templarios que tenía en sus territorios antes de que hubieran de comparecer en los tribunales de la Inquisición. Los que confesaran como ciertas las acusaciones, quedarían libres, pero sin volver a la Orden, y mucho menos los condenados. Entonces, se les arrebatarían sus enormes riquezas, inmuebles y dinero, que pasarían en las propiedades del Estado y en el tesoro del rey. El decreto inquisitorial del Papa alcanzaba a todas las naciones, que se portaron bien y no creyeron en la culpabilidad de los acusados. Pero los templarios franceses estaban ya presos a merced del rey.

Y comenzaron las torturas para arrancarles a las víctimas la “verdad”. Eran pocos los que preferían morir antes que declararse inocentes, pues, ante los tormentos, muchos aceptaban todas las acusaciones. De los 140 que comparecieron ante el Inquisidor, todos, menos cuatro, aceptaron ser culpables y fueron absueltos. Todos admitieron sus blasfemias ante Cristo al ingresar en la Orden; dos terceras partes confesaron que se besaban “contra la naturaleza”; una cuarta parte confesó que sí, que se habían comprometido a la homosexualidad, pero que no la habían practicado. El mismo gran Maestre Molay confesó sus blasfemias contra Cristo y exhortó a todos a que admitieran la culpabilidad de la Orden.

Aparentemente, el triunfo del indigno rey Felipe IV el Hermoso (¡qué hermosura de alma!...) parecía seguro. Sólo que al verse libres de Felipe, fueron también muchos los que se retractaron y confesaron la verdad, como aquel ante el mismo tribunal que le había juzgado:

-¡Todo lo que declaré ante la Inquisición era inválido!

-¿Fuiste torturado?

-Sí; tres meses antes de mi confesión me ataron las manos a la espalda tan apretadamente que saltaba la sangre por las uñas, y sujeto con una correa me metieron en una fosa. Si me vuelven a someter a semejantes torturas, yo negaré todo lo que ahora digo, y diré todo lo que quieran. Estoy dispuesto a sufrir cualquier suplicio con tal que sea breve; que me corten la cabeza o que me hagan hervir por el honor de la Orden, pero no puedo soportar suplicios a fuego lento como los que he padecido en estos años de prisión”.

Y como éste, muchos se retractaron noblemente.

Los tribunales de la Inquisición funcionaron en los demás Estados debidamente, y los acusados no eran condenados, por la sencilla razón de que todos se declaraban inocentes a sí mismos y defendían a la Orden contra unas acusaciones tan criminales como absurdas.

Y no creamos que el proceso contra los Templarios fue cosa de días o meses. Duró cinco años. Cuando el Papa dudaba, el rey y Nogaret sacaban a relucir el proceso contra Bonifacio VIII, que ellos lo daban por no cerrado, y lo guardaban para el próximo Concilio, decretado por el Papa en 1308, pero dilatada su celebración hasta Octubre de 1311 y finalizado en Mayo de 1312. Aparentemente, se trataba de organizar una Cruzada que resultase definitiva. Felipe IV y Nogaret, instigadores del papa Clemente V, pretendían otra cosa: la supresión definitiva del Temple y también la condenación póstuma de Bonifacio VIII.

Efectivamente, el Concilio se celebró en Vienne. A decir verdad, no tuvo ninguna importancia doctrinal. La Cruzada, programada como prioritaria, no logró organizarse, pues ninguna nación estaba ya por ella. Como algo disciplinar, se estableció que en las Universidades se enseñara el latín, griego y hebreo para el mejor conocimiento de las Sagradas Escrituras. Igualmente, condenó a los seguidores de Pedro Juan Olivi, jefe de la facción radical de los franciscanos “Espirituales”, cuya doctrina se basaba en una vida de pobreza extrema.

Lo importante para el rey Felipe IV y Nogaret, que no cesaron en sus presiones, eran los templarios y la memoria de Bonifacio VIII. El Concilio se negó a condenar al papa Bonifacio VIII, y lo del Temple era en realidad mucho más serio. Clemente V, como siempre, débil y diplomático, no se atrevió a condenar como herejes ni inmorales a los templarios. Los Padres conciliares, a pesar de las presiones del rey y de Nogaret, no los creían culpables de herejía. En todos los Estados habían sido declarados inocentes, y sólo en Francia se

habían cometido aquellas barbaridades para acabar con ellos. No fue *condenada* la Orden, pero se decretó la *supresión* de la misma aunque se la reconociera inocente.

La sentencia se pronunció de la manera más solemne e indigna. Se hizo presente en el Concilio el rey Felipe el Hermoso con un séquito fastuoso de familiares y nobles. Sentado en presidencia de honor, escuchó satisfecho el decreto de supresión de la Orden, obligado el Pontífice por tantas declaraciones “fidedignas” y “espontáneas” atestiguadas en los procesos contra los Templarios, incluidas las de sus altos Jefes. La Orden ya no cumplía el fin por el que fue fundada, y por eso se decretaba “por previsión apostólica” la supresión definitiva. Felipe no logró todo lo que él quería: el hacerse con *todas* las riquezas de la Orden, sino sólo con las muchas que había en Francia, pues las otras pasaban a los Sanjuanistas (lección 59), aunque en la práctica pararon en manos de los reyes de los Estados donde existían los suprimidos Templarios.

Como las acusaciones contar los Templarios eran tantas y tan graves, los tribunales de la Inquisición debían seguir contra todos los acusados. Aún quedaban por juzgar el gran Maestre Molay y el Preceptor de Normandía Godofredo Charney, que anteriormente habían declarado la culpabilidad de la Orden. Para ellos se constituyó un proceso especial, pasado ya el Concilio, en diciembre de 1313, presidido por tres cardenales, y en Marzo de 1314 daban sentencia contra ellos: cárcel perpetua. Parecía una benignidad, al no ser la pena capital. Aunque vino lo inesperado. Como vimos anteriormente, Molay aceptó su culpabilidad propia y la de la Orden y recomendaban a sus súbditos a hacer lo mismo. Pero llevados en París a la gran plaza de Notre Dame, atestada de gente, Molay alzó vigoroso su voz, y toda la muchedumbre oyó estupefacta: -Nosotros no somos culpables de los crímenes que se nos imputan; nuestro gran crimen consiste en haber traicionado, por miedo de la muerte, a nuestra Orden, que es inocente y santa; son falsas todas las acusaciones”.

El gentío quedó asombrado; los cardenales acusadores y jueces, confusos, ordenaron reabrir el tribunal el día siguiente. Pero el rey, viéndose vencido, dio orden de quemar vivos aquella misma tarde a los dos acusados en un islote del Sena cercano al palacio real. Molay, cobarde en un principio, supo morir como un caballero aunque antes por miedo había sido un traidor. Muchos de los que se retractaron con valentía, fueron, igual que Molay y Charney, quemados vivos.

El juicio que merece este hecho es muy severo. Un auténtico crimen. Fuera de lo que sigan diciendo algunos franceses, no hay historiador serio que crea hoy en la culpabilidad del Temple, aunque adoleciera de defectos humanos comprensibles. La responsabilidad plena recae, desde luego, sobre el rey Felipe el Hermoso. Y no se libra de críticas muy serias el papa Clemente V. Eran muy malos los comienzos del Pontificado en tierra francesa. Con el Papa en Roma no se hubiera llegado a semejantes extremos.

75. AVIÑÓN. UNA MIRADA SINTÉTICA

Nos conviene, pues nos esperan casi setenta años muy especiales en la Historia de la Iglesia. ¿Quiénes y cómo fueron los Papas de Aviñón? ¿Qué problemas principales se debatían en la sociedad?

Miramos muy mal el “Destierro de Aviñón”, comparado siempre con el bíblico “Destierro de Babilonia” porque uno y otro oscilaron en los setenta años. Políticamente, durante estos años los reyes de Francia, Italia, Alemania e Inglaterra estaban enredados en contiendas continuas, y una de las causas era la corona del emperador. Los Papas, franceses todos, se inclinaban por darla al que más favoreciera a Francia. Después de mil aventuras, al fin vino a parar en Carlos IV de Moravia, pero con él, una vez muerto el papa Clemente VI, vino el Sacro Imperio Romano a ser un mero simbolismo. Al emperador ya no le importaba nada la defensa de la Iglesia, que, alejada de Roma en su cabeza, era mirada siempre como una aliada de Francia. En 1337 empezaba entre Francia e Inglaterra la llamada “Guerra de los cien años” —en realidad fueron 116— la cual sembró de desgracias el suelo francés. Damos una mirada a los Papas de Aviñón, todos franceses.

Clemente V (1303-1314), al que ya conocemos, y se sucedieron seis Papas más:

Juan XXII (1316-1334), sucesor de Clemente V, fue el más notable de todos.

Benedicto XII (1334-1342), que pensó volver a Roma, pero no lo hizo.

Clemente VI (1342-1352), derrochador, fiestero, muy amigo del lujo y el boato.

Inocencio VI (1352-1362), humilde, piadoso, pacífico.

Urbano V (1362-1370). Se decidió a volver a Roma en 1367, y volvió. Pero se regresó.

Gregorio XI (1370-1378). El Papa que, contra el parecer de sus cardenales franceses, se decidió, ¡por fin!, a regresar a Roma donde hacía su entrada el 17 de Enero de 1377.

En esta lección y la siguiente nos fijaremos algo en cada uno de ellos.

Clemente V fue el Papa del Concilio de Vienne el año 1311-1312, Concilio Ecuménico porque fue convocado y presidido por el Papa, aunque fue manipulado por el indigno rey Felipe el Hermoso, que jugó con el Papa como quiso. No fueron llamados todos los obispos de la Iglesia, aunque la bula se había dirigido a todos; llamó sólo a 231, y, leída la lista ante el rey Felipe, quedaron reducidos a 172 entre cardenales, obispos, abades y los Generales franciscano y dominico. Concilio ecuménico, pero con muy poca relevancia. Ya sabemos en qué pararon los Templarios. Y lo de la Cruzada, el asunto más importante, quedó en nada. Los obispos se comprometieron a contribuir para ella con el diezmo de todos los beneficios eclesiásticos durante seis años consecutivos, de 1313 a 1319. Felipe se congratuló con esa disposición, y prometió tomar las armas para ir a Tierra Santa. Ante la promesa del rey, Clemente V amplió a otros cinco años más los diezmos de Francia, y, como Felipe no fue a la Cruzada, el enorme beneficio de los diezmos fue a parar en las arcas del rey, el cual, por otra parte, murió en una cacería al cabo de dos años.

Juan XXII (1316-1334), pequeñito, feo, sin apariencias físicas —pasó falsamente como hijo de un zapatero, pero era de familia rica—, erudito y enérgico, desarrolló una actividad casi asombrosa. Extendió las misiones al extremo Oriente. Y aunque no se dejó dominar

por nadie, favoreció siempre la política francesa. De los 28 cardenales que llegó a crear, 23 eran franceses. Por fuerza serían franceses todos los Papas siguientes.

Los franciscanos “Espirituales” merecen mención especial durante el pontificado de Juan XXII. Fueron un quebradero de cabeza para los Papas desde mitades del siglo anterior, pero con Juan XXII en Aviñón llegaron al colmo. No sólo fueron indisciplinados, sino que llegaron a verdadera herejía. La Orden, tan queridísima en la Iglesia, experimentó pronto, muerto ya San Francisco de Asís, una gran división por los frailes que enseñaban y querían una pobreza total, absoluta, sin propiedad alguna para vivir, ni casas, ni vestidos, ni alimentos, sino la limosna que recibieran cada día espontáneamente de los fieles. Y enseñaban esto como doctrina irrefutable del Evangelio, de manera que Jesús y los Apóstoles no poseyeron nada como propio. Formaron entonces como dos Órdenes distintas: la Comunidad y los Espirituales. Se dividieron algunos teólogos, aunque los más grandes, como San Buenaventura (franciscano) y Santo Tomás (dominico) y todos los consultados por los Papas, estuvieran en contra de semejante doctrina. Cabecillas de los Espirituales, como Ockham y Miguel de Cesena, resistieron al Papa, se aliaban con reyes amigos, e hicieron un mal grande entre los fieles y en la misma sociedad civil. Ni documentos del Papa, ni la cárcel, ni las excomuniones, doblegaban a los frailes rebeldes. Hacemos una simple referencia a los Espirituales o “fraticellos”, aunque en las Historias de la Iglesia ocupan muchas páginas.

Este papa Juan XXII era bueno, y predicaba al pueblo con frecuencia y sencillez. Pero una vez cometió un grave error doctrinal. Dijo que después de la muerte, las almas, aunque purificadas del todo en el Purgatorio, no veían a Dios ni lo veían hasta el Juicio final. Los demonios y los condenados, igual: Dios los guarda en lugar tenebroso, pero no entrarán en el infierno hasta la sentencia del día del Juicio. Todos los teólogos se le echaron encima al Papa. Vinieron las discusiones acaloradas e interminables. Al fin el Papa cedió, y dijo, como era cierto, que no había hablado *como Papa*, definiendo una verdad, sino como simple predicador popular. De hecho, ya a punto de morir, declaró ante los cardenales que le rodeaban: “Confesamos y creemos que las almas separadas de sus cuerpos y plenamente purificadas están en el cielo, en el reino de los cielos, en el paraíso y con Jesucristo, en compañía de los ángeles, y que, según la ley común, ellos ven a Dios y la esencia divina cara a cara y claramente, conforme al estado y condición de las almas separadas”.

Digamos que este hecho reviste una gran importancia para la Historia de la Iglesia. Ni los mayores enemigos del papado reclaman un error a Juan XXII. En una opinión particular, el Papa puede equivocarse. Y aquí se equivocó. Como ejemplo muy positivo, miremos en nuestros días el hecho de Benedicto XVI. Su magnífica obra sobre Jesucristo la ha escrito siendo Papa. Y, con todo, él mismo dijo al presentar el volumen segundo que le podían criticar y contradecir, porque escribía Ratzinger, el *teólogo* de siempre, y no el Papa como *Maestro* de la Iglesia universal.

La magnífica organización de la Curia de Aviñón se debe a este papa Juan XXII, que repartía diariamente de 6.000 a 10.000 panes, y a muchos además un vaso de vino, un plato de guisantes o habas, y algunos días carne o pescado. Con él empezó aquella organización económica maravillosa, pero que al fin, con Papas sucesivos, se convirtió en un escándalo y fue causa de males muy graves en muchos Estados. La centralización de la Curia pontificia

se hizo cada vez más fuerte después de este Papa, y en lo que más se notó fue en la adquisición de los diezmos, encomiendas, anatas (lo que producía un cargo en el primer año), rentas de los Estados, contribución de las diócesis, impuestos de todas clases, donaciones “voluntarias” para la caridad (¡con excomunión incluso para quien no las daba!), las tasas injustas de la Curia etc. etc...

Fue notable el “despojo” de los obispos, es decir, el derecho a quedarse con todos los bienes de un obispo o sacerdote cuando moría, y que los legados habían de requisar para mandarlos a Aviñón. Los Papas recomendaban a los legados que obraran con moderación: primero, pagar las deudas pendientes del obispo; hacerle un digno funeral; recompensar a sus servidores; no incautarse de los aperos de labranza para los campos... Pero, lo demás, todo requisado. Este sistema trajo a la Curia de Aviñón grandes sumas de dinero, muchas joyas, objetos de arte, ornamentos, libros y todo lo que significase algún valor. Si no fueran odiosos, habría para reírse de casos que acontecieron con algunos legados. Muere aquel sacerdote, lo ve el legado pontificio en pleno funeral, y manda quitarle la buena casulla con que iba a ser enterrado... Otro peor. Muere el obispo de Mondoñedo en 1326, y el colector prohíbe enterrar el cadáver hasta que sus familiares, parientes y amigos no pagasen la gran suma de 18.852 maravedíes que debía. No se cumplió el funeral hasta doce años más tarde, cuando enterado el bondadoso papa Benedicto XII mandó darle cristiana sepultura. Y el otro. El obispo había hecho una rica puerta para el palacio episcopal, muere antes de colgarla en los goznes, y la arrebató sin escrúpulos el legado...

Los legados pontificios se derramaban por toda la Cristiandad y exigían con severidad todo lo establecido. Es cierto que, sin las arcas llenas, la Curia aviñonesa no podía atender a los gastos necesarios, pero eso de necesarios se convirtió pronto en un derroche insostenible de lujo que hizo odioso en todas partes al pontificado aviñonés. Aunque —hay que decirlo también—, los Papas perdonaban los diezmos a los Estados que por causas justas estaban en graves apuros económicos y hasta mandaban a los legados dar grandes sumas para necesidades reales. Y no se cometían precisamente injusticias, sino que fallaban las leyes, pues, de no existir de aquella manera, se hubieran evitado semejantes excesos.

Los males ocasionados con semejante sistema fueron muy graves. Clemente V poseía 200.000 florines, cuando con la mitad había suficiente para mantener modestamente la Curia. Al morir, poseía 1.040.000 florines de oro, dejó 70.000 a su sucesor y los otros los repartió en donaciones testamentarias. Juan XXII recibía al año 228.000. y dejó al morir 750.000. Las guerras de Italia se habían comido ingentes cantidades. El mal peor era que toda la Cristiandad estaba disgustada y acusaba a la Curia de avara, corrupta y simoníaca. Mejor le hubiera ido más austeridad, menos derroche inútil y no tanta ostentación en algunos de sus Papas. La humildad y la pobreza es lo que mejor cuadra a la Iglesia.

76. LOS OTROS PAPAS DE AVIÑÓN

Sin detenernos apenas en cada uno de ellos, señalamos los hechos más salientes de estos pontificados aviñoneses.

Habían elegido los cardenales a Juan XXII ya de edad, pensando que se iría pronto, pero se tiró dieciocho años hasta morir a sus noventa pasados. Le sucedió el monje cisterciense **Benedicto XII** (1334-1342), humilde y santo —“Han elegido a un burro”, dijo al enterarse de su elección—, el cual pensó volver a Roma, pero se tiró para atrás ante los desórdenes que reinaban en toda Italia. Vivió austeramente y limpió la Curia de clérigos holgazanes, vividores y ambiciosos. Estuvo a punto de acabar con el terrible problema de Luis de Baviera, pero su política en pro de su Francia lo echó todo a perder. Apenas elegido Papa, definió como dogma de fe, para acabar con aquella apasionada cuestión suscitada por la atrevida predicación de Juan XXII: las almas de los niños bautizados y las de todos los fieles difuntos que nada tienen que purgar o que han sido ya purificadas en el Purgatorio, están en el Cielo y gozan de la visión intuitiva y beatífica de Dios.

Además, construyó el espléndido palacio de Aviñón, donde los Papas siguientes se sintieron demasiado bien...

El palacio, toda una fortaleza imponente, fue todavía ampliado y enriquecido con decoración y ornatos espléndidos por **Clemente VI** (1342-1352), monje benedictino, muy amigo del lujo y el boato. Derrochador y fiestero hasta lo sumo, llegaron de nuevo los clérigos expulsados antes por el Papa anterior. Aunque limpio en su conducta moral, el fallo de Clemente fue esa ligereza y mundanidad que metió en la Curia. La autorizada Historia de los Papas de Saba-Castiglione nos da, como primera prueba, las fiestas con que celebró su toma de posesión. Aparte de los gastos para adornar el palacio, para los convites —¿durante cuántos días?— se mataron 118 bueyes, 101 terneros, 1023 carneros, 914 cabritos, 60 cerdos, y una verdadera hecatombe entre esturiones, sollos, capones, gallinas, pollos, con 60 quintales de manteca. Se hubieron de alquilar 116 calderas y contratar 101 entre cocineros, ayudantes, caldereros y criados. Se vaciaron 102 pellejos de vino común aparte de los vinos exquisitos. Se compraron 2.200 ánforas de vidrio y 5.000 vasos. Para el alumbrado fueron necesarios 10 quintales de cera... La población, orgullosa, y el Papa, tan tranquilo... Acudieron a Aviñón bandadas de clérigos en busca de beneficios; y artistas, pintores, músicos, literatos, pues el Papa se mostró un verdadero impulsor de la cultura.

Así de derrochador, aunque era también muy generoso con los pobres, pues todos aseguraban que era un hombre bueno, el cual se gloriaba de llamarse y de ser “Clemente”. Algo que manifestó cuando la peste negra el 1347 se llevó al sepulcro unos cuarenta millones de personas en toda Europa. En Aviñón morían tantos, que Clemente compró tierras y construyó el “cementerio florido” donde enterró más de 11.000 cadáveres. En el pontificado siguiente, con el bonísimo Papa Inocencio VI, habrá otra peste horrorosa el año 1361, que solamente en Aviñón segará más de 17.000 vidas.

¿Podía celebrarse el Jubileo de 1350, estando el Papa en Aviñón, fuera de Roma? Bonifacio VIII había establecido en 1300 celebrar el Año Santo cada cien años. Pero se alzaron voces muy autorizadas pidiendo fuera cada cincuenta, para que lo pudiesen disfrutar

muchos más cristianos una vez al menos en la vida. La ciudad de Roma envió en 1342 una embajada hasta Aviñón pidiendo al Papa Clemente VI la celebración y, naturalmente, la vuelta del Papa a Roma. Iba en ella el exaltado orador Cola di Rienzo, el cual se hizo en Aviñón amigo de Petrarca que vivía allí. El Papa aceptó la idea expuesta por el vibrante orador sobre el Jubileo, pero eso de volver a Roma, nada. Europa acababa de salir de la horrible “peste negra”, y sin embargo el Año Santo se celebró. El Papa concedía la indulgencia plenaria a los peregrinos, y mandó a Roma a su legado, el ostentoso cardenal Amblado, que hizo su entrada con centenares de caballeros, lo cual irritó a los romanos, y moría atravesado por una flecha que le soltaron desde una ventana. Entre los peregrinos llegaron Santa Brígida de Suecia con sus hijos, y quedó deshecha al ver la Ciudad Eterna en tanta miseria: “¿Esta es Roma?”, preguntó angustiada a su director espiritual. Aviñón tenía la culpa de aquel abandono... Llegaron Petrarca, penitente; Luis I rey de Hungría, el cual dio a San Pedro 4.000 escudos de oro; y los peregrinos se calcularon en 5.000 diarios, cantidad enorme cuando acababa de pasar la peste negra... Lo de siempre. Reyes y hasta Papas podían no estar a su altura espiritual —¿por qué no acudió el Papa Clemente?—, pero el pueblo seguía firme en su fe cristiana.

Clemente VI, de vida privada limpia —como los demás Papas de Aviñón—, satisfizo sus pecados con la mucha caridad que ejerció con los pobres más necesitados, aunque escandalizaran tanto su lujo y gastos desmedidos. Muy arrepentido, tuvo una muerte muy piadosa.

Es todo un enredo seguir la política de los Estados con los Papas durante estos años de Aviñón, a causa, sobre todo, del emperador, título que ostentaba ilegítimamente Luis de Baviera. Juan XXII con toda su energía no pudo nada; Benedicto XII con su bondad estuvo a punto de acabar con el terrible problema, pero su política en pro de su Francia lo echó todo a perder. Clemente VI terminó con todo el lío, y ciñó la corona imperial el rey Carlos IV de Moravia, aunque desde él ya no será el emperador sino un título y una figura decorativos. Tuvo suerte **Inocencio VI** (1352-1362), humilde, piadoso, pacífico, de encontrarse arreglado el problema imperial. Su quebradero de cabeza iba a ser la misma Cura pontificia de Aviñón, donde impuso una austeridad que chocaba fuertemente con los lujos y despilfarros de Clemente VI. Pensó en serio volver a Roma, pero no lo pudo realizar por su ancianidad, mala salud y lo revuelta que estaba Italia. Fue él, por medio del cardenal español Gil de Albornoz, arzobispo de Toledo, quien empezó a poner paz entre los reyes de Italia y los Estados Pontificios tan enredados y en grave peligro de que los perdiera la Iglesia.

Esa obra de Gil de Albornoz, convertido en figura central de la política pontificia en toda Italia, alcanzó mucha más importancia con el papa **Urbano V** (1362-1370), el cual se decidió a volver a Roma en 1367, y volvió. Aparte de su propia convicción, dos personajes intervinieron en esta decisión de Urbano. Ante todo, Petrarca, que le escribió: “Tu esposa es Roma, y Roma yace abandonada, enferma, pobre, llorando con triste vestidura de viudez. A muchos obispos has mandado a sus sedes episcopales; ¿y por qué el de Roma no ha de residir en la suya propia? ¿Cómo puedes dormir bajo los techos dorados de las orillas del Ródano mientras el palacio y la basílica de Letrán amenazan ruina y en las basílicas de San Pedro y de San Pablo se amontonan los escombros?”... A esta instigación del gran humanista, se añadió la visita del hijo del rey de Aragón Jaime II, el infante Don Pedro, conde de Ribagorza, que abandonó todos sus títulos y derechos, vistió el humilde hábito franciscano,

y gozó de gracias especiales de Dios, el cual le reveló que fuera al Papa y le pidiese el regreso a Roma para remediar tantos males de la Iglesia. Urbano lo acogió benignamente, y le hizo caso: ¡Volveré a Roma!...

Pero se le presentó al Papa la terrible tentación, venida del rey de Francia Carlos V, que envió una solemne embajada, cuyo jefe pronunció un emotivo discurso:

“¿A dónde vas, padre? ¿No es mejor que te quedes aquí pacificando a tus hijos? Si Roma es santa, mucho más lo es esta tierra de Francia. Ya desde antiguo, los franceses eran más religiosos que los italianos; y actualmente Francia guarda innumerables reliquias del Salvador, y el Papa debe quedarse para custodiarlas. En Roma los Papas fueron martirizados, mientras que en Francia encontraron refugio seguro y honorífico. Jesucristo nunca salió de su patria, luego tampoco debe abandonar la suya el vicario de Cristo, que es francés. Si la abandona en estas tristísimas circunstancias, obrará no como buen pastor, sino como mercenario”...

El papa Urbano V no cedió a la tentación francesa de sus cardenales, del rey y de tantos vividores de la Curia, y abandonaba Aviñón el 30 de Abril de 1367. Podemos imaginar la entrada triunfal en Roma, pacificados como estaban por Gil de Albornoz los Estados Pontificios. Dos años pasó en la Ciudad Eterna, y, a pesar de las terribles amenazas que de parte de Dios le dirigió Santa Brígida, la noble condesa de Suecia que allí vivía pobremamente, el Papa se acobardó ante las dificultades que le opusieron los romanos; le preocupó Francia envuelta en la llamada “Guerra de los cien años”, y retornó a Aviñón, donde murió poco después. Reformó seriamente la Curia, exigió la celebración de los sínodos diocesanos y luchó contra la simonía de clérigos. Muy buen Papa. De hecho, es venerado como Beato.

Aquel regreso del Papa Urbano a Aviñón fue lamentable de verdad. De haber seguido en Roma, hubiera sido normal el pontificado siguiente, fuera quien fuera el elegido, a pesar del pésimo estado en que se hallaban las cosas en Roma y en toda Italia. Sin la presencia de los Papas, Roma había caído lastimosamente mucho hasta en el orden material, con monumentos destrozados, expoliados de sus mármoles, etc. etc.

El Papa **Gregorio XI** (1370-1378), contra el parecer de sus cardenales franceses, y aconsejado por Santa Catalina de Siena, se decidió, ¡por fin!, a volver definitivamente a Roma donde hacía su entrada el 17 de Enero de 1377. Sólo por este hecho merecería este Papa una gran estima. Este regreso pontificio a Roma lo dejamos para otra próxima lección.

Ha cambiado mucho, como vemos, la decoración de la Historia, que llamamos justamente “Nueva” en los principios de este siglo XIV. Los acontecimientos de este período aviñonés son muy aleccionadores y hemos de entretenernos algo en ellos.

77. QUÉ JUICIO NOS MERECE AVIÑÓN

Los setenta años de los Papas en Francia merecen un juicio objetivo. Pero, ¿quién es capaz de darlo? En general, es negativo. Y tuvo muy malas consecuencias en toda la Iglesia.

Depende de los historiadores el enjuiciar debidamente lo que fue y significó Aviñón, pues no dirá lo mismo un alemán o italiano que lo asegurado por un francés. Pero salta a la vista que los males superaron, y con mucho, a los bienes. A estas horas, todos nosotros, con sólo dos lecciones, ya nos hemos formado un juicio y seguramente que no nos equivocamos mucho. Pero analicemos algunos aspectos más sobresalientes.

En primer lugar, y es lo que más salta a la vista, ¿por qué los Papas habían de residir tanto tiempo fuera de su propia diócesis, que es la de Roma? Eran tiempos en los que se daba el escándalo de las *encomiendas* de los beneficios eclesiásticos. Muchos obispos, abades y curas pagaban a otro que administrase su diócesis, monasterio o iglesia, y ellos mantenían varios beneficios y cargos a la vez fuera de su respectivo territorio con lo que obtenían grandes ganancias. Ningún Papa tenía autoridad para mandar a cada uno a su puesto mientras él mismo estaba bien lejos de su propia diócesis de Roma. Total, que el cuidado de las almas estaba abandonado en muchos lugares, atendidos todos por pastores ineptos mientras los titulares se daban a una vida disipada y mundana del todo.

La organización administrativa de Aviñón fue ciertamente magnífica, pero ordenada a acumular unas grandes cantidades de dinero que no eran necesarias y que se emplearon en satisfacer los caprichos de Papas, cardenales, obispos y curiales que llevaban una vida principesca y de despilfarro escandaloso. Hubo Papas muy buenos y austeros, como Benedicto XII, Inocencio VI, Urbano V y Gregorio XI, pero no lo eran los curiales que los rodeaban—unos cuatrocientos— dados a una conducta completamente disipada. La ciudad de Aviñón, que al asentarse allí en 1310 Clemente V tenía 6.000 habitantes, por los años treinta ya alcanzaba unos 40.000. Se acumularon en ella demasiados vividores a costa de la Iglesia.

La política jugó un grave papel en este tiempo. Los Papas, queramos que no, y, por buenos que fuesen, eran al fin y al cabo franceses y miraban siempre con demasiada benignidad a su patria, sin aquel universalismo tan propio de los Pontífices romanos. La “Guerra de los cien años” entre Francia e Inglaterra quizá no se hubiese originado de haberse el Papa mostrado más independiente. Los fieles comenzaron a desconfiar del Papa al considerarlo inclinado a este rey o a aquél otro en vez de al emperador, el cual, teóricamente, era independiente. Y el emperador, que había de mirar por todos, dejó de ser el protector de toda la Iglesia, establecida por igual en todos los reinos. Por ejemplo, muchos fieles de Alemania estaban por el Papa y por el emperador, y no sabían por quién inclinarse cuando ambos se enfrentaban, especialmente con Luis de Baviera, que hizo mucho mal y no habría sido tanto con otra política pontificia. Los fieles se acostumbraron a mirar al Papa como a un jefe político en vez del Pastor supremo de la Cristiandad. Y los reyes, naturalmente, cada vez se desligaban más del emperador y trataban al Papa tal como les convenía según sus intereses.

Este mal provenía en parte de los muchos cardenales franceses —casi todos lo eran— que rodeaban al Papa. Querían ellos más autoridad. Y antes de la elección de Inocencio VI se juramentaron a que, quien saliera elegido, debía limitar los poderes pontificios y traspasarlos a los cardenales. Juramento absurdo, pues el Papa no tiene límites en la autoridad que le entregó Jesucristo y está sobre cualquier potestad humana.

El mal venía de lejos, cuando a principios del siglo XIV, como vimos, el rey Felipe el Hermoso con voluntad retorcida empezó a acusar al papa Bonifacio VIII de hereje y exigió al primer Papa aviñonés, Clemente V, el procesar al Papa difunto por su herejía. La idea estaba lanzada, y el Pontificado puesto en duda sobre su fidelidad a Cristo y a la Iglesia. A ello se añadió, como vimos también, la propaganda fatal que hicieron contra el Papa los “Fratricelos” o “Franciscanos Espirituales”, que, como el rey francés, acusaban de herejía a los Papas que negaban aquella pobreza absoluta de Cristo y se proclamaban ellos mismos como los únicos depositarios de una fe incontaminada. Con ese desprestigio, la autoridad en los Papas aparecía muy mermada a los ojos de muchos, y, por decretos y castigos que emanaran del Pontificado, todo resultaba letra muerta, pues nadie les hacía caso.

Como no podía ser menos, vino el “afrancesamiento” de la Curia, es decir, se metieron costumbres y modas sociales muy contrarias a la seriedad romana. No entendemos nosotros cómo un Papa como Clemente VI —calificado por Santa Brígida como “amante de la carne”—, almacenaba pieles, armiños, sedas, joyas, objetos de lujo en cantidad fabulosa; ni tampoco nos imaginamos cómo un cardenal, al morir, dejaba en su baúl varias bolsas repletas de oro y plata, valoradas en más de 200.000 florines, casi tanto como el presupuesto anual del rey de Francia, que estaba en los 260.000... El papa Juan XXII, para la boda de una sobrina suya, organizó un banquete inimaginable, del que se conservan datos precisos; para consumir todo lo preparado eran necesarios los 400 curiales, otros tantos invitados por lo menos, y muchos más... Sin embargo —y aquí viene el contraste—, el papa Juan XXII hacía repartir cada semana a los pobres 67.000 panes, y Clemente VI distribuía cada día a los menesterosos 64 cargas de trigo, lo necesario para hacer en el horno 32.000 panecillos.

El pueblo seguía muy cristiano, pero su fidelidad se veía expuesta a un peligro muy grave. El pueblo tenía derecho a no ser escandalizado. El chiste y la sátira se cebaron en la Curia y, aunque no hay que creer a pie juntillas las muchas difamaciones, merecen tenerse en cuenta los escritos de entonces, porque expresan, si no hechos verídicos, sí el sentir de la gente sobre sus pastores, que debían haber sido más dignos de su misión. Tenemos, por ejemplo, la divertida Epístola de Lucifer clavada en la puerta de la casa de un cardenal, aunque fuese indirectamente para el Papa. No se sabe quién la escribió, pero se hizo famosa. Decía Lucifer en su carta a su destinatario, el derrochador y ligero Clemente VI:

“Lucifer, príncipe de las tinieblas, gobernador de los tristes y profundos imperios, rey del infierno y rector de la Gehenna, saluda a su vicario el papa y a sus servidores los cardenales y demás prelados, que después de ser obispos son más famélicos que antes y viven en delicias y banqueteos. Les alaba, ¡oh querida nuestra Babilonia!, porque trabajan activamente en su favor, y le ayudan a salir victorioso de su enemigo Cristo, el cual trata de exaltar a los pobres y a los humildes contra la república del mundo. Les recomienda sus carísimas hijas la avaricia, la lujuria y la soberbia, que con la ayuda del papa y de los cardenales

están bien y con buena salud. Si alguno predica o enseña contra vosotros, oprimidlo a fuerza de excomuniones. Os deseo que lleguéis a poseer el puesto que os tengo preparado. Dado en el centro de la tierra, en nuestro palacio tenebroso”.

Comedia divertida, pero que expresaba el parecer del pueblo durante el pontificado de Clemente VI, el cual había dicho de sus predecesores: “Ellos no sabían ser papas”.

No faltaron críticos muy serios, como Petrarca, el primer humanista. Fustiga duramente a la corte pontificia de Aviñón, como hijo de la Iglesia, aunque se deje llevar de su patriotismo italiano y, por lo mismo, nosotros hayamos de suavizar mucho sus palabras: “Sé que allí no hay piedad, no hay caridad, no hay fe, no hay reverencia de Dios; nada hay santo, nada justo, nada equitativo, nada razonable, nada, en fin, ni siquiera humano. Están desterrados el amor, el pudor, el decoro, la inocencia. De la verdad no quiero hablar, porque, ¿cómo habrá lugar para ella donde la mentira lo invade todo? En esta Iglesia de Aviñón, Judas sería admitido con que trajere las treinta monedas, precio de sangre, y a Cristo pobre le cerrarían las puertas”. “Sólo por conservar mi vida me he escapado de esa Babilonia, en la que no hay ningún pudor y ningún bien, mansión de dolor y madre de errores”.

Todo lo exageradas cuanto queramos estas palabras, pero expresan el sentido popular de aquellos días en que se iba alargando más de la cuenta el regreso del Pontificado a Roma.

El mismo Petrarca le escribía a Urbano V: “Cinco de tus predecesores se han dejado arrastrar hacia la izquierda por los placeres terrenos y por los garfios de la carne”. Mentira, si lo dice de Papas como Benedicto XII e Inocencio VI, humildes, piadosos y santos; pero ciertamente atinadas si se refiere a la corte que rodeaba a los Papas.

El pueblo, repetimos, seguía fiel a la Iglesia, como lo expresaba uno de los escritores que más influyeron en aquel tiempo, el franciscano español Álvaro Pelayo, el cual acabó siendo arzobispo de Sevilla, y de quien son estas frases:

“El Papa representa a Cristo en la tierra, y quien le mira con ojo sencillo ve al mismo Cristo”. “Donde está el Papa, allí está la Iglesia romana”. “Haga lo que quiera, el Papa es señor, es padre, es juez”.

Así pensaba este fraile, y así todo el pueblo. Con todo, quien quizá expresó en aquellos días la fe de la gente en el Papa fue una laica, terciaria dominica, Santa Catalina de Siena, que lo llamó, con palabras que se han hecho inmortales: “El dulce Cristo en la tierra”.

Se pensara en la corte aviñonesa lo que quisieran muchos interesados, la vuelta del Pontificado a Roma tenía que venir, y pronto, de una manera u otra. Dios no abandonaba a la Iglesia, y la prolongación de aquel estado de cosas en Aviñón hubiera sido, a nuestra manera de hablar, un dejar Jesucristo la nave de su iglesia a la deriva.

78. EL PAPA REGRESA DEFINITIVAMENTE A ROMA

Después de los fallidos intentos de Inocencio VI y de Urbano V, al fin Gregorio XI respondió a los deseos unánimes de toda la Iglesia y regresó a Roma, de donde los Papas no debieran haber salido nunca.

Los cardenales franceses nos han causado mala impresión en las lecciones anteriores; pero, hay que decir la verdad, escogían siempre para Papa a uno que fuera verdaderamente digno, aunque después ellos vivieran muy ligeramente. Y lo hicieron muy bien el 30 de Diciembre de 1370 al elegir al joven cardenal Pedro Roger, de sólo cuarenta y un años, que se llamó Gregorio XI, piadoso y cargado de buenas cualidades. Se propuso desde el primer día volver a Roma y, aunque por circunstancias adversas no lo hará hasta 1376, cumplió fielmente su palabra, en un viaje lleno de dificultades y peripecias.

La primera dificultad la sospechamos todos: los cardenales franceses, y lo eran casi todos, y el rey de Francia fueron los primeros en oponerse a esta decisión papal. El rey esgrimía una razón que a él no le convencía, pero le convenía. Francia e Inglaterra, enzarzadas en la “Guerra de los cien años”, acababan de pactar una tregua, y podía ser decisivo el papel del Papa. El rey, por su hermano Luis de Anjou, habló patético al Papa: “Padre santo, ¿por qué queréis ir a Roma? En atención a estos reyes —el de Francia e Inglaterra— que durante tanto tiempo se han hecho la guerra, con destrucción de casi todo el mundo, y que ahora tratan de ponerse en paz y concordia, no solamente no debéis alejaros, sino que deberíais volver de Roma, si allí os encontraseis, con el fin de reconciliarlos”. En realidad, Gregorio pensaba igual. Este motivo retrasó el propósito firme del Papa y no lo pudo realizar de momento, pero contestó al rey: “Por nada del mundo renunciaré al viaje, y sólo por razón de la paz, dilataré por algún tiempo mi partida”.

Los cardenales obraban por puro egoísmo, y los argumentos que esgrimían eran lo reuelto que estaba Italia, el clima insalubre de Roma en comparación de las delicias del clima y salubridad de Aviñón, el peligro que corría el Papa en su salud, como le ocurrió a Urbano V, que hubo de volver a su antiguo puesto; y los cardenales contaban además con el apoyo de los familiares del Papa, su padre, hermanos y sobrinos. Todos ellos constituían una auténtica tentación, como le expresaba en carta aquella condesa de Suecia que vivía en Roma retirada y haciendo penitencia, Santa Brígida, la cual le escribía una carta:

-Traslade su sede a Roma. Pero el diablo y algunos consejeros le han persuadido a quedarse donde está, y esto por amor carnal a sus parientes y amigos, que proceden guiados sólo por intereses humanos.

Gregorio XI escuchaba muy humilde las reconvenciones de Brígida, ya que él había sido testigo de la profecía severa, y que se cumplió, que le había hecho en Montefiascone a Urbano V sobre su muerte si regresaba a Aviñón. Brígida, la noble condesa y madre de ocho hijos, murió en 1373; pero ahora venía otra gran Santa, la jovencita Catalina de Siena, a escribir cartas al Papa, llenas de amor y de unción, rogándole con insistencia que volviera de una vez a Roma. Como la muchacha no sabía escribir, le dictaba a su director espiritual, el dominico Padre Raimundo de Capua, lo que había de transmitir al Sumo Pontífice:

“A vos, dilectísimo padre en Cristo Jesús, vuestra indigna y miserable hija Catalina, os escribe con el deseo de veros como árbol lleno de frutos. ¡Oh Padre mío, dulce Cristo en la

tierra!, yo quiero y ruego que obréis en adelante varonilmente, como hombre fuerte, siguiendo a Cristo, de quien sois vicario. Y no temáis, Padre, por ninguna cosa que suceda a causa de esos vientos tempestuosos que ahora soplan, quiero decir, de esos miembros podridos que se han revelado contra vos. No los temáis. Por los malos pastores y rectores ha surgido la rebelión”.

Connmueve la reacción de Gregorio XI ante los avisos de estas dos mujeres que todos admiraban y llamaban santas, anciana y grave la una como Brígida, y llena de encantos la muchachita hija del tintorero de Siena. Las cartas de Catalina las leía con respeto, y le mandó a su vicario Alfonso de Jaén a Italia, como cuenta la misma Catalina, “pidiendo que yo hiciese oración especial por el Papa y por la santa Iglesia, trayéndome en prenda la santa indulgencia”. Catalina fue aún más audaz, y no se contentó con escribir cartas al Papa, el cual las recibía con gran humildad, sino que se decidió a ir hasta la misma Aviñón para entrevistarse con el Vicario de Cristo, el cual la recibió complacido. Se ha exagerado el papel que Catalina tuvo en la vuelta del Papa a Roma. No se debió a Catalina la decisión de Gregorio, el cual estaba plenamente determinado a cumplir su propósito; pero es cierto que el Papa leía con gusto las cartas de Catalina y que la trató con gran amor en la visita que aquella joven tan ejemplar le hiciera. Cuando ya faltaba poco para que Gregorio emprendiera el viaje, Catalina le escribía en Marzo de 1376 sobre muchos curiales que le rodeaban en Aviñón y los obispos franceses que habían colocado en las diócesis italianas:

“Os digo de parte de Cristo que arranquéis del jardín de la santa Iglesia las flores malolientes, llenas de inmundicia y de codicia, inflados de soberbia, que son los malos rectores y pastores. Lanzadlos fuera y que no gobiernen”.

Mientras Catalina escribía cosas semejantes al Papa, ella se dedicaba a predicar a la gente, que se apiñaba en multitud alrededor de una muchacha sin letras y que tenía que ir acompañada de un buen puñado de sacerdotes para oír las confesiones de los pecadores arrepentidos. Lo que ella no escribía, lo copiaban otros y pasaría a la posteridad como enseñanzas de la que hoy es Doctora de la Iglesia. Murió pronto, con el consuelo de ver en Roma al “dulce Cristo en la tierra”.

La dificultad máxima que se le ofrecía al Papa era la situación política de Italia, reuelta hasta lo sumo. Milán con los Visconti estaba siempre en guerra contra la Iglesia. Gregorio XI los venció por fin; pero vino entonces Florencia a preocuparse por su situación, y la emprendió contra los Estados Pontificios. Poco a poco levantó a las ciudades del Papa contra la Iglesia suscitando el patriotismo italiano, y daba como razón el que cada ciudad pontificia estaba gobernada por un eclesiástico, aunque fuera incluso obispo, que era extranjero, ya que todos los Papas anteriores de Aviñón colocaban en ellas a un francés. Por más que Gil de Albornoz había pacificado muy bien los Estados Pontificios, éstos empezaban a sentirse más italianos que otra cosa. No les faltaba razón a causa de aquellos obispos, que gobernaban como franceses y no como italianos. Florencia se alzó contra el Papa al grito de “¡Libertad!”, y la guerra se hacía por ambas partes insostenible. Roma no se sumaba a Florencia, pues sabía que, de hacerlo, se acababan los Estados Pontificios y se corría el riesgo de que el Pontificado se quedase definitivamente en Francia. Gregorio XI daba seguridades a Florencia, pero al fin hubo de excomulgar, poner entredichos, luchar hasta con las armas, y la orgullosa ciudad toscana se vio obligada a rendirse.

Gregorio XI se impuso a todas las contradicciones, y el 13 de Septiembre de 1376 dejaba Aviñon y emprendía aquel viaje memorable, en el que Dios le protegió de manera visible contra unas dificultades que parecían suscitadas por el Maligno para hacerlo retroceder. Se terminaba aquel día el “destierro de Babilonia”. En Marsella celebró un último consistorio, y allí se quedaron seis cardenales franceses que no le quisieron acompañar para embarcarse en la flota que le esperaba, compuesta por veinticinco galeras al mando del almirante Juan Fernández de Heredia. Nada más hecha la embarcación al mar, vino una tempestad furiosa que la puso en peligro grave. Otra tempestad igual, ante las costas de Toulon, y una tercera más grave ante Mónaco. Una más, que dispersó a los navíos, al partir de Villedfranche. Hasta el 18 de Octubre no llegaban a Génova. Salen de Livorno, desaparece por otra tempestad una nave de Marsella, y la “Santa María” aragonesa, en la que viajaba el Papa, hubo de refugiarse en la isla de Elba. Ni que fuera todo obra del diablo. Pero al fin, el 14 de Enero de 1377, la embarcación estaba en la desembocadura del Tíber, y el 17 hacía Gregorio su entrada triunfal en el Vaticano, iluminado al atardecer con 18.000 antorchas llameantes. No había para menos con tanto gozo de los romanos y de la Iglesia entera.

En la misma Roma o desde Anagni, el Papa empezó las tareas de organizar su diócesis. Florencia no tardó en apaciguarse ante la autoridad que significaba el Pontificado en Roma. Para arreglar toda aquella cuestión italiana, prácticamente internacional, se celebró un congreso al que asistieron representantes del emperador, de Francia, de España, de Hungría... Todo iba muy bien encarrilado, cuando la muerte vino a arrebatarse a un Papa tan querido, y todavía muy joven, pues no tenía sino cuarenta y siete años, el día 27 de Marzo de 1378. Providencia de Dios que no entendemos.

Algo se debía temer Gregorio XI cuando tenía determinado que, al morir él, los cardenales celebraran pronto el cónclave y eligiesen a su sucesor sin esperar a los cardenales que estuvieran ausentes. Con la mayoría de los cardenales franceses, temía con razón el pueblo de Roma que volvieran a poner otro Papa francés y se repitiera la historia de una nueva huida a Aviñon. Por eso se comenzó a propagar por toda la Ciudad el grito furioso de “¡Queremos un Papa romano, o al menos italiano!”. El cónclave estuvo lleno de peripecias, que podremos relatar en la lección siguiente.

Lo importante ahora es detenernos y esperar, con temor, lo que va a ocurrir. Había terminado el destierro de Aviñon. Lo que nadie podía sospechar entonces es que se avecinaban días muy amargos para la Iglesia, todo porque Gregorio XI se había ido al cielo antes de hora... De todos modos, sabemos que Jesucristo estaba al tanto de su Iglesia.

79. EL CÓNCLAVE MÁS CRÍTICO DEL PAPADO

Una lección sólo con el cónclave de 1378. Casi una curiosidad. Pero vale la pena relatarlo entero a fin de entender mejor el consiguiente Cisma de Occidente.

Todo lo que viene sobre la página más discutida de la Historia de la Iglesia arranca del cónclave de 1378. Tiene una luz u otra según quién la cuente: italianos, franceses, españoles o alemanes. Afortunadamente, el cónclave y el cisma que le siguió tienen muchísima documentación. Quizá la más valiosa, la de España; y los historiadores más independientes y serenos, los alemanes. Franceses e italianos son demasiado interesados y, por lo mismo, menos fiables. Empezamos con un italiano.

En Roma había dieciséis cardenales: nueve franceses, cuatro italianos, y un español. Seis cardenales franceses se habían quedado en Aviñón, y el séptimo estaba en aquel arreglo internacional de Florencia. Los nueve franceses estaban a su vez divididos, aunque eran mayoría. El pueblo, temiendo eligieran a un francés, que podía volver a instalarse en Aviñón, se manifestó clamorosamente por la ciudad: “Lo queremos romano o italiano”. Los cardenales se pusieron de acuerdo para elegir un italiano pero que no fuera de entre los mismos cardenales. El más apto era el arzobispo de Bari, súbdito del rey de Nápoles, prácticamente un francés, y muy bien visto en Francia por el cargo que había desempeñado en Aviñón. Entrados en cónclave el 7 de Abril, el día 8 era elegido efectivamente Bartolomeo Prigiani, y, como no estaba presente, al saber la turba que había Papa y no se lo presentaban, pensando que era un francés, irrumpió en el Vaticano y se le calmó diciendo que era el anciano cardenal Tebaldeschi. La gente lo quiso entronizar, pero él les dijo la verdad: el elegido era el arzobispo de Bari, el cual cuando llegó y supo su elección aceptó con el nombre de Urbano VI; los diez cardenales que no habían huido o regresado, lo entronizaron el día de Pascua 10 de Abril. Los cardenales comunicaron oficialmente a toda la Cristianidad la elección, aceptada por todos, y hasta los seis cardenales de Aviñón reconocieron a Urbano y le prestaron obediencia (*Historia de los Papas*, Saba-Castiglione).

Según esto, muy bien todo. Pero la cosa no fue tan fácil. Resumimos la narración del español García Volloslada, ni italiano ni francés, y que sigue la documentación alemana.

Entrados los cardenales en cónclave, algunos de la multitud lograron asaltar el piso primero del Vaticano exigiendo un Papa romano o italiano; fueron arrojados a la fuerza, los conclavistas aseguraron que obrarían en conciencia y para seguridad se tapiaron las puertas. El obispo de Marsella, acercándose a una ventanilla, comunicó a los cardenales Orsini y Agrefeuille: “Dense prisa, porque corren peligro de ser descuartizados si no eligen pronto un papa italiano o romano; los que estamos fuera juzgamos del peligro mejor que vosotros”. Reunidos todos los cardenales en la capilla, Orsini sugiere salir del paso con una farsa indigna, rechazada unánimemente por todos: entronizar ante el pueblo a algún sencillo fraile franciscano de Roma. Los cardenales querían obrar en serio. Sonó el nombre del arzobispo de Bari, sostenido especialmente por el español Pedro de Luna. Se aceptó la propuesta: “No podemos contentar al pueblo dándole un papa romano, porque se diría que la votación ha sido forzada; pues de los dos romanos que hay entre los cardenales, uno, Tibaldeschi, es decrepito y enfermo, y el otro, Orsini, demasiado joven e inexperto; no hay ningún romano apto para el papado”.

Casi todos entonces dieron el voto al arzobispo de Bari, menos Orsini, que se negaba a votar “hasta que tuviera total independencia”. La realidad es que Orsini era un ambicioso y quería ser elegido él. Bastaban doce votos para la mayoría, y el arzobispo de Bari obtuvo quince. Pero surge la duda: ¿siete o nueve de los votantes, lo hicieron con absoluta libertad? Aquí está todo el problema que va a venir.

Como el elegido estaba fuera del cónclave, para disimular fueron llamados siete obispos, entre ellos el de Bari. La multitud se aglomeró ante el Vaticano, y ahora estaban todos furiosos: “¡Romano, lo queremos romano!”. “O lo eligen romano, o les matamos a todos”. Orsini, a pesar de ser romano, salió enojadísimo: “Marchaos de aquí, cochinos romanos. Que nos acogotáis con vuestras importunidades”.

Comieron los obispos llamados al Vaticano, y después los cardenales se dirigieron a la capilla, todos, menos tres, que se quedaron en la mesa, o sea, trece, para hacer la “reelección”. Se necesitaban ahora diez votos para tener la mayoría. Pero todos dijeron que SÍ. Por más que pronto empezaron los enredos.

A un clérigo se le ocurre la idea de presentar al viejo cardenal Tibaldeschi como verdadero pontífice, y los cardenales conclavistas, atemorizados, le obligan a sentarse en la silla papal y le colocan la mitra en la cabeza. Tibaldeschi no aguanta semejante comedia, y grita con todas sus fuerzas: “Yo no soy papa ni quiero serlo, sino que lo es el arzobispo de Bari”. Llevado al altar, los romanos le piden la bendición, pero el viejo responde furioso con maldiciones. Entre tanto, se propaga la noticia verdadera: “Papa es el arzobispo de Bari”. Italiano, pero el pueblo se indigna: “¡No lo queremos! ¡Nos han traicionado!”. Y cuando le sugieren al arzobispo, ya Papa, que renuncie, responde con decisión: “No me conocen; aunque yo viera mil espadas dirigidas contra mí, no renunciaría”.

El día 9 por la mañana llegaban varios cardenales a complimentar al elegido, el cual les preguntó a ver si habían obrado libremente. A lo cual le responde Pedro de Luna: “Sí; quétese cualquier escrúpulo que pueda tener”. El nuevo Papa llamó a los seis cardenales refugiados en el castillo de Sant’Angelo para que vinieran a la entronización, pero se contentaron con enviar a sus delegados. Salen, sin embargo, por la tarde, y, juntos los doce cardenales, se reúnen secretamente en la capilla. Era el momento de declarar, si así lo creían, que la elección había sido inválida. Pero llaman a Bartolomé Prignani, al que le dicen: “Sí, nosotros te hemos elegido Papa”. Y él, con la misma resolución: “Me han elegido, aunque indigno, y yo consiento en la elección”. Le hacen la reverencia de rúbrica, y el cardenal Vergne, abriendo la ventana, anuncia a todo el pueblo: “Yo os comunico un gran gozo: tenéis un Papa y se llama Urbano VI”.

Nadie podía dudar de la verdad. El cardenal de Ginebra se dirigía a la multitud después del cónclave: “Gritad cuanto queráis; tenemos Papa, si no queremos ser todos herejes”. Y el opositor cardenal Orsini confesaba a un doctor: “Si alguno dice que Urbano no es Papa, miente descaradamente; él es tan Papa como usted es doctor en medicina”.

Hay que decir que los cardenales estaban ya acordes del todo. Porque si hubieran dudado de la validez de la votación, tenían ahora tiempo tranquilo, con el pueblo ya calmado, para reunirse y hablar sin temor y corregir si era necesario. No hicieron tal cosa, sino todo al revés: prestarle obediencia, pedirle favores, beneficios... Hubo algo más: la carta que diri-

gieron a los cardenales que se quedaron en Aviñón para comunicarles la elección, firmada por los dieciséis que estaban en Roma: “Dimos el voto libre y todos a la persona del Reverendísimo en Cristo Padre Bartolomé Arzobispo de Bari”. La “reelección” hecha después de aquella comida deja la ligera duda de si estaban las dos terceras partes necesarias de los cardenales. Pero su actitud posterior no deja dudas. Puede quizá decirse que en la elección, ante el tumulto del pueblo, algunos cardenales votaron *con* miedo, pero no *por* miedo. De haber sido *por miedo* podían actuar de manera muy diferente en los días, semanas y hasta meses siguientes. Y su actitud fue contraria del todo, como les echaba en cara oratoriamen- te Pedro de Aragón cuando empezaron a manifestar que no querían a Urbano VI:

“¿Quién les obligó a entronizarlo, echarle encima la capa de púrpura y comunicarlo a los reyes y a todos los pueblos católicos como sumo Pontífice y Pastor? ¿Quién os forzó a pedirle para vosotros la remisión de todos vuestros pecados? ¿Quién os impulsó a pedirle beneficios para vosotros mismos? ¿Quién os incitaba a todos vosotros el pedir con suma instancia el título de Ostia para aquel a quien va dirigida esta carta? Con perdón vuestro, o sois todos ahora unos mentirosos, o mentisteis desde el principio”.

Y se citan las palabras textuales del cardenal español Pedro de Luna —el que tanto que- hacer dará después—, y que en un principio obró con conciencia limpia, dichas a quien le pregunta como lo haría hoy un periodista: “Reverendísimo Sr. Cardenal: Este Señor Urbano, ¿ha sido bien elegido y es verdadero Papa?”.

Y él, con respuesta nítida:

“Es un Papa tan verdadero como San Pedro. Y sabed que yo entré en el cónclave con la intención de elegirle a él”.

Vistos todos estos testimonios, que se pueden multiplicar por bastantes más, no cabe duda de que la elección fue premeditada y libre, aunque subsisten ligeras dudas a causa del miedo que pudo infundir a los electores aquel desenfreno del pueblo romano. ¿Y por qué se fijaron en Bartolomé Prigiani? Los electores franceses, aunque con mayoría absoluta, estaban divididos y no acordes con un determinado francés. Y de ser italiano, como no había apto ningún cardenal romano, trataron previamente de elegir a un obispo italiano que diera muestras de valer. Y el arzobispo de Bari era un italiano semifrancés por haber nacido en Nápoles y ser súbdito de los Anjou; había permanecido varios años en Aviñón al lado del vicescanciller; tenía buena experiencia de gobierno por haber desempeñado mucho tiempo en Roma la Cancillería; y era, además, piadoso y serio en su conducta. Lo que pasó después con su mal carácter, es punto aparte. Nosotros no dudamos de que Urbano VI era verdadero Papa, aunque sea inexplicable todo lo que va a ocurrir a partir de este momento.

80. EL CISMA DE OCCIDENTE

La Iglesia se desgarró. Pero no es propiamente un “cisma” lo que va a ocurrir, porque todos querían estar con el “verdadero” Papa. El caso era saber: ¿quién es el Papa verdadero? Pero no había ningún error doctrinal ni herejía alguna.

Todo el problema empezó por el mismo Urbano VI, el cual, una vez elegido, empezó a portarse con un carácter inaguantable. Era el momento de ganarse a todo el mundo, al ver al Papa en la soñada sede de Roma, si hubiera usado de dulzura, comprensión, condescendencia..., mientras que comenzó con improperios, amenazas, violencia. Y sus primeras víctimas fueron los cardenales: a Largier y a Cros les insulta en pleno consistorio, y Cros por poco le abofetea al Papa, el cual públicamente llama a Orsini “¡Estúpido!”; a Roberto de Ginebra, “¡Rebelde!”; al de Florencia, “¡Ladrón!”; al de Amiens, “¡Traidor!”. Predicaba ante Urbano VI un dominico inglés, y le interrumpe el Papa: “A las penas de simonía, añade ésta: yo excomulgo a todos los simoníacos de cualquier estado y condición que sean, incluso a los cardenales”. Y dio después como razón: “Yo puedo todo, y lo quiero así”.

Un cardenal lo describió muy bien: “Se envalentonaba como un loco de que él deponía reyes, daba los reinos a quien quisiera, ¡y hasta excluía a los hombres del paraíso! Como el mal carácter del Papa se hizo tan público, la buena de Santa de Catalina de Siena le escribió: -Santo Padre, modérese y use la dulzura del Buen Pastor.

Los cardenales franceses comenzaron a conspirar. Reunidos en Anagni, va a calmarlos y ganarlos para Urbano VI el cardenal español Pedro de Luna, intachable en su conducta, fidelísimo al Papa que cree verdadero, pero, como buen aragonés, obstinado e inflexible en su parecer. Los franceses le exponen su opinión: *todos obramos y dimos el voto por miedo; por lo mismo, la votación fue inválida.* Quieren ganarse a Pedro..., y se lo ganaron para su causa. Urbano VI perdía a su mejor defensor.

Mandó el Papa a otros tres cardenales, entre ellos a Orsini, y lo mismo. Al principio, estaban de parte de Urbano contra los franceses a los que pretendieron hacer entrar en razón. Al fin, en una segunda visita, se pusieron de parte de ellos, reunidos en Frondi, cerca de Nápoles, para estar por si acaso bajo la protección de la reina Juana, que se había vuelto contra Urbano VI porque había injuriado a su marido Oton de Brunswick, el cual empezó a llamar “Turbano” al Papa porque lo turbaba y enredaba todo.

Reunidos los cardenales en Frondi, decidieron deponer a Urbano VI; los italianos no votaron, pero asintieron a los franceses que eligieron Papa a Roberto, cardenal de Ginebra, el cual tomaba el nombre de Clemente VII para instalarse en Aviñón. Era el 20 de Septiembre de 1378. El cisma quedaba consumado. Un Papa en Roma, otro en Aviñón.

Hasta Noviembre de 1417, le esperaban a la Iglesia cuarenta años de dudas angustiosas.

No es posible bajar a muchos detalles en lo que nos queda de lección sobre estos cuarenta años que nos faltan hasta el Concilio de Constanza en 1417, y nos vamos a contentar con unas nociones nada más, aunque en todas las Historias de la Iglesia se lleva el Cisma de Occidente muchas páginas, sobre todo por las vacilaciones de todos los reinos, que han de optar por un Papa u otro. Como algo general, digamos unas aserciones seguras.

1a. *Toda* la Iglesia busca al Papa verdadero: ¿cuál de los dos es? Por lo mismo, la Iglesia no cae ni en cisma verdadero ni en herejía, sino que vive en un error meramente *material*.

2a. Pero se *divide* la Iglesia al tener que optar por uno u otro Papa. Italia entera, menos Nápoles, se quedó con el legítimo de Roma, Urbano VI, igual que la mayoría de los reinos; los de España, por cautela y hasta dilucidarse la cosa, permanecían neutrales aunque más bien a favor de Roma; Francia y Nápoles, naturalmente, con Clemente VII de Aviñón.

Pero uno y otro Papa empezaron con sus diplomáticos a hacer campaña, en la cual Clemente fue muy superior a Urbano, por lo cual algunos reinos se pasaron al bando contrario, como los de España, con Castilla, Aragón y Navarra, que se fueron con Aviñón merced sobre todo a la actividad asombrosa del cardenal Pedro de Luna, el que había dicho tantas veces que al elegir a Urbano VI no había tenido ningún miedo, y confesaba ahora en Castilla: “Los cardenales que hubimos de hacer la elección tuvimos un miedo grandísimo y nos vimos forzados a actuar contra nuestra voluntad”.

No es extraño que al ser recibidos en Aviñón los legados españoles ocurriera lo que cuenta un canónigo de Zaragoza: “España, reducida a la obediencia del verdadero pastor tan ardiente, firme y diligentemente, fue recibida por el Señor Clemente y por los cardenales con gran fiesta”.

3a. La división *espiritual* fue peor que la material de los reinos. Órdenes religiosas, empezando por las máximas de Dominicos y Franciscanos, que tuvieron hasta dos Generales distintos, uno de cada obediencia, igual que monasterios con diversos abades, y hasta diócesis y parroquias. Lo notable es que cada Papa, el de Aviñón como el de Roma, tuvieron grandes Santos a su favor, como Catalina de Siena con Urbano VI, y San Vicente Ferrer con Clemente VII. Esto indica la *fe auténtica* de la Iglesia en el Papa: se puede equivocar respecto de la persona, pero no de la realidad del *Vicario de Jesucristo*.

4a. La Iglesia *entera* suspiraba por la unión, que no llegaba nunca, porque los diversos Papas jamás se pusieron de acuerdo. Pero la Iglesia quería de *todos modos* el fin del cisma.

Los sucesores de ambos Papas mantenían cada uno su propia postura, sin ceder para nada en sus respectivos derechos. A Urbano VI le siguieron Bonifacio IX, Inocencio VII y Gregorio XII, que figuran como Papas legítimos en todas las listas del Pontificado. Al morir Clemente VII fue elegido Pedro de Luna con el nombre de Benedicto XIII. Los dos son considerados *antipapas*. Para acabar con el cisma, se propusieron siempre tres caminos.

1°. El de **cesión**: que renunciasen los dos Papas, el de Roma y el de Aviñón, y se eligiera a uno nuevo. Perfecto, porque renunciaba el Papa legítimo, fuera de los dos el que fuera. Pero ninguno de los dos Papas cedió.

2°. El de **compromiso**: que se reuniesen los dos, hablasen, y se pusieran de acuerdo en el ceder uno u otro. Buen camino, pero ni Benedicto XIII de Aviñón ni Gregorio XII de Roma se llegaron a reunir, y falló el intento.

3°. El de un **concilio**, que, para ser legítimo, debía ser aprobado por el verdadero Papa, fuera el que fuera, y en este caso, para seguridad, que lo fuera aprobado por los dos, pues en uno u otro estaba el Papa legítimo.

Y sí, se celebró el concilio de Pisa, año 1409, *sin la aprobación de los Papas*, entre los cuales estaba el legítimo que lo hubiera hecho válido de haberle dado la aprobación. Por lo tanto, resultó un conciliábulo inútil, aunque hubiera en él muchos que actuaban con la mejor voluntad de acabar con el cisma. El concilio depuso inútilmente a los dos Papas y eligió

entonces al cardenal franciscano Pedro Phlilargis, que tomó el nombre de Alejandro V. Fatal, porque ahora, en vez de dos papas había **tres**. Muerto Alejandro al cabo de once meses, le sucedió Baltasar Cossa con el nombre de Juan XXIII, nada recomendable por su conducta, guerrero e incontinente, pero impuesto por el rey de Nápoles a los cardenales que lo eligieron. Tanto Alejandro V como Juan XXIII son tenidos como *antipapas*.

Aunque lo hayamos insinuado varias veces, ¿quiénes fueron los grandes responsables de este cisma tan desastroso? Sin discusión, todos los Papas involucrados. Ninguno brillaba por su santidad. El mejor, el último de Roma, Gregorio XII, no tuvo la energía de entrevistarse con el astuto Benedicto XIII, aunque después, como veremos en la lección siguiente, tuvo la virtud de renunciar en el Concilio de Constanza, se retiró a la soledad y murió como simple cardenal, dando paso a la solución del cisma.

Urbano VI, el primer Papa legítimo, con aquel su pésimo carácter, echó a perder todo desde un principio. Después de mil aventuras desgraciadas, moría el año 1389, como un demente, de una crueldad inimaginable con algunos de sus enemigos, incluso cardenales. Nadie le lloró en Roma ni en toda Italia, aunque se le reconociera como el Papa verdadero.

Clemente VII, el *antipapa* de Aviñón, muerto en 1394, dejó también muy mal recuerdo. Amante del lujo y la buena vida, repartía beneficios a placer para ganarse a todos, y no puso nada de buena voluntad para acabar con el cisma iniciado con su elección al papado.

Los cardenales, de uno y otro Papa, fueron también los grandes responsables de la tragedia. Cuando moría uno de los Papas, el de Roma o el de Aviñón, la solución se presentaba fácil: elegir al que quedaba vivo. Si era el legítimo, quedaba naturalmente convalidado con asentimiento de toda la Iglesia. Si no era el Papa verdadero, lo empezaba a ser entonces y todo hubiera quedado resuelto satisfactoriamente. Pero esta solución, ni se les ocurría a aquellos cardenales tan interesados.

Algunos reyes, franceses sobre todo y los Anjou de Nápoles, jugaron muy mal papel al manejar a los Papas y cardenales según sus propios intereses. Los reyes españoles, siguiendo al cardenal Pedro de Luna y después *antipapa* Benedicto XIII, retardaron quizá bastante el fin del cisma, aunque actuaran con conciencia recta. Y hay que tener presente que la mayoría de los reinos permanecieron adictos al Papa de Roma.

Terminamos esta lección con una gran esperanza: el fin del cisma está a la vista. Y también con la alegría de ver cómo **toda** la Iglesia, aunque no supiera quién era el Papa verdadero, no dudó nunca en su fe sobre el Vicario de Jesucristo. Y esto es de un valor inmenso. Estaba próximo el tiempo en que los *antipapas* acabarían de una vez para siempre. Sobre los errores humanos, permanecía Jesucristo velando por su Iglesia.

81. EN MEDIO DEL CISMA, LA SANTIDAD EN LA IGLESIA

Nos conviene una lección como ésta. Tal como estaba la Iglesia en su cabeza, el Pontificado, ¿dejaba de haber santidad en el pueblo cristiano? Veremos que no.

Los dos Papas con los que se inició el cisma, Urbano VI, Papa legítimo en Roma, y Clemente VII, el *antipapa* de Aviñón, no eran ciertamente ningunos santos. Al *antipapa* Clemente le siguió el obstinado *antipapa* Benedicto XIII. Aunque no se les pueda achacar mancha en su moralidad personal, no fueron nada ejemplares. Urbano VI, un anormal, que acabó su vida quizá demente, víctima de una crueldad que le hizo matar a varios de sus cardenales. Y Clemente VII, al instalarse en Aviñón, imitó aquel lujo escandaloso que ya conocemos de los Papas franceses. En Roma ocuparon la sede de San Pedro los Papas Bonifacio IX, Inocencio VII y Gregorio XII, buenos los tres, pero que no supieron o no pudieron acabar con el Cisma de Occidente, y fueron seguidos por los *antipapas* Alejandro V y Juan XXIII. Así la Iglesia en su cabeza, ¿podía ser fiel el pueblo cristiano?

Ya vimos cómo el cisma no era herético: nadie negaba al Papa su calidad de Vicario de Jesucristo y todos querían saber cuál era el Papa verdadero. Y todos ellos —Papas verdaderos y *antipapas*— tuvieron súbditos fidelísimos y grandes santos que enorgullecieron a la Iglesia. Pero antes que señalar a algunos en particular, miremos cómo se celebró el Año Santo de 1400 bajo el Papa Bonifacio IX.

Como toda la Iglesia anhelaba la paz bajo el Vicario de Cristo, los cristianos se dieron a la oración y al sacrificio para conseguir la unión tan anhelada por todos. Venían a Roma grandes multitudes de toda la cristiandad.

Aquel Jubileo del 1400 se caracterizó por el espíritu de penitencia, y fue precedido por el movimiento de “Los Blancos”, así llamados por la túnica y capuchón blancos con que se vestían. Eran hombres y mujeres del pueblo, que bajaban a la plaza pública orando en voz alta y azotándose con disciplinas hasta sangrar, mientras clamaban: “¡Paz y misericordia!”.

De momento levantaron grandes sospechas, porque hacía bastantes años había sido condenada la secta de los *flagelantes*, fanática, que había cometido graves excesos y caído incluso en herejía. Pero los de ahora, no. Los *blancos* hacían aquella penitencia para obtener de Dios la anhelada paz. Quizá nacieron en Provenza del sur de Francia, pero invadieron Italia entera y se les sumaron muchos del resto de Europa, de manera que llegaron a Roma unos 120.000 de tales peregrinos, entre ellos unos 20.000 alemanes. Con el pueblo más sencillo se mezclaban hasta príncipes y obispos, y se citan con su propio nombre personajes ilustres, que a pie descalzo llegaban a Roma para ganar el jubileo así adelantado.

Por el escarmiento de aquellos *flagelantes* antiguos, el Papa Bonifacio IX los miró al principio con un justificado recelo, hasta que se convenció plenamente de la sinceridad con que procedían. Cardenales de Roma y príncipes seguían descalzos la cruz que llevaban alzada los *blancos*. El Papa, tiernamente conmovido por aquellas demostraciones de piedad, los bendecía de corazón y les adelantaba la indulgencia plenaria del Año Santo. Se conservan algunos himnos que cantaban con gran compunción: “¡Misericordia, Dios eterno; paz y paz, Señor piadoso!”. “¡Oh dulce Virgen María, nuestra guarda y compañía, por nos ruega al Salvador, ya que estás en su presencia!”...

A pesar de la prohibición del *antipapa* Clemente VII y del rey de Francia Carlos VI, llegaron a Roma muchos peregrinos franceses con grandes dones, aunque lo mejor era que ganaban muchas adhesiones al Papa de Roma quitándoselas al antipapa de Aviñón. A pesar de la calamidad del cisma, se daban en la Iglesia esas manifestaciones de fe, imposibles sin una santidad grande del pueblo de Dios. Y es una nota muy singular que destacan todos los historiadores —y a la que antes hemos aludido—, la cantidad de grandes Santos que hubo durante el cisma, partidarios unos de un papa y otros del papa rival, prueba de que toda la Iglesia actuaba de buena fe.

Miramos primero a Aviñón, donde estaba el antipapa Clemente VII, por el que estaba el gran San **Vicente Ferrer**, y en donde brilló el jovencito que se hizo célebre, el Beato **Pedro de Luxemburgo**. Hijo de condes y huérfano a los cuatro años, estudiaba en París y a sus diez años fue nombrado canónigo de la catedral de Notre Dame. Un disparate si queremos de aquellos tiempos, y aún fue peor cuando Clemente VII le nombró obispo de Metz a los quince años y a sus diecisiete era elevado al cardenalato. Como no tenía la edad, no pasó de diácono, y para ejercer su autoridad de obispo, se le dio un Padre Dominicó como obispo Auxiliar. Llamado por Clemente a Aviñón, se dio a una vida austera en aquella corte pontificia de tanto lujo; el Papa le mandó moderación en sus penitencias, y el muchacho se contentó con responder: “Santo Padre, yo voy a ser toda mi vida un siervo inútil, y hago lo único que puedo hacer, como es obedecer”. Como se le prohibieron las austeridades, se dijo el chico: “La penitencia será suplida por la caridad”. Todo su dinero paraba en manos de los pobres, mientras llevaba la vida más humilde conforme a un su programa espiritual, que se fijó después de su muerte en un cuadro de la colegiata de Autun: “Desprecio del mundo. Desprecio de mí mismo. Me alegro de ser despreciado, pero yo no deprecio a nadie”. Murió a los dieciocho años el 2 de Julio de 1318. Su sepulcro se hizo famoso por los milagros que en él se realizaban. Y esto dio razón para argumentar: -¿Papa legítimo? Clemente el de Aviñón. Está claro cuando así lo autoriza Dios... Eso decían en Francia los de Aviñón.

Bajo Benedicto XIII, el otro *antipapa* aviñonés, sobresalió **Santa Coleta**, con una vida maravillosa. Joven francesa de humilde familia, y huérfana de padre y madre a los diecisiete años, fue encomendada al abad del monasterio benedictino de Corbie. Ingresada en la Orden Tercera de San Francisco, su confesor tuvo una hermosa visión: Coleta sostenía un manojo de pámpanos verdes de una vid, pero sin fruto alguno. Se los alarga a Coleta, y los pámpanos echan de repente uvas sazonadas. Se le aparece San Francisco a Coleta, y le manda que restaure los monasterios de sus monjas Clarisas. Las dos apariciones significaban lo mismo. Coleta deja su soledad, emprende la reforma de los conventos de las Clarisas y ella misma funda sus propios conventos. Pero antes quiere la bendición del Papa, y considerando legítimo al aviñonés, acude a Benedicto XIII, el cual le encarga: -Vete, hija mía, y cumple bien tu excelsa misión... Los conventos de Coleta, empezando por el de Besançon, se expendían por toda Francia, Flandes y España. Su vida mística fue extraordinaria, sobre todo en la meditación de la Pasión del Señor y de la Eucaristía: comulgaba, y se mantenía fuera de sí largas horas como arrebatada en el Cielo. Moría en Gante, Holanda, acabado ya el Cisma, la que había seguido a un Papa que ella creía ser el verdadero.

En Roma, se desarrollaban otros prodigios de santidad. Es natural que Dios velase por la Sede Primada de Pedro. Santa **Catalina de Suecia**, se hallaba en Roma trabajando en

la canonización de su madre Santa Brígida durante los principios del cisma, y optó sin dudas por Urbano VI, lo mismo que hizo Santa **Catalina de Siena**.

Si miramos al verdadero Papa Urbano VI, a pesar de lo mal que acabó, tuvo unos principios admirables arrastrado por la joven Santa Catalina de Siena, la cual le impulsó a instalarse en el Vaticano. La misma Catalina —¡qué autoridad moral la de esta joven!— organizó la procesión en que debía trasladarse el Papa a su residencia, para mantenerlo humilde y austero, como nos narra la Historia de los Papas: “Precedía al Pontífice el clero todo de Roma a pie descalzo; seguía Urbano, el cual contra toda la costumbre, y dando, antes que todos, ejemplo de cristiana humildad, anduvo también descalzo desde el lejano Trastévere al Vaticano. El pueblo de Roma siguió espontáneamente al Vicario de Cristo. Solemne espectáculo fue aquel y tanto más maravilloso cuanto era insólito que un pontífice descendiese a tan gran humillación en las pompas eclesiásticas” (Capecelatro; *Saba-Castiglione*).

No es venerado en los altares, pero es tenido por verdadero santo como lo era tenido por toda la Iglesia durante su vida entera, Fray **Pedro de Aragón**, miembro de la familia real aragonesa, que renunció a todos los honores y delicias de la vida; se vio enriquecido por continuas apariciones de Dios; dotado de insigne don de profecía; gran orador y celosísimo partidario del legítimo Papa de Roma, tronaba contra los cardenales que habían elegido y sostenían al *antipapa* aviñonés Clemente VII.

Era todo esto una gozosa, dolorosa y enigmática realidad, las tres cosas. Los Papas, el de Roma y el de Aviñón, podían presumir los dos de grandes santos que los apoyaban, lo cual era de gran alegría para la Iglesia; pero también de pena por la angustia que causaba en todos: quién era el Papa verdadero si los dos estaban rodeados de cristianos tan insignes...

Por estos mismos años del Cisma de Occidente —podemos contar globalmente los cien años que van de 1350 a 1450— se desarrollaba, prescindiendo de los diversos Papas, una reforma interna de la Iglesia que sólo se puede atribuir al Espíritu Santo, con hombres y mujeres de vida espiritual la más extraordinaria. La lista de los Santos de esta época es muy larga, aparte de los ya citados: Tolomei, Enrique Susón, Juan Colombini, Urbano V, Andrés Corsini, Gerardo Groote, Juan Ruysbroeck, Rita de Casia, Lorenzo Justiniano, Pedro Regalado, Fray Angélico, Antonino de Florencia... Se estaba incoando en este siglo y se desarrolló después ampliamente —con estos Santos citados y otros muchos— la llamada “Devoción Moderna”, de la que tendremos lección aparte, y hubo Santos que empezaron la reforma de las Órdenes religiosas con gran influencia en el pueblo cristiano.

Si era necesaria la reforma en el Pontificado y en los obispos, y si el Cisma provocó muchos problemas, no por eso dejaba el Espíritu Santo de realizar su obra en la santificación de las almas. Aunque sin ruido, como siempre...

82. EL CONCILIO DE CONSTANZA

Un Concilio, inválido en un principio, pero legitimado después por el Papa verdadero, iniciado en Noviembre de 1414 y acabado en Abril de 1418, puso fin al Cisma de Occidente y trajo la ansiada paz.

Era emperador el rey de Hungría, Segismundo. Magnífico cristiano, tomó muy a pecho el defender a la Iglesia como era su deber, y ese servicio debía ser, ante todo, el acabar con el cisma. Todos veían que al no ceder ninguno de los tres papas ni por la renuncia ni por el diálogo mutuo, no había otra solución que un concilio. Y así se hizo. Se iniciaba en Noviembre de 1414 en la ciudad de Constanza, la antigua ciudad imperial alemana en las orillas del lago de Constanza, con la asistencia de 29 cardenales, 3 patriarcas, 33 arzobispos, unos 150 obispos, más de 100 abades, 300 doctores, muchos teólogos y canonistas, varios miles de eclesiásticos, y representantes de todas las naciones cristianas. Algo nunca visto. Juan XXIII llegó con gran pompa y nada digamos del emperador Segismundo. Iba a durar con sus diversas sesiones casi tres años y medio. Recordemos que Benedicto era el papa de Aviñón (*antipapa*, elegido por los cardenales de Clemente VII); Juan XXIII, de Roma, pero *antipapa* también (elegido en el concilio de Pisa), y Gregorio XII, el verdadero Papa de Roma, ausente, pero que estaba dispuesto a renunciar si lo hacían los dos anteriores para que se eligiese *un solo* Papa que sería reconocido por todos. El Concilio de Constanza, convocado por el emperador y Juan XXIII, ya se ve que no era de momento legítimo ni universal, pues faltaban los obispos de los dos papas Benedicto y Gregorio, pero lo sería *cuando* y *en cuanto* lo aprobara el papa que de él iba a salir. Se puede llamar legítimo al aceptarlo tácitamente Gregorio XII con su disposición interna, aunque se hallara ausente.

Todo empezó muy bien hasta que vino lo de Juan XXIII. Con la cantidad de cardenales y obispos que se trajo de Italia, pensó que tenía todo a su favor por la mayoría absoluta que obtendría en cualquier votación. Pero el Concilio se dividió por grupos de naciones; cada grupo discutiría los asuntos separadamente; además, votarían no sólo cardenales, obispos y abades, sino también los laicos; y la resolución de cada grupo sería UNA sola, que se llevaría a sesión plenaria de los grupos nacionales reunidos. A Juan XXIII se le acabaron todas las esperanzas. Y clandestinamente, durante una fiesta con torneo fantástico, huyó disfrazado del Concilio y de la ciudad de Constanza. Fue inútil que le siguiera el mismo emperador para atraerlo de nuevo. El Concilio se alarmó al quedar sin cabeza, pero se tomó la resolución unánime de deponer a Juan XXIII acusándolo de todos los vicios y pecados. Nada extraño sabiendo la vida que había llevado aquel militarote antes de ser papa. No hace falta que nos detengamos en el anecdotario de sus cardenales y el resto del Concilio hasta llegar a la deposición del que era *antipapa* aunque fuese considerado por muchos como Obispo legítimo de Roma. Fue condenado y depuesto al ser declarado “notorio simoníaco, dilapidador de los bienes y derechos de muchas iglesias, escandaloso por sus detestables y deshonestas costumbres, pertinaz, incorregible y reo de otros muchos crímenes”. Ahora podríamos seguir por cuatro años sus aventuras. Nadie lo hubiera dicho. Aquel orgulloso Baltasar Cossa = Juan XXIII aceptó humilde la condena y la deposición, vivió con resignación su encarcelamiento, entregó al Papa Martín V su anillo y el sello pontificio, el Papa le concedió el cardenalato y así murió en Florencia en diciembre de 1419.

El Concilio de Constanza se iba desarrollando pacíficamente, aunque acéfalo, pues no había Papa que lo presidiera, y se planteó de una vez lo más importante: ¿qué hacer, la reforma de la Iglesia ante todo y después la elección de un nuevo papa, o primero el papa y después ya con él la reforma? Tras muchas discusiones, vino ante todo solucionar el asunto del pontificado. Ya sabemos cómo cesó Juan XXIII. Y el Papa verdadero, indiscutiblemente **Gregorio XII**, no lo pudo hacer mejor. Aunque los conciliares no lo vieran o no lo quisieran ver, el Concilio hasta entonces no era legítimo, pues el Papa no lo había ni convocado ni presidido ni mandado ningún delegado suyo. Pero una vez depuesto Juan XXIII, Gregorio mandó sus cardenales Malatesta y Dominici con otros tres obispos al emperador Segismundo y al Concilio. Dominici, en nombre del Papa convocaba al Concilio —¡ahora sí era verdadero y legítimo!—, autorizaba cuanto hiciera contra la herejía y por la reforma de la Iglesia, y él renunciaba al pontificado con tal que no continuaran los otros dos papas-*antipapas*. Aceptada su renuncia, quedó Gregorio —Angeelo Corrarío— en simple cardenal de Porto, hasta que murió en 1917. Figura en todas las listas de los Papas legítimos.

Venía ahora el caso peor: el deponer a Benedicto XIII, Pedro de Luna, que no cedía por nada. Sin embargo, como su conducta había sido siempre intachable, no se le podía acusar de nada indigno, y no hubo más cargo contra él que la *contumacia*, o sea, su empeño irreductible en mantenerse papa, pues estaba convencido de que lo era en verdad. Por eso, no había más remedio, pues como decía Gersón, “mientras esta luna no se eclipse, no lucirá el sol de la paz y la concordia”. Ya no vivía en Aviñón. Fue inútil la visita que le hizo el emperador Segismundo en Perpiñán a donde llegó con varios obispos, muchos príncipes y una escolta de hasta 4.000 jinetes. Benedicto XIII lucía sus mejores galas pontificias. Se trataron los dos con mucha cordialidad, pero Benedicto puso tales condiciones que resultaron inaceptables del todo, y además, sin esperar el fin de todo, se embarcó en Colliure hacia el castillo de Peñíscola en la costa valenciana del Mediterráneo. El rey Fernando I de Aragón, a la vez que los otros españoles de Castilla, León y Navarra, junto con el de Escocia, abandonaron a Benedicto y se pusieron a las órdenes del Concilio, en el que estalló un enorme grito de júbilo. El mismo San Vicente Ferrer, confesor de Benedicto y convencido de que era el papa legítimo, lo abandonó y lo dejó en paz con su conciencia. Depuesto por el Concilio, cuando le llevaron al castillo el decreto de deposición, estalló en improperios contra todos, asegurando que la Iglesia estaba en Peñíscola porque en ella estaba la cabeza de la Iglesia. En el imponente castillo acabaría su vida en Noviembre de 1422, a sus noventa y cuatro años, aquel testarudo aragonés, que hasta el fin “se mantuvo en sus trece”, como ha quedado de refrán en España.

La elección del nuevo Papa se convertía ahora en la tarea más importante del Concilio, plenamente legitimado. Pero esto suscitó una discusión tremenda de los cardenales —que querían cuanto antes un Papa—, con el emperador y el rey de Inglaterra que a todo trance estaban empeñados en empezar primero por la reforma de la Iglesia según determinase el Concilio y a cuyas normas debería sujetarse el papa elegido. Al fin llegaron a un acuerdo, y el día 11 de Noviembre de 1417 era elegido Papa el cardenal diácono romano, de 49 años, Odón Colonna —ordenado el día siguiente como presbítero y el otro como obispo—, que tomaba el nombre de **Martín V**. Alegría inmensa en toda la Iglesia, y no había para menos,

después de treinta y nueve años de terrible angustia. El Concilio ahora, con el Papa como cabeza y presidiéndolo personalmente, podía tratar de la reforma de la Iglesia y meterse con las herejías de Hus y de Wyclif. El Concilio concluía el 22 de Abril de 1418 ; los cardenales franceses querían que el Pontífice volviera a Aviñón (!), pero el Papa se despedía para Roma el día de Pentecostés en medio del espectáculo inusitado que le brindó Constanza:

“Toda la ciudad se echó a la calle para presenciar el último y más visto espectáculo. Precedían la comitiva papal doce caballos sin jinetes con gualdrapas de púrpura. Detrás iban cuatro caballeros armados de lanzas, de las que colgaban rojos capelos cardenalicios. A continuación un sacerdote alzaba un cáliz de oro. Otro, montado en caballo blanco gualdrapado de púrpura, ostentaba el Santísimo Sacramento cubierto y numerosas personas con cirios encendidos. El Papa, con ínfulas adornadas de perlas y vestimenta de oro, bajo un palio sostenido por cuatro condes, montaba una hacanea blanca, de cuyas riendas tiraban, con el emperador, varios príncipes del Imperio. Después hacían séquito los obispos, los duques y muchísimos eclesiásticos. Espléndida pompa matutina bajo un sonoro y jubiloso vuelo de campanas. Se calcularon cerca de 40.000 caballeros los que acompañaban al Pontífice hasta el próximo castillo de Gottlieben, donde le aguardaban a Martín V unas barcas. Dada la bendición al emperador, embocó la corriente del Rhin hasta Schaffhausen, mientras los cardenales y oficiales de la curia bordeaban el río” (G. Villoslada). Luego bajó por tierra a Berna y Ginebra, de donde pasó a Milán. Mantua y Florencia. En estas ciudades permaneció bastante tiempo, y el 28 de Septiembre de 1420 hacía en Roma su entrada triunfal. Aviñón, origen y sede principal del cisma —donde querían los franceses que se instalara el Papa— era olvidado para siempre.

Martín V encontró una Roma desecha por completo. Las basílicas patriarcales de Letrán, San Pedro y Santa María la Mayor amenazaban ruina completa. No había iglesia decente; los monumentos saqueados, las calles llenas de inmundicia y, lo peor, convertidas en guarida de ladrones y gentes de mal vivir. El Papa no se desanimó, y durante los once años que le quedaban de vida restauró, limpió y pacificó grandemente la Ciudad papal. Tenía además el encargo del Concilio de Constanza de reformar la Iglesia, aunque eso de “Reforma” había que entenderlo en el sentido en que lo querían los Estados, cardenales etc. etc., o sea, respecto de beneficios y cosas parecidas que afectaban siempre a la parte financiera, más que a las costumbres morales. El Papa cumplió con su deber. Pero no descuidó otra reforma mucho más importante, como fue la del pueblo cristiano. A pesar de los grandes desafíos que se presentaban en el siglo XV, a partir de ahora, con los Papas en su sede romana, se podía pensar y actuar con una libertad y seriedad de que careció el Pontificado por culpa de Aviñón y del Cisma de Occidente.

83. PROBLEMAS Y HEREJIAS

El Concilio de Constanza se enfrentó con problemas muy graves de doctrina, aparte del tremendo conflicto de los tres Papas. Les damos un vistazo sintético.

El siglo XIV comenzaba muy mal en 1305 al establecerse en Aviñón el Papa, juguete, queramos que no, en manos del rey francés Felipe IV el Hermoso. De ahí arrancaban dos males muy serios: el galicanismo y el conciliarismo. Con el galicanismo, aunque francés, empezaban los Estados a independizarse del Pontificado. Y con el conciliarismo se introducía la opinión de que el Concilio estaba sobre el Papa. Estos dos males se agravaron con la aparición de dos herejes muy peligrosos, Wyclif y Hus, semilla los dos de lo que será finalmente el protestantísimo.

El Galicanismo no era ninguna herejía, sino la ideología que se metió en Francia de la independencia que debía tener el rey respecto del Papa, el cual es para la Iglesia universal, pero la Iglesia de Francia es para Francia y nada más. Todo nacía del interés económico, pues los nombramientos, beneficios etc. los debían hacer los obispos franceses, y, por lo mismo, los tributos debían ser también para la Iglesia de Francia. Esto creó con el tiempo un nacionalismo exacerbado que duraría muchos siglos. Desde Felipe el Hermoso, se pretendía en Francia la superioridad del rey sobre el Papa: era primero y más importante obedecer al rey antes que al Papa, al cual, por otra parte, se le debía quitar todo poder temporal. La misma ideología y práctica se observaba sobre todo en Inglaterra, especialmente cuando a partir del *Statute of Previsors* en 1351 y del *Statute of Praemunire* en 1453 el Parlamento limitó mucho la injerencia del Papa en los asuntos eclesiásticos ingleses. Con el galicanismo, imitado en otras partes, venía prácticamente a enseñarse y exigirse: el Papa no puede meterse en las tradiciones y costumbres de las Iglesias particulares, y la provisión de los beneficios eclesiásticos pertenece a los obispos locales, a los patronos, y no a la Curia romana. Porque el Papa está *en* la Iglesia, pero no *sobre* la Iglesia a no ser con una potestad *moral* a lo sumo, ya que en lo temporal no posee más autoridad que la concedida por los reyes, emperadores —hoy, para entendernos, añadiríamos la Constitución o la Asamblea—. Por lo mismo, no puede poseer nada para sí o para la Iglesia ni mandar nada si no le es concedido por las potestades civiles.

El Conciliarismo era peor que el Galicanismo, porque es verdadera herejía, pues niega el *Primado* sobre toda la Iglesia. Si se le quitaba al Papa la autoridad suprema, había que buscarla en otra parte, y se llegó así al *Concilio*, interpretado muy diferente a como venía desde los Apóstoles. Aunque la idea era expuesta en Francia desde todo el siglo XIV, fue con el Concilio de Constanza donde se manifestó en toda su crudeza, defendido por las dos grandes figuras Pedro de Ailly y Gersón. Los puntos fundamentales de su enseñanza, son:

- el Concilio es superior al Papa; y así, es la última instancia doctrinal y disciplinar;
- como el Concilio es la expresión popular de la Iglesia, el Papa, aunque es de institución divina, sólo viene a ser un delegado del pueblo, por lo tanto no hará sino lo que el Concilio le mande o autorice;
- la Iglesia, de este modo, no es institución jerárquica, sino democrática, y lo que legisle debe estar en conformidad con lo determinado por el Concilio;

-naturalmente, el Papa no es infalible, y sus decisiones, por eso, pueden ser modificadas.

Estas ideas tan erróneas dominaron gran parte del Concilio de Constanza y lo harán después, como veremos, en el de Basilea. Imponían unos deberes a los que el Papa debería someterse —y no veían los conciliares, o no querían ver, mejor dicho—, que el Papa elegido no tenía ninguna obligación de sujetarse a ellos. Semejantes doctrinas fueron sancionadas en Francia como ley en 1438 por la *Pragmática Sanción de Bourges*, y durarán hasta que acabe con ellas el Concilio Vaticano I en 1870. Serán un latiguillo para toda la Iglesia durante casi cinco siglos.

Juan Wyclif (c.1320-1384) se presenta ahora como el gran hereje del siglo XIV. Inglés de una familia hondamente católica y eximio profesor de la Oxford, se puso al lado del rey cuando Inglaterra se negó a pagar las tasas debidas y muy retrasadas a los Papas de Aviñón. Comprensible, por la antipatía de los ingleses a los franceses enredados en la Guerra de los cien años. Pero Wyclif no se contentó con el asunto financiero, sino que aplicó a la Iglesia de Inglaterra las nacientes teorías galicanas y conciliaristas con errores totalmente heréticos, que los podemos resumir en algunas afirmaciones.

1ª. La Iglesia no es una sociedad visible, compuesta no por los fieles y la Jerarquía, sino sólo por los predestinados a la gloria, los cuales son todos sacerdotes, sin otra fuente para conocer la verdad que la Sagrada Escritura. Ni papa, ni obispos, ni sacerdotes, ni monjes, ni los cristianos corrientes forman la Iglesia, sino únicamente los creyentes que viven en gracia. Por lo mismo, la Iglesia no es *visible* sino *invisible*, y sólo Dios sabe quiénes son los que la forman. Por eso también, los sacramentos celebrados por un ministro en pecado son inválidos del todo. Igualmente, la excomunión ejercida por el Papa no importa nada, pues solo Dios sabe quién está en pecado y por eso mismo excomulgado.

2ª. Jesucristo no está realmente presente en la Eucaristía; la confesión es algo diabólico, y el celibato sacerdotal y de los monjes es perjudicial a la Iglesia, en la que deben ser suprimidas las indulgencias, el culto de los santos y las misas por los difuntos;

3ª. Solamente los que viven en gracia pueden tener dominio de las cosas, mientras que los que están en pecado no pueden poseer nada; el mundo es de los que están en gracia, de lo cual se sigue que quien se siente en gracia puede adueñarse de algo y puede igualmente quitar al que posee si éste está en pecado.

Estos errores —muy resumidos— corrieron por toda Inglaterra, difundidos sobre todo por los discípulos de Wyclif, los “sacerdotes pobres”, llamados por el pueblo “lolaridos” o “sembradores de cizaña”. El arzobispo de Canterbury reunió en 1382 dos sínodos en los cuales fueron condenadas 24 proposiciones de Wyclif; los profesores de la Universidad que no se sometieron fueron expulsados, y Wyclif se retiró a su parroquia de Lutterworth donde murió en 1384. El Concilio de Constanza lo condenó también sin más en 1415 y declaró hereje a Wyclif aunque hacía treinta años que había muerto.

La herejía de Wyclif fue extirpada de raíz en Inglaterra, de donde desapareció del todo. Lo malo fue que saltó al continente, concretamente a Bohemia, donde se adueñó del pueblo y causó verdaderos estragos.

Juan Hus (1369-1416) fue el encargado de difundir el wyclefismo, amparado por el rey Wenceslao de Bohemia, hermano del emperador Segismundo. Hus, rector de la Universidad de Praga y confesor de la reina Sofía, predicaba con ardor todos los errores de Wyclif,

menos el de la Eucaristía, pues admitía plenamente la presencia real de Jesucristo en ella. Como difusor de la herejía, su vida es una aventura. Por consejo del emperador Segismundo fue admitido en el Concilio de Constanza para exponer sus ideas y allí las defendió sin retractación alguna. Condenado como hereje, fue entregado al brazo secular y la autoridad civil le aplicó la sentencia de muerte en la hoguera.

La muerte de los dos herejes Wyclif y Hus causa pena. Wyclif acabó con muerte natural por un ataque de apoplejía, pero sin retractación alguna. Condenado por el Concilio de Constanza, se determinó que su cadáver fuera exhumado, quemado y sus cenizas arrojadas al río Swift. Así se hizo posteriormente por decreto del Papa Martín V, que aprobó la resolución Conciliar.

El fin de Hus fue muy diferente. Condenado por el Concilio, iba desde la iglesia hasta el lugar de la hoguera con una serenidad pasmosa, vestido de los hábitos rituales negros y largos. Al verlo, cualquiera pensaría que iba a presenciar el martirio de un santo. Repetía sin cesar la invocación: “¡Jesucristo, Hijo del Dios vivo, que padeciste por nosotros, ten compasión de mí!”. Se le ofreció la última oportunidad de reconciliarse con la Iglesia:

-¿Quieres un sacerdote para la confesión?

-Sí.

Y el sacerdote checo, autorizado para ello:

-Antes de la absolución, ¿retractas tus errores?

-No. Yo no tengo necesidad de confesión, porque yo no tengo pecado mortal.

El orgullo fue su perdición. Con un poco de humildad nada más, reconocidos sus errores, ni hubiese muerto en la hoguera ni excomulgado como hereje. Se había enfrentado en el Concilio contra los teólogos más sabios que entonces tenía la Iglesia, pero él solo, Hus, el fiel discípulo de Wyclif, tenía la razón. Prefirió atenerse a su nación, Bohemia, que le estaba mirando, como él mismo había dicho: “Estos obispos me incitan a abjurar y retractarme, pero yo no lo haré, porque sería mentir a la faz de Dios. Y otro motivo que me impide la retractación es el escándalo que yo daría a las grandes multitudes a quienes he predicado”. Sucedió esto el año 1416, en pleno Concilio de Constanza. La secta husita —dividida entre los *utraquistas* moderados y los fanáticos *taborinos*—, se enzarzará en guerras fratricidas. El emperador Segismundo, que había sucedido como rey a su hermano Wenceslao, muerto sin hijos, derrotó completamente a los taborinos en 1434.

Ni en Alemania, la vecina de Bohemia, ni en Inglaterra persistieron en adelante herejes tan perniciosos. Un siglo más tarde, Lutero y Enrique VIII repetirán muchos de los errores wyclefitas y husitas, pero independientemente de los que acabamos de historiar.

84. EL PAPA MARTIN V. ROMA PARA SIEMPRE

No es que fuera un Papa de relumbrón, pero amerita que nos fijemos en su pontificado para situarnos en Roma después de tantos años de triste inseguridad.

En la lección 82 hemos dejado al Papa Martín V instalado en Roma. No pensemos que fue la cosa tan fácil. Acabado el Concilio de Constanza, y con él el Cisma de Occidente, el emperador Segismundo, tan benemérito ciertamente de la Iglesia, quiso que el Papa estableciera su residencia en Alemania, y para ello le ofreció las ciudades de Basilea, Maguncia y Estrasburgo, mientras que los franceses se empeñaban en que se instalara de nuevo en Aviñón. Cualquiera de las dos opciones hubiera sido fatal para la Iglesia, y Martín V se mostró afortunadamente inflexible: ¡Roma, y nada más!...

El Concilio de Constanza, además, quedaba aceptado como ecuménico y legitimado, cuando quedó subsanado en lo defectuoso e incluso inaceptable. Ya lo dijimos: era ilegítimo en un principio, porque no lo había convocado ningún Papa; se convirtió en legítimo cuando lo aceptó Gregorio XII; al renunciar este Papa, quedaba otra vez inválido por no tener el Concilio a su cabeza; elegido válidamente Martín V y aceptado por él, el Concilio se convertía en totalmente legítimo.

Pero el nuevo Papa no lo aceptaba sin más plenamente en todas sus partes. Rechazó las proposiciones conciliaristas de la superioridad del Concilio sobre el Papa o las que negaban el primado del Pontífice como de institución divina, lo cual hará igualmente su sucesor Eugenio IV al aprobar también ese mismo Concilio de Constanza, pero, advirtiendo: “sin perjuicio del derecho, de la dignidad y preeminencia de la Santa Sede Apostólica”. Eliminó además aquella disposición conciliar que daba a los cardenales autorización para limitar las disposiciones del Papa que ellos creyeran exageradas o gravosas.

Antes de llegar a Roma, y mientras permanecía en Florencia, Martín V tuvo la satisfacción de acoger al arrepentido *antipapa* Alejandro V, Baldasare Cossa, y también a la caprichosa Juana II de Nápoles, por cuya culpa no juzgaba prudente Martín dirigirse a Roma. Ahora, después de tres años de elegido Papa, podría al fin hacerlo sin peligro.

Desde que en 1303 había muerto Bonifacio VIII, hacía ya 117 años, Roma no había visto a su soberano el Papa dentro de la Ciudad y ésta ofrecía un aspecto desolador. Los testimonios de todos los historiadores llenan el alma de tristeza, “con casas que se tambaleaban, templos derribados, barrios desiertos, una ciudad inmunda y olvidada, sin amor y carente de todo”. Los Estados Pontificios eran un simple aglomerado de municipios y provincias cada uno con sus estatutos independientes.

El Papa trató de someter buenamente a los poderosos de la Ciudad y para ello no dudó en aprovechar a los miembros de su ilustre familia de los Colonna, aunque quizá exageró los favores que brindó a los suyos. Valiéndose del ascendiente de santidad que resplandecía en Bernardino de Siena, ante la inmoralidad que se había apoderado de los ciudadanos, organizó una especie de misión abierta durante ochenta días; asistía el Papa en persona a los sermones, escuchados por una verdadera multitud, y acabó todo con un acto simbólico en el Capitolio, en el que se amontonó una ingente cantidad de instrumentos de diversión, naipes, pelucas y adornos de mujeres, con todo lo cual se formó una hoguera inmensa.

Reformó la Curia, empezando por los canónigos, y eligió nuevos cardenales prestigiosos por su saber, por su conducta y adictos incondicionales al Papa. Cuidó con esmero de los sacerdotes, pues había muchos que vagaban por las calles hambrientos y mal vestidos.

La reconstrucción tanto material como moral de Roma fue eficaz, de manera que se dirá muy pronto de ella: al llegar el nuevo Papa, “encontró una ciudad pacífica, aunque de tal manera empobrecida que no tenía tan siquiera aspecto de ciudad. Pero finalmente, por obra del Pontífice se fue poco a poco mejorando de tal manera que podía contarse entre las primeras ciudades de Italia en cuanto a riquezas y a ciudadanos ilustres; el pontificado de su tiempo bien podía considerarse meritísimo, todo por obra y gracia del Sumo Pontífice, que tanto como Pastor podría llamarse Padre de la patria”.

Cuando la peste negra que asoló toda Europa por el año 1447, la gente, supersticiosa, echó la culpa en gran parte a los judíos, los cuales eran odiados desde entonces en muchas partes de Europa, pero Martín V asumió su defensa como no lo había hecho antes ningún Papa. Prohibió bautizar a niños hebreos menores de doce años sin el permiso expreso de sus padres. En España, donde gozaban de especial libertad dentro de las juderías, tenían permiso los fieles para acudir a la medicina ejercida por los judíos, especialistas en ella. El Papa les permitía ejercer de banqueros e intercambiar mercancías con los cristianos, sin aceptar el segregacionismo de otras partes.

Martín V tenía delante de sí un compromiso muy delicado: por decreto del Concilio de Constanza, el año 1423 debía convocar otro Concilio. Como Papa, no estaba obligado a hacer caso de semejante disposición, pero, ya se ve, no tenía más remedio que convocarlo, y lo organizó en la ciudad de Pavía, donde se inauguró con escasísima asistencia de obispos, y sin ningún italiano fuera de los delegados del Papa. ¿Qué podía esperarse de Concilio semejante? Y para colmo de desdichas, la peste obligó a trasladarlo a Siena, donde continuó durante seis o siete meses. Todo se fue en repasar decretos del Concilio de Constanza. Se procedió contra el *antipapa* Clemente VIII, sucesor en el castillo de Peñíscola del obstinado Benedicto XIII ya difunto. Clemente, gracias a Dios, se humilló y se sometió al Papa Martín V, el cual lo destinó al obispado de Mallorca en las Baleares. Concilio tan exiguo como el de Pavía-Siena tomó sin embargo unas decisiones drásticas: el Papa tendría que someterse a las decisiones del concordato francés; no podría conceder encomiendas; tenía que aceptar un candidato para cardenal por cada nación; no debería imponer ningún nuevo tributo al clero; y, en especial, no podría cambiar los decretos de los concilios generales.

Todo esto era inadmisibile. El Papa se convertía en un juguete del Concilio y de los obispos de cada nación, de Francia sobre todo, que era quien promovía estas resoluciones. Los legados del Papa no toleraron imposiciones semejantes, que deberían cumplirse antes del próximo Concilio determinado por el de Constanza para siete años más tarde. Los legados fueron suficientemente listos para enredar entre sí a los italianos y franceses, de manera que el Concilio se volvió un imposible y fue disuelto en Febrero de 1424. Aunque convocado por el Papa, no tuvo este Concilio ninguna importancia y ni es considerado entre los ecuménicos. Estaba a la vista el próximo Concilio determinado también por el de Constanza, que debería celebrarse en 1431, convocado, pero ya no celebrado, por Martín V.

En realidad, los principales conflictos que le traían al Papa esos Concilios provenían de los franceses, pues los profesores parisienses se cuidaban muy bien de mantenerse en la fe con mil argucias, pero sin declararse herejes. Además, estaban muy enredados con las guerras continuas civiles y con la inacabable “Guerra de los cien años” con los ingleses, a pesar de que Dios les había puesto la victoria y solución en la querida Juana de Arco.

El Papa Martín siguió con su reforma espiritual para la cual contó con grandes santos que Dios había suscitado en su Iglesia, y que veremos en lecciones siguientes. Se le achaca su notable nepotismo, pues enriqueció mucho a su familia, pero hay que excusarlo. La familia Colonna era demasiado influyente en la sociedad romana y el Papa hubo de apoyarse en los suyos para las reformas materiales de la Ciudad y de los Estados Pontificios, aunque esto trajera después desagradables consecuencias, que las podemos adelantar aquí. Cuando muera Martín V, los suyos se rebelaron contra el nuevo Papa y le hicieron toda la guerra porque pensaban que les iba a quitar todos los privilegios que habían adquirido con su tío. Saquearon el tesoro pontificio, pretendían conservar la propiedad del Castillo Sant’Angelo, de Ostia y de otras tierras. El nuevo Papa (se llamará Eugenio IV) excomulgó a los Colonna y los privó de toda dignidad. Con la ayuda de la reina Juana de Nápoles, de los florentinos y de los venecianos, los Colonna se vieron reducidos a la impotencia, pero ellos juraron odio implacable al Papa sucesor de su pariente. Todo esto, sin embargo, fue ajeno al difunto Papa Martín V, el cual dejó tan grato recuerdo como primer Papa en Roma después del calamitoso destierro de Aviñón y del Cisma de Occidente.

Un cronista refiere que su muerte produjo un dolor grande y sincero, como si la ciudad de Roma y la Iglesia de Dios hubiesen perdido con el Pontífice el único y el mejor de los padres. No había para menos. Con el Renacimiento que se avecina vendrán Papas que dejarán muy mal recuerdo por las costumbres desagradables que se introducirán en la Iglesia. Pero ya no se dará ni un destierro voluntario del Pontificado ni una división como los que nos ha tocado vivir durante más de cien años. Roma será la “Ciudad Eterna” que debe ser.

La vuelta de los Papas a Roma con Martín V quedó sellada con su sucesor, el monje agustino Gabriel Condulmaro, elegido rápidamente por los cardenales presentes en Roma. Gabriel era de familia rica. Poseía como propios 20.000 ducados que distribuyó entre los pobres y entró en el convento, en el cual, mientras ejercía el cargo de portero, se le presentó un monje al que acompañó a la iglesia para sus devociones, pero el visitante le predijo: “Tú serás cardenal y papa, y en tu pontificado ocurrirán muchas adversidades”. La profecía se cumplió al pie de la letra en **Eugenio IV**, elegido Papa el 1 de Marzo de 1431, hombre “alto, de hermosísimo semblante, macilento y grave; su vida inspiraba respeto”. Resultó perfecta la semblanza del Papa que Dios regalaba a su Iglesia.

85. CONCILIO DE BASILEA-FERRARA-FLORENCIA-ROMA

¿Extraño este título? Pues, así debe ser. El Concilio empezó en una ciudad y, después de mil peripecias, acabó en la Roma del Papa. Enredado, pero zanjó el estado de aquellos Concilios anteriores que no nos dejaron ninguna buena impresión.

Convocado por Martín V para 1431 tal como lo había determinado el Concilio de Constanza, le tocó al recién elegido Papa Eugenio IV la celebración de uno de los Concilios más problemáticos de la Historia de la Iglesia y que estuvo a punto de parar en otro cisma. Para entendernos, un simple esquema del mismo:

1. Se inaugura en Julio de 1431 en la ciudad alemana de Basilea. Y por una mala información al Papa Eugenio IV, éste lo manda clausurar en Enero de 1432. Furiosos los asistentes, no obedecen y siguen adelante en rebeldía contra el Papa.

2. En Diciembre de 1434 el Papa cede y aprueba el Concilio, que se suspende de nuevo ante la petición de los Orientales que pedían una ciudad italiana, y en 1438 se inaugura de nuevo en la ciudad de Ferrara, noreste de Italia.

3. Basilea estaba suprimido, pero allí seguían los rebeldes celebrando su conciliábulo, que condenó y excomulgó al Papa Eugenio y eligieron por papa a un laico viudo, Amadeo, duque de Saboya, que tomó en nombre de Félix V.

4. Ante lo mucho que estaba costando todo, en 1439 el Concilio se trasladaba a Florencia porque esta ciudad se comprometía a pagar los gastos del Concilio.

5. Tratado prácticamente todo, el Papa trasladaba el Concilio para su conclusión a Roma a fines de 1442. Aprobado lo aprobable de Basilea, se considera un solo Concilio, el XVII ecuménico, Basilea-Ferrara-Florencia-Roma.

Y con el Concilio, el Papa regresaba a Roma después de casi diez años de exilio, pues tuvo que salir de la Ciudad en 1444 perseguido a muerte por la revolución organizada contra él por los Colonna. Con este cuadro delante, entenderemos muchas cosas del Concilio.

En cuanto al Papa Eugenio IV, se vio desde el principio en peligro de muerte. Los Colonna no le perdonaban el que les quitase lo que su tío y pariente el Papa Martín V les había dado sin ser de ellos. Descubierta el complot por los venecianos, los florentinos y los napolitanos de la reina Juana, sofocaron la rebelión que tramaban en Roma, mataron a muchos conspiradores, en especial a Fray Tomás, prior cluniacense, al que ahorcaron y después lo descuartizaron en pedazos. Pero los Colonna supieron esperar y revolver a los ciudadanos. Cuando el duque de Milán, unos tres años después, se sublevó contra el Papa y utilizó en la guerra al terrible jefe Nicolás Fortebraccio, se le unieron los Colonna en el sitio de Roma, y el Papa, disfrazado de monje benedictino, hubo de huir en una barca Tíber abajo, perseguido furiosamente por los romanos, hasta que llegó a Ostia donde le esperaba una barca que lo llevó a Pisa de donde partió para Florencia. Decimos esto lo primero para detenernos ya en el Concilio de Basilea.

Igual que el de Constanza, quería el actual la reforma de la Iglesia “en la cabeza y en los miembros”, y por “cabeza” entendían lo que querían imponer al Papa considerado siempre como inferior al Concilio, algo que el Papa no podría aceptar jamás. Porque la mayoría de los asistentes eran “conciliaristas” y según ellos era superior al Papa, el cual en

tanto podía gobernar la Iglesia en cuanto se lo permitiera el Concilio. Para mayor de males, en este de Basilea había pocos obispos (que son los que tienen el don del Magisterio) y muchos eclesiásticos inferiores, con derecho a voto como todos los asistentes. Iniciado en Julio de 1431, era un Concilio con un aire totalmente *democrático* en vez de *jerárquico*. Como legado del Pontífice lo presidía un gran cardenal, Cesarini, muy respetuoso del Papa, pero también *conciliarista*. El legado Cesarini mandó a Roma para informar al Papa al canónigo Beaupere, el cual le presentó a Eugenio IV la situación conciliar tan negra que el Papa autorizaba al legado a suspender el Concilio; más, le mandaba una carta fechada en Noviembre suspendiendo el Concilio sin más. Leída el 13 de Enero del 1432, estalló toda la sala en gritos incontenibles de modo que no se pudiera oír; pero el Concilio quedaba disuelto. Rebelión de la mayoría, que proclamaba: el Concilio general recibe su poder directamente de Cristo, y todos, incluso el Papa, le deben obedecer en lo concerniente a la fe, a la unión y a la reforma de la Iglesia en la cabeza y en los miembros; por lo mismo, el Concilio de Basilea no puede ser disuelto, trasladado o aplazado por nadie, ni por el mismo Papa, sin el consentimiento del propio Concilio.

Ciertamente, que Eugenio IV había procedido precipitadamente. Debería haberse informado mejor. Pero se mantuvo firme. Aunque a instancias del emperador Segismundo, de bastantes Padres conciliares y después de repetida negativa, al fin lo aprobó, aunque para llevarlo a Ferrara en atención a los Orientales.

Los participantes que no aceptaron la resolución del Papa siguieron obstinados en Basilea, e hicieron un conciliábulo en el que definieron olímpicamente: **1°**. El Concilio es superior al Papa. **2°**. El Concilio no puede ser disuelto, ni prorrogado, ni trasladado sin el consentimiento de sus componentes. **3°**. El que niega estas verdades es un hereje... Por eso, aunque quedaron en pequeña minoría, tuvieron que llegar a lo irremediable: deponer al Papa, y, como el Concilio quedaba sin cabeza, eligieron Papa al laico, viudo y con dos hijos, el riquísimo Amadeo conde de Saboya, que tomó el nombre de Félix V, el cual sería, gracias a Dios, el último *antipapa* de la Historia. Amadeo había fundado la Orden de los Caballeros de San Mauricio, que vivían sobre el lago de Ginebra y de los cuales era prior. Con la elección de Félix V se promovía otro cisma que provocó mucho miedo en todos, pero el cardenal Cesarini, el legado de Eugenio IV, tranquilizó a todos: “No teman, que la victoria es nuestra. Yo temería la elección de un hombre pobre, sabio y virtuoso, pues su lucha contra nosotros sería terrible. Pero de este esclavo de su dinero no hay que temer”. Y no se equivocaba el gran cardenal. Al frente de los rebeldes de Basilea estaban el cardenal D’Aleman y Eneas Silvio Piccolomini —que mucho después sería Papa Pío II, arrepentido de aquel pecado de su “juventud”—, a los cuales Félix V les propuso: “Si han suprimido las anatas y los demás impuestos que se daban al Papa, ¿de qué voy a vivir en adelante? ¿Quieren que consuma yo mis bienes propios, privando a mis hijos de la herencia?”... No podía parar bien semejante “papa”. Echados fuera los conciliares de Basilea por el emperador Federico III, se refugiaron en Lausana, y Félix V, arrepentido, obtuvo en 1449 la absolución y el cardenalato que le dio el Papa Nicolás V. El último *antipapa* moría en 1451.

El Concilio, trasladado a Ferrara, y de Ferrara a Florencia, tenía como objetivo primario la unión de la Iglesia Oriental de Constantinopla con la latina de Roma. Era el sueño de todos. Asistió a las sesiones el emperador bizantino Juan VIII Paleólogo junto con los Pa-

triarcas y obispos orientales, algunos de ellos con muy sincera voluntad de llegar a la tan ansiada unión, entre ellos Besarion el arzobispo de Nicea, Isidoro de Kiev, metropolitano de Rusia y otros; pero algunos, capitaneados por Marcos Eugénico el arzobispo de Éfeso, se mostraron irreductibles. Los puntos doctrinales que en que se diferenciaban las dos Iglesias Oriental y Latina eran teóricamente sencillos: el Espíritu Santo que “procede del Padre y del Hijo”, según los latinos, y según los orientales sólo del Padre; para la Eucaristía, los latinos usan el pan ázimo o sin levadura, y los orientales lo quieren fermentado; las penas del Purgatorio, con “fuego” según los latinos y sólo con tinieblas etc., para los orientales; y cuarto —¡esto era lo decisivo!— el primado del Papa era absoluto para la Iglesia de Roma, y para la Oriental sólo de honor y de primacía. Disputas interminables para la procedencia del Espíritu Santo y sobre el primado del Papa. Pero al fin, se llegó a la unión deseada. El Patriarca de Constantinopla escribió el prelude de lo que iba a suceder. Se sintió enfermo el 10 de Junio de 1439 y expiraba al anochecer. Pero encontraron escrito en un papel: “José, por la divina misericordia arzobispo de Constantinopla, nueva Roma, y patriarca ecuménico. Todo lo que confiesa y enseña la Iglesia Católica y apostólica de Nuestro Señor Jesucristo, que está en la antigua Roma, yo también lo confieso y acepto plenamente. Reconozco también al Santísimo Padre de los Padres pontífice máximo y Vicario de Nuestro Señor Jesucristo”. No es para decir el gozo del Papa Eugenio IV, que el 5 de Julio firmaba con los Orientales el decreto de unión, aceptado por todos los Orientales menos por el empedernido Marcos de Éfeso y sus seguidores. Era un triunfo enorme de toda la Iglesia...., pero que iba a durar muy poco. Regresados los Orientales a Constantinopla, como lo que buscaban era defenderse de los turcos que los asediaban y para ello querían la asistencia del Papa y de los reyes católicos latinos, pronto cedieron ante el clero inferior y los monjes que no querían saber nada con las decisiones conciliares, además de que los obispos adictos a Marcos de Éfeso hicieron gran campaña en contra de la unión, mientras que Besarion e Isidoro se refugiaron con el Papa, que los creó cardenales, y murieron bajo su custodia. La unión real fue un espejismo, y una ocasión perdida para siempre.

El Concilio acabó en Roma con la aprobación del Papa Eugenio IV, que moría en Febrero de 1447, con estas palabras humildes, llamándose con su nombre de pila: “¡Ah Gabriel, Gabriel, cuánto mejor hubiera sido para la salvación de tu alma el no haber sido papa ni cardenal, sino que hubieses terminado tu vida en el convento!”. La verdad es que fue un Papa muy bueno, al que le faltó moderación y prudencia con Basilea, y hubo de sufrir mucho por la Iglesia. Acabó con el cisma producido con la elección del *antipapa* Félix V, y, aunque tan efímera por la terquedad de los Orientales, a su tesón se debió la unión con la Iglesia Ortodoxa. Restauró la desolada Roma después de sus diez años de ausencia y dejó un gran recuerdo de su gestión pastoral en unas circunstancias tan difíciles.

86. SANTOS EN LA MANO DE DIOS

¿Qué impresión nos han dejado las lecciones anteriores sobre Aviñón y el Cisma de Occidente? Nada buena, desde luego. Sin embargo, Dios suscitó para su Iglesia en aquellos mismos días unos Santos y Santas que elevaron al pueblo cristiano en medio de la prostración de muchos de sus dirigentes.

Un siglo tan preocupante como el que va de mitades de 1350 a 1450 no estuvo exento de grandes santos y santas que, sin el nombre de “reforma” tan en boga en todos los labios, mantuvieron altas las costumbres cristianas de los pueblos, según dijimos en la lección 81. Los historiadores señalan a varios de ellos como auténticos enviados de Dios a su Pueblo. Se podrían presentar bastantes, pero diremos sólo unas palabras sobre los más notables.

San Vicente Ferrer ocupa un lugar muy distinguido. Convencido de que el *antipapa* Clemente VII de Aviñón era el Papa verdadero, declaraba que todo cristiano estaba obligado a obedecerle y los príncipes a defenderlo hasta con la espada. Vicente había nacido en Valencia y entrado en la Orden de los Dominicos. Predicador ardiente, obrador de milagros y dotado del don de profecía, su autoridad era grande en toda la Iglesia. Todo empezó con un acto muy suyo. Había un hambre terrible en Barcelona y se esperaba llegaran barcos con aprovisionamiento. Era inútil confiar en ellos. Y Vicente, que era simple diácono, en un sermón arrebatador, lanza la profecía de que antes del anochecer estarían los barcos en el puerto. El Prior del convento le reprende con severidad por meterse a hacer profecías sin ton ni son, pero el caso es que los barcos estaban en Barcelona antes de que llegara la noche. La gente enloqueció de felicidad ante el predicador profeta y santo. Para evitar tumultos, los superiores lo destinaron a Toulouse, pero regresaba de Francia al cabo de un año. Ya sacerdote, su predicación se hacía famosa en toda España. Salido de las fronteras de su tierra, se hizo igualmente famoso en toda Francia, Flandes, Italia y donde quiera predicase; arrastraba verdaderas multitudes con sus sermones encendidos sobre las verdades eternas del Juicio, Infierno y Cielo. Mientras que la corte de los Papas de Aviñón no ayudaba nada a la gente en su vida cristiana, este apóstol mantenía la fe y la devoción en todos los pueblos.

Llegado el Cisma con los dos y después con los tres Papas, Vicente estaba del todo convencido de que el *antipapa* de Aviñón, Clemente VII, era el Papa verdadero, exhortaba a todos a obedecerle y animaba a los príncipes a defenderlo aunque fuera con la espada. Amigo personal y hasta director espiritual de Pedro Luna, al ser éste elegido Papa Benedicto XIII, sucesor de Clemente VII, se puso plenamente a su favor. Pero ante su obstinación en no quererse entender con el Papa de Roma, al negarse a ceder ante el Concilio de Constanza que le depuso, y ser la causa principal de la división en la Iglesia, Vicente dejó de obedecerle y se convirtió en incondicional del Papa verdadero Martín V. El canciller de la Universidad de París, Gersón, le escribía: “Sólo gracias a ti se ha realizado la unión”. Vicente moría en 1419, cuando ya la Iglesia gozaba de paz con el Papa único de Roma. Su predicación tan encendida mantuvo la fe cristiana de unos pueblos tan probados.

San Bernardino de Siena fue otro de los Santos providenciales que el Señor suscitó en la Iglesia durante el destierro de Aviñón y el Cisma de Occidente. Mientras en las altas es-

feras reinaba tanta confusión, el pueblo de Italia encontró en Bernardino un pastor verdadero según el corazón de Dios.

Enamoradísimo de la Virgen María, con Ella ascendería rápidamente hacia las cumbres de la santidad en la Orden de los Franciscanos y a realizar prodigios en su apostolado. Encerrado en su convento, oyó varias veces a un simple novicio decirle en nombre de Dios: “Hermano Bernardino, no ocultes por más tiempo los dones que Dios te ha concedido. Ve a Lombardía, donde te esperan”. Y allí le mandaron los superiores para iniciar su misión.

Ahora, cuando lo miramos como misionero popular, tuvo una auténtica genialidad al confeccionar un estandarte con el anagrama de Cristo y pasearlo por toda Italia: IHS, que en latín se comentaba como “Iesus Hominum Salvator”, Jesús Salvador de los hombres.

Cantando y rezando y besando a ese Jesús en su estandarte, las gentes, que seguían al misionero “como hormigas”, dice un cronista de la época, se conmovían, rezaban, se confesaban, y su paso por las ciudades era una misión continua, misión que acababa —como vimos a Bernardino hacerlo ante el Papa Martín V en el Capitolio— con una hoguera en que las gentes echaban los objetos de vicio o de simple vanidad. Todo se hacía en todas partes por JESUS, cuyo Nombre empezó desde Bernardino a ser invocado con una gran devoción por el pueblo cristiano. Y un caso curioso. En Bolonia —donde el juego de las cartas era un vicio muy arraigado—, un comerciante se le quejó de que perdía todas sus entradas por aquella predicación. Bernardino le propone: “Fabrique una estampa con el signo y el nombre de Jesús”. Resultado: el comerciante sacaba ahora mucho más dinero que con aquellas cartas que iban todas a parar en la hoguera...

Hombre bueno, bondadoso, afectivo, llegó a ser vicario general de la Orden Observante de los Franciscanos. Cuando tomó el cargo, eran sólo unos trescientos frailes los observantes; cuando lo dejó, ascendían a más de cuatro mil, los cuales contribuyeron tanto con su predicación a la reforma del Pueblo de Dios. El Santo moría en Áquila el año 1444.

San Juan de Capistrano es otro de los grandes reformadores de la Iglesia en estos días, sin llamarse ni cacarear de “reformador” el que empezó por reformarse a sí mismo, pues, hasta que se casó y aún después al verse libre de la esposa, había llevado una vida desastrosa. Admitido en el convento de los Franciscanos, al que llegó con fama de hombre pecador, se sometió a las duras pruebas que le impusieron los superiores para probar la sinceridad de la conversión de aquel doctor en derecho civil y canónico que había desempeñado altos cargos en el reino de Nápoles. Amaestrado por San Bernardino de Siena, pero sin la amabilidad de su maestro y con mucha vehemencia y rigorismo, se dio también a la predicación como misionero itinerante por toda Italia, en la que arrastraba a muchedumbres, entre las que obraba abundantes milagros con los enfermos. Un relator de aquel entonces dice que a veces se congregaban ante el famoso predicador hasta 100.000 y más personas. Imposible del todo y exageración manifiesta. Pero sí que es válido un testimonio de aquellos días:

“No había nadie tan ansioso como Juan Capistrano por la conversión de los herejes, cismáticos y judíos. Nadie que anhelara tanto que su religión floreciera, o que tuviera tanto poder para obrar maravillas. No había nadie que deseara tan ardientemente el martirio, ni tan famoso por su santidad. La afluencia de gente a sus sermones era tan grande que hacía pensar que habían vuelto los tiempos apostólicos. Al llegar a la provincia, los pueblos y aldeas se conmovían y grandes multitudes acudían a oírlo. Los pueblos lo invitaban a visitarlos, ya por medio de cartas apremiantes o por medio de mensajeros o apelando al Soberano Pontífice mediante personas influyentes”.

Preparado como estaba en asuntos civiles, los Papas le encomendaron misiones delicadas en Flandes, Baviera, Polonia y Hungría, hasta ser Nuncio en Austria, y al llegar a ella la gente no lo

miró como un personaje de la política y la diplomacia, aunque enviado por el Papa, sino como a un santo que Dios les mandaba. Así lo cuenta Eneas Piccolomini, el futuro Papa Pío II:

“Los sacerdotes y el pueblo salieron a recibirlo como a un gran profeta enviado por Dios. Bajaban de las montañas para saludar a Juan, como si Pedro o Pablo o alguno de los otros apóstoles fuera el que llegara. Gustosamente besaban la orla de sus vestiduras, le presentaban sus enfermos y afligidos y se dice que muchos fueron curados. La gente importante salió a recibirlo y lo condujeron a Viena. No había plaza que pudiera contener a las multitudes. Todos lo miraban como a un ángel de Dios”.

Así seguían a un hombre que por sus apariencias externas no hubiera arrastrado a nadie detrás de sí, porque era “pequeño de cuerpo, enjuto, extenuado y con la piel pegada al hueso, pero entusiasta, fuerte y asiduo en el trabajo. Dormía con su hábito puesto y se levantaba antes de la aurora para rezar y celebrar la Misa. Después de eso, predicaba en latín, que en seguida era traducido al pueblo por un intérprete”.

Alma de los cristianos en la guerra contra los turcos, apoyó con valentía al héroe húngaro Hunyady, el vencedor en la batalla de Belgrado, aunque poco después moría lleno de méritos ante la Iglesia el año 1456.

La reforma de la Iglesia se había convertido en una obsesión de todos: había que empezar por la cabeza y seguir por los miembros. Se pensaba siempre en los *Concilios* como en el remedio universal, pero los Concilios no hacían nada y hasta daban miedo, porque se convertían en cismáticos como el de Pisa o el de Basilea, o bien sus decretos no servían porque nadie después se atrevía a exigirlos en su cumplimiento. De aquí la importancia que los historiadores dan a los Santos, hombres o mujeres, suscitados por Dios en estos tiempos. El pueblo seguía a los Santos “populares” —llamémoslos así—, hombres o mujeres, que mantenían la fe, fomentaban la devoción, practicaban siempre la caridad cristiana, reformaban los conventos y estimulaban a la santidad. Esos santos y santas, llenos de celo apostólico, no se metían con la “cabeza” —palabra repetida siempre por los pretendidos reformadores—, pero con los “miembros”, es decir, con el pueblo, realizaban verdaderas maravillas. Lo hemos visto con algunos Santos, y ahora lo vamos a ver con Santas que se distinguieron tanto en estos tiempos, estériles en apariencia, pero muy fecundos en santidad cristiana.

87. MUJERES EXTRAORDINARIAS DE LA IGLESIA

Como en la lección anterior sobre Santos insignes, en ésta nos vamos a limitar también a sólo tres Santas que tuvieron una gran influencia sobre el pueblo cristiano. La mujer supo jugar un gran papel en la mano de Dios.

La primera mujer que debemos traer es la noble **Santa Brígida de Suecia**, muerta en Roma el año 1373, a quien ya conocemos (lección 78). Tuvo una gran influencia en el regreso del papa Gregorio XI a Roma dejando por fin Aviñón, y le decía con ternura las palabras que le había dictado la Santísima Virgen: “Seré madre de misericordia para con él si persiste en su propósito de venir a Italia y a Roma; lo sustentaré con la dulce leche de mi oración si obedece a la voluntad de Dios, que es que traslade humildemente su sede a Roma”. Durante aquellos años del destierro de los Papas, Brígida ejerció una misión muy eficaz de piedad y caridad en el pueblo de la Ciudad Eterna, tan alejada de su pastor.

Santa Catalina de Siena es la gran Santa de estos días. Sabemos la influencia grande que tuvo en el regreso del Papa a Roma, tanto o más que Santa Brígida. Y a los cardenales que rechazaban a Urbano VI y elegían al *antipapa* Clemente VII —porque el cisma era peor que el destierro de Aviñón—, la sencilla muchacha les endosaba estas lindezas:

“¡Ah, miserables! ¿No saben acaso que, aunque los vientos agiten la navecilla de la santa Iglesia, ella no perece, ni tampoco el que en ella se apoya? Queriéndose ustedes elevar, se sumergen; queriendo vivir, caen en la más perversa de las muertes; queriendo poseer riquezas, vienen a ser mendigos y caen en la suma miseria; queriendo mantener el estado, lo pierden, haciéndose crueles para con ustedes mismos. Además, el veneno que toman, ¿por qué lo administran a otros? ¿O es que no les mueven a compasión tan gran número de ovejuetas que con esto se alejan del redil? Se les ha puesto para propagar la fe, y la apagan, contaminándola con los cismas que por su culpa se producen; se les ha puesto como luces en el candelero para alumbrar a los que están en tinieblas, y son ustedes los que ponen tinieblas en la luz. De todos estos males y otros infinitos son y serán la ocasión si no cambian de proceder, y por juicio divino quedarán destruidos en su alma y en su cuerpo. Y crean que serán mucho más severamente castigados, del mismo modo que el hijo que ofende a su madre es digno de mayor castigo”.

Catalina, la hija menor entre los veinticinco que tuvo aquel tintorero de Siena, ingresó de muchacha en la Tercera Orden de Santo Domingo, por lo mismo, una laica consagrada en el mundo. Por su oración y penitencias, Dios la elevó a las mayores alturas de la mística. Pero no la quiso encerrada en el cuarto que ella se había hecho para dedicarse en exclusiva a la contemplación; Dios la quería apóstol entre las gentes de su pueblo, y, aunque no sabía leer ni escribir, estaba dotada de una ciencia divina que asombra, hasta ser hoy tenida como Doctora de la Iglesia. Ella hablaba, y le tomaban por escrito lo que decía, aunque siempre bajo la dirección de su confesor el dominico Beato Raimundo de Capua. Hasta que muera a sus treinta y tres años —la misma que se creía de Jesús—, Catalina será un apóstol itinerante por Italia, pacificadora de ciudades, respetada y temida a la vez, llena de encantos, de dulzura, de cariño.

Las gentes le seguían en su predicación, y muchas veces había de ir con ella buen número de sacerdotes para atender a tantas confesiones de los que se convertían a Dios. Catalina

era una mística subidísima. De joven tuvo sus desposorios con Cristo, que le regaló el anillo nupcial, invisible para todos, pero Catalina lo tenía siempre ante sus ojos. Ya mayor, estando un día orando en la iglesia de Santa Cristina, salieron de repente cinco rayos rojos de la imagen de Jesús Crucificado y penetraron cada uno en las manos, pies y costado de Catalina produciéndole un dolor vivísimo. Eran las llagas de Cristo que le durarían hasta la muerte, aunque, igual que el anillo nupcial, nadie las veía sino ella sola. Los tres Papas Urbano V, Gregorio XI y hasta el irascible Urbano VI escucharon con humilde reverencia a la joven Catalina, mística sublime y de apostolado tan ardiente e intenso, un apostolado con el que Dios proveía a su pueblo de manera auténticamente extraordinaria.

Santa Francisca Romana fue otra mujer de influencia grande en la vida cristiana. “Romana”, porque nació en Roma y en ella gastó su vida entera. Una mujer que podríamos llamar “completa”, pues recorrió todos los estados de la vida femenina con ejemplaridad sobresaliente: de familia noble, pero de carácter humilde y sencilla; joven, pura como un ángel; estudiante, aprovechada con distinción; casada, entregada al marido y a sus seis hijos como la mejor esposa y madre; viuda, se da a la piedad y a la caridad con los pobres y enfermos heroicamente; influyente en la alta sociedad a la que pertenecía, es instrumento de paz entre los ciudadanos; seglar por su estado, pero funda un monasterio de monjas dadas a Dios; libre de los hijos, reparte sus bienes entre los necesitados y vive ella pobremente.

Al fin, pide con humildad desconcertante ingresar como simple religiosa en el convento que ella misma había fundado, tan venerado hasta hoy día en el Foro romano. La noble familia de su esposo Lorenzo, los Ponziani, se vio agredida y despojada de todos sus bienes por ser partidaria del Papa legítimo. Lorenzo, un cristiano cabal, siempre apoyó a Francisca en sus obras de caridad con los pobres y los enfermos, hasta cuando se vio obligada a vender sus joyas para atender a las víctimas de la peste.

Mujer semejante, amada por los Papas, respetada por todos, aunque hubo de sufrir también muchas incomprendiones —aparte de ataques del mismo demonio—, influyó grandemente en la vida cristiana de la Ciudad Eterna, cuando ésta necesitaba más que nunca ejemplos de vida como la suya.

Santa Juana de Arco es caso especial y único, regalo de Dios a la Iglesia de Francia cuando más lo necesitaba. Cualquiera que lee su historia se encariña de ella hondamente. En aquella Guerra de los cien años entre Francia e Inglaterra, es una muchachita quien salva a su patria y le inspira para siempre un alto ideal. Campesina, que no sabía ni leer ni escribir, oía voces desde sus trece años: “Tú vas a salvar a Francia”. Hasta que a los diecisiete, vestida de soldado y no de mujer —cosa que hará siempre para defender su castidad virginal—, se presenta al Delfín ofreciéndose para luchar contra los borgoñones y sus aliados los ingleses, a la vez que le asegura la victoria y le profetiza que será el rey de Francia.

Costó a los jefes convencerse de la misión que encerraba aquella muchachita encantadora. Pero al fin la pusieron al frente de las tropas. Aunque ciñera la espada, ella no luchaba: en medio de la refriega enardecía a todos con el estandarte en alto. Y los franceses liberaron Orleáns en Mayo de 1429; en Junio vencían a los ingleses en Patay, y en Julio, el Delfín era coronado como Rey de Francia en Reims, Carlos VII. París no fue conquistado, y la “Doncella” caía herida al pie de sus murallas. En una escapada que hacía de Compiègne, caía en manos de los borgoñones, los cuales la entregaron a los ingleses. Hecha prisionera

en Rouen, nadie en la corte del rey ni en el ejército se interesó por liberarla. Al revés, la Universidad preparaba contra ella un juicio como hereje y hechicera. La muerte estaba a la vista. Porque si no se le probaba nada contra la fe, aquellas “voces” que sentía desde los trece años serían signo de hechicería y brujería. Y las brujas y hechiceras, que tanto se propalaron durante aquellos tiempos, paraban en la hoguera sin misericordia.

Se formó el tribunal, presidido por el obispo de Baeuvais, Pierre Cauchon, y entre las cuestiones presentadas, el astuto presidente le hace una pregunta asaz comprometedora:

-¿Estás en gracia o en pecado?

Respondiese lo que quisiera, no había escapatoria posible, como en el Jesús del Evangelio ante la adúltera o con el tributo del César. Si contestaba: “en pecado”, era evidente su brujería y pacto con el diablo; si decía: “en gracia”, le caía encima el texto de San Pablo que enseña no saber si se está justificado ante Dios, y entonces resultaba hereje manifiesta. La analfabeta pastorcita de Domrémy, sonríe, y da su respuesta inmortal:

-Si estoy en gracia, que Dios me conserve en ella; si no estoy en gracia, que Dios me ponga en ella. Sería yo la peor de las criaturas *si supiera* que no estoy en gracia.

A Pierre, que tenía la sentencia de condenación en los labios, le salieron todos los colores a la cara. La acusada sabía más teología que todos sus jueces y acusadores juntos. Y esa contestación de Juana se repite hoy como un consuelo enorme entre los cristianos, cargada como está de esperanza inefable.

Pero la condenación injusta fue irremediable. Juana, la que tuvo en sus manos la salvación de Francia, fue condenada a la hoguera. Atada al poste, y antes de que prendieran el fuego, pidió a un Padre dominico que le tuviera el Crucifijo alzado a la altura de los ojos para dirigirle su última mirada. Era el 30 de Mayo de 1431. Se cuenta como verídico que los ingleses, consumado el crimen, exclamaron con gravedad: “Estamos perdidos, hemos matado a una santa”.

Y algo digno de tenerse en cuenta. Veinticinco años después, el papa Calixto III hizo revisar el proceso de Juana de Arco y declaró su invalidez. Francia veneró y amó siempre a su heroína, la jovencita de veinte años, por su fe, su valentía y su pureza virginal en medio del ejército del que formaba parte. En 1908 la beatificaba el papa San Pío X, y en 1920 la canonizaba Benedicto XV.

Sólo hemos traído el ejemplo de tres mujeres que tanto influyeron en el Pueblo de Dios durante aquella prueba tan dura que sufrió la Iglesia en los siglos XIV y XV. Cuanto mayores eran las calamidades, tanto más grandes eran también las bondades del Señor.

88. LA DEVOCION MODERNA Y LA SANTIDAD EN ESTOS DIAS

Hemos visto en las dos lecciones anteriores algunos Santos y Santas extraordinarios que mantuvieron la fe en el Pueblo de Dios. Ahora miraremos el “estilo” de la piedad cristiana en estos tiempos, de gran influencia en los siglos siguientes.

Habríamos de remontarnos a la primitiva Iglesia para ver cómo en los primeros siglos no existían lo que nosotros llamamos “devociones”. La fe se expresaba en la vivencia de la Gracia recibida en el Bautismo y alimentada por la Eucaristía. Con el culto, entraron de lleno las oraciones bíblicas, los Salmos especialmente, y en esto, junto con la “lectio divina”, consistía toda la “devoción” de la Iglesia. Sin embargo, el Espíritu Santo —que es quien guía siempre la oración de la Iglesia y de cada uno de los fieles— hizo descubrir a algunos santos y santas, allá por los siglos XI y XII (lección 55), las riquezas encerradas en la *Humanidad* santísima de Jesús. A partir de un San Bernardo, un San Francisco de Asís o una Santa Gertrudis, la piedad y la oración se convertían en algo muy diferente a la de siglos anteriores. En el siglo XIII, debido a la Escolástica (lección 70), se desarrollaba en las escuelas de espiritualidad la contemplación especulativa de las altas verdades de la fe.

Se notan entonces mucho las dos tendencias en los más grandes maestros y santos: Santo Tomás de Aquino, dominico, es subidísimo en su pensamiento y sereno en su afectividad; mientras que San Buenaventura, franciscano, es un volcán de afectos cuando reza. Aparecen muchas oraciones devotas, conservadas hasta nuestros días. Y con esas dos tendencias, especulativa una, y afectiva la otra, se llega a los últimos decenios del siglo XIV y los primeros del siglo XV, cuando nos encontramos con la llamada “Devoción Moderna”.

Empezamos por hablar de Gerardo Groote, nacido Deventer, Holanda, muy preparado en ciencias eclesiásticas, cuando trabó amistad con Enrique de Kalkar, un monje santo de los que tantos tenía entonces la Cartuja. Los cartujos eran la única Orden que no necesitaba reforma porque nunca se había deformado. Basta decir que hacia 1350 contaba la austérrima Orden con 107 casas y a finales del siglo siguiente llegaban hacia las 200. ¿Nos imaginamos la santidad que esto significaba en la Iglesia? Pues, bien; Groote, convertido y simple diácono, pues nunca se quiso ordenar de sacerdote, pasa tres años de penitencia en la Cartuja de Monnikhuizen, donde, dice Tomás de Kempis, “recogió las dispersiones de su corazón, raspó el orín de la vida pasada, y reformó la imagen del hombre interior en toda su pureza”. Se da después a una ardiente predicación; rigorista en moral, pero, antes de morir en 1384, arrastra detrás de sí a numerosos seguidores que llegan a formar la asociación de los “Hermanos de la Vida Común”, cuyo primer director, discípulo de Groote, será el joven Florencio Radewijns, canónigo de Utrecht, actual Holanda. Los Hermanos no eran ninguna Orden religiosa, aunque vivían en común; sin emitir votos, guardaban la continencia y practicaban la pobreza. Trabajaban de manera maravillosa en la copia de la Biblia y de códices, igual que los monjes de los monasterios, aunque duraría poco este trabajo pues ya estaba a las puertas el invento revolucionario de la Imprenta.

La espiritualidad que cultivaban los Hermanos en su vida de oración era más práctica que teórica. Dejaban de elevarse a las alturas de la contemplación especulativa sobre las grandes verdades para fijarse en la “Humanidad” de Jesús, en los ejemplos de su vida, en la

lectura piadosa y sencilla de la Biblia, hecho todo de una manera metódica, más reglamentada que dejada al azar. La devoción y la piedad se convirtieron en algo concreto, práctico, y mucho más *existencial*, como diríamos hoy: mirar a Jesús e imitar sus virtudes. Ahí estaba todo. Tomás de Kempis describió a los Hermanos: “No recuerdo haber visto nunca hombres tales, tan devotos y fervientes en el amor de Dios y del prójimo; viviendo entre los seglares, nada tenían de la vida del siglo, ni parecían cuidarse de los negocios terrenos. Permaneciendo quietos en sus casas, trabajaban solícitamente en copiar libros: ocupados frecuentemente en lecturas espirituales y devotas meditaciones, se solazaban en tiempo de trabajo con oraciones jaculatorias. Tenían un solo corazón y una sola alma en el Señor”.

De los discípulos de Groote nacerían los Canónigos Regulares de Windesheim. En 1384, poco antes de que muriera Groot, algunos de sus discípulos le pidieron retirarse a un lugar solitario para dedicarse con más asiduidad a la vida espiritual. Se lo permitió, y nació el monasterio de Windesheim; los hermanos aceptaron la regla más moderada de San Agustín, la que había observado el venerado maestro Ruysbroek. Allí empezaron a vivir en gran pobreza, bajo la mirada de Radewijns, seis monjes, entre ellos Juan de Kempis, que salió de Windesheim para fundar el de Agnetenberg, donde ingresó su hermano Tomás, que fue ordenado sacerdote, el autor de la *Imitación de Cristo*. Los monasterios se multiplicaron y contribuyeron grandemente con su ejemplo a la reforma de otros muchos.

Su espiritualidad era como la de los Hermanos, con los cuales estaban muy unidos, aparte de que bastantes Hermanos se pasaban a los monasterios para mayor perfección. La espiritualidad en éstos se mantenía con oración sencilla, aunque más metodizada en la meditación, vivida en la soledad y el silencio. Sus más grandes maestros predicaban el desprecio del mundo, la vida interior y la práctica constante de las virtudes cristianas.

La Imitación de Cristo, el inmortal libro de Tomás de Kempis, merece una mención especial. Aunque la *Devoción Moderna* no hubiera producido otro fruto que este librito de oro, habría para dar a Dios gracias imperecederas. En la Iglesia no se ha producido otro escrito igual. Traducido a todas las lenguas y con ediciones innumerables, ha sido guía espiritual de incontables almas. Cuando San Ignacio de Loyola, recién convertido, lo leyó por primera vez, no cabía de gozo con él, “y dijo más: que en Manresa había visto primero el **Gersoncito**, y nunca más había querido leer otro libro de devoción; y éste encomendaba a todos los que trataba” (el *Gersoncito*, porque creían muchos entonces que el autor era Gersón, y no Kempis). Libro que era, como Ignacio decía, “la **perdiz** de los libros espirituales”.

El libro se compendia todo en estas sus primeras palabras: “Sea nuestro sumo interés el meditar en la vida de Jesucristo”. La *Imitación* tiene cuatro libros o tratados. El *primero*, algo severo, trata de apartar al cristiano de las inutilidades del mundo: todo pasa, y “todo es vanidad menos amar a Dios y servirle a Él solo”. El *segundo*, se encierra en la persona de Jesucristo: “Conviértete con todo tu corazón al Señor”. El *tercero*, continuación práctica del segundo, es un diálogo íntimo con el Señor: “¡Dichosa el alma que escucha cómo Dios le habla!”. Y el *cuarto* está todo dedicado a la Eucaristía: “¡Vengan!, dices. ¡Qué dulce palabra en los oídos del pecador! Tú, Señor Dios mío, me invitas a mí, necesitado y pobre, a la Comunión de tu santísimo Cuerpo!”.

Tomás de Kempis murió en 1471 a sus noventa y dos años, descrito por sus compañeros como “muy amante de la Pasión del Señor, admirable consolador de atribulados..., bueno y devotísimo padre, muy afable con los enfermos y comprensivo con los tentados”.

Antes de la Devoción Moderna, deberíamos haber dicho algo sobre el movimiento del “beguismo”, nacido en Lieja de la actual Bélgica. Los beguinos, hombres y mujeres, eran seglares, no hacían votos, permanecían libres de seguir o marcharse, aunque habían de guardar castidad y pobreza mientras permanecían en los beguinajes, centros propios como conventos o casitas particulares agrupadas en torno a un edificio común y sometidos a un reglamento y a la autoridad de la Iglesia. Laicos como eran, trataban de llevar una vida cristiana lo más perfecta posible en medio de las ocupaciones ordinarias, el trabajo personal y la asistencia a los enfermos. Los begardos se extendieron mucho sobre todo por el norte de Europa, pero se vieron inficionados por los espirituales franciscanos (lección 75) u otras doctrinas heréticas y lastimosamente muchos pararon mal. Los Papas intervinieron debidamente. Hasta que en 1446 desaparecieron como institución, ya que los fieles hubieron de integrarse en las Terceras Ordenes existentes. Aunque acabaran mal, debemos decir que durante dos siglos largos hubo muchos que practicaron debidamente la santidad cristiana.

La Iglesia fue probada de verdad por el destierro de los Papas y el Cisma durante todo el siglo XIV y primera mitad del XV. Pero los Santos que Dios suscitaba se convertían en unos pastores y en unos modelos de vida ejemplarísima para los pueblos cristianos. Y una prueba grande de lo firme que se mantenía la fe a pesar de tanta calamidad, la dio el Año Santo de 1450. Ninguno de los anteriores había visto tantas multitudes procedentes de toda Europa. Llegaban especialmente de Alemania y países nórdicos. Venían muchos obispos y participantes de los Concilios anteriores a pedir perdón al Papa por sus errores conciliaristas y a confesar y confirmar su fe en el Papa como suprema autoridad de la Iglesia. Las multitudes que llegaban hacían su entrada en Roma, bajando del Monte Mario por la Plaza del Pópolo, y al llegar al puente de Sant’Angelo habían de hacer turnos ingentes para poder pasarlo y dirigirse hacia el Vaticano. Fue llamado el “Jubileo de los seis Santos”, porque al canonizar el Papa Nicolás V al popularísimo San Bernardino de Siena, llegaban como peregrinos los que después serían San Juan de Capistrano, San Juan de la Marca, San Diego de Alcalá, San Pedro Regalado, Santa Catalina de Bolonia y Santa Rita de Casia.

No; la fe no había muerto en la Iglesia. Aunque la Historia haga resaltar tanto las anomalías de muchos Pastores, la peligrosidad de los falsos Concilios, y hasta los desgarrones de la misma Iglesia, la barca de Pedro no naufraga nunca, siempre vence las tempestades, y con sus mismas fragilidades demuestra que es divina en su origen y en su misión, pues de lo contrario haría muchos siglos que estaría hundida en el fondo del mar.

89. ANTE EL HUMANISMO Y EL RENACIMIENTO

Lección *ilustrativa* en orden a la Iglesia, la cual se va a ver afectada profundamente por los grandes movimientos del *Humanismo* y del *Renacimiento*, que arrancan del siglo XV y van a configurar a la Iglesia en los siglos por venir.

Hay que adelantar algo el Humanismo al siglo XIV, aunque tenga su apogeo en el siglo XV, el “cuatrocientos”, y se extienda plenamente al XVI. ¿Y qué entendemos por Humanismo? La palabra viene de *humanitas*, y en Petrarca (+1374), el primer gran humanista, significaba lo mismo que nuestra “filantropía”, respeto a los demás, amor hacia nuestros semejantes; pero en él estaba la palabra *humanitas* rigurosamente unida a las *litterae* o estudio de las letras clásicas. De este modo, pasó el concepto a significar la cultura de las letras antiguas, el latín y el griego, que dignifican al hombre sobre la cultura medieval, bárbara, a la que llamaron por eso *gótica*, de los bárbaros godos.

Es decir, que por *Humanismo* se va a entender el cultivo de las lenguas clásicas y también de la *cultura* griega y latina, patrimonio del desaparecido Imperio Romano.

Había que dejar el pobre latín del bajo Imperio, de los Santos Padres y Edad Antigua de la Iglesia, para volver al de Cicerón, Julio César, Virgilio, Horacio, Ovidio y los grandes de los tiempos de César Augusto. Como un detalle, la misma escritura adoptó con el humanismo un tipo de letra *redonda*, imitación de la letra latina antigua, la uncial, en oposición a la letra *gótica* medieval. Lo mismo que se dice del latín, hay que decir del griego: había que volver al de los clásicos, tan superior al “koiné” que se hablaba en todo el Imperio cuando los principios de la Iglesia. De ahí vino el contar con el árabe Averroes, portador y traductor de aquellos escritos, y el buscar con afán los manuscritos de los clásicos que se conservaban en los monasterios de monjes benedictinos y los escritos griegos entre los monjes orientales cuando la caída de Constantinopla en 1453 en manos de los turcos otomanos.

El Humanismo nació en Italia, con sus primeros cultivadores, Dante (+1321), Petrarca, Boccaccio (+1375), Pico della Mirándola (+1494), Lorenzo Valla (+1457), el holandés Erasmo de Róterdam (+1536), el inglés Santo Tomás Moro (+1535), los españoles Luis Vives (+1540) y Nebrija (+1522), por no citar más que algunos.

Los estudios de las *humanidades* prescindían de la teología de la Escolástica, y así se introdujeron la gramática, la literatura, la historia, las biografías, la mitología ..., las cuales sustituían a las leyendas piadosas de muchos santos antiguos y medievales.

Lo que ocurría con las *lenguas* —había que tornar a las clásicas—, se tenía que aplicar a las *costumbres*: el hombre debía ser elevado a la cultura antigua, lo cual daría paso al Renacimiento. Aunque hubiera humanistas peligrosos, como Machiavelo con su libro *El Príncipe*, el Humanismo tuvo grandes valores positivos, pues de suyo nunca se puso contra Dios, aunque Dios dejó de ser el centro de todas las ciencias y las artes. Se elevó el concepto de la dignidad del hombre; se apreciaron sumamente las virtudes naturales; ya no se aspiraba a la guerra como un ideal; la razón adquiría una categoría superior; en fin, se apreciaban y ensalzaban todos los valores humanos, antes subestimados.

El “teocentrismo”, o Dios como centro único de todo, daba paso a un cierto “antropocentrismo”, al hombre como alguien muy importante en la tierra, además de Dios, porque el hombre en la sociedad tiene valores propios, auténticos y muy dignos de ser cultivados. Y

hubo Universidades, como la de Alcalá de Henares o la de Lovaina, y muchas escuelas del siglo XV, que se encargaron de difundir las ideas humanistas por toda Europa.

La invención de la Imprenta por Guttemberg, con su primera obra en 1453, la Biblia, fue la gran revolución. Aquellos “incunables”, los primeros libros en papel o pergaminos en lo que va de 1450 a 1500, abarataron y difundieron por toda Europa las obras de los humanistas, a la vez que a la Iglesia le facilitaba la difusión de todos los libros del culto y los escritos de los Santos Padres y maestros eclesiásticos. Los números que nos proporcionan sobre los inicios de la imprenta en estos años son de verdad sorprendentes. En esos cincuenta primeros años de los incunables, se tiraron en Europa unas 35.000 ediciones con unos veinte millones de libros. Los humanistas y tantos como escribían ya en las lenguas romances o del pueblo, contaban con grandes empresarios de la imprenta, de modo que a lo largo del siglo XVI se lanzaron en Europa unas 200.000 ediciones de libros con varios millones de ejemplares. Ya se ve que la imprenta fue el invento más revolucionario que transformó la vida de la sociedad y el *medio* utilitario que encontró a su favor el Humanismo.

El Renacimiento es un fruto natural del Humanismo. Las ideas del Humanismo sobre el hombre y sobre el mundo, con el retorno a la cultura clásica griega y latina, había de repercutir necesariamente en el arte. No moría el *gótico* en sus formas tardías por toda Europa, pero el arte italiano que nacía se iba a imponer de todas maneras. Aunque el Renacimiento abarca también las ideas en las ciencias y costumbres humanas, de hecho se reserva la palabra para expresar la revolución realizada en el **arte**, la pintura y la escultura sobre todo. Con él “renacía” la cultura antigua, dejando atrás la semibárbara medieval.

El Renacimiento se colocaba a las puertas de la Edad Moderna, cuando se iban a formar los Estados europeos, con la caída definitiva del feudalismo (lecciones 44-45) y el desarrollo de la burguesía; con los viajes descubridores de nuevos mundos, muchos hacia el Este y especialmente hacia el Occidente con América. El Renacimiento nacía en Italia dentro de este nuevo ambiente creado en el siglo XIV —el *Quattrocento*, como le llaman los italianos—, con un empuje extraordinario, porque los reyes de Hungría, Francia, España y otros países importaron de Italia a grandes artistas que llenaron de obras maestras a toda Europa.

Como un primer ejemplar del Renacimiento, podríamos citar a Leonardo da Vinci (1452-1519), florentino, un genio único, que era de todo: científico, escritor, arquitecto, filósofo, escultor, ingeniero, poeta, músico..., aunque ha sido siempre conocido sobre todo como pintor, debido a un cuadro suyo, la Gioconda, y al fresco de la Última Cena en Milán.

A Leonardo le seguirán las figuras cimeras del Renacimiento en las primeras décadas del siglo XVI —el *Cinquecento* italiano—, con los genios de Miguel Ángel, Rafael de Urbino, Bramante..., todos tan conocidos. Y aunque podemos considerar a toda Italia como la tierra fértil del Renacimiento, hay que decir que la ciudad que más respeto merece como renacentista es Florencia, sobre todo por la protección de los Médicis.

Y a todo esto, ¿qué hizo la Iglesia al aparecer el Humanismo y el Renacimiento en la Historia? Cualquiera diría que les iba a hacer frente levantando ante ellos un muro insalvable e inexpugnable. Y fue todo lo contrario. Los Papas se convirtieron en los principales **mecenas** o protectores de los grandes humanistas. Un mecenazgo que más de una vez re-

sultará perjudicial a la Iglesia por sus excesos. Los mecenas eran personas que por su aprecio de la cultura clásica griega y latina, por su afán de coleccionar códices —y, desde la imprenta, libros—, por su gusto en el arte nuevo que se introducía, se convirtieron en los favorecedores natos de todos los escritores, poetas y artistas que aparecían en la sociedad. Y los mayores mecenas fueron precisamente Papas como Nicolás V (+1455); Sixto IV (+1484); Julio II el más audaz (+1513); León X (+1521), fiel a su tradición familiar de los Médici de Florencia. El Renacimiento en el arte seguirá esplendoroso hasta mitades del siglo XVI, cuando empezará a decaer para dar lugar al Barroco.

Al hablar de la aparición del Humanismo es necesario hacer mención especialísima del magnífico papa **Nicolás V**. Durante sólo ocho años, hizo cosas grandes de veras. Pero aquí lo miramos como el primer gran mecenas de los humanistas y lo que hizo por dotar de códices —comprados en todos los rincones de Europa—, a la Biblioteca Vaticana por él fundada y que llegó a ser con mucho la más rica de todas las bibliotecas existentes. No sabe uno lo que hubiera hecho con los libros de haberlos conocido, pues murió apenas dos años después de que apareciera la primera Biblia de la imprenta de Guttemberg. Es imposible en solo unas líneas narrar todo lo que le corresponde a este Papa humanista, cómo se rodeó de los mejores escritores, cuántas traducciones mandó hacer del griego al latín, y cuántos copistas, calígrafos y miniadores mantenía bien pagados a servicio del Vaticano. Avaro hasta lo último por adquirir códices griegos, tuvo una ocasión magnífica, aunque dolorosa, con la caída de Constantinopla, y trajo tantos que se dijo atinadamente: “Grecia no ha sido destruida sino trasladada a Italia”.

Comenzaba el Renacimiento, y fue también Nicolás V el gran iniciador de la reconstrucción de Roma dotándola de edificios grandiosos que rememorasen los del Imperio. En tan poco tiempo que duró su pontificado, parece mentira lo que llegó a hacer, y se quedó, esta es la verdad, en el principio de sus proyectos. El papa Pío II dirá después de este su antecesor: “Este Papa engrandeció de modo tan admirable a la Urbe Roma con tantos y tan bellos edificios que, de haber podido completar sus planes, no se hubiera quedado en grandiosidad debajo de los antiguos emperadores”. Gloria suya fue el haber traído a Roma desde su Florencia al pintor más sencillo y encantador que existía, el dominico Beato Fray Angélico, para decorar la capilla papal. Por otra parte, Nicolás V era un hombre “sabio, justo, benévolo, gracioso, pacífico, caritativo, limosnero, humilde, afable, y dotado de todas las virtudes”. Su muerte, tan temprana, fue llorada sentidamente por toda Roma. ¡Si todos los Papas renacentistas hubieran sido como él!... Pero, como veremos en otras lecciones, el Renacimiento mundanizó la curia papal a la vez que la engrandecía a la vista de todo el mundo.

90. MIRADA DE CONJUNTO A LOS PAPAS RENACENTISTAS

Entramos en un momento difícil de la Historia de la Iglesia, la cual necesitaba reforma, y, sin embargo, cada vez se problematizaba más. Exponemos algunas ideas que nos centren para entender lo que abarcan unos sesenta años.

Con características muy diferentes, pero nos vamos a encontrar con un nuevo “siglo de hierro” (lección 46), por culpa de algunos Papas que sacaron del Renacimiento una verdadera paganización del pontificado. Ahora lo miramos de una manera panorámica, desde 1455 cuando muere Nicolás V al 1523 cuando muera también León X, y prolongado hasta el Concilio de Trento (1546-1563), del que saldrá un pontificado totalmente restablecido.

La caída de Constantinopla en poder de los turcos otomanos el año 1453 fue una desgracia grande. En cuanto a la Iglesia Oriental, el Patriarca de Kiev separaba a Rusia del patriarcado de Constantinopla —“Estambul”, desde ahora— y Moscú empezó a llamarse “la tercera Roma”. Fuera de la batalla de Belgrado en 1456 y la de Lepanto en 1571, ambas victoriosas para los cristianos, fracasarán todos los intentos de los Papas por formar nuevas cruzadas contra el Islam. La victoria de Belgrado fue conmemorada a perpetuidad por el papa Calixto III, que instituyó como recuerdo de la misma la fiesta de la Transfiguración el 6 de Agosto. Y San Pío V quiso rememorar la de Lepanto con la fiesta del Rosario de la Virgen el 7 de Octubre. Cada Papa tendrá metida en la cabeza una cruzada, pero resultaron todas inútiles porque ni reyes ni príncipes las apoyaron.

Como acontecimiento político de la Iglesia en estos años, conviene señalar los intentos de *Porcaro* por acabar con el poder del Papa sobre los Estados Pontificios para implantar la República Romana, pero, descubierta la conspiración, fueron juzgados los conspiradores y algunos de ellos condenados a muerte.

Dejado ese panorama externo, miramos la vida **interna** de la Iglesia en estos años, caracterizada por el ansia y la necesidad de una *reforma* que nunca llegaba. Calixto III (1455-1458) la va a intentar, pero muere pronto, y Sixto IV (1471-1484) agrava los males con la relajación que se introdujo en la Curia romana.

Afortunadamente, se acabó con el *conciliarismo* y en gran parte también con el *galicanismo* (lección 83). Aquella herejía de que el Concilio estaba sobre el Papa, la erradicaron San Antonino, arzobispo de Florencia, y los cardenales Torquemada, Sánchez de Arévalo, Nicolás de Cusa y Eneas Silvio Piccolomini, futuro papa Pío II. En 1516 se acabará con la fatal *Pragmática Sanción de Bourges* de 1438, sostén del *galicanismo*, aunque en Francia seguirá siempre latente hasta el Concilio Vaticano I en 1870, como veremos en su día.

La decadencia interna del pontificado, y con ella de amplios sectores en toda la Iglesia, venía desde el destierro de Aviñon y del Cisma de Occidente, ya que la Curia no acababa de asentarse debidamente en Roma. Pero con algunos Papas renacentistas la relajación creció de modo alarmante y llegó a términos inverosímiles. Por su esplendor, aparecía ante todo el mundo como una maravilla. Pero internamente se corrompía cada vez más, debido a tres factores especialmente.

1°. El **nepotismo** de los Papas llegó a ser una plaga intolerable. Se complacían en llenar de honores y de riqueza a sus parientes (“nepotismo” viene de *nepos*, sobrino), y para ello despilfarraban el tesoro papal y, lo peor de todo, conferían cargos importantes a sujetos incapaces para desempeñarlos o a quienes llevaban una conducta indigna del todo.

2°. La **corrupción moral** de algunos Papas fue muy notable en este período. Varios de ellos habían tenido hijos *antes* de ser elegidos para el pontificado, y después llevaron una vida aseglarada, no siempre sin algunas sospechas de falta de moralidad.

3°. La **mundanización** del papado fue la nota peor que se le puede achacar a estos años renacentistas. ¿Qué fueron algunos Papas con una vida de ostentación, de fiestas bacanales y de derroches absurdos? ¿Eran jefes religiosos o príncipes seculares? Los mismos Estados Pontificios los poseían como si fueran patrimonio propio y no como la fuente de la cual podían socorrer a los necesitados, como vimos en sus orígenes tan cristianos (lección 42).

Basten estas indicaciones sobre lo que significó el Renacimiento en la *vida normal* de muchos prelados. Las artes brillaron a una altura insospechada. Pero lo malo fue que se empeñaron también los *humanistas renacentistas* en imitar la vida pagana de los antiguos griegos y romanos anteriores al cristianismo.

Sería un error imaginarse que todo era malo para la Iglesia en estos días. Veremos en alguna lección sucesiva cómo la anhelada *reforma* la iban tomando algunos muy en serio, sobre todo los religiosos. Y es en esta época cuando empiezan a florecer en la Iglesia, como la mejor réplica de Dios, Santos y Santas muy numerosos y, diríamos, de categoría excepcional, extendidos después a lo largo de todo el siglo XVI. Asimismo, se producen hechos muy significativos que vale la pena recordar para gran satisfacción nuestra.

No habían pasado veinticinco años de la muerte de **Juana de Arco**, quemada viva en la hoguera, cuando el rey de Francia Carlos VII pidió al Papa se revisara el proceso de Rouen. Calixto III en 1456 la declaró inocente, invalidando aquel proceso inicuo que la condenó por hereje, hechicera y bruja. Se ha dicho que es la Santa con más procesos: uno la condenó, otro la declara inocente, y el tercero a principios del siglo XX la elevará a los altares como una Santa tan querida, beatificada por San Pío X y canonizada por Benedicto XV.

Hay que contar la gloria del tan discutido dominico **Savonarola**, el predicador implacable de Florencia contra tantos vicios como se cometían. Juzgado y condenado a muerte, fue ejecutado en 1498, y hoy se confía en su beatificación como de un santo extraordinario.

Como acontecimiento cumbre hay que señalar el año **1492** con el doble hecho del final de la Reconquista española, que acabó con la morisma al tomar los Reyes Católicos a Granada, último reducto del Islam en la Península, y con el descubrimiento de **América**, que abrió a la Iglesia un campo inmenso de evangelización.

El Papa Paulo II, ante los deseos de toda la Iglesia de ganar el Jubileo al menos una vez en la vida, estableció el **Año Santo** cada veinticinco años, aunque a él, muerto el 1471, no le tocó celebrar el de 1475. Para el de 1500, Alejandro VI instituirá el ceremonial tan simbólico de abrir la Puerta Santa del Jubileo, costumbre conservada hasta nuestros días.

Aunque circunscrita a una nación, cabe decir algo sobre la **Inquisición española** sobre la que tanto hablan calumniosamente muchas historias. La verdad es que fue muy providencial para la Iglesia, por más que tuvo sus defectos y extralimitaciones. Los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, no sólo fueron grandes en el plano civil por haber unificado a España en un solo reino y echado fuera de una vez a los moros, y por haber apoyado decididamente la empresa de Colón para el descubrimiento de América; sino que se hicieron muy beneméritos de la Iglesia en todos sus aspectos, especialmente al realizar en sus reinos la tan suspirada *reforma*, que aseguró a la Iglesia la fe cristiana y católica más pura.

Desde los tiempos del rey Alfonso el Sabio (+1284), hijo de San Fernando, una de las célebres *Partidas* ordenaba que los herejes, si no se querían convertir —su conversión era lo primero que se buscaba—, fueran entregados por los jueces eclesiásticos a los jueces seculares, los cuales se encargaban de condenarlos, normalmente a la hoguera como en todas partes. Los dos elementos, el eclesiástico y el secolar, constituían el tribunal mixto de la Inquisición española. Fernando e Isabel avanzaron esa costumbre solicitando al Papa Sixto IV implantar la *Inquisición* en toda España. Fue Inquisidor General el cardenal dominico Torquemada (+1498), tan benemérito como calumniado por la leyenda negra. El caso es que en España se evitaron muchas falsas conversiones de musulmanes y judíos y, sobre todo, no pudieron infiltrarse las ideas protestantes que pronto iban a aparecer en Europa.

Al hablar sobre la situación de la Iglesia en este tiempo nos encontramos continuamente con dos palabras casi mágicas: los *turcos* y la *reforma*. No hay Papa que no tenga en la mente una cruzada definitiva contra la Media Luna que pretendía apoderarse de toda Europa y fracasan todos los intentos, salvo alguno que otro. La “reforma” en la cabeza y en los miembros, es decir, de la Iglesia entera, está igualmente en labios de todos, y ninguno la toma en serio. Hasta que llega el Concilio de Trento en 1545-1563, hace eficaz la **reforma** que dura hasta hoy después de cinco siglos, se emprende entonces, 1571, la cruzada contra los **turcos** en la batalla de Lepanto, y Europa se verá libre de ellos para siempre.

El brillante Renacimiento enorgulleció a toda Europa, especialmente a Italia y a su corazón, que es Roma; pero inficionó mucho a la Iglesia, aunque durante él se estaba incubando también la reforma tan ansiada por todos. Nunca habían anidado juntos el mal y el bien en la Cristiandad igual que en este tiempo, y con los Papas como las primeras víctimas del neopaganismo. Lo veremos mejor en las siguientes lecciones con la historia particular de cada uno de los Pontífices renacentistas. Nos conviene conocerlos.

91. LOS PAPAS DEL RENACIMIENTO (I)

Nada mejor para situarnos en las próximas lecciones que conocer a los Papas renacentistas. Una idea nada más de cada uno.

Nicolás V (1447-1455) es considerado como el primer renacentista por la ayuda grande que dio a los humanistas y su empeño en restaurar Roma según las nuevas corrientes del arte. Ya lo conocemos por la lección 89. Papa magnífico, que se empeñó en el restablecimiento de la medio destruida Roma y en engrandecerla por las artes. Le dolió inmensamente, hasta enfermar, la caída irremediable de Constantinopla en poder de los turcos. Nada mejor sobre él, que sus palabras a los cardenales ya en el lecho de muerte: “He reformado y fortalecido a la Santa Iglesia Romana, que hallé devastada por la guerra y oprimida por deudas, de modo que acabé con el cisma y reconquisté sus ciudades y castillos. La adorné con magníficas construcciones, con las más bellas formas de un arte centelleante de perlas y piedras preciosas y la doté espléndidamente con libros y lienzos, con utensilios de oro y plata, con precioso mobiliario para el culto. Y todos estos tesoros los acopí no por avaricia ni por simonía, no con dones y mezquindades, antes bien ejercí toda clase de magnánimas liberalidades en construcciones, en la compra de numerosos libros, en el continuo hacer copiar códices latinos y griegos y en retribuir a hombres doctos en las ciencias. Todo esto lo hice por la divina gracia del Creador y por la continua paz que reinó durante mi pontificado”. Es interesante saber cuál era su idea al hacer todo esto: excitar precisamente a las gentes *sencillas* la fe y el amor a su Iglesia al verla hermosa, digna, sabia.

Calixto III (1455-1458). Un Papa español, anciano de ochenta años, que tomó muy en serio su cargo. Íntegro en su conducta toda la vida, no tuvo más obsesión que luchar contra los turcos a truke de salvar a la Iglesia en su fe católica, siempre amenazada por la Media Luna. Por ir contra ellos empeñó todas sus riquezas, y no le importaba quedarse sino con su mitra de tela: “¡Vayan para la guerra contra los turcos; a mí me bastan unos cacharros!”. Tuvo la alegría de ver la victoria contra ellos conseguida en Belgrado por el héroe húngaro Hunyadi, gran guerrero y excelente católico, que, al acercarse la muerte por la peste en el campo de batalla, “no toleró que le llevarsen por Viático el Cuerpo del Señor a su lecho, sino que, agonizante, se hizo llevar a la iglesia, donde, recibido el Santo Sacramento, expiró entre las manos de los sacerdotes”.

Calixto, muy buen Papa, pero con un borrón grande en su pontificado: el intolerable *nepotismo* con que favoreció a sus parientes, sobre todo a su sobrino Rodrigo Borja, futuro Papa Alejandro VI, que tanto va a dar que hablar. Calixto murió el 6 de Agosto, Transfiguración del Señor, fiesta que él instituyó en recuerdo de la victoria de Belgrado.

Pío II (1458-1464). Interesante de verdad este Eneas Silvio Piccolomini, que escribirá siendo Papa: “Olviden a Eneas y piensen sólo en Pío II”. Porque en su juventud fue un desastre. Tuvo más de un hijo natural. Hasta que fue cambiando de conducta y optó por ordenarse sacerdote. En adelante, moralmente bien. Pero doctrinalmente, *conciliarista* empedernido: el Papa debía someterse al Concilio, y basta. En el conciliábulo de Basilea (lección 85) fue secretario del *antipapa* Félix V. Sin embargo, fue reconociendo sus errores, se arrepintió y fue perdonado por el papa Eugenio IV; fue nombrado después obispo de Trieste y

Siena por Nicolás V; Calixto III lo creó cardenal, y ahora lo vemos convertido en un Papa, que, al ser elegido, rompió a llorar dejando estupefactos a los cardenales electores.

Digamos que Pío II fue muy buen Papa, aunque fuera un auténtico y gran humanista. Con gran humildad, el Pontífice publicó una bula en la que se retractaba de sus errores *conciliaristas*; rechazaba algunas de sus obras licenciosas escritas cuando era joven, y desaconsejaba la lectura de su novela *De Eurylo et Lucrecia*. Además, se empeñó seriamente en la *reforma*, nombró y envió para ello legaciones, apoyó a las Órdenes reformistas y no dudó en quitar el cargo al Maestro General de los Dominicos por el mal ejemplo que daba a los suyos. Ante un viaje a Mantua que inspiró muchos temores, el Papa exclamó resuelto: “El reino temporal de la Iglesia se ha perdido y se ha recuperado; pero si perdiésemos la fe, ¿quién nos la devolverá? Perezcan en buena hora las cosas vanas y abracémonos a aquello que no perecerá jamás”. Esto era Pío II, y al fracasar su gestión ante reyes y príncipes para aplastar al turco que amenazaba implantar en toda Europa la Media Luna en lugar de la Cruz como ocurriera en Constantinopla, exclamó dolorido: “Vine lleno de esperanza, pero he sido defraudado. Unos piensan sólo en los placeres, otros en ganar dinero”.

Como gran humanista que era, miremos lo que pensaba de la cultura en la Iglesia: “Entre las dichas que el hombre puede obtener de Dios en esta vida mortal, merece registrarse, y no en último lugar, la que con la perseverancia en el estudio le capacita para conquistar la perla de la ciencia que le hace agradable la senda hacia una vida buena y feliz. La ciencia vuelve al hombre semejante a Dios. Ayuda al ignorante y permite que escalen los más altos grados los nacidos en humilde cuna. Por esto la Sede Apostólica ha promovido siempre las ciencias, les ha procurado sedes donde floreciesen y les ha prestado su ayuda”.

Olvidado “Eneas”, “Pío II” fue un Papa *bueno*, apreciado por sus dotes naturales, aunque tampoco se libró del *nepotismo*, mancha que encontramos en su pontificado.

Paulo II (1464-1471) fue un Papa del que no se podía esperar gran cosa, dada su escasa formación científica. No se le achaca falta moral, pero con él empezó la *mundanización* del Pontificado en abierta contradicción con la guerra que declaró a los humanistas, porque éstos no solamente propagaban las letras clásicas latinas, sino que empezaban a vivir un peligroso “ateísmo”, llamémoslo así, al introducir ideas religiosas y morales paganas. Por ello, eliminó de la Curia papal a muchos humanistas, los cuales le declararon guerra abierta con serios desórdenes en Roma.

Sin embargo, él mismo vivía a lo grande, conforme a la riqueza de su familia veneciana, y se cuentan detalles de su vida que le honran muy poco en este sentido: cómo se deleitaba con vestiduras cuajadas de piedras preciosas, con qué placer pasaba los dedos sobre las joyas coleccionadas por él en abundancia, cómo en su mesa se ofrecían los manjares más exquisitos y se prodigaban los banquetes suntuosos que duraban varios días, y las cacerías.

Para complacer a los romanos, tan aficionados a las diversiones populares, alargó en varios días el carnaval, con juegos que hoy nos resultan inimaginables, y que él mismo presenciaba con placer desde su Palacio de Venecia, iniciado por él en 1455 cuando era cardenal. Dejadas esas fiestas carnalescas con sus desfiles populares, miremos la descripción de uno organizado para ensalzar las antiguas glorias del Imperio: “Iban primero unas máscaras en forma de gigantes; otras representaban a Cupido alígero con su aljaba; luego venía Diana a caballo, rodeada de gran multitud de ninfas; a continuación más de ciento sesenta adolescentes vestidos de blanco; detrás marchaban los reyes y demás caudillos do-

meñados por los romanos, como Cleopatra, vencida por César Augusto, y detrás el dios Marte, Baco y otras falsas divinidades antiguas. Y los que se sentaban en las carrozas llevaban versos de alabanza al verdadero padre de la patria, óptimo fundador de la paz, espléndido repartidor de donativos al pueblo”. Así empezaban las fiestas papales renacentistas...

Una cosa buena había hecho Paulo II apenas elegido Papa. Los cardenales, antes de la elección, se juramentaron a cumplir tres compromisos: saliera quien saliera Papa, debía comprometerse a proseguir la guerra contra los turcos, a limitar el nepotismo, y a convocar un Concilio ecuménico en el plazo de tres años. Paulo II firmó también aquella juramentación. Pero, una vez Papa, no hizo caso de ninguna condición. E hizo bien. Porque con ello proclamaba, mal que les doliera a los cardenales, que el Papa, cuya potestad suprema le viene de Dios y no de los hombres, no está sujeto a nadie sino a su propia conciencia.

Al acrecentarse el peligro de los turcos, recibió con grandes honores a Skanderberg, pero le prestó una ayuda muy exigua; hasta que el héroe moría en 1468, Albania caía bajo las tropas de Mohamet y la perdía para siempre la Iglesia Católica.

Aunque atacara a los humanistas, Pablo II favoreció la cultura y las artes, y una muestra de ello es su Palacio de Venecia, prácticamente la gran primera obra del Renacimiento en Roma. Se le suele atribuir por algunos la introducción de la imprenta en Italia, pero parece que fue obra del gran cardenal Torquemada, el cual, en esos mismos días, la llevó al monasterio benedictino de Subiaco donde se imprimieron como primicias grandes obras, entre ellas la *Ciudad de Dios* de San Agustín. Y aunque no llevara a cabo la ansiada *reforma*, favoreció mucho la renovación de las Órdenes religiosas y vigiló seriamente al clero de Roma bajo la dirección del cardenal Vicario Domenico dei Domenici. En la Curia papal fue tremendo contra la compraventa de los beneficios, incluidos los obispados. Para esto necesitó usar verdadera valentía, aunque parecía carecer de ella. Muy poco simpático en su persona y trato, era sin embargo bondadoso, como dice un cronista: “Cuando oía sonar la campana del Capitolio anunciando una ejecución capital, palidecía y se ponía la mano en el pecho para comprimir los latidos de su corazón”. Nada sobresaliente en la ciencia porque de joven no lo habían formado bien en su opulenta familia, y tan dado al lujo y a las fiestas que ya hemos descrito, su pontificado tuvo cosas buenas, pero no destacó en casi nada.

Seguiremos con la historia de los Papas siguientes, conocimiento necesario para comprender lo que será la *reforma* protestante y la *contrarreforma* católica. Tenemos suficiente criterio para enjuiciar acontecimientos y conductas que nos parecen inconcebibles, pero en las cuales estaba Dios al tanto para no dejar perecer a su Iglesia.

92. LOS PAPAS DEL RENACIMIENTO (II)

Seguimos con esas historias que nos interesan a la vez que nos deleitan, aunque a ratos nos duelan. No dejan de ser muy instructivas.

Sixto IV. Difícil retratar a este Papa en pocas líneas. Fue él, mucho más que el Papa anterior, quien metió en Roma la *mundanización* renacentista y llevará el *nepotismo* a límites intolerables, aunque realizará también cosas muy notables, sobre todo en la lucha contra los turcos, que lograron poner pie en Italia y atemorizaron a toda Europa. Sixto, fraile franciscano, había sido General de la Orden. Buen teólogo, y con una conducta moral limpia, pero ya Papa se convirtió más bien en un verdadero príncipe político que se vio muy seriamente comprometido en las luchas de las ciudades de Italia, sobre todo con Florencia en la revuelta sangrienta de los Pazzi con los Médici, por culpa de Juliano Riario, uno de sus sobrinos a quien el Papa había nombrado gobernador de Ímola y que se puso de parte de los Pazzi.

Éstos asesinaron a Juliano de Médici, pero su hermano Lorenzo el Magnífico logró escapar. Los Médici se vengaron ahorcando a los Pazzi y con ellos al arzobispo *Salvati* de Pisa que estaba de su parte. Los Pazzi, con los que estaba Riario, lograron reorganizarse e hicieron correr la sangre de los Médici en Florencia. Sixto IV se portó ambiguamente, pues castigó con el entredicho a Florencia por el asesinato de *Salvati* y exigió el destierro de *Lorenzo el Magnífico* a quien excomulgó. Total: las ciudades de Italia se enzarzaron en guerra: Venecia y Milán, partidarios de Lorenzo, contra el Papa y sus aliadas Nápoles y Siena.

Ya hemos dicho que el nepotismo de Sixto IV fue escandaloso sin más. De buenas a primeras creó cardenales a sus dos sobrinos Juliano de la Rovere, el futuro Papa Julio II, y Pedro Riario, de los que hablaremos luego. Y después siguió nombrando cardenales a otros cuatro sobrinos, indignos los cuatro por su conducta.

Pedro Riario, el sobrino mimadísimo del Papa, fue todo un caso de descaró. El tío le confió el arzobispado de Florencia, el patriarcado de Constantinopla, los arzobispados de Sevilla, Valencia y Spoleto además de otros obispados y abadías. Con estos cargos, administrados por encargados suyos naturalmente, se hizo riquísimo, y con su enorme cantidad de dinero mantenía una familia de varios *centenares* de personas, a quienes vestía de seda y púrpura; su palacio, adornado todo de tapices, con oro y plata hasta el derroche, y con una caballeriza de los más escogidos corceles. Inmoral descarado, vestía en casa trajes recamados de oro, y adornaba a su amiga de perlas finas desde la cabeza hasta los pies. A causa de sus excesos, murió tempranamente a sus veintiocho años. Junto a su tío Riario hay que poner al sobrino Sansoni Riario, a quien el Papa elevó al cardenalato mientras le concedía diez (!) obispados, varias abadías y otros beneficios eclesiásticos. El otro gran sobrino, Juliano della Róvere, también elevado cardenal de buenas a primeras, nos dará que hablar muy pronto como Papa Julio II.

Mal juicio merece en su conjunto el pontificado de Sixto IV, convertido por su proceder más en rey temporal que Papa religioso. Sin embargo, y como estaba muy bien formado en teología, se mostró también defensor, hasta riguroso, de la fe católica. Además, piadoso sincero; muy amante de la Virgen María; instituyó la fiesta y oficio de San José; y promovió el culto en santuarios famosos. Papa bueno por una parte, pero por otra...

Inocencio VIII (1484-1492). Muy problemática su elección, inficionada de simonía. Antes de ser Papa llevó una vida de todo menos *inocente*. En su juventud había tenido dos hijos ilegítimos, Franceschetto y Teodorina. Ya Papa, fue buena persona y de modales cortes. “Nadie de los que a él acudían se apartaba de su presencia desconsolado; a todos acogía con bondad y dulzura verdaderamente paternal; era amigo de nobles y plebeyos, de ricos y de pobres”. En cuanto a su conducta, a uno de sus hijos, Franceschetto, lo casó con Magdalena de Médici, hija de *Lorenzo el Magnífico*, de Florencia. La boda se celebró en el Vaticano con lujo y derroches tipo oriental, y a los nuevos esposos les regaló joyas por valor de 10.000 ducados de oro. Fue el primer Papa que presidía la boda de un hijo suyo, como presidió la de su nieta Peretta, hija de Teodorina, y en el banquete tomó asiento el Pontífice, contra la buena costumbre que prohibía a las mujeres sentarse a la mesa con el Papa.

En la Curia se descubrió un tráfico ilegal de documentos papales y las finanzas pontificias llegaron a tal extremo que se hubo de empeñar la tiara del Papa y una buena parte del tesoro de San Pedro. Inocencio se puso fuerte y castigó ejemplarmente a los culpables.

En su Pontificado tuvo la alegría de celebrar la conquista de Granada por Fernando e Isabel el 2 de Enero de 1492, noticia que llenó de gozo a toda la Cristiandad. El Papa fue el primero en celebrar en Roma aquel acontecimiento con festejos populares inusitados que duraron muchos días y en los que se gastaron cantidades enormes de dinero, dicen que hasta 30.000 ducados de oro. Igualmente, pocos meses después supo que Cristóbal Colón, almirante de los Reyes Católicos, se lanzaba al mar para el descubrimiento de América, que abriría campos inmensos a la Iglesia para la evangelización, aunque ya no tuvo la satisfacción de saber que las tres naves habían conseguido coronar felizmente su aventura el 12 de Octubre, pues el Papa había muerto el 25 de Julio.

Un hecho que siempre se ha destacado con Lorenzo de Médici: como recompensa por la mano de su hija para Franceschetto, elevó al cardenalato al hijo de Lorenzo, niño de trece años, el que será después Papa León X. Lorenzo escribió a su hijo una extensa carta que ni de un Santo Padre: “Lleva una vida ejemplar y honesta en una ciudad que se ha convertido en sentina de todos los vicios”. “Comprende cuán importante es el ejemplo en la persona de un cardenal, pues todo el mundo iría bien si todos los cardenales fuesen lo que deberían ser, ya que de este modo harían siempre un buen Papa, de donde nace la tranquilidad y descanso de todos los cristianos. Esfuérzate, pues, en ser tal, de modo que los demás puedan imitarte y se pueda esperar este bien universal”.

Alejandro VI (1492-1503). Hemos llegado al Papa más discutido y calumniado de todos los tiempos, el español Rodrigo Borja, sobrino de Calixto III. Desde el principio hay que decir que se le debe juzgar con serenidad, pues en medio de sus graves errores morales *antes de ser* Papa, en su pontificado hizo grandes cosas por la Iglesia, quizá más que los otros Papas renacentistas. Pero se formó una leyenda negra en torno a su persona, y una leyenda negra ya no se quita de encima jamás. Los historiadores modernos están colocando las cosas más en su punto. Su inmoralidad antes de ser Papa, fue como la de Pío II, Inocencio VIII, la de Julio II que le seguirá, y otros. Alejandro no fue una excepción, aunque sobrepasara a los demás: tuvo nada menos que siete hijos hasta siendo cardenal, cuatro de ellos adúlteros, habidos de la célebre Vanozza.

Sin seguir la historia de cada uno de sus hijos, hay que citar a *Lucrecia*, de la que se han contado mil aventuras amorosas, todas inventadas para la novela. Su primer esposo, impotente, y el matrimonio fue declarado nulo. Se casó de nuevo, y el marido fue asesinado. El tercer esposo le resultó muy bueno y con él vivió feliz hasta su muerte. De los otros hijos, debemos recordar al célebre *César Borja*, que dejó el cardenalato y se secularizó, fácil de arreglar porque no se había ordenado sino de subdiácono. Fue un líder militar de primer orden en la política de Italia, Francia y los Estados Pontificios. Acabó mal por la vil traición de que fue objeto por parte del siguiente papa Julio II.

Alejandro VI, antes de ser Papa, se había enriquecido sobre manera: “Es opinión que supera a todos los cardenales, exceptuado el de Rouen, en dinero y riquezas de todo género”. Sus cualidades naturales, empezando por su físico, eran sobresalientes. Y en todos los cargos que había ejercido se demostró un hombre de gran prudencia y valer. Si lo eligieron Papa, y la mayoría de los cardenales eran italianos que no querían a un extranjero, fue por sus grandes dotes, y su elección fue muy bien acogida en Italia sobre todo. Nápoles quería a Juliano della Rovere, el futuro Julio II, igual que Francia y Génova, que, para promoverla, depositaron entre las dos en un banco 300.000 ducados. Esto no fue simonía de Rodrigo Borja, sino a lo más de Juliano, que, desde entonces, le tuvo un odio mortal. Muchos historiadores siguen a ciegas al historiador Pastor, por sistema siempre contra todo lo español. Aquella su inmoralidad ya no existía desde hacía unos doce años antes, aunque cayó, como todos los Papas de entonces, en el fatal nepotismo. Sobre su leyenda negra, había escrito a su hijo César Borja: “Roma es una ciudad libre, en la que cada cual puede escribir y decir lo que le dé la gana. Ya se habla incluso mal de mí, pero yo dejo correr el agua”. Este su proceder, tranquilo y benigno, favoreció después mucho tanta falsedad como se escribió de él. Como Papa, fue bueno y grande.

Las obras que Alejandro VI realizó fueron muy notables. Se planteó la *reforma*, aunque después no se llevara a cabo, y favoreció mucho a las Órdenes religiosas que ya la habían emprendido. Promovió una *cruzada* contra los turcos, que conquistaron Bosnia en 1496 e invadieron Polonia en 1498. Pero las naciones cristianas, fuera de España, no respondieron al Pontífice, el cual contaba como estrategia excepcional a Gonzalo de Córdoba, el *Gran Capitán*, que arrebató a los musulmanes la isla de Cefalonia, pero Venecia le traicionó pactando con los turcos un tratado de no agresión, y todo se echó a perder.

La decisión más célebre de Alejandro fue la línea divisoria que trazó sobre el Atlántico repartiendo las tierras descubiertas o por descubrir entre España y Portugal, cuando encargó además a los respectivos reyes la evangelización de sus nuevos territorios. Porque Alejandro fue también un insigne promotor de las misiones que entonces empezaban tan pujantes en Oriente como en Occidente.

Devotísimo de la Virgen María, y gran promotor de su culto, tuvo una muerte natural, después de confesarse con el obispo de Ceriñola y recibir Viático y Extremaunción. Fuera de leyendas nefastas, la Historia debe ser más justa con un Papa semejante.

93. LOS PAPAS DEL RENACIMIENTO (III)

Nos faltan dos Papas muy importantes como renacentistas. Después de ellos, daremos una somera idea de los que les van a seguir.

Julio II (1503-1513). Sobrino de Sixto IV. El “Terrible” Julio II, parece equivocó la vocación de eclesiástico, pues más bien había nacido para comandante guerrero, y el mismo nombre que tomó de “Julio” lo hizo en recuerdo de su admirado Julio César. Cuando luche en varias salidas contra enemigos de los Estados Pontificios, saldrá él en persona con las tropas. Con su carácter férreo, fue un auténtico dictador como no lo había sido ningún Papa.

De familia humilde, en su vida anterior de cardenal, como la de varios de sus antecesores, tuvo dos hijos naturales, a los cuales elevó socialmente dando su hija como esposa a un Orsini, con boda por todo lo alto en el Vaticano; el hijo se desposó con una sobrina del Papa; a un sobrino, al que le dio la Prefectura de Roma, lo casó con un noble Gonzaga; a otro sobrino lo elevó a cardenal de San Pedro in Vinculis con lo que enfureció a los romanos, pues sabían las inmoralidades del sobrino; y a su madre, es natural, la levantó cuanto pudo, aunque hubo de moderarla porque era tan ambiciosa y mandona como su hijo. Julio, ya Papa, no dio qué hablar por su conducta.

De cardenal acumuló once obispados, aparte de otros cargos como el de Penitenciario Mayor de San Pedro, con lo cual atesoró abundantes riquezas. Su elección estuvo marcada por la simonía, y, debido a ella, parece que llevado de remordimientos publicará después una bula condenándola para cónclaves sucesivos.

Aunque lo odiaba, había pactado con César Borja antes de ser Papa a fin de conseguir sus fines, pero una vez en el pontificado le faltó a la palabra, lo traicionó, empezando por quitarle el título de Gonfaloniero, y arruinó para siempre al que tanto había hecho por los Estados Pontificios, por más que Borja no fuera precisamente un modelo de príncipe. El Papa respiró, porque lo temía por sus cualidades militares, al saber que César había muerto cerca de Viana en el reino de Navarra el año 1507.

¿Dónde radican, pues, los elogios que tantos historiadores, empezando por Pastor, tributan a Julio II desde su elección? En que fue, ciertamente, un Papa grande como defensor de los Estados Pontificios y en los grandiosos monumentos que hizo o empezó a hacer valiéndose de las mayores figuras del Renacimiento: Rafael, Bramante, Miguel Ángel... En esto fue grande como ningún Papa. Pero un historiador, italiano precisamente, dice textualmente: “El Papa *terrible* ha tenido gran suerte con una historiografía injustamente benévola respecto a él. Se le han atribuido unos planes elevadísimos, a la vez que cuando los extranjeros corrían por toda la Península, se le hizo el honor de ser el cazador de los “Bárbaros” expulsándolos fuera de su patria. La verdad elocuente de estos hechos desmiente tanto mérito”. Julio llamaba *bárbaros* a los extranjeros a los que no aguantaba, especialmente a los franceses, y los atacaba especialmente con españoles, a los que protegía contra los otros.

Todo lo anterior es muy negativo, pero hay que decir la verdad, ante tanto elogio a un pontificado que se distinguió ciertamente por su grandiosidad renacentista. Esta gloria se vio enturbiada con acciones del todo inadmisibles. A historiadores poco escrupulosos les ha servido ensalzar tanto a Julio II para fomentar la leyenda negra de Alejandro VI, al que su sucesor no le tenía simpatía alguna sino un resentimiento entrañable.

Julio II hizo cosas muy laudables. Entre ellas, aunque con todas las injusticias que llevan consigo las guerras, aseguró bien los Estados Pontificios. Liberó a Italia de los franceses que tanto le perjudicaban. Pacificó Roma librándola de tantos maleantes que la infestaban. Hizo prosperar la agricultura, trayendo el bienestar a los ciudadanos.

Fue Julio II quien estableció la Guardia Suiza, dotándola de doscientos soldados fuertes y de confianza total. Realizó magníficas obras de reconstrucción en Roma, como el dotarla con la famosa Via Giulia, así llamada por el nombre del Papa. Encomendó para sepulcro suyo un mausoleo fantástico a Miguel Ángel, que no se pudo hacer, pero quedan estatuas del mismo, entre ellas el imponente *Moisés*, escultura cumbre de Miguel Ángel junto con la *Pietá* del Vaticano y el *David* de Florencia. Puso los cimientos del actual e imponente templo de San Pedro, que tardaría un siglo justo en terminarse.

En el aspecto religioso, para oponerse al conciliábulo de Pisa, promovido por los franceses, el año 1512 inauguraba en Roma el V Concilio ecuménico de Letrán, aunque no lo pudo acabar porque le llegó la muerte en 1513. Además, favoreciendo las misiones de las tierras descubiertas, creó los primeros Obispos de América, el de Santo Domingo en la *Hispaniola* y el de San Juan de Puerto Rico.

Julio II, un Papa grande, ¿quién lo niega? Pero, más como príncipe secular que como supremo pastor de la Iglesia.

León X (1513-1521). ¿Recordamos las palabras de la lección anterior, dirigidas por *Lorenzo el Magnífico* de Florencia a su hijo, el cardenal Juan Médici, jovencito de trece años? No fueron vanas. Aquel cardenal se mantuvo siempre fiel a la piedad cristiana y con una conducta moralmente intachable. Después de un Papa dictador como Julio II, los cardenales quisieron uno bondadoso, asequible, amante de la paz, y lo encontraron fácilmente en el joven cardenal florentino de treinta y siete años. Sin ser una gran inteligencia, estaba bien preparado y había desempeñado importantes cargos y delegaciones. Por naturaleza y por tradición familiar era político, algo que se necesitaba entonces después del violento Papa anterior, aunque esa su diplomacia era en León X algo tortuosa, ambigua, oportunista, muy poco sincera a veces, la típica de “las dos caras”.

Amante de las letras y de las artes, quiso que Roma fuera el centro más egregio de la cultura italiana y mundial. Los escritores y artistas que se dieron cuenta de las aficiones del Papa, acudieron a Roma en bandadas para enriquecerse. Esta ambición lo convirtió en derrochador, de modo que dejó a veces exhausto el tesoro pontificio, y para sacar tanto dinero como se necesitaba recurrió a medios poco honestos y hasta injustos. Sin embargo, una cosa grande hizo León X: llamó como profesor al dominico Santes Pagnino en cuya traducción de la Biblia, editada en Lyon el año 1527, aparece por primera vez la división de la Biblia en versículos. Y el cardenal español Cisneros le dedicaba la imponente *Biblia Polyglota Complutensis* (1514-1517) de Alcalá.

El nuevo Papa terminó el Concilio V de Letrán, el cual acabó con el peligro del cisma que se incubaba en el conciliábulo de Pisa, ¡y no fue poco!, aunque en lo demás fue escaso lo conseguido por un Concilio que era ecuménico y del que cabía esperar mucho. Abrogó también la odiosa *Pragmática Sanción de Bourges*, sostén principal del galicanismo separatista de la Iglesia de Francia (lección 83).

Un grave mal de León X fue el engrandecimiento que hizo de su familia de los Médici, con nuevas formas del nepotismo. Pero la mancha verdaderamente negra de este pontifica-

do, aún siendo el Papa moralmente de conducta intachable durante toda su vida,, fue la *pagанизación* que metió en Roma con aquellas fiestas continuas que se han hecho célebres. Es conocidísimo el dicho de León X a su hermano Juliano, tantas veces repetido: “Gocemos del pontificado, ya que Dios nos lo ha dado”. Y lo gozó de veras. Si hicieron famosas sus cacerías, como la de 1514: “El día 10 de Enero, en traje de cazador, acompañado de 12 cardenales y seguido por una tropa de cortesanos, literatos y bufones, de la guardia suiza y de los ballesteros, salió de Roma rumbo a Casino. El papa León semejaba a Júpiter llegándose a visitar a los etíopes y los cretenses. El Papa regresó a la ciudad el 30 de Enero, Roma salió a su encuentro, gozosa de ver las piezas cazadas”.

Los carnavales antiguos y los desfiles de máscaras, tan exagerados siempre en Roma, ahora perdieron todo su atractivo ante las fiestas continuas creadas por cabalgatas fastuosas de hasta cien caballos enjaezados, manifestaciones que el Papa contemplaba complacido desde su balcón. Las representaciones teatrales de obras paganas, picarescas siempre y hasta inmorales, eran cosa ordinaria.

Los banquetes, ni qué decirlo, y animados siempre por los bufones más conocidos y magníficamente pagados. Como una muestra de lo que fuera la Roma de León X, basta este relato de cuando nombró patricios a su hermano Julián y a su sobrino Lorenzo: “La explanada del Capitolio fue trasformada en un teatro, adornado con estatuas y pinturas simbólicas... Al convite de gala se sentaron cuarenta y cuatro comensales. La mesa fue parada a lo largo del escenario, y de cara al proscenio se colocó una credencia de 42 anaqueles uno sobre otro, llenos todos de oro y de plata. Con vajilla de toda clase: fuentes, bocales, jarrones, platos, escudillas, confiteras, tazas y objetos análogos, todos de plata y no sin oro. Las servilletas estaban dobladas de suerte que en su interior había pajaritos vivos de varias clases. Los invitados, después de lavadas las manos en aguas aromáticas, desdoblaron las servilletas y de repente salieron volando los pajarillos, algunos de ellos domesticados, que no se apartaron de la mesa, sino que permanecieron en ella dando saltitos, mientras que otros volaban por el teatro entre los concurrentes y hacían las delicias del público. ¿Y quién será capaz de describir los cuarenta y más platos de manjares succulentos, aparte de la infinita variedad de vinos y bebidas?”.

¿Para qué seguir?... **La única disculpa: esto no era privativo del Papa. Esto era lo normal en la corte de cada rey y de todos los príncipes de la época. Pero, ¿podía el Papa hacer lo mismo?...** Lo raro es que en medio de tales excesos, el Papa León cumplía con sus deberes religiosos, hasta que murió piadosamente el 1 de Diciembre de 1521, después de confesarse y con el nombre de Jesús en los labios.

Lo que León X no llegó a comprender en toda su totalidad, sino sólo en parte, fue la tragedia que estalló en sus días con la rebelión de Lutero, y que vamos a ver pronto.

94. “REFORMA”, LA PALABRA TÍPICA DE ESTOS SIGLOS

Esta lección debería ser amplísima, pero en nuestro curso será bien reducida. Bastará que nos dé una idea ante el golpe durísimo que se nos viene encima.

A partir del Concilio de Vienne, Constanza, Florencia y V de Letrán (lecciones 82,85), la palabra “Reforma” se había convertido en un lugar común, en un latiguillo de todos los programas, escritos y habladas de la Iglesia. Establecemos algunos puntos.

1°. La Iglesia ha necesitado siempre *reforma*, porque siempre, desde los mismos Apóstoles —basta recordar a Pablo en su carta primera a los de Corinto— ha contado en su seno con pecadores que debían convertirse, corregirse, si no querían la excomunión y, ante Dios, su condenación eterna. Esto es claro. Ha pasado, pasa y pasará siempre hasta el final.

2°. Hasta el siglo X, el de *hierro del pontificado*, la relajación que existiera en la Iglesia era, diríamos, normal, y la Iglesia volvía a sus cauces con reformas como la de San Gregorio VII (lección 52). A partir del siglo XIV, con el Destierro de Aviñón y con el Cisma de Occidente (lecciones 75,80) cambiaron las cosas. Sacerdotes y obispos, con tantos beneficios y diócesis acumulados en una persona, se hicieron ricos, no atendían a sus fieles sino por medio de encargados a sueldo, no visitaban sus dominios eclesiásticos, se daban a una vida más bien principesca. Y los Papas, que antes tenían bastante con los Estados Pontificios para sí mismos y para los pobres (lección 33,42), cargaron de impuestos a diócesis, reinos, negocios de la Curia, etc., se enriquecieron y salvo algunos Papas muy dignos y santos, se preocupaban más de asuntos políticos y terrenos que de los espirituales.

3°. Vino lo peor con el Humanismo y el Renacimiento (lección 89). La mayoría se mundanizaron, acomodándose a costumbres prácticamente paganas, como hemos visto en las tres lecciones sobre los Papas renacentistas.

4°. A todo esto, el pueblo se relajó también en sus costumbres, pero *mucho menos* de lo que nos imaginamos, aunque aumentó la ignorancia religiosa y disminuyó mucho la frecuencia de la Sacramentos por aquel descuido de sacerdotes y obispos. Hubo muchos Santos y Santas en estos siglos XIV y XV que mantuvieron la fe y la piedad de la gente (lecciones 86,87). A los predicadores les seguían verdaderas multitudes en procesiones conmovedoras de penitencia, seguían las peregrinaciones a los santuarios, se practicaban las devociones, la “Devoción Moderna” (lección 88) entró muy adentro en muchas almas.

5°. Digamos finalmente que, desde mediados del siglo XV sobre todo, las Órdenes religiosas entraron en reformas serias y nacieron otras nuevas con mucho auge espiritual.

Estos hechos son indiscutibles. Y viene ahora la pregunta: ¿qué significaba “reforma”, reforma *en la cabeza y en los miembros*, en ese lenguaje que llenaba todo en estos siglos? Iba todo directamente a los *Papas, a los obispos, a los sacerdotes*. Era cuestión de la raíz, no de las ramas. Reformados ellos, el pueblo mejoraría sin más. Pero, ¿qué ocurría? Que todos los Concilios, como los Papas buenos y reformadores, dictaban normas acertadas, pero no se llevaban a la práctica, porque no les interesaban al alto clero: dejar varias diócesis o parroquias que atendían por delegados, dejar lo mucho que les producían hasta convertirlos en ricachones, contentarse con un solo beneficio o cargo, residir en su propio territorio, vivir moralmente dejando el concubinato muchos de ellos... Aquí estaba el cuento. En los Papas, además, se metió el pecado del *nepotismo* y el favoritismo en la elección de

los *cardenales*, causa de que el Papa se viese muchas veces rodeado en su gobierno por sujetos del todo indignos. **La reforma era necesaria, empezando por los Papas.**

Hay que decir, sin embargo, que las historias exageran muchas veces estos males. Es aleccionador el testimonio de un historiador serio sobre lo que dice de los monasterios franceses que hubo de visitar, y que trae G. Villoslada:

“Yo he recorrido página por página la larga serie de manuscritos que en la Biblioteca Nacional de París, en la Cámara de Diputados, en la Mazarina y el Arsenal nos han conservado los procesos verbales de las visitas y de los capítulos generales de la Orden de Cluny. He tomado apuntes de esos cuadernos. Y confieso que podría escribir una historia escandalosa de la Orden utilizando extractos. Esta historia, que no contendría nada que no fuese verdadero, sería, sin embargo, completamente falsa. Presentaría como hechos generales los casos aislados, y como numerosos los hechos raros”.

Magnífico testimonio, *aplicable a toda la Historia de la Iglesia*. Resalta siempre lo malo, lo anormal. La vida cristiana buena, normal, sigue su camino silencioso al hacer el bien.

Es curioso lo que ocurrió con la Iglesia española. Por su posición aislada del resto de Europa y por su lucha en la Reconquista contra los moros, aunque también necesitaba reforma, pero era ciertamente en una medida bastante inferior. Sin embargo, los Reyes Católicos, Fernando e Isabel, la emprendieron por su cuenta, aunque contando siempre con los obispos y el Papa. Tuvieron a su disposición obispos de talla grandísima: Hurtado de Mendoza, Jiménez de Cisneros, Hernando de Talavera... Atacaron a los males en su raíz: los obispos tenían que ser nacionales, así no se ausentarían de su tierra (Valencia llevaba más de cuarenta años sin ver a su obispo, pues el cardenal vivía en Roma); visitarían sus diócesis en vez de dejarlas abandonadas; el abundante dinero no saldría para otro país; vigilados, llevarían una vida moral honesta; los escogerían a ser posible de la clase media, y no de la nobleza, para que no se dieran a una vida principesca de palacio; serían instruidos, pues les exigían estudios superiores. Obispos así seleccionados y cumplidores, tenían autoridad sobre los sacerdotes y clero inferior, que se reformó con naturalidad.

Como a los Reyes Católicos les dio buen resultado esa reforma que habían emprendido desde un principio, por el año 1474, al llegar el Concilio V de Letrán en 1513, el rey Don Fernando hizo llevar a los obispos el *Memorial* o programa que tan buenos resultados dio en España, resumido en estos puntos capitales, algunos nada más, pues siguen otros:

Quitar las herejías y cismas. Que se declare que el Papa está sobre el Concilio. Que se haga Concilio general de ciertos a ciertos años. Que los cardenales no lleven dineros en las elecciones de los Papas. De cómo se han de elegir los cardenales. Que no se vendan los obispados ni otros beneficios. Que no se den expectativas para los beneficios patrimoniales. Que no se lleven las medias anatas. Que no se lleve el Papa los expolios de los obispos ni los frutos sede vacante. Que los extranjeros no tengan beneficios en el reino.

Aunque admiraron este programa, no se aceptó ni se consiguió nada. Cuando llegue Trento, entonces se colmarán estas aspiraciones. De haberse aplicado ya en 1513, quién sabe si el golpe que se acercaba con Lutero no hubiera alcanzado la magnitud a que llegó.

La reforma era ciertamente necesaria en estos dos siglos XIV y XV, pero se exageró mucho al pregonarla continuamente, y quizá no hizo ningún bien, sino mucho mal, el haber convertido la palabra en una verdadera *obsesión* desde que se lanzaron los primeros gritos con el Concilio de Vienne en 1312, renovados en el de Constanza, del que se dijo: “Hasta las piedras se ven forzadas a gritar; ¡reforma!”. Si todos la pedían es signo de que la Iglesia tenía vida, como se ha dicho con justeza: un muerto, un agonizante, no grita porque ya no

hay nada que hacer. Y la Iglesia tenía muchas fuerzas para gritar. Había llagas en el organismo, y por eso chillaba el cuerpo, hasta soportar la Iglesia clamores tan lacerantes como el de aquel teólogo alemán allá por 1404: “La Curia Romana se encuentra en estado muy grave. Desde la planta del pie hasta la coronilla de la cabeza está cargada de errores, y con su propio veneno ha embriagado casi todas las partes del mundo”.

Estas ansias de reforma se agudizaban a finales del siglo XV y principios del XVI cuando los Papas, con laudable intención, imbuidos todos del espíritu humanista y renacentista, quisieron modernizar Roma, la cual ciertamente no ofrecía ningún buen aspecto a tantos peregrinos como la visitaban y la querían digna de su grandeza antigua. Tomaron medidas dignas de elogio, pero que dieron también ocasión a otras no tan laudables, como los medios que emplearon a veces para sacar el dinero necesario.

Derruida la antigua y venerable Basílica Vaticana por Bramante, él mismo ideó la nueva que hubiera sido colosal: 24.000 metros cuadrados en vez de los 14.500 que tiene ahora, según el último diseño de Miguel Ángel. A éste le encomendó Julio II en vida su monumento sepulcral tan imponente que, menos mal, no se llevó a cabo.

A Miguel Ángel, arquitecto, escultor y pintor, se le debe la grandiosa cúpula actual de San Pedro y las pinturas inmortales de la Capilla Sixtina. Y a Rafael de Urbino una galería que es de lo más notable y bello de los Museos Vaticanos.

Para llevar a cabo estas obras, tan queridas hoy de todos, los Papas buscaron dinero usando, entre otros medios, la concesión de indulgencias a los que colaboraran con limosnas. Normal, y bien hecho. Pero aquí hubo un fallo grande. Encomendó esta misión al fatal Nuncio Arcimboldi, que lo hizo tan mal hasta indisponer contra el Papa a los países nórdicos como Suecia y Dinamarca. En Alemania se encargó el Arzobispo Alberto de Brandeburgo, el cual encomendó su predicación al Padre Juan Tetzel, muy seguro en teología, pero se sobrepasó en sus entusiasmos y enseñaba doctrinas con detalles casi infantiles sobre el Purgatorio. Consecuencia, que cayó muy mal la campaña y, aunque no fue la causa de la rebelión de Lutero, sí que fue la *ocasión* que él iba a aprovechar en su apostasía.

La reforma de la Iglesia era necesaria. Lo funesto fue que el mal se adelantó al bien. A los Concilios y a los Papas les faltó la energía suficiente para enfrentarse con los males que pesaban sobre la Iglesia, además de que ellos eran los responsables principales de los escándalos que se cometían cada día. La reforma verdadera no llegará hasta Trento (1545-1563), y entonces sí, la Iglesia se habrá enderezado rectamente para siglos.

95. LUTERO. EL PROTESTANTISMO

Punto el más doloroso de la Historia de la Iglesia: el desgarrón que sufrió con la llamada “Reforma protestante”, a la que seguirá la “Contrarreforma católica”.

No fue una reforma lo que trajo Lutero, sino una *revolución* de efectos terribles e inabables. ¿Quién fue Lutero? Un héroe nacional para los alemanes, y para los católicos lo peor que ha producido el mundo. Hoy se le mira con más benevolencia que antes al considerar sus antecedentes dolorosos. Alemán sajón, Martín Luther nació en Eisleben el año 1483. “Mis padres me trataron tan duramente, que me hice muy tímido”. Primera observación psicológica que debe tenerse en cuenta. Religioso de la benemérita Orden de San Agustín, parece que fue observante, piadoso, casto. Muy bien formado en letras y ciencias, estaba preparado doctrinalmente y dará prueba de ello durante toda su desbordante vida de predicador y escritor. Durante su juventud, parece que le obsesionaba la idea de un Dios riguroso. Atormentado por escrúpulos y tentaciones de sensualidad, le preocupaba su salvación eterna, para la que no encontraba solución. Hay que tener presente todo esto.

Ya sacerdote, y por asuntos de su Orden, en el año 1510 hizo un viaje a Roma y paseó por Italia. De la Curia romana con el papa Julio II no se llevó buena impresión, como todos, y sin embargo pudo observar en Italia el florecimiento de la virtud cristiana, como lo demuestra este testimonio que años más tarde dará en sus famosas *Charlas de sobremesa*, sobre la reforma que habían metido los *Oratorios del Divino Amor*: “Después habló Lutero de la hospitalidad de los italianos, de cómo estaban provistos sus hospitales, con edificios de regia esplendidez, siempre a punto con ricos alimentos y bebidas; servidores diligentísimos, médicos muy competentes, camas bien pintadas y vestidos limpiísimos. Los asisten matronas honestísimas, todas bien cubiertas, las cuales por días sirven calladamente a los pobres antes de regresar a sus casas. Todo esto lo ví por Florencia”. No podía hablar tan mal de la Iglesia Católica, a la cual había que reformar.

Profesor en Erfurt y en Wittenberg, seguía con sus ideas obsesivas sobre el pecado y la salvación, y encontrará la solución, a su manera y retorciendo la doctrina de San Pablo en Romanos 1,17 y Gálatas 3,11, pues no mira, además de los catálogos de los pecados, los otros de las obras buenas que Pablo exige para la salvación, como en Gálatas 5. 19-24.

Entonces Lutero pone la salvación *sólo en la fe sin las obras*, porque el hombre es pecador, lleva siempre consigo su pecado, y pecará continuamente aunque no quiera.

La salvación está, según él, en que Dios no mira al hombre por dentro, siempre pecador, sino por fuera: mira en él los méritos de Jesucristo que le ha echado encima como vestido nuevo que lo adorna con la santidad de Dios. Por eso, cuando más tarde traduzca la Biblia al alemán, eliminará la Carta de Santiago, tratándolo de loco o poco menos, pues no tolerará esa palabra crucial: “La fe sin las obras es una fe muerta” (2,17-26).

Estas ideas las exponía al principio con timidez y sin querer salirse de la doctrina de la Iglesia, pero iban calando en bastantes alumnos.

Estaba en estas sus ideas y preocupaciones doctrinales, cuando ocurrió lo de las Indulgencias. El Papa León X confirmó lo que había hecho su antecesor Julio II y concedió Indulgencias, hasta la plenaria con las debidas condiciones (lección 94). Era el año 1517

cuando el 31 de Octubre clavó Lutero sus 95 tesis o afirmaciones escritas sobre las Indulgencias en la puerta de la catedral de Wittemberg. No todas eran heréticas, pero muchas, sí. Llevadas sus afirmaciones a Roma, Lutero manifiesta respeto al Papa, pero asegura su resolución de permanecer firme en sus ideas. El Papa procedió con delicadeza. Primero aconsejó al Padre Staupitz, superior de Lutero, que examinara y corrigiera, pero, ¡nada!, porque Staupitz era ya de los adictos a Lutero. En Junio de 1518 se le manda a Lutero presentarse en Roma, pero el elector de Sajonia obtiene que el proceso se celebre en Ausburgo, bajo el delegado pontificio cardenal Cayetano, el teólogo de más nombre que entonces había en la Iglesia. Acorralado, pero con orgullo inconcebible, y a pesar de los plazos que le iba dando el Papa, Lutero se manifestó ya abiertamente contra la Iglesia “cueva de asesinos, madriguera de malvados, peor que todas las guaridas de criminales”, aunque ya antes había escrito a la nación alemana: “Ahorcamos justamente a los ladrones; damos muerte a los bandidos. ¿Por qué, pues, hemos de dejar en libertad al avaro de Roma que es el mayor de los ladrones y bandidos que hayan existido ni existirán jamás sobre la tierra?”. Ante lo inútil de todos los esfuerzos, llegó por fin la excomunión de Lutero el 3 de Enero de 1521.

Madurarán aquellas sus ideas de Erfurt y Wittemberg, y la doctrina de Lutero quedará bien clara: La salvación es segura, porque se fundamenta sólo en la bondad de Dios, que nos aplica los merecimientos de Jesucristo *sin ninguna obra buena nuestra*. Este pensamiento de Lutero no se manifiesta en ninguna parte como en esta carta al más querido de sus discípulos, Melancton, del 1 de Agosto de 1521: “Sé pecador y peca fuertemente, con tal que seas más fuerte en la fe y te goces en Jesús. Hay que pecar, mientras estamos aquí. Porque el pecado no nos apartará de Jesús, aunque forniquemos y matemos miles y miles de veces en un solo día” (*G. Villoslada*, Martín Lutero, BAC, II, p. 20).

Estas palabras son célebres. De aquí vendrán todos los demás errores, porque el cristiano ya no hará nada por su salvación, asegurada con la sola fe sin ninguna obra buena. Muchos errores no nacerán de Lutero, que mantenía muchos puntos fieles de la doctrina católica, pero sus amigos y sus propios adversarios le obligarán a sacar las últimas consecuencias: caerá todo el culto; serán destruidas las imágenes; ni Santos, ni tan siquiera María, sobre la que Lutero había escrito bellezas; se acabará la Misa; se irán anulando todos los Sacramentos, de los que no quedarán más que el Bautismo y la Última Cena, pero ésta como *recuerdo ceremonial*, negada la realidad de la Eucaristía, pues, según Lutero, Cristo *está en el pan* (la impanación), pero **no es** Cristo, porque el pan **no se cambia** en el Cuerpo de Cristo, no existe la *transubstanciación*. Como el Bautismo todos lo recibieron de niños sin fe propia, debían rebautizarse todos los alemanes, como lo exigían los *Anabaptistas*. Y otros, con Karlstadt a la cabeza, empezaron a establecer el nuevo orden con verdadera revolución, eliminando toda jerarquía y mando de unos sobre otros.

Cabe mencionar aquí la famosa Dieta de Espira en 1529. Los príncipes católicos y el emperador Carlos V se mostraron resueltos a hacer algo serio, aunque ya era tarde. Mantuvieron firmes las disposiciones dictadas anteriormente en la importante Dieta de Worms contra los rebeldes luteranos, en espera sobre todo de un Concilio universal que convocara el Papa, pero varios príncipes, ya pasados a la causa de Lutero, *protestaron* contra ellas, y de ahí vino la palabra *protestantes* que quedará para siempre.

Obligado Lutero a manifestar claramente su doctrina con aquellas disputas suyas y de los suyos con Eck, Cayetano y demás, al fin se podían resumir en estos dos puntos fundamentales: **1°**. La única fuente de revelación es la Biblia, interpretada por cada uno según su libre albedrío o inspiración. **2°**. De nada sirve la tradición y enseñanza de los Santos Padres, de los Concilios, de la Iglesia ni, desde luego, la del Papa.

Respecto del Papa, es inimaginable lo que de él escribió Lutero, pues le tenía un odio visceral. No hay historiador respetuoso que se atreva a estampar las palabras obscenas y repugnantes que usa en varios de sus escritos, sobre todo en libros expresos sobre el Papa, y en especial las expresiones con que ilustra los dibujos y caricaturas que esparció por todas partes sobre ese asno y ese cerdo que vivía en Roma... Sencillamente, inexplicable. Y hay que tener en cuenta que la literatura alemana se nutre de Lutero como en nuestra lengua lo hacemos con Cervantes o San Juan de la Cruz. De aquí el mal que hizo con tales escritos.

Y vino lo que tenía que venir. El atormentado Lutero por sus pasiones, para las que no encontraba solución doctrinal, se declaró contra el **celibato**, y se dedicó a predicarlo entre los suyos, haciendo toda una campaña entre sacerdotes y monjes para que se casaran, como lo hizo Karlstadt entre los primeros. Sin embargo, Lutero se resistía a buscar mujer, llevado quizá por sus escrúpulos. Hasta que sacó a doce monjas cistercienses de Nimbschen, a las que hizo casar, quedándose él con Catalina Bora en Junio de 1525, de la que tuvo varios hijos y con la que vivió, ¿felizmente?, hasta su muerte. Lo contamos con facilidad, pero no todos los suyos estuvieron conformes con él por esta campaña deshonesto contra el celibato, por ejemplo Melancton, aunque al fin le hicieron caso y terminaron casándose todos.

Es un imposible seguir en pocas páginas toda la trayectoria del protestantismo desde la rebelión de Lutero en 1517 hasta que murió en la noche del 18 de Febrero de 1546, con mente plenamente lúcida, en la misma Eisleben donde había nacido. Le rodeaban los suyos y varios amigos, que quisieron saber sus últimas intenciones. Respondió con un “Sí” seguro a la pregunta del Dr. Jonás y del maestro Coellio: “Reverendo Padre, ¿quiere morir constante en la doctrina y en el Cristo que ha predicado?”. Ese “Sí” fue su última palabra. Expiraba al cabo de un cuarto de hora. Había dicho anteriormente: “Yo muero en odio del malvado que se alzó por encima de Dios”. El “malvado” era el Papa, entonces Paulo III, que hacía dos meses había inaugurado el Concilio de Trento. Y en Esmalcalda, diez años antes, había dictado, dicen que como epitafio para su sepulcro, aquellas célebres palabras en latín: “Pestis eram vivus, moriens ero mors tua, papa”: Papa, en vida fui tu peste, al morir seré tu muerte. (*García Villoslada*, Martín Lutero, BAC, II, págs. 575 y 479). El Papa sigue vivo, y Lutero continúa excomulgado de la Iglesia...

96. ZUINGLIO, CALVINO, ENRIQUE VIII

Cabría y sería oportuna una lección intermediaria, pero vamos a exponer las otras formas del protestantismo que siguieron a la revolución luterana.

No hubiera sido tan grave lo de Lutero si hubiera quedado circunscrito a Alemania, pero arrastró a varias naciones europeas y la Iglesia quedó desgarrada para siempre. A la vez que en Alemania, surgían en Suiza Zuinglio y Calvino y en Inglaterra Enrique VIII.

Zuinglio, nació en 1484 —solo dos meses de diferencia con Lutero—, y, ordenado sacerdote, fue puesto al frente del santuario mariano de Einsiedeln, donde empezó a predicar precisamente contra la Virgen y los santos. Párroco en Zürich, aceptó la doctrina de Lutero metida en Suiza. Se dividieron los cantones suizos, pues unos aceptaron la nueva doctrina mientras otros se mantenían en la fe católica. En la batalla de Kappel en 1531 entre protestantes y católicos, vencieron estos últimos, murió en la batalla el mismo Zuinglio, y los cantones quedaron después divididos, unos protestantes y otros católicos.

Calvino, Jean Cauvin, francés de Noyon, nacido en 1509, llega el año 1536 a Ginebra, que ya había aceptado la *herejía* y entregado por el Consejo las iglesias católicas a los *reformados*. Calvino establecía el terrible principio de la predestinación: unos nacen predestinados a la salvación y otros a la *condenación*. A estos últimos, el mismo bautismo no les sirve para nada: se condenarán irremisiblemente. Ginebra, la *Roma protestante*, ya no conocerá más ley que la *Biblia* ni otro jefe que *Calvino*, el cual en 1541 establecía la nueva constitución, y quien se opusiera al severísimo dictador era eliminado sin más, como Miguel Servet —el español descubridor de la circulación de la sangre—, partidario suyo en un principio, opositor después, que murió en la hoguera bajo el terror de Calvino. Muertos Lutero y Zuinglio, Calvino quedaba dueño del protestantismo, hasta que murió en 1564.

De los calvinistas nacieron los “Hugonotes”, contra los que la **Francia** católica emprendió una guerra implacable. A los calvinistas los apoyaba la poderosa casa de los Borbones, pero por los católicos estaba la casa de los “Guisa”, al igual que la Universidad de París y el Gobierno, por más que Francisco I y su hijo Enrique II favorecieron a los calvinistas sin otra causa que por ir contra la política del rey español Carlos V, el católico de siempre.

Hugonotes y católicos emprendieron guerras incesantes cuando Enrique de Navarra, hugonote, se convirtió al catolicismo, y pudo ceñir la corona francesa bajo el nombre de *Enrique IV*. Es falso que fuese hipócrita, y pura leyenda la conocida frase que se le atribuye: “París bien vale una Misa”. El Papa le perdonó todas las censuras. Siguieron las luchas entre católicos y hugonotes, los cuales desaparecieron todos antes de un siglo.

Holanda aceptó en gran parte la reforma luterana y calvinista. Dependía los eclesiásticos. Los que abandonaban el celibato y se casaban, se llevaban consigo su diócesis o parroquia. Y si no se perdió toda Holanda para la Iglesia fue por el domino español, sobre todo bajo el mandato del Duque de Alba, austero y rígido, que conservó una gran parte muy sana para la Iglesia. Holanda se declaró *oficialmente* calvinista. No le quedó a la Iglesia más que Utrecht como único *Vicariato apostólico* —ni tan siquiera diócesis—, y hasta finales del siglo XVIII los católicos no podían ascender a ningún cargo público.

Bélgica fue más valiente y fiel a Roma, apoyada sobre todo por su espléndida Universidad de Lovaina, católica decidida.

Dinamarca, Suecia, Noruega, países escandinavos, predisuestas contra Roma como Alemania, cayeron presa fácilmente del protestantismo.

Inglaterra será peor. El rey **Enrique VIII**, sin pretender precisamente la herejía, arrastrará a todo el reino primeramente al *cisma* y después a la *herejía* también. Catalina de Aragón, hija de los reyes Católicos Fernando e Isabel, se casó con Arturo, el cual murió; Enrique heredó entonces el trono y se casó con su cuñada Catalina **después de dispensarles el papa Julio II el impedimento de afinidad**. Vinieron cinco hijos del matrimonio, aunque solamente sobrevivió María, la futura reina María Tudor. Enrique, gran católico, se declaró enemigo tenaz de Lutero, no toleró a un protestante en Inglaterra, y mereció del Papa el título de *Defensor de la Fe*. Pero... el rey se enamoró de la cortesana Ana Bolena con la cual mantenía secretamente relaciones adúlteras, hasta que trató de casarse con ella, pero pidiendo la anulación de su matrimonio con Catalina. Llevada la causa a Roma, y estudiada, con expreso deseo de Enrique, por las principales Universidades, el matrimonio con Catalina fue declarado válido, y, por lo tanto, le era imposible casarse con Ana Bolena.

Hay que tener presente la historia para entender el *cisma* y el *protestantismo* inglés. El cardenal Wolsey, primer ministro, se declaró de parte del rey, mientras que Fischer, obispo de Rochester, se puso de parte de Catalina, igual que Tomás Moro, canciller del reino desde 1530. Empiezan las muertes interminables según los caprichos del rey, por el simple hecho de que se le oponen a sus manías pasionales o políticas y hasta religiosas. En 1532 queda Crammer como Arzobispo Primado, el cual ya se había casado secretamente con una sobrina de Osiander. Crammer declara nulo el matrimonio de Enrique con Catalina, y casa al rey con Ana Bolena en Mayo de 1533, la cual en Septiembre le daba la hija Isabel. El papa Clemente VII declaraba en 1534 nulo el matrimonio de Enrique con Ana Bolena y confirmaba como válido el primero con Catalina de Aragón. Como reacción a la declaración papal, Enrique proclama a Ana Bolena Reina de Inglaterra y hace que el Parlamento apruebe el *Acta de supremacía* que declaraba al rey como *cabeza de la Iglesia de Inglaterra*. El que no prestase el juramento de *sucesión* de la reina Ana Bolena, y el otro juramento peor de la *supremacía del rey sobre el Papa*, era reo de alta traición.

Lo que se va a seguir de aquí, lo sabemos todos: las muertes se van a suceder interminables, una tras otra. Muchos eclesiásticos y monjes pagaron con su sangre la “traición”, empezando por el cardenal San Juan Fisher, igual que laicos valientes como el canciller Santo Tomás Moro. Todos los monasterios fueron incautados y pasaron a ser del rey, excomulgado en 1535 por el papa Paulo III. Las iras de Enrique VIII, de las que no se libraban ni sus mejores amigos, no tienen nombre. De sus esposas, ejecutó a Ana Bolena, a Catalina Howard, y se libró la sexta esposa Catalina Parr por haber muerto Enrique cuando ya iba a ser ejecutada. Thomas Cronwell fue ajusticiado por traidor en 1540. El apóstata y lujurioso rey hizo ejecutar a dos reinas, doce duques, ciento sesenta y cuatro nobles, dos arzobispos, dieciocho obispos, trece abades, unos quinientos religiosos y treinta y ocho doctores universitarios. Esto, aparte de las incontables víctimas de inferior categoría.

Es difícil seguir ahora la historia del protestantismo inglés, del que solamente podemos dar alguna noción. Estaba muy dividido por haberse metido en Inglaterra tanto el luteranismo como el calvinismo, de modo que vinieron a ser tres fuerzas juntas que convenían únicamente en su odio a Roma. Eduardo VI, hijo de Enrique con su cuarta esposa Ana Seymour, siguió el protestantismo de su padre. Con la reina María Tudor, la hija de Enrique VIII con Catalina de Aragón, casada con Felipe II de España, el catolicismo volvió a Inglaterra. Isabel I, la hija de Enrique con Ana Bolena, cambió de piel como el camaleón: protestante con Eduardo VI, católica con María Tudor, se hizo coronar en rito católico, pero una vez se vio segura en el trono, se declaró protestante y, al haber ordenado matar a varios centenares de partidarios de su prima María Estuardo, reina de Escocia, fue excomulgada por el papa San Pío V en 1570.

El calvinismo se metió en **Escocia**, y armó mucha guerra. Víctima primera fue la reina católica María Estuardo, que, perseguida, marchó a Inglaterra en 1568 junto a su prima Isabel I, la cual la tuvo encarcelada durante diecinueve años, hasta que en 1587 la mandó ajusticiar. Isabel, la reina “virgen” para los ingleses, murió soltera y sin hijos en 1603.

Aunque los mártires de Escocia fueron muchos, no tienen comparación con las víctimas que el protestantismo causó en **Irlanda**, ya que Inglaterra se empeñó en meterlo en la Isla Verde. Las muertes, los despojos, los destierros de los irlandeses católicos no tienen nombre. Fue una de las persecuciones más graves que la Iglesia ha sostenido en todos los siglos.

Digamos que en 1559 fue consagrado inválidamente Mateo Parker, arzobispo de Canterbury, y como de él arrancan todas las consagraciones episcopales anglicanas, en 1896 el papa León XIII las declaró inválidas.

La Iglesia protestante de Inglaterra se dividió en varias: la *anglicana*, o *episcopaliana* en USA, centrada en el obispo como jefe de la comunidad; la *presbiteriana*, o *puritana*, por su rigidez, dejado el obispo, se fundamenta en el colegio presbiterial; la *bautista*, separada de la *Iglesia independiente* en el 1608, de doctrina calvinista, rebautiza a los cristianos que se pasan a su secta; la *metodista*, cismática de la Iglesia oficial anglicana fundada por Wesley el año 1729 en Oxford, se separó por el *método* de observancia más austero que usaban; la *quáquera*, de los Hijos de la Luz, fundada por el zapatero Fox en 1691. De estas principales iglesias nacen esas incontables sectas de nuestros días.

Mirando sus consecuencias, el protestantismo inglés ha sido una de las desgracias más grandes que ha sufrido la Iglesia a través de toda su historia. La rebelión de Lutero quedó circunscrita a pocos países; la de Enrique VIII está en todos los rincones del mundo.

97. HASTA EL CONCILIO DE TRENTO

Se había producido el gran estallido en la Iglesia que clamaba por una reforma de las costumbres. ¿Qué se hace ahora, metidos ya en la catástrofe?

Hay que aceptar los hechos consumados. En 1517 se rebela Lutero, que en 1521 es excomulgado. El incendio se propagó con rapidez inusitada por toda Europa, de modo que para 1555 se hallaban deslindados los campos protestante y católico. Se ha calculado que la Europa de aquellos días contaba con unos sesenta millones de habitantes, y antes de acabar la década de los cincuenta ya se habían pasado a la herejía o al cisma unos veinte millones de personas. Quizá no tantos; pero no serían muchos menos.

Hay que buscar las causas de esta inusitada defección. Y partimos de un principio —expresado muchas veces— de que la Iglesia como tal no había fallado a Jesucristo, pues el pueblo se mantenía cristiano, con muchos santos en su seno, pero hay que admitir también que las costumbres se habían relajado grandemente a partir del destierro de Aviñón, del Cisma de Occidente, y, sobre todo, desde el advenimiento del Humanismo, que junto con el florecimiento de las letras clásicas, introdujo la paganización social manifestada en muchas formas del Renacimiento. Esto lo tenemos claro desde que lo vimos en las respectivas lecciones y es superfluo el repetirlo aquí. Los siglos XIV y XV no fueron nada buenos.

Una vez encendida la mecha por Lutero, sus doctrinas hallaron fácil aceptación en muchos ambientes. ¿Cómo se explica una difusión tan rápida? Ser protestante resultaba muy fácil, pues sus exigencias para la vida “cristiana” (¿?) eran mínimas:

- Cree en la Biblia, interpretada por ti mismo, y déjate de enseñanzas y de mandamientos de la Iglesia; no sometas tus pecados al poder que la Iglesia se atribuye, pues te basta confesarlos a Dios confiando sólo en Él, que te los perdona por los méritos de Jesucristo; y, menos, te sujetes al Papa ni a nadie... Imposible doctrina más sencilla y libre.

- Suprimida la Jerarquía de la Iglesia, sujétate sólo al príncipe, pues él tiene potestad sobre la religión, conforme a este principio: “cuius regio, eius et religio” = la religión es la de aquel que manda en un país. Y los príncipes se agarraron a este dicho. Imponían su fe —ahora adulterada—, en el propio territorio y no había más remedio que aceptarla. Sin el concurso de los príncipes y las autoridades civiles, la *reforma* protestante, aunque hubiese sido tan dura como el arrianismo (lección 17) no hubiera pasado de una herejía más que al fin, aunque duradera, habría sido vencida por la Iglesia.

- Fuera eclesiásticos, corrompidos todos. Y los que se *reformen*, que se casen, dejando su celibato... Lo malo es que lo hicieron muchos, incitados por Lutero, siguiendo a Zuínglio y al amparo del rey adúltero y lujurioso Enrique VIII.

Siempre se ha indicado como causa especial la corrupción del clero, empezando por los Papas, y de ahí el grito clásico durante dos siglos: *¡Reforma de la cabeza y de los miembros!* Había suficiente razón para pedirlo y exigirlo. Los obispos vivían más como príncipes que como pastores; los sacerdotes del alto clero provenían de familias nobles, y su vida era cómoda y relajada; y los sacerdotes del clero inferior, o los asalariados de los que poseían el beneficio y lo dejaban encargado a esos curas pobres, se debatían en la pobreza, en la ignorancia, en la inmoralidad... Aunque había monasterios dignos y ya refor-

mados con anticipación, los monjes de otros monasterios, con sus abades al frente, habían caído también en gran relajación y no eran ningún ejemplo de vida religiosa.

Estos son hechos evidentes y ante los cuales ningún historiador cierra los ojos.

Es también interesante dar un vistazo a los Papas de estos días. Ya hablamos de los Papas renacentistas (lecciones 91-93), varios de los cuales no fueron modelos de moralidad al menos siendo cardenales, y después de Papas llevaron una vida, si no de pecado, sí principesca y poco edificante. Digamos una palabra sólo de los Papas que gobernaron la Iglesia una vez iniciada la revolución luterana.

León X (1513-1521), aunque de conducta personal íntegra, no se durmió ciertamente del todo y fue quien excomulgó a Lutero. Actuó, pero no con la prontitud que debiera, pues el Papa seguía tan alegre con sus cacerías, banquetes, diversiones, trato con los humanistas y favoritismo con sus familiares.

Adriano VI (1522-1523), holandés, un verdadero santo. Con tan breve pontificado no pudo hacer casi nada, aunque tomara en serio la reforma de la Iglesia, y trató de salvar en lo posible la situación actuando con comprensión y clemencia a los insurgentes luteranos. Sin miedos, confesaba que los males actuales se debían a castigo de Dios: “Nos consta que, incluso cerca de esta santa cátedra, hace muchos años, tuvieron lugar muchas acciones indignas, abusos de las cosas eclesiásticas y excesos, y que todo esto ha ido empeorando. Así, no es de maravillar que la enfermedad de la cabeza haya pasado a los miembros, del Papa a los prelados. Nosotros todos nos hemos alejado del recto camino y, desde largo tiempo atrás, no ha habido uno que haya obrado como debía”. Valiente este Papa tan humilde...

Clemente VI (1523-1534). Íntegro en su conducta, piadoso, bien intencionado, pero ha merecido un juicio muy severo de los historiadores por su indecisión y política, siempre mecida entre estas palabras que lo definen bien: “Por lo demás..., después..., pero..., si..., quizá..., no obstante...”. En sus días, 1526, se realizó el “saco de Roma”, la acción más horrorosa que se conoce padecida por la Ciudad Eterna. El aventurero Frundsberg, y, muerto él, el condestable de Borbón, lanzaron por toda Italia, hasta Roma, un ejército de 13.000 *lansquenets* alemanes, luteranos todos, con algunos italianos e incluso españoles de Carlos V, que buscaban como objetivo Roma, dispuestos al saqueo si no se les pagaban todas las soldadas retrasadas. En Mayo llegaron a su destino. El Papa Clemente, aun previendo todo el horror que se echaba encima, no huyó y se mantuvo valiente en su puesto. Lo que ocurrió en la ciudad no se puede describir: saqueo total, destrucción sistemática, robo de todo lo que tenía valor, asesinatos y violaciones sin cuento, sacrilegios con lo más sagrado, desfiles macabros por todas las calles, diversiones escandalosas de aquellos salvajes... Dice la autorizada Historia de los Papas: “Los cronistas de la época se extienden en pormenores horripilantes que hacen estremecer de pavor. Y no hay que tacharles de exagerados, porque todo lo que refieren desgraciadamente está documentado, incluso las acciones nefandas, que sólo el referirlas causaría escándalo”. Y trae un juicio de aquellos mismos días: “En Roma se cometían sin rebozo toda clase de pecados: sodomía, simonía, idolatría, hipocresía, engaño; así, pues, podemos muy bien creer que esto no ha sucedido al caso, sino por juicio de Dios”. Tres días duró el saqueo, hasta que el jefe de aquella chusma, el francés Filiberto de Orange sucesor de Borbón, instalado en el Vaticano, dio la orden de cesar en el vandalismo. Los luteranos *lansquenets* marcharon llevándose cada uno un rico botín. Carlos V deploró aquella salvajada, debida en parte a las desavenencias políticas del Papa Clemente V con el rey. Roma se recuperó poco a poco y vendrá un Papa que será providencial.

Paulo III (1534-1549). Ligerero en su juventud, con hijos naturales, aunque una vez sacerdote y cardenal, de conducta edificante. Y de Papa, la mancha de todos, el malhadado nepotismo, pues favoreció grandemente a los suyos. Pero, por lo demás, gran Papa en todo sentido. Suya es la gloria de haber recibido a Ignacio de Loyola con sus compañeros y haber aprobado la naciente Compañía de Jesús. ¡Con ella sí que empezaba la verdadera reforma de la Iglesia! Lo veremos más adelante. Y dejándonos de tantas otras cosas de su pontificado, se determinó a decretar y comenzar en 1545 el Concilio de Trento, acontecimiento trascendental en toda la Historia de la Iglesia.

Julio III (1550-1555). Este Papa, intachable, piadoso y humilde, sí que tomó en serio la reforma de la Iglesia, comenzando por el Papa, los cardenales y obispos. Empezó por la reforma del Cónclave: los cardenales al elegir Papa debían guiarse únicamente por la voluntad de Dios y dejarse de miras humanas, políticas o por intereses familiares. El Concilio de Trento seguía en su segunda etapa, y Julio III lo alentaba de modo insospechado.

Paulo IV (1555-1559). Dejamos al encantador papa **Marcelo II** pues, elegido unánimemente en Abril de 1555 según las normas dictadas por Julio III, moría a los veinte días. Le siguió Paulo IV, el famoso cardenal Caraffa. Muy ejemplar, santo. Pero, no atinó. Auténtico odio a los españoles, se hubo de enfrentar con un Felipe II para ir a favor de los franceses, y de ahí se derivaron sus actos políticos que echaron a perder su pontificado, sin conseguir lo que él quería para su Italia. Como Papa, fracaso total. Aunque no manifestaba ninguna simpatía por la Compañía, pero ante la muerte llamó para confesarse al Padre Laínez, sucesor de San Ignacio, y le dijo humilde: “¡Cuán miserablemente me han engañado la carne y la sangre! Mis parientes me precipitaron en aquella guerra de la que nacieron tan gran número de pecados en la Iglesia de Dios. ¡Desde los tiempos de San Pedro no ha habido en la Iglesia pontificado tan infeliz como el mío! ¡Mucho me arrepiento de cuanto ha sucedido! Rogad por mí”. Acabó sin gloria alguna; pero ante Dios, muerte muy edificante.

Pío IV (1559-1565). Bueno y ejemplarísimo, aunque antes de ser cardenal había cometido serios disparates en su conducta moral. Ya Papa, con un prudente nepotismo, esta vez atinó al colmar de cargos y con el cardenalato a ese su sobrino que será el gran San Carlos Borromeo, arzobispo de Milán. Pío IV fue el Papa que clausuró felizmente en 1563 el Concilio de Trento, una de las gracias mayores dispensadas por Dios a su Iglesia.

Estamos a las puertas de la transformación radical de la Iglesia. Desde Trento hasta nuestros días, y sin interrupción, nos esperan unos siglos de santidad y de expansión muy grandes, a pesar también de las tremendas luchas en que se va a ver envuelta la Iglesia, atacada siempre por enemigos poderosos, pero siempre también victoriosa con la fuerza de Jesucristo. El Pontificado, sobre todo, ya no se va a ver inficionado por las miserias de Papas que nos dieron harta pena. Todos van a ser ejemplares vivos de la espiritualidad a la que aspiran los fieles cristianos. Y hay que contar, desde ahora, con la Compañía de Jesús.

98. IGNACIO DE LOYOLA Y LA COMPAÑÍA DE JESUS

Benito (lección 24), Domingo y Francisco de Asís (lección 60), nos merecieron atención especial, porque fueron los grandes enviados por Dios en sus tiempos. Por la misma razón, ahora nos toca dedicar esta página a San Ignacio de Loyola.

Es un placer y un deber presentar a Ignacio de Loyola y su obra, una de las providencias más grandes de Dios con su Iglesia para los tiempos modernos. No hay historiador que no reconozca este juego de Dios contra Lutero. El mismo año en que al rebelde alemán le caía la excomunión de la Iglesia por obstinado e impenitente, en ese mismo 1521 le regalaba el Señor a su Pueblo la conversión de un soldado español que iba a ser un santo de primera magnitud y, con su obra de la Compañía, un opositor formidable del heresiarca. Al pensar en Lutero, se piensa sin más en Ignacio de Loyola; y, al revés, al pensar en Ignacio surge Lutero como sombra negra detrás para realzar más la figura del Capitán de Loyola.

No es difícil seguir la trayectoria de Iñigo —nombre que él se cambiará después por Ignacio, tal vez por devoción a San Ignacio de Antioquía—, nacido el año 1491, último de once hermanos, en la casa solariega de Loyola en Azpeitia, Guipúzcoa, España. Desde joven al servicio real, dirá de sí mismo: “Hasta los 26 años fui un hombre del mundo, dado a las vanidades. Amaba sobre todo ejercitarme en el uso de las armas atraído por un inmenso deseo de conquistar honor”. Paje al servicio real en sus años mozos, durante el sitio de Pamplona cae herido por una bala de cañón que le destroza la pierna. Era el lunes de Pentecostés, 20 de Mayo de 1521. Convaleciente en su casa de Loyola, se aburre y pide libros para leer. No hay otros que la Vida de Cristo del Cartujano y uno con las Vidas de Santos. Las lee, y va sintiendo: “Lo que hicieron Domingo y Francisco, lo haré yo”. El caso es que se convirtió, y repuesto de la pierna, aunque cojeando ya para siempre; montado en su mula y espada al cinto, emprende el camino para Barcelona, de donde piensa salir hacia Tierra Santa. Se detiene en el monasterio de Montserrat, vela como caballero las armas ante la Virgen, baja a Manresa donde se mete en una cueva para orar y hacer penitencia, y allí escribe ese librito de los *Ejercicios Espirituales* con el que se va a hacer inmortal al conseguir con él crear una legión de santos. Viaja a Jerusalén, regresa a España, se dirige a las ciudades universitarias de Alcalá y Salamanca, donde se le juzga como sospechoso de herejía por sus *Ejercicios*, se le mete en la cárcel, pero él exclama: “No hay tantos cepos y cadenas en Salamanca cuantos yo quisiera llevar por Jesucristo”. Marcha a París, y en el Colegio de Santa Bárbara le caen como compañeros de cuarto Pierre Favre y Francisco Javier, jóvenes de 23 años, contra los 37 de Ignacio. Empieza entre muchachitos del colegio Montaigu las Humanidades (gramática y latín), después Artes (Filosofía), y alcanza en 1534 su único título universitario: “Maestro en Artes”. Será el “Maestro Ignacio”.

Gran conocedor de los hombres, empieza sin prisas a escoger un grupito, les hace practicar los *Ejercicios Espirituales*, y los siete —cinco españoles, un portugués y un saboyano— emiten voto de castidad y pobreza el 15 de Agosto de 1534 en Montmartre durante una Misa en la que comulgan todos, celebrada por Favre, el único sacerdote del grupo. Ignacio tiene 43 años, mientras que Láñez y Salmerón están en los 20 apenas.

A partir de este momento, la vida de Ignacio se endereza hacia una meta segura. Sin pensarlo y sin pretender ser el “Reformador” de la Iglesia, con su vida pobre, penitente,

apostólica, de sujeción incondicional a la “Iglesia hierárquica” y con obediencia absoluta al Papa, Vicario de Jesucristo, él y los suyos van a ser una fuerza imponente para ir cambiando a la Iglesia por dentro. De París marchan a Roma, derrochando caridad con el servicio a los más pobres en los hospitales de Venecia y sus alrededores durante los dos años largos que esperan allí para ir a Jerusalén. Fallado el viaje, el 24 de Junio reciben todos la ordenación sacerdotal, y en Octubre de ese mismo año aceptan para el grupo el nombre de “Societas Iesu”: la Compañía de Jesús. “Compañía” —contra lo que se ha dicho muchas veces— no en el sentido militar, sino de “compañerismo”, “amistad”, “grupo amigo”, como los Doce con Jesús. Aunque, de hecho, esa Compañía va a ser como un ejército muy eficiente de marcha ligera en manos de la Iglesia. Fracasado el viaje a Jerusalén, deciden marchar a Roma. Al acercarse ya a la Ciudad, entra Ignacio en la capillita “La Storta”, pide a la Virgen “la gracia de ser recibido por su Hijo y Señor bajo su bandera”, y tiene Ignacio una audición clara del Señor: “Yo en Roma os seré favorable”, mientras se le aparece Jesús cargado con la cruz. Todo un símbolo: triunfos de la gracia a montón, pero con la persecución siempre encima. Esta será la vida de la Compañía.

Ya en Roma todos en la Pascua de 1538, en Noviembre se presentan al papa Paulo III, para que —según el voto de Montmartre, al que añaden un cuarto muy especial: el de obediencia al Papa—, envíe a cada uno al puesto que sea. Dos años en Roma, emiten sobre los votos de castidad y pobreza, que ya profesaban, el de obediencia al Prepósito General que eligieran. Fue Ignacio, naturalmente. La aprobación del Papa, que los quería de verdad, fue todo un drama. Las calumnias y la persecución al grupo fueron tremendas por las novedades que introducían en la vida religiosa, tan diferentes de las que regían en las Órdenes más clásicas. Pero al fin el Papa aprobó la Compañía el 27 de Septiembre de 1540.

A partir de este momento, la Compañía se desenvuelve de manera sorprendente. De ella se dirá que nunca fue niña, porque ya nació grande. Ignacio al morir en 1556 la dejará con más de mil miembros, y cincuenta años después, a principios del siglo XVII, llegarán pronto a los 13.000, esparcidos por todas las partes del mundo conocido, esclarecidos en todas las formas de apostolado, desde las más brillantes en las Universidades hasta las más humildes en Misiones lejanas.

Ignacio permanece en Roma desde donde la gobierna de manera sabia y eficiente. Escribe continuamente cartas y más cartas a los superiores —ellos se llaman “prepositos”—, y está al tanto de todo porque los súbditos le guardan una fidelidad admirable. Ignacio es, ciertamente, un organizador y gobernante excepcional, elegido por Dios para unos tiempos también excepcionales de la Iglesia. Lutero le arrebató al Papa toda su Iglesia “reformada”, e Ignacio ponía al Papa en el centro de todo, con la consigna célebre del “sentir con la Iglesia”, en sus *Ejercicios Espirituales*. Roma, desde ahora, va a ser otra para toda la Iglesia Católica en los siglos por venir.

La Compañía se distinguirá en todos los ministerios apostólicos. Ha empezado por darse a los más pobres, en Venecia y en Roma. Los hospitales y la catequesis a los pobres han sido los más favorecidos por los primeros jesuitas, empezando por San Ignacio que en Roma se desenvuelve en un barrio del mercado, y en su iglesia predica siempre a los pobres, aunque sus miras son muy amplias para toda la Compañía.

Desde el principio, los miembros de la Compañía fueron muy *humanistas*, y estuvieron a la altura de aquellos tiempos, pero, aunque tan distinguidos en las letras clásicas, no se les apegó nada del paganismo que caracterizó al Humanismo (lección 89). No se relajaron como los humanistas, y, sin embargo, se distinguieron desde el principio por una benignidad que era muy necesaria en la moral enseñada y practicada por la Iglesia de entonces.

Destacaron también muy alto en las ciencias eclesiásticas. Junto a las mayores lumbreras del Concilio de Trento, como Cano y Francisco de Vitoria de Salamanca, brillaron a gran altura Laínez y Salmerón, a los que Ignacio les recomendó para el Concilio: -No olviden el visitar a los enfermos y a los pobres, y en las disputas muéstrense modestos y humildes y no manifiesten su ciencia con presunción...

Los jesuitas fundaron por toda Europa muchos Colegios que formaron legiones de niños y de jóvenes. En cuanto a las Misiones, Ignacio mandó a Francisco Javier al Oriente, y con gran acierto también lanzó al Brasil a José Anchieta, joven estudiante de grandes esperanzas y después gran apóstol.

Con golpe genial, Ignacio inicia el “Colegio Romano”, que muy pronto quedará pequeño, y se convertirá después en la insigne *Universidad Gregoriana*. Por el Colegio Romano han desfilado grandes Santos de la Compañía, muchos profesores insignes, alumnos incontables y muy distinguidos de todas las partes del mundo.

Y con otro golpe también genial, en 1552 inicia Ignacio el “Colegio Germánico”, para formar en él a alumnos escogidos venidos de las partes protestantes de Alemania y volverlos a su patria bien formados bajo las miras del Papa. Ese Colegio, convertido en 1579 en el “Colegio Germánico-Húngaro”, será célebre hasta nuestros días.

La Compañía, desde un principio, contó con muchos Santos, y ésta es su gloria mayor. De los siete fundadores, tres están en los altares: Ignacio, Javier y Favre, a los que han seguido muchos otros, de ellos gran número de mártires. Con humildad grande, Ignacio llamaba a su obra “nuestra mínima Compañía”. Eso de “mínima”, que lo juzgue la Historia...

Ignacio de Loyola acabó sus días en un ambiente de santidad edificante. Aunque sea uno de los caracteres más enérgicos entre los santos, ese hombre tan duro era también muy comprensivo. Sabía tratar a los hombres con gran prudencia, inspirándoles el sentido de la responsabilidad. Su norma para con los superiores era: -Usted sabe lo que pasa ahí, y obre según le parezca mejor... Y en su oración con Dios derrochaba ternura. Se han hecho célebres aquellas noches en que, desde la ventana de su celda o desde la azotea de la casa contemplaba el cielo estrellado, y exclamaba: “¡Oh, qué pobre me parece la tierra cuando contemplo el cielo!”. Tanta era su emoción, que los médicos le prohibieron pensar en la muerte porque ponía en peligro su misma vida, la cual se extinguió repentinamente en el anonimato del soldado el 31 de Julio de 1556, aunque el Papa —su anterior enemigo cardenal Carafa— le mandó una sincera y última bendición.

99. UNA VISION DESDE LUTERO A WESTFALIA

Es un siglo que debemos entender el que va desde la muerte de Lutero en 1546 a Westfalia en 1648, cuando quedan deslindados los límites de protestantismo y catolicismo. Con ese año se da por concluida la Edad Nueva.

Con las anteriores lecciones nos hemos encontrado en unos siglos totalmente singulares de la Historia de la Iglesia. Se ha llamado “Reforma” protestante a lo que fue auténtica “revolución”, de fatales consecuencias; y “Contrarreforma” a la acción de la Iglesia para oponerse a la herejía luterana. Mucho mejor es decir *movimiento protestante*, o simplemente protestantismo, y *reforma católica* a la verdadera reforma de la Iglesia llevada a cabo por las Órdenes religiosas, los muchos y grandes Santos suscitados por Dios en estos días, y, sobre todo, por el Concilio de Trento, a partir del cual se rehizo la Iglesia de tal modo que ha permanecido íntegra, valiente, generosa durante ya casi cinco siglos.

Aunque ya hablamos de Lutero, Zuinglio, Calvino y Enrique VIII, nos conviene dar un vistazo de conjunto al protestantismo en su primer siglo, pasado el cual quedan bien definidas las diversas confesiones cristianas.

Mirando las naciones europeas, vemos que **Francia** se salvó de caer en la herejía gracias a la Universidad de París, al Parlamento y a los reyes, aunque Francisco I puso en peligro a la Iglesia sólo por su política empedernida contra el rey Carlos V. Nada hemos dicho de los conatos protestantes por entrar en **Italia**, donde no pudo establecerse, y menos en **España**, debido a la energía de sus reyes, grandes católicos, sobre todo Carlos V y su hijo Felipe II, los reyes más grandes que ha tenido España. **Portugal**, lo mismo, por sus monarcas católicos. **Polonia** se vio en serios peligros, pero permaneció enteramente católica, mientras que en **Hungría** hizo graves progresos el protestantismo.

Y en cuanto a la **Iglesia Ortodoxa**, es curioso cómo jugó su papel para mantenerse fiel a sus principios cristianos. Melancton envió la Confesión Augustana al Patriarca de Constantinopla, el cual ni se dignó responder. Los profesores de Tubinga intentaron meter allí sus errores, y el nuevo Patriarca los refutó uno por uno. Los calvinistas holandeses fueron más audaces, pero el patriarca Cirilo Lucaris, que los admitió, paró juzgado, condenado y ejecutado. El protestantismo fracasó totalmente en la Iglesia Oriental.

Nada vamos a decir aquí del protestantismo de Inglaterra, que no interesa para esta lección. Se adueñó totalmente de la nación, y produjo muchos mártires como ya dijimos, bastantes de los cuales han sido canonizados por la Iglesia.

Lo más importante es seguir el primer siglo del *luteranismo*, que desembocó en la *Guerra de los Treinta Años*, finalizada en la paz de Westfalia, y con la cual dejaremos la “Edad Nueva” de la Historia de la Iglesia. Porque, nada más muerto Lutero, empezaron a desarrollarse luchas *civiles* muy serias, y no sólo doctrinales, entre católicos y protestantes.

Y hay que empezar con algunos hechos acaecidos aún antes de morir Lutero. Por ejemplo, el **Edicto de Worms** en 1521, cuando Carlos V prohibía en todos sus Estados la doctrina de Lutero, que se obstinó en aquella dieta: -En mis escritos no he dicho nada reprochable; el Papa y los Concilios se pueden equivocar; Roma ejerce sobre Alemania una verdadera tiranía; y yo no me retractaré si no me refutan todo con la Sagrada Escritura... Tiene

mucha importancia la **Confesión de Augsburgo** en 1539, redactada por Melancton y ratificada enérgicamente por Lutero, con 28 artículos que condensaban la doctrina protestante. Vienen los **Artículos de Esmalcalda**, redactados en 1537 por el mismo Lutero con 23 artículos fundamentales de su doctrina, y considerados en adelante como la más auténtica confesión protestante luterana. Pero el emperador Carlos V, cuando acababa de morir Lutero, vio cómo los príncipes protestantes se rebelaban contra él, y se decidió a tomar las armas, que salieron victoriosas en la célebre batalla de **Mühlberg** en Abril de 1547. Fue lástima que Carlos V, más bien llevado de su bondad, no supo sacar el fruto debido de su triunfo. Carlos V, cansado de tanto luchar, cedió el título de Emperador a su hermano Don Fernando, dejaba el reino de España en manos de su hijo Felipe II, y él se retiraba al monasterio de Yuste, sur de España, donde moriría en la paz de Dios el año 1558.

Y así se llegó en 1555 a la importante **Paz de Augsburgo**, que tan gran papel iba a jugar en adelante. Los católicos reconocían oficialmente a los luteranos en el imperio alemán, de modo que, en adelante, habría dos religiones oficiales: la católica y la protestante. Lo malo era que cada príncipe —por la norma fatal del “*cuius regio eius et religio*”: el príncipe puede imponer en su territorio su propia religión—, en adelante se convertirán los príncipes en dueños de las conciencias y el protestantismo avanzará aceleradamente. Como ya dijimos (lección 97), se ha calculado que a mediados del siglo XVI tenía Europa unos 60 millones de habitantes, y serían quizá unos 20 millones los que habían sucumbido ya a la herejía de los cuatro grandes heresiarcas de Alemania, Suiza e Inglaterra que ya conocemos.

En los cien años escasos que faltan para 1648, se van a suceder las guerras de protestantes entre sí por sus muchas desavenencias, y otras contra los católicos, aunque éstos intenten meter la reforma tridentina en la forma pacífica exigida por la Iglesia.

Conviene hacer una referencia a las guerras de **Francia** por causa de los Hugonotes, a los que ya conocemos por la lección 96. Los calvinistas se metieron profusamente en Francia, que por milagro no se convirtió al protestantismo suizo. Se cuentan hasta *siete* guerras, con la *primera* en Marzo de 1562, iniciada por los Guisa que mataron a 60 hugonotes. La *segunda* en 1567 fue vencida por los católicos, que les concedieron a los vencidos la libertad de culto. La *tercera*, en 1569, ganada también por los católicos, que permitieron a los hugonotes la libertad de cultos en toda Francia menos en París. La *cuarta* guerra, iniciada por la famosa *Noche de San Bartolomé*, en Agosto de 1572. Cuestión política más que religiosa, provocó una matanza de calvinistas horrible, sugerida en el palacio real, y extendida a toda Francia; llegaron quizá a 8.000 los calvinistas muertos. La *quinta*, acababa en 1577 concediendo a los hugonotes para su culto 77 ciudades, una por provincia. La *sexta*, en 1580, tuvo menos relieve; y la *séptima* fue cuestión más bien política por la sucesión real, y acabó por poner en el trono a Enrique IV (lección 96). Con más o menos vida, seguirán en Francia los hugonotes durante todo el siglo XVII, hasta que acaben en 1686 bajo el reinado de Luis XIV. Es importante conocer esto, pues todos nos damos cuenta de lo que hubiera sido para la Iglesia Católica el perderse Francia precisamente.

A partir de la Paz de Augsburgo en 1555, y con la reforma de la Iglesia llevada adelante mientras se celebraba el Concilio de Trento, católicos y protestantes están en continua lucha —no sangrienta precisamente, aunque a veces sí—, los protestantes por conquistar nuevos terrenos, y los católicos por recuperar puestos ya perdidos. Aquí la recién nacida

Compañía de Jesús fue valiente y actuó con ojo certero. Aparte de Inglaterra, donde trabajó fuerte y tuvo tantos mártires —como los canonizados Padres Ogilvi y Campion—, se lanzó hacia el norte de Europa, fundó Colegios, se metía en las Universidades, y hubo jesuita como San Pedro Canisio —holandés-alemán, Peter Kanijs, latinizado *Canisio*—, que con su pequeño Catecismo —más de 400 ediciones, con 200 en vida del autor—, conseguía conversiones y detuvo a innumerables almas ante los errores de la herejía.

El terreno europeo se lo disputaban palmo a palmo católicos y protestantes. Por imposición de los príncipes y debilidad de los emperadores Fernando I y Maximiliano II, aunque católicos, hay que decir que los protestantes llevaban una fuerte ventaja. Pero la suerte se iba alternando. Con el emperador Rodolfo II (1576-1612) y con Trento en la mano, el catolicismo arremete con empuje y reconquista terrenos que se habían perdido. Viene El emperador Matías (1612-1619), y otra vez los protestantes van en auge, hasta que los católicos reaccionan con valentía, empezando por los príncipes católicos, como el duque de Baviera, que siguen la misma ley y derecho que los protestantes: en su territorio imponen su propia fe católica. Desde luego que gran parte de Alemania ya se había hecho protestante. Aunque los luteranos se enzarzaron en luchas con los calvinistas a los que no podían ni ver, hasta decir: Antes que calvinistas, preferimos ser católicos. *La Guerra de los treinta años* la iniciaron los protestantes contra el emperador Fernando II (1619-1637), que obtuvo grandes victorias hasta 1630, en que sufrió la primera derrota. Francia, con Richelieu y Mazarino, por ir contra los Habsburgos alemanes, fue la gran culpable del retroceso católico, algo recuperado por Fernando III (1637-1657). Alemania estaba destrozada y empobrecida, y así en 1648 se firmó la **Paz de Westfalia**, nada favorable a la causa católica. Véase la nota de la Noticia de la Edad Moderna antes de la lección 112.

Y así se ha seguido hasta nuestros días. Guerras religiosas, ya no. Pero el resentimiento entre católicos y protestantes no moría nunca. ¿Quién era el Papa de Roma para un protestante? ¿Y qué era el protestante para el católico?... Pero hoy, a partir del querido Papa Juan XXIII (1958-1963), el Concilio Vaticano II (1962-1965) y los Papas siguientes, van desapareciendo las tensiones, y con el bendito “Ecumenismo” estamos todos soñando en que un día vendrá —y vendrá, porque es el Espíritu Santo quien lo ha soplado en su Iglesia—, el que todos los hermanos, hasta ahora *separados*, nos demos un abrazo fraternal en la única Iglesia de Jesucristo. La Edad Nueva comenzó con malos augurios, un destierro penoso de los Papas, un cisma, un hundimiento moral del Pontificado por el Humanismo y Renacimiento, y un desgarramiento trágico con la revolución luterana. Pero la vemos acabar con un empuje grande originado del Concilio de Trento, de Órdenes y Congregaciones Religiosas llenas de vida y de una pléyade de Santos insignes de verdad, y abierta a nuevas Misiones que le compensarán con creces las pérdidas sufridas. Aunque los siglos que vienen serán también muy duros, veremos a Jesucristo sacando siempre adelante su obra.

100. El Concilio de Trento

Cuando murió Ignacio estaba en plena actividad el tan suspirado Concilio que se celebraba en Trento. Cronológicamente, el nacimiento de la Compañía de Jesús se puso en el momento preciso. Ahora vamos al acontecimiento más trascendental celebrado en la Iglesia durante muchos siglos.

No hemos exagerado nada al emplear las expresiones “trascendental” y “muchos siglos” aplicadas a Trento. De él arranca una Iglesia reformada, joven, llena de ideal y de grandes obras, no interrumpidas hasta nuestros días. Para su celebración se escogió —por el Papa Paulo III y por el emperador Carlos V—, la ciudad de Trento, fronteriza con la Alemania bastión de los luteranos, y hoy en lo más alto de Italia, al sur del Tirol.

Para situarnos bien desde el principio, señalemos sus fechas y períodos. Se inició en Diciembre de 1545 y se concluyó dieciocho años más tarde, en Diciembre de 1563. Tuvo tres períodos: **el primero**, de 1545 a 1548, aunque en 1547, debido a la peste que se echó sobre Trento, el Concilio se trasladaba a Bolonia, donde se suspendió en Noviembre de 1549. Reanudado ya en Trento, el **segundo** período fue de 1551 a 1552; y el período **tercero** se tuvo de Enero de 1562 al 4 de Diciembre de 1563 cuando se clausuraba con la firma de los 252 Padres conciliares, la de todos menos uno; el papa Pío IV lo ratificaba verbalmente el 30 de Diciembre y con la bula *Benedictus Deus* el 26 de Enero de 1564.

Los Papas y los Padres conciliares recordaban bien los Concilios de Constanza, Basilea y Florencia hacía más de un siglo, y no estaban dispuestos a que se repitieran sus errores.

Por eso, bien pensadas y discutidas las cosas, las dos principales modificaciones fueron: primera, que los votos serían *individuales*, y no por naciones o grupos particulares; y segunda —que resultó magnífica—, que las cuestiones *doctrinal* y *disciplinar* serían tratadas a la vez: conocida, votada y aprobada la *doctrina*, seguirían los decretos de *reforma* de las costumbres, aplicables en la Iglesia una vez aprobadas por el Papa, cabeza del Concilio.

Hecha esta introducción tan sumaria, podemos ya exponer algo —no mucho, porque sería larguísimo— del desarrollo del Concilio, aunque sea a base de notas sueltas. Y digamos que las dificultades fueron enormes desde el principio, aunque Dios sacó libre de todas ellas a su Iglesia. Y la primera: la actitud de los protestantes. Debían ser invitados: ¡Vengan al Concilio!... La cosa más inútil, porque tenían en la cabeza las palabras de Lutero: “Nosotros estamos seguros de nuestras cosas por el Espíritu Santo, y no necesitamos de ningún concilio”; y además, manejaban el calamitoso escrito luterano de Febrero de 1545, diez meses antes de empezar el Concilio, *Contra el papado de Roma, fundado por el diablo*, donde ya en la portada representa al Papa con orejas de burro, habla de la “infernidad del papa”, del “asno papal”, “pillo desesperado”, “habitación corporal de Satanás”, “hermafrodita y papa de homosexuales”. Por eso, el concilio no sirve para nada. Por lo mismo, lo mejor que pueden hacer los príncipes es quitar al Papa todos sus dominios, y luego “tomarlo a él mismo, a los cardenales y a toda la tropa de su idolatría y santidad papal, y, como blasfemos, arrancarles la lengua por el pescuezo y clavarlos en sendas horcas”. Hubo momento en que parecía iban los protestantes a aceptar la invitación, pero pusieron condiciones inaceptables: querían un concilio “libre”, independiente del Papa. Seguían la idea y las órdenes de Lutero, que moría dos meses después de inaugurado el Concilio. ¿Y Calvino?

Odiaba al Papa lo mismo que Lutero, y escribió también sus *Escolios*, de los que dice un acatólico que “en muchos lugares no sólo son acres y mordaces, sino también groseros y asquerosos”. Ya no se pensó más en invitar a protestantes de cualquier confesión. No hacía falta, pues sus doctrinas eran bien conocidas y no habían de exponerlas, defenderlas y tratarlas para llegar a la misma fe de la Iglesia revelada por Dios.

De todo lo que se trató en el Concilio nos vamos a fijar sólo en *cuatro* puntos principales: *doctrinalmente*, sobre lo más delicado y enseñado y difundido por los protestantes, y *disciplinariamente* lo que se había de reformar en la Iglesia.

1. Ante todo, se empezó por la **Sagrada Escritura**. Como los protestantes utilizaban la Biblia para todo, se hicieron con ella como una propiedad exclusiva: la traducían libremente, suprimían los libros que no les interesaba, cambiaban el sentido de los textos... El Concilio fue clarísimo: La Biblia, íntegra, consta de TODOS los libros y *partes* que contiene la Antigua Vulgata latina; no es interpretada por el libre albedrío de cada uno, y en cualquier caso dudoso se hace según el sentido que le ha dado siempre la Iglesia Católica... Con ello, venía a decir que además de la Biblia había que contar con la *Tradición* de la Iglesia como fuente de la Revelación.

2. Otro punto fue el del **pecado original**: Cómo se transmite, lo herida que dejó a la naturaleza humana, cómo se perdona, cómo quedamos aún después del bautismo: heridos y debilitados, sí; pero pecadores obligados, no. Ya nadie podría decir lo de Lutero: “peca fuertemente” porque el pecado es inevitable. Ese pecado original es de *todos*, pero el Concilio, sin definirlo, se cuidó muy bien de decir que no era intención suya el incluir a la Virgen en ese “todos”, con lo cual insinuaba claramente la Inmaculada Concepción de María.

3. De ahí se pasó con toda naturalidad al punto clave del Concilio: la **justificación**. Sabemos bien lo de los protestantes a partir de Lutero: el hombre se justifica *sólo* por la FE *sin* las OBRAS buenas, que no sirven para nada. Además, la Gracia no se adhiere al hombre transformando todo su ser, sino que sólo se le imputa, es decir, Dios no cambia al pecador, sino que, permaneciendo pecador el hombre, Dios no mira sino los méritos de Jesucristo, que Dios le echa encima como un vestido. Esto era el error fundamental de Lutero. Y el Concilio, después de amplios estudios y de muchas discusiones, que duraron meses, fue clarísimo: **a)** la gracia primera viene de Dios sin merecerla el hombre de ninguna manera; es *gratuita* del todo; aunque el hombre puede rechazarla, porque es libre. **b)** Pero el hombre, debe *colaborar* con esa gracia gratuita de Dios; si lo hace, queda justificado o santificado. **c)** La Gracia que entonces Dios le da, por los méritos de Jesucristo y por obra del Espíritu Santo, se le infunde y lo invade del todo, interna y externamente, además de que le mete también las tres virtudes teologales de la fe, la esperanza y la caridad. El pecador se ha convertido en justo, en santo. **d)** Si peca después, pierde toda esa Gracia, pero le permanece la fe en raíz, y, si colabora a la acción de Dios que le ofrece el perdón, recobra de nuevo esa Gracia santificante, sobre todo —dirá más adelante el Concilio— con el sacramento del perdón que Dios dejó a su Iglesia.

Claros estos principios, somos santos no porque Dios es santo, sino porque el Dios santo nos **hace santos** a nosotros. Este decreto dogmático sobre la justificación, punto culminante del Concilio, fue promulgado el 13 de Enero de 1547. Una doctrina de tanta trascendencia, que el más famoso teólogo e historiador protestante y racionalista moderno, Harnack, ha podido afirmar honestamente: “Se puede dudar si la reforma protestante se hubiera podido

desarrollar si este decreto hubiese sido promulgado en el anterior Concilio de Letrán”. Efectivamente, Lutero no hubiese tenido dónde agarrarse sobre la teoría de la justificación, raíz y base de todos sus errores.

4. De todo lo tratado sobre los Sacramentos, digamos sólo acerca de la **Eucaristía** que el Concilio acabó para siempre cuando determinó lo de la **transubstanciación**, con la famosa definición dogmática: Si alguno dijere que Jesucristo no está verdadera, real y substancialmente en el Santísimo Sacramento con su Cuerpo y Sangre, junto con el alma y divinidad, como la Iglesia lo expresa apropiadamente con la palabra transubstanciación, sea anatema, excomulgado, maldito...

Debido a la brevedad, sólo hemos podido traer estos cuatro puntos fundamentales de la parte doctrinal del Concilio, aunque fueron muchos más. A partir de entonces, la Iglesia, ante cualquier error, se remite de la manera más segura a Trento, fundamentado en todo sobre la *Biblia* y la *Tradición*, por más que fuera de la Iglesia Católica se multipliquen los errores al tomar la Biblia e interpretarla cada uno según su propio parecer.

Y hemos de ser también muy breves en lo referente a la **reforma** de las costumbres, porque los decretos del Concilio fueron inexorables. Esta vez se tomaba en serio la reforma de la cabeza y de los miembros. La **Curia papal** fue la primera en ser examinada y avisada. Los **obispos** hubieron de aceptar la obligada residencia en sus diócesis, al quedar del todo prohibido poseer más de un obispado. Los mismos **cardenales** se vieron sujetos a normas que antes no aceptaban por nada. De la misma manera y proporcionalmente, todos los demás **eclesiásticos** en sus cargos y deberes. Se instituyeron los Seminarios para la formación de los futuros sacerdotes, llamados por eso después **Seminarios conciliares**. Muy en particular se tuvo la reforma de la **predicación** al pueblo, tan malparada anteriormente. Y porque no hubo más tiempo, se dejó al cuidado de los Papas que siguieran la impresión actualizada de la *Biblia*, del *Misal*, del *Breviario* o manual del rezo de los sacerdotes, y del *Catecismo Romano*. Todo se cumplió después fidelísimamente.

¿Queremos saber lo que fue en definitiva el Concilio de Trento? Se lo preguntamos a autores no católicos, pero autorizadísimos historiadores protestantes alemanes.

Ranke: “Con fuerzas rejuvenecidas y aunadas, el catolicismo se enfrentó con el mundo protestante”. Y *Henne am Rhyn*, dice lealmente: “La Iglesia del Papa quedó fortalecida y purificada; se convirtió en lo que sigue siendo hoy todavía: un edificio sólido, imponente, intangible, inmutable”. Y los dos escribían en el siglo XIX, cuando a la Iglesia Católica se le denigraba por todos y sin piedad.

Nosotros, con serenidad y mirando al Cielo, reconocemos que Trento ha sido una de las mayores gracias que Dios ha concedido a su Iglesia en muchos siglos. Ha partir de él, la tan traída y llevada **reforma** durante años y años se convirtió en una espléndida realidad, que ya no ha tenido que ser repetida, como lo veremos en todas las lecciones siguientes.

101. SAN PIO V Y LEPANTO

La reforma del Concilio no se iba a implantar fácilmente. Aunque aceptada oficialmente por toda la Iglesia, se presentaban dificultades y resistencias. El ejemplo que dieran los Papas sería algo fundamental. Y muerto Pío IV que terminó y aprobó el Concilio, le sucedía el que había sido general de los Dominicos, Miguel Ghislieri, con el nombre de Pío V. A pesar de los pocos años como Papa (1566-1572), no se entiende cómo pudo llevar adelante tantas obras para implantar todas las disposiciones tridentinas. Se necesitaba en la Iglesia un Papa como él.

La reforma conciliar no debía quedarse en decretos sobre el papel y el nuevo Papa, piadoso, austero, empezó por sí mismo, fiel a sus palabras: “Las armas de la Iglesia son la oración, la penitencia y la Sagrada Escritura”. No quiso consigo a parientes, pues había de acabar radicalmente con el nepotismo, y si dio el cardenalato a su sobrino Michele Benelli fue casi por imposición de los demás cardenales, y al pobre sobrino le exigió en el Vaticano una vida de austeridad tan severa como la del tío Papa —que vestía bajo la sotana papal un áspero hábito dominico y dormía sobre un jergón de paja—, y así le prohibió a Michele los vestidos y cortinajes de seda, igual que la vajilla de plata. Con su familia, de condición humilde, fue riguroso, y si ayudó a sus sobrinos fue sólo haciéndoles estudiar en el colegio de los jesuitas. A un hijo de su hermano le permitió venir a Roma por las muestras de valor que había dado anteriormente y lo nombró oficial en la guardia pontificia. Pero al saber el tío que el joven llevaba secretamente una vida poco arreglada, le dio al fiscal por escrito la sentencia: “Paolo Ghislieri pierde todos sus empleos e ingresos; en el plazo de tres días, ha de abandonar Roma y al cabo de diez los Estados Pontificios”. Esto, con los familiares.

Además, todos los enormes gastos que se hacían para la coronación del nuevo Papa, él mandó repartirlos entre los pobres. Y como la reforma de las costumbres había de llegar a todos los fieles, al aproximarse los carnavales, tan fastuosos y ligeros en Roma, el Papa se trasladó al convento dominico de Santa Sabina, dejando el Vaticano, para no poder presenciar ninguna diversión y enseñar a todos la seriedad cristiana. Hizo salir de Roma a muchas mujeres dedicadas a la prostitución —pues había muchas, a pesar del apostolado tan paternal y eficaz que San Ignacio de Loyola había desarrollado con ellas—, y respondió a quienes le aconsejaron no despedirlas, pues eran tantas: “Quédense aquí con ellas, que yo me marcharé a otra ciudad”. Y para enseñar a los cardenales, que hasta entonces vivían como príncipes, nombró un buen grupo escogidos de entre los sacerdotes más ejemplares. Así empezaba la *reforma* por la Curia y por la Ciudad del Papa. Ahora, tendría autoridad para imponerse en cosas más serias.

Los romanos se iban a sentir contentos, a pesar de las exigencias del Papa, porque tomó a pechos el arreglo de la Ciudad, en parte para dar empleo a muchos trabajadores. Así, reanudó las obras de la basílica de San Pedro; reparó los acueductos de la fuente de Trevi; para eliminar la usura, que empobrecía a tantos, a los judíos los hizo habitar en su barrio propio y creó en todos los rincones montes de piedad.

Junto con estas mejoras materiales, impuso a la vez la instrucción del pueblo en la doctrina cristiana. Hizo imprimir el *Catecismo Romano*, escrito anteriormente por unos Padres dominicos, para los sacerdotes y fieles, ya que los niños y jóvenes contaban con otros más sencillos como el de San Pedro Canisio.

Con todo, si algo preocupaba a Pío V era la **Inquisición**. Hombre bondadosísimo, pero en cuanto a la fe católica era intransigente hasta el extremo. Como el único remedio que veía eficaz era la Inquisición, ésta se le convirtió en obsesión verdadera. Estaba dispuesto a perdonar, y los perdonaba de hecho, a todos los herejes o sospechosos de herejía que abjuraban de sus errores; pero, ¡pobres los que se mantenían en sus ideas anticatólicas!, las cuales podían ser ahora juzgadas con claridad meridiana con sólo presentarles las decisiones de Trento. Esto ocurrió con el famoso hereje Pietro Carnesecchi, ex secretario del papa Clemente VII, y acusado y juzgado bajo Pío IV. Vivía libre en Florencia, pero Pío V lo pidió para juzgarlo en Roma ante las nuevas acusaciones que le llegaban. Los Médici lo entregaron al Papa, y leídos en público los resultados del interrogatorio, lectura que duró dos horas ante un público inmenso, el enviado de su señor el duque de Mantua, escribía: “Muchos años hacía que no se habían sabido cosas semejantes de un hombre como éste, el más criminal hereje que jamás haya existido. Cuanto más avanzaba la lectura, mayor era el estupor que causaba oír tanta maldad”. Sentenciado a muerte, el Papa retrasó la ejecución para darle tiempo a reflexionar, se arrepintiera y se confesara. Esperando le perdonarían la vida, al fin hizo una retractación tan equívoca y confusa que ni católicos ni sus partidarios herejes quedaron satisfechos. Sólo Dios supo su suerte eterna...

En algo que no valía la Inquisición fue en el caso de Isabel I de Inglaterra, la hija de Enrique VIII con Ana Bolena. Sabemos cómo jugó con dos caras hasta verse segura en el trono, que de suyo no le pertenecía. Desenmascarada ya del todo, declarada hereje manifiesta y con el título de Cabeza de la Iglesia Anglicana, se mantenían en ésta sólo dos sacramentos como simple signo de la gracia, Bautismo y Eucaristía, pero negada la *transubstanciación*, de manera que Cristo no está realmente en el Sacramento, el cual es un simple “recuerdo”, “memoria”. Isabel fue excomulgada por el papa San Pío V, y murió sin la más mínima señal de retractación después de haber hecho cometer incontables asesinatos en los que le negaban sus derechos reales y su privilegio de Cabeza de la Iglesia.

LEPANTO merece un recuerdo muy especial al hablar de San Pío V. Recordamos por muchas lecciones anteriores cómo desde el siglo XIII todos los Papas y Concilios planeaban siempre dos cosas: la *reforma* de la Iglesia y la *cruzada* contra los musulmanes. La reforma no se tomó nunca en serio, y, en cuanto a la cruzada, no respondían los reyes y príncipes, o se retiraban vencidos. Total: fracaso siempre en ambos proyectos. La lucha contra el Islam se hizo mucho más apremiante desde 1453 con la caída de Constantinopla en manos de los turcos. San Pío V calibró como nadie la situación: o se les vencía de una vez o peligraba la Europa entera. Inició en serio la *reforma* de la Iglesia y vino como un premio de Dios la segunda parte: al fin el turco musulmán iba a ser vencido.

Llamó a las naciones cristianas para la cruzada, llamada esta vez la *Liga Santa*. Respondieron España y Venecia, pero no Portugal ni Austria, y menos Francia, la cual había pactado con los turcos. No hay que describir las dificultades que se hubieron de vencer. Pero al fin se llegó a formar la enorme escuadra que debería enfrentarse en una batalla naval contra los turcos, muy superiores en fuerzas al sureste de Asia y a las mismas puertas de Europa ya en la Grecia continental. En Septiembre de 1571 se llegaron a concentrar en Mesina, Sicilia, las fuerzas cristianas: España, con 164 naves; Venecia, con 134, y los Estados Pontificios con 13; un total de 316. Contaban con 1,250 cañones. Y los soldados en total, 91.000,

entre españoles, venecianos, italianos y alemanes. Los enormes gastos se dividieron en seis partes, de las cuales pagaría tres España, dos Venecia y una el Papa. Al frente de la expedición, como Jefe supremo, iba el joven Don Juan de Austria, hermano de Felipe II rey de España. Hechos a la mar, emprenden el viaje hacia Oriente, hasta que el 7 de Octubre de 1571 se encuentran las dos armadas frente a frente en el golfo de Lepanto para emprender la lucha que Miguel de Cervantes llamará “la más memorable y alta ocasión que vieron los pasados siglos, ni esperan ver los venideros”.

Grandes discusiones de los estrategas cristianos ante las dificultades que se presentan, hasta que se impone la voluntad del Jefe Don Juan de Austria: “Señores, ya no es hora de deliberaciones, sino de combatir”. Antes, se había arrodillado para rezar, imitado en las otras naves, a la vez que clamaba a todos: “Victoria segura, que vamos a luchar por Dios, y si luchamos hasta perder la vida, la ganaremos”. Los Padres jesuitas y capuchinos mandados por el Papa, impartían a todos la absolución y les aplicaban la indulgencia plenaria. La batalla fue terrible. En torno a la nave capitana de Don Juan, fielmente protegida, se hizo presente también la capitana de los turcos, cuyo jefe Alí Bajá murió. Un galeote cristiano, Andrés Berra, descuelga el estandarte turco, le corta la cabeza a Alí, salta con ella a la nave capitana, se la ofrece a Don Juan, el cual, con gesto de asco, le grita: “¡tírala al mar!”... Al atardecer, después de una lucha gigantesca, y vencidos los turcos, la batalla se daba por concluida, con resultados escalofriantes. Los turcos perdieron 262 barcos, con 25.000 a 30.000 muertos; 5.000 prisioneros, y liberados 12.000 que llevaban en sus galeras. Los cristianos habían perdido 40 naves, 2.700 hombres muertos, más 14.000 heridos, uno de los cuales fue Cervantes, mutilado en un brazo que le dejará inútil para siempre la mano izquierda, aunque con la derecha nos dejará su obra genial de *Don Quijote de la Mancha*.

San Pío V atribuyó semejante victoria a la Virgen María, pues aquel día había organizado en Santa María la Mayor solemnes rogativas, e instituyó la fiesta de *Santa María de la Victoria*. Pero Gregorio XIII, considerando que fue el triunfo por el rezo del Rosario, fijó en el mismo día 7 la fiesta de la Virgen del Rosario, que perdura hasta nuestros días.

La verdad es que no se sacó después todo el fruto que podía haber producido Lepanto. Los turcos en adelante ya no iban a preocupar seriamente. Pero no se les aniquiló del todo, como quería el Papa, en el norte de África y Constantinopla. Así y todo, Lepanto fue decisivo para la paz cristiana en Europa.

Con San Pío V comienza la serie ininterrumpida de Papas postridentinos, que serán una gran gloria de la Iglesia. Como hombres que son, tendrán sí sus defectos humanos, como cualquier persona, pero en ninguno se condenarán ya los fallos aquellos que tanto hicieron padecer al Pueblo de Dios en siglos anteriores. Al revés, desaparecido el *conciliarismo* —eso de que el Concilio estaba sobre el Papa—, todos los fieles estarán siempre orgullosos del Obispo de Roma, al que venerarán con fe como Vicario de Jesucristo.

102. LOS PAPAS DESPUÉS DE TRENTO

La paz de Westfalia en 1648 señalará el final de la Edad Nueva, un siglo en redondo desde la muerte de Lutero e inicio del Concilio de Trento en 1546. ¿Cómo actuaron los Papas a partir de Trento? ¿Siguieron la línea de San Pío V?

Gregorio XIII (1572-1585), rompe la marcha de una manera que vienen ganas de llamarla triunfal. ¡Hay que ver las obras que realizó! Con la juventud que había llevado —llegó a tener un hijo natural—, nadie hubiera sospechado lo ejemplar que fue después, una vez convertido gracias a la labor de San Carlos Borromeo sobre su alma. Elegido Papa, no perdió un día en seguir la reforma iniciada por San Pío V conforme en todo a Trento.

Su primer cuidado y obsesión fueron los **Colegios** establecidos en Roma y otros que iba a fundar: era cuestión de empezar por tener buenos sacerdotes que llevaran a toda la Iglesia la mejor formación recibida junto al mismo Papa. Empezó con sumo acierto por el *Colegio Romano* fundado por San Ignacio de Loyola. Lo dotó de veinte salones para clases y con más de trescientas cincuenta habitaciones. Ese Colegio por el que desfilaron toda una legión de jesuitas eminentes por su saber y por su santidad. Baste decir que su Iglesia adjunta contiene el sepulcro de tres Santos de esos mismos días: los estudiantes Luis Gonzaga, Juan Berchmans y el Cardenal y Doctor de la Iglesia San Roberto Belarmino. El Colegio se convertirá en la *Universidad Gregoriana* —por el mismo Papa Gregorio—, de la cual salieron hasta nuestros días varios centenares (cuatro al menos) de obispos y arzobispos, varias decenas de cardenales, 13 de los cuales han llegado a Papas. Y a la vez que el Colegio Romano, Gregorio daba nueva forma al Colegio *Germánico* y *Húngaro*, iniciado por el mismo San Ignacio, y el *Colegio Inglés*, con el mismo fin de los anteriores: formar sacerdotes que llevarían la fe católica a aquellos sus países caídos en gran parte bajo el protestantismo.

La reforma de la Iglesia la promovió sobre todo protegiendo y amparando a las Órdenes que estaban volviendo a su primitivo estado de fervor religioso. Y entre sus obras más notables está el haber corregido el *Calendario*, que llevaba al menos diez días de retraso con la realidad del tiempo —por eso se llama *reforma gregoriana*—, que hizo saltar del 5 al 15 de Octubre de 1582 sin contarse los días intermedios. Fue también Gregorio XV quien estableció con carácter fijo y diplomático las *Nunciaturas* en las naciones amigas. Fue lástima que en el plano político fuera mal informado y tomase resoluciones equivocadas, sin culpa suya, como en el hecho triste de la *Noche de San Bartolomé* (lección 99), que le causó honda pena al saber la verdad, pues lo había hecho celebrar en Roma como un gran triunfo de la fe católica cuando fue un desastre civil de la casa real de Francia. En fin, un gran Papa este Gregorio XV que dejó en la Iglesia recuerdo imperecedero.

Sixto V (1585-1590), franciscano de origen humilde, pero muy impuesto en doctrina y muy virtuoso, es otro Papa que realizó proezas en sólo cinco años. Se empeñó en embellecer Roma, y hay que decir que lo hizo bien. Proveyó de agua abundante a la Ciudad; construyó junto al puente Sixto un gran hospital capaz de acoger a dos mil enfermos pobres; y en el Vaticano terminó la cúpula de Miguel Ángel, trasladó el célebre obelisco de cuarenta metros de altura al centro de la plaza, lo cual fue una aventura.

Los Estados Pontificios estaban infestados de bandoleros que sembraban la inquietud a todos, y con mano enérgica implantó en ellos la paz interna.

En cuanto a la Curia, la restauró desde los cimientos. Fijó el número de los cardenales en *setenta* a lo más, número que se conservó hasta nuestros días, rebasado por primera vez por Juan XXIII (1958-1963). A los mismos cardenales, muy bien escogidos, les dictó severas normas de conducta. Creó nueve Congregaciones —“ministerios” los llamaríamos nosotros—, para el gobierno de la Iglesia.

Políticamente, se inclinaba por España, la primera potencia entonces con Felipe II y totalmente católica, pero amaba y quería a Francia, a la que los calvinistas o hugonotes le habían arrebatado una gran parte de fieles. Y miró con gran simpatía a Polonia, que con su héroe Esteban Báthory era un frente cerrado contra los turcos.

En definitiva, Sixto V un gran Papa, humilde, enérgico, emprendedor. Le van a seguir tres Papas de los que sólo traemos los nombres, pues Dios se los llevaba al Cielo después de cortísimos pontificados: Urbano VII, Gregorio XIV e Inocencio IX. Y dejaremos después a León XI (1621), cuyo pontificado no llegó a un mes.

Clemente VIII (1592-1605). Buen Papa, muy piadoso y austero. Celebró el Año Santo del 1.600 con una afluencia tan enorme de Peregrinos que se calcularon en unos tres millones. La obra más destacada de Clemente VIII fue la publicación de la Biblia oficial de la Iglesia, la Vulgata, totalmente puesta al día, y llamada por eso hasta hoy la *Biblia Clementina*. Su punto débil o muy discutible fue la política, siempre contra España por considerarla muy fuerte, y la quiso equilibrar con Francia, la otra gran nación. Por eso se puso contra Felipe II y con su aliada la Liga católica francesa, y se colocó al lado de Enrique IV de Navarra (lección 96), cuya conversión se esperaba, y que fue efectivamente rey de Francia. Aunque fue Clemente quien concertó una paz benéfica entre Francia y España, mientras el catolicismo se iba consolidando más en Europa al atajar el avance protestante.

Paulo V (1605-1621). Sigue con él robusteciéndose el catolicismo en Alemania y Francia. En cuanto a la reforma, se pone firme ante los cardenales obispos: o cada uno reside en su diócesis o la debe dejar previa renuncia. Políticamente, tiene un gravísimo enfrentamiento con Venecia, que se envalentona contra el Papa, encarcela a dos eclesiásticos y publica leyes contrarias al Pontificado. Todos obedecen, menos los jesuitas, capuchinos y teatinos, que fueron violentamente expulsados de la Serenísima. Tercos el Dux y la República, les caen excomuniones y el entredicho. El Papa no tenía por qué tener miedo. La situación se hace insostenible, y Enrique IV de Francia interviene entre las dos partes, que se reconcilian y vuelve la paz.

Paulo, gran constructor también, se impone para dejar definitivamente el templo de San Pedro en forma de cruz latina, con mucha más capacidad para asistentes, y hace construir a Maderna la fachada de la basílica de San Pedro. Magnífica, robusta, aunque deshace la visión de la cúpula de Miguel Ángel, pero admirada por todos como gran obra de arte barroca.

Gregorio XV (1621-1623) Pontificado muy breve, pero muy fecundo. Este Papa instituyó la *Congregación de Propaganda fide*, como el “ministerio” para todo lo relacionado con las Misiones. Y fue muy notable la canonización que realizó el 12 de Marzo de 1622 de Francisco Javier, Ignacio de Loyola, Felipe Neri, Isidro Labrador y Teresa de Jesús. La Iglesia quedó grandemente glorificada por la exaltación de estos tan insignes Santos.

Urbano VIII (1623-1644). Un pontificado lleno de grandes obras, aunque con muchas sombras también, como su nefasto nepotismo, que parecía eliminado para siempre del pontificado. Urbano era un hombre de muchas cualidades, pero de temperamento muy apasionado. Su fracaso mayor fue el favoritismo que prestó a Francia en la Guerra de los treinta años contra España y los Habsburgo, porque con ello favoreció a las armas protestantes cuando los católicos se estaban fortaleciendo cada vez más; eso llevó a la firma fatal de la Paz de Westfalia, tan perniciosa para la Iglesia Católica (lección 99). No era esa la intención del Papa, pero fue de una influencia decisiva un hecho tan desagradable.

Fue doloroso en este pontificado el caso de Galileo (lección 107), aunque la responsabilidad de su condenación no cayera precisamente sobre el Papa, pero cedió en su desprestigio. Hemos empezado con esto por el final del pontificado de Urbano VIII. Dejémoslo.

El Papa desarrolló una actividad muy laudable en las letras y las artes. Su obra externa más llamativa fue el hacer construir a Bernini el admirado baldaquino con cuatro columnas de bronce de treinta metros de altura sobre el altar de San Pedro, aunque para ello despojó el bronce del techo del Panteón, cosa que no se le perdonó fácilmente, y también la llamada *Gloria de Bernini* en el fondo de la basílica, con ese Espíritu Santo que embelesa.

En el plano religioso, a Urbano VIII se debe el *Colegio Urbano*, sede del seminario para las vocaciones que acudían a *Propaganda fide* para las Misiones, Colegio convertido después en la meritísima Universidad Urbaniana, formadora de tantos misioneros y misioneras.

Inocencio X (1644-1655). Sin que él interviniera, la Paz de Westfalia se firmó durante su pontificado en 1648. Fue la mayor humillación sufrida por la Iglesia de parte de los protestantes ante la pasividad de todos los Estados católicos. Lo peor de todo en ella: los príncipes podían imponer la propia religión a los súbditos, que la debían aceptar o de lo contrario salir del territorio. Imposible un golpe peor a la conciencia de la persona. La protesta del Papa fue enérgica y contundente. Algo de ello diremos al empezar la Edad Moderna.

Como hemos podido comprobar, todos los Papas desde hacía un siglo fueron renovando la Iglesia poco a poco y con paso firme, sin aceptar el más pequeño error ni condescender con las inmoralidades antiguas. Así seguirán en adelante. Contaron con las Órdenes religiosas reformadas, con otras nuevas y con Santos y Santas que casi llegan a asombrar por su cantidad y, digamos si queremos, por su *calidad* extraordinaria.

103. ÓRDENES RELIGIOSAS RENOVADAS Y NUEVAS

Todas se merecen nuestra admiración. No hubo una que no tomara en serio la reforma; más aún, la reforma empezó en muchas de ellas antes de que se la viniera a imponer el Concilio de Trento. Surgieron además otras nuevas muy meritorias.

Por la gran significación que tuvo, empecemos por decir que aquí vamos a prescindir de la Compañía de Jesús, a la que dedicamos con San **Ignacio** una lección especial, como se hizo con San Benito, Domingo y Francisco. Nada diremos de los **Dominicos**, que se conservaban vigorosos, reformados por ellos mismos, y que en Trento se lucieron con sus máximos teólogos de Salamanca como Cano, Soto y otros, que tanto influyeron en la reforma de la Iglesia, sobre todo con su papa San Pío V. De los **Franciscanos** hemos de decir únicamente que el Papa León X dividió a los *Observantes* de los *Conventuales*; por otra parte, vendrán muy pronto los *Capuchinos*, y serán tres las Órdenes, pero las tres plena y auténticamente franciscanas. Los **Benedictinos**, sobre todo con la congregación de San Mauro, y los **Cistercienses** emprendieron una profunda reforma para contribuir también al progreso de toda la Iglesia.

Merecen una atención especial son los **Agustinos**. El hecho de que salió de sus filas el nefasto Lutero podría dar la impresión de que era una Orden relajada. Nada más falso. Precisamente el mismo año 1517 de la revolución luterana, el general Padre Gil de Viterbo fue nombrado cardenal y presentó al Papa un magnífico plan de reforma. Después Seripando, vicario de la Orden y más tarde general, aunque no pudo hacer nada con el rebelde Lutero, fue un distinguido religioso y esclarecido teólogo en el Concilio de Trento, hasta merecer que le llamaran “Heraldo de la reforma”. De los Agustinos eremitas se desprendió una rama que se haría muy fuerte y tan valiosa misionera: los **Agustinos Recoletos**, así llamados por aquellas casas de retiro en que se reunían los que querían vivir una observancia más exigente, y de la cual se originaron esas ramas que llegaron a formar la nueva Orden.

Hemos de mirar las nuevas Órdenes que nacieron por estos días, y hay que empezar, diríamos, por un “prólogo” como fueron los **Oratorios del Divino Amor**, surgidos en Italia a finales del siglo XV y de los cuales habló Lutero de aquella manera (lección 95); eran asociaciones de laicos, dedicados a obras de caridad y expresamente a la *reforma de la Iglesia*. De ellos salieron varios movimientos de reforma, como los **Teatinos** de San Cayetano; los **Barnabitas**, del celoso misionero San Antonio María Zaccaría; los **Somascos**, fundados por San Jerónimo Emiliani, dedicados a los niños huérfanos y a los más pobres.

Estas Órdenes, por los fundadores, tuvieron su origen en los Oratorios del Divino Amor. Pero, independientemente de ellos, vinieron bastantes más Órdenes o Congregaciones que enriquecieron grandemente a la Iglesia en estos tiempos que tanto las necesitaban. Imposible detenernos en todas, y vamos a insinuar nada más aquellas más importantes, *pero con tal que su fundación caiga antes del año 1648*, cuando acabamos la Edad Nueva. Nada diremos de los fundadores, para los que guardamos dos o tres lecciones con breve semblanza de los grandes Santos y Santas de esta época.

Los primeros que se nos presentan son los **Capuchinos**, Orden gloriosa de verdad. Su fundador fue Mateo de Boscia, franciscano de los Observantes, pero que se retiró para vivir

la regla de San Francisco en toda su pobreza y austeridad originales. Con los compañeros que se le juntaron vistieron todos un hábito pobrísimo, se dejaron la barba y usaban una capucha especial de la que les vino el nombre de *Capuchinos*. En 1528 los reconoció el papa Clemente VII. Sus dos primeros generales se retiraron, el mismo Mateo volvió a los Observantes, y la desgracia peor fue la apostasía de su general Bernardino Occhino pasado a los luteranos. La Orden se mantuvo firme. Ya en su centenario tenían unos 1.500 conventos distribuidos en unas 50 provincias religiosas. Tienen muchos Santos canonizados.

De los **Carmelitas** tendríamos que decir tanto... Teresa de Jesús emprendió la reforma de las monjas y pronto se empeñó también en la de los frailes, sirviéndose de Juan de la Cruz. Con los libros de los dos grandes Santos —y ambos Doctores de la Iglesia—, no tenemos que inventar nada. Los Carmelitas, mujeres y hombres, desde Santa Teresa y San Juan de la Cruz, forman cuatro Órdenes distintas, los *Calzados(as)* y los *Descalzos (as)*; las monjas en sus conventos de clausura dedicadas enteramente a la contemplación, y ellos entregados a la vida apostólica con gran tendencia a la vida contemplativa.

Los **Escolapios**, o de las *Escuelas Pías*, fueron fundados en Roma en 1597 por el español San José de Calasanz. Entregados a la enseñanza gratuita de los niños pobres con voto especial, además de los tres ordinarios de los religiosos, el Fundador fue el primero que obligó a la Iglesia como al Estado —en cuanto de él dependió— a hacer *obligatoria* la enseñanza de tanto niño como divagaba por las calles. La vida de San José de Calasanz por su obra es toda una aventura casi inexplicable de persecuciones y calumnias espantosas. Pero, de todo salió a flote, hasta el punto de ser considerada la Orden, como obra de Dios que era, como una de las más meritorias existentes en el campo de la enseñanza.

Los **Oratorianos** fueron fundados también en Roma por el florentino San Felipe Neri con algunos sacerdotes seculares. En 1564 establecía con ellos una Congregación en la que cada casa es independiente de las demás. Sus miembros no emiten los votos religiosos. Son notorios en sus iglesias por la dedicación —prácticamente exclusiva— de los sacerdotes al ministerio de las confesiones, con las que ejercen un apostolado extraordinario.

El **Oratorio de Berulle** se ha hecho famoso en Francia y en toda la Iglesia, inspirado en los mismos Oratorios de San Felipe Neri. Su fundador fue Pierre Berulle, que se dio a un apostolado ardiente y con seis compañeros fundó en París su Oratorio, que multiplicado después en muchos más, dio a conocer tanto a su fundador que el Papa Urbano VIII, a instancias del rey Luis XIII, en el año 1627 lo creaba cardenal. El Oratorio contribuyó grandemente a la reforma espiritual en Francia y otras muchas partes. Junto con el Oratorio de Berulle, nace en Francia el año 1642 fundada por el sacerdote Olier la **Sociedad de San Sulpicio**, meritísima por la formación del Clero en la dirección de los seminarios. Igualmente, en 1643 la Congregación de los **Eudistas**, así llamados por el fundador San Juan Eudes, que contribuyó mucho a la piedad con la devoción a los Sagrados Corazones

Los **Camilos**, así llamados por su fundador San Camilo de Lellis, italiano, llamados *Clérigos regulares ministros de los enfermos*. Su origen es hermoso. Camilo, soldado, fue herido en el muslo y los cuidados que le brindaron fueron muy deficientes. Curado, y con-

vertido de su vida disipada anterior, pasados los treinta años abrazó la carrera sacerdotal y quiso atender a los enfermos mejor de lo que habían hecho con él. Aquí estuvo todo. Y se entregó a ellos con toda el alma, fundó la Orden que aprobó el papa Sixto V en 1586, y sus miembros se consagraron con heroísmo a los enfermos más necesitados, en especial a los afectados por la peste y epidemias generales, “como lo harían con el mismo Cristo”.

Muy especial mención merecen los **Hermanos de San Juan de Dios**, portugueses, fundados en Granada, España, en 1540. Entusiasmado un obispo con el heroico fundador, llamado Juan, le añadió el *de Dios*, y con “Juan de Dios” se ha quedado el iniciador de los Hospitales tal como existen hoy en la Iglesia y en la sociedad. Sus miembros, llamados “Hermanos”, indican bien claro que son laicos, aunque tengan también algunos sacerdotes, pero todos, unos y otros, verdaderos religiosos con los tres votos ordinarios. La Orden se extendió rápidamente y sigue pujante hasta nuestros días.

Los **Paulinos**, cuyo nombre oficial es *Sacerdotes de la Misión*, fundados en 1625 por San Vicente de Paúl, aconsejado y dirigido por el cardenal Berulle del Oratorio, cuando ya había fundado anteriormente con Santa Luisa de Marillac su obra cumbre, las **Hijas de la Caridad**, para las cuales sobran todos los elogios.

Esto de citar ahora a las Hijas de la Caridad, nos lleva a recordar algunas Religiosas fundadas también en el tiempo que nos ocupa. Citamos sólo algunas más notables.

Ya hemos mencionado a las **Carmelitas Descalzas** de Santa Teresa de Jesús. Sus “palomarcos de la Virgen” han llenado la tierra, monasterios que han producido santas a montón. Cuesta encontrar algo más querido en la Iglesia. Las **Ursulinas**, por estar bajo la protección de Santa Úrsula, fueron fundadas por la italiana Santa Ángela de Mérici en 1535, al principio no emitían votos, aunque lo hicieron a partir del papa Paulo V en 1607, y se hicieron famosas por haber sido, prácticamente, el primer Instituto dedicado a la enseñanza de las niñas pobres. Las monjas de la **Visitación**, de clausura, fundadas en Francia el año 1610 por Santa Francisca Fremiot de Chantal con San Francisco de Sales, han sido muy queridas siempre, y su gloria mayor ha sido quizá Santa Margarita María de Alacoque, la gran confidente del Sagrado Corazón. La **Compañía de María**, de Santa Juana de Lestonnac, francesa, religiosas de clausura, pero dedicadas a la enseñanza de las niñas y jóvenes.

Ante el panorama de estas Órdenes y Congregaciones religiosas, nacidas en los años en torno al Concilio de Trento, se ve patente hasta lo sumo la mano de Dios en favor de la Iglesia. Ante el mal enorme de la revolución protestante, Dios respondía suscitando por su Espíritu legiones de santos y de apóstoles como no se habían visto iguales nunca antes.

104. LOS GRANDES SANTOS DE ESTA ÉPOCA (I)

Nos conviene conocerlos. Son muchos, pero nos fijaremos sólo en algunos más sobresalientes. Y serán de los que hayan muerto antes del año 1648 en el que nosotros acabamos la Edad Nueva. Por orden cronológico de su muerte.

San Jerónimo Emiliani, veneciano, empieza con una juventud aventurera de soldado ligero, disipado, divertido, juerguista, hasta que cae prisionero y aprende en la cárcel lo que es la gravedad de la vida dura. Logra escaparse de la prisión, se convierte y se da a la Virgen en una iglesia de Treviso, norte de Italia, en la que cuelga las cadenas de prisionero como un exvoto a la Virgen María a quien se había consagrado. Permanece laico, sin abrazar el sacerdocio, para entregarse con heroísmo a los apestados; busca a los niños pobres, y les enseña el catecismo; se hace con un grupo de compañeros, *¿y qué les parece*, les dice, *si consagramos la vida a los niños huérfanos, los más abandonados de todos?...* El caso es que abre el noviciado en Somasca —de ahí el nombre de *Somascos* a su Institución—, y desde entonces los vemos a todos ellos entregados a los niños como *papás* verdaderos. Nuevamente la epidemia, y muere en 1537 al contraerla él mismo cuando se dio sin reservas a cuidar a los apestados. Jerónimo, tan humilde, y una vida tan heroica. Era uno de los frutos de la reforma emprendida en Italia con los Oratorios del Divino Amor.

San Juan de Dios, portugués, aunque pase como español, porque a los ocho años se escapó de su casa camino de España. Soldado, le acusan de un robo y es condenado a la horca. Le llega a tiempo el indulto, y otra vez al ejército, hasta Hungría. Después de recorrer media Europa, otra vez a España. Una vida de aventuras como para una novela divertida. A sus cuarenta y dos años, escucha un sermón a San Juan de Ávila, se conmueve, rompe a llorar, y exclama como un loco: *¡Misericordia, Señor!...* Se dirige a la gente por las calles, gritando: *¡Péguenme fuerte, que soy el mayor pecador del mundo!...* Lo toman por loco, lo encierran en el manicomio, y todos ven que sí, que era un *loco* rematado sin remedio posible... Porque lo dice de tal manera, que todos lo creen de verdad. Era una locura divina. Sale por la calle, y encuentra una casa con el letrero: *Se alquila para pobres*. Juan no tiene un centavo, pero se arriesga, la compra, le mete cuarenta camas, y aquella casa se convierte en el primer hospital del mundo moderno. Y hace la profecía sobre los Hermanos que va a fundar: “Vendrán después hermanos nuestros que levantarán muchos y magníficos hospitales”. De momento, él tiene bastante con el que cuida en la ciudad de Granada. Un día se le aparece la Virgen con el Niño desnudo, y le dice: *Juan, vísteme a Jesús, para que aprendas a vestir a los pobres*. Los prodigios de aquel hospital se hacen célebres por toda España y llegan hasta Roma, que conmueven al Papa como habían conmovido al rey Felipe II. ¿Médico ahora sólo de los cuerpos? No, antes lo es de las almas. Por eso dice a sus encomendados: *Cúrese primero el alma, porque teniéndola sana, Dios se cuidará de sanarle también el cuerpo*. Un día recoge Juan en plena calle a un pordiosero cubierto de llagas repugnantes. Juan se lo lleva y lo cura en el hospital. El enfermo se transforma, transfigurado de repente en Jesucristo, que le dice: *Juan, cuando socorres a los enfermos y a los pobres, me lo haces todo a mí mismo*. Y desaparece dejando a Juan con los mismos resplandores del Tabor. Juan dice sencillo a los que se admiran: *¡No es nada! Este fuego y luz que ven es el amor divino que me pasan los enfermos, dejado a ellos por el mismo Jesucristo...*

Juan de Dios muere en 1550. Cuarenta y dos años de un pecador loco, contrapesados por doce años de un loco a lo divino... ¿Y su obra? Desde muy antiguo existían los hospitales de la Iglesia, pobres siempre, pero con laudable caridad cristiana; desde ahora, Juan de Dios les empieza a dar en Granada una asistencia técnica, totalmente nueva.

San Pedro de Alcántara, español franciscano, pasa como uno de los santos más penitentes de la Iglesia. “Cuado yo le conocí era ya muy viejo, y su cuerpo estaba tan débil y vacilante, que parecía más bien hecho de raíces y corteza de árbol que de carne”, dirá de él graciosamente su admiradora y amiga Santa Teresa de Ávila, a la cual se le aparecerá después de muerto, y le dirá las tan conocidas palabras: *¡Oh bendita penitencia, que tanto peso de gloria me ha merecido!*... Todos sabemos la vida principesca que se daban los Papas, obispos, sacerdotes y muchos religiosos en aquellos tiempos del Renacimiento. Pedro de Alcántara quiere reformar la vida religiosa de su Orden, y empieza a enfrentarse con aquella vida de despilfarro en los eclesiásticos llevando la pobreza y la austeridad a límites inconcebibles, con la vida en su celda de dos metros, la mitad de la cual se la llevaba la “cama” de tres tablas. Ante el deseo general de *reforma* en la Iglesia, dio muy sencillamente su opinión: “El remedio es muy sencillo. El primer paso sería que vos y yo fuésemos lo que deberíamos ser. Si todos hicieran eso, el mundo sería perfecto. Lo malo es que pensamos en reformar a otros antes de reformarnos a nosotros”. Por lo bien que se entendió con Santa Teresa, lo mejor es escucharla a ella misma: “Me dijo, si mal no recuerdo, que en los últimos cuarenta años no había dormido más de una hora y media por día. Al principio su mayor mortificación consistía en vencer el sueño, por lo cual tenía que estar siempre de rodillas o de pie. Estaba acostumbrado a comer cada tres días y se extrañó de que ello me maravillase, pues decía que era una cuestión de costumbre”. La reforma de los franciscanos que llevó a cabo le trajo muchos disgustos, como es de suponer, pero también una admiración extraordinaria. Lleno de ciencia divina infusa en su altísima oración, era un gran consejero de almas, y por eso, antes de morir en 1562, ayudó tan eficazmente a Santa Teresa en la reforma del Carmelo. La rama de sus frailes reformados duró hasta que el papa León XIII en 1897 la unió a la Orden de los Franciscanos Observantes.

San Juan de Ávila es un santo de talla extraordinaria. Predicador formidable, acabamos de ver en San Juan de Dios lo que hacía con sus sermones. La doctrina sublime que nos dejó escrita en sus obras de nuestra literatura clásica, le ha merecido el título de *Doctor de Iglesia* que le ha concedido el papa Benedicto XVI. Y de su vida decía San Ignacio de Loyola que, de perderse los Evangelios, bastaría mirar a Juan de Ávila para poderlos recomponer de nuevo. Por los prejuicios y normas de entonces, Juan, judío español, no pudo entrar en la Compañía de Jesús, a la que tanto admiraba. Y al ver fundada la Compañía, con gran humildad renunció él a fundar una Orden que hubiera sido un calcar la obra de Ignacio. Mientras estudiaba en la Universidad de Alcalá, murieron sus padres, y ordenado sacerdote, repartió su rica herencia entre los pobres. Quiso ir de misionero a México, pero el arzobispo de Sevilla le respondió: “Tus indias están aquí”. Comprendió su vocación. Dios lo quería predicador por toda España como reformador de las costumbres cristianas. Al joven sacerdote que le preguntó: ¿Qué he de hacer para ser buen predicador?, Juan le respondió escuetamente: Amar mucho... Era lo que hacía él: para convertir a las almas, se preparaba los sermones, dicen, con cuatro horas de meditación diaria. Fue consejero de

santos como Ignacio de Loyola, Francisco de Borja, Teresa de Jesús, Juan de Dios, Pedro de Alcántara, Luis de Granada...; éste último ilustre dominico escribió la Vida del Maestro Avila, muerto en 1569, después de una vida apostólica del todo extraordinaria. Amantísimo de la Virgen, escribió de Ella esta frase tan bella: “¿No tenéis devoción a la Virgen? ¡Harto mal tenéis, hartos bien os falta! Más quisiera yo vivir sin pellejo que sin devoción a María!”.

San Francisco de Borja fue una de las figuras más notables de estos tiempos. Biznieto del papa Alejandro VI, ha inmortalizado a la famosa familia de los Borja —*Borgia*, la llamaron en Italia—, que en la Historia de la Iglesia comienza con el papa Calixto III en el siglo XV. Un día le pide el emperador Carlos V: *-Francisco, Cataluña necesita un hombre como Vos. ¿Aceptas ser el Virrey de Cataluña?* Francisco, ahora Virrey además de Duque de Gandía, desempeña con competencia su cargo en Barcelona, pero al morir su esposa Leonor en 1543, vuelve a Gandía, funda un colegio universitario en su ciudad encomendado a los jesuitas; por consejo de San Ignacio, con quien se cartea, y para ser un día sacerdote, cursa la Teología en la cual se gradúa con brillantez, y secretamente hace la profesión en la Compañía sin que lo sospeche nadie, pues como escribió Ignacio: *El mundo no tiene orejas para oír tal estampido*. Dejados en orden los asuntos familiares con sus ocho hijos, en el año 1550 marcha a Roma “para ganar el jubileo del Año Santo” —así lo que cree las gentes, que le despiden alborozadas con un *¡Buen viaje!*—, es recibido en Roma por el mismo San Ignacio, al que sucedería como tercer General de la ínclita Orden. Sabida la noticia, esta vocación fue en Roma y en toda Europa un verdadero bombazo: *¡El Duque y Virrey, jesuita!*... El Papa, a propuesta de los reyes Carlos V y Felipe II, lo quiere crear cardenal, cosa que él no acepta de ninguna manera. Ignacio piensa lo mismo: *¡No! Porque con su humildad y pobreza tan ejemplares hace más bien en las almas que con todos los cargos y dignidades*. ¡Su humildad! Cuando caminaba por las calles, iba arrimado a las paredes como para ocultarse de todos y no se espantasen de aquella indignidad. Se consideraba lo más abyecto del mundo, y se firmaba así: *Francisco, el pecador*, hasta que se lo prohibió San Ignacio. Comisario de la Compañía en España, consejero de los Reyes, director de muchas almas, entabla también contacto y amistad con Teresa de Jesús. Era un hombre todo de Dios. Al entrar en un templo, sin levantar la mirada del suelo ni ver la lamparita roja, como por instinto adivinaba dónde estaba el sagrario y se iba directo a postrarse a los pies del Señor. Muerto el Padre Laínez, sucesor de San Ignacio, es elegido Prepósito General de la Compañía el Padre Francisco de Borja, que morirá en Roma el 1572. En el lecho de muerte, le asiste el Hermano Melchor, que le pregunta: “¿Quiere algo más?”. La respuesta resumía el sumo ideal cristiano: “Basta Jesús”. Fueron sus últimas palabras. Se extinguía la vida de un hombre del que se dijo con acierto: Grande por todos los costados que se le mire.

105. LOS GRANDES SANTOS DE LA ÉPOCA (II)

Único fallo de estas lecciones: cuesta escoger nombres. Son muchos los que merecen una lección entera como Ignacio de Loyola, Domingo y Francisco...

Santa Teresa de Jesús. ¿Mujer más grande que ésta?... Declarada por Pablo VI como la primera “Doctora” de la Iglesia, sus enseñanzas traspasan los siglos y son la luz de todos los maestros de Oración. En nuestra lengua española, con aquel su simpático “escribo como hablo”, es de lo más clásico de nuestras letras. Nace en 1515, dos años antes de la revolución protestante, y ella, con sus innumerables monasterios de monjas, será ante Dios un muro formidable que detendrá la perdición de muchas almas. Lo decimos, porque ella misma nos asegura que sus religiosas, aterradas por las almas de *esos pobres luteranos* que se perdían, oraban mucho por su salvación. Esta era su aportación a la *reforma* de la Iglesia, medio superior a cualquier otro... Sus monasterios de Carmelitas Descalzas, cuajados de Santas como Teresa de Lisieux, o Teresa de los Andes..., son el mayor tesoro de la Iglesia. Teresa, buena muchacha, pero “enemiguísima de monja”, nos dice, entra sin embargo en el Carmelo de su propia ciudad de Ávila, y el convento no tiene nada de clausura pues está relajado. Varios años de vida aseglarada, porque no es mala monja pero tampoco tiene gran cosa de buena. Hasta que se da a la oración, recorre todos sus grados con heroísmo, y oye la voz de Jesús: *¡Ahora, Teresa, ten fuerte!*... Entre dificultades enormes, emprende la reforma de la Orden con el monasterio de San José, al que no lleva, con las compañeras escogidas, sino una esterilla, varios instrumentos de penitencia, y un hábito viejo y remendado. Funda conventos por toda España; forma monjas jóvenes; trata con los personajes más importantes, desde el Rey hasta el Nuncio del Papa, Nuncio que da a Teresa, molesto y con desdén, un calificativo que se ha hecho histórico: “¡Esa fémica andariega!”... Con su discípulo y amigo Juan de la Cruz, emprende también entre grandes persecuciones la reforma de los Carmelitas. Su trabajo es abrumador. Y maestra de la oración, toda su doctrina la resume en la conocida definición: “No es otra cosa meditación, a mi parecer, sino tratar de amistad, estando muchas veces tratando a solas con quien sabemos nos ama”. Al ver que moría en 1582, dirá bromista al Señor: *¡Ya era hora! Tiempo es ya que nos veamos.* Y acaba con su dicho célebre: *¡Al fin, muero hija de la Iglesia!*... Este “muero hija de la Iglesia” es la lección magistral que nos ha dejado esta Doctora incomparable.

San Carlos Borromeo. De noble familia milanese, era sobrino del papa Pío IV, el cual lo nombró cardenal siendo muy joven y le dio al mismo tiempo el arzobispado de Milán. Carlos iba a ser el hombre providencial que impondría en su diócesis milanese la reforma del Concilio de Trento y ejercería además una gran influencia reformista en toda Italia. Pero su misión en la Iglesia comenzó nada más nombrado cardenal a sus 22 años. Su tío no lo mandó a Milán, adonde no iría sino bastantes años después, sino que lo retuvo consigo en Roma y le confió cargos importantísimos. Era un diplomático y consejero excepcional. Gracias a él, Pío IV se decidió a continuar el Concilio, el cual estuvo más de una vez en peligro de disolverse y fue el joven cardenal quien supo conducirlo hasta el final. Muerto el tío Papa y muertos también sus padres, todos pensaron que Carlos se casaría por llevar adelante la ilustre y rica familia. Pero él se abrazó entonces con el sacerdocio, pues no se había ordenado antes; el papa San Pío V lo quiso retener también consigo, pero Carlos, humilde y

desprendido, consiguió que el Papa le permitiera marchar a su diócesis de Milán, que hacía ochenta años (!) no había tenido obispo residencial. La diócesis, naturalmente, estaba que era un desastre. Y, sin embargo, el joven arzobispo implantó sin miedos la reforma conciliar entre dificultades enormes. No se encuentra en Italia durante estos días una figura de la altura de Borromeo, que moría en 1584 con sólo 46 años de edad. Hombre de grandes cualidades humanas y un prodigio de santidad y de celo apostólico.

San Juan de la Cruz. El Doctor místico por excelencia. Sus poesías, que comenta después palabra por palabra en sus libros inmortales de teología subidísima, hacen que sea considerado por muchos como el poeta lírico más grande de todos los tiempos. Con Teresa de Jesús, es el reformador del Carmelo y el maestro supremo en las vías del espíritu. A los 23 años, ya carmelita y sacerdote, piensa en retirarse a la Cartuja, y le dice Teresa: *¿Quieres dedicarte a la oración y penitencia? ¿Y quieres para eso meterte en la Cartuja? No hace falta. Sigue siendo carmelita, pero vente conmigo a donde yo te diré...* Teresa se hizo con este joven, su gran ayudante en la reforma de los carmelitas. Las persecuciones que sufrió en la misma Orden no tienen nombre ni medida. Se puso el nombre de *Juan de la Cruz*, y la Cruz fue su único ideal, de modo que, cuando había sufrido tanto, se le aparece el Señor, y le dice: *Por todo lo que has padecido, ¿qué quieres? ¿qué me pides?.* Y le dio la respuesta sublime: *¡Padecer y ser despreciado por Ti!*... Naturalmente, Dios lo elevó a las mayores alturas místicas. Murió a sus 49 años en 1591. Es Doctor de la Iglesia.

San Felipe Neri, aunque nacido en Florencia, llena la Roma de todo el siglo XVI, hasta que muera a sus 80 años en 1595. Empedernido de buen humor, hasta las cosas más serias y con los personajes más graves las hacía riendo y haciendo reír, como cuando rezaba a Dios diciéndole en versos improvisados: *Yo amo y no puedo dejar de amar. Quiero que por un buen cambio, Tú seas yo, y yo sea Tú.* O como cuando le avisaba a Dios: *No te fíes de Felipe, pues hoy mismo puede abandonarte y convertirse en turco...* Siempre rodeado de niños que juegan con él en la calle, contesta a quienes le critican: *Con tal que no ofendan a Dios, si les gusta pueden cortar leña sobre mis espaldas...* Se pasa horas y horas en el confesionario. Es consejero de Papas, obispos y santos los más ilustres, como Ignacio de Loyola, que lo quiere mucho. Aunque ningún Papa consiguió que Felipe aceptara ser cardenal, por eso una vez, tirando al aire su sombrero, respondió cuando le traían la noticia de que iba a serlo: *¡Cielo, cielo, que no cardenalatos quiero!*... Fue un *reformador* como nadie en Roma.

San Pedro Canisio, holandés alemán, es una figura gigante, verdadero martillo contra protestantes luteranos y calvinistas. Superior de los jesuitas, fundó colegios e iglesias en aquellos países caídos en la herejía, e hizo un bien inmenso con su célebre Catecismo, que estaba en las manos de todos. Un día le llegó huyendo de su casa un muchachito y le pidió ser aceptado en la Compañía. Le gustó aquel jovencito polaco y lo remitió al Padre General en Roma con una carta que se ha hecho célebre: carta de un Santo (Padre Canisio), a otro Santo (Francisco de Borja), sobre otro santo (Estanislao de Kotska). Los tres canonizados. Canisio moría en 1597, y es Doctor de la Iglesia. Un *reformador* de alta categoría.

Santa Magdalena de Pazzi, florentina, carmelita de la Orden de la antigua observancia, no de las reformadas por Teresa, pero tan mística como la monja de Ávila. Magdalena tiene

una de esas vidas que tampoco se entiende. Una auténtica *loca* de amor. “Mi nombre de bautismo, Catalina, pero me puse yo el de María Magdalena, porque yo quería ser como ella: una mujer que, después de haber pecado tanto, amara a Jesús como nadie”. Eso de *gran pecadora* lo decía ella, pues fue un ángel desde niña. Y en su convento de clausura en la misma Florencia, fue con su oración y sacrificio —¿Morir? ¡No! Sino padecer, padecer”—, hasta que murió en 1607, una verdadera apóstol de la *reforma* católica.

San Francisco de Sales, francés saboyano, muerto en 1622, uno de los santos más queridos, es por antonomasia el santo de la dulzura, de la bondad, “el Santo caballero”, el obispo que con su amabilidad llegó a hacer volver a la Iglesia, dicen, hasta 70.000 herejes que la habían abandonado. Dejando números hipotéticos, sí que convirtió a muchos. Y con sus libros, sobre todo “La Vida Devota”, ha fomentado la piedad en la Iglesia de modo extraordinario. Francisco fue un regalo grande de Dios a la Iglesia que se *reformaba*.

San José de Calasanz, español aragonés, pasó su larga vida sacerdotal en Roma donde fundó la Orden de los Escolapios. Pocos hombres se encontrarán tan beneméritos de la Iglesia y de la sociedad como Calasanz. Fue él, indiscutiblemente, quien no sólo ofreció enseñanza a los niños pobres que vagaban por las calles, sino el que instituyó las escuelas obligatorias para la niñez. Su apostolado le creó incomprendimientos, calumnias y persecuciones inimaginables de los mismos suyos dentro de la misma Iglesia. Claro, que Dios le sacó de todas y hoy es reconocido como uno de los mayores educadores de la niñez y juventud. ¿Reformador en la Iglesia como él? Pocos... Calasanz moría en Roma a sus 92 años en 1648, año en que nosotros acabamos nuestra Historia de la Iglesia en la *Edad Nueva*.

Es lástima que por falta de espacio y por no multiplicar las lecciones, nos quedemos muy cortos en traer la semblanza de tantos Santos y Santas como deberíamos recordar aquí y que fueron, con los ya descritos, los verdaderos *reformadores* de la Iglesia. Sí que lo haremos con algunos más al traer a los *Mártires* —canonizados o beatificados— de las presiones protestantes, como también de los Santos y Santas de las *Misiones* que pronto veremos. En estas dos lecciones de ahora cabrían ejemplos como Luis Gonzaga, Juan Berchmans y Estanislao de Kotska que tanto influyeron en la juventud estudiosa; y nombres como Cayetano de Thiene, Tomás de Villanueva, Juan de Ribera, Pascual Baylón, Andrés Avelino, Félix de Cantalicio, Francisco de Regis, Alonso Rodríguez, Francisca Fremiot de Chantal, Catalina de Ricci, Jacinta de Mariscottis, Lorenzo de Brindis, Antonio María Zaccarà, Pedro Fourier, Salvador de Horta, Juana de Lestonac, Bernardino Realino y Roberto Belarmino... Imposible seguir con más en la lista. Todos ellos están canonizados. El mal de la herejía y el cisma causaban estragos en el Pueblo de Dios. Pero el Espíritu Santo sabía suscitar también santos innumerables en los días en que más los necesitaba en la Iglesia.

106. MARTIRES BAJO EL PROTESTANTISMO

Fueron muchos, sobre todo en Inglaterra. Nos vemos obligados a espigar solamente algunos, sin orden cronológico o territorial, canonizados o sólo beatificados.

Los Mártires de Gorkun, en Holanda, víctimas de los calvinistas, fueron diecinueve, once Franciscanos al frente de los cuales iba el Guardián del Convento, el Padre Nicolás Pieck, con otros religiosos premostratenses, dominicos, agustinos y sacerdotes seculares. El destacamento “armada de los piratas” se apodera de ellos, y medio desnudos los llevan procesionalmente, en desfile burlesco celebrado por la multitud, a la plaza de Briel donde les ordenan: *-¡A cantar todos las letanías de la Virgen!...* Y ellos las cantan con todo el entusiasmo y devoción. El almirante les ofrece la libertad con tal que renieguen de la presencia de Jesucristo en la Eucaristía y no reconozcan la supremacía del Papa. Inútil. Ninguno apostata de la fe católica. Llevados a un monasterio de las cercanías abandonado, y metidos en un salón del que penden dos argollas, los cuelgan a todos, unos mueren ahorcados, otros suspendidos entre horribles tormentos, algunos despedazados. Era el 9 de Julio de 1572. Sacados los cadáveres de las dos zanjas donde yacían, fueron trasladados a la Iglesia de los Franciscanos de Bruselas en la cual son venerados como Santos canonizados.

Los Mártires de Kosice en Eslovaquia, San Marco Krizevcanin y los jesuitas Melchor e Istvan. Víctimas también de los calvinistas, que se echan sobre la ciudad Kosice. Marcos, canónigo de la catedral de Esztergon, marcha a la casa de sus amigos los jesuitas. El comandante Racoczy se apodera de los tres sacerdotes. Era en Septiembre de 1619. Primeramente, los tres quedan confinados en sus habitaciones, con centinelas a la puerta. El predicador calvinista Alvinczy va a llevar la batuta en toda la aventura martirial. Manda no darles nada de comer, y cuando ya están muertos de hambre los tres, manda les lleven carne precisamente en viernes. Los tres sacerdotes saben que en caso grave no les obliga semejante ley: *-¡Pero no daremos ocasión a que digan que hemos fallado a la ley de la Iglesia Católica con comer carne en día de abstinencia!...* Como siempre, los verdugos quieren apóstatas antes que mártires. Pero el Padre István: “Parece que el comandante quiere hacer el papel del demonio. Dígale usted que puede ahorrarse el trabajo de inducirnos a dejar la fe católica. Está perdiendo el tiempo inútilmente”. Y se inicia el diálogo: *-¿Por qué nos van a matar? -Porque ustedes son católicos papistas. -Si ése es nuestro delito, sabemos que moriremos por la fe. -Van a morir ustedes ahora mismo. Porque, o confiesan la fe calvinista o se acaba de una vez todo. -Nadie podrá quitarnos del corazón ni de la boca la fe católica... Al Padre Istvan le parecía que vacilaba Marcos, pero éste contestó firme: -No tengas miedo. Jamás traicionaré mi fe. Prefiero morir... Los esbirros lo queman con antorchas, le cortan la cabeza, lo arrojan en un pozo, y con él a los otros dos. Al cabo de veinte horas, el P. Istvan todavía respiraba e iba repitiendo: Jesús, María, Jesús, María...*

Los Mártires Ingleses. Después de la protomártir Isabel Barton, monja benedictina, de San Juan Fisher y Santo Tomás Moro, los martirios se sucedieron sin cesar, durante los reinados de Enrique VIII, Isabel I y Jacobo I, hasta sobrepasar con mucho las mil víctimas. No se explica cómo los ingleses, gente sabia, no se contentaban con ahorcarlos en la Torre de Londres, sino que muchos eran sometidos a increíbles tormentos. No todos han sido beatificados y canonizados por la Iglesia, pero son impresionantes los grupos de los reconocidos para los altares. Y los que figuran en esos grupos no murieron todos juntos, sino en

diferentes lugares y fechas, aunque la Iglesia al glorificarlos los juntara en grupos según los diversos procesos. Como los nueve Beatos del grupo del abad Hugo Ferington, cinco benedictinos, tres dominicos y un seglar, ejecutados todos en 1539... Siguen después los ochenta y cinco Beatos del grupo de Jorge Haydock, sacerdotes, religiosos, seglares, entre los años 1557 a 1584... El que encabeza Thomas Hemerford consta de ciento siete Beatos, también de sacerdotes, religiosos y seglares, martirizados en fechas y lugares muy distintos... Igualmente, los treinta y nueve Santos que encabeza Cuthberto Mayne, entre los cuales sobresale tanto el jesuita Campion.

Ante Dios y la Iglesia todos son iguales, pero no estará de más que digamos alguna palabra sobre **Edmundo Campion**. Brillante alumno y después joven profesor de Oxford, la reina Isabel queda prendada de él en una visita a la Universidad. Pero..., llega a apostatar de la fe, es ordenado de diácono por el obispo anglicano de Gloucester, no puede con sus remordimientos —“como si me hubieran marcado con el signo de la bestia”—, se confiesa con un sacerdote católico renegando de la herejía, logra salir de Inglaterra, pasa nueve años en el Continente, en el seminario inglés de Douai en Francia recibe las órdenes menores con el subdiaconado, se dirige vestido de peregrino y a pie a Roma el año 1573, pide entrar en la Compañía de Jesús en la que es admitido, es destinado a Austria y Bohemia donde recibe el sacerdocio, y, en una aventura sin igual y en el máximo incógnito, entra de nuevo en Inglaterra donde ocultamente desarrolla un apostolado inimaginable, hasta convertir a muchos miles —dicen que 100.000 en un año— que, como él antes, habían apostatado de la fe. Escribe de corrido el libro “Diez razones por las cuales Edmundo Campion S.J. se ofreció a disputar con sus adversarios”, libro que pasa de mano en mano, es dejado ante las puertas de las casas o abandonado en sitios públicos, y los anglicanos buscan y rebuscan por todas partes a aquel jesuita bandido al que no hay manera de encontrar. Hasta que es traicionado por un Judas que se ha metido en una Misa clandestina. Con una escolta de 200 soldados, es llevado entre burlas infamantes de la multitud a la Torre de Londres.

Ya en la prisión, recibe un día de improviso la visita de la reina Isabel, a la que saluda caballerosamente con una inclinación, y ella le interroga astuta:

-¿Me reconoce como a su legítima soberana?

-Sí, Majestad.

-¿Cree que el obispo de Roma tiene poder para deponerme?

-No me toca erigirme en juez en una cuestión de pareceres opuestos. Yo quiero dar al César lo que es del César y a Dios lo que es de Dios...

Por voluntad expresa de la reina, no se supo nada más de aquella conversación.

Y llegó el 1 de Diciembre de 1581. Arrastrado por las calles de Londres a la cola de los caballos, llegan a Tyburn donde se levanta la horca. “Si ser católico es ser traidor, me confieso tal. Pero si no, pongo por testigo a Dios, ante cuyo tribunal voy ahora a presentarme, que en nada he ofendido a la reina ni a la patria para merecer la muerte de traidor”. Reza el Padrenuestro y el Avemaría, e invita a los católicos que reciten el Credo mientras él expira en la horca. Tenía cuarenta y un años de edad.

San Juan Ogilvie es otro jesuita célebre. Entra clandestinamente en Escocia en 1613. Apostolado intenso oculto. Traicionado, es metido en prisión. Torturas. Juicios interminables. Y él, ante el dilema de siempre: supremacía del rey sobre el Papa, escribió: “Salvaré mi vida, solamente si puedo salvarla sin ser forzado a perder a Dios. No pudiendo conservar ambas cosas, pierdo voluntariamente el bien menor, por conservar el mayor”. Fue ahorcado en Glasgow el 10 de Marzo de 1610.

Los cuarenta Beatos mártires capitaneados por el Padre **Ignacio Azevedo** son jóvenes estudiantes jesuitas, además del Padre Diego de Andrade: treinta y dos portugueses y ocho españoles, que en el barco “Santiago” se dirigían como misioneros a Brasil. Salen de las Azores, llegan a las Islas Canarias, y al dejar el puerto les atacan cinco naves corsarias de holandeses calvinistas, que llevaban la consigna de respetar a la tripulación y pasajeros de las naves atacadas, pero sí exterminar a los odiados jesuitas que viajaran como misioneros. Vencido el “Santiago”, estaba echada la suerte de los jóvenes jesuitas. Los calvinistas holandeses y franceses gritaban furiosos: *¡Mueran los perros papistas! ¡A echarlos a todos al mar!...* Agarran al Padre Azevedo, lo llevan al mástil mayor mientras él agarra con fuerza un cuadro de la Virgen María, y grita a aquel puñado de jóvenes: “No tengan miedo. Yo voy adelante y los esperaré en el Cielo”. Recibe una cuchillada que se le clava hasta los sesos, lo golpean ferozmente, y agarrado a la Virgen queda el cuadro todo manchado de sangre martirial. Se acerca el Padre Andrade y lo abraza fuertemente. Los dos son llevados junto al timón, y arrojados al mar. Después de ellos, todos aquellos muchachos magníficos... Era el 15 de Julio de 1570. Caso bello por demás.

San Fidel de Sigmaringa nos va a cerrar esta lista gloriosa que podría alargarse mucho más. “Me llamaba Marcos, pero yo me puse al tomar el hábito de capuchino el nombre de Fidel porque me dice el premio de los que perseveran”. Abogado competente, dejó su herencia repartida en dos: una para los pobres, y la otra para el arzobispo con el fin de emplearla en la formación de los seminaristas pobres. Religioso y sacerdote, exclamaba convencido: “¡Ay de mí, pobre soldado de un Capitán coronado de espinas!”... Predicador ardiente, convertía a muchos herejes, hasta que la recién fundada Congregación de la Propagación de la Fe, para inaugurar su primera misión entre los seguidores de Zuinglio, lo mandó a Chur y Grisons con otros ocho capuchinos. Tras un atentado en que erraron el tiro, Fidel se dio cuenta de que su vida estaba puesta a precio, y firmó así su última carta: “Hermano Fidel, que pronto será pasto de los gusanos”. Y cosa bella, un protestante le dio refugio en su casa. -*¡Gracias, pero no acepto! Te pondría en peligro a ti...* Le sigue un pelotón, y le exigen que reniegue de la fe católica. -“He venido para dar testimonio de la verdad, y no para abrazar vuestros errores”. Allí mismo, a puñaladas, moría en 1622 el protomártir de la Congregación de las Misiones fundada por el papa Gregorio XV.

No deja de llamar la atención el que los luteranos alemanes no causaron mártires. Alemania se hizo protestante sin persecuciones sangrientas. Fue cuestión de ideas y de luchas políticas con el emperador Carlos V y de los otros que le sucedieron. Los príncipes imponían *su* religión sin matar a nadie. Mientras que en Inglaterra los anglicanos, y los calvinistas suizos enclavados en Francia y Holanda, mancharon en abundancia sus manos con sangre católica.

107. APOGEO DE LA CIENCIA CATOLICA

Sería un fallo grande en si no dedicáramos unas notas, aunque breves, al progreso de la ciencia en este período que historiamos.

Sencillamente, pasma la altura a que llegaron las ciencias eclesiásticas en este siglo de mitades del XVI a las del XVII. Su desarrollo había comenzado antes por iniciativa de la misma Iglesia. Pero la revolución protestante, con sus ataques, obligó primero a defenderse y después, aunque inmediatamente, a tomar la delantera. En el siglo XIII, con Santo Tomás de Aquino a la cabeza, la ciencia cristiana subió a la cumbre de la Teología especulativa. Ahora va a alcanzar a todas ramas del saber en un plan mucho más positivo y con grandes maestros en todos los planos.

Pensemos también que la Iglesia había asimilado el Humanismo (lección 89) en un plan cristiano, y contó con humanistas célebres, como el holandés Erasmo de Róterdam—católico fiel aunque tuvo sus “peros” con el asunto Lutero—, y el español Luis Vives, plenamente fiel a la Iglesia, que vivió en los Países Bajos después de haber brillado sobremedera en las Universidades de Lovaina y Oxford.

Comenzamos con un hecho histórico que resulta aleccionador. Bajo la dirección de *Flavio Ilírico*, los protestantes publican en Basilea entre los años 1559 y 1574 una gran obra sobre el desarrollo de la Iglesia en los siglos anteriores, la llamada *Centurias de Magdeburgo*, de trece volúmenes. Con tendencia anticatólica y manifiestos errores, se desprestigia como historia, o al menos se infravalora grandemente. Viene entonces la réplica del discípulo mimado de San Felipe Neri, *César Baronio*, con los **Anales** en doce volúmenes, totalmente documentados y que no admitían réplica. Son fundamentales desde entonces para el estudio de la Historia de la Iglesia, la cual se inicia en este período. Igual valor hay que dar a *Onofre Panvinio*, llamado el *Padre de toda la historia*, por sus obras de la *Crónica* de la Iglesia y el *Epítome* de los Papas, aparte de haber iniciado la *arqueología* con el estudio de tanta importancia sobre las catacumbas romanas... Seguirán los *Bolandistas*, jesuitas belgas, que depurarán a base de documentos las vidas legendarias de los santos, liberándolas de tantos cuentos inventados en la Edad Media... Y se iniciarán los estudios de los Benedictinos de San Mauro, tan meritísimos en los siglos venideros... Se irán editando los escritos de los Santos Padres, hasta que llegará el día en que se tendrá la imponente colección completa de los 378 volúmenes (lección 20). En la búsqueda y edición de estos escritos de los Santos Padres y escritores de la antigüedad cristiana están las fuentes, junto con los textos de la Biblia, de la Teología *positiva* que enriquece tanto a la Teología especulativa de la Edad Media.

La Teología de que hablamos tiene unos exponentes extraordinarios en este siglo. Nada digamos de los **Dominicos**, que no dejarán nunca de contar con figuras de primer orden. Acabaron por dejar de comentar el célebre *Libro de las Sentencias* de Pedro Lombardo, texto obligado antes por varios siglos, para pasarse a la *Suma de Santo Tomás*, comentada de manera magistral por el cardenal Tomás de Vio, o Cayetano, y seguida por una lista interminable de teólogos eminentes, sobre todo por los de Salamanca en su conocido Colegio de San Esteban, con su primera figura Francisco de Vitoria, el fundador

del Derecho internacional, Melchor Cano, Domingo Soto, Domingo Báñez, Pedro Soto, Bartolomé de Medina y tantos más... Los **Franciscanos** no perdieron tampoco su tradición teológica, la de San Buenaventura y el Beato Duns Escoto, hasta haberse dicho exageradamente que “la escuela de Escoto es más numerosa que todas las otras juntas”. Exageración, pero que indica su gran influencia en la teología de estos años... Y viene la de la naciente Compañía de Jesús. Los confundadores de los **Jesuitas** y teólogos de Trento, Laínez y Salmerón, empiezan una lista larga, sobre todo por los que lucieron en el Colegio Romano: San Pedro Canisio, San Roberto Belarmino, los Padres Toledo, Valencia, Gabriel Vázquez, Ripalda, Lugo, Molina, y entre todos Suárez, el “Doctor Eximio”.

Junto con los teólogos hay que señalar a los **Escrituristas**, ya que la Sagrada Biblia ocupó el primer lugar en los estudios. Conocidos mucho mejor por el Humanismo el latín y el griego, además del estudio del hebreo, se dieron a la purificación del texto sagrado de la Vulgata y empezaron a aparecer las Biblias más insignes. Ante todo, la *Políglota de Alcalá*, patrocinada y llevada a cabo por el cardenal Cisneros poco antes de la revolución de Lutero; igualmente, la posterior *Biblia Políglota de Amberes*, en 1598, de Benito Arias Montano. Hubo exegetas muy meritorios, entre los que destaca quizá como ninguno el jesuita Padre Maldonado, cuyo *Comentarios a los Evangelios* sigue plenamente válido en nuestros días. No hace falta que señalemos nombres y nombres de los escrituristas que comentaron sabiamente la Biblia.

La espiritualidad cristiana alcanza en esta época un esplendor jamás antes visto. Es natural, desde el momento que había en la Iglesia una abundancia grande de Santos y Santas tan esclarecidos como los que hemos visto en las lecciones 104 y 105. Reformados los Papas, obispos, sacerdotes y Órdenes antiguas; con las nuevas Órdenes y Congregaciones que aparecieron en la Iglesia llenas de espíritu; y, además, elevado el nivel cultural con el Humanismo aceptado con espíritu cristiano, las letras alcanzaron un nivel altísimo. Y esos Santos y Santas nos dejaron unos libros que son inmortales.

Si es abundante la lista que hemos de citar, empezamos por el fin: con un *San Francisco de Sales*, que ha tenido una influencia grande en la espiritualidad moderna sobre todo con sus preciosos libros *Introducción a la vida devota* y *Tratado del amor divino*. Junto con él, hay que traer al cardenal *Pedro de Berulle*, a *J. Olier* y a *Carlos de Condren* que brillaron tanto en la Francia que se abrió seriamente a la piedad después de las luchas contra la herejía de los hugonotes calvinistas.

Digamos también: ninguna nación católica gana ni de muy lejos en esta época a nuestra lengua española. Nuestra riqueza ascética y mística no tiene igual. Todas las Órdenes religiosas cuentan con maestros de suma categoría. A los **Carmelitas**, con presentar a Santa Teresa y San Juan de la Cruz, no les quita nadie la primacía... Los **Dominicos**, con sólo el Padre Granada y Tomás de Valgornera, ya tienen para estar orgullosos... Los **Franciscanos** los tienen en gran abundancia: Francisco de Osuna, Diego de Estella, Fray Juan de los Ángeles, San Pedro de Alcántara... Los **Agustinos** cuentan con Santo Tomás de Villanueva, San Alfonso de Orozco, Malón de Chaide y el gran Fray Luis de León... Los **Jesuitas**, empezando por San Ignacio con los *Ejercicios Espirituales*, forman lista larga: Padre Ribadeneira, Eusebio de Nieremberg, Luis de la Puente, Luis de la Palma, y, especialmente, el Padre Alonso Rodríguez con su incomparable *Tratado de perfección y virtudes cristianas*... A todos ellos, religiosos, añadimos el sacerdote secular, Doctor de

la Iglesia, San Juan de Ávila; todas las alabanzas que le tributemos, son pocas. Estos escritores, además, son de lo más clásico de nuestra literatura, de modo que al aprender la espiritualidad de la Iglesia nos empapamos de lo mejor de nuestra lengua.

Galileo. Al hablar de la ciencia de la Iglesia en este siglo nos encontramos con el caso tan singular y discutido de Galileo, que viene a resultar una gloria grande y a la vez un problema demasiado serio. Una gloria, porque se trata de un católico profundamente convencido de su fe y fiel a la Iglesia hasta el heroísmo. Y un problema, porque puso en apuros a teólogos, a autoridades religiosas y hasta al mismo Papa. Nosotros sabemos contar todo con objetividad, mientras que los enemigos de la Iglesia lo aprovechan para atacarla y hasta para probar un fallo grave contra la fe. ¿Qué es lo que ocurrió?

Galileo Galilei, de Florencia, aceptó la hipótesis de Copérnico y aseguró que sí, que la Tierra daba vueltas alrededor del Sol: el Sol era el fijo y la que daba vueltas era la Tierra. La cosmología de Tolomeo y la Biblia caían por tierra. Y vino lo inesperado. Teólogos que se alzaron contra Galileo —matemático, astrónomo y literato—, defendido honestamente por el astrónomo protestante Kepler y por los profesores jesuitas del Colegio Romano, incluido San Roberto Belarmino. El revuelo crecía más y más: -De la Tierra dice la Biblia que *Dios la asentó firme sobre sus cimientos* (Sal 103,5) y del Sol que *cada día va de un extremo al otro extremo del cielo* (Sal 18,7), y que *Josué paró el Sol en su carrera* (Jos 10,12-13). Hasta que en Marzo de 1516 la Congregación del Índice prohibía las obras que defendían semejante teoría. Galileo obedeció, se regresó de Roma a Florencia y calló durante siete años. Expuso de nuevo su doctrina, convencido y con humildad: “Aunque sea verdad que el movimiento es de la Tierra y la inmovilidad del Sol, ningún detrimento se causa a la Sagrada Escritura, la cual dice lo que aparece a la visión popular”. Condenado por el Santo Oficio por hereje, se le confinó a prisión, que el papa Urbano VIII le concedió fuera en la casa del Embajador de Toscana en el Pincio; se le permitió establecerse después en Siena donde le acogió con amistad el arzobispo Ascanio Piccolomini, y allí murió en 1642. Es leyenda que él dijera al aceptar la sentencia del Santo Oficio: “Y sin embargo se mueve”... Se equivocaron los teólogos, el tribunal y el mismo Papa, el cual, sin embargo, no se metió a enseñar y, menos, a definir nada.

La lección sirvió —lo decimos como una observación interesante y formativa—, pues cuando tres siglos después le pidieron al genial Papa Pío XI que se declarara contra la teoría de la evolución de Darwin, respondió: -*Esperen, no nos metamos en un nuevo caso Galileo...* ¿Quién hace hoy caso de los seis días de la creación en la Biblia? La Biblia no enseña ni matemáticas ni física ni astronomía. Con lenguaje de los hombres nos transmite el mensaje de Dios. Galileo se mantuvo en su convicción humana y científica sin fallar para nada en su fe católica y en su obediencia a la Iglesia. Esta es su gloria mayor.

108. AMERICA, UN NUEVO MUNDO CATÓLICO (I)

Octubre 12, 1492. Un momento cumbre en la historia del mundo y una página brillante en la Historia de la Iglesia.

No tenemos que contar ninguna historia que no sepamos. Ni vamos a hablar de la *colonización* de la América recién descubierta, sino de la **evangelización** del Continente. Y nos encontramos sin más con una sorpresa: son dos **naciones**, como tales, como naciones, las que se van a encargar de esa empresa divina. España y Portugal con sus monarcas, y con la aprobación y el mandado del Papa, son quienes llevarán el Evangelio a aquellas nuevas gentes. Ellas cargarán con el envío de los misioneros, con muchos de los gastos, con las leyes cristianas que se impongan. Y aquí empezamos con una observación necesaria del todo. Hay que distinguir desde el principio entre España y españoles, entre Portugal y portugueses. Todos entendemos el asunto y vemos la razón.

Los colonizadores, individuos particulares, iban en busca del oro, es decir, iban a hacerse ricos, y, por muy católicos que fueran, no siempre respetaban las leyes más elementales de la justicia y de la caridad.

Al revés de los reyes y de los misioneros, que mandaban los primeros, y marchaban los segundos, sólo por extender la fe cristiana.

Con seriedad histórica, digamos desde el principio una palabra sobre la llamada *leyenda negra*. ¿De dónde y cómo nació? Los colonos cometían abusos contra las leyes mismas de España, y surgieron defensores de los indios, sobre los cuales descuella el dominico *Montesinos*, y después Fray *Bartolomé de las Casas*, el cual decía la verdad, aunque él mismo contribuyó a la importación de negros a América y hasta contó con algún esclavo propio; pero una vez en España definitivamente —ya que nombrado obispo de Chiapas en México no residió sino un año en su diócesis—, hoy se sabe, por su mismo estilo al escribir, que hizo mucha literatura exagerando las cosas hasta lo indecible, y él, misionero español, contribuyó como nadie a esa leyenda, fomentada después por ingleses y holandeses protestantes. Pero la diferencia entre los colonizadores estuvo en que los españoles *mezclaron* la sangre constituyendo una nueva raza mestiza o mulata, mientras que los ingleses y holandeses *eliminaban* cuando les convenía...

También desde ahora hay que conocer la decisión del papa Alejandro VI, que en 1493 trazaba la **línea divisoria** para la evangelización entre España y Portugal: hasta cien millas al oeste de las Azores —aumentadas después entre españoles y portugueses a 370—, todas tierras descubiertas o por descubrir le tocaban a Portugal; las de más allá, a España.

Y entendamos también lo del **Patronato regio**. Los Papas, ante la imposibilidad de encargarse ellos de la evangelización de América, concedieron privilegios y más privilegios a los reyes de España para que ejercieran ellos el derecho de patronato en la evangelización, y lo hacían por el *Consejo de Indias* establecido en España y las doce *Audiencias* repartidas por América. El rey español venía a ser como un Papa con tanto poder espiritual. Y lo mismo el de Portugal sobre Brasil y la India.

¿Cómo respondieron a su misión España y Portugal? Por todos los testimonios, aducimos uno solo bien independiente, el del historiador belga *Van der Essen*:

“El papel desempeñado por España y Portugal en la empresa del Nuevo Mundo es debida ante todo a su espíritu católico. Se puede afirmar que los españoles y los portugueses cumplieron en gran parte el deber que les impuso el romano Pontífice. En las leyes, decretos e instrucciones ponen en primer término los intereses de la *conversión*. Es justo constatar que españoles y portugueses, en virtud de sus leyes de patronato, promovieron sin descanso la conversión e instrucción de los indios, establecieron una jerarquía eclesiástica, crearon parroquias, protegieron a los misioneros. Porque en España y Portugal, la Iglesia y el Estado, más que en otras partes, eran en esta época una sola cosa, y estos pueblos vivían realmente su religión, mezclando íntimamente su fe con la vida de cada día. Por esto la mezclan en todas las grandes empresas en las que intervienen, aunque tengan un carácter puramente material. Sería un error designar como hipócritas estas afirmaciones”.

Acabada con este valioso testimonio la introducción, del todo necesaria, nos metemos de lleno en estas lecciones que tanto nos interesan.

Las Antillas se llevan nuestra primera mirada. Aquel 12 de Octubre de 1492, el sacerdote secular *Pedro Arenas*, compañero de Colón, elevaba al cielo por primera vez en nuestras tierras la Santa Hostia y el Cáliz de salvación. Era en la isla de *San Salvador* (¡primer nombre que ponían!), la Hispaniola o Haití, la Dominicana. En su segundo viaje, Colón ya llevaba consigo una expedición misionera compuesta por dos Padres Jerónimos y tres franciscanos. Se fundan en 1504 las primeras diócesis, que se reestructuran en 1511 con *San Domingo* como Primada, y la importante de San Juan de **Puerto Rico** que recibía en ese mismo año a veintidós misioneros franciscanos. A **Cuba** llegaban los franciscanos ya en 1495; en 1515 se fundaba la diócesis de Baracoa y en 1522 la de Santiago.

Panamá fue la primera *tierra firme* del continente que recibió el Evangelio, ya que en 1511 se fundaba la diócesis de *Santa María del Darien*, pasada en 1519 a Panamá. De las otras regiones de Centroamérica, **Honduras** recibía en 1527 a seis misioneros franciscanos, y fundaban su primera comunidad en Trujillo. En 1531 entraban en **Nicaragua**, que pronto contaba con las diócesis de Managua y León. Le siguió **Costa Rica** en 1536, Aunque antes, en 1533, ya se había fundado con su obispo Francisco Marroquín la diócesis de **Guatemala**, auténticamente privilegiada por los muchos misioneros que a ella llegaron, franciscanos, dominicos, entre ellos Las Casas, mercedarios y jesuitas. Cuando llegue el 1600, los franciscanos tendrán allí veintidós conventos, catorce los dominicos y seis los mercedarios. **El Salvador** dependió de Guatemala hasta 1743; en 1842 se establecía la diócesis de San Salvador, elevada en 1913 a arzobispado.

Méjico. Desde la entrada de Hernán Cortés en 1519, México constituye una epopeya de evangelización, iniciada por el mismo capellán de Hernán Cortés, el mercedario *Padre Olmedo*, al que siguieron cantidades de misioneros, pedidos por el mismo conquistador al emperador Carlos V, y unos tras otros llegaron franciscanos, dominicos, mercedarios, agustinos, jesuitas, carmelitas... En 1524 desembarcaban en Veracruz doce franciscanos, “los DOCE apóstoles”, a los que siguieron en 1526 los otros “DOCE apóstoles” dominicos. Para 1542 eran ya 86 los franciscanos, y los dominicos tenían formada en 1536 la primera provincia de Santiago. Los agustinos contaban en 1548 con cuarenta y seis con-

ventos, y los jesuitas en 1603 ya eran 345 en todas sus misiones. Nos podemos dar cuenta de lo que significa todo esto. México, con tanto operario apostólico, se convirtió rápidamente en una nación católica extraordinaria. Naturalmente, habríamos de tener en cuenta que el México de entonces ocupaba grandes territorios de lo que hoy es Estados Unidos, de modo que el Evangelio fue llevado, aunque con enormes dificultades, muy hacia el norte, como Nuevo México, California, la Florida...

Hoy está admitida la aparición de la **Virgen de Guadalupe** como realidad histórica indiscutible, y que ha tenido una influencia enorme en el catolicismo de México. Dicen que gualalupano y mexicano son dos términos convertibles... La Virgen guadalupana fue y sigue siendo la Estrella de la Evangelización no sólo en México sino en toda nuestra América, que la tiene como Reina y Madre.

Resulta un imposible querer traer a tantos misioneros distinguidos en México, porque son innumerables. Sin embargo —y valga uno por todos—, citamos a un humilde religioso lego franciscano, el Beato **Sebastián Aparicio**. Seglar, uno de tantos colonos que fue allí a probar fortuna. Se casó, enviudó dos veces, y, eso sí, excelente cristiano se dedicó a hacer el bien entre los indios. Valía para todo y hacía de todo: agricultor, ganadero, carnicero, carretero, ingeniero de caminos, iniciador del correo. Hasta bien pasados los setenta años, es un hombre del pueblo, y cuando ya podía pensar en dar el paso a la otra vida, pide entrar en los franciscanos: *-¿Y qué hacemos con un hombre de setenta y dos años?...* Pero lo admiten, y morirá casi centenario, después de hacer de cocinero, hortelano, limosnero, enfermero. Lo importante es lo que hizo apenas llegado a México. Desembarca en Veracruz, y se dirige a la recién fundada Puebla: *¿Cómo? ¿Tantos cientos de kilómetros a través de los campos, sin camino, y con estos pobres indios llevando el cargamento sobre sus espaldas sufridas?...* Así descubrió su misión. Terciario franciscano, y dotado de un talento práctico sin igual, siempre con los indígenas para enseñarles, traza y construye carreteras que le hicieron célebre, como la de México a Veracruz, y después, con el permiso de las Autoridades de la Capital, repite la aventura haciendo la de México a Zacatecas, a la que seguirá la de México a Puebla; enseña la agricultura; amansa toros y novillos; construye las primeras carretas, que a los indígenas les volvían locos de felicidad: *¡Se acabaron aquellas cargas insoportables!...* En fin, un misionero y un colonizador único. Todo le nacía de su amor entrañable a Dios y a la Virgen: *“¡No perder nunca de vista a Dios!”*, se propuso como lema. Se hizo famoso por sus milagros, de manera que los indios lo veneraban en vida y le llamaron el “Sánalotodo”. Murió en Puebla el año 1600, y en 1799 era beatificado un hombre tan singular, laico casado primero y religioso después, modelo de colonizador y de apóstol para toda América.

109. AMERICA, UN NUEVO MUNDO CATÓLICO (II)

Seguiremos en lo posible la cronología, pero con cierta libertad. Entramos ahora en la evangelización suramericana.

Venezuela abre este capítulo misionero, pues ya en 1514 llegaban los primeros dominicos con lo que se ha llamado un “intento revolucionario”, como era el evangelizar “igual que los Apóstoles”, prescindiendo en absoluto de los conquistadores colonizadores. Lo aprobó el rey Don Fernando el Católico y costeó la empresa con 300.000 maravedises, de modo que los dominicos se establecieron aquel mismo año en Santa Fe. La misión no resultó, pues los indios arrasaron el convento y en 1523 se marchaba su iniciador el Padre Bartolomé de las Casas, fracasado con esta “colonización pacífica”. Llegaron en 1519 los franciscanos italianos, de la Picardía, con diferente método, y en 1519 ya tenían dos centros misionales y un colegio con más de cuarenta internos, hijos de los indios principales, pero fracasaron igual que los dominicos y hubieron de marchar en 1524. Viene un nota dolorosa: el rey Carlos V contrató en 1529 a colonizadores alemanes, los Walzer de Augsburgo, y en los dieciocho años que gobernaron desde los tres fuertes y dos ciudades que fundaron, se despoblaron seriamente los indios, *exterminados* por esos conquistadores, tan diferentes de los españoles... La Evangelización de Venezuela resultó lenta y difícil. En 1531 se establecía la primera diócesis de Coro, que, como sede primada, no se pasó a Caracas hasta el año 1637 cuando el rey Felipe IV erigió la catedral.

Colombia, llamada en un principio *Nueva Granada*, recibía en 1519 al primer misionero, el dominico Padre *Reginaldo Pedraza*, al que siguieron otros dominicos en gran número. Pronto estaban junto a ellos los franciscanos. En 1531 conseguían erigir la diócesis de Santa Marta, donde estaban ya los mercedarios desde 1527, y poco después la de Cartagena, centro capital de toda la evangelización. En 1536 se fundaba Santa Fe de Bogotá. En 1553 llegaban los agustinos, y en 1589 los jesuitas. Más tarde vendrán los capuchinos, y para fundar un gran Hospital en Cartagena venían en 1596 los Hermanos de San Juan de Dios. Cuando los conquistadores —todos ellos católicos convencidos—, no contaban con misioneros, encargaban la evangelización e instrucción de los indios a catequistas, porque hacer cristianos era para ellos tan importante o más que dominar nuevas tierras. Así por ejemplo, González Suárez de Rendón, el fundador de Tunja, asegura: *-Yo mismo y mis mayordomos, por falta de sacerdotes, enseñamos el catecismo a los indígenas*. Todos estos misioneros hicieron de Nueva Granada una Iglesia espléndida, tan extensa territorialmente, pues llegaba hasta Popayán en el suroeste.

Y ahora, para nosotros, el apuro de siempre: ¿a quienes nombramos como los más distinguidos entre tantos misioneros? Nos fijamos sólo en dos, por estar ambos canonizados.

San Luis Beltrán, dominico, de Valencia, es rebelde y aventurero por naturaleza. Formador de jóvenes religiosos, llega a su convento un indio de Colombia, con el que traba mucha amistad, y el chico le insiste: *-Allí en mi tierra hay muchos indios como yo, pero no conocen a Cristo. Si usted fuera, muchos se harían cristianos. Y Luis, a sus Superiores: -Padre Prior, yo me voy a América. Quiero ser misionero y mártir. -¡Usted no se va! -¡Yo me voy! ¡Permítamelo!...* Y los Superiores ceden. Los siete años en Colombia

serán una sarta de aventuras. Siempre metido en el peligro, le envenenan por dos veces y cura milagrosamente. Otras cuatro veces están a punto de matarlo. Convierte a la fe a miles de indios. En fin, un gran apóstol en Colombia, y ahora les hace dudar a los Superiores: *-¿Está el Padre Luis en su puesto? Tan gran educador como era de jóvenes, ¿no será mejor que regrese a España y forme allí a muchos misioneros para América?... Total, que Luis regresa a España, al mismo convento de Valencia que antes, donde en varios años irá configurando a muchos jóvenes dominicos para las misiones extranjeras. Morirá en 1581, bajo la bendición que le imparte el Arzobispo San Juan de Ribera.*

San Pedro Claver, jesuita, es el otro gran apóstol de Colombia, del cual dirá un día el gran Papa León XIII: *La vida que más me ha impresionado después de la de Cristo es la de Pedro Claver*. Catalán, hace su noviciado en el Colegio Sión de Mallorca, donde está como Hermano Coadjutor San Alonso Rodríguez, que le dice un día al joven novicio: *¡Ay, Pedro! Cuántos están ociosos en Europa mientras en América les esperan tantas almas! Vete, que allí está tu misión*. Pedro le escucha, aunque para entonces había ya escrito en sus apuntes privados: “Quiero pasar toda mi vida trabajando por las almas, salvarlas y morir por ellas”. Los Superiores lo mandan a Colombia —cuando aún no era sacerdote, sino simple estudiante—, y durante treinta y nueve años en Cartagena de Indias no sabrá Pedro Claver lo que es un día de descanso, entregado de lleno a un apostolado durísimo. Allí llegan todas las embarcaciones que traen vergonzosamente desde África a miles de esclavos negros, los que poblarán después todas las costas atlánticas de América. Pedro Claver se entrega a ellos en cuerpo y alma entre dificultades enormes, fiel al voto hecho a Dios y que se ha hecho célebre: *Pedro Claver, esclavo para siempre de los esclavos negros*. Dicen que llegó a bautizar a más de 300.000. Morirá en 1654, seis años después en que dejamos por concluida la Edad Nueva de la Historia de la Iglesia.

Perú se nos presenta como una visión de gloria. El franciscano Padre *Marcos de Niza* acompañaba a Pizarro en su primer viaje de inspección el año 1527, a la que siguió entre otras expediciones la de los “Doce Apóstoles” franciscanos, como aquellos de México, y pronto formarán una provincia con casas en Lima, Trujillo y en los principales centros de la región. Como siempre, junto con los franciscanos vienen los dominicos,

con seis misioneros bajo la dirección del Padre *Reginaldo Pedraza*, aquel que vimos llegar a Colombia; en 1537 creaban la primera diócesis en Cuzco; en 1541 se establecían en Lima, y en 1565 ya eran en Perú más de cien. Perú se convertía en un feudo de los beneméritos hijos de Santo Domingo, bendecidos con santos extraordinarios. Vendrán, como siempre, los mercedarios; y seguirían los jesuitas mandados en el 1567 por San Francisco de Borja a instancias del rey Felipe II, el cual le urgió al santo General mandara una nueva expedición con otros doce que acompañasen al virrey Francisco de Toledo.

Santo Toribio de Mogrovejo será la figura máxima de aquellos misioneros intrépidos. Profesor insigne en Sevilla, un día le ordena Felipe II: *-¿Quieres ir a Perú como Arzobispo? -¿Yo? Si ni tan siquiera soy sacerdote*. Se hubo de ordenar, ser consagrado obispo y marchar a Lima, prácticamente la capital de todas las tierras descubiertas, con Universidad, Cabildo de la Catedral, hospitales y el puerto del Callao. Toribio recorrerá sus inmensos territorios con grandes dificultades —dicen, estudiadas hoy sus notas, que hasta cuarenta mil kilómetros y que confirmó a más de ochocientas mil personas—, entre

éstas a aquélla: -¿Sólo han traído a dos niños y a esta niñita para confirmar? Toribio celebró el sacramento con toda solemnidad, como si fueran una multitud, y pidió a Dios que la gracia del Espíritu Santo se derramara abundante especialmente aquel día. La niñita será un día *Santa Rosa de Lima*... Toribio fue célebre por la organización de la Iglesia: celebró sínodos y la dotó de leyes sapientísimas. Murió el Jueves Santo de 1606 en un pueblo indígena. Sencillamente, un Pastor de excepción.

Santa Rosa de Lima. Acabamos de citar a la flor más galana que brotó en aquellas tierras benditas. Joven laica, Terciaria Dominica, sin salir de su casa se dio a penitencias austerísimas y llegó a las alturas más elevadas de la mística. ¿Quién no la quiere?... Con ella, otro dominico, Hermano lego, **San Martín de Porres**, queridísimo también por todos, el mulato hijo de un hidalgo español con una negra panameña a la que flirteaba... Y por si los dominicos no tuvieran bastante en Lima y en el mismo convento, otro Hermano lego, **San Juan Macías**, con las mismas características encantadoras de piedad, humildad y caridad con los pobres que su hermano Martín. Tres Santos de aquellos años, que hoy se veneran en la misma capilla de la Iglesia de Santo Domingo en Lima.

Ecuador debe colocarse en este mismo tiempo, nacida su Iglesia de los misioneros de Colombia y de Perú. Fundada la ciudad en 1535, allí iban con los primeros conquistadores tres clérigos bajo la guía del Padre dominico Gaspar de Carvajal, como Vicario general, y pronto se les unían los franciscanos. Eclesiásticamente dependían de Cuzco en Perú, pero, ya se ve, esto no podía ser: distancias enormes y, por medio, la cordillera de los Andes con montañas altísimas. El Papa Paulo III, a ruegos del rey Carlos V, erigía en 1546 la sede episcopal de Quito. Como en todas partes, una vez que llegaron los misioneros de siempre: dominicos, franciscanos, mercedarios, y la evangelización se extendió veloz. A finales del siglo, se concentraban en Quito más de mil eclesiásticos entre sacerdotes, estudiantes y religiosos legos, aparte de las muchas religiosas, todas de clausura, como concepcionistas, clarisas, dominicas...

Santa Mariana de Jesús Paredes se nos lleva todo el cariño. El 30 de Noviembre de 1946, la Asamblea Constituyente de la República la declaraba *Heroína de la Patria*. ¿Por qué?... En 1645 los temblores eran continuos. Además, se echó encima la epidemia. Las calamidades eran continuas. Y Mariana, joven de 26 años, va a la iglesia, se arrodilla ante el Crucifijo, y reza: *Dios mío, en reparación de tantos pecados que nos atraen tu justicia, y para alivio de los males que están desolando nuestra Patria, te ofrezco, junto con el de Jesús, el sacrificio de mi vida.* ¿Sabrá esta criatura lo que ha dicho? En el mismo instante, cesan los temblores, se acaba la epidemia, no muere por ella ni uno más, y viene el bienestar de la Patria. Pero *Marianita*, como todos la llaman, se siente de repente mal, no puede ni moverse, la tienen que llevar a casa, queda inmóvil con grandes dolores, y muere al cabo de dos meses consumida por terrible enfermedad. Sólo su director espiritual sabía el secreto. Conocido, todos la llamamos desde entonces *La Flor de Quito*.

110. AMERICA, UN NUEVO MUNDO CATÓLICO (III)

Arrancando de Perú, vamos a ir hacia el Sur de América para remontarnos después al Norte, hasta Canadá. Muy breve todo, es cierto.

Bolivia podía haber quedado comprendida con Perú en la misma lección anterior. Y para entendernos ahora, llamaremos desde el principio **Sucre** a la diócesis que se llamaba La Plata, Charcas y Chuquisaca. Los conquistadores codiciaron estas tierras sobre todo al ser descubiertas en 1545 las minas de plata de Potosí. Religiosamente dependía todo de Cuzco en Perú, pero el papa Julio III en 1552, a petición del emperador Carlos V, creaba la diócesis de Sucre, inmensa, de un millón y medio de kilómetros cuadrados. Descubiertas aquellas tierras, llegaron algunos clérigos, hasta que se hicieron presentes los dominicos, franciscanos y mercedarios. La evangelización fue lenta por la enormidad del terreno. Aunque en 1606 el papa Paulo V dividía la diócesis en tres: *Sucre*, *La Paz* y *Santa Cruz de la Sierra*. Aquí nos quedamos, para seguir después ya en la edad Moderna.

Chile, Argentina, Uruguay, Paraguay, las llamadas hoy el **Cono Sur**, aunque tan importantísimas en la Iglesia de Suramérica, las tenemos que mirar en conjunto, ya que su evangelización iba paralela con la acción de los conquistadores, y por ser territorios tan extensos nos encontramos con la misma dificultad que con Bolivia. ¿Nos podemos imaginar que en un principio dependían todas del obispado de Cuzco?... Basten, pues, unas nociones sobre cada una. En la Edad Moderna volveremos sobre todas ellas.

Hasta 1535 no se emprendió la inspección y conquista de **Chile** por Pizarro, que mandó allí a Almagro, con el cual iban un clérigo y dos Padres mercedarios. Fundadas las ciudades de Santiago en 1541, La Serena en 1547 y la Concepción en 1550, todas ellas dependían de Cuzco, pero en 1561 era erigida la diócesis de Santiago. Evangelizadores de Chile, como siempre: los franciscanos, que se establecían en 1553; los dominicos en 1557; los jesuitas en 1593, y los agustinos en 1595.

Argentina fue descubierta mucho antes, ya en 1516 por Juan Díaz de Solís, y reconocida después con las expediciones de Magallanes en 1520, el cual llevaba consigo a los sacerdotes Pedro de Valderrama y Pedro Sánchez de la Reina, los cuales el día 1 de Abril de 1520 celebraron la primera Misa en la Patagonia. Sebastián de Gabaoto, remontando el Paraná en 1527, construyó el fuerte Sancti Spiritus, donde se construyó la primera capilla estable en la cual el sacerdote Francisco García evangelizaba a los indios, y fue el primero que autorizó y celebró en este lugar matrimonios entre españoles con indias. Esto, hasta que por mandato de Carlos V llegaba Mendoza en 1536 y fundaba Buenos Aires, donde ya se construyeron varias capillas y, por Ruiz Galán en 1538, la primera iglesia dedicada al Espíritu Santo. A lo largo de todo este siglo fueron llegando expediciones de los misioneros de siempre, franciscanos, dominicos, mercedarios, agustinos y jesuitas, todos con páginas auténticamente brillantes, aunque sobresalgan los jesuitas con la fundación de la universidad de Córdoba y las **reducciones**, método el de las *reducciones* ensayado antes por los franciscanos en la Magdalena y la Socotonia allá por Tucumán, pero hecho célebre por las de los jesuitas en Paraguay, en las que reunieron a más de 150.000 indios, y que contaron con los mártires *San Roque González*, *Alfonso Rodríguez* y *Juan del Castillo*. Entre todos los misioneros de esas Órdenes religiosas tan be-

neméritas, pronto cristianizaron estas prometedoras tierras de Argentina, de Uruguay empezando por Salta, y con Asunción en Paraguay.

San Francisco Solano, franciscano, fue el gran apóstol venido desde España, que llega a Cartagena y por Panamá, en un viaje de epopeya, llega hasta Perú, de donde sale para Argentina escalando las altísimas montañas de los Andes. Tucumán, Estero, Paraguay son los campos de su apostolado asombroso. Pero su caso más llamativo ocurrió en La Rioja. Se dan cita en ella cuarenta y cinco caciques indios de los que no se esperaba nada bueno... Y Francisco, el Jueves Santo, organiza la procesión devota con hombres disciplinantes. Desnudos de cintura arriba, iban dándose golpes despiadados en memoria de la flagelación de Jesús y en penitencia de sus pecados propios. Los caciques se conmueven, se convierten, se hacen bautizar y se calcula que llegaron a nueve mil los que abrazaron la fe católica entre los indios de sus tribus. Francisco, mandado por obediencia, regresó a Lima, donde murió en 1610.

Brasil necesitaría una relación muy extensa. Cinco franciscanos acompañaban a Cabral cuando se dirigía a Oriente y tocó las costas de Brasil. Nada especial. Allí clavaban una cruz y llamaban al lugar *Bahía de Santa Cruz*. Varios franciscanos más en otras expediciones, especialmente en 1534 y 1558, y en 1550 ya tenían instalados varios conventos. Para finales de siglo, eran muchos y habían sido los primeros y grandes evangelizadores de estos territorios inmensos. Pero pronto iban a tener a su lado a los jesuitas, casi recién fundados, mientras Javier misionaba todavía por la India y Japón. En 1549 llegaban a San Salvador los seis primeros con el Padre *Manuel Nóbrega* en la expedición del gobernador Sousa, y en 1553 mandaba San Ignacio a un joven escogidísimo, Ignacio de Anchieta, todavía estudiante. Los jesuitas van a ser en Brasil unos misioneros formidables. Catequizan a los indios, fundan colegios, abren uno el 25 de Enero de 1553, y llaman al lugar *Sao Paulo* en honor del Apóstol en su fiesta... Conocemos la “fracasada” expedición de los cuarenta jóvenes con el Padre Azevedo, martirizados por los calvinistas (lección 106). Cuarenta más, y todos tan jóvenes, ¡lo que hubieran podido hacer!... Al final del siglo, jesuitas y franciscanos lo llenaban todo.

El Beato José de Anchieta merece una mención especial. Antes de ser ordenado de sacerdote, ya se ha convertido en un apóstol de alta categoría. Las dos tribus de los *tupís* y los *tumayos* se odiaban a muerte. Los tupís eran bellos, alegres, amorosos, y los tumayos horribles antropófagos. Llega una expedición de calvinistas, hugonotes franceses, y para que la religión católica no avance y para arrebatar Brasil a Portugal, les enseñan expresamente a los tumayos a vivir con toda inmoralidad pues así los tienen contentos. Anchieta ve clara la situación, y se ofrece a su Provincial, que, con miedo, le permite meterse con los tumayos, pero le da como compañero a Antonio, un buen criado de los jesuitas. ¡Pobre Antonio! Lo agarran los tumayos, lo matan ante los ojos de Anchieta, y hombres y mujeres se lo comen crudo en banquete canibalesco. Tres meses pasa Anchieta con aquella tribu horrible, y, todavía no sacerdote, hay que ver cómo fue tentado en su castidad tan delicada. Fino poeta, escribía versos en la arena a la Virgen —“Tu gracia me alentó con amor de Madre”—, los corregía, se los aprendía de memoria, y después los copiará para recuerdo y edificación nuestra. Al fin queda libre, regresa a sus hermanos de comunidad, es ordenado sacerdote, y nueva vida para este héroe, muy preparado en letras y ciencia, hasta que muere en 1597 después de un apostolado apasionante.

Marchamos ahora al norte de América, a **Canadá**, adonde había llegado también el Evangelio en esta época llevado por misioneros franceses. Nos atenemos sólo a las misiones que caen dentro de la Edad Nueva que historiamos. El marino francés Cartier llegó a aquellas tierras en 1534 y plantó la Cruz en Québec. Sus dos capellanes trataron de fundar alguna misión, pero todo desapareció, igual que las misiones fundadas por los años 1606-1610. Hasta que en 1611 hicieron acto de presencia los jesuitas Padres Massé y Biard, que trabajaron bien pero hubieron de retirarse en 1613. Vienen los franciscanos de Francia, en 1615 y sólo consiguen bautizar a unos 140 indígenas. ¡Todo difícil! Los mismos franciscanos llaman a los jesuitas, que llegan en 1625. Hacen prodigios de apostolado los Padres Massé, Lallemant y Brebeuf, los cuales han de marchar al ser invadida la tierra por ingleses protestantes. Con la reconquista de los franceses en 1632, se hacen presentes otra vez los jesuitas de antes, que se meten con las tribus de los hurones, los iroqueses y los algonquines. ¿Frutos?... Muy pocos. Semilla que se siembra, que germina lentamente y llegará a sazón mucho más tarde.

Los Mártires del Canadá escribieron con su sangre una página muy gloriosa en la Historia de las Misiones. Aquellos ocho jesuitas fueron canonizados juntos, aunque murieron separadamente y en fechas diferentes entre los años 1642-1649. Los más señalados fueron los Padres San Juan Brébeuf e San Isaac Jogues. A este último lo ven los iroqueses celebrar Misa y le cortan los dedos para que ya no sostenga la sagrada Forma, y al fin lo matan degollado junto con su compañero el Hermano Juan de Lalande... Al Padre Daniel lo acribillan con una nube de flechas cuando entraba en la misión. Igual le pasará al Padre Garnier. Al Padre Chabanel lo degollaba un cristiano apóstata. Aunque lo horrible, lo que no se puede ni narrar, es lo ocurrido con el Padre Brébeuf, al que le sangran todo el cuerpo, lo queman con leznas rusientes, le arrancan trozos de carne de los muslos y se los comen en su presencia. Le sajan los labios, la lengua, la nariz. “Y para que tengas un nuevo bautismo”, le echan por tres veces en la cabeza y espalda agua hirviendo. Lo cubren con flechas ardientes, lo dejan así por tres horas, y al fin muere de un hachazo en la cabeza. E igual martirio le dan a su compañero el Padre Lallemant.

El Canadá francés fue regado con mucha sangre. Ya llegarán los frutos copiosos.

No acabamos aquí la historia de la Iglesia americana, aunque las lecciones que le hemos dedicado nos dan una idea suficiente para adivinar la Providencia de Dios cuando se perdía gran parte de Europa. Este siglo de mitades del 1500 a las del 1600 es solamente el principio. Volveremos a él en la Edad Moderna. Llegará día en que un apóstol grande y genial, San Antonio María Claret, arzobispo en Santiago de Cuba, escribirá unas palabras famosas y muy atinadas: “América es la viña joven de la Iglesia, y saldrán de ella más almas para el Cielo que de Europa, que es viña vieja”. Le perdonamos al Santo eso de Europa, pero nos gozamos de la verdad primera: América, viña joven...

111. EL ORIENTE SE ABRE A LA IGLESIA

Unas notas nada más, y es una lástima, porque habría para escribir largo sobre el campo misionero que se presenta a la Iglesia en los días que historiamos.

Fue cosa de los portugueses, que se tiraron por las costas occidentales de **África**, rodearon el Cabo de Buena Esperanza y llegaron hasta la India. Esto dio pie para que el Evangelio penetrara en el continente africano: Abisinia ante todo, Guinea, Angola, el Congo, Mozambique, Madagascar... Pero, de hecho, las misiones no rindieron lo que podía esperarse, y lo harán en la Edad Moderna. Entonces hablaremos de ellas. Ahora, pasamos sin más al Asia.

La India prometía muchísimo. Contaba con misioneros portugueses desde 1498. Y antes había tenido una misión de Franciscanos con cristianos de rito sirio malabar, los *Cristianos de Santo Tomás*, que llegaron a los 150.000 o más. En 1533 estaba fundada la primera diócesis de Goa con su primer obispo Alburquerque. Pronto llegará su gran apóstol, aunque ya habían ido antes misioneros dominicos y sacerdotes seculares portugueses.

San Francisco Javier es una figura misionera de leyenda. Sabía bien Ignacio de Loyola a quién mandaba hacia el Oriente el año 1541. En la India convirtió a miles y miles. Sus cartas a las universidades, para suscitar vocaciones misioneras, se hicieron célebres en toda Europa: *el brazo se me cansa de tanto bautizar...*, en Comorin, en la Pesquería, en Travancor, en Malaca y las Molucas. Hasta que en 1547 se le presentó el joven japonés Yajiro que le entusiasmó con lo que le contaba de su tierra. Y al Japón que marcha Javier, a donde llega el 15 de Agosto de 1549. La fiesta de la Asunción era un buen augurio. Pero las dificultades se presentaron enormes, por no conocer la lengua y las costumbres japonesas. Aquellos dos años fueron de sacrificios increíbles. Y convencido del gran valer de los japoneses, pero que había que convertir antes a China por la influencia que ejercía sobre Japón, regresa Goa, arregla mil asuntos graves que habían ocurrido en su ausencia, y marcha hacia China en una mala embarcación. En la isla de Sanchón, y a la vista del continente que quería conquistar para Cristo, muere inesperadamente el 2 de Diciembre de 1542. ¿Fracasó en su vida? De ninguna manera. La semilla estaba echada en buena tierra y, tiempo al tiempo, las misiones de Oriente darán cosechas abundantes.

El Padre Roberto Nóbili, italiano, debe ser conocido desde un principio, aunque no vendrá a la India hasta dentro de bastantes años. Misionero genial. Javier y todos los demás, no trabajaban sino con los más pobres, pues sabemos bien lo que eran las *castas* en la India. Nóbili se metió con los brahmanes haciéndose brahmán. No fue comprendido, y discutidos mucho sus métodos por los mismos hermanos de la Compañía. Después, todos le han dado la razón... Por ahora debemos dejar la India, pero un día volveremos a ella, y nos encontraremos con los primeros mártires jesuitas.

Japón ya nos es conocido por la misión de Javier. Fueron llegando muchos jesuitas, de modo que en 1614 eran unos 130 y muchos también los misioneros de otras Órdenes como dominicos, franciscanos y agustinos. Los cristianos se habían multiplicado tanto, que se pueden contar en este tiempo unos 750.000 según los cálculos más probables. Pero vinieron las persecuciones, en las que murieron incontables mártires. Para 1624 se

contaban más de 30.000, y al final de las persecuciones pueden calcularse en más de 200.000, aunque la Iglesia tiene beatificados y canonizados a 244 solamente. ¿Cómo se explica esto? Entre otras cosas, porque arribaron navegantes holandeses calvinistas e ingleses anglicanos, que envenenaron a los emperadores reinantes. Japón se cerró a Occidente, y cuando se abra, obligado, en el siglo diecinueve, volveremos a estos mártires que ahora nos asombran con su número.

China. Dominicos y franciscanos habían llegado a sus costas ya en el siglo trece, aunque aquellas misiones desaparecieron del todo. Y Javier, como un Moisés en el Nebo, moría en Sanchón ante la tierra prometida. Pero la colonia portuguesa formada en Macao el año 1557 sirvió de base para la penetración en el Celeste Imperio. Jesuitas, franciscanos, agustinos lo intentan y no consiguen nada. Hasta que llega el hombre providencial, entra en 1588 el jesuita Padre Ruggieri, que prepara el camino al Padre **Mateo Ricci**, el cual va a intentar lo mismo que en la India el Padre Nóbili: con su mucha ciencia, en matemáticas sobre todo, se da a estudiar bien el chino y las costumbres del país. Construye un reloj bien montado; traza mapas y uno especial de China, mejor que los allí existentes; deja admirados a los sabios que le rodean, aunque con prudencia no se mete en religión, pero gana a algunos más curiosos y de alta sociedad que se hacen católicos. Con un gran tino, aunque conservando los ritos romanos, en las celebraciones litúrgicas se acomoda en lo posible a costumbres chinas. Crecen las comunidades de los jesuitas, nativos de varias naciones europeas, todos competentes en ciencias matemáticas y físicas, se extienden desde Cantón y otros lugares, pero la meta es llegar primero a Nankin y después a la presencia del emperador en Pekín. Al fin lo consigue. Ricci se convierte en una celebridad con sus adelantos científicos y obras de arte, como cuadros del nacimiento de Jesús y de la Virgen, que merecen una exposición de parte del emperador y son una catequesis católica callada. E igual os demás misioneros, dominicos y franciscanos venidos de Filipinas y Formosa. El Padre Ricci moría en 1610. Naturalmente, que en este avance del cristianismo en China hubo muchas dificultades, aunque sin persecuciones *sangrientas* en este período —¡que ya vendrán después!—, de modo que al finalizar esta época de la Edad Nueva en nuestra Historia, llegaban en 1650 los cristianos a 150.000 y no mucho después a 250.000.

Filipinas tiene un significado muy especial, porque va a constituir la primera y única nación católica de Asia. El héroe primero fue el portugués Magallanes con una expedición de españoles que llegó en 1520 a la isla de Cebú, aunque fue asesinado por una tribu de indígenas en el año siguiente. De la expedición, la primera que intentó y logró dar la primera vuelta al mundo, se hizo cargo Juan Sebastián Elcano. Pasarán bastantes años, y en 1565 Legazpi, salido de México, llegaba al archipiélago que bautizó, en honor del rey Felipe II, las *Islas Filipinas*. Con él iba, como encargado de la evangelización, el agustino *Andrés de Urdaneta* con cuatro Padres más de la misma Orden. La primera iglesia fue erigida en la isla de Cebú, y siguieron otras en Luzón, Panay y después en Manila. Nos esperan grandes sorpresas en este campo tan feraz que se abre a la evangelización de aquellos audaces misioneros españoles.

Los **Agustinos**, aparte de aquellos primeros con Legazpi, recibieron en 1575 veinticinco misioneros y otros más después. Fueron los primeros evangelizadores. y en 1606

se les juntaron otros misioneros de la nueva rama de los *agustinos recoletos*, que se harán tan beneméritos en las Filipinas.

La **Franciscanos** llegaban a Manila en 1577. Eran dieciséis en un principio, pero llegaron a ser más de ciento catorce los misioneros; trabajaron tanto y tan bien, que para el año 1600 ya se calculaban en 250.000 los bautizados, pues sólo el Padre *Francisco de Montilla* llegó a bautizar cincuenta mil.

Los **Dominicos** no se iban a quedar cortos, y venían los primeros con el que iba a ser el primer obispo de Manila, Fray Domingo de Salazar. En 1586 llegaban de España otros treinta y dos Padres que, con los que les iban añadiendo en expediciones sucesivas, formaron la insigne *Provincia del Rosario*. Pasarán muy pocos años, y en 1611 arremeterán audazmente con la fundación en Manila de la *Universidad de Santo Tomás*, que se hará tan célebre hasta el día de hoy.

Los **Jesuitas**, como no podía ser menos, se hicieron pronto presentes, de los cuales fue el más célebre el *Padre Chirino*, que para el 1600 ya había erigido unas cuarenta iglesias, organizado cincuenta reducciones y bautizado a innumerables indígenas.

Los **Agustinos Recoletos** venían también en 1606 y serían muy beneméritos misioneros hasta nuestros días.

No había pasado un siglo desde que Legazpi en 1565 descubrió el archipiélago, y Filipinas, al acabar nuestra Edad Nueva en 1648, contaba ya con unos *dos millones* de cristianos. Vale más no entretenernos en citar misioneros insignes en este campo privilegiado. De él decimos —y es casi una obligación—, que, como de una magnífica plataforma, salieron de Filipinas muchos misioneros para China y Japón, entre los cuales se iban a contar tantos mártires que hoy veneramos como santos.

Como podemos ver, nos hemos limitado a dar unas *nociones escuetas* nada más de las Misiones en el Oriente. Más de una vez van a salir en la Edad Moderna. La América española y la portuguesa, como hemos visto en las tres lecciones anteriores, son ya una realidad católica, y no sólo una esperanza, igual que las Filipinas, mientras que la India, Japón, China, Indonesia y demás países asiáticos, con sus muchos millones de habitantes, son para la Iglesia sólo una promesa. Pero Dios les tiene señalada su hora. Tanto esfuerzo de misioneros y tanta sangre de mártires no quedarán estériles para siempre.

Lo más importante que aprendemos con estas lecciones sobre la cristianización de América y la incipiente evangelización de Asia, es que Dios se quería desquitar de lo mucho que le arrebataron en Europa los movimientos protestantes. La Iglesia, contando con muchos voluntarios, se lanzó a la conquista de gentes antes desconocidas. El espíritu misionero nacido en la Edad Nueva, con características tan diferentes del de la Edad Media, ya no morirá en la Iglesia, al revés, cada día irá creciendo más.

Recordar

Edad Nueva

¿Qué impresión nos ha causado la Edad Nueva de la Historia de la Iglesia? ¿Qué nos conviene recordar?

Estos cuatro puntos.

1°. Se rompe la **unión estrecha** que había entre la Iglesia y los Estados. Los reyes empiezan a no hacer caso del Papa. El Sacro Imperio Romano se convierte en un ser sin vida. Se piensa ya de una manera muy diferente que en la Edad Media.

2°. Entre el **Destierro de Aviñón** con los Papas fuera de Roma y el **Cisma de Occidente**, la Iglesia sufre graves perjuicios.

3°. Hacen entrada el **Humanismo** y el **Renacimiento** que paganizan gravemente a la sociedad con la vuelta a lo clásico. Dios deja de ser el centro de la vida. No lo es ni tan siquiera el hombre *crístico*, sino simplemente el “hombre”. La Iglesia, hasta en el mismo Pontificado de Roma, se ve seriamente afectada.

4°. Se dan grandes hechos en esta Edad: el descubrimiento de **América** que se abre a la evangelización; la rebelión de **Lutero**; los muchos e insignes **Santos** que Dios suscita y el **Concilio de Trento**. La Iglesia emprende un camino de fidelidad del que ya no se desviará en adelante.

Tres siglos y medio: años 1303-1648

NOTICIA SOBRE LA EDAD MODERNA 1648 – 1965

No estará de más que traigamos aquí lo que ya pusimos en la lección primera sobre lo que comprende esta Edad Moderna que ahora nos toca estudiar:

Va de 1648 hasta nuestros días del siglo XX, con el Concilio Vaticano II en 1962-1965, aunque en nuestro Curso la alargaremos en Apéndices hasta el 2005, pues introduciremos la figura tan querida de todos, de Juan Pablo II.

Y se divide también, como las anteriores, en dos períodos:

Primero: la Iglesia y el cambio de mentalidad europea, de 1648 a 1789.

Segundo: La Iglesia en las grandes revoluciones sociales, desde la Francesa en 1789 hasta las dos Guerras Mundiales del siglo XX, y Concilio Vaticano II (1962-1965).

La Paz de Westfalia en 1648. Pudo haber ido esta nota en la lección 102 al hablar del papa Inocencio X, que hubo de soportar la cruz de aquella firma fatal que destruyó a la Iglesia. Es cierto que acabó con la triste *Guerra de los treinta años*, pero las naciones protestantes se quedaron con la mejor parte, política y religiosamente, en aquel primer foro internacional; los Estados Pontificios perdieron mucho de su poder, y el Luteranismo y el Calvinismo eran reconocidos como religiones oficiales. Ciertamente allí nacieron prácticamente las Naciones Europeas, del todo independientes unas de otras, pero con un tinte de libertad religiosa que a la Iglesia le resultó tan pernicioso. Entró en vigor el célebre dicho: *La religión es la de aquel que manda en un país*. Con esto, al imponer el protestantismo o el calvinismo a sus súbditos, reyes y príncipes se adueñaron de grandes bienes de la Iglesia, como protestaba el Papa: “Muchos arzobispados, obispados, monasterios, preposituras, bailías, encomiendas, canonicatos y otros beneficios y bienes de la Iglesia, son cedidos a los soberanos heréticos en feudo perpetuo suprimiendo la denominación eclesiástica”. Pero no era esto lo peor. La pérdida de los bienes materiales no ha asustado nunca a la Iglesia. Lo peor era la imposición de la religión herética a muchos católicos, que, o apostataban aceptando la nueva fe o se veían obligados a exiliarse. Pues sigue el Papa: “Se ordenaron otras muchas cosas que causa vergüenza recordar, sumamente perjudiciales y dañosas a la religión ortodoxa, a la Sede Romana, a las iglesias inferiores y a las otras arriba mencionadas”.

Las protestas del Papa y hasta sus amenazas ante Dios podían ser muy serias: “Condenamos, reprobamos, privamos de toda fuerza y efecto dichos artículos y todas las otras cosas perjudiciales antes mencionadas y protestamos contra ellas y de su nulidad ante Dios”.

Esto del Papa pudo valer antes; ahora los pueblos lo tomaban casi a broma.

Para en adelante habremos tener presentes los puntos siguientes.

1. La Iglesia deja de ser en la sociedad el centro obligado de todo, al revés de lo que era en la Edad Media. Desaparece el imperio cristiano. El Papa ya no es la autoridad suprema. Lo que se fue fraguando en la Edad Nueva se ha convertido en una realidad innegable: cada nación, cada Estado, con el rey como jefe insustituible sin ingerencia alguna del poder religioso. En la sociedad, el Estado y sus intereses sustituyen a la Iglesia.

2. El Pontificado, de este modo, se encuentra en situación de *inferioridad*, y los reyes, con su *absolutismo*, se meten con derechos que se arrogan o han conseguido en los asuntos de la Iglesia. Ahora mandan ellos, no el Papa ni los obispos. Naturalmente, que habrá reyes católicos muy respetuosos con la Iglesia. Pero las dos potestades actuarán *independientes* una de la otra. La Edad Media quedó sepultada para siempre.

3. Esto obedece a la nueva *ideología* que ha entrado en la sociedad, especialmente a partir de la revolución protestante. Aunque llegará a su colmo en el siglo XVIII con la *Ilustración*, nacida de suyo en Inglaterra, pero centrada en los *enciclopedistas* franceses, que pondrán la **razón** sobre la **revelación** de Dios, y llegarán al punto culminante cuando rindan su culto a la *diosa razón*.

El Racionalismo de los siglos XVII-XIX será la consecuencia más natural de esta ideología. La Masonería, nacida a principios del siglo XVIII —y condenada desde un principio por la Iglesia—, jugará secretamente un gran papel en el proceso de la descristianización europea y americana. Dios dejará de interesar y vendrán las grandes apostasías modernas, pues la sociedad, oficialmente, dejará de ser creyente. Y en nuestros propios días llegará a una *secularización* que, francamente, da miedo.

4. A partir de la Revolución Francesa a finales del XVIII, nos encontraremos con las grandes revoluciones sociales, acabadas en el siglo XX con las dos Guerras Mundiales, las cuales cambiarán la faz no sólo de Europa sino de todas las naciones de la tierra.

5. Con las nuevas ideologías, con esas revoluciones y sistemas sociales, la Iglesia será tremendamente perseguida y habrá cantidad incontable de mártires, que llegarán al colmo bajo las dictaduras nazi y comunista del siglo XX.

6. Teniendo en cuenta todo esto, cualquiera diría que el enemigo iba a acabar con la Iglesia. Ocurrirá, es cierto, un debilitamiento en su actividad. Sin exagerar, pero durante un siglo y medio, durante el primer período, desde Westfalia en 1648 a la Revolución Francesa en 1789, no tendrá ni la energía ni los grandes Santos que tuvo desde mediados del siglo XVI a mediados del XVII. Pareciera que se hubiese cansado de bregar en la lucha.

7. Y ya que antes hablamos de varios Papas en sentido desfavorable. Desde Trento, son todos muy dignos, sin que haya que lamentar, durante más de cuatro siglos, uno solo como algunos de aquellos medievales o renacentistas; y en el segundo periodo, a partir del siglo XIX hasta hoy, tendremos unos Papas —desde Pío IX a Juan Pablo II— de talla superlativa.

8. Se celebrarán los dos Concilios Vaticano I y Vaticano II, que *actualizarán* a la Iglesia, pero a nadie se le ocurrirá pronunciar la palabra *reforma*. Incluso en lo temporal, el Papa perderá los *Estados Pontificios* en 1870, aunque al fin saldrá ganando mucho la Iglesia entera en 1929 con el *Estado de la Ciudad del Vaticano*.

9. Además, ya en el siglo XVII, pero con el siglo XIX sobre todo, se expandirán las Misiones sobremanera y la Iglesia se verá dilatada grandemente en muchas naciones antes paganas.

10. La piedad moderna se enriquecerá con devociones que han hecho un bien grandísimo en las almas. Llama poderosamente la atención el nacimiento de tantas Congregaciones religiosas, masculinas y femeninas, dedicadas a los más variados servicios en bien de la Iglesia y de la humanidad. Porque se dará una cantidad grande de Santos y Santas, candidatos a los altares, como nunca antes se había conocido.

Con estas nociones sobre la Edad Moderna a la vista, emprendemos su estudio con optimismo verdadero. No quedaremos defraudados.

112. EL ABSOLUTISMO DE LOS REYES

Una lección ingrata, pero necesaria. Empezamos con ella por ser lo más llamativo con que se inicia la Edad Moderna. Se trata de los reyes europeos, de las naciones cristinas. ¡Lo primero es la nación!... La Iglesia, muy en segundo lugar.

Francia comenzó su Galicanismo prácticamente con Felipe el Hermoso en 1303, y pareció que desaparecía a principios del siglo XVI, pero era todo una ilusión. En el siglo XVII surge con verdadera pujanza. El Galicanismo no era ninguna herejía, sino una *praxis*: el Papa debía someterse a las libertades de que gozaba la Iglesia en Francia. El rey, con Luis XIV sobre todo, se consideraba como el *obispo* de Francia; el parlamento retenía a la Iglesia como una institución *estatal*, y, por lo mismo, ésta debía sujetarse a un gobierno superior; muchos obispos franceses no admitían la autoridad suprema del Papa, el cual era el *primero* entre *iguales*, y, por lo tanto, le debían honor, pero no obediencia. Todo se resumía en este error: el primado de Roma es una institución humana, y el Papa es inferior al Concilio Universal.

Fue muy grave la Asamblea convocada por el rey Luis XIV, de 34 obispos y 37 representantes del clero inferior, previamente seleccionados todos para que no se opusieran a los deseos del rey, y aceptaron las proposiciones de Bossuet, entre otras, éstas más graves: El Papa debe respetar las libertades de la Iglesia galicana, porque no son libertades sino *derechos*; el Concilio es superior al Papa; y las enseñanzas del Papa en materia de fe tienen gran autoridad, pero no son irreformables, pues debe darles su consentimiento la Iglesia universal. Eran los famosos y lamentables *capítulos galicanos*.

Esto era gravísimo. Y Luis XIV mandó registrar esta “declaración del clero galicano” como ley del reino. Luis XIV, siempre el mismo, el del infatuado “El Estado soy yo”.

Afortunadamente, la Sorbona no aceptó los artículos de la *declaración*, y en la misma Francia se alzaron protestas muy serias; en toda Europa fueron rechazados; el papa Beato Inocencio XI protestó con decisión enérgica, Alejandro VIII los condenó, Inocencio XIII obligó a retractarse a los obispos franceses, y Luis XIV consintió en la decisión papal, pero el galicanismo seguirá latente hasta que en 1870 desaparezca sin remedio cuando el Concilio Vaticano I defina como dogma de fe la Infallibilidad del Papa y su autoridad suprema.

El Febronianismo, así llamado por *Febronio*, pseudónimo del obispo Juan Nicolás Hontheim, que en 1763 publicó el libro “Sobre el estado de la Iglesia y sobre la legítima potestad del Romano Pontífice”, con el que volvía a las quejas de la nación alemana por los *gravámenes* de la Santa Sede a Alemania, ejercidos sobre todo por medio de la Nunciatura. No tuvo entre los católicos alemanes ni la importancia ni la duración ni las malas consecuencias del Galicanismo entre los franceses, aunque sus enseñanzas venían a ser las mismas: el Papa es el primero en dignidad, pero el poder como tal reside en el Colegio episcopal; los príncipes deben corregir los abusos del primado del Papa ejercidos por los Nuncios; los obispos han de recobrar los derechos que les quitó el Papa, puesto que el Papa es el primero en honor, pero está sometido al Concilio Universal... Los obispos mantenían las ideas febronianas, aunque Hontheim se retractó a medias y el papa Clemente XIII puso su libro en el Índice de libros prohibidos. Al fin los obispos se sometieron al Papa, pues veían que caían bajo sus propios Metropolitanos, algo peor que seguir al Pontífice de Roma.

El Josefinismo del Imperio austriaco tuvo peores consecuencias y duró mucho más. Aunque nacido bajo *María Teresa* de Austria (+1780), profundamente católica, la cual se dejó influir por malos consejeros, el Josefinismo tomó el nombre del hijo de María Teresa, *José II* (1780-1790), también católico ferviente, pero desconocedor de la naturaleza de la Iglesia. Llevado por su consejero Kautnitz, emprendió unas reformas que conculcaban todos los derechos de la Iglesia. Por ejemplo, entre otras cosas: introdujo el *placet regio* para todas las disposiciones del Papa y de los mismos obispos austriacos; anuló algunos impedimentos matrimoniales e implantó otros nuevos suyos; a partir de 1782 la emprendió contra las Órdenes religiosas, con la supresión de más de 600 conventos en menos de diez años, y permitió solamente la de algunos dedicados a la enseñanza y al cuidado de los enfermos; las Órdenes contemplativas, todas suprimidas, desde luego; eliminó todas las cofradías y asociaciones, fundiéndolas en una sola, en la Cofradía de la Acción Caritativa; se suprimieron casi todos los seminarios para la formación de los sacerdotes, pues quedaron solamente algunos, independizados de la autoridad de los obispos... No se entiende cómo un rey católico pudo hacer semejante mal a la Iglesia, arrastrado por un mal consejero. El papa Pío VI fue personalmente a Viena en 1782 y protestó con valentía, mientras el pueblo de Viena, Munich, Augsburgo..., recibió al Papa con entusiasmo. Pero el canciller Kautnitz no admitió componendas; bastantes obispos se sometieron al rey, aunque algunos se le opusieron frontalmente, como el arzobispo de Viena y el primado de Hungría. José II asistió a la Misa el día de Pascua y comulgó de manos del Papa, que se la dio con verdaderos remordimientos de conciencia. Los obispos de Bélgica, entonces perteneciente al Imperio austriaco, se rebelaron frontalmente contra el emperador, y ahí empezó la revuelta valiente de los belgas, que no pararán hasta conseguir su independencia definitiva en 1830. No se entiende cómo un rey tan católico se ufana de sus reformas religiosas y actuase de manera tan repulsiva con la Iglesia. Pero así fue. Las ideas josefinistas duraron en el Imperio austro-húngaro tanto o más que las galicanas en Francia.

En Italia por poco se mete el *Josefinismo* por culpa del hermano de José II, el archiduque Leopoldo II, que gobernando Florencia organizó el conocido *Sínodo de Pistoia* por su obispo Ricci, imbuido de ideas galicanas y jansenistas. El obispo hacía la guerra a las devociones más queridas: el Sagrado Corazón, el Vía crucis, la Virgen María... Pero el pueblo toscano se amotinó enfurecido, invadió el templo y prendió fuego al trono y al escudo del obispo. El Sínodo fracasó. De los 18 obispos asistentes, sólo tres aceptaron sus conclusiones, el papa Pío VI lo condenaba, y hasta Ricci, cinco años antes de morir, se retractó de sus disparates. Italia se veía libre del mal que aquejaba a las otras naciones católicas.

El Regalismo afectó seriamente a **España y Portugal**. Se le da este nombre de *regalismo* a la manía que tuvieron contra la Iglesia los reyes españoles desde la entrada de los Borbones en 1700 en España y de los portugueses desde su independencia. El absolutismo que Felipe V quiso plantar en España era igual que el de su abuelo Luis XVI en Francia. Los consejeros del rey no buscaban la unión pacífica con la Iglesia, sino que imbuidos de galicanismo sostenían al Estado como superior a la Iglesia. La cosa, de todos modos, venía de lejos, del rey Felipe IV, tan católico, que pudo quejarse del papa Urbano VIII, muy inclinado a Francia y poco adicto a España, cuyos derechos y privilegios se los mermaba la

Nunciatura de Madrid. Esta antipatía de Felipe V y sus consejeros la fomentó incluso el obispo de Córdoba y virrey de Aragón, Francisco Solís, al sostener en 1709 los derechos del rey y apoyar los derechos que residen en los obispos. Las luchas sobre este asunto con la Santa Sede fueron largas y agudas. Hasta que el gran papa Benedicto XIV, con su generosidad característica, y manteniendo los muchos privilegios que tenían los reyes de España, acabó con la enojosa cuestión.

Pero el espíritu *regalista* siguió vivo en los gobiernos de España durante muchos años, y fue causa de tantos males como sufrió la Iglesia durante todo el siglo XVIII, por ejemplo, con la supresión de la Compañía de Jesús, y durante todo el siglo XIX, en particular con la matanza de los Frailes de Madrid y la desamortización de Mendizábal. En él radica ese espíritu anticlerical español que llegará a su colmo en la persecución religiosa de 1936.

Portugal, que obtuvo definitivamente su independencia en 1668, no fue de momento demasiado lejos en el *regalismo*, aunque llegó a su colmo con Pombal. El rey exigía al Papa los mismos derechos que el de España para el nombramiento de los obispos. Urbano VIII e Inocencio X no cedieron; el rey tampoco, y los obispos por él presentados no los admitió Roma. Ante tal situación, en todo Portugal llegó a haber un solo obispo, y en las colonias había 26 sedes vacantes. Aquello no podía seguir, pues Portugal era demasiado católico y al fin se firmaron las paces entre el Papa y el rey Pedro II, que se quedó con el derecho de *presentación* de los obispos. Pero ocurrió un caso muy grave. La reina María Francisca, duquesa de Saboya, se casó con el príncipe Alfonso VI *por procurador*, y al ser destronado por su hermano Pedro II se unieron éste y María Francisca. Podemos suponer el escándalo en todo Portugal. El Papa se puso firme, y al fin remedió la situación y declaró nulo el matrimonio de Alfonso y Francisca “por no haber sido consumado”, lo cual era cierto. En los asuntos políticos, Portugal seguía los pasos de los otros gobiernos: el Estado sobre la Iglesia. Llegó un momento en que por poco se produjo un cisma. Pero, otra vez el gran Benedicto XIV, pacificó todo y hasta dio al rey portugués el título de *Rey Fidelísimo*.

Polonia nos da la satisfacción de no verla metida en estas ideologías malsanas de las otras naciones europeas, a no ser que fuera en algún caso aislado. Pero se vio en otra situación muy grave: los turcos que habían dominado a Hungría y estaban sitiando a Viena, hubieran llevado la Media Luna también sobre Polonia. Era terrible el peligro para toda Europa. El papa Beato Inocencio XI apoyó al rey Sobieski, que, a pesar de la oposición de Luis XIV de Francia, siguió adelante con su plan, fue el héroe que liberó a Viena en 1683, reconquistó en 1686 a Budapest la capital de Hungría, y alejó definitivamente de Europa el poder turco. El Papa Inocencio, en memoria de estas Victorias, instituyó la fiesta del *Nombre de María* señalada en el calendario el 12 de Septiembre.

113. EL PONTIFICADO MODERNO

Nos conviene conocerlo. Muy digno, aunque con sus inevitables fallos humanos: Papas ejemplares todos, muy fuertes algunos, y otros algo débiles en la política europea.

Empecemos por conocer la Curia Romana y los cardenales, porque van a sufrir una gran transformación. Desde Trento, Curia y cardenales son muy diferentes a los del Renacimiento. Desaparece de Roma aquella *mundanidad* humanista tan perniciosa para la Iglesia; el *nepotismo*, aunque durará algo hasta ser erradicado totalmente, ya no tendrá el mismo carácter; y la *política* no se regirá por las conveniencias de los Estados Pontificios —aunque los Papas mirarán siempre por el bien de ellos—, sino por las relaciones más aptas con las naciones europeas existentes y las que nacerán después.

La característica más notable de las naciones modernas es el centralismo, pues los reyes y príncipes se rigen por el *regalismo* más exigente. Cada uno de ellos tiene por norma, a su modo, lo expresado de manera tan altisonante por Luis XIV de Francia: “El Estado soy yo”. Al Pontificado le va a pasar lo mismo, aunque en este caso con toda razón: el Papa —como Vicario de Jesucristo al que se le dio toda potestad en la Iglesia—, gobernará por sí mismo con un centralismo desconocido anteriormente, pero justo. Para entenderlo, nos fijamos en algunos puntos particulares.

El nepotismo, tan odiado anteriormente, aunque desaparecido al parecer con Trento, subsistirá por más de cien años en algunos Papas. De los de este primer período de la Edad Moderna, Alejandro VII (1655-1667) cedió a los requerimientos de los florentinos y confirió varios cargos a un su hermano, a un sobrino lo creó cardenal, a otro lo casó con una noble Borghese... Alejandro VIII (1689-1691) cargó de bienes a los miembros de su familia: un sobrino, cardenal en el día siguiente a la elección; otro sobrino, también cardenal, a pesar de ser un derrochador; otro, ya era obispo, creado igualmente cardenal...

Pero el Papa siguiente, Inocencio XII, acabó *definitivamente* con esta plaga. Después de él, ya no se dará ni un solo caso. Porque, fuera de estos ahora citados, el nepotismo de este siglo seguirá vigente, pero ya no será un llenar de beneficios y de dinero a los familiares, sino mantener al “nepote”, al sobrino elegido, en el cargo más importante de la Curia, una especie de Ministro de Relaciones omnipotente, hasta que será sustituido de modo definitivo por el Secretario de Estado.

Como una curiosidad o como ejemplo hermoso. En 1903 era elegido Papa San Pío X. De familia muy humilde, siempre tuvo consigo a tres de sus hermanas que cuidaron de él cuando párroco, obispo y cardenal. Ya Papa, le preguntan seriamente a ver qué título de nobleza (!) quería para sus hermanas. -¿Título? *Hermanas del Papa. Con él tienen bastante...* Y en su testamento, sin nada de dinero, anotaba: -*Dejo a mi sucesor 100.000 liras que me entregaron para mis hermanas, a fin de que disponga de ellas según su parecer...* Del nepotismo no quedaba más que un recuerdo desagradable y muy lejano.

Los Cardenales merecen una atención especial. Sabemos que el papa Sixto V los fijó en *setenta* miembros a lo más. Ya no son tampoco, fuera de casos aislados, aquellos de antes

de Trento: familiares del Papa que resultaban muchas veces una auténtica calamidad, nombrados jóvenes imberbes unos, y creados también otros aunque fueran de conducta malsana. Ahora son elegidos hombres probos, pero que se van a dividir —de manera natural, no legislada— en una triple facción. *Primera*, la de los “nacionales”, es decir, los de una nación determinada con los otros adictos políticamente a esa nación. Esto ocurría aunque la mayoría de los cardenales fueran italianos. *Segunda*, los que podríamos llamar “nepotistas”, o sea, los que capitaneaba aquel familiar del Papa ya difunto y que solían ser los creados por ese mismo Papa. *Tercera*, los “independientes”, serios que no se dejaban llevar por nadie, sino que buscaban sólo el bien de la Iglesia. Esta división del Colegio Cardenalicio en tres grupos resultará muy poco beneficiosa cuando habrán de elegir nuevo Papa. Cada grupo tirando hacia su partido, muchas veces no se pondrán de acuerdo y alargarán por días y semanas y hasta meses algunos cónclaves.

Los Nuncios. Otra institución de mucha importancia. Desde siglos atrás, los Papas enviaban a los reyes, a los congresos, a los sínodos algún legado que llamaban “a latere”, de su lado, un embajador que hiciera las veces del mismo Papa, porque llevaba fielmente su representación, sus encargos, sus disposiciones. A partir de los siglos XV y XVI, esos legados se hicieron permanentes, y, es cierto, fueron causa de muchos conflictos entre los obispos y los gobiernos civiles con los Papas. Ahora, corregidos muchos errores, se convierten en instrumentos eficaces del gobierno pontificio, cada vez más concentrado en sí mismo.

Los obispos, desde Trento, cambian grandemente en la Iglesia. Antes del Concilio había también muchos buenos pastores, pero recordamos muy bien cómo durante siglos abundaron los obispos vividores, cortesanos, grandes señores..., y ahora, obligados todos a la residencia, constituían un episcopado ejemplar. La dificultad estaba en la elección de los candidatos, pues los reyes de las naciones católicas se arrogaban todos el derecho de la elección. Poco a poco, y con mucha vigilancia sobre la conducta y capacidad entre los presentados, se escogían siempre sujetos dignos, a pesar de los reyes que se amparaban en las ideas galicanas y similares, falsas y hasta heréticas, como veremos pronto.

Las Congregaciones Romanas van a ser los grandes instrumentos del gobierno de los Papas. Por “Congregaciones Romanas” entendemos los diversos organismos de la Curia pontificia, lo que civilmente llamamos “Ministerios”. Durante varios siglos permaneció activa la Inquisición (lección 58), que vigilaba en las diversas naciones la pureza de la fe contra las herejías. Ahora, fue sustituida por el *Santo Oficio*, y fue la primera Congregación instituida en Roma, ya bajo Paulo III en 1542. Vinieron después la de la Propagación de la Fe, la del Concilio, la de los Obispos, la de los Religiosos, la de Ritos o del Culto, la de los Estudios y otras, además de la principal que es la Secretaría de Estado, hasta llegar a ser quince. Los Papas añaden unas, suprimen otras, fusionan algunas, según las necesidades de la Iglesia o conveniencias de los tiempos. Cada una tiene su residencia propia, y al frente de la misma está un Cardenal llamado “Prefecto”. Como se ve, todo el gobierno de la Iglesia se centralizó en el Papa, que lo ejercitaba por medio de las Congregaciones.

Así quedó en este período primero de la Edad Moderna. Y aunque sea dando un salto de tres siglos, pero dentro del segundo período de nuestra Edad Moderna, hoy la Santa Sede, aparte de la Secretaría de Estado, consta de nueve Congregaciones. Tiene también algunos

Tribunales importantes con otros organismos. Además, modernamente, se han creado los “Consejos Pontificios”, que desempeñan un gran papel. Para conocimiento de todos, pues a todos los hijos de la Iglesia nos interesa, al final de las lecciones ponemos un Apéndice sobre la actual constitución de la Curia Romana.

Los Cónclaves. Desde hacía ya muchos siglos, al morir el Papa eran los cardenales quienes debían elegir al sucesor. La palabra “cónclave” viene de muy lejos: cónclave = con llave. Los cardenales se encierran sin contacto con el exterior para evitar injerencias extrañas. Parece que el primer cónclave se debe al pueblo romano, que encerró a los cardenales en el monasterio Septizonio del que salió elegido el papa Celestino IV en Octubre de 1241.

Pero quien determinó cómo debía ser el cónclave fue el papa Gregorio X en el Concilio de Lyon en 1274, ya que cuando fue elegido él en la ciudad de Viterbo duró el proceso nada menos que tres años. El pueblo, furioso de tanto esperar, cerró con llaves el palacio episcopal y les dejaba entrar muy poca comida para que acabaran de una vez con la elección. Esa reunión de los cardenales electores quedó consagrada con la palabra *cónclave*.

En el período que historiamos, los cónclaves se celebraban normalmente bien; pero se metió en ellos un mal muy grave: los reyes de las naciones europeas se arrogaron el derecho del “veto”. Aunque los cardenales no tenían ninguna obligación de atenerse a él, pues podía ir contra su misma conciencia, no tenían más remedio que aceptarlo, ya que de salir elegido el vetado, le imposibilitarían el gobierno de la Iglesia en esa nación determinada. Y más de una vez se vieron obligados a esta práctica injusta y del todo reprobable.

Lo hizo España cuando la elección de Inocencio X en 1644; Francia en 1670 cuando Clemente X; Austria en 1721 cuando Inocencio XIII; Austria en 1823 cuando León XII; y España en 1831 cuando Gregorio XVI. Y ya muy en nuestros días, Austria-Hungría en 1903 cuando la elección de San Pío X. Pero en este cónclave se acabó para siempre esta cuestión tan enojosa. Hoy nadie puede imaginarse tal injerencia civil en un cónclave.

Lo malo para los cónclaves de los siglos XVII al XIX estaba en los diversos grupos de los cardenales. Por sus tendencias políticas, cada facción tiraba para su partido, y varios cónclaves resultaron problemáticos por esas simpatías o antipatías injustificadas.

A partir de ahora, la mejor manera de conocer la Historia de la Iglesia en la Edad Moderna sería seguir los Papas uno por uno hasta nuestros días, intercaladas, naturalmente, las lecciones sobre puntos concretos que se realizan en medio de esos Pontificados. Es probable que sigamos este sistema, al menos ocasionalmente. Abrimos el *primer período* de la Edad Moderna conociendo algo la Curia Romana. En el *segundo período*, finales del siglo XVIII hasta nuestros días, variarán mucho las cosas al sucederse acontecimientos en gran manera extraordinarios.

114. PRIMEROS PAPAS DE LA EDAD MODERNA

Sólo algo de los principales. Son interesantes por el momento en que les tocó gobernar la Iglesia. Pero no podemos extendernos con ninguno.

Inocencio X (1644-1655). Ya dijimos algo de él (lección 102) porque le tocó el hecho de la Paz de Westfalia, con la que se inicia la Edad Moderna. Digamos de él que fue un buen Papa. Lástima también de su nepotismo. Fue demasiado ingenuo y cayó en la trampa de los suyos, sobre todo de su cuñada Olimpia, ambiciosa, dominadora, por cuya culpa se reavivaron en Roma las fiestas fastuosas, mundanales, nada cristianas. El Papa postridentino debiera haber puesto freno a esas desviaciones. Por ejemplo, el embajador del rey de España Felipe IV fue a Roma para “ganar el Jubileo” de 1650 y se presentó al Papa con el séquito de 300 carrozas... - Fue valiente contra el Jansenismo y lo condenó con toda resolución. Y en cuanto a la ciudad de Roma, la embelleció mucho, como la Plaza Navona y con la creación de la Villa Pamphili. Revistió de mármoles preciosos las columnas de la Basílica del Vaticano. Su muerte fue muy piadosa, asistido hasta el final por el general de los jesuitas Padre Oliva. Pero su entierro fue de lástima, por culpa de sus parientes, tan favorecidos por él. Un aviso mudo de Dios para los Papas nepotistas...

Alejandro VII (1655-1667). Se negó desde un principio muy sinceramente a favorecer a los suyos, pero al fin, mal aconsejado, cayó en el mismo defecto que su antecesor. Otro Papa nepotista, aunque contra su voluntad, y le resultó también mal. Personalmente, muy piadoso, humilde, caritativo. Mandó a Bernini que le hiciera un ataúd para su cuarto, de modo que al despertarse por la mañana viera primero de todo lo que sería un día. En cuanto al Vaticano, le cabe la gloria de haber contado con el genial Bernini, al que encomendó la Plaza elíptica que nos sigue embelesando con sus dos brazos que quieren abarcar el mundo, formada por esas 296 columnas imponentes en cuatro series y coronadas con 182 estatuas de Santos esculpidas por discípulos suyos. En su pontificado se destacaron dos hechos muy singulares. - Muy doloroso el primero, como fue la patraña urdida por el embajador de Francia, cuando murió uno de su guardia en un altercado con la guardia pontificia. Era lo que esperaba el rey Luis XIV. No valieron las justas excusas del Papa. Hasta Voltaire (!) cargó la culpa contra el embajador. El rey se apoderó de Aviñón y del condado Venesino. Sujetó al Papa a humillante abdicación. Y se negó —¡naturalmente, porque le convenía!— a alistarse en la Liga contra los turcos preparada por el Papa. - El otro hecho fue consolador y clamoroso en toda Europa. Cristina de Suecia, reina desde niña por decreto de su padre el furioso protestante Gustavo Adolfo, querida de todos por su formación militar, varonil, y dotada de bellísimas cualidades, no se casaba, preocupaba a la población porque no iba a dejar descendencia..., llamó secretamente a dos jesuitas italianos que entraron disfrazados en Suecia —¡imposible para una luterana hablar con un cura católico!—, se instruyó en la fe, abdicó al trono, y colmada de honores en todas partes llegó por fin a Roma, abjuró antes en Innsbruck públicamente del protestantismo, y el Papa y toda Roma la recibió como podemos imaginarnos. Buena católica, pero orgullosa, caprichosa y de carácter muy masculino, su piedad no fue muy notable, y esto la hizo desmerecer algo. Dada a las artes y a los libros, su palacio dejó maravillado al mismo Papa. Sus últimos años fueron más calmados, y al morir fue sepultada en la Basílica Vaticana en serio monumento.

Clemente IX (1667-1669). El lema que escogió para su pontificado lo dice todo: “Clemente para los demás, pero no para sí mismo”. Dice de él un historiador no católico que “Poseía en alto grado todas aquellas virtudes que consisten en la ausencia de defectos, en la pureza de las costumbres, la modestia y la moderación”. Ya en el primer mes de pontificado, había repartido a los necesitados la enorme cantidad de 600.000 escudos, y ni uno para sus parientes. Buen golpe al nepotismo. Para los demás, generoso, hasta hacerse célebre su palabra a todo el que acudía a él: “Concedido”. En la Basílica vaticana hizo poner un confesonario expreso para el Papa, que bajaba cada día a atender a los fieles en confesión. Amantísimo de la paz, pero se mantuvo firme contra el Jansenismo, suavizó la postura hacia los herejes para atraerlos de nuevo a la Iglesia. Sufrió mucho por la caída de Creta en manos de los turcos, fracaso porque Luis XIV de Francia no colaboró nada con el ejército cristiano y hasta pactó secretamente con la Media Luna. Aquel dolor le llevó a la muerte.

Clemente X (1670-1678). Muy bueno, pero poco pudo hacer con la fatiga y enfermedad que acompañaban sus ochenta años encima. El hecho más notable, la victoria del rey de Polonia Sobieski que derrotó a los 100.000 guerreros turcos de Mohamed, aunque fue lástima que, por culpa de Luis XIV de Francia, el héroe polaco no pudo seguir adelante.

Inocencio XI (1678-1689). Un Papa santo, beatificado por Pío XII en 1956. Rarísimo, pero los tres grupos de cardenales, eligieron por unanimidad al cardenal Odescalchi. Así sería de bueno, aunque se mostró después tan enérgico cuando hizo falta. Por ejemplo, a su sobrino, que soñaba en el cardenalato: -A formarte bien en el colegio de los jesuitas, y con ello tienes bastante... En los famosos artículos del Galicanismo (lección 112): -Sobre los cuatro, condenación absoluta... El apuro del Papa fue grande con el asedio de Viena, defendida por el héroe Stahrenberg mientras se veía sitiada por 200.000 soldados turcos. Como San Pío V por Lepanto, Inocencio rezaba y, aunque el rey francés Luis XIV ni ayudó y hasta estorbó, Sobieski de Polonia rompió el cerco el 12 de Septiembre de 1683, dejando 20.000 turcos tendidos en el campo de batalla. El Papa, agradecido al Cielo, instituyó como memoria la fiesta del Nombre de María para el día de tan señalada victoria, que, ahora sí, alejaba para siempre de Europa el peligro musulmán. - Fue acusado de rigorista porque se opuso al *mundanismo* que se estaba reavivando en Roma. Exigió a los cardenales austeridad. Prohibió el *quietismo* de Molinos, a pesar de que siendo cardenal le había entusiasmado de momento. Pero vio sus peligros y descubrió sus males a tiempo.

Digamos algo del *quietismo* aunque no sea más que unas palabras. Se debió este movimiento de *oración espiritualista* a Miguel Molinos, sacerdote español y aragonés. En Roma hizo muchos adeptos a su enseñanza sobre la oración mística, malinterpretando a Santa Teresa y San Juan de la Cruz. Había que dejarse llevar del Espíritu, sin ningún deseo de amor, de temor, de premios, de castigos, de cielo o de infierno, de avanzar o de retroceder en la virtud, de nada que turbe o preocupe el alma, con tal que ésta permanezca siempre abierta a Dios sin interés ni terreno ni espiritual alguno... Precioso todo. Sublime. Pero fatal. El elemental “agere contra” de San Ignacio, “lucha contra ti mismo” ante cualquier pecado o mala tendencia, no tenía sentido alguno. Gente influyente, como cardenales, la reina Cristina de Suecia, estaban entusiasmados, confiaban en su dirección, ¡y se descubrió la vida inmoral que llevaban bastantes sacerdotes guiados por esta espiritualidad!... El papa Inocencio, al principio favorable a ella, la condenó en 1687.

En Francia se extendió otra especie de molinismo, no tan radical, por obra de la viuda, piadosa pero pseudomística, *Juana de la Motte Guyon*, y, aunque moderadamente, cayó en ella el gran Fenelón, arzobispo de Cambrai, el cual tuvo la humildad y grandeza de alma de retractarse y pedir a sus diocesanos que ni leyeran sus escritos.

Inocencio XI fue un Papa respetado por los mismos protestantes. Los únicos que se oponían a su beatificación fueron los *galicanos* franceses.

Alejandro VIII (1689-1691). Muy bueno. Aunque de pontificado muy corto, logró pacificar con la Santa Sede a Luis XIV de Francia, que devolvió al Papa Aviñon y el condado Venesino. Además, condenó lo mismo el rigorismo jansenista como bastantes proposiciones laxistas de otros en materia moral. Y enriqueció bien la biblioteca vaticana comprando la que dejara la convertida reina Catalina de Suecia, recién fallecida.

Inocencio XII (1691-1700). Se propuso —hasta tomar su mismo nombre—, imitar al papa Inocencio XI, el santo que no toleró el declive de la Curia y de Roma hacia aquellas costumbres semipaganas en que estaba cayendo. Algo se temían los cardenales, pues el cónclave duró cinco meses hasta que salió elegido Antonio Pignatelli. Y lo primerísimo que hizo: ante el escandaloso favoritismo de Alejandro VIII a su familia, Inocencio XII acabó *definitivamente* con el nepotismo, que ya no se dio más en la Iglesia. Su norma fue clara y determinante: *Los nepotes de los Papas deberán ser únicamente los pobres*. Aunque miremos la consecuencia de la Historia: “El descontento producido en Roma fue enorme, pues al nepotismo debía en gran parte la ciudad su vida mundana, y de él se originaba la opulencia de no pocas familias”. Sólo por esto merecería Inocencio una memoria imperecedera.

Austero como su modelo el Beato Inocencio XI, procuró formar al clero de Roma en la piedad, austeridad y ejemplaridad para con los fieles. Mandó a los sacerdotes vestir siempre de talar y practicar los Ejercicios Espirituales. Para enseñar la predicación seria y dejarse de la ampulosa que entonces empezaba a ponerse de moda, eligió como predicador apostólico al célebre y fervoroso jesuita Padre Segneri.

Con la rebelde Francia, consiguió que tanto los obispos como Luis XIV se retractasen de la firma de los cuatro artículos del galicanismo, triunfo grande de verdad.

Murió Inocencio XII a mitad del Año Santo de 1700, que había promulgado con ilusión y que se vio muy concurrido en Roma con muchos visitantes.

Y ya vemos, que a pesar de las dificultades que se estaban echando sobre la Iglesia —por el jansenismo sobre todo—, los Papas respondían a los ideales establecidos por el Concilio de Trento. La Iglesia mejoraba día por día.

115. POR LAS MISIONES DE ORIENTE

Con ellas pusimos fin a la Edad Nueva, pero necesitaban un complemento. Lo hacemos ahora. ¿Qué pasó en aquellas Misiones tan esperanzadoras?

A finales del siglo XVI y principios del XVII se habían desarrollado mucho las Misiones en el Extremo Oriente: principalmente en la India, China y Japón (lección 111). El papa Gregorio XV, haciendo suya la ilusión de toda la Iglesia, que se sentía misionera, en 1622 creaba en la Curia romana la Congregación de *Propaganda Fide*: un cuerpo de cardenales y funcionarios que debían estimular, orientar y promover en la Iglesia aquel celo apostólico para llevar la Fe católica a todo el mundo. Esa Propaganda Fide —hoy llamada Congregación para la Evangelización de los Pueblos— unificaba para todos los misioneros lo que españoles y portugueses realizaban con éxitos tan sorprendentes en sus extensísimos dominios de América, de la India y Filipinas. Además, la diversidad de culturas imponía crear unos criterios a los cuales atenerse para salvaguardar la unidad de la Iglesia.

Pronto se vio cómo Propaganda Fide había de abrir colegios o seminarios para formar misioneros de todas partes —especialmente de las dos potencias católicas Francia e Italia—, independientes de españoles y portugueses, los únicos que salían de su patria bajo el patronato regio. Sin embargo, jesuitas, franciscanos y paúles franceses habían ido ya como excelentes operarios a las Misiones de Oriente.

Parece que los franciscanos fueron los primeros en ver la necesidad de esos seminarios, y en 1628 el Padre Antonio Bolívar —misionero en el Perú que murió a flechazos de los indios guaraníes con dos compañeros más—, proponía la creación de colegios semejantes.

El Seminario de las Misiones Extranjeras de París venía a concretizar esos sueños casi divinos y será en lo porvenir un semillero de abundantes y magníficas vocaciones apostólicas. Su origen hay que buscarlo en un jesuita célebre, el francés Padre Rhodes, que tiene una historia misionera magnífica. Destinado a Japón, ya el Imperio del Sol Naciente había cerrado las puertas a los extranjeros. Marcha el Padre a Cochinchina en 1624, pero ha de huir a Tonkín, donde llega a convertir a bastantes bonzos y a varios miembros de la familia real, y, aunque aquí se desató también la persecución, la misión llegó a contar hasta 300.000 cristianos. Tiene el Padre que huir de Tonkín y volver de nuevo a Cochinchina, donde llega a bautizar a unos 30.000 neófitos. Perseguido, nueva salida de Cochinchina... hacia Roma, con una idea en la mente: -¿Por qué no hacer obispos y sacerdotes nativos, que disimularán su condición, y podrán apacentar esta grey de Cristo en estas tierras?... Propaganda Fide y el mismo Papa se entusiasman: Sí, a crear varios obispados en Indochina, esa gran península entre la India y China, formada hoy por Vietnam, Laos, Camboya y demás. El papa Inocencio X le da el encargo al Padre Rhodes: ¡Busque sacerdotes seculares para esta empresa!... Y el Padre se dirige a París, donde encuentra al jesuita Padre Bagot, director de jóvenes seminaristas piadosos e ilusionados. Expuesta la idea, estalla el entusiasmo entre aquella juventud idealista. El Padre Rhodes señalaba ya a dedo a tres episcopables, a los que una duquesa les asignaba a cada uno 600 escudos anuales. París y Francia se enteraron del grandioso proyecto, y fue aplaudido y apoyado por todos los católicos.

Las Misiones de Oriente van a conocer durante varios siglos, hasta hoy mismo, días de esplendor y muchos otros de graves persecuciones, que regarán sus tierras con mucha sangre cristiana. De todas esas cristiandades hablaremos en su momento. La India y Filipinas, dependientes de Portugal y España, no sufrieron la persecución religiosa de las otras naciones de Asia, a no ser en ocasiones y con casos esporádicos, como en la India cuando lo del jesuita Padre Brito, a quien se le mató no en una persecución general, sino en una particular contra su misión ante las muchas almas que conquistaba para Cristo.

San Juan de Brito, noble portugués, de niño, paje en la corte del rey, marcha a la India donde es ordenado de sacerdote y emprende un ministerio muy a lo Javier: kilómetros y más kilómetros a pie, con una vida penitente que pasma, vestido a la usanza india de la gente pobre: -Yo no soy un portugués noble, sino un indio más, uno de ellos, para ganarlos a todos para Cristo... Bautiza a tantos, que declaró un testigo en el proceso de canonización: -Ya no se podían aguantar sus brazos. Y los catequistas se los habían de sostener con sus manos para que el Padre pudiera seguir bautizando... Le persiguieron los enemigos, que quemaron los templos de la Misión e hicieron prisionero al Padre, en sus cuarenta y seis años, el cual escribió con un carbón en la pared de la cárcel: “¡Adiós a todos! Este año bauticé a más de cuatro mil”. Le cortan la cabeza, descuartizan su cuerpo, lo cuelgan de un palo y al fin lo echan al río. Era el 4 de Febrero de 1693. Al llegar la noticia a Portugal, su madre se presentó enojada en el palacio real: “¡Así! Así quiero ser felicitada hoy. ¡Soy la madre afortunada de un mártir!”. Una madre, como hay tantas, tan misionera como el hijo.

Volvemos con algunos detalles al origen y fundación del célebre Seminario de París, que será tan glorioso. Y lo primero que ocurrió, propagada la noticia, fue la protesta enérgica de Portugal, que veía mermados sus derechos misionales, pues, fuera de las Filipinas españolas, todo el Oriente, ¡como si fuera tan chiquito!, era sólo para ellos. Propaganda Fide no cedió, y repartía entre los obispos elegidos: Pallu era nombrado Vicario Apostólico de Tonkin; La Motte, de Cochinchina; Cotolendy, de Nankin. Los tres tenían como administradores otros inmensos terrenos, pues el último llegaba hasta Pekín y Corea, aunque no pudo tomar posesión de su Misión pues murió durante el viaje en Indostán. Llevaban de Roma instrucciones precisas sobre lo que significaba el nuevo cargo de “Vicario Apostólico”, y la orden concreta y primarísima de formar clero indígena. Entre tanto, los procuradores que dejaban en París se encargaron de la fundación del Seminario de las Misiones Extranjeras de París, cuyo primer superior elegido el 11 de Junio de 1664, era Vicente Meur.

Llegados a sus destinos los nuevos Vicarios Apostólicos, surgieron las primeras dificultades en la misma Iglesia. Eso que instituía Propaganda Fide, que todas las Misiones de Oriente estuvieran bajo la jurisdicción de los Vicarios Apostólicos, les resultaba inaceptable. Portugal exigió que todos los misioneros que fueran hacia allí, deberían pasar por Lisboa y someterse al Metropolitano de Goa. Las antiguas Órdenes misioneras, tan beneméritas, tampoco aceptaban la nueva disposición misional. Años de luchas internas, hasta que el papa Clemente X en el año 1673, con varias disposiciones, a cual más clara y seria, dejaba determinados los derechos y obligaciones de todas las partes interesadas.

Los ritos chinos eran una cuestión mucho más delicada que se debatía en estos mismos días. Doloroso cuanto queramos, pero hay que decir la verdad. Cuando los jesuitas entraron en China, sobre todo con el gran Padre Mateo Ricci —hoy próximo a subir a los altares—, vieron que en China no entraría el cristianismo mientras no se respetaran sus antiquísimas costumbres de veneración a Confucio y el culto a los antepasados, ciertos actos de etiqueta social, etc. y, además, no se suprimieran ciertos ritos, totalmente secundarios, especialmente en el bautismo.

Ricci entró también no como misionero de una nueva religión, sino como un científico que enseñaba con gran prestigio y al fin atraía a la fe —era lo que él pretendía— a lo más granado de la alta sociedad, incluido el palacio del emperador (lección 111). Así, de arriba para abajo, China se haría cristiana. Hoy, todos tenemos a Ricci como un misionero genial y todos le dan la razón.

Pero, entonces, chocó contra todos. Los misioneros de las demás Órdenes se opusieron a los jesuitas de manera frontal. Para Ricci, todas aquellas tradiciones chinas no eran ni idolátricas ni superstición, sino cultura noble y perfectamente compatibles con el cristianismo. Para los misioneros tradicionales —los de Crucifijo en mano y predicación por las calles—, eran un atentado contra la fe católica y un peligro para las prácticas de culto en la Iglesia. Los mismos Vicarios Apostólicos estaban peligrosamente divididos. El asunto se llevó a Roma, naturalmente.

Y sería interminable ahora citar nombres, fechas, disposiciones de Propaganda Fide, documentos pontificios, auténticas contradicciones de los mismos Papas en asuntos meramente disciplinares que no tocaban la doctrina, hasta que quedaron totalmente prohibidos los ritos chinos con derrota total de los jesuitas.

Lo peor, sin embargo, vino de la misma China. Clemente XI condenó definitivamente los ritos chinos, y el emperador Kangs Hi, siempre favorable al cristianismo, desterraba a todos los misioneros, mandaba destruir sus templos y prohibía abrazar la fe cristiana. Ante situación tan desesperada, el Papa mandó en 1720 como legado suyo a Mezzabarba, pero el emperador ni quiso recibirlo. Muerto Kangs Hi en 1722, le sucedió Yungcheng, que desencadenó por fin la persecución sangrienta.

Así y todo, en Roma seguían con las discusiones interminables. Benedicto XIV, con su bula *Ex quo* de 1742, confirmaba todas las condenaciones anteriores y obligaba a todos los misioneros a aceptarlas sin atenuantes.

¿Acierto? ¿Desacuerdo en esta espinosa cuestión de los ritos chinos? Hoy miramos el asunto con ojos muy diferentes. De una cosa estamos ciertos: de que a la difusión del cristianismo se le dio un frenazo demasiado fuerte. La Iglesia, aceptada en aquellos años, podía haber sido en China una potencia grande y de mucha valía.

116. LA IGLESIA EN ESTADOS UNIDOS

Esta Iglesia, en una nación que fue grande desde sus principios, va a nacer en medio de muchas dificultades, pero al fin será muy gloriosa.

Nos podríamos llevar a engaño si pensáramos que la Iglesia en Estados Unidos de Norteamérica empezó grande —hace nada más dos siglos—, porque la vemos hoy acercarse a los cincuenta millones de católicos, con 26 Arzobispados, 110 Obispados y varias Prelaturas; bastantes Universidades Católicas, muchos Colegios, tantísimas parroquias con su propia escuela, etc. etc. Nada más inexacto si pensáramos que fue todo grande desde sus comienzos. Al revés. A principios del siglo XIX apenas si llegaban a 150.000 los fieles, cifra insignificante, y a finales del siglo eran 73 las diócesis en catorce provincias eclesiásticas, con la Sede Primada en Baltimore. Sencillamente, un crecimiento espectacular.

En la lección 110 contemplamos a los mártires del Canadá, pero no lo fueron todos allí, sino varios de ellos en partes que hoy son de Estados Unidos. Aquellos mártires eran los primeros misioneros que llegaron a tierras vírgenes y evangelizaron a tribus de indios salvajes, que ya vimos cómo los trataron. Las misiones católicas prácticamente desaparecieron. Iban llegando exploradores ingleses, holandeses y franceses, entre los que se metían algunos misioneros católicos, los cuales apenas si podían estabilizarse en las nuevas tierras exploradas, fuera de las del Sur y del Oeste evangelizadas por los misioneros españoles.

Canadá y Estados Unidos, tal como los tenemos hoy, van estrechamente unidos en cuanto a la primera evangelización, pues sus territorios no estaban definidos como nación. Canadá vio llegar de nuevo a los jesuitas después del martirio de Brebeuf y compañeros. Los misioneros de la benemérita institución “Misiones Extranjeras de París”, a la par que los jesuitas y otros misioneros como los *sulpicianos*, enviaron apóstoles en abundancia. En 1674 se establecía el primer obispado de Quebec, hasta con seminario propio. Las tierras canadienses se pasaron una y otra vez entre manos francesas e inglesas, y mientras Canadá era inglés se le aplicaban las leyes persecutorias inglesas. Cuando en 1774 se incorporó a Inglaterra, se le concedió la tolerancia no sin la protesta de los puritanos ingleses.

Los jesuitas realizaron verdaderas proezas con las tribus de los iroqueses, que llegaron a contar más de 20.000 cristianos, aunque bajo la dominación inglesa desapareció, prácticamente aniquilada, aquella tribu valiente. Los jesuitas evangelizaron también desde 1643 las regiones de Maryland y Pensilvania donde hicieron gran cantidad de católicos, aunque la persecución de los ingleses protestantes causó muchos males a la misión. Conocemos la política inglesa de hacer embarcaciones de indeseables en Inglaterra y enviarlos a las colonias. Entre *indeseables* y encima *protestantes*, nada se podía esperar de ellos.

Las colonias inglesas no admitían por nada a los católicos, y seguían las mismas leyes persecutorias o de exclusión que la metrópoli. Georgia, fundada a propósito como refugio de pobres y perseguidos, excluyó expresamente a los católicos. En Rhode Island, tuvieron los católicos mejor suerte, pues se les toleraba, y de esa tolerancia vino el adagio de los puritanos inaguantables: “Rhode, buena tierra y gente mala”.

Nueva York fue comprada —o arrebatada, es igual— por los ingleses a los holandeses, y en ella gozaban de libertad todos, menos los católicos, hasta dar en 1700 la ley: “Todo sacerdote católico que viva en el país debe ser considerado como asesino, revoltoso y perturbador”.

bador de la paz y como enemigo de la verdadera religión cristiana, y debe ser castigado con cárcel perpetua. A la segunda vez será condenado a muerte. El que oculte a un sacerdote católico será multado con 200 libras esterlinas”. ¿Para qué seguir?...

Se llegará por fin a la independencia el 4 de Julio de 1776, y en los Derechos fundamentales de cada una y de todas las colonias quedará consignado el derecho natural e inalienable de la libertad religiosa de cada uno. El sacerdote católico John Carroll —que había sido jesuita y amigo personal de Franklin y Washington—, era nombrado por la Propagación de la Fe obispo de Baltimore con el cargo de Prefecto Apostólico.

La evangelización de Estados Unidos en el noreste empezó —ponemos una comparación—, por los misioneros franceses venidos de Canadá, igual que la del suroeste por los misioneros españoles llegados desde México. A partir de la Independencia, con los inmigrantes católicos de Europa, especialmente de Irlanda, Estados Unidos irá formando rápidamente esa Iglesia que hoy nos enorgullece.

El Evangelio en Estados Unidos comenzó de hecho por las misiones españolas, que fueron las primeras. De suyo, *son propiamente misiones de México*, pero las traemos aquí por pertenecer sus territorios en la actualidad a Estados Unidos. Nos fijamos ante todo en la **Florida**, que ocupaba grandes territorios de lo que hoy es también Georgia. Los *dominicos* de México, dice una crónica ya de 1547, “tenían muy viva la preocupación de la evangelización de la Florida y la conversión de aquellas gentes, y parecíoles traerlas al suave yugo del Evangelio”. Los *jesuitas* serán los primeros misioneros de estas tierras, desde 1566 a 1572, en las que trabajaron mucho y en ellas dejaron la sangre varios hijos de la Compañía.

Serán los *franciscanos* finalmente quienes las evangelizarán en lo sucesivo, y también con derramamiento de sangre. Trabajaron fuerte, pues para los años 1630 eran unos treinta y cinco los misioneros que atendían 44 estaciones con más de 30.000 cristianos. Pero un siglo más tarde, desde los territorios vecinos, sobre todo desde Carolina, acechaban los ingleses protestantes y los calvinistas que arrasaban todas las iglesias católicas.

Los misioneros de México se extendieron hacia el Norte. Las misiones de los jesuitas establecidas en Sinaloa y Sonora, extendidas también a la baja California, fueron de una importancia suma, y además regadas por la sangre de bastantes mártires. Siguieron el mismo sistema de las Reducciones de Paraguay, con más dificultades, pero también con muchos frutos, y fueron regadas con la sangre de bastantes Padres que allí murieron mártires.

Los dominicos fundaron algunas reducciones más, como Santo Rosario, Santo Domingo, San Vicente Ferrer, San Miguel y otras. Franciscanos, dominicos, jesuitas, mercedarios y agustinos habían hecho de México una nación prácticamente ya cristiana para fines del siglo XVIII. La educación que se impartía en estos territorios estaba en manos de estos misioneros religiosos, especialmente de los jesuitas, ya que la enseñanza era su especialidad.

Víctimas de una injusticia incalificable, al ser suprimida la Compañía de Jesús, los jesuitas hubieron de abandonar las misiones de la Baja California, después de haber dicho al virrey que los expulsaba: *-Nos marchamos sin más bagaje que el crucifijo en el pecho y el libro del rezo en la mano*. Las misiones californianas las entregaron a los Franciscanos, con esta orden del Rey llegada desde España y transmitida por el Gobernador: *-El objetivo es la expansión de la religión cristiana entre los infieles que pueblan la California, con el medio pacífico de crear misiones y de introducir el dominio de Cristo Rey Señor nuestro*.

En la Sala del Congreso de Washington se alza una estatua muy singular, la del humilde sacerdote y religioso franciscano, español, considerado como uno de los grandes héroes de los Estados Unidos, y que en la Iglesia Católica ha conseguido los supremos honores de los altares: el **Beato Fray Junípero Serra**. Ahora es cuando se presenta en la Historia. Antiguo misionero de Nuevo México, concibió la idea de establecer una cadena continua de misiones. Para valorar lo que hicieron los franciscanos metidos en los modernos Estados Unidos, basta arrancar de Texas, ir subiendo hacia el noroeste bordeando la costa del Pacífico y ver algunas de las ciudades que dejaron con el nombre de la Orden franciscana: San Antonio, San Diego, Los Ángeles, San Francisco...

Fray Junípero tenía ya cincuenta y cuatro años, una salud no muy fuerte, un pie enfermo, la pierna llagada, y un espíritu apostólico de gigante. Después de caminar más de mil kilómetros con sus nueve compañeros —de los que dice: “¡tantos y tan contentos!”—, llegaban a la costa del Pacífico, y Fray Junípero arremetía con las fundaciones de la Alta California, en una aventura misionera sin igual. La primera misión, *San Diego*. Es el 16 de Julio de 1769. Fray Junípero celebra la Eucaristía. Levanta una gran Cruz de madera rústica, construye una barraca como capilla provisional, entona el himno *¡Ven, Espíritu Santo!*, esparce abundante agua bendita sobre todo el terreno, hace sonar la campana, abre los libros parroquiales de Bautismos, Matrimonios y Defunciones, que permanecen por mucho tiempo sin estrenar, ¡pero la Misión quedaba fundada!... ¿Qué es hoy la ciudad de San Diego?...

Y con el mismo rito de la Eucaristía, la Cruz en alto, la capilla de madera, el agua bendita sobre los terrenos, y el repicar de la campana, se fundarán entre otras las Misiones de San Juan de Capistrano, San Luis, San Gabriel, Los Ángeles, San Antonio de Monterrey, donde morirá en 1784... Pero, faltaba una muy soñada: -¿Y no le vamos a dar ninguna a *San Francisco*?... El Inspector del Rey le responde malhumorado: -*Si San Francisco quiere una misión con su nombre, que él busque el puesto*. El Pobrecito de Asís les hizo llegar hasta la bahía tan buscada y nunca encontrada, y en 1776 quedaba fundada la misión que se convertiría en la envidiable ciudad de *San Francisco*, hoy tan admirada.

Entre sus 56 y sus 71 años, Junípero navegó unas 5.400 millas y recorrió 8.890 kilómetros, catequizó a miles de indios, administró la Confirmación a más de 5.300 bautizados. ¡Y colonizó a California! En cada misión, se les enseñaba a los indios a criar ganado, para alimentarse con carne y con leche; a conocer las diversas clases de semillas, sembrarlas, cultivarlas, recogerlas, almacenarlas y administrarlas a lo largo del año; a canalizar el agua para regar los campos; a respetar un horario para el trabajo; a edificar casas, aunque modestas. A finales de siglo contaba California con más de 30.000 cristianos y varias “poblaciones”.

El Beato Junípero Serra, apóstol y colonizador sin par. Reconocido por Estados Unidos como uno de los hombres más grandes que han pisado su suelo.

117. EL JANSENISMO

Es casi una necesidad mirar cuanto antes el Jansenismo, nacido en los finales de la Edad Nueva y que va a causar males sin cuento en la Iglesia por lo mucho que influirá negativamente en la piedad cristiana.

Antes de hablar del tema específico de esta lección, introducimos una nota sobre un profesor católico, *Bayo*, y también sobre la discusión que las dos escuelas más fuertes y puras de la Iglesia sostenían sobre la gracia y la libertad humana.

Bayo era profesor de la catolicísima Universidad de Lovaina en Bélgica, y se metió con la cuestión luterana de la *gracia* y el *libre albedrío*. Criticando severamente la teología clásica especulativa, quería una más asequible, positiva, basada en la Escritura y los Santos Padres, para acercarse así más fácilmente a los protestantes. Pero fue más allá de lo debido e introdujo en su enseñanza proposiciones erróneas y hasta heréticas. Para él, antes del pecado original, el hombre era de tal manera puro en su naturaleza que no necesitaba de la gracia para las buenas obras. Pero una vez pecó, la naturaleza humana quedó tan herida que ya no era capaz de hacer ninguna obra buena y todo cuanto hacía era pecado. La gracia se había vuelto impotente. La redención de Cristo no hacía más que elevar el hombre a Dios, el cual lo acepta por pura bondad. El hombre queda sin libertad para hacer el bien; si se salva es por sólo la gracia de Dios. Esto era luteranismo puro, aunque Bayo lo suavizase sin darle la *impotencia* total de Lutero ni el *rigor* desesperante de Calvino.

Las Universidades de París, Alcalá y Salamanca condenaron la mayoría de las aserciones de Bayo y el papa San Pío V en 1567 proscribía 79 de esas proposiciones inaceptables. Bayo se sujetó a medias a la condena. Igual se obstinaba en sus opiniones que se arrepentía. Al fin se sometió con humildad y murió piadosamente. Lo malo es que lo hizo tarde. Porque sus ideas llenaban ya el ambiente de Lovaina y eran aceptadas en otras partes.

Los Auxilios, sin tener que ver nada con Bayo ni con el Jansenismo que estaba a las puertas, no favorecieron a la Iglesia en este tiempo. En un momento u otro teníamos que hablar de este punto, y éste parece ser el momento más oportuno. La *gracia* y el *libre albedrío*, o la libertad humana, apasionaban los espíritus, por lo que afectan a la salvación. Estalló todo en la Universidad de Salamanca en 1562 y se prolongó por muchos años la contienda suscitada. Tenía como dirigentes al dominico Padre Báñez por una parte, y por otra al jesuita Padre Molina, en torno a los cuales se enfrentaron las dos escuelas sin entenderse nunca. A los dominicos les tachaban de *calvinistas*, por inclinarse al rigor de la gracia; a los jesuitas se les llamaba *pelagianos*, al favorecer más bien el esfuerzo del hombre. Hubo de intervenir el papa Clemente VIII (1592-1605), reclamando para sí la controversia, con la famosa *Congregación sobre los Auxilios*, pero murió sin haber resuelto nada. El papa Paulo V (1505-1621) tomó como suya la cuestión, pero, al no tratarse de ningún error dogmático, sino de opinión sobre la *explicación* de cómo actúan la gracia y la libertad, no se inclinó sobre ninguno de los dos bandos, y lo mismo el *tomismo* de los dominicos como el *molinismo* de los jesuitas pueden tomarse como *opinión de escuela*.

Sin embargo, aunque ni uno ni otro tengan que ver nada con el jansenismo que se iba a echar encima, ya se ve que los jansenistas se inclinarán más por el tomismo de los dominicos que por el molinismo de los jesuitas, a los que van a odiar a muerte.

Después de este paréntesis —del que no podíamos prescindir en la Historia—, miramos ya el jansenismo. Había muerto Bayo, pero en Lovaina, imbuida en gran parte por sus ideas, estudió el joven Cornelio Janssens (latinizado *Jansenius*), holandés, que trabó amistad especial con un antiguo discípulo de Bayo. Su temperamento dirá mucho con la doctrina que enseñará después: seco, duro, frío, obstinado, tímido pero que no admitía resistencia u oposición. Se trasladó a la Sorbona de París, y con su amigo Duvergier —que después se llamará *Saint-Cyran*, español vasco nacido en Bayona— tramaron en la célebre Universidad reformar la Iglesia limpiándola del filosofismo de Aristóteles y volviéndola a la seriedad de los primeros siglos. De momento, ambos soñadores se dedicaron por varios años al estudio, y al fin nació la secta herética del **Jansenismo**, cuya doctrina se encierra en el libro “Augustinus” de Jansenio, que se gloriaba de haber leído entero diez veces a San Agustín y treinta veces los escritos sobre la gracia y el pelagianismo. ¿Quién mejor que él podía conocer a San Agustín? Sólo, que lo leía con sus propios ojos, no con los de la Iglesia...

Las Universidades, Obispos y Papas, y los teólogos jesuitas de modo especial, captaron inmediatamente los errores de la nueva doctrina, aunque los autores aparentaban fidelidad a la Iglesia. Esos errores, compendiados en *cinco* por la comisión de teólogos establecida por el Papa Inocencio X, fueron condenados como heréticos en 1653. Nosotros, para entenderlos, podríamos resumir la doctrina jansenista en unas líneas muy generales.

- Por el pecado original, el hombre perdió de tal manera la *libertad*, que está arrastrado irremisiblemente por el *gusto* hacia el bien o hacia lo mal, y como no tiene libertad, hace *forzosamente* el bien o el mal según le atraiga su propio *gusto* por lo bueno o por lo malo, sin que la gracia de Dios pueda hacer nada, porque Dios ya ha destinado a cada uno o a la gloria o al infierno; se condena uno necesariamente y se salva necesariamente también; entonces, Cristo no murió por todos, sino sólo por los predestinados a la gloria.

- Como una consecuencia, se creaba un *pesimismo* terrible en la vida cristiana. Había que ser *totalmente* impecables, con *gusto* sólo por las cosas celestiales; pues, si vencía en uno el *gusto* por algo malo, pecaba necesariamente y se condenaba. Aun así, los que se salvaban, era por seguir sus gustos e inclinaciones buenas, no por la gracia de Dios.

Los jansenistas eran Lutero y Calvino con un simple barniz católico.

Podemos imaginarnos la lucha que le esperaba a la Iglesia durante dos siglos, especialmente las consecuencias en la recepción de los Sacramentos, sobre todo la Comunión, porque para recibirlos se necesitaba pureza poco menos que de ángeles; esta lucha no cesará del todo hasta San Pío X, a principios del que ha sido nuestro siglo XX. Es imposible resumir en pocas líneas la historia del jansenismo. Citemos sólo algunos nombres y hechos.

Jansenio, obispo de Yprés, Bélgica, moría en 1638, al parecer piadosamente y sumiso a la Iglesia, pero hay sospechas sobre la sinceridad de su espíritu y su bello testamento.

Saint-Cyran, llevó hasta el final la lucha de su amigo; capellán de Port-Royal, tanto de los monasterios de hombres como de mujeres, presentado en la corte del rey como “el mayor santo y el más sabio doctor de los tiempos modernos”, siguió escribiendo y divulgando sus errores, porque “el emperador debe morir de pie”. Y moría en 1643, de repente, sin tan siquiera poder recibir los Sacramentos.

Antonio Arnauld, el gran teólogo jansenista durante cincuenta años, formado por Saint-Cyran, y que causó un mal terrible con su libro *De la frecuente comunión*. Al parecer quería infundir respeto a la Comunión, pero **San Vicente de Paúl** escribió: “Por un centenar que

quizá se han aprovechado de él en París, hay por lo menos diez mil a los que ha perjudicado en absoluto”. Arnauld murió en 1694, y dejaba como jefe del jansenismo a su gran amigo **Quesnel**, que con su libro “Reflexiones morales”, condenado por el Papa, hizo el mismo mal que sus anteriores amigos, y se ganó más todavía al Parlamento, adicto al galicanismo y siempre antirromano.

Port-Royal. El célebre monasterio de las monjas jansenistas en París, bajo el mando de la famosa *Madre Angélica*, célebre en la historia del jansenismo, donde las más de setenta religiosas vivieron la nueva doctrina con una perfección tal que deslumbraba. Sólo que al tener que visitarlas el gran Fenelón hizo de ellas este terrible diagnóstico: “Puras como ángeles y soberbias como demonios”.

Blas Pascal. Sí, aunque parezca mentira, al gran Pascal le debe el jansenismo su enorme difusión por toda Francia y más allá de sus fronteras. El Pascal de los “Pensamientos”, uno de los mejores libros de la literatura universal y que más han influido en la Iglesia —escrito dos años antes de que muriera su autor—, fue también el autor de las cartas llamadas “Provinciales”, es decir, dirigidas a gentes sencillas *del pueblo*, que entendieran bien la doctrina jansenista, bellas literariamente y leídas con pasión en todas partes. En ellas reina un odio inexplicable a los **JESUITAS**, calumniados, maltratados y ridiculizados de mil maneras. Pascal fue quien a base de chistes contra los jesuitas, enseñará la mejor arma que los *Ilustrados* esgrimirán en el siglo siguiente contra toda la Iglesia. ¿Y por qué?... El jansenismo encontrará en la Compañía de Jesús al enemigo más grande. Por sus teólogos, ante todo. No podían con ellos. Eran de una sabiduría que los arrollaba. Y de una ejemplaridad de costumbres y una santidad que estaba a la vista de todos, con una moral benigna en el confesionario, opuesta diametralmente al rigorismo de los jansenistas. Y Pascal, jansenista convencido, no los perdonó. Por más que los jesuitas, ante el mal que hacía con ello a la Iglesia, salieron en propia defensa con escritos muy inteligentes, y Pascal hubo de ponerse a la defensiva en las últimas *Provinciales*. Pascal murió en 1662 a sus 39 de edad. Recibió muy devotamente los Sacramentos. Pero, ¿dejó sus ideas jansenistas? Parece que no...

San Medardo, con su convulsionismo, fue una patraña del jansenismo. Ese cementerio, con el sepulcro de Francisco de París (+1727), al que le dieron fama de santo y ante el que se realizaban muchos “milagros”, se convirtió en escenario de escenas devotas, farsantes y cómicas a la vez, con tantos éxtasis, histerismo y acciones extravagantes. Disueltos por la policía y condenados por el Arzobispo, el jansenismo recibió un golpe muy duro.

¿Cómo el jansenismo prendió tan fuerte en toda Francia? Sus fautores emplearon la estrategia de ganarse a gente importante. En especial a damas de la alta sociedad. Aparte de aparentar una piedad formal, aunque la conducta después fuera vana y sin sentido cristiano. El caso es que rozaban todos la herejía; con capa de puritanismo, apartaban de los Sacramentos; combatían a los jesuitas y a cuantos sacerdotes podían llevarlos seriamente a Dios. Movimiento protestantizante, causó por largo tiempo muchos males en las almas.

118. LA ILUSTRACION (I)

Llega un momento en el que la sociedad europea cifra su ideal en el grito de Voltaire: “¡Aplastar al infame!”, el cual no es Jesucristo, como se dice muchas veces, sino la Iglesia: esa infame y vergonzosa lacra del mundo. Esto pretenderá la Ilustración, el Iluminismo, la Enciclopedia... Es la dura realidad del siglo XVIII.

Miremos de entender lo que es el Iluminismo, moderado en un principio y radicalísimo después. Fue la apostasía de la inteligencia, que dejaba a Dios y se volvía al hombre, el cual quedaba como centro de todas las cosas. El hombre se convirtió así en un ser indiferente, en un escéptico religioso, que centró la *ciencia* en la negación de Dios y la llevaba después a la práctica prohibiéndole a Dios toda intervención en la vida, en la privada como en la social. El hombre se constituyó en el punto hacia el cual convergía todo. Con el Iluminismo se admite la religión natural, con la *razón* que está sobre ella, pero se niega toda revelación *sobrenatural* de un Dios que esté por encima del mundo. Y como la Iglesia es la que enseña todo lo contrario —un Dios que se ha revelado y da su ley al hombre—, hay que acabar con ella. Se la tolerará mientras respete los derechos del hombre, como la *filantropía* y la *fraternidad*, las cuales están por encima de la fe.

Con todo lo anterior, hemos dicho mucho y nada. ¿Dónde nacieron estas ideas? Hay que empezar por Inglaterra, que las pasó a Francia, la cual las esparció por toda Europa. Los ingleses montaron su propia filosofía. Sin citar nombres que nos aburrirían, vienen a decir entre todos ellos que la fe revelada y la ciencia son distintas; las ciencias naturales que nos hacen ver y palpar las cosas, hacen inútil el misterio escondido de la religión revelada, y así el hombre se convierte en *ateo*. Y si se admite una religión, es puramente natural, un sentimiento del hombre, un *deísmo* que niega al *Dios personal*, aunque se siga practicando el culto y se espere una recompensa, buena o mala, según dicta la propia conciencia. Sin creer en Dios, una persona puede ser honesta y virtuosa.

Estas ideas nacidas en Inglaterra pasaron a Francia donde se desarrollaron con facilidad pasmosa y donde tomaron más bien el nombre de **Ilustración**, difundidas sobre todo por la obra de la **Enciclopedia**. Hay que decir que, más que filósofos profundos, en Francia encontraron estas ideas, junto con una lengua que estaba de moda en los salones de la alta sociedad, hombres ilustrados, brillantes, escritores de mucha elegancia. Le prestó un gran favor a la Ilustración el enfriamiento religioso, la inmoralidad y la frivolidad reinante en la corte francesa, cuya piedad era también muy ficticia. Aunque los monarcas eran católicos, con reyes más serios no hubiera crecido tanto la Ilustración. La misma Iglesia, víctima de la Ilustración descarada y mordaz, no se le opuso con valentía, pues flotaban en el ambiente el jansenismo, el quietismo y un notable enfriamiento de la piedad.

Por otra parte, la Ilustración fomentaba cosas dignas de encomio, como la cultura en el pueblo, el mejoramiento material de las ciudades, el florecimiento de las artes. Todo esto merecía elogio, pero tendía una cortina sutil ante ojos menos perspicaces para comprender todo el mal que encerraba la nueva filosofía deísta y atea.

Francia, nación católica, fue el terreno abonado para el desarrollo de las nuevas ideas tan fatales para la sociedad y en particular para la Iglesia. ¿Con qué medios contaron para su siembra? Aparte de los grandes escritores que veremos en la lección siguiente, cabe apuntar estos dos: la prensa y los salones de la alta sociedad.

La **prensa**, con libros populares, folletos, hojas sueltas, impresos muchos de ellos clandestinamente —pues las autoridades no permanecieron pasivas—, invadió todos los estamentos de la sociedad. Cualquiera que se las tiraba de *moderno*, en especial maestros, abogados, jueces y otros profesionales, y todos los que tenían algo de facilidad para escribir, difundían sus ideas entre el pueblo medio y sencillo, que no podía adquirir las grandes obras de biblioteca, y el mal que hacían era incalculable, pues no tenían quien pudiera contradecir semejantes errores, aunque los odiados jesuitas, cerca ya de su injusta supresión, hicieran lo que estaba en su mano, poca cosa ante la inundación que soltaba el enemigo.

Los **salones** de la alta sociedad fueron también un reducto donde se cocinaban los mejores platos anticristianos. Solían ser los de damas distinguidas, y en ellos se reunían los personajes más notables, filósofos, poetas, científicos, cortesanos elegantes, clérigos aseglarados, cualquiera que podía lucir algo, para comunicarse las ideas más atrevidas que las autoridades no podían controlar. Era todo un privilegio para escritores noveles el poder ser presentados en cualquiera de estos salones: allí aprendían la peor doctrina y se codeaban con los poderosos que les ayudarían para sus atrevidas publicaciones. Aquellos salones, sin darse cuenta, con sus inmoralidades, diversiones, lujo y críticas mordaces contra la autoridad y la Iglesia, estaban preparando su propio cadalso ante la Revolución que ya se echaba encima.

La Masonería. Para colmo de males, en este siglo XVIII, la del apogeo de la Ilustración, surge en Inglaterra la masonería, fundada en Londres el año 1717, a la que dictó sus estatutos el pastor anglicano James Anderson, y en los cuales se exige al masón la fe en *un Dios*, en un “Arquitecto” del mundo, pero no precisamente el Dios personal que se reveló en Cristo. La masonería se extendió rápidamente por todas las naciones de Europa; su ideal *deísta* se convirtió en *ateísmo*, mientras que la *filantropía* y la *fraternidad* universal pasaron a ser lucha abierta contra la sociedad y más que nada contra la Iglesia.

Hay que dejarse de leyendas, expresamente fomentadas por la masonería, de que vienen desde los antiguos constructores del Templo de Salomón, etc. etc. Sí que proceden de los gremios medievales (lección 67), especialmente del de los constructores, y que eran auténticamente cristianos, como se les mandaba expresamente: “Tu primer deber es que seas fiel a Dios y a la Iglesia y que te guardes de errores y herejías”. Así era antes. Pero los masones que ahora nacían eran todo lo contrario.

La masonería se pone además al servicio de una religión natural, oculta los verdaderos fines que persigue, quiere una religión aséptica universal basada en la *fraternidad*, pero con unos *hermanos* que son únicamente los masones, a los que prestan esa ayuda que ellos pregonan de manera tan singular. Los librepensadores franceses se refugiaron astutamente en la masonería, que los aceptó en sus logias, empezando por Voltaire, admitido en la Logia por Lalande, y a quien Helvetius entregó el mandil conservado después como reliquia.

Contra todo lo que a veces se dice, la masonería no nació de los judíos; nació de la Inglaterra protestante y fue orientada por los pastores James Anderson y Teófilo Desaguliers,

además del arquitecto Payne, aunque los judíos se adhirieron a ella muy pronto hasta adueñarse de muchas logias.

Se sabe bien que la masonería consta de grados diversos. Los de máxima categoría y que dan las órdenes y consignas inapelables no los conoce nadie porque no aparecen nunca. Y los de segundo orden son los que se manifiestan aparatosamente con sus mandiles, banquetes e insignias en actos sociales al parecer intrascendentes.

Los masones deben ser personas socialmente honestas y honradas, aunque sin nada de religión revelada por Dios, sino la que cada uno quiera, con tal que sea una religión *naturalista*, la cual debe suplantarse a las demás religiones. Nació aceptando el *deísmo* de los libre-pensadores de la época, el indiferentismo con apariencias de una religiosidad engañosa, y, con su típico secretismo, en guerra solapada y continua a la Iglesia Católica. Los masones saben de sobra que no pueden acabar con la Iglesia, pero si algún fin religioso se proponen es descristianizar el mundo, oponiéndose a todo lo divino que la Iglesia Católica profesa.

La Iglesia se dio pronto cuenta del mal, y Clemente XII, muy bien informado, con la bula *In eminenti* fue el primer Papa que en 1738 condenaba con toda severidad a esa secta “formada en una sociedad secreta y cerrada con leyes y estatutos propios que ofrecen una apariencia de moralidad natural, imprimiendo a los socios un secreto impenetrable, confirmado con juramento sobre la Biblia y bajo la amenaza de tremendos castigos, para todo aquello que se trate en sus juntas y reuniones” (*Saba-Castiglione*, Historia de los Papas, Clemente XII). El Papa decretó contra los miembros de la masonería la excomunión. Y lo mismo hicieron con bulas expresas varios Papas después, hasta que el Derecho Canónico de 1917 declaraba expresamente excomulgados a todos los que se afiliaban a la masonería. El actual Derecho ha quitado esta excomunión automática, pero la Congregación de la Fe el 17 de Febrero de 1981, y lo ratificó el 26 de Noviembre de 1983, por mandato del papa Beato Juan Pablo II, aclaró: “El juicio negativo de la Iglesia sobre las asociaciones masónicas se mantiene sin cambios ya que sus principios siempre se han considerado irreconciliables con la doctrina de la Iglesia y por lo tanto se continúa prohibiendo ser miembro de ellas. Los fieles que se inscriben en asociaciones masónicas están en estado de pecado grave y no pueden recibir la Santa Comunión”. No los excomulga el Derecho porque son ellos mismos los que se excomulgan de la Iglesia.

La persecución contra la Iglesia en el siglo XVIII es muy peculiar y significativa. No la atacaron sus enemigos con derramamiento de sangre; la toleraban, convivían bien con ella, la alababan cuando les venía bien; pero la ridiculizaban, la denigraban, sembraban sospechas contra ella, hacían correr sobre todas sus prácticas chistes divertidos que duran hasta nuestros días, la dejaban mal a todas horas, y metieron en la sociedad una religión *natural*, fundada en la *razón*, con lo cual negaban todo orden sobrenatural revelado por Dios. Entonces, la Iglesia resultaba inútil, ya que su fuerza está en asegurar la *divinidad* de Jesucristo su Fundador.

119. LA ILUSTRACIÓN (II)

Debemos conocer a los personajes más representativos de la Ilustración. Los presentamos ahora aunque no sea sino con simples noticias de los mismos, por más que sería muy interesante exponer con amplitud las ideas de cada uno.

Si con los filósofos ingleses, creadores del Iluminismo, omitimos los nombres, ahora con los franceses debemos hacer todo lo contrario. Debemos conocerlos, pues los leemos y los oímos continuamente. Aunque tengan mucha importancia, algunos suelen pasar desapercibidos para el gran público: como Bayle, el iniciador de la *crítica* despiadada contra todo lo sagrado, o Montesquieu su continuador. Pero Voltaire, Rousseau y Diderot tienen mucha importancia ante el mal que hicieron y con tan graves consecuencias.

Voltaire, antes que nadie. Hombre malo como éste, y que más mal haya hecho a la Iglesia, cuesta encontrarlo. Había nacido en el año 1694 y murió en 1778: ochenta y cuatro años —fuera de los de la infancia y niñez—, pasados en la frialdad religiosa, en el deísmo y la incredulidad, en inmoralidad fina y elegante como empedernido soltero, en el lujo, la publicidad vana, la ostentación, y, por sistema, en una continua lucha literaria contra la Iglesia, “La infame” a quien había que aplastar.

No hay que negar que tenía grandes cualidades: sin ser filósofo profundo, fue un gran difusor de las ideas reinantes, pues tenía buen talento e imaginación viva y despierta; era poeta y dramaturgo, comunicador social agradable; en fin, de muchas y buenas dotes humanas empleadas todas para hacer el mal. Y eso que tuvo una buena formación estudiantil en el colegio de los jesuitas San Luis el Grande.

Su estadía en Inglaterra influyó en su pensamiento, que lo supo trasladar a Francia. Por dos veces estuvo preso en la Bastilla, y sus *Cartas filosóficas* causaron tal escándalo que hubo de huir de Francia, aunque al regresar ya tenía tal fama que fue admitido en la Academia Francesa y era recibido con honor en todos los círculos elegantes. Con su libro *La Doncella* echa a paladas la inmundicia sobre Juana de Arco. Difama igualmente a la monarquía francesa y a la religión. Publica su libro *Mahomet o el fanatismo*, y se lo dedica al papa Benedicto XIV, el cual —¿por simple cortesía? ¿por delicadeza? ¿por echarle un lazo para atraerlo al buen camino?— le contesta agradeciéndole su atención. Muchos católicos no perdonaron al gran Papa...

Voltaire, con toda su elegancia, inspira repugnancia, aunque fuera amigo personal de Federico II de Prusia, que lo tuvo tres años consigo en Postdam, igual que de la zarina rusa Catalina II que le invitó a San Petersburgo. Se estableció al fin en Suiza, y el castillo Fernelley se convirtió en una mansión y propiedad con esplendidez regia, porque Voltaire supo hacerse grandemente rico. Durante sus veinte últimos años, allí continuaba escribiendo, colaboraba con la *Enciclopedia*, y seguía mandando en multitud de inteligencias aunque no fuera sino por las más de seis mil cartas que allí escribió.

En 1778, al regresar de su inmenso triunfo en París, se siente enfermo y pide los Sacramentos, asistido por el Padre Galtier, jesuita de la ya suprimida Compañía, y el Sacerdote le exige para la absolución una retractación pública, que el hipócrita redacta a su manera, porque quería un entierro digno según la Iglesia; y a Franklin, que le presenta su hijo, lo bendice en el nombre de *Dios*, de la *Tolerancia* y de la *Libertad*... No murió, pues el fin le llegó

dos meses más tarde. El mismo Doctor calvinista, que le asistió, dice textualmente: “No lo recuerdo sin horror; la rabia se apoderó de su alma y murió con verdaderos furores”.

Rousseau es el segundo personaje más significativo. Externamente, por sus apariencias, la cara opuesta de Voltaire. Filósofo de talento más profundo, orador apasionado, idealista que sueña en una sociedad mejor, serio y misterioso, algo antisocial, sin educación esmerada, manifiesta abiertamente con impudor su vida desordenada, con varios hijos, pues dice él mismo que de una tuvo cinco, a los que metió en la inclusa de niños abandonados...

Rousseau, con su vida inmoral a la vista confesada por él mismo, manifiesta a la vez cierta grandeza que inspira simpatía y compasión. No tiene la doblez de Voltaire. Llegará un día a recomendar la lectura del Evangelio, admirado de Jesús, del que tiene un dicho precioso, tantas veces repetido: -¿*Inventar un genio como Jesús? El inventor tendría que ser un genio mayor, y ese genio no ha existido.* Esta afirmación tan certera no deja de ser un acto de fe que a lo mejor le valió algo ante Dios, igual que la otra: *Si la vida y muerte de Sócrates son las de un hombre, la vida y la muerte de Jesús son las de un Dios.*

Sin madre apenas nacido, su padre calvinista no puso esmero en la educación del hijo y lo único que le inculcó fue leer novelas. Recogido por un sacerdote católico y la señora Warens, fue educado y abrazó el catolicismo, pero su juventud la pasó entre gente libertina, aunque con la Warens pasó después años felices y se dedicó a múltiples lecturas.

Trasladado a París en 1744, conoce a los *ilustrados* más insignes, entre ellos a Voltaire —aunque llegará día en que rompa con él—, pero sobre todo a Diderot, que le hace perder la fe. Es ahora cuando empieza a colaborar en la Enciclopedia y a desarrollar sus ideas filosóficas sobre la humanidad, la cual antes era pura, natural, sin malicia, y ha sido echada a perder por la civilización de la sociedad.

Los enciclopedistas atacan sin piedad a Rousseau, rompen con él, lo tratan de loco, pero Rousseau, con cierto complejo de inferioridad, y confinado voluntariamente en la soledad campestre, se da a discurrir y a madurar sus ideas. Si no es la fe y la convicción, le anima al menos un sentimentalismo religioso que le hace pensar en la existencia de Dios y la inmortalidad del alma, en contra de lo que piensan todos los *ilustrados* que antes le rodeaban.

En 1762 escribe su gran libro “Emilio o la educación”, que le hará tan famoso aunque le causará verdadera persecución, tanto civil como eclesiástica, con la prohibición del Parlamento y del Arzobispado de París. Pero la gran influencia de Rousseau estuvo en su obra “El Contrato social”, donde expone la perfección original del hombre, la igualdad de todos los hombres, la soberanía del pueblo y el derecho a la rebeldía.

Estas son las ideas que se le metieron hondamente a la gente y que llevaron a la Revolución Francesa. Sin pretenderlo como los “ilustrados”, Rousseau, con su religión también natural y el *Contrato social*, hizo más mal que todos los otros juntos. Hizo discurrir al pueblo, el cual, al llegar la Revolución que se avecinaba, actuó con el salvajismo más feroz; mientras que los *ilustrados*, con Voltaire como el maestro indiscutible e inapelable, la tiñeron del ateísmo más descarado. Rousseau moría en Julio de 1778, parece que algo trastornado en sus facultades mentales.

Diderot (+1784), igual que su íntimo amigo y colaborador **D’Alembert** (+1783), están íntimamente ligados a la **Enciclopedia** de la que ambos fueron los fundadores. Diderot, buen talento, elegante literato, imaginación desbordada, ateo y panteísta, ¿qué podrá ofrecer

al gran público? Lo podemos pensar. Y D'Alembert, intelectual y estudioso de las ciencias naturales, pondrá su talento, junto con el amigo Diderot, para excogitar los medios más eficaces con que llevar a su fin el “¡Aplastar al infame!” ideado y propuesto por Voltaire.

Así nació la Enciclopedia a mitades del siglo, obra fundamental de la Ilustración, prohibida en un principio, pero editada por fin el año 1766, en diecisiete volúmenes de texto y cinco de suplementos. El título era inocente: *Enciclopedia o Diccionario de las ciencias, de las artes y de los oficios, para una sociedad de gente ilustrada*. Inocente. Pero los 30.000 ejemplares, repartidos sabiamente en todas las bibliotecas y casas particulares que se preciaban de superiores, y traducidos a varios idiomas, contenían en todos sus artículos —aprovechados siempre que ofrecían oportunidad—, la indiferencia religiosa, la negación de todo milagro, la demostración de las incongruencias de la fe, en fin, todo lo que podía ir contra la enseñanza revelada por Dios.

De este modo, sus muchos autores —con Diderot, D'Alembert, Voltaire, Rousseau, e iluministas ingleses a la cabeza—, abonaron el terreno para que el *Racionalismo* arraigara fuerte en todos los estamentos de la sociedad. Desde la Enciclopedia, la negación de la fe, será el lujo que durante dos siglos exhibirán multitud de intelectualoides, tal como veremos al hablar del racionalismo.

Estos maestros del error no sólo atentaron contra la sociedad civil, que pronto iba a sufrir los horrores de la Revolución, sino que perjudicaron enormemente a la Iglesia, a la que dejaban en paz sin ruido de armas, pero difamada en todas partes y en todos los ambientes.

Se cuenta de Federico II de Prusia, gran gobernante por cierto, una anécdota hermosa y que cuadra muy bien con lo que estamos diciendo. Protestante y enciclopedista, nada le decía la Religión, pero la respetaba y nunca se le ocurrió reprimir con las armas a los católicos de su reino. No entraba en los planes de los ilustrados la guerra sangrienta. Bien, a través de la ventana de su palacio, vio cómo los católicos salían de la Misa dominical en la mañana fría de un invierno riguroso, y exclamó grave en un arranque de sinceridad y en medio del silencio de los suyos: *¡Éstos sí que son felices!...*

Otros pensaban en felicidad muy distinta: en la que habían traído el Iluminismo, la Ilustración y la Enciclopedia. Porque sobre los restos de Voltaire se escribió con orgullo en Ferney, antes de que fueran trasladados al Panteón de París: *Están aquí, pero su espíritu lo llena todo*. Era una triste verdad. La Europa entera, igual que las clases más cultas de nuestra América, estaban imbuidas del nefasto volterianismo que tanto mal hizo a la fe cristiana.

Hay más. La Ilustración, la masonería y todas las fuerzas de la impiedad, a lo largo del siglo XVIII, habían preparado contra la Iglesia un golpe diabólicamente magistral con la próxima supresión de la Compañía de Jesús. Lo veremos pronto.

120. UNOS AÑOS MUY GRISES

Los primeros ciento cincuenta años de la Edad Moderna —así, en conjunto, en especial el siglo del 1700— ofrecen contrastes que desconciertan. Con mucho negro y mucho blanco. Con muchos males y muchos bienes. Resumimos aquí los datos que nos ofrece el texto de la BAC que más seguimos en nuestras clases.

Para empezar, una observación necesaria: que nos limitamos a la Iglesia que está en Europa. En el Oriente van adelante las Misiones, aunque no muy pujantes en esta época, mientras que la América española llega prácticamente a ser del todo católica. Es cierto, sin embargo, que las Metrópolis europeas influyen mucho en los dominios que tienen en ultramar. Esos males de la Iglesia europea los señalaremos por naciones, con una simple referencia a cada país.

Como tónica general, es innegable que nos hallamos ante una crisis muy seria de fe, originada por el jansenismo, la Ilustración y la Enciclopedia. La alta sociedad ha caído tristemente en la moda de manifestarse indiferente, atea y antirreligiosa. Además, llevada del ejemplo de las cortes reales, se ha entregado al lujo y al buen vivir de manera sistemática. Esa vida intelectual y social decía muy poco o nada con la fe cristiana.

Lo malo de esta época, por parte de la Iglesia, fue que el alto clero se había aseglarado mucho por sus contactos con esas cortes reales y esa sociedad privilegiada. El clero bajo, al revés, se hallaba extremadamente empobrecido, muy en consonancia con el pueblo sencillo, también muy pobre, pero que conservaba el corazón sano, como se nota en el seguimiento multitudinario que hacía de los grandes misioneros suscitados por Dios en este tiempo, aunque al fin se dejará influenciar por la indiferencia general hasta caer en el anticlericalismo tan manifiesto en las revoluciones que se avecinaban.

Y mirando a Roma, los Papas, aunque todos muy buenos en sí, estaban demasiado pendientes de las ambiciones y caprichos de los reyes, como se nota por la elección papal en todos los cónclaves.

Después de este vistazo general sobre los males de la Iglesia europea en esta época, podemos particularizar, con una simple referencia a cada país.

Alemania, al haberse hecho la mitad de ella protestante luterana, trató muchas veces de llegar a la unión antigua de la fe. Pero todo resultó inútil, pues se habían perdido todas las esperanzas desde la paz de Westfalia (lección 99). La Iglesia alemana, entonces, puso todos sus esfuerzos en la enseñanza del Catecismo —en lo que tanto se ha distinguido siempre—, aunque hubo de luchar mucho con la indiferencia religiosa que se había apoderado del pueblo, y los obispos y los príncipes católicos cuidaban seriamente de la moralidad en las costumbres. Los matrimonios clandestinos y los mixtos, entre católicos y protestantes, resultaron un quebradero de cabeza. Y cómo el espíritu del jansenismo había penetrado en la Iglesia se ve por el empeño de algunos en retrasar la primera Comunión hasta los dieciséis años o hasta la celebración del matrimonio, aunque un sínodo de Maguncia la señaló para los diez años.

El peor mal de Alemania estaba en el clero: una parte, el de los cabildos, riquísimo y ocupados todos los puestos sólo por miembros salidos de la nobleza; el clero secundario era

el de las colegiadas, que cuidaba ordinariamente del culto; y el tercero, el grado ínfimo, formado por muchos curas que vivían con sueldo pobrísimo. Dicen que Maguncia, con 20.000 almas, contaba con 500 curas nada menos...

Francia, con una Iglesia magnífica siempre, fue en esta época el auténtico problema por el galicanismo, ya que no admitía los decretos de Trento que iban contra las costumbres-ley de Francia. Los jansenistas e ilustrados no renegaban de la fe católica, pero seguían sus principios de rebelión contra todo lo de los pastores. El clero era numerosísimo, y tremendamente dividido entre seculares y religiosos por la administración de los sacramentos. Un clero, por otra parte abundantísimo, que no bajaba de los 130.000 —¿en qué se ocupaban tantos?—, aparte de unos 50.000 religiosos, con unas 30.000 religiosas. Magnífica floración de consagrados, pero con vida vulgar muchos de ellos, y, ciertamente, con mala organización en los oficios de la Iglesia. Al frente de ellos, los obispos, que, sin ser los señores de antaño, eran muchos demasiado cortesanos.

Entre tanto, una gran parte del pueblo vivía en pobreza suma, debido a las guerras y a los gastos exorbitantes de la administración pública: como lo cuenta este testimonio estremecedor del misionero popular que incitaba a la misericordia, estilo de San Vicente de Paúl: “Buena ocasión tienen de ejercitar la compasión, pues las calles están llenas de mendigos; dos terceras partes de la nación yacen en la miseria y apenas tienen suficiente pan para saciar el hambre. Les falta asistencia espiritual, raras veces oyen un sermón, no sé cómo son sus confesiones, tienen poca asistencia en su muerte. Los nobles los oprimen, los recaudadores reales los sobrecargan, los gendarmes les exprimen el dinero, los de la ciudad los engañan, los procesos los arruinan, y el resto se lo roban los gitanos”. Escrito esto por un Padre oratoriano, lo confirman modernos historiadores.

España no iba tan mal, aunque su extenso imperio no le ayudaba nada, sino que venía a ser preocupante. Todo el sur, Andalucía y Extremadura en especial, lo dominaban unos cuantos ricachones nobles —muy “católicos”, eso sí—, con sus dilatadísimas haciendas, mientras que los colonos yacían en una pobreza escandalosa. Como en Francia, como en Alemania, había mucho clero: unos 70.000 seculares y 30.000 religiosos, que eran ciertamente apreciados por el pueblo, pero ellos vivían dormidos en las viejas glorias de la fe católica española, sin cuidarse mucho de la obligada instrucción religiosa del catecismo. El papa Inocencio XIII exigía en 1723 que se pusieran en España en vigor las disposiciones del Concilio de Trento, y hasta hubo resistencias en el alto clero, siempre a la caza de favores del rey y de medrar en la sociedad.

Italia, sin decir que todo fuera muy bien, parece se encontraba en mucho mejores condiciones durante estos años. La acusan, igual que a España, de tener bastante abandonada la instrucción catequística del pueblo por parte de los obispos y el Clero. Sin embargo, a la sombra de los Papas brillaban todavía grandes figuras de la teología y de las ciencias, al revés de la sequía intelectual que se notaba en las otras naciones. Hasta el siglo XIX no se meterá en Italia la revolución contra el Papa y los Estados Pontificios, promovida por la masonería y los carbonarios que nacerían poco después.

Si hemos llamado grises a estos años, es porque había mucho blanco mezclado con el negro. La Iglesia demostró tener en su seno grandes reservas de bien, demostradas sobre todo por tres signos inconfundibles:

las Instituciones que nacían, como las Congregaciones de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, de los Pasionistas y la del Santísimo Redentor;

las prácticas religiosas que por nada las dejaba morir el pueblo, como la extensión del Víacrucis, practicado con gran fervor, aparte de la devoción del Sagrado Corazón nacida en estos días;

y, más que nada, por los grandes Santos y Santas que ilustraron a las naciones católicas en medio de sus bajones, producidos por los indefectibles enemigos, el jansenismo y la Ilustración.

Es muy notable lo ocurrido, en este siglo precisamente, con los misioneros populares. Dios los suscitó en abundancia e hicieron un bien inmenso, en los pueblos campesinos sobre todo. Por citar sólo algunos de los que ya están en los altares:

Francia contó con el jesuita Beato **Julián Maunoir**, el que al ir a ordenarse de sacerdote, dice, “Sentí mucho celo por la salvación de las almas y un gran deseo de trabajar por ellas con todos los medios posibles”. Dios le señaló como campo la Bretaña, donde las gentes “sollozaban de emoción” al oírlo predicar, y el impío Renán se quejará mucho después de que sus antepasados fueron por su culpa “jesuitizados”.

Alemania y Austria tuvieron al redentorista San **Clemente Hofbauer**, nacido en Moravia, que evitó la formación de una iglesia nacional alemana por el Congreso de Viena.

Italia fue pródiga con misioneros como el franciscano San **Leonardo de Porto Maurizio**, el divulgador de las estaciones del Víacrucis, que lo erigió en 571 poblaciones. Los jesuitas San **Francisco de Jerónimo**, fogoso predicador en Nápoles donde consiguió conversiones sonadísimas, y el Beato **Antonio Balducci**, que llegó a predicar 448 misiones.

España tuvo al capuchino Beato Fray **Diego José de Cádiz**, misionero popularísimo, y todo un volcán cuando predicaba.

Estos misioneros removían verdaderas multitudes, atestaban las iglesias, atraían muchos pecadores al confesonario, y, lo más singular entonces, con las “comuniones generales” hacían que la devoción a la Eucaristía no se extinguiese como pretendían los jansenistas.

Aunque no es generalmente buena la impresión que causan estos años en la Historia de la Iglesia en Europa, no estamos autorizados por eso a dejarnos llevar del pesimismo. Trento con sus reformas, impedidas muchas veces por los reyes, iba entrando poco a poco en toda la Iglesia. Se multiplicaban los seminarios llamados “conciliares” para formar sacerdotes. Y el pueblo, como hemos visto, no perdía fácilmente su fe y su devoción.

121. LA VIDA ESPIRITUAL EN SIGLO Y MEDIO

No podemos negarlo. Mucho bueno, pero bastante flojedad en comparación del siglo anterior. Sin pesimismo, vemos clara la verdad.

Cuando se echó encima el protestantismo, Dios suscitó en la Iglesia aquellas grandes Órdenes, nuevas o renovadas, Santos y Mártires extraordinarios, junto con teólogos insig-nes, que se opusieron al mal y elevaron grandemente la vida cristiana (lecciones 98 a 107). En medio de la desgracia de aquella revolución religiosa, la Iglesia escribió en su historia una página brillantísima.

Pero, al iniciarse la Edad Moderna en 1648, empieza a notarse como un cansancio y una decadencia que se alargarán durante siglo y medio, aunque no faltarán tampoco figuras de Santos grandes y la piedad seguirá floreciendo en el Pueblo de Dios.

Cuando se quieren encontrar las causas de esta decadencia, que resulta evidente, sue-len señalarse:

la falta de ilusión en la vida espiritual de los monasterios y conventos, aseglarados por sus contactos con la vida ligera y mundana de las cortes regias, en las que entraban por su ministerio más de lo que debían;

la inutilidad de las discusiones doctrinales en que habían caído las escuelas de teología; el espíritu del jansenismo, que hizo tantísimos adeptos, y, para desgracia, con su rigo-rismo alejó al pueblo de los Sacramentos;

la predicación popular en el culto, que tomó formas no muy conformes con la seriedad anterior de los evangelizadores y catequistas clásicos;

la indiferencia religiosa y la antipatía que la *Ilustración* (lecciones 118-119) esparció contra la Iglesia.

Había muchas vocaciones sacerdotales y religiosas, pero no estaban dotadas del espíritu de lucha contra aquellos males de frialdad y flojera que se estaban adueñando de las almas.

Y aunque parezca una simpleza de escuelas, influyeron negativamente en la Iglesia las acaloradas discusiones en el campo moral, que confundían a muchas conciencias. Contra los *rigoristas* que no permitían nada, condenados por el papa Alejandro VIII, se alzaban los *laxistas*, que se iban al lado contrario, condenados por Alejandro VII e Inocencio XI. Pero, dentro ya de lo católico, los jesuitas tendían al *probabilismo*, con muy acertada amplitud, mientras que los *tucioristas*, generalmente de la escuela dominicana, iban a lo más seguro. Al llegar San Alfonso de Liguorio, se inclinó por el *equiprobabilismo*, el término medio entre las dos tendencias. Esas discusiones hubieran sido simplezas de escuela de no haber afectado a muchas almas. Aunque ni unas ni otras apoyaban a los jansenistas.

No pintemos demasiado negro el cuadro. Hablamos de manera muy general. Porque también en este siglo y medio surgieron Instituciones poderosas, Santos insig-nes y devo-ciones que guardaron muy vivo el fuego de la fe y de la piedad, que es lo más importante.

Empezamos por esto último. Aunque dejamos muy de propósito la devoción a la Virgen María, para dedicarle en su momento una lección particular. El papa Alejandro VI con su bula sobre la Inmaculada, San Luis Ma. Grignon de Montfort con “El secreto de María” y

algo más tarde San Alfonso Ma. de Ligorio con “Las glorias de María”, prepararon el terreno para la que se ufanará de ser la “Era de María”.

La devoción al Corazón de Jesús se lleva la primacía entre todas las devociones modernas. Fue la respuesta clara de Dios a los estragos que en muchas almas causaba el jansenismo devastador y prevenía a la Iglesia ante la indiferencia religiosa que iba a sembrar la Ilustración a lo largo de todo el siglo XVIII. Todos conocemos el arranque de esta devoción en el centro mismo de Francia: el monasterio de la Visitación en Paray le Monial, donde una humilde religiosa, Margarita María de Alacoque (1647-1690), tenía la aparición famosa de Jesucristo: “¡He aquí el Corazón que tanto ha amado a los hombres!”. Hacía Jesús grandes promesas, como la de los Primeros Viernes. La Compañía de Jesús tomaba esta devoción como suya propia y se convertía en su gran difusora.

Aunque nacida en Francia con apóstoles tan grandes como los Santos Juan Eudes y Claudio de la Colombière, entre nuestras tierras hispanoamericanas, al tener la misma lengua, misioneros y libros devocionales que España, influyeron mucho los jesuitas Padres Cardaveraz, Calatayud y, sobre todo, el Beato Bernardo de Hoyos. El caso es que prendió fuertemente en la Iglesia, la fomentaron los Papas unos tras otros, entró de lleno en el culto, y ha hecho un bien inmenso hasta nuestros días.

Las Congregaciones Religiosas que nacieron en estos años fueron también sumamente providenciales, como los Eudistas y Oratorianos, de San Juan Eudes y Juan Olier, entregados unos y otros a la formación de los seminarios.

Aunque nacida en el período anterior, y que ya citamos en la lección 103, hay que tener presente la sociedad de los Sacerdotes de la Misión, fundados por **San Vicente de Paúl**, muerto bien entrada la Edad Moderna. Son sacerdotes y laicos sin votos públicos, sino privados, y se han entregado siempre desde el principio a las misiones entre fieles e infieles.

Por las *Hijas de la Caridad*, San Vicente con Santa María Luisa de Marillac, causó una de las revoluciones más beneficiosas con las mujeres *consagradas* al apostolado en todas sus formas. Las monjas de clausura siguieron en sus conventos, pero las Congregaciones modernas de Religiosas, nacidas a partir de estos días, se constituyeron para siempre en una fuerza imponente de la Iglesia. Las Hijas de la Caridad han sido siempre y siguen siendo hoy una asociación numerosísima, de votos privados y no públicos. Se dedican a todos los ministerios de caridad sobre todo entre los pobres: hospitales, escuelas de niños, asilos de ancianos, orfanatos... La *Hija de la caridad* se ha convertido en un símbolo inconfundible de la Iglesia.

Los Hermanos de las Escuelas Cristianas, fundados por San Juan Bautista de la Salle en Reims el año 1680, constituyen una de las Congregaciones más fuertes dedicadas a la enseñanza de la niñez y juventud. Arraigó muy fuerte en Francia y en otras naciones, a pesar de los malos tiempos de la Ilustración, de la rivalidad de muchos maestros envidiosos, y de la guerra que les hizo el jansenismo, como no podía ser menos.

Los Pasionistas son una Congregación muy benemérita, fundada por San Pablo de la Cruz en 1725, dedicada sobre todo a las misiones populares. Propagan especialmente la devoción a la Pasión de Cristo y han hecho con ello un bien muy grande en la Iglesia. Les aprobó su Regla el papa Bene-

dicto XIV, y cuentan que dijo al aprobarla: -Esta Congregación ha venido la última, y a mi parecer debería haber sido la primera de todas... Se refería al bien grandísimo que hacían sus primeros misioneros al impulsar la devoción a la Pasión de Cristo, con la cual conseguían muchas conversiones entre el pueblo. Pronto salieron de Italia para propagarse por otras naciones, entre ellas por Inglaterra la protestante, y decía un obispo inglés: -Pareciera que esta Congregación ha sido fundada para este pobre reino. Con su predicación sobre la Pasión de Cristo consiguen más conversiones que nadie.

Los Redentoristas —*Congregación del Santísimo Redentor*—, fundados por San Alfonso María de Liguori, nacidos casi a la vez y en la misma tierra de los pasionistas, constituyen uno de los Institutos religiosos más importantes de estos tiempos. Alfonso, napolitano, se dio cuenta de la necesidad de instrucción religiosa que tenía el pueblo, y se decidió a darle misioneros celosos. Fue el mismo papa Benedicto XIV quien los aprobó, y presto la Congregación arraigó en muchas partes especialmente por el centro de Europa gracias a Clemente Hofbauer, el gran Santo de Viena. Los redentoristas han destacado siempre en los estudios de Moral, siguiendo a su Fundador, San Alfonso María, Doctor de la Iglesia.

La Trapa merece mención especial. Conocemos la austeridad de la Orden de los Cartujos (lección 61), y pareciera que una vida consagrada semejante ya no era para estos tiempos. Sin embargo, un monje cisterciense, Rancé, se propuso la reforma de su monasterio, la Trappe, después de haber vivido alocadamente la vida cortesana francesa del siglo XVII, aunque había sido ordenado sacerdote. La muerte de la duquesa de Montbazon fue el golpe primero con que Dios le avisaba. Vino después la muerte del duque de Orleans, y exclama en la visita: “O el Evangelio nos engaña, o esto es la casa de un réprobo”. Aquí se acabó toda su vida “escandalosa”, según él mismo; reparte sus muchas riquezas a los pobres; en 1662 entra en la abadía de la Trapa —abadía que tenía en propiedad como comendatario— aunque nunca la había visitado; sigue adelante, le nombran abad, y empieza la reforma del monasterio cisterciense (lección 54).

La vida trapense se iba a distinguir por una penitencia durísima, compaginada con la oración continua, y un trabajo manual agotador. Armand Rancé murió en 1700 dejando bien estabilizada su obra en bastantes monasterios. La Revolución Francesa arrojó fuera a monjes tan excelentes, se refugiaron en Suiza, y de ahí vino su expansión por tantos monasterios y abadías en los siglos XVIII y XIX hasta nuestros días, donde se han hecho tan famosos en algunas abadías, como la célebre de Getsemaní en Kentucky de Estados Unidos.

La Trapa es una prueba de que la Iglesia, hasta en unos tiempos que nos parecen tan pobres espiritualmente, produce frutos de santidad extraordinarios, casi hasta lo increíble. Lo vamos a ver esto también en las breves semblanzas que presentamos de los Santos más insignes de estos días.

122. SANTOS MÁS SEÑALADOS DE ESTOS DIAS

En lecciones anteriores ya hemos citado a algunos. Vale la pena conocer a los más notables que produjo un tiempo que parecía de sequía.

Santa Margarita María de Alacoque (+1690), es ciertamente la que, por sus revelaciones del Sagrado Corazón, ha influido más en su siglo. El jansenismo estaba en Francia de moda, que apartaba de Jesucristo a muchos, y en Francia misma le salía el Señor al encuentro. La espiritualidad de Jansenio se centró en un monasterio de monjas tristemente célebre: Port Royal, monjas que practicaban una oración, una limpieza de alma, una santidad que pasmaba, pero que no hacía sino sembrar desesperación en las almas.

A aquel monasterio de demonios soberbios de Port Royal, Dios le opuso en Paray le Monial un monasterio de la Visitación todo humildad, sencillez, sacrificio, en el cual entraba Margarita María, que parecía la mujer más inútil del mundo, hija de un funcionario francés, enfermiza, siempre con problemas, pero con este ideal sublime: “Quisiera tener mil cuerpos para sufrir, mil corazones para amar y mil espíritus para adorar”.

Hasta que vino Jesús con gracias extraordinarias sorprendentes. Con diversas apariciones, en las que le muestra su Divino Corazón, la va preparando para la última y definitiva, de tanta resonancia en la Iglesia. En la primera, le dijo: “Mi Corazón divino está de tal manera apasionado de amor por los hombres, que tiene necesidad de extenderse como un incendio por todo el mundo”. En la tercera, la famosísima de la octava del Corpus de 1675, oyó las palabras que se han hecho inmortales:

“Mira el Corazón que tanto ha amado a los hombres, que no ha ahorrado nada hasta consumirse y agotarse para demostrarles su amor, y, en cambio, no recibe de la mayoría sino ingratitude y menosprecio, sobre todo en este sacramento de mi amor... Te prometo que mi Corazón derramará en abundancia las bendiciones de su divino amor sobre cuantos le tributen este homenaje y trabajen en propagarlo”.

Se ha dicho, con razón, que esta aparición de Jesús, aunque privada, es la más importante de nuestro Señor en su Iglesia después de aquella a Pablo ante las puertas de Damasco. Lo cierto es que ha tenido una trascendencia enorme en la piedad cristiana moderna. ¡Cuántas Comuniones, cuántas Horas Santas, cuántas visitas al Sagrario, cuántos sacrificios voluntarios en desagravio por los pecados del mundo, cuántas y qué fervientes jaculatorias dirigidas al Corazón divino a lo largo de todo el día!... Jesús había dado un golpe mortal a la herejía jansenista y se ganaba multitud inmensa de amadores.

Margarita María murió a los cuarenta y tres años de edad, con estas palabras preciosas en sus labios: “¡Oh, que dulce es morir después de haber tenido una tierna y constante devoción al Corazón de Aquel que nos ha de juzgar!”...

San Luis Ma. Grignon de Montfort (+1716). En una población francesa estaba agonizando Luis, sacerdote ejemplar, misionero ardiente, de sólo cuarenta y tres años. En el sermón que había predicado la noche anterior sobre la bondad de Jesús había hecho prorrumpir en sollozos a la gente que llenaba la iglesia. Hubo de retirarse a la pobre casucha que utilizaba durante la misión, y todo el pueblo quería visitarlo en su lecho de muerte. De repente, se le ve luchar contra un enemigo invisible. Y Luis, con fría serenidad, le intima al demonio: -Es inútil que me acometas. Estoy entre Jesús y María. He llegado al término de

mi carrera. ¡No me harás pecar más!... Y dicta y rubrica su testamento: -Yo el firmante, el mayor pecador, quiero que mi cuerpo sea enterrado en el cementerio, y mi corazón bajo la tarima del altar de la Santísima Virgen.

No podía dictar un testamento diferente. Aquel corazón pertenecía a uno de los Santos más amantes que ha tenido la Virgen y un apóstol infatigable de su devoción. En el famoso seminario sulpiciano de París aprendió a vivir el amor a la Virgen con una fórmula que será después el nervio de su doctrina mariana, enseñada en sus dos libros famosos “El Secreto de María” y “Tratado de la Verdadera Devoción a María”.

El Sacerdote y Misionero tan celoso, que recorría incansable todo el norte de Francia, formado por María, resultará una copia perfecta de Jesucristo. Aprenderá la ciencia más difícil, como es el amor a la cruz, y será un lema suyo que se hará famoso: “¡Qué cruz, no llevar ninguna cruz!”.

Grignon de Montfort es el primero de una era de grandes Santos, profetizados por él mismo, que se distinguirán por su devoción a la Virgen María, la cual, por esos sus siervos excelsos, hará grandes maravillas, destruirá el poder del pecado, y establecerá el reinado de Jesucristo sobre el mundo.

San Juan Bautista de la Salle, (+1719), Canónigo en Reims, recibe una visita inesperada, y le proponen que funde una escuela para niños pobres. -¡No! Eso sí que no. Yo no estoy ni para escuelas ni para pobres... Es muy buen sacerdote, pero ni sus pensamientos ni sus gustos le tiran por ahí. Sin embargo, le queda la puntilla clavada en el corazón: -¿Y si fuera ésta la voluntad de Dios?... Su consejero espiritual es tajante: -Tu vocación está en las escuelas cristianas para los niños pobres. ¡Ahí te quiere Dios!

Renuncia a todo, a su canonjía, a su dinero familiar —tenía realmente mucho—, que reparte entre los pobres. Y sin contar con nada más que una gran confianza en Dios, se lanza a realizar su misión. Los niños abandonados, los que corretean por las calles, los ladronzuelos en potencia..., éstos son los que Dios pone en sus manos de educador. Y piensa inmediatamente: -Predicar, enseñar la doctrina, es dar pan para hoy y hambre para mañana. La solución es la escuela. Porque el niño que aprende a leer y escribir es capaz de todo... Funda la Congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas. Nada de sacerdotes. Laicos, y sólo laicos. Porque así no se distraerán de la enseñanza, único ministerio a que consagrarán su vida. Y Dios los ha bendecido copiosamente: varios Hermanos en los altares y millones de exalumnos de La Salle por más de cien naciones...

San Pablo de la Cruz (+1775), el fundador de los Pasionistas, fue un misionero popular que hizo un bien grandísimo en Italia durante sus días, tan fríos en la piedad y hostiles a la Iglesia por culpa del jansenismo y de la Ilustración. Joven dedicado al comercio; soldado voluntario por la Iglesia y por su Patria; candidato a la herencia pingüe que le viene si se casa con una joven estupenda, se le abren estos tres caminos para su vida. Y él, enérgico y resuelto: -¡Ni soldado por la religión, ni comerciante por mi familia, ni casado para mi bienestar! Yo me doy sólo a Dios... Y con un ideal que pasma: ¡Sólo Jesucristo CRUCIFICADO!, emprende una vida de penitencias casi increíbles. Se marcha de su casa, baja por toda Italia y se detiene en la soledad inmensa del Argentaro, un monte que hará famoso. Allí, en medio de una belleza natural sorprendente, se da a la oración continua y a una penitencia increíble. Se lanza por los pueblos a predicar. Recorre las calles cargando una cruz

muy pesada. La gente ve cómo se azota despiadadamente imitando la flagelación del Señor. Todos se conmueven, todos lloran sus pecados, todos van a recibir los Sacramentos... Ordenado de sacerdote, empieza por crucificarse a sí mismo. Recorre todas las provincias de Italia descalzo, con una soga al cuello, y cargando muchas veces la cruz a cuestas. Lleva siempre instrumentos de penitencia que pasman a los pueblos: látigos con bolas de hierro, cadenillas con garfios acerados, cruces con clavitos salientes para arrodillarse sobre ellas. Sube a predicar, y, antes de hablar, ven todos cómo el misionero se azota sin compasión con aquellos látigos horribles y se ciñe la cabeza con una corona de espinas...

Ya podemos imaginarnos lo que fue la vida de semejante santo y misionero, que resumía su predicación al pueblo con estas palabras: -Empiecen por pensar en la Pasión del Señor. ¡Piensen mucho en ella! ¡Hablen con el Señor Crucificado! Y después, vívanla llevando con Él la cruz de cada día.... Así, la vida entera. Tan larga, pues morirá a los 81 años.

San Alfonso María de Liguori (+1797), el fundador de los Redentoristas, nacido en Nápoles, llena la Iglesia de Dios en Italia durante todo el siglo dieciocho, y en su larga vida de noventa y un años nos brinda a un hombre polifacético de abogado, artista, músico, sacerdote, obispo, fundador, teólogo, escritor, y es el Santo más notable de su tiempo. Su decisión por el sacerdocio la tomó a los 27 años, después de un fracaso terrible en su vida profesional, cuando pierde una causa en los tribunales y le vuelven la espalda sus admiradores... Desilusionado, dice resuelto: -¡Oh mundo, ahora te conozco bien! ¡Fuera todo, y sólo para Jesucristo! ¡Mi alma, porque no la quiero perder! ¡Misionero, porque hay muchas almas que salvar!...

Distinguido en la ciencia y en sociedad, ¿qué hará de sacerdote ahora?... Será misionero itinerante. Con otros compañeros forma la Congregación del *Santísimo Redentor* y se lanza por todos los pueblos del campo. Porque tiene una idea clara: los habitantes de la ciudad tienen más medios que los campesinos, más iglesias, más sacerdotes, más religiosos, más facilidades para todo... Entonces, a lanzarse al campo sobre todo. Alfonso, como predicador popular y como Fundador de predicadores populares, es una de las mayores figuras misioneras. Obispo, renunció a la diócesis para ponerse al frente de su Congregación.

Gran conocedor del Derecho y la Moral, es Doctor de la Iglesia, y con sus libros “Visitas a Jesús Sacramentado” y “Las Glorias de María”, ha influido grandemente hasta hoy en la piedad cristiana. En resumen, gran misionero, gran devoto de la Eucaristía y de la Virgen, gran impulsor de la oración, gran moralista y director de conciencias, grande en todo.

Esos ciento cincuenta primeros años de la Edad Moderna no resultan, diríamos, demasiado simpáticos en la Historia, ni en la civil ni en la de la Iglesia. Pero no digamos que fueron estériles. Porque la esterilidad no es propia del Espíritu, el cual, casi siempre muy callandito, sigue realzando obras grandes.

123. EMPIEZAN LOS PAPAS DEL SIGLO XVIII

Papas a los que les va a tocar de lleno la Ilustración y la Enciclopedia. Tiempo difícil. Pero van a responder al buen legado que les dejaron los Papas anteriores.

Clemente XI (1700-1721). Nada más elegido, se retiró llorando a su habitación. Tres días enfermo de tanto miedo. Consulta a varios teólogos: -¿Peco, si no acepto? -Ante el voto unánime de los cardenales, resiste a la voluntad de Dios si no acepta... Y el pobre cardenal Allani se convertía en Clemente XI, de cincuenta y un años, que va a tener un pontificado largo, muy beneficioso para la Iglesia, y para él una cruz muy pesada.

No decimos nada de los enredos políticos en que se vio envuelto, como el arrebato de Prusia por Federico de Brandeburgo, que se la anexionó con el título de rey para convertirla en Estado protestante, y que pertenecía a la Orden Teutónica. Muy mal le fue con Amadeo de Saboya, el cual acabó por echar de sus territorios a 3.000 eclesiásticos que hubo de recoger el Papa en sus Estados. Peor fue su situación con España por el intruso rey Felipe V, y después por los líos en que se metió el Papa con el emperador de Viena al haber creado cardenal al intrigante y astuto Alberoni. Clemente no era para estos enredos de la política.

En los asuntos de la Iglesia tuvo que actuar contra el jansenismo con la famosa bula *Unigenitus*, que levantó tanta polvareda. Y hubo de intervenir también en el complicado asunto de los ritos chinos. Al morir, llamó a su nepote el Cardenal para recomendarle: “Sólo es grande lo que es grande ante Dios. Trata de ser un santo”. Como lo había sido él...

Le sucedió el papa **Inocencio XIII** (1721-1724), elegido en un cónclave enredado por las facciones de los cardenales, unos por Francia, otros por Austria, otros... Ahora es la política la que se mete en todo. Y los cardenales sabían que sus preferencias las pagaría el Papa elegido. Inocencio XIII, prudente, bondadoso y de salud endeble, no se enredó con nadie, y murió tras un corto Pontificado sin nada de relumbrón.

Benedicto XIII (1724-1739). Dominico, otro Papa humilde que aceptó el cargo llorando y que conservó el hábito y las costumbres austeras del convento como un fraile más, con tanto amor a la Orden que hasta besaba la mano al Padre General cuando lo saludaba....

Hizo cardenal al problemático Nicolás Coscia, se fió totalmente de él, y aquí estuvo su equivocación. Tan buen religioso, miró de reformar las costumbres de los cardenales, prelados y sacerdotes. Para ello celebró un importante sínodo en Letrán y constituyó una nueva Congregación para los Seminarios.

Un hecho tan sencillo al parecer, como fue la extensión a toda la Iglesia de la Misa de San Gregorio VII (lección 52), le trajo la enemistad de los Estados, de Francia sobre todo: vieron en ello la intención de querer resucitar la supremacía del Papa sobre los reyes...

A tan buen Papa le sucedió **Clemente XII** (1730-1740), elegido tras cinco meses de cónclave tempestuoso por la política de los tres partidos de los cardenales. A los cuatro años se quedaba ciego y gobernaba sobre todo mediante el cardenal Corsini, pariente suyo y de su plena confianza. Dejamos los asuntos políticos de su pontificado, y recordamos su valentía al haber condenado por primera vez la masonería en 1738.

Benedicto XIV (1740-1758). Seis meses de cónclave, con 255 (!) escrutinios o votaciones, sin entenderse los cardenales por causa de la enredada política europea. Hasta que al cardenal Próspero Lambertini se le ocurre decir festivamente y con buen humor en una reu-

nión informal: -¿Quieren un santo? Elijan a Gotti. ¿Quieren un gran político? Escojan a Aldovrandini. ¿Quieren un buen viejo? Elijanme a mí... Total, que van a votación el 16 de Agosto, y, de los 51 votos, Lambertini, de 65 años, se llevaba 50, todos menos el suyo... El “buen viejo” Benedicto XIV va a ser el Papa más insigne de varios siglos y uno de los más notables en toda la Historia de la Iglesia. Ilustrado, buena persona, amable siempre, el canonista más famoso de todos los tiempos, muy piadoso en medio de su simpatía, fue un Pontífice providencial para aquellos días turbulentos de los *jansenistas* que no acababan de morir, de los *ilustrados* y *enciclopedistas* que pervertían todas las ideas cristianas, de los *masones* que se empezaban a adueñar de todas las casas reales y capas distinguidas de la sociedad. Prefería la bondad al rigor, y aquí estuvo quizá el mal que algunos achacan a su pontificado: esos enemigos de la Iglesia, a la par que lo admiraban, se aprovecharon para fortificarse ellos más en su maldad. El papa Benedicto, con su sabiduría, piedad y tacto, se hacía respetar y prestigiaba a la Iglesia.

No citamos para nada sus posturas en la política con los Estados europeos, con los cuales actuó siempre con mucha condescendencia, quizá *demasiada*. Nos limitamos a su conducta y hechos meramente eclesiásticos. Oigamos a dos autoridades sobre los Papas.

Muratori, el primero: “Siglos hacía que la cátedra de San Pedro no había sido provista de un pontífice tan docto ni tan práctico en el gobierno pastoral. A estas cualidades se sumaban las de sus buenas costumbres, purísimas desde su infancia, la de una delicadeza de conciencia y una constante profesión y práctica de la verdadera piedad. Admirábase asimismo en él una vivacidad de espíritu, y, si bien estaba amasado en una pólvora que fácilmente se inflamaba, sin embargo el fuego no duraba más que breves momentos, pues muy pronto lo apagaba su dominante virtud”.

Y *Pastor*: “En los barrios populares, como el Trastevere, departía del modo más jovial con las gentes de humilde condición. Novedad suya fue también el que a menudo daba audiencia en el jardín del Quirinal, adonde más tarde y a este mismo objeto mandó construir un camino. A las mujeres las recibía únicamente en la capilla o en una iglesia cualquiera; en el Vaticano y en el Quirinal no se les permitía la entrada sino en la ausencia del Papa”. Y es que Benedicto era un hombre verdaderamente superior; superior incluso al ceremonial de la corte: por la mañana salía a menudo a la ciudad para ir a celebrar en alguna de las iglesias y, transcurrido el día despachando los asuntos, hacia la tarde daba un paseo a veces a pie, por las calles de Roma. Se le podía encontrar circulando como un simple prelado, solo, apoyado en su bastón. Y en el verano, cuando estaba en Castelgandolfo, una vez despachados los asuntos, se salía solo, sin séquito alguno, para gozar de libertad, visitar villas e iglesias en los alrededores, departir con los aldeanos, e internarse en los bosques para gozar del fresco y de las bellezas de la naturaleza.

Así era Benedicto. Como canonista había hecho una obra colosal: “De la beatificación de los siervos de Dios y de la canonización de los beatos”. Los procesos de beatificación, canonización y milagros para subir los Siervos de Dios a los altares son rigurosos e impecables. Aunque sobre los Religiosos, solía decir con su gracejo: *-Preséntenme a un religioso o religiosa que haya cumplido fielmente siempre su Regla, y le canonizo sin más...*

No acabamos si nos metemos con la historia de sus dieciocho años de Papa: protector de científicos y artistas; visitador de todas las bibliotecas de Roma; fundador de cuatro Academias; restaurador de muchas obras urbanas; moderador de los gastos inútiles o de lujo; simpático, pero serio, en la corrección de las costumbres. Papa querido de todos. Aunque se

le achaca el haber sido demasiado condescendiente con los enemigos de la Compañía de Jesús, sobre la cual pesaba la amenaza de las cortes borbónicas. Si aceptó el libro que le dedicó el astuto Voltaire, *Mahomet*, en su caballerosa respuesta el Papa le agradecía la atención, pero prohibió en Roma la representación de la obra obscena.

Y le llegó a Benedicto el final. El 2 de Mayo firmaba con gran serenidad su profesión de fe y el decreto de beatificación del jesuita hoy San Francisco de Jerónimo. Al día siguiente, a los suyos que le rodeaban el lecho llorando, les dice tranquilo: “Yo caigo en el silencio y el olvido. ¡Así pasa la gloria del mundo!”...

Clemente XIII (1758-1769). A punto de ser elegido el cardenal Cavalchini, vino el veto del rey de Francia: ¡No!... ¿Y la razón? Porque Cavalchini se había distinguido en la causa de beatificación del cardenal jesuita Roberto Belarmino. ¡Los jesuitas!... Aquí estaba el meollo de la cuestión. Las cortes borbónicas no querían un Papa que les quitase de la cabeza la supresión de la Compañía. Y eligieron al que les parecía más inocuo, el cardenal Rezzonico, muy santo, al que había consultado muchas veces Benedicto XIV, y, dada su bondad, pensaban que lo tendrían en sus manos. Pero se equivocaron. Clemente condenó con energía la Enciclopedia de Diderot, el Emile de Rousseau, el libro de Justino Febronio, etc.

Hombre piadosísimo, aprobó la Misa y Oficio del Sagrado Corazón de Jesús, y a los españoles e hispanoamericanos les permitió añadir en la letanía el “Madre Inmaculada”, a la vez que proclamaba a la “Inmaculada” como Patrona de España y de sus territorios.

Pero defraudó y enfureció a todos los reyes al publicar la bula “Apostolicum pascendi munus” —*el cargo apostólico de apacentar*—, con la cual alababa y defendía a la Compañía de Jesús, a la que amaba como un padre. Aunque, ¿cuál fue el resultado? Que las cortes llegaron al paroxismo en su furor, se aunaron más en su decisión irrevocable de acabar con los jesuitas y precipitaron lo que había de venir por fuerza...

Un Papa ejemplarísimo, al que, cuando murió, el artista Canova hizo célebre con la gran estatua blanca, donde el Pontífice, arrodillado y con las manos juntas, mira al suelo, humilde y sumido en oración profunda.

La impiedad triunfante del siglo XVIII se apresta ahora a dar el golpe más duro a la Iglesia. Y lo conseguirá, si bien las consecuencias serán fatales para la misma sociedad, empeñada en alejarse de Dios, aunque a Dios, naturalmente, no se le vence con facilidad...

124. SUPRESIÓN DE LA COMPAÑÍA DE JESUS

Hecho doloroso, indigno, inexplicable. Por razones que se quieran dar, todas son inválidas e indefendibles. Aunque por encima de todo estará Dios.

Clemente XIV (1769-1774), franciscano conventual, subía al pontificado con malos augurios. Lorenzo Sanganelli era de puras costumbres, piadoso, pero quizá jugó con dos caras en el cónclave, pues todos sabían que el Papa elegido había de decidir sobre la suerte de los jesuitas exigida por las cortes borbónicas. Y a unos cardenales, los amigos de los jesuitas, se les presentó favorable a la Compañía, y a los otros, como enemigos de la Compañía, como enemigo también. Total, que salió elegido Papa *por unanimidad*, y ahora vino lo que tenía que venir... Iba dando tiempo al tiempo, pero la consigna del enemigo se cifrada en unas palabras de Voltaire: -Hay que acabar con los jesuitas sea como sea, pues forman el antemural del Papado y de todo el cristianismo, para cuyo exterminio nos hemos conjurado.

El Papa anterior, Clemente XIII, se mantuvo firme, no claudicó ante su conciencia, y vio cómo los jesuitas eran expulsados de los diversos Estados, empezando por **Portugal**, donde el nefando ministro Pombal los arrojó del reino y de todos sus territorios en 1760, les arrebató todos los bienes, les permitió salir a los que no habían hecho aún sus votos, y a los demás los encarceló en gran cantidad dentro de prisiones inmundas donde muchos de ellos acabaron sus vidas... En **Francia** fue el Parlamento en 1762 el que clausuró 84 colegios de los jesuitas y decretaba la supresión de la Compañía en Francia, dejando a unos 2.500 jesuitas en la calle. A la sombra del asunto estaba madame Pompadour, la resentida amante del rey Luis XV, porque su confesor, un jesuita, no había podido transigir con sus amores prohibidos. Para tomar su decisión, el Parlamento se escudó, entre otras cosas, en el escándalo financiero del jesuita Padre Lavalette en la Martinica del Caribe, el cual había sido incluso expulsado de la Compañía al no haber obedecido a los superiores cuando le avisaron oportunamente sobre sus negocios... En **España** fueron expulsados los jesuitas de la metrópoli y de todas sus posesiones en 1767 por el rey Carlos III, intrigado por su nefasto ministro masón Aranda, causando con ello unos males enormes sobre todo en América, especialmente en las famosas Reducciones del Paraguay. Los jesuitas en España eran unos 2.700 y por toda América se esparcían otros 2.500... Todo esto ocurría, como un preámbulo, en el pontificado del santo Papa Clemente XIII, el cual murió como un mártir a causa de tanto disgusto por el asunto de los jesuitas, inocentes y tan beneméritos de la Iglesia.

Viene ahora el papa Clemente XIV y ha de tomar una resolución. El hecho de que las cortes reales lo quisieron por Papa y lo consiguieron, no da motivo para decir que el Papa actuó por odio a la Compañía. ¿Dudas de conciencia? ¿Cobardía? ¿Miedo a tantos enemigos apostados, jansenistas, ilustrados, enciclopedistas, masones, cortes borbónicas, envidias—evidentes— dentro de la misma Iglesia? ¿Convicción de lo que se decía: hay que sacrificar un miembro para que no perezca todo el cuerpo?... El Papa se llevó su secreto a la tumba. Y el 21 de Julio de 1773 firmaba Clemente XIV el breve “Dominus ac Redemptor” con el cual la Compañía de Jesús quedaba suprimida en la Iglesia: “Habiendo considerado que la Compañía ya no es apta para producir aquellos copiosísimos y abundantísimos frutos ni aquellas ventajas para los que fue instituida y por tantos predecesores nuestros aprobada,

extinguimos y suprimimos la tantas veces mencionada sociedad"... Acto tan doloroso, indigno y humillante como éste no se había dado en dieciocho siglos de cristianismo.

La Compañía sumaba entonces casi 23.000 miembros, y era la fuerza mayor con que contaba la Iglesia. Sólo en Alemania dirigía 115 colegios y 32 seminarios. Por lo visto, no valían nada los muchos y grandes Santos que había producido; las eminencias del saber que habían ilustrado las Universidades; la multitud de misioneros que habían llevado el Evangelio a la India, Japón, China, África y toda América, tierras regadas con la sangre de abundantes mártires; los centenares de colegios que habían educado a incontables generaciones de jóvenes; las conciencias que dirigían tan atinadamente en las muchísimas iglesias que regentaban... Todos estos frutos de doscientos cuarenta años de existencia no contaron nada ante la obstinada resolución de suprimir la Compañía a costa de lo que fuera. ¿Necesitaba la Compañía una purificación espiritual, dado el poder enorme que había adquirido en la Iglesia y en la sociedad? Quizá sí, como toda obra humana, por muy invadida que esté del Espíritu. Y la misma Compañía, con superiores diligentes y celosos, más de una vez tomó resoluciones prudentes y enérgicas para mantenerse en el más puro ideal ignaciano.

Podemos suponer la suerte de tanto jesuita que no sabía adónde ir después de la supresión. Podían integrarse en diócesis que los acogían o en conventos que les abrían las puertas. Lo cierto es —¡qué lección tan formidable!— que el rey protestante Federico II de Prusia no publicó la bula del Papa hasta muy tarde y, como lo hará la ortodoxa zarina Catalina II de Rusia, ambos recibirán a los jesuitas en sus Estados para abrirles sus colegios como a los más distinguidos educadores. Catalina los llevó a Bielorrusia, y les incorporó unos doscientos jesuitas de Polonia y Lituania. En Estados Unidos, los jesuitas suprimidos serían elementos de resurrección; el primer Arzobispo de Baltimore, John Carroll, era uno de esos ex jesuitas que tanto bien hicieron en la Iglesia de la naciente nación. El nuevo Papa Pío VI lo toleraba todo gustoso. Eran el "resto" que Dios se reservaba para volver a hacer de la Compañía aquella fuerza tan valiosa de su Iglesia. En esos dos Estados protestante y ortodoxo se refugiaron los jesuitas que no quisieron secularizarse al quedar libres de sus votos.

De todos modos, para los jesuitas, fueron válidas las palabras que el bueno del Papa Clemente XIII, intuyendo la tempestad que se les avecinaba, les había predicho: -¡Les espera la cruz!... Y el primero en verse clavado en ella fue el Padre General Lorenzo Ricci, que, sin salir de Roma, fue encerrado prisionero con otros jesuitas en el Castel Sant'Angelo, y moría un año después que el Papa Clemente. Con gran serenidad, y ante el Santísimo que le traían por Viático, hizo esta declaración en su lecho de muerte:

"Declaro y protesto que la extinguida Compañía de Jesús no ha dado motivo alguno para su supresión... Declaro y protesto que no he dado ni el más ligero motivo para mi encarcelación... No intento que en virtud de estas mis protestas se pueda juzgar culpable delante de Dios a ninguno de aquellos que han hecho daño a la Compañía de Jesús y a mí... Y en cumplimiento de mi deber cristiano, protesto que siempre con la ayuda divina he perdonado y perdono sinceramente a todos aquellos que me han atormentado, primero con los agravios inferidos a la Compañía de Jesús y después con la extinción de la misma".

¿Aludía el Padre Ricci en su perdón especialmente al Papa? Es difícil decirlo. Como buen hijo de San Ignacio, era muy santo y muy obediente al Vicario de Cristo, y debió aceptar la decisión papal, aunque incomprensible, con humildad filial.

Clemente XIV murió asistido sólo por el General de su Orden, los franciscanos conventuales. Se dice que le asistió, milagrosamente por bilocación, San Alfonso María de Liguorio. Pero son totalmente falsos los rumores que corrieron de envenenamiento, remordimientos atroces y desesperación por su salvación eterna. Sólo Dios podía juzgar a un Papa piadoso e intachable en su conducta, pero que se vio en unas circunstancias deplorables.

Cierto, sin embargo, que las medidas que tomó antes de la decisión final de la supresión de la Compañía, no se justifican fácilmente: empezó por tratarlos con un gran desafecto; no permitía que ningún jesuita apareciera en su presencia; ordenó una visita de inspección en el Colegio Romano, al que quitó la administración; les prohibió predicar en el año jubilar decretado para el 1770; permitió a los diplomáticos esparcir todos los escritos difamatorios contra los jesuitas, mientras éstos tenían prohibido el defenderse; mandó a los obispos de los Estados pontificios que no permitieran a los jesuitas el predicar, confesar ni enseñar el catecismo... Todo esto era demasiado. Inaceptable, aunque quisiéramos suponer que lo hacía para aplacar a tanto enemigo de la Compañía y que así se callaran.

El Padre Ricci y los otros jesuitas encarcelados en Sant'Angelo tuvieron una prisión muy dura, debido sobre todo a Moñino, Conde de Floridablanca, embajador español. Se les impidió comunicarse entre ellos; se les racionó severamente la comida; tenían prohibido celebrar la Misa; se les formó juicio, y aquí estuvo el asunto delicado. El Padre Ricci pidió al juez se le comunicara el motivo de su prisión y, al recibir la respuesta de que no había delito alguno, escribió un memorando a los cardenales que resultó inútil. Muerto el papa Clemente antes de que acabara el proceso, Ricci repitió la solicitud. Al acabar el proceso en que los jesuitas resultaban inocentes, no se les permitió salir libres de la prisión, debido a Muriño que lo impidió con todas sus fuerzas, pues eso significaba que el breve papal de Clemente era nulo e inválida la supresión de los jesuitas.

Pío VI, el nuevo y óptimo Papa, exigió mitigar aquel trato a los presos, y, al morir el Padre Ricci en la prisión, mandó que se le hicieran solemnes y dignos funerales al General de la Compañía, de la cual pronosticó que un día sería restaurada. Hasta vino a aprobar verbalmente el que los jesuitas pudieran congregarse de nuevo.

Todos los historiadores se forman su propio juicio sobre un hecho tan deplorable. Nosotros, sin condenar a nadie, vemos cómo las fuerzas del mal actúan contra Dios y su Cristo, pero al final se sale con la suya Dios. La Compañía, restaurada, todavía sigue...

125. LA REVOLUCION FRANCESA (I)

Hecho trascendental en la Historia Universal moderna. Nosotros, dejando de lado todo aspecto social, miraremos sólo aquello que afecta a la Iglesia.

Se veía venir, y vino la Revolución. Se inició en 1789 —la fecha clásica es el 14 de Julio con el asalto a la Bastilla—, y vino porque era una necesidad que Francia cambiara sus formas de vida y de gobierno, y, al no hacerlo por las buenas, vinieron por las malas. Los escándalos de la corte desde Luis XIV con sus lujos y derroches, además del odioso *absolutismo* del rey, y los tres elementos: la nobleza que detentaba el dinero, el clero como segunda fuerza, y la plebe explotada por los impuestos, van a jugar cada uno su papel en el cataclismo que viene. ¿Y la Iglesia? El Clero estaba también implicado en la vida social, y ahora verá las malas consecuencias de algunas actitudes suyas. La revolución de las armas fue originada por la situación social; pero la *ideología* que la rigió vino de la Ilustración y de la Enciclopedia. Voltaire y Rousseau, cuyos escritos habían penetrado hondamente en el pueblo, trazaron la *orientación* de aquella contienda sin precedentes.

No seguiremos la cronología rigurosamente día por día, pues no hace falta y hasta nos enredaríamos. Diremos todo en sus líneas generales.

Los dos primeros años se fueron en las interminables luchas constitutivas de la nueva Francia con la Asamblea, Constitución y Convención. Pero llegó el 1792 y con Danton y otros comenzó la época del terror. Nada decimos de las barbaridades cometidas y que todos sabemos por cualquier Historia que tengamos a mano. Del 2 al 7 de Septiembre cayeron muertos unos dos mil, entre ellos unos 400 sacerdotes. Quedaban detenidos de momento en las cárceles 3.000 por sospechosos. Del 10 al 27 de Julio del 1792 Robespierre, dueño de la situación, hizo guillotinar en París a 1.373 personas. En Enero de 1793 era guillotinado el rey Luis XVI y 361 diputados. Después caería también la reina María Antonieta. Por toda Francia funcionaban 44.000 tribunales con la correspondiente guillotina al lado. No se libraba nadie. Hasta que los revolucionarios mismos se empezaron a devorar los unos a los otros, empezando por Danton y Robespierre que pararon los dos en la guillotina.

Todo lo anterior no es más que un telón de fondo para lo que nos interesa a nosotros: la Iglesia en la Revolución. Ya hemos citado a los 400 sacerdotes que murieron en la primera matanza de París. Esto quiere decir que la Iglesia estaba como primerísimo objetivo de los sublevados. Es natural. Había llegado la hora de que la simiente volteriana y enciclopedista diera sus primeros frutos. Tanto odio sembrado contra la Iglesia por la *Ilustración* había de acabar en semejante carnicería. Además, nada más empezada la revolución, estaban al frente de las turbas el sacerdote Sièyes, escritor revolucionario entre la plebe, a la que incendió con su folleto: “¿Qué es el tercer estado? Nada. ¿Qué debe ser el tercer estado? Todo”. Y otro, el obispo Talleyrand, al que se verá en el segundo aniversario de la Bastilla celebrar y bendecir al pueblo en una Misa pontifical rodeado de 300 sacerdotes, aprobar y juramentar la Constitución del Clero, consagrar sacrílegamente a obispos juramentados, y, finalmente, apostatar públicamente de la fe católica.

Las primeras leyes aprobadas contra la Iglesia fueron contra sus bienes. ¿Era rica la Iglesia? Sí, y no. Se exageraron enormemente sus bienes, pero bien pensados parece que podrían sumar los 180 millones de libras. Habían sido adquiridos justamente y con ellos se sostenía el clero y todas las obras de la Iglesia: hospitales, orfanotrofios, seminarios, escuelas etc. Los nacionalizaron, quitándoselos a la Iglesia, los vendieron, y ahora vino el problema: ¿quién cuidaba de todas esas necesidades? El mismo Sièyes les echó en cara: “Quiéren ser libres y no saben ser justos”.

Quedaban suprimidos todos los privilegios de los religiosos. Ya no podían admitir más novicios. Sólo quedaban excluidos los Institutos dedicados a hospitales y escuelas. Los religiosos de votos solemnes fueron extinguidos. A los que abandonasen sus conventos se les asignaba una pensión. Cayeron algunos, incluso pasándose a los revolucionarios, pero fueron poquísimos en comparación de los muchos religiosos que había. Destacó grandemente la fidelidad de las religiosas. Había en Francia 37.000, y solamente dejaron la vida religiosa unas 600. En Agosto de 1792 fueron por fin suprimidos todos los conventos de monjas. Muchas derramaron su sangre en el martirio.

La Constitución civil del Clero fue lo más negro de la revolución para la Iglesia. Es larga la historia de su gestión, su aprobación y su ejecución, que causó tantos mártires hasta el derramamiento de la sangre pero, sobre todo, hizo tantos héroes, que perseveraron firmes en su vocación sacerdotal y realizaron proezas sin cuento para ejercer su ministerio a escondidas, perseguidos siempre.

La Asamblea quería para el Clero una Constitución civil y cismática, sin intervención alguna de Roma, ya que el Papa, como príncipe extranjero, nada tenía que hacer en Francia. La discusión fue tumultuosa hasta el extremo. En las gradas no se oían más que gritos ententóreos de los diputados izquierdistas: “¡A la horca!”... Y la Constitución se aprobó, naturalmente. Lo peor fue que se obligó a todos los obispos y sacerdotes a **jurar** esa Constitución inicua, y el Clero quedó en adelante dividido en dos facciones: los *juramentados* —aunque en pequeña parte, y apóstatas—, y los *no juramentados*, que serían perseguidos implacablemente. Por de pronto, perdían toda asignación para su vida, y quienes la cobraban se convertían en unos *funcionarios* del Estado. Muchos sacerdotes, quizá una tercera parte, desorientados al principio, juraron la Constitución, pero después se retractaron, de modo que los no juramentados quedaron en unos 50.000, es decir, la inmensa mayoría.

La Asamblea fue más adelante, y decretó que quienes negaran el juramento a la constitución civil del Clero, aparte de perder su asignación, tenían veinticuatro horas para salir del distrito, tres días para dejar el departamento, y un mes para marchar de la nación.

No cesaba la persecución, aunque los revolucionarios iban paso a paso. Si al principio se exigía el juramento de la Constitución sólo a los sacerdotes que tenían cura de almas, después se les exigió a todos; a los no juramentados se les quitaba todo subsidio, y por fin se les condenaba simplemente al destierro. Así empezó la vida tan heroica de muchos sacerdotes, los cuales quedaban reducidos a la clandestinidad, sin poder ejercer ningún ministerio, exponían sus vidas y, lo peor, la vida de quienes los ocultasen.

El pueblo cristiano se negaba a recibir los Sacramentos de manos de un juramentado, y hubo regiones en el sur de Francia, pero de manera especial en la norteña de la Vendée,

donde muchos católicos llegaron a las armas a fin de defender su fe y a sus pastores, pues obispos y sacerdotes que no juraban la Constitución perdían todos sus derechos.

Los obispos nuevamente nombrados tenían que ser consagrados por los obispos que determinase la *autoridad civil*. Entre los así nombrados tan inicua mente figura nada menos que Gobel como Arzobispo de París, apóstata auténtico, que en la misma Convención arrojó ante todos sus insignias pastorales. ¡Después acabará guillotinado por los suyos!...

Los apóstatas Talleyrand y Gobel consagraron obispos a sacerdotes juramentados, los cuales, a su vez, ordenaban de sacerdotes a simples sacristanes y artesanos.

El papa Pío VI alzó enérgicamente su voz contra esas consagraciones y ordenaciones sacrílegas, y declaraba inválidas las nuevas elecciones de candidatos y sus tomas de posesión.

Los obispos fueron dignos de la Iglesia. De 131, sólo juramentaron cuatro, mientras que 127 se negaron a jurar y a consagrar nuevos obispos entre sacerdotes que hubieran prestado el juramento.

Como podemos ver, dentro de la misma Iglesia se entabló una lucha odiosa. Los juramentados tenían a los no juramentados por traidores a la Patria, y éstos a los otros como unos desertores de la fe católica.

Estos triunfos contra la Iglesia se debían a que en la Asamblea se hicieron con el poder los revolucionarios radicales, los “jacobinos”, vencedores de los girondinos, revolucionarios *moderados*, originarios de la Gironda, suroeste de Francia. Apenas dominaron los jacobinos —partidarios de la República, de la ejecución del rey y de la supresión de la Iglesia Católica—, ya no hubo nada que hacer. Se llamaban jacobinos, porque su club revolucionario se estableció en el convento llamado *Jacobinos*, o de Saint Jaques, de los Padres Dominicos. Adoptaron el gorro frigio, el *clipeus* de los romanos usado por los esclavos *libertos*, lo mismo que los Estados Unidos cuando la Independencia.

Que todo esto iba contra la Iglesia Católica directamente, se evidencia por el hecho de que a la iglesia protestante no le tocaron para nada sus bienes y podía seguir tranquila haciendo su vida, de manera especial en Alsacia. A los *ilustrados* les salió perfecta la realización de la consigna de Voltaire: ¡Aplastar al infame!...

No está dicho todo lo que afecta a la Iglesia en la Revolución Francesa. Por fuerza requiere otra lección. Pero esta primera parte la terminamos del modo más bello: con el testimonio de tanto mártir. Imposible numerarlos a todos, porque murieron muchos en masa, sin dejar recuerdo individual detrás de sí. Pero valga este dato: la Iglesia tiene elevados a los altares a 439 Beatos, entre sacerdotes, religiosos y laicos, aunque fueran muchos centenares más los que murieron por su fe.

126. LA REVOLUCION FRANCESA (II)

Como en la lección anterior, dejamos la parte civil para ocuparnos solamente de lo que afecta y es de la Iglesia Católica.

Comenzamos con la actitud del papa Pío VI, plenamente informado de todo lo que pasaba en Francia, tan benemérita de la Iglesia en otros tiempos. En Abril de 1791 el cardenal Bernis, embajador en Roma, dejaba el cargo al no querer firmar el juramento de la Constitución del Clero, y quedaban rotas las relaciones diplomáticas entre Francia y la Santa Sede. Para colmo de desdichas, en la asamblea legislativa que se abría en el mes de Septiembre, figuraban veintisiete eclesiásticos juramentados, entre los cuales había desgraciadamente varios obispos.

Como la Asamblea propuso y votó la secularización de los archivos de nacimientos y defunciones, aparte de que adoptó el matrimonio solamente legal, el Papa dio normas sobre los bautismos, matrimonios y entierros.

Luis XVI, sinceramente católico y sabedor de las disposiciones del Papa, aún no había sido ajusticiado, y admitía en su capilla real sólo a eclesiásticos no juramentados. El monarca se mostraba digno de tantos súbditos suyos que permanecían fieles a su fe, aunque la persecución de los obispos, sacerdotes y fieles no juramentados se recrudecía cada vez más.

Llegados a este punto, ahora nos toca contemplar lo más sacrílego de la Revolución, palpar el fruto de aquellas ideas anticristianas sembradas tan copiosamente por la Ilustración con la Enciclopedia, y fomentadas por la masonería y protestantismo calvinista, igualmente que por el furibundo jansenista Camus, diputado de la Asamblea, detenido en Austria y canjeado por la hija de Luis XVI. La profanación de lo más santo y sagrado es la mejor demostración de lo antirreligiosa que fue la revolución. La Iglesia era lo primero que había que tumbar, antes que el trono. El rey, y María Antonieta después, murieron no sólo con dignidad real, sino como cristianos ejemplares.

La venerada iglesia de Santa Genoveva, patrona de París, fue convertida en panteón pagano y trasladados a ella los restos de Mirabeau, Rousseau y Voltaire.

Al desatarse el terror cuando se aceptó la Convención, en la que dominaban los jacobinos radicales, hasta en las calles se mataba impunemente a los sacerdotes. Uno de ellos —es una anécdota que se ha hecho célebre—, al ser interrogado a ver si creía en la vida eterna, especialmente en el infierno, respondió agudamente: -¿Que si creo en el infierno? Me basta contemplar lo que ven mis ojos.

En la Vendée, donde los católicos del pueblo resistieron como fieras antes que dejarse arrastrar a luchar contra la Iglesia, el general Rosignol causó estragos horribles.

La Naturaleza, rival de Dios. Había que inventar una nueva divinidad, y la encontraron magnífica en la misma Naturaleza. El 10 de Agosto de 1793, en la plaza frente a la Bastilla, se alzó imponente la imagen gigantesca. De sus pechos, convertidos en fuentes, salían dos chorros de agua, que no subían precisamente hacia el cielo.... Se formó la gran manifestación procesional, al frente de la cual iban los clubs jacobinos y girondinos con las logias masónicas, seguidos de la chusma vociferante. Todos tenían que beber y bebieron de aque-

lla agua para saciar su sed en el verano tórrido, después de invocar devotamente toda la muchedumbre a la nueva divinidad.

Otra divinidad importante, y que no podía faltar, como el símbolo más significativo del nuevo orden, fue la estatua de la **Libertad** erigida en la Concordia. Como una ironía, aquella no era la libertad de los hijos de Dios, sino la esclavitud de los infelices que pasaban de una esclavitud mala a otra peor.

La estatua de la tercera divinidad que debía adorarse fue erigida en la plaza de los Inválidos. Era el **Pueblo Soberano**, convertido en dios del mismo Dios.

Faltaba la más insigne, que se levantaba en el campo de Marte, la de la **Patria**, la cual, si adorada por todos, debió ser muy bien vista especialmente por los curas juramentados, porque al fin eran una verdad indiscutible sus ideas galicanas. Sobre esta diosa nada valían las reclamaciones de aquel pontífice romano que aguaba todas las fiestas de Francia.

Y vino la última, la más grandiosa: la diosa **Razón**, entronizada con un sacrilegio jamás conocido. Encarnada en una descarada actriz, vestida de blanco y azul y con el gorro frigio, con una pica del pueblo como cetro, fue llevada en medio de una enorme muchedumbre a la catedral de Notre Dame e instalada en el altar entre nubes de incienso y acompañada de himnos solemnes. El culto se inauguró el 10 de Noviembre de 1793 y debía celebrarse en toda Francia el día primero de cada década, sustitutivo del domingo.

Estas divinidades necesitaban un **pontífice**, y sus funciones las ejercitó de maravilla, revestido como exigían las circunstancias, aquel tal *Hérault de Sechélles*, que se creyó un gran escritor con su libro *Teoría de la ambición*, en el que había escrito: “Cree en ti mismo, concóctete, respétate. La práctica habitual de estas tres virtudes es el secreto del hombre sano, ilustrado, bueno y dichoso”. Ambicioso y epicúreo, creyó que la revolución le ofrecía la oportunidad para realizar todos esos sus sueños, sólo que a los 35 años caía también semejante pontífice bajo el tajo de la guillotina.

La Iglesia debía ser desacralizada de todas maneras. Y vino la ocurrencia de cambiar también el **calendario**, quitando las semanas con el domingo, y sustituidas por diez días, las décadas. Los meses, empezaban en Septiembre: vendimiario, brumario, frimario, nivoso, pluvioso, ventoso, germinal, floreal, praderal, mesidor, termidor, fructidor.

Tenía que llegar el fin de tanta abominación. Los grandes revolucionarios, Robespierre, Danton, Marat..., todos o casi todos, en guerra contra ellos mismos, cayeron un tras otro bajo el filo de la guillotina. En 1794, la Convención hubo de reconocer la necesidad de una religión, y, por más que subsistieran las divinidades inventadas por la revolución, se optó por decretar la existencia de un Ser supremo —aunque fuera como el de los masones— y de la inmortalidad del alma. La Iglesia Católica empezó a rehacerse, cubierta con la gloria de tanto mártir y de tantos obispos y sacerdotes que de ningún modo se doblegaron al enemigo prestando el juramento de la Constitución. Nosotros queremos cerrar esta página, con un ejemplo nada más: las Beatas Carmelitas Descalzas, bellas como ángeles.

Las Carmelitas de Compiègne, convento de clausura a 65 kms al Norte de París. En medio del furor revolucionario que cortaba tantas cabezas, la Priora les propone: -¿Qué les parece si nos ofrecemos a Dios como víctimas, para desagraviarle de tanto crimen y pecado, para aplacar su ira, para alcanzar la paz del Estado y que cese la persecución a la Igle-

sia?... Las dieciséis religiosas, con generosidad admirable, responden que sí, que están dispuestas a semejante sacrificio.

El convento fue disuelto, se les obligó a las monjas a dejar el hábito y a vivir en los cuatro grupos que les asignaron en la ciudad. En sus respectivos domicilios, fieles a su Regla y al ofrecimiento que habían hecho como víctimas al Señor, llevan adelante su vida conventual, rezan y hacen penitencia como dentro del monasterio. Acusadas de seguir una vida semejante, sufren un registro riguroso, y la autoridad tiene bastante con lo que se encuentra:

-¿Qué significan estas cartas de sacerdotes, con novenas, devociones al Corazón de Jesús y al Corazón de María, y eso que llaman dirección espiritual? ¿Y esta imagen del Sagrado Corazón? ¿Y este retrato del rey ajusticiado?...

Detenidas las dieciséis, son llevadas al monasterio de la Visitación, convertido en cárcel. Unos días más, y las trasladan definitivamente a París, donde van a parar en la terrible prisión de la Conserjería. Llegado el día del Carmen, su fiesta patronal, la Virgen es festejada como nunca, en medio de tales sufrimientos. Una de ellas, simpática y valiente, escribe, con el aire de la Marsellesa, un himno a la gloria del martirio, coreado después por todas, convencidas de lo que les espera.

El 17 de Julio, se les comunica la sentencia de muerte. Al atardecer de este día, cargan a las dieciséis en varias carretas, y llegan a través del gentío hasta la Plaza del Trono donde se alzaba la guillotina. Divisado el patíbulo, las mártires cantan el *Miserere*, la *Salve*, el *Te Deum* en acción de gracias, y, al pie del cadalso, el *Veni Creator* al Espíritu Santo. La multitud ha guardado un silencio profundo. Y mientras las descargan, van diciendo a los verdugos frases que ha conservado la historia. Oigámoslas.

Una: “No tengo otro deseo que vivir y morir carmelita”.

Otra: “Soy carmelita hace cincuenta y seis años. Quisiera tener otros tantos para dárselos al Señor”.

Otra: “Mi mayor felicidad ha sido ser carmelita, y morir carmelita es mi único deseo”.

Otra: “Si pudiera doblar los lazos que me unen a Dios, lo haría con toda intensidad”.

Y concluía la última: “Soy religiosa por elección propia, y no dejo mi hábito aunque tenga que dar mi sangre para tener semejante dicha”.

El acto final resultó emocionante. Sor Constanza, una joven novicia, es la primera señalada para subir al cadalso. Antes, se arrodilla ante la Priora, y le pide: - ¡Madre, bendígame!

Recibida la bendición, entona el salmo “Alabad al Señor todas las gentes”, sube la escalera y su cabeza cortada es levantada en alto ante el gentío. Una tras otra repiten el mismo gesto de la simpática joven: la bendición de la Madre, ¡y arriba!...

La última en morir es la Priora Sor Teresa, que tan bellamente había preparado a las monjas para el martirio, y que repetía: “El amor será siempre el que venza. Cuando se ama, se puede con todo”.

¡Qué mujeres éstas! Parece que fueran de raza superior...

127. ENTRE DOS PAPAS: PIO VI y PIO VII

Estos dos Papas, ambos con un pontificado muy largo, son los que hubieron de sortear el huracán devastador de la Revolución. Una lección del todo necesaria.

Pío VI (1775-1799), bueno por todos los costados, y de elegante presencia a sus 57 años, fue llamado desde el principio por la gente, con su buen sentido, “tan precioso como santo”. Su largo pontificado lo resumimos todo en unos puntos más salientes.

Antes de que empezaran las grandes luchas con José II de Austria y con Francia, en los primeros años de paz emprendió una obra material soñada durante siglos y nunca llevada a cabo: el saneamiento de las **Lagunas Pontinas**, al sur de Roma, insalubres, improductivas, un verdadero quebradero de cabeza para todos los gobernantes. Pío VI emprendió de veras su arreglo. En 1777 trabajaban allí más de 3.000 obreros, a los que animaba yendo a verlos y estimulándolos en la empresa. Hizo mucho, pero no llegó a terminar la obra. Sólo un dictador como Mussolini tendrá medios y fuerza para acabar con aquel problema multiseccular.

Pío VI, en el orden espiritual, vio con agrado la labor de los proscritos **jesuitas** en la Rusia Blanca y les infundió ánimos al asegurarles que un día se restauraría la Compañía. De momento, aunque lo veía claro y lo quería, él no podía hacerlo, pues era desautorizar del todo a su antecesor y armar una guerra interna dentro de la misma Iglesia. A cualquier maquinación contra los jesuitas él la llamaba “Misterio de iniquidad”. Como Portugal, con el siniestro ministro Pombal fue el primero en suprimir a la Compañía, ahora el Papa vio con gozo cómo la reina María I abría las cárceles y salían de sus infectos calabozos los pobres jesuitas que llevaban dieciocho años en aquellas mazmorras.

Con **Austria** sufrió el Papa una gran decepción por culpa del emperador José II, “el rey sacristán”, imbuido de *Josefinismo* (lección 112), mandaba hasta en la liturgia, y establecía él las tarifas funerarias, determinaba el número de velas para las diversas funciones y reglamentaba el repiqueteo de las campanas. Muchos desaconsejaron al Papa aquel viaje, a lo que Pío VI replicó: “Voy a Viena como iría al martirio. Por la defensa de la religión, mi deber es arriesgar la vida, y, si preciso fuera, sacrificarla”. El pueblo cristiano, sin embargo, le tributaba a su paso honores triunfales que rayaban en el frenesí. El emperador lo trató en Viena con cortesía, pues al fin y al cabo era sincero católico, aunque a su manera; pero su omnipotente ministro Kaunitz fue un descortés hasta repugnante, ya que, al tenderle el Papa la mano para saludarle, se la sacudió sin querer ni agarrarla. El Papa no consiguió nada de aquella visita, aunque le recomendó al emperador que en las reformas emprendidas procediese de acuerdo con ambas potestades, la civil y la eclesiástica. Muy criticada en Roma su conducta, el Papa se defendió con este billete que escribió a un acusador: “El reino de Cristo no es de este mundo, y Aquel que reparte las coronas celestiales, no se preocupa de las coronas caducas y deleznable de la tierra”.

Ante la **Revolución Francesa**, hizo lo que pudo, y no podía nada... A Luis XVI le escribió conmovido: “Os hemos de decir con firmeza y con paternal amor, que si aprobáis los decretos relativos al clero, arrastraréis al error a toda vuestra nación y precipitaréis vuestro

reino al cisma y quizá a una cruel guerra religiosa”. Por las lecciones anteriores sabemos el resultado de los eclesiásticos juramentados y no juramentados.

El gran martirio de Pío VI le vendría por **Napoleón**. Invadidos los Estados Pontificios y dueño de Roma, las condiciones para el armisticio y la retirada fueron insoportables para la Santa Sede. Ingentes sumas de dinero, que el Papa no tenía, y entrega de valores artísticos, libros y pergaminos. El saqueo de Roma, incluido todo el Vaticano, fue absoluto. No quedó una obra de arte ni un tesoro. El expolio brutal, un robo perfecto, fue a enriquecer los museos de Francia. El Directorio francés tenía por objetivo hundir del todo a la Santa Sede, y así escribió Canault, el embajador en Roma: “El desembolso de los 30 millones, aparte de las pérdidas sufridas, ha desangrado a este viejo cadáver; le damos muerte a fuego lento y caerá por su propio peso”. Pero, al ofrecerle 300.000 libras si renunciaba a su soberanía, el Papa anciano tuvo energía para contestar: “Para mí no hay otra divisa que aquella con que me ha honrado la Iglesia. Usted tiene todo el poder sobre mi cuerpo. Pero mi alma es superior a todo atentado. No tengo necesidad de pensión alguna: un bastón en lugar de báculo y un tosco sayal le bastan a quien ha de morir bajo el cilicio y la ceniza”.

Pío VI, al fin, había de parar en el **destierro**. A pesar de su ancianidad y achaques, fue llevado a Francia, y moría en Valence el 29 de Agosto de 1799, aunque su cadáver lo entregaron en 1802 para ser depositado en las grutas vaticanas. Un verdadero mártir.

Pío VII (1800-1823). Divertido el juicio de Goethe cuando murió Pío VI, que dejaba a la Iglesia en una Europa dominada, y, al parecer, paganizada totalmente por Francia con su revolución: “La Iglesia Católica ha pasado a la historia como una ruina ilustre”. Sólo que Pío VI había dejado el encargo: reúnan el cónclave y elijan Papa donde haya mayor número de cardenales. Y se encontraron en Venecia 35, que eligieron al ilustre Luis Bernabé, conde de Chiaramonte, monje benedictino, que será otro Papa grande y santo, con el cual no iba a morir la Iglesia..., por más que ningún Papa anterior la había encontrado en situación tan grave. El pontificado de Pío VII se puede dividir en dos: con Napoleón, y ya sin Napoleón.

De momento, nada especial. Normal todo. El Papa se dio cuenta de que lo primero que tenía que arreglar era la **situación económica** catastrófica de la Santa Sede para pagar los 50 millones de deuda por la guerra que hubo de sufrir su antecesor Pío VI. Impuso orden en la Curia, se vivía con austeridad, y todo iba mejorando. Esto, por parte del Papa.

Pero vino muy pronto la propuesta de Napoleón. El cónsul francés era demasiado listo, y, aunque católico muy a medias —“católico con los católicos y turco con los turcos”, según le convenía—, pronto se dio cuenta de que sin la religión católica repuesta en Francia era inútil reinstaurar el orden, porque el pueblo sano francés seguía siendo católico de corazón. Y propuso al Papa un **concordato**. Pío VII, listo también y valiente, aceptó a la primera, por más que se preveían dificultades casi insuperables. Y el concordato se hizo y se firmó. El Papa, en contra del parecer de muchísimos, fue generoso hasta el extremo. Y vino una enorme paz en la Iglesia de Francia, restaurado el culto y con libertad grande para la vida cristiana. Lo malo fue que metieron mano con Napoleón aquellos dos arzobispos juramentados, Gregoire y más que nadie el apóstata Talleyrand, los cuales hicieron añadir al contra-

to, con fuerza de ley, y sin saber nada el Papa, *77 artículos orgánicos*, algunos de ellos inaceptables del todo. Aquí vinieron los problemas. Todos a nivel superior, entre las dos autoridades del Papa y del Cónsul, después coronado Emperador. Porque Napoleón era el orgullo encarnado, y no podía tolerar una autoridad superior a él. Cuando Pío VII, también contra el parecer de muchos, fue a París para coronar Emperador a Napoleón, éste le trató como a inferior, y, al llegar el momento de imponer la corona, fue Napoleón quien la agarró y se la impuso a sí mismo...

Napoleón quiso ser coronado por el Papa como **Rey de Italia**, pero ni llegó a Roma. En Milán se impuso la corona a sí mismo, con estas palabras: “Dios me la ha dado, ¡y ay de aquel que se atreva a tocarla!”. Por otra parte, quería que el Papa residiera en Francia, y, mejor que en Aviñón, aquella fatal ciudad papal, ahora en París. Pío VII se negó rotundamente. Hasta que Napoleón se apoderó de los Estados Pontificios anexionándolos a su reino italiano. El Papa **excomulgó** al emperador, el cual, después de mil aventuras, se llevó prisionero hasta Fontenay-le-Comte al Papa, el cual llegó a su destino tan enfermo que se le hubieron de administrar los Sacramentos para morir. Confinado en aquella su prisión, se acordó con Francia un nuevo **concordato**, pues Napoleón no tuvo otro remedio. Y aquí hemos de dejar prácticamente prisionero al Papa hasta 1814 cuando Napoleón le dio la libertad, poco antes de que abdicara el orgulloso emperador ¡precisamente en Fontenay-le-Comte!...

Al volver a Roma, el Papa fue acogido con delirio, y acabará en paz su pontificado. Fueron muchos los asuntos de todo orden que había pendientes y que llenarán bien los ocho años de vida que le quedaban al Papa. Pero el más importante, y que lo distingue de todos los demás, es la **Restauración de la Compañía de Jesús**. Ya sabemos cómo el papa Pío VI le había dado su aprobación verbal. Era lo único que podía hacer. Ahora había llegado el momento de reintegrarla a la Iglesia de una manera plena. El primer hombre providencial fue el español de Zaragoza —aunque con apellido muy italiano— San José de Pignatelli, que vivió su destierro de jesuita suprimido ayudando a sus hermanos que se acogían a él. No pudo ver realizado su sueño de ver la restauración, pues murió en 1811. El papa Pío VII publicaba en 1814 la bula “La solicitud de todas las Iglesias”, con la cual la Compañía volvía a ser la misma de antes. El júbilo de Roma fue indescriptible. En 1815 dejaban Moscú los jesuitas que la Rusia Ortodoxa había acogido amablemente, y pronto empezaron a crecer de manera prodigiosa. El Papa y toda la Iglesia contaban otra vez con aquella fuerza de choque tan benemérita desde su fundación por Ignacio y aprobada por Paulo III en 1540.

Ya en el lecho de muerte, un incendio voraz destruyó la Basílica de San Pablo, hecho que le ocultaron al Papa a fin de no apresurar su agonía. **Pío VII moría** el 20 de Agosto de 1823 cargado de méritos y dejando en la Iglesia un recuerdo imborrable.

128. LOS PRIMEROS PAPAS DEL SIGLO XIX

Un siglo muy especial para la Iglesia y de grandes contrastes, con unos Papas libres y presos, con ideas racionalistas, con muchos y grandes santos.

Napoleón había querido establecer de nuevo la residencia del Papa en Francia, en Aviñón o, mejor aún, en París. Pío VII lo veía, y tomó una disposición sorprendente, comunicada a un emisario oficial, cuyo nombre el Papa no quiso revelar nunca: “De ningún modo, aunque se me privara de la libertad; todo está previsto. Antes de partir de Roma suscribimos una abdicación, la cual tendría valor si se nos encarcelase. El documento no puede estar a merced de los franceses; el cardenal Pignatelli es su depositario en Palermo y cuando se hagan públicos los planes que se están tramando, tendréis en vuestras manos a un mísero monje que se llamará Barnaba Chiaramonti”. Estaba visto, con Pío VII no había fuerza humana que pudiese. Por eso, cuando murió, el cónclave obró con suma libertad, aunque el elegido, cardenal Della Genga, enseñando a los electores sus piernas hinchadas y llorando, les dijo: “No insistan, eligen un cadáver”. Pero aceptó resignado a la voluntad de Dios, con el nombre de León. El pueblo romano, que lo admiraba, iba cantando por las calles: “El que quiera que el orden sobrevenga - pida sea elegido Della Genga”

León XII (1823-1829), condecorador de las naciones europeas, no se llevó a engaño, y desde el principio alertó a los obispos: Cuidado con los filósofos que hablan de filantropía y liberalidad, los cuales minan el bienestar del pueblo; con los que proclaman la tolerancia, madre del indiferentismo; contra los masones y carbonarios que pululan sobre todo en Roma... Los carbonarios eran una sociedad secreta italiana fundada a principios del siglo y que, con sus principios de libertad, será en los años que vienen la pesadilla de la Iglesia italiana. El Papa fue enérgico contra carbonarios y masones, condenados de nuevo en 1826.

Apenas elegido, introdujo la misma costumbre de San Gregorio Magno: cada día daba de comer a doce pobres escogidos, y él mismo presidía muchos días aquella comida ejemplar. Aunque su salud se resintió tan pronto, que para el día de Navidad pidió se le administrasen los Sacramentos. Al saber que el Papa moría, su amigo el obispo pasionista San Vicente Strambi lo visitó y le ofreció a Dios su vida a cambio de la del Papa. El caso es que León XII curó sin más y Vicente moría el 1 de Enero...

Como en 1800 no se pudo celebrar el Jubileo debido a tantas perturbaciones políticas, León XII lo proclamó para el año 1825 y se celebró con una concurrencia extraordinaria. Sólo la Archicofradía de la Santísima Trinidad llegó a hospedar a más de 98.000 peregrinos. El Papa dio un ejemplo admirable de piedad y penitencia: a pie descalzo hizo el recorrido procesional de las Basílicas y así subió también la Scala Santa. Hizo devolver a los jesuitas el Colegio Romano, aunque tuvo la idea peregrina —¡no hubiera resultado de ningún modo!— de reducir todas las Órdenes religiosas a solo tres: las de educación, las de evangelización y las contemplativas.

Muy buen Papa, enérgico, y que obraba con una sinceridad total, fiel al consejo que el gran Secretario de Estado de Pío VII, cardenal Consalvi, le había dado sobre la vida de los diplomáticos: “Se mueven siempre en cierto estado de mentira; en Roma una sola mentira bastaría para perder todo un reino; haría necesariamente necesario otro Papa”. León XII fue así: inflexible ante el deber, aunque hubiera de vencerse mucho para ser siempre bueno.

Pío VIII (1829-1830). Justo dieciséis meses de Papa, y, sin embargo, le tocó ver y gozar grandes sucesos para la Iglesia. Por ejemplo, la independencia de la católica Bélgica, oprimida siempre en su fe por la Holanda protestante calvinista. No menos grande fue su satisfacción al conseguir la emancipación de los católicos en Inglaterra, lo cual favoreció tanto a la Iglesia de Irlanda. En Estados Unidos se celebraba el famoso primer Concilio provincial de Baltimore, que impulsó tanto al joven catolicismo norteamericano. Asimismo, vio cómo, bajo el rey de Francia, se abrían en Argelia las misiones católicas. Tuvo también la satisfacción de ver cómo, siguiendo sus consejos, Don Pedro aboliese en Brasil la esclavitud y el comercio de negros. Aunque hubo de ponerse fuerte en Italia contra las sociedades bíblicas protestantes, que causaban mucho mal con traducciones falseadas de la Escritura. Especialmente atacó a las sociedades secretas masónicas que perturbaban todas las instituciones católicas. La revolución del año 1830 iniciada en Francia, con el asalto del palacio del Arzobispo de París, y que parecía iba a hacer estragos en toda Europa, le amargaron tanto el ánimo que acabaron con la salud y la vida del bondadoso Papa, el cual había dado como consigna: “Dulzura y persuasión son las únicas armas hoy posibles, y éstas utilizaremos mientras ocupemos esta Santa Sede”.

Gregorio XVI (1830-1846). Un pontificado largo el de este monje camaldulense, muy bueno, sin gran brillantez, pero de muchas obras eficaces para la Iglesia, especialmente en las Misiones, ya que había sido Prefecto de Propagación de la Fe. Empezamos por esto: entre la joven América, Asia y África, y con Misiones en la casi inaccesible Oceanía, instituyó más de 500 obispados. Además, como por las guerras anteriores estaban la ciudad y los terrenos pontificios en gran abandono, trabajó mucho en mejorarlos, igual que bibliotecas, museos y las catacumbas. Dejamos estas obras materiales en las que fue muy benemérito, y miramos el lado más doloroso de su gestión pontificia.

Aún antes de ser elegido Papa, las fuerzas del mal se ponían al tanto para implantar una revolución en los Estados Pontificios: masones, carbonarios, filósofos, diplomáticos estaban al acecho, bajo la dirección de los príncipes holandeses calvinistas —acogidos bondadosamente por el Papa—, para la lucha o al menos para imponer en los dominios papales una monarquía constitucional. En las calles de Bolonia ya se gritaba el ¡Viva la libertad!... Gregorio, siendo aún simple monje, había escrito una obra magnífica: *El triunfo de la Santa Sede y de la Iglesia contra los asaltos de los innovadores combatidos y rechazados con sus mismas armas*. El título tan largo era ya un programa. El Papa monje no era un político, y había de fiarse de sus consejeros, que no siempre estuvieron tan acertados, como cuando las grandes potencias de Francia, Austria, Inglaterra, Prusia y Rusia propusieron un astuto y ambiguo memorandum para las reformas del Gobierno papal. Aunque lo cierto es que los Estados Pontificios necesitaban una modernización que ni el Papa ni sus ministros los cardenales eran capaces de ver.

En su tiempo destacaron políticos y escritores que han pasado justamente a la historia, unos por buenos y otros por malos. Nos contentamos con unos nombres nada más.

Un *Mazzini*, con la “Italia juvenil”, revolucionario que hará mal como pocos, organizó los motines de la Romaña, con los cuales intentaba levantar contra el Papa no solamente a

los Estados Pontificios, sino que quería un alzamiento de todas las regiones para formar la república unitaria. Para ello, aprovechaba Mazzini cualquier ocasión. Por ejemplo, al celebrarse en San Marino las fiestas del centenario de aquella diminuta República, organizaron sus secuaces y todos los sectarios una violenta manifestación antipapal.

Citamos al sacerdote francés *Lamennais*, en un principio magnífico escritor, muy querido del Papa, hasta que se desvió y propugnó ideas liberales, peligrosas, malas del todo, empeñado en llevar a la Iglesia por caminos nuevos totalmente torcidos. Como el Papa reprobara el periódico *L'Avenir*, Lamennais se defendió con el libro *Palabras de un creyente*, condenado por el Papa, como “libro pequeño en volumen, enorme en perversidad”.

Contra esos escritores revolucionarios, figuraron otros grandemente ejemplares, como el español *Jaime Balmes*, encargado de escribir por el mismo papa Gregorio. Igualmente el hoy Beato *Antonio Rosmini*, a quien ya Pío VIII le había dicho: “Querido hijo, es voluntad de Dios que te dediques a escribir libros”. No necesita presentación el dominico francés Padre *Lacordaire*, máximo orador moderno y fidelísimo a la Iglesia. Lo mismo que el apoloquista laico *Montalembert*, tan leído en todas partes. En la misma Roma, prestigió mucho a la Curia el cardenal *Mezzofanti*, políglota fenomenal, que llegó a dominar *perfectamente* 39 idiomas —el que más le costó, cuatro meses (!) y sin salir de Italia, el chino mandarín—, y bastantes más sin tanta perfección; todo asegurado por muchos testigos, como el poeta inglés Lord Byron, que lo trató en Bolonia, y escribió de él: “un monstruo de las lenguas, que tenía que haber existido en tiempos de la Torre de Babel como intérprete universal”.

Cuando Polonia fue tratada tan injustamente por el Zar Nicolás I y tan vejados los católicos, el Papa le escribió una carta durísima: “Sois poderoso, pero ningún poder es capaz de dispensaros el ser justo. Ante Dios responderéis de los atentados cometidos contra almas inmortales, la menor de las cuales vale más que todo vuestro Imperio”. Nicolás fue a Roma y tuvo audiencia con el Papa. El embajador inglés atestigua como testigo presencial:

“Salió de la audiencia con la cabeza descubierta, con los cabellos desgredados, con la vista alterada, con el semblante pálido. Andaba con la cabeza baja, a paso irregular, sin ver ni saludar a nadie”. El Papa, sin embargo, dijo a los cardenales: “Entre los acontecimientos consoladores de nuestro pontificado, hemos de registrar la venida del emperador de Rusia a Roma. Hemos usado con él el lenguaje que exigía nuestro ministerio, y esperamos de la magnanimidad de este soberano un amistoso arreglo de las presentes dificultades”.

Este Papa dejó muy buen recuerdo entre los buenos, mientras que sus abundantes enemigos se cebaron siempre en él de manera despiadada. Esta persecución a un Papa tan ejemplar era premeditada. El pontificado siguiente de Pío IX cargará con las consecuencias de tantas maquinaciones astutamente urdidas.

129. LOS GRANDES ERRORES MODERNOS

A lo largo de nuestro Curso hemos tratado de las principales herejías de cada época. En la Edad Moderna también se han dado herejías, después de la más notoria del protestantismo. Pero más que herejías, a las desviaciones contra la FE en esta Edad las podríamos llamar “Errores”, contra los cuales ha tenido que luchar la Iglesia bajo el magisterio de los Papas y Concilios. Señalamos los más notables.

El Racionalismo se inició en el siglo XVII a partir del filósofo, católico, Descartes; pero su manera de pensar pasó en muchos al terreno de la fe para convertirse en el *racionalismo*, es decir, a la afirmación de que nada se puede probar como verdadero si no lo entiende la razón. ¡La Razón! Aquí está todo. La razón está sobre la fe, porque lo que nos propone la fe se escapa a la comprobación de los sentidos y está sobre las posibilidades de la inteligencia humana. Explicado de esta manera tan sencilla —así, y sin filosofar mucho—, ya se ve cómo el racionalismo pudo desembocar en el Iluminismo (lección 118), y caerá después sobre el deísmo, el agnosticismo, el ateísmo, y varios “ismos” más.

El racionalismo niega toda verdad revelada, por el solo hecho de que no llegan a ella las solas fuerzas de la razón humana. Y, por lo mismo, es inútil decirle a un racionalista que la Sagrada Escritura está inspirada con Dios como autor último y responsable de lo que dice; que Jesucristo, hombre verdadero e históricamente cierto, es también Dios; que ciertas obras de Jesús eran auténticos milagros, los cuales superaban las fuerzas humanas; que el Papa, un simple hombre, es infalible cuando habla como Vicario de ese Jesucristo bajo la luz del Espíritu Santo; que en eso que llaman la Hostia está realmente Cristo entero, tal como es Él; que hay después de la muerte una vida eterna para el alma e incluso para el cuerpo que resucitará... Todo esto, y muchas cosas más, son un *imposible*, no lo puede probar la razón, y, por eso mismo, es *irracional*. Se niega a DIOS —racionalismo total y grosero—, y, además, la razón está sobre todas esas “verdades”, que no son tales, porque no las puede “comprobar” la razón. La razón humana está sobre todo el mundo sobrenatural, que puede ser negado impunemente. Llevado a la práctica y a las consecuencias últimas, el racionalismo permitirá toda rebeldía y toda inmoralidad porque no habrá una Autoridad que llegue a pedir cuentas de los actos humanos.

El racionalismo tuvo su apogeo en el siglo XIX. Era moda y necia pedantería el tener siempre en los labios la palabra “ciencia” y reírse de cualquier *pobre hombre* que fuera creyente. Se cuentan anécdotas innumerables a este propósito: presumidos que hacían triste papel cuando se enfrentaban sin saberlo con los sabios más eminentes y grandes católicos.

El Liberalismo. Se cifra en una libertad sin límites. Consecuencia del racionalismo. Si no tengo sobre mí a ese ALGUIEN que me va a pedir cuentas, y en el que no creo, en mí mando yo, y yo sobre todas las cosas. Únicamente una fuerza más bruta que yo podrá sujetarme... Ya se ve que estas expresiones son exageradas y maneras de hablar, pero en eso está la raíz del liberalismo, que se manifestó por primera vez con todas sus exigencias en la Revolución Francesa. El liberalismo lleva a pensar y a obrar privada como públicamente con la más completa libertad, rotas todas las barreras.

Para el liberalismo no existe autoridad que coarte los derechos individuales en el orden *político*. Al no admitir que la autoridad legítima tiene carácter divino, “porque no hay auto-

ridad que no venga de Dios” (Rm 13,1), el liberalismo radical hace que el pueblo sea el soberano que se impone a toda autoridad. El Estado está sometido al pueblo libertario. Esto es totalmente diferente a que el pueblo delegue al Estado derechos de la persona y que el Estado debe respetar, proteger y hacer cumplir, como pasa en las democracias bien constituidas o monarquías constitucionales, tan diferentes del antiguo absolutismo de los reyes.

Aquel liberalismo radical fue el causante de todas las revoluciones decimonónicas, igual que de todos los desajustes sociales al aplicarlo al orden *económico*: el interés particular o del negocio estaba sobre personas a las que esclavizaba o empresas pequeñas a las cuales hacía desaparecer. Ese liberalismo puede llegar hasta el que llamamos *capitalismo salvaje*.

Y nada digamos del orden *religioso*. La libertad de pensamiento y de hablar es fundamental para el liberalismo radical. Aquí no hay trabas posibles. La Iglesia no tiene nada que decir ni qué mandar. El liberalismo es la criatura más perfecta nacida del racionalismo.

Todo esto es muy diferente de un liberalismo moderado —¡olala se le diera otro nombre, para entendernos mejor y sin equívocos!—, como es el pensar y el actuar con libertad cristiana, siempre sujetos a Dios y a su Iglesia, lo mismo en el orden social que en el religioso. Como se dieron en aquel tiempo los católicos *tradicionalistas*, opuestos tan radicalmente a los liberales, la palabra “liberal” llegó a sonar muy mal en la sociedad cristiana, con luchas internas que hoy nos hacen sonreír. Es famosa a este propósito la frase del gran Doctor Don Gregorio Marañón: “¡Soy liberal, gracias a Dios!”...

El Modernismo, tan difícil de definir, “suma de todas las herejías”, se hizo célebre con el papa San Pío X, que le declaró una guerra a muerte, hasta su aniquilación, sobre todo con su célebre encíclica *Pascendi* del año 1907. Al rechazar para la fe toda *revelación* que nos venga de fuera —sea por la Escritura o por la Iglesia con sus dogmas y enseñanza—, la única fuente de la religión es la necesidad *íntima y sentimental* que experimenta la persona de un Dios. Porque el hombre nada puede conocer con su propia razón y sólo cree lo que *siente* como una necesidad de su ser. La *revelación* no es otra cosa que ese Dios imaginado por su propio sentimiento. Es el Dios típico del *agnóstico*. No son ni Dios ni la Iglesia los que están sobre el individuo, sino el individuo el que se crea el Dios que necesita y la Iglesia que le conviene, porque la Iglesia nació de la unión de los que sentían la necesidad de unirse por esos sus sentimientos. Además, y por eso mismo, la Iglesia debe acomodarse en su fe, sus mandatos y costumbres a las exigencias de los tiempos. La ciencia no tiene que ver nada con la fe. El Cristo histórico no interesa, sino sólo el Cristo de la fe inspirado por el sentimiento personal propio. Todo un enredo doctrinal. Entonces, como se ve, no hay nada estable: han de evolucionar la fe, el culto, la moral, la Iglesia entera.

El Papa fue inflexible. Desenmascaró todos los errores del modernismo. Condenó los escritos de los principales autores modernistas, en especial los del tristemente célebre sacerdote francés Loisy, excomulgado en 1908 y que murió en 1940 sin haberse retractado. Condenó el Papa 65 proposiciones modernistas, sistematizadas después en la *Pascendi*; vigiló con supremo celo y rigor todos los seminarios, exigiendo profesores absolutamente fieles para los futuros sacerdotes, y, además, impuso el juramento o profesión antimodernista a los que habían de asumir oficios en la Iglesia. Bueno y humilde como nadie era San Pío X, pero indomable ante el error.

Al **Socialismo**, al **Comunismo** y al **Anarquismo** no los citamos aquí como sistemas sociales, sino sólo en su aspecto *religioso*, en cuanto afectan a la fe y doctrina de la Iglesia.

El *socialismo marxista* se basa en el concepto materialista de la historia. El hombre no tiene ninguna trascendencia ultraterrena. Está en el mundo y pasa sin dejar ninguna huella de sí. Esperar en un más allá, en una vida eterna, es una utopía, es un disparate. Por eso, la religión es “el opio del pueblo”, pues por una vida eterna que no existe, el hombre deja de trabajar por el mundo actual en que vive, única realidad convincente... Hay que atacar la religión. De aquí se ve que el socialismo marxista es esencialmente malo.

El *comunismo* lleva su socialismo a la negación total de la propiedad, incluida la mujer y los hijos, que son del Estado, de modo que el Estado tiene pleno derecho a la educación —arrebátandoselo a la potestad de los padres—, y destruye así la familia, algo que va totalmente contra Dios.

Y el *anarquismo*, más radical aún, sin mirar los medios por violentos que sean, se propone acabar con toda autoridad incluida la del mismo Estado.

Aunque entre sí se hayan combatido a veces a muerte los tres sistemas, cuando les ha convenido se han unido en el *Frente popular* para conseguir un fin que no podían alcanzar de otra manera.

Como puede verse, la Iglesia ha condenado los tres sistemas como malos en absoluto. Pero no por eso se ha callado ante la **injusticia social**, aunque ha de ser combatida y erradicada por medios muy diferentes de los propuestos por el socialismo. Basta leer y cumplir lo que enseñan las encíclicas de los Papas, como la inmortal *Rerum novarum* de León XIII en 1891 —que fue una magnífica y verdadera revolución cristiana de las conciencias, aplaudida por todas las personas de bien—, y las de los otros Papas, como la *Populorum progressio* de Pablo VI. La Iglesia, por los sumos Pontífices, no se ha callado sobre la injusticia y propone la solución de los problemas sociales en todo conforme con la verdad de Dios.

¿Y eso del socialismo cristiano? No inventemos nada. Copiamos este párrafo del alemán Kielf, citado por nuestro libro de texto de la BAC: “Si por socialismo se quiere entender la fraternidad universal del género humano y lo que se afirma es que los bienes materiales han sido distribuidos por Dios para bien y provecho de todos, con la obligación de dar el que tiene al que no tiene, eso es y será siempre evangélico, patristico y cristiano. Pero el cristianismo siempre ha defendido el derecho de propiedad y la caducidad de los bienes de esta vida; nuestra patria es el cielo”.

Magnífico. Aunque esa última razón sobre el Cielo no guste hoy a muchos católicos que miran el destino del hombre con óptica socialistoide. Pero la verdad se impone. El hombre trabaja por ganarse el Cielo mirando al mundo, y cuando trabaja por el mundo tiene clavada la mirada en un más allá que no es “opio”, sino exigencia muy seria para salvarse.

130. SE PIERDEN LOS ESTADOS PONTIFICIOS

El Papa necesitó los Estados para su independencia, adquiridos legítimamente (lección 42). Pero llegó un momento en que se los arrebataron. Convertido civilmente en un prisionero, creció sin embargo inmensamente su prestigio espiritual.

En el siglo XIX se desarrollaron dentro de la Iglesia acontecimientos extraordinarios, entre los que destaca grandemente la usurpación de los Estados Pontificios consumada por la invasión de Roma el 20 de Septiembre de 1870. El hecho no se presentó de repente, sino que se vino gestando durante bastantes años, y hay que contar con estos cuatro puntos:

- todo era conducido por la masonería, los carbonarios y otros revolucionarios, los cuales pretendían, suprimiendo los Estados Pontificios, eliminar al Papa y con él a la Iglesia;
- pero es innegable que no todos pensaban ni querían eso: sino tener una Italia unida, como Reino o República, sin descontar nunca al Papa;
- aunque también es cierto que el Papa siempre defendió sus Estados, sin ceder jamás, por serle necesarios para su independencia;
- en el resto de las naciones, se miraba con cierta simpatía la formación de Italia, nación que nunca existió “sin más vínculo que la lengua y el nombre”, *pero todos los católicos* estaban con el Papa, el cual debía ser también soberano de un territorio que asegurase la independencia del Pontificado y de la Iglesia. - Sigamos brevemente los acontecimientos.

Elegido Pío IX en 1846, todos saludaron al nuevo Papa, por su fama de liberal, con manifestaciones extraordinarias de júbilo, y más al ver sus primeros actos de libertad a los presos etc. etc... Pero en aquellas manifestaciones continuas y el inacabable “¡Viva el Papa!”, muy pronto vieron los observadores que todo estaba promovido por los revolucionarios, apoyados en Roma por el fanático tabernero Cicervachio. No tardaría en descubrirse todo. En un movimiento nacionalista de 1847, el perverso Mazzini pedía desde París hipócritamente al Papa ponerse al frente de aquella revuelta patriótica, aunque no obtuvo sino esta respuesta: “Yo sólo iré hasta donde me lo permita mi conciencia”. Todo en apariencia iba contra la católica Austria, pero en realidad siempre era contra el Papa y los jesuitas, de modo que por las calles de Roma se gritaba en Junio de 1848: “¡Muera Cristo y viva Barrabás!”. Tal era el furor, que Pío IX pidió al general Padre Roothaan que los jesuitas marchasen de la Ciudad por seguridad. El prestigioso Pellegrino Rossi cae asesinado a puñaladas por el hijo de Cicervachio, declarado héroe nacional; apuntan los cañones al palacio del Quirinal con el intento de incendiarlo, deshacen la guardia suiza, y el Papa quedaba preso de sus mismos súbditos. Firme en su puesto, se le presentan sin embargo el embajador de Francia, el representante de Baviera y el español Martínez de la Rosa, los cuales le aconsejan salir con ellos de Roma y lo llevan seguro a Gaeta, ya en el reino de Nápoles. Era el 24 de Noviembre. En Febrero de 1849 se convocaba la Asamblea constituyente que declaraba al Papa privado del poder temporal y proclamaba la República Romana, que, en los planes de Mazzini, no era sino el principio de la anexión total a la República Italiana. Austria, Francia, España y Nápoles determinan liberar al Papa. Francia se lanza hasta Roma, la libera de las tropas de Garibaldi, caen bajo las balas Cicervachio y su hijo el asesino de Rossi, se destruye la Asamblea constituyente, y el Papa retornaba en Abril de 1850.

Pero ya estaba sembrada firme en la cabeza del pueblo la idea de quitarle Roma al Papa como último reducto de sus Estados. En adelante, todo serán revueltas para asegurarse este fin. Los personajes principales que llevaban la batuta de la comparsa revolucionaria eran el sacerdote filósofo Gioberti metido en el Gobierno del Piamonte; Garibaldi con tropas; Cavour, astuto diplomático que dudaba entre *Reino* con Víctor Manuel II como Soberano o *República*; y el mismo Víctor Manuel que dejaba Turín en el Piamonte y venía a establecerse en Florencia. En veinte años se consumará poco a poco lo que fracasó en 1850. El pueblo católico apoyará al Papa incondicionalmente. Las cortes europeas —como la de Madrid, obediente a la masonería—, estarán en un tira y afloja constante entre la aparente fidelidad al Papa y el apoyo a la unidad italiana, como se expresaba el Embajador de Francia ante la Santa Sede: “Todos están persuadidos de nuestra complicidad con el Piamonte”

Como un ejemplo de este sentir del pueblo católico y la calculada astucia de los gobiernos, valga el caso de la reina Isabel II de España. Católica cien por cien, le dice siempre a su Confesor el Arzobispo Claret: -No, yo jamás reconoceré el Reino de Italia, por no ir contra el Santo Padre... Su confesor: -Muera antes que echar este borrón sobre su honor. Los demás obispos escriben a sus ovejas; yo no lo hago, porque no tengo más que una, a la que le hablo cara a cara, y el lobo me la quiere arrebatar. Y tenga presente que si lo aprueba, yo me voy... Esto era lo último que yo le podía decir, porque me quiere con delirio... Así de firmes ella y él. Hasta que el 14 de Julio de 1865 por la noche el Jefe del Gobierno le arrancó la firma fatal, confirmada por los otros Ministros en la mañana del 15 cuando se le presentaron todos a la pobre reina, “engañada y amenazada”, la cual rompió a llorar apenas ellos se marcharon. Y nos cuenta San Antonio María Claret: -Yo me presenté a su Majestad y le dije: Señora, ¿qué ha hecho? Ella me contestó: Esto y esto. -Pues, la han engañado. -Y ahora, ¿qué haré?... -Señora, una piedra se echa pronto en un pozo, y difícilmente se saca. Yo me voy.... Y la dejé llorando.

Claret marchó a Roma y habló con Pío IX, que lo quería mucho. Sin forzarle la conciencia, pero ante las cartas de los obispos y la Nunciatura, que pedían a Claret en Madrid para bien de la Iglesia, el Papa le aconsejó que volviera al lado de la reina, cuya salud incluso peligraba seriamente ante lo mal que se sentía. Esto, en España con San Antonio María Claret. Y en Italia estaba Don Bosco, al que el Papa pidió consejo como a gran amigo. Y es conocidísimo lo que Don Bosco pedía a sus muchachos y a todos: -No griten ¡Viva Pío IX!, sino ¡Viva el Papa!... San Juan Bosco sabía bien lo que se decía.

Así se sentía la Iglesia mientras Pío IX realizaba las mayores celebraciones como si no pasase nada. Pero avanzaba el mal, que venía de tan lejos. Ya Napoleón había encargado a su hermano José: “Si ha muerto el Papa, cuida de que no se elija otro, y que se incite a la revolución”. Y Murat arengaba a los italianos en 1815: “Desde los Alpes hasta el estrecho de Sicilia resuena sólo un clamor: la independencia de Italia”. Los carbonarios venían a ser en Italia lo que los jacobinos en Francia, y atizaban el fuego todo lo que podían. Hasta que en 1832 nació Il Risorgimento, con el que los escritores, azuzados por la masonería, empezaron a gritar por la libertad. Es cuando Mazzini, con la *Giovane Italia*, comenzó a clamar por la eliminación de los tronos e implantar la República Italiana, aunque otros preferían una Italia formada por la federación de todos los estados, empezando por los del Papa, que eran, desde hacía tantos siglos, las legaciones de Ferrara, Bolonia, Romaña, Las Marcas, Unbría y, desde luego, el ducado de Roma.

Cavour, más listo que nadie, desarrolló la idea: “Una Iglesia libre en un Estado libre”, con Roma como capital de la *única* Italia. La Iglesia se convertiría en una esclava... En 1861 Víctor Manuel se proclamaba *Rey de Italia*. Pasada Venecia al Piamonte en 1866, se gritaba: “Italia queda hecha, pero no está completa”. Y desde ahora, lo único que faltaba era el reconocimiento del hecho por la Santa Sede. Pero el Papa se negó en absoluto, aunque no le quedaba suyo nada sino Roma. Todo estaba estacionado, hasta que en 1870 Prusia vencía en Sedán a Francia, Napoleón III quedaba destronado, y las fuerzas italianas ya no tuvieron nada que temer. Así que el **20 de Septiembre de ese año 1870** abrieron a canosazos la Porta Pia, entraban en Roma, el Gobierno de Italia se instalaba en el palacio papal del Quirinal, y el Papa se refugiaba en el Vaticano del que se negó a salir. Pío IX y sus sucesores, hasta 1929 serán prisioneros del Gobierno italiano, pues Pío IX no quiso aceptar la *Ley de Garantías* que se le ofrecía en Mayo de 1871, y que copiamos aquí de nuestro texto:

“La persona del soberano Pontífice es inviolable y sagrada. Todo atentado contra él será castigado con las mismas penas que los atentados contra la persona del rey. El Gobierno italiano tributará al soberano Pontífice en territorio italiano honores de soberano. Se reserva a favor de la Santa Sede una suma que rente 3.225.000 liras. El soberano Pontífice gozará la posesión de los palacios del Vaticano, Letrán y Castelgandolfo, con todas sus pertenencias. Podrá comunicarse libremente con todos los obispos del mundo y con todo el mundo católico sin injerencia alguna de parte del Gobierno. Se le reconoce el derecho de mantener nuncios en las naciones y de recibir embajadores ante la Santa Sede. Los obispos de Italia serán nombrados por el Papa; se retirará el juramento de los obispos al rey y el *placet* y *exequatur* para toda publicación de carácter eclesiástico”.

Excelente, ¿verdad? Pues ni Pío IX ni sus sucesores lo quisieron admitir. Hubiera sido reconocer el robo y quedar sujetos al capricho de cada Gobierno, pues nadie lo garantizaba.

La toma de posesión de Roma por las tropas italianas fue acompañada de hechos vergonzosos, y pronto vinieron los actos que se podían esperar de un Gobierno que se adueñó de iglesias, monasterios, conventos... El caso era enriquecerse aunque fuera expulsando de ellos a todos sus moradores.

¿Y qué pensamos nosotros ahora? Con la calma y perspectiva que dan los años, y visto lo que pasará en 1929 al quedar arreglada la *Cuestión Romana*, no podemos sino bendecir la Providencia de Dios, cuyos caminos no son nuestros caminos, ni nuestros pensamientos los suyos. El robo sacrílego cometido contra la Iglesia fue malo en su totalidad. Pero, a partir de entonces, la Iglesia se apiñó junto al Papa como jamás antes lo había estado; el Pontificado ha gozado y goza de un prestigio jamás conocido anteriormente; la independencia política, social y religiosa del Papa es absoluta, reconocida por todas las naciones. Los enemigos pensaban que vencían, pero la víctima fue quien cantó victoria...

131. VOLVIENDO AL BEATO PAPA PIO IX

La lección anterior se fue, necesariamente, en el aspecto político de tan grandioso Papa. Pero ahora lo tenemos que mirar en el aspecto religioso.

Los acontecimientos de este pontificado son para inmortalizar a cualquier Papa. A pesar de tanto problema con la política de los Estados Pontificios que él debía defender, fue muy notable lo que hizo en el orden meramente espiritual. Recordemos algunos hechos.

La Inmaculada Concepción. Casi apenas elegido Papa, y durante su destierro en Gaeta, preguntó a todos los obispos del mundo sobre su parecer y la fe de sus fieles en la Concepción Inmaculada de María desde el primer instante de su ser. La respuesta del episcopado, sínodos, Órdenes religiosas, fue unánime y entusiasta: ¡Sí!... Y aquel 8 de Diciembre de 1854, rodeado de 54 cardenales, 46 arzobispos y 97 obispos, el Vicario de Cristo pronunciaba la soñada definición durante siglos. Después, una persona amiga le preguntó al Papa familiarmente: -Santo Padre, ¿y qué sintió al definir el dogma de la Concepción Inmaculada de María?... A lo que el Papa respondió:

“Es tal lo que experimenté y lo que aprendí al definir el dogma que no puede expresarlo una lengua humana. Mientras Dios proclamaba el dogma por boca de su Vicario, Dios mismo le dio a mi espíritu un conocimiento tan claro y tan profundo de la incomparable pureza de la Santísima Virgen, que, abismada en la profundidad de aquel conocimiento, mi alma quedó inundada de delicias inenarrables, que no son de este mundo y que no pueden probarse más que en el Cielo. No dudo en afirmar que el Vicario de Dios necesitó de una gracia especial para no morir de dulzura bajo la impresión de este conocimiento y de la belleza incomparable de María Inmaculada”.

Así se expresaba el querido papa Pío IX, alma tan bella y tan inocente. Para cuando el Beato Pío IX murió en 1878, ya hacía veinticuatro años que en Lourdes había dicho la Virgen a Bernardita, y el Papa estaba muy enterado: “¡Yo soy la Inmaculada Concepción!”. En la Piazza di Spagna —elegido el punto expresamente por el Papa frente a la Embajada de España, por ser la campeona de la Inmaculada Concepción—, hizo levantar el gran monumento a la Inmaculada, donde cada año hasta hoy, en la tarde del 8 de Diciembre, el Papa personalmente va a honrar a la Inmaculada, rodeado de una incontable multitud de fieles.

En el día siguiente de la definición dogmática de la Inmaculada, tenía el Papa la alegría de consagrar la nueva Basílica de San Pablo, destruida por un incendio el año 1823.

En dos ocasiones se vio Pío IX rodeado de una gran cantidad de obispos venidos de todo el mundo. La primera, el año 1862 en la canonización de los Mártires del Japón, con asistencia de unos 300 obispos. Y llegaron a Roma unos 500 obispos para el 29 de Junio de 1867 por el centenario de los Apóstoles San Pedro y San Pablo.

Los obispos latinoamericanos le querían mucho. Conocía nuestra América por su estadía en la Nunciatura de Chile. Y fue él, ya Papa, quien fundó y promovió el Colegio Pío Latinoamericano de Roma, que tantos sacerdotes ejemplares y obispos insignes ha formado para nuestras tierras.

El “**Syllabus**” fue un documento de resonancia mundial, publicado el 8 de Diciembre de 1864. En 88 proposiciones exponía doctrinas ya anteriormente condenadas sobre el racionalismo, panteísmo, ateísmo, comunismo, masonería, indiferentísimo. Se volvieron contra el Papa gobiernos, escritores, sectarios de todas las tendencias, y, lo más sensible, muchos católicos liberales, que querían unir su fe con una inadmisibles independencia de la Iglesia.

El Concilio Vaticano I se inauguraba el 8 de Diciembre, 15° aniversario de la definición de la Inmaculada y 5° aniversario del Syllabus. El Papa contaba con la Virgen...

Nos es imposible seguir las vicisitudes de la magna asamblea. Lo iniciaban 747 Padres conciliares de todo el mundo, y las congregaciones generales en las que se discutían los problemas doctrinales y las cuatro sesiones, presididas por el mismo Papa, que determinaban definitivamente todo lo discutido, se llevaron casi ocho meses hasta que se hubo de interrumpir el Concilio por el estallido de la guerra franco prusiana en Julio de 1870. Como podemos suponer, los obispos estaban divididos según sus ideologías y opiniones de manera que hubo congregaciones auténticamente tumultuosas.

La primera constitución, sobre la **FE**, aprobada en la sesión del 24 de Abril fue la *Dei Filius*, sin un solo voto en contra. En ella quedaban bien claras la doctrina sobre Dios, la relación entre la fe y la razón, de modo que ciencia y religión no se pueden contraponer ni estar reñidas desde el momento que una y otra proceden del mismo Dios. Toda la constitución era contra el racionalismo, el materialismo, el panteísmo y el ateísmo reinantes.

La segunda constitución, la *Pastor aeternus*, fue el campo en que se libró una batalla terrible: la **Infalibilidad Pontificia**. Los obispos estaban divididos de manera irreconciliable. Franceses, alemanes, austriacos, con sus ideas galicanas, josefinistas, febronianas (lección 112), eran minoría, pero estaban irreductibles; mientras que todos los demás, italianos, españoles y americanos, todos a favor del Papa. Al fin se aprobó en la sesión general del 18 de Julio: el Papa es infalible cuando hablando *ex cathedra* —es decir, como Vicario de Jesucristo, para toda la Iglesia, y en materia de fe y costumbres—, **no se puede equivocar**.

Los obispos franceses, opuestos a la infalibilidad, aprovechando el estallido de la guerra de Francia con Prusia, se marcharon el día antes para no votar. Todos los demás aprobaron la constitución, sancionada por el Papa, aunque después la aceptaron y firmaron también todos los franceses. El galicanismo, ¡al fin!, después de siglos, desaparecía para siempre.

Y curioso: mientras los Padres daban su voto, se desató una tempestad larga y terrible por dos horas y media. No se podía entender nadie. Disipados los rayos, los truenos estentóreos y el aguacero imponente, brilló el sol que entró a iluminar de repente la cara de Pío IX, sentado en su trono pontifical, cuando firmaba la constitución dogmática. Todo un símbolo y un augurio feliz para toda la Iglesia en el porvenir. Por tempestades que le vengán encima, la palabra del Papa le traerá siempre la luz y la fuerza de Dios.

El Concilio se suspendió por la guerra franco prusiana y no se volvió a reunir más. El Vaticano II de 1962-1965 se consideró como nuevo Concilio y no reanudación del anterior.

¿Y Pío IX y el Reino de Italia? El rey Víctor Manuel II estaba excomulgado, pero el Papa en Agosto de 1871 le mandó una carta autógrafa que le hiciera pensar ante Dios. Le describe los desórdenes que se realizan en Roma y los atropellos del Gobierno contra iglesias, conventos de religiosos y religiosas, y le añade: “Todo esto y otras cosas más que podría decir, preparan los castigos con que Dios herirá a sus enemigos cuando la medida

llegue a su colmo. Majestad: me duele el decirlo, pero esté seguro de que después de haber gritado ¡muera el Papa!, se gritará ¡muera el Rey! Por mi parte, estoy tranquilo y me pongo en las manos de Dios. ¿Puede decir V. M. que está igualmente tranquilo? Piense, pues, y reflexione. Ruego a Dios de todo corazón que os conceda las luces necesarias para salir de tantas tinieblas, y las fuerzas necesarias para libraros de tamaños males, y recibir en vuestra alma aquella paz que únicamente puede gozarse con Dios”.

¿Maldición del Papa? ¡Ni hablar!... ¿Profecía? ¡Clarísima! Víctor Manuel moría en Enero de 1778 un mes antes que el Papa, el cual le mandó al lecho de muerte un legado que le ayudase a salvar su alma. No le permitieron la entrada. Pero el rey pudo recibir los Sacramentos por un capellán de palacio. ¿Y el “¡muera el Rey!” profetizado por Pío IX?... En Julio de 1900 era asesinado su hijo el rey Humberto I, sucedido en el trono por Víctor Manuel III, nieto del usurpador, el cual en 1944, viendo perdido todo, abdicó y murió en Alejandría en 1947. Porque un año antes, en 1946, vino el referéndum nacional de Italia: venció la República, con la monarquía de los Saboya eliminada por Constitución para siempre y con prohibición expresa de poder entrar en Italia ningún miembro de la familia real.

Muerto Pío IX el 7 de Febrero de 1878, había dejado el Papa en testamento ser enterrado en el cementerio común de Campo Verano, es decir, en la iglesia adjunta de San Lorenzo, dentro de una simple urna de piedra con la inscripción: “Huesos y cenizas del Papa Pío IX”. El traslado de los restos desde el Vaticano se demoró hasta la noche del 12 de Julio de 1881. Una multitud con antorchas formaba la piadosa procesión, pero la masonería había organizado en toda regla la manifestación criminal, que llenó de vergüenza al Gobierno, a Roma y a Italia ante todo el mundo. Al llegar los venerandos restos al puente frente al Castel Sant’Angelo, fue asaltado por grupos de energúmenos que empezaron a gritar: “¡Al río, al río!”... Se armó una auténtica revolución entre los pacíficos y devotos católicos y los emisarios de la masonería. La policía actuó enérgicamente, con órdenes y contraórdenes, aunque al fin se pudo llegar a la basílica de San Lorenzo sin que los despojos del Papa —“esa carroña”, escribía furioso un garibaldino aquel mismo día en un periódico—, fueran arrebatados a los portadores y arrojados al Tíber.

En una capilla preciosa —embellecida para la beatificación, junto con la de Juan XXIII, el 30 de Septiembre del 2000—, está la urna de piedra con el cadáver incorrupto del querido Pío IX, Papa durante casi 32 años, el pontificado más largo de la Historia.

Sus enemigos pensaban que con él, quitándole Roma, acabarían con la Iglesia. Pero el Papa había dicho proféticamente y con seguridad al arzobispo de Zaragoza al despedirlo ya en 1860: “El mundo me disputa este granito de arena sobre el que estoy sentado; pero trabajan en vano. La Tierra es mía; Jesucristo me la ha dado: a Él sólo habré de devolverla, y el mundo no podrá jamás arrebatármela”. A estas horas, aún no se la han arrebatado ni a Pío IX ni a ninguno de sus sucesores. Y, estamos tranquilos, porque no se la quitarán jamás...

132. EL PAPA LEON XIII, UN PRISIONERO CÉLEBRE

Esta es la verdad. El nuevo Papa se aferró a la idea de Pío IX, siguió encerrado en el Vaticano, y alcanzó una celebridad insospechada en el mundo entero.

El cónclave se presentaba muy problemático, y los cardenales determinaron celebrarlo en el Vaticano. Las naciones exigían garantías al Gobierno de Italia, el cual las prometió, las cumplió fielmente, y el 20 de Febrero de 1878 salía elegido León XIII, Joaquín Pecci, de 68 años, pequeño, delgadito, sin muchas apariencias físicas, que moriría a los 93 de edad, cumplidos los 25 de pontificado. Serio, intransigente, pero amable, cultísimo y de mirada muy amplia, como primer gesto trajo el primer disgusto al Gobierno y que lo entendió toda Italia: elegido, la bendición no la dio desde el balcón externo de la Basílica, sino dentro. Fue así cómo los anticlericales y los masones organizaron una ruidosa reunión en la que uno de los oradores exclamó furioso: “¡Escupo sobre este cadáver putrefacto del papado!”. Estaba claro: el Papa protestaba contra la usurpación de Roma, y él seguiría voluntariamente prisionero en su casa, tenida como propia del Gobierno italiano. Sin embargo, pronto empezó a brillar un Papa que asumía como lema: “Lumen de caelo”, luz del cielo..., lo único que quería difundir de parte de Dios y de su Iglesia.

León XIII (1878-1903), a quien vamos a ver metido en todos los problemas del mundo, debe ser mirado ante todo como lo que era realmente: un hombre de Dios, que fomentará la **piEDAD cristiana** como la base de todo su proceder. Ni el científico, ni el político, ni el sociólogo va a ceder nunca el primer puesto a lo esencial de la vida cristiana. León XIII la fomentará de todas maneras. Es lo primero que se debe hacer resaltar de este esplendoroso Papa. Digamos los puntos más llamativos. El **Espíritu Santo** estaba casi olvidado en la piedad de los fieles. El Papa hizo obligatorio en los cabildos catedralicios el novenario de Pentecostés, para que se difundiera en toda la Iglesia. A la **Eucaristía** le dedicó una encíclica preciosa, la “*Mirae caritatis*”, para incrementar el amor al Sacramento. Para el 11 de Junio de 1899 mandó hacer en todas las Iglesias del mundo, un triduo con oraciones del mismo Papa, preparativo a la Consagración del mundo al Sagrado **Corazón de Jesús**. Es curioso el interés, casi machacón, que mostró sobre el **Rosario** de la Virgen, al que dedicó expresamente once encíclicas, aparte de dos especiales a la devoción a la Virgen María. Recomendó con insistencia la devoción a **San José**, además de la insistencia con que proponía para ayudar en la cuestión social el ejemplo de la **Sagrada Familia**. Y célebre fue la devoción con que insistió a la Iglesia entera a invocar al Arcángel **San Miguel**, debido a la visión terrorífica que en presencia de varios testigos tuvo el Papa el 13 de Octubre de 1884. Vio cómo Satanás —al igual que en el Job de la Biblia—, hablaba con Dios pidiéndole autorización para hacer todo el mal a la Iglesia... Lo curioso de todos estos documentos pontificios es que, sin descuidar la doctrina, no son de índole teológica, sino *devocional* y exhortativa. León XIII quería piedad, mucha piedad en la Iglesia. El progreso y la salvación de las “almas” era lo primero que le interesaba y hay que destacar en semejante Papa.

Ya sabemos lo que fue el Syllabus del Beato Pío IX, y en el cual tuvo mucha influencia León XIII cuando no era sino el Obispo y Cardenal de Perusa. El Syllabus fue criticado, y aún lo sigue siendo, por mantenerse en un plan negativo contra los errores doctrinales rein-

antes. Viene ahora León XIII y va directamente a la raíz: ¿cómo están los estudios de **filosofía** y **teología** en la Iglesia?... Decidido, aconseja y hasta impone el retorno al estudio de la *Suma Teológica* de Santo Tomás de Aquino. Las Universidades católicas y los Seminarios lo tomaron en serio, y se impuso la doctrina eclesiástica más segura y tradicional. Con el racionalismo —¡hay que ver lo que fue y el mal que hizo la *Vida de Jesús* del impío Renán!— peligraba la interpretación de la **Biblia**, que él orientó con la encíclica *Providentissimus*, y en 1902 instituyó como vigilante la Comisión Bíblica. Será famoso por su apertura con la **Historia**. No teme la de la Iglesia. Abre los Archivos vaticanos, y dicta su norma famosa: “Tengan especialmente entendido los escritores que la primera ley de la historia es no atreverse a decir nada falso ni silenciar nada verdadero, y que en el escritor no ha de aparecer nunca sospecha alguna de favor ni de odio”. El **Observatorio Vaticano** se convirtió en verdadera autoridad de la Astronomía. Fundó Colegios, Institutos y Universidades como la de Washington. En definitiva, un Papa gran mecenas de las ciencias.

Como político, León XIII fue respetado universalmente. Empezando por **Italia**, de la que decía: “Quiero conseguir de Italia que se convenza de que el papado es para ella una gran gloria y que será tanto más gloriosa cuanto más íntimos y fuertes sean los vínculos que le ligen con el Papa”. Aunque terco en no dejar su voluntaria prisión, intentó suavemente el arreglo de la que será llamada siempre *Cuestión Romana*. Estaba decidido a quedarse con un mínimo territorio pontificio. Pero inútilmente, pues la masonería, que manejaba al Gobierno, frustró todos los intentos del Secretario de Estado cardenal Rampolla con el ministro Crespi y con Rudini, Presidente del Consejo. Esa masonería que le dio al Papa aquel grave disgusto cuando levantó e inauguró con grandes festejos el famoso monumento en Campo dei Fiori la estatua de Giordano Bruno, símbolo —hasta hoy, porque cada año se repite la escena—, de toda rebeldía contra la autoridad papal. Pero León XIII no se acobardaba para denunciar al gran enemigo: “Hemos de combatir con nuestros predecesores a la masonería, haciendo que todos, grandes y pequeños, se percaten de la desgracia que les amenaza”. Cuando el asesinato del rey Humberto I en 1900, el Papa antes que nadie se hincó de rodillas en oración profundamente apenado. Por más que León XIII en las elecciones mantenía inalterable la norma para los católicos: “Ni electores ni elegidos”. Aunque tenía muy clara la doctrina: “Sólo una razón pueden tener los hombres para no obedecer: cuando se pretenda de ellos alguna cosa que repugne abiertamente al derecho natural y divino”. Admitido que “los soberanos pueden ser elegidos por deliberación de las multitudes”, “sin embargo no hacen sino designar al soberano, mientras que la autoridad viene de Dios”. ¡Qué norma tan nítida para las elecciones presidenciales o de gobierno de todos los países!... Pero, de momento, los católicos evitaban mezclarse con la política italiana.

Con los demás Estados se hizo popular toda intervención del Papa. Respecto de Alemania fue muy notable su actitud hacia Bismarck, el cual suavizó las leyes del Kulturkampf contrarias a la Iglesia. Por dos veces fue el Papa visitado por el emperador tan protestante Guillermo II, que lo admiraba, le pidió su mediación con España sobre las islas Carolinas, le regaló una mitra, y le escribió en una carta: “Ha hecho valer en todas las ocasiones su influencia a favor de los pobres y de los desheredados de la sociedad”. Con **Francia** fue el Papa muy especial, pues la nación pasó por trances muy difíciles. Y así con los demás Estados, con la protestante Inglaterra, con Rusia la cismática, con todos igual.

Pero es en la cuestión social donde León XIII se inmortalizó con gloria imperecedera. Observador y gran conocedor del mundo, se dio cuenta como nadie de la esclavitud que el obrero sufría por el *liberalismo* económico, y los males que venían sobre el mundo con el *socialismo marxista*, el *comunismo* y los sistemas radicales de izquierda. El famoso cardenal Gibbons de Baltimore, había escrito a Roma: “Que se guarde bien la Iglesia de rechazar a la clase obrera cuando reclama el mejoramiento de su suerte. Perder la influencia sobre el pueblo significa perder todo lo porvenir”. El Papa tomó nota. Y a un distinguido francés que se le quejaba por la situación del obrero, le contestó el Papa: “Esperen mi próxima encíclica”. Y sí, el 15 de Mayo de 1891 aparecía la **Rerum novarum**, el documento cristiano más revolucionario que se podía pensar. El Papa sintetiza todo en estos puntos principales:

- Los patronos han de mirar por la dignidad de los obreros, que no son esclavos, sino personas; han de procurar su bien corporal y espiritual; les han de hacer posible la vida de familia, para lo cual los jornales han de ser suficientes. A los obreros les pide que no se dejen llevar del espejismo de los sistemas socialistas que les engañan, sino que atiendan a la prosperidad de la empresa, beneficiosa para todos. Y al Estado le exige el proteger los intereses de los obreros; vigilar por la duración del trabajo; imponer el descanso dominical; moderar el trabajo de las mujeres y niños; estar al tanto con la posibilidad de los jornales debidos.

No es para describir el revuelo mundial que suscitó la encíclica. Liberales y socialistas estaban que no sabían cómo revolverse contra el Papa. Pero todas las gentes de buena voluntad no sabían cómo dar gracias a Dios. Se acrecentaron y se crearon nuevas asociaciones de obreros y círculos católicos, etc. Fueron muchas las empresas que organizaron viajes a Roma para dar las gracias al Papa, notable entre todas la de España, dirigida y pagada por el gran empresario Don Claudio López Bru, Marqués de Comillas, que llevó a Roma en dos grupos a dieciocho mil obreros. El Papa llegaba a llorar cuando se veía rodeado de tantos trabajadores que venían a agradecerle su posición tan sensata ante el mundo del capital y del socialismo. Ahora sabrían todos a qué atenerse en cuanto a los derechos del trabajador.

En adelante, será imposible hablar de la *cuestión social* sin arrancar de la “Rerum novarum” de León XIII, confirmada y ampliada por todos los Papas que le han seguido.

León XIII dijo a su Secretario de Estado ante la muerte que le acechaba a sus 93 años: “No sé cómo me juzgarán; pero sé que he amado siempre mucho a la Iglesia y procurado su bien; así, pues, muero tranquilo”. Y tranquilo moría el 20 de Julio de 1903. Sus restos descansan en precioso monumento —con unos obreros que le miran y alzan hacia él sus brazos agradecidos y suplicantes—, en la Basílica de Letrán, catedral del Papa. León XIII cerró el siglo XIX y abrió el XX, con hondas preocupaciones y también con grandes augurios.

133. LA ERA DE LAS MISIONES

A partir del siglo XVI, las Misiones han sido objetivo prioritario de la Iglesia. Y con el siglo XX llega a su cenit esa actividad en las tierras que aún no conocen a Cristo sino en una mínima parte. Les dedicaremos varias lecciones.

Ya historiado el período de apóstoles tan inmensos como Francisco Javier, Luis Beltrán, Francisco Solano o Pedro Claver, todos ellos de la Edad Nueva, viene después durante el siglo XVIII un cierto aflojamiento o cansancio en la empresa evangelizadora, aunque nazcan en esos días instituciones tan insignes como el Seminario de las Misiones Extranjeras de París y surjan misioneros tan formidables como Fray Junípero Serra. El siglo del 1700, con la Ilustración, fue malo; la supresión de la Compañía de Jesús asestó a las misiones un golpe devastador; la Revolución Francesa paralizó todo —aunque siempre quedaran focos activos—, hasta que en 1831 llegó el pontificado de Gregorio XVI, que de cardenal había sido Prefecto de Propaganda Fide, y, una vez Papa, vino con él una auténtica “explosión” misional duradera hasta nuestros días.

No hay más que mirar cómo se promovió el envío de misioneros a todas las partes del mundo a partir de este papa Gregorio XVI:

1931, los Jesuitas, recién restaurados, iban a Siria.

1836, los de los Sagrados Corazones a Tahití.

1836, los Marianistas a Oceanía, las Fidji.

1838, los Paulinos a Etiopía.

1840, los Jesuitas volvían a China.

1844, los Benedictinos a Australia.

1844, los del Espíritu Santo a Gabón.

1845, los Jesuitas a Madagascar.

1845, los del Espíritu Santo a Senegal.

1846, las Misiones Extranjeras de París al Tibet, últimos que mandaba Gregorio XVI.

Los Institutos religiosos, masculinos y femeninos, misioneros todos —y algunos fundados expresamente sólo para las misiones, como los Padres Blancos, los Combonianos, los Oblatos de María Inmaculada, Verbo Divino, etc., y los Hermanos de la Salle y los Maristas con colegios en tierras de Misión—, se van a presentar en gran cantidad a partir de estos días. Aparte de los clásicos misioneros franciscanos, dominicos, agustinos, mercedarios, carmelitas, paúles, y la restaurada Compañía de Jesús otra vez gran misionera, llegan los pasionistas, redentoristas, claretianos, salesianos..., todos los cuales van a añadir a sus ministerios propios el trabajar con gloria en las avanzadas de la Iglesia.

A partir de Gregorio XVI, todos los Papas han seguido la misma línea misionera. El Concilio Vaticano I, bajo Pío IX, tenía preparado un esquema expreso sobre las Misiones, el cual ya no se pudo discutir y poner en marcha por la suspensión del Concilio en 1870. Entre el Beato **Pío IX**, **León XIII** y San **Pío X** crearon en países de misión 260 Vicariatos y Prefecturas, aparte ya de algunos arzobispados y obispados. **Benedicto XV** (1914-1922), con su encíclica *Maximum illud* dio un impulso muy notable a las Misiones, a pesar del mal

tiempo en que le tocó gobernar la Iglesia sobre las ruinas de la Primera Guerra Mundial. Como un gesto de lo que significaban para él las Misiones, hizo que el seminario para la formación de los futuros sacerdotes africanos se albergase dentro de los mismos terrenos vaticanos. **Pío XI** (1922-1939) pasa como el “Papa de las Misiones”, pues a partir de él —con 27 documentos sobre las Misiones—, toda la Iglesia se sintió más misionera que nunca. **Pío XII** (1939-1958), publicó también una encíclica muy notable sobre las Misiones, la *Fidei donum*, en la cual advertía a todos: la mejor manera de manifestar y agradecer a Dios el don de la fe es hacerse propagador de la misma... Bajo **Pablo VI** (1963-1978), el Concilio Vaticano II pudo hacer lo que no logró el Vaticano I: un decreto expreso sobre las Misiones, el *Ad gentes*, sobre la actividad misionera de la Iglesia, con el cual quedaban para siempre consagrados el ideal, el compromiso y el esfuerzo de toda la Iglesia por la dilatación de la fe. El mismo Papa Pablo VI realizó —primer Papa que lo hacía—, unos viajes intercontinentales a países típicamente “misionados”: África, India y Oceanía.

Añadamos aquí, como curiosidad y ejemplo edificante, un hecho de Pablo VI. En aquel viaje tan largo y pesado por el Asia y Oceanía en 1970, Pablo VI hizo escala en Filipinas, donde pronunció estas ardientes palabras ante una multitud inmensa:

“¡Jesucristo! Recordadlo: éste es nuestro anuncio constante, es la voz que nosotros hacemos resonar por toda la tierra y en todos los siglos. Recordadlo y meditado: el Papa ha venido y ha gritado entre vosotros: ¡Jesucristo!”...

Es el resumen de toda la actividad apostólica de la Iglesia y de los viajes papales por las tierras de misión.

Como debían olvidarse los patronatos reales de España y Portugal, que corrían con los gastos de sus misioneros, en adelante iban a nacer de la misma Iglesia las iniciativas para conllevar todos los dispendios materiales que necesita la evangelización de los pueblos.

Así, por ejemplo, en 1820 la joven francesa **Paulina Jaricot**, suscita entre sus compañeras de Lyon la asociación de la *Propagación de la Fe*, que recogiera fondos para las misiones. Formaban coros de diez, y con sus donativos iban haciéndose famosas. Extendida la obra, para 1826 habían recogido la fabulosa suma de 2.822.081.555 de francos. Paulina fue a Roma, el papa Gregorio XVI la recibió gozoso y elevaba a “Pontificia” la Obra que ya actuaba por todo el mundo católico. Paulina, nacida en 1799, era una jovencita cuando el papa Pío VII, libre de la prisión en que lo había detenido Napoleón, pasaba en 1814 por Lyon camino de Roma; en medio de la manifestación tumultuosa al frente de su casa, Paulina se acerca al Papa el cual bendecía a la muchachita poniéndole la mano sobre su cabeza: una bendición que la señorita Paulina llevará en su alma durante toda la vida, hasta que muera en 1862 cargada de méritos ante la Iglesia. Hoy va camino de los altares.

En Francia también, el obispo de Nancy Mons. **Carlos Forbin-Janson** fundaba la Obra de la *Santa Infancia* —convertida después igualmente en pontificia— para ilusionar a los niños de toda la Iglesia con el ideal misionero al dar sus ahorritos para las misiones.

La Obra Misional Pontificia de *San Pedro Apóstol* nació para sensibilizar al pueblo cristiano y conseguir su cooperación en la formación del clero y de las vocaciones religiosas de los territorios de misión, iniciada en Caen, Francia, en 1889, por **Estefanía** y **Juana Bigard**

(madre e hija) para sensibilizar al pueblo cristiano y conseguir su cooperación en la formación del clero y de las vocaciones religiosas de los territorios de misión.

El hoy Beato Padre **Pablo Manna** va de misionero a Birmania. Con la salud desecha regresa a Italia, y en el 1916 funda en Milán la *Unión Misional del Clero*. Así metía la ilusión misionera en todos los sacerdotes del mundo para que ayudaran eficazmente a las misiones. El papa Benedicto XV la aprobaba en 1917; en 1920 celebraba el primer Congreso Nacional, cuando había inscritos ya 124 obispos y 8.500 sacerdotes. Uno de los primeros que le dieron su nombre fue precisamente quien en 1922 sería elegido Papa, Pío XI, el cual se iba a distinguir tanto por su celo misional. Pío XII la elevó a Obra Pontificia.

La última Obra Pontificia nació del papa **Pío XI**, que en 1926, con la encíclica *Rerum Ecclesiae*, instituía el *Domingo Mundial de las Misiones* para concientizar a toda la Iglesia sobre la importancia de las Misiones: sensibilizar, orar, ayudar. Y con el DOMUND, penúltimo domingo de Octubre cada año, todos nos sentimos realmente misioneros.

Mirando el mundo misional en su conjunto, cabe preguntarse: ¿ha sido eficaz la labor misionera de la Iglesia? ¿se han conseguido frutos palpables de tanto esfuerzo?...

Cuando Gregorio XVI tomó en sus manos Propaganda Fide, el desastre anterior la había dejado con unos 300 misioneros nada más, y entre todos los cristianos bajo Propaganda no llegaban al millón y medio. Gregorio moría en 1846; pues bien, en 1950, un después, había dependientes de la Congregación de Propaganda Fide 19.432 misioneros *religiosos*, de los cuales 835 eran indígenas. Entre todos los misioneros sumaban varios miles más —con muchos sacerdotes diocesanos indígenas aparte de los religiosos—, los cristianos católicos superaban los 15.000.000 y los catecúmenos los 2.000.000.

Como dato aleccionador, en el Concilio Vaticano I, año 1870, no había ningún obispo nativo de Africa, Oceanía o de Asia, a no ser alguno de antiguas cristiandades. En el Vaticano II, 1962-1965, entre los 2.450 obispos participantes de manera regular, ¿cuántos había de esos países?... Y eso que faltaban casi unos 200 de naciones dominadas por el comunismo, especialmente de Asia. Y notemos: siempre hablamos de “misioneros”, varones, pero las religiosas *misioneras* sumaban muchos miles, mientras que antes no había ni una...

En 1946, el papa Pío XII creaba como primer cardenal de países de misión al chino Tomás Tien y en 1953 al indio Valeriano Gracias, gesto que llamó tan poderosamente la atención. ¿Cuántos han sido los cardenales que les han seguido, incluso con los más altos cargos en el Vaticano?... Nada extraño, pues la Jerarquía autóctona fue establecida por Pío XII en unos 30 países de Asia y de África, lo cual quiere decir que la Iglesia gozaba en ellos de una mayoría de edad hasta hacía poco inimaginable.

Podemos mirar a la Iglesia con optimismo. El Evangelio avanza sin detenerse nunca.

134. POR EL ASIA MENOR Y LA INDIA

Vamos a ver, aunque muy someramente, cómo se desarrolló la evangelización por los diversos países. Algunos llevarán lección especial.

Si nos remontamos al principio de la Edad Moderna, antes de que empiece la “explosión” con el papa Gregorio XVI, nos encontramos con algunas islas del Pacífico, empezando por **Mindanao**, isla que por culpa de los mahometanos ofreció grandes dificultades, al revés de las otras de Filipinas. Contó con varios mártires jesuitas, hasta que en el siglo XIX se calmaron los ánimos y vino el progreso de la Iglesia.

Ya hemos hablado varias veces de **Filipinas**, la única nación católica de Asia merced a aquellos misioneros españoles de los siglos XVI y siguientes, que bajo el Patronato realizaron allí y en los mismos años igual aventura misionera que en América.

No se debe dejar sin mención, como tierras de misión, las del **Próximo Oriente** —Palestina, Siria, Irán, Irak, Persia, Arabia, Turquía—, países del todo musulmanes con una *pequeñísima minoría* católica, a excepción del Líbano, nación del todo católica.

Pero allí están los heroicos misioneros, al parecer perdiendo el tiempo. Es cierto que cuentan esos países con bastantes Iglesias católicas de rito latino y otras, la mayoría, con el rito Oriental copto, maronita, armenio, sirio, melquita, entre todas las cuales suman varios centenares de miles de católicos.

La persecución ha hecho presencia más de una vez entre estos católicos, que no siempre han vivido en paz. Un ejemplo de martirio cruento se dio el 10 de Julio de 1860. Los drusos y los turcos desataron una persecución furiosa en toda Siria. Siete franciscanos españoles y un tirolés, con tres hermanos maronitas carnales, once en total, no quisieron abandonar su convento de Damasco para no dejar abandonados a los fieles. Penetran los asesinos, y al Superior **Padre Manuel Ruiz**: -“O te haces musulmán o mueres”. -“¡Mil veces antes la muerte!”... Colocada su cabeza sobre el altar, consumaba el sacrificio. Y así los diez restantes. Beatificados por Pío XI en 1926, hoy los veneramos en los altares.

Salvador Lilli es un Beato franciscano italiano al que debemos mencionar también aquí. Después de trabajar en Tierra Santa, marcha a Turquía donde desarrolla un intenso apostolado. En 1895 se desata una furiosa persecución contra los católicos, odiados terriblemente por los musulmanes. Sin exageración alguna, fueron miles los hombres, mujeres y niños que cayeron a punta de bayoneta. Ante lo duro de la persecución, los Superiores mandaron salir de aquellas tierras al Padre Salvador, que respondió serenamente: “El buen pastor no abandona a las ovejas”. Asaltado el convento y quemada su iglesia, es arrestado cautivo con siete humildes campesinos, todos maniatados. Al negarse a renegar de su fe católica para pasarse al Islam, todos fueron muertos a golpe de bayoneta en Marasc de Turquía.

Dejando esta referencia al Asia Menor, lanzamos nuestra mirada al inmenso continente asiático, en el que está el gran porvenir de la Iglesia, lejano, pero cierto sin duda alguna.

La **India**, que ya conocemos por las lecciones 111 y 115 con San Juan de Brito, cuenta actualmente con más de 20 arzobispados y más de 70 diócesis. Es una esperanza grandísima de la Iglesia. Hay muchos sacerdotes y religiosas nativos. Toda una potencia en germen.

Las misiones de la India no han conocido persecuciones sangrientas como otras naciones asiáticas —lo veremos en las lecciones sobre Japón, China, Corea o Vietnam—, pero no por eso dejaron de ser regadas con sangre cristiana. Conocemos el martirio de Brito, pero antes ya habían sido asesinados en 1583 el Beato Rodolfo Acquaviva y cuatro jesuitas más, otro italiano, dos portugueses y dos españoles, junto con algunos cristianos nativos.

La India ofrece un espléndido porvenir a la Iglesia por la calidad espiritual de sus hijos, pues llevan en sus entrañas encarnada la mística. La religión, el trato con Dios, es en el hindú algo connatural. Y así son los santos que produce.

Vale la pena traer nada más el recuerdo de la jovencita Annakutty Muttathupadathu, muerta en Bharananganam, que —afortunadamente para nosotros—, se impuso ella misma el nombre de Alfonsa, y así la vamos a llamar, **Santa Alfonsa**, la primera santa canonizada de la India. Moría en 1946, veinte años después de canonizada Santa Teresa de Lisieux, tan querida en la India, donde se exclamó con gozo: -¡Ya tenemos nuestra Santa Teresita!...

Y así iba a ser. Huérfana de madre, la cuidan unos tíos suyos. Y, paseando un día por el jardín, se le acerca una religiosa que le dice: “Tú llegarás a ser monja como yo”. Y Alfonsa, ilusionada: “¡Qué más quisiera yo!”... La niña no se daba cuenta de que la religiosa era Santa Teresita que se le aparecía visiblemente.

Pero los planes de la familia eran del todo diversos: -¡A casarte, y basta!...

La entregan como prometida a un muchacho, y Alfonsa lo ve todo perdido. Le dejamos a ella la palabra:

“¿Y si me desfiguro de tal manera que ya no le pueda agradar después a ningún hombre? Tenía trece años. Mi vestido de boda estaba listo. ¿Qué hacer? Junto a la casa había un depósito donde arrojaban los desperdicios de la paja. Después de la cosecha habían dado fuego a aquel depósito, y la paja estaba ardiendo todavía bajo las cenizas. Al amanecer, me acerco al depósito, meto el pie, resbalo y caigo dentro. No podía salir, pero al fin lo conseguí. La pierna estaba toda llagada con las quemaduras, y vestidos y pelo del todo socarrados. Subo a casa, me cambio el vestido, y corro hacia mi tía que estaba en cama con fiebre. Ella se levantó horrorizada y se desmayó al verme de aquella manera”.

Ya nadie le exigió el que se casara. Nunca contó la intención de su aventura, pues pensaba que lo había hecho todo muy bien. Y a su confesor, cuando le regañó fuerte por semejante acción, le responde con toda inocencia: “Padre, es que pensé que no había tanto fuego. Yo quería quemarme sólo un poco la pierna”...

Varios meses hicieron falta para curarse. El vestido de novia iba a servir para cuando se desposara definitivamente con Jesús el día de su profesión religiosa con el nombre de Sor Alfonsa, el 12 de Agosto de 1936, en el convento de las Monjas Clarisas. Desde su profesión, le esperan diez años de vida claustral. Su vida, igual que la de su amiga, patrona y modelo Teresa del Niño Jesús, no tendrá otro ideal que sufrir, ser víctima por la salvación de las almas: “Mi único deseo es sufrir y alegrarme de sufrir por amor”.

Enfermedad tras enfermedad, un día se cura para recaer otro día de nuevo. Y así siempre. Unos días llevará adelante los trabajos normales de la casa, y otros días los pasará, en largas temporadas, clavada en el lecho del dolor:

“Cuando pienso en lo que Nuestro Señor sufrió en la cruz, deseo permanecer en la cruz de la enfermedad hasta el fin del mundo. Pienso que son días perdidos en mi vida los que paso sin sufrir. Porque mi consuelo es sufrir por Dios, aunque el sufrir resulta a veces demasiado fuerte”.

El secreto de esta vida se lo hubo de manifestar un día a su obispo, que la quería mucho. La visita, y sabiendo el prelado lo mucho que Alfonsa sufre, le pregunta:

-Alfonsa, ¿cómo pasas las noches?

-Amando. -¿Cómo, que amando? -Sí, amando a Jesús... Entonces el obispo le encarga emocionado: -Alfonsa, toma por cuenta tuya todos los asuntos de la diócesis. Te los encomiendo. -Sí, Monseñor, lo haré... El obispo dijo que una víctima así era el apóstol más formidable con que contaba.

Solamente una vez se turbó Alfonsa ante la enfermedad. A causa de los vómitos, le quieren restringir la Comunión a una sola vez por semana, y gritó:

“¡Oh, no; esto no! ¿Cómo voy a poder pasar sin la Comunión?”...

Llegado el último día, goza de una presencia especial de la Virgen, y muere con estas palabras en los labios: “¡Madre! ¡Mi Madre! ¡Oh, Madre mía!... ¡Jesús, María y José!

Santos así sabe producir esa India tan prometedora...

Insinuamos nada más los otros pueblos que la rodean.

Sri Lanka, antes llamada Ceilán, cuenta con una Iglesia floreciente y vigorosa, aunque muy pequeña en comparación de los muchos habitantes que pueblan la gran isla. Millón y medio de católicos viven en las 11 diócesis con un arzobispado. Los budistas extremistas son un peligro constante para las iglesias.

Pakistán y **Bangla Desh** siguen en sus misiones de siempre con Jerarquías autóctonas, pero son territorios totalmente musulmanes, y, por lo mismo, podemos suponer las dificultades que presentan para la evangelización.

Tailandia es todo un caso. Entre 65 millones de habitantes, los católicos no pasan de los 350.000. Sus misioneros, redentoristas sobre todo, altamente apreciados, se dedican a la educación y tienen muchos seminaristas y ya varios sacerdotes que mandan como misioneros a las vecinas **Laos** y **Camboya** de cultura tan similar.

Indonesia, pobladísima y musulmana, cuenta en su seno con una Iglesia Católica proporcionalmente muy pequeña, pero muy esperanzadora por las muchas vocaciones de seminaristas que un día serán sus sacerdotes evangelizadores.

El campo misional que suponen estos pueblos es inmenso. Un día u otro les llegará la hora de Dios. La Iglesia no los pierde de vista.

135. LA IGLESIA EN JAPON Y CHINA

Una lección que podemos llamar “curiosa”, aunque tan interesante. China y Japón han sido siempre clásicos como países de misión.

Es el 17 de Marzo de 1865. El Padre Petitjean, de las Misiones Extranjeras de París, rezaba ante la nueva iglesita que había levantado, sin contar todavía con fieles, cuando se le acercan unas mujeres campesinas con una pregunta desconcertante: -¿Dónde está la imagen de la Virgen Nuestra Señora?... -¿Es que sois cristianas? -Enséñanos la Virgen María, te pedimos... El Padre les complace. Las acompaña al altar, y, al ver la imagen, caen todas de rodillas, y rezan: -Dios te salve, María... El Padre, asombrado: -Sois cristianas, ¿no es así?... Una sonrisa por toda respuesta, y una frase misteriosa: -Tenemos el mismo corazón que tú... Acabaron con un largo *Sayonará*, ¡adiooooos!...

A los pocos días, otro grupo semejante desarrolla la misma escena. Pero el Padre no sacó nada en claro. Sus interlocutoras sabían ir gradualmente. No responden nada al Padre, sino que toman siempre la iniciativa: -Y a vosotros, ¿quién os envía? ¿Venís enviados por vuestra nación? -No. El Vicario de Jesucristo, que manda sobre todos nosotros, es quien nos envía. -¡Ah, es el Jefe de la gran doctrina! Nuestros padres nos habían hablado de él, que reside en Roma... La confusión del Misionero llega a lo sumo: Pero, ¿quién les ha podido hablar del Papa, si soy el primero que ha llegado aquí? ¿O hay algún otro misionero además de mí? En fin, veremos. Que sigan con su curiosidad...

Y viene otra pregunta igualmente misteriosa: -Vosotros adoráis a la Virgen como a Dios, ¿no es así?... -No; la veneramos como a Madre de Dios. -Es que hay otros Padres que no aman a la Virgen, que son los que están en la otra parte... El Misionero ve claramente que se refieren a los protestantes... Por fin, viene la pregunta más comprometedor, cuando le ruegan amablemente: -Enséñanos a tus niños, para que los acariciemos... -Los sacerdotes católicos no formamos familia: nuestros únicos hijos son los cristianos... Entonces, de rodillas, sonrientes y todas a una, con emoción intensa por ambas partes: -¡Padre, somos cristianos! Eran las tres señales que nos habían dejado nuestros antepasados para conocerlos y distinguirlos de los otros: el amor a la Virgen, la obediencia al Papa y vuestro celibato.

De los valles del Ura Kanis, cerca de Nagasaki, salieron hasta doce mil cristianos, después de tres siglos sin sacerdotes y sin misioneros llegados de fuera. A plena luz, habían vivido como en catacumbas dentro del mundo pagano.

Por fuerza hemos de remitir aquí a la lección 111 con que acabamos la Edad Nueva. La predicación primera en el Japón fue la de San Francisco Javier en 1549. Siguiéron las misiones espléndidas —a los sesenta años de evangelización llegaban al medio millón los católicos japoneses—, y los mártires eran también innumerables. En la fiesta de los Mártires del Japón, 6 de Febrero, figura a la cabeza el jesuita **San Pablo Miki** por ser sacerdote nativo, pero fueron veintisiete los de aquel grupo de Nagasaki: tres jesuitas, cinco franciscanos, entre ellos el protomártir mexicano San Felipe de Jesús, y diecisiete laicos, terciarios franciscanos, entre hombres, mujeres y jovencitos. Apresados, llegan a la colina de Nagasaki en que iban a ser crucificados. Tomás Cozaki, de sólo catorce años, agarrado a su padre, le dice al verdugo que le corta la oreja: -Córtala más arriba, y emborráchate de sangre cristiana... Colgados todos en sus cruces, son traspasados con lanzas. Los niños Luis Ibarki,

de once años, y Antonio de 13, repetían festivos: “¡Jesús, María!”..., y le gritan al Superior de los Franciscanos: -¿Padre, podemos empezar el canto “Alabad, niños, al Señor”, que ensayamos en el convento?... El Padre Pedro Bautista Blázquez no les pudo responder, porque ya estaba muerto. Estos mártires fueron canonizados por el papa Beato Pío IX el año 1862 en una celebración que se hizo célebre, con la asistencia de unos 300 obispos de todo el mundo. Eran nada más que un símbolo de los miles y miles de mártires japoneses. Cifras fidedignas de la persecución iniciada en 1597 hasta la rebelión de Shimabara en 1637, dan 4.045 ejecutados y 847 muertos en las cárceles.

De esos innumerables mártires, el papa Juan Pablo II canonizaba en 1987 a otro grupo en el que destacaba Santa **Magdalena de Nagasaki**. En Nagasaki se hace famosa la colina de los mártires. Las ejecuciones en masa se realizaban todas públicamente, como aviso para los que no apostaran de la fe católica. Las torturas normales eran la crucifixión, la muerte a fuego lento, pero precedida la muerte por suplicios terribles: como el meter a las víctimas en aguas sulfurosas, que pudren las carnes; el clavarles en las uñas agujas de metal o astillas de caña de bambú; y otros que ni la lengua ni la pluma se atreven a relatar...

Fue célebre la ejecución de 67 cristianos en el año 1622. Sacados de las jaulas que les hacían de prisión y llevados a la colina de los mártires, a 25 de ellos —17 de los cuales eran sacerdotes— se les ata a los postes para quemarlos vivos a fuego lento. La multitud de espectadores cristianos pasaba de 30.000 ó de 40.000, que con cantos y salmos los animaba a morir valientemente. Todo un triunfo. Así mueren los padres y hermanos de Magdalena.

Huérfana y solita, los Misioneros Agustinos se hacen cargo de la ella, la cual se convirtió en la mejor catequista. Hasta que un día mueren mártires también los Padres Agustinos en el nuevo suplicio que han inventado los verdugos: la *horca* y *hoya*, un tormento atroz. Atados los brazos y piernas como una momia, la víctima era colgada cabeza abajo sobre un hoyo lleno de inmundicia, y en la hoyo se metía nada más que la cabeza y el pecho. La respiración era insoportable. Para no morir rápidamente congestionados, se les hacía una pequeña incisión en las sienes, y de este modo el suplicio se alargaba por varios días.

Magdalena, a sus veintitrés años es una chica elegante, de familia noble, cariñosa, querida de todos. Las autoridades la respetan y los jueces le proponen: -Eres de familia noble. Joven y bella, te devolvemos los bienes confiscados, y, además, te vas a casar con uno de los principales señores, que te pretende... Al no renegar de la fe, Magdalena es destinada a la *horca* y *hoya*. Va alegre, feliz, al frente de otros diez compañeros que la llaman “La Capitana”. Lo que nadie se explica es cómo esa muchacha delicada pudo aguantar colgada en la *horca* y *hoya* trece días y medio. Tiene todavía humor para preguntar irónica a los verdugos: -¿Quieren oírme un cantar?... Y, sin más, la simpática joven estalla en alabanzas a Dios.... Hacia el fin ya de los trece días de tortura, exclama: “¡Tengo sed!”. Como Jesús. Los verdugos se compadecen y le ofrecen un vaso de agua. -¡Oh, no! No tengo sed de esa agua, sino de la que me va a dar Cristo Nuestro Señor... Muere Magdalena. Y para evitar que los cristianos la veneren, queman el cadáver y hacen desaparecer las cenizas.

Abierto el Japón a cañonazos en el siglo XIX por norteamericanos e ingleses protestantes, se hace indiferente, escéptico, y aunque entran los misioneros católicos, la Iglesia avanza muy lentamente. Aquel primer misionero Padre Petitjean, ya obispo, ordenaba en

1883 a los tres primeros seminaristas nativos y en 1893 eran 19 los sacerdotes. Hoy, toda su Iglesia está en manos de obispos japoneses.

China. Ya hablamos algo de ella en la lección 111. A pesar de las persecuciones anteriores, la Iglesia no había muerto, y para comienzos del siglo XIX había unos 300.000 católicos. Durante todo ese siglo hubo persecuciones sueltas, pero continuamente repetidas. Total, que acabó el siglo diecinueve con 82 Vicariatos Apostólicos, 471 sacerdotes chinos, 350 religiosas nativas y 730 extranjeras. Como vemos, números considerables. Pero vino la persecución de los Boxers en 1899-1900, y causó verdaderos estragos en las misiones. Murieron asesinados 5 obispos, 30 sacerdotes, 10 religiosas, 4 Hermanos, todos ellos extranjeros. Y de los nativos, más de un centenar entre sacerdotes y religiosas, con unos 30.000 cristianos en total. En 1912, por intervención de Francia, se abrió China a Occidente y las misiones empezaron a florecer en gran manera. Los católicos habían ascendido en 1930 a 2.251.000 con 3.396 sacerdotes.

Pero al final de la Segunda Guerra Mundial se echó encima el comunismo de Mao Tse Tung y, desde entonces, la Iglesia China o se somete a las autoridades comunistas en plan de cisma o ha de vivir en condición de catacumbas. Todos sabemos el tira y afloja continuo entre el Vaticano y las autoridades civiles comunistas con su “Iglesia Patriótica”. Sin embargo, la fidelidad en absoluto al Papa suma actualmente unos 12.000.000 de católicos, y dicen que son unos 150.000 los que cada año se bautizan.

Las persecuciones del siglo XIX y la de los boxers produjeron muchos mártires, que la Iglesia tiene canonizados, la mayoría de ellos laicos de toda condición. Encabezan las listas *San Francisco Fernández de Capillas* y *San Pedro Sanz*, dominicos españoles; *San Gabriel Taurin Dufresse* y el jesuita *San León Ignacio Mangin*, franceses; *San Gregorio Grassi*, italiano. Un total de 109 Santos Mártires canonizados entre los muchos miles que murieron por su fe católica.

San Francisco Fernández de Capillas es el primero de los mártires de China en la Edad Moderna, pues moría en 1648, independiente de los catorce de su lista, pertenecientes al siglo diecinueve. Voluntario para Filipinas, trabajó allí diez años, y al fin se trasladó a China. Llamado por sus cristianos “el santo Capillas”, es arrestado cuando regresaba de atender a los enfermos, es juzgado y condenado por su fe y amor a Jesucristo. Dos meses de tormentos, desembocan en su degollación el 5 de enero de 1648. Había dicho ante el juez: “Yo nunca he tenido otra casa que el mundo, ni otro lecho que la tierra, ni otro alimento que el pan que cada día me ha dado la Providencia, ni otra razón de vivir que trabajar y sufrir por la gloria de Jesucristo y por la felicidad eterna de los que creen en su nombre”.

Tanto mártir hace soñar mucho en China. Aquel “sangre, semilla de cristianos” sigue siendo una verdad de a puño en la Iglesia. Es imposible que quede infecunda ante Dios.

136. VIETNAM Y COREA

Filipinas aparte, casi del todo católica, las dos Iglesias hoy más llamativas del Asia son Vietnam y Corea. Una mirada a naciones tan prometedoras.

Vietnam. Aunque bajo régimen comunista, tiene una Iglesia pujante, por más que le falta la libertad *plena* para su desenvolvimiento. La Iglesia vietnamita está llena de gloria por sus muchos mártires, 117 de ellos declarados Santos por el Papa Juan Pablo II el 19 de Junio de 1988 en la canonización más grande habida hasta ahora. Pero, antes de meternos en martirios tan gloriosos, unas palabras sobre la historia de la Iglesia en Vietnam, la antigua colonia francesa de Cochinchina y Tonkin.

Ya en el siglo XVI fueron desde Filipinas los primeros misioneros dominicos y franciscanos; pero el primer misionero de gran importancia fue el jesuita francés Padre Alexandre de Rhodes; expulsado, en Francia y Roma se convirtió en el iniciador del Seminario para las Misiones Extranjeras de París. La misión —que abrazaba Tonkin, Annam y Cochinchina—, prosperó, de manera que en 1800 contaba con 300.000 cristianos y en 1900 con más de 700.000, a pesar de las persecuciones que siempre sufrió. Hoy Vietnam ronda los 6.000.000 de católicos, en 3 arzobispos, 26 diócesis y con unos 2.250 sacerdotes.

La Iglesia vietnamita conoce la persecución desde sus inicios. Ya en 1630, Francisco, empleado en la corte real, se convertía en el protomártir al ser decapitado. Pero las grandes persecuciones vendrían con el siglo XIX, sobre todo desde 1833 a 1883, ordenadas por el sanguinario Tu-Duc. De los 117 que el Papa Juan Pablo II canonizó en Junio de 1988, había 8 obispos y 50 sacerdotes, once de ellos dominicos españoles y diez franceses de las Misiones Extranjeras de París; los demás, sacerdotes nativos; entre los 59 laicos había catequistas, militares, médicos, campesinos, pescadores... Entre tanto mártir no había más que una mujer, **Santa Inés Lè Thi**, madre de seis hijos, a los que formó en una profunda piedad cristiana. Las mujeres no podían ser condenadas a muerte, pero Inés había cometido el gran delito de esconder a los misioneros perseguidos. Descubierta su traición, es apresada, torturada y metida en una cárcel horrible, donde murió a causa de increíbles sufrimientos.

Las persecuciones de Vietnam —antiguos Tonkin e Indochina— se caracterizaron por una crueldad increíble. Sus reyes bailaban al compás de los consejeros, que recelaban de la pureza de la religión católica ante la corrupción que ellos vivían, como la poligamia y los negocios sucios. Las razones que presentaban a los diversos reyes eran siempre las mismas:

-Está en peligro nuestra religión tradicional. O se toman medidas fuertes, o Confucio va a ser sustituido por ese Jesucristo que predicán esos extranjeros. ¿Y los espíritus de nuestros antepasados? Están enojados, y por eso nos vienen estas calamidades. La culpa la tienen esos cristianos, a los cuales hay que hacer volver al buen camino...

Y se iniciaron las terribles persecuciones bajo la orden tajante:

-Todos los cristianos deben ser concentrados en las poblaciones no cristianas, las mujeres separadas de sus esposos y los niños de sus padres. Los pueblos cristianos deben ser destruidos, y sus propiedades distribuidas entre otros. Todo cristiano debe ser marcado en su frente con esta inscripción: “Falsa religión”.

Muchos fueron decapitados, otros, estrangulados o fallecidos en las mismas cárceles a causa de las torturas por negarse a pisotear el Crucifijo o no abandonar su fe católica. Las

listas de los mártires canonizados van encabezadas por el sacerdote Andrés Dung-Lac; el seminarista de 18 años Tomás Tran-Van Thien; el catequista y padre de familia Manuel Le-Van-Phung; los obispos españoles Jerónimo Hermosilla y Valentín de Berriochoa. En las listas no figuraban todos los mártires de Vietnam, ni mucho menos. Las persecuciones contra los cristianos habían causado decenas de miles de mártires. Fueron sometidos a riguroso proceso para la glorificación por la Iglesia más de 1700. Al fin se redujeron a los 117 Mártires que hoy lucían en la fachada de la Basílica Vaticana. Entre ellos, once misioneros españoles, diez franceses, treinta y siete sacerdotes nativos de Vietnam y cincuenta y nueve laicos, hombres y mujeres de familia, cuyos nietos o biznietos llenaban de colorido oriental en este día la Plaza de San Pedro y las calles de Roma. Los Misioneros eran sobre todo Dominicos o miembros de las Misiones Extranjeras de París.

Los obispos, los misioneros, los sacerdotes fueron las víctimas más codiciadas. Encarcelados, las torturas eran inaguantables. Normalmente eran encerrados en una jaula estrecha, de la cual sólo salían para ser degollados públicamente después de recorrer entre insultos las calles atestadas de gente. Pero el espíritu de los confesores de la fe rayaba a la mayor altura. Hay que oír a los mismos mártires.

Santo Domingo Henares escribió a una sobrina suya, y le incluía en la carta una oración para que la rezara cada día por su tío: “Concede a mi tío la gracia de derramar su sangre y dar su vida por tu amor en testimonio de su fe”.

San José Fernández, con setenta y cinco años encima, paralítico de ambas manos y de medio cuerpo, es encerrado en la jaula y, metido en ella, es llevado de tribunal en tribunal entre insultos de los soldados y de la chusma, igual que Jesús en el día de su pasión.

San José Sanjurjo, escribía: “Estoy sin casa, sin libros, sin ropa. No tengo nada. Pero soy feliz por verme digno de parecerme un poco a Nuestro Señor, que dijo no tenía donde reclinar su cabeza”.

San Mateo Alonso, al recibir el indulto, mientras que su compañero San Francisco Gil resultaba condenado, pide con enorme lealtad: “¿Qué es eso? ¿Indultado yo, y mi compañero condenado? Yo soy maestro de la religión cristiana como él. Por lo mismo, o nos libran a los dos, o a mí me matan con él”.

San Francisco Gil ya había dado su gran testimonio. Como no lo encontraban, apresaron a varios cristianos que llevaban presos en un barco. Y se enfrenta con los guardianes, con un gesto igual que el de Jesús en el Huerto: -¿No me buscaban a mí? Pues, aquí estoy. ¡Y dejen libres a estos cristianos inocentes!

Destaca entre los mártires el sacerdote francés **Teófano Venard**, a quien había hecho ya famoso Santa Teresa del Niño Jesús, la cual, por la lectura de las cartas de este misionero y mártir, se entregó a orar y sacrificarse por los misioneros en su monasterio de Lisieux, y le mereció ser declarada por Pío XI Patrona de las Misiones junto con San Francisco Javier.

Corea del Norte, plenamente comunista, no cuenta sino con unos 800 católicos, mientras que antes llegó a tener 55.000. Habrá que esperar el día dichoso en que llegue la unión nacional antigua para que cambien las condiciones de la cristianización en un pueblo tan valioso. Por ahora, no se respira ni se vive sino el comunismo más puro.

Corea del Sur, por el contrario, tiene una Iglesia envidiable. Con plena libertad religiosa, en nuestros días ha llegado ya a los 5.000.000 de católicos y va en aumento constante.

La entrada del Evangelio en Corea es todo un caso. Por el año 1783, un muchacho que estudiaba en China conoce el Cristianismo, se bautiza, regresa a su tierra, y en 1793 había convertido a unos 4.000 paisanos suyos. Mucha ignorancia, desde luego, al no haber ni un solo sacerdote, aunque el obispo de Pekín, al saberlo, les envió al sacerdote chino Tsuei. Al entrar en 1830 los Padres de las Misiones Extranjeras de París, no partían de cero. Por descripciones que queramos hacer, vale por todas lo que escribe el primer misionero y obispo Padre Imbert: “No permanezco más que dos días en cada casa en que reúno a los cristianos, y antes de que amanezca el tercer día paso a otra casa. Me toca sufrir mucha hambre, porque después de haberme levantado a las dos y media de la noche, debo esperar hasta el mediodía para recibir entonces una comida mala y floja, en este clima seco y hostil, lo cual no es nada agradable. Después de comer, reposo un poco y a continuación doy clases de teología a mis seminaristas. Después, a oír confesiones hasta la noche. Me acuesto a las nueve sobre la tierra, cubierta de un tapiz de lana de Tartaria, porque en Corea no hay camas ni mantas. He tenido siempre un cuerpo débil y enfermizo, a pesar de lo cual he llevado adelante una vida laboriosa y bien ocupada; pero aquí pienso haber llegado a lo superlativo y al *no más allá* del trabajo. Se pueden imaginar que con una vida tan penosa no tengamos miedo al golpe del sable que debe terminarla”.

La persecución había comenzado en 1839, se repetía en 1846, y tenía un segundo epílogo en 1866. El Papa Pío XI, al beatificar a los primeros Mártires de Corea, dejaba escrita una página estremecedora:

“Eran nobles y plebeyos, jóvenes y viejos, mujeres ya maduras y jóvenes en la más florida edad, que prefirieron las cárceles, los tormentos, el fuego, el hierro, las cosas más extremas a trueque de no apartarse de su santa religión... Unos fueron ahorcados, a otros les rompieron las piernas, otros fueron azotados hasta la muerte, otros quemados con planchas ardientes, otros enterrados vivos en nichos para que murieran de hambre... Ni las cárceles largas y horribles, ni los tormentos más crueles, fueron capaces de superar la fortaleza y firmeza de aquellos mártires”.

El Gobierno levantó una alta columna sobre un monumento que proclamaba con tono altisonante y orgulloso: “Aniquilada la religión perversa”. ¿Era verdad esto? Se lo creían los perseguidores. Pero cuando en 1886 llegó el decreto de la libertad religiosa, en Corea aparecieron las comunidades católicas medio clandestinas, y hoy los católicos pasan holgadamente los cinco millones sólo en Corea del Sur, con un aumento anual de unos 130.000. De aquella multitud de mártires, el papa Juan Pablo II canonizó en su viaje a Corea el año 1984 a 102 mártires de toda edad, sexo y condición, encabezados por el primer sacerdote coreano Andrés Kim Taegon y aquel obispo Imbert que nos ha relatado su vida heroica.

Vivimos de la esperanza en aquellas Iglesias del Extremo Oriente. Son muchos millones los que esperan oír el Evangelio. Y la sangre de tanto mártir no quedará infecunda...

137. POR LA LEJANA OCEANÍA

Son muy interesantes sus misiones, aunque conocidas muy poco, perdidas como están en el inmenso Pacífico.

Era la víspera de Navidad de 1836, y en L'Havre, el puerto del Norte de Francia, se embarcaban los primeros misioneros Marianistas rumbo a las misteriosas islas de Oceanía. Hoy eso no constituiría ninguna aventura. Pero en los primeros años del siglo diecinueve era una empresa reservada a unos hombres con fibra de héroes.

Van capitaneados por el primer Vicario Apostólico nombrado por el Papa para aquellas tierras desconocidas, Mons. Bataillon, y el santo Padre Colin les arenga con ardor:

-¡Animo, mis queridos hermanos! No olviden que la Reina del Cielo marcha a su cabeza y que van a luchar a la sombra de su estandarte. Tengan siempre su dulce nombre en los labios y sobre todo en el corazón. Con María, no podrán sucumbir.

Durante la Misa de despedida, el nuevo Vicario Apostólico sostenía en sus manos un corazón de plata dorada y en él inscritos los nombres de los expedicionarios. Uno de los misioneros y futuro mártir colocaría después este corazón en el cuello de la Virgen Milagrosa, suspendida en un árbol de su misión. María iba a ser el gran secreto del éxito en aquellas misiones tan difíciles, que tenían su principio en esta gloriosa expedición.

Los misioneros de ahora iban enviados por el mismo papa Gregorio XVI (lección 128), que se preguntaba angustiado desde hacía tiempo: -¿Y Oceanía?... El Padre Colin, no lo dudó un instante: -¡Nosotros!... El Papa le aprobó en Septiembre de aquel 1836 su Congregación de "Sacerdotes de la Sociedad de María" o Padres Mariani ustas, y ahora marchaban a lo desconocido, al Vicariato Apostólico que comprendía Nueva Zelanda, las Islas Friendly, las Navigator, Gilbert, las Marshall, las Fidji, Nueva Caledonia, Nueva Guinea, Sa-lomón, Wallis, Samoa... No sigamos contando islas de Micronesia, Melanesia y Polinesia.

Con un total de unos 28 millones de habitantes, los católicos son actualmente unos 7.760.000 en 77 diócesis con 112 obispos —entre ellos 74 locales, algunos de los cuales son descendientes de aborígenes—, 5.000 sacerdotes, 2.152 religiosos no sacerdotes, 12.137 hermanos, 231 laicos misioneros, 6.800 catequistas. Este cuadro estadístico nos muestra una Iglesia bien arraigada y con una estructura que permite mirar con esperanza el largo camino que aún queda por recorrer. Existen cuatro Conferencias Episcopales —Australia, Papúa, Nueva Guinea y Nueva Zelanda— agrupadas en una Federación muy unida.

Independientes de estas misiones, en el siglo XVII ya habían recibido el Evangelio algunas islas del Pacífico. Las **Marianas** fueron la gloria del mártir jesuita Beato Diego de San Vitores. Noble castellano de Burgos, partió desde Acapulco en México a Guam para misionar el archipiélago que, en honor de la Virgen María y de la reina María de Austria, lo llamó las Islas Marianas. En el pueblo de Tomhom, el Padre Diego y su catequista Pedro Calungsod, fueron precipitados al mar en el año 1672 por algunos apóstatas y nativos paganos. Siguieron en la evangelización las **Carolinas**. Los misioneros españoles se desplazaban desde México y las Filipinas. Para 1670 ya hablaban de unos 30.000 bautizados en las 13 islas del archipiélago.

Volvemos a la expedición de los Marianistas, y tomamos como el ejemplo más destacado entre aquellos misioneros tan valientes al Padre **Pedro Luis Chanel**, destinado a la isla de Futuna, en las Fidji, que llevaba fama de ser la más salvaje de todas. Tiene consigo a un hermano laico, misionero de gran talla y abrasado también de celo apostólico. No conocen la lengua indígena y no hay nadie que les enseñe una palabra. Por esta causa, los principios van a estar llenos de dificultades casi insuperables.

La primera visita fue al palacio real, una choza privilegiada donde el rey de la isla recibe a los misioneros con agrado. Ofrece en su honor una fiesta típica y los hospeda en su propia mansión —una cabaña algo más grande que las otras— donde los misioneros han de compartir la vida durante varios meses con toda la parentela del monarca, numerosa porque es polígamo y todo... No cuentan para descansar sino con una estera sobre el suelo en un rincón, y una comida al día a base de alimentos que les imponen un sacrificio total.

Ya en su puesto, Chanel realiza su primer sueño después de la fiesta ofrecida por el rey. Se arrodilla, consagra la isla a la Virgen María y, como signo de la consagración, cuelga de un árbol la medalla de la Inmaculada: “¡Virgen María, en tus manos me pongo! Ahora te toca a ti!”... Y Futuna —la isla de veinte kilómetros de larga y cuatro de ancha— quedaba definitivamente bajo la protección de la Reina del Cielo.

El día de Navidad celebró el Padre en su cabaña la primera Misa de Futuna. Todo un éxito la admiración que suscitó, empezando por la del rey, que con ella empezaba a ponerse celoso. Bautizos, solamente algunos de niños moribundos, a los que el Padre bautizaba sin que nadie entendiera nada. Pero empezaron los catecúmenos apenas el Padre supo expresarse en la lengua de la isla, y el rey ya no aguantó más. Sobre todo, cuando su hijo declaró abiertamente: -Sí, soy catecúmeno y quiero hacerme católico.

El rey le hizo imposible la vida al Padre para que se marchara de la isla, hasta que en 1841 se decide por lo peor. Varios emisarios, a golpes de maza y con un hacha, acaban con la vida del Padre Chanel en su propia cabaña. Pero al morir, se reproduce el fenómeno del Calvario: una convulsión de la tierra, una nube misteriosa, una oscuridad de la que emerge como una cruz luminosa, y el pánico se extiende entre todos los habitantes. El rey moría al cabo de poco por una enfermedad muy rara, interpretada por todos como castigo de Dios.

Todos los habitantes piden ser instruidos en la fe y forman el nutrido catecumenado. En muy poco tiempo, Futuna era toda católica, la isla más católica de toda Oceanía. El primer mártir de aquellas innumerables islas sería canonizado por la Iglesia y hoy San Pedro Luis Chanel es el Patrono de toda Oceanía. Era la última palabra de Dios. La vida misionera de este apóstol, un fracaso total; su muerte, el éxito más rotundo y clamoroso...

El Beato **Juan Mazzucconi** —tres hermanos más sacerdotes y cuatro religiosas—, del Seminario de Misiones Extranjeras de Milán, será el próximo mártir de Oceanía en la misión de Woodlark. Estaba con la tripulación en el puente de una goleta, uno de los jefes isleños sube al barco aparentando querer saludarlo, lo derriba con un golpe de hacha en la cabeza, y su cadáver paraba en el fondo del mar.

Otro mártir más, el Beato **Pedro To Rot**, tan joven y simpático, catequista en una isla de Guinea, casado y con tres hijos. Invadida la isla por los japoneses en 1942, todos los misioneros fueron apresados mientras To Rot permanecía animando a los cristianos para que se mantuviesen firmes en su fe, ya que los invasores los quisieron hacer volver a su antiguo

paganismo y obligarlos a asumir la ley de la poligamia. Hecho prisionero el valiente catequista, era ejecutado en Julio de 1945.

Al hablar de las misiones de Oceanía viene sin más a la mente la figura más destacada de todas, el misionero belga de los Sagrados Corazones, **San Damián de Veuster**, el apóstol de Molokai, una isla entre Honolulu y las Hawai. Llevaba en ésta seis años y el obispo propone ir a Molokai por orden, turnándose por pocos meses para evitar el peligro de contagio. Y Damián: “Ya voy yo, y allí me quedo para siempre”... Le esperan dieciséis años de trabajo inconcebible, “enterrado con los leprosos” en una isla a la que llaman el “cementerio viviente”. No le importa: “El ver lo que las almas han costado a Jesucristo, debe inspirarnos el mayor celo por su salvación. Debemos darnos a todos sin excepción. Debemos darnos sin reserva. La medida de nuestro celo es la misma medida del celo de Jesucristo”.

No tendrá ni cama para dormir, sino una estera sobre el suelo de su choza, enteramente igual que la de sus enfermos. Las autoridades habían escogido Molokai para instalar allí a los leprosos de las islas. Durante los dieciséis años de Damián en aquel cementerio viviente ingresaron 3.137 leprosos, de los cuales murieron 2.242 en esos mismos años. Los enfermos eran católicos, protestantes, mormones. Damián no hacía distinción alguna entre ellos.

La vida moral en la isla es tan fatal como la salud. Como los leprosos no tienen otro quehacer que esperar la muerte, no hacen otra cosa que comer, tomar, dormir y divertirse, casarse y descasarse para unirse de nuevo con quien les viene mejor, pues el adulterio y el concubinato estaban a la orden del día... El Padre Damián comprende, aguanta, hace lo que puede. Dicen los testigos: “Tocó a los enfermos, los abrazó, vendó sus heridas, amputó cuando fue necesario sus dedos y sus pies, compartió con ellos su pipa, rió con ellos, jugó con sus hijos enfermos, no mostró ningún signo de repulsión ante sus desfiguraciones”. Y escribe él mismo: “Resultaba repulsivo verlos, pero tienen un alma rescatada con la sangre del Salvador... Ayer por la mañana, después de auxiliar a un leproso en su pequeña jaula, fui a casa como un borracho, no podía tenerme en pie, porque su aliento fétido había afectado mi cerebro”.

Como no había nadie para hacer las cosas, el Padre fue con los leprosos su doctor, su enfermero, su abogado, su maestro, su carpintero, su pintor, su jardinero, su cocinero, su sepulturero, hasta ser llamado, con frase que se hizo famosa, “el hombre de los treinta y seis oficios”, y las autoridades le calificaran de “obstinado, cabezón, brusco e impertinente”.

Ante aquella vida tan dura, se animaba a sí mismo con estas palabras llenas de humor: “¡Animo, muchacho, que aquí vas a estar toda tu vida!”...

Hasta que él mismo contrajo la lepra, que le desfiguró horriblemente la cara, le imposibilitó la mano derecha que hubo de sostener en un cabestrillo, y con la izquierda igualmente destrozada hubo de valerse para todo. A sus cuarenta y nueve años acababa la vida este héroe de la caridad, con fama mundial y gloria imperecedera de las Misiones Católicas.

138. LAS MISIONES DE ÁFRICA

Al hablar de “las misiones”, nos viene sin más a la mente la palabra “Africa”, y con toda razón.

El continente dormido: esto había sido África durante siglos y siglos. Para los Romanos, sólo era conocido el Norte, que se extendía desde Egipto en el Este a Numidia y la Mauritania en el Marruecos actual. El África subsahariana era desconocida del todo. En los siglos XV y XVI, portugueses y españoles bordearon el África por el Atlántico, llegaban a Madagascar, se dirigían a la India por ese itinerario e introdujeron algunas misiones en el continente. Hasta que en el siglo XIX vinieron los grandes descubrimientos con los exploradores ingleses Livingstone y Stanley desde 1841 a 1873, los cuales se metieron audazmente en el “África interior”, que así se abría para la civilización y —lo que más nos interesa a nosotros— para el Evangelio.

La Iglesia africana del Imperio Romano fue gloriosísima, como sabemos por las primeras lecciones de nuestro Curso: muchísimos cristianos; varios Papas, y obispos insignes a montón; mártires esclarecidos, y monjes anacoretas incalculables. De no haber sido por la fatalidad del Islam, aquella Iglesia hubiera seguido esplendorosa como antaño. A partir de entonces, África se ha convertido para 1962-1965 —cuando nosotros acabamos nuestro Curso de Historia—, en un continente con unos 370.000.000 de habitantes, de los cuales son musulmanes unos 153.000.000, y los católicos unos cincuenta millones, aparte de los muchos cristianos de tantas denominaciones protestantes.

Esto ERA la Iglesia africana al final de nuestro Curso en 1962-1965. Pero nos vemos obligados por fuerza a decir lo que es HOY, cuando dictamos nuestro Curso en 1911. Las estadísticas han variado de modo espectacular, empezando por la de los habitantes que está en los 750 millones. Pues bien, nos dicen que los católicos llegan a más de 120 millones, cuando a principios del siglo pasado, en 1900, eran sólo millón y medio. Los sacerdotes nativos son ahora más de 15.500; los obispos también indígenas han sobrepasado los 400 y 14 han sido elevados al cardenalato; los seminaristas mayores, la máxima esperanza, son más de 17.000; y los catequistas, importantísimos desde siempre en las Iglesias de África, superan los 340.000. Es cierto que van a ella misioneros de todas partes, más de 1.700; pero también exporta a otras partes más necesitadas del mismo continente, y hasta fuera de África, a más de 2.500.

La Iglesia africana vive un momento de especial importancia, y da testimonio de una actividad que casi no entendemos. Porque, actualmente, la Iglesia mantiene 964 Hospitales, 5.018 Dispensarios, 270 Leproserías, 655 Hogares para ancianos y minusválidos, 791 Orfanatos y 2.036 Jardines de Infancia.

Todo esto, con estadísticas al escribir estas líneas en el 2011, sabiendo que dentro de muy poco tiempo ya no van a valer.

Nadie niega que no todo son laureles y rosas en África, mirada lo mismo civilmente que religiosamente. Los problemas que ofrece el continente son todavía muy graves. No se emerge de la vida incivil a la cultura superior en un año ni en un siglo. Nos basta a nosotros recordar las primeras lecciones de nuestro Curso sobre los bárbaros o Pueblos del Norte

durante los siglos quinto al décimo. Con los medios modernos de comunicación e intercambio el avance es mucho más acelerado, y Africa no tardará en ser un modelo envidiable.

La Iglesia del África “interior” o “central” tuvo la suerte de contar desde un principio con apóstoles abundantes y muy insignes. Tierras colonizadas y *evangelizadas* por Portugal y España, como Angola, Sao Tomé y Guinea, pronto se hicieron católicas. Pero hoy son todas las naciones africanas sin excepción las que se abren a la fe cristiana: hay que ver lo que son Nigeria, Gabón, República del Congo, Uganda, Tanzania, Mozambique, Madagascar..., todas. No podemos particularizar, ni países ni apóstoles ni santos *sin cometer injusticias* al silenciar a muchos de primerísimo orden.

San Daniel Comboni, sin embargo, debe ser destacado sobre todos los evangelizadores africanos del llamado gigante dormido. Daniel Comboni fue un sacerdote italiano que sintió desde joven la vocación misionera, enfocada desde un principio al Africa Central, a la que iba lleno de ilusiones el año 1857, y en la cual dejaría su vida, deshecha del todo, en poco más de veinte años.

Al empezar las naciones europeas la explotación del Africa, miraron el continente como una inmensa finca llena de recursos y de materias primas. Para ello, no se detuvieron en barras, y vino la opresión, humillación y explotación de los africanos, sometidos a inicua esclavitud. Comboni los miraba con otros ojos: “¡Son seres humanos! ¡Son almas redimidas por Cristo! ¡Y hay que salvarlos!”.

El viaje primero de Comboni y sus compañeros ya fue una aventura sin igual. Cuarenta días desde El Cairo por el Nilo para dejar Egipto, dos meses para atravesar en camello el desierto de Nibia y llegar al primer puesto de misión. Aquí, a construir cabañas, aprender a guisar unas comidas que no les iban, a estudiar las lenguas nativas, a aprender a sobrevivir en medio de privaciones sin cuento... Un gran misionero, que allí había perdido su juventud, cae en la brecha con estas palabras: “Aunque sólo quede uno de vosotros, que no se retire. Dios quiere la misión africana y la conversión de los negros. Yo muero con esta certeza”. Daniel Comboni lo sabe, y traza su grito de guerra:

“¡Africa o muerte!”...

Los franciscanos mandaron un grupo abundante de misioneros, pero en menos de dos años ya habían muerto veintidós en aquella imposible misión africana. Comboni cae también enfermo, y, para salvarlo, le hacen regresar a Europa. Un viaje providencial. Soñando en la querida misión, funda los Misioneros del Sagrado Corazón y las Misioneras de la Nigrizia, a la vez que traza su famoso “Plan para la Regeneración de Africa”. El Papa se decide a abrir el Vicariato Apostólico en Africa Central y nombra al primer obispo en la persona de Daniel Comboni. ¡Vaya carga que a éste le viene encima! Un territorio con unos cinco millones de kilómetros cuadrados... Viven aún sus cristianísimos padres, que le despiden gozosos en medio de sus lágrimas: “¡Vete, hijo!”... Desde la misión escribirá a su madre:

“Si vieses, querida mamá, las miserias que hay en estos lugares, aunque hubieras tenido cien hijos los hubieses dado todos a Dios. Da gracias al Señor, que te ha concedido la gracia de darle todo lo que tenías. Sí, querida madre, le eres a Dios sumamente querida, y yo me glorío de tenerte por madre”. Cuando reciba la noticia de la muerte de la madre, escribirá: “Yo exulto de júbilo, porque ahora tengo a mamá más cerca que nunca”.

Daniel sólo siente ya a Jesucristo: “Tendremos que fatigarnos, sudar, morir; pero la idea de que se suda y se muere por Jesucristo y por las almas más abandonadas del mundo es demasiado dulce como para que podamos desistir de la gran empresa”.

Sus viajes resultan terribles, como escribe sobre uno de ellos, cuando nos cuenta:

“Hace ya cuarenta y cinco días que salí de El Cairo. La navegación por el Nilo ha sido penosa y ahora me encuentro al comienzo del gran desierto. Necesitaría al menos cien camellos, y sólo hay unos pocos, hambrientos y cansados. Este año no ha caído ni una gota de agua, el nivel del Nilo está tan bajo que hay carestía y los camellos mueren de hambre. Voy a necesitar todavía mes y medio para llegar a mi residencia principal de Khartum, y los camellos están que no soportan más peso. Soy el hombre más abrumado del mundo: doble trabajo, doble gasto, doble peligro y doble incertidumbre. Escribo a la sombra de una gran acacia que actualmente nos sirve de palacio. A diez pasos del baúl sobre el que escribo, hay 45° grados de calor. Esta es nuestra situación. Yo, mis misioneros, las cinco Misioneras de la Nigrizia que son verdaderos ángeles, estamos en las manos de Dios”.

Pero se siente feliz en medio de tanta privación, porque confía sólo en Dios, y comenta con gracia y buen humor: “Quien confía en sí mismo confía en el mayor asno de este mundo. Toda nuestra confianza está en Aquel que murió por los negros”. Y a estos negros redimidos por Jesucristo, les lanza su grito exaltado: “¡Yo soy vuestro padre, y vosotros sois mis hijos!”...

En un viaje muy duro, le sorprende una tempestad imponente y ha de dormir sobre una colchoneta totalmente empapada en agua. Fiebres, insomnio, molestias de todas clases, lo postran en el lecho para no levantarse más.

“Moriré con el nombre de Africa en los labios”, había escrito.

Y Comboni muere a los cincuenta años de edad en Octubre de 1881. Sus últimas palabras a sus misioneros y misioneras, son las de un profeta lleno de esperanza:

“Tened ánimo y no os rindáis jamás. Yo muero, pero mi obra no morirá”.

¡Y claro que no ha muerto! A menos de cien años de distancia, como hemos visto, más abajo del desierto del Sahara la Iglesia está llena de vigor en todos los países del Africa. Conforme a las palabras de Comboni en su famoso Plan, “Africa se salva por medio de Africa”. Así lo reconocía el Papa Pablo VI en su viaje por las tierras de *El gigante dormido*:

“Desde ahora, vosotros los africanos sois los evangelizadores de vosotros mismos”.

Por las estadísticas anteriores, vemos que el Papa sabía bien lo que se decía. Van muchos misioneros a África, pero los misioneros mejores son sus propios hijos.

Era el sueño de Daniel Comboni. Dios se encargó de darle toda la razón.

Después de ofrecer la imagen de su gran apóstol, ahora nos toca contemplar las flores de martirio y de santidad que ha producido y sigue produciendo el África católica, la cual no se queda atrás de las Iglesias más fecundas del mundo.

139. MÁRTIRES Y SANTOS AFRICANOS

No traemos muchos, naturalmente, sino algunos de los que están en los altares ya canonizados o beatificados.

Los Mártires de Uganda, entre los años 1887-1889, rompen la marcha siempre que se habla de los santos de África, y que arrancan la admiración y el cariño de todos.

El joven rey Muanga —al principio muy favorable a la nueva religión— escucha el consejo de su primer ministro: -Esos cristianos católicos te van minar tu poder, y además no te van a servir para disfrutar de la vida... El rey era homosexual, y ya está dicho todo.

Ante la negativa de sus jóvenes cortesanos, el rey decreta la persecución sangrienta: han de morir “todos los que rezan”. Se ha hecho famosa, y se comenta tanto, esta definición de los católicos negros ugandeses: “*Los que hacen oración*”. Nunca se ha podido saber el número de los que cayeron bajo los más atroces tormentos. La Iglesia ha canonizado sólo a veintidós, casi todos jóvenes de la corte del rey.

José Mukasa es el primero en caer bajo la espada. **Ponziano**, con 45 años, tiene un cargo importante, pero se confiesa cristiano, y lo matan cortándolo a pedazos. **Matías**, de cincuenta años, fue primero mahometano, después protestante, y finalmente católico. Era juez, abandonó su profesión y se dedicó a propagar con ardor la religión católica. Atado a un árbol en lugar solitario, los verdugos le cortan las manos y los pies, le arrancan pedazos de carne en la espalda, asan todo sobre la hoguera ante sus propios ojos, y lo dejan así durante tres días para que muera totalmente solo y abandonado. **Andrés**, servidor heroico de los enfermos y gran catequista, intenta bautizar a los hijos del primer ministro, que exclama furioso: “No ceno esta noche si el verdugo no me trae antes cortada la mano de Andrés”. Y detrás de la mano, ¡claro está!, vino el corte de la cabeza. **Juan María**, prestigioso y gran liberador de cautivos, no quiere huir. Se presenta al rey, que lo remite al primer ministro: “No, yo no me escapo. Yo no reniego de mi religión católica”. Entonces el ministro ordena sin más: “Que lo lleven a su propia finca, y lo arrojen en el estanque para que muera ahogado”. **Noé** sufre también un martirio especial. Se da la orden: “¡Al bosque!”. Lo despedazan y lo dejan para que se lo coman los perros. Y así, tantos otros martirios solitarios.

Pero está el grupo de los trece jóvenes cortesanos al frente de los cuales figura **Carlos Lwanga**, de veintiún años, muchacho que ocupaba los cargos más delicados. Hasta que un día el rey: “¿Quieres, sí o no?”. Y como Carlos se negó, fue el primero que entraba en la prisión, seguido de los demás que se negaban igualmente a la lujuria del rey. El mismo Carlos derrama sobre **Mugagga** de dieciséis años y **Gyavira** de diecisiete el agua bautismal, pues no eran sino catecúmenos. **Mugaba Tuzindé**, bautizado también en la cárcel por Carlos, recibe la visita de su padre, el más terrible de los verdugos, que le pide antes de que fueran todos al suplicio: “Hijo mío, mira la que te espera. ¡Reniega de la religión católica!”. Era inútil. Mugaba responde valiente: “Prefiero perderlo todo, antes que renegar de Cristo”. El padre, con su influencia, encarga a uno de los verdugos: “Cuando esté en el suplicio, le das un fuerte golpe en la cabeza para que pierda el sentido y no sufra tanto”.

¿Y **Kizito**? Era el más joven de todos, de sólo trece años. Pero fue el más valiente, que animaba a los compañeros: “¡Agarrémonos las manos! Así iremos más seguros y nos ayudaremos si alguno desfallece”. En el camino, **Mukasa** los ve pasar, y grita sin más: “¡Yo soy cristiano también!”. Era catecúmeno, y, en vez del bautismo de agua, va a recibir el bautismo de sangre. Llevados los trece al lugar de la ejecución, son atados cada uno en un poste sobre la leña, y encerrados en una red de cañas. Se prende la llama, que sube poco a poco, porque han de morir a fuego lento. Los verdugos contemplan ahora un espectáculo insospechado. No se oye ni un grito de dolor, ni una queja. “*Los que hacen oración*”, como ellos los llaman, no hacen sino elevar plegarias al Cielo... Así se extinguieron las vidas preciosas de los Mártires de Uganda.

Santa Josefina Bakhita tiene una vida de leyenda. Nace de familia pagana en un pueblo del Sudán, formado todo por chozas de paja y barro, en forma de hongo, que dan al poblado un aspecto pintoresco. Niña de siete añitos, dos forasteros se abalanzan sobre ella, la sujetan, y le dan el nombre de **Bakhita**, “la afortunada”, al que ella antepondrá el de **Josefina** al recibir el bautismo muchos años después. Ahora, esclava durante ocho años, con torturas inimaginables bajo amos diferentes. De momento, la chiquilla es encerrada en un cuartucho miserable, del que contará: “Es imposible decir lo que sufrí allí. Mi fantasía me llevaba lejos hasta mis seres queridos. Veía a mis padres y hermanos, los abrazaba con ternura, pero había de volver a la realidad. Cansada de llorar, caía al suelo con un sueño muy breve, para sumirme después en mi terrible soledad”.

Hasta que es entregada a unos comerciantes de esclavos, de los que se escapa con otra compañera para caer en otra esclavitud más horrible: “Mi nuevo amo me agarró a la fuerza, me tiró a tierra, y con el azote y a patadas me dio tantos golpes que quedé como muerta. Perdí el sentido, y no supe más de mí. Llevada por las otras esclavas a mi lecho, allí permanecí imposibilitada más de un mes”.

Y vino lo peor: “Comprada con otra compañera por un general turco, una vez se enfureció el amo y mandó a dos soldados que nos azotaran sin compasión a las dos. El azote, dirigido repetidamente sobre el muslo, se llevó la piel y la carne, y me trazó un largo canal que me hizo estar inmóvil en mi lecho por varios meses”. Aunque eran peores la madre y la mujer del amo, las cuales un día ordenaron el terrible tatuaje, practicado en todo el cuerpo, exceptuada sólo la cara.

Pero llegó el momento de Dios. En Khartum, compra a Bakhita el cónsul italiano, que la entrega a una buena señora, la cual va a ser con ella más que una madre. Por primera vez, puede lucir un vestido... Viene a parar finalmente a Italia, y la ciudad de Venecia será la segunda patria de esta africana primorosa. No conoce para nada a Dios, y menos ha oído hablar de Jesucristo. Así que escribirá después: “¡Ah! Si durante mi larga esclavitud hubiese conocido a Dios, habría sufrido mucho menos!”. Bakhita, con quince años, es una adolescente muy madura. Un señor amigo besa devotamente un crucifijo de plata, y se lo da mientras le dice: “Mira, es Jesucristo, el Hijo de Dios, muerto por nosotros”. Bien preparada, recibe en enero de 1890 el Bautismo, la Confirmación y la Eucaristía. Bakhita será Religiosa de Canesa. La examina nada menos que el arzobispo y Patriarca de Venecia, el cardenal José Santo, futuro Papa San Pío X, el cual le dice: “Haz los votos sin miedo. Jesús lo quiere. Jesús te ama. Ámalo tú también”. Morirá religiosa en 1947.

El Beato Isidro Bakanja es un joven de 20 años que enorgullece a la Iglesia de Dios que está en Africa. Nacido de padres paganos en plena selva del Congo, va a trabajar en una construcción, y oye por primera vez las palabras *Iglesia, cristiano, oración...* Convertido en un cristiano estupendo, lleva siempre colgado el gran escapulario de la Virgen del Carmen, recibido el día del bautismo y que ya no se lo quitó jamás. Deja aquella construcción como peón y se va a la factoría del colonizador belga Van Cauter, a pesar de que le advierten:

-No sigas a ese blanco tan malo, que quiere sólo esclavos, trabajadores pobres e ignorantes, obreros sin experiencia. Tú eres cristiano, y él no soporta a los católicos. A nosotros nos prohibió hasta rezar... E Isidoro rezaba mucho y hablaba de la fe católica a sus compañeros.

Isidoro, bueno y sin malicia, no hizo caso y se fue a trabajar con Van Cauter, al que pronto le cayó mal su nuevo trabajador, al cual le dice furioso un día: -Quítate del cuello ese escapulario. Aquí estás para trabajar y no para masticar oraciones. Detesto a los que van con los misioneros, que no son hombres sino bestias... Porque Isidoro rezaba mucho el Rosario y hablaba de la fe católica a sus compañeros, a los que iba ganando para la Iglesia. Van Cauter llega hasta el final, y ordena a su criado de escolta:

-¡Toma el fusil y vete a matar a Isidoro!...

Enterado éste, se presenta al amo sin entrañas:

-Blanco, ¿me has llamado?

-¡Cállate, animal! Estoy harto de ti. Si sigues de este modo, todo mi personal se hará cristiano y ninguno querrá trabajar.

-Blanco, yo no te he robado nunca nada ni he molestado para nada a ninguna mujer tuya.

-¡Calla ese pico, te repito! Tírate ahí, en el suelo, que vas a recibir los azotes...

Isidoro fue sometido al terrible suplicio del “chicote”, látigo de piel de elefante con clavos incrustados. Quedó hecho una pura llaga, después de recibir de doscientos a doscientos cincuenta azotes. Iban a seguir unos meses de dolores atroces en una prisión. Llegaron los Misioneros e Isidoro recibió los Sacramentos. Con el rosario siempre en la mano, y con su escapulario del Carmen al cuello, la Virgen venía a buscarlo en su fiesta de la Asunción, 15 de Agosto de 1909.

La Beata Anuarita Nengapeta, de nuestros mismos días. Cuando en 1960 el Congo obtenía la independencia de Bélgica, ya en gran parte católico, aún quedaban muchos paganos que acometieron contra la Iglesia y mataron a muchos laicos, a ciento ochenta y dos religiosos entre sacerdotes, hermanos y seminaristas, junto con treinta y ocho religiosas.

Anuarita, de 19 años, nacida pagana, se convertía al catolicismo igual que toda su familia, aunque su padre no se quiso bautizar. Después de una aventura familiar interesantísima, se escapa de casa para hacerse religiosa y va a dar también un hermoso testimonio de Cristo.

Era una muchacha de grandes cualidades. Los rebeldes milicianos del comunista Lumumba se echan sobre el convento de la Religiosas, se las llevan a todas cargadas en un camión, y se convienen entre ellos:

-Estas bellas muchachas del Congo son todas unas inútiles, porque se niegan a dar hijos a Lumumba. Si se quedan con nosotros una semana, al final estarán todas encinta...

Las religiosas lo oyen, y se preparan a lo peor: -¡Morir, sí; pero pecar, no!...

La más decidida es Anuarita, porque es ella cabalmente de quien se enamoran los dos jefes principales. Cada una de las religiosas va a pasar por momentos difíciles, pero la única que muere al fin es Anuarita. Como los rebeldes la solicitan descaradamente, la Madre General interviene enérgica:

-¡Esta religiosa ha hecho voto de virginidad y usted no se la puede quedar como mujer! ¡Hagan el favor de respetarla!... El coronel no cede, y tampoco Anuarita, que responde al oficial:

-Usted ha dicho que su novia está en Wamba, que es virgen, y por eso ha encargado a su padre que se la guarde. ¡También yo soy virgen, y me he entregado con promesa al Señor!...

Furioso el coronel, comienza a golpear a una y otra religiosa, pero le interesa sólo Anuarita, que grita suplicante y enérgica: -¡No quiero cometer el pecado! ¡Máteme, si usted quiere!...

El coronel, exasperado, pide un fusil y oye: -Aquí no hay ningún fusil, sino sólo lanzas.

-Entonces, tú, clávale la lanza. A ésta, a Anuarita. Métele la hoja hasta el corazón.

Cuatro golpes furiosos, pero Anuarita no muere hasta que el coronel encuentra un fusil y la remata con un tiro. Tenía 23 años. Era el 1 de Diciembre de 1964.

Con Santos y Mártires de esta fibra, la Iglesia puede esperar de África lo que quiera. No desdican nada de aquellos primeros del Norte durante el Imperio Romano. Son iguales.

140. MIRANDO AMÉRICA DEL NORTE

Ya conocemos la evangelización primera del Canadá, que entonces llegaba hasta territorios del actual Nueva York y más, y pudimos admirar el heroísmo de sus primeros misioneros y mártires (lección 110). Ahora lo miramos en nuestros días.

Merecerían un punto especial las misiones llevadas a cabo en el Caribe, y más concretamente las **Pequeñas Antillas y Guayana**. Igual que hicieran los españoles, los misioneros franceses capuchinos, dominicos, jesuitas y carmelitas cristianizaban las tierras dominadas por Francia, aunque se encontraron con la enemiga de los protestantes ingleses y holandeses, que no les dejaban en paz. Por esta causa, no han llegado a ser países totalmente católicos como el resto de América Latina. Por lo mismo, miramos sólo al Norte.

Alaska. Con más de un millón de kilómetros cuadrados, sus habitantes no pasan con mucho de los 100.000, con unos 14.000 católicos entre esquimales e indios, atendidos por más de 30 jesuitas y otras tantas religiosas, aparte de algunos otros evangelizadores.

Y Canadá, ¿es tierra de misión? No, desde luego. Tiene más de 12.000.000 de católicos entre sus 32.000.000 de habitantes, con una Iglesia plena y estupendamente organizada. Al hablar ahora de las misiones actuales, nos encontramos en Canadá con “la más difícil del mundo”, en frase del papa Pío XI, debido a que se halla prácticamente en los hielos polares.

Hay en Canadá muchos misioneros, todos meritísimos. Por ejemplo, está el Vicariato del golfo de San Lorenzo, confiado a los Padres Eudistas, de unos 12.0000 católicos, con indios y esquimales atendidos por una veintena de misioneros. Quedan aún dos parroquias de 2.000 indios iroqueses, y una por el Lago de las Dos Montañas con 75 familias.

Los héroes de estas misiones son los **Oblatos de María Inmaculada**, fundados en 1816 por San Eugenio Mazenod, el cual intuyó las fatigas y la gloria que esperaban a sus misioneros, tan famosos mundialmente desde hace más de siglo y medio cuando en 1841 se lanzaron a aquellas inmensidades heladas. Hoy son en esas misiones unos 260 sacerdotes y 90 hermanos laicos, pero han sido muchos centenares los héroes que han pasado por ellas. Es imposible traer aquí tantos nombres de misioneros insignes, sobre todo de los principios, cuando no tenían otro medio de transporte que los perros y los renos para el consabido trineo. Como un **Padre Grollier**, que en 1864 se atreve a meterse hasta Good Hope en el Círculo Polar Ártico para clavar allí su cruz, y pudo decir en su agonía: “Muero contento, Jesús, porque he visto alzado tu estandarte en la cima de la tierra”. O un obispo como Mons. **Grandin**, que exclamaba enardecido y triste a la vez cuando contemplaba la vida durísima que llevaban los mercaderes de pieles: “¡Ah! En el inmenso país que me está encomendado, ni una sola cola de lobo se pierde. ¿Y habrían de perecer, cada día, almas que costaron la sangre de Jesucristo?... ¿Dudaría yo en sacrificarme?... ¡De ninguna manera!”.

Para trabajar en tales misiones se necesita una dosis de fe nada común, porque el fruto a ojos vistas es exiguo. Pero, ¿vale la pena? Lo oímos personalmente a un muy conocido cardenal. Por el año 1925, el Vicario Apostólico del Mackenzie se presenta a Pío XI para consultarle algo importante:

“Nosotros podemos contar con misiones en el Gran Norte del Canadá; pero debemos enviar 50 Misioneros Oblatos de María Inmaculada, además de gastar todos los años la cifra habitual al menos de 200.000 dólares —entonces suma grandísima—, para poder compensar todos los gastos y mantener a los Misioneros. Enviados esos Misioneros y esos dólares al Africa, podremos asegurar cada año de 20.000 a 25.000 conversiones. En el Norte del Canadá, quizá de 15 a 20 conversiones a lo más. ¿Qué debemos hacer?”... El Santo Padre reflexionó un momento, y contestó como sólo un Papa puede contestar: “Si hubiese en el Gran Norte solamente una familia de esquimales, id; porque esta familia tiene también derecho a recibir el tesoro de la divina herencia”.

Santa Kateri Tekakwita, "El Lirio de los Mohawks", india iroquesa, con su vida de apenas 24 años es testigo de que vale la pena trabajar allí donde parece que la semilla queda del todo perdida. Kateri nació en un pueblo cerca de Auriesville, Nueva York, en el año 1656 y era hija de un luchador de la tribu Mohawk. A pesar de que el padre era contrario a la religión de los blancos, la madre logró sembrar en el corazón de su hija las primeras nociones de la religión cristiana, aunque no tenía oportunidad de alimentarse en la fe ni recibir el bautismo o tener dirección espiritual. Huérfana de padre y madre a los cuatro años y adoptada por unos tíos, en su adolescencia se declaró cristiana por aquellas enseñanzas recibidas de su madre y con ello se atrajo el odio de su tribu empezando por sus tíos. Pero crecía sin bautismo, pues no le era permitido conectarse con los misioneros.

Kateri sufría un terrible aislamiento espiritual, ya que sin ver a los misioneros no tenía oportunidad de alimentarse en la fe ni recibir el bautismo. Tuvo noticias de la existencia de misioneros y decidió huir de la casa de sus tíos. Así, enfrentando una serie de peligros, consiguió llegar completamente extenuada a la misión. Los misioneros quedaron atónitos al reconocer en esta alma escogida, instruida únicamente por el Espíritu Santo en tantos años de aislamiento, virtudes cristianas de elevada perfección.

Allí se entrega la muchacha a la oración, a la penitencia, al cuidado de los enfermos, a la catequesis en la misión. En invierno, a pesar del frío glacial, a las cuatro de la mañana estaba ante la puerta de la iglesia para ser la primera en entrar y recibir la Comunión, pues era devotísima de la Eucaristía. Murió el 7 de Abril de 1680 y es conocida como la Flor de Pascua de los Mohawks. Primera india norteamericana canonizada, es visitadísimo su santuario en Caughnawage, lugar natal en Auriesville, Nueva York.

Santa Ann Elizabeth Seton es la estampa al revés de la Tekakwitha. Nacida también en Nueva York el año 1774, de antepasados nobles, protestantes anglicanos. Muchacha instruida, fina, elegante, muy piadosa y fiel a todos sus deberes religiosos. Protestante aún, llevaba al cuello el Crucifijo, al que daba besos amorosos, y del que dirá cuando llegue la prueba: “Llevo colgado mi Crucifijo, y en él encuentro mi paz y mi consuelo. ¿Qué puedo temer?”. Dios le guardaba un novio digno de tal mujer. A los veinte años se casa con el negociante William Seton, viven felices con los cinco hijos en holgada sociedad, y son piadosos feligreses episcopalianos. Cómo instruirían en la fe a sus hijos, que un día la hijita mayor, Anita, le dice a su madre: “Mamá, no sé si yo iré al Cielo, porque el Señor dice que para reinar con Él hemos de padecer con Él, ¡y yo soy tan dichosa! Si muriera ahora, aún no he sufrido nada por el Señor”.

Poco va a durar tanta felicidad matrimonial. William, salido de una enfermedad, por prescripción médica emprende un viaje a Italia, llevando a la esposa con la niña mayor de nueve años, y atracan en el puerto de Livorno. Después de sometidos a dura cuarentena, William empeora, y, ya en el lecho de muerte, le dice Elisabeth, mujer de fe tan profunda: “Mi amor querido, hemos entrado en la noche de Navidad, cuando nuestro amado Redentor nace para abrirnos las puertas de la vida eterna”. William responde conmovido:

“¡Oh, sí! ¡Me siento feliz! No necesito nada más que ir al Cielo. ¡Mi esposa querida, ruega por mí!... Mis niños queridos... Mi Señor Jesús, Jesús”...

Lejos de la patria, William volaba al seno de Dios.

Elisabeth quedaba viuda a sus treinta y un años y con el cuidado de los cinco niños. Por unos meses, permanece en Italia con la familia de los amigos entrañables. Aunque protestante, acude cada domingo devota al culto católico. Visita a la Virgen en el santuario de Montenegro y allí se le descubre el misterio de la Eucaristía. Al elevarse la Hostia en la consagración, un protestante inglés que está a su lado le dice con ironía: “Mira lo que éstos católicos adoran y lo que llaman presencia real de Cristo”. Elisabeth siente un chispazo: “¿Y por qué no? Si San Pablo dice que *comen y beben su propia condenación, porque no valoran el Cuerpo y la Sangre del Señor*, ¿cómo es esto posible si no está aquí presente el Señor?”. Para colmo, Anita, de nueve años solamente, le pregunta con pena: “Mamá, ¿no hay iglesias católicas en Estados Unidos? ¿Iremos a ellas cuando estemos en casa?”.

Además, da con la oración del “Acordaos” a la Virgen, y dice: “La recé, segura de que Dios no puede negar nada a su Madre, y segura también de que Ella, por su parte, no podía dejar de acoger y amar a las pobres almas por las que su Hijo había sufrido tanto. Mientras rezaba, sentí que yo tenía realmente una Madre”.

¿Qué va a pasar de regreso en Estados Unidos? Aquella santa protestante episcopaliana se convierte en una católica Santa, canonizada después. Y sabemos las críticas, las contradicciones, los sacrificios heroicos, la incomprensión de todos los suyos al verla dejar el protestantismo. Se prepara para la Comunión, y después de su primera confesión, escribía: “¡Qué imponentes las palabras de la absolución, que han roto las ataduras de una cautividad de treinta años! Al pronunciarlas el sacerdote, me parecía que se soltaban mis cadenas y caían como aquellas de San Pedro en la prisión cuando le tocó el ángel del Señor”. *Treinta años de pecado...* No serían muy grandes los de un alma tan selecta....

Resuelta a hacer algo por la niñez, le recomiendan entregue sus hijos a alguien que los guarde mientras ella cumple sus deberes de Fundadora: “¿Un tutor para mis hijos? ¡No! Porque el mejor tutor del mundo no puede suplir jamás a una madre”.

Abre una escuela, que se convertirá después en institución parroquial permanente, y que hará un bien incalculable en la Iglesia norteamericana.

Muerta a sus cuarenta y cinco años, Ann Elisabeth Seton constituye una de las glorias más puras del Cristianismo en América.

141. LA ERA DE MARIA

No se trata de una exhortación a ser devotos de la Virgen, sino de una verdadera *lección de historia*. ¿Ha significado algo la Virgen María en el desarrollo de la vida de la Iglesia en estos tres siglos últimos? Veamos algo.

“**La Era de María**”. Así llamó proféticamente San Luis María Grignon de Montfort (1573-1716) a los tiempos que se avecinaban. Y no se equivocó. Vendrían grandes Santos, empezando por él mismo, que serían devotos señaladísimos de la Virgen. Se fundarían Congregaciones apostólicas meritísimas con el nombre expreso de la Virgen. Acontecerían apariciones de María nunca antes vistas. El Magisterio de la Iglesia declarararía dogmas de fe algunos privilegios de la Virgen, expondría en un Concilio la doctrina mariana de modo magistral, desarrollada por los teólogos de manera profunda. Todo ello haría que se viviera en la Iglesia el amor a María con características tales como nunca antes se habían conocido, aunque desde sus principios la Iglesia había venerado tiernamente a la Virgen.

La Inmaculada Concepción de María tiene una historia apasionante. Para entenderla, hay que remontarse a los orígenes de la controversia, fundada en la misma doctrina revelada por Dios, pues sabemos que el pecado *original*, el de Adán, alcanzó a todos, y todos, por lo mismo, para salvarnos, tenemos que ser *redimidos* por Jesucristo. Entonces, si María no contrajo el pecado original y no tuvo después ningún pecado personal, María no *necesitó* la redención de Cristo: María se escapaba de Cristo el Redentor, lo cual es un imposible. Claro esto, vamos a la *Historia de la Iglesia*. En el siglo doce, un San Bernardo, el santo devotísimo por antonomasia de la Virgen, escribía a los canónigos de Lyon que se dejaran de esa cuestión; Bernardo no creía en la Inmaculada, aunque aceptaba que fue santificada en el seno materno, pero no que fuera *sin mancha* en el *primer instante* de su concepción. Y así después todos los teólogos, incluido Santo Tomás de Aquino. Hasta que vino el Beato Duns Escoto, que defendía a capa y espada la Concepción *Inmaculada* de María desde el primer instante de su ser. Viene la lucha entre los teólogos —los maculistas y los inmaculistas—, y el pueblo entero estaba con estos últimos: ¿La Madre de Dios, la *llena de gracia*, sujeta ni por un instante a Satanás?... ¡Ni hablar! No les cabía en la cabeza. Y durante *siete siglos*, lucha sin tregua en la Iglesia. Como el Concilio de Trento (lección 100) hubo de *definir* la universalidad del pecado de Adán, declaró, sin embargo, que “no era intención del Concilio incluir a María en el pecado original”. Pero tampoco definía que hubiera sido Inmaculada. Esto, sin embargo, era dar un gran paso y la lucha se enardeció más en los siglos siguientes. Hasta que al fin, el papa Beato **Pío IX**, el 8 de Diciembre de 1854, definía como dogma de fe que María, “en previsión de los méritos de Jesucristo”, había sido concebida sin mancha, y era así la “Inmaculada Concepción”. La alegría de toda la Iglesia fue indescriptible.

La nota ha sido larga, pero era necesaria como *historia*, no precisamente como doctrina.

La Asunción de María es ya diferente. No está clara en la Biblia. Pero la Iglesia, desde el principio, lo había creído así. En Jerusalén se tiene la antiquísima iglesia de la “Dormición” de María y los Orientales conservan en el Cedrón la capilla del sepulcro vacío de la Virgen... Esta fe de la Iglesia a lo largo de todos los siglos —y sin lucha, muy al revés de la Inmaculada—, la confirmó el Papa **Pío XII** definiendo como dogma de fe el 1 de Noviem-

bre de 1950 que María, “acabado el curso de su vida mortal, fue Asunta en cuerpo y alma al Cielo”. La Asociada a la Redención de Jesús en la Cruz lo fue también en su Resurrección.

El Concilio Vaticano II (1962-1965) tuvo una importancia muy grande en el desarrollo de la doctrina de María. Nunca la Iglesia había hecho algo semejante en todos los Concilios anteriores, aunque en el de Éfeso definiera la Maternidad de María (lección 18) y en el de Trento diera aquella advertencia sobre su Inmaculada Concepción. Ahora iba a dar un paso de gigante en la teología mariana con el capítulo octavo de la Constitución dogmática sobre la Iglesia. Aunque se quería por muchos que *definiera* la **Mediación** de María en la distribución de la Gracia, el Concilio no lo creyó oportuno, pero se declaró totalmente a favor de la misma al llamarla “Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora, aunque no resta nada a la dignidad y eficacia de Cristo, único Mediador”. Y así, “con su amor materno se cuida de los hermanos de su Hijo, que todavía peregrinan y se hallan en peligros y ansiedad hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada”.

Esta Constitución conciliar tuvo un remate fantástico. Al acabar la sesión el 21 de Noviembre de 1964, el papa Pablo VI, en un acto colegial con casi 3.000 Obispos presentes, declaró a **María, Madre de la Iglesia**. El aplauso atronador —interminable, porque acababa y volvía a empezar—, no se olvidará jamás. Aplauso para la Historia.

No hemos acabado con lo del Concilio, porque vino algo inesperado e inexplicable: una auténtica *crisis* en la devoción mariana. Y nadie sabe el porqué. En vez de aumentar el entusiasmo por María, se notó en muchas partes y en muchas personas un decaer el amor mariano. Tanto, que el papa Pablo VI, siempre atento a todos los signos postconciliares, se vio en la precisión de escribir una exhortación apostólica, “El culto de María”, profunda y fina como todo lo de aquel Papa. Pero, más que con escritos, Dios preparaba un medio mejor a la Iglesia: Juan Pablo II, el del “Totus tuus” en su escudo episcopal y papal, un “Todo tuyo” dicho a María, que a lo largo de su pontificado renovó la ilusión por la Virgen de manera extraordinaria. Hablando de Papas, todos los modernos han sido devotísimos de la Virgen y grandes promotores de su culto, pero merece atención especial León XIII (1878-1903) por las encíclicas que escribió expresamente sobre el **Rosario**. Le dedicó *once* encíclicas —¡once, nada menos!—, recomendando su rezo y exhortando al amor a María.

Citamos ahora las apariciones de la Virgen en estos tiempos, algo casi inexplicable. Como aparición cierta teníamos la de **Guadalupe** en el siglo XVI. Aquellas anteriores de la Edad Media eran *leyendas* preciosas en torno a muchas imágenes, románicas especialmente, que cubrieron el suelo europeo. Las modernas son realidades comprobadas con rigor histórico y aprobadas por la autoridad competente. Citaremos sólo las *cuatro* que están en la mente de todos, tres de ellas precisamente en Francia, de donde salían todas las ideas **racionalistas**, y la Virgen se les venía a oponer de una manera frontal.

La Medalla Milagrosa. Revelada y diseñada por la Virgen a Santa Catalina Labouré, Hij a de la Caridad, en 1830. La historia no se supo hasta muerta Catalina, pero la medalla fue llamada “Milagrosa” por el pueblo ante tantos prodigios como realizaba. ¿Y cuántas se repartieron? Parece increíble, pero en pocos años se habían acuñado y repartido muchos millones —dicen que más de veinte—, y sigue hoy colgada en millones de pechos.

Nuestra Señora de las Victorias. Seis años justos después, en 1836, un Párroco de París estaba desesperado. Era inútil trabajar en aquella Iglesia. Y oye una voz: *Consagra tu Parroquia al Corazón de María*. Lo hace, y las conversiones más ruidosas vinieron por miles y miles, verdaderas “Victorias” de la Virgen con los pecadores más obstinados.

Lourdes, en el Pirineo francés casi tocando a España, se lleva la primacía entre todas las apariciones marianas modernas. En 1858, cuatro años después de la definición dogmática de la Inmaculada Concepción hecha por el Beato Pío IX, la Virgen se aparecía a Santa Bernardita Soubirous y le confesaba mirando extasiada al cielo: “¡Yo soy la Inmaculada Concepción!”. Por orden de la Virgen, Bernardita escarba en la tierra y aparece la fuente del agua que ha obrado milagros sin cuento. Lourdes se convirtió en una fábrica de milagros. Con *procesos canónicos*, rigurosos del todo, se han aprobado unos setenta al escribir estas líneas, pero han sido incontables más. Llamativo como pocos, aquel del Médico Alexis Carrel, que atiende a un enfermo desahuciado, el cual cura repentinamente. “¡No creo en nada, pero esto no tiene explicación posible!”... El paciente había invocado a la Virgen de Lourdes y tomado del agua de aquella fuente. Carrel, convertido en excelente católico, fue Premio Nobel de fama mundial... Pero, ¿qué interesa Lourdes a la Historia de la Iglesia? Es el golpe de muerte que dio al racionalismo francés y mundial, el cual metió la moda de negar a Dios por ufanarse de la ciencia. ¿Podían ahora los racionalistas e incrédulos negar la realidad evidente de lo que ocurría en Lourdes?... Y las iglesias no católicas y los que negaban al Papa la autoridad para enseñar, ¿podían decir que Lourdes mentía?...

Fátima, 1917, viene en un momento trágico de la Historia: el comunismo ateo militante entre dos guerras mundiales espantosas. No hemos de contar una historia que todos sabemos de memoria. La Virgen —después de mostrarles el Infierno a los tres niños videntes, que quedaron aterrorizados—, les dijo: “Han visto cómo las almas caen en el infierno. Para salvarlas, el Señor quiere establecer en el mundo la devoción a mi Corazón Inmaculado. Si me hacen caso, Rusia se convertirá y habrá paz”. Cuando la U. R. S. S. daba más miedo que nunca, en 1989 se derrumbaba sin dispararse un tiro al caer el Muro de Berlín.

Son unas notas solamente lo que hemos podido decir sobre la “Era de María” profetizada por Grignon de Montfort. Nos faltaría decir algo sobre los grandes Santos marianos de estos siglos —la lista se hace interminable— lo mismo que las nuevas Congregaciones religiosas que se glorían con el nombre de María, ¡y cuidado con quitarle la primacía a cualquiera de ellas en el amor a la Virgen, porque cada una se gloria de ser la que más la ama!...

Dejando devoción aparte, historia es historia. ¿Ha tenido que ver algo la Virgen María en el desarrollo de la Historia de la Iglesia en el mundo moderno?...

142. SAN PIO X. LAS REFORMAS MODERNAS

Un pontificado, por lo inesperado, del todo singular y grandemente beneficioso para la Iglesia.

Vamos a justificar el título. ¿Reformas en la Iglesia? Sí, y muy profundas, aunque sin apariencias. Las iniciaba este Papa (1903-1914) y concluirían, paso a paso, en el Concilio de 1962-1965. Es un hecho innegable que León XIII había elevado el pontificado a una altura y prestigio extraordinarios por su sabiduría, su política, su intuición social. Pero los espíritus más perspicaces convenían en que se necesitaba menos relumbrón y más pastoral en la dirección de la Iglesia. Así, por ejemplo, el sabio jurista y profesor, laico, y hoy Beato Contardo Ferrini. Varios cardenales insignes entraban en el cónclave con la misma idea, y tenían fijo en la mente un nombre concreto: el Patriarca de Venecia José Sarto.

Todas las incidencias del Cónclave son públicas debido a la indiscreción del cardenal francés Mathieu que fueron publicadas en una revista de Toulouse, aunque esto valió después la reglamentación del secreto, y desde entonces todo han sido “suposiciones” de periodistas en los cónclaves siguientes, sin seguridad alguna. Conocemos todas las vicisitudes de aquella elección famosa, con el número de votos en cada escrutinio. Sarto empieza riendo al escuchar en la primera votación por seis veces su nombre: “Hay cardenales que quieren bromear conmigo”. Hasta que Capecelatro, Gibbons, Ferrari le hablan claro, y él, viendo el peligro, se muestra irreductible: “Sepan que no aceptaré de ninguna manera”. Tres días así. Se negaba, lloraba, pedía: “No piensen en mí, pobre cardenal rural, que no sabré hacerlo”. A pesar del “veto” interpuesto por el cardenal polaco Puccyna de parte del emperador de Hungría, hecho que indignó a todos y no se tuvo en cuenta para nada, Rampolla tocó techo con los 30 votos, mientras que los 6 primeros de Sarto iban subiendo hasta el 42 requerido. Se le hizo ver por Ferrari que estaba resistiendo a la voluntad de Dios, y al fin, entre lágrimas: “Acepto como una cruz. Y porque los últimos Papas que sufrieron por la Iglesia se llamaban Pío, elijo este nombre”. Campesino de un pueblecito humilde, curita vicario por nueve años de Tómbolo, párroco por otros nueve de Salzano, nueve más canónigo y profesor del seminario en Treviso, nueve de obispo en Mantua y otros nueve Patriarca de Venecia..., era el *pastor* que se requería.

Eligió como Secretario de Estado al mismo secretario del cónclave, el joven español Merry del Val, santo también hacia los altares, de sólo 38 años, hijo del Embajador de España. Igual que Sarto en el cónclave, Rafael rehusaba el cargo, pero recibió del Papa la respuesta imperiosa: “Juntos trabajaremos y sufriremos por la Iglesia. En el próximo consistorio le voy a crear cardenal”. Y entre los dos —el humilde campesino, y el noble, elegante y rico diplomático, que se entendieron del todo y se quisieron entrañablemente—, van a realizar un pontificado célebre.

Las primeras reformas fueron a la raíz de lo que el cura y el obispo Sarto había vivido en carne propia. Y lo primero fue ordenar en un solo cuerpo aquel cúmulo de leyes de la Iglesia dispersas en infinidad de documentos y que nadie entendía ni podía seguir. Exigía un equipo de especialistas que trabajaron tenazmente durante años, y lo acabaron, aunque la

publicación del nuevo **Código del Derecho Canónico** ya no la pudo hacer Pío X sino que la haría en 1917 Benedicto XV.

Siguieron dos decretos sobre la **Comunión** que entusiasmaron a la Iglesia entera. Desde siglos, por culpa del malhadado jansenismo sobre todo, casi no se comulgaba pues los confesores restringían cuanto podían la recepción del Sacramento, y a los niños se les retrasaba la Primera Comunión peligrosamente hasta sus doce o catorce años. El Papa abrió el sagra-rio *todos los días* para los fieles sin otra condición que estuvieran con conciencia de vivir en gracia; y los niños podían comulgar nada más supieran distinguir el Pan eucarístico del pan normal, sabiendo que era Jesús a quien recibían. Se hizo costumbre el comulgar los niños desde los seis años. El Papa hizo la profecía: “Habrá niños santos”. Y hoy son varios los que están en proceso de canonización sin haber llegado a los diez años de edad.

La enseñanza del **Catecismo** fue otra obsesión del Papa. No se podía conceder esa facilidad de la Comunión, sobre todo a los niños, si no se instruía debidamente al pueblo. Con el nombre del Papa se publicó ese librito “Catecismo de Pío X”, que tuvo copiosas imitaciones en las naciones cristianas y motivó tantos congresos catequísticos en todas partes.

Otra reforma al parecer simple, pero que fue muy importante: la **Música** en las iglesias. Acabó con los espectáculos teatrales o cantos vulgares, y reactivó hondamente el canto gregoriano, tan bello, tan digno de las celebraciones sagradas.

Mirando a los **Sacerdotes**, pidió una formación espiritual esmerada a todos los seminarios. Para que el rezo del Oficio Divino se hiciera más llevadero, redujo considerablemente el Breviario, demasiado extenso para quienes tenían que trabajar mucho en el ministerio.

Junto a esos aspectos de la Liturgia, redujo también las **Fiestas obligatorias**, demasiadas para unos tiempos en que el trabajo no permitía tantos días libres, y las dejó sólo en ocho.

La piedad de la Iglesia cambió grandemente, con gozo y mucho agradecimiento de los fieles a semejante Papa, el cual conservó siempre su buen humor, su trato sencillo, y del que se contaban tantas anécdotas y bromas a cual más simpáticas, como la de aquel hermano franciscano, que le presenta en una audiencia un gran bulto de cuentas para que le bendijera los rosarios. -Pero, bendito de Dios, ¿cómo quieres que te bendiga los rosarios si no están hechos?... Ante la decepción del frailecito, el Papa se le vuelve: -Mira, haz los rosarios, y cuando los tengas hechos, los bendices tú mismo y les aplicas todas indulgencias que les puede imponer el Papa... O como, durante el riguroso ayuno eucarístico, con aquel Monseñor que se le presenta cuando desayunaba el Papa, el cual unta un bizcocho en el chocolate, y se lo alarga: -¡Tome, coma, que está muy bueno! -¡No, Santo Padre, que aún no he celebrado! -¡Tómelo!... Lo come por no desairar al Papa: -¡Vaya ahora a celebrar la Misa y comulgue con fervor!... Así era Pío X, ¿cómo no se le iba a querer?

Sabemos lo que era el “Modernismo” (lección 129), y aquí el Papa se hubo de emplear a fondo, con gran energía, y cosechando disgustos sin cuento. Se le acusó de que dio con ello un frenazo a la ciencia teológica, y algo hay de verdad, pues muchos sufrieron acusaciones exageradas y abiertamente falsas. Pío X se dejó llevar de esas acusaciones en algunos casos —¡hasta de profesores del seminario de Milán, de su querido amigo el arzobispo y cardenal hoy Beato Ferrari!—, todo debido a la energía que el Papa hubo de emplear contra la terrible herejía, aunque acabó radicalmente con ella, imponiendo como norma primera el célebre juramento o profesión de fe al tomar cualquier cargo en la Iglesia.

Para tener a mano la **Sagrada Biblia** en toda su pureza original, creó el Instituto Bíblico el año 1909 y ordenó la revisión de la Biblia Vulgata Clementina, la oficial de la Iglesia.

Ya se ve que estas reformas, sencillas al parecer, las iniciaba un Papa que era esto: pastor. Decimos “iniciaba”, porque seguirán cincuenta años con los otros Papas hasta culminar todas en el Concilio Vaticano II.

El Papa seguía prisionero del Gobierno de Italia. Pero suavizó mucho las tensiones existentes, al permitir una mayor participación de los católicos en la vida pública, antes negados en absoluto a cualquier participación ciudadana. Y empezaba a vislumbrar que la “Cuestión romana” debería solucionarse un día u otro. Es sintomática la anécdota que le ocurrió con el obispo de Ravena, cuando éste —era de los anteriores Estados Pontificios—, le dijo: “Santo Padre, esté seguro que los romañeses aman de todo corazón al Papa, se entiende como soberano espiritual, sin invocar su vuelta a soberano temporal”. A lo que Papa respondió rápido y con gracia: “¡Ya lo creo! Estaban tan mal gobernados”...

En el terreno político tuvo Pío X la suerte de contar con un diplomático tan capaz como su Secretario de Estado Merry del Val. El problema grave le vino de **Francia**, acostumbrada a jugar con el Secretario de León XIII el cardenal Rampolla, claro filofrancés. No son para narrar aquí los incidentes por los cuales se llegó a la ruptura de las relaciones diplomáticas, iniciadas por la descortesía del Presidente Loubet al visitar Roma, y, consumadas las cuales, el Senado y el Gobierno francés tomaron terribles medidas anticatólicas. Las Congregaciones fueron suprimidas y expulsadas, confiscados sus bienes y vendidos en pública subasta; las iglesias sólo podían permanecer abiertas para las funciones del culto; y el clero quedaba en la miseria pues le fue suspendido todo subsidio. El Papa exhortó a los católicos a que se apiñasen con sus obispos unidos a Roma, y el pueblo católico se mostró admirable, al correr con todos los gastos del clero, de los seminarios, del culto, y la contradicción le sirvió para su renovación espiritual y una mayor adhesión al Papa tan denigrado.

España también rompió las relaciones con la Santa Sede, aunque, asesinado su presidente Canalejas, pronto volvieron las aguas a su cauce. **Portugal** tomó las mismas medidas que Francia, pero sus obispos emprendieron una reforma admirable de la fe católica.

Mientras, con gran gozo del Papa, la Cámara de los Comunes de **Inglaterra** daba plena libertad a los católicos equiparándolos en todo a los ciudadanos protestantes.

San Pío X —canonizado por Pío XII en 1954—, murió en 1914 de pura pena al estallar la Primera Guerra mundial. No dejaba ningún bien material, pues era pura verdad lo que decía su testamento: “Nací pobre, he vivido pobre y estoy seguro de morir pobre del todo”. Pero se iba riquísimo con el amor de toda la Iglesia, a la cual hizo tanto bien semejante pastor.

143. BENEDICTO XV, EL PAPA DE LA PAZ

Un pontificado que no ha llamado nunca demasiado la atención, porque fue relativamente breve, y porque la guerra paralizó muchas obras emprendidas.

Turquía, país musulmán, acabada la Primera Guerra Mundial (1914-1918), erigía en Constantinopla un monumento al Papa reinante con esta inscripción:

“Al gran Pontífice de la tragedia mundial, Benedicto XV, bienhechor de los pueblos, sin distinción de nacionalidades ni religiones, en señal de reconocimiento, el Oriente”.

Lo decían en un pueblo tradicionalmente enemigo de la Iglesia.

Es cierto que hizo mucho como Papa dentro de la Iglesia, pero siempre será conocido como el “Papa de la paz”, por la cual trabajó con tenacidad y constancia durante aquella tragedia espantosa. Su primer gesto pontificio lo decía todo. No quiso ser coronado en la basílica de San Pedro sino íntimamente en la Capilla Sixtina. Fue muy criticado: -Este nuevo Papa la emprende sin más contra el Gobierno de Italia... Benedicto se indignó, y replicó a quien le daba la noticia, con orden de lo que publicara:

“¿Cómo es posible proferir tales necedades? He querido que la coronación se hiciese en la forma más modesta posible, para que se observe el rito necesario, pero, en el luto en que la guerra ha sumido a la Humanidad, se excluya todo lo que pede tener aspecto de festejo”.

La humildad y la austeridad iban a caracterizar, por propia elección, toda su gestión pontificia.

Como el Vaticano era prisionero del Gobierno italiano, es decir, no era Estado libre, la situación del Papa durante la guerra era sumamente delicada para aparecer *neutral* ante todo el mundo, sobre todo cuando Italia se decidió a entrar en la guerra al lado de los aliados. Benedicto XV, sin embargo, se mantuvo firme ante su deber de *padre* de todos los pueblos. Por difíciles que se le presentaran los remedios que quería aplicar a todas las víctimas de la guerra, actuó sin desfallecer entre los dos bandos contendientes. De una autorizada Historia de los Papas, copiamos esta larga lista de esas actividades que puso en acción Benedicto XV, aunque advierte que no son todas:

canje de prisioneros de guerra inútiles para el servicio militar;

liberación y canje de detenidos civiles inútiles;

hospitalización en Suiza, y en otros países neutrales, de heridos y enfermos;

liberalización de los prisioneros padres de 4 hijos y prisioneros de más de 18 meses;

correspondencia epistolar con francobelgas de las regiones invadidas;

igual, de los servios con sus familias residentes en su patria;

comunicación de los italianos con sus familias en los territorios invadidos;

descanso dominical de los prisioneros de guerra;

treguas para la inhumación de los muertos en los campos de batalla;

propuestas para hacer cesar toda acción de aviones fuera de las zonas de guerra;

impedir las represalias, las deportaciones y las requisas de los objetos del culto;

inviolabilidad de las tumbas de los caídos en los Dardanelos;

innumerables condenas a muerte por motivos políticos o conmutadas por penas menores;

envío de socorros a los campos de concentración, familias y huérfanos de guerra;

asistencia espiritual en todos los campos de batalla, con amplias facilidades, como Misas al aire libre y absolución general a los soldados, con tal que después, al poder, viniera la confesión personal.

Todo esto organizó el Papa, con las dos oficinas más importantes en Friburgo de Suiza y del Vaticano que tramitaron 5.000 informaciones directas y otras 11.000 indirectas a familias. Se valió también el Papa de países neutrales, como Suiza, que albergó a 10.000 prisioneros heridos o enfermos de ambos lados beligerantes; y sobre todo España, cuyo rey Alfonso XIII realizó 200.000 investigaciones; 6.000 repatriaciones de heridos; 25.000 informaciones a familias; 50 peticiones de indulto de penas a muerte, casi todas satisfechas; devolución por los alemanes de 25.000 franceses y francesas retenidos como rehenes.

Mantenerse el Papa neutral ante el mundo fue todo un heroísmo. Porque Italia, pasándose de su aliada Austria a las potencias enemigas, fue una puñalada para la Santa Sede, porque lo hizo con la promesa a Francia, Inglaterra y Rusia de no permitir a los representantes ante la Santa Sede ningún tipo de acción diplomática referente a la paz. El Gobierno italiano se ponía de hecho así contra el Papa, neutral del todo, y cerraba las puertas a la solución internacional de la “Cuestión Romana”. Se hizo célebre entonces mismo la declaración del Secretario de Estado cardenal Gasparri:

“La Santa Sede, respetando la neutralidad, no pretende crear obstáculos al Gobierno y pone su confianza en Dios, esperando el arreglo conveniente a su situación, no de las armas extranjeras, sino del triunfo de los sentimientos de justicia que desea se difundan cada vez con mayor fuerza entre el pueblo italiano, de conformidad con su verdadero interés”.

El Gobierno italiano entendió. Y las naciones también. El prestigio del Papa por su acción benéfica durante la guerra en pro de la paz subió muchos grados. La mejor prueba: al comenzar su pontificado Benedicto XV, sólo 14 Estados tenían representante cerca del Vaticano. Inglaterra, después de tres siglos y medio de suspensión, fue la primera en reanudar las relaciones con la Santa Sede, que pronto llegaron a 27, algunas tan importantes como la de Francia, rotas cuando lo de San Pío X, que conocemos por la lección anterior.

Con sus catorce puntos famosos, el Presidente de Estados Unidos Wilson se presentaba como un mesías pensando arreglar el mundo. Poco antes de acabarse la guerra, y antes de los acuerdos de paz, el Papa le había rogado a Wilson, “¡por la Sangre del Divino Redentor!”, que hiciese que las condiciones del armisticio no fuesen una provocación para los vencidos. Los puntos de Wilson serían quizá muy acertados, pero no los supo exigir y los vencedores no le hicieron caso. Como tampoco se lo hicieron al Papa cuando por tercera vez en Agosto de 1917 presentó los cinco suyos, basados en la justicia y en la generosidad. Anteriormente había avisado a las dos partes contendientes:

“Téngase en cuenta que las naciones no mueren, sino que, aun humilladas y oprimidas, llevan furiosas el yugo impuesto, preparando el desquite y transmitiendo de generación en generación una triste herencia de odios y de venganza”.

Estas palabras pudieron recordarlas en 1939, nada más veinte años más tarde, cuando Hitler hizo lo que hizo después de aquellas condiciones impuestas en 1919...

El Papa, cuatro años en la Nunciatura de España y después muchos al lado de Rampolla en la Secretaría de Estado, entendía ciertamente en diplomacia, y por sus gestiones durante la guerra se le llegó a llamar “el Papa político”. Es cierto que se ganó el respeto de todas las

naciones, pero fue no por su acertada política sino por sus esfuerzos enormes en pro de la paz durante las hostilidades y por sus propuestas —aunque desoídas— a fin de que los vencedores fueran generosos.

Mirando directamente a la Iglesia, no podía llevar adelante muchas obras que le hubieran ilusionado, ya que su dedicación entera a la paz se le llevó casi toda su actividad. Así y todo, fue él quien en 1917 publicó el Código del Derecho Canónico, emprendido por su antecesor San Pío X, y dio un gran avance a las Obras Misionales Pontificias, seriamente amenazadas por los cambios de dueño que sufrían las colonias de África y Asia.

No era de edad muy avanzada, 66 años, y, pasada la guerra y reinando la paz, todo el mundo esperaba todavía mucho de Papa semejante. Sin embargo, una bronquitis aguda se lo llevaba el 22 de Enero de 1922. Se iba con el dolor de no ver solucionada la “Cuestión Romana” que le afectaba tanto como a cualquier italiano. Pero, sin darse él cuenta, dejaba la puerta abierta a su sucesor. Así lo entendía un periódico liberal de Roma: “El hombre que está falleciendo no se ha olvidado de que es italiano. Y su altura moral es y será siempre una gloria itálica. ¡Ojalá su sucesor sea digno de él!”... Y Mussolini, que aquel año se adueñaría de Italia con su golpe dictatorial, escribió también, con palabras prácticamente proféticas: “No hay que hacerse ilusiones. Que haya razón para augurar un acercamiento de las relaciones entre el Estado y la Iglesia en Italia, lo sostenemos hace algún tiempo. No se puede pretender hacer de ella una iglesia nacional al servicio de la nación. La fuerza, el prestigio, el encanto milenario y duradero del Catolicismo consisten precisamente en que el Catolicismo es la religión de todos los pueblos y de todas las razas. La fuerza del catolicismo, como lo dice su misma palabra, está en su universalismo. Por esto Roma es la única ciudad de la Tierra que puede llamarse universal”.

Esto, italianos que estaban todos por la unidad de Italia, pero que veían las cosas claras y se daban cuenta de que el Papa no podía continuar en aquella condición de prisionero y que debía gozar de libertad tan plena como era su vocación universal.

Hemos comenzado con musulmanes, y con musulmanes vamos a acabar. El Comité musulmán de París, en nombre de los musulmanes de Egipto, dedicó al difunto Pontífice estas palabras: “Si su estatua, erigida en Constantinopla, capital del Islam, nos da el consuelo de verle en cada momento, su piadosa alma y sus esfuerzos para la paz mundial, su profundo respeto a la justicia y al derecho que tienen los pueblos a la libertad, serán su página eterna en la historia del mundo entero”.

Si esta era la voz de los alejados de nuestra fe, podemos adivinar lo que puede pensar y debe decir la Iglesia Católica de un Papa que tanto la honró.

144. PIO XI Y EL TRATADO DE LETRÁN

Un hecho trascendental en la Historia Moderna de la Iglesia: el arreglo definitivo entre la Santa Sede e Italia después de la usurpación de los Estados Pontificios.

Sabemos lo que significó para toda la Iglesia que el Papa perdiese todo su poder temporal (lección 130) en 1870. El Estado Italiano había decretado la “Ley de Garantías”, que, a pesar de ser justas, nunca quisieron aceptar los Papas, pues quedaban supeditados a los gobiernos italianos, que igual estarían regidos por personas honorables y hasta católicas que por masones descarados, como ocurría entonces. Dejando aparte a los culpables de todo: masones, carbonarios, garibaldinos, y la misma Casa real de los Saboya, el pueblo italiano católico se debatía entre dos amores: tácitamente, quería una Italia grande y unida, que nunca había existido; por otra parte, no podía ser infiel al Papa. Una situación insostenible alargada por casi sesenta años. El papa Pío IX, inflexible del todo; León XIII, igual; Pío X, se abrió algo; más aún Benedicto XV; y Pío XI, al ser elegido Papa, dio su bendición a Roma y al mundo entero desde el balcón central de la Basílica Vaticana en vez de darla desde dentro como los Papas anteriores. Era un gesto que entendieron todos. Aquella situación no podía continuar y el sumo Pontífice estaba dispuesto a solucionarla de una vez.

Era el año 1922 cuando fue elegido Pío XI y se hacía Mussolini con el poder de Italia.

El Papa escribió en su primera encíclica: “No es necesario decir cuán profundo es nuestro dolor al no poder contar a Italia entre las numerosas naciones que tienen relaciones diplomáticas con al Santa Sede”... Más claro, imposible.

Y Mussolini, en su primer discurso en el Congreso, habla de los millones de católicos “que desde los cuatro puntos cardinales miran hacia Roma, lo que es objeto de interés y orgullo también para nosotros, que somos italianos”... Otro tan claro como el Papa.

Sin embargo, el rey Víctor Manuel III se negó cuando Mussolini le propuso iniciar negociaciones con el Papa: “No, porque no queda a salvo el honor ni del país ni tampoco el de la dinastía”... Voz discordante, que al fin tuvo que callar y consentir.

Es evidente que el asunto era difícil. Y pasaron seis años de tira y afloja, pues los dos presentaban montón de proposiciones inaceptables para la parte contraria, pero ambas partes, la Santa Sede como el Gobierno fascista, estaban resueltas a llegar al final en la llamada “Cuestión Romana”. Hay que tener presente que, desde el principio, se trataba de tres asuntos diferentes, aunque íntimamente unidos:

- la independencia del Papa con soberanía territorial;
- compensación económica por los Estados usurpados, para sostenerse la Santa Sede;
- y concordato con el Gobierno italiano.

Varias naciones católicas desde hacía años habían ofrecido sus servicios desinteresadamente, pero Pío XI designó por fin una comisión para tratar todo directamente con Italia. Mussolini hizo lo mismo. En Agosto de 1926 tenían ya todas las conversaciones carácter oficial. Por parte de la Santa Sede actuaba el abogado **Francisco Pacelli** —hermano del que era Nuncio en Alemania, Eugenio Pacelli, después Secretario de Estado y finalmente papa Pío XII—, y por el Gobierno Italiano **Domenico Barone**, el cual murió en Noviembre de 1928, cuando ya estaba todo listo para la firma, que se estampó el 11 de Febrero de 1929 en el palacio pontificio de **Letrán** por el cardenal Gasparri y por Benito Mussolini. El “Trata-

do de Letrán”, que llenó de gozo a toda la Iglesia, contenía las tres partes indicadas. Italia y la Santa Sede establecían un Concordato de Estado a Estado; Italia entregaba a la Santa Sede como indemnización por los Estados Pontificios usurpados 700 millones de liras; y sobre todo, esto era lo grande, Italia reconocía el “**Estado de la Ciudad del Vaticano** bajo la soberanía del Romano Pontífice”.

El nuevo Estado del Vaticano quedaba circunscrito a las 44 hectáreas de la Basílica y Plaza de San Pedro, los palacios, museos y los jardines que hay entre ellos, todo encerrado dentro de las murallas existentes. Después de muchas discusiones, se renunció a que hubiera una salida hasta Villa Pamphili y de ella al mar. Incluso se renunció a unos metros de calle que ligasen con el Palacio del santo Oficio. Mussolini aceptó emocionado la generosidad del Papa al hacer estas renunciaciones, pues el Vaticano se quedaba con lo mínimo. El Papa sería soberano independiente en un Estado territorialmente diminuto, pero con una autoridad moral la más fuerte del mundo. Un Papa tan grande y genial como Pío XI pudo decir sereno que aceptaba ante Dios y ante la Historia la responsabilidad plena de todo lo hecho.

La vista del Vaticano era pobre, rodeado como estaba por “borgos” o callejuelas nada compatibles con la dignidad de una gran ciudad. Eran “Italia”, no “Vaticano”, y Mussolini se vio con las manos libres para hacer algo digno de Roma. Después de muchos estudios y forcejeos con los moradores de aquel acceso al Vaticano, en 1936 se iniciaba la construcción de la “Vía della Conciliazione” —así llamada en memoria de la reconciliación de Letrán—, y que brinda modernamente esa vista espléndida de la Plaza y Basílica vaticanas.

Mirado ahora, a la distancia de cien años y más, se adivina en todo el asunto de los Estados Pontificios una Providencia de Dios muy grande. En la Edad Media tuvieron su razón de ser. Con los siglos, se habían convertido en una carga pesada y poco propicia para la Iglesia. Si era necesaria la *independencia* pontificia, podía constituirse ésta de otra manera. Y por injusta y hasta sacrílega que fuese la usurpación de aquellos Estados, Dios se valió de unos hechos consumados, perpetrados por los peores enemigos de la Iglesia, para dar al Papa una libertad que antes no disfrutaba: porque no estaba sujeto políticamente a ningún gobernante, pero con los Estados esos era esclavo de sus mismos derechos. Cuando le fueron arrebatados sus Estados, los católicos de todo el mundo se apiñaron alrededor del Papa, que nunca fue tan amado, y esto, alargado con los años que iban pasando, fue de un beneficio inmenso para la Iglesia. Con la solución final de la “Cuestión Romana” por el Tratado de Letrán, el Papa tiene todo: la *libertad* necesaria para su ministerio universal, sin sujeción a nadie, el *reconocimiento* respetuoso de todos los Estados, y el acceso sin trabas de todos sus fieles que acuden a él a manifestarle su amor y su adhesión.

El papa Pío XI fue ciertamente el hombre providencial para la solución del grave problema. Religiosamente, ejemplarísimo. “Un santo”, dirá confidencialmente su gran Secretario Pacelli, después Pío XII. Pero de un carácter enérgico e indomable. “Gozaba batallando”, dijo de él otro de sus secretarios, el cardenal Tardini. Un lombardo que no tenía miedo a nada ni a nadie. Si empezamos a hablar por su valentía, hay que decir que entre él y el *fascismo italiano* hubo enfrentamientos muy serios, incluso después de los Tratados de Letrán... Con la encíclica “Mit brennender Sorge” hizo temblar al *nazismo alemán*, y, cuando Hitler visitó Roma, el Papa se marchó a Castelgandolfo para no ver la “cruz gamada”

donde no debe estar sino la Cruz de Cristo... Escribió sin temblarle el pulso la encíclica contra el *comunismo marxista* cuando no se podía bromear con la Rusia de Stalin... Apoyó sin reservas, aunque con la debida prudencia, a los *héroes de México* que al grito de “¡Viva Cristo Rey!” se enfrentaban a Calles... Al llegar la *República española*, antidivina desde sus principios, escribió su “*Dilectissima nobis*” con la cual se ponía sin más al lado de los católicos, enfrentados con todos los partidos anticristianos de la izquierda.

Genial en sus obras apostólicas, hay que destacar como lo más significativo de su largo pontificado —1922-1939— el impulso dado a las Misiones y a la Acción Católica, ambas obras las niñas de sus ojos. Las **Misiones** entre infieles crecieron de manera insospechada, y toda la Iglesia llegó a sentirse misionera. Y el apostolado organizado de los seglares, encuadrados en las cuatro ramas de la **Acción Católica**, ha sido, con todas sus variantes modernas, una fuerza imponderable en la Iglesia. Todo esto derivaba de su gran celo por la salvación de las almas. Como en sus audiencias hablaba sin haber escrito, sino espontáneamente muchas veces, una vez dijo unas palabras que se hicieron célebres y que le retrataban a él de cuerpo entero: “Si se trata de la salvación de las almas, nos sentimos con valor para tratar con el demonio en persona”.

Y así era también su esplendor, sobre todo con los misioneros de infieles. Estableció el Domingo Mundial de las Misiones, el DOMUND, apelando a la generosidad de todos los católicos. No ahorra esfuerzos por ayudarlas. Como hizo con aquel obispo que le visitó y le expuso las necesidades de su misión, especialmente de su seminario para los aspirantes nativos. -¿No me podría ayudar algo, Santo Padre?... El Papa no tiene dinero a mano, pues su caridad la hace por medio de los organismos vaticanos. Pero, siempre hay en su mesa algo de lo que le dan visitantes pudientes. Y esta vez abre el cajoncito del escritorio, saca un buen puñado de billetes grandes, y va contando..., hasta que se interrumpe: “¡Tenga! Dios no cuenta, Dios lo da todo”. Esto era Pío XI: genial, impetuoso, magnánimo.

Muestra de su espíritu, fue la **Exposición Misional** del Año Santo de 1925 y la institución de la fiesta de **Jesucristo Rey** del Universo, celebrada hoy en el último Domingo que cierra el Año Litúrgico. Entusiasmó a toda la Iglesia, y fue la que inspiró al cabo sólo de un año a los mártires de México el *¡Viva Cristo Rey!*, imitado y repetido por miles de españoles en la persecución de 1936, los cuales morían indefectiblemente con semejante grito de amor a Jesucristo en sus labios y que tanto enorgulleció al Papa.

El pontificado de Pío XI cierra una época muy importante de la Iglesia. El Papa que le suceda se verá en circunstancias muy difíciles por la Segunda Guerra Mundial que se echa encima. Pero el Papa ya no era prisionero de Italia y se podría mostrar independiente para todo el mundo. Se producirá un bache en muchas obras iniciadas por Pío XI, pero no morirán, y resurgirán después con nuevas energías.

145. EL PAPA PIO XII

Una figura excepcional, que pasmó al mundo. Nosotros lo queremos recordar en toda su impresionante dimensión.

El historiador alemán de la Iglesia más autorizado en nuestro tiempo, Jedin, dice que Pío XII, a nivel personal, es el Papa moderno más grande. Y Javierre, otro conocido escritor sobre nuestros Papas: “Hasta hoy, el Papa de mayor estatura humana, por inteligencia, sensibilidad y señorío personal, creo que en lo que va de siglo veinte fue Pío XII”. Cuando murió en 1958, ¡qué no llegó a decirse de él!... Eisenhower, Presidente de Estados Unidos, y no precisamente hombre de Iglesia, lo expresó de manera gráfica: “Desde hoy, el mundo es más pobre”. ¿Exageraciones? No. Es lo que vivíamos todos.

Su antecesor Pío XI le regaló a su Secretario de Estado Eugenio Pacelli en su cumpleaños un paquetito cuidadosamente envuelto, diciéndole con seriedad, después de un día muy tenso: “Tenga. Sería una enorme bendición para la Iglesia. Esta es mi felicitación hoy para Usted”. Abre después el cardenal el misterioso envoltorio, y era una rica miniatura en marfil de Jesús entregando las llaves a Pedro... Gesto de un Papa que preparó conscientemente a su sucesor, al que había escogido para Secretario de Estado, y le daba la razón de su elección: “Nos hacemos este nombramiento por vuestro espíritu de fe y oración, y también en consideración a los grandes talentos que Dios os ha otorgado”...

Para completar la presentación de Pío XII, otra anécdota del papa Pío XI, que estaba con un obispo y llama con urgencia a su Secretario —alto, delgado, de finura exquisita—, el cual se le presenta con sus arreos de cardenal tal como se encontraba en la Basílica, sin haberse podido cambiar, y le suelta el Papa un piropo tan cariñoso como *pesadito*: “¡Qué elegancia con sus hábitos de cardenal! ¡Y cómo le caerá de bien un día la sotana blanca!”... A Pacelli le salieron todos los colores a la cara. Y el Papa entonces, comprensivo y quitando importancia a sus palabras: “Es también una gracia poder servir a Dios con esa figura”...

Todo eso era Eugenio Pacelli, nacido en una familia noble de Roma, anterior Nuncio en Alemania, Secretario de Estado durante diez años, políglota que hablaba con soltura seis lenguas, y reconocido como un hombre todo de Dios. Elegido Papa el 2 de Marzo de 1939, día en que cumplía los 63, le esperaban hasta el 9 de Octubre de 1958 casi veinte años de un pontificado tan lleno de calamidades como de gloria.

Primero, la Segunda Guerra Mundial que se venía encima, y él, que conocía como nadie la Alemania de Hitler, hizo esfuerzos sobrehumanos para evitarla. Su elección de Papa se la comunicó al terrible dictador alemán con carta personal; para mantener a Italia alejada del conflicto, visitó en el Quirinal al rey Víctor Manuel III y escribió carta de su puño y letra a Mussolini; y a todo el mundo le pedía con su frase famosa: “Nada se ha perdido con la paz; todo puede perderse con la guerra”.

Invasida Polonia el 1 de Septiembre de 1939, y sabedor de los crímenes que empezaban a cometerse por las dos potencias invasoras, Alemania y Rusia, había que volcarse en ayuda del querido y tan católico pueblo polaco. En Mayo de 1940 son atravesadas Bélgica, Holanda y Luxemburgo, y el Papa, sin miedo a Hitler, manda condolencia y bendición a los Soberanos de estas naciones. Universalizada la guerra con la participación de Italia ante la derrota de Francia, la invasión alemana de Rusia, la entrada del Japón y de Estados Unidos,

había que hacer lo mismo que Benedicto XV hacía 25 años: auxiliar a tantísimas víctimas, incontables en comparación de la Guerra Mundial anterior, y aunque no podía pensar para nada en la Alemania de Hitler, la Rusia de Stalin y el pagano Japón, llegó a realizar verdaderos prodigios. Movilizó a todas las Nunciaturas y, unidas a la estación de Radio Vaticana junto con la Cruz Roja, al finalizar el año 1946 la oficina del Vaticano había recibido alrededor de diez millones de informaciones y enviado un número todavía mayor de mensajes.

Imposible detenernos en hechos concretos del Papa durante la guerra. El caso que se hizo inmortal fue el bombardeo de Roma por los Aliados el 9 de Julio de 1943. Mientras los 500 aviones lanzaban sus bombas, el Papa permaneció inmóvil en su despacho sin bajar a refugio alguno; llamó a Mons. Montini, al que preguntó sin más: -¿Cuánto dinero hay en el Banco? -Creo que unos dos millones de liras. -Tráigalo todo inmediatamente... Y con él en el coche se desplaza a los barrios más afectados, llega hasta Campo Verano, y ante la destrozada basílica de San Lorenzo, rodeado de la multitud empieza a consolar heridos, a auxiliar con dinero a los más necesitados, a bendecir a todos, hasta que regresaba al Vaticano con su blanca sotana bien marcada con manchas de sangre.

La cuestión judía fue capítulo aparte. No se conoce en la Historia una injusticia más abominable que la lanzada contra Pío XII, el cual hizo lo inimaginable para salvar a tantísimos judíos, y después vino sobre él la calumnia infame con la película de Hochhuth “El Vicario” en 1963, donde presenta a un Papa que calla cobarde ante la masacre del pueblo semita. Churchill, Roosevelt, De Gaulle, que tenían medios militares a mano y sabían todo, no levantaron la voz ni hicieron nada, mientras que el Papa, actuando siempre, se impuso un prudente silencio —trabajar sin gritar—, *aconsejado incluso, como se sabe, por grandes dirigentes judíos*, porque una protesta pública hubiera empeorado mil veces más la persecución de los demonios nazis. Como en el caso de las Fosas Ardeatinas de Roma, el Papa usó la protesta por vía diplomática, pues, de haber sido pública, hubieran asaltado los nazis tantos conventos que tenían refugiados a los judíos y la masacre hubiera sido tremenda.

Abiertos los archivos vaticanos para todo historiador que los quiera ver, los testimonios a favor del Papa Pío XII son abrumadores. Hoy, los judíos más insignes —igual que hicieron Ben Gurion y Golda Meier, los fundadores del Estado de Israel—, rinden homenaje respetuoso a un Papa que tanto hizo por el pueblo judío. Aquella calumnia peliculesca de Hochhuth fue fatal y ha retrasado lamentablemente la canonización de un Papa al que todos quisimos ver pronto en los altares.

Acabó la guerra, y vino, desde 1945 a 1958, la actividad asombrosa de Pío XII y la admiración que suscitaba en todo el mundo. Iba cambiando el aire del Vaticano. Cada domingo, aunque sin decir palabras, abría al mediodía la ventana de su despacho para alzar sus brazos en cruz y dar su bendición a la mucha gente que llegaba a recibirla. Las audiencias generales de cada miércoles se hicieron célebres. Saludaba en su lengua a todos los grupos, que al final quedaban extasiados en profundo silencio al contemplar aquella figura excelsa con los brazos alzados y mirando al cielo para bendecirlos.

Aparte de sus numerosas encíclicas, se hizo famoso su magisterio por los discursos a tantísimos grupos de científicos, diplomáticos, asociaciones, entidades, y a cada uno se la daba en su lengua con una preparación esmerada y redactada por sí mismo. Cómo sería el magisterio de Pío XII, que el próximo Concilio Vaticano II lo citará casi 200 veces en las

notas de los documentos, más que a todos los Santos Padres, y los Obispos en sus intervenciones lo hicieron unas 1.500. Todos sabían lo que era el trabajo de aquel Papa en su despacho, que a las once de la noche apagaba la luz para irse a la capilla en adoración al Santísimo por una hora, y a las doce en punto se abría otra vez para trabajar hasta la una cuando se iba a dormir para levantarse a las seis, pues su vida era un reloj perfectamente cronometrado, hasta decir a Mons. Montini: “¿Sabe lo que me han dicho los médicos? Que llevo una vida inhumana”. No podía hacer otra cosa el que había proclamado a los obreros: “El trabajo es servicio de Dios, vigor y plenitud de la vida humana, mérito de reposo eterno”.

Hacia un siglo que el impío Mazzini había *profetizado*: “El Papado ha muerto”. Pío XII lo tenía muy presente, y ante la Juventud Católica Femenina que atestaba la Plaza de San Pedro en su 30° aniversario, preguntó atrevidamente: “¿Habéis venido a ver un muerto?”... El “¡No!” estentóreo que se oyó aquel día hizo época... Una vez se estremeció el mundo con Pío XII: a finales de 1954 cuando cayó gravemente enfermo y todos esperaban la noticia fatal de un momento para otro. Pero no murió. En su grave enfermedad dijo confidencialmente a alguno de los cardenales visitantes, y la cosa se corrió: “¡He visto al Señor!”... El caso es que el Papa curó y volvió a ser el mismo por cuatro años más... Aquella visión había sido precedida por otro fenómeno místico cuatro años antes. El 1 de Noviembre del Año Santo de 1950, el Papa dio a la Iglesia el gozo inmenso de la definición dogmática de la Asunción. Y al atardecer de aquel día, mientras paseaba por los jardines vaticanos como de costumbre, se le repitió, sólo al Papa, el fenómeno del sol en la última aparición de Fátima . Con autorización del Papa —no cabe pensar otra cosa—, el cardenal Tedeschini lo hizo público en la misma Fátima. No sorprendió a nadie el hecho, dada la fama de santidad en que era tenido Pío XII.

No debemos silenciar un hecho muy notable de este pontificado. Nada más Pacelli elegido Papa, dio la orden de excavar por arqueólogos de fama, incluidos no católicos, las grutas vaticanas para averiguar si estaba allí el sepulcro de San Pedro. Había que investigar. En la necrópolis adyacente a lo que era el circo de Nerón, apareció el tesoro avaramente buscado. Al final del Año Santo de 1950 el Papa daba oficialmente la noticia: “¡Tenemos el sepulcro de San Pedro!”... La imponente cúpula de Miguel Ángel, como siempre se pensó, estaba edificada perpendicularmente sobre la tumba del Apóstol.

Despachaba Pacelli con Pío XI, el cual le dijo: -Tenga presente esto, por si un día lo necesita..., y esto otro. Y el Secretario: -Como entonces y no me podrá mandar, no tendré tampoco que obedecerle. -Ya me encargaré de decírselo al Espíritu Santo, que es quien manda... Y parece que el Espíritu Santo hizo caso a Pío XI, el cual preparaba sin disimulo como soñado sucesor suyo a su Secretario, que tanto había de prestigiar a la Iglesia.

146. LA IGLESIA DEL SIGLO XX PESEGUIDA

No se entiende fácilmente cómo en un siglo en el que la civilización ha alcanzado alturas tan sorprendentes, se hayan desatado unas persecuciones contra la Iglesia inconcebibles, antilegales e injustas por todos sus costados.

Es imposible hacer una lista detallada de tanta persecución a la Iglesia en todos los países en que la ha sufrido de una manera u otra. Por fuerza nos hemos de limitar a aquellas persecuciones más extensas y que han causado muchos mártires. Por poner un ejemplo, no podemos citar el caso aislado de un Beato Padre Foucauld ejecutado por un fanático musulmán en el Sahara o traer a la buena mujer que la han lapidado porque un día se expresó mal de Mahoma al compararlo con Jesucristo... Hablamos de persecuciones *generales* desatadas contra la Iglesia y que han sido varias en el siglo nuestro.

Habría que empezar, cronológicamente, por la de los **boxers** en China, de cuyos mártires ya dijimos lo suficiente en la lección 135. Los boxers produjeron mártires, pero lo que iba a venir sobre China con el comunismo era mucho peor. Y aquí entramos en el misterio. ¿Cuántos han sido los mártires ejecutados por los comunistas? Cuando en 1949 Mao Tse Tung se hizo con el poder comunista e instituyó la República Popular China, siguió al pie de la letra el consejo de Stalin y fusiló a muchos millones (*millones*, así, como suena). Naturalmente, eran los ciudadanos que más le estorbaban, y entre ellos hay que contar a los católicos como los primeros. No mató a los misioneros extranjeros, sino que como “una gracia” los expulsó a todos de China. Ahora bien, ¿cuántos católicos fueron esas víctimas selectas?... Ante Dios todos son verdaderos mártires. A la persecución católica la China comunista le dio otro cariz más criminal: Iglesia Católica, sí; pero convertida en “Iglesia Patriótica”, separada de Roma. Y todos sabemos el problema actual: la “Patriótica” con aire cismático, y la genuina Católica a vivir con aires de catacumba, aunque prodigiosamente va creciendo de manera admirable. Muchos obispos y sacerdotes han sido encarcelados por años y años y otros perseguidos hasta la muerte. Pero, como lo que pretende el gobierno comunista es precisamente hacer una Iglesia cismática, muchas diócesis siguen sin obispo al no ponerlos el Papa, y así se dan muchos obispos, sacerdotes y religiosas “oficiales”, frente a otros muchos “clandestinos” firmes en su fe católica.

En Turquía hubo una persecución espantosa durante los años 1915-1916 que pasa desapercibida en muchos libros de Historia: la desatada por el fanatismo musulmán. La cosa venía de lejos, desde que en el siglo diecinueve Tanzimat quiso dar mayor libertad a las demás religiones. Los dirigentes fanáticos turcos llevaron a mal aquel gesto tan humano y social, y ya entonces desataron una persecución terrible contra los cristianos de la Iglesia Ortodoxa, pero especialmente contra los católicos fieles a Roma. Declarada la “*hyhad*” o *guerra santa*, incendiaron las iglesias, mataron a muchos clérigos, asesinaron a miles de personas y deportaron a otras tierras a más de un millón de personas. Durante el reinado del sultán Abdul Hamid entre 1894 a 1896, los turcos asesinaron a 200.000 armenios. Estas matanzas y deportaciones no eran contra los armenios por cuestión de raza, sino por motivos religiosos: o se convertían al Islam, o venía el castigo, como lo prueba el que mataban a los niños a partir de sus doce años.

Esto era un ensayo de lo que iba a venir ya a principios del siglo veinte. Sólo la matanza en Adana en 1909 alcanzó las 25.000 víctimas. En 1915-1916 fueron arrestados unos 2.000 dirigentes cristianos, muchos de los cuales fueron encarcelados y posteriormente asesinados, y los “Jóvenes Turcos” ejecutaron de 600.000 a 800.000 cristianos armenios más, y deportaron a 250.000, muchos de ellos también asesinados. Unos 100.000 entre mujeres y niños fueron forzados a hacerse musulmanes. Un millón pudo librarse de la muerte y unos 300.000 lograron refugiarse en Transcaucasia y Rusia.

Civilmente, esto es un auténtico genocidio como el “holocausto” judío de los nazis, un crimen contra la *humanidad*; religiosamente es una auténtica gloria de la Iglesia, pues, haciéndose musulmanes esos católicos, e igualmente los ortodoxos, salvaban su vida; pero perseveraban fieles a su fe y son por eso mártires verdaderos.

Llegamos al 1917 y nos encontramos con la irrupción del **comunismo** al proclamarse por Lenin en Rusia la dictadura bolchevique. Muere Lenin en 1924 y se hace Stalin con el poder absoluto de la Unión Soviética. **Stalin** se va a convertir en la figura más siniestra del siglo veinte desde 1924 hasta que muera en 1953. Cuántos millones de personas hizo asesinar, no se sabrá nunca, pues las estadísticas que se dan varían mucho unas de otras. En la depuración de 1937-1938 causó la muerte de 681.692 fusilados, unas mil ejecuciones por día, y se calcula que en la década de 1930 murieron de diez a once millones.

Aquí no entran números sobre los católicos ejecutados en esa hecatombe. Una cosa sabemos: que la persecución religiosa fue sistemática, y que entre tantos millones de víctimas figuran innumerables católicos por el solo hecho de su fe. Eliminada de Rusia toda religión, y proclamado por Marx el “opio del pueblo”, no se admitía otro sistema social que el materialismo ateo, el cual provocó la desaparición de innumerables iglesias y lugares de culto de todas las religiones, desde la católica hasta las sinagogas judías o mezquitas musulmanas.

La persecución contra la Iglesia Católica se extenderá durante muchos años por todos los países que caigan bajo el poder soviético, como serán todos los de la URSS en la Europa Oriental después de la Segunda Guerra Mundial. Basta recordar los procesos del cardenal Mindzenty en Hungría y del Arzobispo Beato Stepinac en Yugoslavia.

España es un caso especial. La República que se instaló el año 1931 fue desde sus principios antirreligiosa furibunda. El colmo llegó cuando en Febrero de 1936 ganó las elecciones el Frente Popular, constituido por socialistas, comunistas, anarquistas... Se alzó en armas el Ejército, y entonces se destapó en la parte roja una persecución contra la Iglesia nunca antes vista, en la cual murieron fusilados —constan nombre por nombre— 13 Obispos, 4.184 Sacerdotes del clero diocesano, 2.365 Religiosos y 283 Religiosas, con un total de 6.832. ¿Y los laicos asesinados sólo por su fe católica? Muy difícil determinarlos, pero ciertamente que no bajan de los 3.000, miembros de la Acción Católica, Liga de Perseverancia de Ejercicios Espirituales, etc.

Cuba será después otro caso. Su Jefe se declarará comunista, marxista, leninista, y por consiguiente ateo, y entonces caía plenamente bajo la condena del papa Pío XII en 1949 sobre el comunismo. Además, lo confirmaba con los hechos. Expulsó al Obispo Auxiliar de la Habana, deportó a casi todos los sacerdotes y religiosos extranjeros, y los nativos expulsados perdían la nacionalidad cubana. Quedaban en la isla unos 125 sacerdotes para atender

a los cinco millones de habitantes. El bueno del papa Juan XXIII no dudó en lanzarle la excomunión en Enero de 1962.

¿Y qué decir del nazismo alemán? Lo mismo que del comunismo. Nadie sabe las víctimas que causó en los terribles campos de exterminio, en los cuales murieron muchos por el solo motivo de su fe católica. De hecho, son bastantes los ya beatificados y canonizados por la Iglesia, pues morían sólo por no admitir la mentalidad pagana nazista, condenada tan clara y públicamente por la famosa encíclica *Mit brennender Sorge* del papa Pío XI . Y no sólo causó la muerte de ciudadanos alemanes católicos, sino de muchos, sobre todo polacos, de las naciones conquistadas por Alemania.

México nos merece una mención especial, república en la que se ha desarrollado una persecución sistemática contra el catolicismo desde los tiempos de Benito Juárez (1861-1872), un perseguidor perfecto de la Iglesia Católica, inscrito en la masonería, la cual jugaba un papel omnímodo en toda la legislación nacional. Empezó por la ocupación de los bienes eclesiásticos; suprimió la intervención del clero en el matrimonio que debía ser un contrato meramente civil; suprimió las festividades religiosas; secularizó los cementerios; sacó de los conventos a sus moradores; atacó todo signo religioso...

Providencialmente, le siguió en la Presidencia, aunque con varios intervalos, el juicioso Porfirio Díaz (1877-1911), y, aunque las leyes fueran todas antirreligiosas, con él la Iglesia gozó de relativa paz y el catolicismo se mantenía y progresaba. Repuestos los obispos en sus sedes, fue ésta una época próspera para la Iglesia, a pesar de los esfuerzos, siempre presentes, de la masonería en contra.

Hasta que en 1915 subió Carranza a la Presidencia, y después Elías Calles en 1926 cuando la persecución se convirtió en **sangrienta**. Todos sabemos la gloria de que se cubrió la Iglesia con tantos **mártires**, muchos de ellos venerados hoy en los altares, algunos, como el jesuita Padre Miguel Agustín Pro, famoso desde un principio en todo el mundo. Los católicos —por los célebres cristeros— podían haber hecho fracasar todos los intentos del Gobierno, pero, muy sopesadas las cosas, el papa Pío XI aconsejó moderación para evitar males mucho mayores, aunque fueran al final traicionados por los fatales *Arreglos*, bajo el influjo de la masonería. Dicen que el gran Papa, ante el fracaso y la traición de los Arreglos, llegó a llorar, como si se considerase culpable de haber ido demasiado lejos en su bondad. A partir de 1942, con el presidente Camacho empezó a mejorar la situación hasta normalizarse en nuestros días. México se granjeó la admiración y las simpatías de toda la Iglesia.

La Iglesia Católica, perseguida siempre. Es uno de los signos más claros de ser la Iglesia de Cristo, el cual ya le había dicho: “A mí me han perseguido, también os perseguirán a vosotros”. Habría para sospechar de una Iglesia que no sufriera persecución...

147. AMERICA LATINA

No cabe entre las lecciones sobre la Era de las Misiones, pues a principios del siglo XIX era prácticamente del todo católica. Su encuadre, por su problemática, le cae mucho mejor ahora, cara ya al Concilio Vaticano II y al CELAM en Medellín.

Nos situamos en 1962-1965, años en que damos fin a nuestro Curso. En el Concilio había unos 600 obispos latinoamericanos del “continente de la esperanza”, un 22% del total, lo cual significaba un peso muy grande. Ya antes del Concilio, se había celebrado en Rio de Janeiro el año 1955 la primera Conferencia del Consejo Episcopal Latinoamericano, que quedaría consagrado después de manera permanente con el nombre del CELAM y que sería algo providenciadísimo para nuestra Iglesia.

Nuestros obispos, con los datos y planteamientos de aquella Conferencia, iban muy bien preparados para el Concilio. No hay que hacer demasiado caso de ciertas estadísticas, pues se contradicen claramente unas a otras. Pero sí es cierto que los problemas más graves que tenían planteados eran: la escasez de sacerdotes para tantísimos fieles y el peligro de las sectas protestantes, que muy pocos años más tarde se incrementarían de manera alarmante.

En 1968, tres años sólo después del Concilio, se tuvo en Medellín la Segunda Conferencia del CELAM, que marcó para muchos años a nuestra Iglesia. A partir de entonces, la Iglesia latinoamericana es otra en su mentalidad y en su acción pastoral. El Papa Pablo VI habló claro en aquella reunión célebre, que si iba a ser muy orientadora para toda Latinoamérica, iba a causar también muchos equívocos entre los revoltosos de siempre, que no podían faltar:

“Existe una abusiva distinción entre la Iglesia jurídica y la Iglesia de la caridad, entre la Iglesia institucional y la Iglesia carismática”.

“La Iglesia se encuentra hoy en presencia de la vocación a la pobreza de Cristo”.

“No son el odio ni la violencia los que constituyen la fuerza de nuestro amor”.

Antes, en esa misma visita a Bogotá en el mes de Agosto, había proclamado ante más de 200.000 campesinos:

“¿Qué podemos hacer por vosotros? Proclamar vuestra dignidad humana y cristiana. Denunciar las injustas desigualdades económicas. Dar a la riqueza su fin primordial de servicio del hombre. Permitid que os recordemos que no sólo de pan vive el hombre, y que todos nosotros tenemos necesidad de otro pan, el del alma, es decir, el de la religión, el de la fe, el de la palabra y de la gracia divinas”.

Empezaban a sonar los primeros disparos de las armas en nuestra América, y el Papa seguía hablando sobre la confianza y la violencia en la revolución, que “son contrarias al espíritu cristiano y pueden incluso retardar y no favorecer la elevación social a la que aspiran con todo derecho”.

Las grandes realidades a que se enfrenta nuestra Iglesia a partir del postconcilio y de Medellín son varias, pero las podríamos reducir a cuatro, con caracteres igualmente positivos como negativos, y hay que tener presentes lo mismo los unos como los otros.

1ª. Profunda raíz católica desde que aceptó el Evangelio. Y con una característica muy especial y privilegiada. Nuestras gentes ofrecen un ejemplo magnífico de integración social y religiosa. Por la política española y portuguesa —totalmente distinta de la inglesa, holandesa o francesa—, de mezclar la sangre con la de los indígenas y de los negros traídos de África, no existe el problema racial con mestizos y mulatos. Civil y eclesiásticamente, son todos uno. Algo que nos admiran tantos pueblos colonizados, ya que ellos no han conseguido por nada esa envidiable integración.

Aunque hoy ha vuelto la Iglesia a mirar a los indios, es decir, a muchas tribus que en todas las naciones no se han incorporado a la civilización europea y viven sus costumbres con naturalidad. Católicos la mayoría, está vivo el problema de su instrucción y formación religiosa. Es un desafío del que la Iglesia está tomando una honda conciencia: hay que respetar sus sanas costumbres y tradiciones, pero liberándolas de elementos nada favorables a la fe.

2ª. Conserva mucho de su tradicional cultura autóctona. Algo que es también un gran valor y que se debe conservar. América Latina es América Latina, y hay que conservar en la Iglesia todos esos valores que dicen a nuestras gentes mucho más que costumbres exóticas, buenas para otros pueblos, pero no para los nuestros, como son muchas manifestaciones de la religiosidad popular, que, bien examinadas, son expresión de un Evangelio que fue muy bien asimilado.

Un ejemplo aleccionador. En una reunión de Pastoral de conjunto, se criticaba acerbamente por algunos expositores el que nuestras gentes —pobres, sobre todo—, estaban bautizadas, sacramentalizadas, pero no *evangelizadas*. Una religiosa belga, de gran prestigio en el país, callaba siempre, pero al fin tomó la palabra:

-Perdonen que no esté conforme con lo que dicen. Ustedes saben de dónde soy, y conocen la riqueza y altura cultural de mi país. Pues, bien; cuando vine aquí, atendía a una mujer enferma y pobrísima de las chabolas, necesitada de todo. Como entre todos esos pobres, la pared de su “casa”, llena de estampas de santos, entre ellas, un gran cartel del Crucificado. Y me dice señalándolo: “Madrecita, ¿por qué se preocupa tanto de mí? Si todo lo que me falta y yo sufro no es nada en comparación de lo que mi Señor Jesucristo sufrió por mí”... En mi tierra, no busquen ustedes esto... Ya nadie habló más de falta de evangelización.

Y es cierto. Falta mucha *instrucción*, eso sí. Pero la gente latinoamericana tiene una fe profunda. No sabe dejar a Dios. Y esto hay que mantenerlo a toda costa.

3ª. Lo malo es la falsificación de la fe que se ha metido en nuestros pueblos, especialmente con la invasión de las sectas, a partir sobre todo de aquel fatídico informe de Rockefeller al Presidente Nixon en 1969: la principal enemiga de los intereses de Estados Unidos en Latinoamérica es la Iglesia Católica... Vino lo peor. Una descatholicización descarada promovida desde el Norte y cuyas consecuencias sólo Dios sabe hasta dónde van a llegar.

Este es el reto peor con que se enfrenta la Iglesia en nuestros países.

4ª. Y lo que es ya cosa de todos sabida: el desequilibrio social debido a la injusta distribución de la riqueza. La Iglesia no se mete en política —ni nosotros con esta lección—, sino que denuncia, como es su deber, la situación de un *pecado de injusticia institucionalizada*. Dar soluciones, no le toca a ella. Aunque, ciertamente, ha habido miembros del clero que han querido resolver esa situación injusta con doctrinas y prácticas condenables, nunca

aceptadas por el Magisterio de los Pastores. La Iglesia practicaba la caridad evangélica y proponía la justicia social cristiana.

Pero esos innovadores filocomunistas quisieron sustituir el humanismo cristiano por el humanismo marxista, inaceptable del todo.

Para la Iglesia, son malos e injustos por igual la “praxis marxista”, como la “seguridad nacional” con que se le respondió en varios países.

La Iglesia no puede aprobar ni defender ningún sistema dictatorial, ni el de la derecha ni el de la izquierda revolucionaria, tan opresoras la una como la otra aunque sean de signo contrario.

El mal podía venir de lejos. Pero en los días que historiamos, hacía ya ciento cincuenta años que las naciones latinoamericanas habían conseguido su independencia. ¿No se podía haber hecho nada en tanto tiempo? Las leyes se las había dado cada país en sus asambleas constituyentes; entonces, ¿a qué se debe el que nacieran inaceptables en algunos puntos? ¿y se le podía achacar el mal a la Iglesia, como pretenden algunos?

La Iglesia Latinoamericana es la que ha detectado modernamente ese mal, y se ha aplicado a sí misma una teología que nació en Europa pero que supo asimilarse para sí misma. Por eso se ha planteado hoy la justicia social como asociada indisoluble de la caridad. No puede haber amor cristiano donde no se viven ni se admiten los derechos inalienables del hombre a una existencia digna.

Aunque era a todas luces injusta y falsa la acusación de que la Iglesia no había hecho nunca nada por los pobres, ya que toda obra de beneficencia había salido de la misma Iglesia. Religiosa y civilmente quedaba refutada semejante acusación con sólo presentar los hechos de Pedro Claver con los negros, las Reducciones del Paraguay y la evangelización colonizadora de Fray Junípero Serra.

Ante esos hechos indicados, conocidos de todos y no negados por nadie, la Iglesia Latinoamericana se planteó por el CELAM en Medellín —abierto y orientado por Pablo VI, el Papa del Concilio—, los objetivos que había de perseguir y alcanzar en los momentos actuales. No había que mantenerse en teorías, sino traducirlos en obras.

Las naciones latinoamericanas ya no eran “países de misión”, porque habían llegado, salvo reducidas regiones, a la universalidad y madurez católicas. Pero tampoco gozaban sus habitantes de la libertad y bienestar que exige la condición de hombres e hijos de Dios. Muchos acusaron entonces a la Iglesia de meterse en *política*, y es falso, porque no pasó de limitarse a lo que exigen la fe, la caridad y la justicia evangélicas.

América Latina tiene planteados grandes problemas, pero sigue siendo el “continente de la esperanza” y constituye la parte mayor de la Iglesia Católica. Abundan en ella los santos candidatos a los altares. América sigue siendo “viña joven” que da mucho fruto.

148. AMERICA LATINA, PLANTEL DE SANTOS

¿Qué impresión nos ha podido dejar la lección anterior sobre Latinoamérica? Tiene grandes problemas, es cierto. Pero modernamente ha sido un campo fértil donde ha fructificado la santidad cristiana.

“**Viña joven de la Iglesia**, que dará muchas almas para el Cielo”, había escrito de nuestra América el apóstol de Cuba San Antonio María Claret. Y no se equivocó. Por ahí corre el Santoral Americano de Santos y Beatos ya en los altares, de Venerables que pronto serán glorificados, y de Siervos de Dios con su causa introducida en Roma. Aparte de Canadá y Estados Unidos, con dos magníficos grupos, las naciones hispanas y Brasil cuentan con un catálogo impresionante, la mayoría de los siglos diecinueve y veinte, es decir, de nuestros propios días. Santos genuinamente americanos, no de aquellos que vinieron de España como primeros evangelizadores. La Iglesia está orgullosa de ellos. Y no contamos precisamente los Mártires, abundantes sobre todo en México, sino de los llamados en la Iglesia “Confesores”, es decir, los de la vida ordinaria —sacerdotal, religiosa o seglar—, los que son como nosotros, los cristianos de a pie... Imposible traer la lista entera, que se llevaría varias páginas, y dejamos los ya descritos (lecciones 108-110). Escogemos algunos casi al azar.

Santa Teresa de los Andes (1900-1920), chilena, de familia acomodada, es todo un encanto. El santo Padre Mateo Crawley entroniza en su casa al Sagrado Corazón (lección 149). Y la mamá: “Padre, consagre al Sagrado Corazón especialmente a mi hija”. ¡Y qué bien la aceptó Jesús! Niña aún, encuentra en la calle a un pequeño harapiento y con hambre. Se lo lleva a casa, lo cuida, lo mimaba, y con los treinta pesos que ha recogido por su cumpleaños, hace su primer acto de caridad. -Pero, ¿qué has hecho? -Nada. Le he dado mis zapatos a la mamá de Juanito, porque ella no tenía. Como su papá es aficionado al licor, lo he llevado a confesarse y comulgar. Después fui a su casa para consagrarla al Corazón de Jesús... Así de niña. Adolescente, la más aplicada en el colegio y alegre como ninguna. Ya joven, se encierra en la clausura de un convento de Carmelitas Descalzas. Un año de religiosa le basta para subir a las alturas de la santidad a sólo sus veinte años.

San Miguel Febres Cordero (1854-1910), de Ecuador, Hermano de las Escuelas Cristianas, formidable educador de los niños, algo que le venía desde niño también. La educación estaba por los suelos en la nación, cuando el Presidente mártir García Moreno llama a los Hermanos de la Salle, que abren el primer colegio en 1863. Lo visita el Presidente, y le da la bienvenida el alumno primero que acaba de inscribirse. -¿Quién es ese niño tan espabilado?... A los catorce años, a sus papás, que son familia acomodada: -¡Yo quiero ser Hermano!... Y educando a los niños pasará su vida con gran competencia. La gente lo nota, y reconocido en la calle de Quito, un grupo le grita: -¡Viva el Hermano Miguel! Es usted una verdadera gloria de la Patria... Y otro, también en plena calle: -¿No conoces al Hermano Miguel? Míralo, pues lo distingues en seguida. Es el que lleva pintada en el rostro la santidad... Lo mandan a Europa para unos congresos en Francia, Bélgica y España. Morirá en Premiá, cerca de Barcelona. En la persecución de 1936 es profanado su sepulcro, pero se logran salvar sus restos que son llevados a Quito donde se veneran devotamente.

Beata Laura Vicuña (1891-1904), trece años nada más, y se lee sobre su sepulcro en Argentina: “Flor eucarística de Junín de los Andes, cuya vida fue un poema de pureza, de sacrificio y de amor filial”. Muere en Chile su padre, valiente militar y fervoroso católico, y la madre se traslada a Argentina. La pobre no sabe qué hacer, y, contra su conciencia, para poder sobrevivir, se entrega como amante a un bruto terrateniente. Laura, niña en un colegio de Salesianas, se percata de la situación de su madre. Ha hecho la Primera Comunión, y nota que el compañero de su madre, ahora le quiere también a ella: -¡Soy hija de María! ¡Moriré antes que pecar!... Y le ofrece a Dios su vida por la conversión de su madre. Enferma gravemente Laura, y le revela a su madre el secreto: -Ofrecí a Dios mi vida por tu salvación. ¿Me prometes abandonar a ese hombre?... La madre se desespera, y rompe en llanto: -¿Soy yo, por lo mismo, la causa de este tu sufrir, y ahora de tu muerte? Sí, mi querida Laura, te juro que mañana mismo voy a la iglesia a confesarme... Y Laura moría con estas palabras en sus labios: “¡Gracias, Jesús! ¡Gracias, María!”...

La Beata Laura Montoya (1874-1949). Colombiana. Profesora hasta sus treinta años, se decide a dejar su profesión y marcha a trabajar con los indígenas Emberá. Se apasiona por los indígenas de la selva. Necesitaba mujeres valientes, y funda con un grupito las Misioneras de María Inmaculada, que pudieran asimilar su vida a la de los pobres habitantes de la selva, para levantarlos hacia Dios. Parten a lo desconocido, y la Madre Laura escoge como celda la selva enmarañada. No tienen capilla con el Santísimo, y la Madre les enseña a buscar a Dios en la selva salvaje. Sus aventuras misioneras no tienen nombre. Estremecían casi. Y sus hijas escogerán siempre los lugares más pobres. Es la característica de la Congregación. Infatigable misionera, pasa Laura los nueve últimos años de su vida en silla de ruedas, pero trabajando como la que más con la oración, con la palabra, con su pluma exquisita...

La Beata Sor María Romero (1902-1977). Que no le falte el “Sor”, porque si no, ya no sería ella... Nace en Nicaragua, pero será Costa Rica el bastión de su actividad religiosa. Sor María Romero, Hija de María Auxiliadora, se convierte en el personaje más popular de San José, donde realiza un apostolado popularísimo, que calará hondamente por la piedad profunda en la gran capilla, siempre con mucha gente cumpliendo sus devociones; por el Dispensario gratuito para enfermos sin recursos; por la asistencia a los pobres que llegan sin cesar. Necesitaba dinero para su obra, y acude al Director de un Banco, que pide nombre, dirección y todos los requisitos. Y ella, divertida: -“¿Fiadora? ¡La Virgen Santísima!... ¿Que si tengo entradas? ¡Oh, sí, y sobre todo salidas!... ¿Que si tengo también algún pleito con alguien? Todos los días, contra el diablo”... El Director del Banco reía a carcajadas. El préstamo no se podía hacer, pero al fin se hizo, y en tres años se saldaba la deuda que tenía un plazo de nueve años preocupantes... Sor María Romero es fiel a su propósito expresado en esta oración: “Concédeme, Dios mío, que mientras voy subiendo la cuesta de mi vida, pueda sin interrupción enjugar todas las lágrimas que encuentre; endulzar todas las amarguras; suavizar todas las asperezas y echar un poco de bálsamo en todas las heridas”.

San Alberto Hurtado (1901-1952), jesuita chileno, se da desde muchacho al apostolado entre los jóvenes sus compañeros, hasta que se pregunta un día: -¿Estoy haciendo bastante por Cristo? ¿No? ¡Pues, sacerdote para darme del todo al Señor y a las almas!... Se dedica

sobre todo a los jóvenes: “¡Chíflense por Jesucristo!”... Y les exige, como a aquella muchacha por la que pregunta a la mamá: -¿Y qué hace la hija? -¡Oh, muy bien, Padre! Está saliendo. -¿Que está saliendo? ¿Y qué trabajo es ése? ¿No tiene otro trabajo una chica católica que estar saliendo a bailes y fiestas un año entero? ¿Acaso no hay campesinos en su finca para enseñarles a leer e instruirlos en el catecismo? ¿Y no hay pobres a algunas cuerdas de su casa y enfermos en los hospitales a los cuales puede visitar y ayudar?...

Se entrega por fin el Padre Alberto a los pobres, con una idea clara: “El pobre es Cristo”. Funda el *Hogar de Cristo*, pero le caen las sospechas: -Comunista solapado..., revolucionario... Aunque oye a los empresarios: -Padre, ¿cómo organizamos la caridad de la manera más eficaz?... Y las señoras: -Padre, tenga estas joyas, que le irán bien para los pobres... Su apostolado entre los jóvenes y los pobres lo hizo muy conocido en todo Chile.

Beata María de San José (1875-1967). De Venezuela. Su nombre de pila era Laura Evangelista. Hija natural, su padre indiferente y nada religioso, pero su madre, buena, la educa cristianamente. Joven, se da a los enfermos en el Hospital levantado por el Agustino Recoleta Padre Alvarado, y, entregada a los enfermos, funda después la Congregación de los Pobres de San Agustín. Y vienen los asilos, orfanatos, colegios para pobres. Enfermo su padre, consigue que se case por la Iglesia y muera con los Sacramentos. Ella morirá a sus noventa y dos años, y será la primera venezolana que vemos en los altares.

Beato Carlos Manuel Rodríguez (1918-1963). De Puerto Rico. El popular “Charli”. Seglar. Pobre. Aficionado al estudio. Aún no se había celebrado el Concilio, y escribía sobre la Liturgia: “¡La Liturgia es la vida de la Iglesia! La Oración, la proclamación de la Palabra, la Eucaristía y los demás Sacramentos han de ser nuestra ocupación primaria y el medio de toda la renovación cristiana”. No se casa. Soltero, alterna su trabajo con las funciones de la Iglesia. Recita textos de los Papas, como éste de San Pío X: “La fuente primaria e indispensable del verdadero espíritu cristiano es la participación activa del pueblo en la oración oficial y pública de la Iglesia”. ¿Es posible todo esto en un simple joven laico? Una Doctora de la Universidad lo definió: -Este muchacho es lo que mi amiga Gabriela Mistral llamaba un “hijo del Espíritu Santo”... Y su apostolado entre los amigos resulta natural y simpático. Como con aquella amiga, que le dice cuando se proyectaba la controvertida película “La Dolce vita”: -Sí, voy a ir a verla. Me siento preparada y madura... Y Charli, con bastante humor: -¿De veras? Oye, ¿te tomarías un veneno porque sabes cuál es su antídoto?... Enferma. La mamá está presente. Su hermano, sacerdote benedictino, le entona el himno pascual “Exultet”, y bajo sus melodías se iba al Cielo, cinco meses antes de que el Concilio lanzara la Constitución sobre la Liturgia. ¡Si la llega a ver!...

Es lástima que no podamos multiplicar las semblanzas de tantos santos más que honran a la Iglesia Latinoamericana. Con el tiempo serán legión...

149. DEVOCIONES Y MOVIMIENTOS MODERNOS

Una referencia nada más a la piedad y el apostolado desarrollados por la Iglesia en estos días. Porque son innumerables sus formas.

No se exagera al decir que nunca la Iglesia se ha mostrado tan activa como en los siglos diecinueve y veinte para inventar formas de piedad y de apostolados tan oportunos como eficaces. Nos limitamos a los más llamativos y anteriores al Concilio en 1962-1965.

Devociones

La Adoración Nocturna. Fundada en 1848 por el judío alemán Hermann Cohen, que hasta su conversión había sido un auténtico sibarita de todos los vicios. Ya bautizado, tiene por devoción el visitar en París las iglesias, una tras otra, en que se venera el Santísimo expuesto. Y un atardecer entra en la capilla de un monasterio de carmelitas. Ya de noche, se le manda salir de la iglesia. -¡Oh, no! Ya me quedaré mientras esas señoras estén ahí. -Es que son mujeres que se quedan toda la noche adorando al Santísimo... Fue el chispazo. Acude a Monseñor Bouillierie, que le autoriza: -Haz lo mismo si encuentras hombres dispuestos... Y acude al primero, Aznárez, el antiguo diplomático español, y a un amigo capitán de fragata. Eran los primeros del grupo que se iban a comprometer a pasarse la noche ante el Santísimo. Ingresado en la Orden de los carmelitas y sacerdote, Hermann moría en 1871 dejando en la Iglesia una institución formidable de piedad. ¿A cuántos millones han ascendido los adoradores nocturnos desde entonces?...

Los Congresos Eucarísticos. Hoy, celebraciones grandiosas internacionales, nacieron a impulso de la señorita francesa Emílie Tamisier, de Tours, y de otros laicos amigos, impulsados por San Pedro Julián Eymard. Esa Francia tan racionalista del siglo XIX tenía respuestas muy claras del Cielo. Y ahora, Emilie y sus amigos se propusieron: "Que la salvación de la sociedad venga por medio de la Eucaristía". Así surgió el primer Congreso Eucarístico en Lille del 28 al 30 de Junio de 1881. Enterado de los resultados tan halagüeños el papa León XIII, entusiasmó a los organizadores: "Queridos hijos, llevad adelante vuestra Obra y continuad buscando nuevos miembros. ¡Propagad la institución a la que os dedicáis y esforzaos por encender en todos el fuego celeste que Cristo ha traído a la tierra y que quiere encender, sobre todo por medio de la Eucaristía!". Los Congresos Eucarísticos son hoy lo mismo nacionales que internacionales. El último Internacional que cubre nuestra Historia durante el Concilio Vaticano II, fue el 38º, celebrado en Bombay de la India en 1964 y presidido por el papa Pablo VI. Es el Papa quien escoge el lugar y la fecha de los Internacionales y se llevan a cabo por el Pontificio Comité de los Congresos Eucarísticos.

La Entronización del Sagrado Corazón. Nació en 1907 por iniciativa del Padre Mateo Crawley, peruano, Misionero de los Sagrados Corazones, cuando residía en Chile. La idea era clara: que la imagen del Corazón de Jesús presida cada hogar, consagrado al Divino Corazón e impulse eficazmente la vida cristiana. El Padre Mateo, fervorosísimo, con fama de santo, y que dominaba varias lenguas, recorrió montón de países en América y Europa; en 1935 se le encargaron muchos Ejercicios Espirituales a sacerdotes en los países de Misión, en Asia sobre todo. El papa San Pío X, a quien pidió su permiso y bendición en los

principios de su apostolado, le respondió: -No, hijo mío. No te doy permiso. Te lo mando, ¿me entiendes?, te lo mando... Se realizaron multitud de conversiones muy sonadas. Cuando la sede arzobispal de Lima quedó una vez vacante, el Presidente de la República pidió al Papa como Arzobispo al Padre Mateo. Pío XI no podía desairar al Presidente, pero respondió con gracejo: -El Sr. Presidente de Perú me pide que convierta en comandante de campo a un bombardero del Sagrado Corazón... Extendida la Entronización por todo el mundo, el Padre Mateo moría en Chile el año 1960 después de varios años inmóvil en un hospital.

El Rosario de la Virgen. Venía de siglos atrás. Pero tuvo un incremento grande desde las apariciones de Lourdes y de Fátima. Además, todos Papas modernos, sin excepción, lo han fomentado con sus escritos —León XIII, sobre todo—, y han sido los primeros en dar ejemplo con su recitación asidua. Desde Pío IX hasta el último no hay uno solo de quien no se cuenten anécdotas a cual más edificantes. Pero como movimiento especialmente, nacido en Estados Unidos, hay que recordar al Padre Peyton, sacerdote de la Santa Cruz, también con fama de santo, que con su eslogan inolvidable: “Familia que reza unida, permanece unida”, movilizó verdaderas multitudes en todo el mundo. La radio y la televisión después —con los mejores locutores y artistas de Hollywood que se ponían sin condición a su servicio—, penetró en incontables hogares, que rezaban el Rosario y se llenaban de bendiciones.

La Divina Misericordia. De profunda raíz evangélica, tal como se ha extendido hoy esta devoción en la Iglesia, se debe a la polaca Santa Faustina Kowalska (1905-1938). Humilde religiosa, que pasa su corta vida claustral en los oficios más sencillos de cocinera o portera, recibe gracias místicas extraordinarias. Parecido a lo de la Medalla Milagrosa entre la Virgen y Santa Catalina Labouré, Jesús le muestra una imagen suya, con dos inmensos torrentes de luz que le salen del Corazón, y le encarga que la haga pintar, con esta leyenda debajo: “Jesús, en ti confío”. Y le dicta el rezo de la conocida coronilla. El caso es que —entre la estampa y la coronilla— la devoción se ha propagado por toda la Iglesia de manera extraordinaria, haciendo confiar a innumerables almas en la Misericordia divina.

Movimientos

La Acción Católica. Empezamos por lo primero. El apostolado de los seglares es tan antiguo como la Iglesia. Pero, durante siglos, la evangelización en muchas de sus formas parece que fuera exclusiva de los Pastores y nada más. Hubo voces aisladas modernamente que clamaban por la participación de los laicos en la obra apostólica de la Iglesia. Por ejemplo, en pleno siglo XIX San Antonio María Claret, de quien son estas palabras: “En estos últimos tiempos parece que Dios quiere que los seglares tengan una gran parte en la salvación de las almas”. Y añade: “¿Podrán figurar las mujeres lo mismo que los hombres? Sí, las mujeres lo mismo que los hombres”. Pasa de las palabras a los hechos, y con su Academia de San Miguel organiza en Madrid y toda España un apostolado laico impresionante, aunque todo desapareció con el Santo, aventado por la revolución de 1868. Pero la semilla estaba sembrada, y el día de su beatificación, el genial papa Pío XI, al sonar las campanas vaticanas, interrumpe su charla a los dirigentes de la Acción Católica Italiana con los que estaba conversando: “Tenemos al nuevo Beato, una figura verdaderamente grande, Precursor de la Acción Católica casi como es hoy”. Elogio máximo en semejante Papa, el creador de la Acción Católica moderna en sus Cuatro Ramas, y que dio ese carácter “ofi-

cial” y “pontificio” —lo vamos a llamar así—, al apostolado seglar. Con el decreto “Apostolicam actuositatem” del Concilio Vaticano II, el apostolado de los seglares quedaba consagrado para siempre en la Iglesia bajo las múltiples formas que ha ido y sigue creando.

La Legión de María. Fundada en Dublín, Irlanda, en 1921 por Frank Duff con un grupo de seglares delante de un cuadro de la Virgen en la Medalla Milagrosa, se extendió rápidamente por todo el mundo. Sus grupos funcionan en todas las Iglesias, se han calculado en diez millones sus miembros, y han hecho un bien inmenso en tantas almas.

Los Focolares. Plena Segunda Guerra Mundial. Durante un bombardeo en Trento, 1943. Metidos en el refugio, no tienen los pobres otro libro que el Evangelio, leen, y viene el chispazo de Dios a la joven Chiara Lubich: “Descubrimiento fulgurante del Único al que ninguna bomba puede destruir: Dios, Dios, Dios”... Nace el movimiento de los Focolares, extendido por todos los países, con centenares de miles de católicos en sus filas.

Los Cursillos de Cristiandad. Enero de 1949, en Palma de Mallorca, por iniciativa de los jóvenes de Acción Católica bajo la dirección de Eduardo Bonnín. De España saltan a América, a Filipinas, a Centroeuropa, a Italia... Centrados en la vivencia de lo “Fundamental cristiano”, han hecho un bien inmenso en todas partes.

Los Neocatecumenales. Un muchacho, Kilo Argüello, hace el Cursillo de Cristiandad por el 1960. “¿Y mi apostolado?”... Guitarra en mano, a los barrios marginados de Madrid. Enseña a jóvenes. Los atrae. Nadie hubiera dicho entonces que aquello sería uno de los movimientos más poderosos de la Iglesia actual.

Comunión y Liberación. En Milán, 1954, por el sacerdote profesor Luigi Giussani, y animado por el entonces arzobispo cardenal Montini, después papa Pablo VI. Movimiento estudiantil que se ha convertido en una fuerza espiritual y de apostolado muy potente.

Hay muchísimos más. El Espíritu ha soplado fuerte en la Iglesia. Muchos son universales, como los **Carismáticos**, extendidos por todas partes, o los diversos **Matrimoniales**; otros, limitados a diócesis particulares. Las Congregaciones religiosas tienen el suyo, equivalente a lo que antes eran y siguen siendo las Terceras Órdenes. El Opus, con los miembros “Supernumerarios”; los Legionarios de Cristo, con “Regnum Christi”; y así tantos otros. El caso es que los movimientos apostólicos, cada uno con su carisma, forman hoy una fuerza inmensa dentro de la Iglesia para sostener la piedad y realizar obras apostólicas que van haciendo fermentar la masa desde dentro y extendiendo el Reino por todas partes.

150. GRANDES SANTOS Y GRANDES OBRAS

Los siglos XIX y XX pasan por las obras que surgen en la Iglesia. Intentamos dar una simple visión de conjunto.

¿Grandes males y grandes bienes a la vez?... Este es el hecho. El racionalismo, el marxismo y el apogeo de la masonería por una parte, y las grandes guerras mundiales por otra, siembran de males sin cuento al mundo. Sin embargo, Dios suscita en su Iglesia como revancha unos hombres y mujeres extraordinarios y unas empresas nunca antes vistas. Imposible ampliar cada tema. Nos contentamos con unas simples nociones nada más. Empezamos por los Santos. Cada nación católica tiene los suyos.

San Juan María Vianney (1786-1859) llena la **Francia** del diecinueve. Simple Cura de aldea, convierte a Ars en un centro único de espiritualidad. Encajonado dentro de su confesionario hasta dieciocho horas diarias —“estos pobres pecadores acabarán por matar a este pobre pecador”—, hay año que alcanzan hasta cien mil los penitentes venidos de toda Francia y hasta de América. La misma Francia nos da a **Santa Teresa del Niño Jesús** (1873-1897), carmelita de clausura, que muere a sus 24 años y con el simple relato de su vida levanta en el mundo un verdadero “huracán de gloria”, en frase del papa Pío XI, que dice también: “O la canoniza el Papa o la canoniza el mundo”. Lo hacía en 1925. Sus papás, Luis Martin y Celia Guerin, están también beatificados, como podrían estar también en los altares las otras cuatro hijas religiosas, la familia entera.

San Antonio María Claret (1807-1870). Único obispo del Concilio Vaticano I canonizado. Apóstol popular inigualable de toda **España**. Fundador de la Congregación de los Misioneros Hijos del Corazón de María, Arzobispo excepcional de Santiago de Cuba, mucho más *misionero* que prelado. Después, como confesor de la reina Isabel II en Madrid, se convierte en el corazón de la Iglesia española. Su característica especial, que lo hace verdaderamente apóstol grande y genial, es su intuición sobre el apostolado de los seglares, a los que organiza de tal modo que llega a ser el “Precursor de la Acción Católica casi como es hoy”, en frase del papa Pío XI (lección 149).

San Juan Bosco (1815-1888) es el hombre que domina **Italia** como el gran formador de la niñez y juventud. Su Congregación de los Salesianos, extendida rápida y prodigiosamente por todo el mundo, ha hecho y sigue haciendo un bien incalculable. En “Don Bosco” y en los Salesianos no hay nada pequeño: iglesias siempre grandes y siempre a rebosar con culto devoto; colegios e institutos laborales que forman a legiones de trabajadores. Y esto, en pueblos católicos como en países de misión.

Estos tres Santos insignes del siglo diecinueve en las tres naciones católicas más grandes y tradicionales de Europa —ya hemos hablado de los Santos en los otros continentes—, fueron seguidos en el siglo veinte por otros no menos esclarecidos. Miremos sólo cuatro.

San Pío de Pietralcina (1887-1968) El conocidísimo “Padre Pío”, en cuyo cuerpo aparecieron *visibles* desde 1918 las *llagas sangrantes* de Jesús. Aquel su pobre convento de Franciscanos Capuchinos en el sur de Italia se iba a convertir en un centro famoso de piedad y de conversiones sonadas. El Padre Pío sufre lo indecible. A un amigo que le ofrecía

pedir a Dios ayudarle en sus dolores, le contesta: “Caerían desplomados”. Vivir crucificado toda la vida es un fenómeno místico que sólo de Dios puede venir y para sobrellevar el cual sólo Dios es capaz de dar la fuerza. A un Padre compañero que le da las *¡Buenas noches!*, le contesta: *Eso para usted, que puede dormir*. Él se las pasaba despierto, rezando. El caso es que con sus confesiones interminables de gentes llegadas de todas partes, San Giovanni Rotondo, lugar campestre del todo solitario, se convierte en un punto de peregrinación ininterrumpida. Cuando muere, asisten a su funeral más de cien mil personas. Y hoy, con sus hospitales, seminarios, obras de beneficencia, y la enorme iglesia para más de diez mil personas, es un centro de piedad de lo más notable en el mundo. El Padre Pío ha dado a la Iglesia del siglo veinte la gran consigna de la unión con Dios por medio de la **oración**. Cuando todo el mundo le admiraba, él se definió simplemente: “Yo soy un pobre fraile que reza”. A Aldo Moro, el insigne político católico y entonces Presidente del Gobierno de Italia, que le telefonea pidiéndole oraciones, le contesta: “Y tú, ¿cuándo rezas?”... Un mensaje para todos sus devotos de entonces y de hoy.

San Maximiliano Kolbe (1894-1941). Franciscano Conventual. El gran *mártir* polaco, es cierto. Pero es que su vida ya era la de un santo extraordinario. Era “El loco de Nuestra Señora”, pues nadie como él devotísimo de la Virgen. Pero su martirio en el campo de exterminio nazi de Auschwitz es lo que le ha dado la mayor celebridad en la Iglesia moderna. Por la fuga de un prisionero, han de morir diez de sus compañeros en el bunker del hambre. El comandante del campo va señalando a las víctimas. -Tú, y tú, y tú... Lamentos de unos, lloros de otros, himnos patrióticos de algunos como un desafío al orgullo nazi. Uno de los señalados rompe a llorar amargamente: -¡Ay mi pobre esposa, ay mis pobres hijos!... Un prisionero se adelanta al comandante, que le apunta feroz con la pistola: -Di, ¿qué quieres tú? -Sustituir a uno de esos condenados. Sí; soy viejo y estoy enfermo. No valgo para nada ni puedo trabajar. Podría muy bien sustituir a ese que tiene mujer e hijos... El comandante está que no sabe cómo revolverse. -Tú, ¿quién eres? -Un sacerdote católico... Y el jefe, frío, insensible, ordena a los guardias: -¡A cambiarlos!... Como nadie en el campo tiene nombre, porque no es más que un número, escrito en el uniforme de prisionero, sustituyen el 5659 por el 1670. Metidos en el bunker, les esperan quince días atroces. Pero esta vez, los lamentos y gritos desesperados de siempre, son sustituidos por oraciones y por cantos, impulsados el Padre Kolbe. Con los días, se van apagando las voces, al quedar los moribundos sin fuerzas. Así, hasta el 14 de Agosto, en que aún quedan cuatro con vida. El comandante ordena acabar con ellos inyectándoles ácido fénico. El Padre Kolbe es el último en morir. Era el atardecer de la vigilia de la Asunción.

Santa Edith Stein (1891-1942). La judía alemana. Inteligencia privilegiada. Competente en filosofía, en la que sobresale casi como un genio. Voluntariamente atea: “Consciente de lo que hacía y con una decisión del todo libre, dejé de rezar”. Pero, eso sí, intachable en su conducta. Cae un día en sus manos la Vida autobiográfica de Santa Teresa de Jesús, y... “comencé la lectura y quedé totalmente atrapada, de modo que no la solté hasta acabarla de un tirón. Cuando cerré el libro, me dije a mí misma: ¡Esta es la verdad!”. Se bautiza, hace la Primera Comunión, entra religiosa de clausura en las Carmelitas de Santa Teresa, con el nombre de Benedicta de la Cruz. Capturada en Holanda por los nazis, es llevada hasta el campo de exterminio de Auschwitz en Polonia, donde muere en las cámaras de gas en Agosto de 1942. Había escrito: “No es la actividad humana la que nos salva, sino la Pasión de Cristo, y yo no suspiro sino por participar de ella”

Beata Madre Teresa de Calcuta (1910-1997). De Albania. Hablar de la Madre Teresa, nada. Sobra cuanto digamos, porque sabemos de memoria todo lo de la santa “que ha signado la Historia”, como dirá Juan Pablo II al saber la noticia de su muerte. La mujer del Premio Nobel mejor merecido. La monja menudita que, al ser presentada en las Naciones Unidas —calladita y con el rosario en la mano—, dice de ella el Secretario General: “Les presento a la mujer más poderosa del mundo”, y logra hacer recitar a todos en aquel foro universal la oración que les dicta... Muere a finales del siglo veinte, pero su actividad ya la estaba realizando en la India durante los años con que damos fin a nuestra Historia.

Es casi una injusticia el silenciar los nombres de tantos Santos y Santas más, en especial de laicos que tanto nos dicen, como el Médico San José Moscati y el Abogado Beato Contardo Ferrini. Brillan muchos pertenecientes a la nueva forma de Vida Consagrada en los **Institutos Seculares**, creados por el papa Pío XII el año 1947 como una innovación trascendental en la Iglesia. Citamos algunos nada más.

Beato John Newman (1801-1890), el gran convertido inglés, iniciador del movimiento de conversiones tan insignes como las del Padre Faber, cardenal Manning y tantos más.

San Marcelino Champagnat (1789-1840), el fundador de los Hermanos Maristas, formadores de legiones de niños y jóvenes en sus prestigiosos colegios.

San José Benito Cottolengo (1786-1842), el de la “Pequeñita Casa” habitada por tantos enfermos, sin que nadie sepa los *miles* (más de 12.000 al menos) que viven en ella.

Beato Guillermo J. Chaminade (1761-1850), fundador de los Marianistas, otra Congregación tan benemérita dedicada a la formación de la niñez y juventud.

Beato Federico Ozanam (1813-1853), el joven universitario de París, fundador de las Conferencias de San Vicente de Paúl, que han hecho y siguen aliviando a tantos pobres en todas las iglesias del mundo. Casado, moría a sus cuarenta años de edad.

San Eugenio de Mazenod (1782-1862), fundador de la insigne Congregación de los Oblatos de María Inmaculada, tan destacados en todas las misiones de infieles.

San Arnoldo Janssen (1837-1909), con su meritísima Sociedad del Verbo Divino.

San Pedro Poveda (1974-1936), el fundador de la Institución Teresiana.

San Josemaría Escrivá de Balaguer (1902-1975), el fundador del Opus Dei, esa fuerza tan poderosa de la Iglesia moderna.

Y no traemos a incontables **Santas fundadoras**, Micaela María del Santísimo Sacramento, Joaquina de Vedruna, María Ráfols, Francisca Javier Cabrini, Ursula Ledochowska... Son nuestras, de la Iglesia entera, expresado así por Efrasia Pelletier: “No quiero que digan que soy francesa; yo soy de cualquier país donde haya un alma que salvar”.

Total, que en los siglos XIX y XX ha brillado la santidad y la evangelización como quizá nunca en la Historia, bajo la guía de unos Papas auténticamente excepcionales.

151. EL BEATO PAPA JUAN XXIII

Se dijo por todos nada más elegido Roncalli: “¡Un Papa de transición!”. Podía ser verdad, pero el hecho es que su pontificado revolucionó a la Iglesia.

No se preveía por el gran público, pero lo cierto es que los cardenales sabían de antemano lo que iban a hacer al no haber ningún cardenal que destacara claramente antes del cónclave para suceder a Pío XII, un Papa inmenso, si queremos llamarlo así. El mismo Roncalli, de setenta y siete años, arzobispo Patriarca de Venecia, anterior Nuncio en Francia, le pregunta a Feltin, cardenal arzobispo de París: -¿Es cierto que suena mi nombre?... Y Feltin, seco, porque no le quería: -Sí, pero también suenan otros más... Roncalli, que se daba cuenta de la situación, el santo de siempre, iba preparado y se repitió su lema acostumbrado: “Obediencia y paz”.

Aquel obispo bueno tenía las ideas claras, expresadas en estos días. Desde hacía años pensaba y exponía su opinión: la Iglesia eterna tiene urgencia de un cambio radical. Y escribía ahora al Rector del Seminario de Venecia: “Debemos orar para que el Papa, sea el que sea, no signifique una ruptura, sino progreso en el seguir la juventud perenne de la Santa Iglesia, cuya misión es siempre la de conducir las almas hacia las alturas de la santificación de la vida humana, a la vista de la vida eterna”. Y lo mismo escribía a su amigo el obispo de Bérgamo: “Nuestras oraciones deben conseguir que sea un hombre de gobierno sabio y dulce, que sea un santo y un santificador”.

Necesitaba vivir más que nunca su lema de obediencia y paz, porque el 28 de Octubre de 1958 era elegido Papa, y aceptaba con estas palabras dirigidas a los cardenales: “Viendo en los votos de mis hermanos la voluntad de Dios, acepto la elección hecha por ellos, e inclino la cabeza al cáliz de la amargura y al yugo de la cruz”. Y dijo el nombre que se había estado preparando aquel día, como confesó después: “Me llamaré Juan”. Juan XXIII.

Se necesitaba humildad para sustituir a los dos Papas anteriores. Al Secretario de una Congregación Romana le dijo a los pocos días, en su primera visita de oficio: “Ya ve, me han hecho Papa”. Señala con el dedo las dos fotografías de Pío XI y Pío XII que tenía sobre el escritorio, y continúa: “Ya sé que no soy como ellos, que gobernaban por sí mismos porque eran lo que eran. Yo gobierno por medio de ustedes, que me lo hacen muy bien”. Así, textualmente. Pero el Papa Juan se equivocaba sobre sí mismo. Con su bondad y su sencillez se iba a meter al mundo en el bolsillo en cuatro días e iba a tener un pontificado muy glorioso.

De niño y joven, conoció la “vida de honrada pobreza” en una humilde familia campesina del norte de Italia. Ya sacerdote, en la Primera Guerra Mundial fue movilizado, le dieron el grado de sargento y fungió en seguida como teniente capellán militar. Después, iba a pasar su vida, sin pretenderlo y sólo por obediencia, primero en la Congregación de la Propaganda Fide mandado por Benedicto XV, lo cual le hizo ponerse en contacto con el mundo misional; después, bajo Pío XI, en 1925 fue enviado como Delegado Apostólico a Bulgaria, Turquía y Grecia, cargo que desempeñará por veintiún años y le dará un conocimiento profundo sobre las Iglesias Ortodoxas de Oriente.

Fue especial su gestión en Turquía, donde se acomodó de tal manera a las reformas religiosas introducidas por Attaturk, que, cuando Roncalli sea elegido Papa, Turquía se apresurará a entablar relaciones con el Vaticano, y eso que precisamente en el Vaticano fue criticada su conducta diplomática, aunque el papa Pío XI, el cual le había elegido para aquel puesto tan difícil, le dio la razón y le aseguró que su proceder se vería un día premiada.

Finalmente, por orden tajante de Pío XII en 1946, lo más inesperado: Nuncio en París, para sustituir a Valeri, que le había caído mal al quisquilloso De Gaulle. En una Nunciatura tan notable y tan difícil entonces, desempeñó un magnífico papel, hasta que en 1953 Pío XII lo creaba cardenal y lo mandaba como Patriarca a la sede de Venecia. El diplomático iba a tener, como había deseado siempre, la experiencia del pastor directo de las almas, con lo cual, sin saberlo, se disponía así a ser un Papa magnífico. Pronto empezaron a correr por toda Roma y se difundían por el mundo entero las anécdotas más simpáticas de sus primeros gestos, como las visitas inesperadas a hospitales y cárceles sin protocolo alguno.

Hoy valoramos su actuación por un testigo de primerísima mano: *él mismo* con su famoso Diario, donde iba anotando todas las incidencias de su vida espiritual: piedad honda, conciencia delicadísima, tentaciones vencidas, sacrificios pequeños pero constantes... Ya Papa, quiso mantenerse en el mismo tenor de vida personal. Su fiel secretario Capovilla es un testigo de excepción. Prefería comer solo y se hacía leer por su secretario algún libro de recia espiritualidad, como el de San Bernardo a su discípulo el papa Eugenio III, al que le recordaba: “Te será muy saludable pensar que eres sumo Pontífice y polvo humildísimo”. “Se te ha dado el puesto más alto, pero no es el más seguro”...

Dormía sólo cinco horas, de 10 a 3’30, lo cual le daba tiempo para el estudio y para entregarse al amanecer tranquilo a la oración. A su familia, muy querida, no les modificó en nada su condición humilde. En el lecho de muerte, encargó: “En el cajoncito de mi escritorio hay una pequeña suma de dinero. Entréguelo a la Secretaría de Estado. Deseo que el Señor me encuentre pobre y sin nada, como soy en realidad”.

Sus reformas como Papa empezaron sin retraso alguno. En la primera promoción de cardenales nombró 23 y sobrepasó sin más el número de 70 establecido por el Papa Sixto V en 1586: “¿No se han extendido las fronteras de la Iglesia? ¿No es, pues, natural ampliar los viejos marcos que ahora son ya demasiado estrechos?”.

Anunciado el Concilio, en la Curia se alzó una tremenda oposición, junto con una obediencia total y edificante, lo cual sólo puede ocurrir en la Iglesia. Las contradicciones, a montón en quienes lo preparaban, indicio de lo que pasaría en el Concilio entre conservadores y progresistas. El Papa, *personalmente*, era el de la apertura, y según se expresaba: la Iglesia debe cambiar, abrirse al futuro. Se refería especialmente a la Curia, que retentaba todo el poder, y eso no podía seguir. Aunque con todo respeto y tino, poco a poco se iba reformando, y el Papa sabía que la reforma total de la Curia sería fruto del Concilio.

En toda la Iglesia se notaba el nuevo estilo que el Papa Juan le iba imprimiendo. Hasta entre los del campo enemigo. Un ejemplo por todos. Cuando murió Pío XII, el noticiero oficial de Moscú comunicó la noticia escueta en el 17º lugar. Ahora, Krushev cruzó felicitaciones con el Papa y enviaba un representante *oficioso* suyo ante el Vaticano. Y se hizo famosa la visita de Rada, la hija de Krushev, con su esposo Alexis, director de Izvestia, a los que el Papa Juan recibió cordialmente. A ella le regaló un precioso rosario, enseñándole para qué servía y cómo se usaba, a la vez que le encargaba al despedirla: -A Iván tu hijo, que se llama como yo, le das un beso cariñoso de mi parte.

Sin embargo, conviene saber que bajo aquella bondad inigualable se ocultaba también una energía indomable ante el deber. Se le presentaron casos difíciles, y no se doblegó.

Ante la cuestión de los sacerdotes obreros de París, presentada por su arzobispo el cardenal Feltrin, el Papa, que conocía bien Francia, no cedió, y dictó la norma: “El trabajo en fábricas y talleres es incompatible con la vida y obligaciones sacerdotales”.

En aquellos sus días se empezó a discutir mucho la cuestión del celibato de los sacerdotes. Como el nuevo Papa había vivido la realidad de las Iglesias Orientales durante veintiún años, en las cuales

los sacerdotes viven casados, pensaron muchos que había llegado la ocasión propicia. Pero Juan XXIII cortó de raíz tales esperanzas repitiendo con energía las palabras de San Gregorio VII: “¡No! Porque la Iglesia quiere ser libre, casta y católica”.

No debe olvidarse su magisterio con sus varias encíclicas, entre las que sobresalen dos: la *Mater et Magistra* sobre la cuestión social en 1961 para conmemorar el 70° aniversario de la *Rerum novarum* de León XIII, y la *Pacem in Terris* sobre la paz mundial, de la cual se ha dicho —¿exageración? ¿es cierto?— que “universalmente, y en todos los ambientes religiosos y políticos, tuvo una resonancia como jamás había tenido documento alguno emanado de la Santa Sede en el curso de toda la historia de la Iglesia”.

Nada decimos del Concilio Vaticano II, que veremos en la siguiente lección, pero sí merece una atención la inauguración del mismo. Después de tres años y medio largos, al fin llegó el 11 de Octubre de 1962. La apertura del mismo por la mañana había sido esplendorosa. Y por la noche se congregó una multitud inmensa en la Plaza de San Pedro. El Papa apareció en su ventana, habló, se congratuló, felicitó a todos, y sus palabras finales no se olvidarán jamás: “Se diría que la luna llena se ha dado prisa esta noche. Observadla allá en lo alto cómo no quiere perderse este espectáculo. Mi persona no cuenta nada: es un hermano quien os habla, un hermano que se ha convertido en padre por voluntad de Nuestro Señor. Dejemos entrar la luz de Cristo en nuestros corazones. Y ahora, hijos míos, responded a las oraciones y os daré la bendición... Pero antes me permito desearos buenas noches, pues ya es tarde; el tiempo pasa deprisa cuando se está alegre. Cuando vayáis a casa, encontraréis a los niños. Hacedles una caricia y decidles: es de parte del Papa”... El aplauso fue estruendoso e interminable. Dicen que jamás se había oído allí uno igual.

La muerte de Juan XXIII el 3 de Junio de 1963 fue todo un mensaje para el mundo. Cuando se sintió grave y vio que era el fin, aquellos trece últimos días en cama los seguían todos con dolor y edificación suma. Al acostarse para no levantarse ya, dijo: “Este lecho es un altar, y el altar requiere una víctima: heme aquí dispuesto”.

El Papa “de transición” dejaba un recuerdo permanente en la Iglesia.

152. EL CONCILIO VATICANO II

Hoy en la predicación de la Iglesia oímos continuamente la expresión: “Como dice el Concilio”... ¿Qué Concilio, entre tantos? ¡Pues, el nuestro! No hace falta decir más. El de 1962-1965. Nos conviene tener una noción clara sobre el Concilio.

Nadie se lo esperaba. Había muerto el Papa Pío XII, y le sucedía el simpático anciano Juan XXIII, que desde el principio tuvo actos desconcertantes. Y el mayor de todos, el del 25 de Enero de 1959 cuando anunciaba en San Pablo Extramuros tres reformas: un Sínodo para su diócesis de Roma, la revisión del Derecho Canónico, ¡y la celebración de un Concilio Ecuménico!... Revuelo mundial. ¿Y a qué venía ahora un Concilio? Esto le preguntaron al Papa en su despacho, y tuvo un gesto genial, tan conocido después. Se levanta de su silla, se dirige a la ventana, la abre, y dice: “¡Para esto! Para que entre aire fresco en la Iglesia”.

Tres años y medio de preparación; propuestas doctrinales y reformatorias del Episcopado mundial, de Universidades y de teólogos; estaba en Roma para unos dos mil trescientos obispos; organización de congregaciones, sesiones y reglamento conciliar; preparación del local —al fin, la Basílica del Vaticano bien adaptada, y así el Concilio se llamaría “Vaticano II”—, pues se daba por cerrado el Vaticano I que se hubo de suspender en 1870. Y nuestro Concilio se abrió con toda idea el 11 de Octubre —entonces fiesta de la Maternidad Divina de María—, inaugurado por el papa Juan XXIII, que vería sólo la primera sesión, pues iba a morir en Junio de 1963, y le sucedería Pablo VI, elegido muy acertadísimo para ser el verdadero Papa del Concilio, que tuvo cuatro sesiones o etapas:

- 1ª. Del 11 de Octubre al 8 de Diciembre de 1962.
- 2ª. Del 29 de Septiembre al 4 de Diciembre de 1963.
- 3ª. Del 14 de Septiembre al 21 de Noviembre de 1964.
- 4ª. Del 14 de Septiembre al 8 de Diciembre de 1965.

Entre la multitud de temas que propusieron en un principio para tratar en el Concilio, fue precisamente durante la sesión primera cuando el entonces cardenal Montini, Pablo VI después, propuso reducirlos a muy pocos, compendiando muchos de ellos o insertándolos en otros más importantes, y al fin quedaron en cuatro *Constituciones*, nueve *Decretos* y tres *Declaraciones*, dieciséis documentos con muy diverso valor unos de otros, como lo significan los diversos nombres y especificaremos poco después.

¿Y cómo se desarrolla el Concilio? Se forma una **Presidencia**, que lo moderaría todo, pues no hace falta que el Papa esté presente en las discusiones, y las **Comisiones** conciliares. Los **obispos** son los únicos que tienen la palabra, pueden hablar todos los que quieran, y esta vez se les limitó a diez minutos cada intervención, solicitada con anticipación a la Presidencia. Los obispos tienen sus asesores, teólogos que llaman **peritos**: aconsejan, pero no tienen la palabra en el Concilio. Se discute con libertad cada tema, y cuando ya está suficientemente tratado, viene la votación con la decisión de cada Padre conciliar, expresada con una de estas tres fórmulas: “Placet”, *está bien*; “Non placet”, *no vale*; “Placet iuxta modum”, *está bien, pero con las debidas enmiendas*. El Papa firmará el documento cuando haya unanimidad o prácticamente total mayoría de “Placet”. De lo contrario, será retirado el

documento si la mayoría es “Non Placet”; o seguirán las discusiones según las enmiendas propuestas “iuxta modum”. Firmado por el Papa, el documento es irrevocable.

¿Y cuáles fueron los documentos o temas del Concilio Vaticano II? Vale la pena conocerlos, por las muchas veces que los oímos citar en la predicación o escritos de la Iglesia. Se nombran siempre con la primera o primeras palabras latinas que abren el documento.

Las **Constituciones**, en primer lugar. Fueron cuatro. Importantísimas. Profundísimas. Decisivas.

1ª. La *Lumen gentium*, o “Luz de los pueblos”, acerca de la Iglesia. No existe un documento como éste en toda la historia de los Concilios. Es una Constitución “dogmática”, aunque el Concilio no la quiso *definir* en atención a los “hermanos separados”. Contiene estos capítulos: El misterio de la Iglesia; el pueblo de Dios; constitución jerárquica de la Iglesia, en especial el Episcopado; los laicos; la vocación universal a la santidad en la Iglesia; los religiosos; la índole escatológica o final de la Iglesia, es decir, la vida eterna, y la unión actual de la Iglesia de la tierra con la del Cielo y la del Purgatorio; la Santísima Virgen María en el misterio de Cristo y de la Iglesia. Por cierto, que este último capítulo sobre la Virgen María suscitó una pelea conciliar simpática por demás. Como una curiosidad que nos encanta, la pondremos al final de esta lección.

Si es Constitución “dogmática” es, por lo tanto, decisiva, irreformable, perpetua.

2ª. La *Dei Verbum*, o “La Palabra de Dios”, también “dogmática”, sobre la Divina Revelación, en especial por medio de la Sagrada Escritura. Preciosa. “El Padre, que está en el cielo, sale amorosamente al encuentro de sus hijos para conversar con ellos”. Frase que lo encierra todo.

3ª. La *Sacrosanctum Concilium*, “El Sagrado Concilio”, sobre la celebración de la Liturgia. Al ser el primer documento que se aprobó y que entró en vigor en seguida, produjo una gran alegría en toda la Iglesia. El pueblo vio que el Concilio hacía algo muy práctico.

4ª. La *Gaudium et spes*, “Los gozos y las esperanzas” sobre la Iglesia en el mundo moderno. Constitución “pastoral”, no doctrinal dogmática, suscitó en todas partes durante el Concilio unas expectativas inmensas. Toca los puntos más acuciantes que inquietan a la sociedad y el papel que juega Dios por su Iglesia en todas las preocupaciones del hombre.

Los **Decretos** no gozan de la categoría suprema de las Constituciones. Fueron *nueve*. Con sólo su enunciado nos damos cuenta de la importancia que tienen en la Iglesia.

1º. *Christus Dominus*, “Cristo el Señor”. Sobre el oficio pastoral de los Obispos.

2º. *Presbyterorum Ordinis*, “El Orden de los Presbíteros”. Sobre los Sacerdotes.

3º. *Optatam totius*, “La deseada renovación”, sobre la formación sacerdotal.

4º. *Perfectae caritatis*, “El amor perfecto”, sobre la renovación de la Vida Religiosa.

5º. *Apostolicam actuositatem*, “La actividad apostólica”, de los laicos.

6º. *Orientalium Ecclesiarum*, “De las Iglesias Orientales”, católicas, no las Ortodoxas.

7º. *Ad gentes*, “A los gentiles”, sobre la actividad misionera de la Iglesia.

8º. *Unitatis redintegratio*, “Restauración de la Unidad”, sobre el Ecumenismo.

9º. *Inter mirifica*, “Los maravillosos inventos”, o los medios de comunicación social.

Ya se ve que el Concilio sabía ir al grano sobre lo que hoy debía hacer la Iglesia. Sin hablar de “reformas”, la Iglesia se actualizaba en lo más importante y hasta necesario.

Las **Declaraciones** fueron tres, temas cuya importancia tampoco se le ocultaba a nadie.

1°. *Dignitatis humanae*, “De la dignidad humana”, sobre la libertad religiosa.

2°. *Gravissimum aeductionis*, “La importancia gravísima”, sobre la educación juvenil.

3°. *Nostra aetate*, “En nuestra época”. Relaciones de la Iglesia con las otras religiones.

Acabamos con una inolvidable anécdota, de cuando el Concilio hubo de tratar sobre la Virgen María. En un principio, iba a tener un documento aparte, sobre Ella sola. Pero se propuso incluirla dentro de la *Lumen gentium* sobre la Iglesia. Y aquí vino la división de todos los Padres conciliares. Se armó durante días una lucha irreconciliable. -¡Negarle a la Virgen un documento único sobre Ella!, decían los “más” devotos. Y los “menos” entusiastas: -¡Si Ella es, después de Cristo Cabeza, el primer miembro, el más distinguido y la mayor honra de la Iglesia!... No había manera de ponerse de acuerdo. Aquello fue el torneo más caballeroso que se ha dado en la Historia por la más querida y admirada de las Damas. Todos querían el supremo honor de ser los más amantes de María. Para terminar la cuestión, la Presidencia hubo de aclarar: -Ninguna de las dos partes con su postura indica “menor” amor a la Virgen... Al fin, se incluyó en la *Lumen gentium* con un capítulo que a todos dejó satisfechos. Digamos algo de ese capítulo octavo de la Constitución.

¿Qué ha pensado de la Virgen siempre la Iglesia, como revelado por Dios? Varios puntos están claros por los Evangelios: que fue la Madre de Jesús, el Hijo de Dios, y, por lo mismo, **Madre de Dios**; que lo concibió siendo y permaneciendo **Virgen**; que se entregó libremente a la obra salvífica de Jesús —“que se cumpla en mí tu palabra”—, le permaneció fiel hasta el sacrificio de la Cruz, y es así la **Asociada al Redentor** de manera plena; que desde de la Cruz la encomendó Jesús al discípulo y a Ella le encomendó el discípulo, es decir, la **declaró Madre de la Iglesia**. Por la *Tradición* de la Iglesia, tan fuente de fe como la Biblia, y guiada por el *sentido de la fe*, obra del Espíritu Santo —del cual había dicho Jesús “que les enseñará toda la verdad”—, la Iglesia desde los principios creyó a María **siempre** Virgen, y la sintió **Inmaculada**, resucitada y **Asunta** al Cielo, donde **intercede** sin cesar por la Iglesia que Jesucristo le encomendó. Esa Maternidad espiritual de María sobre nosotros, Ella la ejercita continuamente sobre todos sus hijos “hasta que sean conducidos a la patria bienaventurada, y por este motivo es invocada en la Iglesia con los títulos de Abogada, Auxiliadora, Socorro, Mediadora, aunque no resta ni añade nada a la dignidad y eficacia de Cristo, único Mediador”.

Esta nota sobre la Virgen nos ha restado algo sobre el desarrollo del Concilio en sí. De todos modos, hemos conseguido tener una idea de lo que fue “nuestro” Concilio. Doctrinal. Pastoral. Sin anatemas, sin amenazas. La Iglesia se ha abierto al mundo, y el mundo tiene motivos para confiar en la Iglesia. Como siempre, el Espíritu Santo tuvo la última palabra.

153. PABLO VI, EL PAPA DEL CONCILIO

Con él acaba nuestra Historia. Un Papa grande, no lo dudamos. Estaba cortado para cumplir su misión: acabar el Concilio y aplicarlo a toda la Iglesia.

Un escritor muy conocido de nuestros días, el popular Martín Descalzo, decía de sí mismo: “A Pío XII lo quise a rabiarse”. Y comparando las audiencias generales de los tres Papas seguidos, comentaba atinadamente: “Con Pío XII, la gente venía a *ver* al Papa; con Juan XXIII a *estar* con el Papa; con Pablo VI, a *rezar* con el Papa”. Y es cierto. Los tres, unos santos. Pero con estilos tan diferentes. El papa Pío pasmaba; el papa Juan, encantaba; el papa Pablo, ¡y él lo sabía!, no era simpático de por sí, pero atraía su grandeza moral, su sabiduría, su piedad. Cuanto más se aleja de nosotros, más se va agrandando su figura.

Nacido en Brescia, norte de Italia, de arraigada familia católica, su padre el abogado Juan Montini, largamente diputado del Partido Popular y director del periódico *Cittadino di Brescia*, dejó escrito: “Sólo una cosa he visto desafiar al tiempo y a las tempestades: la Roca de Pedro, esta fe que ha iluminado siempre mi camino, los ideales que siempre he amado”. Ni que fuera una profecía sobre su hijo el futuro Papa, tan metido desde el principio en el apostolado social con los jóvenes y ocupante distinguido de la Roca romana...

El cardenal Montini, arzobispo de Milán, entró tan papable en el cónclave que nadie dudaba de su elección. A los periodistas, los descarados siempre en sus preguntas, les había respondido hacía unos días nada más: -¿Pensar en ser Papa? Se necesitaría estar loco... Pero no estaban locos los que pensaban en él. Juan XXIII, en su lecho de muerte, dijo textualmente: “Mi sucesor me parece que será el cardenal Montini”. Ya antes, le había entregado un anillo suyo, con estas palabras: “Guárdalo, que tú lo llevarás para toda la Iglesia”. Convencido el bendito Papa, le recomendó prudencia en el hablar, incluso durante el Concilio, consejo que Montini siguió con cuidado en toda aquella primera sesión. Nadie se equivocaba esta vez, y el 21 de Junio de 1963 todos aclamaban gozosos a Pablo VI.

Nada más elegido, cifró en cuatro palabras los objetivos que tenía bien claros para su pontificado: el Concilio, la paz, la justicia social y la unidad cristiana.

En la Misa de la coronación, expresaba de modo especial su ilusión de llegar con los hermanos separados a la anhelada unión querida por Cristo: “¡Que sean uno!”...

Y en cuanto a la justicia social y a la paz, no quería sólo “progreso humano y técnico, o sólo una precaria suspensión de hostilidades entre las naciones o entre las clases sociales, sino el entendimiento y la colaboración entre los hombres y los pueblos en una atmósfera de mutua confianza”. Y es que Pablo VI miraba al mundo con inmensa simpatía, y uno de los documentos conciliares en que meterá más la mano será la Constitución Pastoral *Gaudium et spes* sobre “La Iglesia en el mundo moderno”.

A los pocos meses, el 6 de Enero, expondrá de modo magnífico este su pensamiento en la cueva de Belén:

“Miramos al mundo con inmensa simpatía; y si el mundo se considera a sí mismo extraño, ajeno a la cristiandad, ésta no se siente extraña al mundo. Esto quiere decir que la misión del Cristianismo es una misión de amistad entre los pueblos de la Tierra, una misión de comprensión de espíritus, de predicación y de elección, y, digámoslo una vez más, una misión de bienaventuranza”.

Pablo VI fue el Papa que inauguró los viajes fuera del Vaticano. Es cierto que Juan XXIII había salido del Vaticano a Italia (¡son dos Estados diferentes!) cuando aquel viaje en tren a Loreto para pedir la protección del Concilio a la Virgen. Bromeando con Kennedy que le pedía un viaje a Estados Unidos, le contestó: “Ya lo hará mi sucesor, que será más joven que yo”. Era una idea que flotaba en el ambiente —que el Papa visitara las diversas Iglesias del mundo—, y Pablo VI la empezó a realizar con aquella visita a Tierra Santa en Enero de 1964, en la cual se dieron el abrazo histórico el Papa y Atenágoras, Patriarca Ortodoxo de Constantinopla.

No hay que olvidar el realizado a la sede de las Naciones Unidas en Nueva York a primeros de Octubre de 1965, durante la sesión última del Concilio, y en la que pronunció un discurso memorable, con aquella frase valiente: “No es posible el amor con armas ofensivas en las manos”. Justo habían pasado los ochenta años desde que al Papa le habían arrebatado los Estados Pontificios y era un “don nadie” en el mundo, prisionero de Italia y abandonado de casi todas las naciones. En aquel entonces, un viaje como éste era inimaginable para la mente más exaltada, un “ser de razón” nada más, sencillamente, un imposible...

Y siguieron otros viajes internacionales, aparte de las tres salidas a Italia y los dos citados a Palestina y Nueva York: Bombay en la India, Fátima en Portugal, Turquía, Colombia, Ginebra (¡la Roma protestante!), Uganda en Africa, Extremo Oriente... Se iniciaba la época de los Papas viajeros con gran gozo y provecho de toda la Iglesia.

Sin entrar en detalles del Concilio, al que ya dedicamos una lección propia, nos fijamos en la *aplicación* del mismo Concilio, con los documentos y encíclicas del Papa, tan exigentes algunos, pero asumidos por él con gran sentido de responsabilidad. Las encíclicas y documentos para la aplicación del Concilio que le tocó cerrar, son lo que más caracteriza el pontificado de Pablo VI. Esta tarea constituía lo más difícil que le tocaba realizar. Hubo de tomar resoluciones poco agradables, entre otras muy esperadas, pero todas necesarias.

La primera, por ejemplo, sobre la **Sagrada Liturgia**, fue sumamente esperanzadora. Aprobada como la primera constitución de todas, la aplicó el Papa con estas palabras: “Se admitirán variaciones y adaptaciones legítimas a los diversos grupos, regiones, pueblos, especialmente en las misiones”, ya que “corresponde a las autoridades eclesiales territoriales determinar dichas adaptaciones, que se puedan tomar de las tradiciones y genio de cada pueblo para incorporarlos al culto divino”. Así se introduciría la lengua del pueblo, aunque hubieran de sacrificarse las riquezas multiseculares que entrañaba el latín.

Vinieron documentos del Papa magníficos, como el *Mysterium fidei* sobre la Eucaristía; la revolucionarias encíclicas *Humanae vitae* sobre la natalidad, que levantó aquella polvareda mundial; la no menos revolucionaria *Populorum Progressio* sobre la justicia social; la *Ecclesiastici coelibatus* sobre el celibato sacerdotal, tema que quisieron tratar algunos Padres en el Concilio, pero que se lo reservó el Papa aunque escuchó a todos los obispos.

Instituidos por Pablo VI los Sínodos de los Obispos, son notables sus documentos post-sinodales, entre los que descolló el insuperable *Evangelii nuntiandi* sobre el apostolado.

Particular gozo causó su exhortación *Marialis cultus* sobre la devoción a la Virgen. Sabemos lo mucho que la amaba, cómo llenó de júbilo al mundo católico al declararla en el Concilio la “Madre de la Iglesia”, y cómo le preocupaba la indiferencia de los hermanos separados sobre la Madre bendita. Lo expresó en Fátima en su viaje del 13 de Mayo de

1967: “En el estado actual de las divisiones cristianas, no es posible, hermanos, compartir todas nuestras convicciones sobre María. Sin embargo, tenemos en común este modelo de fe y de humildad que debemos traducir en nuestras vidas al servicio del Señor”.

Sus catequesis de los miércoles en las audiencias generales llevan el sello clarísimo de haber sido estudiadas y redactadas por sí mismo, con un estilo atildado, transparente, inteligible, hasta haberse dicho que su pluma es una de las más finas de Italia en este tiempo.

Siempre en tono tan positivo, muchos documentos del Papa halagaban, pero no todos eran iguales. Pablo VI no se hacía con ellos popular, más bien para algunos resultaba un Papa antipático, y, como se explica Javierre, “todos cometimos con él una grave injusticia”. Él, que no era pesimista, sino alegre y amable siempre, lo sobrellevaba todo con paciencia de santo. Se daba cuenta como nadie de que, en vez de obediencia, crecían las rebeldías de muchos que realizaban la “autodestrucción” de la Iglesia. Con frase suya que se hizo famosísima, denunciaba “el humo de Satanás que se ha filtrado por las rendijas de la Iglesia”.

Entre las cosas más graves, recordamos el cisma del arzobispo Lefevre, que se originó en sus mismos días, ya que se opuso frontalmente al Concilio, en plan de rebeldía formal. No lo aceptaba doctrinalmente, y mucho menos pastoralmente. Le siguieron muchos adeptos, y con los años consumó la ruptura con la Iglesia al consagrar sacrílegamente a varios obispos, con lo cual caía automáticamente en excomunión, él y los por él consagrados.

El Papa, con dolor, no veía conseguirse lo que era su sueño dorado: “Dar al mundo moderno un aspecto cristiano vivo y nuevo”.

La humildad fue indiscutiblemente una característica de Pablo VI. Dio siempre de ella ejemplos admirables, como el gesto de abandonar la tradicional “tiara” de los Papas y llevar en vez de ella la mitra de los demás obispos, como uno de tantos. Aquella tiara rica y preciosa que le regalara su arquidiócesis de Milán, la vendió para dar su costo a los pobres. La compró Estados Unidos y hoy está expuesta en una vitrina de la catedral de Washington como valioso recuerdo histórico. Y aunque podía gloriarse de haber sido fiel a su misión, como confesó al haber cumplido los ochenta años y ver próxima la muerte que no se podía dilatar ya mucho —“he conservado la fe”, dijo con palabras de San Pablo—, ordenó que al morir no se le alzara ningún catafalco, sino que su ataúd fuera colocado directamente en tierra, y así apareció ante todo el mundo, con gran edificación de todos, sobre las losas de la Plaza de San Pedro; igual que hoy reposa en las grutas vaticanas sin monumento alguno y sólo con una simple losa encima. Murió el 6 de Agosto de 1978, fiesta de la Transfiguración del Señor, y se tramita con grandes esperanzas su causa de beatificación.

Recordar

Edad Moderna

¿Qué impresión nos ha causado la Edad Moderna de la Historia de la Iglesia? ¿Qué nos conviene recordar?

Estos cuatro puntos.

1°. El protestantismo luterano, calvinista y anglicano se establecen en la sociedad cristiana a partir de Westfalia como hecho consumado.

2°. La piedad se enfría grandemente por el Jansenismo; la Ilustración fomenta en la sociedad una gran antipatía hacia la Iglesia; la masonería recién nacida persigue desde ahora sistemáticamente a la Iglesia; la Revolución Francesa se muestra descaradamente antirreligiosa con el derramamiento de mucha sangre católica.

3°. El siglo XIX ve prosperar el Racionalismo; nace el marxismo con las revoluciones sociales, y se le arrebatan al Papa los Estados Pontificios. Como contrapartida, Dios suscita en la Iglesia la expansión de las Misiones; se declaran como dogmas de fe la Inmaculada Concepción de María y la Infalibilidad del Papa; surgen muchos Institutos religiosos y, además, reflorece la piedad cristiana con formas nuevas y muy eficaces.

4°. A partir del Beato Pío IX, un siglo y medio con unos Papas tan grandes como nunca se había visto. Las Misiones llegan a su máximo desarrollo. Grandes persecuciones de la Iglesia, con mártires innumerables, causados sobre todo por el comunismo y el nazismo. Con el Concilio Vaticano II la Iglesia se rejuvenece, se abre al mundo y tiende la mano a los hermanos separados con grandes esperanzas de unión. El apostolado de los laicos se convierte en una fuerza inmensa. Con el nacimiento del Estado de la Ciudad del Vaticano, el Papa goza de independencia y del respeto de todas las naciones del mundo.

Tres siglos: años 1648 - 1965

APÉNDICES

Nuestra Historia acaba con Pablo VI, el Papa del Concilio. Sin embargo, hay puntos que nos siguen interesando y han aflorado bastantes veces en las clases. Todos hemos conocido, por ejemplo, a los Papas siguientes, verdaderamente admirados y queridos en la Iglesia. O se iban proponiendo cuestiones que no se podían dejar sin más flotando en el aire. De aquí los diversos temas de estos Apéndices, con los cuales se pretende satisfacer la legítima curiosidad de los alumnos.

Son los siguientes, con la numeración seguida de las lecciones del Curso.

- 154.** El papa Juan Pablo I
- 155.** Beato Papa Juan Pablo II
- 156.** La Iglesia. Naturaleza y misterio
- 157.** La Curia Romana.
- 158.** El Derecho Canónico
- 159.** El Cónclave
- 160.** Las Canonizaciones.

154. JUAN PABLO I

Al escribir esta semblanza, ya dicen por Roma que la beatificación de Juan Pablo I puede que no esté muy lejos. ¡Lo que se alegrará toda la Iglesia! Papa en 1978, ya no entra en nuestra Historia, pero lo recordamos como un regalo de Dios.

Muerto Pablo VI, el “Comité Americano para la acción responsable de un Papa” (!), había dicho en Roma: “Se busca un Papa que sepa SONREIR”. Cosas de americanos. El caso es que el Espíritu Santo les hizo caso y vino un Papa que, con solo 32 días de pontificado, está pasando a la Historia como “El Papa de la sonrisa”.

El cardenal Albino Luciani, Patriarca de Venecia, no se imaginaba que pudiera ser Papa. Su vida fue humilde, como la de su familia, de escasos recursos, hijo de un obrero socialista, pero que no se opuso a que los hijos fueran bien educados por su esposa en la fe católica, mientras él, para ganar el pan marchaba de Italia a Suiza y después entraba como obrero en las vidrierías de la isla Murano. Albino quiso ser sacerdote, y pasó su vida sacerdotal en una parroquia, en el Seminario diocesano, en la Curia episcopal, hasta que en 1958 Juan XXIII lo consagraba Obispo, en 1969 Pablo VI lo mandaba a Venecia como arzobispo y en 1973 lo creaba cardenal. Catequista de primer orden, se hizo famoso con sus libros “Catequesis en migajas” y el “Ilustrísimos”, cartas imaginarias a personajes de la Historia.

Siempre humilde y sencillo, se reía del clásico título cardenalicio: «¿Qué es eso de Príncipe de la Iglesia? Hay obispos de muchos tipos. Algunos asemejan a las águilas que vuelan por las alturas con documentos magisteriales. Otros son jilgueros que cantan las glorias del Señor de modo maravilloso. Otros, en cambio, son simples gorriones, que lo único que saben hacer es piar desde lo alto del árbol de la Iglesia. Yo soy de estos últimos».

En su conducta daba signos de esta su propia condición. Cuando la crisis mundial del petróleo, había de ir un domingo por la tarde a un pueblo de la diócesis, y el párroco le advierte: -Señor Cardenal, no puedo mandarle coche. Si quiere, véngase en bicicleta... Y el Patriarca, tan tranquilo, en bicicleta que entraba en la ciudad aclamado por los feligreses entusiasmados... O como cuando se desprendió de dos pectorales que le regaló Juan XXIII y de un anillo que le diera Pablo VI, entregados para los pobres: “Es poca cosa por la ayuda que con esto puedo aportar, pero es mucho si nos ayuda a entender que el verdadero tesoro de la Iglesia son los pobres, los desheredados, los pequeños a los que hay que ayudar”...

Igual que cuando daba razón de su mucha piedad: “Teólogo no es aquel que habla de Dios, sino también el que habla a Dios. ¿Y cuántos de ellos hablan con Dios y nos ayudan a hablar con El?”... Así en todas sus actitudes, hasta que le llegó la hora de ser Papa.

Ante la sociedad que empezaba a secularizarse tan seriamente, daba su defensa para la fe con su inconfundible estilo catequístico: “Sí, respiras objeciones antirreligiosas como se respira el aire, en el colegio, en la fábrica, en el cine, etc. Si tu fe es un montón de buen trigo, vendrá todo un ejército de ratones a tomarlo por asalto. Si es un traje, cien manos tratarán de desgarratelo. Si es una casa, la piqueta querrá derribarla piedra a piedra. Tendrás que defenderte: hoy, de la fe sólo se conserva lo que se defiende”. Y añade: “Es la hora del pluralismo en la fe. Sólo que la fe no es pluralista: se puede admitir un sano pluralismo en teología, pero nunca en la fe. En cuanto nos consta que Dios ha revelado una verdad, la única respuesta posible es *sí*, con convicción y valentía, sin dudas ni vacilaciones”.

Así en todas sus actitudes, hasta que le llegó la hora de ser Papa. Y su presentación ante el público que le esperaba en la Plaza de San Pedro aquel domingo de 1978, desconcertó a todos al presentarse con una sonrisa y, sin previos saludos, con unas palabras que se hicieron célebres: “Ayer por la mañana fui a la Sixtina a votar tranquilamente”... Desaparecía de labios del Papa el majestuoso “Nos” cambiado por el simple “Yo”. El Papa se ponía en adelante al nivel de todos nosotros... Al explicar por qué había escogido llamarse Juan Pablo —primera vez en la historia un Papa con nombre doble—, dijo con humildad sincera: “Yo no tengo la *sapientia cordis* del Papa Juan, ni tampoco la preparación y la cultura del Papa Pablo, pero estoy en su puesto, debo tratar de servir a la Iglesia. Espero que me ayudaréis con vuestras plegarias”. En eso de que no tenía la “sabiduría del corazón”, el cariño que gana a todos, se equivocaba de punta a punta, como lo demostraría bien pronto.

El programa de su pontificado lo esbozó claro en su primer mensaje a los cardenales. ¿Cómo debe ser la Iglesia, y qué debe hacer? Un muy autorizado Padre jesuita analizaba ese mensaje y lo resumía todo en estos cuatro puntos auténticamente cardinales: Unida, Evangélica, Encarnada, Fiel. Las palabras son claras y no necesitan muchas explicaciones.

Unida. Porque debe “superar las tensiones internas que se han podido crear aquí y allá”. Era evidente. Pablo VI tuvo que vivir con dolor tanta rebeldía, tanta insubordinación, tanto libertinaje suscitados por la indebida aplicación del Concilio. Al nuevo Papa le esperaba una gran tarea para volver las aguas a su cauce. ¿Lo conseguiría? Había de ser el primer intento del nuevo Papa.

Evangélica. El Concilio se había mirado en el espejo, y vio que la Iglesia debía regresar a los tiempos más austeros, “venciendo las tentaciones de acomodarse a los gustos y a las costumbres del mundo”. De una manera especial habla, ya se ve, de la pobreza y humildad que deben caracterizar a la Iglesia moderna. Afortunadamente, la Iglesia desde el Concilio ha dado grandes pasos en este terreno, se ha abierto mucho a los pobres y va dejando atrás costumbres de ampulosidad —como aquella capa magna de los cardenales, por poner un ejemplo—, que daban a la Iglesia un aire triunfalista en nada conforme con la humildad de Cristo y que causaba antipatía, más que atracción, hacia la misma Iglesia.

Encarnada. Es decir, metida en el mundo al que ha de salvar, dándole “respuesta a los problemas crecientes del momento”. Con ello, el Papa hacía suya de manera especial la Constitución Pastoral del Concilio “*Gaudium et spes*” sobre la Iglesia en el mundo actual.

Fiel. A su misión, se entiende, y que no es otra que “la llamada a dar al mundo ese suplemento de almas”, conforme al mismo Papa: “Es erróneo afirmar que la liberación política, económica y social coincida con la salvación de Jesucristo”. Este su pensamiento lo manifestó en una de sus catequesis del miércoles, cuando dijo: “En Friburgo, el 84 Katholikentag, se trató, días pasados, sobre el tema: “el futuro de la esperanza”. Se hablaba del mundo para mejorarlo, y la palabra “futuro” estaba bien allí. Mas, si de la esperanza del mundo se pasa a la de las almas particulares, entonces es preciso hablar de “eternidad”. Aunque con esto no pretendía que la Iglesia se desentendiera del mundo, como decía él mismo: “En el Concilio voté yo también el Mensaje de los Padres Conciliares al Mundo. Decíamos en él: “La tarea principal de **divinizar** no exime a la iglesia de **humanizar**. Pienso que el Magisterio de la Iglesia no insistirá jamás bastante presentando y recomendando la solución de los grandes problemas de la libertad, de la justicia, de la paz, del desarrollo; y los seglares católicos nunca se batirán suficientemente para resolver estos problemas”.

Esto quería Juan Pablo I que fuera su pontificado, el cual se quedó, ¡misterios de Dios!, sólo en promesas; pero es seguro que, de haberle Dios dado tiempo, hubiera hecho, y mucho, con propósitos tan ambiciosos como aparentemente sencillos.

En aquel su mes justo sobre la cátedra de San Pedro brilló a una altura grande en sus magistrales **catequesis** populares, desarrolladas cada miércoles con auténtica competencia. Y una prueba de ello fue que, al acabar de escucharlas, dice un testigo presencial, “había que entrar en la Basílica para ver las filas que se formaban en los confesonarios”.

Pero esto tiene un secreto. No bastaba la competencia técnica del catequista. Era lo principal el “testimonio” de santidad que daba su presencia. El mismo Padre jesuita que nos ha dado el resumen de su primer mensaje a los cardenales, asegura: “Yo mismo oí decir a un muchacho en la Plaza de San Pedro: “A este Papa le entiendo todo. Habla normalmente”. Afirmación completada por otro: “Este Papa es un experto de Dios”. Porque Juan Pablo I reflejaba en su persona, como Juan María Vianney, lo mismo que él contaba de aquel abogado de Lyon al regresar de Ars: “He visto a Dios en un hombre”.

El testimonio de Monseñor Magee, su secretario particular, resulta precioso. Antes de irse a dormir una noche, le dice el Papa: -¿Podrá celebrar mañana la Misa por mí? -Sí, Santidad. Con frecuencia la celebro por él. -Oh, no. Quiero decirle: Celebre usted mañana y yo le haré de monaguillo. Quiero servir su Misa... Quedé confundido. Y el prosiguió: -No tenga miedo. Lo hago por mi vida espiritual. Necesito hacerlo... Y me dijo un día: “Cuando ayudo así la Misa, siento cómo sirvo a Jesucristo”. En 33 días lo hizo tres veces, y pueden imaginarse mi confusión al bendecir yo al Papa arrodillado delante de mí...Gesto de humildad y piedad que nos hace repetir eso de que Juan Pablo I era “un hombre todo de Dios”.

Quizá hubiera Juan Pablo I decepcionado en algo que se esperaba. ¿Habría el Papa viajado a las Iglesias esparcidas por todo el mundo?... Dejamos de nuevo la palabra a Mons. Magee: “Los obispos latinoamericanos esperaban al Papa en la próxima conferencia del CELAM que se iba a celebrar en Puebla, y le ofrecieron en plena Plaza de San Pedro copia del boleto del avión. Me lo dio después de la audiencia, diciéndome: “Téngalo. Quizá le servirá para usted. Siendo Papa, yo no viajaré nunca”. Son palabras textuales. No lo iba a hacer. ¿Por qué? Quizá porque presentía cercana su muerte. Seguimos con palabras de Mons. Magee: “El retiro espiritual que quiero hacer para la próxima cuaresma es de preparación para una buena muerte”. -¡No, Santo Padre!... -“Sí; quiero tener un retiro así. Dios mío, dame la gracia de aceptar la muerte tal como me la tienes preparada”.

Total. El Papa de la “sonrisa”... era un santo. Y eso de una posible beatificación no lejano, parece que no es ningún despropósito...

155. BEATO PAPA JUAN PABLO II

No podemos dejar de dedicar un recuerdo al Papa Wojtyła, tan cercano y tan querido de todos nosotros.

Estamos muy cerca de Juan Pablo II para juzgar su pontificado. Pero una cosa sabemos cierta: que fue un Papa excepcional. Y que estuvo muy acertado su compaisano el cardenal Wyszyński de Varsovia, cuando le encargó al ser elegido: “A ti te toca meter a la Iglesia en el Tercer Milenio”. Y la verdad es que Wojtyła lo hizo bien. Tiene la Iglesia trazado por él un programa que, llevado a cabo con ardor por muchos, traerá bendiciones sin cuento para el Pueblo de Dios y para todo el mundo.

Cuando pasado el Concilio Vaticano II se originó aquella crisis que a nadie debía extrañar, pues eso ha ocurrido después de cada gran Concilio —era el tiempo en que Pablo VI decía que el “humor” de Satanás se había infiltrado en la Iglesia y que muchos estaban realizando la “autodestrucción” de la misma—, un sacerdote sabio y santo lanzó emocionado este grito en una conferencia: “La única solución que nos queda, y no fallará, es mirar a Roma”. Y a Roma que llegó “un Papa venido de lejos”, como se llamó a sí mismo, y que dijo al tomar posesión de su cargo: “¡No tengan miedo!”. “¡Abran las puertas a Jesucristo!”. Sobre estos dos lemas, repetidos continuamente durante su pontificado, Juan Pablo II luchó como un titán y abrió a todos un camino de esperanza.

El haber tenido un pontificado tan largo —el tercero de toda la Historia, 26 años y 5 meses—, no explica suficientemente las actividades de Papa tan singular. Sus 301 visitas a tantas Parroquias de su diócesis de Roma indican que muchísimos domingos los pasaba fuera del Vaticano, a pesar de que ni un solo domingo se dispensó el rezo del Ángelus desde la ventana de su despacho y sus saludos a tanto peregrino. Aquellas visitas a las Parroquias de Roma eran las del auténtico pastor de su diócesis. Recuerdo la de una barriada obrera en la periferia. Como la dirigían los Salesianos, el Papa pregunta a nos muchachitos: -San Juan Bosco, ¿era “furbo”, travieso, granujilla?... -¡Noooo!... -¿Y vosotros, sois traviesos?... Callan, se miran, se frotan las manos... -Y el Papa, cuando era como vosotros, ¿era travieso?... -¡¡¡Uy!!!... El Papa, sonriendo: -¡Quién sabe, quién sabe!... Todos los periódicos de Roma el día siguiente tuvieron un rinconcito bien sabroso acerca de “su” Obispo...

Las audiencias generales, en especial las de los miércoles, con la consabida catequesis y los saludos a todos los grupos en diversas lenguas, fueron 1.116 con una asistencia de casi 18 millones de asistentes, controlados porque, aunque gratuitas, se necesitaban las tarjetas correspondientes. Sus viajes por Italia fueron 146.

Pero lo sorprendente son sus 104 viajes fuera de Italia, en los que visitó 129 países. Sumados los días que pasó fuera del Vaticano llegaron a 822, lo cual suma sobre dos años y tres meses. ¿Cómo y por qué? A una periodista que le acompañó en todas sus salidas se lo decía así, con palabras generales: -Sí que valen la pena ese gasto y esas molestias. Se les lleva fe y esperanza a personas que nunca conocerían al Papa, como es su deseo, lo cual ya no será algo reservado a quienes pueden viajar para ir a verlo... Y, añadía: -Cuando nosotros los periodistas estábamos rendidos de cansancio, pero habíamos de trabajar muy entrada la noche para enviar nuestros reportes, vimos cómo el Papa, en vez de descansar, pasó

improvisadamente después de hacer larga oración en la capilla, cosa que veíamos hacía siempre.

Todos sabemos lo que fueron aquellos viajes, porque todos lo pudimos comprobar cada uno en nuestra tierra. Hubo en ellos de todo: entusiasmo desbordante en todos, y en algunos desencantos lamentables, pero previstos, como en una de las naciones norteamericanas de Europa donde la Misa papal contó con 200 personas... Al Papa no le importó: él les demostraba lo que seguía queriendo a pueblos que se desgajaron lamentablemente de la Iglesia.

Por muchos y valiosos colaboradores que tuviera, hay que ver lo que significa el haber leído más de 20.000 discursos, que él repasaba a conciencia antes de pronunciarlos. Sus encíclicas fueron 14; las cartas apostólicas 45, y 15 las exhortaciones apostólicas, documentos de diferente importancia y significado, como indican sus mismos nombres técnicos, pero que al Papa le exigían un trabajo por fuerza agotador.

Y toda esta actividad, cuando el Papa ya cargaba sus años y sufría la enfermedad incurable que le dejó el balazo aquel que todos conocemos. Trabajaba, bien clavado en la cruz.

Al hablar de Juan Pablo II será siempre punto de referencia el 13 de Mayo de 1981, cuando el enigmático turco Alí Agca le disparó en la Plaza del Vaticano terminada la audiencia general. Conmemoración, precisamente, de la Virgen de Fátima. Y el asesino, que declaraba al día siguiente en la cárcel al Cardenal Vicario: -¿Quién esa Fátima que dicen ha salvado al Papa? Porque yo sé disparar y él tenía que morir... Lo mismo que declaraban los Doctores norteamericanos a la prensa: -Si es cierto el diagnóstico que dan los Médicos italianos, el Papa no puede sobrevivir... Y, sin embargo, no murió. Pasarán diecinueve años, y Juan Pablo II, en Fátima, el 13 de Mayo del 2000 desvelará el tan inquietante tercer secreto de los niños videntes: "Sentí cómo una mano materna desviaba la bala".

¿Qué significado hay que dar a este hecho? O vamos al Espíritu Santo, o ni tan siquiera lo sospecharemos. Que Juan Pablo era un alma de gran oración y un místico, lo veía todo el mundo. Lo demuestra su misma amistad personal con el Padre Pío, San Pío de Pietralcina. Dios quiso que también él llevara las llagas de Jesús impresas en su cuerpo. Solamente clavado en el Calvario podría ayudar a Cristo en la salvación del mundo moderno.

Porque ahora nos encontramos con el hecho sorprendente de la caída del Muro de Berlín en 1989. ¿Cómo pudo desmoronarse la U.R.S.S. sin un solo disparo de pistola, cuando no se preveía sino una catástrofe atómica inimaginable entre las dos superpotencias del mundo? Sí; hubo un solo balazo, el que recibió por Alí Agca de parte del comunismo el Papa polaco, el cual, desde el primer día de su pontificado, fue minando el comunismo paso a paso con golpes certeros. Nadie mejor para asegurarlo que Gorbachow, cuando a él y a Reagan les atribuían aquella gesta decisiva: "Yo no he sido el que ha acabado con el comunismo, sino Juan Pablo II". Dios se había escogido para empresa semejante a un Papa que, desde muchacho, sabía por experiencia lo que era la dictadura nazi y la otra, igual o peor, la comunista. Cuando Gorbachow, ya amigo del Papa, fue una vez a verlo, le dijo a su esposa Raisa ante el Vaticano: -Te traigo a ver la potencia moral más grande del mundo.

Como dirigente espiritual de la Iglesia, Juan Pablo II tuvo gestos insospechados. La Iglesia postconciliar estaba atravesando —lo sabemos todos muy bien— una crisis muy grave. Nada se puede decir en contra de Pablo VI, Papa magnífico, santo y sabio, providencial

también durante el Concilio y su puesta posterior en marcha, pero que se vio desbordado por los acontecimientos: interpretación torcida y aventurera del Concilio, rebeldías y sacerdotes que abandonaban en masa su misión, “traidores a Jesucristo”, como los llamó en aquel Jueves Santo. La primera víctima era la piedad cristiana: oración y Sacramentos quedaban muy en segundo o quinto lugar ante los promotores de su falsa “primavera de la Iglesia”. Así era la situación que heredaba Juan Pablo II.

Y empezó con exhortaciones —muchas, continuas—, como es natural. Pero, sobre todo, con ejemplos. Como en aquel Jueves Santo, cuando sin previo aviso bajó a la Basílica de San Pedro, se sentó en un confesonario, empezaron los fieles a desfilar por él, y la llamativa fotografía dio la vuelta al mundo: que aprendan los sacerdotes y los fieles por igual... ¿Que la devoción a la Virgen había pasado de moda? Con el rosario siempre en la mano y su “Totus tuus” coreado por multitudes, pronto María estaba otra vez en su puesto... Movimientos y teologías sociales centrados en la tierra, sin mirar conscientemente el más allá, pronto vieron las predilecciones de Juan Pablo II, el cual seguía y apoyaba con preferencia a instituciones y movimientos que, mirando la tierra, buscaban lo más importante y primerísimo: la piedad y los Sacramentos, como confesaba un secretario particular del Papa al recordar su predilección por los Neocatecumenales o instituciones que fomentan ante todo la oración. Y por males que se vean, el Papa lanzaba a todos hacia la **Divina Misericordia**, otro movimiento que, desde la canonización de Faustina Kowalska, excita la piedad de manera extraordinaria.

Todo esto tuvo una manifestación espléndida en aquella vigilia de Pentecostés del año 1998 en el Vaticano, cuando se reunieron todos los Movimientos de la Iglesia convocados por el Papa. La piedad no había muerto. Estaba resucitando con empuje muy fuerte.

Aquel muchacho polaco de juventud heroica bajo la dominación nazi y comunista se había forjado, sin él saberlo ni pretenderlo, no ya para ser un buen sacerdote, estupendo profesor y simpático guía de jóvenes. Dios miraba más lejos. Las *Jornadas Mundiales de la Juventud* nos asombran. Y lo curioso es que no fue el Papa quien las convocó, sino, como se ha observado atinadamente, fueron los jóvenes quienes arrastraron al Papa tras de sí. Son inexplicables esas ingentes concentraciones de jóvenes, todas, aunque la de Manila en 1994 con cuatro millones fue algo fuera de serie. Hoy se están constituyendo en institución permanente en la Iglesia, con un “compromiso” para cualquier Papa que venga.

Vamos a lo del principio. El papel de Juan Pablo II no puede ser juzgado ahora a la luz de la Historia. Faltan muchos años para encuadrar su figura debidamente. Las anécdotas que se cuentan de él son innumerables, y todas nos dan un Papa innovador que ha sellado el Pontificado para mucho tiempo.

156. NATURALEZA Y MISTERIO DE LA IGLESIA

Al principio del Curso dijimos que la Iglesia tiene dos elementos constitutivos: el *divino* y el *humano*. El divino, invisible, no entra en la Historia, sino sólo el humano, el perceptible por los sentidos. Es el que hemos descrito en todas las clases. Pero podemos preguntarnos ahora: ¿no será provechosa una noción sobre el “misterio” de la Iglesia? Es lo que pretende esta lección añadida como un *apéndice* a todo lo que hemos estudiado.

No es un atrevimiento el meternos en el “misterio” de la Iglesia, porque contamos con una guía magnífica: la Constitución dogmática “Lumen gentium”, *Luz de los pueblos*, del Concilio Vaticano II. Iba ser el tema central de todo el Concilio, y hasta que fue aprobado pasó por peripecias increíbles. El primer esquema, por bueno que fuera en doctrina, fue desechado sin más apenas presentado. Hasta cinco esquemas llegaron a los Padres conciliares en dos años, y al fin se aprobó el último con muchos retoques, por 2.151 votos a favor y sólo cinco en contra, cuando ya había tenido 57 votaciones parciales punto por punto. Quiere decir que era demasiado importante. El Papa Pablo VI lo firmaba y publicaba el 21 de Octubre de 1964 después de interminables discusiones lo mismo dentro que fuera del aula conciliar.

¿Y qué nos enseña esta Constitución dogmática sobre lo que es la Iglesia? Todos hemos confesado desde niños que la Iglesia es “Una, santa, católica y apostólica”. El Concilio lo sabía muy bien y mantenía esas notas tradicionales de la Iglesia, pero le dio un enfoque diferente con carácter marcadamente pastoral, sin “definir” nada, pero llamando claramente “dogmática” a toda la Constitución. Es doctrina irreformable y definitiva. Dividida la Constitución en ocho capítulos, damos una noticia muy sucinta de cada uno de ellos..

1. El “Misterio de la Iglesia”. El Concilio se remontó hasta el decreto eterno del **Padre**, quien, a pesar de la caída de la humanidad por el pecado de Adán, dispensó a los hombres los auxilios de la salvación y los llamó a formar parte de su Iglesia universal. Con este fin, envió su propio **Hijo** al mundo para redimir a los hombres, por los cuales moría Cristo en la Cruz, y de su costado abierto nacía la Iglesia, manifestada por el **Espíritu Santo** en Pentecostés. De este modo, la Iglesia es presentada como obra de las Tres divinas Personas, y es la Iglesia quien representa visiblemente el Reino de Dios en la tierra, instituido por el mismo Cristo, y es también la encargada de realizarlo y continuarlo hasta su consumación al final de los tiempos. Sociedad *jerárquica* y *Cuerpo místico* de Cristo, consta de un doble elemento, divino y humano. Por ese elemento humano, acoge en su seno incluso a los pecadores y por eso necesita continuamente de purificación. La Iglesia tiene como cabeza a Cristo, que la ama como a esposa. - Es un punto precioso, de altísima teología.

2. El pueblo de Dios. Ha sido la gran novedad sobre la Iglesia, el “nuevo Israel de Dios”. Son miembros *plenamente* de la Iglesia los católicos unidos en sus obispos con el Papa, Vicario de Jesucristo y Roca visible de la Iglesia. Y habla de los demás hombres. Primero, de los bautizados que viven separados de la Iglesia por haberse desvinculado de la comunión con Pedro, el Vicario de Jesucristo; después, los judíos en primer lugar, pues

Dios no retracta su promesa; los musulmanes que adoraran al Dios verdadero; incluso los paganos que, sin conocerlo, buscan a Dios entre sombras. **Todos** están llamados a la Iglesia, necesaria para la salvación. - Capítulo magnífico, y muy inspirador.

3. La Jerarquía, especialmente el Episcopado. Capítulo central de toda la Constitución. Lo más importante que debía tratarse. El Vaticano I en 1870 no pudo hacerlo después de haber definido la Infallibilidad y Primado universal del Papa, por la interrupción violenta del Concilio, y había de ser el actual quien lo dejara claro y definitivo. Y lo hizo, naturalmente. Papa y Obispos forman el Colegio episcopal, que no puede subsistir sin el Papa, no como un Obispo más, sino como cabeza de todos. El número 22 de la Constitución es lo más importante que enseñó y determinó el Concilio - La unión de los Obispos con el Papa y de los fieles con sus pastores es el signo y realización de la unidad irrompible de la Iglesia.

4. Los laicos. Ellos forman la inmensa mayoría del Pueblo de Dios, constituido por todos los bautizados. El Concilio se adentró en la realidad y teología de los laicos como nunca se había hecho en la Iglesia. Todos los laicos están llamados a la santidad y a contribuir al incremento de la Iglesia. Al participar del oficio sacerdotal, profético y real de Cristo, ejercitan un culto espiritual; a través de las estructuras de la vida seglar son heraldos de la fe y deben dilatar el Reino de Cristo. Tienen el derecho de recibir todos los bienes espirituales de parte de sus pastores. Y son los laicos en el mundo lo que el alma es en el cuerpo humano. - Para los seglares, este punto es tema inacabable de meditación.

5. Vocación universal a la santidad. La Iglesia es indefectiblemente santa y todos sus hijos están llamados a la santidad, la cual se manifiesta por los frutos del Espíritu Santo. Cristo invitó a todos a ser perfectos como lo es el Padre celestial, ninguno queda excluido, y todos la deben expresar con la plenitud de la vida cristiana y con la perfección de la caridad. Los pastores, los sacerdotes, los diáconos, los esposos y padres cristianos, los trabajadores, los enfermos, los que sufren, los que optan por la virginidad o celibato por el Reino de los cielos... Todos los fieles deben vivir en este mundo sin apegarse a las cosas que pasan. - Nadie en la Iglesia tiene derecho a renunciar a la perfección de la santidad.

6. Los religiosos. No es un estado intermedio entre clérigos y laicos, sino que a él pueden pertenecer laicos y clérigos por igual, mujeres y hombres. Son los que siguen a Jesús con los consejos evangélicos de castidad, pobreza y obediencia, refrendados con votos públicos reconocidos y regulados por la Jerarquía de la Iglesia. Se consagran al bien de toda la Iglesia con la forma de vida que eligió para Sí el mismo Jesús y que de este modo la continúa en el mundo por la Iglesia. Aunque los religiosos y religiosas lleven un estilo de vida tan diferente de los demás, no por eso son extraños a los demás hombres ni inútiles para la vida terrestre, a cuya construcción contribuyen tan eficazmente en el Señor. Por eso se les recomienda: que todo religioso se empeñe en perseverar y en progresar en su vocación para una santidad más grande de la Iglesia y para mayor gloria de Dios.

7. Índole escatológica de la Iglesia. Es decir, lo que la Iglesia será al final de los tiempos. Tiene varios puntos muy bien definidos, todos confirmados con textos abundantes de los Evangelios y escritos de los Apóstoles. Nos asegura, ante todo, que Dios restaurará to-

das las cosas, pues la creación entera será renovada y transformada en digna morada de los hijos de Dios glorificados conforme a la condición de Cristo resucitado, porque la renovación del mundo está irrevocablemente decretada. Aunque de modo imperfecto, ya en la tierra y en la condición actual de las cosas, la Iglesia es signo y avance de esta restauración de todo, cuando ya no reinará sino la justicia y la santidad sin mezcla de mal alguno. Entre tanto, la Iglesia vive unida, en comunión perfecta, con los Santos del Cielo que ya gozan de Dios, y con los que habiendo muerto en gracia se purifican en el Purgatorio y son ayudados por nuestros sufragios. Al volver Jesucristo con gloria al final del mundo para juzgar a todos, los malos serán mandados al fuego eterno, mientras que los buenos seremos semejantes a Dios porque lo veremos tal como es Él. - Un punto, como puede apreciarse, aptísimo para la meditación y fomento de la esperanza que Dios nos ha infundido.

8. La Santísima Virgen María en el misterio de Cristo y de la Iglesia. Ya hablamos de Ella en la lección 152 sobre el Vaticano II. No era fácil hablar sobre María en un Concilio que buscaba un fin ecuménico bien determinado, pues es bien sabido que las Iglesias protestantes no aman a la Virgen, a quien a lo más *respetan*, sin tributarle el más mínimo culto. Pero el Concilio no se tiró para atrás y nos dio un capítulo precioso y profundo sobre la que es Madre de Cristo y Madre de la Iglesia. Unida íntimamente a Cristo su Hijo en todo su misterio, no dudó en llamarla hasta “Mediadora” de la gracia, aunque “ha de entenderse de tal manera que no reste ni añada nada a la dignidad y eficacia de Cristo, único Mediador”. “La Iglesia no duda en confesar esta función subordinada de María, la experimenta continuamente y la recomienda a la piedad de los fieles, para que, apoyados en su protección maternal, se unan con mayor intimidad al Mediador y Salvador”. Y con cuatro verbos de claridad meridiana, nos dijo cómo todos debemos mirar a María: *venerarla*, por su grandeza; *amarla*, como Madre nuestra que es; *invocarla*, por ser abogada nuestra ante Jesucristo y el Padre; e *imitarla*, “como imagen que es de la Iglesia en el orden de la fe, de la caridad y de la unión perfecta con Cristo”.

Al estudiar la Historia de la Iglesia, miramos el desarrollo que ha tenido y tendrá a lo largo de los siglos en su elemento *humano*; pero, con esta doctrina conciliar sobre su elemento *divino* bien asimilada, sabremos enjuiciar y valorar muchas cosas de la Iglesia, incluso en sus desgracias y defectos. Algo que tendremos muy claro: Jesucristo nunca le fallará a su Iglesia, y la Iglesia, a pesar de todos los pesares, siempre le será fiel a Jesucristo, su Cabeza, su Esposo, su Señor.

157. LA CURIA ROMANA

¿Cómo funciona el Vaticano, el Gobierno del Papa, la Santa Sede? Seguro que nos interesa a todos el conocerlo. De hecho, lo han preguntado bastante en las clases.

Ha variado mucho durante los siglos. La Iglesia, sobre ser espiritual, carismática, formada por un elemento divino, es también humana, visible, institucional. Por voluntad de Jesucristo, consta de esos dos elementos inseparables. Y, como institución, debe gobernarse a manera humana. Como divina, se encarga de ella el Espíritu Santo.

Entonces el Papa, *roca visible* sobre la cual la fundó Jesucristo, tiene que gobernarla como lo hacemos los hombres, y por eso el Papa tiene, como cualquier pueblo o Estado, su Gobierno al que llamamos la Santa Sede, o la Curia Romana. La Curia que funciona en el Estado de la Ciudad del Vaticano es la que asiste al Papa en el gobierno de la Iglesia.

Con la desaparición de los Estados Pontificios en 1870, y con la fundación del nuevo Estado del Vaticano en 1929, hubo de sufrir muchos cambios respecto de los siglos anteriores. Hoy tiene una organización admirada por el mundo.

Sabemos que el gobierno de toda la Iglesia corresponde a todos los Obispos del mundo unidos al Papa. Y la Curia Romana es la que con el Papa y por la cual el Papa ayuda a los Obispos en su oficio pastoral, como lo expresó el Concilio en el Decreto sobre los Obispos:

“En el ejercicio de su potestad suprema, plena e inmediata sobre la Iglesia universal, el Romano Pontífice se vale de los dicasterios de la Curia romana, los cuales, por lo tanto, cumplen su función en nombre y por autoridad del mismo Pontífice y en servicio de los sagrados Pastores”.

¿Cómo está formada? Es lo que vamos a ver ahora.

1. La Secretaría de Estado. Está presidida por un Cardenal que se llama “Secretario de Estado”. Después del Papa, es el cargo más importante de la Curia. Aparte de muchos asuntos internos de toda la Iglesia, tiene a su cargo todo lo relacionado con los Estados que mantienen relaciones diplomáticas con la Santa Sede. En esto, viene a ser como el Ministerio de Relaciones Exteriores en todas las naciones. Internamente, está dividida en dos grandes secciones: -Asuntos Generales, y -Relaciones con los Estados.

2. Las Congregaciones. Se llaman así los diversos organismos del gobierno pontificio, equivalentes a los Ministerios de los gobiernos civiles. Pueden variar, cambiar de nombre, fusionarse una con otra, crearse otras nuevas. Las Congregaciones están presididas todas por un Cardenal que se llama “Prefecto”. Las actuales son éstas:

Doctrina de la Fe. Importantísima. En un principio se llamó “Sagrada Congregación de la Inquisición”, y después “El Santo Oficio”. Es la que vigila por que se conserve íntegra la pureza de la doctrina de la Iglesia Católica.

Iglesias Orientales. Las unidas con la Iglesia Católica en el Este de Europa y Oeste de Asia. Tan católicas como la de Roma, pero con Ritos de culto, Derecho legislativo y costumbres diferentes.

Culto Divino y la Disciplina de los Sacramentos. Se entiende fácilmente.

Causas de los Santos. La que lleva todo lo de las beatificaciones y canonizaciones.

Evangelización de los Pueblos. Llamada hasta ahora “Propaganda Fide”, de la “Propagación de la Fe”. La de las Misiones e Iglesias recientes o en formación.

Del Clero. Todo lo relacionado con los Sacerdotes seculares o diocesanos.

Institutos de Vida Consagrada y Sociedades de Vida Apostólica. Título muy largo. Hasta ahora se llamaba “Congregación de Religiosos”. Hoy cuida de los Religiosos, Religiosas, Institutos Seculares, Sociedades Apostólicas.

Educación Católica. Enseñanza en Universidades, Seminarios, Colegios, etc.

Obispos. Otra importantísima, como se ve.

3. Los Tribunales. Son estos tres: -Penitenciaría Apostólica. Afecta a muchos asuntos de conciencia y a las Indulgencias. -Signatura Apostólica, como tribunal de última instancia. -La Rota Romana, que lleva las causas matrimoniales.

4. Los Consejos Pontificios. No tienen la categoría de las Congregaciones, pero por sus mismos títulos se ve la importancia de cada uno. -Laicos. -Promoción de la Unidad de los Cristianos. -La Familia. -“Justicia y Paz”. -“Cor Unum”. Grandes donativos del Papa a muchas necesidades. -Pastoral de los Emigrantes e Itinerantes. -Pastoral de los Agentes Sanitarios. Hospitales, etc. -Textos Legislativos. Para la interpretación auténtica del Derecho Canónico. -Diálogo Interreligioso. -La Cultura. -Las Comunicaciones Sociales. -La Nueva Evangelización.

5. El Sínodo de los Obispos. Responsable de la organización cuando el Papa determina celebrar alguno.

6. Oficinas Vaticanas. Son siete. -Cámara Apostólica. -Administración del Patrimonio de la Sede Apostólica. -Prefectura de los Asuntos Económicos de la Santa Sede. -Prefectura para la Casa Pontificia. -Celebraciones Litúrgicas del Sumo Pontífice. -Trabajo de la Sede Apostólica. -Las limosnas apostólicas.

7. Comisiones Pontificias. Son diez. -Comisión Ecclesia Dei. -Bienes Culturales de la Iglesia. -Arqueología Sagrada. -Comisión Bíblica. -Teología Internacional. -Interdicasterial para el Catecismo de la Iglesia Católica. -Estado de la Ciudad del Vaticano. -Pontificia Comisión para América Latina. -Comisión disciplinar de la Curia Romana. -Relaciones Religiosas con los Judíos.

8. La Guardia Suiza.

9. Oficina Central para Asuntos Laborales.

10. Comités. -De las Ciencias Históricas. -Congresos Eucarísticos Internacionales.

11. Academias Pontificias. -Academia de las Ciencias. -Ciencias Sociales. -Culto de los Mártires. -De Teología. -Romana de Arqueología. -Para la Vida. -Academia Pontificia Eclesiástica.

12. Instituciones Vinculadas a la Santa Sede. -Orden Ecuéstre del Santo Sepulcro de Jerusalén. -La Capilla Sextina. Musical. -Fábrica de San Pedro. -Fundación Latinitas. -La Tipografía Vaticana. -Librería Editorial Vaticana. -Instituto de Música Sagrada.

Como podemos ver, toda esta organización es de institución humana. El Papa es un gobernante que necesita ayudas, y la Curia ha nacido y se desarrolla según las necesidades de la Iglesia. Puede variar y varía según las circunstancias de los tiempos. Lo fuerte de la Curia Romana está en la Secretaría de Estado, en las Congregaciones y en los Tribunales. Los demás dicasterios son los que sufren más modificaciones. Hacemos algunas observaciones.

1a. La Curia es para TODA la Iglesia, y no precisamente para la Ciudad de Roma, de la cual es Obispo el Papa. La gobierna directamente, como cualquier otro obispo su diócesis. Pero, con el trabajo que el Papa tiene con la Iglesia universal, para Roma cuenta con su Vicario, que es siempre un Cardenal.

2a. Las oficinas de tantos organismos de la Santa Sede no están propiamente en el Vaticano. En los Palacios vaticanos está solamente la residencia del Papa y la *Secretaría de Estado*. También viven en él los de la *Guardia Suiza*.

Todos los demás están ya en territorio italiano, aunque sean propiedad de la Santa Sede. La *Congregación de la Fe* tiene su propio Palacio, separado del Vaticano sólo por una calle. Igualmente, tiene su Palacio propio desde antiguo y muy célebre en la Plaza de España la Congregación de *Propaganda Fide*, la de las Misiones. Las demás Congregaciones tienen sus oficinas en edificios al lado del Vaticano, pero en terreno de Italia; bastantes dicasterios siguen en el antiguo e inmenso Palacio de San Calixto y otros en la Vía de la Conciliación que conduce a la Plaza de San Pedro.

3a. Comprendemos que son muchos los que trabajan en el Vaticano, aunque cada uno en su propio domicilio, casa religiosa, etc. Y son muchos los “Consultores” esparcidos por todo el mundo, los cuales acuden cuando son llamados.

4a. Para sostener el gasto de la Curia son necesarias grandes cantidades, como es natural. A ello va esa colecta que se hace en todo el mundo por el 29 de Junio, llamada el “Óbolo de San Pedro”, los donativos de muchas Iglesias particulares y de cristianos generosos, igual que lo que debe pagarse por todos los trámites administrativos. La visita a los Museos Vaticanos —filas interminables cada día—, es pagada, menos un domingo gratuito al mes; las audiencias generales del Papa y funciones de la Basílica exigen tarjeta, *sólo en atención al orden*, pero es gratuita. Todo es independiente de la colecta del DOMUND para las Misiones. El Papa, además, tiene la Oficina de “Las Limosnas Pontificias” y el Pontificio Consejo “Cor Unum”, que reparten sumas muy grandes para socorrer tantas necesidades en todo el mundo. La organización que eso conlleva actúa con mucha seriedad. Ahí no cabe la *corrupción*, pues la conciencia es lo primero que guía a todos los responsables. Aunque todos los muchos que trabajan en el Vaticano reciben justo y hasta generoso salario, al que tienen pleno derecho.

158. EL DERECHO CANÓNICO

Ciertamente, que vale la pena tener una idea clara de lo que es la legislación de la Iglesia. La cumplimos. Pero, bien conocida, la observaríamos mejor. Es lo que nos proporciona el Derecho Canónico por el que se rige la Iglesia.

Podríamos decir desde el principio, como una comparación, que, al fundar Jesucristo el “Reino de Dios” en la tierra, le dio una “Constitución” dictada, establecida y promulgada por Él mismo en su predicación; que los Apóstoles la interpretaron auténticamente y los Evangelistas la transmitieron por escrito. Esa Constitución es irreformable. No se le puede añadir ni quitar una palabra. Durará intacta hasta el final de los tiempos.

Esto supuesto, hemos de partir de una base al querer hablar de un Derecho o Ley de la Iglesia: aparte de *carismática*, la Iglesia es, por voluntad de Jesucristo, una “Institución” jerárquica a la que quiso dotar de leyes encomendadas a sus Apóstoles: “Vayan, y enseñen a todas las gentes a *guardar* lo que yo les he *mandado*” (Mt. 28,20), es decir, los *preceptos* que Él mismo había dictado. Y los Apóstoles, desde un principio, unidos en Pedro, establecieron normas de conducta universales, como vemos en los Hechos y Cartas del Nuevo Testamento.

La Jerarquía de la Iglesia siguió haciendo lo mismo desde entonces hasta el día de hoy. A través de los siglos ha dado multitud de normas, compiladas todas en lo que hoy es su Derecho, su legislación, que podrá variar siempre acomodándose a las circunstancias del tiempo y de los diversos lugares, pero siempre también conforme a la voluntad de Jesucristo, manifestada de manera inmutable en los Evangelios y los Apóstoles.

La palabra “código” viene a ser lo mismo que *colección*, y se usó desde un principio para designar las leyes que la Roma del Imperio había ido dando y que constituyó el famoso Derecho Romano. Es la palabra que pasó a la Iglesia. Los Papas, los Concilios y los sínodos diocesanos o nacionales dictaban decretos sobre la vida cristiana, y se tenían las *Decretales* o colecciones sobre esas disposiciones. En el siglo XII surgió Graciano que inició el estudio científico del Derecho con su famoso *Decreto*. Le seguirá en la misma Edad Media el *Cuerpo de derecho canónico*, y después se irán sumando tantas disposiciones pontificias y episcopales de todas las naciones católicas. Hasta que en 1904, el papa San Pío X determinó crear el “Código del Derecho Canónico”, promulgado por Benedicto XV en 1917, y, actualizado después del Vaticano II, el actual de 1983 publicado por Juan Pablo II.

El Código del Derecho Canónico se divide en siete libros, así llamados en vez de capítulos, a saber: **1.** Normas generales. **2.** Del Pueblo de Dios. **3.** La función de enseñar de la Iglesia. **4.** De la función de santificar de la Iglesia. **5.** De los bienes temporales de la Iglesia. **6.** De las sanciones en la Iglesia. **7.** De los procesos.

Todos estos libros están muy bien subdivididos en secciones y títulos, de modo que su manejo resulta muy fácil. Entre todos ellos suman **1752** cánones, muy simples unos, y otros formulados en algunos párrafos, pero todos con una gran claridad.

No hay que pensar que todos estos 1752 cánones son *leyes* propiamente dichas. Muchos son enunciados de verdades de fe y de las cuales se derivará después una ley. Pongamos un ejemplo, clarísimo para todos: el precepto de la Misa y descanso dominical. Dice el canon 1246: “El domingo en el que se celebra el misterio pascual, por tradición apostólica, ha de observarse en toda la Iglesia como fiesta primordial de precepto”.

Sin meterse en más explicaciones, se entiende lo que quiere decir: los Apóstoles no renunciaron al sábado judío, que era de precepto *divino* en Israel, sino que lo trasladaron al día siguiente, el de la Resurrección del Señor, para celebrar en ese día “el misterio pascual”, es decir, la Eucaristía, “memorial” que hace presente y actualiza en el altar el Sacrificio del Calvario con la Víctima glorificada por su resurrección. Este es el enunciado del Domingo, del Día del Señor. Esas dos expresiones: “el misterio pascual” y “por tradición apostólica”, nos dicen claramente que la cosa procede del mismo Dios.

Y con el canon siguiente, el 1247, viene el *mandato* de la Iglesia, que interpreta y ordena el querer de Dios: “El domingo y las demás fiestas de precepto los fieles tienen obligación de participar en la Misa, y se abstendrán además de aquellos trabajos y actividades que impidan dar culto a Dios, gozar de la alegría propia del día del Señor o disfrutar del debido descanso de la mente y del cuerpo”.

Y así es todo el Derecho, cuyo valor le viene del encargo final del Señor a los Apóstoles: “enseñándoles a guardar todo lo que yo les he *mandado*”. La Jerarquía de la Iglesia, Papa y Obispos, no proceden por capricho cuando mandan, sino por deber de conciencia. Esto hace que en la Iglesia haya autoridad. El famoso cardenal Manning, inglés, dio en el Concilio Vaticano I su testimonio: -Yo me convertí del protestantismo a la Iglesia Católica porque en ella hay *autoridad*... Era lo que él echaba a faltar en su iglesia anglicana.

Nos gustará saber que el papa Juan Pablo II revisó personalmente todo el Derecho, guiado por profesores especializados en los siete Libros. Y después, con un profesor al lado, el Presidente de la Oficina Jurídica de la Secretaría de Estado, lo repasó canon por canon antes de estampar su firma para la promulgación. ¡Qué sentido de responsabilidad!...

El Derecho Canónico actual tiene un marcado cariz pastoral. En él resplandece lo que el Concilio dijo en la Constitución dogmática sobre la Iglesia: que el Pueblo de Dios tiene por estado la libertad de sus hijos, como meta el Reino, y como ley el precepto del amor.

Pero tampoco es tan flojo que deje a cada uno hacer en su vida lo que quiera. La perfección cristiana exige esfuerzo y hay preceptos de Jesucristo que la Iglesia los regula y los exige para ser fiel a su divino Fundador.

Aunque es notable la manera como acaba el Código. En el último de los cánones, el 1752, da esta norma de oro como última palabra: **“La salvación de las almas debe ser siempre la ley suprema de la Iglesia”**.

159. EL CÓNCLAVE

Muchas veces ha salido en las clases al tener que presentar un nuevo Papa y se ha preguntado sobre la historia y desarrollo de la elección, a veces curiosa por demás. Nos va bien el saber cómo se desarrolla la elección del Papa.

Hay que empezar por el nombre, porque es una palabra exclusiva de la Iglesia. Si no fuera desesperante lo que pasó, habría para reírse. Los diecisiete cardenales estuvieron reunidos durante casi tres años para elegir Papa sin llegar a ningún acuerdo, porque once querían un Papa italiano y seis a uno francés. La gente de Viterbo, ya desesperada, subió al edificio y desmontó el techo para que los electores vivieran a la intemperie y eligieran Papa inmediatamente. Y sí, el 1 de Septiembre de 1271 elegían a Teobaldo Visconti que se hallaba en San Juan de Acre, la ciudad de los cruzados en Palestina. Al llegarle la noticia, Teobaldo emprendió el viaje a Italia hasta la ciudad de Viterbo donde se hallaban reunidos los cardenales. En Marzo de 1272 era ordenado de sacerdote, consagrado Obispo, y tomaba posesión del Pontificado con el nombre de Gregorio X.

Naturalmente, no quiso que se repitiera la comedia de su elección. En el Concilio ecuménico de Lyon del año 1274, convocado por él mismo, decretó cómo debía ser la elección pontificia. Muerto el Papa, los cardenales habían de reunirse a los diez días en la ciudad donde el Papa hubiera fallecido, encerrarse —con llave, “cónclave”— en el edificio, y si a los tres días no habían elegido Papa se les debía racionar la comida, reducida más a los cinco días, y más todavía si se alargaba la elección. No deja de ser divertido el origen de la palabra “conclave”...

Con este nombre ha pasado a la Historia la elección pontificia. En los tiempos modernos, la elección se ha realizado siempre en el mismo Vaticano, y concretamente en la Capilla Sixtina. Desde el papa Sixto V (lección 102), los cardenales no podían pasar de 70, aunque nunca llegasen a ese número los electores, y se hospedaban en el mismo edificio vaticano con unas condiciones muy incómodas, hasta que el papa Juan Pablo II, por pura necesidad, cambió el sistema seguido hasta su propia elección. Hoy todos se hospedan en el edificio residencia de Santa Marta, situado a la izquierda mirando hacia la Basílica y debidamente aislado durante el cónclave. Por la mañana, los cardenales se trasladan en bus hacia la Capilla Sixtina sin haberse comunicado con nadie.

Sabemos quiénes son los electores: únicamente los cardenales, que, aunque sean muchos, por disposición del papa Pablo VI, los electores no pueden pasar de 120, y quedan excluidos los que ya cumplieron los ochenta años de edad. El Papa Nicolás II en 1059 decretó que únicamente los cardenales fueran los electores del Papa. ¿Y por qué los cardenales y no los obispos de todo el mundo? Muy sencillo, porque el Papa es el Obispo de Roma, y lo elige el clero de Roma, no el del resto del mundo. Por eso los cardenales, aunque procedan de todo el mundo, cada uno de ellos tiene en Roma su iglesia titular y viene a ser miembro del clero de Roma. Elegido por ellos el Obispo de Roma, se convierte automáticamente en sucesor de Pedro, en Papa, Vicario de Jesucristo, y cabeza de todos los Obispos que forman el Colegio episcopal. Aunque modernamente ya no ocurre, pero los cardenales

no están obligados a elegir precisamente a un cardenal presente en el cónclave. Podrían elegir a un Obispo u otro de fuera, que sería llamado, y, si aceptaba, se convertiría en Papa.

La elección del Papa está rigurosamente legislada. Hoy debe realizarse entre 15 y 20 días después de fallecido el Papa. En la actualidad, lo primero que se observa es un secreto rigurosísimo. Resultan curiosas y hasta divertidas todas las afirmaciones de los periodistas. Del cónclave no se sabe nada.

Como no hay nadie que ambicione el cargo, la misma constitución pontificia hoy en vigor le aconseja al elegido que mire la voluntad de Dios y acepte con humildad y confianza. Vimos en varias lecciones cómo hubo cardenales que aceptaban llorando. Y en nuestros días conocemos, hora por hora, la elección de San Pío X, irreductible y lloroso hasta el último momento. Juan XXIII consignó sus sentimientos y los comunicó a sus íntimos antes de ir al cónclave, al saber que se barajaba su nombre. Y Juan Pablo I lo dijo él mismo en su primera alocución al mundo.

El elegido ha de obtener la mayoría absoluta de los votos. Si después de varias votaciones ya estipuladas, no se obtienen las dos terceras partes de los votos, se acude a la mayoría simple. Obtenida la mayoría de los votos, se dirige al elegido el Cardenal decano, y le pregunta: “¿Aceptas tu elección canónica como Sumo Pontífice?”. Con la simple respuesta: “Acepto”, el elegido queda convertido en Papa. La notificación al pueblo que está a la expectativa en la Plaza de San Pedro, se le comunica con la famosa “fumata bianca”. En cada escrutinio, las papeletas de la elección se queman en la estufa dispuesta en la Capilla Sixtina. Si la votación ha sido negativa, se mezclan las papeletas con paja húmeda y la chimenea suelta humo negro. Positiva la elección, se queman las papeletas sin más, sale el humo blanco, hoy contemplado por televisión en todo el mundo. El Cardenal protodiácono aparece en el balcón central de la Basílica y proclama —“Os anuncio una gran alegría: ¡Papam habemus!”—, tenemos Papa— quién ha sido el elegido y el nombre que ha escogido como Papa, el cual aparece poco después para impartir la primera bendición, “a su Ciudad de Roma y al mundo entero”.

La lista ininterrumpida de los Papas al escribir estas líneas —desde Pedro el pescador de Galilea hasta Benedicto XVI— es de 266, excluidos todos los *antipapas*. Y la lista seguirá interminable hasta el fin del mundo. Lo decimos con plena seguridad, pues tenemos la palabra de Jesús: “Sobre esta roca edificaré mi Iglesia, y todos los poderes del infierno no podrán contra ella” (Mt. 18,20). No es presunción nuestra, sino palabra del Señor, aparte de que contamos con la experiencia de dos mil años: tanto enemigo empeñado en pulverizarla, y la Roca intacta...

160. LA CANONIZACIÓN

Otro tema por el que se ha preguntado mucho en las clases: el porqué y cómo se declara Santos a algunos hijos de la Iglesia. Es ciertamente interesante.

Empezamos por la palabra. “Canonización” no significa otra cosa que insertar a una persona, tenida por santa, en el “canon” de la Misa: recordarla en la celebración de la Eucaristía que se ofrece en su honor a Dios, o, dicho más sencillo, inscribirla en el canon o lista de los que la Iglesia ha reconocido como Santos.

Actualmente, entendemos por canonización el acto con que el Papa declara solemnemente que ese hijo o hija de la Iglesia murió mártir en defensa de la fe, o también que practicó la virtud cristiana de modo heroico, y que está realmente en el Cielo gozando de la visión beatífica de Dios. Este acto está reservado exclusivamente al Papa y lo realiza después de un amplio y riguroso proceso, comprobado además por Dios que pone su firma —hablemos así—, con algún milagro conseguido por intercesión del Santo y sometido también a otro proceso muy severo. A partir de la canonización, la Iglesia tributa al Santo un culto ya oficial. Antes, con la sola beatificación, se permitía moderadamente el culto. Y antes de la beatificación sólo se da el culto *privado*, o sea, se puede invocar al pretendido santo/a para que interceda por nosotros ante Dios.

Para saber el origen de las canonizaciones hay que remontarse hasta los principios de la Iglesia. Nacieron espontáneamente de los mismos fieles. Desde un principio, se tuvieron por Santos a los Apóstoles —no digamos ya a la Virgen María— y a los mártires que derramaron su sangre por la fe. Así en los primeros siglos. Cada Iglesia tenía sus tradiciones y los obispos se reservaban el aprobar el culto que el pueblo tributaba a sus santos. Tal como lo tenemos hoy, hemos de ir al papa Sixto V que en 1588 instituía la Congregación de los Santos, la cual se encarga en la Santa Sede de todo lo relativo a la elevación de una persona a los altares. El papa Benedicto XIV todavía lo dejó mucho más organizado. Es un proceso muy largo el que hay que seguir, el cual dura muchos años y a veces hasta siglos. Indicamos, aunque brevemente, lo que ahora está establecido.

1. Siervos de Dios. El Obispo diocesano donde murió la persona y el Postulador de la Causa hacen un informe a la Congregación de los Santos, que lo examina y, si su respuesta es “Nihil obstat”, “no hay inconveniente” por parte de la Santa Sede, el Obispo inicia el proceso diocesano de ese fiel al que se le llama desde ahora “Siervo/a de Dios”. No puede iniciarse este proceso diocesano hasta cinco años después de la muerte de la persona, a no ser que lo dispense el Papa, como ha ocurrido con la Madre Teresa y Juan Pablo II ante el clamor universal que así lo pedía. El Obispo constituye un tribunal que recoge los testimonios, tribunal que se extiende a otros lugares donde vivió la persona. Todo lo de este proceso ordinario se lleva a Roma y se deposita en la Congregación de los Santos.

2. Venerables. A partir de este momento, la Congregación de los Santos (¡que nunca tiene prisa!), empieza a estudiar la vida del Siervo/a de Dios según todo lo declarado con juramento en el proceso, los escritos, sin perdonar el más pequeño punto negativo, buscado y recalado por el “Promotor de la fe”, llamado familiarmente el “Abogado del diablo”.

Cuando se ha probado que el Siervo/a de Dios practicó en grado heroico todas las virtudes, el Papa lo declara oficialmente y al Siervo/a de Dios se le llama ya “Venerable”.

3. Ahora, a esperar la palabra o firma de Dios, es decir, algún **milagro** atribuido a la intercesión del Venerable. Normalmente, curación inexplicable y definitiva de una enfermedad gravísima. Es un proceso severísimo, encomendado a un cuerpo de Médicos católicos y otros expresamente no católicos. No se quieren favoritismos sino auténtico rigor científico. Para la beatificación de los Mártires no se necesita milagro, sino la comprobación de que murieron *por la fe* o la virtud cristiana.

4. Beatos. Si el milagro es aprobado por los Médicos y los teólogos, se puede proceder a la Beatificación, que actualmente la hace en nombre del Papa un Cardenal —normalmente el Prefecto de la Congregación de los Santos— en el lugar donde murió el Beato/a.

5. Santos. Ha de haber otro milagro y con idéntico proceso que el anterior. Los Mártires, para ser *canonizados*, necesitan también milagro. Cuando se tiene y se aprueba, el Papa puede proceder a la canonización, y ya tenemos definitivamente al Santo/a.

¿Cuántas canonizaciones ha habido y cuántas esperan desde que el papa Sixto V las reguló por la Congregación de los Santos? Al escribir estas líneas a final del 2011, tengo ante mí el libro oficial en latín “Índice y estado actual de las Causas”, publicado por la Congregación de los Santos en 1999, es decir, al acabar el siglo veinte. Constan en él 1.909 Venerables y Siervos de Dios; 366 a los que se les ha confirmado el culto; también 366 Beatos; y 231 Santos canonizados desde el papa Clemente VIII en 1592.

Estadísticas que hay que modificar bastante por las variaciones introducidas del 2000 al 2011: Beatos canonizados, Venerables y Siervos de Dios beatificados; muchas Causas de Siervos de Dios nuevas; y Mártires que hay que multiplicar por muchos centenares, ya que cuando se trata de grupo se menciona sólo al que lo encabeza, o dos o tres más, y se añade “et X socii”, es decir, “y tantos compañeros”. Por ejemplo, los Mártires vietnamitas canonizados por Juan Pablo II constan así: “Andrés Dung Lac, Tomás, Manuel, Jerónimo, Valentín, Teófano y 105 compañeros”. Total, que eran 111 los canonizados, y en la lista general figuran solamente seis.

Por lo mismo, en ese “Índice” oficial de 1999 son entre Santos, Beatos, Venerables, Siervos de Dios, y los de Culto confirmado: 2.872, sabiendo que los Mártires suman muchos centenares más, quizá miles.

La gloria que suponen estos Santos es inmensa. Sólo la Iglesia Católica puede presentar al mundo un catálogo semejante de héroes tan sublimes. Aunque, claro está, hay miles y millones como ellos que nunca serán glorificados en la tierra, pero que en el Cielo constan como Santos y Santas de la categoría más alta.

Con Pablo VI, el Papa del Concilio Vaticano II, acabamos este nuestro Curso, sencillo, con carácter más bien popular, sobre la Historia de la Iglesia Católica, la cual abrimos con palabras del mismo querido Papa: “Pudiera decir que siempre he amado a la Iglesia y que por ella, no por otra cosa, me parece haber vivido”. Las hacemos nuestras, y nos decimos a nosotros: ¿Qué quiero? Vivir y morir en la Iglesia. ¿Qué más? Nada más...

A. M. D. G.